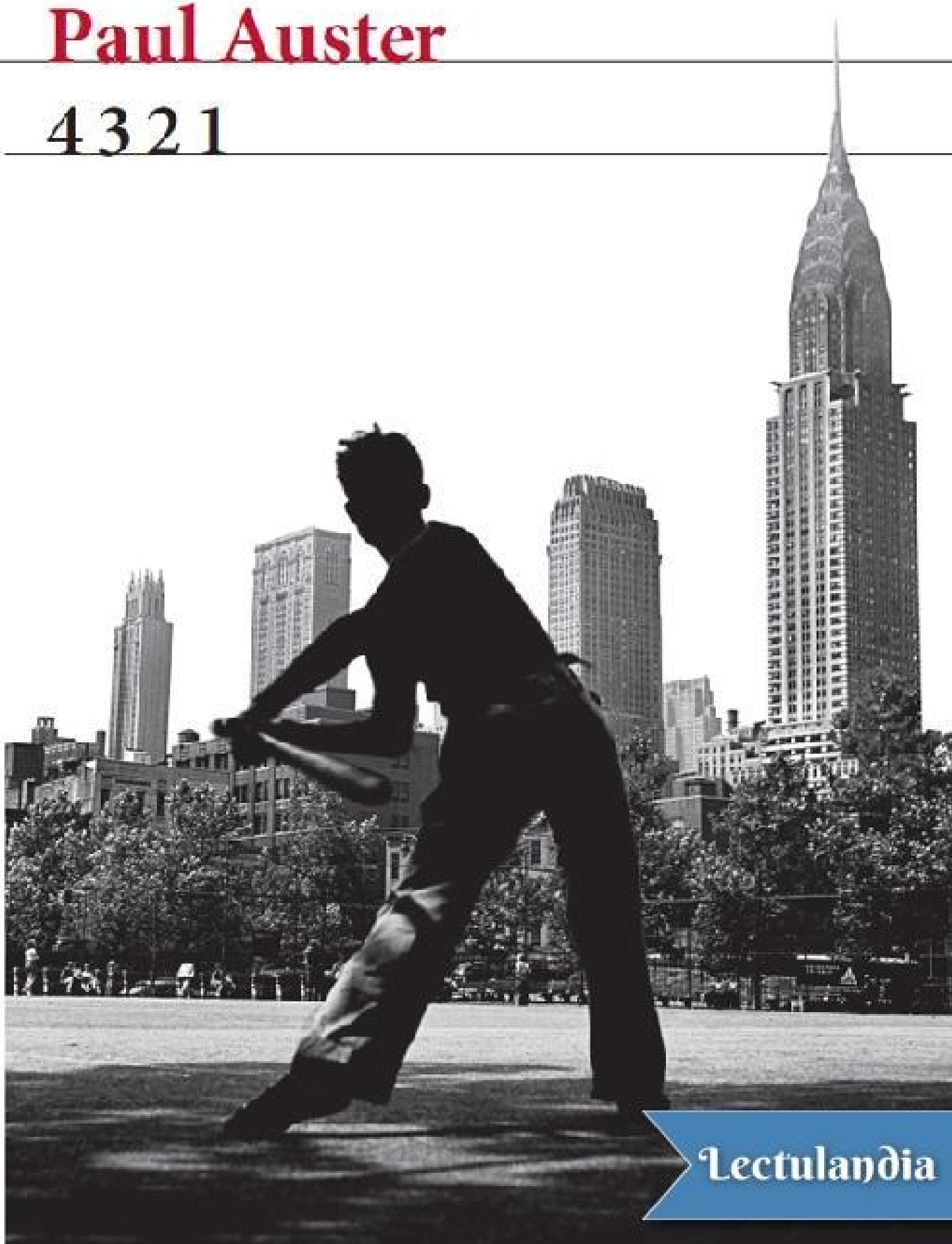
Seix Barral

Paul Auster

4321

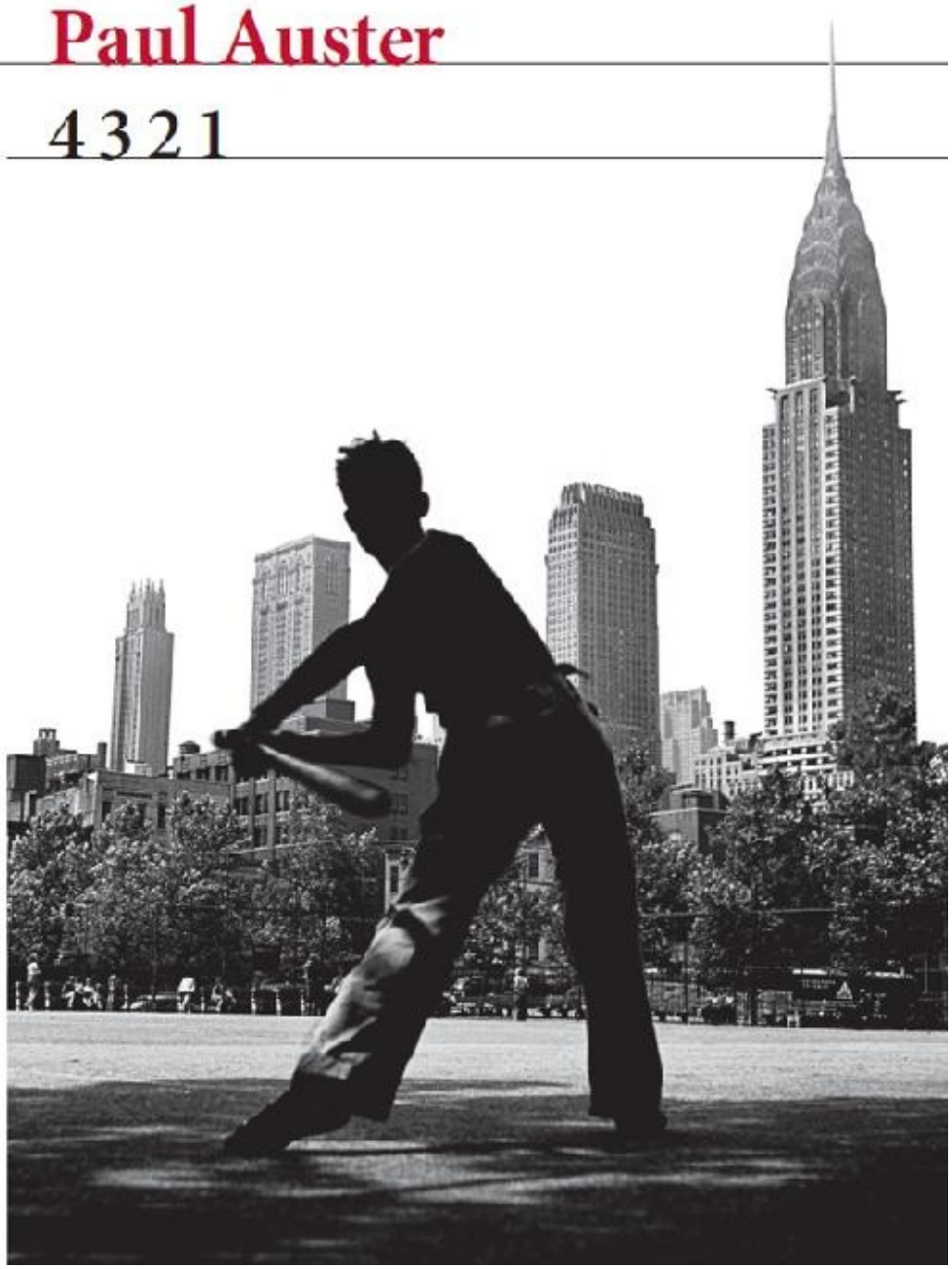


Lectulandia

Seix Barral

Paul Auster

4321



Seix Barral Biblioteca Formentor

Paul Auster
4 3 2 1

Traducción del inglés por
Benito Gómez Ibáñez

Título original: *4 3 2 1*

©Paul Auster, 2017
c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria
www.schavelzongraham.com
©por la traducción, Benito Gómez Ibáñez, 2017
©Editorial Planeta, S. A., 2017
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

«*Le sourd et l'aveugle*», de *Capitale de la douleur*, Paul Éluard © Éditions Gallimard, 1926

«*Au bout du monde*», de *Fortunes*, Robert Desnos © Éditions Gallimard, 1942

Canciones del interior:
pág. 63: © *Sonny Boy*, ℗ 2011 Entertain Me Europe LTD, interpretada por Al Jolson
pág. 611: © *Qué será, será*, ℗ 1992 Sony BMG Music Entertainment, interpretada por Doris Day

Primera edición: agosto de 2017
ISBN: 978-84-322-3289-3
Composición: Moelmo, SCP

Editorial Planeta Colombiana S. A.
Calle 73 N° 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-6130-4
ISBN 10: 958-42-6130-4

Primera edición (Colombia): septiembre de 2017

Para Siri Hustvedt

Índice

Capítulo 1.0
Capítulo 1.1
Capítulo 1.2
Capítulo 1.3
Capítulo 1.4
Capítulo 2.1
Capítulo 2.2
Capítulo 2.3
Capítulo 2.4
Capítulo 3.1
Capítulo 3.2
Capítulo 3.3
Capítulo 3.4
Capítulo 4.1
Capítulo 4.2
Capítulo 4.3
Capítulo 4.4
Capítulo 5.1
Capítulo 5.2
Capítulo 5.3
Capítulo 5.4
Capítulo 6.1
Capítulo 6.2
Capítulo 6.3
Capítulo 6.4
Capítulo 7.1
Capítulo 7.2
Capítulo 7.3
Capítulo 7.4

1.0

Según la leyenda familiar, el abuelo de Ferguson salió a pie de Minsk, su ciudad natal, con cien rublos cosidos en el forro de la chaqueta, y pasando por Varsovia y Berlín viajó en dirección oeste hasta Hamburgo, donde sacó billete en un buque llamado *The Empress of China*, que cruzó el Atlántico entre agitadas tormentas invernales y entró en el puerto de Nueva York el primer día del siglo XX. Mientras esperaba la entrevista con un agente de inmigración en la isla de Ellis, entabló conversación con otro judío ruso. Su compatriota le dijo: *Olvida el apellido Reznikoff. Aquí no te servirá de mucho. Necesitas un nombre americano para tu nueva vida en América, algo que suene bastante en este país*. Como en 1900 el inglés aún era una lengua extraña para él, Isaac Reznikoff pidió una sugerencia a su compatriota, mayor y con más experiencia. *Diles que te llamas Rockefeller*, le contestó aquel hombre. *Con eso no puedes equivocarte*. Pasó una hora, luego otra, y cuando el Reznikoff de diecinueve años se sentó para que lo interrogara el agente de inmigración, había olvidado el nombre que su compatriota le había sugerido. *¿Cómo se llama?*, preguntó el agente. En su frustración, el cansado inmigrante soltó en yidis: *Ikh hob fargessen!* (¡Se me ha olvidado!). Y así fue como Isaac Reznikoff empezó su nueva vida en Estados Unidos con el nombre de Ichabod Ferguson.

Lo pasó mal, sobre todo al principio, pero incluso después de que ya no fuera el principio, nada ocurrió tal como había imaginado que sería en su país de adopción. Cierto que logró encontrar mujer justo después de su vigésimo sexto cumpleaños, y cierto también que su esposa, Fanny, de soltera Grossman, le dio tres hijos sanos y robustos, pero la vida en Norteamérica siguió siendo una lucha para el abuelo de Ferguson desde el día que desembarcó hasta la noche del 7 de marzo de 1923, cuando encontró una temprana e inesperada muerte a los cuarenta y dos años de edad: a tiros en un atraco al almacén de artículos de piel de Chicago en donde estaba empleado como vigilante nocturno.

No se conservan fotografías suyas, pero a decir de todos era un hombre corpulento de recias espaldas y manos enormes, inculto, sin cualificación, el pardillo analfabeto por antonomasia. Durante su primera tarde en Nueva York, se encontró con un vendedor ambulante que ofrecía las manzanas más encarnadas, más redondas y perfectas que había visto en la vida. Incapaz de resistirse, compró una y dio un mordisco con ansia. En vez del sabor dulce que esperaba, notó un gusto amargo y extraño. Aún peor, la manzana estaba asquerosamente blanda, y en cuanto le atravesó la piel con los dientes, se salieron las entrañas de la fruta y se le vertieron por la pechera del abrigo en una líquida rociada de color rojo pálido salpicada de semillas semejantes a perdigones. Ése fue su primer sabor del Nuevo Mundo, su primer encuentro, que jamás olvidaría, con un tomate Jersey.

No un Rockefeller, por tanto, sino un trabajador no cualificado de anchos hombros, un gigante hebreo de nombre absurdo y pies inquietos que probó suerte en Manhattan y Brooklyn, en Baltimore y Charleston, en Duluth y Chicago, desempeñando labores varias como estibador, marinero en un petrolero que surcaba

los Grandes Lagos, cuidador de animales en un circo ambulante, obrero en la cadena de montaje de una fábrica de latas de conserva, conductor de camiones, peón caminero, vigilante nocturno. Pese a todos sus esfuerzos, nunca llegó a ganar más que calderilla, y por consiguiente lo único que el pobre Ike Ferguson legó a su mujer y a sus tres hijos fueron las historias que les había contado sobre las aventuras de trotamundos de su juventud. A la larga, las historias no son probablemente menos valiosas que el dinero, pero a corto plazo tienen marcadas limitaciones.

La empresa de artículos de piel entregó una pequeña suma a su mujer para compensarla por su pérdida, y luego Fanny cogió a los chicos y se marchó de Chicago, trasladándose a Nueva Jersey, a Newark, a invitación de unos parientes de su marido, que le cedieron el apartamento de la planta alta de su casa en el Distrito Centro por un simbólico alquiler mensual. Sus hijos tenían catorce, doce y nueve años de edad. Louis, el mayor, hacía mucho que se había transformado en Lew. Aaron, el mediano, había dado en llamarse Arnold después de una paliza de más en el patio del colegio de Chicago, y a Stanley, el de nueve años, solían llamarlo Sonny. Para llegar a fin de mes, su madre se dedicó a lavar y remendar ropa en casa, pero al poco tiempo los chicos también contribuyeron a la economía doméstica, trabajando en alguna cosa después del colegio, los tres entregando a su madre hasta el último céntimo que ganaban. Eran tiempos difíciles, y la amenaza de la miseria invadía las habitaciones del apartamento como una niebla densa y oscura. No era posible escapar del miedo, y poco a poco los tres chicos asimilaron las negras conclusiones ontológicas de su madre sobre el sentido de la vida. Trabajar o morir de hambre. Trabajar o consentir que el techo se te cayera encima. Trabajar o morir. Para los Ferguson, no existía el ridículo concepto de «Todos para uno y uno para todos». En su pequeño mundo, era «Todo para todos...», o nada.

Ferguson aún no había cumplido dos años cuando su abuela murió, lo que suponía que no conservaba recuerdos conscientes de ella, pero según la leyenda familiar Fanny era una mujer imprevisible y difícil, propensa a violentos accesos de gritos y frenéticos arrebatos de llanto, que sacudía con la escoba a sus hijos cada vez que se portaban mal, y que en determinadas tiendas del barrio tenía prohibida la entrada por sus vociferantes regateos sobre los precios. Nadie sabía dónde había nacido, pero los rumores apuntaban a que era huérfana cuando llegó a Nueva York a los catorce años y que había vivido varios años haciendo sombreros en un ático sin ventanas del Lower East Side. El padre de Ferguson, Stanley, rara vez habló de sus padres a su hijo, limitándose a contestar a las preguntas del chico con las respuestas más vagas, breves y cautelosas, y los escasos retazos de información que el joven Ferguson logró recabar sobre sus abuelos paternos procedían casi exclusivamente de su madre, Rose, con mucho la más joven de las tres cuñadas Ferguson de segunda generación, quien a su vez había recibido la mayor parte de la información de Millie, la esposa de Lew, una mujer con tendencia al chismorreo y casada con un hombre menos reservado y más hablador que Stanley o Arnold. Cuando Ferguson tenía dieciocho años, su madre le transmitió una de las historias de Millie, presentándosela como no más que un rumor, una simple conjetura sin fundamento que podría haber sido verdad, pero que también podría no haberlo sido. Según lo que Lew había contado a Millie, o lo que Millie dijo que le había contado, hubo un cuarto vástago

Ferguson, una niña nacida tres o cuatro años después de Stanley, cuando la familia estaba instalada en Duluth y Ike buscaba trabajo de marinero en algún buque de los Grandes Lagos, un periodo de meses en que la familia vivió en extrema pobreza, y como Ike se encontraba fuera cuando Fanny dio a luz a la niña, y como la región era Minnesota y era invierno, un invierno particularmente gélido en un lugar especialmente frío, y como la casa en que vivían sólo se calentaba con una estufa de leña, y además tenían tan poco dinero en ese tiempo que Fanny y los niños se veían reducidos a consumir una sola comida al día, la idea de criar otro hijo la llenaba de tal pavor que acabó ahogando en la bañera a su hija recién nacida.

Si Stanley contó poco de sus padres a su hijo, tampoco le dijo mucho acerca de sí mismo. Por eso a Ferguson le resultaba difícil formarse una idea clara de cómo había sido su padre de niño, de adolescente, de joven ni de nada hasta que se casó con Rose dos meses después de cumplir los treinta. Por observaciones casuales que alguna vez salían de los labios de su padre, Ferguson logró no obstante deducir lo siguiente: que sus hermanos mayores habían maltratado a Stanley y se habían burlado de él, que como era el más pequeño de los tres y por tanto el que menos tiempo de su infancia había pasado con su padre, fue el que más unido estuvo a Fanny, además de ser un estudiante aplicado y de lejos el mejor atleta de los tres hermanos, que jugó de extremo en el equipo de fútbol americano y corrió los cuatrocientos metros de atletismo en pista en el instituto Central High, que su talento para la electrónica lo condujo en el verano de 1932, el año que terminó el instituto, a abrir una pequeña tienda de reparaciones de aparatos de radio (según sus propias palabras, *un cuchitril en Academy Street en el centro de Newark, no más grande que un puesto de limpiabotas*), que acabó con una herida en el ojo derecho en uno de los arrebatos de su madre con la escoba cuando tenía once años (sufriendo pérdida parcial de visión, con lo que le declararon inútil para el servicio durante la Segunda Guerra Mundial), que no le gustaba el apodo de Sonny y dejó de utilizarlo en cuanto salió del instituto, que le encantaba ir al baile y jugar al tenis, que nunca dijo una palabra contra sus hermanos por muy estúpida o desdeñosamente que lo trataran, que de pequeño trabajó repartiendo periódicos, que consideró seriamente estudiar Derecho pero abandonó la idea por falta de recursos, que a sus veinte años tenía fama de donjuán y salió con multitud de chicas judías sin intención de casarse con ninguna, que en los años treinta hizo varias excursiones a Cuba cuando La Habana era la capital del pecado del hemisferio occidental, que la mayor ambición de su vida era ser millonario, convertirse en un hombre tan rico como Rockefeller.

Tanto Lew como Arnold se casaron a los veintipocos años, resueltos a abandonar la demencial casa de Fanny lo antes posible, a huir de la vociferante monarca que había imperado sobre los Ferguson desde la muerte de su padre en 1923, pero Stanley, aún adolescente cuando sus hermanos levantaron el campo, no tuvo más remedio que quedarse. Acababa de salir del instituto, al fin y al cabo, pero luego empezaron a pasar los años, uno tras otro sucesivamente hasta llegar a once, y él seguía allí, compartiendo inexplicablemente con Fanny el mismo apartamento de la planta alta durante la Depresión y la primera mitad de la guerra, aguantando quizá por inercia o pereza, tal vez motivado por cierto sentido del deber o de culpa hacia su madre o puede que impulsado por todo eso, y así le resultaba imposible imaginarse

viviendo en otro sitio. Lew y Arnold engendraron hijos, pero Stanley parecía contentarse con salir con más de una chica a la vez, dedicando la mayor parte de sus energías a agrandar su pequeño negocio, y como no mostraba inclinación alguna al matrimonio, ni siquiera después de cumplir los veinticinco y estar a punto de llegar a los treinta, pocas dudas había de que se quedaría soltero para el resto de su vida. Entonces, en octubre de 1943, menos de una semana después de que el Quinto Ejército Norteamericano arrebatara Nápoles a los alemanes, en medio de aquel prometedor periodo en que la guerra empezaba finalmente a inclinarse a favor de los aliados, Stanley conoció a Rose Adler, de veintiún años, en una cita a ciegas en la ciudad de Nueva York, y el encanto de la larga vida de soltero sufrió una muerte repentina y permanente.

Era tan guapa, la madre de Ferguson, tan atractiva con aquellos ojos entre verdes y grises y el largo cabello castaño, tan espontánea y despierta, de sonrisa tan dispuesta, tan deliciosamente ensamblada a lo largo y a lo ancho del uno sesenta y siete de estatura que le había tocado en suerte, que al estrechar su mano por primera vez, el distante y normalmente desentendido Stanley, el Stanley de veintinueve años que nunca se había consumido antes en el fuego del amor, creyó que se desintegraba en presencia de Rose, que se quedaba sin aire en los pulmones y jamás sería capaz de volver a respirar.

Ella también era hija de inmigrantes, de padre nacido en Varsovia y madre originaria de Odesa, ambos venidos a Estados Unidos a los tres años de edad. Los Adler constituían por tanto una familia más integrada que los Ferguson, y la voz de los padres de Rose nunca había tenido el menor rastro de acento extranjero. Se habían criado en Detroit y Hudson (Nueva York), y el yidis, el polaco y el ruso de sus padres habían dado paso a un inglés fluido y natural, mientras que el padre de Stanley había luchado por dominar su segunda lengua hasta el día en que murió, e incluso ahora, en 1943, cerca de medio siglo alejada de sus orígenes de Europa del Este, su madre seguía leyendo el *Jewish Daily Forward* en vez de los periódicos norteamericanos y expresándose en un lenguaje extraño y amazacotado que sus hijos denominaban *yinglés*, un dialecto casi incomprensible que mezclaba el yidis con el inglés en casi todas las frases que salían de sus labios. Ésa era la diferencia esencial entre los progenitores de Rose y los de Stanley, pero aún más importante que lo mucho o lo poco que sus padres se habían adaptado a la vida norteamericana, era la cuestión de la suerte. Los padres y abuelos de Rose habían logrado sustraerse a los crudos giros de la fortuna que castigaron a los desventurados Ferguson, y su historia no incluía asesinatos en atracos a almacenes, ni pobreza hasta el punto del hambre y la desesperación, ni recién nacidos ahogados en la bañera. El abuelo de Detroit había sido sastre, el de Hudson, barbero, y aunque cortar la ropa y cortar el pelo no eran el tipo de trabajos que condujeran a la senda de la riqueza y el éxito en el mundo, procuraban unos ingresos lo bastante fijos para llevar comida a la mesa y poner abrigo sobre los hombros de los hijos.

El padre de Rose, Benjamin, indistintamente conocido como Ben y Benjy, salió de Detroit en 1911 al día siguiente de terminar el instituto y se dirigió a Nueva York, donde un pariente lejano le había encontrado trabajo de empleado en una tienda de confecciones del centro, pero el joven Adler renunció al puesto al cabo de dos

semanas, sabiendo que el destino no lo había hecho para desperdiciar su breve tiempo sobre la Tierra vendiendo calcetines y ropa interior masculina, y treinta y dos años más tarde, después de periodos como vendedor de puerta en puerta de productos de limpieza doméstica, distribuidor de discos de gramófono, soldado en la Primera Guerra Mundial, vendedor de coches y copropietario de un negocio de vehículos usados en Brooklyn, ahora se ganaba bien la vida en una agencia inmobiliaria de Manhattan de la que era uno de los tres socios minoritarios, con unos ingresos lo suficientemente abultados para haberse mudado con su familia desde el barrio de Crown Heights de Brooklyn a un edificio nuevo de la calle Cincuenta y ocho Oeste en 1941, seis meses antes de que Estados Unidos entrara en guerra.

Según lo que le habían transmitido a Rose, sus padres se conocieron en una merienda campestre dominical al norte del estado de Nueva York, no lejos de la casa de su madre en Hudson, y al cabo de medio año (noviembre de 1919) se casaron. Tal como Rose confesó más adelante a su hijo, ese matrimonio siempre le había chocado, porque rara vez había visto a dos personas menos compatibles que sus padres, y el hecho de que durase más de cuatro décadas constituía sin duda uno de los grandes misterios en los anales del emparejamiento humano. Benjy Adler era un espabilado y un charlatán, un intrigante, un timador con un centenar de planes en el bolsillo, un individuo aficionado a contar chistes y a sacar tajada que siempre acaparaba el centro de atención, y allí estaba en aquella merienda campestre un domingo por la tarde al norte del estado de Nueva York enamorándose de una mujer tímida y aburrida llamada Emma Bromowitz, una chica de veintitrés años, rotunda, de pechos grandes, cutis muy blanco y pálido coronado por una voluminosa cabellera pelirroja, tan virginal, con tan poca experiencia, tan victoriana en sus afectos que sólo había que mirarla para concluir que sus labios no conocían ni el roce de los labios de un hombre. No tenía sentido que se casaran, todo indicaba que estaban destinados a una vida de conflictos y malentendidos, pero se casaron, y aunque a Benjy le resultó difícil seguir siendo fiel a Emma después del nacimiento de sus hijas (Mildred en 1920, Rose en 1922), permaneció apegado a ella en su corazón, y Emma, aunque traicionada una y otra vez, nunca pudo volverse contra él.

Rose adoraba a su hermana mayor, pero no puede decirse que fuera recíproco, porque Mildred, la primogénita, había aceptado de manera natural la divina dádiva de ser la princesa de la casa, y a la pequeña rival que había aparecido en escena habría que enseñarle —una y otra vez si fuera necesario— que sólo había un trono en el piso de los Adler en Franklin Avenue, un trono y una princesa, y toda tentativa de usurparlo se vería ante una declaración de guerra. Eso no quiere decir que Mildred se mostrara abiertamente hostil hacia Rose, pero sus muestras de afecto se medían a cucharaditas, con una mínima dosis de cordialidad por minuto, hora o mes, y siempre otorgada con un toque de altiva condescendencia, tal como correspondía a una persona de tan majestuosa posición. La fría y circunspecta Mildred; la efusiva y sensiblera Rose. Para cuando las niñas cumplieron doce y diez años, ya estaba claro que Mildred poseía una inteligencia excepcional, que su éxito en el colegio no era simplemente el resultado del esfuerzo sino de superiores dotes intelectuales, y aunque Rose era bastante lista y siempre pasaba dignamente al siguiente curso, comparada con su hermana no era más que una segundona. Sin comprender sus motivos, sin caer

conscientemente en la cuenta ni formular un plan, Rose dejó poco a poco de competir con Mildred en su propio terreno porque instintivamente sabía que el hecho de emular a su hermana sólo podía acabar en fracaso, y por tanto, si quería encontrar cierta felicidad en la vida tendría que emprender un camino diferente.

Halló la solución en el trabajo, intentando abrirse paso por sí sola, ganando su propio dinero, y en cuanto cumplió catorce años y pasó a tener edad suficiente para solicitar permiso de trabajo, encontró su primer empleo, que rápidamente condujo a otros, y para cuando cumplió los dieciséis trabajaba a jornada completa durante el día y luego asistía a clases nocturnas. Que Mildred se retirase al claustro de su cerebro revestido de libros, que se encaminara tranquilamente a la universidad y leyera hasta el último libro escrito en los últimos dos mil años, pero lo que Rose deseaba, y para lo que Rose estaba hecha, era el mundo real, el movimiento y clamor de las calles de Nueva York, el impulso de defenderse por sí sola y labrarse su propio camino. Como las valientes e ingeniosas heroínas de las películas que veía dos y tres veces por semana, la interminable legión de películas de estudio protagonizadas por Claudette Colbert, Barbara Stanwyck, Ginger Rogers, Joan Blondell, Rosalind Russell y Jean Arthur, asumió el papel de chica resuelta a hacer carrera y lo encarnó como si estuviera viviendo su propia película, *La historia de Rose Adler*, una película larga, infinitamente compleja que aún se encontraba en su primer rollo pero prometía grandes cosas para los años venideros.

Cuando conoció a Stanley en octubre de 1943 llevaba dos años trabajando con un fotógrafo retratista llamado Emanuel Schneiderman, cuyo estudio estaba situado en la calle Veintisiete Oeste, cerca de la Sexta Avenida. Había empezado como recepcionista, secretaria y contable, pero cuando el ayudante fotográfico de Schneiderman se incorporó a filas en junio de 1942, Rose lo sustituyó. Con sesenta y tantos años por entonces, el viejo Schneiderman, inmigrante judío alemán que había llegado a Nueva York con su mujer y dos hijos después de la Primera Guerra Mundial, era un individuo temperamental dado a accesos de mal genio y a un lenguaje brusco e insultante, pero con el tiempo fue cobrando a regañadientes cierto afecto a la encantadora Rose, y como se había fijado en la atención que ponía al verlo trabajar desde sus primeros días en el estudio, decidió emplearla como aprendiz-ayudante y le enseñó cuanto sabía de cámaras, iluminación y revelado: todo el arte y oficio de su profesión. Para Rose, que hasta entonces no había sabido realmente hacia dónde se dirigía, que había trabajado en diversas labores de oficina por el salario que le pagaban y nada más, es decir, sin esperanza de alcanzar cierta satisfacción interior, aquello fue como encontrar de pronto una vocación, no simplemente otro empleo, sino una nueva forma de estar en el mundo: observar el rostro de otras personas, más rostros cada día, cada mañana y cada tarde rostros diferentes, todos distintos, y al poco tiempo comprendió que le encantaba aquel trabajo de mirar a los demás y que nunca se cansaría, jamás podría cansarse de él.

Los hermanos de Stanley ya trabajaban con él por entonces, ambos también exentos del servicio militar (pies planos y visión defectuosa), y al cabo de varias reinvenciones y ampliaciones, el pequeño negocio de reparación de radios inaugurado en 1932 creció hasta convertirse en una gran tienda de muebles y electrodomésticos en Springfield Avenue que ofrecía todos los alicientes y trucos comerciales de la

época en Estados Unidos: ventas a plazos, ofertas de compre dos y llévese uno gratis, liquidación de existencias dos veces al año, un servicio de asesoramiento a recién casados y descuentos especiales el Día de la Bandera. Arnold fue el primero en irse con él, el hermano mediano, irreflexivo y no muy espabilado, que había perdido varios trabajos de vendedor y estaba pasando apuros para mantener a su mujer, Joan, y a sus tres hijos, y un par de años después Lew volvió al redil, no porque le interesaran en modo alguno los muebles ni los electrodomésticos sino porque Stanley acababa de pagarle las deudas de juego por segunda vez en cinco años, forzándolo a incorporarse al negocio como señal de arrepentimiento y buena fe y con la condición de que, si no mostraba buena disposición, jamás volvería a recibir un céntimo de su parte. Así nació la empresa llamada 3 Brothers Home World, dirigida en lo esencial por uno de los hermanos, Stanley, el más joven y ambicioso de los hijos de Fanny, el cual, movido por alguna perversa pero incuestionable convicción de que la lealtad familiar era superior a todas las demás virtudes humanas, decidió llevar la carga de sus dos hermanos fracasados, que le expresaron su gratitud presentándose reiteradamente tarde al trabajo, afanando billetes de diez y de veinte de la caja registradora siempre que tenían los bolsillos vacíos, y, en los meses cálidos, largándose a jugar al golf después del almuerzo. Si a Stanley le molestaba ese comportamiento, nunca se lamentó, porque las leyes del universo prohibían quejarse de los propios hermanos, y aunque los beneficios de Home World fueran algo más bajos de lo que habrían sido sin el gasto de los sueldos de Lew y Arnold, el negocio no estaba ni mucho menos en números rojos, y una vez que terminara la guerra al cabo de un par de años, las perspectivas serían aún más halagüeñas, porque para entonces ya habría aparecido la televisión y los hermanos serían los primeros del barrio en venderlas. No, Stanley no era rico todavía, pero ya llevaba un tiempo con los ingresos aumentando a ritmo constante, y cuando conoció a Rose aquella noche de octubre de 1943 tenía la seguridad de que los mejores días aún estaban por llegar.

A diferencia de Stanley, Rose ya se había consumido en los ardores de la pasión amorosa. De no haber sido por la guerra, que le arrebató aquel amor, nunca se habrían conocido porque ella ya estaría casada con otro mucho antes de aquella noche de octubre, pero el joven con quien se había comprometido, David Raskin, el futuro doctor oriundo de Brooklyn que había conocido a los diecisiete años, resultó muerto en una extraña explosión durante unas maniobras en el campamento de Fort Benning, en Georgia. La noticia llegó en agosto de 1942, y Rose guardó luto durante muchos meses, sucesivamente insensible y amargada, vacía, sin esperanzas, medio enloquecida de pena, maldiciendo la guerra por la noche, gritando sobre la almohada, incapaz de aceptar el hecho de que David jamás volvería a tocarla. Lo único que la ayudó a seguir adelante durante aquellos meses fue el trabajo con Schneiderman, que le procuró algún consuelo, cierto placer, un motivo para levantarse de la cama por la mañana, pero ya no le apetecía hacer vida social, no tenía ningún interés en conocer a otros hombres, y redujo su vida al estricto hábito de ir del trabajo a casa y al cine con su amiga Nancy Fein. Poco a poco, sin embargo, sobre todo en los dos o tres últimos meses, Rose había empezado a ser de nuevo la de antes, redescubriendo que la comida tenía sabor cuando se la llevaba a la boca, por ejemplo, y que en la ciudad la lluvia no caía sólo sobre su cabeza, sino que hasta el último hombre, mujer y niño

tenía que saltar los mismos charcos que ella. No, jamás se recuperaría de la muerte de David, que siempre sería el fantasma secreto que caminaría a su lado mientras ella se dirigía tambaleante hacia el futuro, pero con veintiún años era muy joven para dar la espalda al mundo, y a menos que hiciese un esfuerzo para volver a entrar en ese mundo, estaba segura de que acabaría cayéndose redonda al suelo, muerta.

Fue Nancy Fein quien organizó la cita con Stanley, la cáustica, bromista Nancy, de dientes grandes y brazos flacos, la mejor amiga de Rose desde su infancia en Crown Heights, donde se criaron juntas. Nancy había conocido a Stanley en un baile de fin de semana en las Catskill, una de aquellas concurridas fiestas en el hotel Brown para jóvenes judíos sin compromiso pero en urgente búsqueda de pareja, *el mercado de carne kosher*, según expresión de Nancy, y aunque la propia Nancy no buscaba urgentemente (estaba comprometida con un soldado destinado en el Pacífico que según las últimas noticias seguía contándose entre los vivos), había acudido con una amiga para pasar el rato y acabó bailando un par de veces *con un chico de Newark llamado Stanley*. Él quería volver a verla, dijo Nancy, pero al explicarle que había prometido su virginidad a otro, Stanley sonrió, hizo una pequeña y cómica reverencia y, cuando estaba a punto de marcharse, ella empezó a contarle la historia de su amiga Rose, Rose Adler, *la chica más guapa del Danubio para acá y la mejor persona de aquí al fin del mundo*. Tales eran los verdaderos sentimientos de Nancy hacia Rose, y cuando Stanley comprendió que lo decía en serio, le hizo saber que le gustaría conocer a su amiga. Nancy se disculpó con Rose por haber sacado su nombre a relucir, pero Rose se limitó a encogerse de hombros, sabiendo que Nancy había obrado con buena intención, y entonces preguntó: Bueno, ¿y cómo es? En palabras de Nancy, Stanley Ferguson medía alrededor de uno ochenta, guapo, un poco mayor, con casi treinta años frente a los veintiuno de ella, con negocio propio que al parecer marchaba estupendamente, encantador, educado, y bailaba muy bien. En cuanto Rose asimiló la información, se quedó callada unos momentos, sopesando si tendría ánimos para salir con un desconocido, y entonces, en medio de sus cavilaciones, se le ocurrió de pronto que David llevaba muerto más de un año. Le gustara o no, había llegado el momento de tantear de nuevo el terreno. Miró a Nancy y dijo: Supongo que debería conocer a ese tal Stanley Ferguson, ¿no crees?

Años después, cuando Rose contó a su hijo los acontecimientos de aquella noche, omitió el nombre del restaurante donde Stanley y ella quedaron para cenar. No obstante, si la memoria no le fallaba, Ferguson creía que estaba en algún sitio del centro de Manhattan, no sabía si por el East o el West Side, pero sí que era un local elegante con manteles blancos y camareros con chaquetilla negra y pajarita, lo que significaba que Stanley tenía intención de impresionarla, de demostrarle que podía permitirse extravagancias como aquélla cuando le diera la gana, y sí, ella lo encontró físicamente atractivo, le llamó la atención la ligereza de sus pies, la gracia y fluidez de sus movimientos, pero también sus manos, el tamaño y la fuerza de sus manos, eso lo notó enseguida, y los plácidos, nada agresivos ojos que no dejaron de mirarla, ojos castaños, ni grandes ni pequeños, bajo unas gruesas cejas negras. Ajena al tremendo efecto que había causado a su pasmado compañero de mesa —el apretón de manos por el que Stanley sintió que todo se desmoronaba en su interior—, al principio de la cena Rose se sintió algo confusa por lo poco que él hablaba, catalogándolo por tanto

como una persona sumamente tímida, lo que no se ajustaba estrictamente a la realidad. Y como ella también estaba nerviosa y Stanley seguía allí sentado sin apenas decir palabra, Rose acabó hablando por los dos, o lo que es lo mismo, habló demasiado, y a medida que pasaban los minutos se iba horrorizando cada vez más al oírse parlotear como una estúpida cotorra, enorgulleciéndose de su hermana, por ejemplo, y diciéndole que Mildred era una magnífica estudiante, *summa cum laude* por Hunter el pasado junio y ahora matriculada en un curso de doctorado en Columbia, la única mujer en el Departamento de Inglés, con sólo otros dos judíos aparte de ella, imposible imaginar lo orgullosa que estaba la familia, y en cuanto mencionó a la familia empezó con su tío Archie, el hermano menor de su padre, Archie Adler, el pianista del Downtown Quintet, que ahora tocaba en el Moe's Hideout de la calle Cincuenta y dos, y qué estupendo era tener un músico en la familia, un artista, un rebelde que pensaba en otras cosas aparte de en ganar dinero, sí, adoraba a su tío Archie, era con mucho su pariente preferido, y entonces, inevitablemente, se puso a hablar de su trabajo con Schneiderman, enumerando todas las cosas que había aprendido con él en el pasado año y medio, el malhablado y gruñón Schneiderman, que los domingos por la tarde la llevaba al Bowery a la caza de viejos vagabundos y borrachines, seres rotos con sus barbas y largas cabelleras blancas, de magníficas cabezas, testas de profetas y reyes antiguos, y Schneiderman daba dinero a aquellos hombres para que fueran a posar a su estudio, disfrazados en su mayor parte, los ancianos ataviados con turbantes, túnicas y mantos de terciopelo, igual que los vagabundos vestidos por Rembrandt en el Ámsterdam del siglo XVII, y utilizaban con ellos la misma luz, la de Rembrandt, luz y oscuridad a la vez, densa penumbra, todo sombra con un simple toque de luz, y para entonces Schneiderman tenía la suficiente fe en ella como para permitirle que montara la iluminación, ya había realizado varias docenas de retratos por sí sola, y cuando utilizó la palabra *chiaroscuro*, comprendió que Stanley no tenía la menor idea de lo que estaba hablando, que podría decirlo en japonés y para él tendría el mismo sentido, pero Stanley siguió mirándola, escuchándola, embelesado y mudo, estupefacto.

El de ella era un comportamiento bochornoso, pensaba Rose, de vergüenza. Afortunadamente, el monólogo quedó interrumpido por la llegada del plato principal, lo que le concedió unos momentos para poner en orden sus pensamientos, y cuando empezaron a comer (menú desconocido) se encontraba lo bastante tranquila como para comprender que su inusitada perorata había sido una pantalla de protección para no hablar de David, porque se trataba del único tema sobre el que no quería hablar, sobre el que se negaba a hablar, y por eso había llegado a aquellos extremos desmesurados y ridículos, para no revelar su herida. Stanley Ferguson no tenía nada que ver con todo aquello. Parecía un hombre decente, y no era culpa suya que lo hubieran rechazado en el ejército, que estuviera sentado en aquel restaurante vestido con ropa de civil de elegante confección en vez de marchando penosamente entre el barro de algún remoto campo de batalla o volando en pedazos durante unas maniobras de instrucción. No, no era culpa suya, y sería una crueldad reprocharle que se hubiera salvado, pero ¿cómo no hacer comparaciones?, ¿cómo no preguntarse por qué tenía aquel hombre que seguir vivo mientras David estaba muerto?

A pesar de todo, la cena resultó razonablemente bien. Una vez que Stanley se

hubo recobrado de su conmoción inicial y fue capaz de respirar de nuevo, demostró ser una persona afable, no era un hombre nada pagado de sí mismo como tantos otros, sino atento y de buenos modales, de ingenio no muy brillante, quizá, pero receptivo al sentido del humor, que reía cuando ella decía algo siquiera remotamente gracioso, y cuando habló de su trabajo y sus planes para el futuro, Rose comprendió que había en él algo sólido, digno de confianza. Lástima que fuese un hombre de negocios sin interés por Rembrandt ni la fotografía, pero al menos era partidario de Franklin Delano Roosevelt (fundamental) y parecía lo bastante honrado para reconocer que sabía poco o nada sobre muchas cosas, incluida la pintura del siglo XVII y el arte de la fotografía. Le gustó. Le pareció una compañía agradable, pero aunque poseía todas o casi todas las cualidades de lo que se denominaba un buen partido, sabía que nunca podría enamorarse de él de la forma que Nancy esperaba. Después de cenar en el restaurante deambularon por las aceras del centro durante media hora, entraron a tomar una copa en el Moe's Hideout, donde saludaron con la mano al tío Archie mientras acariciaba las teclas del piano (respondió con una amplia sonrisa y un guiño), y luego Stanley la acompañó de vuelta al piso de sus padres en la calle Cincuenta y ocho Oeste. Subió con ella en el ascensor, pero Rose no lo invitó a entrar. Extendiendo el brazo para despedirse con un apretón de manos (evitando con habilidad toda ocasión de un beso de tanteo), le agradeció la encantadora velada, dio media vuelta, abrió la puerta y entró en el apartamento, casi segura de que no volvería a verlo más.

Para Stanley era otra cosa, desde luego, para él había sido de otra manera desde el primer momento de aquella primera cita, y como no sabía nada de David Raskin ni del afligido corazón de Rose, se figuró que debía actuar con rapidez, porque una chica como ella no permanecería mucho tiempo sin compromiso, habría sin duda un montón de hombres pululando a su alrededor, era irresistible, cada partícula de su ser desprendía gracia, belleza y bondad, y por primera vez en la vida Stanley se propuso hacer lo imposible, derrotar al creciente enjambre de pretendientes y conquistarla sólo para él, porque aquélla era la mujer con quien había decidido casarse, y si Rose no llegaba a ser su esposa, ninguna otra lo sería.

Durante los cuatro meses siguientes la llamó con frecuencia, no con tanta como para convertirse en un pelmazo sino a menudo, de manera persistente, sin rebajar el énfasis ni la determinación, aventajando a sus imaginarios rivales mediante lo que él suponía una astucia estratégica, pero lo cierto era que no había serios rivales en el panorama, sólo otros dos o tres hombres que Nancy le había presentado después de su cita con Stanley en octubre, pero uno por uno Rose los fue encontrando insuficientes, declinando sus sucesivas invitaciones y permaneciendo a la expectativa, lo que significaba que Stanley era un caballero a la carga en un campo de batalla vacío, aun cuando viera enemigos por todas partes. Los sentimientos de Rose hacia él no habían cambiado, pero su compañía era preferible a la soledad de su habitación o a escuchar la radio con sus padres después de cenar, de modo que rara vez se negaba cuando Stanley la invitaba a salir por la tarde, aceptando sugerencias de ir a patinar, a la bolera, al baile (sí, bailaba estupendamente), a un concierto de Beethoven en el Carnegie Hall, a dos musicales de Broadway y a ver varias películas. Rose se dio cuenta enseguida de que los dramas no producían efecto alguno en Stanley (se quedó

dormido durante *La canción de Bernadette* y *Por quién doblan las campanas*), pero sus ojos permanecían invariablemente abiertos en las comedias, *El amor llamó dos veces*, por ejemplo, un delicioso pestiño sobre la escasez de viviendas en Washington en tiempos de guerra que los hizo reír a los dos, con Joel McCrea (tan guapo) y Jean Arthur (una de las favoritas de Rose), pero lo que más impresión le causó a ella fue algo que dijo uno de los demás actores, una frase pronunciada por Charles Coburn, que encarnaba a una especie de Cupido bajo el aspecto de un viejo gordinflas norteamericano, y que repetía una y otra vez a lo largo de la película: *un joven cabal, amable y simpático*, como si fuera un encantamiento para ensalzar las virtudes del tipo de marido que toda mujer debía desear. Stanley Ferguson era amable, simpático y aún relativamente joven, y si *cabal* significaba íntegro, cortés y respetuoso de la ley, también era esas cosas, pero Rose no estaba en absoluto segura de que fuesen esas virtudes las que ella andaba buscando, no después del amor que había compartido con el intenso e imprevisible David Raskin, que a veces había sido un amor agotador, pero vívido y siempre inesperado en sus formas continuamente cambiantes, mientras que Stanley parecía tan tranquilo y previsible, tan prudente, que se preguntaba si tal firmeza de carácter era en definitiva una virtud o un defecto.

Por otro lado, no la toqueteaba, ni le requería besos que según él sabía no estaba dispuesta a dar, aunque para entonces era más que evidente que estaba locamente prendado de ella y que cada vez que salían juntos tenía que luchar para no tocarla, besarla, manosearla.

Por otro lado, cuando Rose le habló de lo bella que le parecía Ingrid Bergman, él contestó con una carcajada desdeñosa y, con la más tranquila de las certidumbres, mirándola a los ojos, dijo que Ingrid Bergman no le llegaba ni a la suela del zapato.

Por otro lado, estaba aquel día de últimos de noviembre cuando se presentó sin avisar en el estudio de Schneiderman y pidió que le hicieran un retrato; no Schneiderman, sino ella.

Por otro lado, sus padres dieron su aprobación, Schneiderman dio su aprobación, y hasta Mildred, la Duquesa de Alto Copete, expresó su opinión favorable anunciando que Rose podría haber dado con algo mucho peor.

Por otro lado, Stanley tenía momentos inspirados, inexplicables accesos de extravagancia cuando algo se liberaba de pronto en su interior y se convertía en un bromista guasón y atrevido, como, por ejemplo, la noche en que se lució delante de ella en la cocina del piso de sus padres haciendo malabarismos con tres huevos frescos, manteniendo los tres en el aire con una rapidez y precisión deslumbrantes durante más de dos minutos antes de que uno hiciera paf en el suelo, instante en el cual dejó caer los otros dos a propósito, disculpándose con un encogimiento de hombros digno de un cómico del cine mudo y una declaración monosilábica: ¡Ay!

Estuvieron viéndose un par de veces por semana durante aquellos cuatro meses, y aunque Rose no podía entregarle su corazón del modo en que él se lo había entregado a ella, le estaba agradecida por haberla recogido del suelo y haberla puesto de nuevo en pie. Si la situación no hubiera cambiado, ella se habría contentado con seguir tal como estaban durante algún tiempo, pero justo cuando empezaba a sentirse cómoda con él, a disfrutar del juego al que jugaban juntos, Stanley cambió bruscamente las reglas.

Fue a finales de enero de 1944. En Rusia, acababan de terminar los novecientos días de asedio a Leningrado; en Italia, los aliados estaban inmovilizados por los alemanes en Montecassino; en el Pacífico, las tropas estadounidenses se encontraban a punto de lanzar una ofensiva sobre las islas Marshall; y en el frente nacional, al lado de Central Park en la ciudad de Nueva York, Stanley proponía matrimonio a Rose. Un luminoso sol de invierno destellaba en lo alto, el cielo sin nubes era de un azul vibrante y resplandeciente, de ese azul cristalino que envuelve a Nueva York sólo en ciertos días de enero, y en aquella tarde de domingo inundada de sol a miles de kilómetros del baño de sangre y la carnicería de la guerra interminable, Stanley le estaba diciendo que o boda o nada, que la idolatraba, que nunca había sentido algo así por nadie, que toda la configuración de su futuro dependía de ella, y que si lo rechazaba no volvería a verla más, la idea de volver a verla le resultaría abrumadora, y por tanto desaparecería de su vida para siempre.

Rose le pidió una semana. Era todo tan repentino, le dijo, tan inesperado, que necesitaba un poco de tiempo para pensarlo. Pues claro, dijo Stanley, tómate una semana para pensarlo, la llamaría el domingo próximo, de hoy en una semana, y entonces, justo antes de despedirse, de pie frente a la entrada del parque de la calle Cincuenta y nueve, se besaron por primera vez, y por primera vez desde que se conocían Rose vio un destello de lágrimas en los ojos de Stanley.

El desenlace, por supuesto, estaba escrito desde hacía mucho. No sólo aparece inscrito en la edición exhaustiva y autorizada del *Anuario de la vida terrenal*, sino que también puede encontrarse en el registro civil de Manhattan, donde el libro de asientos nos informa de que Rose Adler y Stanley Ferguson contrajeron matrimonio el 6 de abril de 1944, exactamente dos meses antes de la invasión de Normandía por los aliados. Sabemos lo que Rose decidió, entonces, pero cómo y por qué llegó a tomar esa decisión es una cuestión compleja. Entraron en juego numerosos factores, cada uno de ellos en concierto y oposición con los demás, y como estaba indecisa con respecto a todos ellos, aquella semana fue un tormento que desquició los nervios a la futura madre de Ferguson. Primero: sabiendo que Stanley era un hombre de palabra, retrocedía ante la idea de no verlo más. Para bien o para mal, ahora era su mejor amigo, sin contar a Nancy. Segundo: ya había cumplido los veintiuno, pocos aún para que no se la considerase joven, pero no tanto como la mayoría de las casaderas de aquellos tiempos, que solían vestirse de novia a los dieciocho o diecinueve, y lo último que Rose quería era quedarse soltera. Tercero: no, no amaba a Stanley, pero era un hecho comprobado que no todas las bodas por amor tenían éxito, y según había leído en algún sitio, los matrimonios de conveniencia frecuentes en tradiciones de culturas exóticas no eran ni más ni menos felices que los matrimonios de Occidente. Cuarto: no, no amaba a Stanley, pero lo cierto era que no podía querer a nadie, no con el Gran Amor que había sentido por David, porque esa clase de amor sólo ocurre una vez en la vida de una persona, y por tanto tendría que conformarse con algo que no fuera el ideal si no quería pasar sola el resto de sus días. Quinto: no había nada en Stanley que le molestara o repugnara. La idea de acostarse con él no la repelía. Sexto: él la quería locamente y la trataba con ternura y respeto. Séptimo: en una discusión teórica que mantuvo con él sobre el matrimonio sólo dos semanas antes, Stanley le había dicho que las mujeres deberían tener libertad para ocuparse de

sus propios intereses, que su vida no debía girar exclusivamente en torno al marido. ¿Se refería al trabajo?, le preguntó. Sí, al trabajo, le contestó; entre otras cosas. Lo que significaba que casarse con él no implicaría renunciar a Schneiderman, que podría seguir trabajando para aprender a ser fotógrafa. Octavo: no, no amaba a Stanley. Noveno: tenía muchas cosas admirables, era indudable que en él pesaba mucho más lo bueno que lo malo, pero ¿por qué seguía durmiéndose en el cine? ¿Estaba cansado de trabajar tantas horas en la tienda, o es que aquellos párpados caídos sugerían cierta falta de conexión con el mundo de los sentimientos? Décimo: ¡Newark! ¿Sería posible vivir allí? Undécimo: no cabía duda de que Newark era un problema. Duodécimo: era hora de que dejara a sus padres. Ya era demasiado mayor para seguir viviendo en aquel piso, y por mucho cariño que les tuviera, los detestaba por su hipocresía: a su padre, por ser un mujeriego impenitente; a su madre, por fingir ignorancia. Justo el otro día, por pura casualidad, cuando iba a almorzar a la cafetería automática en las cercanías del estudio de Schneiderman, vio a su padre del brazo de una completa desconocida, una mujer quince o veinte años menor que él, y sintió tanta rabia y tanto asco que le dieron ganas de acercarse corriendo a su padre y darle una bofetada. Decimotercero: si se casaba con Stanley, finalmente habría ganado a Mildred en algo, aunque no estuviera claro que a su hermana le interesara mínimamente el matrimonio. De momento parecía bastante satisfecha saltando de una breve aventura a otra. Eso le iría bien a Mildred, pero a Rose no le apetecía vivir así. Decimocuarto: Stanley ganaba dinero, y tal como pintaban ahora las cosas, con el tiempo ganaría aún más. Esa idea daba tranquilidad, pero también inquietaba un poco. Para ganar dinero había que pensar todo el tiempo en el dinero. ¿Sería posible vivir con un hombre cuya única preocupación fuese su cuenta bancaria? Decimoquinto: Stanley la tenía por la mujer más bella de Nueva York. Ella sabía que no era cierto, pero no le cabía duda de que él lo creía sinceramente. Decimosexto: no había nadie más a la vista. Aunque Stanley jamás podría ser otro David, estaba muy por encima del montón de desagradables quejicas que Nancy le había presentado. Al menos Stanley era una persona madura. Al menos Stanley nunca se quejaba. Decimoséptimo: Stanley era judío del mismo modo en que ella era judía, un miembro leal de la tribu pero sin interés por practicar la religión ni por jurar devoción a Dios, lo que supondría llevar una vida libre de rituales y superstición, nada más que regalos en Januká, el pan ácimo y las cuatro preguntas una vez al año en primavera, circuncisión para los niños varones si llegaban a tener hijos, pero nada de oraciones, ni sinagogas ni aparentar que se cree en lo que ella no creía. Decimoctavo: no, no amaba a Stanley, pero Stanley la quería a ella. Tal vez eso fuera suficiente para empezar, un primer paso. Y después, ¿quién sabía?

Pasaron la luna de miel en un centro turístico frente a un lago en las Adirondack, una semana de iniciación en los secretos de la vida conyugal, breve pero interminable, porque cada momento parecía conllevar el peso de una hora o un día por la absoluta novedad de todo lo que estaban experimentando, un periodo de nervios e impacientes ajustes, de pequeñas victorias y revelaciones íntimas, durante el cual Stanley dio a Rose las primeras clases de conducir y le enseñó los rudimentos del tenis, y luego volvieron a Newark y se instalaron en el piso en donde pasarían los primeros años de su matrimonio, un apartamento de dos habitaciones en Van Velsor

Place, en el barrio de Weequahic. El regalo de Schneiderman fue un mes de vacaciones pagadas, y en las tres semanas anteriores a su vuelta al trabajo, Rose aprendió a cocinar por sí sola, tenazmente, sólo contando con el viejo y sólido manual de la ciencia culinaria norteamericana que su madre le había regalado en su cumpleaños, *La cocina de las casas sociales*, que llevaba el subtítulo de *El camino al corazón de un hombre*, un volumen de seiscientas veintitrés páginas con platos recopilados por la señora Simon Kander que incluía «Recetas probadas de las cocinas de la Escuela Pública de Milwaukee, Oficios Femeninos e Instituto Técnico, Dietistas Autorizados y Amas de Casa Experimentadas». Al principio ocurrieron numerosos desastres, pero Rose aprendía enseguida, y siempre que se ponía a hacer algo acababa haciéndolo con bastante acierto, pero incluso en aquellos primeros días de ir tanteando, de carne demasiado hecha y verduras fláccidas, de pasteles empalagosos y puré de patatas con grumos, Stanley nunca le dirigió una palabra negativa. Por horribles que fueran los platos que le hacía, él se llevaba con calma cada trozo a la boca, masticaba con evidente gusto y luego, por la noche, cada noche sin excepción, la miraba a los ojos y le decía lo deliciosos que le habían sabido. Rose a veces se preguntaba si Stanley no estaría tomándole el pelo, o si estaba demasiado distraído para darse cuenta de lo que le había dado, pero igual que con la comida que preparaba, así era con todo lo que se refería a su vida en común, y en cuanto Rose empezó a prestar atención, es decir, a sumar todas las situaciones de potencial discordia entre ellos, llegó a la sorprendente conclusión, enteramente inimaginable, de que *Stanley nunca la criticaba*. Para él, ella era un ser perfecto, una mujer perfecta, una esposa perfecta, y por tanto, como en un argumento teológico que demostrara la inevitable existencia de Dios, todo lo que ella hacía, decía y pensaba era necesariamente perfecto, tenía que ser necesariamente perfecto. Después de compartir habitación con Mildred durante la mayor parte de su vida, la misma Mildred que había instalado cerraduras en los cajones de su cómoda para evitar que su hermana pequeña se pusiera su ropa, la misma Mildred que la había llamado *cabeza hueca* por ir al cine con tanta frecuencia, Rose tenía que compartir habitación ahora con un hombre que la consideraba perfecta, y aquel hombre, además, en aquella misma habitación, estaba aprendiendo rápidamente a acariciarla de la forma en que a ella más le gustaba.

Newark era un aburrimiento, pero el apartamento era más amplio y luminoso que el de sus padres al otro lado del río, y todos los muebles eran nuevos (los mejores que 3 Brothers Home World podía ofrecer, que no era lo mejor de lo mejor, quizá, pero sí bastante bueno por el momento), y en cuanto volvió a trabajar de nuevo con Schneiderman, la ciudad continuó siendo una parte fundamental de su vida, la querida, sucia, vehemente Nueva York, la capital de los rostros humanos, la Babel horizontal de las lenguas humanas. El desplazamiento diario al trabajo consistía en un lento autobús hasta el tren, trayecto de doce minutos desde una estación Penn a la otra, y luego un corto paseo hasta el estudio de Schneiderman, pero a ella no le importaba el viaje, sobre todo cuando por el camino había tanta gente que observar, y le encantaba especialmente el momento en que el tren llegaba a Nueva York y se detenía, a lo que siempre seguía una breve pausa, como si el mundo retuviese el aliento en muda expectación, y entonces se abrían las puertas y todo el mundo salía

apresuradamente, con un vagón tras otro arrojando pasajeros al andén, de pronto abarrotado, y Rose se deleitaba con la celeridad y determinación de aquella multitud, cada individuo arremetiendo en la misma dirección, y ella también, en medio de todo aquello, de camino al trabajo con todos los demás. Hacía que se sintiera independiente, ligada a Stanley pero al mismo tiempo ella misma, lo que constituía una nueva y espléndida sensación, y después de subir las escaleras para fundirse con otra multitud al aire libre, se encaminaba hacia la calle Veintisiete Oeste imaginándose a la diversa gente que acudiría aquel día al estudio, padres con hijos recién nacidos, niños con sus equipos de béisbol, parejas de ancianos sentándose uno al lado del otro para el retrato de su cuadragésimo o quincuagésimo aniversario de boda, chicas sonrientes con sus gorros y vestidos largos, mujeres de clubs femeninos, hombres de clubs masculinos, un policía novato con su uniforme azul de gala, y por supuesto los soldados, cada vez más y más soldados, a veces con sus mujeres, novias o padres, pero casi siempre solos, militares solitarios de permiso en Nueva York o en casa de vuelta del frente o a punto de salir a cualquier parte donde matar o que los mataran, y Rose rogaba por todos ellos, pedía para que todos volvieran con los miembros unidos a un cuerpo que siguiera respirando, imploraba, cada mañana, caminando de la estación Penn a la calle Veintisiete Oeste, que la guerra acabara pronto.

No había serios motivos para arrepentirse, entonces, nada de agobiantes dudas sobre haber aceptado la proposición de Stanley, aunque el matrimonio traía aparejados determinados inconvenientes que no se le podían achacar directamente, pero aun así, al casarse con él también se había casado con su familia, y cada vez que le tocaba estar con aquel trío de necios tarambanas se preguntaba cómo había podido sobrevivir Stanley a su infancia sin volverse tan chiflado como ellos. La primera su madre, Fanny Ferguson, aún llena de energía a sus sesenta y tantos años, que no medía más de uno cincuenta y ocho o cincuenta y nueve, una amargada de pelo blanco que miraba con el ceño fruncido, siempre inquieta y vigilante, que murmuraba en voz baja cuando se quedaba sola en el sofá en las reuniones familiares, sola porque nadie se atrevía a acercarse a ella, sobre todo sus cinco nietos, con edades que iban de los seis a los once años, que parecían estar verdaderamente muertos de miedo en su presencia, porque Fanny no pensaba en otra cosa que en darles un pescozón cada vez que se portaban mal (si infracciones tales como reír, chillar, brincar, tropezar con los muebles y eructar sonoramente podían considerarse mal comportamiento), y cuando no podía aproximarse lo suficiente para darles un capón, les gritaba en voz tan alta como para hacer que vibraran las pantallas de las lámparas. El día en que Rose la conoció, Fanny le dio un pellizco en la mejilla (lo bastante fuerte como para que le doliera) y declaró que era una chica agraciada. Luego se dedicó a no hacerle caso durante el resto de la velada, como siguió haciendo desde entonces a lo largo de cada visita, con lo que la relación entre ellas no pasaba de las insulsas formalidades de decirse hola y adiós, pero como Fanny demostraba la misma indiferencia hacia ella que hacia sus otras dos nueras, Millie y Joan, Rose no se lo tomaba a pecho. A Fanny sólo le interesaban sus hijos, los hijos que la mantenían y que diligentemente se presentaban todos los viernes por la noche en su casa para cenar, pero las mujeres con quienes se habían casado no eran más que sombras para ella, y la mayoría de las

veces le resultaba difícil recordar sus nombres. Nada de eso molestaba especialmente a Rose, cuyo trato con Fanny era escaso e irregular, pero los hermanos de Stanley eran algo completamente diferente, porque trabajaban con él y se veían todos los días, y en cuanto asimiló el hecho impresionante de que eran dos de los hombres más guapos que había visto en la vida, ídolos masculinos con cierto parecido a Errol Flynn (Lew) y Cary Grant (Arnold), empezó a sentir una intensa aversión hacia ellos. Eran superficiales y deshonestos, consideraba ella, el mayor, Lew, no tanto escaso de inteligencia como reducido por su inclinación a apostar al fútbol americano y al béisbol, mientras que a Arnold, más joven, poco le faltaba para ser imbécil, un sátiro de ojos vidriosos que bebía mucho y nunca desaprovechaba la oportunidad de tocarle los brazos y los hombros, de darle apretones en los brazos y los hombros, que la llamaba *Muñeca, Cariño* y *Preciosa* y le producía una repulsión cada vez más acentuada. No le gustaba que Stanley les hubiera dado trabajo en la tienda, y detestaba que se burlaran de él a sus espaldas y a veces en su propia cara, el bueno de Stanley, que era cien veces más hombre que ellos, y aunque fingiera que no se daba cuenta, soportaba su pereza y mezquindad sin una palabra de reproche, demostrando tal paciencia que Rose se preguntaba si se había casado con un santo sin saberlo, uno de esos raros individuos que nunca pensaban mal de nadie, y sin embargo, razonaba ella, tal vez no fuera más que un incauto, alguien que nunca había aprendido a defenderse para hacer valer sus derechos. Con poca o ninguna ayuda de sus hermanos, había convertido 3 Brothers Home World en una empresa rentable, un amplio emporio, iluminado con tubos fluorescentes, de butacas y radios, de mesas de comedor y neveras, de conjuntos de dormitorio y licuadoras Waring, un negocio de gran volumen y calidad media que atendía a una clientela de nivel medio e ingresos bajos, a su modo una maravillosa ágora del siglo XX, pero al cabo de varias visitas durante las semanas siguientes a la luna de miel, Rose dejó de ir a la tienda; no sólo porque ya había vuelto al trabajo, sino porque se sentía a disgusto allí, descontenta, enteramente fuera de lugar entre los hermanos de Stanley.

No obstante, atenuaban un poco su decepción con la familia las mujeres e hijos de los hermanos, los Ferguson que en realidad no eran Ferguson, los que no habían vivido las calamidades padecidas por Ike, Fanny y su descendencia, y Rose se encontró enseguida con dos nuevas amigas, Millie y Joan. Ambas mujeres eran mayores que ella (treinta y cuatro y treinta y dos), pero la acogieron en la tribu como una más, otorgándole plena condición de miembro el mismo día de su boda, lo que significaba, entre otras cosas, que se le había conferido el derecho de conocer todos los secretos de las cuñadas. A Rose la impresionó especialmente la habladora Millie, que fumaba como una chimenea, una mujer tan delgada que en vez de huesos parecía tener alambres bajo la piel, una persona avispada y testaruda que comprendía la clase de hombre con quien se había casado, y por muy leal que fuese hacia Lew, su intrigante y derrochador marido, no dejaba de soltar una continua profusión de comentarios socarrones sobre él, observaciones tan agudas y mordaces que Rose a veces tenía que salir de la habitación por miedo a reírse demasiado fuerte. En comparación con Millie, Joan era una especie de bobalicona, pero tan generosa y de buen corazón que aún no había comprendido que se había casado con un majadero, y sin embargo, qué buena madre era, pensaba Rose, tan tierna, paciente y cariñosa,

mientras que la afilada lengua de Millie con frecuencia provocaba conflictos con sus hijos, menos obedientes que los de Joan. Los dos de Millie eran Andrew, de once años, y Alice, de nueve; los tres de Joan eran Jack, de diez, Francie, de ocho, y Ruth, de seis. Todos le caían bien a Rose, cada uno a su manera, salvo por Andrew en todo caso, que parecía tener una faceta brusca y agresiva, lo que conducía a frecuentes regañinas por parte de Millie cuando le daba por pegar a su hermana pequeña, pero Francie era su preferida, Francie sin lugar a dudas, sencillamente no podía evitarlo, una niña preciosa, sumamente vivaracha, y cuando se conocieron fue como si se enamoraran a primera vista, la alta Francie, de pelo color caoba, precipitándose a los brazos de Rose y diciendo: Tía Rose, mi nueva tía Rose, qué guapa eres, guapa y guapa, y vamos a ser amigas para siempre. Así empezó y así siguió después, cada una embelesada con la otra, y había pocas cosas mejores en este mundo, pensaba Rose, que el hecho de que Francie se subiera a su regazo cuando todos estaban sentados a la mesa y empezara a contarle cosas del colegio, del último libro que había leído, de la amiga que había dicho algo desagradable de ella o del vestido que le iba a comprar su madre para su cumpleaños. La niña se relajaba en la protectora suavidad del cuerpo de su tía y, mientras hablaba, Rose le pasaba la mano por el pelo, la mejilla o la espalda y al poco tiempo sentía que estaba flotando, que las dos habían salido de la habitación y de la casa y se mecían juntas en el aire, lejos de la calle. Sí, no había nada agradable en aquellas reuniones familiares, pero también tenían sus compensaciones, pequeños milagros inesperados que ocurrían en los momentos más inverosímiles, porque los dioses eran irracionales, concluyó Rose, y otorgaban sus dones en el momento y lugar que creían conveniente.

Rose quería ser madre, dar a luz un hijo, llevar una criatura en su seno, tener un segundo corazón palpitando en su vientre. No había nada más importante que eso, ni siquiera su trabajo con Schneiderman ni el plan a largo plazo y aún mal definido de ponerse a trabajar por su cuenta como fotógrafa, de abrir un estudio con su nombre escrito en un letrero sobre la puerta de entrada. Tales ambiciones no significaban nada comparadas con el simple deseo de traer a este mundo un nuevo ser, a su propio hijo, a su propia criatura, y ser madre de esa persona para el resto de su vida. Stanley cumplió su parte, haciendo el amor con ella sin protección y dejándola embarazada tres veces en los primeros dieciocho meses de matrimonio, pero Rose abortó en las tres ocasiones, siempre en el tercer mes de embarazo, y cuando celebraron su segundo aniversario de boda en abril de 1946 seguían sin hijos.

Los médicos decían que no había nada malo, que se encontraba en perfecto estado de salud y acabaría llevando el embarazo a buen término, pero aquellas pérdidas le pesaban mucho, y a medida que un niño sin nacer seguía a otro, que un fracaso conducía a otro, empezó a pensar que la habían despojado de su condición de mujer. Lloraba durante días después de cada descalabro, sollozaba como si no hubiera derramado una lágrima desde los meses que siguieron a la muerte de David, y Rose, normalmente optimista, la intuitiva Rose con su gran capacidad para sobreponerse al infortunio, se entregaba al abatimiento y al malsano dolor de la autocompasión. De no haber sido por Stanley, imposible saber hasta qué punto habría caído, pero él permaneció firme y sereno, imperturbable ante sus lágrimas, y después de cada niño perdido le aseguraba que sólo era un revés transitorio y todo saldría bien al final.

Cuando le decía esas cosas, Rose se sentía muy unida a él, muy agradecida por su ternura, sumamente amada. No le creía una sola palabra, desde luego —¿cómo podía creerle cuando la evidencia declaraba todo lo contrario?—, pero la aliviaba escuchar mentiras tan reconfortantes. A pesar de todo, no entendía la calma con que él se tomaba el anuncio de cada aborto, lo poco que sufría por la brutal y sanguinolenta expulsión de su cuerpo de sus hijos no nacidos. ¿Sería posible, se preguntaba ella, que Stanley no compartiera su deseo de tener hijos? Quizá ni siquiera se diera cuenta de ello, pero ¿y si en el fondo quería que las cosas siguieran así con objeto de tenerla exclusivamente para él, una mujer sin lealtades divididas, sin separación en sus afectos hacia hijo y padre? Nunca se atrevió a manifestarle esos pensamientos, jamás hubiera soñado con ofenderlo con tan infundadas sospechas, pero seguía con la duda y se preguntaba si no se habría esforzado demasiado al desempeñar sus papeles de buen hijo, hermano y marido, porque, en caso de que así fuera, tal vez no le quedaran energías para el de padre.

El 5 de mayo de 1945, tres días antes del final de la guerra en Europa, el tío Archie murió de repente de un ataque al corazón. Tenía cuarenta y nueve años, una edad grotescamente temprana para morir, y para que las circunstancias fueran aún más grotescas, el funeral se celebró el Día de la Victoria, lo que significaba que mientras la desolada familia Adler salía del cementerio y volvía al apartamento de Archie en la Flatbush Avenue de Brooklyn, la gente bailaba en las calles del barrio, tocando a todo volumen el claxon de los coches y gritando de bullicioso júbilo para festejar el final de una parte de la guerra. El alboroto siguió durante horas mientras la mujer de Archie, Pearl, y sus hijas gemelas de diecinueve años, Betty y Charlotte, así como los padres y la hermana de Rose, la propia Rose y Stanley, junto con los cuatro miembros que aún quedaban del Downtown Quintet y una docena de amigos, parientes y vecinos permanecían sentados o de pie en el silencioso apartamento con las persianas echadas. La buena noticia que llevaban tanto tiempo esperando parecía burlarse del horror de la muerte de Archie, y las vivaces y jubilosas voces del exterior eran como una cruel profanación, como si todo el distrito de Brooklyn estuviera bailando sobre la tumba de Archie. Fue una tarde que Rose jamás olvidaría. No sólo por su propio dolor, ya memorable de por sí, sino también porque Mildred estaba tan destrozada que se bebió siete whiskies y perdió el conocimiento en el sofá, y porque fue la primera vez en la vida que vio desmoronarse y llorar a su padre. También fue la tarde en que Rose decidió que, si alguna vez le cabía en suerte tener un hijo, le pondría el nombre de Archie.

Cuando en agosto cayeron las enormes bombas en Hiroshima y Nagasaki, la otra parte de la guerra llegó a su fin, y a mediados de 1946, dos meses después del segundo aniversario de boda de Rose, Schneiderman le comunicó que pensaba jubilarse pronto y buscaba a alguien que le comprara el negocio. Dados los progresos que había hecho en los años que llevaban trabajando juntos, le dijo, teniendo en cuenta que ya se había convertido en una fotógrafa experta y competente, se preguntaba si tenía algún interés en quedarse con él. Era el mayor cumplido que le había hecho. Pese a sentirse halagada, sin embargo, Rose sabía que no era buen momento, porque Stanley y ella llevaban un año ahorrando hasta el último céntimo para comprar una casa en las afueras, una casa unifamiliar con jardín, árboles y garaje

para dos coches, y no podían permitirse comprar las dos cosas, la vivienda y el estudio. Dijo a Schneiderman que debía hablarlo con su marido, cosa que hizo prontamente aquella misma noche después de cenar, con la total seguridad de que Stanley le diría que era totalmente imposible, pero la sorprendió contestándole que era ella quien debía decidir, que si estaba dispuesta a renunciar a la idea de la casa, podía quedarse con el estudio siempre y cuando fuese por un precio que pudieran pagar. Se quedó pasmada. Sabía que la mayor ilusión de Stanley era comprar la casa y de pronto le decía que el apartamento no tenía nada de malo, que no le importaría seguir viviendo allí durante otros cuantos años, todo lo cual no era cierto, y como le estaba mintiendo descaradamente, mintiéndole porque la adoraba y quería que tuviera todo lo que deseara, algo cambió en Rose aquella noche, y comprendió que empezaba a querer a Stanley, a quererlo de verdad, y si la vida seguía mucho más tiempo por ese camino, incluso le sería posible enamorarse de él, sentirse de nuevo fulminada por un imposible Gran Amor.

No nos precipitemos, dijo ella. Yo también he estado soñando con esa casa, y el salto de ayudante a jefe es un gran paso. No sé si estoy preparada para darlo. ¿Podemos tomarnos un tiempo para pensarlo?

Stanley convino en meditarlo durante un tiempo. Cuando Rose vio a Schneiderman en el estudio a la mañana siguiente, él también estuvo de acuerdo en que se tomara un tiempo de reflexión, y diez días después de empezar a pensarlo descubrió que estaba embarazada otra vez.

Durante los últimos meses había estado viendo a otro médico, un hombre en quien confiaba llamado Seymour Jacobs, individuo inteligente y buen doctor, pensaba ella, que la escuchaba con atención y no llegaba a conclusiones precipitadas, y debido a su pasado historial de tres abortos espontáneos, Jacobs la instó a dejar de viajar todos los días a Nueva York, a no trabajar durante todo el embarazo y a permanecer en casa descansando en la cama lo más posible. Comprendía que esas medidas le pareciesen drásticas y un tanto anticuadas, pero estaba preocupado por ella y aquélla podría ser su última oportunidad de tener un hijo. *Mi última oportunidad*, repitió Rose para sus adentros mientras seguía escuchando al médico de cuarenta y dos años, de nariz alargada y compasivos ojos castaños, que le explicaba cómo lograría ser madre. Nada de fumar y beber, añadió. Una dieta estricta, de alto contenido en proteínas, complementos vitamínicos diarios y una tabla de ejercicios especiales. Pasaría a verla una vez cada dos semanas, y en el instante en que tuviera el menor atisbo de dolor, debía descolgar el teléfono y marcar su número. ¿Quedaba todo claro?

Sí, todo estaba claro. Y así concluyó el dilema de si comprar la casa o el estudio, lo que a su vez puso fin a sus días con Schneiderman, por no hablar de que se acabaría su trabajo de fotógrafa ni de que su vida se pondría patas arriba.

Rose se sentía a la vez eufórica y confusa. Eufórica por saber que aún tenía una oportunidad; confusa por cómo se las iba a arreglar con lo que equivalía a siete meses de arresto domiciliario. Habría que hacer un infinito número de adaptaciones, no sólo por su parte sino también por parte de Stanley, pues ahora tendría que hacer él la compra y la comida casi siempre, el pobre Stanley, con tanto trabajo encima y tantas horas seguidas, y además habría que añadir el jornal de una asistenta que limpiara el

apartamento e hiciera la colada un par de veces por semana, casi todos los aspectos de la vida cotidiana se verían alterados, con sus horas de vigilia regidas en lo sucesivo por una multitud de restricciones y prohibiciones, nada de levantar objetos pesados, ni pasar cerca de los muebles ni hacer esfuerzos para abrir una ventana atascada durante una ola de calor en verano, tendría que estar muy pendiente de lo que hacía, ser consciente de las miles de pequeñas y grandes cosas que siempre había hecho de forma inconsciente, y por supuesto se había acabado el tenis (que había llegado a encantarle) y la natación (que le gustaba desde pequeña). En otras palabras, la vigorosa y atlética Rose, siempre en perpetuo movimiento, que cuando más a gusto se sentía consigo misma era cuando se veía presa de un desbordante arranque de actividad, tenía ahora que aprender a estarse quieta.

Fue Mildred, precisamente, quien la salvó de la perspectiva de un aburrimiento terminal, quien tomó cartas en el asunto para transformar aquellos meses de inmovilidad en lo que Rose describiría más tarde como *una grandiosa aventura*.

No puedes pasarte el día en casa escuchando la radio y viendo esas tonterías en la televisión, aseveró Mildred. ¿Por qué no exprimirse el cerebro para variar y ponerse al corriente?

¿Ponerse al corriente de qué?, repitió Rose, sin comprender lo que decía Mildred.

Puede que no te des cuenta, le dijo su hermana, pero tu médico te ha hecho un espléndido regalo. Te ha convertido en una prisionera y, a diferencia de las demás personas, los presos tienen tiempo, infinitas cantidades de tiempo. Lee libros, Rose. Empieza a educarte por ti misma. Es tu oportunidad, y si quieres que te ayude, lo haré con mucho gusto.

La ayuda de Mildred llegó en forma de una lista de lecturas, de varias listas a lo largo de los meses siguientes, y con los cines prohibidos temporalmente, por primera vez en su vida Rose satisfizo su avidez de historias con novelas, buenas novelas, no los relatos detectivescos ni los éxitos de librería por los que ella se habría sentido atraída, sino con los libros que Mildred le recomendaba, clásicos desde luego, pero siempre seleccionados pensando en Rose, obras que a juicio de Mildred gustarían a su hermana, lo que significaba que ni *Moby Dick*, ni *Ulises* ni *La montaña mágica* entraron nunca en las listas, porque aquellos libros habrían constituido una tarea de enormes proporciones para ella, tan escasamente preparada, pero cuántos otros había para escoger, y a medida que pasaban los meses y la criatura iba creciendo en sus entrañas, Rose se pasaba el día inmersa en las páginas de aquellos libros, y aunque hubo algunas decepciones entre las docenas que leyó (*Fiesta*, por ejemplo, que le pareció falso y superficial), casi todos los demás la cautivaron y la tuvieron ensimismada de principio a fin, entre ellos *Suave es la noche*, *Orgullo y prejuicio*, *La casa de la alegría*, *Moll Flanders*, *La feria de las vanidades*, *Cumbres borrascosas*, *Madame Bovary*, *La cartuja de Parma*, *Primer amor*, *Dublineses*, *Luz de agosto*, *David Copperfield*, *Middlemarch*, *Washington Square*, *La letra escarlata*, *Calle Mayor*, *Jane Eyre* y muchos más, pero de todos los autores que descubrió durante su confinamiento fue Tolstói el que más le dijo, el colosal Tolstói, que entendía la vida toda, pensaba Rose, todo lo que había que saber sobre el corazón humano y la mente humana, con independencia de a quién perteneciera el corazón o la mente, a un

hombre o a una mujer, y cómo era posible, se preguntaba, que un hombre supiera lo que Tolstói sabía de las mujeres, no tenía sentido que un hombre pudiera ser todos los hombres y todas las mujeres, y por tanto caminó con paso firme a lo largo de casi todo lo que Tolstói había escrito, no sólo las grandes novelas como *Guerra y paz*, *Ana Karénina* y *Resurrección*, sino también las obras breves, las novelas cortas y los relatos, ninguno de ellos más impactante para ella que *Felicidad conyugal*, la historia en cien páginas de una joven recién casada y su gradual desilusión, una obra que le llegó a lo más hondo y la hizo llorar al final, y cuando Stanley volvió a casa por la noche se alarmó al verla en tal estado, porque a pesar de que había terminado de leerla a las tres de la tarde seguía teniendo los ojos húmedos de lágrimas.

El nacimiento del bebé estaba previsto para el 16 de marzo de 1947, pero a las diez de la mañana del día 2, un par de horas después de que Stanley se marchara a trabajar, Rose, aún en camisón e incorporada en la cama con *Historia de dos ciudades* apoyada en la ladera norte de su enorme vientre, sintió una repentina punzada en la vejiga. Suponiendo que debía hacer pis, retiró pausadamente, con dificultad, la sábana y las mantas, aproximó su descomunal mole al borde de la cama, apoyó los pies en el suelo y se puso en pie. Antes de que pudiera dar un paso hacia el cuarto de baño, sintió un flujo cálido que le corría por la parte interior de los muslos. No se movió. Estaba frente a la ventana, y cuando miró al exterior vio que caía una nieve difusa y ligera. Qué quieto parecía todo en aquel momento, pensó, como si nada en el mundo se moviera menos la nieve. Volvió a sentarse en la cama y llamó a 3 Brothers Home World, pero la persona que contestó al teléfono le dijo que Stanley había salido a un recado y no volvería hasta después de comer. Entonces llamó al doctor Jacobs, cuya secretaria le informó de que el médico acababa de salir del consultorio para hacer una visita. Sintiendo ya algo de pánico, Rose encargó a la secretaria que dijera al doctor que se dirigía al hospital, y entonces marcó el número de Millie. Su cuñada descolgó el teléfono al tercer tono, de modo que fue Millie quien acudió a buscarla. Durante el breve trayecto al ala de maternidad del Beth Israel, Rose le dijo que Stanley y ella ya habían elegido nombres para la criatura que estaba a punto de nacer. Si era niña, se llamaría Esther Ann Ferguson. Si era niño, iría por la vida con el nombre de Archibald Isaac Ferguson.

Millie miró al retrovisor y observó a Rose, que iba despatarrada en el asiento trasero. Archibald, dijo. ¿Estáis seguros?

Sí, estamos seguros, contestó Rose. Archie, por mi tío. Isaac, por el padre de Stanley.

Esperemos que sea un chico fuerte, comentó Millie. Iba a decir otra cosa, pero antes de que pudiera añadir una palabra más se encontraron frente a la entrada del hospital.

Millie reunió a la tropa, y cuando Rose dio a luz a su hijo a las 2.07 de la madrugada siguiente, todos estaban allí: sus padres y Stanley, Mildred y Joan, incluso la madre de Stanley. Así nació Ferguson, y al emerger del cuerpo de su madre, durante unos segundos fue el ser humano más joven sobre la faz de la Tierra.

1.1

Su madre se llamaba Rose, y cuando fuera lo bastante mayor para atarse los zapatos y dejar de hacerse pis en la cama, pensaba casarse con ella. Ferguson sabía que Rose ya estaba casada con su padre, pero su padre era viejo y no tardaría mucho en morirse. Una vez que pasara eso, Ferguson se casaría con su madre, cuyo marido a partir de entonces se llamaría Archie, no Stanley. Se pondría triste cuando su padre muriese, pero no mucho, no lo suficiente como para derramar lágrimas. Llorar era de niños pequeños, y él ya no era pequeño. Había momentos en que aún se le saltaban las lágrimas, claro está, pero sólo cuando se caía y se hacía daño, y hacerse daño no contaba.

Las mejores cosas del mundo eran el helado de vainilla y saltar en la cama de sus padres. Las peores, el dolor de tripa y la fiebre.

Ya sabía que los caramelos de bola eran peligrosos. Por mucho que le gustaran, comprendía que no debía metérselos en la boca. Se resbalaban mucho, y no podía evitar tragárselos, y como eran demasiado grandes para llegar hasta abajo, se le quedaban en la garganta y se le hacía difícil respirar. Jamás olvidaría lo mal que se sintió el día en que empezó a ahogarse, pero entonces su madre irrumpió en la habitación, lo levantó del suelo, lo volvió boca abajo y, sujetándolo por los pies con una mano, empezó a darle golpes en la espalda con la otra hasta que la bola le salió de la boca y cayó resonando al suelo. Su madre le dijo: *Se acabaron los caramelos de bola, Archie. Son muy peligrosos*. Después, le pidió que la ayudara a llevar a la cocina el cuenco de caramelos, y se turnaron tirando una por una a la basura las bolas rojas, amarillas y verdes. Entonces su madre dijo: *Adiós, caramelos de bola*. Qué palabra tan graciosa: *adiós*.

Eso ocurrió en Newark, en los lejanos días en que vivían en el apartamento de la tercera planta. Ahora vivían en una casa, en un sitio llamado Montclair. La casa era más grande, pero en realidad ya no lograba recordar mucho del apartamento. Salvo las bolas de caramelo. Salvo las persianas venecianas de su habitación, que resonaban siempre que la ventana estaba abierta. Salvo el día en que su madre plegó su cuna y durmió solo en una cama por primera vez.

Su padre se marchaba de casa por la mañana temprano, con frecuencia antes de que él se despertara. Unas veces llegaba a casa a la hora de cenar, y otras no había llegado cuando acostaban a Ferguson. Su padre trabajaba. Eso era lo que hacían los hombres. Todos los días salían de casa para ir a trabajar, y como trabajaban, ganaban dinero, y como ganaban dinero, podían comprar cosas para sus mujeres e hijos. Así fue como se lo explicó su madre una mañana mientras él veía cómo se alejaba el coche azul de su padre. Parecía un buen plan, pensó Ferguson, pero aquello del dinero resultaba algo confuso. El dinero era pequeño y sucio, ¿y cómo podían aquellos asquerosos trocitos de papel conseguir algo tan grande como un coche o una casa?

Sus padres tenían dos coches, un DeSoto azul su padre y un Chevrolet verde su madre, pero Ferguson tenía treinta y seis, y en los días oscuros, cuando llovía mucho

para salir afuera, los sacaba de la caja y colocaba en fila su flota en miniatura en el suelo del salón. Había coches de dos y de cuatro puertas, descapotables, coches de policía y ambulancias, camiones de la basura, taxis y autobuses, coches de bomberos y hormigoneras, furgonetas de reparto y rancheras, Fords y Chryslers, Pontiacs y Studebakers, Buicks y Nash Ramblers, todos distintos, ni uno remotamente parecido a otro, y siempre que Ferguson se disponía a empujar alguno por el suelo, se agachaba y miraba dentro, al asiento vacío del conductor, y como para circular todo coche necesitaba un conductor, se imaginaba que sentado al volante iba él, una persona diminuta, un hombre tan pequeño que no abultaba más que la última falange de su pulgar.

Su madre fumaba cigarrillos pero su padre no fumaba nada, ni siquiera puros o en pipa. Old Gold. Qué bien sonaba ese nombre, pensaba Ferguson, y cuánto se rio cuando su madre le hizo anillos de humo. A veces su padre le decía a ella: *Fumas demasiado, Rose,* y su madre asentía con la cabeza y estaba de acuerdo con él, pero seguía fumando igual que antes. Cuando su madre y él subían al coche verde para hacer recados, iban a comer a un pequeño restaurante llamado Al's Diner, y en cuanto él se acababa su batido de chocolate y su sándwich caliente de queso, su madre le daba una moneda de veinticinco centavos y le encargaba que le sacara un paquete de Old Gold de la máquina de tabaco. Con la moneda que le había dado se sentía como una persona mayor, cosa que era la mejor sensación del mundo, y allá que se dirigía con paso firme, al fondo del restaurante donde estaba la máquina, pegada a la pared entre los dos lavabos. Una vez allí, se ponía de puntillas para introducir la moneda en la ranura, accionaba el tirador debajo del apilado montón de Old Gold, y escuchaba el sonido del paquete mientras caía por el interior de la voluminosa máquina hasta aterrizar en el plateado canalón que corría bajo los tiradores. En aquellos tiempos los cigarrillos no costaban veinticinco, sino veintitrés centavos, y cada paquete venía con dos centavos de cobre de reciente cuño metidos en el envoltorio de celofán. Su madre siempre le dejaba quedarse con los dos centavos, y mientras ella se fumaba el cigarrillo de después de comer y se terminaba el café, él los tenía en la palma de la mano y observaba el perfil grabado del hombre que aparecía en la cara de las dos monedas. Abraham Lincoln. O, como a veces decía su madre: *El honrado Abe*.

Aparte de la pequeña familia de Ferguson y sus padres, había que contar con otras dos, la familia de su padre y la de su madre, los Ferguson de Nueva Jersey y los Adler de Nueva York, la gran familia de dos tías, dos tíos y cinco primos y la pequeña familia de sus abuelos y la tía Mildred, que a veces incluía a la tía abuela Pearl y a las primas ya mayores, las gemelas Betty y Charlotte. El tío Lew tenía un bigote fino y llevaba gafas con montura metálica, el tío Arnold fumaba Camel y era pelirrojo, la tía Joan era bajita y rechoncha, la tía Millie, un poco más alta pero muy delgada, y las primas no solían hacerle caso porque era mucho más pequeño que ellas, a excepción de Francie, que a veces cuidaba de él cuando sus padres iban al cine o a una fiesta a casa de alguien. Francie era con mucho su persona preferida de la familia de Nueva Jersey. Le hacía preciosos y complicados dibujos de castillos y caballeros en sus monturas, le dejaba comer tanto helado de vainilla como quisiera, le contaba chistes graciosos, y daba gusto verla de lo guapa que era, con su pelo largo que parecía castaño y rojizo a la vez. La tía Mildred también era guapa, pero tenía el

pelo rubio, diferente del de su madre, que era castaño oscuro, y aunque su madre le repetía que Mildred era su hermana, a veces se le olvidaba porque no se parecían en nada. Llamaba Papa a su abuelo y Nana a su abuela. Papa fumaba Chesterfield y casi no tenía pelo. Nana era más bien gorda y se reía de forma muy interesante, como si tuviese pájaros atrapados en la garganta. Era mejor ir de visita al piso de los Adler en Nueva York que a las casas de los Ferguson en Union y Maplewood, aunque sólo fuera por el trayecto del túnel Holland, que lo entusiasmaba, la curiosa sensación de ir por un tubo debajo del agua revestido de millones de baldosines idénticos, y cada vez que hacía aquel viaje subacuático, se maravillaba de lo bien ajustados que estaban los baldosines y se preguntaba cuántos hombres habrían hecho falta para culminar tan colosal tarea. El piso era más pequeño que las casas de Nueva Jersey, pero tenía la ventaja de estar alto, en la planta sexta del edificio, y Ferguson nunca se cansaba de mirar por la ventana del salón y observar el movimiento del tráfico en torno a Columbus Circle, y además, en Acción de Gracias, estaba la ventaja añadida de ver cómo pasaba el desfile anual enfrente de aquella ventana, con el globo gigantesco de Mickey Mouse casi dándole en plena cara. Otra cosa buena de ir a Nueva York era que cuando llegaba siempre tenía regalos, cajas de caramelos de su abuela, libros y discos de tía Mildred y toda clase de cosas especiales de su abuelo: aeroplanos de balsa, un juego llamado parchís (otra excelente palabra), barajas de cartas, trucos de magia, un sombrero rojo de vaquero y un par de revólveres en fundas de cuero de verdad. En las casas de Nueva Jersey no había tales obsequios, y por tanto Ferguson decidió que Nueva York era el sitio donde había que estar. Cuando le preguntó por qué no podían vivir todo el tiempo allí, su madre esbozó una gran sonrisa y contestó: *Pregúntale a tu padre*. Cuando le preguntó, su padre contestó: *Pregúntale a tu madre*. Por lo visto, había preguntas que no tenían respuesta.

Él quería un hermano, preferiblemente un hermano mayor, pero como eso ya no era posible, se conformaría con uno más pequeño, y si no podía tener un hermano, se contentaría con una hermana, incluso con una hermana pequeña. Muchas veces se sentía solo sin nadie con quien jugar ni hablar, y la experiencia le había enseñado que todos los chicos tenían hermanos, y por lo que él sabía, él era la única excepción en el mundo de esa regla. Francie tenía a Jack y Ruth, Andrew y Alice se tenían el uno al otro, su amigo Bobby, un poco más abajo en la misma calle, tenía un hermano y dos hermanas, y hasta sus propios padres habían pasado la infancia en compañía de otros chicos, dos hermanos en el caso de su padre y una hermana en el de su madre, y no era justo que él fuese el único entre los miles de millones de personas que poblaban el mundo en tener que pasarse toda la vida solo. No tenía una idea clara de cómo se producían los niños, pero había aprendido lo suficiente para saber que empezaban en el cuerpo de la madre, y por tanto las madres eran un elemento esencial de la operación, lo que significaba que tendría que hablar con la suya para cambiar su condición de hijo único a hermano. A la mañana siguiente, sacó el tema pidiéndole bruscamente que por favor se pusiese a la tarea de hacer otro niño para él. Su madre permaneció en silencio durante unos segundos, se puso luego de rodillas, lo miró a los ojos y empezó a pasarle la mano por la cabeza. Aquello era raro, pensó, no se lo esperaba en absoluto, y durante unos instantes su madre se puso triste, tanto, que Ferguson lamentó enseguida haber planteado la cuestión. Oh, Archie, dijo ella. Pues

claro que quieres un hermano, y me encantaría que lo tuvieras, pero me temo que se ha terminado lo de los niños porque ya no puedo tenerlos. Lo sentí por ti cuando el médico me lo dijo, pero luego pensé: A lo mejor no es tan malo, después de todo. ¿Sabes por qué? *(Ferguson negó con la cabeza.)* Porque quiero tanto a mi pequeño Archie, que ¿cómo podría querer a otro hijo cuando todo el amor de que soy capaz lo he puesto sólo en ti?

No se trataba de un problema temporal, comprendió entonces, sino eterno. Nada de hermanos, nunca, y como aquello le pareció una situación insostenible, Ferguson solucionó el punto muerto inventándose un hermano imaginario. Fue un acto de desesperación, tal vez, pero sin duda algo era mejor que nada, y aunque no pudiera tocar ni oler ese algo, ¿qué otra posibilidad tenía? Puso el nombre de John a su hermano recién nacido. Como las leyes de la realidad ya no eran de aplicación, John era mayor que él, cuatro años mayor, lo que significaba que era más alto y más listo que Ferguson, y a diferencia de Bobby George, que vivía en la misma calle, el gordito y grandullón Bobby, que respiraba por la boca porque siempre tenía la nariz taponada con acuosos mocos verdes, John sabía leer y escribir y era un campeón jugando al béisbol y al fútbol americano. Ferguson procuraba no hablarle en voz alta cuando había gente alrededor, porque John era su secreto y no quería que nadie supiera de su existencia, ni sus padres siquiera. Se le escapó sólo una vez, pero todo fue para bien porque la metedura de pata ocurrió cuando por casualidad estaba con Francie. Aquella tarde había ido a cuidar de él, y cuando su prima salió al jardín y le oyó contar a John lo del caballo que quería para su próximo cumpleaños, le preguntó con quién estaba hablando. A Ferguson le gustaba tanto Francie que le contó la verdad. Pensó que iba a reírse de él, pero Francie se limitó a asentir con la cabeza, como expresando su apoyo a la idea de los hermanos imaginarios, de manera que Ferguson permitió que ella también hablara con John. Durante meses, cada vez que la veía, Francie lo saludaba primero a él con su voz normal y luego se agachaba, le acercaba los labios al oído y musitaba: Hola, John. Ferguson aún no había cumplido cinco años, pero ya entendía que el mundo se componía de dos reinos, el visible y el invisible, y que las cosas que no podían verse eran con frecuencia más reales que las que se veían.

Dos de los mejores sitios para ir de visita eran la oficina de su abuelo en Nueva York y la tienda de su padre en Newark. La oficina estaba en la calle Cincuenta y siete Oeste, a sólo una manzana de donde vivían sus abuelos, y lo mejor era que se encontraba en la undécima planta, a mayor altura que el apartamento, lo que hacía que mirar por aquella ventana fuese aún más interesante que hacerlo por la de la calle Cincuenta y ocho Oeste, porque con la mirada podía abarcar más distancia y observar muchos más edificios, por no hablar de la mayor parte de Central Park, y abajo, por la calle, los coches y los taxis eran tan pequeños que se parecían a los vehículos de juguete con los que jugaba en casa. Lo siguiente bueno de la oficina eran los enormes escritorios con las máquinas de escribir y calcular. El sonido de las máquinas de escribir a veces era como la música, sobre todo cuando se oía el timbre al final de cada línea, pero también le hacía pensar en un chaparrón cayendo sobre el tejado de la casa de Montclair y en el ruido de piedrecitas lanzadas contra el cristal de una ventana. La secretaria de su abuelo era una mujer huesuda llamada Doris que tenía

pelos negros en los brazos y olía a caramelos de menta, pero le gustaba que lo llamase Señor Ferguson y le dejara usar la máquina de escribir, que ella llamaba Sir Underwood, y ahora que estaba empezando a aprender las letras del alfabeto, tenía la satisfacción de llevar los dedos a las teclas de aquel pesado instrumento y escribir una línea de aes e íes griegas, por ejemplo, o bien, si Doris no estaba muy ocupada, pedirle que lo ayudara a teclear su nombre. La tienda de Newark era mucho más grande que la oficina de Nueva York, y tenía muchas más cosas, no sólo una máquina de escribir y tres calculadoras en la parte de atrás, sino una fila tras otra de pequeños chismes y grandes aparatos y en la segunda planta toda una zona dedicada a camas, mesas y sillas, innumerables cantidades de camas, mesas y sillas. Ferguson no debía tocar nada, pero cuando su padre y sus tíos no estaban presentes o le daban la espalda, de vez en cuando abría a escondidas la puerta de una nevera para aspirar el olor peculiar de su interior o se echaba en una cama para probar la elasticidad del colchón, e incluso cuando lo pillaban haciendo esas cosas, nadie se enfadaba mucho, salvo a veces el tío Arnold, que le gruñía y decía bruscamente: Fuera la mano de la mercancía, nene. No le gustaba que le hablaran así, y menos aún que un sábado por la tarde su tío le diera un cachete en el cogote que le escoció tanto que le hizo llorar, pero cuando por casualidad oyó que su madre decía a su padre que el tío Arnold era un imbécil, a Ferguson dejó ya de importarle. En cualquier caso, las camas y las neveras nunca retuvieron mucho tiempo su atención, sobre todo cuando había televisores que mirar, los Philcos y Emersons recién salidos de fábrica que imperaban sobre los demás artículos expuestos: doce o quince modelos colocados uno junto a otro contra la pared a la izquierda de la entrada principal, todos ellos encendidos con el volumen quitado, y a Ferguson nada le gustaba más que cambiar de canal en los aparatos de manera que se viesen siete programas diferentes a la vez, qué delirante remolino de confusión se ponía en movimiento, con dibujos animados en la primera pantalla, un *western* en la segunda, una telenovela en la tercera, un oficio religioso en la cuarta, un anuncio publicitario en la quinta, un presentador en la sexta y un partido de fútbol americano en la séptima. Ferguson iba corriendo de una pantalla a otra, giraba luego en círculo hasta casi marearse y se alejaba poco a poco de las pantallas sin dejar de dar vueltas de manera que, cuando se detenía, se encontraba en posición de verlas todas al mismo tiempo, y al observar tantas cosas distintas que ocurrían a la vez nunca dejaba de soltar una carcajada. Divertido, tanta gracia le hacía que su padre le dejaba hacerlo porque a él también le resultaba entretenido.

La mayoría de las veces, su padre no era nada gracioso. Trabajaba muchas horas durante seis días a la semana, miércoles y viernes los días más largos, cuando la tienda no cerraba hasta las nueve de la noche, y los domingos se levantaba a las diez o diez y media y por la tarde jugaba al tenis. Su norma preferida era: *Haz caso a tu madre*. Su pregunta favorita era: *¿Te has portado bien?* Ferguson intentaba portarse bien y hacer caso a su madre, aunque en ocasiones no estaba a la altura de la tarea y se le olvidaba hacer caso o portarse bien, pero la suerte de esos fallos era que su padre nunca parecía darse cuenta. Probablemente estaba demasiado ocupado para eso, ya que su madre rara vez lo castigaba, incluso cuando se le olvidaba ser bueno y obedecer, y como su padre jamás le gritaba como tía Millie chillaba a sus hijos y nunca le daba pescozones como el tío Arnold a veces hacía con el primo Jack,

Ferguson concluyó que su rama de la familia era la mejor, aunque fuese la menos numerosa. No obstante, había veces en que su padre le hacía reír, y como tales ocasiones eran pero que muy pocas, Ferguson se reía aún más de lo que se habría reído si se hubieran producido con mayor frecuencia. Una cosa divertida era que lo lanzara por el aire, y como su padre era muy fuerte y tenía unos músculos firmes y abultados, Ferguson volaba casi hasta el techo cuando estaban dentro de casa y aún más alto cuando salían al jardín, y ni una sola vez se le pasó por la cabeza que su padre lo dejaría caer, lo que significaba que se sentía lo bastante seguro como para abrir la boca tanto como podía y soltar estentóreas carcajadas que se esparcían por el aire. Otra cosa divertida era ver a su padre haciendo malabarismos con naranjas en la cocina, y la tercera cosa graciosa era escuchar cómo se tiraba un pedo, no sólo porque los pedos tenían gracia por sí solos, sino porque cada vez que su padre soltaba uno en su presencia, decía: Vaya, ahí va Hoppy; refiriéndose a Hopalong Cassidy, el vaquero de la televisión que tanto gustaba a Ferguson. La razón de que su padre dijera eso después de peerse era uno de los grandes misterios del mundo, pero a Ferguson le encantaba de todos modos, y siempre se reía cuando su padre decía esas palabras. Qué idea tan rara e interesante: convertir un pedo en un vaquero llamado Hopalong Cassidy.

No mucho después del quinto cumpleaños de Ferguson, su tía Mildred se casó con Henry Ross, un hombre alto y algo calvo que era profesor de universidad, igual que Mildred, que cuatro años antes había terminado sus estudios de Literatura Inglesa y daba clase en una universidad llamada Vassar. El nuevo tío de Ferguson fumaba Pall Mall *(Extraordinarios; y son suaves)* y parecía muy nervioso, porque fumaba más cigarrillos en una tarde que su madre en todo el día, pero lo que más intrigaba a Ferguson del marido de Mildred era que hablaba muy deprisa y utilizaba palabras tan largas y complicadas que sólo llegaba a entenderse una pequeña parte de lo que decía. Sin embargo, a Ferguson le parecía un individuo afectuoso, con una agradable resonancia en la risa y un brillante destello en los ojos, y era evidente que su madre estaba contenta con la elección de Mildred, porque nunca se refería al tío Henry sin utilizar la palabra *inteligente* y repetidas veces dijo que le recordaba a alguien llamado Rex Harrison. Ferguson confiaba en que su tía y su tío se pusieran manos a la obra en la cuestión de los niños y rápidamente le proporcionaran un primito. Con los hermanos imaginarios no se adelantaba mucho, al fin y al cabo, y un primo Adler quizá pudiera convertirse en algo parecido a un medio hermano o, si no había más remedio, media hermana. Durante varios meses esperó el anuncio, todas las mañanas pensando que al entrar en su habitación su madre le diría que la tía Mildred iba a tener un niño, pero entonces pasó algo, un desastre imprevisto que trastornó todos los planes de Ferguson, tan cuidadosamente elaborados. Sus tíos se trasladaban a Berkeley, California. Iban a dar clase y a vivir allí y no volverían nunca, lo que significaba que, aun cuando le fabricaran un primo, nunca podría convertirse en medio hermano, porque tanto los hermanos como los medio hermanos tenían que vivir cerca, preferiblemente en la propia casa. Cuando su madre sacó un mapa de Estados Unidos y le enseñó dónde estaba California, se llevó tal decepción que dio un puñetazo sobre Ohio, Kansas, Utah y demás estados que mediaban entre Nueva Jersey y el océano Pacífico. Casi cinco mil kilómetros. Una distancia imposible, tan

lejos que bien podría estar en otro país, en otro mundo.

Era uno de los recuerdos más vívidos que guardaba de su infancia: el trayecto al aeropuerto en el Chevrolet verde con su madre y tía Mildred el día en que ésta se marchó a California. El tío Henry había cogido el avión dos semanas antes, así que en el coche sólo llevaban a la tía Mildred en aquel bochornoso día de mediados de agosto, con Ferguson en el asiento trasero vestido con pantalones cortos, el cuero cabelludo húmedo de sudor y las piernas desnudas pegándose al asiento de imitación piel, y aunque era la primera vez que iba a un aeropuerto, la primera vez que veía aviones de cerca y podía deleitarse con la inmensidad y belleza de aquellas máquinas, la mañana se le quedó grabada por las dos mujeres, su madre y su tía, una morena y otra rubia, una con cabello largo y otra con pelo corto, tan distintas las dos que había que fijarse bien en sus facciones para comprender que tenían los mismos padres, su madre tan cariñosa y simpática, siempre acariciándote y abrazándote, y Mildred tan comedida y reservada que rara vez tocaba a alguien, y sin embargo allí estaban las dos juntas frente a la puerta de embarque del vuelo de la Pan Am a San Francisco, y cuando anunciaron por megafonía el número de vuelo y llegó el momento de despedirse, de pronto, como a una señal oculta y establecida de antemano, las dos rompieron a llorar, con lágrimas que les caían en cascada de los ojos al suelo, y entonces se estrecharon mutuamente entre los brazos y así permanecieron un rato, sollozando y abrazándose al mismo tiempo. Su madre nunca había llorado delante de él, y hasta que la vio con sus propios ojos, ni siquiera se había imaginado que Mildred fuese capaz de llorar, pero vertían lágrimas delante de él mientras se despedían, comprendiendo las dos que podían pasar meses o años antes de que volvieran a verse, y Ferguson lo observaba todo desde la escasa altura que le proporcionaba su cuerpo de cinco años, con la vista alzada hacia su madre y su tía, estupefacto por el exceso de emoción que manifestaban, y aquella imagen se trasladó a un lugar tan profundo de su interior que jamás pudo olvidarla.

En noviembre del año siguiente, dos meses después de que Ferguson empezara primaria, su madre abrió un estudio fotográfico en el centro de Montclair. Sobre la entrada, un letrero decía ROSELAND PHOTO, y la vida de los Ferguson cobró de pronto un ritmo nuevo, acelerado, empezando con el barullo de todas las mañanas para que uno de ellos llegara a tiempo al colegio y los otros dos al trabajo cada uno en su coche, y con su madre ahora fuera de casa cinco días a la semana (de martes a sábado) había una mujer llamada Cassie que se ocupaba de los quehaceres domésticos, limpiando, haciendo las camas, yendo a la compra y a veces preparando la cena a Ferguson cuando sus padres trabajaban hasta tarde. Ahora veía mucho menos a su madre, pero lo cierto era que la necesitaba menos. Sabía atarse él solo los zapatos, al fin y al cabo, y siempre que pensaba en la persona con quien quería casarse, dudaba entre dos posibles candidatas: Cathy Gold, la rubia bajita de ojos azules y larga cola de caballo, y Margie Fitzpatrick, la altísima pelirroja que era tan fuerte y atrevida que podía levantar del suelo a dos chicos a la vez.

La primera persona que posó en Roseland Photo para un retrato fue el hijo de la propietaria. La madre de Ferguson llevaba enfocándolo con la cámara desde que podía recordar, pero aquellas primeras fotos no eran más que instantáneas, y la máquina que Rose utilizaba era pequeña, ligera y portátil, mientras que la del estudio

era mucho más grande y tenía que estar montada en un soporte de tres patas llamado trípode. Le gustaba la palabra *trípode*, que le hacía pensar en los gatos, su animal favorito, como en la expresión *no le busques tres pies al gato*, y también le impresionaba el cuidado con que su madre ajustaba la luz antes de tomar fotografías, lo que parecía indicar que dominaba plenamente lo que estaba haciendo, y el verla trabajar con tal seguridad y conocimiento daba a Ferguson una espléndida sensación sobre su madre, que de pronto ya no era sólo su madre sino alguien que hacía cosas importantes en el mundo. Le hizo ponerse buena ropa para la fotografía, lo que significaba la chaqueta de *tweed* y la camisa blanca de cuello ancho sin botón arriba, y como a Ferguson le resultaba muy agradable estar allí sentado mientras su madre se ocupaba de que su postura fuese la adecuada, no le costó trabajo sonreír cuando ella se lo pidió. Aquel día la acompañaba su amiga de Brooklyn, Nancy Solomon, que antes se llamaba Nancy Fein y ahora vivía en West Orange, la divertida Nancy con dientes de conejo y dos niños pequeños, amiga del alma de su madre y por tanto alguien que Ferguson conocía de toda la vida. Su madre le explicó que después de revelar las fotos ampliarían una de ellas a gran tamaño y la pasarían a un lienzo, que Nancy se ocuparía luego de pintar convirtiendo la fotografía en un retrato coloreado al óleo. Ése era uno de los servicios que Roseland Photo pensaba ofrecer a sus clientes: no sólo retratos en blanco y negro, sino pinturas al óleo también. A Ferguson no le resultaba fácil imaginar cómo podría hacerse aquello, pero se figuró que Nancy tendría que ser muy buena pintora para conseguir tan difícil transformación. Dos sábados después, su madre y él salieron de casa a las ocho de la mañana y se dirigieron en coche al centro de Montclair. La calle estaba casi desierta, lo que significaba que había espacio libre para aparcar justo delante de Roseland Photo, pero veinte o treinta metros antes de parar su madre le dijo que cerrara los ojos. Iba a preguntarle por qué, pero justo cuando estaba a punto de abrir la boca para hablar, ella le dijo: Nada de preguntas, Archie. Así que cerró los ojos, y cuando se detuvieron frente al estudio lo ayudó a salir del coche y lo llevó de la mano al sitio adonde quería conducirlo. Vale, dijo ella, ya puedes abrir los ojos. Ferguson abrió los ojos y se encontró mirando al escaparate del nuevo establecimiento de su madre, y lo que allí vio fueron dos imágenes de sí mismo que medían alrededor de sesenta por noventa centímetros, la primera una fotografía en blanco y negro y la segunda una réplica exacta de la otra sólo que en color, con su pelo cobrizo, sus ojos verdigrises y la chaqueta jaspeada de color ocre con el mismo aspecto que tenía en el mundo real. Las pinceladas de Nancy eran tan precisas, de tan perfecta ejecución, que no habría sabido decir si estaba mirando una fotografía o un cuadro. Pasaron unas semanas, y con las fotografías ya en permanente exhibición, empezó a reconocerlo gente extraña que lo paraba por la calle para preguntarle si no era el chaval del escaparate de Roseland Photo. Se había convertido en el chico de seis años más famoso de Montclair, la imagen publicitaria del estudio de su madre, una leyenda.

El 29 de septiembre de 1954, Ferguson no fue al colegio y se quedó en casa. Tenía treinta y nueve de fiebre y se había pasado la noche vomitando en una cacerola de aluminio que su madre le había dejado en el suelo junto a la cama. Cuando ella se marchó a trabajar por la mañana, le dijo que permaneciera en pijama y durmiese todo lo que pudiera. Si no podía dormir, debía quedarse en la cama con sus tebeos, y

cuando tuviera que ir al baño, que no se le olvidara ponerse las zapatillas. A la una de la tarde, sin embargo, la fiebre le había bajado a treinta y ocho y se encontraba lo bastante bien como para bajar y preguntar a Cassie si podía comer algo. Le preparó unos huevos revueltos con tostadas sin mantequilla, que le sentaron bien y no le revolvieron el estómago, de modo que, antes de subir las escaleras y volver a la cama, se dirigió arrastrando los pies a la pequeña habitación junto a la cocina que sus padres denominaban indistintamente estudio o cuartito de estar y encendió la televisión. Cassie fue tras él y se sentó a su lado en el sofá, anunciando que dentro de unos minutos iba a empezar el primer partido de la Serie Mundial. Sabía lo que era, la Serie Mundial, pero nunca había presenciado ningún partido, y sólo un par de veces había visto partidos normales de temporada, no porque no le gustara el béisbol, juego que en realidad le gustaba mucho, sino simplemente porque siempre estaba fuera con sus amigos cuando se celebraban los partidos, y para cuando empezaban los que se disputaban por la noche él ya estaba acostado. Conocía los nombres de algunos jugadores importantes —Williams, Musial, Feller, Robinson, Berra— pero no era seguidor de ningún equipo en especial, no leía la sección de deportes del *Newark Star-Ledger* ni del *Newark Evening News*, y no tenía ni idea de lo que era ser un hincha. En cambio, Cassie Burton, de treinta y ocho años, era ardiente seguidora de los Dodgers de Brooklyn, principalmente porque, con el número 42, jugaba con ellos Jackie Robinson, el segunda base del que ella siempre decía *Jackie es mi ídolo,* la primera persona de piel oscura que se puso la camiseta de un equipo de primera división, hecho que Ferguson conocía tanto por su madre como por Cassie, pero Cassie tenía más que decir en el asunto porque ella también era una persona de piel oscura, una mujer que había pasado en Georgia los primeros dieciocho años de su vida y hablaba con un marcado acento del Sur, que a Ferguson le resultaba extraño y maravilloso a la vez, de una musicalidad tan lánguida que nunca se cansaba de oírla hablar. Los Dodgers no estaban en la Serie Mundial aquella temporada, le explicó ella, les habían ganado los Giants, pero los Giants también eran un equipo local, y por tanto Cassie los animaba para que la ganaran. Tenían buenos jugadores de color, le dijo (ésa fue la expresión que empleó, *de color*, aun cuando su madre le había ordenado que dijera *negro* cuando se refiriese a gente de piel morena o negra, y qué raro que se dijese que un *negro* no era negro sino *de color,* lo que demostraba —una vez más— lo confuso que podía resultar el mundo), pero a pesar de la presencia de Willie Mays, Hank Thompson y Monte Irvin en la alineación de los Giants, nadie les daba la mínima posibilidad frente a los Indians de Cleveland, que habían establecido un récord con el máximo número de victorias alcanzado por un equipo de la Liga Americana. Ya veremos, dijo Cassie, nada deseosa de dar la razón a los corredores de apuestas, para luego acomodarse junto a Ferguson y ponerse a ver la retransmisión desde el Polo Grounds, que empezó malamente cuando los de Cleveland anotaron dos veces en la primera mitad de la primera entrada, pero los Giants recuperaron esas carreras en la segunda mitad de la tercera entrada, y entonces el partido se convirtió en una de esas tensas pugnas entre lanzadores (Maglie contra Lemon) en las cuales apenas se adelanta algo y todo puede depender de un solo bateo, lo que incrementa la importancia y el dramatismo de cada lanzamiento a medida que se va desarrollando el partido. Cuatro entradas consecutivas sin que nadie de ningún equipo cruzara el plato,

y entonces, de pronto, en la primera mitad de la octava, los Indians pusieron dos corredores en base y allí intervino Vic Wertz, un bateador zurdo y potente que interceptó una bola rápida de Don Liddle, el relevista de los Giants, y la mandó por los aires muy dentro del campo central, tan lejos que Ferguson creyó que acabaría en *home run*, pero en aquel momento no era más que un principiante y no sabía que el Polo Grounds era un estadio de extraña configuración, con el campo central más profundo de todo el béisbol, 147 metros del plato a la valla, lo que significaba que el monumental *fly* de Wertz, que en cualquier otro sitio tendría que haber resultado en *home run*, no iba a llegar a las tribunas de sol, pero aun así había sido un estruendoso batazo, y a todas luces la bola seguiría sobre la cabeza del centrocampista de los Giants y pasaría por encima de la valla, bastaba y sobraba para un triple, quizá hasta para un *home run* dentro del campo, lo que daría a los Indians al menos dos si no tres carreras, pero entonces Ferguson vio algo que desafiaba toda probabilidad, una proeza de capacidad atlética que eclipsaba todo logro humano que hubiera presenciado en su corta vida, porque allí iba el joven Willie Mays, corriendo como Ferguson no había visto correr a nadie desde el instante en que la bola salió despedida del bate de Wertz, queriendo atraparla de espaldas al cuadro interior, como si el restallido de la pelota al chocar con la madera le hubiera anunciado exactamente dónde iba a aterrizar, sin mirar arriba ni atrás mientras corría hacia ella, sabiendo dónde se encontraba en cualquier momento de su trayectoria aunque no la viera, como si tuviese ojos en la nuca, y entonces la bola llegó al punto más alto de su arco y empezó a descender hacia un punto a 134 metros del plato, y allí estaba Willie Mays extendiendo los brazos hacia delante, y allí estaba la bola descendiendo sobre su hombro izquierdo y aterrizando en la bolsa de su guante abierto. En el instante en que Mays atrapó la pelota, Cassie se levantó de un brinco del sofá y empezó a gritar: *¡Bien, coño! ¡Bien, coño! ¡Coño, bien!*, pero hubo más cosas en el partido aparte de aquella acción, porque en el momento en que los hombres en base vieron que la bola salía despejada del bate de Wertz, echaron a correr movidos por el convencimiento de que iban a marcar, de que tenían que anotar porque ningún centrocampista sería capaz de coger una bola así, y entonces, justo después de atraparla, Mays dio media vuelta y la lanzó al cuadro interior, un lanzamiento increíblemente largo impulsado con tal fuerza que se le cayó la gorra y él se desplomó al suelo en cuanto la bola salió despedida de su mano, y no sólo quedaba Wertz eliminado, sino que el corredor delantero no pudo anotar a cuenta de aquel batazo de *fly*. En el marcador seguía el empate. Parecía inevitable que los Giants ganaran al final de la octava o la novena, pero no fue así. El partido siguió con unas entradas de prórroga. Marv Grissom, el nuevo lanzador relevo de los Giants, mantuvo a los Indians sin anotar en la primera mitad de la décima, y luego los Giants metieron dos hombres en la segunda mitad de la entrada, induciendo al mánager, Leo Durocher, a poner a Dusty Rhodes como bateador sustituto. Qué bien sonaba ese nombre, dijo Ferguson para sus adentros, Polvoriento Rhodes, lo mismo podía haber gente que se llamara Aceras Mojadas o Calles Nevadas, pero cuando Cassie vio al de las tupidas cejas de Alabama ensayar sus bateos de calentamiento, le dijo: *Fíjate en ese blanquito con la cara sin afeitar. Si no está borracho, Archie, entonces yo soy la reina de Inglaterra*. Borracho o no, Rhodes tenía la vista en excelente forma aquel día, y una fracción de segundo

después de que Bob Lemon, con el brazo ya cansado, lanzara una bola rápida pero sin mucha energía sobre el centro del plato, Rhodes se giró hacia ella y la mandó por encima de la valla del campo derecho. Se acabó el partido. Giants, 5; Indians, 2. Cassie gritó de alegría. Ferguson gritó de alegría. Se abrazaron, dieron brincos, bailaron juntos por el cuarto, y a partir de aquel día, el béisbol fue el juego preferido de Ferguson.

Los Giants siguieron arrollando a los Indians, ganando también el segundo, tercero y cuarto partido, una sorpresa milagrosa que procuró gran felicidad al Ferguson de siete años, pero nadie más feliz con los resultados de la Serie Mundial de 1954 que el tío Lew. El hermano mayor de su padre había tenido sus grandes altibajos como apostador a lo largo de los años, perdiendo sistemáticamente más de lo que ganaba pero ganando justo lo suficiente para mantenerse a flote, y ahora, con todos los entendidos poniendo su dinero en los de Cleveland, lo lógico habría sido que él les siguiera la corriente, pero los Giants eran su equipo, había estado apostando por ellos tanto en las buenas como en las malas temporadas desde los primeros años de la década de los veinte, y por una vez decidió no hacer caso de las probabilidades y apostar con el corazón en vez de con el cerebro. No sólo puso su dinero en los que tenían menos posibilidades sino que apostó a que ganarían cuatro partidos seguidos, una corazonada tan ridícula e ilusoria que su corredor de apuestas le dio unas probabilidades de 300 a 1, lo que significaba que, con la modesta cantidad de doscientos dólares, el elegante Lew Ferguson se llevó el premio gordo, *sesenta de los grandes*, una suma enorme en aquellos tiempos, una fortuna. Tan espectacular era el pellizco, de consecuencias tan asombrosas, que el tío Lew y la tía Millie invitaron a todo el mundo a un festejo en su casa, un fiestón celebratorio con champán, langosta y gruesos filetes de solomillo que además incluyó la contemplación del nuevo abrigo de visón de Millie y una vuelta a la manzana en el nuevo Cadillac blanco de Lew. Ferguson estaba mustio aquel día (Francie ausente, él con dolor de tripa y sus primos sin dirigirle la palabra), pero supuso que todos los demás se lo estaban pasando bien. Cuando terminó la fiesta, sin embargo, y volvía a casa con sus padres en el coche azul, se sorprendió al oír que su madre empezaba a hablar mal del tío Lew. No entendía todo lo que decía, pero su airada voz era insólitamente severa, una amarga diatriba que parecía tener algo que ver con que su tío debía dinero a su padre, y cómo se atrevía Lew a derrochar en Cadillacs y abrigos de visón antes de devolvérselo. Al principio su padre se lo tomó con calma, pero luego alzó la voz, algo que casi nunca había ocurrido, y de pronto se puso a gritar a su madre, diciéndole que se callara, que Lew no le debía nada, que el dinero era de su hermano y podía hacer con él lo que le diera la puñetera gana. Ferguson sabía que sus padres discutían alguna vez (oía sus voces a través de la pared de su alcoba), pero nunca se habían peleado delante de él, y como era la primera vez, no pudo evitar la sensación de que algo fundamental había cambiado en el mundo.

Al año siguiente, justo después de Acción de Gracias, robaron una noche en el almacén de su padre y lo desvalijaron. Era el único edificio de hormigón de una sola planta que se alzaba detrás de 3 Brothers Home World, y Ferguson había ido allí varias veces a lo largo de los años, una enorme estancia fría y húmeda con una hilera tras otra de cajas de cartón que contenían televisores, neveras, lavadoras y demás

artículos que los hermanos vendían en la tienda. Los aparatos que estaban en las salas de exposición y venta eran sólo de muestra, y las compras que hacían los clientes las sacaba del almacén un empleado llamado Ed, un tipo corpulento con una sirena tatuada en el antebrazo derecho que había servido en un portaaviones durante la guerra. Si se trataba de un artículo de escasas dimensiones como una tostadora, una lámpara o una cafetera, Ed se lo entregaba en mano al comprador, que podía llevárselo en su propio coche, pero si era un aparato grande como una lavadora o una nevera, Ed y otro musculoso veterano llamado Phil lo cargaban en la trasera de la furgoneta de reparto y lo transportaban a casa del cliente. Así era como se llevaba el negocio en 3 Brothers Home World, y Ferguson, ya lo bastante mayor para comprender que el almacén era el núcleo del negocio, estaba familiarizado con el sistema, de modo que cuando su madre lo despertó el domingo siguiente a Acción de Gracias y le contó que habían robado en el almacén, captó inmediatamente la horrible trascendencia de aquel delito. Un almacén vacío significaba que se habían quedado sin negocio; sin negocio no había dinero; sin dinero habría problemas: ¡el hospicio!, ¡el hambre!, ¡la muerte! Su madre observó que la situación no era tan desesperada porque todos los artículos robados tenían seguro, pero sí, era un duro golpe, sobre todo con la temporada de compras navideñas a punto de empezar, y como la compañía de seguros probablemente tardaría en pagar semanas si no meses, la tienda no podría sobrevivir sin un préstamo urgente del banco. Entretanto, su padre estaba en Newark hablando con la policía, le explicó, y como cada artículo tenía un número de serie, quizá había una posibilidad, una pequeña posibilidad, de que pudieran seguir la pista a los ladrones y atraparlos.

Pasó el tiempo y no encontraron a los ladrones, pero su padre consiguió el préstamo del banco, lo que significaba que Ferguson y su familia se habían evitado la deshonra de tener que irse a vivir al hospicio. La vida siguió su curso, entonces, más o menos igual que durante los últimos años, pero Ferguson notaba una nueva atmósfera en la casa, algo nefasto, sombrío y misterioso que flotaba en el ambiente a su alrededor. Tardó un tiempo en poder determinar el origen de aquel cambio barométrico, pero observando a sus padres siempre que estaba con ellos, juntos o por separado, concluía que su madre era esencialmente la misma, aún rebosante de anécdotas sobre su trabajo en el estudio, aún produciendo su cuota diaria de sonrisas y risas, aún mirándolo directamente a los ojos cuando le hablaba, aún dispuesta a intensas partidas de ping-pong en el porche trasero, acondicionado para el invierno, aún escuchándolo con atención cada vez que iba a ella con un problema. Su padre era quien estaba distinto, su padre, que normalmente hablaba poco y que ahora casi no decía nada por la mañana en el desayuno, que parecía abstraído y apenas presente, como si sus pensamientos se concentraran en algo oscuro y grave que no estaba dispuesto a compartir con nadie. Nada más empezar el nuevo año, cuando 1955 había pasado a ser 1956, Ferguson se armó de valor para acercarse a su madre y preguntarle qué andaba mal, por qué parecía su padre tan triste y distante. El robo, contestó ella, el robo que *lo estaba comiendo vivo*, y cuanto más pensaba en ello, menos podía pensar en otra cosa. Ferguson no lo entendía. Hacía seis o siete semanas que habían entrado a robar en el almacén, la compañía de seguros iba a pagar por los artículos desaparecidos, el banco ya había dado el préstamo y la tienda seguía en pie. ¿Por qué

se preocupaba su padre cuando no había motivo? Vio que su madre vacilaba, como luchando por decidir si confiarse a él, insegura de que fuera lo bastante mayor para asimilar los elementos de la situación, la duda titilando en sus ojos durante no más de un instante, pero palmaria a pesar de todo, y entonces, mientras le acariciaba la cabeza y observaba su rostro de niño que aún no había cumplido nueve años, dio el paso, abriéndose a él como nunca lo había hecho antes, y le confió el secreto que estaba destrozando a su padre. La policía y la compañía de seguros seguían trabajando en el caso, le dijo, y ambas investigaciones habían llegado a la conclusión de que se trataba de un *delito cometido por alguien de confianza*, lo que significaba que el robo no lo habían perpetrado unos desconocidos sino alguien que trabajaba en la tienda. Ferguson, que conocía a todos los empleados de 3 Brothers Home World, desde Ed y Phil, los del almacén, hasta Adelle Rosen, la contable, desde Charlie Sykes, el técnico, hasta Bob Dawkins, el conserje, sintió que los músculos del estómago se le contraían dolorosamente como un puño. No era posible que ninguna de aquellas buenas personas hubiera jugado tan mala pasada a su padre, ni uno solo de ellos era capaz de una traición así, y por tanto la policía y la compañía de seguros tenían que estar equivocadas. No, Archie, repuso su madre, no creo que se equivoquen. Porque quien lo hizo no es ninguna de las personas que acabas de mencionar.

¿Qué quería decir con eso?, se preguntó Ferguson. Las otras personas relacionadas con la tienda eran únicamente el tío Lew y el tío Arnold, los hermanos de su padre, y los hermanos no se roban unos a otros, ¿verdad? Sencillamente, esas cosas no pasan.

Tu padre tenía que tomar una horrible decisión, dijo su madre. O retirar la denuncia y la reclamación del seguro o mandar a Arnold a la cárcel. ¿Qué crees tú que ha hecho?

Retirar la denuncia y no enviar a Arnold a la cárcel.

Por supuesto. Jamás se le habría pasado por la cabeza. Pero ya entiendes por qué está tan disgustado.

Una semana después de esta conversación con su madre, ella le anunció que el tío Arnold y la tía Joan se mudaban a Los Ángeles. Echaría de menos a Joan, dijo su madre, pero probablemente sería mejor así, porque el daño que se había hecho era irreparable. Dos meses después de que Arnold y Joan se marcharan a California, el tío Lew destrozó su Cadillac blanco en la Garden State Parkway y murió en la ambulancia de camino al hospital, y antes de que nadie pudiera comprender la rapidez con que los dioses llevaban a cabo su tarea cuando no tenían nada mejor que hacer, el clan de los Ferguson había volado en pedazos.

1.2

Cuando Ferguson tenía seis años, su madre le contó la historia de cómo había estado a punto de perderlo. No perderlo en el sentido de no saber dónde se encontraba sino en el sentido de estar muerto, de abandonar este mundo y subir volando al cielo como un espíritu incorpóreo. Aún no tenía año y medio, le explicó, y una noche le entró fiebre, poca al principio, que pronto le subió a más de cuarenta y uno, una temperatura alarmante incluso para un niño pequeño, así que su padre y ella lo abrigaron bien y lo llevaron al hospital, donde empezaron a darle convulsiones, lo que fácilmente podía haber acabado con él, porque incluso el médico que le extirpó las amígdalas aquella noche dijo que se encontraba en situación crítica, refiriéndose a que no sabía si Ferguson se salvaría o moriría, que ahora todo estaba en manos de Dios, y a su madre le entró tal pavor, le dio tanto miedo de quedarse sin su hijito que estuvo a punto de *perder el juicio*.

Aquél fue el peor momento, prosiguió ella, la única vez que creyó que el mundo podía acabarse realmente, pero también había habido otras situaciones difíciles, toda una lista de sobresaltos y contratiempos, y entonces empezó a enumerarle los diversos accidentes que le habían ocurrido de pequeño, varios de los cuales podían haberlo matado o dejado lisiado, atragantándose con un fino trozo de filete sin masticar, por ejemplo, o la esquirla de cristal que le atravesó la planta del pie y requirió catorce puntos, o la vez que tropezó y se cayó sobre una piedra que le abrió la mejilla izquierda y tuvieron que darle once puntos, o la abeja que le hinchó los ojos de tal manera que no podía abrirlos, o el día del verano anterior en que estaba aprendiendo a nadar y casi se ahogó cuando su primo Andrew lo sumergió de un empujón debajo del agua, y cada vez que su madre volvía a contarle esos acontecimientos se callaba un momento y preguntaba a Ferguson si se acordaba, y el caso era que sí se acordaba, los recordaba casi todos como si acabaran de ocurrir ayer mismo.

Fue a mediados de junio cuando mantuvieron esa conversación, tres días después de que Ferguson se cayera del roble del jardín y se rompiera la pierna izquierda, y lo que su madre intentaba demostrar repitiendo la letanía de pequeñas catástrofes era que las otras veces que se había hecho daño en el pasado siempre se había puesto bien, que había tenido el cuerpo dolorido durante un tiempo pero luego se le había pasado el dolor, y que eso era precisamente lo que iba a ocurrirle ahora con la pierna. Una pena que tuviera que estar con la escayola, desde luego, pero al final se la quitarían y quedaría como si nada. Ferguson quería saber cuánto tiempo tardaría en pasar eso, y su madre le contestó que un mes o así, lo que era una respuesta sumamente vaga y poco satisfactoria, le pareció a él, porque un mes era un ciclo de la luna, lo que sería soportable de no hacer mucho calor, pero *o así* significaba aún más tiempo, una cantidad indefinida y por tanto insufrible. Antes, sin embargo, de que pudiera enfadarse del todo por la injusticia de la situación, su madre le hizo una pregunta, una pregunta extraña, quizá la más rara que nadie le había hecho nunca.

¿Estás enfadado contigo mismo, Archie, o con el árbol?

Vaya cosa tan desconcertante para decir a un niño que aún iba al parvulario. ¿Enfadado? ¿Por qué tendría que estar enfadado por algo? ¿Por qué no podía estar triste, simplemente?

Su madre sonrió. Se alegraba de que no estuviera resentido con el árbol, le dijo, porque a ella la encantaba el árbol, y habían comprado aquella casa en West Orange sobre todo por el gran jardín trasero, y lo mejor y más bonito del jardín era el imponente roble que se elevaba justo en medio. Hacía tres años y medio, cuando su padre y ella decidieron dejar el piso de Newark y comprar una casa en las afueras, miraron en varios municipios, Montclair y Maplewood, Millburn y South Orange, pero como en ninguno de esos sitios vieron la casa adecuada para ellos, se hartaron de buscar y se desanimaron, pero entonces dieron con aquélla y supieron que era la que buscaban. Se alegraba de que no estuviera enfadado con el árbol, le dijo, porque de haberlo estado se habría visto obligada a talarlo. ¿Por qué a talarlo?, preguntó Ferguson, echándose a reír al imaginarse a su madre cortando un árbol tan grande, su preciosa madre vestida con ropa de trabajo mientras atacaba al roble con un hacha enorme y destellante. Porque estoy de tu parte, Archie, le contestó, y cualquier enemigo tuyo es enemigo mío.

Al día siguiente, su padre volvió de 3 Brothers Home World con un aparato de aire acondicionado para la habitación de Ferguson. Aquí hace calor, dijo, refiriéndose a que su hijo tenía que estar cómodo mientras languidecía escayolado en la cama, y también le vendría bien para la alergia, prosiguió, al evitar la presencia de polen en la habitación, porque Ferguson tenía la nariz muy sensible a las partículas irritantes transmitidas por el aire que se desprendían de la hierba, el polvo y las flores, y cuanto menos estornudase durante la convalecencia, menos le dolería el hueso roto, porque los estornudos tenían una fuerza poderosa, y uno grande podía resonar por todo el cuerpo, desde la coronilla de la traumatizada cabeza hasta la punta de los pies. El Ferguson de seis años observó cómo su padre instalaba el aparato de aire acondicionado en la ventana a la derecha del escritorio, una operación más complicada de lo que había imaginado, que empezó con la retirada de la mosquitera y requirió cosas tales como cinta métrica, lapicero, taladro, tubo de masilla, dos tablas de madera sin pintar, destornillador y varios tornillos, y a Ferguson le impresionó la rapidez y precisión con que trabajaba su padre, como si sus manos supieran lo que hacer sin instrucción alguna del cerebro, manos autónomas, por así decir, dotadas de un especial conocimiento propio, y luego llegó el momento de levantar del suelo el enorme cubo metálico y montarlo en la ventana, un objeto demasiado pesado para alzarlo a pulso, pensó Ferguson, pero su padre lo consiguió sin esfuerzo aparente, y mientras concluía el trabajo con el destornillador y el tubo de masilla, canturreaba la canción que solía tararear cuando arreglaba cosas de la casa, un viejo éxito de Al Jolson titulado *Sonny Boy*: *No puedes saber / imposible hacerte entender / lo que eres para mí, hijo mío*. Su padre se agachó para recoger un tornillo que se había caído al suelo y cuando volvió a ponerse derecho se tocó de pronto la rabadilla con la mano derecha. *Och un vai*, dijo, creo que me he hecho un esguince. El remedio para los esguinces era tumbarse de espaldas durante unos minutos, le dijo su padre, preferiblemente sobre una superficie dura, y como la superficie más dura de la

habitación era el suelo, se echó inmediatamente junto a la cama de Ferguson. Qué vista tan insólita, mirando desde arriba a su padre, tumbado en el suelo bajo sus propios ojos, y mientras Ferguson se inclinaba sobre el borde de la cama y observaba la mueca en el rostro de su padre, decidió hacerle una pregunta, una cuestión en la que había pensado varias veces el mes pasado pero que nunca había encontrado el momento de plantear: ¿a qué se había dedicado antes de ser el jefe de 3 Brothers Home World? Vio cómo los ojos de su padre vagaban por el techo, como buscando una respuesta a la pregunta, y entonces observó que los músculos de la comisura de la boca se le estiraban hacia abajo, lo que era un gesto familiar en él, una indicación de que procuraba contener una sonrisa, lo que a su vez significaba que estaba a punto de ocurrir algo inesperado. *Era cazador de fieras*, contestó su padre en tono inexpresivo, con calma, sin revelar la menor señal de que iba a lanzar el más clamoroso montón de disparates que nunca había dirigido a su hijo, y durante los veinte o treinta minutos siguientes rememoró la época de leones, tigres y elefantes, *el sofocante calor de África*, cuando se abría camino a machetazos por espesas junglas, cruzaba el Sáhara a pie, escalaba el monte Kilimanjaro, la vez que casi lo engulló una serpiente gigantesca, y otra ocasión en que lo capturaron unos caníbales y estuvieron a punto de arrojarlo a un gran puchero de agua hirviendo, pero en el último momento consiguió liberarse de las lianas que le amarraban las muñecas y los tobillos, dejó atrás a sus captores asesinos y desapareció en la espesura de la selva, y la otra vez en que estaba haciendo su último safari antes de volver a casa para casarse con su madre y se perdió en el corazón más oscuro de África, conocida como *el continente negro*, yendo a parar a una vasta e interminable sabana en donde vio pastar a una manada de dinosaurios, los últimos que quedaban en la Tierra. Ferguson era lo bastante mayor para saber que los dinosaurios se habían extinguido millones de años atrás, pero las demás historias le parecieron plausibles, no necesariamente ciertas, quizá, pero sí algo verosímiles, y por tanto dignas de crédito... quizá. Entonces su madre apareció en la habitación, y al ver al padre de Ferguson tumbado en el suelo le preguntó si le pasaba algo en la espalda. No, no, contestó él, sólo estoy descansando, y entonces se levantó como si efectivamente tuviera bien la espalda, se acercó a la ventana y encendió el aparato de aire acondicionado.

Sí, el aire acondicionado refrescaba la habitación y había cortado los estornudos, y al no pasar calor, la pierna no le picaba tanto bajo la escayola, pero vivir en una cámara refrigerada también tenía sus inconvenientes, en primer lugar el ruido, que era un rumor extraño y confuso, porque unas veces lo oía y otras no, pero cuando lo oía, lo encontraba monótono y desagradable, y aún peor era la cuestión de las ventanas, que debían permanecer cerradas para que no se escapara el aire fresco, y como estaban permanentemente atrancadas y el motor funcionaba sin parar, no oía cantar a los pájaros fuera, y lo único bueno de estar enjaulado en su habitación con la pierna escayolada era escuchar cómo cantaban los pájaros en los árboles justo al otro lado de su ventana, los trinos, gorjeos y gorgoritos de los pájaros, que le parecían los sonidos más bonitos del mundo. El aire acondicionado tenía sus más y sus menos, sus ventajas y sus inconvenientes, con lo que, igual que tantas otras cosas que la realidad le había venido imponiendo a lo largo de la vida, tenía, como su madre solía decir, *sus pros y sus contras*.

Lo que más le molestaba de haberse caído del árbol era que había sido a lo tonto. Ferguson era capaz de aceptar el dolor y el sufrimiento cuando los creía inevitables, como vomitar cuando estaba enfermo o dejar que el doctor Guston le pinchara en el brazo con la aguja para ponerle una inyección de penicilina, pero el dolor innecesario quebrantaba los principios del sentido común, convirtiéndolo en absurdo e intolerable. En cierto modo le tentaba echar la culpa del accidente a Chuckie Brower, pero en el fondo Ferguson comprendía que eso no sería más que una débil excusa, porque ¿qué más daba que Chuckie lo hubiera desafiado a trepar al árbol? Ferguson había aceptado el reto, lo que significaba que quería hacerlo, había decidido subirse al árbol, y por tanto sólo él era responsable de lo que había ocurrido. No importaba que Chuckie le hubiera prometido que subiría detrás si Ferguson iba primero para luego echarse atrás, alegando que le daba miedo, que las ramas estaban muy altas y no alcanzaba a cogerlas, pero el hecho de que Chuckie no hubiera trepado detrás de él era irrelevante, porque aunque lo hubiera hecho, ¿cómo iba a evitar que Ferguson se cayera? De modo que se cayó, perdió apoyo mientras alargaba el brazo para agarrarse a una rama que estaba como a medio centímetro más allá del punto en que podía haberla cogido con plena seguridad, perdió pie y se cayó, y ahora estaba tumbado en la cama con la pierna izquierda aprisionada en una escayola que seguiría formando parte de su cuerpo durante *un mes o así*, lo que significaba más de un mes, y de esa desgracia no podía culpar a nadie más que a sí mismo.

Aceptaba la responsabilidad, comprendía que su presente condición era enteramente culpa suya, pero eso era muy diferente a decir que el accidente no podría haberse evitado. Una estupidez, eso es lo que había sido, una idiotez, sencillamente, haber seguido trepando cuando no podía agarrarse bien a la siguiente rama, aunque si la rama hubiera estado un centímetro más cerca no habría sido una simpleza. Si Chuckie no hubiera llamado al timbre aquella mañana para pedirle que saliera a jugar, aquella idiotez no se habría producido. Si sus padres se hubieran mudado a otro de los municipios en donde estuvieron buscando la casa adecuada, no habría conocido a Chuckie Brower, ni siquiera se habría enterado de su existencia, y tampoco se habría producido aquella estupidez, porque el árbol al que había trepado no habría estado en su jardín. Qué idea tan interesante, dijo Ferguson para sí: imaginar lo diferentes que podían ser las cosas mientras él seguía siendo el mismo. El mismo niño en una casa diferente con un árbol distinto. El mismo niño con otros padres. El mismo niño con los mismos padres que no hacían las mismas cosas que ahora. ¿Y si su padre siguiera siendo cazador de fieras, por ejemplo, y vivieran todos en África? ¿Y si su madre fuera una famosa actriz de cine y todos vivieran en Hollywood? ¿Y si tuviera un hermano, o una hermana? ¿Y si el tío abuelo Archie no hubiera muerto y él no se llamara Archie? ¿Y si se hubiera caído del mismo árbol y se hubiera roto las dos piernas en vez de una? ¿Y si se hubiera roto los dos brazos y las dos piernas? ¿Y si se hubiera matado? Sí, todo era posible, y sólo porque las cosas ocurrían de una manera no quería decir que no pudieran pasar de otra. Todo podía ser diferente. El mundo podría ser el mismo, pero si no se hubiera caído del árbol, el mundo habría sido distinto para él, y si se hubiera caído del árbol y en vez de romperse la pierna se hubiera matado, el mundo no sólo sería diferente, sino que ya no habría mundo para él, y qué tristes estarían sus padres cuando lo llevaran al cementerio para darle

sepultura, tan tristes que estarían llorando cuarenta días y cuarenta noches, cuarenta meses, cuatrocientos cuarenta años.

Faltaba semana y media para que acabara el colegio y empezaran las vacaciones de verano, lo que significaba que no perdería clases suficientes para que le suspendieran por ausencia prolongada. Eso era algo por lo que había que dar gracias, dijo su madre, y seguro que tenía razón, pero Ferguson no estaba de ánimo para dar gracias durante aquellos primeros días después del accidente, sin amigos con quienes hablar salvo a última hora de la tarde, cuando Chuckie Brower iba con su hermano pequeño a ver la escayola, con su padre fuera de casa de la mañana a la noche porque estaba trabajando, con su madre conduciendo varias horas por ahí en busca de un local vacío que albergara el estudio fotográfico que pensaba abrir en otoño, con Wanda, la asistenta, casi siempre ocupada lavando y limpiando menos cuando le llevaba el almuerzo a mediodía y lo ayudaba a vaciar la vejiga sujetando la botella de leche en la que tenía que hacer pis en vez de hacerlo en el baño, tales vejaciones tenía que soportar sólo por el estúpido error de haberse caído de un árbol, y a su frustración se añadía el hecho de que aún no había aprendido a leer, lo que habría sido una buena forma de pasar el rato, y con la televisión abajo, en el cuarto de estar, inaccesible, temporalmente fuera de su alcance, Ferguson pasaba los días cavilando sobre las imponderables cuestiones del universo, dibujando aviones y vaqueros y aprendiendo a escribir a base de copiar en un papel las letras que su madre le preparaba.

Luego las cosas empezaron a animarse un poco. Su prima Francie acabó el penúltimo año de instituto y, antes de ir a trabajar de monitora en un campamento de verano en las Berkshire, fue varios días a su casa a hacerle compañía, unas veces tres o cuatro horas, otras sólo una, y el tiempo que pasaba con ella siempre era el más placentero del día, sin duda lo único agradable, porque de los primos Francie era la que más le gustaba, le caía mejor que cualquier otro miembro de sus dos familias, y cómo había crecido ya, pensó Ferguson, con pecho y curvas y un cuerpo como el de su madre, y aunque tenía una forma de hablarle parecida a la de su madre que le hacía sentirse a gusto y tranquilo, como si nada pudiera ir mal cuando estaba con ella, a veces era incluso mejor estar con Francie que con su madre, porque sin importarle lo que Ferguson hiciera o dijera, nunca se enfadaba con él, ni siquiera cuando se descontrolaba y se ponía *revoltoso*. A la inteligente Francie fue a quien se le ocurrió decorarle la escayola, tarea que consumió tres horas y media mientras, con pinceladas muy precisas, le cubría la blanca superficie con un despliegue de brillantes azules, rojos y amarillos, un estampado abstracto, un remolino que en su imaginación le hizo girar en un tiovivo a gran velocidad, y mientras aplicaba la pintura acrílica a aquella nueva y odiosa parte de su cuerpo, le hablaba de Gary, su novio, Gary el grandote, que había jugado de zaguero en el equipo de fútbol americano del instituto y ahora estaba en la universidad, en el Williams College de las Berkshire, no lejos del campamento en el que iban a trabajar juntos aquel verano, ella lo estaba esperando con mucha ilusión, le dijo, y entonces le anunció que *le había entregado la insignia* con toda la ceremonia, práctica desconocida para Ferguson en aquella época, así que Francie le explicó que Gary le había dado la insignia de su *fraternidad*, pero esa palabra también escapaba a su entendimiento, de modo que su prima volvió a explicárselo, y entonces esbozó una gran sonrisa y le dijo que no importaba, que lo

importante era que la entrega de aquella insignia era el primer paso para estar comprometida, y que Gary y ella pensaban anunciar su compromiso en otoño, y al verano siguiente, cuando ella hubiera cumplido los dieciocho y terminado el instituto, Gary y ella se casarían. El motivo por el que le contaba todo eso, le dijo, era que tenía una importante misión para él, y quería saber si estaba dispuesto a cumplirla. ¿Qué debo hacer?, preguntó Ferguson. Ser el portador del anillo en la boda, contestó ella. Una vez más, Ferguson no tenía ni idea de lo que decía su prima, de modo que Francie se lo explicó también, y cuando la oyó decir que tendría que recorrer el pasillo con el anillo de boda colocado sobre un cojín de terciopelo azul que Gary cogería luego para ponérselo a ella en el cuarto dedo de la mano izquierda y concluir así la ceremonia matrimonial, Ferguson convino en que era una misión importante, tal vez la más importante que le habían encomendado nunca. Asintiendo solemnemente con la cabeza, prometió que lo haría. Probablemente se pondría nervioso al caminar por el pasillo con tanta gente mirándolo, desde luego, y siempre estaba la posibilidad de que le temblaran las manos y el anillo se le cayera al suelo, pero tenía que hacerlo porque Francie se lo pedía, porque Francie era la única persona en el mundo a quien nunca podría decepcionar.

Cuando Francie fue a su casa a la tarde siguiente, Ferguson inmediatamente comprendió que había estado llorando. Nariz enrojecida, vagos indicios de un tinte rosáceo en torno al iris de ambos ojos, un pañuelo hecho una bola en el puño: hasta un niño de seis años podría deducir la verdad a partir de esa evidencia. Ferguson se preguntó si se habría peleado con Gary, si de pronto, inesperadamente, le habían quitado la insignia, lo que significaba que no habría boda y no se le requeriría para llevar el anillo en un cojín de terciopelo. Le preguntó por qué estaba disgustada, pero en vez de pronunciar el nombre de Gary tal como se imaginaba, Francie empezó a hablar de un hombre y una mujer llamados Rosenberg, que habían ejecutado ayer, *friéndolos en la silla eléctrica*, le dijo, pronunciando tales palabras en un tono que parecía a la vez de horror y repugnancia, y estaba mal, mal, mal, prosiguió ella, porque puede que fueran inocentes, siempre habían proclamado su inocencia, ¿y por qué habrían dejado que los matasen cuando podrían haber salvado la vida diciendo que eran culpables? Dos hijos, dijo Francie, dos niños de corta edad, y qué padres convertirían voluntariamente en huérfanos a sus hijos negándose a reconocer su culpa si eran culpables, lo que significaba que debían de ser inocentes y habían muerto por nada. Ferguson nunca había oído hablar a Francie con tal indignación, nunca había visto a nadie tan consternado por una injusticia cometida contra personas que sin duda eran extrañas, porque estaba claro que Francie nunca había visto a los Rosenberg cara a cara, y por tanto estaba hablando de algo tremendamente serio e importante, tan grave que por eso acabaron *friéndolos*, qué idea tan horrorosa, que lo frieran a uno como si fuese un trozo de pollo sumergido en una sartén de aceite hirviendo y burbujeante. Preguntó a su prima qué habían hecho supuestamente los Rosenberg para merecer tal castigo, y Francie le explicó que los habían acusado de pasar secretos a los rusos, secretos cruciales referentes a la construcción de bombas atómicas, y como los rusos eran comunistas, cosa que los convertía en nuestros enemigos mortales, los Rosenberg fueron condenados por traición, un delito espantoso, habían traicionado a su país y debían ejecutarlos, pero en este caso el

delito lo había cometido Estados Unidos, el gobierno norteamericano había sacrificado a dos personas inocentes, y entonces, citando a su novio y futuro marido, Francie concluyó: *Gary cree que Estados Unidos se ha vuelto loco*.

Aquella conversación sentó a Ferguson como un puñetazo en el estómago, y se sintió tan perdido y asustado como cuando sus dedos se deslizaron de la rama y empezó a caerse del árbol, aquella horripilante sensación de impotencia, nada sino aire alrededor y debajo de él, ni madre ni padre, ni Dios, nada sino el vacío de la pura nada y su cuerpo de camino al suelo con nada en la cabeza salvo el miedo de lo que podría pasarle cuando aterrizara. Sus padres nunca le hablaban de cosas como la ejecución de los Rosenberg, lo protegían de las bombas atómicas, los enemigos mortales, los veredictos falsos, los niños huérfanos y adultos fritos, y oír a Francie contándole todo eso en una gran efusión emotiva fue una verdadera sorpresa para Ferguson, no como un puñetazo en el estómago, exactamente, sino más bien como algo salido de los dibujos animados que veía en televisión: una caja de caudales de hierro fundido cayéndole en la cabeza desde la ventana de un décimo piso. Plaf. Una conversación de cinco minutos con su prima Francie y todo había acabado en plaf. Había un mundo real por ahí, un mundo de bombas atómicas y sillas eléctricas del que él poco o nada sabía. Era tonto, tan completa y rematadamente bobo que le parecía penoso ser quien era, un niño idiota, que estaba ahí pero no contaba para nada, un cuerpo ocupando un espacio del mismo modo que una silla o una cama ocupaban espacio, sólo un cero a la izquierda, y si quería cambiar la situación, tendría que empezar ahora mismo. La señorita Lundquist había dicho en su clase del parvulario que aprenderían a leer y escribir en primaria, que no tenía sentido apresurar las cosas y que todos estarían mentalmente preparados para empezar al año siguiente, pero Ferguson ya no podía esperar al próximo año, tenía que empezar ya si no quería condenarse a otro verano de ignorancia, porque leer y escribir eran el primer paso, concluyó, el único que estaba en posición de dar como persona que no contaba para nada, y si había justicia en el mundo, cosa que empezaba seriamente a cuestionar, entonces que viniera alguien y se ofreciese a echarle una mano.

Al final de aquella semana, la mano apareció en la forma de su abuela, que el domingo vino en coche con su abuelo a West Orange y se instaló en la habitación contigua a la suya para iniciar una visita que se prolongó hasta bien entrado el mes de julio. La víspera de su llegada Ferguson se había hecho con unas muletas que le permitían moverse libremente por la planta de arriba y eliminaban las humillaciones de la botella de leche, pero bajar solo al primer piso seguía siendo imposible, demasiado peligroso el trayecto por las escaleras, de modo que lo tenían que llevar en brazos, un insulto más que debía sobrellevar en silencio y con airado resentimiento, y como su abuela no tenía fuerza y Wanda era muy menuda, su padre o su madre tenían que cargar con él, lo que lo obligaba a bajar por la mañana temprano, porque su padre se iba a trabajar a las siete y media y su madre seguía buscando un local conveniente para montar su estudio, pero daba igual, le gustaba levantarse pronto y prefería pasar la mañana y la tarde en el porche cubierto a languidecer en el helado sepulcro de la planta de arriba, y aunque solía hacer un calor bochornoso, los pájaros volvían a estar en el ambiente y compensaban con creces cualquier incomodidad. Fue en el porche donde acabó conquistando los misterios de las letras, palabras y signos de

puntuación, donde bajo la tutela de su abuela luchó por dominar rarezas tales como *llevar* y *llegar*, *roba* y *ropa*, *aun* y *aún*, así como el enorme interrogante de *tu*, *tú* y *tus*. Hasta entonces, nunca se había sentido especialmente cercano a la mujer a quien el destino había escogido para que le sirviera de abuela, su nebulosa Nana del centro de Manhattan, una persona benévola y afectuosa, consideraba él, pero tan callada y reservada que era difícil establecer vínculos con ella, y siempre que estaba con sus abuelos, su escandaloso y tremendamente entretenido abuelo parecía ocupar la habitación entera, lo que dejaba a su abuela en la sombra, casi por completo inadvertida. De corta estatura, cuerpo redondo y piernas gruesas, vestida sin gracia, con ropa anticuada y zapatos sosos, anchos y de tacón bajo, a Ferguson siempre le había dado la impresión de alguien que venía de otro planeta, una habitante de otro tiempo y lugar que en consecuencia nunca llegaría a sentirse a gusto en este mundo y sólo podría vivir en el presente como una especie de turista, ansiando volver al sitio de donde había venido. Sin embargo, sabía todo lo que había que saber en materia de leer y escribir, y cuando Ferguson le preguntó si estaba dispuesta a ayudarlo, ella le dio una palmadita en el hombro y le dijo que por supuesto que sí, que sería un honor. Emma Adler, mujer de Benjy, madre de Mildred y Rose, demostró ser una maestra paciente aunque algo lenta y pesada, y se ocupó de la instrucción de su nieto de forma minuciosa y sistemática, sometiéndolo el primer día a un examen para saber exactamente hasta dónde llegaban sus conocimientos antes de determinar las medidas que debía adoptar. La animaba el hecho de que el chico ya fuese capaz de reconocer las letras del alfabeto, las veintisiete, la mayoría de las minúsculas y todas las mayúsculas, y como iba tan adelantado, le dijo, su trabajo sería menos complejo de lo que había imaginado. Las clases que le dio a continuación se dividían en tres partes, escribir durante noventa minutos por la mañana, seguidos de una interrupción para comer, lectura durante noventa minutos por la tarde, y luego, después de otra pausa (para limonada, ciruelas y galletas), cuarenta y cinco minutos de lectura en voz alta con los dos sentados en el sofá del porche mientras ella le señalaba las palabras que a su juicio le resultarían difíciles de entender, su gordezuelo dedo índice dando golpecitos en la página bajo palabras de delicada ortografía como *intriga*, *melancolía* y *concienzudo*, y a su lado Ferguson respiraba el olor de su abuela a loción de manos y perfume de agua de rosas, imaginando el día en que todo aquello sería algo automático para él, cuando fuera capaz de leer y escribir como cualquier otra persona de este mundo. Ferguson no era un niño muy habilidoso, tal como había demostrado su caída del árbol, por no hablar de otros contratiempos y tropezones que lo habían perseguido durante los primeros años de su vida, y lo de escribir le causaba más dificultades que la lectura. Su abuela le decía: Fíjate en cómo lo hago yo, Archie, y se ponía a escribir despacio una letra seis o siete veces seguidas, la B mayúscula, por ejemplo, o la f minúscula, después de lo cual Ferguson trataba de imitarla, unas veces lográndolo al primer intento, otras sin conseguirlo del todo, y cuando seguía fallando después de la quinta o sexta tentativa, su abuela le ponía la mano sobre la suya, le recogía los dedos bajo los suyos y guiaba el lápiz sobre la hoja de papel mientras las dos manos ejecutaban la letra de forma correcta. El contacto de piel con piel contribuyó a acelerar sus progresos, porque el ejercicio se alejaba del ámbito de las formas abstractas haciéndose tangible y concreto, como si los músculos de su mano

se entrenaran para realizar la particular tarea requerida por el contorno de cada letra, y practicando la maniobra una y otra vez, repasando todos los días las letras que ya había aprendido y añadiendo cuatro o cinco nuevas, Ferguson acabó dominando la situación y dejó de cometer errores. Con la lectura, las clases avanzaron sin complicaciones, porque no había lápices de por medio y podía seguir adelante a buen ritmo, encontrando cada vez menos obstáculos a medida que pasaba de frases de tres o cuatro palabras a otras de quince en el transcurso de dos semanas, y su determinación de convertirse en un lector consumado antes de que acabara la visita de su abuela llegó al punto de que, a fuerza de voluntad, parecía imponer a su mente tal estado de receptividad que una vez que aprendía algo nuevo se le quedaba grabado y ya no se le olvidaba. Una por una, su abuela le iba escribiendo frases, y una por una se las volvía él a leer, empezando por *Me llamo Archie*, y pasando de *Mira cómo corre Ted* a *Qué calor hace esta mañana*, de *¿Cuándo te quitan la escayola?* a *Creo que va a llover mañana*, de *Qué interesante que los pájaros pequeños canten mejor que los grandes* a *Soy una vieja que ya no se acuerda de cómo aprendió a leer y escribir, pero dudo de que aprendiese tan rápidamente como tú*, y entonces obtuvo el diploma leyendo su primer libro, «El cuento de los dos malvados ratones», la historia de una pareja de roedores domésticos llamados Tom Pulgar y Hunca Munca que destrozaban la casa de muñecas de una niña porque en su interior la comida no era de verdad sino de yeso, y Ferguson saboreaba de lo lindo la violencia de su furia destructora, el destrozo que siguió a su hambre decepcionada, insatisfecha, y mientras leía el libro en voz alta a su abuela, sólo titubeó en unas pocas palabras difíciles cuyo significado se le escapaba, tales como *cochecito, hule*, *alfombra* y *quesero*. Bonito cuento, dijo a su abuela cuando terminó, y muy divertido también. Sí, convino ella, una historia bastante graciosa, y entonces, mientras le daba un beso en la coronilla, añadió: Yo no podría haberlo leído mejor.

Al día siguiente, su abuela lo ayudó a escribir una carta a la tía Mildred, a quien no veía desde hacía casi un año. Ahora vivía en Chicago, donde trabajaba de profesora dando clase a chicos mayores como Gary, aunque Gary estudiaba en otra universidad distinta de la suya, en el Williams College de Massachusetts, mientras que la de Mildred se llamaba Universidad de Nosequé. De pensar en Gary, pasó naturalmente a pensar en Francie, y le resultó extraño que su prima ya estuviese hablando de boda a los diecisiete años cuando la tía Mildred, que era dos años mayor que su madre y por tanto mucho mayor que Francie, todavía no se había casado. Preguntó a su abuela por qué la tía Mildred no tenía marido, pero por lo visto era una pregunta sin respuesta, porque su abuela negó con la cabeza y reconoció que no lo sabía, conjeturando que podría ser porque Mildred estaba demasiado dedicada a su trabajo o porque sencillamente aún no había encontrado el hombre que le convenía. Entonces su abuela le dio una pequeña hoja de papel rayado, explicándole que era el mejor para escribir cartas, pero que antes debía pensar con cuidado lo que quería decirle, y además de eso debía tener presente no alargar las frases, no porque ahora fuese incapaz de leer frases largas, sino porque escribir era una cosa muy diferente, y como escribir las letras era un proceso lento, no quería que se quedara sin fuerzas antes de acabar.

Querida tía Mildred, escribió Ferguson mientras su abuela le deletreaba las

palabras con su voz aguda y fluctuante, alargando el sonido de cada letra como si fuera una pequeña canción, la melodía subiendo y bajando mientras Ferguson se abría paso poco a poco por el papel. *Me caí de un árbol y me rompí la pierna. Nana está aquí. Me enseña a leer y escribir. Francie me pintó la escayola de azul, rojo y amarillo. Está enfadada por esas personas que frieron en la silla. Los pájaros cantan en el jardín. Hoy he contado once clases de pájaros. Los pinzones amarillos son mis preferidos. He leído «El cuento de los dos malvados ratones» y «Peewee, el perrito del circo». ¿Qué helado te gusta más, el de vainilla o el de chocolate? Espero que vengas pronto a vernos. Un beso, Archie.*

Hubo cierto desacuerdo por el empleo de la palabra *frieron*, que su abuela consideraba una forma sumamente vulgar para referirse a un acontecimiento trágico, pero Ferguson insistió en que no había más remedio, que no podía cambiarse porque así era como Francie le había presentado el asunto, y a él le parecía una buena palabra precisamente porque era tan gráfica y repugnante. De todas formas era su carta, ¿no?, y podía escribir lo que se le antojase. Una vez más, su abuela negó con la cabeza. *Nunca das tu brazo a torcer, ¿verdad, Archie?* A lo que su nieto contestó: *¿Por qué iba a hacerlo si tengo razón?*

Poco después de que cerraran el sobre, la madre de Ferguson llegó inesperadamente a casa con el ruidoso Pontiac rojo de dos puertas que conducía desde que la familia se había mudado a West Orange tres años atrás, el coche al que Ferguson y sus padres llamaban *Tomate Jersey*, y cuando acabó de meterlo en el garaje cruzó el césped a grandes zancadas en dirección al porche, moviéndose a paso más rápido que de costumbre, a un ritmo acelerado que estaba entre la marcha y el trote, y una vez que se acercó lo bastante para que se distinguieran sus rasgos, Ferguson vio que sonreía, que traía en el rostro una gran sonrisa, insólitamente grande y luminosa, y entonces Rose alzó el brazo y saludó a su madre y a su hijo, un saludo cálido, señal de que venía de excelente humor, y antes incluso de que subiera los escalones y estuviera frente a ellos en el porche, Ferguson supo exactamente lo que iba a decir, porque estaba claro por su temprana vuelta y por la optimista expresión de sus facciones que su larga búsqueda había concluido finalmente, que había encontrado el sitio para el estudio fotográfico.

Estaba en Montclair, les dijo, sólo a un paso de West Orange, y el local no sólo era lo bastante amplio para que cupiese todo lo que necesitaba, sino que estaba justo en medio de la calle principal. Había que hacer obra, por supuesto, pero el alquiler no empezaba hasta el 1 de septiembre, lo que daba tiempo suficiente para dibujar los planos y acometer los trabajos de renovación ya desde el primer día. Qué alivio, añadió, al fin buenas noticias, pero había un problema. Tenía que pensar en un nombre para el estudio, y no le gustaba ninguna de las ideas que se le habían ocurrido hasta el momento. Ferguson Photo no sonaba bien por las dos efes. Montclair Photo era muy soso. Retratos de Rose, muy pretencioso. Rose Photo no se articulaba bien por el doble sonido de la o. Retratos de la Periferia le hacía pensar en un texto de sociología. Imagen Moderna no estaba mal, pero daba más idea de revista de fotografía que de un estudio de verdad. Ferguson, Retratista. Cámara Central. F-Stop Photo. El Cuarto Oscuro. Plaza del Faro. Rembrandt Photo. Vermeer Photo. Rubens Photo. Essex Photo. Ninguno valía, concluyó, todos eran un asco, y le dolía la cabeza

de tanto pensar.

Ferguson metió cuchara con una pregunta. ¿Cómo se llamaba el sitio adonde su padre la llevaba a bailar, algo que tenía la palabra *rose*, el sitio adonde iban antes de casarse? Se acordaba de que se lo había contado una vez porque se habían divertido mucho allí, habían *bailado hasta caerse de cansancio*.

Roseland, contestó su madre.

Entonces, la madre de Ferguson se volvió hacia su propia madre y le preguntó qué le parecía *Roseland Photo*.

Me gusta, dijo la madre de Rose.

¿Y a ti, Archie?, le preguntó su madre. ¿Qué te parece?

También me gusta, contestó él.

A mí también, declaró Rose. Podrá no ser el mejor nombre jamás inventado, pero suena bien. Consultémoslo con la almohada. Si por la mañana nos sigue gustando, puede que se haya resuelto el problema.

Aquella noche, mientras Ferguson, sus padres y su abuela dormían en sus respectivas camas en la planta alta de la casa, 3 Brothers Home World ardió hasta los cimientos. El teléfono sonó a las cinco y cuarto de la madrugada, y al cabo de unos minutos el padre de Ferguson ya estaba en su Plymouth verde botella conduciendo hacia Newark para inspeccionar los daños. Como en su habitación el aire acondicionado estaba a plena potencia, Ferguson siguió durmiendo cuando sonó el teléfono y su padre salía apresuradamente antes del amanecer, y no fue hasta despertarse a las siete de la mañana cuando se enteró de lo que había pasado. Su madre parecía alterada, confusa y angustiada como nunca la había visto, ya no el puntal de serenidad y sabiduría sobre el que siempre se apoyaba todo sino una persona semejante a él mismo, un ser frágil presa de la tristeza, las lágrimas y la desesperanza, y cuando lo rodeó con los brazos sintió miedo, no porque la tienda de su padre se hubiera quemado y ya no tuvieran dinero para vivir, lo que significaba que tendrían que irse al hospicio y subsistir a base de gachas de avena y mendrugos de pan seco durante el resto de sus días, no, eso ya era bastante malo de por sí, pero lo verdaderamente aterrador consistía en comprender que su madre no era más fuerte que él, que los golpes de la vida le hacían a ella tanto daño como a él y que salvo por el hecho de que su madre tenía más años no había diferencia entre los dos.

Tu pobre padre, dijo su madre. Se ha pasado la vida entera levantando esa tienda, trabajando, trabajando y trabajando, y ahora todo se reduce a la nada. Alguien enciende una cerilla, un cable provoca un cortocircuito en la pared, y veinte años de trabajo incesante se convierten en un montón de cenizas. Dios es cruel, Archie. Debería proteger a las buenas personas de este mundo, pero no lo hace. Les hace sufrir tanto como a las malas. Mata a David Raskin, quema la tienda de tu padre, deja que mueran inocentes en campos de concentración, y dicen que es un Dios bueno y misericordioso. Menuda gracia.

Su madre hizo una pausa. Unas lágrimas diminutas le brillaban en los ojos, observó Ferguson, y se mordisqueaba el labio inferior, como tratando de evitar que le salieran más palabras de la boca, como comprendiendo que ya había ido demasiado lejos, que no tenía derecho a expresar tal amargura delante de un niño de seis años.

No te preocupes, le dijo ella. Sólo estoy disgustada, nada más. Tu padre está

asegurado contra incendios, y no va a pasarnos nada. Un desagradable golpe de mala suerte, pero sólo es algo temporal, y al final todo acabará bien para nosotros. Lo sabes, ¿verdad, Archie?

Ferguson asintió con la cabeza, pero sólo porque no quería que su madre siguiera disgustada. Sí, puede que la cosa terminara bien, pensó, pero si Dios era tan cruel como ella decía, a lo mejor no. Nada era seguro. Por primera vez desde que había venido al mundo, dos mil trescientos veinticinco días atrás, no había modo de saberlo.

No sólo eso..., sino ¿quién demonios era David Raskin?

1.3

Su primo Andrew había muerto. *Muerto en combate* fue como se lo explicó su padre, aunque el combate fuera una patrulla nocturna en las heladas montañas que se elevaban entre Corea del Norte y Corea del Sur, una sola bala disparada por un soldado de la China comunista, le dijo su padre, que atravesó el corazón del primo Andrew y lo mató a los diecinueve años. Fue en 1952, y se suponía que el Ferguson de cinco años se sentiría tan desdichado como todos los presentes, la tía Millie y la prima Alice para empezar, que no aguantaban más de diez minutos sin derrumbarse y echarse a llorar otra vez, y el tío Lew, tan triste, que fumaba un cigarrillo tras otro sin levantar la vista del suelo, pero Ferguson no era capaz de sentir el dolor que se le requería, había algo falso y antinatural en aparentar una tristeza que no sentía, porque el caso era que nunca le había gustado el primo Andrew, que le llamaba *mequetrefe*, *alfeñique* y *pequeño gilipollas*, que lo mandoneaba en reuniones familiares y una vez lo encerró en un armario *para ver si era lo bastante fuerte para soportarlo*, e incluso cuando dejaba a Ferguson en paz, estaban las cosas que decía a su hermana Alice, hirientes epítetos tales como *cara de cerda*, *cerebro de perra* y *piernas de palillo*, cosa que a Ferguson daba verdadero asco, por no hablar del placer que Andrew sentía al ponerle la zancadilla y pegar al primo Jack, que sólo era un año menor pero al que Andrew sacaba media cabeza. Hasta los padres de Ferguson reconocían que Andrew era un chico *con problemas*, y desde que Ferguson podía recordar había oído contar historias de las travesuras de su primo en el colegio, replicando a los profesores, prendiendo fuego a los cubos de basura, rompiendo ventanas, cateando asignaturas, tantísimas fechorías que el director del instituto acabó echándolo a mitad del penúltimo curso, y luego, cuando lo pillaron robando un coche, el juez le dio a elegir, la cárcel o el ejército, así que Andrew se incorporó a filas y, seis meses después de que lo destinaran a Corea, estaba muerto.

Ferguson tardaría años en comprender la plenitud del impacto que esa muerte produjo en la familia, porque entonces era demasiado pequeño para entender nada aparte del efecto principal que había tenido en él mismo, que no se hizo manifiesto hasta que tuvo siete años y medio, y por tanto los dos años y medio que pasaron entre el funeral de Andrew y el acontecimiento que resquebrajó su pequeño mundo transcurrieron en una infancia de borroso tiempo presente, los triviales asuntos del colegio, deportes y juegos, amistades, programas de televisión, tebeos, libros de cuentos, enfermedades, rodillas arañadas y miembros magullados, ocasionales peleas a puñetazos, dilemas morales e innumerables cuestiones sobre la naturaleza de la realidad, y mientras vivía todo eso no dejó de querer a sus padres ni de sentirse querido por ellos, sobre todo por su esforzada y cariñosa madre, Rose Ferguson, propietaria y fotógrafa de Roseland Photo, en la calle principal de Millburn, el municipio en que vivían, y, en menor grado, más incierto, por su padre, el enigmático Stanley Ferguson, que hablaba poco y con frecuencia sólo parecía vagamente consciente de la existencia de su hijo, pero Ferguson comprendía que su padre tenía muchas cosas en la cabeza, que administrar 3 Brothers Home World era un trabajo de

dedicación exclusiva, por lo que necesariamente estaba preocupado las veinticuatro horas del día, pero en los escasos momentos en que no lo estaba y podía centrar la atención en su hijo, Ferguson tenía la seguridad de que su padre sabía quién era, que no lo confundía con otro. En otras palabras, Ferguson vivía en terreno seguro, sus necesidades materiales estaban cubiertas de forma continua y esmerada, un techo sobre su cabeza, tres comidas diarias, ropa recién lavada, sin privaciones físicas que soportar, sin tormentos emocionales que atrofiaran su desarrollo, y en el tiempo que medió entre los cinco y los siete años y medio de edad, se fue convirtiendo en lo que los educadores llamarían un niño sano y normal de inteligencia superior a la media, un magnífico espécimen de la infancia norteamericana de mediados de siglo. Pero estaba demasiado atrapado en el torbellino de su propia vida para prestar atención a lo que ocurría fuera del ámbito de sus inquietudes inmediatas, y como sus padres no eran de los que compartían sus preocupaciones con los hijos pequeños, no hubo forma de prepararlo para el desastre que sobrevino el 3 de noviembre de 1954, que lo expulsó de su juvenil edén y convirtió su existencia en otra vida enteramente distinta.

Entre las muchas cosas de las que Ferguson nada sabía antes de aquel fatídico momento se contaban las siguientes:

1) El alcance del dolor de Lew y Millie por la muerte de su hijo, agravado por el hecho de que se consideraban padres fallidos, tras haber criado lo que consideraban un *chico malogrado*, un delincuente juvenil sin conciencia ni principios morales, alguien que se burlaba de la autoridad y las normas y se regocijaba causando estragos siempre que podía, un mentiroso, un fulero de pies a cabeza, una mala persona, y Lew y Millie se torturaban por su fracaso, preguntándose si habían sido demasiado duros o demasiado blandos con él, si podrían haber hecho otra cosa para evitar que robara aquel coche, lo que en definitiva fue su sentencia de muerte, y lo deshechos que estaban por haberlo animado a que se incorporara al ejército, que a su juicio habría contribuido a enderezarlo pero en cambio lo había metido en una caja de madera a dos metros bajo tierra, y por ese motivo se sentían también responsables de su muerte, no sólo de su rebelde, airada y desperdiciada vida, sino también de su muerte en aquella helada cumbre de Corea, aquel país dejado de la mano de Dios.

2) Lew y Millie eran aficionados al alcohol. Constituían uno de esos matrimonios que bebían tanto por deporte como por compulsión, una pareja de despreocupados beodos que derrochaban un histriónico encanto siempre que pimplaban dentro del límite de sus capacidades, que eran considerables, pero por extraño que pareciese era la flaca Millie quien mostraba más firmeza, quien rara vez se tambaleaba o arrastraba las palabras, mientras que su más corpulento marido a veces se pasaba de la raya, e incluso antes de la muerte de Andrew, Ferguson recordaba un día en que su tío perdió el conocimiento en el sofá y se puso a roncar en medio de una bulliciosa fiesta familiar, cosa que todos consideraron graciosa cuando pasó, pero ahora, tras aquella muerte, Lew bebía aún más, continuaba después de las reuniones, las horas del cóctel y hasta el momento de irse a dormir para luego empezar con el aperitivo a las doce del mediodía, todo eso sin contar los tragos que daba subrepticiamente a la petaca que llevaba en el bolsillo interior de la chaqueta, lo que sin duda ayudaba a anestesiar el dolor que corroía su devastado corazón, atormentado por la culpa, pero la bebida empezó a afectar a su trabajo en la tienda, a

veces volviéndolo incoherente cuando hablaba con los clientes sobre las respectivas ventajas de las lavadoras Whirlpool y Maytag, y cuando no se mostraba desatinado, a veces se ponía irritable, y cuando se irritaba, le daba por insultar a la gente, lo que no era forma de llevar el negocio en 3 Brothers Home World, de modo que el padre de Ferguson debía intervenir, apartando a Lew del cliente ofendido y diciéndole que se fuera a casa a dormir la mona.

3) Un hecho conocido sobre Lew era su inclinación al juego. De no haber sido por el trabajo de Millie como encargada de compras en los almacenes Bamberger del centro de Newark, la familia se habría arruinado muchos años antes, porque la mayor parte de lo que ganaba Lew en 3 Brothers Home World solía acabar en el bolsillo de su corredor de apuestas. Ahora, cuando el consumo de alcohol escapaba a su control, lo mismo ocurría con su afición a las apuestas imposibles con las que, movido por una corazonada, perseguía el sueño de toda una vida de forrarse con una ganancia espectacular, la clase de apuesta legendaria que los jugadores comentarían durante décadas, y cuanto más improbables eran sus conjeturas, más crecían sus pérdidas. En agosto de 1954, sus deudas ascendían a treinta y seis mil dólares, y a Ira Bernstein, el corredor que le manejaba las apuestas desde hacía doce años, se le estaba acabando la paciencia. Lew necesitaba efectivo, no menos de diez o doce mil, una suma considerable que demostrara sus buenas intenciones, o de lo contrario los chicos de los bates de béisbol y los puños americanos se acercarían a hacerle una visita, y como no podía pedirle dinero a Stanley, sabiendo que su hermano hablaba en serio cuando le juró que no volvería a sacarle de apuros nunca más, se lo robó: dando orden de cancelación de pago sobre un cheque de un proveedor de General Electric de 3 Brothers y transfiriendo la cantidad a su cuenta particular. Sabía que acabarían descubriéndolo, pero la discrepancia contable tardaría en salir a la luz, porque el flujo de efectivo por los artículos entre la tienda y sus proveedores se basaba en un sistema de confianza mutua y la teneduría de libros iba meses por detrás de los propios intercambios, y esos meses le darían el tiempo que necesitaba para arreglar las cosas. A últimos de septiembre, el tío de Ferguson vio su oportunidad. Entrañaría una nueva orden de cancelación de otro cheque, pero si todo salía bien, los nueve mil dólares malversados se convertirían en unas ganancias de diez veces esa cantidad, lo que sería más que suficiente para compensar los dos cheques cancelados, pagar a Bernstein la totalidad de la deuda y quedarse él con un buen fajo. La Serie Mundial estaba a punto de empezar, con los Indians muy favorecidos por delante de los Giants, tanto, que apostar por los de Cleveland casi no valía la pena, pero entonces Lew pensó: si los Indians eran un club tan poderoso, ¿qué les impediría ganar cuatro partidos seguidos? En esa apuesta la proporción era mucho más atractiva. Diez contra uno y a por todas, mientras que si ponía el dinero en Cleveland a razón de un partido cada vez no le rendiría más que calderilla. De modo que Lew se buscó otro corredor de apuestas, es decir, alguien que no se llamaba Bernstein, y apostó los nueve mil doscientos dólares que había robado a su hermano a los Indians, convencido de que vencerían a los Giants de forma consecutiva en todos los encuentros sin perder una sola vez. Nadie supo dónde vio el tío de Ferguson el primer partido, pero mientras Stanley y Arnold junto con el resto de los empleados de la 3 Brothers Home World se reunían en torno a los aparatos de televisión expuestos en la tienda para seguir el

juego con cincuenta o sesenta clientes que habían entrado de la calle, que en realidad no eran clientes sino hinchas de los Giants que no tenían televisión propia, Lew se escabulló para ver el partido él solo, quizá en un bar del barrio o en algún otro sitio, en un lugar desconocido donde nadie lo vio vivir el horror de ver cómo Mays hacía un corre-corre en un *fly* de Wertz en la primera parte de la octava entrada y luego, aún más horroroso, la apabullante desolación que sintió unos minutos después cuando Rhodes conectó con el lanzamiento de Lemon y mandó la bola a las tribunas del campo derecho. El batazo de un hombre, y la vida de otro hombre se arruinó.

4) A mediados de octubre, el proveedor de GE informó a Stanley de que no tenían constancia de pago de un camión de congeladores, aparatos de aire acondicionado, ventiladores y frigoríficos que les habían servido a principios de agosto. Perplejo, Stanley fue a hablar con la contable de 3 Brothers, Adelle Rosen, una viuda regordeta de cincuenta y seis años que llevaba un lapicero amarillo en el pelo y creía en las virtudes de la caligrafía meticulosa y las columnas rígidamente alineadas, y una vez que Stanley le explicó el problema, la señora Rosen sacó el talonario de la empresa del cajón de su escritorio y encontró la matriz del 10 de agosto, que verificaba el pago de la totalidad de la deuda, 14.237,16 dólares. Stanley se encogió de hombros. El cheque debió de perderse en el correo, dijo, y entonces encargó a la señora Rosen que ordenara la cancelación del talón de agosto y extendiera uno nuevo al proveedor de GE. Al día siguiente, la señora Rosen, profundamente perpleja, informó a Stanley de que aquel cheque se había cancelado ya en fecha tan lejana como el 11 de agosto. ¿Qué podía significar eso? Por un brevísimo momento, Stanley se preguntó si lo habría traicionado la señora Rosen, si su hasta ahora leal empleada, a quien se sabía secretamente enamorada de él durante los últimos once años, era culpable de amañar los libros, pero entonces miró a los atribulados ojos de la señora Rosen, llenos de adoración, y desechó la idea al considerarla una estupidez. Convocó a Arnold en el despacho del fondo y le preguntó si sabía algo de los catorce mil dólares desaparecidos, pero Arnold, que no parecía menos extrañado y confuso que la señora Rosen cuando se le planteó el mismo misterio, declaró que no tenía ni la más remota idea de lo que había ocurrido, y Stanley le creyó. Luego llamó a Lew al despacho. El miembro de más edad del clan lo negó al principio, pero a Stanley no le gustó la forma en que su hermano miraba a la pared por encima de su hombro mientras hablaban, de manera que siguió apretándole las tuercas, interrogándolo sobre la cancelación del cheque en agosto, insistiendo en que él era el único que podría haberlo hecho, el único candidato posible, porque la señora Rosen estaba fuera de toda sospecha, como Arnold y él mismo, y en consecuencia tenía que ser Lew, y entonces Stanley empezó a preguntarle sobre sus recientes actividades apostadoras, las cantidades exactas que había puesto en juego, el alcance total de sus pérdidas, en qué partidos de béisbol y de fútbol americano, en qué combates de boxeo, y cuanto más presionaba Stanley, más parecía debilitarse el cuerpo de Lew, como si estuvieran dándose mamporros en el cuadrilátero y cada palabra fuese un puñetazo, otro golpe a la barriga, a la cabeza, y poco a poco empezó Lew a tambalearse, como si se le fueran a doblar las rodillas, hasta que de pronto se derrumbó en una silla, se tapó la cara con las manos, rompió a sollozar e hizo una confesión entrecortada, apenas audible. Stanley se quedó pasmado

por lo que acababa de escuchar, porque el caso era que Lew no estaba mínimamente arrepentido de lo que había hecho, y si lo sentía por algo era sólo porque su plan no había dado resultado, su impecable plan, su plan perfecto, pero los Indians le habían fallado perdiendo el primer partido de la Serie, y a tomar por culo Willie Mays, dijo, que le den a Dusty Rhodes, y Stanley comprendió al fin que su hermano no tenía cura, que si un hombre hecho y derecho señalaba con dedo acusador a un par de jugadores de béisbol y los consideraba causantes de todos sus males significaba que tenía una mente menos desarrollada que la de un niño, de un niño retrasado, además, de alguien tan pobre y disminuido como el hijo de Lew, el muerto y enterrado Andrew Ferguson, soldado raso. Stanley estuvo tentado de decir a su hermano que se marchara de la tienda y no volviera más, pero no podía hacerlo, habría sido una reacción demasiado brusca, demasiado severa, y mientras sopesaba lo que decir a continuación, consciente de que no debía abrir la boca hasta que se le hubiera pasado la rabia, al menos un poco para que luego no tuviera que arrepentirse de sus palabras, Lew se puso a hablar de nuevo, y lo que dijo a Stanley era que todos estaban pringados hasta el cuello y que la tienda se había ido al traste. El padre de Ferguson no entendía nada de lo que Lew estaba diciendo, así que contuvo la lengua un poco más, empezando a pensar que su hermano había perdido realmente el juicio, y entonces Lew le habló de Bernstein y de cuánto dinero le debía, más de veinticinco mil ya, pero eso era sólo la punta del iceberg, porque Bernstein había empezado a cargarle intereses y cada día la cuenta subía más y más, y en las dos últimas semanas había recibido media docena de llamadas, con una voz al otro lado de la línea amenazándolo para que pagara la deuda si no quería sufrir las consecuencias, lo que indistintamente significaba que unos hombres saltarían sobre él en la oscuridad y le romperían hasta el último hueso del cuerpo, lo dejarían ciego con ácido, desfigurarían a Millie con una navaja, secuestrarían a Alice o matarían a Millie y Alice, y estaba asustado, confesó Lew a su hermano, tanto que ya no podía dormir, ¿y de dónde iba a sacar esa suma si su casa tenía dos hipotecas y ya había tomado prestados veintitrés mil dólares de la tienda? Ahora, también a Stanley se le empezaron a doblar las rodillas, se sentía desorientado y mareado, fuera de su propia piel, como si se le escapara su propio ser, de manera que se sentó frente a Lew en la silla al otro lado del escritorio, preguntándose cómo catorce mil dólares se habían convertido de pronto en veintitrés mil, y mientras los dos hermanos se miraban a través de la superficie gris del escritorio metálico, Lew explicó a Stanley que Bernstein le había hecho una propuesta, y por lo que a él se refería era la única salida, la única solución posible, y tanto si a Stanley le gustaba como si no, había que hacerlo. ¿A qué te refieres?, preguntó Stanley, hablando por primera vez en los últimos siete minutos. Nos van a quemar la tienda, anunció Lew, y cuando cobremos el seguro todo el mundo tendrá su parte. Stanley no abrió la boca. No dijo nada porque no tenía nada que decir, porque en lo único que pensaba en aquel momento era en las ganas que tenía de matar a su hermano, y si por casualidad se atrevía a pronunciar aquellas palabras en voz alta, a decirle a Lew cómo le gustaría rodearle la garganta con las manos y apretar hasta estrangularlo, su madre lo maldeciría en la tumba y no dejaría de atormentarlo hasta el final de sus días. Finalmente, Stanley se levantó de la silla y echó a andar hacia la puerta, y cuando la abrió, se detuvo en el umbral y dijo: No te creo. Luego salió del

despacho, y oyó que su hermano decía a su espalda: Créeme, Stanley. Hay que hacerlo.

5) El primer impulso de Stanley fue hablar con Rose, desahogarse con su mujer y decirle que lo ayudara a impedir que Lew llevara sus planes adelante, pero por mucho que se esforzaba para que las palabras salieran de su boca, fracasaba una y otra vez, arrepintiéndose siempre en el último momento porque no podía soportar la idea de escuchar lo que ella le diría, lo que sabía que iba a decirle. No podía acudir a la policía. Aún no se había cometido fechoría alguna, ¿y qué clase de hombre acusa a su hermano de planear un posible delito cuando no posee pruebas concluyentes que corroboren la existencia de una maquinación? Por otro lado, aunque Bernstein y su hermano acabaran cometiéndolo, ¿sería capaz de acudir a la policía y hacer que detuvieran a su hermano? Lew estaba en peligro. Lo amenazaban con dejarlo ciego, con matar a su mujer y a su hija, y si Stanley intervenía ahora en el asunto, sería responsable de aquella mutilación, de aquellas muertes, lo que significaba que él también formaba parte del embrollo, era cómplice en contra de su voluntad, y si las cosas salían mal y atrapaban a Bernstein y Lew, sin duda su hermano no vacilaría en señalarlo como participante en el delito. Sí, despreciaba a Lew, le daban náuseas sólo de pensar en él, y sin embargo cuán profundamente se despreciaba a sí mismo por sentir ese odio, que era pecaminoso y grotesco y sólo acrecentaba aún más su incapacidad para tomar una determinación, porque según entendía, no hablarlo con Rose significaba que había elegido el pasado en detrimento del presente, renunciando a su papel de marido y padre para volver al oscuro mundo de hijo y hermano, un ámbito en el que ya no deseaba situarse, pero no había escapatoria, lo habían vuelto a engullir, y durante las dos semanas siguientes deambuló por ahí en un frenético estado de furia y pavor, con la muralla de su ininterrumpido silencio aislándolo de todos los demás, hirviendo de frustración, preguntándose cuándo estallaría la bomba que llevaba dentro de la cabeza.

6) Tal como veía las cosas, no tenía más remedio que seguir el juego; o fingir que lo seguía. Necesitaba saber lo que Bernstein y compañía estaban planeando, mantenerse al corriente de los detalles, y con objeto de enterarse de todo debía engañar a Lew para que creyera que estaba de su parte, así que a la mañana siguiente, sólo veinticuatro horas después de su última conversación, el escalofriante diálogo que concluyó con las palabras *Hay que hacerlo,* Stanley dijo a Lew que había cambiado de opinión, que aun a sabiendas de que era un error y con infinito disgusto en su corazón, comprendía que no había otra salida. Aquella falsedad produjo los resultados deseados. Creyendo que Stanley se había puesto de su lado, un Lew agradecido, trémulo, casi trastornado, empezó a tratar a su hermano como si fuera su valioso aliado y más leal confidente, y ni una sola vez se le ocurrió que Stanley actuara como agente doble cuya única intención era estropearlo todo e impedir que se produjera el incendio.

7) Habría dos hombres, le informó Lew, un pirómano experimentado sin antecedentes penales que actuaría conjuntamente con un centinela, y se había fijado la fecha para el martes siguiente, para la noche del 2 al 3 de noviembre si acertaba el pronóstico del tiempo y no llovía. La función de Lew consistiría en desmontar la alarma antirrobo y proporcionar llaves de la tienda a los hombres. Él pasaría la noche

en casa y sugería a su hermano que hiciese lo mismo, pero Stanley tenía otros planes para aquella noche, o un único plan, que consistía en plantarse en la tienda a oscuras y espantar al incendiario antes de que empezara la faena. Stanley quería saber si aquellos hombres llevarían armas, pero Lew no estaba seguro, Bernstein había omitido tratar esa cuestión con él, pero ¿qué más daba?, preguntó, ¿por qué preocuparse de algo que no les concernía? Porque alguien podría elegir el peor momento para pasar frente a la tienda, contestó Stanley, un poli, un vecino con su perro, una mujer que volviera a casa de una fiesta, y no quería que nadie sufriera daño alguno. Incendiar un negocio para cobrar trescientos mil dólares del seguro ya era grave de por sí, pero si durante la operación disparaban y mataban a algún transeúnte inocente, se podrían pasar en la cárcel el resto de sus días. Lew no había pensado en eso. Tal vez debiera planteárselo a Bernstein, sugirió, pero Stanley le dijo que no se molestara, porque los hombres de Bernstein harían exactamente lo que les diera la gana, sin tener para nada en cuenta los deseos de Lew. Con aquello se acabó la discusión, y mientras Stanley se alejaba de su hermano y entraba en la sala de exposición de la planta baja, se dio cuenta de que la cuestión de si había armas o no constituía la gran variable desconocida, el factor que podía echar abajo su plan. Sería aconsejable comprar una pistola antes del martes, dijo para sí, pero en cierto modo se mostró reacio ante la idea, toda la vida había sentido repulsión hacia las armas, tanta que jamás había disparado ni tenido una en las manos. A su padre lo habían matado a tiros, y de qué le había servido el revólver en aquel almacén de Chicago treinta y un años atrás, lo mataron de todos modos, y llevaba un treinta y ocho sin usar en la mano derecha, pero ¿quién sabía si no lo habían matado porque fue el primero en sacar el arma, no dejando a su asesino otra elección que disparar con objeto de salvar su propia vida? No, las pistolas eran un asunto delicado, y una vez que se apuntaba a alguien con un arma, sobre todo si ese alguien ya empuñaba una, había muchas posibilidades de que el artefacto con que uno contaba protegerse acabara convirtiéndolo en cadáver. Además, el hombre que Bernstein había contratado para reducir a cenizas 3 Brothers Home World no era un asesino a sueldo sino un incendiario, un antiguo bombero, según Lew, ésa sí que era buena, un hombre que antes se ganaba la vida apagando fuegos y que ahora los provocaba por diversión y provecho, ¿y por qué necesitaría una pistola para hacer eso? El centinela era otra cuestión, sin duda algún matón de pecho amplio que iría a la tienda armado hasta los dientes, pero Stanley se figuró que se quedaría fuera esperando mientras el exbombero se dedicaba a su tarea, y como Stanley estaría dentro antes de que aquellos dos aparecieran, concluyó que no le haría falta la pistola. Lo que no significaba que pensara ir con las manos vacías, porque un bate de béisbol serviría igual de bien para su propósito, un Louisville Slugger de casi noventa y dos centímetros metería miedo al incendiario y lo alejaría con la misma eficacia que una pistola del calibre treinta y dos, y dado el estado de ánimo de Stanley en las dos semanas anteriores al 2 de noviembre, el fragor enloquecido, demoniaco, de los descontrolados pensamientos que rugían en su cabeza desde la mañana de la confesión de Lew, la idea del bate de béisbol le pareció profunda y perversamente graciosa, tan divertida que al pensarlo soltó una especie de carcajada, un breve gañido que ascendió del fondo de sus pulmones y estalló al salir por su garganta como una

perdigonada rebotando en la pared, porque toda la truculenta comedia había empezado con un bate de béisbol, el bate utilizado por Dusty Rhodes en el Polo Grounds el 29 de septiembre, ¿y qué mejor forma de acabar la farsa empuñando otro bate y amenazando con estrellarlo en la cabeza del hombre que pretendía reducir su tienda a cenizas?

8) Por la tarde del 2 de noviembre, Stanley llamó a Rose para decirle que no iría a casa a cenar aquella noche. Se quedaría a trabajar hasta tarde con Adelle, le dijo, iban a repasar los libros para preparar una auditoría prevista para el viernes, y lo más probable era que estuviesen ocupados hasta medianoche, así que Rose no debía molestarse en esperarlo. La tienda cerraba a las cinco los martes y a las cinco y media ya se había ido todo el mundo menos Stanley: Arnold, la señora Rosen, Ed y Phil, Charlie Sykes, Bob Dawkins y el ausente Lew, quien, demasiado asustado para ir a trabajar por la mañana, había pasado el día en casa con una fiebre fingida. Los hombres de Bernstein no aparecerían hasta la una o las dos de la madrugada, y con varias horas en blanco por delante, Stanley decidió salir a cenar, permitiéndose una visita al Moishe's, su restaurante favorito de Newark, con especialidades de la cocina judía de Europa oriental, la clase de comida que su madre le preparaba en los viejos tiempos, buey hervido con rábanos picantes, patatas *pirogen*, pescado *gefilte* y sopa de albóndigas de *matzo*, los manjares campesinos de otro tiempo, de otro mundo, y Stanley sólo tenía que entrar en el comedor del Moishe's para sentirse transportado de nuevo a su desaparecida infancia, porque el restaurante mismo era una vuelta al pasado, un local desgastado, sin gracia, con vulgares manteles de hule y polvorientas lámparas colgando del techo, pero cada mesa estaba adornada con un sifón de cristal azul o verde, una visión que por la razón que fuese nunca dejaba de producirle una pequeña oleada de felicidad, y cuando oía rezongar a los maleducados camareros, el acento yidis de sus voces también le daba tranquilidad, aunque no supiera explicar por qué. De modo que Stanley cenó aquella noche los platos de su juventud, empezando con *borscht* y una porción de nata agria, seguido de un plato de arenque en escabeche, para luego continuar con el plato principal, filete de falda (muy hecho) con pepinillos y guarnición de patatas rebozadas con huevo, y mientras echaba chorros de agua de Seltz en su estriado vaso transparente e iba consumiendo la cena, pensó en sus padres muertos y en sus dos imposibles hermanos que tantos dolores de cabeza le habían causado a lo largo de los años, y también en su preciosa Rose, la persona a quien más quería aunque no lo bastante, nunca lo suficiente, hecho que ahora comprendía por primera vez, y le dolió admitir que había en su interior algo contenido y bloqueado, un fallo en su carácter que le impedía darle todo lo que ella se merecía, y luego estaba el pequeño, Archie, un puro interrogante, sin duda un tipo vivaracho, ingenioso, un chico superior a los demás, pero desde el principio había sido el niño de mamá, tan apegado a ella que Stanley nunca había sabido cómo abrirse camino hasta él, y al cabo de siete años y medio seguía desconcertándolo su incapacidad de interpretar lo que el niño estaba pensando, mientras que Rose, como por algún conocimiento innato, por alguna facultad inexplicable que prosperase en las mujeres y rara vez se concediera a los hombres, siempre parecía saberlo. Era insólito que Stanley se pusiera a reflexionar sobre tales cuestiones, orientando sus pensamientos hacia sí mismo y buscando sus fallos y pesares, las costuras rotas de las

piezas de que se componía su vida, pero no era un momento normal en él, y al cabo de dos semanas de silencio y lucha interior estaba agotado, apenas era capaz de mantenerse en pie, e incluso cuando podía sostenerse, se tambaleaba para caminar en línea recta, y cuando después de pagar la cena volvía en el coche a 3 Brothers Home World, se preguntó si su plan tenía algún sentido, si no se habría engañado a sí mismo al pensar que daría resultado simplemente porque él tenía razón y Lew y los otros estaban equivocados, y si tal era el caso, quizá sería mejor irse a casa y dejar que la tienda se consumiera hasta los cimientos.

9) Volvió a la tienda pocos minutos después de las ocho. Todo oscuro, todo en silencio: la nada nocturna de televisores mudos y neveras dormidas, un cementerio de sombras. Pocas dudas albergaba de que más adelante lamentaría lo que iba a hacer, de que sus cálculos estaban destinados a salir mal, pero no se le habían ocurrido más ideas y ya era demasiado tarde para pensar en otra cosa. Había empezado el negocio al cumplir los dieciocho, y durante los últimos veintidós años aquello había sido su vida, su única vida, y no podía permitir que Lew y su banda de rufianes se salieran con la suya y la destruyeran, porque aquel establecimiento suyo era más que un negocio, era la vida de alguien, y la vida de esa persona era la tienda, el local y el hombre eran la misma cosa, y si prendían fuego al establecimiento, también prenderían fuego al hombre. Pasaban unos minutos de las ocho. ¿Cuántas horas habría que esperar? Por lo menos cuatro, quizá hasta cinco o seis, mucho tiempo para estar ahí sin hacer nada, esperando en una sala oscura como boca de lobo a que apareciese un hombre con latas de gasolina y una caja de cerillas asesinas, pero no había otro remedio que esperar en silencio y confiar en que el bate de béisbol fuese tan consistente como parecía. Se instaló en el despacho del fondo, en la silla de la señora Rosen, la del escritorio del rincón, que tenía las mejores vistas a la sala de exposición por la estrecha ventana rectangular abierta en el muro del despacho, y desde donde estaba sentado veía todo hasta la entrada principal, o habría estado en condiciones de verlo si la tienda no se hubiera encontrado en total oscuridad, pero el hombre de la gasolina seguramente llevaría una linterna en el bolsillo y en cuanto Stanley oyera que se abría la puerta de entrada se encendería esa luz, aunque sólo fuera unos segundos, y entonces Stanley sabría dónde estaría el hombre. Inmediatamente después: encender las luces del techo, salir de repente del despacho del fondo enarbolando el bate y gritando a pleno pulmón, ordenando al intruso que se largara de allí. Tal era el plan. Cruza los dedos, Stanley, se dijo, y si la suerte no está de tu lado, entonces muérete aquí mismo. Entretanto, siguió en la silla de la señora Rosen, montada sobre ruedas y capaz de oscilar de un lado a otro y bascular hacia atrás y hacia delante, una silla de despacho normal, lo bastante confortable para estar sentado un buen rato, pero nada adecuada para pasar en ella largo tiempo, y largo quería decir las cuatro o cinco horas que aún tenía por delante, pero cuanto más incómodo, mejor, discurría Stanley, porque unas condiciones ligeramente incómodas lo ayudarían a mantenerse alerta. O eso creía, pero mientras estaba allí sentado detrás del metálico escritorio gris, balanceándose hacia atrás y hacia delante en la silla de la señora Rosen, diciéndose que aquél era el peor momento de su vida, que nunca se había sentido tan desdichado ni tan solo como ahora, que incluso si lograba llegar de una pieza a la mañana siguiente todo lo demás estaría hecho añicos, pulverizado por

la traición de Lew, después de aquella noche nada volvería a ser lo mismo, porque ahora que él estaba traicionando a Lew, Bernstein recurriría a sus viejas amenazas y Lew y Millie volverían a encontrarse en peligro, y si algo les ocurría, recaería sobre la cabeza de Stanley, tendría que vivir y morir con ello, pero cómo no iba a hacer lo que estaba haciendo, cómo podía dejarse enredar en un chanchullo de seguros y arriesgarse a ir a la cárcel, no, imposible permitir que le quemaran la tienda, había que pararles los pies, y mientras continuaba reflexionando sobre esas cosas, que eran las mismas a las que había estado dando vueltas y más vueltas durante las últimas dos semanas, comprendió que ya no podía aguantarlo más, que había llegado al límite de sus capacidades, que estaba extenuado, cansado más allá de toda medida, tan agotado que ya no soportaba estar en este mundo, de manera que poco a poco se le fueron cerrando los ojos y al cabo de un momento dejó de luchar por mantenerlos abiertos, apoyó la cabeza en los brazos, que tenía cruzados sobre la mesa, y dos o tres minutos después se quedó dormido.

10) Estaba dormido cuando entraron en la tienda y seguidamente la regaron con cuarenta y cinco litros de gasolina, y como el hombre encargado de la faena no tenía la menor idea de que Stanley estaba durmiendo en el despacho del fondo, sin el menor escrúpulo de conciencia encendió la cerilla que prendió fuego a 3 Brothers Home World, sabiendo que estaba a punto de originar un incendio provocado pero no que más adelante también se le imputaría un delito de homicidio. En cuanto al padre de Ferguson, no tuvo la menor posibilidad. Para cuando abrió los ojos sólo estaba consciente a medias, incapaz de moverse por la cantidad de humo que ya había inhalado, y mientras pugnaba por levantar la cabeza y aspirar para que le entrara un poco de aire en los escaldados pulmones, el fuego, arrasándolo todo a su paso, arañaba la puerta del despacho del fondo, y en cuanto logró entrar, se precipitó hacia el escritorio donde Stanley estaba sentado y lo devoró vivo.

Ésas eran las cosas que Ferguson no sabía, las cosas que no pudo saber en los dos años que separaban la muerte de su primo en la guerra de Corea del fallecimiento de su padre en el incendio de Newark. En la primavera del año siguiente su tío Lew estaba en la cárcel, junto con el hombre de la gasolina, Eddie Schultz, su cómplice y centinela, George Ionello, y el cerebro de la operación, Ira Bernstein, pero para entonces Ferguson y su madre se habían ido de las afueras de Nueva Jersey y estaban en Nueva York, viviendo en un piso de tres habitaciones en Central Park West, entre la calle Ochenta y tres y la Ochenta y cuatro. Habían vendido el estudio fotográfico de Millburn, y como el seguro de vida de su padre había proporcionado a su madre doscientos mil dólares libres de impuestos, no tenían cargas financieras, lo que significaba que, incluso después de muerto, el leal, pragmático y siempre responsable Stanley Ferguson seguía manteniéndolos.

Primero, la conmoción del 3 de noviembre, y con ella el espectáculo de las lágrimas de su madre, la oleada de abrazos intensos, asfixiantes, el cuerpo de ella jadeante, estremecido, presionando el suyo, y luego, horas después, la llegada de sus abuelos desde Nueva York, y al día siguiente la aparición de la tía Mildred y su marido, Paul Sandler, y en medio de todo eso las idas y venidas de innumerables Ferguson, las dos tías llorando, Millie y Joan, el impertérrito tío Arnold y hasta el

traidor tío Lew, aún no descubierto, tanto jaleo y caos, una casa con demasiada gente en su interior, y Ferguson se sentó en un rincón a mirar, sin saber qué decir ni pensar, aún demasiado perplejo para llorar. No podía imaginar que su padre estuviera muerto. Había estado vivo la mañana anterior, sentado a la mesa del desayuno con un ejemplar del *Newark Star-Ledger* entre las manos, diciendo a Ferguson que aquel día iba a hacer frío y que no se le olvidara ponerse la bufanda para ir al colegio, y no tenía sentido que aquéllas fueran las últimas palabras que su padre le hubiera dirigido. Pasaron unos días. Bajo la lluvia, permaneció en pie junto a su madre mientras bajaban a su padre a la tumba y el rabino entonaba un canto en incomprensible hebreo, palabras de tan espantoso sonido que Ferguson quería taparse las orejas, y dos días después ya había vuelto al colegio, a la clase de segundo de primaria con la gorda señorita Costello, pero todo el mundo parecía tenerle miedo, demasiado tímidos para hablar con él, como si llevara estampada en la frente una X que les aconsejara no acercarse, y cuando la señorita Costello le permitió amablemente que no asistiera a las clases colectivas y se quedara en su pupitre leyendo el libro que quisiera, sólo fue para empeorar las cosas, porque a pesar de que normalmente le gustaba mucho leer, le resultaba difícil concentrarse debido a que sus pensamientos se desplazaban de forma invariable de las palabras del libro a su padre, no al que enterraron en la fosa sino al que había ido al cielo, si es que existía un lugar como el cielo, y si su padre se encontraba efectivamente allí, ¿era posible que lo estuviese mirando ahora, viendo cómo fingía leer sentado en su pupitre? Era bonito pensar eso, dijo Ferguson para sí, pero al mismo tiempo, ¿de qué servía? Su padre se alegraría de verlo, sí, lo que probablemente aliviaría un poco el insoportable hecho de estar muerto, pero ¿de qué valía a Ferguson que lo vieran si él no podía ver a la persona que lo miraba? Por encima de todo, quería oír hablar a su padre. Eso era lo que más echaba de menos, y aunque su padre hubiera sido hombre de pocas palabras, maestro en el arte de dar respuestas breves a preguntas largas, a Ferguson siempre le había gustado el sonido de su voz, que era suave y melódica, y la idea de no volver a oírla jamás lo llenaba de una tristeza inmensa, una pena tan ancha y profunda que podría contener el océano Pacífico, el mar más grande del mundo. *Hoy va a hacer frío, Archie. No te olvides de ponerte la bufanda para ir al colegio*.

El mundo ya no era real. Todo en él era una copia fraudulenta de lo que debería haber sido, y todo lo que sucedía en él no debía estar pasando. Durante mucho tiempo después, Ferguson vivió bajo el hechizo de esa ilusión, pasando como un sonámbulo de un día a otro y luchando por quedarse dormido por la noche, asqueado de un mundo en el que había dejado de creer, dudando de todo lo que se presentaba ante sus ojos. La señorita Costello le pedía que prestara atención, pero él ya no tenía que escucharla porque sólo era una actriz que se hacía pasar por maestra, y cuando su amigo Jeff Balsoni hizo el extraordinario sacrificio, enteramente gratuito, de darle su cromo de béisbol de Ted Williams, el más raro de los centenares de cromos de la colección Topps, Ferguson le agradeció el regalo, se lo guardó en el bolsillo y al llegar a casa lo rompió. Ahora era posible hacer esas cosas. Antes del 3 de noviembre habrían sido inconcebibles, pero el mundo irreal era mucho más grande que el mundo real, y había en él sitio más que suficiente para ser uno mismo y para no ser uno mismo a la vez.

Según lo que su madre le dijo después, no había pensado que se marcharan tan pronto de Nueva Jersey, pero entonces estalló el escándalo y no hubo más remedio que irse. Once días antes de Navidad, la policía de Newark anunció que había resuelto el caso de 3 Brothers Home World, y a la mañana siguiente los horribles detalles ocupaban la primera página de todos los periódicos de los condados de Essex y Union. Fratricidio. Cerebro de las apuestas, detenido. Exbombero pirómano, encarcelado sin fianza. Louis Ferguson, acusado de múltiples delitos. Su madre lo dejó en casa aquel día, sin ir a clase, y al día siguiente también, y al otro y al otro, así todos los días hasta que el colegio cerró para las vacaciones navideñas. Es por tu bien, Archie, le dijo ella, y como no ir al colegio no podría haberle importado menos, no se molestó en preguntarle por qué. Mucho después, cuando fue lo bastante mayor para captar todo el horror de la palabra *fratricidio*, comprendió que su madre procuraba protegerlo de los maledicentes rumores que circulaban por el municipio, porque su nombre ya tenía mala fama, y ser un Ferguson significaba que se pertenecía a una familia maldita. Así que el Ferguson de ocho años se quedó en casa con su abuela mientras su madre se dedicaba a poner a la venta la casa familiar y a buscar un fotógrafo que le comprase el estudio, y como la prensa no dejaba de llamar, haciendo preguntas, suplicando, acosándola para que contara *su versión de la historia*, el drama jacobeo de aquellos días conocido como Asunto Ferguson, su madre decidió que ya había tenido bastante y dos días después de Navidad hizo varias maletas, las cargó en el maletero de su Chevy azul y se marcharon los tres a Nueva York.

Durante los dos meses siguientes, su madre y él vivieron en el piso de los abuelos de la calle Cincuenta y ocho Oeste, su madre de nuevo en la habitación que había compartido con su hermana Mildred y Ferguson durmiendo en la sala de estar, en una pequeña cama plegable. La parte más interesante de aquel alojamiento provisional era que no tenía que ir al colegio, una liberación inesperada gracias a su falta de dirección fija, y hasta que encontraron un sitio para ellos solos, sería un hombre libre. La tía Mildred se opuso a la idea de que no fuera a clase, pero la madre de Ferguson, con toda tranquilidad, no le hizo caso. No te preocupes, le dijo. Archie es un chico inteligente, y una breve temporada sin colegio no le va a perjudicar. Una vez que sepamos dónde vamos a vivir, empezaremos a buscar colegio. Lo primero es lo primero, Mildred.

Fue una época extraña, entonces, desconectado de todo lo que había conocido en el pasado, enteramente ajeno a las cosas que sucederían cuando se mudaran a su apartamento, *un curioso interregno*, según expresión de su abuelo, un breve espacio de tiempo vacío en el que pasó con su madre cada momento de vigilia, ambos como derrotados camaradas pateándose el West Side de un lado a otro mirando pisos, consultándose sobre los pros y los contras de cada sitio, decidiendo de común acuerdo que el de Central Park West sería ideal para ellos, y entonces la sorprendente declaración de su madre de que la casa de Millburn se había vendido con los muebles, con todo el mobiliario, y que iban a empezar de cero ellos dos solos, así que después de encontrar el apartamento pasaron días adquiriendo muebles, mirando camas, mesas, lámparas y alfombras, nunca comprando nada a menos que los dos estuvieran de acuerdo, y una tarde, mientras examinaban sillas y sofás en Macy’s, el

empleado con pajarita miró a Ferguson de arriba abajo y espetó a su madre: ¿Por qué no está este niño en el colegio? A lo que ella, fulminando con la mirada a aquel entrometido, replicó: *Eso no es asunto suyo*. Fue el mejor momento de aquellos dos extraños meses, inolvidable por la súbita sensación de felicidad que surgió en él cuando su madre pronunció aquellas palabras, sintiéndose más contento que en cualquier instante desde hacía semanas, pensando que expresaban una idea de solidaridad, de los dos solos contra el mundo, luchando por ponerse de nuevo en pie, juntos, y *eso no es asunto suyo* fue el credo de aquel doble esfuerzo, una señal de lo mucho que dependían ahora el uno del otro. Después de comprar muebles iban al cine, escapando durante un par de horas a las frías calles invernales en la oscuridad de la sala, viendo lo que estuvieran poniendo en ese momento, siempre en el gallinero porque su madre podía fumar allá arriba, Chesterfield, un cigarrillo tras otro mientras veían películas con Alan Ladd, Marilyn Monroe, Kirk Douglas, Gary Cooper, Grace Kelly y William Holden, del Oeste, musicales, ciencia ficción, no importaba lo que proyectaran aquel día, entraban a ciegas y esperaban lo mejor de *Tambores lejanos*, *Vera Cruz*, *Luces de candilejas*, *20.000 leguas de viaje submarino*, *Los puentes de Toko-Ri* y *Corazones rebeldes*, y una vez, justo antes de que aquellos dos extraños meses tocaran a su fin, la mujer que vendía las entradas en la acristalada taquilla preguntó a su madre por qué no estaba el niño en el colegio, y su madre contestó: *Váyase a paseo, señora. Pero antes deme la vuelta*.

1.4

Primero estaba el apartamento de Newark, del que no recordaba nada, y luego la casa de Maplewood que sus padres compraron cuando él tenía tres años, y ahora, seis años después, se mudaban otra vez, a una casa mucho más grande al otro lado de la ciudad. Ferguson no lograba entenderlo. La casa en la que vivían estaba perfectamente, era más que adecuada para una familia de sólo tres personas, ¿y por qué querían sus padres tomarse la molestia de embalar todas sus cosas para mudarse a una distancia tan corta, especialmente cuando no había necesidad? Habría tenido sentido si se fueran a otra ciudad o a otro estado, como el tío Lew y la tía Millie habían hecho cuatro años antes cuando se trasladaron a Los Ángeles, o como el tío Arnold y la tía Joan al año siguiente, cuando también se mudaron a California, pero ¿por qué molestarse en cambiar de casa cuando ni siquiera iban a otra ciudad?

Porque se lo podían permitir, dijo su madre. El negocio de su padre marchaba bien, y ahora estaban en condiciones de vivir a lo grande. Lo de *a lo grande* hizo pensar a Ferguson en un palacio europeo del siglo XVIII, un salón de mármol lleno de duques y duquesas con blancas pelucas empolvadas, dos docenas de damas y caballeros ataviados con opulentos trajes de seda circulando por la estancia con pañuelos de encaje y riéndose las gracias unos a otros. Luego, mientras adornaba un poco más la escena, trató de imaginar a sus padres entre aquella multitud, pero la vestimenta les daba un aspecto ridículo, grotesco, de risa. Él dijo: Sólo porque podamos permitirnos algo no significa que tengamos que comprarlo. Me gusta nuestra casa y creo que debemos quedarnos. Si tenemos más dinero del que necesitamos, entonces deberíamos dárselo a alguien que lo necesite más que nosotros. Una persona que pase hambre, un anciano lisiado, alguien que no tenga nada de dinero. Gastarlo en nosotros no está bien. Es egoísta.

No te pongas difícil, Archie, repuso su madre. En esta ciudad tu padre trabaja más que dos personas juntas. Se merece hasta el último centavo que gana, y si quiere presumir un poco con una casa nueva, es cosa suya.

A mí no me gusta presumir, declaró Ferguson. No es una forma sensata de comportarse.

Bueno, hombrecito, pues, te guste o no, vamos a mudarnos y estoy segura de que una vez que nos instalemos estarás contento allí. Una habitación más grande, un jardín más grande en la parte de atrás y un sótano acondicionado. Allí abajo pondremos una mesa de ping-pong, y entonces ya veremos si acabas siendo lo bastante bueno para ganarme.

Pero ya jugamos al ping-pong en el jardín.

Cuando no hace mucho frío fuera. Y fíjate, Archie: en la nueva casa no nos molestará el viento.

Sabía que algo del dinero de la familia provenía del trabajo de su madre como fotógrafa retratista, pero una parte mucho mayor, casi todo en realidad, lo producía el negocio de su padre, una cadena de tres tiendas de electrodomésticos llamada Ferguson’s, una en Union, otra en Westfield y la tercera en Livingston. Tiempo atrás,

habían tenido una tienda en Newark llamada 3 Brothers Home World, pero ya había desaparecido, vendida cuando Ferguson tenía tres años y medio o cuatro, y de no ser por la fotografía en blanco y negro que colgaba enmarcada en la pared del cuarto de estar —la instantánea de 1941 que mostraba a su padre sonriente entre sus dos sonrientes tíos frente a 3 Brothers Home World el día que abrieron el negocio—, todos los recuerdos de aquella tienda se habrían borrado para siempre de su memoria. No sabía por qué su padre ya no trabajaba con sus hermanos, y además estaba el enigma aún mayor de por qué tanto el tío Lew como el tío Arnold se habían marchado de Nueva Jersey para *emprender una nueva vida en California* (palabras de su padre). Seis o siete meses antes, en un acceso de añoranza por su ausente prima Francie, pidió a su madre que le explicara por qué se habían ido tan lejos, pero ella se limitó a contestar: *Tu padre les compró su parte*, lo que no era una respuesta convincente, al menos a su entender. Ahora, con aquella desagradable novedad de una casa nueva y más grande, Ferguson empezaba a comprender algo que previamente escapaba a su atención. Su padre era rico. Tenía tanto dinero que no sabía qué hacer con él, y por el aspecto que parecían tomar las cosas, eso sólo podía significar que cada día se iba haciendo más rico.

Eso era buena cosa pero también mala, decidió Ferguson. Buena porque el dinero era un mal necesario, tal como su abuela le había dicho una vez, y como todo el mundo necesitaba dinero para vivir, desde luego era mejor tener mucho que poco. Por otro lado, con objeto de ganar mucho, una persona debía dedicar una excesiva cantidad de tiempo a la búsqueda del dinero, mucho más tiempo de lo necesario o razonable, y eso era casualmente lo que ocurría con su padre, que trabajaba tanto dirigiendo su imperio de tiendas de electrodomésticos que las horas que pasaba en casa habían ido disminuyendo de forma continua con los años, de modo que Ferguson ya no lo veía más que rara vez, porque habitualmente su padre salía de casa a las seis y media de la mañana e inevitablemente ya se había ido cuando Ferguson se despertaba, y como las tiendas cerraban tarde dos días a la semana, lunes y jueves en Union, martes y viernes en Westfield, miércoles y sábado en Livingston, muchas noches su padre no aparecía para la cena, volviendo a casa a las diez o diez y media, más de una hora después de que acostaran a Ferguson. El único día que podía contar con ver a su padre era, en consecuencia, el domingo, pero ese día también resultaba complicado, con varias horas al final de la mañana y al principio de la tarde consagradas al tenis, lo que significaba acompañar a sus padres a las pistas municipales y esperar a que ellos jugaran un set antes de que él tuviera ocasión de batear con su madre mientras su padre disputaba su partido semanal con Sam Brownstein, un amigo suyo con el que jugaba desde la infancia. Ferguson no desdeñaba el tenis, pero lo encontraba aburrido comparado con el béisbol y el fútbol americano, que en su opinión eran los mejores deportes del mundo, y hasta el ping-pong superaba al tenis en el ámbito de los juegos con redes y bolas que rebotaban, de modo que siempre se encaminaba a regañadientes hacia las pistas al aire libre en primavera, verano y otoño, y todos los sábados por la noche se metía en la cama con la esperanza de que amaneciera lloviendo.

Cuando no llovía, al tenis seguía una excursión en coche a South Orange Village para comer en el Gruning’s, donde Ferguson se zampaba una hamburguesa poco

hecha y una copa de helado de menta con virutas de chocolate, un lujo dominguero esperado con ansiedad, no sólo porque el Gruning's hacía las mejores hamburguesas en kilómetros a la redonda y elaboraba sus propios helados, sino porque olía muy bien allí dentro, una mezcla de café caliente, carne a la parrilla y almibaradas emanaciones de múltiples postres, aromas tan agradables que Ferguson se deshacía en una especie de delirante satisfacción cuando los aspiraba hasta los pulmones, y después volvían al sedán Oldsmobile de dos tonos (gris y blanco) de su padre y emprendían el regreso a la casa de Maplewood para lavarse y cambiarse de ropa. En un domingo normal, después de eso podían dedicarse a una de las cuatro ocupaciones siguientes. Se quedaban en casa *haciendo cosas*, como decía su madre, lo que generalmente significaba que Ferguson siguiera a su padre de cuarto en cuarto mientras arreglaba averías, cisternas atascadas, conexiones eléctricas defectuosas, puertas que chirriaban, mientras su madre se ponía a leer la revista *Life* sentada en el sofá o iba abajo, a su cuarto oscuro del sótano, a revelar fotos. La segunda actividad era ir al cine, algo que su madre y él disfrutaban por encima de todos los pasatiempos del domingo, pero su padre se mostraba reacio muchas veces a satisfacer su fervor cinematográfico, porque las películas tenían escaso interés para él, igual que las demás formas de lo que él denominaba *espectáculos de asiento* (obras de teatro, conciertos, musicales), como si el verse atrapado en una butaca y asimilar pasivamente *un montón de ridículas fantasías* durante un par de horas fuese uno de los peores tormentos de la vida, pero su madre solía ganar la discusión amenazando con ir sin él, así que los tres Ferguson volvían a subir al coche para ver el último *western* de Jimmy Stewart o la última comedia de Martin y Lewis (¡el Jerry Lewis de Newark!), y nunca dejaba de asombrar a Ferguson lo rápidamente que su padre se dormía en la oscuridad del cine, la indiferencia que se apoderaba de él en cuanto los títulos de crédito desfilaban por la pantalla, la cabeza inclinada hacia atrás, los labios entreabiertos, sumido en la modorra más profunda mientras retumbaban los disparos, crecía la música y se estrellaba un centenar de platos contra el suelo. Como Ferguson siempre se sentaba entre los dos, daba un golpecito a su madre en el brazo en cuanto su padre se quedaba dormido, y cuando ella se volvía hacia él, Ferguson señalaba a su padre con un gesto del pulgar como diciendo: Mira, ya está otra vez, y dependiendo del humor que tuviera, su madre asentía sonriente o bien fruncía el ceño negando con la cabeza, unas veces emitiendo una breve y sofocada carcajada, otras exhalando un *mmmm* sin palabras. Cuando Ferguson tenía ocho años, los aletargamientos de su padre en la oscuridad de la sala eran un hecho tan corriente que su madre empezó a referirse a la película del domingo como *la cura de dos horas de reposo*. Ya no preguntaba a su marido si quería ir al cine. En cambio, le decía: *¿Qué te parece un somnífero, Stanley, para recuperar el sueño atrasado?* Ferguson siempre se reía cuando ella soltaba esa frase. En ocasiones su padre se reía con él, pero la mayoría de las veces permanecía serio.

Cuando no estaban haciendo cosas ni iban al cine, pasaban la tarde del domingo yendo de visita o recibiendo en casa. Con el resto de los Ferguson en la otra punta del país, ya no había reuniones familiares en Nueva Jersey, pero tenían varios amigos que vivían cerca, es decir, amigos de los padres de Ferguson, en particular la amiga de la infancia en Brooklyn de su madre, Nancy Solomon, que vivía en West Orange y

realizaba las pinturas al óleo para Roseland Photo, y el amigo de la infancia en Newark de su padre, Sam Brownstein, que vivía en Maplewood y jugaba al tenis los domingos con Stanley, y los domingos por la tarde Ferguson y sus padres iban a veces a visitar a Brownstein y su mujer, Peggy, que tenían tres hijos, una chica y dos chicos, los tres mayores que Ferguson por lo menos cuatro años, y a veces los Brownstein iban de visita a su casa, que pronto dejaría de serlo, y cuando no eran los Brownstein solían ser los Solomon, Nancy y su marido, Max, que tenían dos chicos, los dos menores que Ferguson por lo menos tres años, lo que convertía las idas y venidas a Nueva Jersey para visitar a los Brownstein y los Solomon en una especie de prueba para Ferguson, muy mayor para que le gustara jugar con los niños Solomon y muy pequeño para jugar con los Brownstein, que en realidad eran demasiado mayores para considerarlos niños, y en consecuencia Ferguson se encontraba muchas veces perdido en aquellas reuniones, sin saber a ciencia cierta dónde meterse ni lo que debía hacer, porque enseguida perdía la paciencia con las payasadas de Stewie y Ralph, de tres y seis años, y no se enteraba de la charla que mantenían los chicos de Brownstein, de quince y diecisiete, lo que no le dejaba otro remedio que pasar aquellas visitas en compañía de Anna Brownstein, de trece años, que le enseñó a jugar al gin rummy y a un juego de mesa llamado Careers, pero ya tenía pechos y llevaba un aparato metálico en los dientes, con lo que se hacía difícil mirarla debido a que en la plateada red del aparato tenía trocitos de comida permanentemente alojados, diminutas partículas de tomate sin masticar, correosas cortezas de pan, bolitas de carne picada que se deshacían, y siempre que sonreía, cosa que ocurría a menudo, de pronto se apoderaba de Ferguson un instintivo acceso de náuseas y tenía que volver la cabeza.

Sin embargo, ahora que estaban a punto de mudarse, lo que había llevado a una nueva e importante información sobre su padre (el problema de tener demasiado dinero, de emplear demasiado tiempo en ganar dinero, tanto que su padre se había vuelto poco menos que invisible para él durante seis días a la semana, lo que según comprendía ahora era algo que le molestaba, que le hacía sentirse a disgusto, le frustraba, le daba rabia o cualquier otra expresión en la que aún no había pensado), y con la cuestión de su padre dándole ahora vueltas en la cabeza, Ferguson encontró instructivo pensar en las tediosas visitas a los Brownstein y los Solomon como una forma de estudiar a los adultos en su propio entorno, de comparar la conducta de su padre con la de Sam Brownstein y Max Solomon. Si el tamaño de las casas en que vivían servía de algo para tener idea del dinero que ganaban, entonces su padre era más rico que los otros dos, porque hasta su casa, la casa de Ferguson, la que supuestamente era demasiado pequeña y había que sustituirla por otra mejor, era más amplia y atractiva que las de Brownstein y Solomon. Su padre tenía un Oldsmobile de 1955 y hablaba de cambiarlo por un Cadillac nuevo en septiembre, mientras que Sam Brownstein conducía un Rambler de 1952, y Max Solomon, un Chevrolet de 1950. Solomon era tasador de siniestros de una compañía de seguros (significara lo que significara eso, porque Ferguson no tenía idea de lo que hacía un tasador de siniestros), y Brownstein poseía un negocio de artículos deportivos en el centro de Newark, no tres tiendas como su padre sino sólo una, lo que sin embargo le reportaba dinero suficiente para mantener a su mujer y sus tres hijos, mientras que con las tres

tiendas su padre sólo mantenía a un hijo y a su esposa, que también trabajaba a su vez, cosa que Peggy Brownstein no hacía. Como el padre de Ferguson, Brownstein y Solomon iban a trabajar todos los días con objeto de ganar dinero, pero ninguno salía de casa a las seis y media de la mañana ni trabajaba hasta tan tarde que cuando volvía por la noche sus hijos ya estaban acostados. El silencioso e impasible Max Solomon, que resultó herido cuando servía en el Pacífico y caminaba con una leve cojera, y el vocinglero y expansivo Sam Brownstein, rebosante de chistes y campechana bonhomía, de modales muy diferentes uno del otro pero también, en esencia, distintos del padre de Ferguson de forma bastante similar, porque aquellos dos hombres trabajaban para vivir mientras su padre parecía vivir para el trabajo, lo que significaba que los amigos de sus padres se definían más por sus aficiones que por sus cargas o responsabilidades, Solomon por su pasión hacia la música clásica (gran colección de discos, equipo de alta fidelidad fabricado a mano), Brownstein por su amor al deporte en todas sus múltiples manifestaciones, del béisbol a las carreras de caballos, del atletismo al boxeo, pero lo único que interesaba a su padre aparte del trabajo era el tenis, una especie de pasatiempo insuficiente y restringido, en opinión de Ferguson, y siempre que Brownstein sintonizaba la televisión en un partido de béisbol o fútbol americano durante una de sus visitas dominicales, los chicos y los hombres de las dos familias se congregaban en el salón para verlo, y nueve veces de cada once, igual que en el cine, su padre luchaba por mantener los ojos abiertos, esforzándose durante cinco, diez o quince minutos para luego perder la batalla y quedarse dormido.

Otros domingos iban a ver a los Adler, tanto a Nueva York como a Maplewood, lo que proporcionaba a Ferguson otros sujetos que examinar en su laboratorio de conducta masculina, en particular su abuelo y el marido de su tía Mildred, Donald Marx, aunque su abuelo quizá no contara, porque procedía de una generación anterior y era tan distinto al padre de Ferguson que ni siquiera se los podía comparar. Con sesenta y tres años y tan fuerte como siempre, seguía trabajando en su agencia inmobiliaria y ganando dinero, pero no tanto como su padre, pensaba Ferguson, porque en el piso de la calle Cincuenta y ocho Oeste había poco sitio, con una cocina minúscula y un salón que era la mitad del de Maplewood, y el coche que tenía su abuelo, un extraño Plymouth de color morado con cambio automático, parecía un vehículo de circo comparado con el elegante Oldsmobile sedán. Sí, Benjy Adler tenía algo de payaso, suponía Ferguson, con sus trucos de naipes, sus apretones de mano con artilugios que vibraban, su risa aguda y sibilante, pero su nieto lo quería igualmente, lo quería por el modo en que parecía disfrutar de la vida, y siempre que se encontraba de humor para contar historias, las narraba de forma tan rápida y mordaz que el mundo parecía reducirse a una pura efusión de lenguaje, historias graciosas la mayoría, anécdotas sobre los Adler del pasado, parientes cercanos y lejanos, la prima de su abuelo, por ejemplo, una mujer con el delicioso nombre de Fagela Flegelman, por lo visto tan inteligente que dominaba nueve idiomas antes de cumplir los veinte, y cuando su familia salió de Polonia y llegó a Nueva York en 1891, los funcionarios de la isla de Ellis se quedaron tan impresionados por sus conocimientos lingüísticos que la contrataron al momento, y durante los treinta y tantos años siguientes Fagela Flegelman trabajó de intérprete para el Departamento

de Inmigración, entrevistando a miles y miles de futuros norteamericanos recién desembarcados hasta que las instalaciones cerraron en 1924. Una larga pausa, seguida de una de las enigmáticas sonrisas de su abuelo, y otra historia más sobre los cuatro maridos de Fagela Flegelman y cómo los sobrevivió, acabando como una viuda rica en París con un apartamento en los Champs-Élysées. ¿Podían ser verdaderas aquellas historias? ¿Importaba algo que fueran ciertas?

No, su abuelo no contaba porque no entraba en la lista, *descalificado en razón de su sinrazón*, como habría dicho el viejo en uno de sus atroces juegos de palabras, pero el tío Don sólo era un par de años más joven que su padre, y en consecuencia un candidato apropiado para el examen, quizá aún mejor que Sam Brownstein o Max Solomon, porque esos dos vivían como su padre en las afueras de Nueva Jersey y eran miembros de la esforzada clase media, un comerciante y un administrativo, pero Don Marx era una criatura de la ciudad, nacido y criado en Nueva York, formado en Columbia, y por algún milagro no tenía trabajo, al menos con un jefe y un salario fijo, se pasaba el día en casa con una máquina de escribir de la que salían libros y artículos para revistas, un hombre independiente, la primera persona de ese tipo que Ferguson había conocido. Tres años atrás se había ido a vivir con la tía Mildred, dejando a su mujer y su hijo en su antiguo apartamento del Upper West Side, lo que también era una primicia para Ferguson, un divorciado, un hombre que el año anterior se había casado por segunda vez después de haber *vivido en pecado* con la tía de Ferguson durante los dos primeros años de su cohabitación (algo muy mal visto por su padre, sus abuelos y la tía abuela Pearl pero de lo que su madre se había reído), y el pequeño piso que Don Marx compartía con la tía Mildred en la Perry Street de Greenwich Village estaba lleno de libros, más de los que Ferguson había visto en un lugar distinto de una biblioteca o una librería, libros por todas partes, en estanterías alineadas en las paredes de las tres habitaciones, amontonados en mesas, sillas y encima de los armarios, y no sólo estaba hechizado Ferguson por aquel fantástico desorden, sino que el mero hecho de que existiera un apartamento así servía para demostrar que en este mundo había otras formas de vivir diferentes de la que él conocía, porque la de sus padres no era la única. La tía Mildred era profesora adjunta de Inglés en el Brooklyn College, el tío Don era escritor, y aunque debían de tener buenos ingresos con sus trabajos, suficientes para vivir en cualquier caso, para Ferguson resultaba evidente que vivían para otras cosas aparte de para ganar dinero.

Lamentablemente, no había muchas oportunidades de ir a aquel piso, sólo tres veces hasta el momento en aquellos tres años, una vez a cenar con sus padres y en otras dos ocasiones sólo de visita por la tarde con su madre. Ferguson sentía afecto hacia su tía y su nuevo tío, pero por la razón que fuese las dos hermanas no estaban muy unidas, y la triste pero muy evidente verdad era que su padre y Don Marx no tenían nada que decirse. Siempre había notado que su padre y su tía se llevaban bien, y ahora que su tía ya no estaba soltera, tenía la convicción de que pasaba lo mismo con su madre y su tío. El problema radicaba en la relación de mujer a mujer y de hombre a hombre, porque su madre, al ser la más joven de las hermanas, siempre había admirado a Mildred, y Mildred, al ser la mayor, siempre había menospreciado a la pequeña, y entre los hombres existía la absoluta indiferencia que uno sentía hacia el trabajo del otro y su actitud ante la vida, dólares por un lado, palabras por el otro,

acrecentada aún más por el hecho de que el tío Don había combatido en Europa durante la guerra mientras su padre se había quedado en casa, pero eso probablemente era una conjetura infundada, porque Max Solomon también había sido soldado y los dos siempre eran capaces de hablar, al menos en la medida en que su padre era capaz de hablar con alguien.

No obstante, estaban las recíprocas visitas al apartamento de sus abuelos por Acción de Gracias, la Pascua judía y alguna que otra reunión familiar en domingo, así como los demás domingos en que la tía Mildred y el tío Don se subían al asiento trasero del Plymouth morado y acompañaban a los abuelos en las visitas a Nueva Jersey. Ferguson, por tanto, disponía de sobradas ocasiones para observar a su tío Don, llegando a la sorprendente conclusión de que, a pesar de la gran diferencia existente entre su padre y su tío en virtud de sus orígenes, formación, trabajo y forma de vida, ambos ofrecían más similitudes que discrepancias, guardaban entre sí más semejanza que su padre con Sam Brownstein o Max Solomon, porque ya fuese que se dedicasen a ganar dinero o a formar palabras, los dos estaban entregados a su trabajo con exclusión de todo lo demás, lo que hacía que se mostraran tensos y abstraídos cuando no estaban trabajando: obtusos y encerrados en sí mismos, casi ciegos a lo que los rodeaba. No cabía duda de que el tío Don podía ser más locuaz, más gracioso e interesante que su padre, *pero sólo cuando quería*, y ahora que Ferguson había llegado a conocerlo mejor, observó que muchas veces parecía mirar a la tía Mildred sin verla realmente cuando ella le hablaba, como si observase algo a su espalda, incapaz de escucharla porque estaba pensando en otra cosa, lo que no era muy distinto a cómo miraba su padre a su madre cada vez con mayor frecuencia, con la mirada vidriosa de una persona incapaz de ver nada aparte de los pensamientos que tuviera en la cabeza, un hombre que estaba y a la vez no estaba allí, ido.

Ésa era la verdadera diferencia, concluyó Ferguson. Ni mucho ni poco dinero, ni los logros de una persona ni sus fracasos, ni comprar una casa más grande o un coche más caro, sino ambición. Eso explicaba la razón de que Brownstein y Solomon consiguieran pasar por la vida con relativa paz: porque no los atormentaba el maleficio de la ambición. En cambio, su padre y el tío Don se consumían por sus respectivas ambiciones, que paradójicamente empequeñecían su mundo y lo hacían menos cómodo que el de los que no cargaban con la desgracia del maleficio, porque la ambición suponía no estar nunca satisfecho, ansiar siempre algo más, seguir continuamente adelante porque ningún éxito sería nunca lo bastante grande para saciar la necesidad de nuevos triunfos de mayor envergadura, la compulsión de convertir una tienda en dos, dos en tres, pensar después en abrir un cuarto e incluso un quinto establecimiento, lo mismo que un libro era simplemente un paso en el camino hacia otro, toda la vida con más libros cada vez, lo que requería la misma concentración y el mismo decidido propósito que un hombre de negocios necesitaba con objeto de hacerse rico. Alejandro el Grande conquista el mundo, ¿y luego qué? Construye una nave espacial e invade Marte.

Ferguson estaba en la primera década de su vida, lo que significaba que los libros que leía aún se limitaban al ámbito de la literatura infantil, misterios de los Hardy Boys, novelas sobre futbolistas de instituto y viajeros intergalácticos, colecciones de relatos de aventuras, biografías simplificadas de hombres y mujeres

célebres, como Abraham Lincoln y Juana de Arco, pero ahora que había iniciado su investigación sobre el funcionamiento del alma del tío Don, consideró buena idea leer algo de sus escritos, o intentarlo, de modo que un día preguntó a su madre si tenían en casa algún libro de su tío. Sí, contestó ella, tenían los dos.

F: ¿Los dos? ¿Quieres decir que sólo ha escrito dos?

Madre de F: Son libros largos, Archie. Se tarda años en escribirlos.

F: ¿Y de qué tratan?

Madre de F: Son biografías.

F: Bueno. Me gustan las biografías. ¿De qué personas?

Madre de F: De gente que vivió hace mucho. Un escritor alemán del siglo XIX que se llamaba Kleist. Y un filósofo y científico francés del siglo XVII llamado Pascal.

F: Nunca he oído hablar de ellos.

Madre de F: A decir verdad, yo tampoco.

F: ¿Y son buenos libros?

Madre de F: Creo que sí. Dicen que son muy buenos.

F: O sea, ¿que tú no los has leído?

Madre de F: Unas cuantas páginas al azar, pero no de principio a fin. Me temo que no son muy de mi gusto.

F: Pero dicen que son muy buenos. Eso debe de significar que el tío Don gana un montón de dinero.

Madre de F: En realidad, no. Son libros para estudiosos, y no tienen mucho público. Por eso escribe tantos artículos y críticas. Para completar sus ingresos mientras investiga para sus libros.

F: Me parece que debería leer alguno.

Madre de F *(sonriendo)*: Si te empeñas, Archie. Pero no te lleves un chasco si encuentras la lectura difícil.

De modo que su madre le entregó los dos libros, de más de cuatrocientas páginas cada uno, dos pesados volúmenes en letra menuda y sin ilustraciones publicados por Oxford University Press, y como a Ferguson le gustó la portada del libro de Pascal más que la de Kleist, con la severa fotografía de la blanca mascarilla mortuoria del francés flotando sobre un fondo de insondable negrura, decidió atacar aquél primero. Al cabo de un párrafo, comprendió que la lectura no iba a ser simplemente difícil, sino que no iba a haber lectura. No estoy preparado para esto, declaró para sus adentros. Tendré que esperar a ser mayor.

Aunque no fuese capaz de leer los libros de su tío, sí podía observar cómo se comportaba con su hijo, que era un asunto de gran interés para Ferguson, sin duda la cuestión esencial, la que lo había impulsado al examen sistemático de los adultos norteamericanos contemporáneos, porque la creciente desilusión con su propio padre le hacía estar más atento al modo en que los demás padres trataban a sus hijos, y debía recabar pruebas antes de juzgar si el problema era únicamente suyo o una cuestión universal común a todos los chicos. Con Brownstein y Solomon, se le habían manifestado dos distintas expresiones de comportamiento paterno. Brownstein adoptaba una actitud jovial con su descendencia, a la que trataba con camaradería, Solomon era grave y tierno; Brownstein parloteaba y hacía elogios, Solomon escuchaba y enjugaba lágrimas; Brownstein podía perder los estribos y regañar en

público, Solomon guardaba sus pensamientos para sí y dejaba que Nancy disciplinase a los chicos. Dos estilos, dos filosofías, dos personalidades, una completamente distinta de la del padre de Ferguson, la otra un tanto parecida, pero con una salvedad fundamental: Solomon nunca se quedaba dormido.

El tío Don no podía quedarse dormido porque ya no vivía con su hijo y sólo lo veía rara vez, un fin de semana al mes y dos semanas en verano, justo treinta y ocho días al año, pero cuando Ferguson hizo sus cálculos mentales comprendió que si bien él veía a su padre con mayor frecuencia —cincuenta y dos domingos al año para empezar, junto con cenas familiares en las noches en que su padre no se quedaba trabajando hasta tarde, más o menos la mitad de las noches de la semana, lo que arrojaría anualmente un total de unas ciento cincuenta cenas de lunes a sábado, muchísimo más contacto que el hijo del tío Don con su padre—, había sin embargo una pega, porque el nuevo primo de Ferguson por matrimonio siempre veía a solas a su padre en esos treinta y ocho días anuales de reunión, mientras que Ferguson ya nunca estaba solo con su padre, y cuando rebuscó en su memoria para saber la última vez que estuvieron juntos sin nadie más en la habitación o en el coche, tuvo que remontarse a más de año y medio atrás, a una lluviosa mañana de domingo que había aguado el ritual semanal del tenis y el Gruning's, en la que su padre y él habían subido al viejo Buick para ir a comprar los ingredientes de un almuerzo temprano en el Tabachnik's, donde hicieron cola con su número en la mano mientras esperaban turno en aquella atestada tienda plagada de buenos olores, de aromas más que agradables, con objeto de aprovisionarse de pescado blanco, arenques, salmón ahumado, *bagels* y un tubo de queso para untar. Un recuerdo nítido, luminoso; pero ésa había sido la última vez, en octubre de 1954, hacía ya una sexta parte de su vida, aunque descontando los tres primeros años de su presencia en el mundo, que ya no podía recordar fácilmente, casi una cuarta parte de su vida, el equivalente a diez años para un hombre de cuarenta y tres porque en este punto de la historia Ferguson tenía nueve años.

El chico se llamaba Noah, y tenía tres meses y medio menos que Ferguson. Para eterno pesar de Ferguson, los habían mantenido aparte durante los años de pecaminosa cohabitación, porque la exmujer del tío Don, furiosa con razón porque la hubieran abandonado en favor de la tía Mildred, se había negado a que su hijo se mancillase al contacto de la destructora de hogares y al de su familia, que más allá de los Adler se extendía también a los Ferguson. Cuando sus tíos decidieron casarse, sin embargo, la orden de alejamiento se levantó, ya que ahora todo era legal y la exmujer no se encontraba en posición de imponer tales exigencias a su exmarido. Ferguson y Noah Marx se conocieron, por tanto, en la boda, que se celebró en diciembre de 1954, una pequeña fiesta organizada en el piso de los abuelos de Ferguson con no más de veinte invitados, miembros de ambas ramas de la familia y unos cuantos amigos íntimos. Ferguson y Noah eran los únicos chicos presentes, y congeniaron desde el principio, ambos hijos únicos que siempre habían ansiado un hermano, y el hecho de que tuvieran la misma edad y de que en lo sucesivo serían primos, primos políticos por matrimonio, quizá, pero miembros de todas formas de la misma familia, convirtió aquel encuentro inicial de la boda en una especie de boda auxiliar, alianza ceremonial o iniciación de hermanos de sangre, porque los dos sabían que su mutua relación

duraría hasta el fin de sus días.

No se veían con frecuencia, desde luego, porque uno vivía en Nueva York y el otro en Nueva Jersey, y como en principio Noah sólo estaba disponible treinta y ocho días al año, únicamente habían estado juntos seis o siete veces en los dieciocho meses que habían transcurrido desde la boda. Ferguson deseaba que hubieran sido más, pero le bastaba con haber llegado a ciertas conclusiones sobre el comportamiento de Don como padre, que no tenía nada que ver con el de su propio padre pero que también era distinto del de Brownstein y Solomon. Por otro lado, Noah era un caso especial, un granuja escuálido de dientes prominentes que no presentaba parecido alguno con los hijos de aquellos dos, y había que saber tratarlo. Noah era el primer cínico que Ferguson había conocido, un bromista subversivo, listillo y charlatán, avispado, muy agudo, inteligente y divertido al mismo tiempo, un pensador más complejo y sutil que Ferguson en aquellos momentos y, en consecuencia, era una delicia estar con él si eras su amigo, y Ferguson ya lo era sin duda alguna, pero Noah vivía con su madre, y aunque sólo veía a su padre treinta y ocho días al año, durante el tiempo que pasaban juntos siempre lo ponía al límite de la paciencia, pero por qué no iba a meterse con su padre, pensaba Ferguson, teniendo en cuenta que el tío Don prácticamente lo había abandonado a los cinco años y medio. Ferguson había tomado un gran cariño a Noah, pero también era consciente de que su conflictivo primo podía resultar cargante y molesto, insoportable, de modo que sus sentimientos se encontraban un tanto divididos entre padre e hijo, solidaridad con el chico abandonado pero también cierta simpatía por el sufrido padre, y no tardó mucho Ferguson en comprender que el tío Don quería que lo acompañase en las excursiones con su hijo con objeto de servir de amortiguador entre ellos, una presencia moderadora, una distracción. Así que allá iban los tres, a Ebbets Field a presenciar el partido de los Dodgers contra los Phillies, al Museo de Historia Natural a ver esqueletos de dinosaurios, a un programa doble de los Hermanos Marx a un cine de reestreno cerca del Carnegie Hall, y Noah siempre empezaba la tarde con una serie de comentarios socarrones, zahiriendo a su padre por haberlo sacado de Brooklyn, porque ése era el deber de los padres, verdad que sí, meter a sus hijos en calurosos vagones de metro y llevarlos a los partidos de béisbol, aunque al padre no podría importarle menos el béisbol, o bien: ¿Ves ese hombre de las cavernas en el diorama, papá? Al principio me recordó a ti. O bien: ¡Los Hermanos Marx! ¿Crees que serán parientes nuestros? A lo mejor tendría que escribir a Groucho para preguntarle si es mi verdadero padre. Lo cierto era que a Noah le encantaba el béisbol, y aunque jugando, lamentablemente, era un inepto, se sabía el promedio de bateo de cada Dodger y llevaba consigo un autógrafo (que le había regalado su padre) de Jackie Robinson en el bolsillo delantero. Lo cierto era que Noah se quedaba ensimismado en cada sala del Museo de Historia Natural y no quería salir del edificio cuando su padre decía que era hora de marcharse. Lo cierto era que Noah, después de reírse todo el rato a mandíbula batiente con *Sopa de ganso* y *Pistoleros de agua dulce*, salió del cine gritando: ¡Vaya familia! ¡Karl Marx! ¡Groucho Marx! ¡Noah Marx! ¡Los Marx somos los amos del mundo!

Durante todas esas tempestades y conflictos, las calmas repentinas y los frenéticos estallidos de regocijo, los sucesivos accesos de júbilo y agresividad, el padre de Noah perseveraba con una calma extraña e inquebrantable, jamás

respondiendo a los desaires de su hijo, resistiendo a las provocaciones, capeando en silencio cada ofensiva hasta que el viento volvía a cambiar de dirección. Una forma inaudita, misteriosa, de comportamiento paterno, pensaba Ferguson, que tenía menos que ver con el dominio de sí mismo que con permitir que su hijo lo castigase por delitos por él cometidos, con someterse a aquellas flagelaciones como un modo de hacer penitencia. Qué curiosa pareja hacían: un muchacho dolido que pedía cariño a gritos con cada muestra de hostilidad hacia su padre, y un padre dolido que derrochaba cariño con el simple hecho de no darle de bofetadas, dejando que a él le dieran de puñetazos. Cuando las aguas estaban en calma, sin embargo, cuando el combate cesaba temporalmente y padre e hijo se mecían juntos en la corriente, se producía un hecho notable que Ferguson no había dejado de observar: el tío Don hablaba a Noah como si fuese un adulto. Sin condescendencia, sin paternales palmaditas en la cabeza, sin establecer normas. Cuando el chico hablaba, el padre escuchaba. Cuando el chico formulaba una pregunta, el padre le contestaba como si fuese un compañero, y mientras los oía hablar, Ferguson no podía dejar de sentir cierta envidia, porque en ningún momento le había hablado su padre así, no con aquel respeto, con aquella curiosidad, aquella expresión de placer en los ojos. Habida cuenta de todo, entonces, concluyó que el tío Don era buen padre —un padre con imperfecciones, quizá, incluso un padre fallido—, pero un buen padre en cualquier caso. Y el primo Noah era un amigo excelente, aunque a veces se pusiera un poco loco.

Un lunes por la mañana de mediados de junio, la madre de Ferguson le informó en el desayuno de que a finales del verano se mudarían a la nueva casa. Su padre y ella firmarían las escrituras a la semana siguiente, y cuando Ferguson le preguntó qué quería decir eso, ella le explicó que *firmar las escrituras* era una expresión de la jerga inmobiliaria para referirse a la compra de una casa, y que cuando hubieran entregado el dinero y firmado los papeles, la nueva casa sería suya. Aquello ya era bastante penoso, pero luego añadió algo que a Ferguson le pareció a la vez indignante y erróneo. Y hemos tenido la suerte, prosiguió su madre, de encontrar comprador para la casa vieja. ¡La casa vieja! Pero ¿qué estaba diciendo? Ahora mismo estaban desayunando en aquella casa, estaban viviendo en aquella casa, y hasta que hicieran el embalaje y se trasladaran al otro lado de la ciudad, no tenía derecho a hablar en pasado.

¿Por qué estás tan cabizbajo, Archie?, preguntó su madre. Son buenas noticias, no malas. Parece como si te fueran a mandar a la guerra.

No podía decirle que esperaba que nadie comprara la casa, que nadie la quisiera porque todos verían que convenía más a los Ferguson que a ninguna otra familia, y si sus padres no lograban venderla, entonces no podrían comprar la nueva, lo que los obligaría a quedarse donde estaban. No podía decírselo porque su madre estaba muy contenta, más de lo que había estado desde hacía mucho, y ver feliz a su madre era de las mejores cosas que había, y sin embargo su última esperanza se había esfumado, *todo había ocurrido a sus espaldas*. ¡Un comprador! ¿Quién era aquella persona desconocida y de dónde había salido? Nadie le comunicaba nada hasta que todo había pasado, las cosas siempre se resolvían sin que él se enterase, porque no tenía ni voz ni voto en el asunto. ¡Quería que le consultasen! Estaba cansado de ser un niño, harto de

que lo mandonearan y le dijeran lo que tenía que hacer. Se suponía que Estados Unidos era una democracia, pero él vivía en una dictadura, y estaba harto, muy harto, más que harto.

¿Cuándo ha sido eso?, preguntó.

Ayer mismo, contestó su madre. Cuando estabas en Nueva York con el tío Don y Noah. Es una historia de lo más increíble.

¿Por qué?

¿Te acuerdas del señor Schneiderman, el fotógrafo con quien trabajaba cuando era joven?

Ferguson asintió. Claro que se acordaba del señor Schneiderman, aquel vejete gruñón que cenaba con ellos una vez al año o así, que llevaba perilla y sorbía la sopa haciendo ruido y una vez se tiró un pedo en la mesa sin darse cuenta siquiera.

Bueno, prosiguió su madre, pues el señor Schneiderman tiene dos hijos mayores, Daniel y Gilbert, más o menos de la edad de tu padre, y ayer Daniel vino a comer con su mujer y adivina lo que pasó.

No me lo cuentes.

Absolutamente increíble, ¿no te parece?

Supongo.

Tienen dos hijos, un chico de trece años y una niña de nueve, y esa niña, Amy, es la chica más bonita que he visto en la vida. Como una estrella de la pantalla, Archie.

Me alegro por ella.

Vale, amargado, pero ¿qué pasa si acaba viviendo en tu habitación? ¿Te importaría?

Entonces sería su habitación, no la mía; así que, ¿por qué habría de importarme?

Acabó el curso escolar, y al siguiente fin de semana enviaron a Ferguson a un campamento de verano en el estado de Nueva York. Era la primera vez que se iba fuera de casa, pero se marchó sin miedo ni reparo alguno porque Noah iría con él, y el caso era que en aquel momento estaba harto de la casa, cansado de toda la cháchara sobre casas viejas que no eran viejas y de niñas preciosas que le robarían la habitación, y ocho semanas en el campamento seguramente alejarían de sus pensamientos todas aquellas calamidades. Camp Paradise estaba situado en el cuadrante nordeste del condado de Columbia, no lejos de la frontera de Massachusetts y de las estribaciones de las Berkshire, y sus padres habían decidido mandarlo allí porque Nancy Solomon conocía a alguien que conocía a alguien cuyos hijos habían ido durante años a aquel campamento y no podían decir más que cosas buenas de él, y una vez que inscribieron a Ferguson, su madre habló con su hermana, que habló con su marido, y entonces matricularon a Noah también. Ferguson y su primo salieron de la estación Grand Central con un numeroso contingente de compañeros de campamento, cerca de doscientos chicos y chicas de edades comprendidas entre los siete y los quince años, y un par de minutos antes de subir al tren, el tío Don llevó a Ferguson aparte y le pidió que vigilara a Noah, que procurase que no se metiera en líos y no lo acosaran otros chicos, y como su tío le tenía mucha confianza, lo que implicaba que veía en él algo sólido y de toda solvencia, Ferguson le prometió que haría todo lo que estuviera en su mano para proteger a Noah.

Afortunadamente, Camp Paradise no era un sitio peligroso, y al cabo de poco Ferguson vio que podía bajar la guardia. La disciplina no era muy estricta, y a diferencia de los campamentos religiosos o escultistas, cuyo objetivo era *forjar el carácter de los jóvenes*, los directores de Camp Paradise se fijaban el propósito menos loable de hacer la vida lo más agradable posible. En los primeros días, mientras empezaba a adaptarse al nuevo ambiente, Ferguson hizo varios descubrimientos interesantes, entre ellos el hecho de que en su grupo él era el único que vivía en un municipio de las afueras. Todos los demás procedían de Nueva York, y se encontraba rodeado de multitud de chicos de ciudad criados en barrios como Flatbush, Midwood, Boro Park, Washington Heights, Forest Hills y el Grand Concourse, chicos de Brooklyn, Manhattan, Queens, Bronx, con padres de clase media y clase media baja, maestros, contables, funcionarios, camareros y viajantes de comercio. Hasta entonces, Ferguson había supuesto que los campamentos de verano particulares eran exclusivamente para hijos de banqueros y abogados ricos, pero por lo visto estaba equivocado, y entonces, a medida que pasaban los días y aprendía el nombre de montones de chicos y chicas, tanto los nombres de pila como los apellidos, comprendió que en el campamento todo el mundo era judío, desde el matrimonio propietario (Irving y Edna Katz) pasando por el monitor jefe (Jack Feldman), el segundo monitor y su ayudante (Harvey Rabinowitz y Bob Greenberg), que tenían su propia cabaña, hasta el último de los doscientos veinticuatro campistas que habían ido aquel verano. A su colegio público de Maplewood asistía una mezcla de protestantes, católicos y judíos, pero ahí no había más que judíos, exclusivamente, y por primera vez en la vida Ferguson se veía inmerso en un enclave étnico, una especie de gueto, pero en este caso un gueto al aire libre con árboles, hierba y pájaros que surcaban el cielo como una flecha sobre su cabeza, y una vez que hubo asimilado la novedad, la situación dejó de tener importancia para él.

Lo que contaba era que pasaba los días realizando una serie de actividades placenteras, no sólo las ya conocidas, como el béisbol, la natación y el ping-pong, sino todo un surtido de novedades que incluían el tiro con arco, voleibol, remo, salto de longitud, el tira y afloja con la cuerda y, lo mejor de todo, la milagrosa sensación de remar en canoa. Era un chico robusto y atlético que se sentía naturalmente atraído hacia esos pasatiempos físicos, pero lo bueno de Camp Paradise era que se podía escoger entre varias actividades, y para quienes no tenían inclinación por el deporte había arte, alfarería, música y teatro en lugar de la dura competición con bates y bolas. La única actividad obligatoria era natación, dos sesiones diarias de treinta minutos, una antes de comer y otra antes de cenar, pero a todo el mundo le gustaba refrescarse en el agua, de modo que quien no era un nadador consumado podía chapotear en las aguas poco profundas de la orilla del lago. Por consiguiente, cuando Ferguson fildeaba pelotas rasas en un extremo del campamento, Noah dibujaba en la cabaña de arte al otro extremo, y cuando Ferguson se deslizaba sobre el agua en su adorada canoa, Noah ensayaba una obra de teatro. Noah, el mequetrefe de extraño aspecto, nervioso e inseguro a la vez, había pasado la primera semana pegado a Ferguson, sin duda esperando que alguien le insultara o le pusiera la zancadilla, pero como la agresión no se materializó, pronto empezó a acomodarse, entablando amistad con otros chicos, haciendo que sus compañeros de cabaña se troncharan de risa con

sus imitaciones de Alfred E. Neuman y (Ferguson estaba pasmado) hasta logró broncearse un poco.

Desde luego se producían discusiones, conflictos y alguna que otra pelea, porque se trataba de Camp Paradise y no del paraíso propiamente dicho, pero nada fuera de lo corriente en opinión de Ferguson, porque la única vez que estuvo a punto de intercambiar golpes con otro chico, el motivo del desacuerdo era tan ridículo que fue incapaz de poner el entusiasmo necesario para pelear. Era 1956, un año más en la serie de temporadas en que Nueva York constituía el centro del universo del béisbol, con tres equipos que habían dominado el deporte a lo largo de una década, los Yankees, los Dodgers y los Giants, porque a excepción de 1948, desde la fecha del nacimiento de Ferguson al menos uno de esos equipos y con frecuencia dos de ellos habían disputado cada año la Serie Mundial. Nadie era neutral. Cada hombre, mujer y niño de Nueva York y sus barrios periféricos era seguidor de un equipo, en su mayor parte con intensa devoción, y los hinchas de los Yankees, los Dodgers y los Giants se menospreciaban entre sí, lo que conducía a muchas disputas inútiles, algún que otro puñetazo, y una vez, de forma notoria, a un muerto a tiros en un bar. Para los chicos y chicas de la generación de Ferguson, la discusión más repetida en el tiempo giraba en torno a la cuestión de qué equipo tenía el mejor defensor del campo central, porque los tres eran jugadores soberbios, los mejores del mundo en esa posición, entre los de mayor calidad de toda la historia del béisbol, y aquellos jóvenes desperdiciaban muchas horas debatiendo las virtudes de Duke Snider (Dodgers), Mickey Mantle (Yankees) y Willie Mays (Giants), y tan fervientes eran los seguidores de cada equipo que en su mayor parte apoyaban ciegamente al defensor de su club movidos por una inquebrantable y pura lealtad. Ferguson era hincha de los Dodgers debido a que su madre se había criado en Brooklyn y le había inculcado el amor a los desvalidos y las causas imposibles, porque durante la infancia de su madre los Dodgers habían sido un equipo incompetente, a veces patético, pero ahora era una fuerza desatada, el campeón de los campeones del mundo, al mismo nivel que los todopoderosos Yankees, y de los ocho chicos que dormían en su cabaña aquel verano, tres eran de los Yankees, dos de los Giants y tres de los Dodgers, Ferguson, Noah y un tal Mark Dubinsky. Una tarde, durante el periodo de cuarenta y cinco minutos de reposo de después del almuerzo, que normalmente pasaban leyendo tebeos de Superman, escribiendo cartas y estudiando los resultados deportivos de dos días atrás en el *New York Post*, Dubinsky, cuya cama estaba a la izquierda de la de Ferguson (la de Noah estaba a la derecha), sacó a relucir la consabida cuestión, contando a Ferguson lo incondicionalmente que había defendido aquella mañana a Snider frente a Mantle en una discusión con dos hinchas de los Yankees, dando por descontado que, como seguidor de los Dodgers, Ferguson estaría de su parte, pero no fue así, porque por mucho que idolatrase a Duke, repuso Ferguson, Mantle era mejor jugador y, además de eso, Mays era aún mejor que Mantle, sólo por un pelo, quizá, pero mejor sin discusión, ¿y por qué insistía Dubinsky en engañarse a sí mismo y no reconocer los hechos? Esa respuesta de Ferguson fue tan inesperada, tan serena y contundente en sus afirmaciones contra la creencia de Dubinsky en el poder de la fe frente a la razón, que el muchacho se ofendió, rabiosamente, y un momento después se plantó ante la cama de Ferguson gritando a pleno pulmón, llamándole renegado, ateo, comunista e

impostor traicionero, y a lo mejor debía atizarle un puñetazo en el estómago para darle una lección. Cuando Dubinsky cerraba los puños, preparándose para golpearlo, Ferguson se incorporó en la cama y le aconsejó que se lo tomara con calma. Tú puedes pensar lo que se te antoje, Mark, le dijo, pero yo también tengo derecho a expresar mi opinión. No, de eso nada, replicó Dubinsky, aún fuera de sí, si eres seguidor de los Dodgers no puedes decir eso. Ferguson no tenía interés en pelearse con Dubinsky, que normalmente no solía comportarse de forma tan agresiva, pero aquella tarde parecía que andaba buscando pelea, que algo de Ferguson le sacaba de quicio y quería hacer añicos su amistad, y mientras Ferguson seguía sentado en la cama, preguntándose si sería capaz de calmarlo o al final se vería obligado a dar la cara y pelear, de pronto intervino Noah. Chicos, chicos, dijo con gravedad paternal y en tono siniestramente gracioso, dejad inmediatamente esa discusión sin sentido. Todos sabemos quién es el mejor defensor central, ¿no es así? Ferguson y Dubinsky se volvieron a mirar a Noah, tumbado en la cama con el codo sobre la almohada y la cabeza apoyada en la mano. Dubinsky dijo: Venga, Harpo, dínoslo; pero más vale que no te equivoques. Ahora que le prestaban atención, Noah se calló un momento y sonrió, una sonrisa bobalicona pero extremadamente beatífica que se alojó para siempre en la memoria de Ferguson, surgiendo una y otra vez mientras pasaba de la infancia a la adolescencia y la edad adulta, un relámpago de pura y enloquecida extravagancia que reveló el auténtico ser del Noah Marx de nueve años durante el par de segundos que duró, y entonces Noah acabó con el enfrentamiento diciendo: Soy yo.

Durante el primer mes, Ferguson nunca pensó en lo feliz que era en aquel sitio. Estaba demasiado absorto en lo que hacía para ponerse a reflexionar sobre sus sentimientos, demasiado atrapado en el presente para ver más adelante o más atrás, *viviendo el momento* tal como Harvey, su monitor, había aconsejado para rendir bien en los deportes, lo que tal vez era la verdadera definición de la felicidad, no saber que eras feliz, no preocuparte de nada aparte de vivir el presente, pero de pronto se aproximaba el día de visita de los padres, el domingo que marcaba el punto de inflexión de la estancia de ocho semanas, y en los días anteriores a aquel domingo Ferguson se sorprendió al descubrir que no le hacía mucha ilusión volver a ver a sus padres, ni siquiera a su madre, a quien había creído que echaría tremendamente en falta, pero no, sólo había sentido su ausencia en instantes fugaces y dolorosos, y menos aún a su padre, que en el último mes se le había borrado de la mente y ya no parecía contar para él. En el campamento se estaba mejor que en casa, concluyó. Vivir entre amigos era más satisfactorio y enriquecedor que vivir con los padres, lo que significaba que los padres eran menos importantes de lo que siempre había considerado, una idea herética, incluso revolucionaria que daba a Ferguson mucho que pensar cuando se tumbaba en la cama por la noche, y entonces se echó encima el día de visita y cuando su madre bajó del coche y avanzó en su dirección, inesperadamente se vio luchando por contener las lágrimas. Qué ridículo. Total y absolutamente vergonzoso comportarse así, pensó, pero ¿qué podía hacer sino salir corriendo hacia sus brazos y dejar que lo besara?

Pasaba algo, sin embargo. El tío Don tenía que haber venido al campamento con sus padres, pero no lo veía, y cuando Ferguson preguntó a su madre por qué no estaba

allí el padre de Noah, ella le lanzó una tensa mirada y le dijo que se lo explicaría después. Ese *después* fue una hora más tarde, cuando sus padres lo conducían al otro lado de la frontera de Massachusetts para comer en el restaurante Friendly's de Great Barrington. Como de costumbre, fue su madre quien llevó la conversación, pero por una vez su padre parecía atento y considerado, siguiendo sus palabras con el mismo interés que Ferguson, y teniendo en cuenta lo que iba a decir, lo que las circunstancias exigían que dijera, no sorprendió a Ferguson que su madre estuviese más nerviosa que en cualquier otro momento de reciente memoria, hablando con voz trémula, queriendo evitar a su hijo los peores detalles pero al mismo tiempo incapaz de suavizar el golpe sin tergiversar la verdad, porque la verdad era lo que ahora importaba, y aunque Ferguson sólo tenía nueve años, era imperativo que escuchase toda la historia sin que nada quedase en el tintero.

Se trata de lo siguiente, Archie, empezó, encendiendo un Chesterfield sin filtro y lanzando una bocanada de humo azulado sobre la mesa de formica. Don y Mildred se han separado. Su matrimonio se ha acabado. Ojalá pudiera explicarte el motivo, pero Mildred no me lo quiere decir. Está tan destrozada que no ha dejado de llorar durante los diez últimos días. No sé si Don se habrá enamorado de otra o si las cosas se habrán estropeado por sí solas, pero Don ya no tiene relación con nosotros, y no hay posibilidad de que vuelvan a estar juntos. He hablado con él un par de veces, pero tampoco quiere contarme nada. Sólo que Mildred y él han roto, que en primer lugar no debería haberse casado, que todo ha ido mal desde el principio. No, no va a volver con la madre de Noah. Lo que está pensando es irse a París. Ya ha sacado sus cosas del apartamento de Perry Street y se marchará antes de finales de mes. Lo que me lleva a Noah. Don quiere pasar un tiempo con él antes de marcharse, de modo que su exmujer, y me refiero a su primera exmujer, Gwendolyn, ha venido hoy al campamento para buscar a Noah y llevárselo a Nueva York. Eso es, Archie, Noah se va. Sé lo unidos que habéis llegado a estar, lo buenos amigos que sois ya, pero no hay nada que hacer. He llamado a esa mujer, Gwendolyn Marx, y le he dicho que a pesar de lo que ha pasado entre Don y Mildred, yo quería que nuestros hijos se mantuvieran en contacto, que sería una lástima que su amistad se resintiera por esto, pero es dura la mujer esa, Archie, está amargada y llena de ira, tiene un corazón de hielo, y me ha dicho que ni siquiera lo tomará en consideración. Y después de que su padre se marche a París, dije yo, ¿volverá Noah al campamento? Ni hablar, contestó. Bueno, al menos dé a los chicos la oportunidad de despedirse el domingo, le dije, y ella dijo, atiende, dijo: ¿Para qué? Yo estaba ya que me llevaban los demonios, más enfadada que nunca en la vida, y le grité: ¿Cómo puede hacer una pregunta semejante? Y ella contestó con toda calma: Tengo que proteger a Noah de escenas emotivas; su vida ya es bastante dura. No sé qué decirte, Archie. Esa mujer no está en sus cabales. Y ahí está mi hermana, drogada con tranquilizantes, metida en la cama y llorando a moco tendido. Don la ha abandonado, a ti te han quitado a Noah y francamente, chico, es un follón de muchísimo cuidado, ¿no te parece?

El segundo mes en Camp Paradise fue el mes de la cama vacía. El colchón desnudo sobre el somier metálico a la derecha de donde Ferguson continuaba durmiendo, la cama del ya ausente Noah, y todos los días se preguntaba si volverían a verse alguna vez. Primos durante año y medio, y ahora ya no lo eran. Una tía que al

casarse le dio un tío, y como ahora ya no eran marido y mujer y el tío vivía en la otra orilla del océano Atlántico, ya no podía estar con su hijo. Todo en armonía durante una temporada, y entonces sale el sol una mañana y el mundo empieza a descomponerse.

Ferguson volvió a Maplewood a finales de agosto, se despidió de su habitación, dijo adiós a la mesa de ping-pong en el jardín y a la mosquitera rota de la cocina, y a la semana siguiente sus padres y él se mudaron a la casa nueva al otro extremo de la ciudad. Había empezado la era de vivir a lo grande.

2.1

Desde que podía recordar, Ferguson había admirado el dibujo de la chica de la botella de White Rock. Ésa era la marca de agua de Seltz que su madre compraba dos veces por semana en sus idas y venidas a la tienda A&P, y como su padre era un firme creyente de las virtudes del Seltz, siempre había una botella de White Rock presidiendo la mesa de la cena. Por tanto, Ferguson había observado a la chica centenares de veces, manteniendo la botella cerca de él con objeto de contemplar la imagen en blanco y negro de su cuerpo medio desnudo en la etiqueta, aquella chica atractiva, de serena elegancia, con los pequeños pechos al aire y la blanca tela que le cubría las caderas abriéndose para revelar la entera longitud de su pierna derecha, la pierna visible flexionada mientras ella se inclinaba hacia delante apoyándose en las manos y las rodillas para mirar un charco de agua desde su posición en el saliente de la roca, la roca blanca, que convenientemente llevaba la leyenda White Rock, y lo curioso, lo absolutamente inverosímil de aquella chica era que le sobresalían dos diáfanas alas en la espalda, lo que significaba que era más que humana, una diosa o una criatura encantada de alguna especie, y como sus miembros eran tan finos y daba la impresión de ser tan menuda, aún se la podía considerar una muchacha y no una mujer hecha y derecha, a pesar de sus pechos, que eran los pequeños pechos en ciernes de una chica de doce o trece años, y con su pelo pulcramente recogido sobre la cabeza que dejaba al descubierto la piel desnuda y luminosa del cuello y los hombros, era justo la clase de chica sobre la que un chico podría pensar seriamente, y cuando ese chico ya era un poco mayor, con doce o trece años cumplidos, la chica de White Rock podía evolucionar fácilmente hasta convertirse en un verdadero hechizo erótico, una invocación a un mundo de pasión carnal y deseos plenamente despiertos, y una vez que a Ferguson le ocurrió eso, se aseguraba de que sus padres no lo estuvieran mirando cuando contemplaba la botella.

También estaba la india arrodillada del paquete de mantequilla Land O’Lakes, la belleza adolescente de largas trenzas negras y dos vistosas plumas que le sobresalían de la cinta del pelo, adornada con cuentas, pero el problema con aquella posible rival de la ninfa de White Rock era que estaba completamente vestida, lo que menguaba grandemente su encanto, por no mencionar el problema añadido de los codos, rígidamente separados de los costados porque sujetaba un paquete de mantequilla Land O’Lakes, idéntico al que tenía Ferguson delante, el mismo aunque más pequeño, con otro dibujo de la chica india sujetando otro paquete, aún más pequeño, de mantequilla Land O’Lakes, lo que era una concepción intrigante aunque confusa, pensaba Ferguson, una regresión infinita de indias siempre menguantes sujetando paquetes de mantequilla siempre decrecientes, lo que producía un efecto similar al de la caja de copos de avena Quaker Oats, con el sonriente cuáquero de sombrero negro que retrocedía hasta un lejano punto de fuga más allá del alcance de la visión humana, un mundo dentro de otro mundo que estaba dentro de otro mundo que estaba dentro de otro mundo, hasta que el mundo quedaba reducido al tamaño de un átomo que en cierto modo, sin embargo, lograba hacerse aún más pequeño. Interesante a su

manera, pero difícilmente materia para inspirar sueños, así que la doncella india de la mantequilla siguió ocupando un lejano segundo lugar con respecto a la princesa de White Rock. Poco después de cumplir los doce, sin embargo, a Ferguson le revelaron un secreto. Había ido calle abajo a ver a su amigo Bobby George, y mientras los dos muchachos, sentados en la cocina, merendaban sándwiches de atún, entró Carl, el hermano de catorce años de Bobby, un tipo alto y fornido con buena cabeza para las matemáticas y la cara salpicada de espinillas, que unas veces acosaba a su hermano menor y otras casi lo trataba como a un igual, pero en aquella tarde lluviosa de un sábado de marzo el imprevisible Carl estaba de un humor generoso, y al ver a los dos chicos sentados a la mesa masticando sus sándwiches y bebiendo su leche, les anunció que había hecho un descubrimiento asombroso. Sin explicar de qué se trataba, abrió el frigorífico y sacó un paquete de mantequilla Land O'Lakes, cogió luego unas tijeras y un rollo de papel celo de un cajón junto al fregadero y llevó las tres cosas a la mesa. Fijaos, les dijo, y los dos chicos miraron cómo cortaba los seis lados del paquete y apartaba los dos más grandes con el dibujo de la india. Recortó entonces uno de los dibujos, cercenando una pequeña parte de pierna desnuda justo por encima de las rodillas, que sobresalían bajo el borde de la falda, y seguidamente pegó con papel celo las rodillas sobre la caja de mantequilla de la otra imagen, y hete aquí que las rodillas se habían convertido en pechos, un par de pechos grandes, desnudos, cada uno con un punto rojo en el centro tal como un pezón perfectamente dibujado. La repipi squaw lakota se había transformado en un seductor objeto sexual, y mientras Carl sonreía y Bobby se carcajeaba, Ferguson miraba sin emitir sonido alguno. Qué labor tan ingeniosa, pensó. Unos cuantos golpes de tijera, una sola tira de cinta transparente, y la chica de la mantequilla se ha quedado desnuda.

Había fotografías de mujeres desnudas en la *National Geographic*, una revista a la que estaban suscritos los padres de Bobby y que por la razón que fuese nunca tiraban, y durante la primavera de 1959 Ferguson y Bobby volvían a casa del colegio y de vez en cuando se iban directamente al garaje de Georges, donde hojeaban montones de revistas amarillas en busca de imágenes de mujeres con los pechos desnudos, especímenes antropológicos de tribus primitivas de África y América del Sur, mujeres de piel negra y bronceada de lugares cálidos que iban con poca ropa o desnudas y no se avergonzaban de que las vieran así, que exhibían los pechos con la misma indiferencia con que una norteamericana enseñaba las manos o las orejas. Las fotografías eran claramente antieróticas, y salvo por alguna rara belleza joven que aparecía cada siete o diez ejemplares, en su mayor parte aquellas mujeres no resultaban atractivas a los ojos de Ferguson, pero aun así era emocionante e instructivo mirar las fotos, que por lo menos demostraban la infinita variedad de las formas femeninas, sobre todo las innumerables diferencias que había en el tamaño y la forma de los pechos, de grandes a pequeños y de todo entre medias, desde altos y henchidos hasta fláccidos y caídos, de orgullosos a derrotados, de simétricos a extrañamente desajustados, de risueños a lastimeros, de las diluidas ubres de viejas brujas a las repletas enormidades de las madres que amamantaban. Bobby se reía mucho por lo bajo durante aquellas expediciones de pillaje entre los ejemplares de la *National Geographic*, riéndose para disimular la vergüenza que sentía por mirar lo que él denominaba *fotos guarras*, pero Ferguson nunca consideró obscenas aquellas

fotografías y nunca lo avergonzó su deseo de verlas. Los pechos eran importantes porque constituían el rasgo más prominente y visible que distinguía a las mujeres de los hombres, y las mujeres eran ahora un tema de gran interés para él, porque si bien sólo era un prepubescente de doce años, en su interior se agitaba algo que anunciaba a Ferguson que los días de su infancia estaban contados.

Las circunstancias habían cambiado. El robo del almacén de noviembre de 1955, seguido del accidente de coche de febrero de 1956, habían eliminado a los dos tíos de Ferguson del círculo familiar. El desacreditado tío Arnold vivía en la lejana California, el fallecido tío Lew había dejado este mundo para siempre, y 3 Brothers Home World ya no existía. Su padre había luchado durante casi un año por mantener a flote el negocio, pero la policía no logró recobrar los electrodomésticos robados, y como había perdido el derecho a reclamar el seguro al negarse a presentar denuncia contra su hermano, las pérdidas incurridas en ese acto de clemencia eran demasiado grandes para superarlas. En lugar de endeudarse aún más, pagó el crédito de urgencia del banco con ayuda del abuelo de Ferguson y lo vendió todo, librándose del edificio, el almacén y las existencias que quedaban, escapando del fantasma de sus hermanos y de la arruinada empresa que había sido el centro de su vida durante más de veinte años. El edificio seguía en pie, desde luego, alzándose en su viejo emplazamiento de Springfield Avenue, pero ahora se llamaba Newman’s Discount Furniture.

Con lo que sacó de la venta, el padre de Ferguson devolvió el préstamo a su suegro y abrió otra tienda mucho más pequeña en Montclair, Stanley’s TV & Radio. Desde el punto de vista de Ferguson, el emplazamiento de la nueva tienda era mucho más conveniente que el de la antigua, porque el nuevo negocio de su padre se encontraba en la misma manzana que Roseland Photo, y ahora podía pasar por cualquiera de los establecimientos de sus padres siempre que quisiera. Stanley’s TV & Radio era un lugar abarrotado de cosas, sí, pero daba una buena sensación, acogedora, y Ferguson disfrutaba yendo de visita a la tienda de su padre después del colegio, sentándose a su lado frente al banco de trabajo en la trastienda mientras reparaba televisiones, radios y toda clase de artefactos, desmontando y volviendo a montar tostadoras estropeadas, ventiladores, aparatos de aire acondicionado, lámparas, tocadiscos, licuadoras, exprimidores eléctricos y aspiradoras, porque se había corrido la voz de que el padre de Ferguson era capaz de arreglarlo todo, y mientras el joven empleado Mike Antonelli permanecía en la parte delantera de la tienda vendiendo radios y televisiones a los vecinos de Montclair, Stanley Ferguson pasaba la mayor parte del tiempo en la trastienda, en silencio, con paciencia, haciendo pequeños ajustes y examinando detenidamente máquinas averiadas para ponerlas de nuevo en funcionamiento. Ferguson comprendía que la traición de Arnold había hecho estragos en su padre, que aquella reducida encarnación de su antiguo negocio representaba una profunda derrota personal, y sin embargo algo había cambiado también en él para mejor, y los principales beneficiarios de aquel cambio eran su mujer y su hijo. Los padres de Ferguson discutían mucho menos que antes. Se había disipado la tensión en la casa, en realidad muchas veces parecía haber desaparecido por completo, y a Ferguson lo tranquilizaba que sus padres fueran a comer juntos todos los días, solos los dos en su reservado del Al’s Diner de la

esquina, y una y otra vez, en una variedad de formas diferentes y sin embargo siempre del mismo modo, la madre de Ferguson le formulaba observaciones que en lo esencial equivalían a lo siguiente: *Tu padre es un buen hombre, Archie, el mejor hombre del mundo*. Un buen hombre, y aún silencioso en gran medida, pero ahora que había abandonado su viejo sueño de convertirse en el siguiente Rockefeller, Ferguson se sentía más cómodo en su presencia. Ahora hablaban un poco, y la mayor parte de las veces estaba razonablemente seguro de que escuchaba lo que le decía. E incluso cuando no hablaban, Ferguson disfrutaba sentándose con él frente al banco de trabajo después del colegio, haciendo las tareas en un extremo mientras su padre seguía a lo suyo al otro lado, desmontando despacio otro aparato averiado y volviéndolo a montar.

El dinero era menos abundante que en la época de 3 Brothers Home World. En vez de dos coches, los padres de Ferguson sólo disponían de uno —el Pontiac azul pastel de 1954 de su madre— y una furgoneta Chevrolet roja con el nombre de la tienda de su padre escrita en las puertas laterales. En el pasado, sus padres salían de excursión algunos fines de semana, sobre todo a las Catskill para pasar un par de días jugando al tenis y bailando en el Grossinger’s o en el Concord, pero dejaron de hacerlo después de la apertura de Stanley’s TV & Radio en 1957. En 1958, cuando Ferguson necesitaba un nuevo guante de béisbol, su padre lo llevó a la tienda de Sam Brownstein en el centro de Newark para comprar uno a precio de coste en lugar de darle dinero para que se comprara el mismo guante en Gallagher’s, la tienda de deportes de Montclair. La diferencia ascendía a doce dólares con cincuenta centavos, veinte justos frente a treinta y dos con cincuenta, una cantidad no tan grande en comparación con otras cosas pero un ahorro importante de todos modos, suficiente para poner a Ferguson sobre aviso de que la vida había cambiado y de que en lo sucesivo tendría que pensarlo bien antes de pedir a sus padres algo que no fuera estrictamente necesario. Poco después de aquello, Cassie Burton dejó de trabajar para ellos, y casi del mismo modo en que su madre y la tía Mildred habían llorado abrazadas en el aeropuerto en 1952, Rose lloró con Cassie cuando le dijo que ya no podían pagarle el salario. Ayer, bistecs; hoy, hamburguesas. El nivel económico de la familia había descendido un poco, pero ¿quién en su sano juicio perdería el sueño por apretarse un poco el cinturón? Un libro de la biblioteca pública era el mismo que se compraba en la librería, el tenis seguía siendo el mismo deporte ya se jugara en las pistas municipales o en un club privado, y los bistecs y las hamburguesas procedían de la misma vaca, y aunque los filetes supuestamente representaban el pináculo de la buena vida, lo cierto era que a Ferguson siempre le habían encantado las hamburguesas, sobre todo con ketchup, que era el mismo ketchup con que él untaba antes los gruesos filetes de cuarto trasero poco hechos que tanto gustaban a su padre.

El domingo seguía siendo el mejor día de la semana, en especial si no incluía visitas, un día que Ferguson podía pasar a solas con sus padres, y ahora que había crecido y estaba más fuerte y se había convertido en un muchacho ágil aficionado al deporte, le entusiasmaba jugar al tenis por la mañana con sus padres, los partidos mano a mano con su padre, los de dos contra uno entre madre e hijo y marido/padre, los dobles que lo emparejaban con su padre frente a Sam Brownstein y su hijo menor, y luego estaba el almuerzo en el Al’s Diner junto con el inevitable batido de

chocolate, y por la tarde, al cine, y cuando acababa la película iban al restaurante chino, al Green Dragon de Glen Ridge, o a tomar pollo frito en la Little House de Millburn, o sándwiches calientes de pavo al Pal's Cabin, en West Orange, o estofado de carne y *blinis* de queso en el Claremont Diner de Montclair, los abarrotados y económicos restaurantes de las afueras de Nueva Jersey, ruidosos y nada elegantes, tal vez, pero que ofrecían buena comida, y era domingo por la noche y estaban los tres juntos, y aunque Ferguson ya empezaba a apartarse de sus padres por entonces, aquel día de la semana contribuía a mantener la ilusión de que los dioses podían ser clementes cuando así les parecía.

La tía Mildred y el tío Henry no habían producido el primo Adler que tanto había ansiado de pequeño. Por causas desconocidas para él, ya fuera esterilidad o infertilidad o una negativa consciente a incrementar la población mundial, pero a pesar de la decepción de Ferguson, el vacío del primo en la Costa Oeste había obrado en última instancia a su favor. La tía Mildred podría no haber estado muy unida a su hermana, pero sin hijos propios y sin más sobrinos a la vista, los impulsos maternales que hubiera en su interior se colmaban con Archie, el amor de su vida. Después de su traslado a California cuando Ferguson tenía cinco años, el tío Henry y ella habían ido varias veces a Nueva York para hacer prolongadas visitas veraniegas, y aunque vivía en Berkeley durante el resto del año, mantenía el contacto con su sobrino escribiéndole cartas y llamándolo por teléfono de vez en cuando. Ferguson veía algo glacial en su tía, que podía ser áspera, obstinada e incluso grosera con otra gente, pero con Archie, el amor de su vida, era otra persona, llena de elogios, buen humor y curiosidad por lo que su niño hacía, pensaba y leía. Desde su temprana infancia, había adquirido la costumbre de regalarle cosas, una abundancia de regalos que normalmente llegaban en forma de libros y discos, y ahora que había crecido y su capacidad mental se había incrementado, el número de libros y discos que le enviaba desde California también había aumentado. Tal vez no confiaba en que sus padres le proporcionaran la adecuada orientación intelectual, quizá pensaba que eran un par de burgueses incultos e insignificantes, puede que creyera su deber rescatar a Ferguson del páramo de ignorancia que habitaba, considerando que ella y sólo ella podía ofrecerle la ayuda necesaria para escalar las elevadas cimas de la ilustración. Cabía sin duda la posibilidad de que fuese (como en cierta ocasión oyó decir a su padre en una conversación con su madre) una *esnob intelectual*, pero no podía negarse el hecho de que, esnob o no, era una verdadera intelectual, una persona de amplia erudición que se ganaba la vida como profesora de universidad, y las obras que descubría a su sobrino significaban efectivamente un gran regalo para Ferguson.

Ningún otro chico de su círculo de amistades había leído lo que él, y como la tía Mildred le escogía cuidadosamente las lecturas, igual que había hecho con su hermana durante su periodo de confinamiento trece años antes, Ferguson leía los libros que le mandaba con una avidez semejante al hambre física, porque su tía conocía los libros que satisfarían las ansias de un muchacho que se desarrollaba con rapidez al pasar de los seis a los ocho años, de los ocho a los diez, de los diez a los doce... y más allá, hasta el final del instituto. Cuentos de hadas para empezar, con los Hermanos Grimm y los libros multicolores compilados por el escocés Lang, luego las

maravillosas, fantásticas novelas de Lewis Carroll, George MacDonald y E. Nesbit, seguidas de la versión de Bulfinch de los mitos griegos y romanos, una adaptación infantil de *La Odisea* de Charlotte Web, un libro de historias de *Las mil y una noches* reunidas bajo el título de *Los siete viajes de Simbad el marino*, y luego, unos meses más tarde, una selección de seiscientas páginas de *Las mil y una noches*, y al año siguiente *El doctor Jekyll y míster Hyde*, relatos de terror y misterio de Poe, *Príncipe y mendigo*, *Secuestrado*, *Cuento de Navidad*, *Las aventuras de Tom Sawyer* y *Estudio en escarlata*, y tan acusada fue la reacción de Ferguson al libro de Conan Doyle que el regalo que recibió de la tía Mildred en su undécimo cumpleaños fue una edición enormemente gruesa y profusamente ilustrada de *Todo Sherlock Holmes*. Ésos eran algunos de los libros, pero también había discos, no menos importantes para Ferguson que los libros, y sobre todo ahora, en los últimos dos o tres años, empezando cuando tenía nueve o diez, que llegaban a intervalos regulares de tres o cuatro meses. Jazz, música clásica, música folk, rhythm and blues y hasta algo de rock and roll. De nuevo, como con los libros, el enfoque de la tía Mildred era estrictamente pedagógico, y llevaba a Ferguson paso a paso, sabiendo que Louis Armstrong había de venir antes de Charlie Parker, que a su vez debía anteceder a Miles Davis, que Chaikovski, Ravel y Gershwin debían preceder a Beethoven, Mozart y Bach, que debía escucharse antes a los Weavers que a Lead Belly, que necesariamente había que oír a Ella Fitzgerald entonando a Cole Porter antes de pasar a Billie Holiday cantando *Strange Fruit*. Muy a su pesar, Ferguson había descubierto que no poseía una pizca de aptitud para tocar música. Había probado a los siete con el piano, que dejó, frustrado, un año después; lo había intentado con la corneta a los nueve, y lo dejó; había empezado con la batería a los diez, para luego abandonarla. Por la razón que fuese, le resultaba difícil leer música, era incapaz de asimilar plenamente los símbolos del papel, los círculos vacíos y llenos dentro de las líneas o acurrucados entre una y otra, los bemoles y los sostenidos, la armadura de tonalidad, la clave de sol y la clave de fa, no le entraban las notas y cuando lo hacían se convertían automáticamente en letras y números, con lo que se veía obligado a pensar en cada nota antes de tocarla, operación que le frenaba el avance entre los compases y medidas de las piezas que ejecutaba y, en definitiva, hacía sumamente difícil que pudiera tocar cualquier cosa. Fue una triste derrota. Su mente, normalmente rápida y eficaz, no poseía la capacidad de descodificar aquellos signos recalcitrantes, y en vez de seguir dándose de cabezazos contra la pared, abandonó la lucha. Triste derrota porque era un gran aficionado a la música, la sentía muy dentro cuando oía tocar a otros, porque poseía un oído sensible y en perfecta sintonía con las sutilezas de la composición y la ejecución, pero como músico era imposible, un absoluto desastre, lo que significaba que ya se había resignado a ser oyente, un apasionado y devoto oyente, y su tía Mildred era lo bastante inteligente como para alimentar aquella devoción, que sin duda era una de las cosas fundamentales de la vida.

Aquel verano, en una de las visitas a la Costa Este con el tío Henry, la tía Mildred ilustró a Ferguson en otro asunto de gran importancia para él, algo sin relación con los libros o la música pero igualmente esencial para su espíritu, si no más. Había ido a Montclair a pasar unos días con el amor de su vida y sus padres, y cuando se sentaron a comer juntos el primer día (sus padres estaban trabajando, lo

que significaba que Ferguson y su tía estaban solos en la casa), él señaló la botella de Seltz de White Rock que había en la mesa y le preguntó por qué le salían alas en la espalda a la chica. No lograba entenderlo, le dijo. No eran alas de ángel ni de pájaro, que eran las que cabría esperar en una criatura mitológica, sino frágiles alas de insecto, alas de libélula o mariposa, y le producía un profundo desconcierto.

¿No sabes quién es, Archie?, inquirió su tía.

No, contestó él. Claro que no. Si lo supiera, ¿por qué iba a preguntártelo?

Creía que habías leído el Bulfinch que te regalé hace un par de años.

Lo leí.

¿Entero?

Me parece que sí. A lo mejor me salté un par de capítulos. No me acuerdo.

No importa. Luego puedes consultarlo. *(Levantando la botella de la mesa, dando golpecitos con el dedo sobre el dibujo de la chica.)* El dibujo no es muy bueno, pero se supone que es Psique. ¿La recuerdas ahora?

Cupido y Psique. Leí ese capítulo, pero no decía nada de que Psique tuviera alas. Cupido sí tenía alas, alas y un carcaj de flechas, pero Cupido es un dios, y Psique sólo una mortal. Una chica muy guapa, pero humana de todas formas, una persona igual que nosotros. No, espera. Ahora me acuerdo. Después de casarse con Cupido, también se hace inmortal. Es así, ¿verdad? Pero sigo sin comprender por qué tiene esas alas.

En griego, explicó su tía, la palabra *psique* significa dos cosas. Dos cosas diferentes pero muy interesantes. *Mariposa* y *alma*. Pero si te paras a pensarlo detenidamente, *la mariposa* y *el alma* no son tan distintas después de todo, ¿verdad? La mariposa empieza siendo una oruga, una cosa fea, prosaica, como un gusano, y luego un día la oruga hace un capullo y después de cierto periodo de tiempo el capullo se abre y sale la mariposa, la criatura más bella del mundo. Eso también le pasa al alma, Archie. Lucha en las profundidades de la oscuridad y la ignorancia, sufre duras pruebas e infortunios y poco a poco se va purificando por el sufrimiento, fortaleciendo por las calamidades que le ocurren, y un día, si el alma en cuestión se lo merece, sale de su capullo y se remonta en el aire como una magnífica mariposa.

Sin aptitudes para la música, entonces, ninguna para el dibujo o la pintura, y horrorosamente inepto para el canto, el baile y la interpretación, pero tenía un don para los juegos, los juegos físicos, los deportes en todas sus variedades estacionales, béisbol en tiempo cálido, fútbol americano en tiempo frío, y a los doce años pertenecía a equipos de todos esos deportes y jugaba todo el año sin interrupción. Desde aquella tarde de últimos de septiembre de 1954, la tarde inolvidable que pasó con Cassie viendo cómo Mays y Rhodes derrotaban a los Indians, el béisbol se había convertido en una obsesión central, y una vez que empezó a jugar en serio al año siguiente, demostró ser sorprendentemente bueno, tan bueno como los mejores jugadores de su entorno, oportuno en el campo, competente al bate, con un innato sentido de los matices de las situaciones que surgían a lo largo del partido, y cuando alguien descubre que hace algo bien, tiende a seguir haciéndolo, quiere hacerlo lo más a menudo posible. Incontables fines de semana por la mañana, innumerables tardes entre semana, infinidad de atardeceres durante la semana jugando partidos

improvisados con amigos en los parques, sin mencionar los múltiples retoños nacionales del juego propios de la infancia —el simple bola y palo; el *wiffleball*, con bola y bate de plástico; el *stoopball*, lanzando la bola contra los escalones de entrada de un edificio; el *punch ball*, sin lanzador ni bate; el *wall ball*, lanzando la bola contra la pared; el *kickball*, con los pies, y el *roofball*, tirando la pelota al tejado—, y luego, a las nueve, la Pequeña Liga, y con ella la oportunidad de pertenecer a un equipo organizado y de llevar una camiseta con un número a la espalda, el 9, siempre el número 9 en aquel equipo y en todos los que vinieron después, 9 por los nueve jugadores y las nueve entradas, 9 como la pura esencia numérica del juego mismo, y en la cabeza la gorra azul oscuro con la G blanca cosida en la copa, G de Gallagher's Sporting Goods, patrocinadora del equipo, un conjunto con un entrenador voluntario a tiempo completo, el señor Baldassari, que instruía a los jugadores en los principios básicos durante las sesiones de práctica semanales y daba palmas y gritaba insultos, órdenes y ánimos durante los dos partidos semanales, uno los domingos por la mañana o por la tarde y otro el martes o jueves al anochecer, y allí estaba Ferguson, firme en su posición en el campo, creciendo, pasando de ser un monigote enclenque a un muchacho robusto en los cuatro años que estuvo en aquel equipo, segunda base y bateador número 8 en nueve, parador en corto y bateador número 2 en diez, parador en corto y cuarto bate en once y doce, y el placer añadido de jugar ante una multitud, de cincuenta a cien espectadores de media, padres y hermanos de los jugadores, amigos varios, primos, abuelos y espectadores de paso, ovaciones y abucheos, gritos, aplausos y pateos en las tribunas que empezaban con el primer lanzamiento y duraban hasta el fin del juego, y durante esos cuatro años su madre rara vez se perdió un partido, él la buscaba con la mirada mientras hacía el calentamiento con sus compañeros, y de pronto estaba ahí, saludándolo con la mano desde su sitio en la tribuna de sol, y siempre oía su voz por encima de las demás cuando salía a batear, *Vamos, Archie*, *Tranquilo y bien, Archie*, *Dale fuerte y sácala de aquí, Archie*, y luego, tras la extinción de 3 Brothers Home World y el nacimiento de Stanley's TV & Radio, su padre también empezó a ir a los partidos, y aunque no gritaba de la forma en que lo hacía su madre, al menos no tan fuerte que se le pudiera oír por encima de las voces del gentío, era él quien llevaba la cuenta del promedio de bateo de Ferguson, que ascendió a ritmo constante a medida que pasaban los años, acabando en un .532 absurdamente alto en la última temporada, cuyo último partido se había disputado dos semanas antes de que Ferguson y la tía Mildred mantuvieran la conversación sobre Psique, pero para entonces él ya era el mejor jugador del equipo, uno de los dos o tres mejores de la liga, y aquél era el tipo de promedio que se esperaba de un jugador de doce años con gran calidad.

Los niños no jugaban al baloncesto en los años cincuenta porque se los consideraba demasiado bajos, muy endebles para lanzar tiros a los aros de tres metros de altura, de modo que la formación de Ferguson en la ciencia de la canasta no empezó hasta que cumplió los doce, pero había jugado sin parar al fútbol americano desde los seis años, fútbol de placaje con cascos y hombreras, de medio principalmente, porque era un corredor decidido si no especialmente rápido, pero en cuanto las manos le crecieron lo suficiente para agarrar con firmeza el balón, cambió de posición, porque Ferguson y sus amigos descubrieron que tenía un talento

increíble para lanzar pases, que las espirales que hacía describir con la mano derecha eran más rápidas, más precisas y llegaban más lejos que las de cualquier otro, cincuenta, cincuenta y cinco metros por el campo en la época en que cumplió los catorce, y aunque no adoraba el juego con el mismo rigor y la misma pasión que el béisbol, Ferguson disfrutaba jugando de *quarterback*, porque pocas sensaciones mejores había que la de completar un pase largo a un receptor corriendo a toda marcha hacia la diagonal a treinta o cuarenta metros de la línea de ensayo, la asombrosa sensación de establecer una invisible conexión a través del espacio vacío era similar a la experiencia de encestar un tiro en suspensión a seis metros, pero aún más satisfactorio en cierto modo era que la conexión se establecía con otra persona y no con un objeto inanimado hecho de cuerda y metal, de modo que soportaba los aspectos menos atractivos del deporte (los duros placajes, los peligrosos bloqueos, los violentos encontronazos) con objeto de repetir la sensación siempre emocionante de pasar la pelota a sus compañeros de equipo. Entonces, en noviembre de 1961, con catorce años y medio y ya en noveno grado, sufrió el placaje detrás de la línea de ensayo de un defensa de noventa y ocho kilos llamado Dennis Murphy y acabó en el hospital con el brazo izquierdo roto. Tenía pensado entrar en el equipo del instituto al otoño siguiente, pero el problema con el fútbol americano era que para jugar se necesitaba el permiso de los padres, y cuando volvió a casa el primer día de instituto y presentó la solicitud a su madre, ella se negó a firmarla. Le suplicó, la criticó, renegó de ella por comportarse como una madre histérica y sobreprotectora, pero Rose no cambió de opinión, y aquél fue el fin de la carrera de Ferguson como jugador de fútbol americano.

Sé que pensarás que soy idiota, dijo su madre, pero algún día me darás las gracias, Archie. Eres un chico fuerte, pero nunca serás ni lo bastante fuerte ni lo bastante grande como para convertirte en un coloso, y para jugar al fútbol americano eso es lo que tienes que ser: un brutote de cuerpo grande, un corto de entendederas que disfruta aplastando a los demás, un animal humano. Tu padre y yo nos llevamos un buen disgusto cuando te rompiste el brazo el curso pasado, pero ahora veo que todo fue para bien, una advertencia, y no voy a dejar que mi hijo se destroce en el instituto para que vaya renqueando con las rodillas averiadas durante el resto de su vida. Quédate con el béisbol, Archie. Es un deporte estupendo y se te da muy bien, es emocionante verlo, ¿y por qué vas a arriesgarte a perderte el béisbol si te lesionas en un absurdo partido de fútbol americano? Si quieres seguir lanzando esos pases tuyos, juega al fútbol sin contacto. O sea, mira los Kennedy. A eso juegan, ¿no? Toda la familia en Cape Cod retozando por el césped, lanzando balones a derecha e izquierda, riéndose como condenados. Eso sí me parece un buen entretenimiento.

Los Kennedy. Incluso ahora, siendo un muchacho de quince años independiente, librepensador, rebelde en ocasiones, se maravillaba de lo bien que su madre seguía entendiéndole, de la habilidad con que atisbaba en su corazón cuando la situación lo exigía, su siempre atolondrado y conflictivo corazón, porque sin querer reconocerlo ante ella ni ante nadie, sabía que tenía razón sobre el fútbol americano, que temperamentalmente no estaba hecho para los protocolos del combate sangriento y le vendría mucho mejor centrarse en su preciado béisbol, pero entonces su madre dio

otra vuelta de tuerca y sacó a relucir a los Kennedy, consciente de que era un tema de verdadera importancia para él, mucho más importante que la efímera cuestión de jugar o no al fútbol, y desviando la conversación del deporte escolar al presidente norteamericano la discusión había adquirido otro sentido y de pronto ya no había más que hablar.

Para entonces Ferguson llevaba siguiendo a Kennedy más de dos años y medio, empezando con el anuncio de su candidatura a la presidencia por el Partido Demócrata el 3 de enero de 1960, precisamente dos meses antes de que Ferguson cumpliera trece años y tres días después del inicio de la nueva década, lo que en cierto modo veía él como una señal de clamorosa renovación, dado que toda su vida consciente había transcurrido en los años cincuenta con un presidente anciano, el exgeneral proclive a ataques al corazón y aficionado al golf, y Kennedy le parecía algo nuevo y enteramente notable, un joven vigoroso empeñado en cambiar el mundo, el injusto mundo de la opresión racial, el estúpido mundo de la guerra fría, el peligroso mundo de la carrera de armas nucleares, el complaciente mundo del irresponsable materialismo norteamericano, y sin otro candidato que abordara aquellos problemas a su satisfacción, Ferguson decidió que Kennedy era el hombre del futuro. Aún era demasiado joven en aquel momento para entender que la política siempre es política, pero sí lo bastante mayor para comprender que algo estaba a punto de estallar, porque en aquellos primeros días de 1960 se sucedían noticias sobre la sentada de cuatro estudiantes negros en una cafetería de Carolina del Norte en protesta contra la segregación, la Conferencia de desarme de Ginebra, el derribo del avión espía U-2 sobre territorio soviético y la detención del piloto Gary Powers, lo que condujo a Jruschov al abandono de la reunión en la cumbre de París y acabó con las conversaciones de paz de Ginebra sin lograr avances para atajar la propagación de armas nucleares, seguido de la creciente hostilidad entre Castro y Estados Unidos, que recortó en un noventa y cinco por ciento sus importaciones de azúcar cubano, y luego, siete días después, al anochecer del 13 de julio, Kennedy obtuvo la designación en primera votación en la Convención Demócrata de Los Ángeles. Aquél fue el primero de los tres veranos consecutivos que Ferguson pasó en Nueva Jersey jugando al béisbol en la American Legion con los Mudhens de Montclair, cuatro partidos semanales como bateador inicial y segunda base el primer año, porque ahora era el jugador más joven del equipo y estaba empezando desde abajo otra vez, el único de trece años en un equipo de jugadores de catorce y quince, y a lo largo de aquellos dos calurosos meses de julio y agosto, mientras leía periódicos y libros como *Rebelión en la granja*, *1984* y *Cándido*, escuchaba atentamente las sinfonías *Tercera*, *Quinta* y *Séptima* de Beethoven por primera vez, seguía fielmente cada nuevo ejemplar de la revista *Mad*, ponía una y otra vez el álbum *Porgy and Bess* de Miles Davis, pasaba por el estudio de su madre y la tienda de su padre para hacerles visitas improvisadas y saludarlos brevemente, y acto seguido se dirigía a la sede local del Partido Demócrata, que estaba a manzana y media por la misma calle, para ayudar a los voluntarios adultos a pegar sellos y sobres a cambio de una interminable provisión de distintivos de campaña, adhesivos para el parachoques y carteles, que fijaba con papel celo en cualquier sitio vacío de las cuatro paredes de su habitación, de manera que al final del verano su cuarto se había transformado en un santuario de Kennedy.

Años después, cuando fue lo bastante mayor para entenderlo mejor, echaba la vista atrás sobre aquel periodo de veneración juvenil al héroe y se le encogía el corazón, pero así era como se le presentaban las cosas en 1960, ¿y cómo podía haberlo entendido entonces si sólo había vivido trece años en este mundo? De modo que Ferguson hizo campaña por la victoria de Kennedy igual que en otro tiempo había apoyado a los Giants para que ganaran la Serie Mundial, porque una campaña política no era distinta de un acontecimiento deportivo, razonaba él, con palabras en vez de golpes, quizá, pero no menos violenta que un combate de boxeo, y cuando se trataba de asumir la presidencia, la lucha se libraba a un escala tan grandiosa y sensacional que no había espectáculo mejor en Norteamérica. El seductor Kennedy contra el adusto Nixon, el rey Arturo contra Gloomy Gus, encanto contra resentimiento, esperanza contra amargura, el día contra la noche. Cuatro veces se enfrentaron ambos hombres en televisión, cuatro veces vieron Ferguson y sus padres los debates en el pequeño cuarto de estar, y cuatro veces quedaron convencidos de que Kennedy había podido a Nixon, aunque algunos afirmaban que Nixon había vencido en las emisiones radiofónicas, pero la televisión era lo único que ahora importaba, la televisión estaba en todas partes y pronto lo sería todo, tal como el padre de Ferguson había vaticinado durante la guerra, y el primer presidente televisivo había ganado claramente la batalla en la pantalla doméstica.

La victoria del 8 de noviembre, la estrecha victoria por unos cien mil votos populares, uno de los márgenes más ajustados de la historia, y la victoria más sustancial en el colegio electoral por ochenta y cuatro votos, y cuando a la mañana siguiente Ferguson fue al instituto y la celebró con sus amigos partidarios de Kennedy, aún no se conocían todas esas cifras, y ya circulaban rumores de que no se sabía nada de Illinois, se hablaba de que el alcalde de Chicago, Daley, había robado máquinas con el recuento de votos de los distritos republicanos para tirarlas al lago Michigan, y cuando aquella acusación llegó a oídos de Ferguson, le resultó difícil aceptarla, la idea era demasiado censurable, demasiado repugnante, porque una jugarreta como aquélla habría convertido las elecciones en una broma pesada, una farsa de embustes y taimadas manipulaciones, pero entonces, justo cuando Ferguson estaba a punto de dar rienda suelta a su indignación por aquella afrenta, cambió bruscamente el curso de sus pensamientos, dándose cuenta de que tenía que dejarse de estupideces escultistas y reconocer que todo era posible. Hombres corruptos por todas partes, y cuanto más poderosos, mayor potencial de corrupción, pero aunque la historia fuese cierta, nada había que justificase que Kennedy había tenido algo que ver con ella. Daley y su pandilla de cacos del condado de Cook, quizá. Pero Kennedy, no; Kennedy, jamás.

No obstante, a pesar de su inquebrantable confianza en el hombre del futuro, Ferguson pasó el resto del día pensando en las máquinas de votos sumergidas en el fondo del lago Michigan, e incluso después de que las cifras definitivas demostraran que Kennedy habría ganado con o sin Illinois, Ferguson siguió teniendo las máquinas en la cabeza, su imagen lo acompañó durante años.

En la mañana del 20 de enero de 1961 dijo a sus padres que no se encontraba bien y preguntó si, en vez de ir al colegio, podía quedarse en casa. Como Ferguson era un muchacho aplicado y no tenía fama de inventarse dolencias imaginarias, se le

concedió el deseo. Así fue como llegó a ver el discurso de investidura de Kennedy, sentado frente al aparato de televisión mientras sus padres trabajaban en sus respectivos negocios del centro, solo en el pequeño cuarto de estar al lado de la cocina, viendo cómo se desarrollaba la ceremonia en el frío y borrascoso clima de Washington, tan glacial y barrido por el viento que cuando el anciano Robert Frost se levantó para leer con sus ojos legañosos el poema que le habían encargado componer para la ocasión, el mismo Robert Frost que había escrito el único verso que Ferguson sabía de memoria, *Dos caminos se bifurcaban en un bosque amarillo*, el viento arremetió con una súbita y feroz sacudida justo cuando llegaba al atril y le arrebató de las manos la hoja manuscrita lanzándola por los aires, lo que dejó al frágil bardo de pelo blanco con nada que leer, pero reponiéndose con admirable presteza y desenvoltura, a juicio de Ferguson, y con su último poema revoloteando sobre las cabezas de la multitud, recitó de memoria uno antiguo, convirtiendo lo que podría haber sido un desastre en una extraña suerte de triunfo, impresionante pero también cómico en cierto modo, o bien, tal como Ferguson lo expuso a sus padres aquella noche, a la vez gracioso y no tanto.

Entonces apareció el recién investido presidente, y en el momento en que empezó a pronunciar su discurso, las notas que emanaban de aquel instrumento retórico tan bien ajustado le parecieron tan naturales, tan holgadamente acomodadas a sus íntimas expectativas, que se puso a escucharlo con la misma actitud con que oía una composición musical. El ser humano tiene en sus manos. Dejemos que corra la voz. Pagaremos cualquier precio, sobrellevaremos cualquier carga. El poder para abolir toda forma de pobreza pero también para terminar con toda forma de vida humana. Todas las naciones han de saber. La antorcha ha pasado de manos. Sufriremos cualquier penalidad, apoyaremos a cualquier amigo, nos opondremos a cualquier enemigo. Una nueva generación de estadounidenses. El inestable equilibro del terror que detiene la mano de la última guerra de la humanidad. Los clarines vuelven ahora a llamarnos. Una llamada para sobrellevar la carga de una larga lucha crepuscular. Pero empecemos. Nacidos en este siglo, templados por la guerra, disciplinados por una paz dura y amarga. Exploremos las estrellas. Una lucha contra los enemigos comunes del hombre: la tiranía, la pobreza, la enfermedad y la guerra misma. Una generación nueva. Exijan. Exigimos. Pero empecemos de una vez.

Durante los veinte meses siguientes, Ferguson observó con atención mientras el hombre del futuro avanzaba a trompicones, iniciando su administración con la creación de los Cuerpos de Paz y casi destruyéndola con el descalabro de la bahía de Cochinos del 17 de abril. Tres semanas después de aquello, una enorme pelota de fútbol americano llamada Alan Shephard fue lanzada al espacio por la NASA y Kennedy declaró que un estadounidense daría un paseo por la Luna antes de que acabara la década de los sesenta, cosa que Ferguson encontraba difícil de creer pero confiaba en ella porque quería que su hombre tuviera razón, y después Jack y Jackie viajaban a París para entrevistarse con De Gaulle, y luego a Viena para mantener dos días de conversaciones con Jruschov, y en un abrir y cerrar de ojos, mientras Ferguson leía su primer libro sobre política norteamericana contemporánea, *Cómo se hace un presidente, 1960*, el Muro de Berlín estaba en pie y había empezado el juicio de Eichmann en Jerusalén, el doloroso espectáculo del asesino medio calvo

removiéndose en solitario dentro de la cabina de cristal, que Ferguson veía diariamente después del colegio, sumido en el horror de todo aquello y sin embargo con los ojos clavados en la pantalla, incapaz de apartar la vista, y a la conclusión del juicio había logrado terminar las 1.245 páginas de *Auge y caída del Tercer Reich*, el inmenso volumen de William Shirer, antiguo periodista incluido en las listas negras, que ganó el National Book Award de 1961 y era el libro más extenso que Ferguson jamás había leído. El año siguiente empezó con otra hazaña extraterrestre: John Glenn, catapultado más allá de la troposfera, dio tres vueltas a la Tierra en febrero, algo que Scott Carpenter repitió en primavera, y entonces, justo tres días después de que James Meredith se convirtiera en el primer estudiante negro admitido en la Universidad de Mississippi (otro espectáculo que Ferguson vio por televisión, rogando que al pobre hombre no lo mataran a pedradas), Wally Schirra superó a Glenn y Carpenter circundando seis veces el globo a primeros de octubre. Para entonces Ferguson estaba en décimo grado, su primer año en el instituto Montclair, y como su madre se había negado a firmar la solicitud en septiembre, la temporada de fútbol americano había empezado sin él. En el momento de la travesía de la órbita de Schirra, no obstante, ya había superado con creces la decepción tras encontrar un nuevo interés en la persona de Anne-Marie Dumartin, venida de Bélgica a Estados Unidos dos años antes y ahora compañera en sus clases de geometría y de historia, y tan ensimismado estaba en el objeto de sus sentimientos, rápidamente crecientes, que ya no disponía de tiempo para pensar en el hombre del futuro, con lo que, en la noche del 22 de octubre, cuando Kennedy se dirigió al pueblo norteamericano para explicarle lo de los misiles rusos en Cuba y el bloqueo naval que estaba a punto de imponer, Ferguson no se encontraba en casa con sus padres viendo la emisión. En cambio, estaba sentado en el banco de un parque con Anne-Marie Dumartin, envolviéndola en sus brazos y besándola por primera vez. En contra de su costumbre, en esa ocasión estaba distraído, y la mayor crisis internacional desde el final de la Segunda Guerra Mundial, la amenaza de conflicto nuclear y el posible fin de la raza humana, no llegó a su conocimiento hasta la mañana siguiente, después de lo cual empezó a prestar atención de nuevo, pero al cabo de una semana Kennedy había ganado a los rusos por la mano y la crisis había concluido. Parecía que el mundo estaba a punto de acabarse; pero no se acabó.

Ya en Acción de Gracias, no le cabía la menor duda de que era amor. Había vivido muchos enamoramientos en el pasado, empezando con los encaprichamientos del parvulario con Cathy Gold y Margie Fitzpatrick cuando tenía seis años, seguidos de un vertiginoso remolino de devaneos con Carol, Jane, Nancy, Susan, Mimi, Linda y Connie a los doce y los trece, los guateques de fin de semana, las sesiones de besuqueo a la luz de la luna en los jardines y recovecos de los sótanos de ciertas casas, los primeros y tímidos avances hacia el conocimiento carnal, el misterio de la piel y de las lenguas cubiertas de saliva, el sabor del lápiz de labios, el olor del perfume, el rumor de las medias de nailon al frotarse, y luego el paso decisivo a los catorce, el brusco salto de la infancia a la adolescencia, y con ello una nueva vida en un cuerpo extraño, siempre mutante, erecciones espontáneas, poluciones nocturnas, masturbación, ansias eróticas, nocturnos dramas de lujuria interpretados por sombras

en el teatro sexual ahora implantado en su mollera, los cataclismos somáticos de la juventud, pero aparte de todas aquellas agitaciones y cambios físicos, la búsqueda fundamental tanto antes como después de que empezara su nueva vida siempre había sido la espiritual, el sueño de algún vínculo duradero, un amor recíproco entre almas gemelas, almas dotadas de cuerpo, desde luego, por suerte dotadas de cuerpo, pero el alma era lo primero, siempre contaría en primer lugar, y a pesar de sus coqueteos con Carol, Jane, Nancy, Susan, Mimi, Linda y Connie, pronto comprendió que ninguna poseía el alma que él andaba buscando, de modo que acabó perdiendo el interés por ellas y una por una fueron desapareciendo de su corazón.

Con Anne-Marie Dumartin, la historia se iba desarrollando al revés. Todas las demás habían empezado en forma de una intensa atracción física, pero cuanto más llegaba a conocerlas, más desencantado se sentía, mientras que al principio apenas se había fijado en Anne-Marie, no había intercambiado más que unas cuantas palabras con ella durante el mes de septiembre, pero entonces, aleatoriamente, su profesor de Historia de Europa los emparejó para hacer un trabajo, y una vez que Ferguson empezó a conocerla un poco descubrió que quería conocerla más, y cuanto más a fondo la conocía, más crecía su estimación por ella, y al cabo de tres semanas de reuniones diarias sobre la decadencia y caída de Napoleón (tema de su trabajo conjunto), la chica belga que antes era poco agraciada y tenía un leve acento francés se había transformado en una belleza exótica que le llenaba por entero el corazón hasta hacerlo rebosar, y Ferguson se marcó el propósito de mantenerla allí dentro todo el tiempo que pudiera. Una conquista repentina, imprevista. Un muchacho de quince años con la guardia baja, y Cupido se perdía por el camino y por casualidad acababa en Montclair, en Nueva Jersey, y antes de que el marido de Psique comprara otro billete para dirigirse a Nueva York, Atenas o donde fuese, disparó una flecha por puro placer y así dio comienzo la angustiosa aventura del primer gran amor de Ferguson.

De corta estatura pero no mucho, una pizca menos de uno sesenta y siete sin zapatos, morena, con media melena, cara redonda, de rasgos simétricos y nariz recia y decidida, labios carnosos, cuello esbelto, cejas oscuras coronando unos ojos entre azules y grises, ojos vivos, luminosos, manos y brazos esbeltos, pechos más llenos de lo que cabía imaginar, caderas estrechas, piernas delgadas y tobillos delicados, una belleza que no se revelaba a primera vista, ni tampoco más de cerca, pero que iba emergiendo con el trato sucesivo, calando poco a poco en la mirada y por tanto indeleble, un rostro del que resultaba difícil apartar los ojos, un rostro con el que soñar. Una muchacha inteligente y seria, una chica con frecuencia sombría, nada propensa a la carcajada, parsimoniosa con las sonrisas, pero que cuando sonreía todo su cuerpo se convertía en un resplandor afilado, en espada reluciente. Recién llegada, y por tanto sin amigos, con pocas ganas de congraciarse o encajar, una serenidad tozuda que atraía a Ferguson y marcaba la diferencia con las demás chicas que había conocido, las risueñas adolescentes de Nueva Jersey con toda su espléndida frivolidad, porque Anne-Marie estaba resuelta a seguir siendo de fuera, una chica desarraigada de su ambiente de Bruselas y obligada a vivir en aquella Norteamérica vulgar y obsesionada con el dinero, aferrada a su estilo europeo de vestir, la sempiterna boina negra, la trinchera con el cinturón abrochado, los pichis a cuadros,

las camisas blancas con corbata de hombre, y aunque a veces reconocía que Bélgica era un país deprimente, un trozo de terreno grisáceo alojado entre los franchutes y los alemanes, también la defendía siempre que la ponían en entredicho, alegando que aquel país pequeño, casi invisible, tenía la mejor cerveza, el mejor chocolate y las mejores patatas fritas que ningún otro en el mundo. Al principio, en uno de sus primeros encuentros, antes de que el marido de Psique se perdiera en Montclair y lanzara la flecha sobre su desprevenida víctima, Ferguson sacó a relucir la cuestión del Congo y la responsabilidad de Bélgica en la matanza de centenares de miles de negros oprimidos, y Anne-Marie, con los ojos fijos en los suyos, asintió con la cabeza. Eres un chico listo, Archie, le dijo. Sabes diez veces más que diez idiotas norteamericanos juntos. El mes pasado, cuando empecé a venir al instituto, decidí mantenerme al margen y no hacer amigos. Ahora creo que me equivocaba. Todo el mundo necesita un amigo, y si quieres, ese amigo puedes ser tú.

En la noche de su primer beso, el 22 de octubre, Ferguson ya conocía algunos datos aislados de la familia de Anne-Marie. Sabía que su padre trabajaba de economista en la delegación belga de Naciones Unidas, que su madre había muerto cuando Anne-Marie tenía once años, que su padre se había casado al año siguiente y que sus dos hermanos mayores, Georges y Patrice, eran estudiantes universitarios en Bruselas, pero aquello era todo, aparte del pequeño detalle de que había vivido en Londres desde los siete hasta los nueve años, lo que explicaba la fluidez de su inglés. Antes de aquella noche, sin embargo, ni una palabra de la madrastra, nada sobre la causa del fallecimiento de su madre, ni una mención al padre salvo para hablar del trabajo que había traído a los Dumartin a Estados Unidos, y como Ferguson se daba cuenta de que Anne-Marie se mostraba reacia a revelar esas cuestiones, no insistía en que se las explicase, pero poco a poco, durante las semanas y meses siguientes, obtuvo más información, la espeluznante historia del cáncer de su madre para empezar, cáncer de útero con metástasis que condujo a tales grados de dolor y desesperación que su madre acabó suicidándose con una sobredosis de pastillas, la historia oficial, en cualquier caso, pero Anne-Marie sospechaba que su padre ya había iniciado su aventura amorosa con su madrastra meses antes de la muerte de su madre, ¿y quién sabía si la viuda Fabienne Corday, supuesta amiga de la familia desde hacía mucho y desde tres años atrás ya segunda mujer del ofuscado y amantísimo padre de Anne-Marie, la horrible mujer que ahora era su madrastra, no habría introducido a la fuerza las píldoras en la garganta de su madre para acelerar la transición de aventura clandestina a matrimonio santificado por la Iglesia católica? Una calumnia atroz, sin duda absolutamente falsa, pero Anne-Marie no podía evitarlo, la posibilidad seguía royéndole los pensamientos, y aunque Fabienne fuera inocente, eso no la habría hecho menos despreciable, menos merecedora del odio y el desdén que Anne-Marie sentía por ella. Ferguson escuchaba aquellas revelaciones con creciente simpatía por su amada. El destino la había marcado, y ahora se veía atrapada en un hogar atribulado, en guerra con una madrastra odiosa, decepcionada por un padre egoísta y despreocupado, aún llorando a su madre muerta, perdida tras verse exiliada en una Norteamérica dura y nada acogedora, enfadada, furiosa con todo, pero en vez de asustar y espantar a Ferguson, la histriónica magnitud de los problemas de Anne-Marie no hizo sino acercarlo a ella aún más, porque ahora se había convertido a sus

ojos en una figura trágica, en un personaje noble y sufrido, acorralado por los golpes de la fortuna, y con todo el fervor de un muchacho de quince años sin experiencia, su nueva misión en la vida consistiría en rescatarla de las garras de la desdicha.

Nunca se le ocurrió que podría estar exagerando, que el dolor que sentía por la pérdida de su madre le había distorsionado la visión, que había rechazado a su madrastra sin haberle concedido la menor oportunidad, convirtiéndola en enemiga por la simple razón de que no era su madre y jamás lo sería, que a pesar del exceso de trabajo su padre hacía todo lo posible por su enfurecida y obstinada hija, que existía, como siempre, otra versión de la historia. La adolescencia se alimenta de dramatismo, su mayor felicidad es vivir *in extremis*, y Ferguson no era menos vulnerable al señuelo de las grandes emociones y las razones extravagantes que cualquier otro chico de su edad, lo que significaba que el atractivo de una chica como Anne-Marie se alimentaba precisamente de su desdicha, y cuanto más violenta era la vorágine en que lo sumía, más crecía su amor por ella.

Arreglar las cosas para estar a solas era difícil, porque ambos eran demasiado jóvenes para conducir y en sus desplazamientos dependían de las piernas, lo que necesariamente limitaba el ámbito de su movilidad, pero un recurso fiable era la casa de Ferguson, vacía después de la jornada escolar, las dos horas antes de que sus padres volvieran del trabajo, cuando Anne-Marie y él podían ir a su habitación de la planta alta y cerrar la puerta. Ferguson habría dado alegremente el paso, pero era consciente de que Anne-Marie no estaba preparada para eso, así que la cuestión de perder la virginidad nunca se discutió abiertamente, como era habitual en tales asuntos en 1962, al menos entre quinceañeros bien educados de clase media y media alta de Montclair y Bruselas, pero si ninguno de ellos tenía el valor de desafiar las convenciones de la época, eso no quería decir que desdeñaran el uso de la cama, que afortunadamente era doble y disponía de amplio espacio para que los dos se tumbaran uno junto a otro y participaran en una actividad sexual que no llegaba a su plenitud pero que no obstante poseía el sabor y el tacto del amor.

Hasta entonces sólo había habido besos, prolongadas excursiones de lenguas vagabundas por el interior de las bocas, labios húmedos, cogotes y la parte de atrás de las orejas, manos agarrando caras, dedos que pasaban por el pelo, brazos envolviendo torsos, hombros, cinturas, brazos entrelazados en otros brazos y luego, con Connie la primavera anterior, el primer movimiento vacilante de las manos hacia los pechos, los bien guardados pechos, desde luego, a buen recaudo bajo la blusa y el sostén, pero no lo rechazaron de un empujón ni le dieron un manotazo, lo que representó un nuevo avance en su formación, y ahora, con Anne-Marie, la blusa iba fuera y al cabo del mes también el sostén, lo que coincidió con el momento en que él se quitó la camisa, e incluso aquella desnudez parcial era un gozo tan inimaginable que superaba todos los demás placeres, y a medida que pasaban las semanas sólo a fuerza de voluntad se contenía Ferguson de cogerle la mano y llevársela al bulto que le hinchaba los pantalones. Atardeceres nítidamente recordados, no sólo por lo que hacían juntos en la cama sino porque todo ocurría a plena luz y, en contraposición a los torpes titubeos en la oscuridad con Connie, Linda y las demás, el sol estaba con ellos en el cuarto y veía su cuerpo, sus dos cuerpos, lo que significaba que a cada caricia correspondía una imagen de caricia, sin contar con el constante trasfondo de miedo que había en la

habitación, el temor a perder la noción del tiempo y que su padre o su madre llamaran a la puerta mientras ellos aún seguían abrazados o, peor aún, irrumpieran en la habitación sin acordarse de llamar primero, y aunque nunca sucedió ninguna de esas cosas siempre existía la posibilidad de que ocurrieran, lo que llenaba aquellas horas de la tarde de una sensación de urgencia, peligro y fugitiva temeridad.

Ella fue la primera persona a quien permitió entrar en los aposentos íntimos de su secreto palacio de la música, y cuando no estaban revolcándose en la cama ni hablando de sus vidas (principalmente de la vida de Anne-Marie), escuchaban discos en el pequeño aparato de dos altavoces colocado sobre una mesa en un rincón al fondo del cuarto, regalo de sus padres en su duodécimo cumpleaños. Ahora, tres años después, 1962 se había convertido en el año de J. S. Bach, el año en que Ferguson escuchaba a Bach más que a cualquier otro compositor, en particular en las interpretaciones de Glenn Gould, con hincapié en los *Preludios y Fugas* y las *Variaciones Goldberg*, y también de Pau Casals, lo que incluía interminables audiciones de las seis piezas para violonchelo solo, así como a Hermann Scherchen dirigiendo las *Suites para orquesta* y la *Pasión según san Mateo*, la composición más admirable que Bach había escrito, en opinión de Ferguson, y por consiguiente la más excelsa obra jamás compuesta, pero Anne-Marie y él también escuchaban a Mozart (la *Misa en do menor*), a Schubert (obras de piano ejecutadas por Sviatoslav Richter), a Beethoven (sinfonías, cuartetos, sonatas) y a otros muchos también, casi todos ellos regalos de la tía Mildred, por no hablar de Muddy Waters, Fats Waller, Bessie Smith y John Coltrane, ni mencionar a toda clase de otras almas del siglo XX, tanto vivas como muertas, y lo mejor de escuchar música con Anne-Marie era verle la cara, observar sus ojos y sus labios cuando lloraba o sonreía, lo hondamente que sentía las resonancias emocionales de cada obra, porque a diferencia de Ferguson estaba adiestrada desde su temprana infancia, tocaba bien el piano y tenía una excelente voz de soprano, tan buena que rompió su promesa de no participar en las actividades del instituto y entró en el coro a mediados del primer semestre, y aquél fue posiblemente su mayor vínculo, la necesidad de música que desbordaba sus sentidos y que en aquel momento de sus vidas no era distinta de la necesidad de encontrar una manera de estar en el mundo.

Había en ella muchas cosas admirables, consideraba Ferguson, muchas cosas que amar, pero nunca se hizo ilusiones de que sería capaz de retenerla más allá de unos meses, semanas o días. Desde el principio mismo, ya en los primeros momentos de su enamoramiento en ciernes, notó que los sentimientos de ella no eran tan sólidos como los suyos, y por mucho que él pareciera gustarle, por mucho que pareciera disfrutar con su cuerpo, sus discos y su forma de hablar con ella, Ferguson estaba destinado a amar más de lo que era amado, y al cabo de un mes del primer beso comprendió que tendría que atenerse a sus normas o arriesgarse a perderla. Lo que más le sacaba de quicio era su falta de coherencia, su costumbre de quebrantar promesas, de olvidar cosas que le había dicho, de anular citas en el último momento aduciendo que no se encontraba bien, que tenía problemas en casa o que creía que habían quedado el sábado, no el viernes. A veces se preguntaba si no habría otro chico, o más de uno, o sólo uno allá en Bélgica, pero a simple vista era imposible saberlo, porque la primera norma que ella le impuso era la de no incurrir en

manifestaciones públicas de afecto, lo que significaba que el instituto Montclair era terreno prohibido, que incluso cuando sus caminos se cruzaban en aulas, pasillos y cafetería debían fingir que no tenían nada que ver el uno con el otro, que podían saludarse con la cabeza, decirse hola y charlar como si fuesen simples conocidos, pero en ningún caso les estaba permitido besarse o cogerse de la mano, lo que constituía el comportamiento normal de toda pareja estable en el instituto, y si aquello era a lo que quería jugar con él, ¿quién sabía si no practicaba también ese juego con algún otro? Ferguson se sentía un estúpido por haber accedido a un acuerdo tan absurdo, pero entonces vivía bajo una especie de desquiciado encantamiento, y la idea de perderla era mucho peor que la humillación de fingirse alguien que no era. Sin embargo, continuaron viéndose, y los ratos que pasaban juntos siempre transcurrían sin complicaciones, él siempre feliz y lleno de vida cuando estaba con ella, y cualesquiera que fuesen los conflictos o desacuerdos que tuvieran, invariablemente parecían ocurrir por teléfono, aquel extraño instrumento de voces incorpóreas, cada uno invisible para el otro mientras hablaban a través de los cables que se extendían de su casa a la de ella, y si la llamaba en mal momento, se encontraba con una persona tremenda, maniática y obstinada, alguien completamente distinto de la Anne-Marie que creía conocer. La más triste, la más desalentadora de aquellas conversaciones ocurrió a mediados de marzo. Al cabo de unos meses de pruebas para el equipo de béisbol del instituto, de pasar por el cambio semanal de nombres en el tablón de anuncios del vestuario, la ansiosa búsqueda del suyo en la siempre menguante lista de jugadores que habían sobrevivido a la última criba, la llamó para decirle que acababa de salir la lista definitiva y que él era uno de los dos de segundo que habían logrado entrar en el equipo. Un largo silencio al otro lado de la línea, que Ferguson rompió diciendo: Sólo quería hacerte partícipe de la buena noticia. Otro silencio. Y luego su respuesta, pronunciada en tono seco, frío: ¿Buena noticia? ¿Por qué iba a pensar yo que es buena noticia? Odio el deporte. Sobre todo el béisbol, que debe de ser el juego más estúpido jamás inventado. Es algo vacío, infantil y aburrido, ¿y por qué una persona inteligente como tú ha de perder el tiempo corriendo por el campo entre una pandilla de tarados? Madura, Archie. Ya no eres un crío.

Lo que Ferguson no sabía era que Anne-Marie estaba borracha cuando dijo esas palabras, igual que varias veces durante sus últimas conversaciones por teléfono, que durante algunos meses había estado guardando a escondidas botellas de vodka en su habitación y bebiendo cuando no estaban sus padres, largas melopeas solitarias que liberaban los demonios que habitaban su interior y le convertían la lengua en un arma cruel. La sobria e inteligente muchacha, de tan buenos modales, que se veía a la luz del día, desaparecía cuando se encontraba sola por la noche en su habitación, y como Ferguson no podía poner los ojos en esa otra persona, sólo hablaba con ella y escuchaba sus mal concebidas manifestaciones, no tenía la menor idea de lo que pasaba, ni idea de que el primer amor de su vida iba camino de una crisis nerviosa.

La última conversación se produjo un jueves, y Ferguson se quedó tan perplejo y disgustado por sus belicosas invectivas que casi se alegró cuando ella no se presentó en el instituto a la mañana siguiente. Necesita tiempo para pensar bien las cosas, dijo para sí, y si no la veía aquel día le resultaría más fácil recobrarse del daño que le

había causado. Luchando contra el impulso de llamarla el viernes al salir del instituto, salió de casa nada más dejar los libros y fue calle abajo a ver a Bobby George, que era el otro alumno de segundo admitido en el equipo, el corpulento Bobby, de cuello musculoso, ya receptor de primera categoría y campeón de los tontos, uno más de la pandilla de tarados con los que pronto estaría jugando. Bobby y él acabaron pasando la velada con otros tarados del béisbol, compañeros de segundo que componían el equipo alevín, y cuando Ferguson entró en su casa minutos antes de medianoche, ya era muy tarde para llamar a Anne-Marie. Se contuvo el sábado y también el domingo, rechazando la tentación de marcar su número a base de no acercarse a los teléfonos, resuelto a no ceder pero ansiando ceder, desesperado por oír de nuevo su voz. El lunes por la mañana se despertó completamente curado, el rencor purgado de su corazón, dispuesto a perdonarla por su injustificable arranque del jueves, pero cuando fue al instituto volvió a encontrarse con que Anne-Marie estaba ausente. Se figuró que tendría un resfriado o la gripe, nada de mayor consideración, pero ahora que se había concedido a sí mismo el derecho de hablar con ella llamó a su casa a la hora del almuerzo desde el teléfono público que había junto a la entrada de la cafetería. Sin respuesta. Diez tonos, y no contestaban. Confiando en haberse equivocado de número, colgó el aparato y volvió a intentarlo. Veinte tonos, y nada.

Llamó continuamente durante dos días, con el pánico creciendo a cada intento fallido de comunicar con ella, aún más confuso por lo que inexplicablemente parecía una casa desierta, un teléfono que sonaba y sonaba y nunca cogían, qué demonios estaba ocurriendo, se preguntó, dónde se ha metido todo el mundo, de modo que un jueves por la mañana temprano, más de hora y media antes de que sonara el primer timbre en el instituto, se dirigió andando a casa de los Dumartin, al otro extremo de la ciudad, una casa grande con tejado a dos aguas y un césped inmenso frente a la entrada en una de las calles más elegantes de Montclair, la Calle de las Mansiones, la llamaba Ferguson de pequeño, y aunque Anne-Marie había insistido en que no se acercara por allí porque no quería que conociese a sus padres, no le quedaba más remedio que ir para desvelar el misterio del teléfono que no cogían, lo que a su vez podría ayudarlo a resolver el enigma de lo que pasaba con ella.

Llamó al timbre y esperó, aguardando el tiempo suficiente para concluir que no había nadie en casa, luego volvió a llamar, y justo cuando estaba a punto de dar media vuelta para marcharse se abrió la puerta. Había un hombre frente a él, un hombre que claramente era el padre de Anne-Marie —la misma cara redonda, la misma mandíbula, los mismos ojos azulgrises—, y pese a que sólo eran las siete y veinte de la mañana ya estaba completamente vestido, elegantemente ataviado con un traje azul oscuro de estilo diplomático, camisa blanca almidonada y corbata roja a rayas, las mejillas suaves de haberse afeitado temprano, un indicio de colonia flotando sobre sus facciones, y era bastante bien parecido, consideró Ferguson, pero con cierto cansancio en torno a los ojos, quizá, o más bien en los ojos mismos, una mirada inquieta, abstraída, melancólica, que Ferguson encontró conmovedora en cierto modo, no, no exactamente conmovedora, *cautivadora*, sin duda porque aquél era el rostro del padre de Anne-Marie.

¿Sí?

Disculpe, dijo Ferguson, ya sé que es muy temprano, pero soy un amigo de

Anne-Marie del instituto, y llevo unos días llamando para saber si se encuentra bien, pero no contesta nadie, así que he empezado a preocuparme y he venido andando hasta aquí para averiguarlo.

¿Y usted quién es?

Archie. Archie Ferguson.

La explicación es sencilla, señor Ferguson. El teléfono ha estado averiado. Una molestia tremenda para todos nosotros, pero me han asegurado que hoy vendrán a arreglarlo.

¿Y Anne-Marie?

No se ha encontrado bien.

Nada grave, espero.

No, estoy seguro de que todo se arreglará, pero de momento necesita descansar.

¿Sería posible hacerle una visita?

Lo siento. Si me da su número, haré que lo llame en cuanto se encuentre algo mejor.

Gracias. Ya lo tiene.

Estupendo. Le diré que se ponga en contacto con usted. *(Breve pausa.)* Sólo dígame su nombre otra vez. Creo que se me ha ido de la cabeza.

Ferguson. Archie Ferguson.

Ferguson.

Eso es. Y, por favor, dígale a Anne-Marie que pienso en ella.

Así acabó el único encuentro de Ferguson con el padre de Anne-Marie, y cuando se cerró la puerta y echó a andar por la calle se preguntó si el señor Dumartin volvería a olvidar su nombre, si simplemente olvidaría decir a Anne-Marie que lo llamase o si no le diría a propósito que lo llamase aunque recordara su nombre, porque aquélla era la tarea de todos los padres del mundo: proteger a sus hijas *de los chicos que pensaban en ellas*.

Después de aquello, silencio, y cuatro largos días sin nada. Ferguson se sentía como si lo hubieran atado y arrojado por la borda de un barco, y después de haberse hundido hasta el fondo de un lago, que necesariamente había de ser un lago grande, no menos ancho y profundo que el lago Michigan, hubiera estado conteniendo la respiración bajo el agua, cuatro largos días entre cadáveres y herrumbrosas máquinas registradoras de votos sin aspirar una bocanada de aire, y el domingo por la noche, con los pulmones a punto de estallar, la cabeza a punto de reventar, acabó armándose de valor para coger el teléfono, y cuando un instante después marcó el número de los Dumartin, allí estaba ella. Qué contenta, dijo, cómo se alegraba de oír su voz, pareciendo que lo decía en serio, explicando que lo había llamado tres veces aquella mañana (lo que tal vez fuese cierto, porque había salido con sus padres a jugar al tenis), y entonces le habló del vodka, de los meses que llevaba bebiendo a escondidas en su habitación, lo que culminó en la borrachera definitiva del jueves por la noche, la última noche que habían hablado y en la que acabó cayéndose al suelo sin conocimiento, y cuando su padre y su madrastra volvieron a las once y media de una cena en Nueva York, vieron que la puerta de su dormitorio estaba abierta con la luz encendida, así que entraron y allí la encontraron, y como no podían volverla en sí y habían visto la botella vacía, llamaron a una ambulancia para que la trasladaran al

hospital, donde le hicieron un lavado de estómago y recobró el conocimiento, pero en lugar de mandarla a casa a la mañana siguiente, la derivaron al pabellón psiquiátrico, donde los médicos le hicieron pruebas y entrevistas durante tres días, y ahora que según el diagnóstico era maniaco-depresiva y necesitaba psicoterapia a largo plazo, su padre había decidido que volviera a Bélgica lo antes posible, que era lo que ella siempre había querido, una oportunidad para escapar de su horrible madrastra, poner fin a su exilio en la horrorosa Norteamérica, lo que sin duda la había inducido a beber en primer lugar, y ahora que iba a vivir con la hermana de su madre en Bruselas, su querida tía Christine, lo que significaba que volvería a estar con sus hermanos, primos y antiguos amigos, se sentía feliz, más contenta de lo que había estado en mucho tiempo.

Después de eso sólo la vio una vez, una cita para despedirse el miércoles, una excepcional salida nocturna después del instituto que su madre permitió porque sabía lo importante que era para él, incluso le dio dinero aparte para el taxi (la primera y última vez que ocurría), para que su *novia belga* y él no tuvieran que soportar la humillación de que los llevara en coche alguno de sus progenitores, lo que habría subrayado su juventud, ¿y desde cuándo había estado alguien tan joven seriamente enamorado? Sí, su madre seguía comprendiéndole, al menos muchas cosas importantes de su persona, y él le estaba agradecido, pero aun así aquella última noche con Anne-Marie resultó un asunto incómodo y deprimente para Ferguson, un intento inútil de mantener la dignidad, refrenando el dolor para no tener que suplicar ni llorar ni decirle alguna crueldad movido por la amargura o la decepción, pero cómo no recordar a lo largo de la velada que aquello era el final, la última vez que la veía en la vida, y para empeorar las cosas, aquella noche ella estaba como en sus mejores momentos, tan tierna, tan efusiva, llamándolo *mi maravilloso Archie*, *mi precioso Archie*, *mi genial Archie*, y con cada término afectuoso parecía describir a alguien que no estaba presente, a un muerto, eran palabras que salían de una oración fúnebre, y aún peor era su insólita alegría, la dicha que veía en sus ojos cuando hablaba de marcharse, sin detenerse una sola vez a pensar que marcharse significaba dejarlo a él *sin mañana*, pero de pronto se echó a reír y le dijo que no se preocupara, pronto volverían a verse, él podía ir a Bruselas y pasar el verano con ella, como si sus padres pudieran permitirse mandarlo en avión a Europa, ellos, que no habían ido una sola vez a California para ver a la tía Mildred y al tío Henry en todos los años que llevaban allí, y seguidamente estaba diciendo algo aún más incomprensible e hiriente, sentada en el banco del parque donde se habían besado por primera vez en octubre y donde ahora, en marzo, se besaban otra vez en su última noche juntos, diciendo que quizá fuese una suerte para él que se marchara, porque ella estaba desquiciada y él era tan normal que se merecía una chica sana y normal, no una loca enferma como ella, y desde aquel momento hasta que la depositó en su casa veinte minutos después, él se sintió tan triste como nunca lo había estado en toda su vida asquerosamente normal.

Una semana después le escribió una carta de nueve páginas y la envió a la dirección de su tía en Bruselas. Una semana después, una carta de seis páginas. Tres semanas después, una carta de dos páginas. Un mes después, una postal. Ella no contestó a ninguna de sus misivas, y cuando el instituto cerró para el verano,

Ferguson comprendió que ya no iba a escribirle más.

Lo cierto era que no le interesaban las chicas sanas y normales. La vida en las zonas residenciales de la periferia ya era bastante aburrida, y el problema con las chicas sanas y normales era que le recordaban a esas zonas, resultaban demasiado previsibles para su gusto, y lo último que deseaba era estar con una chica previsible. Por muchos defectos que tuviera, por muchos tormentos que le hubiera causado, Anne-Marie estaba al menos llena de sorpresas, por lo menos mantenía su corazón en un estado de prolongada incertidumbre, y ahora que se había marchado, todo se había vuelto de nuevo aburrido y previsible, aún más opresivo que antes de que apareciese en su vida. Sabía que no era culpa suya, pero no dejaba de sentirse traicionado. Lo había abandonado, y de ahora en adelante tendría que arreglárselas con los tarados o vivir incomunicado durante los próximos dos años, momento en el cual se largaría de aquel sitio para no volver más.

Ya tenía dieciséis años, y pasó el verano trabajando con su padre y jugando al béisbol por las tardes, siempre al béisbol, lo que sin duda era una actividad mecánica pero con la que seguía disfrutando demasiado para pensar en dejarla, esta vez en una liga de jugadores de instituto y universidad de todo el condado, una liga difícil y competitiva, pero se le había dado bien el primer año en el equipo principal del instituto Montclair, empezando como tercera base y bateador número cinco, un promedio de bateo de .312 propio de un buen equipo, el mejor de la Big Ten Conference, y ahora que había crecido algo más, uno setenta y ocho en la última medición, setenta y nueve kilos la última vez que se subió a la báscula, bateaba con más potencia, de modo que aquel verano jugó para no perder la forma mientras trabajaba con su padre por la mañana y por la tarde, normalmente conduciendo la furgoneta por la ciudad, haciendo el reparto e instalando aparatos de aire acondicionado con un tipo llamado Ed, y cuando no tenía entregas ayudaba con las ventas a Mike Antonelli en la parte delantera o lo sustituía en una de las frecuentes pausas del empleado para tomar café en Al’s Diner, y cuando no había clientes en el local iba a la trastienda y se sentaba con su padre hasta que aparecía alguno, su padre con casi cincuenta años, aún esbelto y en forma, aún anclado a su banco de trabajo con máquinas averiadas, su ensimismado y silencioso padre, casi sereno ya después de seis años en la quietud de la trastienda, y aunque Ferguson ofrecía continuamente su ayuda con las labores de reparación, pese a que era torpe e inexperto en todo lo relativo a aparatos, su padre siempre se negaba, diciéndole que no debía perder el tiempo con tostadoras rotas, que iba por un camino que le conduciría a cosas mucho más importantes, y si quería ser útil debería traerse uno de aquellos libros de poesía que tenía en casa y leerlos en voz alta mientras su viejo se ocupaba de las tostadoras averiadas, y así fue como Ferguson, que llevaba año y medio consumiendo grandes cantidades de poesía, pasó una parte de aquel verano leyendo a su padre en la trastienda de Stanley’s TV & Radio a Dickinson, Hopkins, Poe, Whitman, Frost, Eliot, Cummings, Pound, Stevens, Williams y otros, pero el poema que más pareció gustar a su padre, el que más impresión le causó, fue «Canción de amor de J. Alfred Prufrock», lo que fue una sorpresa para Ferguson, quien, al no esperar esa reacción, comprendió que se le había escapado algo, que llevaba largo tiempo escapándosele

algo, lo que significaba que tendría que replantearse todo lo que previamente había supuesto sobre su padre, porque una vez que hubo leído el último verso, *Hasta que voces humanas nos despiertan, y nos ahogamos*, su padre se volvió hacia él y lo miró a los ojos, lo miró con una intensidad que nunca había visto en sus ojos, y al cabo de un largo silencio dijo: Oh, Archie. Qué cosa tan espléndida. Gracias. Muchas gracias. Y luego su padre asintió tres veces con la cabeza y repitió el último verso: *Hasta que voces humanas nos despiertan, y nos ahogamos*.

Última semana del verano. El 28 de agosto y la Marcha sobre Washington, los discursos en el Mall, las inmensas multitudes, decenas, cientos de miles, y luego el discurso que después tendrían que aprenderse de memoria los colegiales, el discurso de discursos, tan importante aquel día como en su momento había sido el Discurso de Gettysburg, un gran episodio norteamericano, un acontecimiento público que todos podían ver y escuchar, aún más fundamental que las palabras pronunciadas en la investidura de Kennedy treinta y dos meses antes, y en Stanley's TV & Radio todo el mundo permaneció de pie en la parte delantera de la tienda para ver la retransmisión, Ferguson y su padre, el ventrudo Mike y el renacuajo Ed, y luego también apareció su madre, junto con cinco o seis transeúntes que por casualidad pasaban por allí, pero antes del gran discurso hubo otros discursos, entre ellos el pronunciado por un hombre de Nueva Jersey, el rabino Joachim Prinz, el judío más admirado en la parte del mundo que habitaba Ferguson, un héroe para sus padres, aunque no fueran religiosos practicantes ni pertenecieran a sinagoga alguna, pero los tres Ferguson lo habían escuchado y visto en bodas, entierros y *bar mitzvahs* en el templo que dirigía en Newark, el famoso Joachim Prinz, que cuando era un joven rabino en Berlín había acusado públicamente a Hitler aun antes de que los nazis se hicieran con el poder en 1933, que había visto el futuro con más claridad que cualquier otro e instó a los judíos a abandonar Alemania, lo que le costó repetidas detenciones por parte de la Gestapo y su propia expulsión en 1937, y que participaba activamente en el movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos, y por supuesto lo habían elegido para que aquel día representara a los judíos debido a su elocuencia y a su bien documentado valor, y claro que los padres de Ferguson se sentían orgullosos de él, porque le habían estrechado la mano y hablado con él, con la persona que ahora estaba de pie frente a la cámara dirigiéndose a la nación, al mundo entero, y entonces King subió a la tribuna y treinta o cuarenta segundos después Ferguson miró a su madre y vio un brillo de lágrimas en sus ojos, lo que le hizo bastante gracia, no porque considerase inapropiado que reaccionara de aquella manera sino precisamente porque él no había tenido esa reacción, porque era un ejemplo más de su compromiso con el mundo, de su exagerada interpretación de los acontecimientos, con frecuencia emocional, las sentimentales efusiones que la hacían lloriquear con malas películas de Hollywood, el bienintencionado optimismo que a veces la conducía a ideas confusas y decepciones aplastantes, y luego Ferguson miró a su padre, persona casi indiferente a la política, que parecía exigir a la vida menos que su madre, y lo que vio en sus ojos fue una mezcla de aburrimiento y vaga curiosidad, al mismo hombre que, conmovido por la sombría renuncia del poema de Eliot, le resultaba difícil aceptar el esperanzado idealismo de Martin Luther King, y mientras Ferguson atendía a la creciente emoción de la voz del pastor, la repetición de la palabra *sueño* como un

redoble de tambor, se preguntó cómo aquellas dos personas tan poco concordantes podían haberse casado y seguir casadas durante tantos años, y cómo él mismo podía haber nacido de una pareja como Rose Adler y Stanley Ferguson, y qué cosa tan extraña, qué raro era el hecho de estar vivo.

El Día del Trabajo, unas veinte personas fueron a su casa para una barbacoa de finales de verano. Sus padres rara vez organizaban reuniones tan numerosas, pero dos semanas antes su madre había ganado un concurso de fotografía patrocinado por el nuevo consejo de arte y cultura creado en Trento por el gobernador. El premio consistía en un encargo para realizar un libro de retratos de cien *ciudadanos prominentes de Nueva Jersey*, proyecto que la haría viajar por todo el estado fotografiando a alcaldes, rectores de universidad, científicos, hombres de negocios, artistas, escritores, músicos y atletas, y como el trabajo estaría bien remunerado y los padres de Ferguson andaban bien de dinero por primera vez en varios años, decidieron celebrarlo con una comilona a base de carne a la parrilla en el jardín trasero. Allí estaban los de siempre —los Solomon, los Brownstein, los George de más abajo de la calle, los abuelos de Ferguson y la tía abuela Pearl—, pero también asistieron otros, entre ellos los Schneiderman, una familia de Nueva York compuesta por un artista gráfico de cuarenta y cinco años llamado Daniel, hijo menor del antiguo jefe de la madre de Ferguson, Emanuel Schneiderman, que ahora vivía en una residencia de ancianos en el Bronx, más la mujer de Daniel, Liz, y su hija de dieciséis años, Amy. Por la mañana de la fiesta del Día del Trabajo, mientras Ferguson y sus padres cortaban verduras y preparaban salsa barbacoa en la cocina, su madre le dijo que Amy y él se conocían desde pequeños y habían jugado juntos algunas veces, y no se explicaba cómo había perdido el contacto con los Schneiderman, doce años se habían caído revoloteando del calendario, pero entonces, justo un par semanas antes, cuando estaba en Nueva York visitando a sus padres, se encontró con Dan y Liz en Central Park South. De ahí la invitación. De ahí la primera visita a Montclair de los Schneiderman.

Su madre prosiguió: Por la cara que pones, Archie, deduzco que te has olvidado de Amy, pero por aquel entonces, cuando teníais tres y cuatro años, estabas completamente chalado por ella. Un domingo que fuimos a comer a última hora al piso de los Schneiderman, Amy y tú os metisteis en su habitación, cerrasteis la puerta y os desnudasteis. Ni siquiera te acuerdas de eso, ¿verdad? Los adultos aún estábamos sentados a la mesa, pero cuando oímos vuestras risitas tontas y vuestras escandalosas carcajadas, esos sonidos salvajes y descontrolados que sólo hacen los niños pequeños, nos levantamos para ver a qué venía tanto jaleo. Dan abrió la puerta y allí estabais los dos, con sólo tres años y medio o cuatro, brincando encima de la cama, completamente desnudos, gritando a pleno pulmón como una pareja de locos. Liz se sintió avergonzada pero yo lo encontré divertidísimo. La expresión de éxtasis que tenías en la cara, Archie, la visión de vuestros pequeños cuerpos saltando sin parar, una frenética alegría llenando la habitación, criaturas humanas enteramente chifladas comportándose como chimpancés: era imposible no soltar la carcajada. Tu padre y Daniel también se rieron, lo recuerdo, pero Liz irrumpió en el cuarto y os ordenó que os vistierais. Inmediatamente. Ya conoces la voz furiosa de una madre.

¡Inmediatamente! Pero antes de que pudieras ponerte la ropa, Amy dijo una de las cosas más graciosas que he oído en la vida. Mami, preguntó, toda seria ahora y muy pensativa, señalando a tus intimidades y luego a las suyas, mami, ¿por qué Archie es tan complicado y yo tan sencilla?

Su madre se echó a reír, se rio mucho al recordar esas palabras, pero Ferguson se limitó a sonreír, esbozando una tenue sonrisa que rápidamente se borró de su rostro, porque pocas cosas le gustaban menos que oír hablar de las travesuras de su temprana infancia. Dijo a su madre, que aún no había parado de reír: Te gusta tomarme el pelo, ¿verdad?

Sólo en ocasiones, contestó ella. No muy a menudo, Archie, pero a veces es que no puedo resistirme.

Una hora después, Ferguson salió al jardín con su libro del momento, *Viaje al fin de la noche*, y se sentó en una de las sillas adirondack que su padre y él habían vuelto a pintar de verde oscuro a principios del verano, pero en lugar de abrir el volumen y enterarse de más cosas sobre las aventuras de Ferdinand en la fábrica Ford de Detroit, se quedó allí sentado, esperando a que llegaran los primeros invitados, maravillado de que en otro tiempo hubiera retozado en la cama con una chica desnuda, de que una vez se hubiera desnudado para saltar con aquella chica en la cama, y qué absolutamente cómico era el hecho de que no guardara recuerdo alguno de la ocasión, mientras que ahora daría casi cualquier cosa por estar en la cama con una chica desnuda, porque estar en la cama con una chica desnuda era la más importante aspiración de su vida solitaria y sin amor, ni un beso ni un abrazo en más de cinco meses, dijo para sus adentros, toda una primavera y casi un verano entero llorando a la ausente, medio desnuda Anne-Marie Dumartin, y ahora estaba a punto de encontrarse con la chica desnuda de aquel remoto pasado que no recordaba, Amy Schneiderman, que sin duda se habría convertido en una chica sana y normal, aburrida y previsible como casi todas las chicas, como la mayoría de los chicos, como la mayor parte de los hombres y las mujeres, pero eso no tenía remedio, y habida cuenta de que aún no la conocía, esperaría a ver lo que seguro vería.

Lo que vio aquella tarde fue a la persona que se convirtió en *la siguiente*, la sucesora a la corona de sus deseos, una chica que no era ni normal ni lo contrario, sino ardiente, sin miedo, consciente de la personalidad excepcional con que había nacido, y unas semanas después de su primer encuentro, mientras el verano se iba disolviendo en el otoño y el mundo se oscurecía súbitamente a su alrededor, se convirtió además en *la primera*, lo que significaba que la desnuda Amy Schneiderman y el desnudo Archie Ferguson ya no brincaban sobre la cama sino que yacían en ella, revolcándose bajo las mantas, y durante años siguió procurándole los mayores gozos y los más grandes tormentos de su joven vida, pasando a ser la imprescindible otra que habitaba bajo su piel.

Pero volviendo a aquel lunes por la tarde de septiembre de 1963, la barbacoa del Día del Trabajo en el jardín de los Ferguson, el primer atisbo que tuvo de ella cuando bajó del Chevrolet azul de sus padres, la cabellera trigueña emergiendo del asiento trasero y seguidamente la sorpresa de su estatura, por lo menos uno setenta y dos, quizá uno setenta y cuatro, una chica alta con un semblante impresionantemente bello, no bonita ni guapa sino bella, de nariz firme, barbilla resuelta, ojos grandes de

color aún indeterminado, de complexión ni robusta ni delgada, pechos más bien pequeños bajo una blusa azul de manga corta, piernas largas, culo bien proporcionado, embutido en unos ajustados pantalones de color beige, y una extraña forma de andar, algo patosa, el torso ligeramente echado hacia delante, como impaciente por lanzarse a la carrera, andares de marimacho, pensó él, pero atractivos e insólitos, que la señalaban como alguien a quien debía tomarse en cuenta, distinta de la mayoría de las demás chicas de dieciséis años porque se movía sin el menor rastro de afectación. Rose se ocupó de hacer las presentaciones, apretón de manos a la madre (ligeramente tensa, breve sonrisa), apretón de manos al padre (relajado, afable), y aun antes de estrechar la mano a Amy notó que a Liz Schneiderman no le gustaba su madre porque sospechaba que su marido estaba enamoriscado de ella, lo que podría ser cierto en vista del prolongado abrazo con que Schneiderman saludó a Rose, todavía guapa a sus cuarenta y un años, y entonces Ferguson estrechaba la mano a Amy, una mano larga y sumamente esbelta, determinando que el color de sus ojos era verde oscuro con motas castañas, observando al verla sonreír que tenía los dientes algo grandes para su boca, ligeramente grandes y por tanto fascinantes, y entonces oyó su voz por primera vez, *Hola, Archie,* y en aquel momento comprendió, supo más allá de toda duda, que estaban destinados a ser amigos, lo que era un supuesto ridículo, desde luego, porque cómo podía saber nada en aquel momento, pero ahí estaba, una sensación, una intuición, la certidumbre de que algo importante estaba ocurriendo y de que Amy Schneiderman y él estaban a punto de emprender juntos una larga travesía.

Bobby George estaba aquel día junto con su hermano Carl, que se disponía a empezar segundo de carrera en Dartmouth, pero Ferguson no tenía deseos de hablar con ninguno de los dos, ni con el avispado Carl ni con el bromista Bobby, el de la cabeza a pájaros. Lo que quería era estar con Amy, la única otra persona de su edad en la fiesta, de modo que después de estrecharle la mano durante cuarenta y cinco segundos como estrategia para que no se la llevaran, la invitó a subir a su habitación. Iniciativa un tanto impetuosa, quizá, pero ella aceptó con un obsecuente movimiento de cabeza, diciendo *Buena idea, vamos,* y arriba que fueron, al refugio de Ferguson en la primera planta, que ya no era un santuario de Kennedy sino un lugar atestado de libros y discos, tantos que las abarrotadas estanterías no podían albergar todo el conjunto, que continuaba creciendo en montones apilados contra la pared más cercana a la cama, y le gustó que Amy asintiera de nuevo al entrar en la habitación, como diciendo que aprobaba lo que veía, multitud de nombres consagrados y obras santificadas, que ella procedió entonces a examinar con mayor atención, señalando uno y diciendo *Muy bueno ese puñetero libro,* indicando otro y observando *Todavía no lo he leído,* apuntando a otro con el dedo y comentando *Nunca he oído hablar de él,* pero pronto se sentó en el suelo a los pies de la cama, lo que indujo a Ferguson a sentarse a su vez, cara a cara con ella a un metro de distancia, apoyando la espalda en los cajones del escritorio, y charlaron durante hora y media callándose sólo cuando alguien llamó a la puerta y anunció que la comida estaba servida en el jardín, lo que los propulsó escaleras abajo para reunirse durante un rato con los demás y comer hamburguesas y beber cerveza prohibida delante de sus respectivos padres, que ni pestañearon ante aquel flagrante quebrantamiento de la ley, y luego Amy buscó en su

bolso, sacó un paquete de Lucky y encendió un cigarrillo delante de sus padres —que tampoco rechistaron ahora— explicando que no era fumadora pero que le gustaba el sabor del tabaco después de comer, y nada más despachar comida y cigarrillo, Ferguson y Amy se disculparon para dar un lento paseo por el vecindario cuando el sol empezaba a declinar, para acabar finalmente en un banco del mismo pequeño parque donde había besado a Anne-Marie por última vez antes de su marcha, y poco después de que Ferguson y Amy arreglaran las cosas para verse de nuevo en Nueva York algún sábado de aquel mismo mes, empezaron a besarse, un impulso inesperado, espontáneo, con una boca pegada a la otra, un delicioso chasquido de lenguas húmedas y agitadas, dientes chocando, excitación instantánea en las revueltas zonas inferiores de sus cuerpos pospubescentes, a besarse con tal abandono que podrían haberse devorado mutuamente si Amy no se hubiera apartado súbitamente de él con una carcajada, un acceso de risa entrecortada, asombrada, que pronto contagió a Ferguson también. Por Dios, Archie, dijo ella. Si no paramos ya, dentro de un par de minutos empezaremos a arrancarnos la ropa. Se puso en pie y extendió hacia él el brazo derecho. Venga, chalado, volvamos a la casa.

Eran de la misma edad, o casi de la misma edad, doscientos meses frente a ciento noventa y ocho meses, porque Amy había nacido a finales de 1946 (29 de diciembre) y Ferguson a principios de 1947 (3 de marzo), ella iba un curso por delante en el instituto, lo que significaba que estaba a punto de comenzar el último año en Hunter mientras él seguía atascado en las trincheras como modesto alumno de penúltimo curso. La universidad no era entonces para él más que un sitio nebuloso, un destino remoto aún sin nombre, mientras que ella se había pasado un año estudiando mapas y casi estaba preparada para hacer las maletas. Enviaría solicitudes a varias universidades, le dijo. Todo el mundo le había dicho que tendría que presentar más de una por si acaso, le haría falta una segunda y una tercera posibilidad, pero ella se inclinaba por Barnard en primer lugar, su preferida, en realidad, porque era la mejor universidad de Nueva York, la institución sólo para chicas equivalente a la Columbia sólo para chicos, y su principal objetivo era quedarse en Nueva York.

Pero has vivido toda la vida en Nueva York, dijo Ferguson. ¿Por qué no quieres conocer otro sitio?

He estado en otros sitios, dijo ella, en montones de sitios, y todos se llaman Rollo City. ¿Has estado alguna vez en Boston o Chicago?

No.

Rollo City Uno y Rollo City Dos. ¿Los Ángeles?

No.

Rollo City Tres.

Vale. ¿Y qué me dices de una universidad rural? Cornell, Smith, uno de esos sitios. Verde césped y patios interiores con eco, la búsqueda del conocimiento en un escenario rústico.

Joseph Cornell es un genio, los hermanos Smith fabrican excelentes pastillas para la tos, pero que se me congele el culo durante cuatro años seguidos en la Universidad del Páramo no coincide con mi idea de pasármelo bien. No, Archie, Nueva York es *todo*. No hay otro sitio.

Cuando intercambiaron esas palabras sólo la conocía desde hacía diez minutos, y mientras escuchaba cómo defendía Nueva York, cómo declaraba su amor por Nueva York, se le ocurrió que la propia Amy era en cierto modo la personificación de la ciudad, no sólo por la seguridad en sí misma y la rapidez mental sino también y sobre todo por su voz, que era la voz de las chicas judías inteligentes de Brooklyn, Queens y el Upper West Side, la tercera generación de la voz judía de Nueva York, lo que significaba la segunda generación de judíos nacidos en Estados Unidos, con una música distinta de la voz irlandesa de Nueva York, por ejemplo, o de la voz italiana de Nueva York, a la vez campechana, refinada y atrevida, con similar aversión a las erres sonoras pero de articulación más precisa y expresiva, y cuanto más se acostumbraba a esa pronunciación, más quería oírla, porque la voz de Schneiderman representaba todo lo que no eran las zonas residenciales de las afueras, todo lo que no era su vida ahora mismo, y por tanto significaba la promesa de escapar a un futuro posible, o cuando menos a un presente habitado por ese posible futuro, y sentado en su cuarto con Amy y después paseando con ella por la calle, hablaron de multitud de cosas, sobre todo del vertiginoso verano que había empezado con el asesinato de Medgar Evers y terminado con el discurso de Martin Luther King, la inacabable maraña de horror y esperanza que parecía definir el paisaje de Estados Unidos, y también hablaron de los libros y discos desperdigados por el suelo y las estanterías de su habitación, aparte de los trabajos escolares, los exámenes de selectividad e incluso el béisbol, pero la pregunta que no le hizo, que estaba resuelto a no plantearle costara lo que costase, era si tenía novio, porque ya había decidido hacer todo lo que estuviera a su alcance para que fuese *la siguiente* y no le interesaba saber cuántos rivales entorpecerían su propósito.

El 15 de septiembre, menos de dos semanas después de la barbacoa del Día del Trabajo, exactamente seis días antes de su cita para verse otra vez en Nueva York, Amy lo llamó, y como era ella quien llamaba, comprendió que el panorama estaba libre de novios, no había rival que temer, y que ahora estaba con él del mismo modo que él con ella. Lo sabía porque fue a él a quien decidió llamar cuando se enteró de que habían lanzado una bomba contra una iglesia negra de Birmingham, en Alabama, con el resultado de cuatro niñas muertas en su interior, otro horror norteamericano, otra batalla en la guerra racial que se extendía por el Sur, como si la Marcha sobre Washington de dos semanas y media atrás tuviera que vengarse con bombas y asesinatos, y Amy lloraba por teléfono, esforzándose por reprimir las lágrimas mientras le contaba las noticias, y poco a poco, mientras se iba tranquilizando, empezó a hablar de lo que habría que hacer, de lo que ella creía que podría hacerse, no sólo leyes decretadas por políticos sino que un ejército de gente marchara hacia allá abajo para combatir a los fanáticos, y ella sería la primera en alistarse, al día siguiente de acabar el instituto iría en autostop a Alabama y trabajaría por la causa, sangraría por la causa, haría de la causa el propósito central de su vida. Es nuestro país, dijo, y no podemos permitir que nos lo quiten esos cabrones.

Se vieron el sábado siguiente y todos los demás sábados de otoño, con Ferguson desplazándose en autobús desde Nueva Jersey hasta la terminal de Port Authority y cogiendo luego la línea IRT del metro hasta la calle Setenta y dos Oeste, donde se apeaba para luego caminar tres manzanas en dirección norte y otras dos en dirección

oeste hasta el piso de los Schneiderman en Riverside Drive esquina con la Setenta y cinco, apartamento 4B, que se había convertido en la dirección más importante de la ciudad de Nueva York. Salidas a diversos sitios, casi siempre los dos solos, de vez en cuando con amigos de Amy, cine extranjero en el Thalia de Broadway esquina con la calle Noventa y cinco, Godard, Kurosawa, Fellini, visitas al Met, al Frick, al Museo de Arte Moderno, los Knicks en el Garden, Bach en el Carnegie Hall, Beckett, Pinter y Ionesco en pequeños teatros del Village, todo muy cerca y a mano, y Amy siempre sabía adónde ir y qué hacer, la princesa guerrera de Manhattan le enseñaba cómo orientarse por la ciudad, que rápidamente llegó a convertirse en su ciudad también. No obstante, pese a todas las cosas que hacían y todo lo que veían, lo mejor de aquellos sábados era sentarse a charlar en las cafeterías, la primera serie de incesantes diálogos que continuarían durante años, conversaciones que a veces se convertían en feroces discusiones cuando sus puntos de vista diferían, la buena o mala película que acababan de ver, la acertada o desacertada idea política que uno de ellos acababa de expresar, pero a Ferguson no le importaba discutir con ella, no le interesaban las chicas facilonas, las pánfilas llenas de mohínes que sólo perseguían imaginarios ritos amorosos, eso era amor de verdad, complejo, hondo y lo bastante flexible para albergar la discordia apasionada, y cómo no podría amar a aquella chica, con su implacable y penetrante mirada y su risa inmensa, retumbante, la excitable e intrépida Amy Schneiderman, que un día iba a ser corresponsal de guerra, revolucionaria o doctora entregada a los pobres. Tenía dieciséis años, casi diecisiete. La pizarra vacía ya no lo estaba tanto, pero aún era lo bastante joven para saber que podía borrar las palabras ya escritas, suprimirlas y empezar de nuevo siempre que su espíritu la impulsara a ello.

Besos, desde luego. Abrazos, por descontado. Junto con el fastidioso hecho de que los padres de Amy solían quedarse en casa los sábados por la tarde, lo que limitaba las ocasiones de estar solos en el piso y conducía, con aquel frío, a intensos besuqueos en los bancos de Riverside Park, algunos magreos furtivos en recónditas habitaciones durante fiestas dadas por amigos de Amy y en dos ocasiones, sólo dos, cuando los hogareños padres de ella salieron por la noche, la oportunidad de darse serios revolcones medio desnudos en la cama del cuarto de Amy, marcados por el temor de siempre a que se abriera la puerta en el peor momento posible. La frustración de no poseer plenamente el control de su vida, frenesíes hormonales desbaratados una y otra vez por las circunstancias, ambos cada vez más desesperados a medida que pasaban las semanas. Entonces, un martes por la noche a mediados de noviembre, Amy llamó con buenas noticias. Sus padres se iban de la ciudad dentro de dos fines de semana, tres días enteros a la lejana Chicago para visitar a la madre enferma de su madre, y como no estaba previsto que Jim, su hermano mayor, llegara en avión de Boston hasta la víspera de Acción de Gracias, tendría el piso para ella sola cuando sus padres se marcharan. Un fin de semana entero, repitió. Imagínate, Archie. Todo un fin de semana sin nadie en el piso más que nosotros.

Ferguson dijo a sus padres que habían invitado a unos cuantos amigos y a él a casa de otro amigo en la costa de Jersey, una mentira tan elaborada y absurda que los dos se la creyeron, y cuando llegó el viernes en cuestión parecía completamente apropiado que llevara una bolsa de viaje con cosas para pasar la noche. El plan era

dirigirse a Nueva York nada más salir de clase, y si tenía la suerte de coger el primer autobús estaría en el piso de Amy a las cuatro y media o cinco menos cuarto, y si perdía el primero y tenía que coger el segundo, a las cinco y media o seis menos cuarto. Otro día de aburrimiento en los pasillos y aulas del instituto Montclair, centrado en el reloj, como si pudiera adelantar la hora a fuerza de voluntad, contando los minutos, contando las horas, y entonces, a primera hora de la tarde, el anuncio a través de la megafonía de que habían disparado al presidente en Dallas, seguido de otro anuncio poco después para comunicar que el presidente Kennedy había muerto.

En cuestión de minutos, cesaron todas las actividades en el instituto. Pañuelos de tela y papel aparecían en unos mil pares de manos, el rímel corría por las mejillas de chicas que sollozaban, había chicos que deambulaban negando con la cabeza o dando puñetazos al aire, chicas que se abrazaban, chicos y chicas que se abrazaban, algunos profesores lloraban y se abrazaban mientras otros miraban sin comprender a paredes y picaportes, y al cabo de poco los alumnos se fueron congregando en el gimnasio y la cafetería, nadie sabía qué hacer, nadie dirigía las cosas, todas las rencillas y animosidades se evaporaban, ya no había enemigos, y entonces la voz del director volvió a oírse por la megafonía para anunciar que se habían acabado las clases, que todos podían volver a casa.

El hombre del futuro había muerto.

Ciudad irreal.

Todos se iban a casa, pero Ferguson llevaba su bolsa de fin de semana y se encaminaba a la parada de Montclair a esperar el autobús de Nueva York. Llamaría a sus padres más tarde, pero no iba a volver a casa. Necesitaba estar solo durante un rato, y después, con Amy, y se quedaría con ella todo el fin de semana tal como habían planeado.

Dos caminos se bifurcaban en una ciudad irreal, y el futuro había muerto.

Esperando el autobús, subiendo y buscando asiento, sentándose en la quinta fila y oyendo luego el cambio de marchas mientras el vehículo arrancaba y se dirigía a Nueva York, yendo luego por el túnel mientras una mujer sollozaba en el asiento de atrás y el conductor hablaba con un viajero de la primera fila, *No me lo puedo creer, joder, no me lo puedo creer*, pero Ferguson sí se lo creía pese a sentirse enteramente fuera de su cuerpo, flotando por alguna parte y al mismo tiempo con la cabeza clara, completamente lúcido, sin tendencia a derrumbarse y echarse a llorar, no, aquello era demasiado grande para eso, que la mujer llorase a moco tendido detrás de él, así se sentiría mejor, probablemente, pero él no iba a sentirse mejor, de modo que no tenía derecho a llorar, sólo a pensar, a tratar de entender lo que estaba pasando, aquella enormidad que no se parecía en nada a cualquier cosa que hubiese conocido. El viajero que hablaba con el conductor decía: *Esto me recuerda a Pearl Harbor. Ya sabe, todo está tranquilo y en calma, una perezosa mañana de domingo, la gente andando en pijama por su casa y entonces, BAM, el mundo estalla y de repente estamos en guerra*. No es mala comparación, pensó Ferguson. El gran acontecimiento que desgarra el corazón de las cosas y cambia la vida a todo el mundo, el inolvidable momento en que algo acaba y empieza otra cosa diferente. ¿Era eso, se preguntó, un momento similar al estallido de la guerra? No, no exactamente. La guerra anuncia el comienzo de una nueva realidad, pero nada había empezado hoy, una realidad había

concluido, eso era todo, algo habían arrancado del mundo, y ahora había un agujero, un vacío donde antes había algo, como si hubiera desaparecido hasta el último árbol de la Tierra, como si el concepto mismo de árbol, montaña o luna se hubiera borrado de la mente humana.

El cielo sin luna.

La Tierra sin árboles.

El autobús paró en la terminal de la calle Cuarenta esquina a la Octava Avenida. En vez de cruzar a la Séptima Avenida por los pasajes subterráneos como solía hacer en sus desplazamientos a Nueva York, Ferguson subió las escaleras y salió al crepúsculo de noviembre, echó a andar en dirección este por la calle Cuarenta y dos hacia la estación de metro de Times Square, uno más entre la muchedumbre de la hora punta, el apático rostro de la gente yendo a sus asuntos, todo lo mismo, todo diferente, y entonces tuvo que abrirse paso entre grupos de peatones inmóviles congregados en la acera, todos ellos alzando la vista hacia el torrente de letras iluminadas que daban la vuelta al alto edificio frente a ellos, JFK ASESINADO A TIROS EN DALLAS - JOHNSON JURA COMO PRESIDENTE, y justo antes de llegar a las escaleras del andén de la línea IRT, oyó que una mujer decía a otra: *No me lo puedo creer, Dorothy, es que no puedo creer lo que ven mis ojos*.

Irreal.

La ciudad sin árboles. La Tierra sin árboles.

No había llamado a Amy para saber si había vuelto de clase. Era posible que aún estuviera con sus amigos, sumida en la confusión del momento, alterada, demasiado afectada para recordar que iba a su casa, de modo que cuando tocó al timbre del apartamento 4B no estaba muy seguro de que le contestaran. Cinco segundos, diez segundos de duda, y luego oyó su voz por el interfono, *¿Eres tú, Archie?*, y un instante después le abrió con el portero automático.

Pasaron varias horas viendo la cobertura del asesinato por la tele, y luego, estrechándose el uno al otro en un fuerte abrazo, fueron dando tumbos a la habitación de Amy, se dejaron caer en la cama e hicieron el amor por primera vez.

2.2

El primer ejemplar del *Cobble Road Crusader* apareció el 13 de enero de 1958. A. Ferguson, fundador y director del periódico infantil, anunciaba en el editorial de la primera página que el *Crusader* «informaría de los hechos lo mejor posible y contaría la verdad a toda costa». La impresión de la edición inaugural de cincuenta ejemplares se hizo bajo supervisión de la directora de producción, Rose Ferguson, que llevó la maqueta manuscrita a la imprenta Myerson's de West Orange para realizar la tarea de reproducir ambas caras de la hoja de sesenta por noventa y un centímetros y sacar facsímiles en papel lo bastante fino para doblarlo por la mitad, y gracias a ese pliegue el *Crusader* vio la luz con más aspecto de auténtico órgano de noticias (casi) que algunos boletines caseros escritos a máquina y reproducidos a ciclostil. Cinco centavos el ejemplar. Ni fotografías ni dibujos, un espacio en la parte de arriba para la cabecera multicopiada, pero todo lo demás dispuesto en dos anchos rectángulos con ocho columnas de texto repleto de palabras escritas a mano, la caligrafía de un muchacho de casi once años que siempre se había esforzado en escribir las letras con pulcritud, pero a pesar de algunas vacilaciones y fallos en la alineación, los resultados eran bastante legibles, con un diseño general que se asemejaba en cierto modo a una versión genuina aunque algo demencial de un periódico de gran formato del siglo XVIII.

Los veintiún artículos abarcaban desde sátiras de cuatro líneas hasta artículos de dos o tres columnas, el primero de los cuales era un reportaje en primera página con un titular que decía TRAGE DIA HU MANA. DODGERS Y GIANTS CAMBIAN N. Y. POR LA COSTA OESTE, e incluía extractos de entrevistas que Ferguson había realizado a miembros de la familia y a algunos amigos, entre los cuales se encontraba Tommy Fuchs, compañero suyo de quinto grado que dio la respuesta más dramática: «Me dan ganas de suicidarme. El único equipo que queda es el de los Yankees, y odio a los Yankees. ¿Qué voy a hacer ahora?». El artículo de última página exploraba un escándalo que se estaba repitiendo en el colegio de primaria de Ferguson. En cuatro ocasiones a lo largo de las últimas seis semanas, diversos alumnos se habían estrellado contra una de las dos paredes de ladrillo del gimnasio durante partidos de balón prisionero, con el resultado de una serie de ojos morados, conmoción cerebral y cráneos y frentes sangrantes, y Ferguson hacía campaña para que instalaran barreras protectoras y evitar así nuevos daños. Tras recabar observaciones de las últimas víctimas («Iba corriendo por el balón —decía una de ellas— y de pronto reboté con la cabeza contra los ladrillos»), Ferguson habló con el director, el señor Jameson, quien convino en que la situación se le había ido de las manos. «He hablado con la Junta de Educación —dijo— y me han prometido poner barreras frente a las paredes antes de fin de mes. Hasta entonces..., nada de balón prisionero.»

Equipos de béisbol que desaparecían y prevención de heridas en la cabeza, pero también artículos sobre animales domésticos perdidos, postes de la luz dañados por las tormentas, accidentes de tráfico, competiciones de lanzamiento de pelotillas, el *Sputnik* y el estado de salud del presidente, así como noticias breves sobre las

actividades de los clanes Ferguson y Adler, tales como ¡LA CIGÜEÑA LLEGA A TIEMPO!: «Por primera vez en la historia de la humanidad ha nacido un niño en la fecha esperada. A las 11.53 de la noche del 29 de diciembre, justo siete minutos antes de que se le agotara el tiempo, la señora Frances Hollander, de veintidós años, vecina de la ciudad de Nueva York, dio a luz a su primer hijo, un niño de cuatro kilos y veinte gramos llamado Stephen. ¡Felicidades, prima Francie!». O bien, UN GRAN PASO ADELANTE: «El Departamento de Inglés de la Universidad de Chicago acaba de ascender a Mildred Adler de profesora adjunta a profesora titular. Es una de las mayores autoridades del mundo en novela victoriana y ha publicado libros sobre George Eliot y Charles Dickens». Tampoco debía pasarse por alto el encuadre rectangular en el extremo inferior derecho de la última página que llevaba por título «El rincón jocoso de Adler», que Ferguson pensaba incluir como sección habitual del *Crusader*, porque cómo podría prescindir de un recurso tan valioso como su abuelo, el rey de los chistes malos, que había contado tantos a lo largo de los años que el joven director del periódico habría considerado una negligencia desaprovecharlos. El primer ejemplo era como sigue: «El señor y la señora Hooper iban de camino a Hawai. Justo antes de que aterrizara el avión, el señor Hooper preguntó a su mujer si la correcta pronunciación de la palabra *Hawai* era Ha*u*ai —con sonido de u— o Ha*v*ai —con sonido de uve—. “No sé”, contestó la señora Hooper. “Ya se lo preguntaremos a alguien cuando lleguemos.” En el aeropuerto, divisaron a un viejecillo con camisa hawaiana que pasaba por allí. “Disculpe, señor”, le dijo el señor Hooper. “¿Podría decirnos si estamos en Ha*u*ai o en Ha*v*ai?” Sin dudar un instante, el viejo contestó: “En Havai”. “Gracias”, le dijeron el señor y la señora Hooper. A lo que el viejo repuso: “De nada. Sean bienuenidos”».

Posteriormente se publicaron números en abril y septiembre de aquel año, todos con mejoras con respecto al anterior, o eso aseguraban a Ferguson sus padres y parientes, pero con sus amigos del colegio era una historia diferente, porque después de la buena acogida del primer número, que tuvo un clamoroso éxito en su clase, empezó a salir a la superficie una serie de resentimientos y animosidades. El cerrado mundo de la vida en quinto y sexto grado se regía por un estricto conjunto de normas y jerarquías sociales, y al tomar la iniciativa de lanzar el *Cobble Road Crusader*, es decir, de atreverse a crear algo de la nada, Ferguson había sobrepasado involuntariamente tales límites. Dentro de esos márgenes los chicos podían adquirir prestigio de dos formas: destacando en los deportes o demostrando ser maestros en el arte de hacer diabluras. Sacar buenas notas no tenía mucha importancia, e incluso poseer dotes excepcionales para el dibujo o la música apenas contaba para nada, porque se suponía que esas cualidades eran dones de nacimiento, rasgos biológicos semejantes al color del pelo o el tamaño de los pies, y por tanto sin estrecha relación con la persona que los poseía, simples características naturales independientes de la voluntad humana. A Ferguson siempre se le habían dado razonablemente bien los deportes, lo que le había permitido encajar con los demás chicos y evitar el temido destino de verse marginado. Hacer diabluras lo aburría, pero su anárquico sentido del humor había contribuido a cimentar su reputación de tío decente, aunque mantenía sus distancias con los alocados chicos que se vanagloriaban de pasarse los fines de semana echando bombas fétidas en buzones, rompiendo farolas y haciendo llamadas

obscenas a las chicas más guapas del curso superior. En resumen, Ferguson había llegado tan campante hasta allí sin toparse con excesivas dificultades, sin que el hecho de que sacara buenas notas se considerase algo negativo ni positivo, y su diplomático enfoque de las relaciones personales lo había protegido de la ira de otros chicos, con la consecuencia de que se había visto envuelto en pocas peleas y parecía no haberse ganado enemigos permanentes, pero entonces, unos meses antes de cumplir once años, decidió hacer algo sensacional, lo que se manifestó en forma de periódico de una sola hoja, autopublicado, y de pronto sus compañeros de clase comprendieron que Ferguson tenía más virtudes de las que creían, que realmente era un chico muy listo, un fuera de serie con la energía mental suficiente para realizar una proeza tan compleja como el *Crusader*, y por tanto veintidós compañeros de su clase de quinto grado aflojaron los centavos que costaba un ejemplar del primer número, felicitándolo por su espléndido trabajo, riéndose ante los graciosos giros que salpicaban las frases de sus artículos, y luego llegó el fin de semana y el lunes todo el mundo había dejado de hablar de ello. Si el *Crusader* hubiera acabado después de aquel primer número, Ferguson se habría evitado los problemas que al final se le vinieron encima, pero ¿cómo podía saber que existía una diferencia entre ser listo y pasarse de listo, que un segundo número en primavera pondría contra él a parte de la clase porque demostraría que trabajaba en exceso, demasiado en comparación con ellos, lo que significaría que Ferguson era un chico aplicado y ambicioso mientras ellos no pasaban de ser una panda de inútiles holgazanes? Las chicas seguían de su lado, hasta la última de ellas, pero las chicas no eran competidoras suyas, a diferencia de los chicos, que empezaban a recelar de la aplicación de Ferguson, tres o cuatro en todo caso, pero Ferguson estaba tan rebosante de felicidad que no lo observó, tan ufano con la proeza de haber confeccionado otro número que no preguntó por qué Ronny Krolik y su pandilla de matones se negaban a comprar la nueva edición del *Crusader* cuando la llevó al colegio en abril, pensando, cuando se le ocurrió pensarlo, que simplemente no tenían bastante dinero.

En opinión de Ferguson, los periódicos eran uno de los mayores inventos de la humanidad, y le encantaban desde que aprendió a leer. Por la mañana temprano, siete días a la semana, un ejemplar del *Newark Star-Ledger* aparecía a la entrada de la casa, aterrizando con un agradable ruido en los escalones justo cuando él se levantaba de la cama, arrojado por una persona sin nombre, invisible, que nunca fallaba su objetivo, y ya cuando tenía seis años y medio había pedido que lo incluyeran en el ritual mañanero de leer el periódico en el desayuno, porque después de empeñarse en aprender a leer el verano que se rompió la pierna, queriendo escapar de la cárcel de la estupidez infantil, se había convertido en un joven ciudadano del mundo y ahora estaba lo suficientemente adelantado para comprenderlo todo o casi todo, exceptuando los abstrusos asuntos de política económica y la idea de que la construcción de más armas nucleares iba a garantizar una paz duradera, y todas las mañanas se sentaba a desayunar con sus padres mientras cada uno de ellos cogía una sección diferente del periódico y se ponía a leer, en silencio porque hablar resultaba difícil a hora tan temprana, y luego se pasaban las secciones de uno a otro en la cocina llena de olores a café y huevos revueltos, a pan dorándose en la tostadora, a mantequilla fundiéndose en tostadas calientes. Ferguson siempre empezaba con las

tiras cómicas y los deportes, la extrañamente atractiva Nancy y su amigo Sluggo, Jiggs y su mujer Maggie, Blondie y Dagwood, Beetle Bailey,* seguidos de las últimas hazañas de Mantle y Ford, de Conerly y Gifford, y luego pasaba a los asuntos de la localidad, las noticias nacionales e internacionales, los artículos sobre cine y teatro, los denominados de interés humano sobre los diecisiete universitarios que se habían metido en una cabina de teléfono o los treinta y seis perritos calientes consumidos por el ganador del concurso de tragaldabas del condado de Essex, y cuando había agotado toda esa lectura y aún le quedaban unos minutos antes de salir para el colegio, los anuncios por palabras y los anuncios personales. *Te quiero, cariño. Por favor, ven a casa*.

El atractivo de los periódicos era enteramente distinto del de los libros. Los libros eran sólidos y permanentes, mientras que los periódicos eran endebles, efímeros y desechables, se tiraban nada más leerlos y a la mañana siguiente se sustituían por otro, cada mañana un periódico nuevo para empezar el nuevo día. Los libros se movían en línea recta de principio a fin, mientras que los periódicos siempre estaban en varios sitios a la vez, un batiburrillo de simultaneidad y contradicción, con múltiples artículos coexistiendo en la misma página, cada uno exponiendo un aspecto distinto del mundo, cada uno haciendo valer una idea o un hecho que no tenía nada que ver con el que estaba al lado, guerra a la derecha, una carrera con huevo en cuchara a la izquierda, un edificio en llamas en la parte de arriba, un encuentro de chicas exploradoras abajo, grandes y pequeñas cosas mezcladas, asuntos trágicos en primera plana y sucesos frívolos en la página cuatro, inundaciones invernales y pesquisas policiales, descubrimientos científicos y recetas de postres, muertes y nacimientos, consejos a los perdidamente enamorados y crucigramas, ensayos de fútbol americano y debates del Congreso, ciclones y sinfonías, huelgas laborales y singladuras atlánticas en globo, el periódico de la mañana tenía que incluir necesariamente cada uno de esos acontecimientos en sus columnas de tinta negra, emborronada, y por la mañana Ferguson se deleitaba con aquella mezcolanza, porque así era el mundo, pensaba, un enorme y agitado revoltijo, con millones de cosas diferentes ocurriendo al mismo tiempo.

Eso era lo que el *Crusader* representaba para él: la oportunidad de crear su propio revoltijo del mundo con algo parecido a un periódico genuino. No auténtico del todo, desde luego, nada más que una burda aproximación como mucho, pero la versión de aficionado que el muchacho hizo de un periódico de verdad se acercaba en espíritu lo suficiente para causar impresión en sus amigos. Ferguson esperaba esa clase de reacción, quería que los compañeros volvieran la cabeza y que la clase se fijara en él, y ahora que su deseo se había colmado, se dispuso a lanzar el segundo número con una creciente sensación de seguridad en sí mismo, una nueva fe en el poder de su propio talento, y tan ciega era esa fe que ni siquiera el boicot parcial de Krolik y sus secuaces le hizo ver lo que estaba ocurriendo. Hasta la mañana siguiente no se le empezaron a abrir un poco los ojos. Michael Timmerman era uno de sus amigos más cercanos, un chico listo y popular con notas aún mejores que las suyas, un personaje casi heroico que destacaba sobre malevolentes enanos como Ronny Krolik de igual manera que un roble domina sobre un arbusto de hiedra venenosa, y cuando Michael Timmerman te llevaba aparte en el patio del colegio antes de

empezar las clases diciendo que quería hablar contigo, te ponías más que contento de escucharlo. Sus primeras palabras fueron sobre lo bueno que le había parecido el *Crusader*, cosa que satisfizo enormemente a Ferguson, porque la opinión del mejor atleta y estudioso de la clase pesaba más que la de cualquier otro, pero entonces Timmerman continuó diciendo que le gustaría trabajar con él, que quería entrar en la plantilla del *Crusader* y escribir artículos por su cuenta, lo que mejoraría la ya buena publicación, razonaba él, porque quién había oído hablar de un periódico elaborado por una sola persona, había algo raro y cutre en el hecho de que un solo periodista escribiese todos los artículos, y si Ferguson le daba una oportunidad y las cosas marchaban bien, quizá acabarían siendo cuatro o cinco reporteros, y si todo el mundo contribuía con algo de dinero para ayudar con los costes de impresión, el *Crusader* podría ampliarse a cuatro u ocho páginas, todo impreso en caracteres de imprenta en vez de depender de la atroz caligrafía de Ferguson, con lo que entonces empezaría a parecer un periódico de verdad.

Ferguson no estaba preparado para algo así. El *Crusader* siempre había tendido a ser obra de una sola persona, su obra, para bien o para mal fruto de su esfuerzo y de nadie más, y la idea de compartir la escena con otro chico, y mucho menos con otros chicos, le ponía enfermo de tristeza. Timmerman lo estaba asfixiando con sus observaciones y sugerencias, tratando de dominarlo para que le cediera el control de su periodicucho cutre escrito con su atroz caligrafía, pero es que Timmerman no comprendía que él ya había pensado en todas esas cosas, que aunque hubiera sabido escribir a máquina no lo habría mecanografiado porque no habría tenido el mismo aspecto, y como no podía pagar a un impresor debido a que no tenía más que once años, había optado por escribirlo a mano, y qué sabía Timmerman del trato de su madre con Myerson de hacerle un descuento en los retratos de sus tres hijos a cambio de la utilización de su imprenta para sacar los facsímiles, así era como iban las cosas, quería decirle a Timmerman, haces un trueque para abaratar costes, aprovechas al máximo lo que tienes y te olvidas de hacer un fondo común para sacar un supuesto periódico de verdad, porque cinco chicos nunca podrían conseguir el dinero para sufragar los gastos, y si Timmerman no hubiera sido su amigo más admirado, Ferguson le habría dicho que no se metiera en sus asuntos y fundara su propio periódico si es que tenía ideas tan brillantes, pero respetaba demasiado a Timmerman para decirle lo que pensaba, no quería correr el riesgo de ofender a su amigo, así que se escabulló como un cobarde y se cubrió las espaldas diciendo *Deja que lo piense* en lugar de decirle claramente sí o no, esperando que el tiempo aplacara la recién descubierta pasión de Timmerman por el periodismo y que todo el asunto se olvidara al cabo de un par de días.

Como la mayoría de los chicos triunfadores, sin embargo, Timmerman no era alguien que cediera u olvidara fácilmente. Durante el resto de la semana, cada mañana se acercaba a Ferguson en el patio y le preguntaba si había tomado una decisión, y todos los días él procuraba darle largas. Quizá, le dijo, puede que sea buena idea, pero ya estamos en primavera y no hay tiempo para sacar otro número antes de final de curso. Estos días estamos los dos muy ocupados con la Pequeña Liga, y ni te imaginas la cantidad de trabajo que da el periódico. Semanas, meses de trabajo. Tanto, que ni siquiera sé si voy a seguir haciéndolo. Déjalo estar durante un

tiempo, y ya volveremos a hablar después del verano.

Pero Timmerman iba a pasar el verano en un campamento y quería resolver la cuestión ya mismo. Aunque el próximo número no saliera hasta el otoño, necesitaba saber si podía contar con ello o no, ¿y por qué demonios se armaba Ferguson tanto lío para decidirse? ¿Dónde estaba el problema?

Ferguson comprendió que estaba acorralado. Cuatro días seguidos dándole la lata, y sabía que no pararía hasta que le contestara. Pero ¿qué respuesta era la más adecuada? Si le decía a Timmerman que no le hacía ninguna falta, probablemente perdería un amigo. Si accedía a que Timmerman entrara a formar parte del periódico, se despreciaría a sí mismo por dar su brazo a torcer. En cierto modo lo halagaba el entusiasmo de Timmerman por el *Crusader*, pero por otro lado empezaba a desagradarle su amigo, que ya no se comportaba como amigo sino como un bravucón con buenos modales. No, no exactamente un bravucón, sino un manipulador, y como además era la persona más poderosa e influyente de la clase, Ferguson se resistía a hacer algo que pudiera molestarlo, porque si Timmerman pensaba que Ferguson había sido injusto con él, podía volver a toda la clase en su contra y la vida de Ferguson se convertiría en un continuo padecer durante el resto del curso. Y sin embargo, no podía consentir que le destruyeran el *Crusader* a cambio de mantener la paz. Pasara lo que pasase, seguiría viviendo dentro de su propia piel, y mejor convertirse en un marginado que perderse todo el respeto a sí mismo. Por otro lado, aún mejor no convertirse en marginado si podía remediarlo.

Tanto un sí como un no era imposible. Lo que Ferguson necesitaba era un quizá que ofreciera cierta esperanza sin que lo obligara a contraer un compromiso duradero, una táctica dilatoria disfrazada de paso adelante que en realidad fuese un paso atrás y le permitiese ganar tiempo. Propuso a Timmerman que escribiera un artículo de prueba para ver si le convencía el trabajo, y cuando lo tuviera terminado le echarían una mirada juntos y decidirían si era verdaderamente para el *Crusader*. Timmerman pareció titubear al principio, con aire de no estar muy satisfecho ante la idea de someterse al juicio de Ferguson, pero eso era lo que cabía esperar de un alumno que siempre sacaba las notas más altas y poseía absoluta confianza en sus dotes intelectuales, y por eso Ferguson se vio obligado a explicarle que la prueba era necesaria porque el *Crusader* era cosa suya, no de Timmerman, y si Timmerman quería formar parte de ella, tendría que demostrar que su trabajo encajaba con el espíritu de la empresa y era conciso, divertido y ágil. Daba igual lo inteligente que fuese, prosiguió Ferguson, aún no había escrito un solo artículo periodístico, carecía de la mínima experiencia, ¿y cómo podrían unir esfuerzos si no sabían cómo lo hacía? Me parece bien, repuso Timmerman. Escribiría un artículo de muestra, dejaría patente lo bien que lo hacía, y ahí se acabaría todo.

Eso es lo que yo creo, dijo Ferguson. *¿Quién es tu actriz de cine favorita, y por qué?* Habla con todos los de la clase, chicas y chicos, y haz a todos la misma pregunta: ¿quién es tu actriz de cine favorita, y por qué? Asegúrate de anotar hasta la última frase que digan, las respuestas exactas que te den palabra por palabra, y luego vete a casa y a la vista de los resultados escribe un artículo a una columna que haga reír a los lectores cuando lo lean, y si no eres capaz de hacerles reír, por lo menos que sonrían. ¿Vale?

Vale, dijo Timmerman. ¿Y por qué no el actor favorito, también?

Porque los concursos con un solo ganador son mejores que los que tienen dos. Los actores pueden esperar al siguiente número.

De manera que Ferguson ganó algún tiempo encargando a Timmerman aquella misión inútil para que se entretuviera, y todo permaneció en calma durante diez días mientras el periodista novato recababa datos y se ponía a escribir el artículo. Tal como Ferguson sospechaba, Marilyn Monroe recibió la mayoría de los votos de los chicos, seis de once, con otras cinco preferencias yendo a Elizabeth Taylor (dos), Grace Kelly (dos) y Audrey Hepburn (uno), pero las chicas dieron a la Monroe sólo dos de sus doce votos, con los otros diez distribuidos entre la Hepburn (tres), Taylor (tres) y uno para Kelly, Leslie Caron, Cyd Charisse y Deborah Kerr. El propio Ferguson se vio en la imposibilidad de decidir entre Taylor y Kelly, de modo que lanzó una moneda al aire y acabó dando su voto a la Taylor, mientras que Timmerman, enfrentado a un dilema similar entre Kelly y Hepburn, lanzó la misma moneda y acabó dándoselo a Kelly. Una completa estupidez, por supuesto, pero también había algo divertido en todo aquello, y Ferguson observó la concienzuda forma en que Timmerman se ocupaba de entrevistar a los compañeros y anotar sus comentarios en su cuadernito de espirales de reportero. Máxima calificación en laboriosidad y trabajo preliminar, entonces, pero eso era sólo el principio, los cimientos de la casa, por así decir, y aún no estaba clara la clase de estructura que Timmerman sería capaz de construir. No cabía duda de que el muchacho tenía buena cabeza, pero eso no significaba que escribiera bien.

Durante aquel periodo de diez días observando y esperando, Ferguson cayó en un extraño estado de ambivalencia, cada vez menos seguro de qué pensar sobre Timmerman, titubeando entre seguir molesto con él o empezar a mostrarle cierto reconocimiento por lo mucho que trabajaba, esperando que fallara con el artículo y seguidamente confiando en que lo haría bien, preguntándose si después de todo no sería buena idea tener otro reportero para que compartiera la carga con él, comprendiendo ahora la satisfacción que daba encargar tareas a otros, que ser el jefe también tenía su encanto, porque Timmerman había cumplido sus órdenes sin rechistar, y ésa era una sensación nueva, la sensación de mandar, y si todo iba bien con aquel artículo, quizá debiera acceder a que entrara en el periódico, no como socio, desde luego, no, eso no, eso nunca, sino como colaborador, el primero de lo que podrían ser varios articulistas colaboradores, lo que tal vez acabara posibilitando la ampliación del *Crusader* de dos páginas a cuatro. Quizá. Pero, por otro lado, tal vez no, porque Timmerman aún debía entregar el artículo, y si bien había despachado las entrevistas en cinco días, ahora que habían pasado otros cinco Ferguson sólo podía concluir que le estaba costando trabajo, y si Timmerman estaba pasando apuros, eso probablemente quería decir que el artículo no era bueno, y cualquier cosa que no fuera mínimamente buena sería inaceptable. Entonces tendría que decírselo a Timmerman a la cara. Imagínate mirando a los ojos al célebre Michael Timmerman, dijo para sí, la única persona que nunca ha fallado en nada, y decirle que ha fracasado. En la mañana del décimo día, las esperanzas de Ferguson para el futuro se habían concentrado en un solo deseo: que Timmerman estuviera escribiendo una obra maestra.

Resultó que el artículo no estaba mal. No rematadamente mal, en cualquier caso, pero le faltaba la vitalidad que Ferguson esperaba, el toque de humor que habría convertido un tema trivial en algo que mereciera la pena leer. Si había algún consuelo en aquella decepción, procedía del hecho de que Timmerman también parecía creer que era malo, o eso dedujo Ferguson del gesto del autor, que se encogió de hombros en señal de automenosprecio cuando aquella mañana le entregó el manuscrito en el patio, acompañado de una disculpa por haber tardado tanto en hacerlo, pero no había sido tan fácil como él esperaba, dijo Timmerman, lo había escrito cuatro veces, y si había aprendido algo de la experiencia era que escribir era *una empresa muy exigente*.

Bien, dijo Ferguson para sí. Un poco de humildad por parte de don Perfecto. Un reconocimiento de duda, quizá hasta de derrota, y por tanto existían bastantes posibilidades de que no se produjese la confrontación que tanto temía, lo que era buena cosa, una noticia excelente y tranquilizadora, porque Ferguson había pasado los últimos días imaginando puños voladores que acababan contra su estómago y destierros inmediatos al territorio exterior de los marginados. Sin embargo, pensó, si quería mantener intacta su amistad, tendría que andarse con cuidado con Timmerman y asegurarse de que no le pusiera zancadillas. Le sería fácil con sus grandes pies, propios de un chico corpulento, y por afable que fuese el muchacho en cuestión, también tenía mal genio, cosa que Ferguson había comprobado varias veces a lo largo de los años, más recientemente cuando Timmerman tumbó de un golpe a Tommy Fuchs por llamarle *montón de mierda*, el mismo Tommy Fuchs que sus detractores conocían como Tommy *Jode*, y Ferguson no tenía ganas de que Timmerman lo anduviera jodiendo, como había hecho con Tommy Jode.

Pidió a Timmerman que le diera unos minutos, y se retiró a un rincón del patio a leer el artículo a solas:

«La pregunta era: ¿quién es tu actriz de cine favorita, y por qué? Hemos conocido la respuesta gracias a la votación de los veintitrés alumnos de la clase de quinto grado de la señorita Van Horn: Marilyn Monroe, que cosechó ocho votos, ganando a Elizabeth Taylor, que salió segunda con cinco votos...».

Timmerman había hecho un trabajo encomiable al informar sobre los hechos, pero utilizaba un lenguaje insulso, rígido hasta resultar anodino, y se había centrado en la parte menos interesante de la historia, los números, cosa profundamente aburrida comparada con los comentarios de los alumnos sobre sus particulares preferencias, comentarios que Timmerman había trasladado a Ferguson y que luego había omitido en el artículo, y mientras Ferguson recordaba ahora algunas de esas observaciones, se sorprendió reescribiendo el artículo en su cabeza:

«“Ba ba buum”, dijo Kevin Lassiter, necesitando sólo tres monosílabos para explicar por qué Marilyn Monroe era su actriz de cine favorita.

»“Desprende la sensación de ser una persona tan amable e inteligente, que me gustaría conocerla y ser su amiga”, manifestó Peggy Goldstein, defendiendo su preferencia por Deborah Kerr.

»“Tan elegante, tan preciosa... que simplemente no puedo apartar los ojos de ella”, dijo Gloria Dolan sobre su favorita, Grace Kelly.

»“Vaya bombón”, dijo Alex Botello, refiriéndose a su estrella preferida, Elizabeth Taylor. “O sea, echa un vistazo a ese cuerpo suyo. Hace que los chicos

quieran crecer enseguida.”».

Imposible pedirle a Timmerman que volviera al principio y escribiera el artículo por quinta vez. Inútil decirle que su trabajo no había suscitado ni una carcajada ni una sonrisa y que hubiera hecho mejor centrándose en el por qué en vez de en el quién. Ya era demasiado tarde para entrar en nada de eso, y lo último que Ferguson quería era tratar a Timmerman con condescendencia y darle una conferencia sobre cómo debía o no escribir. Volvió a donde estaba don Pies Grandes y le devolvió el artículo.

¿Y bien?, preguntó Timmerman.

No está mal, contestó Ferguson.

Quieres decir que no está bien.

No, no *que no está bien*. No está mal. Lo que quiere decir bastante bien.

¿Y qué me dices del siguiente número?

Pues no sé. Todavía no lo he pensado.

Pero piensas hacerlo, ¿no?

Puede que sí. Puede que no. Es muy pronto para saberlo.

No te rindas. Has empezado algo bueno, Archie, y tienes que seguir con ello.

No, si no me apetece no seguiré. ¿Y a ti qué más te da? Sigo sin entender por qué de pronto es tan importante el *Crusader* para ti.

Porque es emocionante, por eso, y yo quiero participar en algo emocionante. Me parece que sería muy divertido.

Muy bien. Voy a decirte una cosa. Si decido sacar otro número, te lo haré saber.

¿Y me darás una oportunidad de escribir algo?

Pues claro, ¿por qué no?

¿Me lo prometes?

¿Que te daré una oportunidad? Sí, te lo prometo.

Incluso en el momento de pronunciar esas palabras, Ferguson sabía que su promesa no significaba nada, porque ya se había decidido a cerrar el *Crusader* para siempre. La batalla de catorce días con Timmerman lo había dejado rendido, y se sentía agotado y desprovisto de inspiración, disgustado consigo mismo por su falta de entereza y sus cambios de opinión, desmoralizado por su renuencia a hacerse valer y luchar por mantener su postura, que era la del periódico hecho por uno solo o nada, y ahora que se había lanzado de cabeza y conseguido lo que se había propuesto hacer, quizá fuera mejor quedarse en nada, mejor salir de la piscina, secarse y dejarlo de una vez. Además, ya empezaba la temporada de béisbol y estaba ocupado jugando con los Pirates de la Cámara de Comercio de West Orange, y cuando no tenía partido leía *El conde de Montecristo*, el enorme libro que la tía Mildred le había enviado el mes pasado por su undécimo cumpleaños, cuya lectura había empezado finalmente cuando el segundo número del *Crusader* se encontraba en prensa, y ahora ya estaba en ello, se había puesto a leer a tiempo completo porque se trataba sin duda de la novela más absorbente que nunca había caído en sus manos, y qué agradable era seguir las aventuras de Edmond Dantès todas las noches después de cenar en vez de contar las palabras de sus artículos para que encajaran en las angostas columnas de su periódico de gran formato, tanto trabajo, tantísimas veces bizqueando a altas horas de la noche bajo la lámpara de una sola bombilla, avanzando poco a poco en la penumbra mientras sus padres pensaban que estaba dormido, tantos errores al

empezar y tantas correcciones, tantos agradecimientos a quien inventara la goma de borrar, sabiendo ya que la tarea de escribir consistía tanto en quitar palabras como en añadirlas, y luego la tediosa labor de dibujar con tinta cada letra escrita a lápiz con objeto de asegurarse de que el texto estuviese lo bastante negro para que pudiera leerse en los facsímiles, agotador, sí, ésa era la palabra, y después del prolongado y angustioso enfrentamiento con Timmerman, estaba agotado, y como le habría dicho cualquier médico, el único remedio para el agotamiento era descansar.

Descansó un mes, acabó el Dumas acongojado, temeroso de pasarse años sin encontrar otra novela tan buena, y entonces, a los tres días de terminar el libro, ocurrieron tres cosas que le hicieron cambiar de idea y lo sacaron de su retiro. Sencillamente no pudo evitarlo. Le vinieron a la cabeza las palabras de un nuevo titular que le resultaban tan deliciosas, tan vívidas y llenas de rima con el metálico tintineo de sus consonantes, tan sutil el modo en que su aparente sinsentido no era sino todo lo contrario, una razón de ser, que ansiaba verlas impresas, y así, renegando de su promesa de abandonar la actividad periodística, empezó a planear el tercer número del *Crusader*, que, como un puñetazo en dos tiempos, llevaría en primera página un titular en letras grandes: ALGARADAS EN CARACAS.

Empezó el 13 de mayo, cuando una turba de manifestantes venezolanos atacó a Richard Nixon en la última etapa de su gira de buena voluntad por tres países sudamericanos. El vicepresidente acababa de aterrizar en el aeropuerto, y cuando su caravana de vehículos pasó por las calles del centro de Caracas, las multitudes que atestaban las aceras entonaron *¡Muerte a Nixon! ¡Nixon, vete a casa!*, y no tardó mucho el coche de Nixon en verse rodeado por montones de gente, jóvenes en su mayoría, que empezaron a escupir al automóvil y a romper las ventanillas, y pocos momentos después balanceaban el vehículo de un lado a otro, zarandeándolo con tal furia que parecía que iban a volcarlo, y de no haber sido por la súbita presencia de soldados venezolanos que dispersaron a la turba y despejaron el camino para que el coche de Nixon escapara, las cosas podrían haber acabado de mala manera, sobre todo para Nixon y su mujer, que se libraron de la muerte.

Ferguson lo leyó en el periódico a la mañana siguiente, vio secuencias del incidente en el telediario de la noche, y a última hora de la tarde del día siguiente la prima Francie y su marido Gary se presentaron en casa con su hijito de cinco meses para hacerles una visita. Ahora vivían en Nueva York, donde Gary estaba a punto de acabar su primer año de Derecho en Columbia, y desde el papel que Ferguson había desempeñado en su boda como portador de los anillos cuatro años antes, Gary trataba a su primo político como a una especie de protegido, un prometedor compañero de viaje por el mundo de las ideas e inquietudes masculinas, lo que había conducido a largas conversaciones sobre libros y deportes, pero también sobre cuestiones políticas, que casi constituían una obsesión para Gary (suscriptor de *Dissent, I. F. Stone's Weekly* y la *Partisan Review*), y como el marido de Francie era un joven inteligente, sin duda el mejor pensador que Ferguson conocía aparte de la tía Mildred, era lógico que preguntara a Gary lo que opinaba del incidente de Nixon con la multitud en Venezuela. Estaban en el jardín trasero, paseando bajo el roble del que Ferguson se había caído a los seis años, el alto y fornido Gary dando caladas a un Parliament mientras Francie y la madre de Ferguson charlaban sentadas en el porche

con el pequeño Stephen, aquel regordete aprendiz de ser humano, tan joven en relación con Ferguson como él fue una vez con respecto a Francie, y mientras las dos mujeres se reían juntas y se turnaban cogiendo al niño, el didáctico y siempre solemne Gary Hollander le hablaba de la guerra fría, las listas negras, el Terror Rojo y el desquiciado anticomunismo que imperaba en la política exterior estadounidense, que había llevado al Departamento de Estado a apoyar crueles dictaduras de derechas por todo el ancho mundo, sobre todo en América Central y del Sur, y por eso atacaron a Nixon, explicó, no porque fuera Nixon sino porque representaba al gobierno de Estados Unidos, y a ese gobierno lo despreciaban grandes cantidades de gente en aquellos países, y lo repudiaban con toda razón por sostener a los tiranos que las mantenían oprimidas.

Gary hizo una pausa para encender otro Parliament. Luego preguntó: ¿Comprendes lo que te estoy diciendo, Archie?

Ferguson asintió con la cabeza. Lo entiendo, afirmó. El comunismo nos da tanto miedo, que haremos lo que sea para pararlo. Aunque signifique ayudar a gente peor que los comunistas.

A la mañana siguiente, mientras leía las páginas deportivas en el desayuno, Ferguson se topó por primera vez con la palabra *algarada*. Un lanzador de Detroit había mandado una bola a la cabeza de un bateador de Chicago, que soltó el bate, corrió al montículo y dio un puñetazo al lanzador, y seguidamente los jugadores de ambos equipos irrumpieron en el campo y empezaron a sacudirse unos a otros durante doce minutos. *Cuando se sofocó la algarada*, escribía el periodista, *seis jugadores fueron expulsados del partido*.

Ferguson miró a su madre y preguntó: ¿Qué quiere decir la palabra *algarada*?

Una gran pelea, contestó ella. Un tumulto.

Lo que yo pensaba, repuso él. Sólo quería estar seguro.

Pasaron meses. El curso escolar terminó sin nuevos problemas por parte de Krolik, Timmerman ni nadie más, y entonces los veintitrés expupilos de la señorita Van Horn se separaron para las vacaciones de verano. Ferguson fue a Camp Paradise para pasar allí su segunda temporada de ocho semanas, y aunque dedicaba la mayor parte del tiempo a correr por los campos de béisbol y bañarse en el lago, en los periodos de reposo de después de comer y cenar tenía suficientes horas libres para escribir los artículos y planificar el diseño del tercer número del *Crusader*. Acabó la tarea en casa durante el hueco de dos semanas entre el final del campamento y el comienzo del curso, trabajando por la mañana, por la tarde y casi todas las noches con objeto de cumplir su autoimpuesto plazo del 1 de septiembre, lo que daría a su madre tiempo para sacar los facsímiles en Myerson’s y tener el número preparado para el primer día de clase. Sería una buena forma de empezar el curso, consideraba él, un pequeño impulso para poner las cosas en marcha rápidamente, y después ya vería si quería que hubiera más números del *Crusader* o si aquél era definitivamente el último.

Había prometido a Timmerman que le avisaría si iba a haber otro número, pero todos los artículos estaban ya escritos antes de que tuviera ocasión de ponerse en contacto con él. Lo llamó a su casa al día siguiente de volver del campamento, pero la asistenta le dijo que Michael se había ido con sus padres y sus dos hermanos a pescar

a las Adirondack y no volverían hasta un día antes de que empezaran las clases. A principios de verano, Ferguson había considerado escribir una versión graciosa del artículo sobre la actriz ba ba buum e incluirla en el número, pero desechó la idea en deferencia a los sentimientos de Timmerman, consciente de lo cruel que habría sido publicarla, lo dolido que se habría sentido Timmerman por aquella ingeniosa demolición de su insulso esfuerzo. Si se hubiera quedado con la versión de Timmerman, habría considerado publicarla como muestra de cortesía, pero se la había devuelto en abril, en el patio, y por tanto era imposible. Un nuevo número del *Cobble Road Crusader* estaba a punto de llegar a las aulas y al patio de recreo del colegio de primaria de Ferguson, y Michael Timmerman no tenía el menor conocimiento de ello.

Aquél fue su primer error.

El segundo fue recordar demasiados detalles de su conversación con Gary en el jardín.

Las algaradas en Caracas ya no eran noticia para entonces, pero Ferguson era incapaz de abandonar la frase después de que repiqueteara durante meses en su cabeza, de manera que en vez de utilizar el titular en un reportaje sobre el incidente con Nixon, convirtió el artículo en un editorial encuadrado en medio de la primera página, con ALGARADAS EN CARACAS apareciendo justo encima del pliegue y el texto justo debajo. Inspirado por su charla con Gary, argumentó que Estados Unidos debería dejar de preocuparse tanto por el comunismo y escuchar lo que tenía que decir el pueblo de otros países. «El intento de volcar el coche del vicepresidente no estuvo bien —escribía—, pero los hombres que lo intentaron estaban furiosos, y con razón. No les gusta Estados Unidos porque piensan que Estados Unidos está contra ellos. Eso no quiere decir que sean comunistas. Sólo significa que quieren ser libres.»

Primero llegó el puñetazo, el rabioso puñetazo en el estómago mientras Timmerman le llamaba *embustero* a gritos y lo tiraba al suelo. Los últimos veintiún ejemplares del *Crusader* volaron de las manos de Ferguson y empezaron a dispersarse por el patio del colegio con el fuerte viento de la mañana, pasando arrebatadamente frente a los demás chicos como un ejército de cometas sin cuerda. Ferguson se puso en pie e intentó responder con otro puñetazo, pero Timmerman, que parecía haber crecido ocho o diez centímetros durante el verano, lo apartó de un manotazo y contraatacó con otro golpe a la barriga que llevaba mucha más potencia que el primero, no sólo derribando de nuevo a Ferguson sino arrancándole el aliento. Para entonces, Krolik, Tommy Jode y otros chicos miraban a Ferguson y se reían de él, zahiriéndolo con palabras que sonaban a *chorro de pus*, *maricón* y *gilipollas*, y cuando Ferguson logró ponerse de nuevo en pie, Timmerman lo tumbó por tercera vez con un empujón tan fuerte, que Ferguson cayó con todo el peso sobre el codo izquierdo y al cabo de unos segundos el horrible y extraño dolor del hueso casi lo dejó inmovilizado, lo que dio tiempo suficiente a Krolik y Tommy Jode para echarle tierra en la cara. Cerró los ojos. A lo lejos gritaba una chica.

Luego vinieron las reprimendas y sanciones, el quedarse castigado después de clase, la estúpida tarea de escribir doscientas veces la frase *No me pelearé en el colegio*, el apretón de manos ceremonial para enterrar el hacha de guerra con Timmerman, que se negó a mirarlo a los ojos, que jamás volvería a mirarlo a los ojos,

que odiaría a Ferguson durante el resto de su vida, y luego, justo cuando su nuevo maestro de sexto grado, el señor Blasi, iba a dejar salir a la clase, la secretaria del director se presentó en el aula y dijo a Ferguson que el señor Jameson quería verlo en su despacho del piso de abajo. ¿Y Michael no?, preguntó el señor Blasi. No, Michael no, contestó la señorita O'Hara. Sólo Archie.

Ferguson encontró al señor Jameson sentado detrás de su escritorio con un ejemplar del *Cobble Road Crusader* entre las manos. Había dirigido el colegio durante los últimos cinco años, y cada curso parecía hacerse un poco más bajo y rollizo y tener menos pelo en la cabeza. Pelo castaño en un principio, recordaba Ferguson, pero los escasos mechones que le quedaban se le estaban volviendo grises. El director no lo invitó a sentarse, de modo que Ferguson permaneció en pie.

Entenderá usted que se ha metido en un verdadero lío, ¿verdad?, le espetó el señor Jameson.

¿Lío?, inquirió Ferguson. Ya me han castigado. ¿Cómo voy a estar metido en un lío?

Timmerman y usted recibieron un castigo por haberse peleado. Le estoy hablando de esto.

El señor Jameson dejó caer el *Crusader* sobre el escritorio.

Dígame, Ferguson, prosiguió el director, ¿es usted el autor de todos los artículos de este número?

Sí, señor. Hasta la última palabra de cada artículo es mía.

¿Nadie lo ha ayudado a escribir nada?

Nadie.

Y sus padres. ¿Lo leyeron de antemano?

Mi madre sí. Me ayuda con la impresión, así que tiene ocasión de verlo antes que nadie. Mi padre no lo leyó hasta ayer.

¿Y qué le han dicho acerca de ello?

No mucho. Buen trabajo, Archie. Sigue así. Algo parecido.

De modo que me está diciendo que el editorial de primera página es idea suya.

Algaradas en Caracas. Sí, idea mía.

Diga la verdad, Ferguson. ¿Quién le está envenenando la cabeza con propaganda comunista?

¿Cómo?

Dígamelo, si no, tendré que expulsarlo temporalmente por imprimir esos embustes.

Yo no he mentido.

Acaba usted de empezar sexto grado. Eso quiere decir que tiene once años, ¿verdad?

Once y medio.

¿Y espera que me crea que a un muchacho de su edad se le puede ocurrir un argumento político como ése? Es usted muy joven para ser un traidor, Ferguson. Sencillamente no es posible. Alguna persona mayor debe de estar suministrándole esta basura, y supongo que será su madre o su padre.

No son traidores, señor Jameson. Quieren a su país.

Entonces ¿quién ha estado hablando con usted?

Nadie.

Cuando empezó usted con su periódico el año pasado, yo lo aprobé, ¿no es así? Incluso le permití que me entrevistara para uno de sus artículos. Me pareció encantador, justo lo que un joven con talento debería hacer. Ni controversias ni política, y de pronto se va usted de vacaciones y vuelve hecho un rojo. ¿Qué tengo que hacer con usted?

Si el *Crusader* es el causante del problema, señor Jameson, ya no tiene que preocuparse. Sólo había cincuenta ejemplares del número de vuelta al colegio, y la mitad voló por los aires cuando empezó la pelea. He estado indeciso sobre si debía seguir con ello, pero después de la pelea de esta mañana ya he tomado una decisión. El *Cobble Road Crusader* ha fenecido.

¿Me lo promete, Ferguson?

Se lo prometo.

Cumpla esa promesa y quizá intente olvidar que merece que lo expulse durante unos días.

No, no se olvide. Quiero que me expulse. Hasta el último chico de sexto se ha puesto en contra mía, y el colegio es el último sitio donde querría estar ahora mismo. Expúlseme durante mucho tiempo, señor Jameson.

Déjese de bromas, Ferguson.

No estoy de broma. Me han excluido, y cuanto más lejos me encuentre de aquí, mejor estaré.

Su padre trabajaba ahora en algo completamente distinto. Ya no era 3 Brothers Home World, sino una enorme burbuja impermeable situada en la frontera entre West Orange y South Orange que se llamaba South Mountain Tennis Center, seis pistas cubiertas que permitían a los entusiastas del tenis de la zona disfrutar de su pasión por ese deporte durante doce meses al año, jugar bajo temporales de lluvia y tormentas de nieve, jugar de noche, jugar antes de la salida del sol en las madrugadas de invierno: media docena de verdes pistas de superficie dura, un par de vestuarios provistos de lavabos, inodoros y duchas, más una tienda especializada donde vendían raquetas, pelotas, zapatillas y equipos de tenis para hombres y mujeres. Cuando dictaminaron que el incendio de 1953 había sido un accidente, la compañía de seguros pagó la póliza entera, y en vez de reconstruir la tienda o abrir otra en un emplazamiento distinto, el padre de Ferguson dio a sus empleados-hermanos una parte del dinero (sesenta mil dólares a cada uno) e invirtió los ciento ochenta mil restantes en poner en marcha su proyecto tenístico. Lew y Millie se marcharon al sur de Florida, donde Lew se hizo promotor de carreras caninas y partidos de jai alai, y Arnold abrió en Morristown un establecimiento de artículos para fiestas infantiles, con las estanterías abarrotadas de bolsas de globos, serpentinas de papel crepé, velas, carracas, sombreros sorpresa y láminas de Ponle la cola al burro, pero Nueva Jersey no estaba preparada para tan novedoso concepto, y cuando el negocio quebró dos años y medio después, Arnold pidió ayuda a Stanley, que le dio un empleo en la tienda del Tennis Center. En cuanto al padre de Ferguson, dedicó cada día de los dos años y medio que Arnold había tardado en hundir su establecimiento a la obtención de capitales para incrementar su inversión, buscando terrenos que acabó comprando, consultando con

arquitectos y constructores para luego, finalmente, levantar el South Mountain Tennis Center, que abrió sus puertas en marzo de 1956, una semana después de que su hijo cumpliera nueve años.

A Ferguson le gustaba la burbuja impermeable y el eco resonante y misterioso de las pelotas de tenis volando por el cavernoso espacio, el popurrí de raquetas colisionando con las bolas, pap-pap-pap, cuando estaban ocupadas varias pistas a la vez, los intermitentes chirridos de las suelas de goma al bloquearse sobre la superficie dura, los gruñidos y gemidos, los largos intervalos en los que nadie pronunciaba una sola palabra, el solemne mutismo de gente vestida de blanco lanzando pelotas blancas por encima de la red blanca, un mundo reducido, encerrado en sí mismo, que no se parecía a ningún otro sitio del ancho mundo que había fuera de la cúpula. Pensaba que su padre había hecho bien al cambiar de trabajo, que llegaba un momento en que aparatos de televisión, frigoríficos y colchones de muelles ya no decían nada y había que abandonar el barco y emprender otra cosa, y como su padre era aficionado al tenis, ¿por qué no ganarse la vida con el juego que adoraba? A todo lo largo de 1953, en los espeluznantes días siguientes a que 3 Brothers Home World ardiera hasta los cimientos, cuando su padre empezaba a formular el plan para el South Mountain Center, su madre le estuvo advirtiendo de los riesgos que entrañaba tal aventura, la enorme apuesta que su padre asumiría, y efectivamente se había encontrado con muchos obstáculos por el camino, e incluso después de la construcción del centro transcurrió un tiempo antes de que la lista de miembros creciera lo suficiente para que los ingresos de las cuotas fuesen superiores a los costes mensuales de gestión de tamaña empresa, lo que significaba que la mayor parte de los tres años largos que mediaron entre finales de 1953 y mediados de 1957 la familia dependió de los beneficios de Roseland Photo para mantenerse a flote. Las cosas habían mejorado desde entonces, el centro y el estudio no estaban en números rojos y generaban los suficientes ingresos para extravagancias tales como un Buick nuevo para su padre, una mano de pintura a la casa, una estola de visón para su madre y dos veranos consecutivos en un campamento para Ferguson, pero aun cuando su posición económica fuese ahora más desahogada, Ferguson comprendía lo mucho que sus padres habían trabajado para mantener aquel bienestar, lo absorbentes que eran sus trabajos y el poco tiempo que tenían para otras cosas, sobre todo su padre, que abría el centro siete días a la semana, de seis de la mañana a diez de la noche, y aunque lo ayudaba la plantilla de empleados, Chuck O’Shea y Bill Abramavitz, por ejemplo, más o menos capaces de llevar solos el negocio, y John Robinson, un antiguo mozo de Pullman que vigilaba las pistas y los vestuarios, más el holgazán del tío Arnold, que pasaba las horas en la tienda fumando Camel, hojeando periódicos e impresos de las carreras, junto con los tres jóvenes asistentes, Roger Nyles, Ned Fortunato y Richie Siegel, que rotaban en turnos de seis y siete horas, además de media docena de alumnos de instituto a tiempo parcial, el padre de Ferguson rara vez se tomaba un día libre durante la temporada de invierno y tampoco muchos durante los meses de buen tiempo.

Como sus padres estaban tan absortos en lo suyo, Ferguson solía guardarse las preocupaciones para sí mismo. En caso de extrema urgencia sabía que podía contar con su madre para que estuviera a su lado, pero el caso era que no se habían

producido emergencias en los dos últimos años, al menos ninguna tan seria como para correr hacia ella en busca de ayuda, y ahora que ya tenía once años y medio, la mayor parte de las situaciones que antes le parecían graves se había reducido a un conjunto de pequeños problemas que podía resolver por su cuenta. Que le dieran una paliza en el patio de recreo justo antes de empezar el primer día de colegio constituía sin duda un problema serio. Que el director lo acusara de difundir propaganda comunista también era indudablemente un asunto serio. Pero ¿era alguno de esos dos problemas lo bastante grave para considerarse urgente? Sin olvidar que había estado al borde de las lágrimas después de la regañina en el despacho del señor Jameson, sin contar que había tratado de contener esas lágrimas durante todo el camino del colegio a casa. Había sido un día aciago, probablemente el peor día de su vida desde que se cayó del árbol y se rompió la pierna, y tenía toda la razón del mundo para derrumbarse y echarse a llorar. Le había pegado su amigo, lo habían insultado sus otros amigos, y sólo podía esperar más puñetazos y más insultos, aparte de la vejación final de que lo llamara traidor el estúpido y cobarde director, que ni siquiera había tenido el valor de expulsarlo. Sí, Ferguson se sentía triste, Ferguson luchaba por contener las lágrimas, Ferguson se encontraba en una situación apurada, pero ¿de qué serviría contárselo a sus padres? Su madre sería toda simpatía, por descontado, querría abrazarlo y mecerlo en sus brazos, con mucho gusto volvería a convertirlo otra vez en niño pequeño y a sentarlo en sus piernas mientras él se desgañitaba con sus penosas lamentaciones, y luego se pondría furiosa por lo que le había pasado, amenazaría con llamar al señor Jameson para decirle lo que pensaba, luego organizarían una reunión y los adultos se pondrían a discutir por él, todo el mundo gritando por el subversivo rojillo y sus rojillos padres, ¿y de qué serviría todo eso?, ¿cómo podría impedir el próximo puñetazo lo que su madre dijera o hiciera? Su padre adoptaría una actitud más práctica. Sacaría los guantes de boxeo y le daría otra lección en el arte del guantazo, *la sutil ciencia*, como le gustaba denominarlo, sin duda el calificativo más inapropiado de toda la historia humana, y durante veinte minutos le demostraría cómo mantener la guardia alta y defenderse de un contrincante de mayor estatura, pero ¿de qué servían los guantes de boxeo en un patio de recreo donde la gente peleaba con los nudillos desnudos y no seguía las reglas, donde no siempre era uno contra uno sino con frecuencia dos contra uno o tres contra uno e incluso cuatro contra uno? Extrema urgencia. Sí, quizá lo fuera, pero su padre no podía hacer nada, su madre no podía hacer nada, y por tanto tendría que guardárselo para sí. Nada de gritos de socorro. Ni una palabra a ninguno de los dos. Sólo aguanta mecha, no te acerques al patio y espera no acabar muerto antes de Navidad.

Vivió un infierno durante todo el curso escolar, pero la naturaleza de aquel infierno y las leyes que lo regían fueron cambiando de mes a mes. Había supuesto que en general sería cuestión de porrazos, de que le dieran un puñetazo y luego contestar con otro lo más fuerte posible, pero las grandes peleas a plena luz no estaban a la orden del día, y aunque le pegaron a menudo durante los primeros días de clase jamás tuvo ocasión de devolver los golpes, porque se los daban sin previo aviso: un chico que caía sobre él como por arte de magia, sacudiéndole en el brazo, la espalda o el hombro, para luego salir zumbando antes de que Ferguson pudiera

responder. Puñetazos que dolían, subrepticios ataques de un solo trompazo cuando no miraba nadie, siempre un chico distinto, nueve chicos diferentes de los once de la clase, como si hubieran concertado la estrategia de antemano, y una vez que Ferguson hubo recibido aquellos nueve golpes de nueve chicos distintos, los puñetazos cesaron. Después fue cosa de hacerle el vacío, con aquellos mismos nueve chicos negándose a hablar con él, fingiendo que no lo oían cuando abría la boca para decir algo, mirándolo con rostros sin expresión, indiferentes, comportándose como si fuese invisible, una gota de ausencia disolviéndose en el aire vacío. Luego llegó la época de tirarlo al suelo de un empellón, el viejo truco de un chico poniéndose a gatas detrás de él mientras otro lo empujaba por delante, un rápido empujón que le hiciera perder el equilibrio, y entonces Ferguson se veía dando una voltereta sobre la espalda del chico agachado, y más de una vez aterrizó de cabeza, de modo que no sólo estaba el deshonor de que lo pillaran de nuevo con la guardia baja, sino el dolor también. Tanta diversión, tantas risas a su costa, y los chicos eran tan eficientes que el señor Blasi nunca pareció darse cuenta de nada. Los dibujos pintarrajeados, los garabatos sobre los ejercicios de matemáticas, las bolsas del almuerzo desaparecidas, la basura en su taquilla, la manga de la chaqueta cortada, la nieve en sus chanclos, la mierda de perro en su pupitre. El invierno fue la época de las bromas pesadas, la amarga estación de la maldad puertas adentro y una desesperación cada vez más honda, y luego el hielo se fundió y un par de semanas después de su duodécimo cumpleaños se inauguró una nueva ronda de puñetazos.

De no haber sido por las chicas, Ferguson sin duda se habría desmoronado, pero ninguna de las nueve chicas de la clase se volvió contra él, y además estaban los dos chicos que se negaban a tomar parte en la salvajada, el gordo y un tanto bobo Anthony DeLucca, indistintamente conocido como Gordi, Llorón y Blandi, en el pasado víctima de Krolik y compañía y que siempre había admirado a Ferguson, y el nuevo, Howard Small, un chico callado e inteligente que en el verano se había mudado de Manhattan a West Orange y aún andaba tanteando el terreno en su condición de neófito en las provincianas zonas de las afueras. En efecto, contaba con el apoyo de la mayoría de la clase, y como no estaba solo, cuando menos no completamente solo, Ferguson logró resistir poniendo en práctica sus tres principios fundamentales: no permitas que te vean llorar, nunca arremetas contra nadie movido por la frustración o la rabia y no digas ni palabra a alguien con autoridad, sobre todo a tus padres. Era un asunto brutal y desalentador, desde luego, con infinidad de lágrimas derramadas sobre su almohada por la noche, feroces, aún más complejos sueños de revancha, prolongadas caídas en las pedregosas simas de la melancolía, una grotesca fuga mental en la cual se veía a sí mismo saltando desde lo alto del Empire State Building, mudas diatribas contra la injusticia de lo que estaba padeciendo acompañadas del estrépito intermitente y frenético de la culpa, la secreta convicción de que merecía el castigo por ser el causante del horror que había caído sobre su cabeza. Pero eso era en privado. En público se obligaba a ser duro, a soportar los golpes sin emitir un solo grito de dolor, no haciéndoles caso, igual que se ignoraba a las hormigas que correteaban por el suelo o al tiempo que hacía en China, alejándose de cada humillación como si fuera el vencedor de alguna batalla cósmica entre el bien y el mal, conteniendo toda manifestación de dolor o derrota porque sabía

que las chicas estaban mirando, y cuanto más valor mostrara en resistir a sus atacantes, más se pondrían ellas de su lado.

Todo era muy complicado. Ya tenían doce años, o estaban a punto de cumplirlos, y algunos empezaban a emparejarse, la antigua línea divisoria entre los sexos se había estrechado hasta el extremo de que el masculino y el femenino casi se encontraban en territorio común, de pronto hablaban de novios y novias, de salir en plan fijo, casi cada fin de semana había guateques donde bailaban y jugaban a la botella borracha, y los mismos chicos que un año atrás atormentaban a las chicas tirándoles del pelo y pellizcándoles en el brazo eran ahora partidarios de besarlas. Pero el chico número uno, Timmerman, había forjado una alianza romántica con la chica número uno, Susie Krauss, y los dos imperaban en la clase como una especie de pareja real, el rey y la reina de la popularidad de 1959. A Ferguson lo ayudaba el hecho de que Susie y él eran amigos desde el parvulario y de que ella era la capitana de las fuerzas antiacoso. Cuando Timmerman y ella se convirtieron en pareja a finales de marzo, la atmósfera empezó a cambiar un poco, y no mucho después Ferguson notó que los ataques eran menos frecuentes, y los agresores, menos numerosos. Nada se dijo nunca. Ferguson sospechaba que Susie había dado un ultimátum a su nuevo galán —deja de torturar a Archie o te abandono—, y como Timmerman estaba más interesado en cortejar a Susie que en odiar a Ferguson, había dado marcha atrás. Seguía tratándolo con desdén, pero dejó de utilizar los puños contra él y ya no causaba desperfectos en sus cosas, y en cuanto Timmerman se retiró de la Pandilla de los Nueve, varios de los demás chicos también lo dejaron, porque Timmerman era el cabecilla y lo seguían en todo, de manera que en los dos meses y medio que faltaban para fin de curso sólo quedaron cuatro torturadores, Krolik y su banda de imbéciles, y aunque no resultaba agradable recibir los golpes de aquellos cuatro, era preferible a que lo sacudieran nueve. Susie no le dijo si había hablado con Timmerman o no (el protocolo le exigía permanecer en silencio sobre la cuestión por lealtad a su galán), pero Ferguson estaba casi seguro de que sí lo había hecho, y tan agradecido estaba a Susie Krauss y a su noble corazón de luchadora que empezó a soñar con el día en que abandonara a Timmerman y el campo quedara libre para probar suerte con ella. Fue uno de sus pensamientos fijos durante las primeras semanas de primavera, decidiendo que lo mejor sería empezar invitándola a pasar la tarde de algún sábado en el centro de tenis de su padre, donde podría enseñarle las instalaciones y demostrar lo bien que conocía su funcionamiento interno, lo que sin duda le causaría impresión y la pondría en buena disposición para aceptar un beso, o quizá varios, y si no para un beso, al menos para cogerla de la mano. Dada la volubilidad de los amoríos preadolescentes en aquel rincón de la zona residencial de Nueva Jersey, donde las relaciones duraban un promedio de sólo dos o tres semanas y dos meses de emparejamiento equivalían a diez años de matrimonio, era bastante razonable que Ferguson esperase que su oportunidad se materializara antes de terminar las clases a principios de verano.

Entretanto había puesto los ojos en Gloria Dolan, más bonita que Susie Krauss pero de compañía menos fascinante, una criatura tierna y esforzada en comparación con la impetuosa y apasionada Susie, y sin embargo Ferguson había puesto los ojos en ella al descubrir que, literalmente, Gloria no le quitaba los ojos de encima, porque siempre lo miraba cuando creía que él no la estaba mirando, y cuántas veces la había

sorprendido el mes pasado con la vista fija en él en clase, sentada frente a su pupitre mientras el señor Blasi daba la espalda a sus alumnos y elaboraba un problema matemático en la pizarra, sin prestar atención alguna a los blancos números de tiza pero observando a Ferguson, como si fuese un tema de mayor interés para ella, y ahora que Ferguson era consciente de ese interés, él también empezó a apartar la cabeza de la pizarra para mirarla, y ahora sus miradas se encontraban cada vez más, y siempre que ocurría eso se sonreían. En aquel momento de su viaje por la vida, Ferguson aún aguardaba su primer beso, el primer beso de una chica, un beso de verdad en contraposición a los besos fraudulentos de madres, abuelas y primas hermanas, un beso ardiente, erótico, que fuese más allá de poner simplemente los labios sobre otros labios, un beso que lo transportara por los aires a un territorio hasta entonces desconocido. Estaba preparado para aquel beso, llevaba pensando en él desde antes de su cumpleaños, Howard Small y él habían discutido el asunto repetidas veces y en profundidad a lo largo de los últimos meses, y ahora que Gloria Dolan y él intercambiaban sonrisas secretas en clase, Ferguson decidió que Gloria debía ser la primera, porque todas las señales apuntaban al hecho inevitable de que iba a ser la primera, y así fue como, un viernes por la noche a finales de abril, en el curso de una reunión en casa de Peggy Goldstein en Merrywood Drive, Ferguson condujo a Gloria al jardín trasero y la besó, y como ella le devolvió el beso, siguieron besándose durante un buen rato, mucho más tiempo del que él había imaginado, quizá diez o doce minutos, y cuando Gloria le deslizó la lengua por el interior de la boca, todo cambió de pronto, y Ferguson comprendió que había entrado en un mundo nuevo y nunca volvería a poner los pies en el antiguo.

Aparte de los besos que cambiaban la vida con Gloria Dolan, la otra cosa buena de aquel año aciago fue su creciente amistad con el chico nuevo, Howard Small. Contribuyó a ello el hecho de que Howard era de otro sitio, que había entrado en escena la primera mañana funesta del nuevo curso escolar sin prejuicios ni ideas preconcebidas sobre quién era quién o quién se suponía que debía ser, y que al cabo de unos minutos de pasar al patio había comprado el tercer número del *Cobble Road Crusader* y estaba encantado escudriñando su contenido cuando vio que al chico que acababa de vendérselo lo atacaban Timmerman y los demás, y como era alguien que distinguía el bien del mal se apuntó inmediatamente al bando de Ferguson y permaneció a su lado de entonces en adelante, y como él también era objeto de ocasionales agresiones por el delito de ser amigo de Ferguson, los dos muchachos se hicieron íntimos, pues cada uno de ellos se habría encontrado absolutamente solo sin la existencia del otro. Parias de sexto grado y, por tanto, amigos; al cabo de un mes, los mejores amigos del mundo.

Howard, no Howie, Howie, rotundamente no. Pequeño de nombre pero no de talla, sólo algún centímetro más bajo que Ferguson y ya empezando a ensanchar, ya no un niño canijo sino un preadolescente robusto, sólido y fuerte, sin miedo físico, un deportista kamikaze que compensaba sus mediocres capacidades con entusiasmo y esfuerzo incansables. Ingenio y afabilidad, alguien que aprendía con talento y rapidez a salir bien del paso en situaciones apremiantes, sacando incluso mejores resultados que Timmerman en las pruebas de evaluación, lector de libros, como Ferguson,

estudioso en ciernes de la política, como Ferguson, y un chico con maravillosas dotes para el dibujo. Como rosquillas, el lapicero que siempre llevaba en el bolsillo hacía paisajes, retratos y naturalezas muertas de precisión casi fotográfica, pero también dibujos animados y tebeos, que en gran medida basaban su humor en inverosímiles juegos de palabras, términos despojados de su sentido habitual porque su sonido coincidía con el de otras palabras de distinto significado, como en el dibujo titulado *Vuela por los aires con la mayor facilidad*, que mostraba a un chico propulsándose por el cielo con una enorme efe mayúscula entre las manos extendidas, mientras que al fondo otros chicos pasaban apuros con diminutas efes minúsculas, o si no el favorito de Ferguson, en el que Howard convirtió la palabra *lavabo* en una nueva forma de vegetación, un dibujo titulado *Los frutales de Pinsky*, con una hilera de cerezos en lo alto claramente etiquetados como *Cerezo*, otra de naranjos en el medio, pulcramente etiquetados como *Naranjo* y otra hilera de árboles-lavabo debajo, fielmente etiquetada como *Lavárbol*. Qué idea tan buena y tan graciosa, pensaba Ferguson, y qué buen oído, pero más que el oído era el ojo lo que contaba, el ojo en conjunción con la mano, porque el resultado no habría sido la mitad de eficaz si los retretes que colgaban de los florecidos brotes no hubieran estado tan bien dibujados, porque los retretes formaban como una flor poco menos que sublime, tan perfecta era la simbiosis entre las tazas y la flor de Howard que Ferguson apenas podía distinguirlas.

El padre de Howard era profesor de matemáticas y había trasladado a los Small a Nueva Jersey porque le habían ofrecido el puesto de decano de la Escuela Normal de la Universidad de Montclair. La madre de Howard trabajaba de redactora en una revista femenina llamada *Hearth & Home*, lo que significaba que viajaba a Nueva York cinco días a la semana y rara vez volvía a West Orange antes de anochecer, y como Howard tenía un hermano de veinte años y una hermana de dieciocho (ambos en la universidad), sus circunstancias eran bastante semejantes a las de Ferguson: hijo único *de facto* que solía volver del colegio a una casa vacía. Pocas mujeres del extrarradio trabajaban en 1959, pero Ferguson y su amigo tenían madres que eran algo más que amas de casa, y en consecuencia se habían visto obligados a ser más independientes y autónomos que el grueso de sus compañeros, y ahora que tenían doce años y se encaminaban a toda velocidad a las puertas de la adolescencia, el hecho de que dispusieran de amplias franjas de tiempo sin supervisores constituía una ventaja, porque en aquella etapa de la vida los padres eran sin duda la gente menos interesante del mundo y cuanto menos se tuviera que ver con ellos, mejor. Por tanto podían ir a casa de Ferguson después de clase y encender la televisión para ver *Norteamerican Bandstand* o *Million Dollar Movie* sin miedo a reprimendas por desperdiciar las últimas y preciosas horas de luz encerrándose en casa *en una tarde tan bonita*. En aquella primavera incluso convencieron a Gloria Dolan y Peggy Goldstein para que fueran dos veces con ellos a la casa para hacer guateques de dos parejas y bailar en el salón, y como para entonces Ferguson y Gloria eran veteranos en besarse, su ejemplo inspiró a Howard y Peggy para iniciarse en el complejo arte de besarse con la lengua en movimiento. Otras tardes iban en cambio a casa de los Small, con la seguridad de que no los interrumpirían ni espiarían cuando abrieran el escritorio del hermano de Howard y sacaran el montón de revistas verdes que tenía a

buen recaudo en el cajón inferior, bajo el inocuo señuelo de un libro de química del instituto. Largas conversaciones se sucedían sobre cuál de aquellas mujeres desnudas poseía el rostro más bonito o el cuerpo más atractivo, se establecían comparaciones entre las modelos de *Playboy* y las de *Gent* y *Swank*, las elegantes y bien iluminadas fotos en color de las mujeres casi irreales de *Playboy* frente a las imágenes más crudas y granuladas de las revistas más baratas, las satinadas y jóvenes bellezas típicamente norteamericanas y las lascivas furcias algo mayores de duro semblante y rubio pelo descolorido, y el tema de discusión era cuál de ellas resultaba más excitante y con qué mujer te gustaría más hacer el amor cuando tu cuerpo estuviera listo para entablar verdaderas relaciones sexuales, algo que de momento aún no era posible para ninguno de los dos, pero que ya estaba cerca, quizá otros seis meses, tal vez un año, y finalmente se acostarían una noche y a la mañana siguiente se levantarían para descubrir que ya eran hombres.

Ferguson llevaba rastreando los cambios en su organismo desde que aparecieron las primeras señales de inminente virilidad en la forma de un solo pelo que le brotó de la axila izquierda a los diez años y medio. Sabía lo que significaba y se sorprendió, porque parecía haber llegado muy pronto, y en aquel momento no estaba preparado para despedirse de la personalidad infantil que había poseído desde su nacimiento. El pelo le pareció feo y ridículo, un intruso enviado por alguna fuerza extraña para estropear su hasta ahora intachable persona, y por tanto se lo arrancó. Al cabo de unos días volvió, sin embargo, junto con un gemelo idéntico que se presentó a la semana siguiente, y luego la axila derecha también entró en acción, y al poco ya no podían distinguirse las hebras aisladas, los pelos se convertían en mechones, y para cuando cumplió los doce ya eran algo natural de la vida. Ferguson contemplaba con horror cómo se transformaban también otras zonas de su cuerpo, el vello claro casi invisible que le cubría piernas y antebrazos volviéndose más oscuro, más grueso y abundante, el surgimiento de vello púbico en su antes terso bajo vientre, y luego, nada más cumplir los trece, la odiosa pelusa negra que germinaba entre la nariz y el labio superior, tan asquerosa y deformante que una mañana se la afeitó con la maquinilla eléctrica de su padre, y cuando al cabo de dos semanas le volvió a crecer, se la volvió a afeitar. El horror consistía en no controlar lo que estaba ocurriendo, en tener la sensación de que su cuerpo se había convertido en objeto de un experimento realizado por un científico desequilibrado propenso a bromas de mal gusto, y mientras el vello le seguía proliferando en zonas cada vez más extensas, no pudo menos que evocar al Hombre Lobo, el protagonista de aquella película truculenta que había visto una noche con Howard por televisión el otoño pasado, la metamorfosis de un hombre normal y corriente en un monstruo de cara peluda, cuyo sentido interpretaba Ferguson ahora como una parábola sobre la impotencia que se sentía al experimentar la pubertad, porque estabas condenado a convertirte en lo que tus genes hubieran decidido que serías, y hasta que concluyera el proceso nunca tendrías la menor idea de lo que te esperaba al día siguiente. Eso era lo horroroso de todo aquello. Pero junto al horror estaba la fascinación, la certeza de que por largo y difícil que fuese el camino, finalmente conduciría al reino de la dicha erótica.

El problema consistía en que Ferguson aún no sabía nada sobre la naturaleza de esa dicha, y por mucho que se esforzara en imaginar lo que sentiría su cuerpo en la

agonía de un orgasmo, su imaginación seguía fallándole. Sus primeros años de dos dígitos estaban llenos de rumores y habladurías pero no de hechos comprobados, eran historias misteriosas, sin confirmar, procedentes de chicos con hermanos adolescentes que aludían a los increíbles espasmos que acompañaban al logro de la dicha erótica, la vibrante corriente de lechoso fluido que brotaba del pene, por ejemplo, que a veces se proyectaba bastantes centímetros o incluso metros por el aire, la llamada eyaculación, que siempre iba acompañada de la sensación de aquel gozo tan ansiado, descrito por el hermano de Howard como la mejor sensación del mundo, pero cuando Ferguson insistió para que fuese más concreto y explicara cómo era aquella sensación, Tom dijo que no sabía por dónde empezar, era muy difícil describirlo con palabras y Ferguson tendría sencillamente que esperar hasta que le llegara el momento de experimentarla por sí mismo, una respuesta frustrante que no ayudó a mitigar su ignorancia, y aunque algunos de los términos técnicos ya le eran familiares, tal como la palabra *semen*, que era la materia blancuzca y pegajosa que te salía y llevaba el esperma necesario para engendrar niños, Ferguson invariablemente pensaba en un barco lleno de *hombres de mar* siempre que alguien pronunciaba esa palabra en su presencia, *sea men* de un barco mercante vestidos con uniformes de color blanco lechoso que desembarcaban y acudían a los cafetines de los muelles a coquetear con mujeres medio desnudas y unirse a las etílicas salomas de los viejos lobos de mar mientras uno con camiseta a rayas y una sola pierna tocaba la melodía en su viejo acordeón. Pobre Ferguson. Estaba hecho un lío, y como seguía sin poder imaginarse lo que aquellas palabras significaban realmente, sus pensamientos solían dispararse en varias direcciones a la vez. *Sea-men*, hombres de mar, pronto se convertía en *see-men*, hombres que ven, y un instante después se imaginaba que era un ciego entrando en el ruidoso bar tanteando el suelo con un bastón blanco en la mano.

Estaba claro que el protagonista de aquel drama era su entrepierna. O bien, evocando la terminología de los antiguos hebreos, sus entrañas. Es decir, sus partes pudendas, comúnmente aludidas en los textos de medicina como genitales. Porque hasta donde podía recordar, siempre daba buena sensación tocarse ahí abajo, juguetear con el pene cuando no miraba nadie, por la noche en la cama o a primera hora de la mañana, por ejemplo, manipulando la carnosa extrusión hasta que se erguía tiesa en el aire, duplicando, triplicando o incluso cuadruplicando su tamaño, y con aquella sorprendente mutación una incipiente suerte de placer empezaba a esparcirse por su organismo, sobre todo por la parte inferior, una informe avalancha de sensaciones que aún no era dicha pero que sugería que algún día podría alcanzarse mediante una similar especie de fricción. Ahora Ferguson no paraba de crecer, cada mañana su cuerpo parecía un poco más grande que el día anterior, y el crecimiento del pene iba al ritmo de lo demás, ya no el protuberante pajarillo de la infancia sin vello, sino un apéndice cada vez más sustancial que ahora parecía poseer voluntad propia, alargándose y endureciéndose a la menor provocación, sobre todo las tardes en que Howard y él observaban las revistas de mujeres desnudas de Tom. Ya estaban en primero de instituto, y un día Howard contó un chiste que le había contado su hermano:

Un profesor de ciencias pregunta a sus alumnos: ¿qué parte del cuerpo es capaz

de aumentar hasta alcanzar seis veces su tamaño normal? Señala con el dedo a la señorita McGillacuddy, pero la chica, en lugar de contestar a la pregunta, empieza a ruborizarse y se tapa la cara con las manos. El profesor señala entonces al señor MacDonald, que al instante responde: Las pupilas. Correcto, dictamina el profesor, que entonces se vuelve hacia la ruborizada señorita McGillacuddy y se dirige a ella con una irritación cercana al desprecio. Voy a decirle tres cosas, jovencita. Primera: no ha hecho usted los deberes de casa. Segunda: tiene usted una mente sucia, asquerosa. Y tercera: va a llevarse usted un gran chasco en la vida.

Seis veces no, entonces, ni siquiera cuando había crecido del todo. Había límites en lo que cabía esperar del futuro, pero cualesquiera que fuesen las medidas exactas, cualesquiera que fuesen las proporciones entre el blando reposo y la dura avidez, el incremento sería suficiente para el día, la noche de aquel día y todos los días y noches siguientes.

La enseñanza secundaria era indudablemente superior a la primaria en que había estado cautivo durante los últimos siete años, y con más de mil alumnos saliendo en estampida a los pasillos después de cada clase de cincuenta minutos, ya no tenía que soportar la agobiante intimidad de verse atrapado en el aula con los mismos veintitrés o veinticuatro compañeros de lunes a viernes desde principios de septiembre hasta finales de junio. La Pandilla de los Nueve era cosa del pasado, e incluso Krolik y sus tres aduladores casi se habían perdido de vista, porque Ferguson rara vez se cruzaba en su camino. Timmerman seguía presente, compañero de clase de Ferguson en cuatro asignaturas, pero los dos muchachos coexistían tomándose la molestia de no hacerse caso el uno al otro, una actitud distante que no resultaba satisfactoria pero que tampoco era insoportable. Mejor aún, Timmerman y Susie Krauss se habían separado, según esperaba Ferguson, y él también había perdido el contacto con Gloria Dolan desde que en el verano su primera compañera de besos hubiera puesto los ojos en el guapo Mark Connelly, lo que le molestó pero no lo dejó completamente abatido porque se le despejaba el camino para ir detrás de Susie Krauss, la chica de sus sueños en sexto grado, así que aprovechó la oportunidad y la llamó una noche en la primera semana de clase, lo que condujo a visitar el centro de tenis de su padre un sábado por la tarde y a su primer beso al sábado siguiente y a muchos otros besos en subsiguientes viernes y sábados durante varios meses, y entonces se separaron, con Susie cayendo en los brazos del antes mencionado Mark Connelly, que había perdido a Gloria Dolan por un chico llamado Rick Bassini mientras Ferguson languidecía por la aún más atractiva Peggy Goldstein, que había roto con Howard tiempo atrás, aunque el mejor amigo de Ferguson había salido con el corazón intacto y ahora ofrecía ese mismo corazón a la brillante y efervescente Edie Cantor.

Así transcurrió aquel curso de romances efímeros y amores circulares, que también fue el año en que cada vez más amigos suyos se presentaban en el instituto con aparatos en los dientes, y en el que todo el mundo empezó a preocuparse por las erupciones de acné. Ferguson se sentía afortunado. Hasta el momento sólo le habían atacado el rostro tres o cuatro volcanes modestos, que se había reventado a la primera oportunidad, y sus padres habían decidido que tenía los dientes lo bastante derechos como para evitarle el suplicio de la ortodoncia. Aún más, insistieron en que volviera otro verano a Camp Paradise. Él suponía que a los trece años quizá fuera un poco

mayor para ir a un campamento y por tanto preguntó a su padre en las vacaciones navideñas si podía pasar julio y agosto trabajando en el centro de tenis, pero su padre se rio, diciendo que tendría mucho tiempo para trabajar más adelante. Necesitas que te dé el aire, Archie, dijo, correr por ahí con chicos de tu edad. Además, no te darán permiso de trabajo hasta que cumplas los catorce. En Nueva Jersey no puedes trabajar, y no querrás meterme en líos por quebrantar la ley, ¿verdad?

Ferguson era feliz en el campamento. Siempre lo había sido allí, y daba gusto reunirse con sus amigos neoyorquinos del verano, la media docena de chicos de ciudad que seguían yendo año tras año como él. Disfrutaba con el eterno sarcasmo y humor de aquellos personajes animados y habladores que con frecuencia le recordaban la rápida forma de hablar de los soldados norteamericanos en películas sobre la Segunda Guerra Mundial, el tono bromista y enredador, la compulsión a no tomar jamás nada en serio, a convertir cada situación en una excusa para otro chiste o comentario burlón. Sin duda era algo admirable afrontar la vida con tal ingenio e irreverencia, pero también era cansino a veces, y siempre que Ferguson se hartaba de las gracias verbales de sus compañeros de cabaña, empezaba a echar de menos a Howard, su amigo íntimo de los dos últimos años, el mejor amigo que había tenido jamás, y con Howard lejos, en la granja lechera de sus tíos en Vermont, donde pasaba los veranos, Ferguson se puso a escribirle cartas en la hora de reposo de después del almuerzo, gran número de cartas, breves y largas, en las que exponía todo lo que estuviera pensando en el momento, porque Howard era la única persona en el mundo con quien podía desahogarse, la única persona a quien no temía confiar sus problemas, el amigo singular, intachable, a quien podía transmitir cualquier cosa, desde críticas a otra gente, pasando por comentarios sobre libros que había leído, por reflexiones sobre la dificultad de contener los pedos en público, hasta ideas sobre Dios.

Hubo dieciséis cartas en total, y Howard las guardaba en una caja de madera, donde las conservó hasta hacerse mayor e iniciar su vida de adulto porque el treceañero Ferguson, su amigo de los dientes derechos y semblante luminoso, fundador del *Cobble Road Crusader*, largo tiempo difunto pero nunca olvidado, el chico que se rompió la pierna a los seis, se hizo un tajo en el pie a los tres y casi se ahogó a los cinco, que había capeado los estragos de la Pandilla de los Nueve y la Banda de los Cuatro, que había besado a Gloria Dolan, Susie Krauss y Peggy Goldstein, que contaba los días para entrar en el reino de la dicha erótica, que había supuesto y esperado y dado enteramente por descontado que aún tenía muchos años de vida por delante, no vivió hasta el final del verano. Por eso guardó Howard Small aquellas dieciséis cartas: porque eran las últimas huellas de la presencia de Ferguson en este mundo.

«Ya no creo en Dios», escribía en una de ellas. «Al menos no en el Dios del judaísmo, del cristianismo ni de ninguna otra religión. La Biblia dice que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza. Pero fueron hombres quienes escribieron la Biblia, ¿no es verdad? Lo que significa que el hombre creó a Dios a su imagen y semejanza. De lo que también se desprende que Dios no vela por nosotros, y desde luego le importa un pito lo que los hombres piensen o sientan. Si de verdad se preocupara por

nosotros, no habría creado un mundo en el que ocurren tantas cosas espantosas. Los hombres no pelearían en las guerras, ni se matarían unos a otros ni construirían campos de concentración. No mentirían, ni harían trampas ni robarían. No digo que Dios no creara el mundo (¡ningún hombre lo creó!), pero una vez terminada su obra desapareció entre los átomos y moléculas del universo y nos dejó para que lidiáramos con ella nosotros solos.»

«Me alegro de que Kennedy consiguiera la candidatura —escribía en otra carta —. Me gustaba más que otros candidatos, y estoy seguro de que ganará a Nixon en otoño. No sé por qué estoy seguro, pero es difícil imaginar que los norteamericanos quieran de presidente a un hombre taimado al que llaman Tricky Dick.»

«En mi cabaña hay otros seis chicos —escribía en otra—, y tres de ellos son lo bastante mayores para "hacerlo" ya. Por la noche se hacen pajas en la cama y nos cuentan lo fenomenal que es. Hace dos días hicieron lo que ellos llaman una paja circular y nos dejaron verlo, así que al fin vi lo que es esa materia y lo lejos que se escupe. No es de un blanco lechoso sino cremoso, algo parecido a la mayonesa o el tónico capilar. Luego, a uno de los tres reyes de la paja, un tío enorme llamado Andy, se le puso tiesa otra vez e hizo algo que me dejó estupefacto, a mí y a todos los demás. ¡Se dobló por la cintura y se chupó su propia polla! No sabía yo que eso fuera humanamente posible. O sea, ¿cómo se puede tener tal flexibilidad que permita arquear el cuerpo hasta lograr esa postura? Ayer por la mañana intenté hacerlo en el baño, pero de ninguna manera pude acercarme la picha a la boca. Mejor así, supongo. No querría ir por ahí pensando que soy un mamón, ¿no te parece? De todas formas, fue una cosa curiosa, digna de ver.»

«He leído tres libros desde que estoy aquí —escribía en la última carta, fechada el 9 de agosto— y creo que los tres son geniales. Dos de ellos me los envió mi tía Mildred, uno pequeño de Franz Kafka que se titula *La metamorfosis* y otro más extenso de J. D. Salinger titulado *El guardián entre el centeno*. El otro me lo dio Gary, el marido de mi prima Francie: *Cándido*, de Voltaire. El de Kafka es con mucho el más raro y más difícil de leer, pero me ha encantado. ¡Un hombre se despierta una mañana y descubre que se ha convertido en un insecto enorme! Parece una historia de terror o ciencia ficción, pero no lo es. Trata sobre el alma humana. *El guardián entre el centeno* es sobre un chico de instituto que deambula por Nueva York. No ocurren muchas cosas, pero la forma de hablar de Holden (el protagonista) es muy realista y verdadera, y no puedes evitar que te caiga bien y pienses que ojalá fuera amigo tuyo. *Cándido* es un libro antiguo del siglo XVIII, pero es disparatado y divertido, y me he reído a carcajadas casi en cada página. Gary la ha calificado de sátira política. ¡Yo digo que es fenomenal! Tienes que leerlo, y los otros también. Ahora que los he leído todos, lo que me choca es lo diferentes que son los tres. Todos están escritos con su propio estilo, y los tres son muy buenos, lo que significa que no hay una sola forma de escribir un buen libro. El año pasado, el señor Dempsey nos repetía que había dos formas, una buena y otra mala; ¿te acuerdas? Puede que así sea con las matemáticas y la ciencia, pero no con los libros. Cada uno los hace a su manera, y si tu forma de hacerlo es buena, podrás escribir un buen libro. Lo interesante es que no puedo decidir cuál de ellos me ha gustado más. Se supone que tendría que saberlo, pero no lo sé. Todos me han encantado. Lo que significa, supongo, que toda forma buena es

válida. Me alegra pensar en todos los libros que aún no he leído: cientos, miles de ellos. ¡Cuántos espero ansiosamente!»

El último día de la vida de Ferguson, el 10 de agosto de 1960, empezó con un breve chaparrón nada más amanecer, pero después del toque de diana a las siete y media el viento había desplazado las nubes hacia el este y el cielo estaba azul. Ferguson y sus seis compañeros de cabaña se dirigieron al comedor con su monitor, Bill Kaufman, que en junio había terminado segundo curso en el Brooklyn College, y durante los treinta o cuarenta minutos que tardaron en despachar los cereales y los huevos revueltos, volvieron las nubes, y cuando los muchachos regresaban a la cabaña para la limpieza y la inspección, empezó a llover de nuevo, una lluvia tan fina e intrascendente que casi daba igual que ninguno llevara impermeable ni paraguas. Las camisetas se les cubrieron de oscuras manchas de humedad, pero eso era todo: se habían mojado de una forma muy leve, agua en tan escasa cantidad que ni siquiera iban empapados. Mientras acometían el ritual de cada mañana de hacer las camas y barrer el suelo, sin embargo, el cielo se fue oscureciendo cada vez más y poco después la lluvia empezó a caer en serio, golpeando el tejado de la cabaña con gotas cada vez más aceleradas. Durante unos momentos repiquetearon con encantadora disonancia en un ritmo sincopado, pensó Ferguson, pero entonces se incrementó la intensidad de la lluvia y se perdió el efecto. La lluvia ya no hacía música. Se había convertido en un ruido compacto, indistinto, una percusión difusa. Bill les dijo que un frente borrascoso se aproximaba desde el sur, y con otro frente frío bajando simultáneamente desde el norte, cabía esperar un buen remojón. Poneos cómodos, chicos, aconsejó. Vamos a tener una tormenta de las gordas y nos pasaremos la mayor parte del día metidos en la cabaña.

El oscuro cielo siguió ennegreciéndose, y dentro de la cabaña se hacía difícil ver con claridad. Bill encendió la luz del techo, pero incluso con ella encendida tenían la sensación de estar a oscuras, porque la bombilla de setenta vatios colgaba a demasiada altura entre las vigas para iluminar gran cosa. Ferguson estaba en su cama, hojeando un número atrasado de la revista *Mad* que había estado circulando por la cabaña, leyendo con ayuda de la linterna y preguntándose si había habido alguna vez una mañana tan oscura como aquélla. Ahora la lluvia aporreaba el tejado, una arremetida en toda regla, machacando las tejas de madera como si las líquidas gotas se hubieran convertido en piedra, millones de guijarros caían del cielo y los apedreaban, y entonces, muy a lo lejos, Ferguson oyó un apagado y grave estruendo, un ruido denso y congestionado que le hizo pensar en alguien que se aclarase la garganta, un trueno que debía sonar a muchos kilómetros de distancia, en alguna parte de las montañas, quizá, y eso le pareció raro a Ferguson, pues según su experiencia el trueno y el relámpago de las tormentas eléctricas siempre iban en conjunción con la lluvia, pero en aquel caso ya estaba lloviendo, diluviando tan fuerte como nunca en la vida, y el trueno aún estaba bastante lejos, lo que le llevó a pensar que quizá hubiera dos tormentas descargando a la vez, no sólo una borrasca y un frente frío, como había dicho Bill, sino dos tormentas separadas, una directamente sobre sus cabezas y otra acercándose por el norte, y si la primera tormenta no se disipaba antes de que llegara la segunda, las dos chocarían entre sí y se fundirían, lo que crearía una temporal de todos los diablos, dijo Ferguson para sus adentros, una

borrasca monumental, la tormenta que acabaría con todas las demás tormentas.

Ocupaba la cama a la derecha de la de Ferguson un muchacho llamado Hal Krasner. Desde el principio de verano, hacían continuamente entre los dos un número en el que se hacían pasar por el listo George y el estúpido Lennie, los nómadas de *De ratones y hombres*, un libro que ambos habían leído aquel año y encontraban lleno de posibilidades cómicas. Ferguson hacía de George y Krasner de Lennie, y casi todos los días pasaban unos minutos improvisando descabellados diálogos entre sus respectivos personajes, una continua serie de sandeces que empezaban con Lennie preguntando a George lo que les pasaría cuando fueran al cielo, por ejemplo, o con George recordando a Lennie que no se hurgara la nariz en público, estúpidos coloquios que probablemente debían más a Laurel y Hardy que a Steinbeck, pero los chicos se divertían diciendo aquellas estupideces, y con el torrencial diluvio cayendo sobre el campamento y todo el mundo encerrado, Krasner se sentía de humor para probar otra vez.

Por favor, George, dijo. Haz que pare, te lo ruego. Ya no aguanto más.

¿Que pare qué, Lennie?, preguntó Ferguson.

La lluvia, George. El ruido de la lluvia. Es muy fuerte, está empezando a volverme loco.

Tú siempre has estado loco, Lennie. Y lo sabes.

Loco, no, George. Sólo idiotizado.

Idiota, sí. Pero también loco.

No puedo evitarlo, George. Nací así.

Nadie dice que sea culpa tuya, Lennie.

¿Y bien?

Y bien, ¿qué?

¿Vas a hacerme el favor de que pare la lluvia?

Sólo el jefe puede hacer eso.

Pero si el jefe eres tú, George. Tú siempre has sido el jefe.

Me refiero al gran jefe. Al único.

Yo no conozco al único. Sólo te conozco a ti, George.

Haría falta un milagro para conseguir algo así.

Pues bueno. Tú eres capaz de todo.

Ah, ¿sí?

Ese ruido me está poniendo malo. Si no lo paras, me voy a morir.

Krasner se tapó las orejas con las manos y empezó a gemir. Era Lennie diciendo a George que había llegado al límite de sus fuerzas, y Ferguson asentía en su papel de George con triste conmiseración, consciente de que ningún hombre podría hacer que cesara la lluvia, que los milagros estaban fuera del alcance de las capacidades humanas, pero a Ferguson le resultaba difícil centrarse en su parte del número, porque los gemidos de vaca enferma de Krasner eran sencillamente muy graciosos, y después de oírlos unos cuantos segundos más, soltó una carcajada, lo que deshizo el encanto de la farsa, aunque sólo para él, no para Krasner, que supuso que Ferguson se había reído en su papel de George, con lo cual, aún representando a Lennie, Krasner se quitó las manos de las orejas y declaró:

No está bien reírse así de alguien, George. Puede que yo no sea el tío más listo

del condado, pero tengo alma, igual que tú y todos los demás, y si no borras esa sonrisa de tu cara, te retorceré el pescuezo como a un conejo.

Ahora que Krasner en el papel de Lennie había recitado un parlamento tan serio y eficaz, Ferguson se sintió obligado a entrar de nuevo en su personaje, a convertirse en George otra vez en deferencia a Krasner y a los demás chicos que los estaban escuchando, pero justo cuando iba a vaciar los pulmones y gritar una orden para que cesara la lluvia —*¡Basta de lagrimones, jefe!*—, en el cielo retumbó un trueno desgarrador, un estruendo tan fuerte y explosivo que sacudió el suelo de la cabaña y estremeció los marcos de las ventanas, que siguieron temblando y vibrando hasta que el estallido del siguiente trueno volvió a zarandearlos. La mitad de los chicos se sobresaltaron, propulsándose hacia delante y moviéndose involuntariamente de un lado a otro en respuesta al estrépito, mientras los demás, por puro reflejo, soltaban un grito que escapó de sus pulmones en sorprendidas exclamaciones semejantes a palabras pero que en realidad eran gruñidos instintivos en forma de palabras, *uau, uaa, uou*. Seguía cayendo una fuerte lluvia, fustigando las ventanas y haciendo difícil ver a través de los cristales; nada más que una oscuridad acuosa y ondulante iluminada por las súbitas ráfagas de los relámpagos, todo negro durante diez o veinte palpitaciones y luego unos instantes de luz blanca y cegadora. La tormenta que Ferguson había imaginado, la inmensa doble tormenta que se fundiría en una sola cuando el viento del norte colisionara con el del sur, ya caía sobre ellos, y aún era mayor y mejor que la que él esperaba que fuese. Una grandiosa tempestad. Un eje de furia que desgarraba los cielos. Un verdadero júbilo.

No te apures, Lennie, dijo a Krasner. No hay por qué tener miedo. Ahora mismo voy a poner fin a ese ruido.

Sin detenerse a explicar lo que se disponía a hacer, Ferguson se levantó de un salto de la cama y corrió hacia la puerta, que abrió de golpe tirando fuerte con ambas manos, y aunque oyó la voz de Bill que gritaba a su espalda —*¡Joder, Archie! ¡Te has vuelto loco!*— no se detuvo. Comprendía que efectivamente era una locura, pero la cuestión era que deseaba estar loco en aquel preciso momento, y quería estar fuera, bajo el temporal, formar parte de la tempestad, adentrarse en ella el tiempo necesario para absorberla en su interior.

La lluvia era soberbia. En cuanto cruzó el umbral y puso el pie fuera de la cabaña, vio que jamás había llovido tan fuerte, que las gotas de aquella lluvia eran más gruesas y caían más deprisa que cualesquiera otras que hubiera visto jamás, precipitándose del firmamento con la fuerza de perdigones y el peso suficiente para arañarle la piel e incluso hacerle marcas en el cráneo. Una lluvia magnífica, todopoderosa, y con el fin de saborearla al máximo pensó en correr hasta los robles que se alzaban a veinte metros frente a él, donde las hojas y ramas lo protegerían de los proyectiles que caían, de modo que Ferguson echó a correr, lanzándose a través del empapado y resbaladizo terreno hacia los árboles, metiéndose hasta los tobillos en los charcos mientras el trueno retumbaba sobre su cabeza y caían rayos a unos metros de sus pies. Cuando llegó estaba completamente empapado, pero estar mojado daba una espléndida sensación, una emoción más fuerte que ninguna otra, y Ferguson se sintió feliz, más feliz de lo que había estado en cualquier momento de aquel verano o en cualquier otro verano de su vida, porque sin duda era lo más grandioso que había

hecho jamás.

Hacía poco viento, o ninguno. La tormenta no era un huracán ni un tifón, sino un furioso chaparrón con truenos que le estremecían el cuerpo y relámpagos que le deslumbraban los ojos, y Ferguson no tenía el menor miedo del rayo porque calzaba zapatillas de deporte y no llevaba encima ningún objeto metálico, ni siquiera el reloj ni el cinturón con hebilla plateada, y por tanto se sentía seguro y exultante bajo el refugio de los árboles, contemplando la grisácea cortina de agua que había entre él y la cabaña, observando la vaga y difuminada silueta de Bill, su monitor, plantado en el umbral de la puerta abierta y gritándole, haciéndole gestos para que volviera a la cabaña, pero Ferguson no oía ni palabra de lo que estaba diciendo, era imposible entre el ruido de la lluvia y el trueno, y menos aún cuando él mismo se puso a aullar, no George en su misión de salvar a Lennie, sino Ferguson en persona, un chaval de trece años ululando de exaltación ante el hecho de estar vivo en un mundo como el que le habían regalado aquella mañana, y como se creía a salvo ni siquiera prestó atención cuando un rayo cayó sobre la rama más alta de uno de los árboles, y entonces vio que Bill había salido de la cabaña y corría hacia él, por qué demonios hacía algo así, se preguntó Ferguson, pero antes de que conociera la respuesta la rama se había desprendido del árbol y caía derecha sobre él. Sintió el impacto, sintió la madera chascar en su cabeza como si alguien le hubiera asestado un golpe por detrás y luego no sintió nada, nada en absoluto ni nunca más, y mientras yacía en el empapado suelo, la lluvia siguió cayendo sobre su cuerpo inerte y el trueno siguió restallando, y de un extremo a otro de la Tierra los dioses guardaron silencio.

* Existe una versión española de estas tiras cómicas, en la cual estos personajes eran conocidos como Periquita y Marcelo, Pancho y Ramona, Pepita, Lorenzo y Beto el Recluta, respectivamente. *(N. del e.)*

2.3

Su abuelo lo denominaba *curioso interregno*, refiriéndose al tiempo que mediaba entre dos momentos distantes, un tiempo sin tiempo en el que todas las normas sobre cómo se debía vivir se habían tirado por la ventana, y aunque el huérfano de padre entendía que aquel periodo no iba a durar para siempre, deseaba que se hubiera prolongado más allá de los dos meses que le habían concedido, otros dos meses aparte de los primeros dos, tal vez, u otros seis más, o incluso un año, quizá. Había estado bien vivir en ese tiempo sin colegio, ese curioso intervalo entre una vida y la siguiente cuando su madre estaba con él desde el instante en que abría los ojos por la mañana hasta el momento en que los cerraba por la noche, porque ella era la única persona que ahora le parecía real, la única persona verdadera que quedaba en el mundo, y qué estupendo había sido compartir con ella aquellos días y semanas, aquellos dos meses tan extraños de comer en restaurantes, visitar pisos vacíos e ir al cine casi todas las tardes, cuando vieron tantas películas en la penumbra del gallinero, donde podían llorar siempre que querían sin tener que dar explicaciones a nadie. Su madre lo llamaba *revolcarse en el fango*, y con eso, suponía Ferguson, se refería al fango de su desgracia, pero descubrió que sumirse en esa desdicha podría ser extrañamente satisfactorio, con tal de hundirse en ella lo más posible sin tener miedo a ahogarse, y como las lágrimas tendían a conducirlos al pasado, les habían evitado la preocupación por el futuro, hasta que llegó el día en que su madre le dijo que era hora de empezar a pensar en ello, y los llantos se acabaron de una vez.

Por desgracia, el colegio era inevitable. Por mucho que Ferguson deseara prolongar su libertad no estaba en su mano controlar tales cosas, y una vez que decidieron alquilar el piso de Central Park West, el siguiente punto del orden del día era encontrar un buen colegio privado. Ni hablar de la enseñanza pública. La tía Mildred se mostraba categórica en ese aspecto, y en una rara ocasión de acuerdo entre las hermanas, la madre de Ferguson siguió su consejo, sabedora de que Mildred estaba mejor informada que ella en cuestiones de educación, ¿y por qué arrojar a Archie al áspero asfalto del patio de recreo de un colegio público cuando podía permitirse el gasto de matricularlo en un colegio privado? Únicamente quería lo mejor para su hijo, y Nueva York era una ciudad más sombría y peligrosa que la que ella había dejado en 1944, con pandillas de jóvenes vagando por las calles del Upper West Side armados con navajas automáticas y letales pistolas de fabricación casera, sólo a veinticinco manzanas de donde vivían sus padres y sin embargo otro universo distinto, un barrio que se había transformado en los últimos años por la afluencia de inmigrantes puertorriqueños, un vecindario más pobre, más sucio, más vistoso que durante la guerra, el aire cargado ahora de olores y ruidos desconocidos, una especie diferente de energía animando las aceras en las avenidas Columbus y Amsterdam, no había más que poner el pie en la calle para sentir un trasfondo de amenaza y confusión, y la madre de Ferguson, que siempre se había sentido cómoda en Nueva York tanto de niña como de joven soltera, estaba preocupada por la seguridad de su hijo. En consecuencia, la segunda mitad del curioso interregno se dedicó a algo más

que a comprar muebles e ir al cine, también había que ver la media docena de colegios particulares de la lista de Mildred y discutirlos, las visitas a instalaciones y aulas, las entrevistas con directores y responsables de admisiones, los test de cociente intelectual y exámenes de ingreso, y cuando admitieron a Ferguson en el primero de la lista de Mildred, el Colegio Hilliard para Niños, hubo tal regocijo en la familia, tan desbordante oleada de cariño y entusiasmo de sus abuelos y su madre, de su tío y su tía, de su tía abuela Pearl, que el muchacho de ocho años, huérfano de padre, se figuró que el colegio no debía de ser mal sitio para pasar el tiempo, después de todo. No iba a ser fácil encajar, desde luego, porque estaban a últimos de febrero y al curso escolar ya sólo le faltaba un tercio de su recorrido, y no iba a ser divertido llevar chaqueta y corbata todos los días, pero quizá eso no sería ningún problema, y a lo mejor se acostumbraba a la ropa, pero aunque constituyera un problema y no se habituara a la vestimenta, al final daría lo mismo, porque, le gustara o, no iba a ir al Colegio Hilliard para Niños.

Fue allí porque la tía Mildred había convencido a su madre de que Hilliard era uno de los mejores colegios de la ciudad, con *una reputación consolidada de excelencia docente*, pero nadie había explicado a Ferguson que sus compañeros se contarían entre los niños más ricos de Estados Unidos, los vástagos de las privilegiadas familias adineradas de Nueva York, ni que sería el único chico de la clase que vivía en el West Side y uno de sólo once no cristianos de los casi seiscientos de todo el alumnado entre párvulos y enseñanza secundaria. Al principio, a nadie se le ocurrió que no fuese otra cosa que escocés presbiteriano, error comprensible por el nombre que habían puesto a su abuelo a raíz de la pifia de 1900 sobre Rockefeller, pero entonces un profesor observó que Ferguson no movía los labios para rezar el *Señor mío Jesucristo* en la capilla por la mañana, y empezó a correr de boca en boca el dato de que era uno de los once y no uno de los quinientos setenta y seis. Añádase la cuestión de su tardía entrada en el colegio, un niño en general silencioso sin vínculos con nadie de la clase, y todo indicaría que la permanencia de Ferguson en Hilliard estaba condenada desde el principio, sentenciada incluso antes de que pusiera los pies en el edificio el primer día.

No era que se portaran mal con él, ni que lo acosaran o hicieran que se sintiese fuera de lugar. Como en cualquier otro colegio, había niños acogedores, neutrales y desagradables, pero ni el más cruel de ellos hostigó a Ferguson por ser judío. Hilliard podía ser un sitio estirado de traje y corbata, pero también predicaba tolerancia y la caballerosa virtud de no perder la compostura, con lo que el centro castigaría severamente todo acto de prejuicio manifiesto. De forma más sutil, y más confusa, Ferguson hubo de enfrentarse con una especie de cándida ignorancia que parecía inoculada desde la cuna en sus compañeros de clase. Hasta Doug Hayes, el siempre afable y bienintencionado Dougie Hayes, que se había propuesto hacerse su amigo desde el momento en que Ferguson llegó a Hilliard, que había sido el primer chico en invitarlo a una fiesta de cumpleaños y que posteriormente lo había invitado no menos de una docena de veces a la mansión de sus padres en la calle Setenta y ocho Este, era capaz de preguntarle, al cabo de nueve meses de conocerlo, lo que tenía pensado hacer en Acción de Gracias.

Comer pavo, contestó Ferguson. Lo que hacemos todos los años. Mi madre y yo

vamos al piso de mis abuelos y comemos pavo relleno con salsa.

Ah, dijo Dougie. No tenía ni idea.

¿Por qué no?, repuso Ferguson. ¿No es lo mismo que hacéis en tu casa?

Pues claro. Sólo que no sabía que vosotros celebrarais Acción de Gracias.

¿Nosotros?

Ya sabes. Los judíos.

¿Y por qué no íbamos a celebrar Acción de Gracias?

Porque es una cosa típicamente norteamericana, supongo. Los Peregrinos. La Piedra de Plymouth. Todos esos tíos ingleses de extraño sombrero negro que vinieron aquí en el *Mayflower*.

Ferguson se quedó tan perplejo por el comentario de Dougie que no supo qué decir. Hasta aquel momento nunca se le había ocurrido que no pudiera ser norteamericano, o, mejor dicho, que su forma de ser norteamericano fuese menos auténtica que la manera en que Dougie y los demás chicos eran norteamericanos, pero eso era lo que su amigo parecía afirmar: que había diferencia entre ellos, una cualidad huidiza, indefinible, referida a ancestros ingleses de sombrero negro y al tiempo transcurrido desde entonces en esta orilla del océano viviendo en mansiones de cuatro plantas en el Upper East Side, eso daba a ciertas familias un carácter más americano que a otras, y al final la diferencia llegaba a ser tan enorme que las familias menos americanas apenas podían considerarse estadounidenses en absoluto.

Sin duda su madre se había equivocado al elegir colegio para él, pero a pesar de aquella desconcertante conversación sobre los hábitos culinarios judíos en los días de fiesta nacional, sin mencionar otros momentos chocantes antes y después de su charla con Dougie H., Ferguson nunca sintió deseos de marcharse de Hilliard. Aunque no captaba las peculiares costumbres y creencias del mundo en que había entrado, hizo lo que pudo por adaptarse a ellas, y ni una sola vez culpó a su madre ni a su tía Mildred por haberlo mandado allí. En algún sitio tenía que estar, al fin y al cabo. La ley dictaminaba que todo niño debía ir al colegio hasta los dieciséis años, y en su opinión, Hilliard no era ni mejor ni peor que cualquier otra penitenciaría para jóvenes. No era culpa del centro que a él le fuera tan mal allí. En los días sombríos que siguieron a la muerte de Stanley Ferguson, su joven hijo concluyó que vivía en un universo al revés de proposiciones infinitamente reversibles (día = noche, esperanza = desesperación, fuerza = debilidad), de manera que en lo tocante al colegio ahora se veía obligado a fracasar en vez de a tener éxito, a cortejar el fracaso como cuestión de principios y a entregarse a los reconfortantes brazos de la humillación y la derrota, y dado el alivio que sentía al no importarle ya nada, era casi seguro que habría fracasado de la misma gloriosa manera en cualquier otra parte.

Sus profesores lo encontraban *perezoso y falto de interés, indiferente al principio de autoridad, distraído, obstinado, muy indisciplinado, un verdadero enigma*. El chico que había contestado correctamente a todas las preguntas del examen de ingreso, que había conquistado al responsable de admisiones con su amable carácter y precoces intuiciones, el añadido de tardía incorporación que seguramente se llevaría a casa las notas más altas en todas las materias sacó sólo un sobresaliente en sus primeras notas de segundo grado, que se entregaron en abril. La asignatura era gimnasia. Un notable en lectura, escritura y caligrafía (intentó hacerlo

peor, pero aún era un principiante en el arte de disimular sus dotes), suficiente en música (no pudo resistirse a cantar a grito pelado los espirituales negros y las canciones folclóricas irlandesas que les enseñaba el señor Bowles, aunque pasó apuros para desentonar) y aprobado raspado en todo lo demás, lo que incluía matemáticas, ciencias, arte, ciencias sociales, conducta, ciudadanía y actitud. Las siguientes calificaciones, las de fin de curso, salieron en junio y fueron casi idénticas a las primeras, con la única diferencia de la nota de matemáticas, que bajó de aprobado a insuficiente (para entonces había perfeccionado el arte de dar respuestas erróneas a cuestiones aritméticas, tres de cada cinco de promedio, pero seguía siendo incapaz de escribir mal más allá de una décima parte de las palabras). En circunstancias normales, le habrían dicho que no se molestara en volver al año siguiente. Su aplicación dejaba tanto que desear que hacía pensar en profundos problemas psicológicos, y un colegio como Hilliard no tenía costumbre de cargar con peso muerto, al menos cuando el suspendido provenía de una familia *sin legado*, es decir, un alumno que no fuese norteamericano de tercera, cuarta o quinta generación cuyo padre extendiera un cheque todos los años para sentarse en la junta directiva. Estaban dispuestos a darle otra oportunidad, a pesar de todo, porque entendían que sus circunstancias eran todo menos normales. El señor Ferguson había fallecido a mitad del curso escolar, una muerte repentina y violenta que había enviado vertiginosamente al muchacho a las profundas zonas del dolor y la desintegración, y desde luego se merecía un poco más de tiempo para que pudiera recuperarse. Pensaban que tenía demasiado potencial para renunciar a él al cabo de sólo tres meses y medio, y por tanto informaron a la madre de Ferguson de que su hijo dispondría de un año más para demostrar su valía. Si daba la vuelta a los resultados para entonces, concluiría su periodo de prueba. En caso contrario, bueno, eso sería todo, y mucha suerte para cualquier otro sitio en que acabara aterrizando.

Ferguson se odiaba a sí mismo por haber fallado a su madre, cuya vida ya era bastante dura sin tener que preocuparse por su pésimo rendimiento en el colegio, pero había cuestiones en juego más importantes que tratar de complacerla o ceder a sus propias inclinaciones por impresionar a la familia con una cartilla de notas llena de sobresalientes y notables altos. Sabía que la vida resultaría más sencilla, para él y para todos los demás, si acataba la disciplina y hacía lo que se esperaba de él. Qué fácil y cómodo habría sido no dar las respuestas erróneas a propósito, volver a prestar atención y hacer que todo el mundo estuviera orgulloso de él por ser un chico tan aplicado, pero Ferguson había emprendido un grandioso experimento, una investigación secreta sobre las cuestiones fundamentales de la vida y la muerte, y ya no podía volver atrás, transitaba por un áspero y peligroso camino, solo entre rocas y sinuosos senderos de montaña, en peligro de caer al precipicio en cualquier momento, pero hasta que hubiera recabado los datos necesarios para disponer de resultados concluyentes, tendría que correr riesgos; aunque ello supusiera la expulsión del Colegio Hilliard para Niños, aunque significara ser una vergüenza para todos.

La cuestión era: ¿por qué había dejado de hablarle Dios? Y si Dios guardaba silencio ahora, ¿quería eso decir que seguiría mudo para siempre o acabaría hablando con él de nuevo? Y si nunca volvía a hablar, ¿significaría que Ferguson se había engañado a sí mismo y que, en primer lugar, Dios nunca había estado a su lado?

Porque hasta donde podía recordar, la voz había estado en su cabeza, hablándole siempre que se encontraba solo, una voz serena, mesurada, a la vez tranquilizadora e imperiosa, un murmullo de barítono que contenía las emanaciones verbales del gran espíritu invisible que regía el mundo, y Ferguson siempre se había sentido reconfortado, protegido por aquella voz, que le decía que mientras respetara su parte del convenio todo iría bien, y esa parte era la promesa eterna de ser bueno, tratar a los demás con gentileza y generosidad y cumplir los sagrados mandamientos, es decir, no mentir, ni robar ni sucumbir a la envidia, además de querer a sus padres, aplicarse mucho en el colegio y no meterse en líos, y Ferguson creía en la voz y hacía lo posible por seguir sus instrucciones en todo momento, y como Dios parecía cumplir Su parte del trato haciendo que las cosas le fueran bien, Ferguson se sentía querido y feliz, con la seguridad de saber que Dios creía en él lo mismo que él creía en Dios. Así siguieron las cosas hasta que tuvo siete años y medio, y entonces, cuando una mañana de principios de noviembre, una mañana que no parecía diferente de cualquier otra, su madre entró en su habitación y le dijo que su padre había muerto, todo cambió de repente. Dios le había mentido. Ya no se podía confiar en el gran espíritu invisible, y aunque siguió hablando a Ferguson durante algunos días, pidiendo otra oportunidad para demostrar que era digno de confianza, suplicando al niño huérfano que no Lo abandonara *en aquella época sombría de muerte y luto*, Ferguson estaba tan furioso con Él que se negó a escucharlo. Entonces, cuatro días después del funeral, la voz calló bruscamente, y desde aquel día no había vuelto a hablar.

Ése era ahora el problema: resolver si Dios seguía con él en medio del silencio o si había desaparecido de su vida para siempre. Ferguson nunca sería capaz de cometer conscientemente una crueldad, era incapaz de mentir, robar o hacer trampas, no tenía propensión a ofender ni hacer daño a su madre, pero en el reducido ámbito de las fechorías que era capaz de cometer, comprendía que el único modo de responder a la pregunta era incumplir su parte del convenio todas las veces que pudiera, desafiar la orden de acatar los sagrados mandamientos y esperar a que Dios le hiciera algo malo, algo desagradable y personal que fuese una clara señal de castigo merecido: un brazo roto, un brote de forúnculos en la cara, un perro rabioso que le arrancara un trozo de pierna de un mordisco. Si Dios no lo castigaba, eso demostraría Su ausencia desde el momento en que la voz dejó de hablarle, y como Dios debía estar en todas partes, en cada árbol y brizna de hierba, en cada ráfaga de viento y sentimiento humano, no tenía sentido que desapareciese de un sitio y estuviera al mismo tiempo en todos los demás. Tenía que estar necesariamente con Ferguson porque Dios estaba en todos los sitios a la vez, y si se había ausentado del lugar donde por casualidad se encontraba Ferguson, eso sólo podía significar que no estaba en ningún lugar y nunca había estado en ninguna parte, que en realidad nunca había existido y la voz que Ferguson había tomado por la voz de Dios no había sido otra que la suya propia hablándole en una conversación interior consigo mismo.

El primer acto de rebeldía fue romper el cromo de béisbol de Ted Williams, el precioso cromo que Jeff Balsoni le había puesto en la mano un par de días después de volver al colegio en señal de eterna amistad y conmiseración. Qué repugnante había sido destruir aquel regalo, y qué vergüenza desviar la vista de la señorita Costello y

hacer como si no la tuviera delante, y ahora que estaba en Hilliard, qué desaprensivo era al proseguir la campaña de obstinado autosabotaje, incrementando los esfuerzos del curso anterior para establecer nuevas pautas de resultados desiguales hasta la exasperación, una estrategia mucho más eficaz que la del simple fracaso, decidió, un cien por cien en dos exámenes consecutivos de matemáticas, por ejemplo, y luego veinticinco por ciento en el siguiente, cuarenta por ciento en el que vino después de ése, y luego noventa y cinco por ciento seguido del último y exánime cero, qué perplejos los tenía a todos, compañeros de clase y profesores por igual, sin mencionar a su pobre madre y al resto de la familia, y sin embargo, aunque Ferguson continuó despreciando toda norma de comportamiento humano responsable, ningún perro saltó sobre él para morderle la pierna, ningún pedrusco le cayó en el pie, ninguna puerta le aplastó la nariz al cerrarse de golpe, con lo que parecía que Dios no tenía interés en castigarlo, porque Ferguson ya llevaba casi un año entero entregado a una vida delictiva y aún no había recibido un simple rasguño.

Lo que debería haber zanjado el asunto de una vez por todas, pero no fue así. Si Dios no lo castigaba, eso quería decir que no podía castigarlo, y por tanto no existía. O así discurría Ferguson, pero ahora que Dios estaba a punto de desaparecer para siempre de su vida, se preguntaba: ¿Y si ya me hubiera castigado bastante? ¿Y si la muerte de su padre había sido un castigo a gran escala, una tragedia de efectos tan monstruosos y duraderos que libraba a Dios de castigarlo más en el futuro? Eso parecía posible, de ninguna manera seguro pero sí posible, aunque con aquella voz enmudecida desde tantos meses atrás, Ferguson carecía de medios para confirmar su intuición. Dios había sido injusto con él, y ahora Dios se esforzaba en compensarlo tratándolo con divina clemencia y delicadeza. Si la voz ya no podía decirle lo que necesitaba saber, tal vez Dios podría comunicarse con él de otra forma, mediante alguna señal inaudible que demostrara que seguía escuchando sus pensamientos, y así se inició la última etapa de su prolongada indagación teológica, los meses de silenciosa oración en que suplicaba a Dios que se le manifestara o renunciase a Su derecho de llevar el nombre de Dios. Ferguson no pedía una grandiosa revelación bíblica, un trueno poderoso o la súbita partición de los mares, no, se contentaría con algo más modesto, un milagro infinitesimal del que sólo él fuese consciente: que el viento de pronto soplara lo bastante fuerte para hacer que un errante trozo de papel cruzara la calle antes de que el semáforo cambiara de color, que su reloj dejara de andar durante diez segundos para luego ponerse de nuevo en marcha, que una solitaria gota de lluvia cayera de un cielo sin nubes para depositarse en su dedo, que su madre pronunciara la palabra *misterioso* dentro de treinta segundos, que la radio se encendiera sola, que diecisiete personas pasaran frente a la ventana durante minuto y medio a partir de aquel mismo momento, que el petirrojo de Central Park sacara un gusano entre la hierba antes de que otro avión pasara por encima, que tres coches tocaran el claxon al mismo tiempo, que el libro se le cayera de las manos abriéndose por la página 97, que el periódico de la mañana llevara una fecha errónea, que se encontrara una moneda de veinticinco centavos en la acera al bajar la vista a sus pies, que los Dodgers anotaran tres carreras al final de la novena y ganasen el partido, que el gato de su tía abuela Pearl le guiñara el ojo, que todos los presentes en la habitación bostezaran al mismo tiempo, que todos los presentes en la habitación

soltaran una carcajada al mismo tiempo, que nadie en la habitación hiciera un solo ruido durante treinta y tres segundos y un tercio. Una por una, Ferguson deseaba que ocurrieran esas cosas, ésas y otras muchas, y cuando ninguna ocurrió a lo largo de seis meses de muda súplica, dejó de desear nada y apartó a Dios de sus pensamientos.

Años después, su madre le confesó que al principio las cosas también le habían resultado menos difíciles que en el periodo posterior. El curioso interregno había sido casi soportable, declaró, con tantísimas decisiones urgentes que tomar, de tipo práctico, la cuestión de vender la casa y el negocio de Nueva Jersey, de encontrar vivienda en Nueva York, de amueblarla mientras se dedicaba a buscar un colegio adecuado para Ferguson, la súbita avalancha de obligaciones que se le vino encima durante los primeros días de su viudedad no había constituido una carga sino una distracción bien acogida, una forma de no pensar en el incendio de Newark a cada momento, y había que dar gracias a Dios por todas aquellas películas, añadió, la penumbra de los cines en aquellos fríos días de invierno, la oportunidad de desaparecer en la fantasía de aquellas estúpidas historias, y gracias a Dios también por tenerte a ti, Archie, le dijo, mi valiente hombrecito, mi roca, mi ancla, durante muchísimo tiempo fuiste la única persona real que me quedaba en el mundo, ¿y qué habría hecho yo sin ti, Archie?, ¿para qué habría vivido y cómo demonios habría sido capaz de seguir adelante?

Sin duda se había vuelto medio loca durante aquellos meses, le dijo, una loca que se alimentaba de tabaco, café y continuas descargas de adrenalina, pero una vez resueltas las cuestiones de casa y colegio, el torbellino amainó y luego cesó por completo y ella se sumió en un largo periodo de introversión y días horribles, noches horrorosas, una época de aturdimiento e indecisión cuando sopesaba las posibilidades y se esforzaba en imaginar lo que querría hacer en el futuro. En ese aspecto tenía suerte, afirmó, la fortuna de poder elegir entre alternativas, pero el caso era que ahora tenía dinero, más del que nunca había soñado tener, doscientos mil dólares sólo de la prima del seguro, sin contar el que había conseguido por la venta de la casa de Millburn y Roseland Photo, que incluía las cantidades adicionales obtenidas por la venta de los muebles de la casa y el equipo del estudio, y aun después de deducir los miles que había gastado en los nuevos muebles y el coste anual de mandar a Ferguson al colegio particular junto con el alquiler mensual del apartamento, tenía más que suficiente para vivir sin hacer nada durante doce o quince años, para seguir viviendo a costa de su marido muerto hasta el día en que su hijo se licenciara en la universidad; y mucho más si daba con un corredor de bolsa avispado e invertía en el mercado. Tenía treinta y tres años. Ninguna principiante en la vida, pero tampoco lo que nadie consideraría una fracasada, y pese a que la reconfortaba pensar en las ventajas de su buena suerte y saber que estaba en condiciones de darse la gran vida hasta muy avanzada edad, si es que le daba por ahí, seguía meditando sin hacer nada mientras pasaban los meses, empleando la mayor parte del tiempo en cruzar Central Park cuatro veces al día en el autobús que atravesaba la ciudad, llevando a Ferguson al colegio por la mañana para luego volver al piso, recogiendo a su hijo por la tarde y de vuelta de nuevo a casa, y los días en que no se sentía con fuerzas para coger otra vez el autobús y volver al West Side, se pasaba las seis horas y media que Ferguson

estaba en el colegio deambulando por el East Side, mirando en las tiendas, almorzando en restaurantes, yendo al cine y visitando museos, siempre sola, y al cabo de tres meses y medio de aquella rutina, seguidos del extraño y vacío verano que pasó con su hijo en una casa alquilada de la costa de Jersey, donde en general se dedicaron a ver juntos la televisión, descubrió que empezaba a impacientarse, que tenía ganas de trabajar otra vez. Había tardado casi un año en llegar a ese punto, pero una vez que lo alcanzó, la Leica y la Rolleiflex salieron por fin del armario y al cabo de poco la madre de Ferguson navegaba en un barco que retornaba al país de la fotografía.

Esta vez lo planteó de diferente modo, lanzándose al mundo en lugar de invitar al mundo a que viniera a ella, sin interés ya por mantener un estudio en una dirección fija, cosa que ahora consideraba una forma pasada de moda de dedicarse a la fotografía, innecesariamente incómoda en una época de rápidas transformaciones, con nuevas variedades de película de alta velocidad y cámaras más eficaces y ligeras revolucionando el sector, lo que le permitía replantearse sus antiguas ideas sobre iluminación y composición, reinventarse a sí misma y rebasar los límites del retrato clásico, y cuando Ferguson empezó su segundo curso en Hilliard, su madre ya buscaba trabajo, y consiguió por casualidad su primer encargo a finales de septiembre cuando el fotógrafo contratado para hacer las fotos en la boda de su prima Charlotte se cayó por unas escaleras y se rompió la pierna, y como sólo faltaba una semana para el día de la ceremonia, se prestó voluntaria para sustituirlo sin cobrar nada. La sinagoga estaba en algún sitio de Brooklyn, en la zona de Flatbush, el antiguo barrio del primer Archie y la tía abuela Pearl, y entre la ceremonia de la boda y el traslado de los acompañantes a un salón de banquetes dos manzanas hacia el sur, la madre de Ferguson utilizó el trípode para hacer retratos formales de todos los miembros presentes de la familia, la novia y el novio para empezar, Charlotte, de veintinueve años, que parecía destinada a no casarse con nadie cuando su prometido pereció en la guerra de Corea, y Nathan Birnbaum, viudo de treinta y seis años, seguidos de la tía abuela Pearl, Nana y Papa, Betty, la hermana gemela de Charlotte, y su marido, Seymour Graf, contable, la tía Mildred (que ahora daba clases en Sarah Lawrence) y su marido, Paul Sandler (que ahora trabajaba de editor de mesa en Random House), y finalmente el propio Ferguson en una fotografía con sus dos primos segundos (hijos de Betty y Seymour), Eric, de cinco años, y Judy, de tres. Una vez que empezó el festejo en el salón de banquetes, la madre de Ferguson dejó el trípode y pasó las tres horas y media siguientes deambulando entre los invitados, tomando centenares de fotos de los noventa y seis asistentes, instantáneas espontáneas, sin posar, de ancianos en tranquila conversación, de jóvenes solteras que reían a carcajadas mientras engullían la comida, de niños bailando con adultos y de adultos bailando entre sí al término del banquete, los rostros de todas esas personas captados con la luz natural de aquel espacio vacío, sin lujos, los músicos encaramados en su pequeño escenario mientras tocaban sus cursis y cansinas melodías, la tía abuela Pearl sonriendo mientras besaba a su nieta en la mejilla, Benjy Adler de jolgorio en la pista de baile con una prima lejana de veinte años, de Canadá, una ceñuda niña de nueve años sentada sola a una mesa con un trozo de tarta a medio comer frente a ella, y en un momento dado del festejo el tío Paul se acercó a su cuñada y le dijo que parecía pasárselo bien, que no la veía tan contenta y animada desde que se había mudado a

Nueva York, y la madre de Ferguson contestó simplemente: Tengo que dedicarme a esto, Paul, voy a volverme loca si no empiezo a trabajar otra vez, a lo que el marido de Mildred repuso: Creo que puedo ayudarte, Rose.

La ayuda llegó en forma de encargo para ir a Nueva Orleans y fotografiar a Henry Wilmot para la portada de su próxima novela, una muy esperada del antiguo ganador del premio Pulitzer, y cuando Wilmot, de sesenta y dos años, llamó a su editor para decirle lo encantado que estaba con los resultados, es decir, llamó a Paul Sandler y le informó de que en lo sucesivo a nadie sino a *esa bella mujer* se le permitiría tomar una sola foto suya, Random House le encargó más fotos de autores, lo que condujo a trabajar también para otras editoriales neoyorquinas, lo que a su vez dio paso en años sucesivos a encargos para artículos sobre escritores, directores de cine, actores de Broadway, músicos y artistas en revistas como *Town & Country*, *Vogue*, *Look*, *Ladies' Home Journal*, el *New York Times Magazine* y otras publicaciones semanales y mensuales. La madre de Ferguson siempre fotografiaba a sus modelos en su propio ambiente, viajando a los sitios donde habían vivido y trabajando con sus focos portátiles, pantallas plegables y sombrillas telescópicas, plasmando a los escritores en sus estudios llenos de libros o sentados frente a la mesa de trabajo, a los pintores entre el revoltijo y las manchas del taller, a los pianistas sentados o de pie frente a sus relucientes Steinways negros, a los actores mirándose al espejo del camerino o sentados en escenarios vacíos, y por la razón que fuese, sus retratos en blanco y negro parecían captar más aspectos de la vida interior de tales personas de los que la mayoría de los fotógrafos era capaz de percibir en aquellos personajes famosos, una cualidad que tenía menos que ver, quizá, con la habilidad técnica que con la forma de ser de la madre de Ferguson, que siempre se preparaba para sus encargos leyendo los libros, escuchando los discos y observando los cuadros de sus modelos, lo que le proporcionaba temas para charlar con ellos durante las largas sesiones de trabajo, y como a ella se le daba bien hablar y era tan encantadora y atractiva, sin ser de las personas que hablaban de sí mismas, aquellos artistas vanidosos y difíciles se mostraban relajados en su presencia, con la sensación de que estaba verdaderamente interesada en quiénes eran, lo que en realidad ocurría, por lo menos gran parte de las veces, y cuando la seducción surtía efecto y bajaban la guardia, la máscara con que se cubrían el semblante se iba cayendo poco a poco y una especie de brillo diferente empezaba a surgir en sus ojos.

Además de a su trabajo comercial para revistas y editoriales, la madre de Ferguson se dedicaba a sus propios proyectos, lo que ella denominaba *exploraciones de la mirada vagabunda*, en los cuales abandonaba el meticuloso control necesario para producir retratos de alta calidad en favor de una naturalidad *abierta a encuentros fortuitos con lo inesperado*. Había descubierto en su interior ese contradictorio impulso en la boda de su prima Charlotte, el trabajo no retribuido de 1955 en el que acabó dándose una panzada de tomar fotografías durante tres horas y media sin dejar de moverse entre la multitud, libre de las restricciones impuestas por laboriosos preparativos, sumida en un torbellino de veloces composiciones, una imagen detrás de otra, momentos efímeros que tenían que captarse en aquel mismo instante o nunca, una pausa de medio segundo y la imagen habría desaparecido, y la furiosa concentración que las circunstancias exigían la puso en una especie de trance

emocional, como si todos los rostros y cuerpos de la estancia se precipitaran sobre ella a la vez, como si hasta el último de los presentes respirase dentro de sus propios ojos, ya no al otro lado de la cámara sino en su interior, formando parte inseparable de su ser.

Como cabía esperar, Charlotte y su marido aborrecieron aquellas instantáneas. Las otras fotos no, dijeron, no los retratos hechos en la sinagoga después de la ceremonia de boda, que eran una verdadera maravilla, fotos que conservarían muchos años, pero lo del banquete de bodas era incomprensible, tan sombrío y tan crudo, tan poco halagador, todos con un aire siniestro y desdichado, hasta los que se reían tenían un aspecto vagamente demoniaco, ¿y por qué estaban tan mal hechas?, ¿por qué estaba todo tan pésimamente iluminado? Molesta por la reprimenda, la madre de Ferguson envió a los recién casados copias de los retratos con una breve nota que decía: *Me alegro de que os gustaran éstas*, mandó otra tanda a la tía Pearl, otra a sus padres y la última a Mildred y Paul. Tras recibir el sobre, su cuñado la llamó para preguntarle por qué no había incluido ninguna del banquete. Porque son pésimas, contestó ella. Todos los artistas desdeñan su propia obra, repuso su nuevo admirador y defensor, y al final la convenció para que revelara treinta fotos de las más de quinientas imágenes que había tomado aquella tarde y se las enviase por correo a su despacho de Random House. Tres días después volvió a llamarla para decirle que no sólo no eran pésimas sino que le parecían extraordinarias. Con su permiso, se las iba a mandar a Minor White, de la revista *Aperture*. Valía la pena publicarlas, le dijo, que las viera gente aficionada a la fotografía, y como conocía un poco a White, ¿por qué no empezar por lo más alto? La madre de Ferguson no estaba segura de si Paul hablaba en serio o si sólo sentía lástima de ella. Pensó: Hombre amable interviene para ayudar a una pariente perdida y llena de dolor en su hora de necesidad, hombre con contactos intenta encaminar a una fotógrafa viuda sin contactos hacia una nueva vida. Luego pensó: Lástima o no, Paul era el que la había enviado a Nueva Orleans, y aunque hubiera actuado por capricho, por ciega intuición o por alguna corazonada sin justificar, ahora que aquel alcohólico gruñón de Wilmot la había elogiado por hacer *un puñetero trabajo de lo mejorcito*, quizá su cuñado pensara que había apostado a caballo ganador.

Tanto si Paul había influido en su decisión como si no, el consejo editorial de *Aperture* accedió a publicar sus fotos, una carpeta de veintiuna imágenes que apareció seis meses después con el título de «Boda judía en Brooklyn». Aquel triunfo, y la euforia que la invadió cuando la carta de *Aperture* apareció en el correo, se empañaron pronto, sin embargo, y casi se truncaron por la frustración y la rabia al enterarse de que no podía publicar las fotos sin permiso de las personas que aparecían en ellas, y la madre de Ferguson cometió el error de ponerse primero en comunicación con Charlotte, que se negó obstinadamente a permitir que aquellas *grotescas instantáneas* de Nathan y ella se publicaran en *Aperture* o en cualquier otra *revista asquerosa*. A lo largo de tres días, Rose habló con los demás asistentes a la boda, entre ellos la madre de Charlotte y la hermana gemela de la novia, Betty, y cuando nadie más se opuso, volvió a llamar a Charlotte y le pidió que reconsiderase su postura. *Ni hablar. Vete al diablo. ¿Quién te has creído que eres?* La tía Pearl intentó razonar con ella, el abuelo de Ferguson la regañó por lo que él llamó una

egoísta indiferencia hacia los demás, Betty la llamó repipi y cabeza de chorlito, pero la nueva señora Birnbaum no cedió. En consecuencia, se suprimieron las tres fotos de Charlotte y Nathan y en su lugar se eligieron otras tres, con lo que el reportaje fotográfico de la boda se publicó sin novio ni novia a la vista.

Fue un principio, sin embargo, un primer paso hacia el único futuro que tenía sentido para ella, y la madre de Ferguson, animada por la publicación de las fotos, siguió adelante, continuando con otros proyectos que no eran encargos, con su propia obra, como ella decía, que acabó encontrándose en las páginas de *Aperture* y a veces en cubiertas de libros o en paredes de galerías, y el elemento más importante de aquella transformación fue la decisión que tomó en el último momento antes de la aparición de «Boda judía», allá en la primavera de 1956, cuando se arrodilló a los pies de la cama y pidió perdón a Stanley por lo que estaba a punto de hacer, pero así tenía que ser, le dijo, de otro modo se vería obligada a vivir entre las brasas del incendio de Newark hasta que ella también quedara reducida a cenizas, y así fue como empezó a firmar su obra con el nombre de *Rose Adler*, cosa que continuó haciendo durante todos los años de su vida futura.

Al principio, el Ferguson de ocho años sólo era vagamente consciente de lo que hacía su madre. Comprendía que estaba más ocupada que antes, saliendo casi todos los días a realizar diversos encargos fotográficos y, cuando no, enclaustrada en lo que una vez había sido la habitación de huéspedes, que ahora había convertido en un cuarto para revelar fotografías y que siempre estaba cerrado a cal y canto por las emanaciones de los productos químicos, y aunque era agradable ver que sonreía y se reía más que en la primavera y el verano, el resto de lo que estaba pasando no era agradable, nada bueno por lo que a él se refería. La habitación de huéspedes había sido la suya durante más de ocho meses, su propio retiro particular donde podía revisar los cromos de béisbol y derribar bolos de plástico con una bola también de plástico, así como lanzar pelotas adherentes a los agujeros del blanco de madera y apuntar los dardos al pequeño centro rojo de la diana, pero ahora ya no lo era, lo que no podía decirse que fuese agradable, y luego, a eso de finales de octubre, poco después de que su luminosa habitación se transformara en un cuarto oscuro de entrada prohibida, ocurrió otra cosa nada buena cuando su madre le dijo que ya no podía ir a recogerlo después de clase. Seguiría llevándolo por la mañana, pero como no tendría la tarde libre, su abuela estaría al pie de las escaleras de entrada del colegio para recogerlo y acompañarlo de vuelta a casa. A Ferguson no le gustó aquello, porque era contrario a todo cambio por una simple cuestión de principios, pero como no se encontraba en posición de protestar tenía que hacer lo que le decían, y lo que una vez había formado parte de la jornada —ver a su madre de nuevo al cabo de seis horas y media de aburrimiento, reprimendas y amargas pugnas con el Todopoderoso— se convirtió en una insulsa caminata en dirección oeste con su gorda y patosa Nana, una vieja tan tímida y reservada que nunca sabía qué decirle, lo que significaba que en ocasiones volvían a casa en silencio.

No podía evitarlo. Su madre era la única persona que le importaba o en cuya compañía se encontraba a gusto, y todos los demás le crispaban los nervios. La gente de la familia tenía sus cosas buenas, suponía él, en el sentido de que les caía bien a

todos, pero su abuelo era muy escandaloso, su abuela muy callada, la tía Mildred muy mandona, al tío Paul le gustaba mucho escuchar su propia voz, la tía abuela Pearl era muy opresiva en sus afectos, la prima Betty demasiado desenvuelta, la prima Charlotte muy estúpida, el primito Eric muy bravucón, la primita Judy muy llorona, y la única pariente por la que habría dado cualquier cosa por volver a ver, su prima Francie, estudiaba en una universidad de la lejana California. En cuanto a sus compañeros de clase de Hilliard, no tenía verdaderos amigos, sólo conocidos, e incluso Dougie Hayes, el chico con el que se veía más que con ninguno, se reía de cosas que no tenían gracia y cuando le contaba un chiste nunca lo entendía. A excepción de su madre, era difícil que Ferguson sintiera afecto por alguno de sus conocidos, porque siempre se sentía solo cuando estaba con ellos, aunque sentirse solo en compañía era probablemente un poco menos horrible que estar solo consigo mismo, lo que de forma invariable parecía llevar sus pensamientos a la senda de las mismas obsesiones de siempre, como sus continuos ruegos a Dios para que hiciera un milagro que finalmente lo dejara tranquilo, o bien, de forma aún más insistente, la fotografía del *Newark Star-Ledger* que no debía mirar pero que miraba, estudiándola durante tres o cuatro minutos mientras su madre salía de la habitación en busca de una cajetilla de tabaco, la fotografía a cuyo pie se leía *Los carbonizados restos de Stanley Ferguson*, y allí estaba su padre muerto, en el edificio quemado hasta los cimientos que una vez había sido 3 Brothers Home World, el cuerpo tieso y negro y sin rastro de humanidad, como si el fuego lo hubiera convertido en momia, un hombre sin rostro ni ojos con la boca abierta de par en par como paralizada en medio de un grito, y habían metido aquel cadáver carbonizado y momificado en un ataúd para ponerlo bajo tierra, y siempre que Ferguson pensaba en su padre ahora, eso era lo primero que veía en su imaginación, los carbonizados restos del negro cadáver a medio incinerar aún gritando con la boca abierta desde las entrañas de la Tierra.

Hoy va a hacer frío, Archie. No te olvides de ponerte la bufanda para ir al colegio.

Malsanas cavilaciones se contaban entre las cosas nada buenas que correspondían a aquel duro año en que tenía ocho y cumpliría los nueve, aunque también había cosas buenas, cosas que incluso ocurrían todos los días, como el programa de televisión que emitían después del colegio de cuatro a cinco y media en el Canal 11, noventa minutos seguidos (con interrupciones para los anuncios) de antiguas películas de Laurel y Hardy, que resultaban ser las mejores, las más divertidas películas jamás filmadas. Era un programa nuevo que habían lanzado en otoño, y hasta que Ferguson dio accidentalmente con él una tarde de octubre, no conoció al dúo cómico, porque en 1955 Laurel y Hardy estaban casi olvidados, sus películas de los veinte y los treinta ya no se proyectaban en los cines, y sólo gracias a la televisión empezaban a volver para la gente menuda de la extensa zona metropolitana. Cuánto llegó a adorar Ferguson a aquellos dos idiotas, aquellos adultos con mentalidad de críos de seis años, rebosantes de entusiasmo y buena voluntad y sin embargo peleándose siempre y atormentándose mutuamente, encontrándose a toda hora en los más inverosímiles y peligrosos apuros, a punto de morir ahogados, de salir volando por los aires, de romperse la crisma y perder el conocimiento, pero siempre logrando sobrevivir, maridos desventurados, torpes

intrigantes, fracasados de principio a fin, y pese a todos sus puñetazos y pellizcos y patadas, qué buenos amigos eran, más unidos que cualquier otra pareja del *Anuario de la vida terrenal*, cada uno formando una parte de un organismo humano compuesto por dos mitades. El señor Laurel y el señor Hardy. A Ferguson le gustaba mucho que así se llamaran en la realidad los actores que interpretaban a los imaginarios personajes de Laurel y Hardy en las películas, porque Laurel y Hardy eran siempre Laurel y Hardy con independencia de las peripecias en que se encontrasen, ya viviesen en Estados Unidos o en otro país, ya existieran en el pasado o el presente, ya fuesen mozos de cuerda, pescaderos, vendedores de árboles de Navidad, soldados, marineros, presidiarios, carpinteros, músicos callejeros, mozos de cuadra o buscadores de oro en el salvaje Oeste, y el hecho de que siempre fueran los mismos aun siendo diferentes parecía hacerlos más reales que cualesquiera otros personajes cinematográficos, porque si Laurel y Hardy siempre eran Laurel y Hardy, razonaba Ferguson, eso quería decir que eran eternos.

Fueron sus compañeros más constantes y más dignos de confianza a lo largo de aquel año y bien entrado el siguiente, Stanley y Oliver, alias Stan y Ollie, El Flaco y El Gordo, el idiota inocente y el tonto engreído, que en realidad no era menos idiota que el otro, y aunque para Ferguson había algún significado en que el nombre de pila de Laurel fuese el mismo que el de su padre, seguro que no era importante, y poco o nada tenía que ver aquello con el creciente cariño que sentía por sus nuevos amigos, que en muy poco tiempo se habían convertido en sus mejores, por no decir sus únicos amigos. Lo que más le encantaba de ellos eran los elementos fundamentales que nunca variaban de una película a otra, empezando con el tema de los *Cucús*, la canción de los títulos de crédito que anunciaba la vuelta de los dos muchachos en una nueva aventura y *¿Qué se les ocurriría ahora?*, los familiares giros que nunca le resultaban aburridos, las vueltas de Ollie a la corbata y sus miradas de exasperación hacia la cámara, los atónitos parpadeos de Stan y sus repentinas lágrimas, los gags con los sombreros hongo, el que quedaba grande a Laurel, el que quedaba pequeño a Hardy, los sombreros aplastados, los sombreros en llamas, calados a la fuerza hasta las orejas y pisoteados, su propensión a caerse por las alcantarillas y precipitarse por agujeros del entarimado, por meterse hasta el cuello en charcos y turbios lodazales, su mala suerte con automóviles, escaleras, hornos de gas y enchufes, la fanfarrona gentileza de Ollie al hablar con desconocidos, *Éste es mi amigo, el señor Laurel*, el absurdo don de Stan de prenderse fuego al pulgar y dar caladas a pipas inexistentes pero en funcionamiento, sus descontrolados ataques de risa, su tendencia a ejecutar espontáneos números de baile (ambos de pies tan ligeros), su unánime determinación al enfrentarse con sus adversarios, toda pelea y discordia olvidadas mientras unían fuerzas para destruir una casa o destrozar un coche, pero también los cambios sobre quiénes eran y cómo se superponían y a veces se fundían sus identidades, como cuando Ollie rascaba el pie de Stan creyendo que era el suyo y suspiraba de alivio y placer, o el ingenioso modo en que en ocasiones se duplicaban a sí mismos, como cuando Stanley y Oliver se volvían enormes y cuidaban de sus niños, el pequeño Stan y el pequeño Ollie, que eran dos réplicas en miniatura de sus padres, porque Laurel y Hardy interpretaban ambos papeles, o cuando Stan estaba casado con un Ollie mujer y Ollie con un Stan mujer, o cuando se encontraban con sus hermanos gemelos tanto

tiempo perdidos de vista, amigos íntimos que por supuesto se llamaban Laurel y Hardy, o bien, lo mejor de todo, cuando al final de una película sale mal una transfusión de sangre y Stan acaba con la voz y el bigote de Ollie y el rubicundo rostro de Hardy se deshace en un ataque de llanto típico de Laurel.

Sí, tenían chispa y eran muy graciosos, y sí, a Ferguson le dolía a veces la tripa de tanto reírse con sus payasadas, pero el motivo de que los encontrara tan divertidos y de que su afición por ellos fuera creciendo cada día más tenía menos que ver con sus gracias de payaso que con su perseverancia, con el hecho de que le recordaban a su propia persona. Si se quitaban las exageraciones cómicas y las violentas astracanadas, las trifulcas de Laurel y Hardy no eran tan distintas de las suyas. Ellos también metían la pata continuamente al pasar de un plan mal concebido a otro, también sufrían por la sucesión de innumerables reveses y frustraciones, y siempre que la desgracia los conducía hasta el punto de ruptura, la rabia de Hardy era la suya propia, las ofuscaciones de Laurel reflejaban las suyas, y lo mejor de las chapuzas vitales que ellos mismos creaban consistía en que Stan y Ollie eran aún más incompetentes que él mismo, más estúpidos, más necios, más inútiles, y eso tenía gracia, tanta que no podía dejar de reírse de ellos, aunque los compadecía y los aceptaba como hermanos, almas gemelas sempiternamente machacadas por el mundo y siempre de nuevo en pie para intentarlo otra vez: urdiendo otro de sus descabellados planes que, de manera inevitable, volvería a arrojarlos al suelo una vez más.

La mayor parte de las veces veía las películas solo, sentado en el suelo del cuarto de estar a eso de un metro del aparato de televisión, distancia que su madre y su abuela consideraban demasiado corta, porque los rayos emitidos por el tubo catódico iban a *estropearle la vista*, y en cuanto alguna de las dos lo encontraba en esa posición, acababa en el sofá, más alejado de la pantalla. Los días en que su madre aún estaba trabajando fuera de casa cuando él volvía del colegio, su abuela se quedaba con él en el apartamento hasta que su madre regresaba de sus *labores cotidianas* (como decía la niñera en *Haciendo de las suyas*, quejándose a un policía después de que Stan le hubiera plantado el zapato en el trasero: *Me ha dado una patada justo en medio de mis labores cotidianas*), pero a la abuela de Ferguson no le interesaban Laurel y Hardy, su pasión eran la limpieza y el orden doméstico, y una vez que daba la merienda a su nieto después del colegio, en general dos galletas con pepitas de chocolate y un vaso de leche, pero a veces una ciruela, una naranja o unas cuantas galletitas saladas que él untaba con mermelada de uvas, Ferguson iba al salón a poner su programa favorito y ella se dedicaba a fregar las encimeras de la cocina, a restregar los quemadores para quitarles la porquería o a limpiar lavabos y retretes en los dos baños, fanática destructora de gérmenes y suciedad que nunca se quejaba de la dejadez de su hija como ama de casa pero no por eso dejaba de suspirar a menudo cuando se dedicaba a esas tareas, apesadumbrada sin duda por el hecho de que la carne de su carne y sangre de su sangre no cumpliera las rigurosas normas higiénicas que la vida exigía. Los días en que la madre de Ferguson ya estaba en casa cuando él volvía del colegio, su abuela simplemente lo dejaba en el apartamento y se marchaba, intercambiando un beso y unas palabras con su hija pero rara vez permaneciendo lo suficiente para tomarse la molestia de quitarse el abrigo, y cuando su madre no estaba

revelando fotografías en el cuarto oscuro o preparando la cena en la cocina, iba alguna que otra vez al sofá y veía El Gordo y El Flaco con su hijo, riendo de cuando en cuando tan fuerte como él (en el diálogo de las labores cotidianas de *Haciendo de las suyas*, por ejemplo, que pasó a ser un chiste particular de ellos dos, una expresión que acabó sustituyendo a los términos que antes utilizaban para referirse al trasero humano, una larga lista que incluía sinónimos tan fiables como *posaderas*, *nalgatorio*, *pompis*, *glúteos*, *grupa*, *cachas* y *ancas*, como con la pregunta que a veces le hacía su madre cuando estaban en habitaciones distintas y le gritaba: *¿Qué estás haciendo, Archie?*, y si él no estaba de pie ni andando ni tumbado por algún sitio del apartamento, contestaba: *Estoy sentado sobre mis labores cotidianas, mamá*), pero la mayoría de las veces se limitaba a reír entre dientes con las bromas y batacazos de Stan y Ollie, o a esbozar una sonrisita, y cuando las cosas empezaban a descontrolarse, con porrazos, zurriagazos y golpes dolorosos, torcía el gesto o sacudía la cabeza diciendo: *Oh, Archie, esto es horrible*, no queriendo decir que la película fuera horrible sino que aquel jaleo era excesivo para ella. Ferguson no estaba de acuerdo, por supuesto, pero era lo bastante mayor para entender que era posible que a alguien no le gustaran El Gordo y El Flaco tanto como a él, y pensaba que era muy comprensiva por sentarse allí con él, porque Ferguson sabía que Stan y Ollie eran demasiado tontos e infantiles para ella y que aunque los viese a diario durante un año nunca se convertiría en una admiradora de la pareja.

Sólo un miembro de la familia compartía su entusiasmo, sólo un adulto tenía la agudeza de reconocer la genialidad de sus adorados *idiotas*, y ése era su abuelo, el inaprensible Benjy Adler, que siempre había sido un misterio para Ferguson, un hombre que parecía poseer dos o tres personalidades diferentes, efusivo y generoso unos días, apagado y abstraído otros, unas veces inquieto, incluso nervioso y de mal genio, otras tranquilo y expansivo, sucesivamente cariñoso y atento con su nieto y casi indiferente a su presencia, pero en sus días buenos, los días en que estaba animado y los chistes fluían de sus labios, era una compañía excelente, camarada en la conspiración que Ferguson llamaba Guerra de los A*boer*ridos (su confusa imagen de la mal oída y entendida guerra de los bóeres), que tomaba por un asalto militar contra la insipidez de la vida. A finales de noviembre, el tío Paul mandó otra vez de viaje a la madre de Ferguson, en esta ocasión a Nuevo México, para fotografiar a Millicent Cunningham, una poetisa octogenaria que estaba a punto de publicar sus *Ensayos Escogidos* en Random House, y en su ausencia Ferguson se refugió en el piso de sus abuelos cerca de Columbus Circle. Para entonces ya llevaba viviendo más de un mes en el país de El Gordo y El Flaco, enteramente atrincherado en su nueva pasión y sintiendo que le faltaba algo los fines de semana porque el programa no se emitía en sábado y domingo, pero la primera noche que durmió en la calle Cincuenta y ocho Oeste fue un lunes, lo que le dio cinco tardes seguidas de El Gordo y El Flaco, y cuando su abuelo llegó pronto de trabajar la primera tarde explicando que *no había mucho que hacer en la oficina*, se dejó caer en el sofá junto a Ferguson para ver el programa, que pareció afectar a su mente de sesenta y dos años lo mismo que a la de ocho años de Ferguson, y no tardó mucho en desternillarse de risa, de forma tan excesiva que en un momento dado empezó a jadear y toser y ponerse rojo, disfrutando de manera tan absoluta que volvió pronto de la oficina durante el resto de

la semana para ver el programa con su nieto.

Entonces vino la sorpresa, un domingo de principios de diciembre con la visita de sus abuelos, que se presentaron en el apartamento de Central Park West cargados de paquetes, uno de ellos tan pesado que Arthur, el conserje del edificio, tuvo que subirlo en un carrito, lo que le valió cinco dólares de propina de su abuelo (¡cinco dólares!), y otro tan largo que sus abuelos lo traían entre los dos, agarrando cada uno de un extremo con ambas manos, y una caja tan grande que casi no cabía en el apartamento, y cuando vio sonreír a su abuela (que rara vez lo hacía) y oyó reír a su abuelo y sintió la mano de su madre en el hombro derecho, comprendió que estaba a punto de pasar algo excepcional, pero siguió sin tener ni idea de lo que podía ser hasta que abrieron los paquetes y descubrió que ahora era dueño de un proyector de cine de dieciséis milímetros, una pantalla enrollable con un trípode telescópico y diez copias de cortos de Laurel y Hardy: *El toque final*, *Un par de marinos*, *El niño azul*, *Ojo por ojo*, *Un día de campo*, *La vida nocturna*, *Tiembla y titubea*, *Los calaveras*, *Héroes de tachuela* y *En apuros*.

No importaba que hubieran comprado el proyector de segunda mano: funcionaba. Daba igual que las copias estuvieran rayadas y a veces el sonido pareciera surgir del fondo de una bañera: las películas se podían ver. Y con las películas apareció una nueva serie de términos que debía dominar: *rueda dentada*, por ejemplo, que resultó una expresión más agradable en la que pensar que *restos carbonizados*.

Los fines de semana en que no estaba en otra ciudad trabajando en un encargo —y cuando no hacía mucho frío ni llovía ni soplaba el viento—, su madre se pasaba la mañana y la tarde de la mayoría de los sábados deambulando por las calles en busca de buenas fotografías, con Ferguson trotando a su lado mientras ella recorría a grandes zancadas las aceras de Manhattan, subía los escalones de entrada de los edificios municipales, remontaba cuestas o cruzaba puentes en Central Park, y luego, por ninguna razón que a él le resultara evidente, se detenía de pronto, enfocaba algo con la cámara, apretaba el disparador, y clic, clic-clic, clic-clic-clic, lo que no era la actividad más absorbente del mundo, quizá, pero formaba parte del deleite de estar con su madre, de tenerla otra vez para él solo, y cómo no disfrutar de los almuerzos que compartían en cafeterías de Broadway y la Sexta Avenida del Village, en donde diez veces de cada diez pedía una hamburguesa y un batido de chocolate, siempre lo mismo en medio de aquellas excursiones sabatinas, una hamburguesa, por favor, sí, una hamburguesa, por favor, como si formara parte de un ritual sagrado, lo que significaba que nunca podía variar ni en el más mínimo detalle, y luego los sábados al anochecer o los domingos por la tarde iban juntos al cine y se acomodaban en el gallinero, donde su madre podía fumar sus Chesterfield, para ver películas que nunca eran de Laurel y Hardy sino recientes producciones de Hollywood tales como *Siempre hace buen tiempo*, *Los implacables*, *Picnic*, *Ellos y ellas*, *Artistas y modelos*, *El bufón de la corte*, *La invasión de los ladrones de cuerpos*, *Centauros del desierto*, *Planeta prohibido*, *El hombre del traje gris*, *Our Miss Brooks*, *Cruce de destinos*, *Trapecio*, *Moby Dick*, *Un Cadillac de oro macizo*, *Los diez mandamientos*, *La vuelta al mundo en ochenta días*, *Una cara con ángel*, *El increíble hombre menguante*, *El*

precio del éxito y *Doce hombres sin piedad*, las buenas y las malas películas de 1955, 1956 y 1957 que los fueron trasladando desde la época de Ferguson en Hilliard a su primer año en el siguiente colegio al que asistió, la Riverside Academy, en la West End Avenue entre la calle Ochenta y cuatro y la Ochenta y cinco, una institución de enseñanza mixta de tendencias supuestamente progresistas fundada veintinueve años antes, exactamente cien años después de la inauguración de Hilliard.

Se acabaron la chaqueta y la corbata, se acabó la capilla matinal, adiós a los trayectos en autobús por Central Park, se terminaron los días encerrado en un edificio sin chicas, todo lo cual era decididamente una mejora, pero la mayor diferencia entre tercero y cuarto grado no consistió tanto en asistir a otro colegio como en que se zanjara la contienda de Ferguson con Dios. Dios había salido derrotado, se había puesto en evidencia como una insignificancia sin poderes reales, incapaz de castigar ni de infundir miedo, y con el capataz celestial desaparecido de escena, Ferguson podía dejar de jugar a su antiguo juego del *Inútil Aposta* o, como a veces lo denominaba en años posteriores, el *Crío Ontológico*. Había tenido tanto éxito en el fracaso que se había cansado de sus dotes para el subterfugio y la autoinmolación. En Hilliard nadie se imaginó lo que se traía entre manos, los había engañado a todos, no sólo a profesores y compañeros sino también a su madre y la tía Mildred, ni uno se figuró jamás que lo hacía a propósito, que su comportamiento totalmente desigual en tercero no había sido sino puro teatro, una campaña astutamente concebida para demostrar que nada de lo que hiciera podía tener la menor importancia si no había una fuerza divina que velara por él. Había ganado la polémica consigo mismo cuando logró que lo expulsaran de Hilliard; aunque no lo echaron exactamente entonces sino que le permitieron quedarse hasta final de curso, pero ya estaban hartos de Ferguson para seguir teniéndolo más tiempo. El director dijo a su madre que Archie era el enigma más increíble con que se había topado en todos los años que llevaba en el colegio. Era al mismo tiempo el mejor y el peor alumno de la clase, afirmó, unas veces genial y otras un absoluto mentecato, y ya no sabían qué hacer con él. ¿Se veían frente a un esquizofrénico en ciernes, preguntó, o acaso no era Archie más que otro chico perdido que acabaría encontrándose a sí mismo? Como la madre de Ferguson sabía que su hijo no era ni un mentecato ni un futuro enfermo mental, dio las gracias al director por tomarse tantas molestias y se puso a buscar otro colegio.

Recibió las primeras notas en la Riverside Academy un viernes de mediados de noviembre. Al cabo de un año entero de aprobados ramplones y suspensos en Hilliard, la madre de Ferguson esperaba mejores resultados en el nuevo colegio, pero nada parecido a los siete sobresalientes y dos notables altos que Ferguson trajo a casa aquel día. Perpleja por la magnitud del cambio, pasó al salón a las cinco y media, justo cuando estaba acabando el programa de Laurel y Hardy, y se sentó en el suelo junto a su hijo.

Bien hecho, Archie, le dijo, sosteniendo las calificaciones con la mano derecha y dándose golpecitos con la cartilla de notas en la izquierda. Estoy muy orgullosa de ti.

Gracias, mamá, repuso Ferguson.

Debe de gustarte el colegio nuevo.

Es bastante bueno. Dentro de lo que cabe.

¿Qué quieres decir?

El colegio es el colegio, lo que significa que a nadie le gusta mucho. Vas porque no tienes más remedio.

Pero unos colegios son mejores que otros, ¿no?

Supongo.

Por ejemplo, Riverside es mejor que Hilliard.

Hilliard no estaba mal. Es decir, para ser un colegio.

Pero prefieres no desplazarte tan lejos todos los días, ¿verdad? Y no tener que llevar uniforme. Y que haya chicas y chicos juntos, en vez de sólo chicos. Eso hace la vida un poco más agradable, ¿verdad que sí?

Mucho más. Pero el colegio en sí no es tan distinto. Lectura, escritura, aritmética, ciencias sociales, gimnasia, dibujo, música y ciencias. En Riverside hago lo mismo que en Hilliard.

¿Y qué me dices de los profesores?

Pues parecidos.

Creía que eran menos estrictos en Riverside.

En realidad, no. La señorita Donne, la profesora de música, a veces nos grita. Mientras que el señor Bowles, el profesor de música de Hilliard, nunca alzaba la voz. Es el mejor profesor que he tenido en ningún sitio, y el más amable.

Pero en Riverside tienes más amigos. Tommy Snyder, Peter Baskin, Mike Goldman y Alan Lewis —todos chicos estupendos— y esa monada, Isabel Kraft, y su prima Alice Abrams, niñas preciosas, verdaderas triunfadoras. En dos meses te has echado tantos amigos como en Nueva Jersey.

Es divertido estar con ellos. Con otros chicos, no tanto. Billy Nathanson es el tipo más odioso que he conocido jamás; mucho peor que cualquiera de Hilliard.

Pero en Hilliard no tenías amigos, Archie. El tierno Doug Hayes, supongo, pero no se me ocurre nadie más.

Era culpa mía. Allí no quería amigos.

Ah. ¿Y por qué?

Es difícil de explicar. Sólo que no quería tenerlos.

Sin amigos y con malas notas en un colegio. Montones de amigos y buenas notas en otro. Tiene que haber una razón para eso. ¿Tienes idea de lo que puede ser?

Sí.

¿Y?

No te lo puedo decir.

No seas ridículo, Archie.

Si te lo digo, te vas a enfadar conmigo.

¿Por qué demonios iba a enfadarme contigo? Hilliard es agua pasada. Ya da lo mismo.

A lo mejor sí. Pero de todas formas te enfadarías conmigo.

¿Y si te prometo que no me voy a enfadar?

No servirá de nada.

Ferguson estaba mirando al suelo para entonces, fingiendo observar una hebra suelta en la alfombra como medio de evitar la mirada de su madre, porque sabía que si la miraba estaría perdido, su mirada siempre había sido demasiado para él, sus ojos llevaban el peso de una fuerza que podía descifrarle los pensamientos y extraerle

confesiones y aplastar su insignificante voluntad aun cuando luchara por resistirse, y ahora, de forma horrible e inevitable, ella extendía la mano y le tocaba la barbilla con la punta de los dedos, instándolo con dulzura a que levantase la cabeza y la mirase a los ojos, y en el momento en que la mano de su madre hizo contacto con su piel supo que debía abandonar toda esperanza, los ojos se le llenaron de lágrimas, las primeras que le brotaban en meses, y qué humillación sentir que de nuevo se abrían los grifos invisibles sin previo aviso, igual que al estúpido y llorica Stan, dijo para sí, un crío de nueve años con las tuberías cerebrales defectuosas, y cuando se armó de valor para fijar los ojos en los de su madre, dos cataratas le corrían por las mejillas y los labios se le movían, le salía un torrente de palabras, contaba la historia de Hilliard, la batalla con Dios y el motivo de las malas notas, la voz silenciada y el asesinato de su padre, el incumplimiento de las normas con objeto de ser castigado y el posterior aborrecimiento de Dios por no castigarlo, el odio a Dios por no ser Dios, y Ferguson no sabía si su madre entendía lo que le estaba diciendo, tenía los ojos tristes, confusos y al borde del llanto, y cuando llevaba hablando dos, tres o cuatro minutos, ella se inclinó, lo rodeó con los brazos y le dijo que se callara. Basta, Archie, le dijo, déjalo, y entonces lloraban los dos juntos, un festival, un maratón de lágrimas que duró cerca de diez minutos, y fue la última vez que cualquiera de los dos se derrumbaba en presencia del otro, casi dos años después de que enterraran el cuerpo de Stanley Ferguson, y en cuanto se disiparon los sollozos, se lavaron la cara, se pusieron el abrigo y se fueron al cine, donde se atracaron de perritos calientes en el gallinero en vez de ir a cenar, y luego compartieron una caja de palomitas, que remojaron con cocacolas sin burbujas, aguadas. La película que vieron aquella noche se titulaba *El hombre que sabía demasiado*.

Pasó el tiempo. Ferguson cumplió diez, once y doce años, ya tenía trece y catorce, y entre los acontecimientos familiares que se produjeron durante esos cinco años, el más importante fue sin duda la boda de su madre con un tal Gilbert Schneiderman, que ocurrió cuando Ferguson tenía doce años y medio. Un año antes de eso, el clan Adler había vivido su primer divorcio, la inexplicable ruptura de la tía Mildred y el tío Paul, que siempre habían parecido hechos el uno para el otro, una pareja de parlanchines ratones de biblioteca que llevaban nueve años casados sin aparentes conflictos ni traiciones y de pronto lo daban todo por terminado, la tía Mildred se mudaba a California para incorporarse al Departamento de Inglés de Stanford y el tío Paul ya no era tío de Ferguson. Luego su abuelo pereció —un ataque al corazón en 1960—, y su abuela también falleció no mucho después —un derrame cerebral en 1961—, y al cabo de un mes del segundo entierro a la tía abuela Pearl le diagnosticaron un cáncer terminal. Los Adler iban disminuyendo. Empezaban a parecer una de esas familias en las que nadie llega a la vejez.

Schneiderman era el primogénito del antiguo jefe de su madre, el hombre de acento alemán que le había enseñado fotografía durante los primeros días de la guerra, y como Ferguson comprendía que su madre tendría que volver a casarse en algún momento, no se opuso a su elección, que le parecía la mejor entre las varias disponibles. Schneiderman tenía cuarenta y cinco años, ocho más que la madre de Ferguson, y los caminos de la pareja se habían cruzado por primera vez la mañana

que ella empezó a trabajar en el estudio del padre de él en noviembre de 1941, lo que en cierto modo consolaba a Ferguson, consciente de que su madre había conocido a su padrastro antes que a su padre, en 1941 y no en 1943, fecha que previamente había marcado el principio de su mundo, pero ahora el mundo había envejecido aún más y tranquilizaba saber que ya existía un pasado común entre ellos y por tanto su madre no iba al matrimonio con los ojos cerrados, cosa que siempre había sido el mayor temor de Ferguson, ver cómo caía rendida a los pies de algún payaso con mucha labia y un buen día al despertarse descubría que había cometido el error de su vida. No, Schneiderman parecía un tipo serio, alguien en quien se podía confiar. Casado durante diecisiete años, padre de dos chicas, citado un día por un policía estatal en un depósito de cadáveres del condado de Dutchess para que identificara los restos mortales de una mujer, de su mujer, fallecida en accidente de tráfico, a lo que sucedieron cuatro años de soledad, un periodo casi tan largo como el que pasó su madre a raíz de la muerte de su padre. Sus abuelos aún vivían en septiembre de 1959, así que la boda se celebró en su piso de la calle Cincuenta y ocho Oeste, y Ferguson, que casi medía uno sesenta, ofició de padrino. Entre los invitados se contaban sus nuevas hermanastras, Margaret, de veintiún años, y Ella, de diecinueve, ambas estudiantes universitarias, Emanuel Schneiderman, un viejo chocho y malhablado que Ferguson ya había visto tres o cuatro veces y a quien nunca consideraría su abuelo, ni siquiera después de la muerte de su abuelo de verdad, el hermano de Gil, Daniel, su cuñada Liz, su sobrino Jim, de dieciséis años, y su sobrina Amy, de doce (toda brazos y piernas, aquella chica, con aparato en los dientes y una hilera de espinillas en la frente), más Paul Sandler, el antiguo tío de Ferguson que seguía siendo el defensor de su madre pese al divorcio de Mildred, editor de mesa de sus dos primeros libros, la *Boda judía* completa y el recién publicado *Gallitos*, noventa retratos en blanco y negro de miembros de bandas callejeras puertorriqueñas y sus novias, pero la tía Mildred no asistió, había escrito que estaba muy ocupada con sus cursos en Stanford para hacer el viaje, y cuando Ferguson vio a su antiguo tío Paul mirando a su madre, se preguntó si no había sido un aspirante a su mano y había perdido frente a Gil Schneiderman, lo que podría significar que su ruptura con la tía Mildred había tenido algo que ver con su tardía comprensión de que se había equivocado al enamorarse de la otra hermana. Imposible saberlo, pero quizá explicara eso el hecho de que Mildred estuviera aquella tarde en California y no en Nueva York, lo que también habría aclarado la cuestión de por qué parecía haber roto el contacto con la madre de Ferguson, porque en el festejo de boda nadie dijo una palabra sobre su ausencia, al menos cerca de Ferguson, y como no era posible preguntar a su antiguo tío Paul ni a sus abuelos por qué nadie nombraba a su tía, las preguntas que se formularon aquella tarde en su cabeza quedaron sin respuesta. Otra historia más que nunca se contaría, dijo para sus adentros, y seguidamente se sacó el anillo del bolsillo y se lo entregó al hombre corpulento de frente despejada y orejas grandes que estaba a punto de convertirse en su padrastro.

Su madre dijo que era un nuevo comienzo, y al principio de aquel comienzo hubo de acomodarse a muchas cosas, a multitud de cosas grandes y pequeñas que de pronto y para siempre ya eran diferentes, empezando con la palpable realidad de vivir en un hogar compuesto por tres personas en vez de dos y la novedad de que esa

tercera persona durmiera todas las noches en la cama de su madre, un hombre de uno setenta y ocho de estatura y pelos en el pecho que por la mañana se paseaba por la casa en calzoncillos anticuados y meaba ruidosamente en el baño y besaba a su madre cada vez que ella lo miraba, una nueva especie de masculinidad con la que Ferguson debía enfrentarse, de hombros anchos pero nada atlético, elegante de cierta forma confusa y pasada de moda, con sus gruesos trajes de *tweed* con chaleco, sus zapatos robustos y su pelo más largo de lo corriente, un tanto incómodo socialmente, no dado a chistes ni a la charla despreocupada, té por la mañana en vez de café, *schnapps*, coñac y un puro por la noche, un enfoque germánico, sólido e inquebrantable, sobre las cosas de la vida, con ocasionales intervalos de mal humor y accesos de mal genio (obsequio genético de su padre, sin duda) pero en general amable, a menudo sumamente amable, un padrastro que nunca mostraba la menor aspiración de sustituir a su padre y se contentaba con que lo llamara Gil en vez de papá. Durante los primeros seis meses, vivieron los tres juntos en el piso de Central Park West, pero luego se mudaron a uno más grande en Riverside Drive entre las calles Ochenta y ocho y Ochenta y nueve, con una cuarta habitación que se transformó en estudio para Gil, cambio que Ferguson acogió con agrado porque ahora vivía más cerca del colegio y podía dormir un poco más por la mañana, y aunque echaba de menos la vista de Central Park desde la tercera planta del antiguo apartamento, ahora disponía de la vista del río Hudson desde un séptimo piso, que resultaba más estimulante por la continua procesión de barcas y buques que se movían de un lado a otro por el agua, y más allá del agua estaba la tierra, la orilla de Nueva Jersey, y siempre que Ferguson dirigía allí la mirada pensaba en su antigua vida e intentaba imaginarse cómo era de pequeño, pero aquella época se le hacía ya muy lejana, casi se le había ido de la cabeza.

Schneiderman era el principal crítico musical del *New York Herald Tribune*, un puesto exigente que lo obligaba a salir casi todas las noches para asistir a conciertos, recitales y óperas, y luego las prisas por mecanografiar la reseña a tiempo y entregarla esa misma noche al redactor jefe de la sección de arte y cultura, lo que Ferguson consideraba una tarea imposible, simplemente dos horas o dos horas y media para poner en orden sus pensamientos sobre la representación que acababa de ver y oír y redactar algo coherente, pero Schneiderman era un veterano en escribir en condiciones apremiantes, la mayoría de las noches acababa el artículo sin apartar una sola vez las manos del teclado, y cuando Ferguson le preguntó cómo podían salirle las palabras tan deprisa, él contestó a su hijastro diciendo: En realidad soy un tipo muy vago, Archie, y si no tuviera plazos que me atosigaran, nunca terminaría nada, y a Ferguson le impresionó que su padrastro se burlara de sí mismo de aquel modo, porque, si le preguntaban a él, aquel hombre podía ser cualquier cosa menos vago.

Schneiderman tenía cosas que contar, a diferencia del padre de Ferguson, que rara vez contaba algo salvo las historias fantásticas sobre buscar oro en los Andes o cazar elefantes en África, pero éstas eran verdaderas, y cuando el periodo de adaptación se fue tornando poco a poco en algo parecido a una vida cotidiana, Ferguson empezó a sentirse lo bastante cómodo para instar al marido de su madre a que le contara detalles de su pasado, porque Ferguson ya no tenía una mentalidad infantil y disfrutaba oyendo cómo se había criado en Berlín, escuchando a alguien

que había pasado los primeros siete años de su vida en una ciudad muy lejana, que en la imaginación de Ferguson era ante todo la capital del Infierno de Hitler, la ciudad más maligna de todo el planeta, pero en aquella época no, le informó Schneiderman, no para quien se marchó de allí en 1921, y aunque su vida comenzó justo después de la Primera Guerra Mundial, a la que la gente denominó Gran Guerra, no recordaba nada de nada, el cataclismo entero era un espacio en blanco para él, y el primer acontecimiento de su vida que era capaz de recordar con cierta verosimilitud lo situaba sentado en la mesa de la cocina en el piso de su familia en Charlottenburg con un trozo de pan en las manos y untándolo de oscura mermelada mientras vigilaba a su hermano pequeño, Daniel, sentado en su alta silla y que por entonces tenía seis u ocho meses, lo que significaba que la guerra estaba a punto de terminar o ya había concluido, y el motivo de recordar la escena de forma tan vívida quizá se debía a que Daniel estaba vomitando sin darse cuenta un amasijo de leche apelmazada por todo el babero, sonriendo y golpeando la mesa con las manos mientras la avalancha seguía su curso, y Schneiderman se había maravillado ante el hecho de que alguien pudiera ser tan estúpido e inepto como para vomitarse encima sin darse cuenta de lo que estaba haciendo. Nada de Hitler, entonces, pero un momento trascendental pese a todo, las semillas de un futuro desastre sembradas ya en Versalles, lucha armada en Berlín cuando la rebelión espartaquista se alzó brevemente hasta ser aplastada, seguida por la detención de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, cuyos cuerpos asesinados aparecieron más tarde en el canal Landwehr, por no hablar del estallido de la guerra civil rusa, rojos contra blancos, los bolcheviques contra el mundo entero, y como Rusia estaba tan cerca de Alemania, la súbita afluencia de refugiados y exiliados que acudían en tromba a Berlín, la insegura y tambaleante Berlín, corazón de la andrajosa República de Weimar en la que una hogaza de pan llegó a costar veinte millones de marcos. Era fundamental que Schneiderman diera al muchacho aquella rudimentaria lección de historia para que entendiera por qué su familia había emigrado a Norteamérica, por qué el padre de Schneiderman había concluido que Alemania era un país sin futuro y los había sacado de allí lo más rápidamente posible, lo que demostró ser justo a tiempo, porque Estados Unidos puso fin a la inmigración en 1924 y a partir de ahí atrancó las puertas, pero ahora estábamos en 1921, a finales de verano, con Schneiderman a punto de cumplir siete años y con su hermano de tres años y un mes navegando con sus padres y un baúl de libros después de zarpar de Hamburgo en un buque llamado *S. S. Passage to India*, rumbo al montañoso territorio de Los Altos de Washington, o eso creyó Schneiderman al oír hablar del barrio de Washington Heights, pero su inglés no era nada bueno en ese punto, casi inexistente en realidad, ¿y qué sabía un niño de siete años salvo lo que le contaban sus padres? El idioma fue el obstáculo más duro, dijo su padrastro, la dificultad de hablar inglés con acento alemán, que destacaba su condición de extranjero y conducía a pullas y frecuentes palizas a manos de los chicos de su colegio, porque no era simplemente extranjero, sino alemán, la más ínfima y despreciable especie de ser humano en los años de posguerra, un bárbaro inútil, un cabeza cuadrada, un boche, un teutón, a elegir, y aunque su comprensión del inglés se incrementó hasta la más íntima familiaridad, aunque su vocabulario se amplió y conquistó los matices de la sintaxis y la gramática inglesa, siguió recibiendo golpes a causa de aquel acento indecoroso.

Fvamos a nadar en fverrano, ¿fverdat, Archie?, dijo Schneiderman a modo de demostración, y como su padrastro rara vez trataba de ser gracioso, Ferguson apreció aquella agudeza humorística, que verdaderamente tenía gracia, y se rio, y un momento después reían los dos.

El caso es, declaró Schneiderman, que saber alemán probablemente me salvó la vida.

Cuando Ferguson le pidió que se lo explicara, su padrastro se puso a hablar de la guerra, de alistarse en el ejército a raíz de Pearl Harbor porque quería volver a Europa y matar nazis, pero como era algo mayor que los demás muchachos y como había ido a la universidad y hablaba con soltura alemán y francés, lo mantuvieron lejos del combate y en cambio lo destinaron a una unidad de los servicios de información. Por tanto, nada de ir al frente. Y en consecuencia, ni balas ni bombas que hubieran dado con él en una tumba temprana. Ferguson estaba sin duda ansioso por saber lo que había hecho en los servicios de información, pero como la mayoría de los veteranos de guerra, Schneiderman no quería hablar de ello en casa. Simplemente, dijo, interrogar a prisioneros alemanes, entrevistar a oficiales nazis, hacer que mi alemán sirviera para algo. Cuando Ferguson le pidió detalles, Schneiderman sonrió, dio a su hijastro unas palmaditas en el hombro y repuso: En otro momento, Archie.

Si había algún inconveniente en el nuevo estado de cosas era que a Schneiderman no le interesaban los deportes; ni el béisbol, ni el fútbol americano, ni el baloncesto, ni el tenis, ni el golf, ni los bolos ni el bádminton. No sólo no practicaba ninguno de esos juegos, sino que ni siquiera ojeaba las páginas deportivas, lo que significaba que no prestaba atención a los altibajos de los equipos locales, por no hablar de los equipos universitarios y de instituto, y desconocía las proezas de todo velocista, golfista, saltador de altura, de longitud, corredor de fondo, esquiador, tenista y jugador de bolos del mundo. Uno de los motivos por los que Ferguson no se había opuesto a la idea de que su madre se casara de nuevo era que había pensado que su segundo marido tenía que ser forzosamente un deportista, porque a ella le gustaba nadar y jugar al tenis y al ping-pong e incluso a los bolos, y él ansiaba tener en casa a un adulto con quien compartir algunas actividades deportivas, ya fuera lanzar una bola de béisbol o un balón de fútbol americano o tirar a canasta o jugar al tenis (no importaba la modalidad), y si resultaba que el hipotético padrastro no era de tipo atlético, había buenas posibilidades de que fuese aficionado al menos a un deporte, porque la mayoría de los hombres lo eran, como su abuelo, por ejemplo, cuyo deporte preferido había sido el béisbol, y cuando no hablaban de Laurel y Hardy, preguntándose si los cortos eran mejores que los largometrajes o viceversa, en la mayoría de sus conversaciones se dedicaban a analizar las respectivas cualidades de Mantle, Snider y Mays, a evaluar la habilidad de Alvin Dark para golpear ruidosamente la bola y mandarla al campo central cuando ya estaba en marcha el *hit-and-run*, a discutir quién tenía mejor brazo, Furillo o Clemente, o si había algo de verdad en la historia de que Yogi Berra guardaba una hoja de afeitar en la espinillera derecha para hacer una muesca en la bola antes de lanzársela de vuelta a Whitey Ford. De los seis a los diez años, Ferguson había ido por lo menos a tres partidos cada año con su abuelo, su gira anual por los estadios de la ciudad de Nueva York, el Polo Grounds de Manhattan, el Yankee Stadium del Bronx y el Ebbets Field de Brooklyn,

donde vieron juntos un partido de la Serie Mundial en 1955, pero tres era el mínimo, y tras la muerte del padre de Ferguson y la marcha a otra ciudad de los Dodgers y los Giants, el total por temporada solía ser de seis o siete visitas al Yankee Stadium, *la casa que construyó Ruth*, y cómo saboreaba Ferguson aquellas salidas en las soleadas y abrasadoras tardes de julio y agosto, los ojos fijos en el campo con el inmaculado verde del césped y la alisada tierra rojiza, un jardín bien arreglado dentro de la gran ciudad de piedra, placeres rurales entre los silbidos y gritos estridentes de la multitud, treinta mil voces abucheando al unísono, qué sonido aquél, y durante todo el partido su abuelo anotaba pacientemente la puntuación con su lápiz pequeño y grueso, vaticinando si el bateador acabaría o no en base según lo que él denominaba *ley del promedio*, queriendo decir que un bateador poco productivo estaba a punto de anotar porque *le tocaba*, y por muchas veces que se equivocara, su abuelo nunca abandonaba la fe en su propia ley, su viciada norma de estúpidas conjeturas. Todos aquellos partidos con su incomprensible Papa, que en los días más calurosos se protegía del sol cubriéndose la cabeza con un pañuelo extendido sobre la calva porque *hacía demasiado calor para llevar sombrero*, y ahora que ya no estaba, Ferguson comprendió que nadie podía ocupar su lugar, y menos que nadie Schneiderman, que probablemente era el único neoyorquino de los cinco municipios a quien no se le rompió el corazón cuando los Dodgers y los Giants levantaron el campo y se largaron a California después de la temporada de 1957.

Era un inconveniente, pues, incluso quizá una decepción haber acabado con un padrastro sin sensibilidad para los dramas y placeres de la competición física, pero todo fuera dicho en honor de Schneiderman, sin duda también era cierto lo contrario, porque la incapacidad de Ferguson para tocar un instrumento musical debió de ser una decepción para su padrastro, que era un experto con el piano y el violín, no al más alto nivel profesional, quizá, pero al oído sin formación de Ferguson sus interpretaciones de Bach, Mozart, Beethoven y Schubert eran absolutas maravillas de belleza y precisión, tan buenas como las de los centenares de elepés que Schneiderman se había traído a Central Park West. No es que Ferguson no lo hubiera intentado, pero su lucha por dominar la más rudimentaria técnica con el teclado había concluido en fracaso, al menos según su profesora, la señorita Muggeridge, vieja de pelo crespo que probablemente trabajaba de bruja por libre cuando no estaba quebrantando el espíritu a chavales obligados a estudiar piano. Al cabo de nueve meses de clases cuando estaba en primer grado, su madre fue informada de que su hijo *era un manazas, un inepto*, con lo que ella concluyó que había empezado demasiado pronto (olvidando que Mozart ya componía sinfonías a los seis o siete años: ¡Mozart no venía a cuento!), y cuando sugirió a su fallido pianista que se tomara un año de vacaciones antes de empezar de nuevo con otra profesora, Ferguson se sintió aliviado al no tener que ver nunca más a la señorita Muggeridge. El año de vacaciones fue, por descontado, el año del incendio de Newark, y una vez que se mudaron a Nueva York y superaron el curioso interregno, el pequeño estaba en Hilliard, la mayor, sumida en la confusión, y el piano, olvidado.

De modo que Schneiderman decepcionó a Ferguson y viceversa, pero como ninguno de los dos mencionaba la cuestión al otro, siguieron sin conocer su mutua decepción. Finalmente, cuando Ferguson entró a jugar de alero titular en el equipo de

baloncesto de primero de instituto, Schneiderman empezó a mostrar cierto interés en el deporte, al menos en la medida de asistir a varios partidos con su mujer, en donde animaba a su hijastro desde las tribunas, pero Ferguson jamás aprendió a tocar un instrumento musical. Con todo, cabe afirmar sin temor a equivocarse que Ferguson aprovechó más la relación de su padrastro con la música que Schneiderman la habilidad de su hijastro para tirar a canasta y bloquear al contrario para hacerse con un rebote. A los doce años y medio, Ferguson no sabía nada de música salvo de rock and roll, que tanto él como todos sus amigos adoraban. Le rebosaba la cabeza con las letras y la música de Chuck Berry, Buddy Holly, Del Shannon, Fats Domino y docenas de cantantes populares, pero en lo que se refería a música clásica era virgen, por no hablar del jazz, el blues y la incipiente renovación de la música folk, géneros sobre los que también era un absoluto ignorante, aparte de algunas cómicas baladas del Kingston Trio, que por entonces estaban teniendo su momento de gloria. Conocer a Schneiderman lo cambió todo. Para un muchacho que sólo había asistido a dos conciertos en la vida (una interpretación de *El Mesías* de Handel en el Carnegie Hall con la tía Mildred y el tío Paul; una sesión matinal de *Pedro y el lobo*, que vio con los compañeros de clase de Hilliard), un chico que no poseía un solo disco de música clásica, cuya madre no tenía un solo disco de ninguna clase y se limitaba a escuchar por la radio canciones de siempre y piezas de *big band*, para un chico así, carente del menor atisbo de conocimiento sobre cuartetos de cuerda o sinfonías o cantatas, oír a su padrastro tocar el piano o el violín era una revelación, y aparte de ésa había otra, la de escuchar su colección de discos y descubrir que la música era efectivamente capaz de reconfigurar los átomos en el cerebro de una persona, y además de lo que ocurría en los apartamentos de Central Park West y Riverside Drive estaban las salidas con su madre y Schneiderman al Carnegie Hall, al Town Hall y al Metropolitan Opera House que empezaron a las pocas semanas de que se instalaran los tres juntos. Schneiderman no se había fijado una misión pedagógica, no pensaba dar al chico ni a su madre una educación musical formal, simplemente pretendía descubrirles las obras a las que creía que iban a responder, lo que significaba no empezar con Mahler ni Schoenberg ni Webern sino con obras gozosas, retumbantes, como la *Obertura 1812* (a Ferguson se le cortó la respiración la primera vez que oyó el cañón) o piezas histriónicas como la *Sinfonía fantástica* o la vibrante música de programa de *Cuadros de una exposición*, pero poco a poco consiguió atraerlos y no tardaron mucho en acompañarlo a óperas de Mozart y recitales de violonchelo de Bach, y para el Ferguson de doce y trece años, que siguió adorando el rock and roll como siempre, aquellas noches en las salas de concierto suponían nada menos que la revelación de cómo funcionaba su propio corazón, porque la música era el corazón, comprendió Ferguson, la más plena expresión del corazón humano, y ahora que había escuchado todo aquello empezaba a escuchar aún mejor, y cuanto mejor escuchaba, más profundamente sentía, tan profundamente a veces que su cuerpo se estremecía.

Los Adler estaban menguando. Uno tras otro llegaban demasiado pronto a la muerte y desaparecían de este mundo, y con el traslado de la tía Mildred a California y la expulsión de la familia del antiguo tío Paul, aparte del traslado al sur de Florida de la prima Betty con su marido Seymour (junto con los primos segundos de Ferguson,

Eric y Judy) y el hecho de que la hermana de Betty, Charlotte, seguía sin hablarse con su prima Rose a causa de la Guerra de las Fotografías de Boda de 1955 y 1956, Ferguson y su madre eran los únicos Adler que quedaban en Nueva York, los únicos aún sobre la tierra que no habían eludido ni destrozado sus vínculos con el clan. Pese a tales mermas, sin embargo, había entrado savia nueva en su vida en forma de diversos Schneiderman, una colección de hermanastras, primos políticos, una tía y un tío políticos y hasta un abuelo político para Ferguson, lo que para su madre supuso dos hijastras, un sobrina y un sobrino políticos, una cuñada, un cuñado y un suegro, y esos Schneiderman constituían ahora el grueso de la familia a la que ahora pertenecían porque un funcionario municipal había firmado y sellado un certificado de matrimonio que declaraba que Gil y la madre de Ferguson estaban legalmente casados y eran marido y mujer. Era un *cambio extraño*, tal como su abuelo había dicho en una de sus últimas conversaciones juntos, y en efecto resultaba chocante que por una boda hubiera ganado dos hermanas, dos mujeres desconocidas que de pronto eran sus parientes más próximos porque un hombre igualmente desconocido para él había estampado su firma en una hoja de papel. Nada de lo cual habría importado si a Ferguson le hubieran caído bien Margaret y Ella Schneiderman, pero al cabo de varios encuentros con sus flamantes hermanastras concluyó que aquellas chicas gordas, feas y creídas no merecían caer bien a nadie, porque enseguida quedó claro que tenían celos de la madre de Ferguson por haberse casado con su padre, con quien estaban disgustadas por haber traicionado la memoria de su madre, que se había convertido en una santa a consecuencia de la terrible muerte que sufrió en el accidente en la Taconic State Parkway. Pues bien, el padre de Ferguson también había tenido una muerte horrible, lo que en teoría debería haberlos puesto a todos en el mismo barco, pero a las hermanas Schneiderman no les interesaba su nuevo hermanastro, apenas se dignaban a hablar con aquel don nadie de doce años, las importantes alumnas de la Universidad de Boston no toleraban al hijo de aquella lagartona que les había robado a su padre, y aunque a Ferguson lo desconcertó su comportamiento en la boda —manteniéndose al margen y no hablando con nadie, sólo entre ellas y casi siempre en murmullos, casi siempre de espaldas a los novios—, no fue hasta dos semanas después, al invitarlas a cenar al apartamento de Nueva York, cuando Ferguson comprobó lo desagradables y poco generosas que eran, sobre todo Margaret, la mayor, si bien Ella, la más joven y menos repelente, seguía de forma invariable el ejemplo de su hermana, cosa que probablemente era aún peor, y allí estaban los cinco en aquella cena de nunca olvidar, que tantas horas de preparación había llevado a su madre, empeñada en mostrar su solidaridad con Gil desviviéndose por sus hijas, aquellas chicas mezquinas y estiradas que fingían no oír a Rose cuando les hacía preguntas sobre su vida en Boston y sus planes para después de la universidad, que la interrogaban maliciosamente sobre sus conocimientos musicales, que eran casi nulos, por supuesto, como para demostrar a su padre que se había casado con una estúpida inculta, y cuando Margaret preguntó a su reciente madrastra si prefería escuchar las piezas para piano de Bach al clavicémbalo, tal como las tocaba Wanda Landowska, por ejemplo, o al pianoforte interpretadas por alguien como Glenn Gould (no al piano, al pianoforte), Gil acabó estallando y mandándola callar. Un palmetazo sobre la mesa del comedor que hizo resonar los

cubiertos y derribó una copa, y luego silencio, mutismo no sólo de Margaret sino de todos los comensales.

Basta ya de comentarios hirientes e insidiosos, dijo Schneiderman a su hija. No sabía que fueras capaz de tanta maldad, Margaret, de tan despiadada crueldad. Vergüenza debería darte. Vergüenza. Vergüenza. Rose es una gran artista, magnífica, y si tú logras en tu vida la décima parte de lo que ella ha conseguido, superarás las más grandes esperanzas que haya depositado en ti. Pero en este mundo, cariño, para lograr incluso la cosa más insignificante se necesita tener alma, y por la forma en que te estás comportando esta noche, empiezo a preguntarme si la tienes.

Era la primera vez que Ferguson veía enfadarse a su padrastro, que mostraba una cólera furibunda, que echaba humo, una ira de tal enormidad, de tan destructora fuerza que deseó que nunca se volviera contra él, pero fue muy satisfactorio ver cómo aquella noche se dirigía a Margaret, que tan plenamente se merecía el brutal rapapolvo de su padre, y qué contento se puso al saber que Schneiderman estaba dispuesto a defender a su madre de los ataques de su propia hija, *una gran artista, magnífica*, lo que era un buen augurio para el futuro del matrimonio, pensó, y cuando inevitablemente Margaret rompió a sollozar y una llorosa Ella protestaba diciendo que no tenía derecho a hablar así a su hermana, Ferguson oyó que su madre pronunciaba una frase, pronunciaba por primera vez una frase que siguió utilizando siempre que Schneiderman perdía los estribos a lo largo de los meses y años siguientes, *Despacito, Gil*, lo que en cierto modo lograba transmitir el doble peso de una advertencia y una caricia, y después de pronunciar aquellas palabras por primera vez, su madre se levantó de la silla y se acercó a su marido, un hombre con quien llevaba casada dieciséis días, se colocó a su espalda mientras él seguía sentado presidiendo la mesa, le puso las manos en los hombros, se inclinó y lo besó en la nuca. A Ferguson le impresionaron la valentía y la compostura de su madre, cuya actitud se asemejaba a la de meterse en la jaula de un león, pero al parecer sabía lo que se hacía, porque en vez de apartarla de un empujón, Schneiderman alzó el brazo y con la mano derecha cogió la suya, se la llevó decididamente a los labios y la besó. Sus miradas no se habían cruzado una sola vez, pero el berrinche se disipó, o casi, porque aún quedaba la cuestión de negociar una disculpa, que la severa voz de Schneiderman acabó arrancando a la mal dispuesta y lloriqueante Margaret, apenas capaz de mirar a su madrastra, pero lo dijo, pronunció las palabras *Lo siento*, y como el encontronazo ocurrió en el postre (¡fresas con nata!), la cena estaba prácticamente acabada, lo que permitió a las hermanas marcharse enseguida salvando las apariencias con la excusa de que habían quedado a las nueve para ver a unas antiguas amigas del instituto, cosa que no era cierta según sabía Ferguson, porque las chicas tenían que pasar la noche en el apartamento, iban a dormir en su habitación y él se acostaría en el sofá del salón, un sofá cama especial que su madre había comprado para ese menester, pero no durmieron allí, ni aquella noche ni ninguna otra, porque en todas sus futuras visitas a Nueva York las hermanas se quedaron en casa del hermano mayor de su madre y su mujer, en Riverdale, y si Schneiderman quería verlas, tenía que ir allí o encontrarse con ellas en sitios públicos, pero ni una sola vez volvieron a Central Park West, y pasaron años antes de que pusieran el pie en el nuevo apartamento que daba al río.

A Ferguson no le importaba. No quería ver ni en pintura a ninguna de aquellas dos chicas, igual que no quería ni ver al padre de Schneiderman, que lamentablemente iba a cenar una vez al mes y que soltaba toda clase de sandeces sobre política norteamericana, la guerra fría, los barrenderos de Nueva York, la física cuántica e incluso sobre el propio Ferguson, *Vigila a ese chico tuyo,* liebchen*; no hace más que pensar en el sexo pero todavía no lo sabe*, aunque él hacía lo posible por eludirlo, siempre procurando zamparse el plato principal en tiempo récord y alegando luego que estaba muy lleno para el postre, momento en el cual se retiraba a su habitación a estudiar para el examen de historia del día siguiente, que en realidad había hecho aquella misma tarde. Su nuevo no-abuelo era un poco menos horrible que Margaret y Ella, quizá, pero no mucho, no lo bastante para que a Ferguson le apeteciese quedarse en la silla y escuchar sus descabellados monólogos sobre los campos de concentración secretos que J. Edgar Hoover mantenía en Arizona o la alianza entre la John Birch Society y el Partido Comunista para envenenar los embalses de agua potable de la ciudad de Nueva York, que podrían haber sido divertidos si el viejo no hubiera dado tantos gritos, pero veinte o treinta minutos en su compañía era todo lo que Ferguson podía soportar. Con eso sumaban tres nuevos parientes a los que no podía tragar, tres Schneiderman de los que habría prescindido alegremente, pero luego estaban los otros Schneiderman, los que vivían justo a trece manzanas y media en la calle Setenta y cinco Oeste, y aunque no era fácil que Liz, su tía política, le resultase simpática porque la consideraba una persona nerviosa y refunfuñona, demasiado angustiada por las minucias de la vida cotidiana para entender que la vida se te podía escapar antes de empezar a vivirla, Ferguson congenió enseguida con el hermano de Schneiderman, Daniel, y sus dos vástagos, sus primos políticos Jim y Amy, que desde el principio le dieron buena acogida y pensaban que su tío Gil era *un hijo de puta con suerte* (expresión de Jim) por haberse casado con una mujer como la madre de Ferguson, que (en palabras de Amy) era *casi casi perfecta*.

Daniel, artista gráfico y ocasional ilustrador de libros infantiles, era un trabajador autónomo con diversos empleos que pasaba de ocho a diez horas diarias en un pequeño cuarto convertido en estudio al fondo del apartamento de la familia, un taller diminuto atestado de cosas donde producía montones de dibujos y pinturas para tarjetas de felicitación, anuncios, calendarios, folletos de empresas y acuarelas de El oso Tommy para sus colaboraciones con el escritor Phil Costanza, y que ganaba suficiente dinero para dar de comer, vestir y albergar a una familia de cuatro miembros pero sin que le quedara nada para extravagancias como largas vacaciones de verano o colegios particulares para sus hijos. Realizaba un trabajo especializado y profesional, que llevaba la marca de una mano hábil y una imaginación caprichosa, y aunque no había nada tremendamente original en lo que hacía, siempre era como mínimo encantador, palabra con la que solía describirse al propio Daniel Schneiderman, que resultó ser uno de los tipos más joviales y sin pretensiones que Ferguson había conocido nunca, una persona a quien le gustaba reír y que por tanto se reía mucho, un sujeto de una especie completamente diferente a la de su hermano mayor, el pequeño que nunca tuvo que luchar con el acento alemán, el guapo, el simpático, *el que disfrutaba con los deportes*, igual que Jim, su primo político, el alto

y delgado Jim, jugador de baloncesto, que acababa de empezar el penúltimo curso en el Instituto de Ciencias del Bronx cuando Gil y la madre de Ferguson se casaron, y en cuanto el contingente masculino de los otros Schneiderman se enteró de que su nuevo sobrino/primo estaba tan puesto en baloncesto como ellos, el dúo se convirtió en trío, y cada vez que Dan y Jim iban al Garden a ver un partido invitaban a Ferguson a que los acompañase. Se trataba del viejo Garden, el ya demolido Madison Square Garden que una vez se elevaba en la Octava Avenida entre las calles Cuarenta y nueve y Cincuenta, y así fue como Ferguson acabó viendo su primer partido de baloncesto aquella temporada de 1959-1960, tres partidos consecutivos de nivel universitario, exhibiciones de los Harlem Globetrotter, y los mediocres y chapuzas Knicks de Richie Guerin, Willie Naulls y Johnny Green el Saltarín, pero por entonces sólo había ocho equipos en la NBA, lo que significaba que los Boston Celtics jugaban en el Garden al menos media docena de veces por temporada, y aquéllos eran los partidos a los que el trío procuraba ir, porque nadie jugaba mejor que el equipo de Cousy, Heinsohn, Russell y los hermanos Jones, que constituían un solo cerebro de cinco partes en constante movimiento, una sola conciencia, jugadores completamente desinteresados que pensaban en el equipo y no en ellos mismos, eso era *baloncesto como tenía que ser*, según repetía el tío Dan mientras los veía en la pista, y sí, era asombroso comprobar lo buenos que eran en comparación con los Knicks, que a su lado parecían lentorros y torpes, pero por mucho que Ferguson admirase al equipo en su conjunto, había un jugador que para él destacaba y acaparaba el grueso de su atención, Bill Russell, enérgico y delgado como un palillo, que siempre parecía encontrarse en el núcleo de lo que hacían los Celtics, el jugador cuya cabeza parecía contener los otros cuatro cerebros, o que en cierto modo había dispersado su cerebro en las cabezas de sus compañeros de equipo, porque Russell se movía extrañamente y no tenía aspecto de atleta, era un jugador con limitaciones que rara vez tiraba a canasta ni anotaba, que ni siquiera regateaba muchas veces, pero ahí lo tenías, enganchando un rebote crucial, haciendo un increíble pase picado, bloqueando un lanzamiento, y gracias a él los Celtics seguían ganando un partido tras otro temporada tras temporada, todos los años campeones o compitiendo para el campeonato, y cuando Ferguson preguntó a Jim qué era lo que hacía tan grande a Russell cuando en muchos aspectos ni siquiera era bueno, Jim se paró un momento a pensar, negó con la cabeza y contestó: No lo sé, Archie. A lo mejor es más listo que nadie, o quizá es que ve más cosas que los demás y siempre sabe lo que está a punto de ocurrir.

El larguirucho Jim era la respuesta a las viejas oraciones de Ferguson, el deseo de un hermano mayor, o al menos de un primo mayor que él a quien admirar y de quien extraer fuerzas, y Ferguson disfrutaba enormemente con su relación, con el modo en que a sus dieciséis años no parecía tener reparos en aceptar como camarada a su primo político, más joven que él, sin comprender que Jim, con una hermana y dos primas, sin duda había deseado un hermano tanto como él. En los dos años anteriores a su graduación en el instituto y a su ingreso en el MIT, el Instituto de Tecnología de Massachusetts, resultó ser un personaje fundamental para el a menudo confuso y rebelde Ferguson, que iba bien en las clases de la Riverside Academy pero continuaba mostrando un *problema de actitud* (replicando a los profesores, estallando rápidamente cuando lo provocaban matones como Billy Nathanson), y allí estaba Jim,

todo curiosidad y buen humor, un chico de buen corazón amante de las matemáticas y las ciencias a quien le gustaba hablar de números irracionales, agujeros negros, inteligencia artificial y dilemas pitagóricos, sin ira en sus entrañas, nunca una palabra grosera ni un gesto agresivo hacia nadie, y su ejemplo seguramente contribuyó en cierto modo a suavizar los excesos del comportamiento de Ferguson, y además Jim le estaba poniendo al tanto de la anatomía femenina y de lo que tenía que hacer sobre el problema cada vez más insistente de *pensar en el sexo* (duchas frías, cubitos de hielo en el pito, carreras de cuatro kilómetros por la pista), y lo mejor de todo, Jim en la cancha de baloncesto con él, el pequeño de tercero de instituto, de un metro ochenta de estatura, el mayor de último de instituto, de uno ochenta y siete, que se encontraba con Ferguson los sábados por la mañana a medio camino de sus respectivas casas para ir juntos a Riverside Park, donde buscaban una cancha vacía y practicaban durante tres horas, a las siete en punto cada sábado siempre que los dioses del tiempo estaban con ellos, pues la llovizna era aceptable pero no los aguaceros, los chaparrones sí pero no el aguanieve ni las nevadas fuertes, y nada que hacer cuando la temperatura bajaba de los doce grados (dedos helados) o subía de los treinta y cinco (golpe de calor), lo que significaba que salieron casi todos los sábados hasta que Jim hizo las maletas para ir a la universidad. Para el joven señor Ferguson se terminó el trotar junto a su madre en sus excursiones fotográficas de fin de semana, aquellos días se habían acabado para siempre, porque en lo sucesivo sería el baloncesto, descubierto a los doce, cuando la pelota dejó de ser demasiado grande y pesada para que pudiera manejarla, y ya cuando tenía doce y medio se había convertido en la nueva pasión de su vida, lo mejor después del cine y besar a las chicas, y qué suerte que Jim hubiera entrado en escena justo entonces y estuviera dispuesto a dedicar tres horas semanales a enseñarle a jugar, qué cambio tan milagroso, la persona justa en el momento oportuno —¿cuántas veces pasa eso?—, y como Jim era buen jugador, concienzudo, más que bueno para conseguir que el equipo de su instituto ganara si le hubiera dado por jugar en él, resultó ser un buen profesor de los principios básicos, y uno por uno hizo que Ferguson practicara los ejercicios fundamentales para hacer bandeja tocando el tablero, mover los pies en posición defensiva, bloquear para coger rebotes, hacer un pase picado, lanzar tiros libres, rebotar el balón en el tablero, soltar la pelota a máxima altura al tirar en suspensión, tantísimas cosas que aprender, botar con la mano izquierda, hacer bloqueos, mantener los brazos en alto en posición defensiva, y luego variaciones del juego en partidos de dos al final de cada sesión, que se convirtieron en partidos de uno contra uno en el segundo año, mientras Ferguson pasaba a cinco-cuatro, cinco-seis y cinco-siete, perdiendo siempre con Jim, más alto y experimentado, pero empezando a saber defenderse después de su decimocuarto cumpleaños, a veces lo bastante como para encestar de un salto en los aros sin red de Riverside Park, los mismos aros vacíos que podían encontrarse en todos los parques públicos de la ciudad, y como jugaban de acuerdo con las reglas neoyorquinas del cara a cara entre atacante y defensor, cuando Ferguson se entregaba a uno de sus arranques de lanzar a canasta siempre se quedaba a un paso de no perder. Tal como dijo Jim después de uno de los últimos partidos que jugaron juntos: Deja pasar otro año, Archie, crece otros cinco o siete centímetros, y me darás cien vueltas en la pista. Pronunció aquella frase

con la orgullosa satisfacción del maestro que ha enseñado bien a su pupilo. Y luego Boston y adiós, un nuevo agujero en el corazón de Ferguson.

Al cabo de año y medio de la boda de su madre con Gil, Ferguson había recabado suficiente información sobre los Schneiderman para haber llegado a ciertas conclusiones definitivas sobre su nueva familia. En la columna izquierda de su libro mayor mental situó tres elementos calamitosos y una media calamidad: las feas innombrables (2), el patriarca insensato (1) y la tía Liz, bien intencionada pero inconstante y trastornada (½). En la columna de la derecha estaban los nombres de los otros cuatro: el admirable Gil, el amistoso Dan, el entusiasta Jim y la cada vez más atractiva Amy. En resumen, contó tres elementos y medio negativos frente a cuatro positivos, lo que demostró matemáticamente que las cosas eran más de agradecer que de lamentar, y con casi todos los Adler desaparecidos del planeta de los vivos y los Ferguson ya enteramente ausentes (el tío Lew en la cárcel, la tía Millie en alguna parte de Florida, el tío Arnold y la tía Joan en Los Ángeles, la prima Francie en Santa Bárbara —casada, madre de dos críos— y sus demás primos desperdigados por todo el país y ya sin contacto con ellos), los cuatro Schneiderman buenos eran básicamente lo único que Ferguson tenía, y como uno de aquellos Schneiderman estaba casado con su madre y la casa de los otros sólo estaba a unos minutos de distancia en la misma Riverside Drive donde él vivía, Ferguson les tomó más cariño aún, porque en su libro mayor familiar los elementos positivos superaban con creces a los negativos, y aunque su vida se había visto reducida en ciertos aspectos, en otros había mejorado en gran medida.

Amy era el dividendo adicional de los Schneiderman, el regalo de cumpleaños oculto bajo el montón de papel de envolver que no se descubre hasta que la fiesta ha terminado y todos los invitados se han ido a casa. La culpa era de Ferguson por no haberle prestado más atención, pero al principio había que adaptarse a muchas cosas y no sabía qué pensar de la desgarbada y sonriente criatura que al hablar movía y agitaba continuamente los brazos y parecía incapaz de estarse quieta, una chica de extraño aspecto con un aparato en los dientes y una enredada cabellera de color trigueño, pero luego le quitaron el aparato, le cortaron el pelo dejándoselo en una melena corta, y cuando Ferguson cumplió los trece observó que empezaban a brotarle pechos bajo el sujetador de deporte, hasta entonces inútil, y que a los trece años su prima política no se parecía en nada a la chica que había sido con doce. La semana siguiente a la mudanza de Central Park West a Riverside Drive, Amy lo llamó un día después de clase para decirle descaradamente que iba a verlo a su casa. Cuando le preguntó por qué quería verlo, ella contestó: Porque nos conocemos desde hace seis meses y en todo este tiempo no me has dicho ni tres palabras. Se supone que ahora somos primos, Archie, y quiero saber si vale la pena que seamos amigos o no.

Su madre y su padrastro no estaban en casa aquella tarde, y sin cosas para merendar en la despensa aparte de una caja de higos Fig Newtons, algo rancios, Ferguson se sintió perdido, inseguro de cómo manejar aquella brusca intrusión. Sólo dieciocho minutos después de colgar el teléfono, Amy estaba llamando al interfono del portal de su casa, pero en ese intervalo Ferguson había barajado y descartado al menos media docena de ideas sobre lo que podía hacer para tenerla entretenida (¿ver la televisión, mirar álbumes de fotos de la familia, enseñarle los treinta y siete

volúmenes de las obras dramáticas y poemas de Shakespeare que Gil le había regalado por su cumpleaños?), y al final decidió sacar del lavadero el proyector de cine y la pantalla portátil e instalarlo para ver una de sus películas de Laurel y Hardy, lo que probablemente sería un tremendo error, intuyó, porque a las chicas no les gustaban El Gordo y El Flaco, por lo menos a ninguna que él conociera, empezando con la preciosa Isabel Kraft dos o tres años antes, que hizo un mohín cuando le preguntó qué le parecían, opinión que hacía poco había encontrado eco en su actual preferida, Rachel Minetta, que los había calificado de *infantiles y estúpidos*, pero ahí entraba Amy en aquella fría tarde de marzo de 1960, vestida con un jersey blanco, falda plisada de color gris, zapatos con una tira en el empeine y calcetines de algodón —los omnipresentes calcetines cortos de la época—, y cuando Ferguson anunció su intención de proyectar *La vida nocturna*, un Laurel y Hardy de dos rollos de 1930, ella sonrió y declaró: Estupendo. Me encantan Laurel y Hardy. Después de los Hermanos Marx, son los mejores. Ni los Tres Chiflados ni Abbott y Costello; Stan y Ollie son la pera.

No, Amy no era como las demás chicas que conocía, y cuando vio cómo disfrutaba con la película, cuando la oyó reír durante más de catorce minutos de los veintiséis que duraba el cortometraje, concluyó que realmente valía la pena entablar amistad con ella, porque no tenía la risa chillona y descontrolada de una cría, sino que, según observó, se reía con una sucesión de resonantes carcajadas que le salían de lo más hondo: risotadas gozosas, sin duda, pero reflexivas al mismo tiempo, como si entendiera por qué se reía, lo que convertía sus carcajadas en una risa inteligente, una risa que se reía de sí misma además de reírse de lo que la suscitaba. Lástima que asistiera a un colegio público y no a la Riverside Academy, lo que eliminaba la posibilidad del contacto diario, pero a pesar de la relación que mantenían con sus respectivos amigos, y pese a sus diversas actividades extraescolares (clases de piano y danza para Amy, deportes para Ferguson), después de la repentina visita de Amy en marzo se las arreglaban para verse cada diez días o así, lo que arrojaba un total de tres o cuatro veces al mes, sin contar reuniones o salidas familiares, comidas en festividades, conciertos con Gil en el Carnegie Hall y acontecimientos especiales (la fiesta de Jim al graduarse en el instituto, la celebración del ochenta cumpleaños del viejo buitre), pero la mayor parte de las ocasiones se veían a solas, paseaban por Riverside Park cuando hacía bueno, se quedaban en casa de uno u otro cuando hacía malo, iban al cine de vez en cuando o realizaban juntos las tareas de clase en la misma mesa, y los viernes por la noche iban a cualquiera de los dos pisos para ver el nuevo programa televisivo que tanto les gustaba a los dos *(La dimensión desconocida)*, pero cuando estaban juntos se dedicaban sobre todo a hablar, o más bien Amy hablaba y Ferguson escuchaba, porque él no conocía a nadie que tuviera tantas ideas sobre el mundo como Amy Schneiderman, que parecía disponer de una opinión para cada cosa y sabía mucho más que él de casi todo. La inteligente, escandalosa Amy, que tomaba el pelo a su padre, bromeaba con su hermano y conjuraba la perpetua inquietud de su madre con acerbos desaires de sabelotodo de los que siempre salía sin que la regañaran ni castigaran, muy probablemente porque era una chica que decía lo que pensaba y había enseñado a los miembros de su familia a respetarla por eso, y ni siquiera Ferguson, que rápidamente se había

convertido en su *copain favorito*, estaba completamente a salvo de sus críticas e insultos. Por muy ruidosamente que proclamara ella lo mucho que le gustaba y admiraba, con frecuencia le parecía un perezoso mental y le chocaba su falta de interés por la política, por lo poco que pensaba en la campaña de Kennedy y el movimiento por los derechos civiles, pero a Ferguson le daba lo mismo, afirmó él, esperaba que ganase Kennedy, pero si no llegaba a la presidencia las cosas seguirían siendo igual que hasta entonces, simplemente no podían ir peor, y en cuanto al movimiento por los derechos civiles, claro que estaba a favor, cómo podría alguien estar en contra de la justicia y la igualdad para todos, pero ahora sólo tenía trece años, por amor de Dios, no era más que una insignificante mota de polvo, ¿y qué demonios podía hacer una mota de polvo para cambiar el mundo?

Nada de excusas, repuso Amy. No vas a tener trece años toda la vida, y luego ¿qué vas a hacer? No te puedes pasar la vida pensando sólo en ti mismo, Archie. Tienes que comprometerte con algo, si no, vas a acabar como una de esas personas vacías a las que tanto odias; ya sabes, uno de los muertos vivientes de Zombilandia, EE. UU.

Venceremos, afirmó Ferguson.

No, mi gracioso hombrecillo mota de polvo. Tú vencerás.

Era extraño estar tan cerca de una chica, descubrió Ferguson, sobre todo de una chica a la que no sentía deseos de besar, lo que en su experiencia constituía una forma de amistad sin precedentes, tan intensa como la que había mantenido con chicos, pero en cambio como Amy era una chica, existía un tono diferente en el trato, un rumor chica-chico bajo la superficie que sin embargo era distinto del que sentía con Rachel Minetta, Alice Abrams o cualquiera de las otras chicas de las que se enamoriscaba y besaba a los trece años, un rumor fuerte frente al murmullo suave que notaba con Amy, porque se suponía que era su prima, un miembro de su propia familia, lo que significaba que no tenía derecho a besarla ni a pensarlo siquiera, y tan enorme era la prohibición que nunca se le pasó por la cabeza quebrantarla, sabedor de que tal comportamiento sería *sumamente indecoroso*, cuando no *chocante en grado extremo*, y aunque Amy se iba volviendo cada vez más interesante a sus ojos, atentos a cómo iba llegando su cuerpo a la plena floración de la adolescencia femenina, no con la belleza de Isabel Kraft, quizá, sino con un atractivo fascinante, con más vida en los ojos que ninguna que conociera, Ferguson continuó resistiendo el impulso de romper el código del honor familiar. Luego cumplieron catorce, primero Amy en diciembre y luego él en marzo, y de pronto Ferguson se encontró habitando un cuerpo nuevo que escapaba a su control, un cuerpo que producía jadeos y erecciones espontáneas, la temprana fase masturbatoria en la que en su cabeza no cabía ningún pensamiento que no tuviese un tinte erótico, el delirio de convertirse en hombre sin los privilegios de serlo, desconcierto, consternación, caos incesante en su interior, y ahora siempre que miraba a Amy su primer y único pensamiento era cuánto quería besarla, lo que quizá pudiera decirse también de ella por el modo en que lo miraba, según observaba Ferguson. Al anochecer de un viernes de abril, cuando Gil y su madre salieron a cenar al centro con unos amigos, Amy y él se encontraron solos en el apartamento del séptimo piso discutiendo la expresión *besos de primos*, que Ferguson no acababa de entender, según reconoció, porque invocaba la imagen de unos primos normales que

se besaban educadamente en la mejilla, lo que chocaba un poco, en cierto modo, porque a esa clase de besos no se los podía calificar de besos, besos de verdad, y si eran normales, por qué se los iba a llamar *besos de primos*, momento en el cual Amy soltó una carcajada y dijo: No, bobo, esto es lo que significa *besos de primos*, y sin decir una palabra más se inclinó hacia Ferguson en el sofá, lo abrazó y le plantó un beso en los labios que pronto se convirtió en un beso que se deslizaba por el interior de su boca, y a partir de ese momento Ferguson decidió que, al fin y al cabo, no eran primos de verdad.

2.4

Amy Schneiderman llevaba cuatro años durmiendo en la antigua habitación de Ferguson, Noah Marx había desaparecido durante un tiempo y luego vuelto a resurgir, y a sus trece años, cuando acababa de empezar octavo, Ferguson quería marcharse de casa. Como no estaba en condiciones de fugarse (¿adónde iba a ir, y cómo podría vivir sin dinero?), pidió a sus padres lo más parecido: ¿Podrían hacerle el favor de enviarlo en septiembre a un colegio interno y permitirle pasar los cuatro años que le quedarían de instituto lejos de Maplewood, municipio de Nueva Jersey?

No lo habría preguntado de no haber sabido que podían permitírselo, pero la vida a lo grande había seguido floreciendo hasta alturas aún más grandiosas desde que la familia se mudó a la casa nueva en 1956. Otras dos tiendas se habían añadido al creciente imperio de su padre (una en Short Hills, la otra en Parsippany), con los consumidores de la localidad despilfarrando el dinero en dos o tres aparatos de televisión por casa, con lavavajillas, lavadoras y secadoras, consideradas ahora como complementos imprescindibles en todo hogar de clase media, y con la mitad de la población dejándose el dinero en voluminosos receptáculos para almacenar los productos congelados que ahora prefería comer, el padre de Ferguson se había convertido en un hombre rico; no en un Rockefeller, quizá, pero sí en un rey de la venta al por menor de la periferia, el célebre *profeta de los beneficios* cuyos bajos precios habían eliminado la competencia en siete condados.

Las prebendas de tal expansión incluían un Eldorado de cuatro puertas de color pistacho para el padre de Ferguson y un brioso Pontiac descapotable de color rojo para su madre, perteneciente al Blue Valley Country Club, así como la desaparición de Roseland Photo, que marcó el fin de la breve carrera de su madre como trabajadora y artista independiente (la moda de las fotografías retocadas y coloreadas a mano ya había pasado, el estudio apenas sacaba para gastos, así que ¿para qué molestarse en seguir cuando las ventas de las cinco tiendas aumentaban como nunca?), y con todo ese ganar y gastar, con toda esa danza de opulencia, Ferguson no veía cómo un internado podía ser una carga para ellos. Y si por casualidad ponían objeciones a su plan (refiriéndose a que si por casualidad su padre se oponía, porque a él correspondía la última palabra en cuestiones de dinero), Ferguson haría la contraoferta de renunciar a Camp Paradise y trabajar en verano, lo que contribuiría a reducir gastos.

Llevaba unos meses investigando el asunto, les dijo, y por lo visto los mejores colegios estaban en Nueva Inglaterra, principalmente en Massachusetts y New Hampshire, pero también en Vermont y Connecticut, con algunos buenos al norte del estado de Nueva York y Pensilvania, e incluso había un par de ellos en Nueva Jersey. Sólo estaban en septiembre, comprendía él, doce meses enteros antes de que empezara el siguiente curso escolar, pero había que remitir las solicitudes a mediados de enero, y a menos que empezaran ya a reducir la lista de posibles colegios, no tendrían tiempo suficiente para adoptar una decisión con conocimiento de causa.

Ferguson notaba cómo le temblaba la voz al planteárselo a sus ufanos e

incomprensibles padres, sentados con él en torno a la mesa del comedor un martes por la noche en el otoño de la campaña Kennedy-Nixon, cenando juntos para variar, algo que era cada vez menos frecuente debido al cierre tardío de las tiendas y a la recién descubierta pasión de su madre por el bridge, que la mantenía fuera de casa dos y tres noches a la semana, y allí estaban en el comedor mientras Angie Bly iba y venía de la cocina a la mesa, trayendo los platos que iban a comer y retirando los que ya habían terminado, sopa de verduras para empezar, seguida de finas lonchas de *roast beef* con puré de patatas y un montículo de judías verdes con mantequilla, una cena excelente preparada por la brusca y capaz Angie Bly, que llevaba cuatro años limpiando la casa y preparándoles la cena cinco días a la semana, y ahora que Ferguson había engullido su último bocado de *roast beef*, acabó diciendo lo que tenía que decir, finalmente encontró valor para hablar de lo que le consumía desde hacía meses.

Observó con detenimiento a sus padres mientras las palabras salían de sus labios, estudiando sus rostros en busca de indicios sobre lo que pensaban de su plan, pero en general permanecían perplejos, pensó, como incapaces de asimilar lo que les estaba diciendo, no se explicaban por qué querría marcharse del mundo perfecto en que vivía, le iba muy bien en el colegio, disfrutaba mucho jugando con los equipos de béisbol y baloncesto, con la cantidad de amigos que tenía y todas aquellas invitaciones para los guateques de fin de semana, qué más podría desear un muchacho de trece años, y como Ferguson se resistía a ofender a su padres confesándoles que el motivo por el que quería marcharse eran ellos mismos, que vivir bajo el mismo techo que ellos se le había vuelto casi insoportable, mintió y dijo que necesitaba un cambio, que se sentía inquieto, asfixiado por la estrechez de su pequeña ciudad y deseoso de afrontar nuevos desafíos, de poner a prueba sus capacidades en algún sitio distinto de su propia casa.

Comprendió lo ridículo que debían de sonar, aquellos puntos de vista tan convincentes y sutiles con los que pretendía convencerlos, aquellos argumentos expuestos con su voz descontrolada e imprevisible, sus cuerdas vocales de entre muchacho y hombre oscilando de los graves a los agudos y viceversa mientras buscaban su registro definitivo, un instrumento vocal que carecía de dominio y autoridad, y qué ridículo debió de parecerles él mismo, con las uñas comidas y la espinilla recién brotada a la izquierda de la ventanilla izquierda de la nariz a punto de reventar de pus, un pequeño don nadie con la suerte de haber tenido todas las ventajas materiales de la vida, comida y casa además de mil comodidades, y Ferguson era lo bastante mayor para darse cuenta de lo afortunado que era habitando en los más altos peldaños de la buena suerte, lo bastante mayor para saber que las nueve décimas partes de la humanidad pasaban frío y hambre y estaban amenazadas por la necesidad y el miedo constante, y quién era él para quejarse de su destino, cómo se atrevía a expresar la más mínima nota de descontento, y como conocía su sitio en el gran escenario de la lucha por la vida, se sentía avergonzado de su insatisfacción, asqueado de su incapacidad para aceptar la munificencia con que lo habían provisto, pero los sentimientos eran como eran y no podía dejar de sentirse furioso y decepcionado, porque nadie podía cambiar los sentimientos a fuerza de voluntad.

Se trataba de los mismos problemas que ya había observado años atrás, pero

ahora habían empeorado tanto que Ferguson llegó a la conclusión de que no tenían arreglo. El absurdo Cadillac verde pistacho, el recinto sin vida pero impecablemente cuidado del Blue Valley Country Club, la charla sobre votar a Nixon en noviembre: síntomas todos de la enfermedad que había infectado hacía tiempo a su padre, que desde el principio había sido una causa perdida y cuyo ascenso entre las filas del vulgar *nouveau riche* había contemplado Ferguson con una especie de entumecida resignación. Luego vino la desaparición de Roseland Photo, que lo sumió en el abatimiento durante meses porque sabía que aquello había sido algo más que una simple cuestión de dólares y centavos. Cerrar el estudio había sido una claudicación por parte de su madre, la declaración de que había renunciado a ser ella misma, y ahora que se había rendido pasándose al otro lado, qué triste sería ver cómo se convertía en una de *aquellas mujeres*, una esposa más del club de campo que jugaba al golf y a las cartas y daba cuenta de bastantes copas a la hora del cóctel. Notaba en su madre el mismo descontento que él sentía, pero no podía hablar de eso con ella, era demasiado joven para mezclarse en sus asuntos particulares, y sin embargo estaba claro que el matrimonio de sus padres, que siempre le había hecho pensar en una bañera de agua caliente, se había entibiado, degenerando en una aburrida cohabitación sin amor en la que dos personas se dedicaban cada una a lo suyo y sus caminos sólo se cruzaban cuando no había más remedio o cuando querían, que era casi nunca.

Se acabó el tenis los domingos por la mañana en las pistas públicas, se terminaron los almuerzos dominicales en el Gruning's, adiós a los domingos por la tarde en el cine. El día de descanso nacional se pasaba ahora en el club de campo, un silente Valhalla de verde golf, aspersores soltando chorritos de agua y niños chillones alborotando en la piscina climatizada, pero Ferguson rara vez acompañaba a sus padres en los cuarenta y cinco minutos de viaje en coche hasta el Blue Valley, porque el domingo era cuando se entrenaba con sus equipos de béisbol, fútbol americano y baloncesto; tampoco los domingos que no tenía entrenamiento. Visto con perspectiva, el golf no tenía nada intrínsecamente malo, suponía él, y sin duda cabía defender las ventajas de almorzar cóctel de mariscos y sándwiches de tres pisos, pero Ferguson echaba de menos sus hamburguesas y sus cuencos de helado de menta con pepitas de chocolate, y cuanto más cerca estaba del mundo que el golf representaba, más llegaba a despreciar ese juego; no tanto el deporte en sí, sino a la gente que lo jugaba.

Gazmoño, mojigato Ferguson. El enemigo de las costumbres y el estilo de la clase media alta, el flagelo sabelotodo que miraba por encima del hombro a la nueva especie de norteamericanos que aspiraban al consumo ostentoso y a cierta categoría social, el muchacho que quería desaparecer de allí.

Su única esperanza consistía en que su padre pensara que mandándolo a un buen internado aumentaría su prestigio en el club. *Sí, ahora tenemos al chico en Andover. Mucho mejor que un colegio público, ¿no crees? Y al carajo los gastos. No hay mayor regalo que un padre pueda hacer a su hijo que una buena educación*.

Una posibilidad muy remota, desde luego, una vana esperanza salida del ilusorio optimismo de una mente de trece años, porque en realidad no había motivos para esperar nada. Sentado a la mesa frente a él en aquel cálido anochecer de septiembre, su padre dejó el tenedor y dijo: Estás hablando como un pardillo, Archie. Me estás

pidiendo que pague dos veces por lo mismo, y nadie en su sano juicio picaría en un timo así. Piensa un poco. Pagamos impuestos por esta casa, ¿no? Gravámenes muy elevados, uno de los impuestos más altos sobre los bienes inmuebles de este estado. No me gusta, pero estoy dispuesto a aflojar la pasta porque recibo algo a cambio. Buenos colegios, algunos de los mejores colegios públicos del país. Por eso nos mudamos a esta ciudad en primer lugar. Porque tu madre pensó que aquí recibirías una buena educación, tan buena como la que pueda ofrecerte cualquiera de esos elegantes colegios particulares tuyos. Así que ni hablar, chaval. No voy a pagar dos veces por algo que ya tengo. *Farshtaist?*

Por lo visto, su padre no incluía los internados en la lista de gastos para fardar, y como su madre intervino entonces para decir que se le rompería el corazón si se marchaba de casa a tan tierna edad, Ferguson ni siquiera mencionó la idea de trabajar en verano para contribuir a los gastos del internado. Allí se quedaba, estancado. No sólo el resto del año, sino los otros cuatro que tardaría en graduarse en el instituto; cinco años en total, más tiempo del que mucha gente cumplía por homicidio o robo a mano armada.

Angie apareció en el comedor con el postre, y mientras Ferguson contemplaba su tazón de natillas de chocolate se preguntó por qué no existía una ley que permitiera a los hijos divorciarse de los padres.

Como nada había cambiado ni nunca cambiaría, como el antiguo sistema de gobierno familiar seguía intacto después de que se rechazara la intentona de Ferguson de modificar la constitución, el inquebrantable *ancien régime* continuó gobernando a base de reflejos y caprichos arraigados, y así se decretó que se recompensara al derrotado insatisfecho con otro verano en su adorado Camp Paradise, su sexto año consecutivo en aquel refugio sin padres rebosante de campos de béisbol, expediciones en canoa y la tumultuosa compañía de amigos de Nueva York. No sólo iba a estar sin sus padres durante dos largos meses de tregua y libertad, sino que a su lado en el andén de la Grand Central la mañana de su marcha estaba Noah Marx, que también iba de camino para pasar otro verano en el norte, porque Noah había vuelto, y después de perderse la segunda mitad de la estancia de 1956 y las ocho semanas de 1957, había reanudado el contacto con Camp Paradise y estaba a punto de emprender su tercera temporada completa en compañía del sobrino de su madrastra, que al mismo tiempo era su primo político y su amigo, Ferguson, que ya con catorce años y un metro setenta de estatura sacaba media cabeza a Noah, a quien en el campamento seguían llamando Harpo.

Era una historia curiosa. Mildred, la tía de Ferguson, seguía siendo la madrastra de Noah porque ella y el tío Don nunca se habían tomado la molestia de divorciarse, y cuando el padre de Noah regresó de su estancia de dieciocho meses en París, donde había empezado a escribir una biografía de Montaigne, volvió a instalarse en su antigua dirección de Perry Street. No en el apartamento de la tercera planta donde antes había vivido con Mildred, sin embargo, sino en un estudio más pequeño del segundo piso que se había quedado libre durante su ausencia y que Mildred había alquilado para él antes de su vuelta. Ése era el nuevo estado de cosas. Al cabo de año y medio de desconcierto y confusión, interrumpido por tres viajes a París cuando

Mildred tenía vacaciones de sus clases en el Brooklyn College, habían llegado a la conclusión de que no podían vivir separados. Por otro lado, también comprendían que eran incapaces de vivir juntos, al menos no todo el tiempo, no como un matrimonio convencional, y a no ser que se permitieran esporádicas interrupciones en los hábitos domésticos, acabarían devorándose mutuamente en una carnicería de furia canibalística. De ahí la solución de compromiso de los dos apartamentos, la llamada Conciliación por la Escotilla de Escape, porque el suyo era de esos amores imposibles, una tensa mezcla de pasión e incompatibilidad, un campo magnético de iones positivos y negativos con la misma carga, y como Don y Mildred eran egoístas y volubles y estaban enteramente entregados el uno al otro, las guerras que libraban no tenían fin; excepto en los momentos en que Don bajaba a su estudio del segundo piso y se inauguraba una nueva época de paz.

En opinión de Ferguson era un lío espantoso, aunque no se había detenido a pensarlo mucho, porque en su experiencia todos los matrimonios dejaban que desear de una forma u otra, ahí tenía los feroces conflictos de Don y Mildred frente a la hastiada indiferencia de sus padres, pero se trataba de dos matrimonios igualmente fallidos, por no hablar de sus abuelos, que apenas habían intercambiado cincuenta palabras en los últimos diez años, y si le preguntaran a él, la única persona que parecía disfrutar de la vida era la tía abuela Pearl, que ya no tenía marido ni nunca volvería a tenerlo. Con todo, se alegraba de que Don y Mildred volvieran a estar juntos, si no por su propio bien, al menos por el de Ferguson, porque con la vuelta de Don había recuperado a Noah, y al cabo de un intervalo de dieciocho meses durante el cual se vieron excluidos de su mutua compañía por culpa de la chiflada madre de Noah, Ferguson se asombró de lo rápidamente que recobraron su amistad, como si la prolongada separación no hubiera sido más que cuestión de días.

Noah seguía siendo todo furor y agitación, el provocador con más labia de todos los tiempos, pero mucho menos temperamental a los once de lo que había sido a los nueve, y mientras los dos chicos transitaban como podían de la infancia a la adolescencia, cada uno se apoyaba en lo que consideraba puntos fuertes del otro. Para Noah, Ferguson era el príncipe apuesto que se lucía en todo lo que se proponía, el máximo anotador con el promedio de bateo más alto, que sacaba espléndidas notas en el colegio, el tipo que gustaba a las chicas, al que más admiraban los chicos, y el hecho de ser su primo, su amigo y confidente ejercía una influencia ennoblecedora en su vida, que de otro modo era una vida atormentada, el periodo de transición de un chico de catorce años a quien corroía su aspecto desgarbado, su cabello crespo, los alambres atornillados en los dientes que lo desfiguraban desde hacía un año, su horrorosa falta de gracia física. Ferguson sabía cuánto lo admiraba Noah, pero era también consciente de que tal admiración era injustificada y procedía de una apreciación equivocada, de que Noah lo había convertido en un ser heroico e idealizado que en realidad no existía, mientras que él, Ferguson, en el oscuro espacio interior donde ahora vivía, comprendía que Noah poseía un cerebro de primer orden, y cuando se trataba de cosas verdaderamente importantes, el joven señor Marx era más avanzado, iba por lo menos un paso por delante de él en todo momento, con frecuencia dos pasos, y a veces cuatro e incluso diez. Noah era su avanzadilla, el explorador de rápidos movimientos que se internaba en el bosque y decía a Ferguson

dónde se hallaba la mejor caza —libros que leer, música que escuchar, chistes para reír, películas que ver, ideas en las que pensar—, y ahora que Ferguson había asimilado *Cándido* y *Bartleby*, J. S. Bach y Muddy Waters, *Tiempos modernos* y *La gran ilusión*, los monólogos de Jean Shepherd a última hora de la noche y el hombre de dos mil años de edad de Mel Brooks, *Notes of a Native Son* y el *Manifiesto comunista* (no, Karl Marx no era pariente suyo; como tampoco lo era, lamentablemente, Groucho), no dejaba de pensar lo pobre que habría sido su vida sin Noah. Con la ira y la decepción no se llega muy lejos, comprendió, pero sin la curiosidad estaba uno perdido.

De manera que allí estaban, en julio de 1961, a punto de emprender viaje rumbo a Camp Paradise al principio de aquel verano crucial cuando todas las noticias del mundo exterior parecían malas: el muro alzándose en Berlín, Ernest Hemingway volándose la tapa de los sesos en las montañas de Idaho, turbas de racistas blancos atacando a los Pasajeros de la Libertad que recorrían el Sur en autobuses. Amenaza, desaliento y odio, prueba evidente de que el universo no lo regían hombres racionales, y mientras Ferguson se adaptaba al agradable y conocido ajetreo de la vida en el campamento, regateando pelotas de baloncesto y robando bases mañana y tarde, oyendo la cháchara y las chorradas de sus compañeros de cabaña, disfrutando de la ocasión de estar de nuevo con Noah, lo que por encima de todo significaba mantener con él una conversación incesante durante dos meses, bailando al anochecer con las chicas de Nueva York que tanto le gustaban, la animada y pechugona Carol Thalberg, la delgada y pensativa Ann Brodsky y en su caso Denise Levinson, llena de acné pero muy atractiva y de acuerdo con él para perderse la «reunión social» de después de cenar y realizar en cambio intensos ejercicios de lengua en boca en el prado de atrás, tantas cosas buenas que agradecer, y sin embargo ahora que tenía catorce años y la cabeza rebosante de pensamientos que no se le habían ocurrido ni siquiera seis meses antes, Ferguson estaba siempre buscándose a sí mismo en relación con personas desconocidas y distantes, preguntándose, por ejemplo, si no habría besado a Denise en el preciso momento en que Hemingway se volaba la tapa de los sesos en Idaho o si, justo cuando bateaba una doble en el partido de Camp Paradise contra Camp Greylock el jueves pasado, un miembro del Klan de Mississippi no atizaba un puñetazo en la mandíbula a un Pasajero de la Libertad flacucho y de pelo corto procedente de Boston. Uno recibe un beso, otro un puñetazo, o, si no, alguien asiste al entierro de su madre a las once de la mañana del 10 de junio de 1857, y en el mismo momento, en la misma manzana de la misma ciudad, una mujer coge en brazos por primera vez a su hijo recién nacido, el dolor de una persona acaeciendo al mismo tiempo que la alegría de otra, y a menos de ser Dios, que debía estar en todas partes y ver lo que pasaba en todo momento, nadie podría saber que esos acontecimientos estaban ocurriendo a la vez, y mucho menos el hijo de luto y la madre feliz. ¿Era por eso por lo que el hombre había inventado a Dios?, se preguntaba Ferguson. ¿A fin de superar los límites de la percepción humana mediante la reivindicación de la existencia de una todopoderosa inteligencia divina que todo lo abarcaba?

Plantéatelo de esta manera, dijo a Noah una tarde mientras se dirigían al comedor. Tienes que ir a un sitio en coche. Es una gestión importante y no puedes

llegar tarde. Hay dos formas de llegar: por la carretera principal o por la secundaria. Resulta que es hora punta, y en ese momento del día suele haber bastantes atascos en la carretera principal, aunque si no se produce un accidente o una avería, el tráfico tiende a ser lento pero fluido, y puede calcularse que el trayecto dura unos veinte minutos, con lo que llegarás justo a tiempo a tu cita; en punto, sin que te sobre un segundo. La carretera secundaria supone mayor distancia, pero hay menos coches de que preocuparse, y si todo va bien puedes calcular la duración del trayecto en unos quince minutos. En principio, la carretera secundaria conviene más que la principal, aunque tiene una pega: sólo hay un carril en cada dirección, y si por casualidad te encuentras con un accidente o una avería, es posible que te quedes atascado durante bastante tiempo, con lo que llegarás tarde a la cita.

Un momento, lo interrumpió Noah. Necesito saber más sobre esa cita. ¿Adónde voy, y por qué es tan importante para mí?

Eso da igual, contestó Ferguson. El trayecto en coche sólo es un ejemplo, una propuesta, una forma de hablar sobre la cuestión que quiero discutir contigo; que no tiene nada que ver con carreteras ni citas.

Pero no da lo mismo, Archie. Todo tiene su importancia.

Ferguson dejó escapar un largo suspiro y dijo: Está bien. Vas a una entrevista de trabajo. Se trata del empleo que has soñado toda la vida: corresponsal en París del *Daily Planet*. Si consigues el puesto, serás la persona más feliz del mundo. Si no, volverás a casa y te ahorcarás.

Si tanto significa para mí, ¿por qué voy a marcharme en el último momento? ¿Por qué no salgo una hora antes y me aseguro de no llegar tarde?

Porque..., porque no puedes. Se acaba de morir tu abuela y has tenido que ir al entierro.

Bueno, vale. Es lo que llamaríamos un día memorable. Acabo de pasarme seis horas llorando por mi abuela, y ahora estoy en el coche dirigiéndome a la entrevista de trabajo. ¿Qué carretera quieres que coja?

Eso tampoco importa. Una de dos: o bien coges la principal o la secundaria, y cada una tiene sus ventajas y sus inconvenientes. Digamos que eliges la carretera principal y llegas a tiempo a la cita. Ya no pensarás si has elegido bien, ¿verdad? Y si vas por la carretera secundaria y llegas a tiempo, una vez más, ningún problema, y nunca volverás a pensar en ello durante el resto de tu vida. Pero ahora es cuando la cosa se pone interesante. Coges la carretera principal, hay un choque múltiple de tres vehículos, el tráfico queda colapsado durante más de una hora, y mientras estás sentado en el coche lo único en que piensas es en la carretera secundaria y en por qué no has ido por ese camino. Te maldecirás a ti mismo por no haber elegido bien y, sin embargo, ¿cómo ibas a saber que no era la elección acertada? ¿Acaso puedes ver la carretera secundaria? ¿Saber lo que está pasando allí? ¿Te ha dicho alguien que una enorme secuoya se ha caído en medio de esa carretera y ha aplastado un coche que pasaba, matando al conductor y parando el tráfico durante tres horas y media? ¿Ha consultado alguien el reloj y te ha dicho que si hubieras ido por la carretera secundaria el coche aplastado sería el tuyo y el muerto serías tú? O de otro modo: no se ha caído ningún árbol y coger la carretera principal ha sido la elección errónea. O si no: coges la carretera secundaria y el árbol se cae sobre el conductor que va justo

delante de ti, y mientras estás sentado en el coche deseando haber ido por la carretera principal, no sabes nada de la colisión en cadena de los tres vehículos que de todas formas te habría hecho llegar tarde a la cita. O incluso: no se ha producido ningún accidente múltiple y coger la carretera secundaria ha sido la mala elección.

¿Qué sentido tiene todo eso, Archie?

Te estoy diciendo que nunca sabes si has elegido bien o mal. Para saberlo, tendrías que conocer todos los hechos de antemano, y la única forma de conocer todos los hechos de antemano es estar en dos sitios a la vez, cosa que es imposible.

¿Y?

Y por eso es por lo que la gente cree en Dios.

Seguro que está usted de broma, monsieur Voltaire.

Sólo Dios puede ver al mismo tiempo la carretera principal y la secundaria; lo que significa que sólo Dios sabe si has elegido bien o mal.

¿Y tú cómo sabes que él lo sabe?

No lo sé. Pero ésa es la presunción que se hace la gente. Por desgracia, Dios nunca nos dice lo que piensa.

Siempre puedes escribirle una carta.

Cierto. Pero no tendría sentido.

¿Dónde está el problema? ¿No habría dinero suficiente para el sello por correo aéreo?

No sé su dirección.

Aquel año había un chico nuevo en la cabaña, el único primerizo entre los viejos camaradas de Ferguson de otros veranos, un chico que no era de ciudad, procedente del municipio de New Rochelle, en Westchester, cosa que en el círculo de Ferguson lo convertía en el otro morador de una zona residencial de las afueras, menos bullicioso, menos agresivo verbalmente que los chicos de Nueva York, callado en el sentido en que Ferguson era callado, pero aún más, un chico que apenas decía nada, y sin embargo, cuando hablaba, la gente que estaba cerca de él siempre prestaba gran atención a sus palabras. Se llamaba Federman, Art Federman, a quien en general llamaban Artie, y como *Artie Federman* y *Archie Ferguson* sonaban de forma muy parecida, los chicos de la cabaña solían decir en broma que eran hermanos que no se veían desde mucho tiempo atrás, gemelos idénticos separados al nacer. La gracia de la broma consistía en que no era ningún chiste sino un antichiste, una ocurrencia que sólo tenía sentido si se entendía como un chiste sobre el chiste mismo, porque si bien Ferguson y Federman compartían determinadas características físicas —talla y constitución similares, ambos de manos grandes y cuerpo espigado y musculoso de jóvenes jugadores de béisbol—, no guardaban gran parecido entre sí aparte de sus iniciales comunes. Ferguson era moreno y Federman rubio, Ferguson tenía los ojos de un gris verdoso y Federman castaños, nariz, orejas y boca de distinta forma, y nadie que los viera juntos por primera vez los habría tomado por hermanos ni, puestos a ello, por primos lejanos. Por otro lado, los chicos de la cabaña ya no los veían juntos por primera vez, y a medida que pasaban los días y continuaban observando a los dos A. F. en acción, quizá entendieran que la agudeza que no era chiste era en realidad algo más que una broma, porque si bien no se trataba de dos hermanos de la misma

carne y de la misma sangre, se trataba de amigos, de dos amigos de carne y hueso que rápidamente iban haciéndose tan íntimos como hermanos.

Una de las extrañas cosas de ser quien era, descubrió Ferguson, consistía en que en su interior parecía haber otros como él, que no tenía una sola personalidad sino una serie de yoes contradictorios, y cada vez que se encontraba en compañía de una persona diferente, él también parecía distinto. Con un extrovertido tan franco como Noah, se sentía tranquilo y encerrado en sí mismo. Con una persona tímida y reservada como Ann Brodsky, se sentía vocinglero y gritón, siempre hablando demasiado para sobreponerse a la incomodidad de sus largos silencios. La gente sin sentido del humor solía convertirlo en un chistoso. Los payasos ingeniosos hacían que se sintiera soso y corto de entendederas. Pero otras personas parecían tener el poder de atraerlo a su órbita y hacer que se comportase como ellas. El belicoso Mark Dubinsky, con sus inacabables opiniones sobre política y deportes, era capaz de sacar a la luz al Ferguson batallador. El soñador Bob Kramer hacía que se sintiera frágil e inseguro de sí mismo. Artie Federman, en cambio, le daba serenidad, hacía que se sintiera más seguro que con nadie que conociera, porque estando con el chico nuevo sentía su identidad igual que cuando estaba solo.

Si alguno de los dos A. F. hubiera tenido un carácter ligeramente distinto, fácilmente habrían acabado siendo enemigos. En particular Ferguson, que tenía todos los motivos para que lo molestara la aparición en escena del recién llegado, porque resultó que a Federman se le daban los deportes aún mejor que a él y durante los últimos cinco años Ferguson había sido el mejor al béisbol, lo que significaba que siempre había jugado de parador en corto, bateando en cuarto lugar cuando el equipo jugaba fuera, pero cuando Federman se presentó el primer día en los entrenamientos, enseguida resultó evidente que tenía más brazo y más alcance que Ferguson, que era más veloz y enérgico al bate, y al día siguiente, cuando bateó dos *home runs* y una doble en un partido con la mitad del equipo jugando contra la otra mitad, disipando toda duda de que su buen resultado del primer día fuese de chiripa, Bill Rappaport, de veinticuatro años y entrenador del equipo, llevó a Ferguson aparte y le anunció su decisión: Federman era el nuevo parador en corto y cuarto bateador, y Ferguson cambiaba a la posición de tercera base y ocuparía el siguiente lugar en el orden de bateo. Entiendes por qué tengo que hacer esto, ¿verdad?, le dijo Bill. Ferguson asintió con la cabeza. Dada la contundencia de los hechos, ¿qué podía hacer sino asentir? No es nada contra ti, Archie, prosiguió Bill, pero ese chaval nuevo es fenomenal.

Se mirase como se mirase, la nueva alineación de Bill era una degradación, un pequeño descenso de categoría, y a Ferguson le escoció perder su posición de comandante supremo del ejército del béisbol de Camp Paradise, pero al igual que los sentimientos siempre eran sentimientos, subjetivamente ciertos el cien por cien de las veces, los hechos también eran hechos, y en este caso el hecho objetivo e indiscutible era que Bill había tomado la decisión acertada. Ferguson era ahora el jugador número dos. El viejo sueño de la infancia de entrar algún día en las grandes ligas se fue disolviendo despacio hasta convertirse en un viscoso residuo en el fondo de su estómago. Le dejó un sabor amargo durante un tiempo, pero luego lo superó. Federman era sencillamente demasiado bueno para querer competir con él. Frente a dotes semejantes, la única respuesta adecuada era dar gracias de que estuviera en el

equipo.

Lo que hacía tan insólitas aquellas dotes, pensaba Ferguson, era que Federman parecía casi enteramente ajeno a ellas. Por muy en serio que jugara, por muchas proezas acrobáticas que realizara en el campo, por muchos partidos que ganara con batazos en la última entrada, nunca se daba por enterado de que era el mejor de todos. Sobresalir en béisbol era algo que hacía, simplemente, y lo asimilaba lo mismo que el color del cielo o la redondez de la Tierra. La pasión de hacerlo bien, sí, pero al mismo tiempo indiferencia, incluso un toque de aburrimiento, y siempre que alguno del equipo observaba que debía pensar en hacerse profesional cuando terminara el instituto, Federman sacudía la cabeza y se echaba a reír. El béisbol era una actividad divertida, solía decir, pero en definitiva no tenía sentido, sólo era *cosa de niños*, y cuando se graduara en el instituto tenía pensado ir a la universidad y estudiar para científico: físico o matemático, aún no estaba seguro.

En esa respuesta había algo ingenuo y encantador, percibía Ferguson, algo que le parecía un típico ejemplo de lo que definía a su casi tocayo y lo situaba aparte de los demás, porque estaba cantado que todos los chicos acabarían yendo a la universidad, ése era el mundo en que vivían, el mundo de la tercera generación de judíos norteamericanos en el cual todos menos los más tontos debían lograr un diploma de licenciatura, cuando no un título en formación profesional o uno de grado medio, pero Federman no entendía los matices de lo que le decían los demás, no comprendía que no le decían que *no fuese* a la universidad, sino que *no tenía que ir* si no quería, lo que significaba que se encontraba en una posición más sólida que ellos, que era más dueño de su destino, y como en realidad era un alumno excelente en matemáticas y ciencias y tenía toda la intención de ir a la universidad (aquel verano estaba aprendiendo por su cuenta análisis matemático, por amor de Dios, ¿y cuántos chicos de catorce años eran capaces de entender los principios del análisis?), ignoraba el cumplido y les daba una respuesta contundente y sincera, tan irrelevante (todo el mundo sabía que estaba estudiando análisis matemático y acabaría inevitablemente en la universidad) que podría habérsela evitado.

Pero ésa era una de las cosas que más apreciaba Ferguson del otro A. F.: su inocencia, su cándido alejamiento de las ironías y contradicciones de la sociedad a la que pertenecía. Todo el mundo parecía atrapado en las garras de una perpetua agitación, un caos de impulsos en conflicto y turbulentas incoherencias, pero Federman permanecía en calma, introvertido y al parecer en paz consigo mismo, tan centrado en sus pensamientos y su manera de hacer las cosas que prestaba poca atención al ruido que lo envolvía. Un ser sin contaminar, pensaba Ferguson a veces, tan puro y auténtico que con frecuencia resultaba difícil entenderlo, lo que sin duda era el motivo por el cual Noah y él se habían formado impresiones tan distintas sobre su nuevo compañero de cabaña. Noah estaba dispuesto a reconocer que Federman era a la vez sumamente inteligente y un soberbio jugador de béisbol, pero resultaba demasiado honrado para su gusto, carecía absolutamente de sentido del humor para calificarlo de buena compañía y la calma que emanaba de él, que tan tranquilizador efecto tenía en Ferguson, ponía muy nervioso a Noah, que situaba a Federman en un escalón inferior a lo humano, un *chico extraño y fantasmal*, como dijo una vez, un espectro nacido con espacios en blanco en el cerebro. Ferguson entendía lo que Noah

intentaba expresar con aquellos comentarios, pero no estaba de acuerdo con él. Federman era distinto, eso era todo, una persona que vivía en un plano aparte de los demás, y lo que Noah tomaba como debilidad de carácter —la timidez de Federman con las chicas, su incapacidad para contar un chiste, su reticencia a discutir con nadie —, Ferguson lo interpretaba como fortaleza, porque él pasaba más tiempo con Federman que Noah y comprendía que lo que Noah percibía como superficial o incluso vacío era en realidad profundidad, una grandeza espiritual ausente en cualquier otra persona que conocía. El problema era que a Federman no se le daba bien estar en grupo, mientras que a solas era una persona diferente, y ahora que habían pasado tres semanas y los dos A. F. habían entrado y salido juntos del campo de béisbol docenas de veces, Ferguson había llegado a conocer a esa otra persona, o al menos empezaba a conocerla, y lo que más lo impresionaba de Federman era su capacidad de observación, lo increíblemente sintonizados que sus sentidos estaban con el mundo que lo rodeaba, y siempre que señalaba una nube que pasaba por encima, una abeja que se posaba en el estambre de una flor o identificaba un pájaro invisible que gorjeaba en el bosque, Ferguson advertía que era como si él mismo lo viese o escuchase por primera vez, que sin el aviso de su amigo nunca hubiera percibido la presencia de aquellas cosas, nunca hubiera sabido que estaban allí, porque pasear con Federman era por encima de todo un ejercicio en el arte de prestar atención, y prestar atención, según descubrió Ferguson, era el primer paso para aprender a vivir.

Luego vino la tarde sumamente calurosa de un jueves a finales de mes, más o menos a mediados de verano, justo dos días antes del fin de semana de los padres, con un doble partido de béisbol y baloncesto programado para la mañana y la tarde del sábado contra Camp Scatico, el muy temido y odiado rival, cuyos equipos visitaban aquel día Camp Paradise, partidos que presenciarían los padres de los chicos de Paradise, las mujeres rellenitas con sus vestidos de algodón sin mangas, los hombres gruesos con sus pantalones bermudas, las mujeres elegantes y las que en otro tiempo lo fueron con sus pantalones pirata y sus tacones de aguja, los hombres de incipiente calvicie con las mangas de la camisa de vestir remangadas hasta el codo, el sábado más importante del verano que culminaría por la noche en una representación de *Los cuatro cocos*, la pieza escénica de los Hermanos Marx que en 1929 se había convertido en su primer largometraje, y qué curioso pero también qué acertado que a Noah, a quien en el campamento solían llamar Harpo, le asignaran el papel de Groucho, personaje al que sus dotes se prestaban mejor, y no sólo esperaba ansiosamente Ferguson los partidos en los que participaría dentro de dos días, sino que ardía en deseos de ver a su primo deambulando con los andares de Groucho, pavoneándose por el escenario con un puro encajado entre el índice y el anular de la mano derecha y un bigote de maquillaje pintándole la piel entre la nariz y el labio superior. Muchas expectativas previas a los acontecimientos de aquel día, y como en Camp Paradise casi tenían la seguridad de que iban a perder al baloncesto (habían sufrido una derrota aplastante en su visita a Camp Scatico diez días antes), Bill Rappaport estaba resuelto a repetir victoria en béisbol, y a tal fin había sometido a los chicos a extenuantes entrenamientos a lo largo de los últimos días, con inacabables ejercicios de precisión en las técnicas básicas (toque de bola, tiro de relevo al

defensor, mantener corredores en base) y rigurosas tablas de gimnasia *para que estuvieran en forma* (fondos, abdominales, carreras cortas, vueltas al campo), y en aquel jueves de finales de julio en concreto, el día de más calor, el más bochornoso que habían tenido en el campamento en todo el verano, Ferguson estuvo completamente empapado de sudor durante los entrenamientos, y ahora que se había acabado la sesión de dos horas y Federman y él volvían a la cabaña para ponerse el bañador y darse el chapuzón obligatorio de antes de cenar, se sentía agotado por los ejercicios, *falto de energía*, como le comentó a Federman mientras caminaba como si las piernas le pesaran cien kilos cada una, e incluso el chico de New Rochelle, aficionado al análisis matemático y normalmente infatigable, también estaba *hecho polvo*. A mitad de camino hacia la cabaña, Ferguson se puso a hablar del libro que acababa de leer durante la hora de reposo de después de comer, *Miss Lonelyhearts*, una novelita de Nathanael West que su tía Mildred le había enviado en el paquete de libros de todos los veranos, y justo cuando empezaba a explicar que Miss Lonelyhearts era en realidad un hombre, un periodista que escribía con voz femenina una columna de consejos para los enamorados sin esperanza, oyó que Federman emitía un leve sonido ahogado, algo que sonó a *oh*, y cuando volvió la cabeza a la derecha y miró a su amigo vio que Federman se tambaleaba, como si acabara de darle un mareo, y antes de que pudiera preguntarle qué le pasaba, se le doblaron las rodillas y cayó despacio al suelo.

Ferguson supuso que era una broma, que después de lo que habían hablado de lo cansados que estaban a Federman se le había ocurrido hacer una demostración cómica de lo que le ocurría al organismo después de un exceso de ejercicio en un bochornoso día de verano, pero la risa que esperaba Ferguson no venía, porque lo cierto era que Artie no era dado a las bromas, y cuando Ferguson se agachó para examinar la cara de su amigo, se sorprendió al ver que no tenía los ojos abiertos ni cerrados, sino entornados, y sólo se le veía lo blanco, como si las pupilas se le hubieran metido dentro del cráneo, lo que parecía sugerir que se había desmayado, de modo que Ferguson empezó a darle palmaditas en las mejillas y luego a pellizcárselas mientras le decía que se despertase, como si unos cuantos golpecitos y pellizcos bastaran para hacerle recobrar el conocimiento, pero cuando Federman no respondió, cuando su cabeza se balanceaba de un lado a otro mientras Ferguson lo sacudía por los hombros y sus párpados inertes se negaban a abrirse o cerrarse o ni siquiera a agitarse con la menor señal de vida, Ferguson empezó a sentir miedo y apretó la oreja contra el pecho de Federman para oír el latido de su corazón, para sentir el movimiento ascendente y descendente de su caja torácica a medida que el aire entraba y salía de sus pulmones, pero no había latidos, no había aliento, y un instante después Ferguson se puso en pie y empezó a aullar: ¡Socorro! ¡Socorro, socorro! ¡Por favor..., que alguien... me ayude!

Aneurisma cerebral. Ésa fue la causa oficial de la muerte, dijo alguien, y como fue el propio forense del condado de Columbia quien realizó la autopsia, ésas fueron las palabras que inscribió en el certificado de defunción de Federman: *aneurisma cerebral.*

Ferguson sabía lo que era el cerebro, pero era la primera vez que se topaba con

la palabra *aneurisma*, de modo que se acercó al despacho del jefe de monitores y la buscó en el *Webster's Collegiate Dictionary* colocado en el estante superior de la librería: *Dilatación anormal permanente de una arteria, resultante de alguna dolencia del sistema vascular*.

Los partidos contra Camp Scatico se cancelaron hasta nuevo aviso. La comedia de los Hermanos Marx se pospondría hasta el mes siguiente. La fiesta familiar programada para el domingo por la mañana se borró de la agenda.

En la reunión del campamento entero convocada en el Cobertizo Grande el jueves después de cenar, la mitad de los chicos lloraban, muchos de los cuales no habían conocido a Federman. Jack Feldman, el monitor jefe, dijo a los chicos y chicas que los caminos del Señor eran insondables, que estaban más allá de la comprensión humana.

Bill Rappaport se culpaba del colapso de Federman. Había exigido demasiado al equipo, dijo a Ferguson, los había puesto a todos en peligro con aquellos extenuantes ejercicios en medio de aquel calor húmedo tan insoportable. ¿En qué coño habría estado pensando? Ferguson recordó las palabras del diccionario: *permanente*, *anormal*, *sistema vascular*..., *dolencia*. No, Bill, le dijo, antes o después tenía que ocurrirle. Artie iba por ahí con una bomba de relojería en la cabeza. Sólo que nadie conocía su existencia; ni él, ni sus padres ni los médicos que alguna vez lo examinaron. Tenía que morirse para que descubrieran que había llevado la bomba durante toda la vida.

En la hora de reposo del viernes por la tarde anunciaron su nombre por megafonía. *Archie Ferguson*, dijo la voz del secretario del campamento. *Archie Ferguson, acuda, por favor, a la oficina principal. Lo llaman por teléfono*.

Era su madre. Es algo espantoso, Archie, le dijo. Qué pena me da lo de ese chico, por ti..., por todo el mundo.

No era simplemente espantoso, repuso Ferguson. Era lo peor, lo peor que había pasado nunca.

Una larga pausa al otro extremo de la línea, y entonces su madre le informó de que acababa de llamarla la madre de Artie. Una llamada inesperada, por supuesto, una llamada dolorosa, desde luego, aunque con el exclusivo propósito de invitar a Ferguson a que el domingo asistiera al entierro en New Rochelle; en caso de que le dieran permiso en el campamento y en el supuesto de que se sintiera con ánimo para ir.

No lo entiendo, dijo Ferguson. No han invitado a nadie. ¿Por qué a mí?

Su madre le explicó que la señora Federman había estado leyendo y releyendo las cartas que su hijo había enviado desde el campamento, y en casi todas ellas se hacía mención de Ferguson, con frecuencia varias veces en el espacio de tres o cuatro párrafos. *Archie es mi mejor amigo*, dijo su madre citando un pasaje leído por teléfono, *el mejor amigo que he tenido nunca*. Y otra vez: *Archie es tan buena persona, que sólo con estar con él soy feliz*. Y otra vez: *Archie es lo más parecido a*

un hermano que he tenido.

Otra larga pausa, y entonces, con voz tan apagada que apenas podía oír sus propias palabras, Ferguson dijo: Eso es lo que yo sentía por Artie.

Así quedaron, pues. No habría visita de fin de semana de sus padres. En cambio, Ferguson cogería el tren a Nueva York por la mañana, su madre lo recibiría en la estación Grand Central, pasarían la noche en la ciudad en casa de sus abuelos y a la mañana siguiente los dos saldrían en coche hacia New Rochelle. Para no desdeñar las exigencias que imponían los actos públicos, su madre había prometido llevarle ropa para el entierro: camisa blanca, chaqueta y corbata, zapatos negros, calcetines negros y pantalones marengo.

Ella preguntó: ¿Has crecido mucho desde que estás ahí, Archie?

No estoy seguro, contestó Ferguson. Puede que un poco.

Me pregunto si te seguirán quedando bien esas cosas.

¿Acaso importa?

Puede que sí y puede que no. Si se te saltan los botones de la camisa, mañana podemos comprar ropa nueva.

No se le saltaban los botones, pero ahora la camisa le quedaba pequeña, igual que todo lo demás menos la corbata. Qué lata ir de compras con una temperatura de treinta y cinco grados, pensó él, recorriendo penosamente las calles de la achicharrante ciudad porque había crecido seis centímetros desde la primavera, pero no podía ir a New Rochelle con las playeras y los vaqueros del campamento, así que fue con su madre a Macy’s, merodeó durante más de una hora por la sección de caballeros en busca de algo decente que ponerse, sin duda la actividad más aburrida en la mejor época del mundo, aunque desde luego aquélla no lo fuese, y tan poco empeño ponía en lo que estaban haciendo que dejó que su madre llevara la iniciativa, eligiendo esta camisa, esta chaqueta, este par de pantalones, y sin embargo, como pronto aprendería, cuán preferible era el aburrimiento de las compras a la angustiosa desesperación de estar sentado en la sinagoga al día siguiente, el caluroso santuario abarrotado con más de doscientas personas, los padres de Artie, su hermana de doce años, sus cuatro abuelos, sus tíos y tías, sus primos, chica y chico, sus amigos del colegio, sus diversos maestros y profesores desde el parvulario, sus amigos y entrenadores de todos los equipos deportivos en los que había jugado, amigos de la familia, amigos de amigos de la familia, una turbamulta de gente asándose en aquel recinto sin ventilación mientras las lágrimas brotaban de los ojos firmemente cerrados y hombres y mujeres sollozaban, chicos y chicas lloraban, y el rabino rezaba en el púlpito oraciones en hebreo y en inglés, nada de paparruchas cristianas de ir a un sitio mejor, nada de cuentos sobre otra vida para la gente de Ferguson, porque eran judíos, demenciales y desafiantes judíos, y para ellos sólo había una vida y un sitio, esta vida y este mundo, y el único modo de mirar a la muerte era rezar a Dios, alabar el poder divino incluso cuando la muerte fuese la de un muchacho de catorce años, alabar a su jodido Dios hasta que los ojos se les desprendieran de las órbitas y los cojones se les cayeran de la entrepierna y el corazón se les secara en el pecho.

En el cementerio, mientras bajaban el féretro a la sepultura, el padre de Artie intentó saltar a la fosa de su hijo. Tuvieron que sujetarlo cuatro hombres, y cuando trató de soltarse para intentarlo de nuevo, el más corpulento de los cuatro, que resultó ser su hermano menor, le hizo una llave en el cuello y forcejeó con él hasta tirarlo al suelo.

En la casa a la vuelta del entierro, la madre de Artie, una mujer alta de gruesas piernas y anchas caderas, abrazó a Ferguson y le dijo que siempre sería parte de la familia.

Durante las dos horas siguientes, se quedó en el sofá del salón charlando con la hermana pequeña de Artie, que se llamaba Celia. Quiso decirle que él era su hermano ahora, que seguiría siendo su hermano mientras viviera, pero no encontró valor para hacer que esas palabras salieran de sus labios.

El verano llegó a su fin, otro curso empezó, y a mediados de septiembre Ferguson empezó a escribir un relato breve que poco a poco fue creciendo hasta convertirse en una narración bastante larga cuando la terminó unos días antes de Acción de Gracias. Sospechaba que lo había inspirado la broma que no era broma sobre los dos A. F., pero no estaba muy seguro, porque la historia le había venido a la cabeza de improviso, como una idea plenamente formada, y sin embargo Federman también debía estar en ella de un modo u otro, porque ahora Federman siempre estaba con él, siempre estaría con él en lo sucesivo. No Archie y Artie, como tuvo la tentación de poner en un principio, sino Hank y Frank, ésos eran los nombres de los personajes principales, un par en lugar de un pareado asonante, pero para toda la vida, de todas formas, un par de zapatos en este caso, y de ahí el título del relato: «Compañeros de suelo y suela».

Hank y Frank, el zapato izquierdo y el zapato derecho, se encontraron por primera vez en la fábrica donde los hicieron, emparejados arbitrariamente cuando la última persona de la cadena de montaje los puso en la misma caja. Son un par de zapatos con cordones, de cuero marrón y espléndida factura, unos zapatos sólidos y fuertes, de tipo inglés, y aunque sus personalidades son ligeramente distintas (Hank tiende a ser inquieto e introspectivo mientras Frank es directo y tenaz), no son diferentes en el sentido en que Laurel y Hardy son diferentes, por ejemplo, o Heckle y Jeckle o Abbot y Costello, sino distintos, quizá, en el sentido en que Ferguson y Federman eran diferentes: como dos gotas de agua, pero de ninguna manera idénticos.

Ninguno de los dos está contento en la caja. En estos momentos siguen siendo extraños, y no sólo está oscuro y falta el aire, sino que los han embutido uno contra otro del modo más íntimo y comprometedor, lo que al principio conduce a alguna discusión desagradable, pero entonces Frank dice a Hank que se domine un poco y se tranquilice, les guste o no, tienen que aguantarse el uno al otro, y Hank, comprendiendo que no tiene más remedio que arreglárselas con lo que hay, se disculpa por haber empezado *con mal pie*, a lo que Frank responde: *¿Crees que eso tiene gracia*?, queriendo decir que no le veía la gracia a la observación, y entonces Hank le contesta bajando la voz y con marcado acento sureño: *Ah, eso espero,*

hermano zapato. Es difícil tener gracia en esta vida con un pie malo, ¿verdad?

Cargan en una furgoneta la caja que contiene a Hank y Frank y la conducen por la ciudad de Nueva York, donde acaba en la trastienda de la zapatería Florsheim en Madison Avenue, una más entre los centenares de cajas apiladas en estantes a la espera de ser vendidas. Ése es su destino —ser vendidos, sacados de la caja por un hombre que calce el cuarenta y seis y conducidos fuera de la trastienda para siempre — y Hank y Frank están impacientes por empezar a vivir, por salir al aire libre a caminar con su dueño. Frank confía en la posibilidad de que los vendan pronto. Somos para llevar a diario, dice a Hank, no una chuchería como unos zapatos de charol o unas pantuflas de Santa Claus o unas botas forradas de lana, y como los zapatos ingleses de diario están muy solicitados, no tardarán mucho en decir adiós a esa deprimente y asquerosa caja suya. Puede que sí, admite Hank, pero si Frank quiere hablar de posibilidades y estadísticas, debe pensar en el número cuarenta y seis. La talla cuarenta y seis lo preocupa. Es mayor de lo corriente y, ¿quién sabe si tendrán que esperar mucho antes de que don Pies Grandes entre en la tienda y se los pruebe? Estaría más contento con un cuarenta y dos o un cuarenta y tres, añade. Ésa es la talla que calza la mayoría de los hombres, y mayoría significa más venta. Cuanto más alto el número del zapato, más larga la espera, y la talla cuarenta y seis es enorme de grande.

Pues alégrate de que no sea un cuarenta y siete o un cuarenta y ocho, dice Frank.

Y me alegro, contesta Hank. También me alegro de que no seamos un treinta y cinco. Pero no me entusiasma que seamos un cuarenta y seis.

Al cabo de tres días y tres noches en el estante, un espacio de tiempo sombrío que sólo prolonga sus dudas y febriles conclusiones sobre cuándo y cómo serán rescatados, si es que de verdad acaban rescatándolos, aparece un empleado por la mañana, saca la suya de entre el montón de cajas bajo el que están relegados y los lleva a la sala de ventas en la parte delantera de la tienda. ¡Hay un cliente interesado! El empleado quita la tapa de la caja, y en ese primer momento en que la luz del mundo brilla sobre ellos, Hank y Frank sienten un cosquilleo de alegría, un júbilo inmenso y embriagador que se les extiende de la puntera a los cordones. Han vuelto a ver, ven por primera vez desde que el obrero de la fábrica los metió en la caja, y ahora que el empleado los saca y los pone en el suelo frente al cliente sentado, Frank dice a Hank: *Creo que vamos bien, compa*, a lo que Hank responde: *Eso espero*.

(Nota: En ningún momento del relato aborda Ferguson la cuestión de cómo pueden hablar los zapatos, pese al hecho de que todos los zapatos con cordones están provistos de lengüeta. Si eso constituye un problema, Ferguson lo resuelve negándose a considerarlo. No obstante, el lenguaje hablado por Hank y Frank es por lo visto inaudible para los seres humanos, puesto que el par mantiene conversaciones siempre que les apetece, sin temor a que los oigan, al menos gente de carne y hueso. En presencia de otros zapatos, sin embargo, han de mostrar más circunspección, porque todos los zapatos de la narración hablan zapateño. Se da la circunstancia de que ninguno de los primeros lectores de Ferguson puso objeciones al uso de ese lenguaje absurdo e inventado. Todos dieron su aprobación considerándolo como un ejemplo legítimo de *licencia poética*, pero algunos pensaron que había ido demasiado lejos otorgando a Hank y Frank la facultad de la visión. Los zapatos son ciegos, dijo un

lector, como todo el mundo sabe. ¿Cómo demonios pueden ver los zapatos? El autor de catorce años se detuvo un momento a pensar, se encogió de hombros y dijo: *Con los ojetes, por supuesto. ¿Cómo, si no?*)

El cliente es un hombre grande, un tipo descomunal de ancho y voluminoso contorno, tobillos hinchados y la húmeda y pálida piel de quien podría o no padecer de diabetes o del corazón. No el amo ideal, quizá, pero Hank y Frank se han dicho innumerables veces el uno al otro durante los tres últimos días que *con la gente, el zapato no puede ser exigente*. Los zapatos deben someterse a la voluntad de la persona que los compra, sin importar quién sea, porque su misión es proteger los pies, cualquier pie y todos los pies en cualquier momento y en todas las circunstancias, y ya pertenezcan los pies a un loco o a un santo, los zapatos deben cumplir su misión en perfecta conformidad con los deseos de su amo. Sin embargo, es un momento importante para los recién manufacturados zapatos ingleses, tan jóvenes y relucientes en la firmeza del empeine de cuero y las suelas de una pieza, porque en este instante por fin empezarán a vivir su vida como zapatos de pleno derecho, y cuando el empleado desliza a Hank en el pie izquierdo del cliente y luego a Frank en el derecho, ambos gruñen de placer, asombrados de la espléndida sensación de albergar un pie en su interior, y entonces, milagrosamente, el placer se incrementa cuando se aprietan los cordones y los dos extremos se anudan en una lazada firme y precisa.

Creo que le sientan muy bien, dice el empleado al cliente. ¿Quiere echarse una mirada en el espejo?

Y así es como Hank y Frank están en condiciones de verse juntos por primera vez: mirándose al espejo mientras el gordo cliente también se contempla en el reflejo. Qué par más bonito estamos hechos, dice Frank, y por una vez Hank está de acuerdo con él. Los más espléndidos zapatos ingleses de diario jamás fabricados, observa. O bien, como el bardo podría haberlo expresado: *los mismísimos Reyes de la Calzada*.

Pero mientras Hank y Frank se admiran en el espejo, el gordo empieza a negar con la cabeza. No estoy seguro, le dice al empleado, me parecen pesados y algo toscos.

Un hombre de su corpulencia necesita un zapato fuerte, replica el empleado, pronunciando esas palabras con total naturalidad para no ofender al cliente.

Desde luego, murmura el gordo, por descontado, ¿verdad? Pero eso no significa que tenga que andar por ahí con estos zapatones.

Son clásicos, señor, dice el empleado en tono seco.

Zapatos de poli. Ésa es la impresión que me dan, dice el gordo. Zapatos para un policía de paisano.

Tras una considerable pausa, el empleado carraspea y dice: ¿Me permite sugerirle que miremos otra cosa? ¿Un modelo con costura de adorno en la puntera, quizá?

Sí, con costuras, dice el cliente, asintiendo con la cabeza. Ésa es la expresión que andaba buscando. No de diario; con adorno en la puntera.

Hank y Frank vuelven a la caja y unos momentos después los levantan del suelo unas manos invisibles y los llevan de vuelta a la trastienda, donde una vez más se unen a las filas de los no vendidos. Hank hierve de indignación. Los comentarios del gordo lo han puesto furioso, y mientras escupe las palabras *pesados* y *zapatones* por

cuadragésima tercera vez en la última hora, Frank alza finalmente la voz y le implora que se calle. ¿No te das cuenta de la suerte que tenemos?, dice. Ese tío no sólo era un tarugo, sino que además era un tarugo gordo, y lo que menos falta nos hace es cargar con mucho peso. Si el bueno de don Tocinón no pesaba ciento cincuenta kilos, como mínimo llegaba a los ciento treinta o ciento cuarenta, y puedes figurarte el desgaste diario de ir por ahí con una montaña como ésa encima. Nos habría ido aplastando poco a poco, consumiéndonos prematuramente, tirándonos a la basura antes de que pudiéramos tener ocasión de vivir. Tal vez no haya muchos pesos pluma que calcen un cuarenta y seis, pero al menos podemos aspirar a una persona delgada y en forma, un hombre con paso ligero y cadencioso. Con nosotros nada de andares lentos ni patosos, Hank. Merecemos lo mejor porque somos *clásicos*.

Otras dos compras fallidas durante los tres días siguientes, una de ellas por los pelos (un cliente que se enamora de ellos pero entonces descubre que necesita un cuarenta y cinco) y la otra un individuo de esos que sacan de quicio a cualquiera (un adolescente gigantesco y malencarado que se burla de su madre por insistir en que se pruebe esas *abarcas tan feas*), y continúa la espera, tan desalentadora en su aletargante monotonía que Hank y Frank empiezan a preguntarse si no estarán condenados a permanecer eternamente en el estante: superfluos, pasados de moda, olvidados. Entonces, tres días después del insulto de las abarcas, ya perdida toda esperanza, entra un cliente en la tienda, un tipo de treinta años llamado Abner Quine, un peso ligero de uno ochenta y dos de altura y setenta y siete kilos, con un cuarenta y seis de talla que no sólo busca unos sólidos zapatos ingleses de diario sino que no quiere otra cosa, de modo que sacan a Hank y Frank del estante por cuarta vez, que resulta ser la última, el final de su fastidiosa estancia de una semana en el negro limbo de la caja de zapatos, porque cuando Abner Quine introduce los pies en ellos y pasea por la tienda para probarlos, dice al empleado: *Perfecto, justo lo que andaba buscando,* y los dos compañeros de suelo y suela encuentran por fin a su amo.

¿Cambia algo las cosas el hecho de que Quine resulte ser policía? En realidad, no, a la larga no cambia nada, pero después de que el cliente gordo rechazara a Hank y Frank por tener aspecto de *zapatos de poli*, para ellos es una cuestión delicada, y en lugar de reírse ante la coincidencia se sienten dolidos y apabullados, porque si los zapatos ingleses como ellos son la quintaesencia del calzado policial, entonces parecerían todo el tiempo destinados a que los llevara un polizonte, figura de inmenso ridículo en la sabiduría popular, también conocida como pies planos en ciertos ámbitos, y ser el calzado preferido por los pies planos de este mundo, es decir, la encarnación misma del ridículo, significaba que ellos dos también debían de resultar algo ridículos.

Seamos realistas, dice Hank. No estamos hechos para esmoquin ni para noches de jarana en la ciudad.

Puede que no, contesta Frank, pero tenemos solidez y somos dignos de confianza.

Como dos tanques.

Bueno, ¿y quién quiere ser un coche deportivo, de todas formas?

Zapatos de poli, Frank. Eso es lo que somos. No se puede caer más bajo.

Pero fíjate en nuestro poli, Hank. Qué espléndida figura masculina. Y nos

prefiere a nosotros. En lo más bajo o no, nos prefiere a nosotros, y eso es suficiente para mí.

Al duro Abner Quine, de brioso andar, acaban de ascenderlo a la categoría de inspector. Ha cambiado la porra y el uniforme de guardia por un par de trajes, uno de lana para el invierno, otro ligero de lavar y poner para el verano, y ha comprado un par de zapatos caros en Florsheim's (¡Hank y Frank!) que piensa llevar todos los días del año en su trabajo policial, con independencia del tiempo que haga. Quine vive solo en un pequeño apartamento de una sola habitación en Hell's Kitchen, no el mejor de los barrios en 1961, pero paga poco de alquiler y tiene la comisaría a sólo cuatro manzanas de distancia, y aunque muchas veces la limpieza del apartamento deja mucho que desear (el inspector no es muy aficionado a las tareas domésticas), Hank y Frank están impresionados por lo bien que los cuida. Aunque joven, su amo es hombre de la vieja escuela y trata a sus zapatos con respeto, deshaciendo metódicamente las lazadas por la noche y dejándolos en el suelo junto a la cama en vez de quitárselos de golpe o meterlos en el armario, porque a los zapatos les gusta encontrarse cerca de su amo a todas horas, incluso cuando no están de servicio, y quitárselos de golpe sin deshacer las lazadas puede causar daños estructurales a largo plazo. Quine suele estar ensimismado y en constante movimiento cuando trabaja en sus casos (robos, en su mayoría), pero si le cae algo encima de los zapatos, ya sea una blanca plasta de mierda de paloma o una gota de ketchup, se apresurará a eliminar la ofensiva sustancia con uno de los kleenex que lleva en el bolsillo derecho. Lo mejor de todo son sus idas y venidas a la estación Penn para evacuar consultas con su confidente favorito, un viejo negro llamado Moss, que casualmente lleva el puesto de limpiabotas en el vestíbulo principal, y mientras Quine se deja caer en la butaca para escuchar los últimos informes de Moss, muchas veces le pide que le lustre los zapatos para encubrir el verdadero propósito de su visita, matando dos pájaros de un tiro, por así decir, haciendo su trabajo y cuidando los zapatos, y Hank y Frank son los felices beneficiarios de ese ardid, porque Moss es un experto, con las manos más rápidas y ágiles de la profesión, y sentirse restregados por sus trapos y masajeados por sus cepillos constituye un insuperable placer para unos ejemplares ingleses como Hank y Frank, una zambullida en las profundidades de la sensualidad zapateril como para perder el sentido, y una vez lustrados y pulidos por las firmes manos de Moss, acaban limpios y flamantes además de impermeabilizados, triunfadores en todos los frentes.

Se dan buena vida, entonces, la mejor que podían esperar más o menos, pero buena no debe confundirse con *fácil*, porque el destino de los zapatos es trabajar mucho, incluso en las circunstancias más favorables, sobre todo en una ciudad como Nueva York, donde una suela puede pasarse meses sin pisar una mata de hierba o el más pequeño tramo de terreno blando, donde los extremos de calor y frío pueden causar estragos a largo plazo en la salud de los objetos de cuero, sin mencionar los daños originados por chaparrones y nevadas, o porque los metan inadvertidamente en charcos y montones de nieve, las repetidas veces que se mojan y empapan, todas las humillaciones que se les inflige cuando el tiempo se pone húmedo y asqueroso, muchas de las cuales podrían evitarse si su concienzudo amo fuera aún más cuidadoso, pero Quine no es hombre que crea en zuecos ni chanclos, e incluso en las ventiscas más violentas no quiere saber nada de botas de goma, prefiriendo en todo

momento la compañía de sus atribulados zapatos ingleses, que se sienten a la vez honrados por su confianza y molestos por su falta de tacto.

Patear las calles: un día sí y otro también, eso es lo que hace Quine, y, por tanto, eso es también lo que hacen Hank y Frank. Si hay algún consuelo en tener tacones y suelas gastados por el continuo y áspero contacto del cuero con el asfalto, es que los dos están juntos, hermanos que comparten su suerte como si fueran uno solo. Como la mayoría de los hermanos, sin embargo, tienen sus momentos de discordia y mal genio, sus enemistades y estallidos de cólera, porque si bien están unidos al cuerpo de un hombre, ellos son dos, y la relación de cada uno con ese cuerpo es ligeramente distinta, porque el pie izquierdo y el pie derecho de Quine no siempre hacen lo mismo al mismo tiempo. Al sentarse en una silla, por ejemplo. Como persona zurda, tiende a cruzar más veces la pierna izquierda sobre la derecha que la pierna derecha sobre la izquierda, y hay pocas sensaciones más agradables que verse alzado en el aire, dejar la tierra unos momentos y tener la suela desnuda frente al suelo, y como Hank es el zapato izquierdo y en consecuencia puede disfrutar de tal experiencia más a menudo que Frank, Frank alberga cierto resquemor hacia Hank, que en general procura suprimir, pero en ocasiones Hank se pone tan optimista con el despegue que no puede dejar de restregárselo por las narices, riendo desde su privilegiada posición mientras está suspendido a la derecha de la rodilla derecha del amo y diciendo a Frank: *¿Cómo está el tiempo por ahí abajo, pequeño Frankie?*, momento en el cual Frank perderá inevitablemente la compostura, contestando a Hank que se vaya a hacer puñetas y se ocupe de sus propios asuntos. Al mismo tiempo, Frank suele tener lástima a Hank por ser el zapato izquierdo de un zurdo, porque Quine da generalmente su primer paso con el pie izquierdo, y siempre que esperan frente a un semáforo rojo en días de lluvia o nieve, el primer paso en la calzada es el más peligroso, el de vadear la alcantarilla muchas veces catastrófico, ¿y cuántas veces se ha visto Hank sumergido en charcos e inmerso en un montón de nieve fundida cuando Frank permanecía bien seco? Demasiadas para contarlas. Frank rara vez se ríe de las humillaciones de su hermano ni de los momentos en que está a punto de ahogarse, pero en alguna ocasión, cuando se encuentra en un estado de ánimo especialmente agriado, simplemente no puede evitarlo.

Con todo, pese a sus rencillas y malentendidos esporádicos, ya eran los mejores amigos del mundo, y siempre que miraban a los zapatos ingleses que calzaba el compañero de su amo, un par de curtidos veteranos llamados Ed y Fred (en el relato de Ferguson todos los pares de zapatos tienen nombres pareados), Hank y Frank eran conscientes de la suerte que tenían por haber caído con un tipo íntegro como Abner Quine y no con el desaliñado matón con quien trabaja, Walter Benton, cuya mayor satisfacción laboral consistía en atizar puñetazos o puntapiés en la espalda a los sospechosos en la sala de interrogatorios. Como Ed y Fred llevan años haciéndole el trabajo sucio se han endurecido, convirtiéndose en un par de facinerosos con malas pulgas, tan repulsivos, cínicos y asqueados del mundo que hace casi un año que no se hablan: no porque se lleven mal sino simplemente porque no quieren tomarse la molestia de hacerlo. Y encima, Ed y Fred empiezan a caerse a pedazos, porque Benton es un amo tan negligente como estúpido y ha seguido andando con los tacones desgastados sin reponerlos, no ha remendado el agujero que se está formando

en los bajos de Ed ni la cuarteada superficie de cuero en la arruga entre la puntera y el empeine, y en todo el tiempo que Hank y Frank conocen a esos *raídos cabrones* (así los llama Hank) ni una sola vez los han lustrado. En comparación, a Hank y Frank los limpian dos veces a la semana, y en los dos años que llevan sirviendo a su amo les han puesto dos medias suelas y cuatro tacones nuevos. Siguen sintiéndose jóvenes, mientras que Ed y Fred, que empezaron su misión sólo seis meses antes que ellos, ya son viejos, tanto que están a punto de liquidarlos y tirarlos a la basura.

Debido a su condición de zapatos de trabajo, rara vez acompañan a su amo cuando corteja a las damas. La búsqueda del amor requiere algo menos práctico y casero que unos sólidos zapatos de diario, así que Hank y Frank se ven desechados en favor de los zapatos de vestir de Abner Q., con ojetes triples, o de los negros sin cordones de cocodrilo, con lo que siempre se llevan una decepción, no sólo porque les da miedo quedarse solos en la oscuridad sino porque han estado con Quine en varias de sus expediciones amorosas (cuando tenía demasiada prisa para volver a casa y cambiarse después del trabajo), y saben lo divertidas que son esas incursiones, sobre todo cuando el amo se acuesta con su pareja, lo que significa que Hank y Frank han de pasar la noche en el suelo junto a la cama, y como están en el apartamento de la mujer, los zapatos de ella están allí también, la mayoría de las veces pegaditos a ellos, y qué estupendo y escandaloso fue la primera vez, cuando charlaron y rieron y cantaron con Flora y Nora, un adorable par de zapatos de satén rojo con tacones de aguja, y el resto de las veces en casa de una mujer diferente, una rubia alta a quien el amo llama Alice o Cariño, tonteando en su apartamento con un par de zapatos negros de salón llamados Leah y Mia y un par de mocasines llamados Molly y Dolly, y qué manera de soltar risitas y armar jaleo la de esas chicas cuando veían desnudarse a su amo y quedarse en verdaderos cueros, y cómo miraban embobadas los grandes pechos de sus dueñas sacudiéndose arriba y abajo en los espasmos del amor. Qué momentos tan espléndidos, tan fulgurantes en comparación con el apagado mundo de delincuentes sudorosos y jueces con togas negras, y aún más preciados para Hank y Frank por ser tan escasos.

Pasan los meses, y cada vez está más claro que Alice es la Única. No sólo ha dejado el amo de ver a las demás, sino que ahora pasa con ella la mayor parte del tiempo, su querida Cariño, que rápidamente ha adquirido otros nombres varios, entre ellos Ángel, Tesoro, Preciosa y Carita de Mono, señales de una creciente intimidad que conduce al inevitable momento de finales de mayo cuando, sentado con Alice en un banco de Central Park, Quine al fin le suelta la gran pregunta. Como es día laborable, Hank y Frank están allí para ser testigos de la proposición, y se sienten más que animados por la tierna respuesta de Alice, *Haré todo lo posible por hacerte feliz, amor mío*, lo que parece sugerir que ellos también serán felices, tan felices en la nueva situación como lo han sido en la anterior.

Lo que Hank y Frank no han entendido, sin embargo, es que el matrimonio lo cambia todo. No es sólo una cuestión de dos personas que deciden vivir juntas, sino el principio de una larga pugna que enfrenta la voluntad de un componente de la pareja con la voluntad del otro, y aunque al parecer es el marido quien lleva la voz cantante, en definitiva es la mujer quien manda. Los recién casados dejan sus respectivos apartamentos en Hell’s Kitchen y Greenwich Village y fijan su residencia

en un piso más amplio y cómodo en la calle Veinticinco Oeste. Como Alice se ha despedido de su trabajo de secretaria en la oficina del fiscal del distrito, se encarga de todos los asuntos domésticos, y aunque rutinariamente consulta a su marido su opinión sobre las nuevas cortinas que quiere comprar, la nueva alfombra que piensa poner en el cuarto de estar, las nuevas sillas con las que sueña para la mesa del comedor, la respuesta de Quine es siempre la misma —*Lo que quieras, nena, es cosa tuya*—, lo que significa, en efecto, que Alice es quien lo decide todo. Pero no importa, piensan Hank y Frank. Puede que ahora lleve Alice la batuta, pero ellos siguen pasando el día con el amo, pateando las calles en busca de delincuentes, acribillando a preguntas a los sospechosos en la sala de interrogatorios, compareciendo en los tribunales para testificar en los juicios, siguiendo pistas por teléfono, mecanografiando informes, corriendo por callejones siempre que algún delincuente es lo bastante tonto para escapar por ellos, yendo a la estación Penn dos veces por semana para que Moss les saque brillo, y ahora que Benton ha dado el lique a Ed y Fred, trabajan con un nuevo par de colegas, Ned y Ted, tipos hoscos, desde luego, pero ni la mitad de desagradables que los raídos cabrones, recientemente descartados, lo que sugeriría que si muchas cosas son ahora diferentes, en lo fundamental todo sigue igual, quizá hasta un poco mejor que antes. O eso se dicen Hank y Frank, pero lo que no saben, y lo que su complacencia les impide entender, es que Alice, la de la dulce voz, se ha embarcado en una misión y sus esfuerzos por mejorar la vida del amo no se limitan a cortinas y alfombras. A los tres meses de la ceremonia nupcial, ya se adentra en el territorio de la ropa de su marido, sobre todo en la que lleva al trabajo, que según sostiene es muy sosa y está muy gastada para un hombre destinado a ser capitán algún día, y aunque Quine reacciona un tanto a la defensiva al principio, alegando que sus trajes están bastante bien, que son más que adecuados para la clase de trabajo que hace, Alice menoscaba su resistencia diciéndole lo guapo que es y la figura tan elegante que tendría con un modelo de primerísima calidad. Halagado y a la vez molesto por sus cumplidos, el amo hace un comentario estúpido sobre que el dinero no crece en los árboles, pero sabe que ha perdido la batalla y en su primer día libre sigue a su mujer a una tienda de artículos para caballero de Madison Avenue, donde renueva el guardarropa con un par de trajes, cuatro camisas blancas y seis de las escuálidas corbatas que están ahora de moda. Tres mañanas después, cuando el amo se está poniendo uno de los trajes nuevos para ir a trabajar, Alice esboza una amplia sonrisa y le dice que tiene un aspecto impresionante, pero entonces, antes de que él logre articular palabra, le echa una mirada a los pies y anuncia: Me temo que hay que hacer algo con esos zapatos.

¿Qué les pasa?, inquiere Quine, empezando a mostrar cierta irritación.

En realidad nada, contesta ella. Sólo que están viejos, y no te van con el traje.

Eso es ridículo. Es el mejor par de zapatos que he tenido nunca. Me los compré en Florsheim’s al día siguiente de que me ascendieran, y no me los he quitado desde entonces. Son mis zapatos de la suerte, Ángel. Tres años de servicio y no me han disparado una sola vez, ni me han dado un puñetazo en la cara ni me han hecho un rasguño en todo el cuerpo.

Ya está bien, Abner. Tres años es mucho tiempo.

No para un par de zapatos ingleses como éstos. Ni siquiera los he domado del

todo todavía.

Alice frunce los labios, inclina la cabeza y se acaricia distraídamente la barbilla, como tratando de evaluar los zapatos con la solemne actitud distante de un filósofo. Por fin dictamina:

Toscos y pesados. El traje te da aire de hombre importante, pero por los zapatos se sabe que eres poli.

Pero eso es lo que soy. Poli. Un puñetero pies planos.

Sólo porque seas policía no tienes que parecerlo. Los zapatos te delatan, Abner. En cuanto entras en un sitio, todo el mundo piensa: Mira, un poli. Con el par de zapatos adecuados ni se lo imaginarán.

Hank y Frank esperan que el amo hable en su defensa, que diga unas cuantas palabras más en su favor, pero Quine no dice nada, contestando a la última observación de Alice con un gruñido inescrutable, y un instante después se desplazan con él mientras sale por la puerta del apartamento y se dirige al trabajo. Ese día no es diferente de los demás, ni el siguiente es distinto del anterior, y Hank y Frank empiezan a esperar que la conversación con Alice no haya sido más que una falsa alarma, que los severos juicios sobre su valía que hizo al amo no sean compartidos por el propio Quine, que todo el desagradable asunto se esfume como una leve nube pasajera. Entonces viene el sábado, otro día libre del trabajo policial, y Quine sale de casa con el nuevo enemigo del par, la entrometida y obstinada Alice, sale con sus mocasines de fin de semana mientras ellos se quedan al pie de la cama esperando la vuelta de la pareja, sin sospechar por un momento que están a punto de ser traicionados por el hombre a quien han servido tan lealmente durante los tres últimos años, y cuando el amo regresa por la tarde y se prueba su nuevo par de zapatos con costura inglesa, Hank y Frank comprenden de pronto que les han dado la patada y los han desechado, el régimen advenedizo que se había apoderado de la casa los ha purgado, y sin posibilidad de recurrir, sin tribunal donde presentar una denuncia o exponer su versión del asunto, su vida está ya más que acabada, aplastada por el golpe palaciego conocido de otro modo con el nombre de *matrimonio*.

¿Qué te parecen?, pregunta Quine a Alice mientras termina de hacerse la lazada en los zapatos nuevos y se levanta de la cama.

Preciosos, contesta ella. Lo mejor de lo mejor, Abner.

Mientras Quine pasea por la habitación, habituándose a la elasticidad y la textura de sus nuevos compañeros para la jornada laboral, Alice señala a Hank y Frank y dice: ¿Qué hago con esos viejos carcas?

No sé. Ponlos en el armario.

¿No quieres que los tire?

No, guárdalos en el armario. A lo mejor vuelvo a necesitarlos, nunca se sabe.

De modo que Alice deposita a Hank y Frank en el armario, y aunque las palabras de despedida del amo parecen brindar cierta esperanza de que algún día los reclamen para entrar de nuevo en servicio, pasan meses sin cambio alguno y poco a poco van resignándose al hecho de que su amo no va a introducir los pies en ellos nunca más. Los dos zapatos ingleses de diario están resentidos por su jubilación forzosa, y durante las primeras semanas en el armario hablan del cruel trato que les han infligido, expresando los motivos de su agravio en largas y maledicentes diatribas

contra el amo y su mujer. No es que las quejas y gemidos les sirvan de algo, por supuesto, y mientras el polvo empieza a asentarse sobre ellos, y mientras empiezan a entender que el armario es ahora su mundo, que nunca saldrán de allí hasta el día que los tiren a la basura, renuncian a las quejas y se ponen a hablar del pasado, prefiriendo revivir los buenos tiempos a rumiar sobre las desgracias del presente, y qué agradable es recordar las aventuras con el amo cuando eran jóvenes y vigorosos y ocupaban su lugar en el mundo, qué agradable recordar los cambios de clima bajo los que habían caminado, los millares de impresiones que se recibían al aire libre en la fluctuante atmósfera del planeta Tierra, la sensación de importancia que les daba participar en la grandiosidad de la vida humana. Transcurren más meses, y su rememorar toca despacio a su fin, porque ya resulta difícil hablar, difícil incluso recordar, no porque Hank y Frank se hayan sumido en la vejez sino porque los han dejado de lado, y los zapatos que ya no reciben cuidados van rápidamente cuesta abajo, el exterior se reseca y agrieta si dejan de darles betún y sacarles brillo, el interior se anquilosa cuando no entran en ellos pies humanos que les procuren las esencias y el sudor necesarios para mantenerlos suaves y flexibles, y despacio pero sin pausa los zapatos desechados empiezan a semejar un par de tarugos, pero la madera es una materia incapaz de pensar y hablar y recordar, y ahora que Hank y Frank parecen dos maderos, están casi comatosos, viviendo en un oscuro mundo de negros recovecos y velas apenas parpadeantes, y tan insensibles se han hecho sus cuerpos durante el prolongado encierro que no sienten nada la tarde en que Timothy, el hijo de tres años de los Quine, desliza los pies en su interior y, sin dejar de reír, se pone a caminar ruidosamente por el apartamento, y cuando su madre lo ve con los diminutos pies dentro de los enormes y comatosos zapatos, también se echa a reír. ¿Qué estás haciendo, Timmy?, le pregunta. Estoy haciendo de papá, contesta él, y entonces su madre niega con la cabeza, frunce el ceño y le dice que le dará un par de zapatos grandes pero más bonitos para que juegue, esos zapatones están tan sucios y tan gastados que ya es hora de librarse de ellos. Qué suerte que Hank y Frank no puedan oír ni sentir nada, porque una vez que Alice da a su hijo los zapatos de vestir de su padre, coge a Hank y Frank con la mano izquierda, pone la derecha sobre la cabeza de Timmy y lo conduce al pasillo, hacia la tolva del incinerador, situada en un minúsculo cuartucho detrás de una puerta sin cerrar. Se me habían olvidado estos raídos cabrones, dice ella, empujando el asa de la portezuela de la tolva y permitiendo que su hijo *haga los honores*, refiriéndose a que realice la tarea de deshacerse de los zapatos, de modo que el pequeño Timothy Quine coge a Hank y lo lanza siete pisos abajo hasta el horno del sótano diciendo *Adiós, zapato*, y seguidamente coge a Frank y repite la operación diciendo *Adiós, zapato*, mientras Frank sigue a su hermano en el descenso hacia las llamas, y antes de que amanezca otro día sobre la isla de Manhattan, los dos compañeros de suelo y suela se han convertido en un indistinguible rescoldo de cenizas rojas, centelleantes.

Ferguson ya estaba en noveno grado, técnicamente en primero de instituto aunque a él le tocaba hacer un curso intermedio, y entre las materias que estudió durante el primer semestre se contaba mecanografía, una asignatura optativa que le resultó más valiosa que ninguna otra. Como tenía tanto empeño en dominar sus nuevos

conocimientos, fue a pedir dinero a su padre para comprar una máquina de escribir, logrando convencer al profeta de los beneficios de que aflojara la pasta con el argumento de que le haría falta más adelante y entonces los precios no serían tan bajos como en aquel momento, y así consiguió Ferguson un nuevo juguete, una Smith-Corona portátil, sólida, de elegante diseño, que al instante adquirió la condición de *su posesión más preciada*. Cómo llegó a querer a aquella máquina de escribir, y qué agradable sensación la de presionar los dedos sobre la concavidad de las redondas teclas y ver cómo las letras de contorno metálico volaban para percutir en el papel, con los caracteres moviéndose a la derecha al tiempo que el carro se deslizaba a la izquierda, y luego el tilín de la campanilla y el sonido de los piñones engranándose para bajar a la siguiente línea mientras una negra palabra seguía a otra hasta el final de la página. Era un instrumento adulto, una herramienta seria, y Ferguson acogió con agrado las responsabilidades que aquello exigía, porque la vida ya iba en serio, y con Artie Federman nunca a menos de dos centímetros de él, sabía que era hora de madurar.

Cuando acabó el primer borrador manuscrito de «Compañeros de suelo y suela» a principios de noviembre, Ferguson había avanzado lo suficiente en su curso de mecanografía para hacer el segundo borrador en la Smith-Corona. Después de corregir esa versión y mecanografiar el relato, el manuscrito definitivo contaba cincuenta y dos páginas a doble espacio. Le parecía inverosímil haber escrito tanto, haber sacado sin saber cómo más de cincuenta mil palabras sobre un *estúpido par de zapatos*, pero después de que se le ocurrió la idea una cosa llevó a otra, su cabeza empezó a llenarse de nuevas situaciones sobre las que escribir, nuevos aspectos de los personajes que explorar y desarrollar, y para cuando terminó había entregado al proyecto más de dos meses de su vida. Sentía cierta satisfacción por haberlo culminado, desde luego, el mero hecho de haber compuesto un trabajo tan extenso era algo de lo que cualquier muchacho de catorce años se habría sentido orgulloso, pero cuando lo leyó por quinta vez e hizo la última de las revisiones finales, aún no sabía si era bueno o no. Como ni su padre ni su madre eran capaces de juzgar aquel relato, por no hablar de cualquier otra narración jamás escrita en la historia de la humanidad, y como la tía Mildred y el tío Don estaban en Londres durante el semestre de otoño (a Mildred le habían concedido medio año sabático) —lo que significaba que Noah vivía todo el tiempo con su madre y por tanto resultaba inaccesible hasta enero—, y como le daba pánico que lo leyera el único compañero de clase en cuya opinión habría confiado, se lo dio a regañadientes a su profesora de inglés, la señora Baldwin, que había estado en pie frente a aulas de noveno grado desde la década de 1920 y sólo le faltaba un par de años para la jubilación. Ferguson sabía que estaba corriendo un riesgo. La señora Baldwin se lucía haciendo pruebas de vocabulario y ortografía, era magnífica explicando cómo hacer el diagrama de una oración y muy buena aclarando cuestiones difíciles de gramática y estilo, pero sus gustos literarios se encuadraban en la anticuada escuela de tesoros caducos, como ponía de manifiesto su entusiasmo por Bryant, Whittier y Longfellow, esos nombres del pasado ampulosos e insípidos que presidían el programa del curso mientras ella enseñaba a la clase *las maravillas del verso norteamericano del siglo XIX*, y aunque el E. A. Poe de negras cejas estaba allí, nada había de Walt Whitman —*¡demasiado profano!*— ni tampoco

de Emily Dickinson —*¡demasiado críptica!*—. A su favor, sin embargo, la señora Baldwin tenía el haberles mandado *Historia de dos ciudades*, que constituyó su primer encuentro con Dickens sobre el papel (una vez había visto en la tele una versión cinematográfica de *Cuento de Navidad*), y aunque Ferguson había seguido alegremente a sus amigos en la vieja tradición de referirse a aquella novela como *Histeria de dos obscenidades*, se quedó prendado del libro, encontraba las frases ferozmente enérgicas y sorprendentes, una inventiva inagotable que mezclaba horror y humor de una forma que jamás había visto en ningún otro libro, y estaba agradecido a la señora Baldwin por haberle presentado la que ahora consideraba la *mejor novela que había leído nunca*. Por eso decidió mostrarle su relato; por Dickens. Una pena que no supiera escribir como el viejo Charles, pero sólo era un principiante, un autor aficionado que hasta el momento sólo había escrito una obra, y esperaba que la profesora lo tuviera en cuenta.

La cosa no fue tan mal como había temido, pero en ciertos aspectos fue mucho peor. La señora Baldwin le corrigió las erratas, los errores ortográficos y las meteduras de pata gramaticales, todo lo cual resultaba útil pero además demostraba que había leído el relato con cierto detenimiento, y cuando se reunieron al acabar la clase seis días después de entregarle el manuscrito, la profesora lo alabó por su perseverancia, la riqueza de su imaginación, y para ser completamente sincera, añadió, estaba asombrada de que un muchacho aparentemente normal y bien adaptado poseyera pensamientos tan sombríos e inquietantes sobre el mundo. En cuanto al relato en sí, era una ridiculez, por supuesto, un ejemplo flagrante de una patética falacia mal enfocada, pero incluso admitiendo que un par de zapatos pudiera pensar y mantener conversaciones, ¿qué había pretendido Ferguson inventándose aquel mundo suyo de tebeo? Había indudablemente algunos momentos conmovedores y divertidos, ciertos destellos de auténtico talento literario, pero el relato la había molestado en gran medida, y se preguntaba por qué la había elegido para ser su primera lectora, porque debía saber que rechazaría el empleo de palabras malsonantes (*mierda* de paloma en la página 17, *mierda* seca en la página 30: que le señaló dando golpecitos con el dedo en las líneas en que aparecían aquellas palabras), por no mencionar su burla de la policía a lo largo de toda la narración, empezando con los desdeñosos términos de *pies planos* y *zapatos de poli* y ahondando en el insulto con su retrato del capitán Benton como un borracho sádico y grosero —¿acaso no sabía Ferguson que su padre había sido jefe de la policía de Maplewood cuando ella era niña?, ¿no había contado en clase suficientes anécdotas sobre él para que eso estuviera claro?—, pero lo peor de todo, prosiguió la profesora, peor que todo lo demás era el tono obsceno del relato, no sólo que Quine vaya saltando de cama en cama con diversas mujeres de sospechosa moral antes de proponer matrimonio a Alice, sino que la propia Alice está dispuesta a acostarse con él antes de contraer matrimonio —una institución, a propósito, que Ferguson parecía tener en el más absoluto desprecio—, y luego, lo peor de lo peor, el hecho de que las insinuaciones sexuales no se limitaban a los personajes humanos sino que se extendían hasta los mismísimos zapatos, qué absurda idea era ésa, la vida erótica de los zapatos, por amor de Dios, ¿y cómo podía Ferguson mirarse al espejo después de escribir sobre el placer que experimenta un zapato cuando un pie se introduce en su interior, o el

éxtasis que se deriva de que les den betún y les saquen brillo, y cómo demonios se le había ocurrido lo de la *orgía zapateril* con Flora y Nora, eso verdaderamente era el colmo, y no se sentía Ferguson mínimamente avergonzado por hacer hincapié en toda esa cochinería?

No supo qué contestarle. Hasta que la señora Baldwin empezó a machacarlo con sus críticas, él suponía que iban a hablar de los aspectos técnicos de la literatura, términos tales como estructura, ritmo y diálogo, la importancia de emplear una palabra en vez de tres o cuatro, cómo evitar las digresiones inútiles para impulsar la historia hacia delante, esas cosas pequeñas pero esenciales que aún estaba tratando de descubrir por su cuenta, pero nunca se le había ocurrido que la señora Baldwin lo atacaría en el terreno de la moralidad, poniendo en cuestión la sustancia misma de lo que había escrito y condenándolo por *indecente*. Tanto si el relato le parecía bien como si no, era su obra, y tenía la libertad de escribir lo que le diera la gana, poner la palabra *mierda* cuando lo considerase oportuno, por ejemplo, porque en el mundo real la gente la empleaba centenares de veces al día, y aunque él seguía siendo virgen, había aprendido lo suficiente sobre las relaciones sexuales como para saber que no había que estar casado para mantenerlas, que la concupiscencia humana hacía caso omiso de las leyes del matrimonio, y en cuanto a la vida sexual de los zapatos, cómo no podía ver lo divertido que era, gracioso de una forma tan absurda e inocente que cualquiera que leyese aquellos pasajes tendría que estar en las últimas para no esbozar una sonrisa, y que se joda, dijo Ferguson para sí, no tenía derecho a hacerle esos reproches, y sin embargo, a pesar de toda su resistencia, las palabras de la profesora estaban teniendo el efecto que ella pretendía, le estaban escaldando las entrañas y arrancándole la piel, y la embestida lo dejó tan aturdido que no tuvo fuerzas para defenderse, y cuando finalmente fue capaz de hablar, de sus labios no salieron más que dos palabras, dos palabras dichas en un murmullo que seguramente eran las más patéticas que había pronunciado en la vida:

Lo siento.

Yo también lo siento, repuso la señora Baldwin. Sé que piensas que estoy siendo dura contigo, pero es por tu bien, Archie. No digo que tu relato sea obsceno, porque no lo es comparado con algunos de los libros que se están publicando estos últimos años, pero sí es vulgar y de mal gusto, y sólo quiero saber en qué estabas pensando cuando lo escribías. ¿Tenías algo en la cabeza, o simplemente tratabas de escandalizar a la gente con un puñado de chistes subidos de tono?

Ferguson no quería estar más tiempo allí. Quería ponerse en pie y salir del aula y no tener que ver nunca más la cara arrugada y los desvaídos ojos azules de la señora Baldwin. Quería dejar el colegio y escaparse de casa y viajar en los ferrocarriles como un vagabundo de la Depresión, mendigando comida a la puerta de las cocinas y escribiendo libros verdes en su tiempo libre, un hombre que no debía nada a nadie, riéndose mientras escupía al mundo a la cara.

Estoy esperando, Archie, dijo la señora Baldwin. ¿No tienes nada que decir en tu defensa?

Quiere saber lo que tenía en la cabeza, ¿no es así?

Sí, en qué pensabas.

Estaba pensando en la esclavitud, dijo Ferguson. En el hecho de que algunas

personas eran efectivamente propiedad de otras y tenían que hacer lo que les decían desde el momento en que nacían hasta el instante de su muerte. Hank y Frank son esclavos, señora Baldwin. Proceden de África —la fábrica de zapatos—, luego los cargan de cadenas y los mandan a Norteamérica en un barco —la caja de zapatos, el trayecto en furgoneta a Madison Avenue— y después los venden a su amo en una subasta de esclavos.

Pero a los zapatos de tu relato les gusta ser zapatos. No irás a decirme que a los esclavos les gusta ser esclavos, ¿verdad?

No, por supuesto que no. Pero la esclavitud ha existido a lo largo de cientos de años, ¿y cuántas veces se han levantado y rebelado los esclavos?, ¿cuántas veces han matado los esclavos a sus amos? Casi nunca. Los esclavos vivían como podían dentro de sus malas condiciones. Incluso contaban chistes y cantaban canciones cuando tenían ocasión. Ésa es la historia de Hank y Frank. Tienen que someterse a la voluntad de su amo, pero eso no significa que no traten de aprovechar lo que tienen.

Nada de eso aparece en tu relato, Archie.

No quería que resultase demasiado evidente. Puede que ahí radique el problema, o puede que a usted se le haya escapado, no lo sé. En cualquier caso, eso es lo que tenía en la cabeza.

Me alegro de que me hayas dicho eso. No cambia mi opinión sobre el relato, pero al menos sé que intentabas hacer algo serio. Me produce verdadera aversión, entiéndelo, me desagrada aún más porque hay partes muy buenas, y como soy tan vieja supongo que nunca me gustará lo que hagas; pero sigue escribiendo, Archie, y no me hagas caso. No te hacen falta consejos, sólo necesitas seguir adelante. Como una vez escribió tu querido amigo Edgar Allan Poe a un aspirante a escritor: *Sé audaz; lee mucho; escribe mucho; publica poco; aléjate de los ocurrentes, y no temas nada.*

No le habló de las páginas finales del relato ni de lo que pensaba cuando Alice guarda a Hank y Frank en el armario. Si a la señora Baldwin se le habían escapado las ocultas referencias a la esclavitud, ¿cómo podría haber entendido que el armario es un campo de concentración y que en ese punto Hank y Frank ya no son norteamericanos negros sino judíos europeos en la Segunda Guerra Mundial, pudriéndose en cautividad hasta que finalmente mueren quemados en el incinerador-crematorio? No habría servido de nada decírselo, y tampoco había motivos para hablarle de la amistad, que era el verdadero tema del relato por lo que a él concernía, porque eso habría llevado a hablar de Artie Federman y no tenía deseos de compartir su pena con la señora Baldwin. Puede que ella tuviera razón en lo de no haber expuesto esas cosas con la suficiente claridad para que el lector las detectara, pero por otro lado había que estar ciego, así que en vez de guardar el relato y dejar de pensar en ello, corrigió los errores que la señora Baldwin había señalado con un círculo en el manuscrito y mecanografió otra versión más, esta vez utilizando papel carbón para hacer una copia, que a la tarde siguiente envió por avión a la tía Mildred y al tío Don. Doce días más tarde recibió una carta de Londres, que en realidad eran dos cartas en un solo sobre, una respuesta por separado de cada uno de ellos, ambos favorables y entusiastas, ninguno de los dos ciego a las cosas que su profesora no había observado.

Vaya rompecabezas, dijo para sí mientras lo anegaba una gran oleada de felicidad, porque si bien sus tíos habían declarado que «Compañeros de suelo y suela» era un buen relato, su veredicto no cambiaba en nada el hecho de que la señora Baldwin lo considerase malo. El mismo manuscrito percibido de forma distinta por ojos diferentes, sensibilidades distintas, cerebros diferentes. Ya no era cuestión de que alguien recibiera un puñetazo mientras a otro lo besaban, sino de que la misma persona recibía un puñetazo y un beso a la vez, porque así era como funcionaba la cosa, comprendió Ferguson, y si continuaba mostrando su relato a otra gente en el futuro, tendría que estar preparado para que le dieran tantos puñetazos como besos, o diez puñetazos por cada beso, o cien guantazos y ninguna caricia.

En lugar de devolver el manuscrito por correo directamente a Ferguson, el tío Don se lo había enviado a Noah con instrucciones de entregárselo a su primo cuando hubiera acabado de leerlo. Un sábado por la mañana temprano, más o menos una semana después de recibir las cartas de Londres, sonó el teléfono de la cocina mientras Ferguson desayunaba huevos revueltos y tostadas, y ahí estaba Noah, al otro extremo de la línea, escupiendo palabras como balas de metralleta, diciendo que tenía que darse prisa en hablar porque su madre había salido a hacer unas compras y seguramente lo mataría si lo pillaba en plena conferencia interurbana, sobre todo si estaba llamando a Ferguson, con quien no debía ponerse en contacto bajo ningún concepto *desde el santuario de su propia casa*, no sólo porque no era primo de verdad de Noah sino porque estaba emparentado con esa *zorra del demonio* (sí, dijo Noah, no estaba en sus cabales, todo el mundo lo sabía, pero él era quien debía vivir con ella), y una vez que hubo terminado aquel jadeante prólogo suyo, Noah empezó inmediatamente a aflojar la marcha del discurso y no tardó mucho en hablar a velocidad normal, lo que era rápido pero no excesivamente, dando la impresión de que disponía de todo el tiempo del mundo para entregarse a una charla larga y agradable.

Bueno, pedazo de alcornoque, dijo. Esta vez sí que lo has conseguido, ¿eh?

¿Conseguido el qué?, repuso Ferguson, fingiendo ignorancia, porque estaba casi seguro de que Noah se estaba refiriendo al relato.

Una extraña cosa titulada «Compañeros de suelo y suela».

¿Lo has leído?

Hasta la última palabra. Tres veces.

¿Y?

Fantástico, Archie. Sencilla y absolutamente fantástico, joder. A decir verdad, no sabía que fueras capaz de algo así.

A decir verdad, yo tampoco.

Estoy pensando que deberíamos convertirlo en una película.

Muy gracioso. ¿Y cómo nos las apañamos sin cámara?

Un detalle insignificante. Solucionaremos el problema cuando llegue el momento. De todas formas, ahora no tenemos tiempo para ocuparnos de eso. Por el colegio, en primer lugar, y la distancia entre Nueva York y Nueva Jersey, además de por una serie de obstáculos en los que ahora no voy a entrar. Pero siempre está el verano. O sea, ya hemos terminado con el campamento, ¿no? Ya somos mayores para eso, y después de lo que pasó con Artie, bueno, no creo que pueda volver allí.

Estoy de acuerdo. Se acabó el campamento.

Así que en el verano nos dedicaremos a hacer la película. Ahora que te has hecho escritor, supongo que dejarás todas esas tonterías del deporte.

Sólo el béisbol. Pero juego al baloncesto. Estoy en un equipo, ya sabes, un equipo de noveno patrocinado por la Asociación Hebrea de West Orange. Jugamos contra otros equipos de la Asociación del condado de Essex dos veces a la semana, una los miércoles por la noche y otra el sábado por la mañana.

No lo entiendo. Si quieres seguir siendo deportista, ¿por qué dejas el béisbol? Es el deporte que mejor se te da.

Por Artie.

¿Qué tiene que ver Artie con eso?

Era el mejor jugador que hemos visto nunca, ¿no es así? Y además era mi amigo. Más amigo mío que tuyo, mi buen amigo. Pero Artie está muerto, y quiero seguir pensando en él, es importante para mí tenerlo en mis pensamientos lo más posible, y el mejor modo, según comprendí, era renunciar a algo en su honor, algo que me gustara, algo importante para mí, así que me decidí por el béisbol, porque ése también era el deporte que mejor se le daba a Artie, y de ahora en adelante siempre que vea a los demás jugando, o siempre que piense en por qué yo mismo no estoy jugando al béisbol, pensaré en Artie.

Eres un tío raro, ¿sabes?

Supongo. Pero aunque lo fuese, ¿qué podría hacer para remediarlo?

Nada.

Exacto. Nada.

Así que juegas al baloncesto. Métete en una liga de verano si quieres, porque si te dedicas a un solo deporte tendrás un montón de tiempo para trabajar en la película.

De acuerdo. Suponiendo que nos agenciemos una cámara.

La conseguiremos, no te preocupes. Lo importante es que has escrito tu primera obra maestra. Se ha abierto la puerta, Archie, y vendrán muchas más; toda una vida de obras maestras.

No exageremos. He escrito una cosa, eso es todo, y quién sabe si alguna vez se me ocurrirá otra idea. Además, voy a seguir con mi plan.

Eso no. Creía que lo habías abandonado hace siglos.

Pues no.

Escúchame, pedazo de alcornoque. Tú no vas a ser médico, y yo tampoco seré el forzudo del circo. Tu cerebro no está hecho para las matemáticas ni las ciencias, y yo no tengo un solo músculo en el cuerpo. Ergo, no, doctor Ferguson; y nada de Noah el Magnífico.

¿Cómo puedes estar tan seguro?

Porque la idea te vino de un libro, por eso. Una estúpida novela que leíste a los doce años y que yo también tuve la desgracia de leer porque insististe en que era muy buena, que no lo es, y si volvieras a echarle un ojo estoy seguro de que al final te darías cuenta de que no es lo que tú pensabas, que no es tan buena ni por asomo. Joven médico idealista vuela por los aires una red de alcantarillado contaminada para librar a la ciudad de una enfermedad, joven médico idealista pierde sus ideales por dinero y un domicilio aristocrático, médico no tan joven y antes idealista recobra sus

ideales y así salva su alma. Chorradas, Archie. Justo la clase de gilipollez que conmueve a un chico joven e idealista como tú, pero ya no eres tan joven, eres un tipo fornido con una picha de hombre aullando entre las piernas y una cabeza capaz de producir obras maestras literarias y Dios sabe qué más, ¿y vas y me dices que todavía estás subyugado por ese libro abominable cuyo título se me escapa ahora porque he hecho todo lo posible por olvidarlo?

La ciudadela.

Eso es. Y ahora que lo has recordado, no vuelvas a repetirlo en mi presencia. No, Archie, una persona no se hace médico porque lea un libro. Se hace médico porque siente la necesidad de ser médico, y a ti no te hace falta ser médico, tú necesitas ser escritor.

Creía que iba a ser una llamada breve. No te habrás olvidado de tu madre, ¿verdad?

Maldita sea. Claro que me he olvidado. Tengo que colgar, Arch.

Tu padre vuelve dentro de un par de semanas. Nos vemos entonces, ¿vale?

Hecho. Hablaremos en zapateño con sólidos zapatos ingleses y acento irlandés; y pensaremos en cómo conseguir una cámara.

El 19 de diciembre, tres días después de la conversación de Ferguson con Noah, el *New York Times* informó de que soldados estadounidenses habían penetrado en la zona de guerra de Vietnam del Sur y estaban participando en operaciones tácticas con orden de *disparar si eran atacados*. Junto con un envío de cuarenta helicópteros, cuatrocientos soldados entrenados para el combate habían llegado a Vietnam del Sur una semana antes. Más aviones, vehículos terrestres y embarcaciones anfibias iban de camino. En total, había ahora dos mil norteamericanos de uniforme en Vietnam del Sur, *en vez de los 685 miembros del grupo de asesores militares del que se había informado oficialmente*.

Cuatro días después, el 23 de diciembre, el padre de Ferguson se marchó dos semanas de viaje a California, a visitar a sus hermanos y sus familias. Era el primer descanso del trabajo que se tomaba desde hacía años, el último se remontaba a diciembre de 1954, cuando fue con la madre de Ferguson a Miami Beach para pasar diez días de vacaciones de invierno. Esta vez, la madre de Ferguson no fue con él. Tampoco lo acompañó al aeropuerto para despedirse el día que se marchó. Ferguson había oído a su madre hablar mal de sus cuñados bastantes veces para saber que no tenía interés en verlos, pero aun así debía de haber algo más, porque en cuanto su padre se fue, ella empezó a mostrarse más inquieta que nunca, preocupada, taciturna, incapaz, por primera vez que él recordara, de seguir una conversación, y su ensimismamiento era tan profundo que Ferguson se preguntaba si no estaría dándole vueltas a su situación matrimonial, que al parecer había dado un giro definitivo con la marcha en solitario de su padre a Los Ángeles. Puede que ahora la bañera no estuviera sólo fría. Quizá estaba glacial, a punto de congelarse y convertirse en un bloque de hielo.

Tal como había prometido, Noah le envió la copia en papel carbón de su relato, y como ya la había recibido en Maplewood antes de que su padre se marchara a California, Ferguson se la había dado por si podía leerla durante el viaje. Su madre,

por supuesto, lo había leído semanas atrás, el sábado siguiente a Acción de Gracias, repantigada en el sofá del salón con los zapatos quitados y fumando medio paquete de Chesterfield mientras avanzaba despacio por las cincuenta y dos páginas mecanografiadas, y después le había dicho que lo encontraba *sencillamente maravilloso, una de las mejores cosas que había leído nunca*, lo que era de esperar, supuso él, porque habría emitido el mismo veredicto si él se hubiera limitado a copiar la lista de la compra del mes pasado haciéndola pasar por un *poema experimental*, pero mucho mejor tener a tu madre de tu parte que no tenerla, sobre todo con un padre que parecía no estar del lado de nadie. Ahora que «Compañeros de suelo y suela» había pasado por las manos de la tía Mildred, el tío Don y Noah, pensó que no había otro remedio que *joderse y echarle valor* (frase que le encantaba por su doble y contradictorio sentido) y enseñárselo a Amy Schneiderman, la única persona de Maplewood en cuya opinión podía confiar, y por tanto a quien más le aterrorizaba dirigirse, porque Amy era todo honradez y podía atizarle algún puñetazo, y con un solo golpe era capaz de aplastarlo.

En ciertos aspectos, aunque no en muchos, Ferguson pensaba en Amy Schneiderman como una versión femenina de Noah Marx. Una versión más atractiva, sin duda, en la medida en que era una chica y no un chico sin músculos y con ojos de chinche, pero tan inteligente como Noah, con una personalidad radiante, fogosa y rebosante de ingenio, y a lo largo de los años Ferguson había llegado a comprender lo mucho que dependía de ellos, como si ambos constituyeran las alas de una mariposa que llevara en la espalda para mantenerse en el aire, él, que tan plúmbeo se sentía a veces, tan pegado a la tierra, y sin embargo, en el caso de la más seductora Amy, la atracción física no era tan acusada como para inocular pensamientos amorosos en la cabeza de Ferguson, y en consecuencia seguía siendo *sólo amiga*, aunque una amiga indispensable, su camarada más importante en la guerra cada vez más extendida contra el aburrimiento y la mediocridad de la vida en las zonas residenciales de las afueras, y qué suerte tenía de que ella, entre toda la gente del mundo, fuese la que ocupara su antigua habitación, un capricho narrativo en la historia de sus respectivas vidas, una especie peculiar de intimidad que ambos daban ya por hecha, porque Amy no sólo respiraba el mismo aire en aquella casa, sino que pasaba la noche durmiendo en la misma cama que él cuando vivía allí, la cama que, al considerarla demasiado pequeña para su habitación en la casa nueva, su madre había regalado a los padres de Amy, no muy sobrados económicamente, antes de que se mudaran. De eso hacía ya más de cinco años, finales de verano de 1956, y aunque Amy tenía que haber empezado quinto grado en septiembre, dos días antes del comienzo de curso se cayó de un caballo en una excursión al parque natural de South Mountain y se rompió la cadera, y para cuando se le curó la fractura ya era mediados de octubre y sus padres decidieron que repitiera cuarto en vez de llevarla a un colegio nuevo con seis semanas de retraso respecto a los demás chicos de su clase. Así fue como Ferguson y ella acabaron juntos en el mismo curso, nacidos con sólo tres meses de diferencia pero destinados a una trayectoria escolar ligeramente distinta, aunque luego intervino la cadera rota y sus trayectorias se hicieron idénticas, empezando con aquel primer año en que fueron compañeros en la clase de cuarto de la señorita Mancini, siguiendo con los dos últimos años en el colegio de enseñanza primaria Jefferson y luego los

tres primeros años del instituto Maplewood; siempre juntos en las mismas clases, siempre compitiendo entre sí, y como no había habido enredos románticos que los separasen con los inevitables malentendidos y resquemores que acompañan a los idilios, siempre amigos.

Al día siguiente de que su padre se marchara a California, el domingo 24 de diciembre, víspera de la festividad que ninguna rama de la familia celebraba, Ferguson llamó a Amy a las diez y media de la mañana y le preguntó si podía pasarse por su casa. Quería darle algo, le dijo, y si no estaba muy ocupada, le gustaría dárselo ahora mismo. No, contestó ella, no estaba ocupada, andaba en pijama sin hacer nada, leyendo el periódico y tratando de no pensar en el trabajo que habían de escribir durante las vacaciones de invierno. De casa de ella a la suya había un paseo de quince minutos, trayecto que había recorrido muchas veces con anterioridad, pero aquella mañana hacía mal tiempo, una temperatura de casi cero grados, caía una llovizna fina, tiempo de nevada sin nevar, pero con niebla, viento y agua, de modo que Ferguson dijo que pediría a su madre que lo llevara en coche. En ese caso, repuso Amy, ¿por qué no se quedaban los dos a almorzar? Jim los había llamado diez minutos antes y seguía en Nueva York con unos amigos, pero habían comprado comida, había suficiente para dar de comer a diez personas hambrientas, y sería una pena desperdiciarla. Un momento, dijo ella, dejando el teléfono y hablando a gritos con sus padres, preguntándoles si Archie y la señora Ferguson podían acercarse a *compartir la zampa* con nosotros (Amy tenía debilidad por las expresiones pintorescas), y veinte segundos después volvió a coger el teléfono y dijo: Está bien. Venid entre las doce y media y la una.

Así pues, el manuscrito de «Compañeros de suelo y suela» acabó finalmente en manos de Amy, y cuando Ferguson se sentó en su antigua habitación con la chica que dormía por la noche en su vieja cama, se pusieron a hablar mientras los adultos preparaban la comida en la cocina, justo debajo de ellos, primero sobre sus actuales dramas amorosos (Ferguson suspirando por una chica llamada Linda Flagg, que lo había rechazado cuando la invitó al cine el viernes, y Amy centrando sus esperanzas en un chico llamado Roger Saslow, que aún no la había llamado pero había insinuado que lo haría, suponiendo que ella hubiera interpretado bien la indirecta), luego sobre Jim, el hermano mayor de Amy, que había sido uno de los puntales del equipo de baloncesto en tercero del instituto Columbia y ahora cursaba primero en el MIT, y lo molesto que estaba, dijo Amy, por lo de Jack Molinas y el escándalo de los marcadores falseados en la universidad, docenas de partidos amañados en las últimas temporadas mediante sobornos a los jugadores por unos cuantos cientos de dólares mientras Molinas y sus compadres de las apuestas se embolsaban pasta a lo grande, decenas de miles a la semana. Todo está amañado en este país, sentenció Amy. Concursos televisivos, partidos de baloncesto, bolsa de valores, elecciones políticas, pero Jim era demasiado puro para entenderlo. Puede que sí, dijo Ferguson, pero Jim era puro únicamente porque veía lo mejor de la gente, lo que era una buena cualidad, en su opinión, una de las cosas que más admiraba en el hermano de Amy, y en cuanto Ferguson pronunció la palabra *admiro* la conversación cambió a otro tema: el trabajo que debían escribir para el concurso del mes de enero en el que participaba todo el colegio. El tema era *El personaje que más admiro*, y todo el mundo tenía que

participar, todos los de séptimo, octavo y noveno, con premios para los tres trabajos mejores en cada uno de los tres cursos. Ferguson preguntó a Amy si ya se había decidido por alguien.

Pues claro que me he decidido. Queda poco tiempo, ya sabes. Tenemos que entregarlo el tres de enero.

No me hagas adivinarlo. Seguro que me equivoco.

Emma Goldman.

Me suena el nombre, pero no sé mucho sobre esa mujer. Casi nada, en realidad.

Yo tampoco, pero mi tío Gil me regaló su autobiografía, y ahora estoy enamorada de ella. Es una de las mujeres más grandes que han existido. *(Breve pausa.)* ¿Y usted, qué, señor Ferguson? ¿Alguna idea?

Jackie Robinson.

Ah, dijo Amy, el jugador de béisbol. Pero no un jugador cualquiera, ¿verdad?

El hombre que cambió Norteamérica.

No es mala elección, Archie. A por ello.

¿Acaso necesito tu permiso?

Por supuesto que sí, bobo.

Se echaron a reír, y luego Amy se puso en pie de un salto y dijo: Venga, vamos abajo. Me muero de hambre.

El martes, Ferguson salió a coger el correo y en el buzón se encontró una carta repartida a mano; sin sello, sin dirección, sólo su nombre escrito en el anverso. El mensaje era sucinto:

Querido Archie:
Te odio.
Un beso, Amy
P. D. Mañana te devolveré el ms. Necesito dar otra vuelta con Hank y Frank antes de dejarlo.

Su padre volvió a Maplewood el 5 de enero. Ferguson esperaba que le dijera algo del relato, aunque sólo fuera una disculpa por no haberlo leído, y como durante los días sucesivos siguió sin decir nada, Ferguson supuso que lo había perdido. Como para entonces Amy le había devuelto el mecanoscrito original, la pérdida de la copia no tenía mucha importancia. Lo que contaba era lo poco que parecía importarle a su padre aquel asunto intrascendente, y como Ferguson resolvió no mencionarle la cuestión si no lo hacía él primero, se convirtió en algo de suma importancia, de una trascendencia que fue creciendo cada vez más a medida que pasaba el tiempo.

3.1

Hubo dolor. Hubo miedo. Hubo confusión. Dos vírgenes desflorándose mutuamente sin la más vaga idea de lo que estaban haciendo, preparados únicamente en el sentido de que Ferguson se las había arreglado para conseguir una caja de condones y de que Amy, en previsión de la sangre que inevitablemente fluiría de su cuerpo, había puesto una toalla de baño marrón oscuro sobre la sábana bajera de su cama; precaución inspirada por la duradera influencia de viejas leyendas que en realidad demostró ser innecesaria. Júbilo para empezar, la extasiada sensación de estar enteramente desnudos uno frente a otro por primera vez desde el momento ya olvidado en que retozaron sobre el colchón cuando eran pequeños, la ocasión de tocar cada centímetro del cuerpo del otro, el delirio de la piel desnuda apretándose contra otra piel desnuda, y una vez que estuvieron plenamente excitados, la dificultad de dar el siguiente paso, la ansiedad de penetrar en otra persona por primera vez, de ser penetrada por otra persona por primera vez, Amy tensándose en aquellos primeros instantes por el acuciante dolor, Ferguson sintiéndose muy mal por causarlo y por tanto aflojando la marcha hasta acabar retirándose, después de lo cual hubo un tiempo muerto de tres minutos hasta que Amy lo agarró con firmeza y le ordenó que empezara de nuevo, diciéndole: Sólo hazlo, Archie, no te preocupes por mí, sólo hazlo, así que Ferguson lo hizo, sabiendo que no podía dejar de preocuparse por ella pero también consciente de que había que cruzar la línea, de que aquél era el momento que se les había otorgado, y pese a las magulladuras interiores que debían darle la sensación de que la estaban desgarrando, Amy se rio cuando todo terminó, lanzó una de sus grandes carcajadas y dijo: *Soy tan feliz, que podría morirme ahora mismo*.

Qué extraño fin de semana fue aquél, que pasaron sentados en el sofá sin salir para nada del piso, viendo cómo juraba Johnson el cargo de nuevo presidente, viendo cómo se llevaban a Oswald a la cárcel con su ensangrentada camiseta mientras protestaba ante las cámaras afirmando que él no era más que *un chivo expiatorio*, expresión que Ferguson siempre asociaría con el joven frágil que mató o no mató a Kennedy en solitario, viendo un breve descanso de las noticias cuando una orquesta interpretó el canto fúnebre de la sinfonía *Heroica* de Beethoven, viendo el cortejo fúnebre por las calles de Washington el domingo, Amy con un nudo en la garganta ante el espectáculo del caballo sin jinete, y viendo cómo Jack Ruby se introducía en la comisaría de policía de Dallas y disparaba a Oswald en el estómago. *Ciudad irreal*. El verso de Eliot restallando una y otra vez en la cabeza de Ferguson en aquellos tres días mientras Amy y él iban dando cuenta de la comida en la cocina, huevos, chuletas de cordero, tajadas de pavo, paquetes de queso, latas de atún, galletas y cajas de cereales para el desayuno, Amy fumando más que nunca y Ferguson fumando con ella por primera vez desde que se conocían, los dos sentados en el sofá uno junto a otro y apagando los Lucky al unísono para abrazarse y besarse, incapaces de no cometer el sacrilegio de besarse en momento tan solemne, de no levantarse del sofá cada tres o cuatro horas para hacer otra visita a la alcoba, liberarse de la ropa y

meterse de nuevo en la cama, ambos doloridos ya, no sólo Amy sino Ferguson también, pero no podían parar, el placer siempre era más intenso que el dolor, y pese a lo deprimente que resultaba estar allí en un fin de semana tan espantoso, fue el más grande, el más importante fin de semana de sus jóvenes vidas.

La pena fue que no se les presentó otra oportunidad en los dos meses siguientes. Ferguson continuó yendo todos los sábados a Nueva York, pero el piso de Amy nunca estaba vacío el tiempo suficiente para volver a la alcoba. Su padre o su madre siempre andaban por allí, a veces los dos, y sin ningún otro sitio adonde ir, la única solución era que los Schneiderman se marcharan otra vez de la ciudad; cosa que no hicieron. Por eso aceptó Ferguson la invitación de su prima para ir a esquiar a Vermont a finales de enero. No es que tuviera algún interés en el esquí, que había probado una vez y no sentía deseos de repetir, pero cuando Francie le dijo que el único sitio que habían podido alquilar para el fin de semana era un viejo caserón de cinco habitaciones lleno de recovecos, Ferguson pensó que podría haber cierta esperanza. Sitio de sobra, dijo Francie, lo que explicaba por qué había pensado en llamarlo, y si quería llevar con él a alguna de sus amistades, también habría sitio para esa persona. ¿Se cuentan las novias como amistades?, preguntó Ferguson. ¡Pues claro que sí!, repuso Francie, y por el modo en que contestó a su pregunta, por el espontáneo entusiasmo de aquel resonante *pues claro*, Ferguson supuso naturalmente que había entendido que Amy y él eran pareja y querían dormir en la misma habitación, porque después de todo Francie se había casado a los dieciocho años, con sólo un año más que Amy ahora, y si alguien sabía algo sobre la pasión frustrada de los adolescentes, tenía que ser su prima de veintisiete años, que había sido su prima favorita desde que estaba en pañales. Amy dudaba sobre la optimista interpretación de Ferguson del *pues claro* de Francie, consciente de lo mucho que se habían apartado de las normas reconocidas en materia de comportamiento sexual, que no sólo prohibían el coito entre adolescentes solteros sino que lo consideraban un verdadero escándalo, pero aun así, dijo ella, nunca había estado en Vermont, nunca se había puesto unos esquíes, ¿y qué podía ser mejor que *un fin de semana en la nieve con Archie*? En cuanto al otro asunto, tendrían que ver quién estaba en lo cierto y quién equivocado, y si resultaba que ella tenía razón, nada les impediría alguna escapada a altas horas de la noche a otra habitación para darse un discreto revolcón en cama ajena. Salieron un frío viernes por la tarde. Amy y Ferguson se apretujaron en el reducido espacio de una ranchera azul con Francie, su marido, Gary, y los dos niños Hollander, Rosa, de seis años, y David, de cuatro, y para los mayores fue una suerte que los pequeños durmieran durante las casi cinco horas que tardaron en llegar a Stowe.

Francie había puesto a su hija el nombre de la madre de Ferguson, aunque no era del todo idéntico. El mandamiento de no poner a los niños nombres de padres, abuelos y parientes vivos era una ley que cumplían hasta los judíos no practicantes, lo que explicaba la letra de diferencia entre Rose y Rosa, una sutil argucia que el abogado Gary había utilizado para desarmar a los tradicionalistas de la familia, y sin embargo ahí estaba aquel nombre para que todo el mundo lo viese, Rosa en honor de Rose, y con ese gesto Francie y Gary decían al mundo que habían vuelto la espalda a Arnold Ferguson por haber roto la familia con el delito cometido contra su hermano,

y en lo sucesivo su lealtad cambiaba hacia ese hermano, hacia Stanley, la víctima, y su mujer, Rose, a quien Francie quería desde el momento en que puso los ojos en ella de pequeña. No fue fácil para Francie dar ese paso, repudiar a su padre mientras seguía tan unida a su madre, a su hermano y a su hermana, pero el desprecio de Gary hacia su suegro era tan fuerte, tan absoluta su repugnancia ante la falsedad y flaqueza moral de aquel hombre, que Francie no tuvo más remedio que secundar a su marido. Ya llevaban dos años casados cuando se produjo el robo, vivían al noroeste de Massachusetts mientras Gary terminaba su tesina en Williams, uno de los tres «benjamines casados» de su clase, y Francie, con veinte años, ya estaba embarazada de su primera hija, que nació unos meses después de que la implicación de su padre en el robo del almacén saliera a la luz. El resto de la familia ya se había trasladado a California para entonces, no sólo sus padres sino también la dócil y joven Ruth, que acababa de terminar el instituto y se había matriculado en un curso de secretariado en Los Ángeles, e incluso Jack, que abandonó los estudios en el último año de Rutgers para irse con ellos, decisión que Francie y Gary le desaconsejaron insistentemente, lo que indujo a Jack a mandarlos *a tomar por culo*, y para cuando nació Rosa, sólo la madre y la hermana de Francie hicieron el viaje al este para coger a la niña en brazos. Jack dijo que estaba demasiado ocupado para ir, y al ignominioso Arnold Ferguson le era imposible acudir, porque jamás podría volver al este.

Francie había sufrido, entonces, ni más ni menos que cualquiera de la familia, quizá, pero cada cual había padecido a su manera, y por lo que Ferguson había observado, el sufrimiento había hecho de Francie una persona más tranquila, menos pletórica de lo que fue una vez, una versión más apagada de su antigua personalidad. Por otro lado, se iba haciendo mayor, ya había superado el punto que a Ferguson le gustaba calificar de *adulto plenamente desarrollado*, y aunque su matrimonio parecía marchar bien, no cabía duda de que en ocasiones Gary podía ser pedante y autoritario, cada vez más dado a largos y petulantes monólogos sobre la decadencia y caída de la civilización occidental, especialmente ahora que había pasado los dos últimos años en el bufete de su padre y era un hombre importante y gran abogado y empezaba a ganar dinero como tal, algo que debió afectarla en cierto modo, por no mencionar la maternidad, que afecta a cualquiera, incluso a una madre comprensiva y cariñosa como Francie, que vivía para sus hijos igual que la tía Joan había vivido en su época para los suyos. No, decía Ferguson para sí mientras la ranchera se dirigía al norte surcando la creciente oscuridad, no había que exagerar. Aunque la vida la hubiera zarandeado un poco, Francie continuaba siendo la misma de siempre, la misma prima mágica de su infancia, un tanto renqueante ya, suponía él, a cuestas con el recuerdo de la traición de su padre, pero qué contenta se puso cuando él aceptó la invitación para el fin de semana, y qué generosidad la suya al haber incluido a Amy con aquel sorprendente *¡Pues claro!*, y ahora que iban todos juntos en el coche, Ferguson atrás con los dos niños dormidos y Francie delante entre Gary y Amy, veía el rostro de su prima aún bello en el retrovisor cada vez que los faros de un coche iluminaban a su paso el interior del vehículo, y una de esas veces, más o menos a la mitad del viaje, cuando ella miró atrás y vio que la estaba mirando, se volvió, alargó el brazo izquierdo y le cogió la mano para darle luego un largo y fuerte apretón. ¿Va todo bien?, preguntó. Vas muy callado ahí atrás.

Era cierto que desde hacía una hora no había abierto mucho la boca, pero sólo porque no quería despertar a los niños, y por tanto había dejado vagar su imaginación, que revoloteaba sobre antiguas cuestiones familiares sin escuchar lo que Amy hablaba con Gary en el asiento delantero, el cuerpo mecido por el sordo rumor de los neumáticos bajo sus pies, la borrosa sensación mental que se tiene en un coche mientras circulaban a noventa kilómetros por hora, pero ahora que Francie le había apretado la mano empezó a prestar más atención y dedujo que hablaban de política, sobre todo del magnicidio, ocurrido dos meses antes y que continuaba siendo el tema del que nadie podía dejar de hablar, las obsesivas conversaciones sobre quién y por qué y cómo, porque difícilmente resultaba creíble que Oswald lo hubiera hecho solo, y ya circulaban numerosas teorías diferentes, Castro, la mafia, la CIA e incluso el propio Johnson, el narizotas texano que había sucedido al hombre del futuro, aún una incógnita en lo que a Amy concernía, pero Gary, que se había forjado una rápida opinión, dijo que era un *personaje escurridizo*, un político de la vieja escuela que actuaba furtivamente y no estaba a la altura del cargo, y Amy, aun a sabiendas de que podía tener razón, rebatió sin embargo su argumento aludiendo al discurso que Johnson había pronunciado a principios de mes, el anuncio de la guerra contra la pobreza, que era el mejor discurso presidencial que había oído en la vida, afirmó, y Gary debía reconocer que nadie había dado nunca la cara para decir algo así desde Roosevelt, ni siquiera Kennedy. Ferguson sonrió al oír que Gary le daba la razón, y entonces su mente empezó a divagar de nuevo y empezó a pensar en Amy, la sorprendente Amy, que tanto éxito estaba teniendo con los Hollander, que se los había ganado desde el primer apretón de manos, el primer hola, igual que lo había conquistado a él en la barbacoa del Día del Trabajo, y ahora que se aproximaban a la frontera de Vermont, sólo podía rezar para que todo sucediera como habían planeado, que no pasara mucho tiempo antes de que los dos estuvieran desnudos de nuevo bajo las mantas en una habitación extraña, en una casa desconocida, en algún lugar perdido de Nueva Inglaterra.

La casa era tan grande como decía el anuncio, y el lugar perdido era la cumbre de una colina situada a dieciséis kilómetros de la estación de esquí. Con tres plantas en vez de las dos habituales, su alojamiento de fin de semana se había erigido a principios del siglo XIX, y en aquella estructura de madera llena de corrientes de aire crujía cada tabla del piso. Los crujidos podrían plantear un problema, porque resultó que la interpretación de Amy del *Pues claro* de Francie había sido la correcta, algo que Ferguson se vio obligado a reconocer cuando el grupo de seis personas realizó su primera ronda de inspección por la casa, entendiendo que sus anfitriones nunca habían considerado permitirles que durmieran juntos en la misma habitación, y en consecuencia debían recurrir a su plan alternativo, al que Ferguson se refería como la *solución de la farsa francesa*, las trapisondas nocturnas de puertas que se abren y cierran sobre roñosos goznes, de amantes que avanzan con sigilo por desconocidos corredores en sombra, de cuerpos que se acuestan discretamente en camas donde no deberían estar, y el gimiente entarimado no iba a ayudarlos en sus artimañas. Afortunadamente, Gary y Francie sugirieron que los *niños mayores* se acostaran en dos habitaciones del ático para que los *niños pequeños* durmieran en la misma planta que sus padres, que estarían cerca de ellos en caso de una pesadilla (Rosa) o de

hacerse pis en la cama (David). Eso serviría a sus propósitos, pensó Ferguson. Las tablas del suelo crujirían justo encima de los otros, por supuesto, resonando por el techo del piso de abajo, pero por otro lado, la gente se levantaba de la cama en plena noche para dirigirse al baño a trompicones, y en un viejo caserón como aquél ¿quién podía evitar que el suelo hiciera su efecto sonoro de película de terror? Con un poco de suerte, les podría salir bien. Y si la suerte no los acompañaba, ¿qué era lo peor que podría pasarles? No mucho, dijo Ferguson para sí, quizá nada en absoluto.

Al principio, todo fue bien durante un rato. Habían acordado el encuentro para las once y media, noventa minutos después de que los cansados padres hubieran acostado y dado las buenas noches a los niños, y a la hora señalada todo estaba en silencio en la casa salvo por alguna azarosa ráfaga de viento que soplaba entre las grietas de las paredes y agitaba la veleta sobre sus cabezas. Plantando los pies descalzos en el suelo, Ferguson se levantó del catre metálico y acometió la lenta travesía hacia la habitación de Amy, andando cautelosamente de puntillas sobre las tablas sueltas, deteniéndose a cada crujido emitido por la madera, contando luego hasta cinco antes de arriesgarse a dar el siguiente paso. Había dejado la puerta abierta para no tener que girar el pomo, lo que eliminaba el riesgo de un súbito y fuerte ruido del pestillo, y aunque los goznes estaban efectivamente algo oxidados, resultaron ser más silenciosos que el viento. Después el pasillo, con los catorce pasos adicionales que requería esa fase del trayecto, y seguidamente el suave empujón a la puerta de Amy, que tampoco estaba cerrada, hasta que al fin entró.

La cama era sumamente estrecha, pero Amy estaba desnuda bajo las sábanas, y una vez que se quitó los calzoncillos y se tendió a su lado, Ferguson también estaba desnudo, y entonces se sintió tan a gusto con todo, en tan perfecta armonía con la sensación que había imaginado, que por una vez en su vida lo real y lo evocado eran idénticos, una y la misma cosa por entero y como nunca antes, lo que debía convertir aquel momento en el más feliz de su vida, supuso, porque Ferguson no era de los que suscribían el principio de que deseo cumplido equivalía a deseo desencantado, al menos no en este caso, en el que desear a Amy ya no era válido si no la poseía, nada valía si ella no lo deseaba a él, y el milagro consistía en que Amy sí lo deseaba y por tanto deseo satisfecho equivalía a deseo satisfecho, la ocasión de pasar unos momentos en el reino efímero de la gracia terrenal.

Habían aprendido mucho durante el tumultuoso fin de semana de dos meses atrás, a ciegas al principio porque sabían poquísimo sobre casi todo, pero gradualmente fueron adquiriendo ciertas nociones sobre lo que intentaban hacer, no un conocimiento avanzado, quizá, pero sí los rudimentos de cómo funcionaba el cuerpo del otro, porque sin esa comprensión no podría haber placer verdadero, en particular para Amy, que tenía que enseñar al ignorante Ferguson las diversas formas en que las mujeres eran diferentes de los hombres, y ahora que Ferguson le estaba cogiendo el tranquillo, se sentía más tranquilo y más seguro que en Nueva York, lo que hizo que esta vez fuese mejor, y tanto lo fue, que al cabo de unos minutos en la absoluta oscuridad de aquella habitación de Vermont dejaron de pensar en dónde estaban.

La cama se componía de un viejo somier metálico y un delgado colchón colocado sobre las dos docenas de muelles en espiral, y, al igual que el suelo de

madera que la soportaba, crujía. Crujía bajo el peso de un solo cuerpo, pero cuando los dos cuerpos empezaron a moverse juntos sobre aquel colchón, retumbaba. El ruido recordaba a Ferguson el de una locomotora de vapor lanzada a ciento veinte kilómetros por hora, mientras que Amy lo encontraba similar al de una prensa produciendo como rosquillas medio millón de ejemplares de la edición matinal de un periódico sensacionalista. En cualquier caso, el ruido era demasiado fuerte para la delicada farsa francesa que habían escrito en su imaginación, y una vez que empezaron a oírlo, en su cabeza ya no había nada sino ruido, el infernal chirrido de su frenético acoplamiento, pero ¿cómo iban a detenerse cuando se encontraban al borde mismo, a punto de caer al precipicio del deseo satisfecho? No podían, y por tanto siguieron hasta que ambos se despeñaron hacia el abismo, y cuando la locomotora dejó de moverse y pudieron oír algo distinto de aquel ruido, oyeron otros sonidos procedentes del piso de abajo, los gimoteos de un niño asustado, con miedo, sin duda el pequeño David, a quien había sacado del sueño el jaleo que ellos armaban arriba, y un momento después oyeron ruido de pasos, sin duda Francie, la madre Francie yendo a confortar a su hijo mientras el padre Gary seguía roncando, y en ese punto el horrorizado y avergonzado Ferguson se levantó de un salto de la cama de Amy y volvió correteando a su cuarto, dando pie a que el telón cayera pesadamente sobre su espectáculo de Grand Boulevard.

A las siete y media de la mañana siguiente, Ferguson entró en la cocina y encontró a Rosa y David sentados a la mesa, golpeando el tablero con cuchillos y tenedores y gritando al unísono: *¡Queremos tortitas! ¡Queremos tortitas!* Gary estaba sentado frente a ellos, tomando tranquilamente una taza de café y fumando su primer Parliament del día. Francie, de pie frente al fogón, lanzó a su primo una mirada de irritación y volvió a la tarea de preparar huevos revueltos. Amy no andaba por allí, lo que probablemente significaba que seguía durmiendo en su angosta cama de la planta alta.

Gary dejó el café sobre la mesa y dijo: Ayer les prometimos tortitas, pero se nos olvidó traer los ingredientes para hacerlas. Como ves, la idea de los huevos revueltos no los entusiasma.

La pelirroja Rosa y el rubio David continuaron golpeando la mesa con cuchillos y tenedores, acompasando los golpes al son de su salmodia favorita: *¡Que-re-mos tor-ti-tas!*

Debe de haber alguna tienda por aquí cerca, sugirió Ferguson.

Al final de la cuesta, y luego cinco o seis kilómetros a la izquierda, contestó Gary, soltando una gran bocanada de humo que parecía indicar su renuencia a coger el coche.

Iré yo, dijo Francie, mientras pasaba los huevos ya hechos de la sartén a un enorme cuenco blanco. Archie me acompaña, ¿verdad, Archie?

Lo que tú digas, contestó Ferguson, un tanto sorprendido por la vehemencia de la pregunta de Francie, que no parecía tanto una pregunta como una orden. Estaba enfadada con él. Primero la mirada hostil cuando entró en la cocina y ahora el tono agresivo de su voz, lo que sólo podía significar que seguía pensando en el alboroto nocturno en el ático, la puñetera cama en plan locomotora que había despertado de golpe al pequeño en el segundo piso, una infracción imperdonable que esperaba que

Francie hubiera olvidado discretamente, y aunque sabía que debía disculparse con ella en aquel mismo momento, Ferguson se sentía demasiado avergonzado para decir una palabra. Salir a comprar sirope de arce y el preparado para hacer tortitas no tenía nada que ver con apaciguar a los niños. Era la excusa que se le había presentado a Francie, pero el verdadero motivo era quedarse a solas con él durante un rato para regañarle, para hablar seriamente con él.

Entretanto, los niños batían palmas y gritaban entusiasmados, celebrando su victoria lanzando besos a su valiente madre, que estaba a punto de desafiar por ellos el frío y la nieve. Gary, que parecía ajeno a lo que ocurría, o al menos indiferente, apagó el cigarrillo y atacó los huevos revueltos. Después de dar un bocado, volvió a hincar el tenedor y se lo tendió a David, que se inclinó hacia delante y se lo llevó a la boca. Luego otro tenedor lleno para Rosa, seguido de otro para él. Está muy bueno, dijo, ¿no os parece? Qué rico, dijo Rosa. ¡Rico para el chico!, dijo David, riéndose de su propia gracia y abriendo la boca para dar otro bocado. Contemplando la escena mientras se hacía la lazada en las botas y se ponía el chaquetón, Ferguson pensó en dos polluelos a la hora de comer. Gusanos o huevos revueltos, dijo para sí, el hambre era la misma hambre, y las bocas abiertas las mismas bocas, abiertas y tendidas al máximo. Tortitas, sí, pero primero un poco de cualquier cosa para empezar bien la mañana.

Afuera había pájaros de verdad, un gorrión con motas de color castaño, un cardenal hembra verde oliva con una cresta de un apagado rojo escarlata, un mirlo de alas encarnadas —súbitas manchas de color surcando como flechas el cielo lechoso, retazos de animada vida en la austera mañana de invierno—, y mientras Ferguson y su prima cruzaban el jardín cubierto de nieve y subían a la ranchera azul, le pareció una pena que el fin de semana estuviera a punto de estropearse por una discusión sin sentido. Francie y él nunca habían discutido en todos los años que se conocían, jamás habían intercambiado una palabra desagradable, su devoción mutua había sido constante y firme, ella era la única amistad profunda que había establecido con aquella rama de su familia, el fracturado clan de los chiflados y destructivos Ferguson, sólo Francie y él entre todos los primos y hermanos y tíos habían sido capaces de evitar las estúpidas animosidades, y le dolía pensar que ahora Francie pudiera volverse contra él.

Era una mañana fría, pero no tanto para aquella época del año, cuatro o cinco décimas por debajo de cero grados, y el motor arrancó nada más girar la llave. Mientras esperaban a que se calentara el coche, Ferguson preguntó si prefería que condujera él. No le darían el carné hasta que cumpliera los diecisiete, dentro de seis semanas o así, pero contaba con el permiso para aprender a conducir, y como ella tenía carné y lo acompañaba en el coche, cambiarse de sitio sería perfectamente válido. Ferguson añadió que era buen conductor, y que desde hacía meses sus padres le permitían hacer de chófer cuando iba a alguna parte con ellos, con uno o con los dos a la vez, y ni su padre ni su madre se habían quejado nunca de los resultados. Francie esbozó una apretada sonrisa y dijo que estaba segura de que era un conductor excelente, probablemente mejor que ella, pero ahora estaba ella al volante, a punto de ponerse en marcha, y conducir cuesta abajo podía ser un tanto peliagudo para alguien que nunca había conducido por un carril de tierra, así que conduciría ella, gracias, y

cuando llegaran a la tienda y compraran lo que necesitaban, a lo mejor cambiaban de sitio para hacer el trayecto de vuelta a casa.

Ocurrió que no hubo trayecto de vuelta a casa. No volvieron de la Miller's General Store porque no consiguieron llegar a la tienda, y aquella mañana, en la que Ferguson siempre pensaría como *la mañana de todas las mañanas*, ambos primos pagaron un precio por aquel interrumpido viaje a las montañas de Vermont, sobre todo Ferguson, que siguió pagándolo durante mucho tiempo en el futuro, y aunque nadie lo consideró responsable del accidente (¿cómo podría ser responsable si no conducía el coche?), se culpaba sin embargo de que Francie desviara la vista de la carretera, porque si no se hubiera vuelto para mirarlo, no habría patinado en el hielo para acabar estrellándose contra el árbol.

El caso era que no le convenía verse arrastrado a aquella discusión. Francie tenía todo el derecho a estar molesta, y decidió que lo mejor sería hablar lo menos posible, asentir con la cabeza y mostrarse de acuerdo con los severos juicios que emitiera contra él, resistir la tentación de defenderse. Deja que se enfade, dijo para sus adentros, y mientras pudiera evitar que le contagiara el enfado, quizá la confrontación fuese breve, de poca intensidad y pronto olvidada.

O eso pensaba Ferguson. Su error consistió en suponer que la cuestión central era el ruido, la indiscreción que suponía y el egoísmo mostrado en imponérselo a los demás, pero el ruido sólo era una parte, la menos importante, y una vez que comprendió que la ofensiva era mucho más amplia de lo que había imaginado, bajó la guardia, y cuando Francie arremetió contra él, Ferguson, a su vez, la emprendió con ella.

Francie llevó el coche por la cuesta de kilómetro y medio sin problema alguno, pero cuando llegó a terreno llano y se detuvo, torció a la derecha en vez de a la izquierda, y como Gary había dicho que la tienda quedaba a la izquierda, Ferguson se lo recordó pero ella se limitó a tamborilear con los dedos en el volante y dijo que no se preocupara, que Gary carecía de todo sentido de la orientación, siempre andaba confundiendo las cosas, y si decía que debían girar a la izquierda, eso significaba que tenían que ir a la derecha. Resultaba gracioso que dijera aquello, pensó Ferguson, pero las palabras no tenían un tono gracioso cuando salieron de los labios de Francie, sonaban amargas y ligeramente desdeñosas, como si su prima estuviera enfadada con Gary por algo, o enfadada con alguien por otra cosa, con su hermano Jack, por ejemplo, que ahora rara vez se ponía en contacto con ella, o con su insoportable padre, que acababa de perder otro trabajo y se encontraba de nuevo en el paro, o quizá con los tres hombres a la vez, lo que habría hecho de Ferguson el cuarto hombre con quien estaba de malas aquella mañana, y el hecho de que efectivamente se hubiera equivocado al girar y estuviera alejándose de la tienda cada vez más no contribuyó a suavizar su estado de ánimo cuando descubrió su error, lo que supuso que la segunda mitad del interrumpido viaje transcurriese entre una serie de sinuosas carreteras secundarias en busca de la carretera del condado que habían dejado atrás, y al calor del mal genio y la frustración que se apoderó de su prima carnal, normalmente tan poco agresiva, Francie acometió finalmente el asunto que los había sacado de casa y empezó a cantarle las cuarenta.

Qué pena, le dijo, qué triste y decepcionante era descubrir que su querido niño

se hubiera convertido en un pícaro embustero, que no fuese más que otro miserable en una larga serie de miserables, y cómo se atrevía a *utilizarla* de aquel modo, arrastrando a su novia hasta Vermont sólo para *tirársela* a espaldas de todo el mundo, era repugnante, dos críos cachondos, encantadores durante el viaje de ida para luego andar a escondidas en la buhardilla por la noche y ponerse a follar justo encima de *dos niños pequeños*, y cómo podía hacerle eso a ella, a ella que lo quería desde el día en que nació, que lo había bañado y cuidado y lo había visto crecer, y qué iba a decirle a su madre, que le había permitido ir a Vermont porque sabía que con su prima no le ocurriría nada, había en todo aquello una cuestión de confianza, y cómo podía él romper esa confianza bajo su propio techo, un adolescente descontrolado que ni siquiera era capaz de guardársela en el pantalón una sola noche, y lo cierto era que no lo quería más allí, esta tarde los pondría a él y a la guarra de su novia en el autobús, los mandaría de vuelta a Nueva York y adiós muy buenas a los dos...

Eso fue el principio. Cinco minutos después seguía hablando, y cuando Ferguson finalmente le dijo que cerrara la boca y parase el coche, gritando que ya tenía suficiente y que volvería andando a la casa a recoger sus cosas, Francie se volvió hacia él y, con un destello de locura en la mirada, le dijo: No seas ridículo, Archie, te morirás congelado ahí fuera, y eso lo convenció de que algo le pasaba, de que se le iba la cabeza, de que estaba a punto de darle un ataque de nervios, y como se quedó mirándolo como si ya no recordara lo que acababa de decirle, Ferguson le dirigió una sonrisa, y cuando ella se la devolvió, él se dio cuenta de que había dejado de mirar a la carretera, y un momento después el coche se estrelló contra el árbol.

Nada de cinturones de seguridad, no existían en 1964, y en consecuencia ambos resultaron heridos en el accidente aunque el coche fuese a una velocidad moderada, entre cincuenta y sesenta kilómetros por hora. Francie: conmoción cerebral, fractura de la clavícula izquierda causada por el impacto cuando se vio lanzada hacia delante contra el volante, y una vez que le dieron el alta del hospital de Vermont, trasladada a un hospital de Nueva Jersey para recobrarse de una crisis nerviosa, según el diagnóstico que los médicos comunicaron a Gary. Ferguson: pérdida de conocimiento y cortes en la cabeza, brazos y mano izquierda, lo primero que atravesó el parabrisas, y aunque no hubo huesos rotos (por chiripa, algo increíble que tuvo perplejo al personal e inspiró a unas enfermeras para denominarlo *milagro médico*), el cristal del parabrisas le cercenó dos dedos de la mano izquierda, las dos articulaciones del pulgar y las dos primeras del índice, y como los dedos habían quedado enterrados en la nieve y no podrían recuperarse hasta la primavera, Ferguson estaba destinado a ser durante el resto de su vida un hombre con ocho dedos.

Lo llevó muy mal. Sabía que debía dar gracias por no haber muerto, pero su supervivencia era un hecho, algo que ya no podía discutirse, y la cuestión que se le planteaba ya no era tanto una pregunta como un grito de desesperación: ¿qué le iba a pasar? Había quedado deforme, y cuando le quitaron los vendajes y le mostraron su mano, con el aspecto que siempre tendría en lo sucesivo, se le revolvió el estómago. Aquella mano no era la suya. Pertenecía a otro, y mientras observaba los cosidos y alisados pliegues que antes habían sido sus dedos pulgar e índice, sintió ganas de vomitar y apartó la cabeza. Qué cosa tan desagradable, tan horrible..., *la mano de un*

monstruo. Se había incorporado a la brigada de los condenados, dijo para sus adentros, y de ahora en adelante lo mirarían como a una de esas personas lisiadas, deformes, que ya no contaban como miembros hechos y derechos de la raza humana. Y luego, para acrecentar el tormento de aquellas insidiosas humillaciones, vendría el padecimiento de aprender de nuevo centenares de cosas que ya dominaba cuando era pequeño, la multitud de manipulaciones que una persona con dos pulgares realizaba inconscientemente todos los días, atarse los zapatos, abotonarse la camisa, cortar la carne, usar la máquina de escribir, y hasta que esas tareas volvieran a resultarle automáticas, cosa que le llevaría meses, si no años, recordaría continuamente lo bajo que había caído. No, Ferguson no había muerto, pero en los días posteriores al accidente otras palabras que contenían la letra eme se pegaban a él como un tropel de niños hambrientos, y encontró imposible liberarse del influjo de aquellas emociones: desmoralizado, deprimido, mustio, desanimado, apesadumbrado, amargado, pasmado, abrumado, atormentado, amilanado, melancólico, maniaco, amputado.

Su mayor miedo era que Amy dejara de quererlo. No porque ella así lo pretendiera, ni tampoco porque no tuviese claros sus propios sentimientos, sino porque cómo podría gustarle a nadie que lo tocara aquella mano lisiada y desfigurada, revolvería las tripas a cualquiera, aniquilaría todo deseo, y poco a poco la repulsión se iría acrecentando en Amy hasta que empezara a retroceder en su presencia y acabara abandonándolo, y si la perdía no sólo se le partiría el corazón, sino que su vida quedaría destrozada para siempre, porque ¿qué mujer en su sano juicio podría sentir atracción por un hombre como él, una criatura lastimosa, mutilada, que andaba por ahí con una garra sobresaliendo del brazo izquierdo en vez de una mano normal? Pena insondable, soledad inmensa, decepción infinita —ése sería su destino—, y aunque Amy permaneció a su lado en el hospital durante todo el fin de semana y luego hizo novillos en el instituto el lunes, martes y miércoles para estar con él y decirle, mientras le pasaba la mano por las mejillas, que todo seguiría exactamente igual que antes, que la pérdida de dos dedos era un golpe horrible pero no el fin del mundo, que millones de personas vivían mucho peor y seguían adelante valerosamente y sin pensarlo dos veces, Ferguson, sin dejar de escucharla y contemplar su semblante, se preguntaba si no estaría frente a una aparición, un sucedáneo de Amy que cumplía las formalidades de la Amy real, y si no desaparecería mientras cerraba los ojos y volvía a abrirlos un par de segundos después.

Sus padres también habían venido de Montclair para estar a su lado, y fueron maravillosamente amables con él, lo mismo que Amy, igual que los médicos y enfermeras, y sin embargo cómo podía saber cualquiera de ellos lo que estaba sintiendo, cómo podrían comprender que al contrario de lo que le repetían una y otra vez, aquello era efectivamente *el fin del mundo*, al menos de la pequeña parte del mundo que le había pertenecido, y cómo podía descubrirles la devastación que sentía cada vez que pensaba en el béisbol, *el juego más tonto jamás inventado*, según Anne-Marie Dumartin, ya desaparecida tiempo atrás, y con qué ilusión había esperado los primeros entrenamientos en sala del equipo del instituto, que estaban previstos para mediados de febrero, y ahora esa parte de su mundo que era el béisbol también se había acabado, porque jamás volvería a coger un bate con esos dedos faltándole de la

mano izquierda, no de la forma necesaria para hacer un *swing* potente, y cómo podría controlar con sólo tres dedos un guante diseñado para cinco, lo dejarían a un lado por mediocre si se empeñaba en jugar con aquel impedimento físico, y eso sería inaceptable para él, especialmente ahora, cuando se estaba preparando para la temporada de su vida, la temporada del trofeo Conferencia de todo el condado, de todo el estado, causando tal revuelo que los ojeadores profesionales empezarían a fijarse en el genio de tercera base con un promedio de bateo de .400, lo que acabaría con un posible fichaje en un club de las ligas mayores convirtiéndolo así en el primer beisbolista poeta en los anales del deporte norteamericano, ganador tanto del Pulitzer como del premio al Jugador más Valioso, y como nunca se había atrevido a confesar a nadie esa ensoñación fantástica, no podía hacerlo ahora, cuando se le saltaban las lágrimas cada vez que pensaba en el regreso a Montclair y le dijera a su entrenador que ya no podía jugar en el equipo, enseñándole su deprimente mano izquierda para demostrar por qué se había acabado su carrera, momento en el cual el seco y lacónico Sal Martino asentiría con la cabeza para expresar cuánto lo sentía, murmurando unas breves palabras que le saldrían más o menos así: *Mala suerte, chaval. Te vamos a echar de menos*.

Su padre y Amy se marcharon el jueves por la mañana, pero su madre se quedó con él hasta que le dieron el alta en el hospital, durmiendo en un motel cercano y yendo y viniendo en un pequeño coche de alquiler. Su compasión llegaba a unos extremos que casi eran demasiado para él, los comprensivos ojos maternales que no dejaban de mirarlo y decirle lo profundamente que su padecimiento era el suyo propio, y sin embargo, como ella comprendía lo molesto que estaba porque le mostrara tal inquietud y adoración, Ferguson le agradecía que no hiciera demasiado hincapié en sus lesiones, que no le diera consejos, que no tratara de *levantarle el ánimo*, que no se echara a llorar. Él sabía el horrendo aspecto que ofrecía y lo penoso que debía de resultarle el hecho de mirarlo, no sólo por los puntos de sutura de la mano izquierda, que aún estaba roja, hinchada y en carne viva, sino también por los vendajes que le envolvían los antebrazos, ocultando temporalmente los sesenta y cuatro puntos con que le habían cosido la carne desgarrada, más los extraños trasquilones que le ornaban el cráneo, donde le habían dado otros cuantos puntos en los peores tajos y heridas, pero ninguna de aquellas futuras cicatrices parecía preocuparla, lo único que importaba era que había salido del accidente con el rostro intacto, y según repetía una y otra vez había que *dar gracias a Dios*, la única suerte que había habido en todo aquel desafortunado asunto, y aunque en aquel momento Ferguson no estaba precisamente de humor para dar gracias por su estado, comprendía lo que su madre quería decirle, porque había que tener en cuenta toda una jerarquía de destrucción, y vivir con una mano destrozada era mucho menos horrible que vivir con la cara desfigurada.

Le resultaba difícil reconocer lo mucho que necesitaba a su madre a su lado. Cada vez que se sentaba en la silla junto a su cama, las cosas parecían ir mejor que cuando estaba solo, con frecuencia muchísimo mejor, y sin embargo aún se contenía y no se explayaba con ella, no se atrevía a decirle lo que le asustaba pensar en su desastroso y atrofiado futuro, los largos y desolados años sin amor que lo esperaban, los miedos, tan infantiles y cargados de autocompasión, que habrían parecido

estúpidos de haberlos expuesto en voz alta, de modo que continuó sin decir apenas nada sobre cómo se sentía y su madre no insistía en que se lo dijera. A la larga, probablemente daría lo mismo que se lo explicara o no, porque de todas formas casi tenía la plena seguridad de que ella ya sabía lo que él pensaba, en cierto modo lo había sabido siempre, desde que era pequeño lo sabía, ¿y por qué tendría que ser distinto ahora, cuando ya estaba en el instituto? No obstante, había otras cosas de que hablar aparte de él mismo, sobre todo de Francie y el misterio de su crisis nerviosa, cuestión de la que siguieron hablando durante sus últimos días en Vermont, y ahora que Francie había salido del hospital para ingresar en una clínica de Nueva Jersey, ¿qué iba a pasarle? Su madre no estaba segura. Lo único que sabía era lo que le había contado Gary, y no había por dónde cogerlo, nada estaba claro salvo que desde hacía un tiempo se venían acumulando los problemas. Sufrimiento por su padre, quizá. Dificultades en el matrimonio, quizá. Arrepentimiento por haberse casado tan joven, quizá. O todo eso junto, o cualquier otra cosa. Lo desconcertante era que Francie siempre había dado una impresión de salud y estabilidad. Una joya de gozosa exuberancia, la luz de los ojos de cualquiera. Y ahora esto.

Pobre Francie, dijo su madre. Mi querida niña está enferma. Tiene la familia a cuatro mil quinientos kilómetros de distancia, y no hay nadie que se ocupe de ella. Me toca a mí, Archie. Dentro de un par de días estaremos en casa, y una vez allí, ésa será mi nueva tarea. Hacer lo posible para que Francie se ponga bien.

Ferguson se preguntó si alguien aparte de su madre podría haber hecho una aseveración tan extravagante, pasando deliberadamente por alto la posibilidad de que los psiquiatras pudieran tener alguna función en la recuperación de Francie, como si el cariño y la persistencia del amor fuesen la única cura digna de confianza para un corazón hecho añicos. Era algo tan ingenuo y demencial que no pudo contener la risa, y en cuanto la carcajada emergió de su garganta comprendió que era la primera vez que se reía desde el accidente. Bien hecho, pensó. Y un aplauso también para su madre, pensó, cuya certidumbre bien merecía la risa aun cuando no había estado bien que se riera, porque lo bonito de las palabras de su madre era que las decía en serio, creía con cada partícula de su ser que era lo bastante fuerte para cargar con el mundo a cuestas.

Lo peor de volver a casa fue tener que ir al instituto. El hospital ya había sido bastante tormento, pero al menos allí se sentía protegido, separado de los demás por un muro en el santuario de su habitación, pero ahora tenía que volver a su antiguo mundo y dejar que todos lo vieran, y lo último que deseaba era que lo viesen.

Era febrero, y entre los preparativos de su vuelta al instituto Montclair, su madre le tejió unos guantes especiales, uno normal y otro con tres dedos y medio, con la forma precisa para que encajara en los contornos de su recién disminuida mano izquierda, y qué par de guantes tan confortables, hechos con la más suave cachemira de importación de un inocuo castaño claro, un matiz anodino que no saltaba a la vista ni llamaba la atención como hubiera hecho un color vivo, y por tanto sus guantes casi pasaban inadvertidos. Durante el resto del mes, Ferguson no se los quitó en el interior del instituto, alegando que no tenía más remedio porque eran órdenes del médico: proteger la mano mientras proseguía la curación. Eso ayudaba un poco, igual que el

gorro con pompón que se ponía para ocultar los trasquilones de la cabeza, que también debía llevar fuera y dentro por orden del médico. Cuando volviera a crecerle el pelo y le desaparecieran las calvas, ya no se lo pondría, pero le vino muy bien durante las primeras etapas de su reintegración, igual que le sirvieron las camisas de manga larga y los jerséis que llevaba a clase todos los días, ropa típica de febrero pero también una forma de cubrir las sombrías cicatrices de los antebrazos, aún de un horroroso matiz rojizo, y como lo habían eximido de la clase de gimnasia hasta que el médico dijera que estaba completamente curado, no tenía que desnudarse ni ducharse delante de sus amigotes de undécimo grado, lo que supuso que nadie le viera las cicatrices hasta que palidecieron y se volvieron casi invisibles.

Aquéllas eran algunas de las tretas que Ferguson utilizó para que la dura prueba le resultara más soportable, pero de todas formas fue difícil, no era fácil volver en forma de *mercancía averiada* (como oyó decir a sus espaldas a un antiguo compañero de béisbol), y aunque sus amigos y profesores lo sentían mucho y trataban de no mirar al guante de su mano izquierda, no todo el mundo era amigo suyo en el instituto y los que le tenían antipatía no se mostraban mínimamente consternados al ver que el distante y altanero Ferguson se había llevado su merecido. Era culpa suya que en los últimos meses se hubiera puesto a tanta gente en contra, porque más o menos los había abandonado desde que empezó a salir con Amy, declinando todas las invitaciones para el sábado y desapareciendo del mapa los domingos, con lo que aquel niño tan popular cuyo doble retrato aún presidía el escaparate de Roseland Photo se había convertido en un paria. Casi el único vínculo que mantenía con el instituto era el equipo de béisbol, y ahora que el deporte había desaparecido, él también empezaba a sentirse fuera de lugar. Continuó yendo todos los días, pero cada vez estaba un poco más ausente.

Pese a su distanciamiento, aún le quedaban algunos amigos, gente que seguía apreciando, pero aparte del pánfilo de Bobby George, su camarada de béisbol y antiguo compinche de la *National Geographic*, no había nadie por quien sintiera un afecto profundo, y la razón de que siguiera teniendo cariño a Bobby le había resultado inexplicable... hasta la noche en que volvió de Vermont y Bobby se presentó en su casa para darle la bienvenida, y cuando el joven George vio al joven Ferguson sin guantes, sin gorro y sin jersey, empezó a decir algo y entonces rompió a llorar, y cuando Ferguson vio que su amigo se desmoronaba en aquella espontánea efusión de lágrimas infantiles, comprendió que Bobby lo quería más que cualquier otro en el municipio de Montclair. Sus demás amigos lamentaban lo que le había pasado, pero Bobby fue el único que lloró.

Sólo por Bobby acudió después de clase a uno de los entrenamientos bajo techo para ver los ejercicios entre lanzador y bateador. Le resultaba difícil permanecer en el gimnasio lleno de ecos mientras las bolas aterrizaban y despegaban en guantes y rebotaban por el suelo de madera, pero Bobby empezaría aquella temporada detrás del plato, y había pedido a Ferguson que fuera a ver si su lanzamiento había mejorado desde el año anterior, y, en caso contrario, que le dijera lo que estaba haciendo mal. Sólo a los jugadores se les permitía la entrada en el gimnasio durante las dos horas de entrenamiento, pero aunque Ferguson ya no era miembro del equipo todavía conservaba ciertos privilegios concedidos por el entrenador Martino, cuya reacción a

sus lesiones fue mucho menos reservada de lo que él había imaginado, olvidando contenerse como de costumbre y maldiciendo ruidosamente aquel *cabrón y jodido accidente*, diciendo a Ferguson que era uno de los mejores jugadores que había entrenado y que había esperado grandes cosas de él en sus primeros y últimos años de instituto. Entonces, casi inmediatamente, se puso a hablar de convertirlo en lanzador. Con un brazo como el suyo era posible que lo lograra, dijo el señor Martino, y entonces a nadie le importaría *un carajo* su promedio de bateo ni cuántos *home runs* había bateado. Si ahora era demasiado pronto para empezar, ¿por qué no pensarlo para el próximo curso? Entretanto, en lo que se refería a este curso, podía quedarse en el equipo como una especie de asistente extraoficial del entrenador, bateando con el bate de prácticas en los entrenamientos, dirigiendo a los jugadores en los ejercicios gimnásticos, discutiendo la estrategia en el banquillo con él durante los partidos. Pero sólo si quería, por supuesto, y aunque Ferguson estuvo tentado de tomarle la palabra era consciente de que no podía, sabía que estar en el equipo sin formar parte de él lo mataría, sería como una mascota herida animando a los demás, así que dio las gracias al señor Martino y le dijo cortésmente que no, explicándole que *no estaba preparado*, y el viejo sargento primero de la Segunda Guerra Mundial, que había combatido en la batalla de las Ardenas y pertenecido a la unidad que liberó Dachau, dio a Ferguson unas palmaditas en el hombro y le deseó suerte. Entonces, a modo de conclusión, mientras alargaba el brazo para estrechar por última vez la mano de Ferguson, el entrenador Martino dijo: La única constante en este mundo es la mierda, muchacho. Todos estamos diariamente metidos en ella hasta los tobillos, pero a veces, cuando nos sube a las rodillas o la cintura, tenemos que echarla a un lado y seguir adelante. Tú sigues adelante, Archie, y te respeto por eso, pero si alguna vez cambias de opinión, recuerda que la puerta siempre está abierta.

Las lágrimas de Bobby George y el *siempre abierta* de Sal Martino. Dos buenas cosas en un mundo lleno de cosas negativas, y sí, Ferguson seguía adelante, empezó a avanzar cuando el entrenador y él se despidieron aquel día, y tanto si se encaminaba por la buena o por la mala dirección, lo mejor de aquella segunda cosa buena era que, con independencia de dónde acabara en el futuro, nunca olvidaría las elocuentes palabras del señor Martino sobre la omnipresente y todopoderosa influencia de la mierda.

En general, siguió sin relacionarse mucho hasta finales de invierno, volviendo del instituto directamente a casa todos los días, unas veces yendo en el coche de algún estudiante de último curso, otras haciendo el trayecto de veinte minutos a pie. La casa siempre estaba vacía a aquella hora, y el silencio era lo que más ansiaba después de pasar seis horas y media en el instituto, un silencio amplio, envolvente, que le permitía recuperarse de la dura prueba de ir arrastrándose con guantes y gorro frente a los dos mil alumnos que abarrotaban pasillos y aulas durante toda la jornada, y nada mejor que retirarse de nuevo al interior de sí mismo y desaparecer. Sus padres solían llegar poco después de las seis, lo que le otorgaba unas dos horas y media para holgazanear por su fortaleza desierta, sobre todo por la planta alta, en su habitación con la puerta cerrada, donde podía abrir una rendija por la ventana y fumar un par de los prohibidos cigarrillos de su madre, haciéndole gracia la ironía de que el nuevo informe de la Dirección General de Sanidad sobre los peligros de fumar coincidiera

con su nuevo y creciente interés por los placeres del tabaco, y mientras fumaba los Chesterfield de su madre, que constituían una amenaza de muerte, Ferguson paseaba por la habitación escuchando discos, alternando entre las grandes obras corales (el *Requiem* de Verdi, la *Missa Solemnis* de Beethoven) y las composiciones para solista de Bach (Pau Casals, Glenn Gould), o leyendo libros tumbado en la cama, avanzando entre el reciente paquete de libros de bolsillo enviado por la tía Mildred, la pródiga guía turística de su educación literaria, que acababa de planificar su segunda visita a Francia en los pasados nueve meses, de modo que Ferguson pasaba las últimas horas de la tarde leyendo a Genet *(Diario de un ladrón)*, Gide *(Los falsificadores de moneda)*, Sarraute *(Tropismos)*, Breton *(Nadja)* y Beckett *(Molloy)*, y cuando no escuchaba música ni leía libros, Ferguson se sentía perdido, tan a disgusto consigo mismo que a veces pensaba que iba a estallar en pedazos. Quería volver a escribir poemas, pero era incapaz de concentrarse, y cuando se le ocurría una idea la consideraba inútil. El primer beisbolista poeta ya no podía jugar al béisbol, y de pronto lo que tenía de poeta también agonizaba. *Ayúdame*, escribió un día. *¿Por qué tendría que ayudarte?*, continuaba aquel mensaje para sí mismo. *Porque necesito que me ayudes*, contestaba la primera voz. *Lo siento*, decía la segunda voz. *Lo que hace falta es que dejes de repetir que necesitas ayuda. En vez de eso, ponte a pensar en lo que yo necesito.*

¿Y quién eres tú?

Yo soy tú, por supuesto. ¿Quién crees que soy, si no?

La única constante de este mundo no era la mierda sino las conversaciones nocturnas por teléfono con Amy. La primera pregunta que siempre le hacía era: *¿Qué tal vas, Archie?*, y todas las noches le daba la misma respuesta: *Mejor. Algo mejor que ayer*; lo que en realidad era cierto, no sólo porque su condición física iba mejorando lentamente a medida que pasaba el tiempo sino porque hablar con Amy siempre parecía devolverle algo de su antiguo ser, como si su voz fuera el chasquido de los dedos de un hipnotizador que le ordenara salir del trance y despertar. Nadie más tenía esa influencia sobre él, y mientras transcurrían las semanas y Ferguson continuaba recuperándose, empezó a sospechar que aquello tenía algo que ver con la interpretación que hacía Amy del accidente, distinta a la de todo el mundo, porque se negaba a considerarlo una tragedia, y en consecuencia, entre la gente que quería a Ferguson, ella era la única que no le tenía lástima. En su visión del mundo, las tragedias estaban reservadas a la muerte y a discapacidades irremediables —parálisis, lesión cerebral, desfiguración total—, pero la pérdida de dos dedos no era más que una trivialidad, y teniendo en cuenta que el estrellarse contra un árbol podría haber tenido resultados de muerte o desfiguración total, sólo cabía alegrarse de que Ferguson hubiera sobrevivido al accidente sin consecuencias trágicas. Una pena lo del béisbol, evidentemente, pero era un pequeño precio que pagar por el privilegio de seguir vivo con sólo dos dedos menos, y si ahora le resultaba difícil escribir poemas, entonces que dejara descansar la poesía durante un tiempo y se olvidara, y si resultaba que jamás volvía a escribir un poema, eso querría decir que a fin de cuentas no estaba hecho para escribir poesía.

Empiezas a parecerte al doctor Pangloss, observó Ferguson una noche. Todo ocurre siempre para bien, en el mejor de los mundos posibles.

No, en absoluto, repuso Amy. Pangloss es un optimista estúpido, y yo soy una pesimista inteligente, es decir, una pesimista con ocasionales destellos de optimismo. Casi todo ocurre para mal, pero no siempre, ya ves, nada es nunca para *siempre*, pero yo *siempre* espero lo peor, y cuando lo peor no ocurre me llevo tal alegría que parezco optimista. Podría haberte perdido, Archie, pero no ha sido así. Eso es en lo único que pienso ahora: en lo feliz que soy por no haberte perdido.

Durante las primeras semanas tras su regreso de Vermont, no se sentía con fuerzas para ir los sábados a Nueva York. Ir y volver al instituto de lunes a viernes apenas resultaba factible, pero Manhattan habría sido demasiado para su cuerpo dolorido y remendado, el traqueteante autobús para empezar, pero también la larga ascensión por las escaleras del metro, la muchedumbre chocando contra él en los túneles peatonales, y luego la imposibilidad de pasear con Amy por las heladoras calles durante mucho tiempo seguido, de modo que invirtieron el procedimiento a lo largo de todo febrero y la mitad de marzo, y durante cinco sábados seguidos Amy se desplazó a Montclair para verlo. La nueva situación carecía de alicientes externos, pero también poseía varias ventajas sobre el antiguo hábito de deambular por librerías y museos, de sentarse en cafeterías, de ir al cine, al teatro y a fiestas, y la primera ventaja era que los padres de Ferguson trabajaban los sábados, con lo cual la casa estaba vacía, y como no había nadie subían a su habitación, cerraban la puerta y se echaban en la cama sin miedo a que descubrieran lo que estaban haciendo. Pero a pesar de todo persistía cierto temor, al menos para Ferguson, convencido de que Amy ya no quería nada de él, y la primera vez que fueron a su habitación en la casa de Montclair, su miedo no fue menor que el de la primera vez que estuvieron en el cuarto de Amy en el piso de Nueva York, pero una vez que se acostaron y empezaron a desnudarse, Amy lo sorprendió cogiéndole la mano lisiada y besándola, despacio, veinte o treinta veces seguidas, y después puso los labios sobre su vendado antebrazo izquierdo y lo besó una docena de veces, y luego atrajo a Ferguson contra su pecho y empezó a besarle los pequeños vendajes de la cabeza, uno por uno, seis veces cada uno, siete, ocho veces. Cuando le preguntó por qué lo hacía, Amy dijo que eran las partes de su cuerpo que más quería ahora. ¿Cómo podía decir eso?, replicó él, eran repugnantes, ¿y cómo podía alguien querer lo que daba repugnancia? Porque, contestó Amy, aquellas heridas eran un recuerdo de lo que le había pasado a él, y como estaba vivo, como ahora estaba con ella, lo que le había pasado era también lo que no le había pasado, lo que significaba que las marcas de su cuerpo eran señales de vida, y debido a eso no resultaban repugnantes, sino hermosas. Ferguson se echó a reír. A punto de decir: *¡Pangloss al rescate de nuevo!*, no dijo nada, y mirando a Amy a los ojos se preguntó si estaría diciendo la verdad. ¿Era posible que creyera lo que acababa de decir, o sólo lo pretendía para animarlo? Y si ella no lo creía, ¿cómo podría creerla él? Porque no tenía más remedio, decidió, porque creerla era su único recurso, y la verdad, la presuntamente todopoderosa verdad, perdió toda su importancia cuando consideró lo que el hecho de no creerla habría supuesto para los dos.

Relaciones sexuales durante cinco sábados seguidos, acostados a primera hora de la tarde mientras la tenue luz de febrero, atrapada en las cortinas, se escapaba por los bordes hasta envolver sus cuerpos, y luego el placer de verla vestirse, consciente

de su piel desnuda bajo aquellas prendas, con lo que en cierto modo prolongaba la intimidad sexual incluso cuando no practicaban el coito, el cuerpo que él llevaba en la retina mientras bajaban las escaleras para prepararse algo de almuerzo, escuchar música, ver alguna película antigua en la televisión, dar un corto paseo por el barrio o leer en voz alta algo de los *Cuadros de Brueghel* de William Carlos Williams, su recientemente proclamado favorito, que había destronado a Eliot después de una sangrienta escaramuza con Wallace Stevens.

Relaciones sexuales durante cinco sábados seguidos, pero también la ocasión de hablar otra vez cara a cara después de las conversaciones por conferencia telefónica durante la semana escolar, y en tres de aquellos sábados Amy estaba aún en casa cuando sus padres volvieron de trabajar, con lo que tres veces acabaron cenando los cuatro juntos en la cocina, su madre más contenta con Amy que con aquella *belga borracha* y su padre divertido por su locuacidad y observaciones poco convencionales, como cuando, por citar un ejemplo de últimos de febrero, el mes en que los Beatles conquistaban Estados Unidos y Cassius Clay derrotaba a Sonny Liston, los dos grandes temas sobre los que giraban las conversaciones de todo el mundo, Amy hizo el absurdo pero perspicaz comentario de que John Lennon y el nuevo campeón de los pesos pesados eran la misma persona dividida en dos cuerpos distintos, jóvenes de veintipocos años que habían llamado la atención del mundo precisamente de la misma forma, no tomándose en serio a sí mismos, con el don de decir las cosas más detestables con una audacia y teatralidad que hacía reír, *Soy el más grande, Somos más populares que Jesucristo*, y cuando Amy repitió aquellas ridículas pero inolvidables declaraciones, el padre de Ferguson se echó de pronto a reír, no sólo porque Amy había realizado unas imitaciones clavadas de las erres liverpoolianas de Lennon y las prolongadas vocales de Kentucky en el caso de Clay, sino porque también había imitado sus expresiones faciales, y una vez que dejó de reírse, el padre de Ferguson dijo: Muy interesante lo que has dicho, Amy. *Tíos listos con mucha labia y más cerebro aún*. Me gusta eso.

Ferguson no sabía si sus padres estaban al corriente de cómo pasaban Amy y él la mañana y la tarde del sábado solos en casa. Creía que su madre sospechaba algo (el segundo sábado se había presentado sin avisar para coger un jersey y los había pillado alisando las mantas de la cama), lo que quizá hubiese sido motivo para que lo hablara con su padre, pero aunque lo supieran, ninguno dijo una palabra, porque para entonces estaba meridianamente claro que Amy Schneiderman era una influencia positiva en la vida del muchacho, un equipo de emergencia formado por una sola chica que sin ayuda de nadie lo atendía en su angustiosa adaptación al mundo después del accidente, y en consecuencia los animaban a que estuvieran juntos lo más posible, y aunque por entonces andaban especialmente apretados de dinero, nunca pusieron objeciones al elevado coste de las conferencias interurbanas, que había más que cuadruplicado el recibo mensual del teléfono. *Esa chica es buena gente, Archie*, le dijo su madre un día, y mientras veía cómo la nieta de su antiguo jefe atendía a su hijo, ella cuidaba a su sobrina Francie yendo al hospital todas las tardes a las cuatro para hacerle una visita de una hora, durante la cual aplicaba tenazmente su tratamiento de amor y nada más que amor. Ferguson prestaba mucha atención a sus informes nocturnos sobre los progresos de Francie, pero seguía preocupado por si su

prima le decía algo sobre la *cama chirriante* y lo enfadada que estaba con él la mañana del accidente, lo que podría conducir a desagradables preguntas de su madre que le habrían llevado a él a mentir con objeto de ocultar su bochorno, pero cuando finalmente se armó de valor para sacar el tema a relucir, preguntando a su madre qué le había contado Francie sobre el accidente, Rose afirmó que Francie nunca mencionaba esa cuestión. ¿Sería verdad?, se preguntó él. ¿Acaso Francie se había quedado en blanco con respecto al accidente, o es que su madre se hacía la tonta sobre la discusión porque no quería disgustarlo?

¿Y lo de mi mano?, preguntó Ferguson. ¿Lo sabe?

Sí, contestó su madre. Se lo ha dicho Gary.

¿Y por qué se lo ha dicho? Es un poco cruel, ¿no te parece?

Porque tenía que saberlo. Pronto saldrá del hospital, y nadie quiere que sufra una conmoción cuando te vea.

Le dieron el alta al cabo de tres semanas de descanso y terapia, y si bien hubo más crisis nerviosas y hospitalizaciones en años sucesivos, ahora se encontraba de nuevo en pie, aún con el brazo izquierdo en cabestrillo porque la clavícula le tardaba en curar, pero *enteramente radiante*, como dijo la madre de Ferguson después de su última visita al hospital, y cuando una semana después le quitaron el cabestrillo y Francie invitó a Ferguson y sus padres a un almuerzo temprano en su casa de West Orange, él también la encontró radiante, plenamente recuperada, no ya la mujer agobiada y temerosa del catastrófico fin de semana en Vermont. Hubo un momento de tirantez entre ellos al mirarse por primera vez después del accidente, y cuando Francie le vio la mano y cómo le había quedado, se le saltaron las lágrimas y lo abrazó, balbuceando una disculpa que a Ferguson, por primera vez desde el accidente, le hizo comprender que en el fondo culpaba a Francie de lo que le había pasado, que aun cuando no fuera culpa suya, incluso si la última mirada que le lanzó en el coche había sido la de una persona trastornada, de alguien que ya no era dueña de su propio juicio, fue ella quien estrelló el coche contra un árbol, y si bien deseaba perdonarla, no lo conseguía del todo, no en lo más profundo de su ser, y a pesar de que sus labios estaban diciendo las palabras adecuadas, asegurándole que no le reprochaba nada, sabía que estaba mintiendo y que siempre se lo tendría en cuenta, que el accidente se interpondría entre los dos durante el resto de su vida.

Cumplió diecisiete el 3 de marzo. Varios días después, fue a la Delegación de Tráfico del municipio y se examinó para el carné de conducir de Nueva Jersey, demostrando su pericia al volante con giros efectuados con toda soltura, la continua presión sobre el acelerador (*como si pusieras el pie sobre un huevo crudo*, le había dicho su padre), su maestría para frenar y conducir marcha atrás y, por último, el dominio de las maniobras necesarias para aparcar en paralelo, la precisa operación donde caían tantos aspirantes a conductor. Ferguson había hecho centenares de exámenes a lo largo de los años, pero aprobar aquél era mucho más importante que cualquiera de sus logros académicos. Porque aquél era real, y una vez que tuviera el carné en el bolsillo, podría abrirle puertas y dejarlo salir de la jaula.

Sabía que sus padres estaban pasando apuros, que el negocio no le iba bien a ninguno y que la familia andaba escasa de recursos; no es que fueran malos tiempos

todavía, quizá, pero casi, cada mes estaban más cerca. El seguro médico Blue Cross/Blue Shield se había hecho cargo de buena parte de los gastos de su estancia en el hospital de Vermont, pero también había habido gastos en efectivo, desembolsos desgravables y varios recibos de conferencias telefónicas, aparte de los costes de la habitación del motel y el coche alquilado de su madre, lo que no tenía que haber sido fácil para ellos, entrar en la etapa tormentosa de su economía con el paraguas roto y sin zapatos, de modo que cuando llegó el 3 de marzo y el único regalo de cumpleaños que recibió de sus padres fue un coche de juguete —una réplica en miniatura de un Chevy Impala de 1958—, lo interpretó como una especie de broma, a la vez un amuleto para el examen de conducir y el reconocimiento por parte de sus padres de que no podían permitirse algo mejor. Ah, bueno, pensó, en realidad tenía bastante gracia, y como los dos sonreían, él les devolvió la sonrisa y les dio las gracias, un tanto desconcertado para prestar atención a lo que su madre dijo a continuación: No temas, Archie. De pequeñas bellotas salen grandes encinas.

Seis días después, apareció una encina a la entrada de la casa en forma de coche a tamaño natural, una réplica mastodóntica de la bellota que ahora estaba en el escritorio de Ferguson como pisapapeles multiuso, o casi una réplica, porque el Chevy Impala blanco aparcado a la entrada era de 1960, no de 1958, con dos puertas en vez de las cuatro del modelo, y los padres de Ferguson sentados en el coche tocando juntos el claxon, dando repetidos bocinazos hasta que su hijo salió de su cuarto para ver a qué venía tanto revuelo.

Su madre le explicó que habían pensado dárselo el día 3, pero el coche necesitaba unos retoques y las reparaciones habían tardado un poco más de lo previsto. Esperaban que le gustase. Habían pensado que lo escogiera él, pero entonces no habría sido una sorpresa, y lo divertido de un regalo así era la sorpresa.

Ferguson no dijo nada.

Su padre lo miró con el ceño fruncido y le preguntó: Bueno, Archie, ¿qué te parece? ¿Te gusta o no?

Le gustaba. Pues claro que sí. ¿Cómo no iba a gustarle? Le gustaba tanto que le daban ganas de ponerse de rodillas y besar el coche.

Pero ¿cómo os las habéis arreglado con el dinero?, preguntó al fin. Debe de haberos costado un montón.

Menos de lo que te imaginas, dijo su padre. Sólo seiscientos cincuenta.

¿Antes o después de la reparación?

Antes. Ochocientos justos después.

Eso es mucho, repuso Ferguson. Demasiado. No deberíais haberlo comprado.

No seas ridículo, intervino su madre. En los últimos seis meses he hecho cien retratos, y ahora que el libro se ha terminado, ¿qué crees que cuelga en las paredes de mis celebridades?

Ah, ya entiendo, dijo Ferguson. Aparte de la subvención, también hay compensaciones monetarias. ¿Cuánto les cobras por el placer de contemplarse a sí mismos?

Ciento cincuenta por barba, contestó su madre.

Ferguson emitió un pequeño silbido, asintiendo con la cabeza a modo de apreciación.

La friolera de quince mil dólares, añadió su padre, por si a Ferguson le fallaba la aritmética.

¿Lo ves?, dijo su madre. No nos vamos al hospicio, Archie, por lo menos hoy no, y probablemente mañana tampoco. Así que cierra la boca, sube a tu coche y llévanos a alguna parte, ¿vale?

Así empezó la Temporada del Coche. Por primera vez en la vida, Ferguson era dueño de sus propias idas y venidas, el jefe soberano de los espacios que lo rodeaban, sin ningún dios frente a él salvo un motor de seis cilindros de combustión interna, lo que sólo le exigía tener el depósito lleno de gasolina y cambiar el aceite cada cuatro mil seiscientos kilómetros. Durante toda la primavera y comienzos del verano, por la mañana iba en coche al instituto, la mayoría de las veces con Bobby George en el asiento del pasajero y en ocasiones con una tercera persona en el asiento de atrás, y cuando salía de clase a las tres y cuarto ya no volvía directamente a casa a secuestrarse a sí mismo en su pequeña habitación, sino que subía de nuevo al coche y se ponía a conducir, pasaba conduciendo un par de horas sin propósito ni destino, sólo por el simple placer de conducir, y en aquellos trayectos, después de no saber adónde quería ir durante unos minutos o un cuarto de hora, con frecuencia empezaba a subir los meandros de la South Mountain Reservation, el único parque natural de todo el condado de Essex, hectáreas y hectáreas de bosques y senderos de montaña, un santuario que albergaba búhos y colibríes y halcones, hogar de millones de mariposas, y cuando llegaba a la cumbre del monte salía del coche y contemplaba el inmenso valle a sus pies, ciudades y ciudades llenas de casas, fábricas, colegios, iglesias y parques, una vista que albergaba a más de veinte millones de personas, una décima parte de la población de Estados Unidos, porque se extendía hasta el río Hudson y se adentraba en la ciudad, y justo en el límite de lo que Ferguson alcanzaba a ver desde el saliente más alto de la montaña, se erguían los altos edificios de Nueva York, los rascacielos de Manhattan alzándose en el horizonte como diminutas briznas de hierba, y un día, mientras contemplaba la ciudad de Amy, se le metió en la cabeza que debía ver a Amy en persona, y de pronto estaba en el coche otra vez, conduciendo impulsivamente hacia Nueva York en medio de la creciente hora punta, y cuando llegó al piso de los Schneiderman una hora y veinte minutos después, Amy, que estaba haciendo los deberes de clase, se sorprendió tanto al abrir la puerta y encontrarse con él que dejó escapar un grito.

¡Archie!, dijo. ¿Qué haces aquí?

He venido a darte un beso, dijo Ferguson. Sólo un beso, y me voy.

¿Sólo uno?, dijo ella.

Sólo uno.

Así que Amy abrió los brazos y dejó que la besara, y justo cuando estaban a la mitad del beso, la madre de Amy apareció en la entrada y dijo: Santo Dios, Amy, pero ¿qué estás haciendo?

¿A ti qué te parece, mamá?, dijo Amy, apartando bruscamente los labios de la boca de Ferguson y mirando a su madre. Estoy besando al tío más genial que anda por ahí.

Fue el mejor momento de Ferguson, el pináculo mismo de sus aspiraciones adolescentes, el grandioso y absurdo gesto con que tantas veces había soñado pero

nunca había tenido el valor de realizar, y como no quería estropearlo desdiciéndose de su palabra, hizo una reverencia a Amy y a su madre y se encaminó a las escaleras. Ya en la calle, dijo para sus adentros: Sin el coche esto nunca habría sucedido. Un coche casi lo había matado en enero, y ahora, justo dos meses después, otro coche le estaba devolviendo su vida.

El lunes, 23 de marzo, decidió no llevar el gorro al instituto, y como ya le había crecido el pelo y su cabeza tenía más o menos el aspecto que siempre había tenido antes de quedarse sin media cabellera en Vermont, nadie mencionó la ausencia del gorro salvo tres o cuatro chicas de su clase de francés, entre ellas Margaret O'Mara, que una vez le había enviado una secreta nota de amor cuando estaban en sexto grado. El jueves por la mañana hacía un tiempo tan bueno para aquella época del año que decidió quitarse también el guante. Esta vez tampoco nadie dijo nada, y de todos los de su menguante grupo de amigos, sólo Bobby George le preguntó si podía mirarlo más de cerca, cosa que Ferguson le permitió de mala gana, alargando el brazo izquierdo y dejando que Bobby le cogiese la mano y se la llevase luego a quince centímetros de la cara para someterla al embelesado escrutinio de un experto cirujano, o quizá de un chaval descerebrado —con Bobby era difícil saberlo—, volviéndole la mano de un lado a otro y pasándole suavemente los dedos por las zonas lesionadas, y cuando finalmente la soltó y Ferguson bajó el brazo otra vez al costado, Bobby diagnosticó: Tiene muy buen aspecto, Archie. Completamente curada y vuelta a su color natural.

Desde el accidente, la gente no paraba de contarle historias sobre personajes célebres que también habían perdido dedos y luego triunfaron en la vida, entre ellos el lanzador Mordecai Brown, más conocido como Brown Tres Dedos, 239 partidos a lo largo de una carrera de catorce años y elegido para el Salón de la Fama, así como el cómico de cine mudo Harold Lloyd, que perdió el pulgar y el índice de la mano derecha en la explosión de una bomba de utilería y aun así logró colgarse de aquel reloj gigantesco y realizar otras mil escenas peligrosas e increíbles. Ferguson intentaba animarse con aquellas narraciones motivadoras, verse como un orgulloso miembro de la hermandad de los hombres de ocho dedos, pero los ánimos de esa índole lo dejaban frío, o lo avergonzaban o repelían con su empalagoso optimismo, y no obstante, con o sin el ejemplo de aquellos personajes, fue resignándose poco a poco a la alterada forma de su mano, *acostumbrándose a ella*, y cuando por fin se quitó el guante el 26 de marzo, pensó que ya había pasado lo peor. Lo que no llegó a considerar, sin embargo, fue lo reconfortante que había sido el guante para él, lo mucho que le había servido de escudo contra los horrores del ridículo, y ahora que la mano estaba desnuda otra vez, ahora que intentaba comportarse como si *todo hubiera vuelto a la normalidad*, adquirió el hábito de meterse la mano izquierda en el bolsillo siempre que estaba con gente, lo que en el instituto suponía todo el tiempo, y lo desmoralizador de esa nueva costumbre consistía en que no era consciente de que lo hacía, el gesto le salía por puro reflejo, por completo independiente de su voluntad, y sólo cuando por algún que otro motivo tenía que sacarse la mano del bolsillo comprendía que antes se la había guardado allí. Fuera del instituto nadie era consciente de ese tic, ni Amy, ni sus padres ni sus abuelos, porque no era difícil ser valiente con la gente que lo quería, pero Ferguson se había vuelto cobarde en el

instituto y empezaba a despreciarse por eso. Y sin embargo, ¿cómo podía dejar de hacer algo que ni siquiera sabía que hacía? No parecía haber respuesta para ese problema, que constituía otro ejemplo del viejo e irresoluble problema mente-cuerpo, en su caso una parte mecánica del cuerpo que obraba como si tuviera mentalidad propia, pero entonces, al cabo de indagaciones infructuosas, logró dar con una respuesta, una solución enteramente práctica, y reunió uno por uno los cuatro pantalones que llevaba al instituto, se los dio a su madre y le pidió que le cosiera los bolsillos delanteros y traseros de todos ellos.

El 11 de abril, Amy recibió la carta de aceptación de Barnard. Nadie se sorprendió entre sus conocidos, pero llevaba varios meses angustiada por el 81 sobre 100 que le habían puesto el año pasado en Álgebra II-Trigonometría, lo que le supuso un descenso de la media general de 95 a 93, y se preguntaba si sus resultados de selectividad no eran un poco bajos, 1.375 en lugar de los 1.450 que ella quería alcanzar, y siempre que Ferguson intentaba tranquilizarla en aquellos ansiosos meses de espera, Amy le decía que nada era seguro en esta vida, que el mundo repartía decepciones con la prontitud y avidez con que un político estrechaba manos, y como a ella no le gustaban las desilusiones, se estaba preparando para llevarse una, de modo que cuando por fin llegó la feliz noticia se sintió más aliviada que contenta. Ferguson también se alegró, pero no tanto por Amy como por sí mismo, sobre todo por él, porque existía toda una serie de preferencias secundarias en caso de que la rechazaran en Barnard, cada una de ellas en una ciudad cuyo nombre no era Nueva York, y Ferguson vivía con el temor de que acabara en un sitio lejano como Boston, Chicago o Madison, en Wisconsin, con lo que habría estado muy solo y todo se le habría complicado mucho, viéndola sólo unas cuantas veces al año, las apresuradas apariciones en la calle Setenta y cinco Oeste para las vacaciones y luego otra vez ausente, nueve largos meses con escaso o ningún contacto, escribiéndole cartas que ella estaría muy ocupada para contestar, y lenta pero inevitablemente se irían distanciando, nada podría impedir que conociera a otro, los chicos de la universidad rondarían a su alrededor y antes o después se habría enamorado de alguno, un estudiante de Historia de veinte o veintiún años, activista de los derechos civiles que le habría hecho olvidar al pobre Ferguson, aún sin graduarse en el instituto, y luego llegó la carta de Barnard y ya dejó de contemplar los sombríos detalles de lo que podría haber sido. Ferguson era muy joven, pero también lo bastante mayor para saber que unas veces las peores pesadillas se hacen realidad —hermanos que roban a hermanos, presidentes abatidos por balas de asesinos, coches que se estrellan contra un árbol— y otras no, como con la crisis dos años antes, cuando se suponía que se iba a acabar el mundo pero no se acabó, o cuando Amy iba a marcharse a la universidad lejos de allí pero al final no fue así, y ahora que por fin pasaría los próximos cuatro años en Nueva York, Ferguson comprendió que cuando a él le llegara el momento de ir a la universidad, también tendría que ser en Nueva York.

Para entonces había empezado la temporada de béisbol, pero Ferguson hacía lo posible para no pensar en ello. Evitaba asistir a los partidos, y sólo sabía del equipo por sus conversaciones con Bobby George en los trayectos en su coche al instituto. Andy Malone, que había ocupado la posición de Ferguson como tercera base, tenía por lo visto problemas para adaptarse a su nuevo puesto y ciertos errores suyos en la

última entrada les habían costado un par de victorias. Ferguson lo sintió por el chico y por todos los demás del equipo pero no demasiado, no lo lamentó lo suficiente como para no experimentar también cierta alegría, porque por mucho que le doliera reconocerlo, había una satisfacción perversa en saber que el equipo era peor sin él. En cuanto a Bobby, ningún motivo de preocupación, como de costumbre. Siempre había sido bueno, pero ahora era el mejor, un receptor tan capaz de interceptar y devolver como de batear con potencia, y cuando finalmente convenció a Ferguson de que asistiera al partido en casa contra el instituto Columbia en la segunda semana de mayo, Ferguson se asombró de lo enormemente que Bobby había mejorado. Un *home run* sencillo, un doble y un triple; además de dos corredores eliminados tratando de robar segunda base. El pequeño mocoso que respiraba por la boca y se chupaba el pulgar ya era un adolescente de uno ochenta y siete, una mole de músculos, ágiles pies y más de cien kilos de peso, que en el campo parecía un hombre totalmente desarrollado y que jugaba con una inteligencia que Ferguson encontraba nada menos que pasmosa, porque Bobby George era un zoquete en todas las actividades que no fueran el béisbol, el fútbol americano o reírse con chistes verdes, y la única razón por la que no le cateaban en la mitad de las asignaturas era porque sus padres habían contratado a un profesor particular de Montclair para que su nota media no bajara de aprobado, la calificación mínima requerida para participar en competiciones deportivas entre institutos. En medio de un campo de béisbol, sin embargo, era inteligente, y ahora que Ferguson había visto lo bueno que era Bobby, no le hacía falta atormentarse asistiendo a más partidos aquella primavera. Puede que al año que viene, dijo para sí, pero de momento seguía haciéndole mucho daño.

Se acercaba el verano, y con el asunto de la universidad por fin ausente de sus preocupaciones, Amy volvía a hablar de política, vertiendo sobre Ferguson sus ideas en largas conversaciones acerca del Comité Coordinador Estudiantil No Violento (SNCC), el Congreso de Igualdad Racial (CORE) y la orientación del movimiento, expresando amargamente su frustración por ser demasiado joven para ir al sur y tomar parte en el Proyecto de Verano en Mississippi, o Verano de la Libertad, organizado durante los últimos meses del año académico, la triple iniciativa lanzada por el SNCC que implicaba el reclutamiento de un pequeño ejército de universitarios del Norte, mil pares de manos extra para ayudar con 1) la campaña para registrar en las listas electorales a los negros del estado privados del derecho al voto, 2) la gestión de los Colegios de la Libertad que se crearían para niños negros en docenas de ciudades grandes y pequeñas, y 3) la fundación del Partido Demócrata de la Libertad de Mississippi, que elegiría una lista alternativa de candidatos a la Convención en Atlantic City a finales de agosto para quitar escaños a la delegación racista, compuesta exclusivamente por blancos, de los demócratas de siempre. Amy habría dado cualquier cosa por bajar a aquella zona de violencia y fanatismo y ponerse sin rodeos al servicio de la causa, pero la edad límite eran los diecinueve años y no podía presentar la solicitud, lo que desde la perspectiva de Ferguson no podía ser mejor, porque un verano sin Amy le habría resultado intolerable.

Muchas cosas intolerables sucedieron en los meses sucesivos, pero no a ellos, no directamente a ellos, y a pesar de sus trabajos de verano como empleada en la Librería de la Calle Octava (Amy) y miembro del personal de Stanley’s TV & Radio

(Ferguson), lograron verse a menudo, no sólo los fines de semana sino también muchos días laborables por la noche, con Ferguson yendo en coche a la ciudad en cuanto salía de trabajar para recoger a Amy en la librería y luego ir a cenar una hamburguesa en el Joe Junior's y después ver una película al cine de Bleecker Street, pasear por Washington Square o darse un revolcón desnudos en casa de alguno de los amigos ausentes de Amy, libres ahora para ir a donde les diera la gana gracias al coche de Ferguson, el Coche de la Libertad de aquel Verano de la Libertad, que los sábados y domingos los llevaba a la playa, a Jones Beach, al campo en dirección norte o a la costa de Jersey al sur, en un verano de elevados pensamientos, amor ardiente e inmenso dolor, que tan alentadoramente había empezado el 19 de junio cuando el Senado aprobó la Ley de Derechos Civiles, para que luego, inmediatamente después, sólo setenta y dos horas más tarde, empezara a suceder lo intolerable. El 22 de junio se denunció la desaparición de tres jóvenes incorporados al Proyecto de Verano en Mississippi. Andrew Goodman, Mickey Schwerner y James Chaney habían salido del centro de formación del Proyecto en Ohio antes que los demás estudiantes para investigar un atentado con bomba contra una iglesia y no se sabía nada de ellos desde el día de su marcha. No cabía duda de que habían sido asesinados, apaleados, torturados y exterminados por segregacionistas blancos para aterrorizar a las hordas invasoras de radicales yanquis que conspiraban para destruir su estilo de vida, pero nadie sabía dónde se encontraban los cadáveres y ni a un solo blanco del estado de Mississippi parecía importarle. Amy lloró al enterarse de la noticia. El 16 de julio, el día que proclamaron a Barry Goldwater candidato a la presidencia por el Partido Republicano en San Francisco, un polizonte blanco mató de un tiro a un adolescente negro en Harlem, y Amy volvió a llorar cuando a la muerte de James Powell siguieron seis noches consecutivas de disturbios y pillaje en Harlem y Bedford-Stuyvesant, con la policía de Nueva York haciendo fuego real por encima de las cabezas de la gente asomada a las azoteas, que lanzaba a la calle piedras y basura sobre los agentes, no ya las mangueras contra incendios y los perros utilizados en el Sur para dispersar al populacho negro sino balas de verdad, y Amy lloró no sólo porque finalmente entendió que el racismo también existía *en su propia ciudad*, que estaba tan arraigado en el Norte como en el Sur, sino porque también comprendió que su ingenuo idealismo había muerto, que su sueño de una Norteamérica que no estableciera distinciones basadas en el color, en la que negros y blancos vivieran en pie de igualdad, no era más que una ilusión estúpida, y ni siquiera Bayard Rustin, el hombre que había organizado la Marcha sobre Washington sólo once meses antes, ejercía ya la menor influencia, porque cuando se plantó frente a la multitud en Harlem y suplicó que cesara la violencia para que nadie resultara herido ni muerto, la muchedumbre lo calló a gritos llamándolo Tío Tom. La resistencia pacífica había perdido su significado, Martin Luther King era cosa del pasado y el Black Power se había convertido en el evangelio supremo, y tan grande era ese poder que en cuestión de meses la palabra *negro* se borró del léxico norteamericano. El 4 de agosto descubrieron los cadáveres de Goodman, Schwerner y Chaney en un terraplén cerca de Philadelphia, en Mississippi, y las fotografías de los cadáveres medio enterrados, tendidos en el barro al fondo del talud, eran tan horribles y sobrecogedoras que Ferguson emitió un gemido y apartó la cabeza. Al día siguiente,

se difundió la noticia de que lanchas torpederas de Vietnam del Norte habían atacado a dos destructores estadounidenses que patrullaban por el golfo de Tonquín, o eso afirmaba el informe oficial del gobierno, de manera que el 7 de agosto el Congreso aprobó la Resolución sobre el golfo de Tonquín, otorgando poderes «para adoptar todas las medidas necesarias con el fin de repeler cualquier ataque armado contra las fuerzas de Estados Unidos y prevenir nuevas agresiones». La guerra había empezado y Amy ya no lloraba. Ya se había hecho su composición de lugar sobre Johnson, y estaba furiosa, tan colérica y exaltada que Ferguson casi estuvo tentado de contar un chiste para ver si era capaz de sonreír otra vez.

Va a ser grande, Archie, le dijo, más grande que Corea, mayor que ninguna desde la Segunda Guerra Mundial, y sólo me alegro porque tú no vas a participar en ella.

¿Y eso por qué, doctora Pangloss?, preguntó Ferguson.

Porque no reclutan hombres sin pulgar. Gracias a Dios.

3.2

3.3

Ya no le gustaba a Amy, al menos no en el sentido que Ferguson necesitaba, y después de los espléndidos días de primavera y verano cuando los primos que se besaban dejaron atrás su parentesco para probar el amor verdadero, volvían a ser sólo primos. Fue Amy quien puso fin al idilio, y Ferguson no pudo hacer nada para que cambiara de parecer, porque cuando un Schneiderman tomaba una decisión, no había quien lo moviera. Sus principales quejas sobre Ferguson consistían en que estaba demasiado encerrado en sí mismo, que era demasiado avasallador en sus abrazos (los insistentes asaltos a sus pechos, que ella, a sus catorce años, no estaba dispuesta a mostrar), demasiado pasivo en las demás cuestiones no relacionadas con sus pechos, muy inmaduro, con una conciencia social tan escasa que no tenían nada *importante* de que hablar. No era que no sintiese por él un enorme y duradero cariño, le dijo, ni que no le gustara tener a Ferguson, aquel haragán jugador de béisbol y loco por el cine, como miembro de su familia recién ampliada, pero como novio era imposible.

La aventura concluyó un par de semanas antes del final del verano (1961), y cuando se reanudaron las clases después del Día del Trabajo, Ferguson estaba desolado. Ya no habría más besos desenfrenados con Amy, pero además la camaradería de antes de la aventura también había salido perjudicada. Se acabaron las mutuas visitas a sus respectivas casas, se acabaron los episodios de *La dimensión desconocida* en la televisión, las partidas de gin rummy y el escuchar discos, se terminaron las salidas al cine, los paseos por Riverside Park. Ferguson siguió viéndola en las reuniones familiares, que solían celebrarse dos o tres veces al mes, las cenas y almuerzos tempranos en los pisos de los Schneiderman, las salidas a comer al Szechuan Palace de Broadway y al Stage Deli de la Séptima Avenida, pero ahora le resultaba doloroso mirarla, le dolía estar cerca de ella después de que lo hubiera plantado, de que lo hubiera rechazado porque según su criterio no daba la talla como ser humano formal y digno de confianza, y en vez de sentarse con ella en esas reuniones como siempre había hecho en el pasado, se colocaba al otro extremo de la mesa y trataba de comportarse como si Amy no estuviera allí. En la última semana de septiembre, en medio de una cena en casa del tío Dan y la tía Liz, con el viejo verde parloteando sobre el radio tóxico que los alemanes del Este habían infiltrado en el Muro de Berlín, Ferguson se levantó asqueado, murmuró una excusa sobre que tenía que ir al baño y dejó la mesa. Fue al cuarto de baño, pero sólo para apartarse de los demás, porque todo empezaba a resultarle insoportable, la obligación de mantener una máscara de cortesía frente a Amy en aquellas reuniones familiares, la herida aún reciente abriéndose de nuevo cada vez que la veía, ya sin saber qué hacer ni decir en su presencia, así que abrió el grifo del lavabo y tiró de la cadena un par de veces para que los demás creyeran que había ido a hacer de vientre en lugar de a entregarse al lamentable placer de sentir lástima de sí mismo. Cuando abrió la puerta tres o cuatro minutos después, Amy estaba en el pasillo con los brazos en jarras, una postura desafiante y combativa que parecía demostrar que ella también había tenido suficiente.

¿Qué demonios pasa?, inquirió ella. Ya ni siquiera me miras. Ni me hablas. Lo único que haces es estar enfurruñado, y me estás poniendo de los nervios.

Ferguson bajó la vista a los pies y dijo: Se me ha partido el corazón.

Venga, Archie. Te has llevado una desilusión, eso es todo. Y yo también. Pero al menos podemos tratar de ser amigos. Siempre hemos sido amigos, ¿no?

Ferguson seguía sin atreverse a mirarla a los ojos. No hay vuelta atrás, sentenció. Todo ha terminado.

Estás de broma, ¿verdad? O sea, mala leche y todo eso, pero no ha terminado nada. Ni siquiera ha empezado nada. Tenemos catorce años, gilipollas.

Lo bastante mayores para que se nos parta el corazón.

Aprende a ser fuerte, Archie. Estás hablando como un crío llorón, y a mí eso me da grima. Es que lo odio. Vamos a ser primos durante mucho mucho tiempo, y necesito que seas mi amigo, así que, por favor, no hagas que te odie.

Ferguson intentó ser fuerte. Por mal que le sentara escuchar cómo Amy arremetía contra él con aquella severa reprimenda, comprendía que el sentimentalismo y la autocompasión habían podido más que él, y a menos que pusiera freno a esos impulsos se convertiría en Gregorio Samsa y *una mañana se despertaría de un mal sueño transformado en un insecto gigantesco*. Ya estaba en noveno grado, su primer año de instituto, y aunque en la Riverside Academy siempre había recibido calificaciones decentes, sus notas habían empeorado un poco en séptimo y octavo, tal vez por aburrimiento, quizá por confiar excesivamente en su capacidad natural para salir adelante sin tener que hacer grandes esfuerzos, pero ahora los estudios exigían más y en los exámenes ya no se podía responder a preguntas sobre la conjugación del *passé simple* de los verbos irregulares franceses o las fechas de acontecimientos tales como las Defenestraciones de Praga o la Dieta de Worms (¡una dieta de gusanos!) si no se dedicaban horas al estudio de esos abstrusos detalles. Ferguson resolvió subir sus calificaciones hasta la nota más alta que se consideraba capaz de alcanzar —no menos de sobresaliente en inglés, francés e historia y no menos de notable alto en biología y matemáticas—, un plan de acción estricto pero realista, porque esforzarse por sacar sobresalientes en las dos últimas materias le habría costado tal trabajo adicional que podría olvidarse del baloncesto, y como después del puente de Acción de Gracias empezaban las pruebas deportivas, estaba resuelto a que lo admitieran en el equipo de primer año de instituto. Lo consiguió (como ala-pívot), y su rendimiento en clase también cumplió las expectativas, aunque no precisamente en la forma prevista, porque el sobresaliente en francés pasó a ser un decepcionante notable alto, y el notable alto en biología se convirtió en milagroso sobresaliente bajo. Pero no importaba. Ferguson figuró en el cuadro de honor del primer semestre, y si Amy hubiera sido alumna de la Riverside Academy, se habría enterado de lo bien que le había ido. Pero como no lo era, no se enteró, y como su enojado primo del corazón partido era demasiado orgulloso para decirle que *había aprendido a ser fuerte*, ella nunca supo cuán profundamente lo había avergonzado cuando lo desafió a demostrarle que estaba equivocada con él.

Una vez aclarado esto, ni que decir tiene que seguía queriéndola, que habría hecho cualquier cosa por recuperarla, pero aunque acabara reconquistándola le llevaría tiempo, tal vez mucho, y se figuró que la mejor estrategia para dar la vuelta a

las cosas en el intervalo entre no tenerla y volver a tenerla sería echarse otra novia. Eso indicaría que ya no le interesaba y mostraría que había superado su ruptura (algo esencial), pero además lo distraería de pensar en ella todo el tiempo, y cuanto menos pensara en ella, menos alicaído estaría, y cuanto menos deprimido estuviera, más atractivo resultaría a sus ojos. Otra novia haría de él una persona más dichosa, y envalentonado por su recién encontrada felicidad, seguramente se mostraría más amable con Amy en las reuniones familiares, más encantador, más dueño de sus sentimientos, y siempre que se presentara la ocasión charlaría con ella sobre los *acontecimientos de actualidad*. Ésa era una de las principales quejas de ella contra él —su indiferencia hacia la política, su falta de preocupación por lo que ocurría en el gran mundo de los asuntos nacionales e internacionales—, y para colmar ese déficit Ferguson resolvió que en lo sucesivo seguiría las noticias con mayor atención. Todas las mañanas recibían en casa dos periódicos, el *New York Times* y el *Herald Tribune*, aunque Gil y su madre leían el *Times* y en general no hacían caso del *Herald Tribune*, por mucho que fuese donde trabajaba Gil, porque en la familia circulaba la broma de que el *Herald Tribune* tenía demasiada ideología republicana para que nadie que viviera en el Upper West Side lo tomara en serio. No obstante, las críticas y artículos de Gil aparecían más o menos un día sí y otro no en aquel órgano del aparato del poder estadounidense y del capital de Wall Street, situado en Park Avenue, y la tarea matinal de Ferguson consistía en recortar los artículos con la firma de Gil y guardarlos en una caja para su madre, que pensaba confeccionar algún día un álbum de recortes con los escritos de su marido, y aunque su padrastro siempre le decía que no se molestara con aquellas *sandeces*, Ferguson, que comprendía que Gil se sentía a la vez molesto por la atención y en el fondo complacido por ella, se encogía de hombros y decía: Lo siento, órdenes de la Jefa, que era el otro nombre de la que ahora atendía por dos nombres, Rose Adler/Rose Schneiderman, y Gil asentía con la cabeza con fingida resignación y replicaba: *Natürlich, mein Hauptmann*, no debes meterte en un lío por desobedecer órdenes. Así que por la mañana leía el *New York Times* y el *Herald Tribune*, y cuando declinaba la tarde y volvía de clase, en general también se encontraba en casa con un ejemplar del *New York Post*, y además de los diarios estaban *Newsweek*, *Life* y *Look* (donde su madre publicaba fotos a veces), *I. F. Stone's Weekly*, *New Republic*, *Nation* y otras revistas diversas, y ahora Ferguson se entregaba con diligencia a su lectura en vez de coger directamente las revistas de cine y literarias, examinando los artículos políticos con objeto de enterarse de lo que pasaba *por ahí* y así no quedar en ridículo en una conversación con Amy. Tales eran los sacrificios que estaba dispuesto a hacer por amor, porque si bien se convirtió en un ciudadano más informado, en un observador más atento de las batallas entre demócratas y republicanos, de las relaciones de Estados Unidos con gobiernos amigos y enemigos, la política le seguía pareciendo el tema más soso, monótono y aburrido que cabía imaginar. La guerra fría, la Ley Nacional de Relaciones Laborales, las pruebas nucleares subterráneas, Kennedy y Jruschov, Dean Rusk y Robert McNamara: nada de eso significaba mucho para él, y en su opinión todos los políticos eran estúpidos o corruptos, o las dos cosas, e incluso el apuesto John Kennedy, el muy admirado nuevo presidente, no era más que otro político estúpido o corrupto para Ferguson, que encontraba más estimulante admirar a hombres como Bill Russell

y Pau Casals que desperdiciar sus emociones en presuntuosas cotorras que andaban a la rebatiña por un puñado de votos. Las únicas tres cosas de actualidad que verdaderamente le llamaron la atención en los últimos meses de 1961 y los primeros de 1962 fueron el juicio de Eichmann en Jerusalén, la crisis de Berlín —porque tenía absorbidos a Gil y al tío Dan— y el movimiento por los derechos civiles en casa; porque la gente era tan valiente y las injusticias que ponían al descubierto tan escandalosas que hacían que Estados Unidos pareciese uno de los países más atrasados del mundo.

La búsqueda de la sustituta de Amy no estuvo exenta de problemas, sin embargo. No era que Ferguson esperase conocer a alguna chica parecida a Amy, porque su prima no era de las que se producían en serie, sino que le costaba conformarse con una alternativa que no fuese de la máxima calidad; nada que pudiera compararse con Amy, quizá, pero sí una persona fulgurante que lo dejara boquiabierto y le acelerase el pulso. Lamentablemente, las candidatas más prometedoras ya habían entregado su corazón a otros, entre ellas la siempre bella Isabel Kraft, la Hedy Lamarr de primero de instituto, que salía con un chico de segundo, y lo mismo ocurría con la atractiva prima de Isabel, Alice Abrams, y con la antigua enamorada de Ferguson, la Rachel Minetta de voz como la miel. Aquél era uno de los hechos fundamentales de la vida en noveno grado: las chicas estaban en su mayoría más avanzadas que la mayor parte de los chicos, lo que significaba que las muchachas más impresionantes rechazaban a los chicos de su curso en favor de los más avanzados del curso siguiente, cuando no del otro superior. Esperando rápidos resultados, a mediados de octubre como máximo, es decir, tres semanas después de que Amy le dijera que aprendiera a ser fuerte, Ferguson seguía buscando bien entrado noviembre, no por falta de esfuerzo por su parte (cuatro citas para ir al cine con cuatro chicas diferentes en cuatro sábados consecutivos) sino sencillamente porque ninguna de las chicas con las que salió era la apropiada. Cuando se interrumpieron las clases para el puente de Acción de Gracias, empezó a preguntarse si alguna de las chicas de la Riverside Academy sería la que buscaba.

El baloncesto lo ayudó a distraerse de las decepciones amorosas, al menos durante cinco días a la semana, porque soportaba los fines de semana sin amor distrayéndose con los amigos, jugando partidos improvisados, asistiendo a ocasionales guateques los sábados por la noche, yendo al cine con cualquiera que quisiera acompañarlo (con frecuencia, su madre) y a conciertos con Gil o con Gil y su madre, pero no cabía duda de que jugar al baloncesto durante las once semanas que duraba la temporada lo ayudó muchas veces a no caer en las simas de la depresión, empezando con el periodo de pruebas de una semana y la grandiosa satisfacción de entrar en la selección definitiva, siguiendo con una agotadora semana de entrenamientos después de clase mientras el equipo iba encajando bajo la dirección del entrenador Nimm, con frecuencia aludido como entrenador Nimasnimenos por su plácida disposición, y luego nueve semanas de partidos, dieciocho en total, los martes por la tarde y los viernes al anochecer, la mitad en su propia cancha y la otra en las pistas de otros colegios privados desperdigados por la ciudad, los partidos de primero sirviendo de dibujos animados antes de que se alzara el telón para la película de los partidos de cursos superiores, y ahí estaba Ferguson, el bicho raro que había pedido el

número 13, entrando a la carrera en la pista con los demás miembros del quinteto inicial y ocupando su posición de ala-pívot.

Todos aquellos sábados por la mañana en Riverside Park con su primo Jim habían contribuido a que el principiante de doce años se convirtiera en un jugador sólido aunque no espectacular, lo que demostró al anotar siete puntos en su primer partido con los Riverside Rebels a la edad de catorce años y nueve meses. Ferguson sabía que sus dotes eran limitadas, que le faltaba la velocidad excepcional necesaria para la grandeza en el baloncesto, y como era menos hábil con la mano izquierda que con la derecha, nunca sería más que un jugador que salva una pelota incierta bajo la presión de contrarios rápidos y agresivos. Ni destellos ni alardes ni movimientos que dejaran pasmados a los atacantes, pero en el juego de Ferguson había bastantes puntos fuertes para convertirlo en parte indispensable del equipo, sobre todo el resorte de sus piernas, que le permitían saltar más alto que cualquiera, y esa capacidad, combinada con el insensato entusiasmo de su juego —una especie de ciego impulso que le valió el sobrenombre de Comando-en-Jefe—, con el resultado de un insólito don para lograr hábiles y limpios rebotes lanzándose contra el tablero frente a rivales más altos. Rara vez fallaba un gancho, y tenía un buen tiro desde fuera, con potencial para convertirse en muy bueno, pero la precisión que mostraba en los entrenamientos pocas veces se correspondía con su rendimiento en los partidos, porque en el calor de la competición tendía a precipitarse en los lanzamientos, con lo que en aquel primer año fue un desigual jugador ofensivo, capaz de anotar diez o doce puntos cuando afinaba el tiro o dos puntos o ninguno cuando no calculaba bien. De modo que en el primer partido anotó siete puntos, lo que resultó ser su promedio de la temporada, pero con encuentros que sólo duraban treinta y dos minutos y el marcador total de cada equipo rondando entre treinta y cinco y treinta nueve, siete en un partido no estaba mal. No para tirar cohetes, quizá, pero nada mal.

¡Ra-ra-ra! ¡Rebels! ¡Rebels! ¡Y-nadie-más!

Los números significaban poco para él, sin embargo, y con tal que el equipo ganara, no le importaba cuántos puntos marcaba personalmente, pero en primer lugar, más importante aún que ganar o perder era el simple hecho de estar en el equipo. Le encantaba llevar la camiseta roja y amarilla de los Rebels con el número 13 estampado, le encantaban los otros nueve chicos con los que jugaba, le encantaban las charlas lánguidas pero perspicaces y animosas que el entrenador Nimm les dirigía en el descanso, le encantaba ir en el autobús a los partidos de fuera con sus compañeros, más los diez chicos del equipo de los dos cursos superiores, las seis animadoras de los mayores y las cuatro del equipo de primero, le encantaba el bullicioso caos de risas y chistes del autobús, sobre todo cuando al bullanguero Yiggy Goldberg lo suspendieron durante dos partidos por bajarse los pantalones, arrimarse a la ventanilla y enseñar el culo a la gente de los coches que pasaban, le encantaba entregarse al juego de tal manera que perdía la sensación de estar dentro de su cuerpo, de ser quien era, le encantaba sudar en los entrenamientos y luego sentir cómo el agua caliente de la ducha le arrancaba el sudor de la piel, le encantaba que el equipo hubiese empezado despacio para luego mejorar a medida que se desarrollaba la temporada, perdiendo la mayoría de los partidos en el primer tiempo para terminar ganando la mayor parte en el segundo con un marcador casi igualado de 8 y 10, y le encantaba

que una de las victorias fuese en casa contra Hilliard, partido en el que sólo anotó tres puntos pero lideró al equipo en rebotes.

¡Ah-ho-ho-ha! ¡Rebels! ¡Rebels! ¡Va-va-va!

Lo mejor de todo era que iba gente a verlo, que siempre había público en el pequeño gimnasio del Riverside para ver los dos partidos, no miles, ni siquiera centenares, pero sí los suficientes para convertirlo en un espectáculo, con Chuckie Showalter aporreando el bombo para animar al equipo, y casi toda la familia de Ferguson aparecía en uno u otro para dar ánimo al Comando-en-Jefe, el que más el tío Dan, que no se perdía ni uno de los partidos de casa, y después su madre, que únicamente fallaba cuando estaba trabajando en otra ciudad, y varias veces contó con la asistencia del antideportivo Gil y en una ocasión con la de su primo Jim, que vino de la universidad de Boston en las vacaciones de invierno, y un día, para el partido contra Hilliard, la señorita Amy Schneiderman en persona, que vio cómo Ferguson sufrió una dura caída al tratar de salvar una pelota que salía fuera de banda, que vio cómo lanzaba el hombro contra un jugador de Hilliard y lo tiraba al suelo mientras se disputaban un pase errado, que vio cómo bloqueaba un gancho que iba a canasta en el cuarto cuarto para mantener la ventaja de tres puntos del Riverside, y cuando terminó el partido le dijo: Bien jugado, Archie. Daba un poco de miedo a veces, pero ha sido un espectáculo divertido.

¿Miedo?, inquirió él. ¿Qué quieres decir con eso?

No sé. Intenso, quizá. Muy intenso. No me había dado cuenta de que el baloncesto era un deporte de contacto.

No siempre. Pero debajo del tablero hay que ser duro.

¿Eso es lo que eres ahora, Archie..., duro?

¿Es que no te acuerdas?

¿De qué hablas?

De *hacerse fuerte*. ¿No lo recuerdas?

Amy sonrió y negó con la cabeza. Ferguson la encontró tan increíblemente guapa en aquel momento que le dieron ganas de abrazarla y asaltarle a besos la boca, pero antes de que pudiera hacer algo tan insensato y bochornoso, el tío Dan se acercó a él y le dijo: Tremenda actuación, Archie. Puede que el tiro en suspensión fuera un poco desviado, pero creo que desde todos los puntos de vista ha sido tu mejor partido hasta ahora.

Luego terminó la temporada de baloncesto, y de vuelta al vacío sin novia, sin Amy, sin nadie. La única chica a quien había visto con regularidad era la del desplegable del mes de abril de *Playboy* que Jim le había pasado antes de volver a la universidad, pero Wanda Powers, de Spokane, en Washington, de veintidós años, con unos melones que desafiaban la gravedad y un cuerpo que parecía fabricado a partir de un modelo de caucho de la verdadera Wanda Powers, había empezado a perder su influencia sobre la imaginación de Ferguson.

Inquieto y desmoralizado, más frustrado aún por su estancada posición en el mundo, arrastrado por sus embotadas esperanzas y las febriles ensoñaciones que las habían suplantado, las inútiles e incesantes travesías mentales a reinos de voluptuosa felicidad en donde todos sus deseos se hacían realidad, Ferguson decidió realizar un

último intento para arreglar las cosas con Amy y reanudar su idilio, pero cuando la llamó cinco días después del final de la temporada, pidiéndole que lo acompañara a la fiesta del equipo que se celebraría el sábado por la noche en casa de Alex Nordstrom, ella le contestó que estaba ocupada. Bueno, repuso él, ¿y al día siguiente? No, dijo ella, el domingo también tenía que hacer, y entonces se enteró de que seguiría estando ocupada mientras durase *aquello*, y *aquello* era el mutuo amor que vivía con alguien a quien no quería nombrar, y ahí se acababa todo, dijo Ferguson para sí, Amy tenía novio, Amy había desaparecido, y las verdes campiñas de la esperanza se habían convertido en un barrizal.

A raíz de aquella desalentadora llamada ocurrió toda una serie de incidentes desagradables. *Uno*: emborracharse por primera vez en la vida la noche de la fiesta cuando su compañero de equipo Brian Mischevski y él forzaron el mueble bar de los Nordstrom y robaron una botella sin abrir de Cutty Sark, que escondieron en el bolsillo interior del abrigo de Ferguson y se llevaron a casa de Brian cuando acabó la celebración en casa de los Nordstrom. Afortunadamente, los padres de Brian se habían ido fuera el fin de semana (lo que explicaba por qué habían elegido su casa para que hiciera las veces de bar), y también por suerte a Brian se le ocurrió decir a Ferguson que llamara a sus padres y les pidiera permiso para pasar la noche allí antes de abrir la botella y beberse dos tercios de su contenido, con dos tercios de esos dos tercios pasando por la garganta de Ferguson y yendo a parar a su estómago, donde, lamentablemente, no permanecieron mucho tiempo, porque aquella noche ya se había bebido una lata de cerveza y dos vasos de vino y carecía de experiencia con los embriagadores poderes de un destilado escocés de cuarenta y tres grados, y justo antes de perder el conocimiento en el sofá del salón vomitó todo el cóctel en la alfombra oriental de los Mischevski. *Dos*: sólo diez días después de la parranda que acabó en la llorona y casi suicida borrachera, se enredó en una pelea con Bill Nathanson, antes conocido como Billy, el tipo corpulento y odioso que lo había estado atormentando desde su primer año en la Riverside Academy, soltándose finalmente con un aluvión de puñetazos al orondo vientre de Nathanson y a su rostro salpicado de espinillas cuando el muy cretino le llamó *gilipollas de mierda* en el comedor, y aunque sancionaron a Ferguson con tres días de castigo después de clase, junto con una seria advertencia de Gil y de su madre para que *entrara en vereda*, no se arrepentía de haber perdido los estribos, y por lo que a él tocaba, la satisfacción de haber dado una paliza a Nathanson bien valía el precio que tuvo que pagar. *Tres*:

Un martes por la tarde a últimos de marzo, menos de un mes después de su decimoquinto cumpleaños, se saltó las clases nada más comer, fue andando desde West End Avenue hasta Broadway y entró en un cine. Iba a ser una excepción, la única vez, se dijo a sí mismo, pero aquel día había que saltarse las normas porque la película que quería ver ya no la pondrían al día siguiente ni ningún otro de un futuro cercano, y el primo Jim, que había visto *Los niños del paraíso* en el Brattle Theatre de Cambridge, le había dicho que debía verla la próxima vez que la pusieran en Nueva York porque, si no, perdería el derecho de considerarse un ser humano. La película estaba programada para la una, y Ferguson cubrió lo más rápidamente que pudo las diez manzanas entre la calle Noventa y cinco Oeste y el Thalia Theater, diciéndose que si hubiera sido algo mayor no habría tenido que recurrir al absentismo

escolar, porque a las ocho había otro pase de la película, pero Gil y su madre nunca le habrían dado permiso para ir por la noche, sobre todo a una película que duraba tres horas. Tenía que pensar en la excusa que darles, se decía, pero nada se le había ocurrido hasta el momento, y la mejor y más sencilla —que no se encontraba bien después de comer y había vuelto a casa a echarse en la cama— no iba a dar resultado en este caso porque casi con toda seguridad su madre y Gil estarían en el apartamento, Gil en su estudio trabajando en su libro sobre Beethoven y su madre en el cuarto oscuro revelando fotos, y aun si por casualidad su madre estaba fuera, existía un noventa y nueve por ciento de posibilidades de que Gil se encontrara en casa. Carecer de justificación era un problema, pero hizo como con todos los problemas que se creaba, lanzarse primero y preocuparse después por las consecuencias, porque era un muchacho que quería conseguir lo que pretendía en el momento mismo de desearlo, y pobre de quien se interpusiera en su camino. Por otro lado, razonaba Ferguson mientras avanzaba entre al paso y al trote por la abarrotada acera bajo la glacial temperatura de marzo, no se perdía nada importante saltándose las clases del martes por la tarde, que consistían en gimnasia y sala de estudio, y como el señor McNulty y la señora Wohlers rara vez se molestaban en pasar lista, podría salirse con la suya. Y en caso contrario, si aún no se le había ocurrido alguna justificación cuando viera a su madre y a Gil, sencillamente les diría la verdad. No estaba cometiendo un delito ni un acto inmoral, después de todo. Iba al cine, y en este mundo pocas cosas había mejores que ir al cine.

El Thalia era un cine pequeño de extraña forma, de unas doscientas butacas con gruesas columnas que obstruían la vista y un suelo en declive que se te pegaba a la suela de los zapatos por la cantidad de refrescos vertidos sobre él a lo largo de los años. Angosto y sucio, casi ridículo por la variedad de sus incomodidades, con los decrépitos muelles de las butacas metiéndosete en el culo y el olor a palomitas quemadas asaltándote la nariz, también era el mejor sitio del Upper West Side para ver películas antiguas, que el Thalia presentaba a un ritmo de dos diarias, todos los días programa doble, dos films franceses hoy, dos rusos mañana, dos japoneses pasado mañana, lo que explicaba por qué *Los niños del paraíso* figurase aquella tarde en el programa del Thalia y no la pusieran en ningún otro sitio de la ciudad, ni del país, quizá. Por entonces Ferguson ya había estado allí un par de docenas de veces, con su madre y Gil, con Amy, con Jim, con Jim y Amy juntos, con amigos del instituto, pero mientras enseñaba su carné de estudiante y pagaba los cuarenta centavos de su entrada con descuento, cayó en la cuenta de que nunca había ido solo, y entonces, mientras buscaba sitio en medio de la quinta fila, comprendió además que nunca había ido solo al cine, no sólo al Thalia sino a ningún otro, ni una sola vez en la vida se había sentado solo en un cine, porque al cine había que ir acompañado, y ver las películas también en compañía, y si de pequeño muchas veces había visto películas de Laurel y Hardy él solo, era porque en la habitación en donde las veía no había nadie más, pero ahora había más gente en el cine además de él, por lo menos veinticinco o treinta personas, y seguía estando solo. No sabía decir si era una sensación buena o mala, o simplemente una sensación nueva.

Entonces empezó la película, y ya no importaba si estaba solo o no. Jim había acertado, dijo Ferguson para sí, y durante las tres horas y diez minutos que duró la

proyección de *Los niños del paraíso* no dejó de pensar en que había merecido la pena arriesgarse al castigo por ver aquel film, que era la clase de película que gustaría a un quinceañero del temperamento de Ferguson, una recargada historia de amor llena de romanticismo y salpicada de ráfagas de humor, violencia y maliciosa depravación, una obra coral en la que cada uno de los personajes es fundamental para la historia, la bella y enigmática Garance (Arletty) y los cuatro hombres que la aman, el mimo que interpreta Jean-Louis Barrault, un soñador pasivo, enternecedor, destinado a ir renqueando por una vida de añoranza y pesar, el actor exuberante, grandilocuente, sumamente entretenido interpretado por Pierre Brasseur, el señorial e insensible conde encarnado por Louis Salou, y el taimado monstruo interpretado por Marcel Herrand en el papel de Lacenaire, el poeta asesino que mata al conde a puñaladas, y cuando terminó la película con Garance desapareciendo entre una gran multitud parisiense mientras el desconsolado mimo la busca, las palabras de Jim fluyeron de nuevo en la memoria de Ferguson *(La mejor película francesa jamás filmada, Archie. «Lo que el viento se llevó» de Francia; sólo que diez veces mejor)*, y aunque Ferguson sólo había visto un puñado de películas francesas en aquel momento de su vida, convino en que *Les Enfants du Paradis* era mucho mejor que *Lo que el viento se llevó*, tanto, que sobraban las comparaciones.

Se encendieron las luces, y cuando Ferguson se levantó y estiró los brazos, se fijó en alguien a tres butacas a su izquierda, un chico alto y moreno un par de años mayor que él, con toda probabilidad otro cinéfilo que hacía novillos, y cuando miró hacia su compadre desertor, el chico le sonrió.

Vaya película, dijo el desconocido.

Vaya película, repitió Ferguson. Me ha encantado.

El chico se presentó como Andy Cohen, y cuando salían juntos del cine dijo que era la tercera vez que veía *Los niños del paraíso,* ¿y sabía Ferguson que el criminal Lacenaire, el mimo Deburough y el actor Lemaître habían sido personajes reales de la Francia de la década de 1820? No, confesó Ferguson, no lo sabía. Como tampoco estaba al tanto de que el film se había rodado en París durante la ocupación alemana, ni de que Arletty se había metido en un montón de líos al final de la guerra por tener una aventura con un oficial alemán, ni de que el escritor Jacques Prévert y el director Marcel Carné colaboraron en varias películas en los años treinta y cuarenta y fueron los inventores de lo que la crítica denominó *realismo poético*. El tal Andy Cohen era desde luego un chico bien informado, dijo Ferguson para sí, y aunque hubiera estado presumiendo un poco, tratando de impresionar al joven e ignorante neófito con sus superiores conocimientos sobre historia del cine, lo hacía de forma simpática, en cierto modo, más por exceso de entusiasmo que por una especie de arrogancia o condescendencia.

Para entonces ya estaban en la calle, caminando por Broadway en dirección sur, y al cabo de cuatro manzanas Ferguson se había enterado de que Andy Cohen tenía dieciocho años, no diecisiete, y de que no había hecho novillos para ir al cine porque cursaba primer año de universidad en el City College y aquella tarde no tenía clase. Su padre había muerto (un ataque al corazón seis años antes), y vivía con su madre en un apartamento, en la esquina de Amsterdam Avenue con la calle Ciento siete, y como no tenía planes para el resto del día, a lo mejor podían ir a una cafetería a tomar

algo, ¿no? No, contestó Ferguson, tenía que estar en casa a las cuatro y media por narices, pero quizá podían verse en otro momento, el sábado por la tarde, por ejemplo, que no tendría nada que hacer, y en cuanto Ferguson pronunció la palabra *sábado,* Andy metió la mano en el bolsillo del abrigo y sacó el programa del Thalia para el mes de marzo. *El acorazado Potemkin*, anunció. La ponen a la una.

En el Thalia a la una el sábado, repuso Ferguson. Allí nos vemos.

Alargó el brazo derecho, estrechó la mano a Andy Cohen y se marcharon cada uno por su lado, uno siguiendo en dirección sur hacia Riverside Drive entre las calles Ochenta y ocho y Ochenta y nueve y el otro dando media vuelta y encaminándose al norte hacia lo que podía o no ser su casa.

Como se esperaba, su madre y Gil estaban en casa cuando entró, pero, como no se esperaba, el colegio ya había llamado para informar de su ausencia injustificada. Su madre y Gil tenían en el rostro una expresión de inquietud que siempre entristecía a Ferguson y le hacía comprender lo mal que debían pasarlo siendo responsables del bienestar de alguien como él, porque la llamada de la escuela significaba que se había encontrado en paradero desconocido desde las doce y media hasta las cuatro y media, tiempo más que suficiente para que sus solícitos padres empezaran a preocuparse por su adolescente desaparecido. Por eso había establecido su madre la norma de las cuatro y media: tenía que estar en casa a esa hora o, si no, llamar para decir dónde estaba. El límite se había ampliado durante la temporada de baloncesto por los entrenamientos de después de clase, pero la temporada ya había concluido y el plazo de las cuatro y media estaba de nuevo en vigor. Ferguson había entrado en el apartamento a las cuatro y veintisiete, lo que en un día normal lo habría situado fuera de peligro, pero no había contado con que el colegio llamara tan pronto, y lamentaba aquel estúpido descuido, no sólo por el susto que había dado a su madre y a Gil sino porque se sentía como un idiota.

Le redujeron a la mitad la asignación para la semana siguiente, y durante los tres días que restaban de semana tuvo que quedarse después de clase para fregar suelos en el comedor, lavar cacharros y restregar los ocho fogones de la cocina. La Riverside Academy era una institución ilustrada, de amplias miras, pero, al igual que el ejército, seguía creyendo en las virtudes punitivas del servicio de cocina.

El sábado, día de relajado toque de queda y relativa libertad, Ferguson anunció en el desayuno que por la tarde iba al cine con un amigo, y como su madre y Gil solían portarse bien en ese aspecto y no hacían demasiadas preguntas triviales (por mucho que les hubiera gustado conocer las respuestas), Ferguson no mencionó ni la película ni el amigo, y salió de casa a tiempo para llegar al Thalia a la una menos diez. No esperaba ver a Andy Cohen por allí, porque parecía improbable que hubiera recordado su cita, tan apresuradamente concertada, pero ahora que Ferguson había descubierto el placer de ir al cine solo, la perspectiva de ver otra película en solitario no lo molestaba. Sin embargo, Andy Cohen se había acordado, y mientras se estrechaban la mano y compraban sus entradas de cuarenta centavos, el universitario ya le estaba dando una breve charla sobre Eisenstein y los principios del montaje, la técnica que supuestamente había revolucionado el arte de la cinematografía. Le dijo que prestara especial atención a la escena de la escalinata de Odesa, una de las secuencias más famosas de la historia del cine, y Ferguson contestó que así lo haría,

aunque la palabra *Odesa* le había causado un efecto un tanto perturbador, dado que su abuela había nacido en Odesa y muerto en Nueva York sólo siete meses atrás, y Ferguson lamentó haberle prestado tan poca atención cuando vivía, sin duda suponiendo que era inmortal y que tendría mucho tiempo para conocerla mejor en el futuro, cosa que por supuesto nunca ocurrió, y al pensar en su abuela pensó también en su abuelo, a quien seguía echando mucho de menos, y cuando Ferguson y Andy Cohen se sentaron en sus butacas de la quinta fila —que según convinieron era la mejor de la sala—, la expresión de Ferguson había cambiado de forma tan radical que Andy le preguntó si le pasaba algo.

Estoy pensando en mis abuelos, dijo. Y en mi padre, y en toda la gente que he conocido que ya está muerta. *(Señalándose la sien izquierda.)* A veces se pone muy negro ahí dentro.

Lo sé, dijo Andy. Yo no puedo dejar de pensar en mi padre, y lleva seis años muerto.

Que el padre de Andy también hubiera muerto facilitaba las cosas, pensó Ferguson, que ambos fueran hijos de hombres inexistentes y pasaran el día en compañía de fantasmas, al menos en los días aciagos, los días peores, y como el resplandor del mundo siempre era más brillante en los días malos, quizá explicara eso por qué buscaban la oscuridad de los cines, por qué se sentían mejor sentados en la oscuridad.

Andy dijo algo sobre los centenares de cortes que hicieron falta para montar la gran escena, pero antes de que pudiera decirle exactamente cuántos eran (un número que sin duda conocía de memoria), las luces se fueron amortiguando, se encendió el proyector y Ferguson desvió la atención a la pantalla, curioso por descubrir a qué venía tanto jaleo.

Los vecinos de Odesa saludando con la mano a los marineros en huelga desde lo alto de la escalinata. Una mujer de clase alta abre su sombrilla blanca, un muchacho sin piernas se quita la gorra, y entonces la palabra *SÚBITAMENTE* y el rostro de una mujer aterrorizada llenan la escena. Una multitud de gente se abalanza escaleras abajo, el muchacho sin piernas entre ella mientras la sombrilla blanca se precipita a primer plano. Música rápida, música frenética, música más veloz que los latidos del corazón más rápido. El chico sin piernas en el centro mientras la muchedumbre se desborda en tropel a sus costados. Un contrapicado de los soldados con uniforme blanco que bajan la escalinata persiguiendo a la gente. Primer plano de una mujer que se levanta del suelo. A un hombre se le doblan las piernas. Otro se desploma. Y otro más. Panorámica de la multitud que corre perseguida por los soldados. Primeros planos de gente que se oculta entre las sombras. Los soldados apuntan con los fusiles. Más gente que se encoge de miedo. Planos laterales de la multitud, planos frontales del gentío, y entonces la cámara empieza a moverse, corre junto a la muchedumbre que corre. Fusiles que acribillan desde arriba. Una madre corriendo con su hijo pequeño hasta que el niño de camisa blanca cae de bruces al suelo. La madre sigue corriendo, la muchedumbre sigue corriendo. Llora el niño de la camisa blanca, de la cabeza le sale sangre, que le salpica la camisa blanca. La muchedumbre continúa corriendo, pero ahora la madre se da cuenta de que su hijo ya no está a su lado y se detiene. La madre da media vuelta, buscando a su hijo. Primer plano de su angustiado

rostro. El niño que lloraba con la camisa ensangrentada pierde el conocimiento. La madre abre la boca horrorizada y se tira de los cabellos. Un plano fijo del niño inconsciente mientras piernas y más piernas pasan a su lado en avalancha. La música continúa aporreando. Primer plano del horrorizado rostro de la madre. La interminable multitud sigue precipitándose escaleras abajo. Una bota pisa la mano extendida del niño. Plano medio de la muchedumbre descendiendo por los escalones como un torrente. Otra bota pisa al niño. El ensangrentado niño se vuelve de espaldas. Primerísimo plano sobre los horrorizados ojos de la madre. Empieza a avanzar, la boca abierta, las manos en el pelo. El gentío sigue precipitándose hacia abajo. La madre se acerca a su hijo caído. Se agacha para recogerlo del suelo. Panorámica de la frenética multitud, que sigue bajando en avalancha. Contrapicado de la madre que lleva en brazos al niño escalinata arriba, hacia los soldados. Va moviendo los labios, le salen palabras de rabia. Plano amplio de la densa multitud. Plano medio de algunos que se agachan detrás de un muro de piedra, entre ellos la Mujer de los Anteojos...

Así empezaba, y mientras veía cómo se desarrollaba la escena, Ferguson encontró la matanza tan horripilante que los ojos se le llenaron de lágrimas. Era insoportable ver cómo los soldados del zar abatían a tiros a la madre, insoportable ver la muerte de la segunda madre y el angustioso trayecto del cochecito del niño precipitándose por los escalones, insoportable ver a la Mujer de los Anteojos gritando con la boca desmesuradamente abierta y uno de los lentes de los anteojos roto mientras le brotaba sangre del ojo derecho, insoportable ver a los cosacos desenfundar los sables para despedazar al niño del cochecito —imágenes inolvidables, y por tanto imágenes que seguían engendrando pesadillas al cabo de cincuenta años—, y sin embargo, a la vez que se encogía de horror ante lo que estaba viendo, Ferguson estaba encantado, asombrado de que algo tan vasto y complejo como aquella secuencia hubiera podido filmarse alguna vez, la pura y simple magnitud de la energía desatada en aquellos minutos de metraje lo partieron en dos, y cuando terminó la película estaba tan destrozado, tan eufórico, tan lleno de júbilo, tan desorientado en una confusión de dolor y alborozo que se preguntó si alguna película volvería a afectarlo de aquel modo.

En el programa había otra película de Eisenstein —*Octubre*, conocida en inglés como *Diez días que conmovieron al mundo*—, pero cuando Andy le preguntó si quería verla, Ferguson negó con la cabeza y dijo que estaba demasiado agotado y necesitaba tomar el aire. De modo que salieron a la calle, sin saber muy bien lo que hacer a continuación. Andy sugirió que fueran a su casa, así prestaría a Ferguson su ejemplar de *La forma del cine* y *El sentido del cine* de Eisenstein y de paso podrían gorronear algo de merienda, y Ferguson, que no tenía planes para el resto del día, pensó: *¿Por qué no?* Durante el camino a la esquina de la calle Ciento siete Oeste con Amsterdam Avenue, el misterioso Andy Cohen reveló otros datos sobre su vida, en primer lugar que su madre era enfermera diplomada en el hospital St. Luke’s y aquel día tenía el turno de doce a ocho y cuando llegaran ella no estaría en casa (gracias a Dios), y luego que lo habían admitido en Columbia pero él había decidido ir en cambio al City College porque allí la matrícula era gratuita y su madre no podía permitirse el lujo de enviarlo a Columbia (pero qué gustazo enterarse de que tenía lo

que hacía falta para formar parte de la Ivy League, el grupo de las ocho universidades más importantes del país), así como el detalle de que por mucho que le gustara el cine aún más le gustaban los libros, y si todo salía según el plan, sacaría el doctorado y acabaría de profesor de literatura en alguna parte, quizá incluso —¡ja!— en Columbia. Mientras Andy hablaba y él escuchaba, se asombró de la enorme brecha que los separaba intelectualmente, como si los tres años que se llevaban representaran un viaje de varios cientos de miles de kilómetros que Ferguson aún debía emprender, y como se sentía tan ignorante en comparación con el inteligentísimo estudiante universitario que caminaba a su lado, se preguntó por qué Andy Cohen parecía tomarse tantas molestias para hacerse amigo suyo. ¿Era uno de esos solitarios que no tenían a nadie con quien hablar, se preguntó Ferguson, una persona tan falta de compañía que se contentaba con lo primero que se le presentara, aunque fuese en la forma de algún analfabeto de instituto? Si así era, no tenía mucho sentido. Algunas personas tenían defectos, por su carácter o por cuestiones físicas o mentales que tendían a aislarlos de los demás, pero Andy no parecía ser una de ellas. Era afable y relativamente bien parecido, no carecía de sentido del humor y mostraba generosidad (p. ej., el ofrecimiento de prestarle el libro); en resumen, alguien que podría incluirse en la misma categoría de personas que su primo Jim, que sólo era un año mayor que Andy y tenía muchos amigos, más de los que podían contarse con los dedos de una docena de manos. En realidad, ahora que Ferguson lo pensaba, el efecto que le producía la compañía de Andy no era muy distinto del que sentía estando con Jim: la confortable sensación de que alguien de más edad no lo miraba por encima del hombro, del mayor caminando por la calle con el más joven al mismo paso. Pero Jim era primo suyo, y era normal que un miembro de la familia lo tratara así, mientras que Andy Cohen, al menos de momento, era poco más que un desconocido para él.

El futuro profesor vivía en un pequeño apartamento de dos habitaciones en el tercer piso de un edificio de once plantas con aspecto de abandono, una de las muchas torres residenciales del Upper West Side que habían caído en la decrepitud desde el final de la guerra, antaño modesta vivienda de miembros de la clase media y ahora ocupado por una serie de gente que pasaba apuros y hablaba varias lenguas diferentes al otro lado de la puerta cerrada de sus viviendas. Mientras enseñaba a Ferguson las habitaciones escasamente amuebladas pero bien arregladas, Andy le explicó que su madre y él llevaban viviendo allí desde el tercer y definitivo infarto de su padre, y Ferguson comprendió que era el tipo de apartamento que su madre y él habrían alquilado de no haber dispuesto del dinero del seguro de vida para salir adelante en los duros años posteriores a la muerte de su propio padre. Ahora que su madre se había vuelto a casar y se ganaba bien la vida como fotógrafa, igual que Gil ganaba buen dinero escribiendo sobre música, se encontraban en una posición económica tan ventajosa con respecto a Andy y su pobre madre enfermera que Ferguson se sintió avergonzado de su buena fortuna, a la que él no había contribuido en absoluto, lo mismo que Andy tampoco había contribuido en nada a su suerte menos buena. No era que los Cohen fuesen pobres, exactamente (el frigorífico estaba bien provisto de alimentos, la habitación de Andy, abarrotada de libros de bolsillo), pero cuando Ferguson se sentó en la pequeña cocina para dar cuenta de uno de los sándwiches de salami que Andy había preparado, observó que en aquella casa

coleccionaban vales de comida y recortaban cupones de descuento del *Journal-American* y el *Daily News*. Su madre y Gil contaban los dólares y trataban de no despilfarrar, pero la madre de Andy contaba los centavos y gastaba todo lo que tenía.

Después de merendar en la cocina, pasaron al cuarto de estar y hablaron durante un rato de *Madame Bovary* (que Ferguson no había leído), *Los siete samuráis* (que Ferguson no había visto) y de otras películas del programa del Thalia para el mes siguiente. Entonces ocurrió algo extraño, o algo interesante, o algo extrañamente interesante, que en cualquier caso era inesperado, o al menos esa impresión daba al principio, pero entonces, cuando Ferguson se puso a pensarlo un poco, no tan insólito como parecía, porque en cuanto Andy le hizo la pregunta, Ferguson comprendió finalmente por qué se encontraba allí.

Estaba sentado en el sofá frente a Andy, que ocupaba una butaca junto a la ventana, y al cabo de una breve pausa en la conversación, Andy se inclinó hacia delante, miró a Ferguson durante un largo momento y luego, sin venir a cuento, preguntó: ¿Te la meneas alguna vez, Archie?

Ferguson, que hacía cerca de año y medio que se había convertido en un afanoso onanista, contestó de inmediato. Por supuesto, ¿acaso no lo hace todo el mundo?

Puede que todo el mundo no, repuso Andy, pero sí la mayoría. Es algo completamente natural, *n'est-ce pas?*

Cuando se es demasiado joven para tener verdaderas relaciones sexuales, ¿qué otra cosa puede hacerse?

¿Y en qué piensas, Archie? O sea, ¿qué te viene a la cabeza cuando te haces una paja?

Pienso en mujeres desnudas y lo bonito que sería estar con una mujer en vez de sacudírtela en el retrete.

Triste.

Sí, un poco triste. Pero es mejor que nada.

¿Y nadie te ha hecho nunca una paja? ¿Una de tus novias del instituto, quizá?

No, no puedo decir que haya tenido el placer.

A mí sí; unas cuantas veces.

Bueno, tú eres mayor que yo. Es lógico que hayas tenido más experiencias.

No muchas. Sólo tres, en realidad. Pero te puedo asegurar que es mucho mejor cuando alguien te la hace a ti que cuando te la haces tú solo.

Eso ya me lo creo. Sobre todo si la chica sabe lo que se hace.

No tiene por qué ser una chica, Archie.

¿Qué significa eso? ¿Me estás diciendo que no te gustan las chicas?

Las chicas me gustan mucho, pero por lo visto yo no les gusto a ellas. No sé por qué, pero nunca he tenido mucha suerte.

Entonces, ¿es que te han masturbado otros chicos?

Sólo uno. George, mi amigo de Stuyvesant, que tampoco tenía suerte con las chicas. Así que el año pasado decidimos experimentar; sólo para ver cómo era.

¿Y qué?

Fue fantástico. Nos masturbamos mutuamente esas tres veces, y los dos decidimos que daba igual quién te lo hiciese. Una chica o un chico; la sensación es la misma, ¿y a quién le importa que la mano que te coge la picha sea de una chica o de

un chico?

Nunca se me había ocurrido pensarlo.

No, a mí tampoco. Es lo que yo llamaría *un descubrimiento fundamental*.

¿Por qué sólo tres veces, entonces? Si a George y a ti os gustaba tanto, ¿por qué lo dejasteis?

Porque George está ahora en la Universidad de Chicago, y se ha echado novia por fin.

Mala suerte para ti.

Supongo, pero George no es la única persona del mundo. Estás tú, Archie, y si quieres, estaré encantado de hacerte una paja. Sólo para que sepas de lo que estamos hablando.

Pero ¿y si yo no quiero meneártela a ti? A George a lo mejor le gustaba hacer eso, pero a mí no creo que me interese. No es nada contra ti, Andy, pero a mí me gustan las chicas de verdad.

Yo jamás te pediría que hicieras una cosa que no quieres hacer. No estaría bien, y no soy partidario de presionar a la gente. Es que eres un chico muy simpático, Archie. Me gusta estar contigo, me gusta mirarte y me encantaría tocarte.

Ferguson le dijo que adelante. Tenía curiosidad, explicó, y Andy podía hacerle una paja si se empeñaba, pero sólo esta vez, añadió, y únicamente si apagaban las luces y echaban las persianas, porque algo así tenía que hacerse a oscuras, de modo que Andy se levantó de la butaca y fue apagando las luces una por una y echó las persianas, y en cuanto concluyó esa tarea se sentó en el sofá junto al inquieto y un tanto alarmado Ferguson, le bajó la cremallera de los pantalones y puso manos a la obra.

A Ferguson le gustaba tanto que empezó a gemir, en cuestión de segundos su blando y nervioso pene empezó a ponerse rígido y a alargarse gradualmente a cada caricia de la mano del chico mayor, que era una mano experimentada y muy entendida, pensó Ferguson, una mano que parecía saber exactamente lo que necesitaba y quería una picha en su travesía del reposo a la excitación y más allá, las exquisitas alternancias entre bruscas y suaves manipulaciones, mucho, contestó cuando Andy le preguntó si le gustaba, y entonces Ferguson se desabrochó el cinturón y se bajó los pantalones y los calzoncillos hasta las rodillas, dando a la maravillosa mano más espacio para operar, y de pronto la otra mano estaba también sobre él, toqueteándole los huevos mientras la primera mano trabajaba en lo que ya era una erección a gran escala, la polla del Ferguson de quince años justo al límite de sus posibilidades, y de nuevo Andy le preguntó si le gustaba, pero esta vez Ferguson sólo pudo emitir un gruñido, una respuesta sin palabras mientras el placer le recorría los muslos y le subía por las ingles y concluía bruscamente el viaje al más allá.

Ahora ya lo sabes, dijo Andy.

Sí, ahora Ferguson lo sabía.

Sólo dos minutos y medio, le informó Andy.

Los mejores dos minutos y medio de su vida, pensó Ferguson, y luego echó un vistazo a su camisa, que le resultaba visible ahora que los ojos se le habían acostumbrado a la oscuridad, y vio que estaba salpicada de manchas de la eyaculación.

Maldita sea, dijo. Fíjate en mi camisa.

Andy sonrió, le dio unas palmaditas en la cabeza y luego se inclinó y le musitó al oído: Oiga, ¿usted se la menea a menudo? No, Menudo me la menea a mí.

Ferguson, que nunca había oído ese chascarrillo escolar, dejó escapar una larga carcajada de sorpresa. Luego Andy recitó un epigrama subido de tono sobre un joven inocente, otro clásico que el ingenuo Ferguson aún no conocía, y el joven, que estaba perdiendo rápidamente su inocencia, rompió de nuevo a reír.

Cuando se restableció la calma, Ferguson se subió los pantalones y se levantó del sofá. Bueno, dijo, creo que tendré que dar un agua a la camisa, y mientras salía del cuarto de estar en dirección a la cocina desabrochándose los botones y Andy se ponía en pie para seguirlo, explicó que la camisa era nueva, un regalo de cumpleaños de su madre y su padrastro, y no tenía más remedio que quitar las manchas si no quería encontrarse en la desagradable situación de que le hicieran preguntas que preferiría no contestar. Dale rápido, dijo, quita las manchas antes de que se asienten en el tejido y *destruye las pruebas*.

Mientras estaban de pie frente al fregadero, Andy preguntó a Ferguson si era la clase de tipo que se conformaba con una vez o alguien con la capacidad de aguantar una o dos sesiones más. Ferguson, que había olvidado lo de *sólo esta vez*, le preguntó qué tenía pensado. Algo estupendo, dijo Andy, sin querer revelar el secreto, pero le aseguró que superaría los placeres del sofá del cuarto de estar y le gustaría aún más de lo que le había gustado antes.

Las manchas se concentraban en la parte inferior de la camisa, desde la mitad de los faldones a una zona entre el penúltimo y antepenúltimo botón, y las lavó Andy, con bastante rapidez y sólo con unos pocos restregones, y cuando terminó la tarea, Andy llevó la camisa mojada a su habitación y la puso en una percha, que colgó del pomo de la puerta del armario. Ahí la tienes, dijo, ha quedado como nueva.

A Ferguson le conmovió la ternura de aquel pequeño gesto, que demostraba lo afectuoso y considerado que era Andy, y le gustó que lo adorasen de aquella forma, que se ocupara de él alguien lo bastante amable para lavarle la camisa y colgarla en una percha, por no mencionar la amabilidad de hacerle una paja sin pedir lo mismo a cambio. Cualesquiera dudas o aprensiones que Ferguson hubiera tenido al principio ya habían desaparecido, y cuando Andy le sugirió que se quitara la ropa y se tumbara, Ferguson se desnudó alegremente y se echó en la cama, a la espera de aquella cosa tan agradable que estaban a punto de hacerle. Comprendía que la mayoría de la gente habría fruncido el ceño ante lo que estaba haciendo, que había penetrado en el peligroso territorio de los impulsos desviados y prohibidos, en Maricolandia con todo su esplendor lascivo y vicioso, y si alguien descubría que había viajado por aquel perverso país se reirían de él, lo odiarían y posiblemente hasta le darían una paliza, pero nadie iba a saberlo porque nadie se enteraría, y si aquello permanecía oculto, nunca sería un secreto vergonzoso, porque lo que estaba haciendo con Andy no le daba esa sensación, y la sensación que él tuviese era lo único que importaba.

La picha se le puso dura otra vez mientras Andy le pasaba la palma de las manos por el cuerpo desnudo, y cuando Andy se metió en la boca su polla tiesa y le hizo la primera mamada de su vida, Ferguson ya estaba lejos de plantearse si era una chica o un chico quien se la hacía.

No estaba muy seguro de qué pensar. Innegablemente, los dos orgasmos que aquel día lo transportaron dentro y fuera de su ser en el apartamento de Andy constituyeron los placeres físicos más intensos y gratificantes que había experimentado jamás, pero al mismo tiempo los medios empleados a tal fin fueron puramente mecánicos, una operación unilateral en la que Andy le hizo lo que él no tenía deseos de hacer a Andy. Lo que habían hecho, pues, no podía clasificarse como relaciones sexuales en el sentido estricto del término, al menos no como Ferguson las entendía, porque las relaciones siempre habían sido para él cosa de dos y no de uno, la expresión física de un estado emocional extremo, el deseo vehemente hacia otra persona, y en este caso no había habido deseo, ni emoción ni nada salvo el deseo de su picha, de donde se desprendía que lo sucedido con Andy no eran relaciones sexuales sino una forma más elevada, más placentera, de masturbación.

¿Acaso le atraían los chicos? Hasta entonces, nunca se lo había preguntado, pero ahora que había permitido que Andy le hiciera una paja y se la mamase y le pasara las manos por el cuerpo desnudo, empezó a prestar más atención a los chicos del instituto, sobre todo a quienes conocía más y le caían mejor, entre los que se incluían todos los del equipo de baloncesto de primero, a los que montones de veces había visto desnudos en las duchas o el vestuario sin darle mayor importancia, pero ahora que se ponía a pensarlo, intentó imaginarse cómo sería besar en los labios al elegante Alex Nordstrom, un beso de verdad, metiéndose mutuamente la lengua en la boca, o hacer una paja al musculoso Brian Mischevski hasta que se corriera sobre su estómago desnudo, pero ninguna de tales escenas produjo mucha reacción en Ferguson, no porque le repugnaran ni le asustara la idea de entregarse a verdaderas relaciones sexuales con un chico, y si al final resultaba que era maricón sin saberlo, quería estar seguro ahora, más allá de toda duda o posibilidad de error, pero el caso era que la idea de abrazar a otros chicos no lo excitaba, no hacía que la picha se le pusiera dura, no le llenaba de los lujuriosos pensamientos que brotaban de los manantiales del deseo más profundo. Pero Amy sí lo excitaba, e incluso ahora, pensar en la que nunca podría tocar ni besar otra vez, su primer amor perdido, seguía llenándolo de las ansias más profundas, y también lo excitaba Isabel Kraft, sobre todo después de que la vio andar por ahí con un bikini rojo el pasado 28 de junio, en una excursión a Far Rockaway con un grupo de diez, y cuando pensó en los cuerpos desnudos de sus compañeros y los comparó con el cuerpo casi desnudo de Isabel Kraft, comprendió que las chicas lo excitaban y los chicos no.

Pero a lo mejor se estaba engañando a sí mismo, pensó, tal vez se equivocaba al creer que las emociones formaban parte fundamental de las relaciones sexuales, quizá debería considerar las diversas prácticas sexuales sin amor que procuraban liberación física y no implicaban emociones de ningún tipo, la masturbación, por ejemplo, o los hombres que follaban con putas, y cómo era eso en relación con lo que había sido estar con Andy, sexualidad sin besos ni sentimientos, sexualidad con el único propósito de alcanzar el placer físico, y quizá el amor no tuviera nada que ver con ello, tal vez el amor no fuese más que una palabra de altos vuelos para encubrir los oscuros e incontrolables requerimientos de la lujuria animal, y si estabas a oscuras y no veías a la persona que te estaba tocando, ¿qué más daba cómo te las arreglabas para que se esparciera tu vitalidad?

Pregunta sin respuesta. Sin contestación porque Ferguson sólo tenía quince años, y el tiempo lo convertiría en un hombre que buscaba la compañía de mujeres o en un hombre que buscaba la compañía de hombres o en un hombre que buscaba la compañía tanto de mujeres como de hombres, pero era muy pronto para saber quién era o qué quería en lo referente a cuestiones sexuales, debido a que en aquel momento de su vida, que también era un momento de la historia, un instante concreto en aquel país en particular, Estados Unidos en la primera mitad de 1962, tenía prohibido acostarse con miembros de lo que él consideraba el sexo apropiado, porque aun logrando recuperar el cariño de Amy Schneiderman o conquistar sorpresivamente a Isabel Kraft, ninguna de esas dos chicas estaría dispuesta a hacerle lo que Andy Cohen ya le había hecho, y ahora que su cuerpo se había desarrollado para convertirse en el cuerpo de un hombre, seguía viéndose atrapado en un mundo infantil de virginidad forzosa, incluso cuando llegaba al momento en que ansiaba mantener relaciones con una pasión inigualada en ningún otro momento de su vida, y como el único contacto sexual de que disponía en aquel momento de deseo frustrado era con alguien perteneciente al sexo inapropiado, se presentó en el Thalia Theater al siguiente sábado por la tarde para ver *Rashomon* con Andy Cohen, no porque hubiese tomado un afecto especial al chico del City College que vivía con su madre en la esquina de Amsterdam Avenue con la calle Ciento siete Oeste, sino porque las cosas que le hacía aquel chico le gustaban tanto, tan extremada y extraordinariamente le gustaban, que no era posible resistirse a la sensación que producían.

La segunda vez se lanzaron con mayor rapidez, prescindiendo de los preliminares del sofá del cuarto de estar y encaminándose derechos a la habitación de Andy, donde ambos se desnudaron, y aunque Ferguson no se decidía a tocar a Andy donde él quería que le tocase, hacerle una paja igual que Andy se la hacía a él, vio cómo Andy se la hacía a sí mismo y no le importó cuando la lefa acabó en su pecho, que le produjo una sensación bastante agradable, en realidad, su calor, su brusquedad, y luego la languidez de la mano de Andy moviéndose despacio mientras frotaba la eyaculación por la piel de Ferguson. Ahora ya se estaba convirtiendo más en cosa de dos, menos cosa de uno solo y más de pasar de las bondades de una paja gloriosa a algo aún mejor, a algo más parecido a unas relaciones sexuales, y durante tres sábados seguidos después de la segunda vez que estuvieron juntos, los sábados de *El ángel azul*, *Tiempos modernos* y *La Notte*, Ferguson fue abandonándose poco a poco a las seducciones cada vez más audaces de Andy, ya sin refrenarse ante las incitaciones de la lengua que le recorría el cuerpo de arriba abajo, ya sin asustarse cuando lo besaban ni para besar a su vez, ya sin dudar en coger el rígido miembro de Andy y metérselo en la boca, porque la reciprocidad era fundamental, comprendió Ferguson, dos era infinitamente más satisfactorio que uno solo, y únicamente seduciendo al seductor podía agradecerle el placer de ser seducido. En contraposición a Ferguson, Andy era blando y flojo, alto y delgado pero con el cuerpo sin músculos de quien nunca hacía deporte ni ejercicio alguno, y le fascinaba la firmeza de los músculos de Ferguson, los que Ferguson había trabajado para el baloncesto levantando pesas y haciendo cien flexiones y cien abdominales todas las noches, y una y otra vez Andy le repetía lo hermoso que era, pasándole la mano por el firme estómago y maravillándose de su plana superficie, hablándole de la belleza de su

rostro, de su precioso culo, de su encantadora polla, de que sus piernas eran admirables, tanta *belleza* que el segundo de los tres últimos sábados que pasaron juntos Ferguson empezó a agobiarse un poco, como si Andy le hablara de la forma en que él (Ferguson) hablaría de una chica, que era otro asunto sobre el que Ferguson empezaba a tener dudas, la cuestión de las chicas, porque cada vez que mencionaba la extraordinaria belleza de Isabel Kraft y lo mucho que aún quería a Amy Schneiderman, Andy fruncía el ceño y soltaba algún comentario insultante sobre las chicas en general, diciendo que el cerebro femenino era genéticamente inferior al del hombre, por ejemplo, o que el coño era una cloaca de infección y enfermedades, declaraciones desagradables, ridículas, que parecían sugerir que Andy no había dicho la verdad en marzo cuando afirmó que le gustaban las chicas, porque ni siquiera su madre se libraba de aquellas amargas repulsas, y cuando Ferguson oyó que la llamaba *vaca triste y estúpida* y en otra ocasión la calificó de *repugnante bañera llena de mierda*, le respondió diciendo que él quería a su madre más que a nada en el mundo, a lo que Andy replicó: *No es posible, chaval, simplemente no es posible*.

Más adelante, Ferguson comprendió lo mucho que había malinterpretado la situación desde el principio. Había supuesto que Andy era otro chico con una libido muy intensa, como él, sin suerte con las chicas y por tanto dispuesto a probar con un chico, dos chicos dándose un revolcón simplemente para pasárselo bien, diversión follátil para vírgenes adolescentes, pero nunca se le había pasado por la cabeza que de todo aquello pudiera salir algo serio. Entonces, en el último sábado que pasaron juntos, sólo minutos antes de que Ferguson se marchara, cuando aún estaban en la cama, aún desnudos, aún sudorosos y jadeantes, agotados ambos por los esfuerzos del último cuarto de hora, Andy abrazó a Ferguson y le dijo que lo quería, que Ferguson era el amor de su vida y que jamás dejaría de quererlo, ni siquiera después de muerto.

Ferguson no dijo nada. Cualquier palabra habría sido desacertada en aquel momento, así que contuvo la lengua y se calló. Qué pena, pensó, qué triste y desmoralizador había sido crear aquella caótica situación, pero no quería herir los sentimientos de Andy explicándole los suyos propios, que se reducían a que él no lo quería y jamás podría quererlo en la vida, y aquello era el adiós, y qué lástima que tuviera que terminar así porque se lo había pasado mejor que nunca en la vida, pero, maldita sea, no podía decirle eso, ¿y cómo había sido tan estúpido?

Besó a Andy en la mejilla y sonrió. Tengo que largarme, dijo.

Ferguson saltó de la cama y empezó a ponerse la ropa tirada por el suelo.

Andy dijo: ¿A la misma hora la semana que viene?

¿Qué echan?, preguntó Ferguson mientras se ponía los vaqueros y se abrochaba el cinturón.

Dos de Bergman. *Fresas salvajes* y *El séptimo sello*.

Ay.

¿Ay? ¿Por qué ay?

Acabo de acordarme. El sábado que viene tengo que ir a Rhinebeck con mis padres.

Pero si todavía no has visto ninguna de Bergman. Eso es más importante que un día con mamá y papá, ¿no?

Puede. Pero tengo que ir con ellos.

¿A la otra semana, entonces?

Ferguson, que en ese momento se estaba poniendo los zapatos, murmuró un *Ajá* apenas audible.

No vas a venir, ¿verdad?

Andy se incorporó en la cama y repitió las palabras a voz en cuello: *No vas a venir, ¿verdad?*

Pero ¿qué dices?

¡Cabrón!, gritó Andy. ¡Te he abierto mi corazón y tú no has dicho ni puta palabra!

¿Qué quieres que te diga?

Ferguson se subió la cremallera de la cazadora de primavera y se dirigió a la puerta.

A la mierda, Archie. Ojalá te caigas por las escaleras y te mates.

Ferguson salió del apartamento y bajó por las escaleras.

No se mató.

En cambio, fue andando a casa, se metió en su habitación y se tumbó en la cama, en donde se pasó las dos horas siguientes mirando al techo.

3.4

El primer sábado de 1962, tres días después de que Ferguson entregara su trabajo de novecientas palabras sobre Jackie Robinson, los otros seis jugadores del equipo de baloncesto de la Asociación Hebrea de Jóvenes y él viajaron desde su sede en West Orange hasta un gimnasio de Newark para disputar un partido matinal contra un equipo de la Asociación Cristiana de Jóvenes del Distrito Centro. Había otros dos partidos previstos en la misma pista inmediatamente después, y las gradas estaban abarrotadas de miembros de los otros cuatro equipos junto con amigos y parientes de los jugadores, sin contar al equipo contra el que Ferguson y sus amigos estaban a punto de enfrentarse en la primera parte de la triple competición, lo que sumaba una multitud compuesta por ochenta o noventa personas. Salvo por los siete chicos blancos de la Asociación Hebrea y su entrenador, un profesor de matemáticas del instituto llamado Lenny Millstein, todos los presentes en el gimnasio aquella mañana eran negros. No había nada insólito en ese hecho, porque los chicos de West Orange solían jugar en la Liga de Alevines del condado de Essex contra equipos de jugadores negros de la Asociación Cristiana, pero lo que sí era insólito aquella mañana en Newark era la cantidad de espectadores, cerca de cien personas en lugar de las habituales diez o doce. Al principio, nadie parecía prestar mucha atención a lo que pasaba en la pista, pero cuando el partido acabó en empate y tuvieron que recurrir a la prórroga, la gente que había ido a ver los otros dos partidos empezó a impacientarse. Por lo que Ferguson veía, a la multitud no le importaba qué equipo ganaba o perdía —sólo quería que acabara el juego para que los demás partidos pudieran empezar—, pero resultó que los cinco minutos de prórroga terminaron con otro marcador igualado, y el estado de ánimo de los espectadores pasó de la impaciencia a la agitación. Que sacaran a esos payasos de la pista, sí, pero como uno de aquellos dos equipos tenía que acabar ganando, entonces los espectadores empezaron a jalear a los de Newark en contra de los chicos de las zonas residenciales de las afueras, cristianos contra judíos, negros contra blancos. Normal, dijo Ferguson para sí cuando empezó la segunda prórroga, era natural que la gente animara al equipo de casa, comprensible que la gente gritara desde las gradas en un partido igualado, lógico que los espectadores insultaran a los jugadores del equipo visitante, pero cuando la segunda prórroga acabó con otro empate, todo pareció inflamarse al instante: el pequeño y destartalado gimnasio del centro de Newark se llenó de ardientes gritos, y un partido sin importancia entre muchachos de catorce años se convirtió en un sangriento combate simbólico entre *nosotros y ellos*.

Ambos equipos estaban jugando mal, fallaban nueve de cada diez tiros y desperdiciaban la tercera parte de los pases, estaban cansados y distraídos por el ruido de la multitud, haciendo ambos lo que podían para ganar pero jugando como si quisieran perder. La multitud era unánime en su apoyo a un solo equipo, rugiendo y pateando el suelo cada vez que un jugador de Newark forcejeaba para rechazar un rebote o interceptaba una asistencia, abucheando con escarnio siempre que un jugador de West Orange lanzaba un tiro en suspensión o hacía un pase picado,

aullando en estridente éxtasis cada vez que Newark marcaba una canasta, gritando en prolongadas ráfagas de indignación y furia cuando West Orange respondía a su vez anotando un tanto. Con diez segundos restantes en el reloj, Newark ganaba por un punto. Lenny Millstein reclamó tiempo muerto, y mientras los jugadores de West Orange se congregaban en torno a su entrenador, el clamor de las gradas era tan ruidoso que tuvo que levantar la voz para hacerse oír, el sabio Lenny Millstein, que no sólo era un baloncestista excelente sino también una bella persona, que sabía cómo manejar a muchachos de catorce años porque comprendía que ésa era la peor edad posible en el calendario de la vida humana, y por tanto todos los que tenían esa edad eran seres confusos y fracturados, ninguno de ellos niño y tampoco adulto, ni muy bien de la cabeza ni a gusto con su cuerpo sin desarrollar, y en el horno de aquel estadio claustrofóbico de forofos agresivos y aulladores, el hombre astuto de cabello rubio y rizado que utilizaba un enfoque divertido y nada disciplinario para dirigir el equipo, gritaba a sus pupilos recordándoles cómo romper una presión a toda pista, y antes de que los chicos pusieran la mano derecha encima de la de Lenny por un último *¡Vamos!*, el hombre de treinta y cuatro años, marido y padre de dos hijos, señaló una puerta de salida en la pared lateral del gimnasio y dijo a los chicos que pasara lo que pasase en los próximos diez segundos, ya ganaran o perdieran el partido, en el mismo instante en que sonara el último bocinazo todos debían salir corriendo por aquella puerta y subirse a su ranchera, estacionada junto a la acera, porque, según dijo, *las cosas se están poniendo un poco histéricas aquí dentro*, y no quería que nadie saliera lesionado o muerto en el tumulto que seguro iba a producirse después. Entonces las cinco manos y la otra mano se juntaron, Lenny gritó el último *¡Vamos!*, y Ferguson y los demás del quinteto inicial volvieron trotando a la pista.

Fueron los diez segundos más largos de la vida de Ferguson, un absurdo ballet a alta velocidad que parecía desarrollarse a cámara lenta porque él era el único jugador en la pista que no se movía, clavado en su posición frente al círculo de tiro libre para recibir un largo y desesperado pase si todo lo demás fallaba, la última de varias posibilidades extremas, y por esa razón podía verlo todo desde donde se encontraba, la danza entera bruscamente grabada en el espacio, vívida e indeleble, evocada una y otra vez en los meses y años siguientes, jamás olvidada en ningún momento de su vida, el pase por dentro de Mike Nadler a Mitch Goodman después de fintar un salto, agitando los brazos frente a un defensor de Newark, el pase de media vuelta sin regateo de Goodman a Alan Schaeffer en mitad de la pista, y luego el empujón de Schaeffer para lanzar un tiro sin visibilidad mientras el reloj pasaba de tres segundos a dos, a uno, seguido del asombro en la cara regordeta de Schaeffer mientras la pelota recorría su inverosímil trayectoria por el aire y pasaba limpiamente por el aro sin tocar los bordes, la victoria en el último segundo con el enceste más largo de la historia de la Liga de Alevines del condado de Essex, un final para superar todos los demás finales hasta el fin de los tiempos.

Vio que Lenny salía brincando en dirección a la puerta lateral. Como jugador de West Orange que se encontraba a mayor distancia de aquella puerta, Ferguson echó a correr antes que nadie, se lanzó a la carrera nada más ver que la pelota entraba por el aro, ni siquiera se detuvo a felicitar a Schaeffer ni a celebrar la victoria, porque Lenny tenía razón al sospechar tumulto, y ahora que a Newark se le había escamoteado la

victoria, la gente del gimnasio estaba hecha una furia. Un aullido de conmoción colectiva para empezar, ochenta o noventa cerebros derrotados al ver aquella canasta de chiripa, de pura suerte, y un instante después la mitad del gentío invadía la pista, gritando de ira e incredulidad, un ejército de chicos de entre trece y quince años, cuatro docenas de muchachos negros queriendo destrozar a media docena de chicos blancos por la injusticia que acababa de cometerse, y por unos momentos mientras cruzaba a todo correr la pista, Ferguson se sintió en verdadero peligro, con miedo a que la turba lo alcanzara y lo tirase al suelo, pero logró pasar entre la laberíntica aglomeración de cuerpos con sólo un puñetazo azaroso contra su brazo derecho, un golpe que le dolió y le siguió doliendo durante las dos horas siguientes, y luego salía por la puerta y corría hacia la ranchera de Lenny sintiendo el aire frío de aquella funesta mañana de enero.

Así acabaron aquellos disturbios raciales en miniatura que en realidad no llegaron a producirse. Durante todo el trayecto a casa, los demás chicos armaron jolgorio en el coche en una oleada de vítores de alto octanaje, reviviendo una y otra vez los diez últimos segundos del partido, congratulándose de haber escapado a la ira vengativa de la multitud, realizando fingidas entrevistas a Schaeffer, aún incrédulo y sonriendo sin parar, riendo, riendo, tantas carcajadas que el aire mismo estaba henchido de júbilo, pero Ferguson no tomaba parte en eso, no podía participar porque no tenía deseos de reír, aun cuando el lanzamiento de Schaeffer en el último segundo había sido una de las cosas más geniales e increíbles que hubiera visto jamás, pero la victoria se había echado a perder por los sucesos inmediatamente posteriores al partido, y el puñetazo le seguía doliendo, y el motivo de aquel golpe le dolía aún más que el mamporro que seguía lacerándole el brazo.

Lenny era el otro ocupante del coche que no se reía, el único que también parecía entender las sombrías implicaciones de lo que había pasado en el gimnasio, y por primera vez en la temporada reprendió a los chicos por su juego descuidado e incompetente, desestimando el tiro desde quince metros de Schaeffer como un accidente y preguntándoles por qué no habían dado una paliza a aquel equipo tan mediocre ganándole por veinte puntos. Los demás tomaron sus palabras como una señal de que estaba disgustado, pero Ferguson comprendió que no estaba enfadado sino preocupado, asustado o desanimado, o las tres cosas a la vez, y que el partido no significaba nada a la luz de la desagradable escena que se había producido al final.

Era la primera vez que Ferguson veía cómo una multitud se convertía en una turba desquiciada, y por difícil que resultara asimilarla, la lección irrefutable que aprendió aquella mañana era que a veces la muchedumbre podía expresar una verdad oculta que ningún individuo aislado se hubiera atrevido a manifestar, en este caso la verdad acerca del resentimiento e incluso odio que muchos negros sentían hacia los blancos, que no era menos intenso que el resentimiento e incluso odio que muchos blancos sentían hacia los negros, y Ferguson, que acababa de pasar los últimos días de las vacaciones de Navidad escribiendo un trabajo sobre el coraje de Jackie Robinson y la necesidad de una completa integración en todos los aspectos de la vida en Estados Unidos, no podía sino sentirse preocupado, asustado y desanimado por lo que había pasado en Newark aquella mañana, quince años después de que Jackie Robinson hubiera jugado su primer partido con los Brooklyn Dodgers.

Dos lunes después del sábado de Newark, la señora Baldwin, erguida frente a la clase de inglés de noveno, anunció que Ferguson había ganado el primer premio del concurso de redacción. El segundo premio fue para Amy Schneiderman por su *impresionante encomio de la vida de Emma Goldman*, y qué orgullosa estaba de los dos, declaró la señora Baldwin, de que los dos primeros premios hubiesen ido a parar a la misma clase, *a su clase*, que era una de las trece de noveno grado que había en el instituto, y ni una sola vez en todos sus años de enseñanza en el primer ciclo de secundaria de Maplewood se le había *concedido el privilegio de tener dos vencedores en el concurso anual de redacción*.

Bien por la señora Baldwin, pensó Ferguson mientras veía cómo su némesis literaria se regodeaba del doble triunfo de espaldas a la pizarra, como si fuese ella la autora de los dos trabajos, y por contento que estuviera Ferguson de ser el ganador entre los trescientos cincuenta alumnos de su curso, comprendía que la victoria no tenía importancia alguna, no sólo porque cualquier cosa que la señora Baldwin considerase buena había de ser mala sino porque él mismo se había vuelto en contra de su propio trabajo desde el desastre del gimnasio de Newark, sabiendo que lo que había escrito era demasiado ingenuo y optimista para que tuviera sentido en el mundo real, que si bien Jackie Robinson merecía todas las alabanzas que Ferguson le había dedicado, eliminar del béisbol la segregación racial era simplemente un paso diminuto en la lucha más amplia que iba a durar muchos años, sin duda más que la vida del propio Ferguson, quizá un siglo o dos más, y que comparado con su retrato vacío e idealista de una Norteamérica transformada, el trabajo de Amy sobre Emma Goldman era mucho mejor, porque no sólo estaba mejor escrito y mejor estructurado sino que era a la vez más sutil y más apasionado, y la única razón de que no le hubieran dado el primer premio era porque el instituto no podía conceder la cinta azul a una redacción sobre una *anarquista revolucionaria* que, por definición, debía considerarse una norteamericana enteramente antinorteamericana, una persona tan radical y peligrosa que acabó deportada de su propio país.

La señora Baldwin seguía con su perorata frente a la clase, explicando que los tres ganadores de cada curso leerían sus redacciones en voz alta durante una reunión de todo el instituto prevista para el viernes por la tarde, y cuando Ferguson lanzó una mirada a Amy —sentada en la fila de delante, dos pupitres a la derecha— le divirtió el hecho de que en el mismo instante en que sus ojos se posaban en la espalda de la muchacha, justo en medio de sus omoplatos, ella volvía la cabeza hacia él, como si hubiera sentido el roce de su mirada, y, aún más gracioso, una vez que sus ojos se encontraron, ella arrugó el ceño y le sacó la lengua, como diciendo: Mierda para ti, Archie Ferguson, tenía que haber ganado yo y lo sabes, y cuando Ferguson le sonrió y se encogió de hombros, como diciendo: Tienes razón, pero ¿qué le vamos a hacer?, la ceñuda expresión de Amy se trocó en sonrisa, y un momento después, incapaz de contener la carcajada que se le agolpaba en la garganta, dejó escapar uno de sus extraños bufidos, un ruido brusco y fuerte que indujo a la señora Baldwin a interrumpir su disertación y preguntar: ¿Va todo bien, Amy?

Perfectamente, señora Baldwin, contestó Amy. Se me ha escapado un eructo. Sé que es impropio de una señorita, pero no he podido evitarlo. Lo siento.

Ferguson siempre había oído decir que la vida era como un libro, una historia que empezaba en la primera página y seguía adelante hasta que el protagonista moría en la página 204 o 926, pero ahora que el futuro que imaginaba para sí había cambiado, su concepción del tiempo también se estaba modificando. El tiempo se movía tanto hacia delante como hacia atrás, según descubrió, y como las historias de los libros sólo podían moverse hacia delante, la metáfora del libro no tenía sentido. En todo caso, la vida se asemejaba más a la estructura de un periódico sensacionalista, con grandes acontecimientos como el estallido de una guerra o una matanza en el mundo del hampa en primera página y noticias menos importantes en las páginas siguientes, pero la última página también llevaba un titular, la noticia más sustanciosa del trivial pero absorbente mundo del deporte, y los artículos deportivos se leían casi siempre al revés, pasando las páginas de izquierda a derecha en vez de derecha a izquierda como se hacía con los artículos del principio, avanzando marcha atrás como con un texto en hebreo o japonés, acercándose cada vez más a la mitad del periódico, y cuando se llegaba a la tierra de nadie de los anuncios por palabras, que no valía la pena leer a menos que se buscaran clases de trombón o una bicicleta usada, se saltaba uno esas páginas hasta llegar al territorio central de los anuncios de películas, críticas teatrales, la columna de consejos de Ann Landers y los editoriales, punto en el cual, si se había empezado a leer por atrás (como Ferguson, entusiasta de los deportes, solía hacer), podía seguirse hacia delante hasta la primera página. El tiempo se movía en dos direcciones porque cada paso hacia el futuro arrastraba un recuerdo del pasado, y aunque Ferguson todavía no había cumplido los quince, había acumulado suficientes recuerdos para saber que su mundo interior iba configurando sin cesar el mundo que lo rodeaba, igual que la experiencia del mundo de cualquiera se iba formando a partir de los propios recuerdos, y aunque todas las personas estaban vinculadas por el espacio común que compartían, sus respectivos viajes a través del tiempo eran completamente distintos, lo que significaba que cada individuo vivía en un mundo ligeramente diferente al de todos los demás. La cuestión era: ¿qué mundo habitaba Ferguson ahora, y cómo había cambiado ese mundo para él?

En primer lugar, ya no iba a ser médico. Había pasado dos años residiendo en un futuro lejano de noble sacrificio y generosa prodigalidad, siendo completamente distinto de su padre, trabajando no por dinero y la adquisición de Cadillacs verde lima sino a beneficio de la humanidad, un médico que trataría a los pobres y oprimidos mediante la creación de clínicas gratuitas en las peores barriadas urbanas, que viajaría a África para trabajar en hospitales instalados en tiendas de campaña durante epidemias de cólera y mortíferas guerras civiles, un personaje heroico para los muchos que dependían de él, un hombre de honor, un santo lleno de compasión y coraje, pero entonces apareció el perspicaz Noah Marx para echar abajo el escenario de aquellas estrafalarias alucinaciones, que en realidad constituían el meollo de sentimentaloides novelas sin carácter y de sensibleras películas de Hollywood sobre médicos, una apropiada visión de una vocación futura que Ferguson no había encontrado en su interior sino que siempre había contemplado desde fuera, como viendo al protagonista de un film en blanco y negro de los años treinta cuya bonita esposa también hiciera las veces de compañera y enfermera y apareciese por el borde de la pantalla mientras sonaba una enternecedora música de fondo, nunca el

verdadero Ferguson con su compleja y atormentada vida interior sino un personaje semejante a un juguete mecánico surgido del deseo de forjarse un destino heroico, lo que demostraría que él, de manera singular, era mejor que ningún otro hombre del planeta, y ahora que Noah le había demostrado lo muy engañado que estaba, Ferguson sentía vergüenza de sí mismo por haber dilapidado tanta energía en aquellos sueños infantiles.

Al mismo tiempo, Noah se equivocaba al pensar que tenía algún interés en ser escritor. Cierto que leer novelas era uno de los placeres fundamentales que la vida ofrecía, y también que alguien tenía que escribirlas para dar a la gente ocasión de experimentar ese placer, pero por lo que a Ferguson concernía, ni leer ni escribir constituían una actividad heroica, y en ese punto de su tránsito a la edad adulta su única ambición para el futuro era, tal como expresaba su autor favorito, convertirse en *el héroe de su propia vida*. Para entonces Ferguson había leído su segundo Dickens, hasta la última de las 814 páginas de aquel largo y sinuoso tocho a través de la vida ficticia de la criatura preferida del autor, novela consumida íntegramente en las dos semanas de vacaciones de Navidad, y ahora que su maratoniana orgía lectora había llegado a su fin, Ferguson se vio enfrentado con su imaginario compañero del año anterior, Holden Caulfield, que había hablado pestes de Dickens con su comentario acerca de *esa mierda sobre David Copperfield* en la primera página de *El guardián entre el centeno,* porque ahora los libros empezaban a hablar con libros en la cabeza de Ferguson, y por bueno que hubiera sido J. D. Salinger no le llegaba ni a la altura del zapato a Charles Dickens, y mucho menos si el viejo maestro calzaba un par de sólidos zapatos ingleses llamados Hank y Frank. No, jamás habría la menor duda sobre eso: leer ficción era muy divertido, y escribir también lo era (diversión mezclada con angustia, lucha y frustración, pero divertido a pesar de todo, de ahí que en los anales de los logros humanos nada superase al placer de escribir una buena frase; en especial si empezaba siendo mala e iba mejorando gradualmente a medida que se la escribía cuatro veces), y cualquier cosa que fuese tan divertida y procurase tanto placer no podía, por definición, considerarse heroica. Olvidada la cantinela del santo doctor, había innumerables posibilidades heroicas que Ferguson podía imaginarse, entre ellas la carrera jurídica, por ejemplo, y dado que soñar despierto era una especialidad en la que seguía sobresaliendo por encima de todas las demás, y en particular soñar despierto con el futuro, se pasó unas cuantas semanas figurándose en salas de tribunal donde su elocuencia salvaba de ir a la silla eléctrica a hombres injustamente acusados mientras los miembros del jurado se derrumbaban, rompiendo a llorar al término de cada uno de sus alegatos finales.

Entonces cumplió los quince, y en la cena de cumpleaños que se celebró en su honor en el Waverly Inn de Manhattan, una fiesta que incluía a sus padres, sus abuelos, la tía Mildred, el tío Don y Noah, Ferguson recibió de cada miembro de la familia uno o varios regalos, un cheque de cien dólares de su madre y su padre, otro de cien dólares de sus abuelos y tres paquetes procedentes del contingente de los Marx, una caja con los últimos cuartetos de cuerda de Beethoven de la tía Mildred, un libro de tapa dura de parte de Noah titulado *Los chistes más graciosos del mundo* y cuatro libros de bolsillo de autores rusos del XIX de parte del tío Don, obras que Ferguson conocía por su fama pero que aún no se había tomado la molestia de leer:

Padres e hijos de Turguéniev, *Almas muertas* de Gógol, *Tres novelas cortas* de Tolstói (*Amo y criado*, *La sonata a Kreutzer*, *La muerte de Iván Ilich*) y *Crimen y castigo* de Dostoievski. El último de esos títulos fue el que puso fin a las burdas fantasías de Ferguson de convertirse en el nuevo Clarence Darrow, porque leer *Crimen y castigo* lo transformó, *Crimen y castigo* fue el rayo que cayó de los cielos y lo partió en mil pedazos, y cuando logró recomponerse, Ferguson ya no albergaba duda alguna sobre su futuro, porque si aquello era lo que un libro podía ser, si *aquello* era lo que una novela podía hacer en el corazón, la mente y las opiniones más arraigadas de una persona sobre el mundo, entonces escribir novelas era seguramente lo mejor a lo que una persona podía dedicarse en la vida, porque Dostoievski le enseñó que las historias inventadas podían ir más allá de la diversión y el entretenimiento, eran capaces de volverlo a uno del revés y ponerlo patas arriba, podían escaldarlo, congelarlo, quitarle la ropa y arrojarlo desnudo a los implacables vientos del universo, y a partir de aquel día, después de pasarse la infancia debatiéndose por cualquier cosa, perdido en un miasma de perplejidad cada vez más denso, Ferguson supo finalmente adónde iba, o al menos adónde quería ir, y ni una sola vez en los años siguientes se retractó de su decisión, ni siquiera en los más duros, cuando parecía que iba a despeñarse por el borde mismo de la Tierra. Sólo tenía quince años, pero ya se había casado con una idea, y en lo bueno y en lo malo, en la riqueza y en la pobreza, en la enfermedad y en la salud, el joven Ferguson prometió ser fiel a esa idea durante todos los días de su vida.

El proyecto cinematográfico para el verano se canceló. La abuela materna de Noah había muerto en noviembre, y ahora que su madre contaba con un poco de dinero extra, decidió gastar una parte en favorecer la educación de su hijo. Sin consultarle, lo matriculó en un curso de verano para alumnos de instituto en Montpellier, en Francia: ocho semanas de *inmersión total* en la lengua francesa a cuyo término, si había que creer al folleto sobre el curso, volvería a Nueva York hablando con la fluidez de un franchute devorador de caracoles, como un nativo. Tres días después de que Ferguson acabara de leer *Crimen y castigo*, Noah lo llamó para comunicarle el cambio de planes, maldiciendo a su madre por *haberle hecho esa faena*, pero qué podía hacer él, añadió, era muy joven para ser dueño de su propia vida, y de momento la reina loca seguía teniendo la última palabra. Ferguson enmascaró su decepción diciendo a Noah lo suertudo que era, que si él estuviera en su pellejo aprovecharía al máximo la oportunidad, y en cuanto al par de zapatos que compartían, pues bueno, tanto peor, pero el caso era que seguían sin tener cámara y ni siquiera habían empezado a esbozar el guion, así que no se había perdido nada, y que se imaginara lo que le esperaba en Francia: holandesas, danesas, italianas, un harén de bellezas de instituto sólo para él, porque a esos cursos no asistían muchos chicos, y con poca competencia a la que enfrentarse, estaba seguro de que iba a divertirse como nunca.

Ferguson echaría de menos a Noah, por supuesto, mucho, porque el verano siempre había sido la estación en que podían estar juntos todos los días, todo el día de cada día durante ocho semanas enteras, y un verano sin Harpo Gruñón, su primo y amigo, ya no sería verano, sino un largo periodo de tiempo marcado por el calor y una nueva especie de soledad.

Afortunadamente, el cheque de cien dólares no era el único regalo que sus padres le habían hecho en su decimoquinto cumpleaños. También había obtenido el derecho a desplazarse a Nueva York por su cuenta, una nueva libertad que pretendía ejercer con la mayor frecuencia posible, porque la preciosa pero deprimente ciudad de Maplewood se había construido con el único propósito de que la gente quisiera salir de allí, y con otro mundo más amplio que de pronto se abría ante él, aquella primavera Ferguson desaparecía de allí casi todos los sábados. Desde donde vivía había dos formas de llegar a Manhattan: con el autobús 107, que salía cada hora de la estación de autobuses de Irvington y llegaba al edificio de Port Authority en la esquina de la Octava Avenida con la calle Cuarenta, o con el tren de cuatro vagones gestionado por la compañía Erie Lackawanna, que salía de la estación ferroviaria de Maplewood, acababa su recorrido en la terminal de Hoboken y ofrecía otras dos posibilidades de concluir el viaje a la ciudad: con el metro por la línea bajo el Hudson o por la superficie con el transbordador del río. Ferguson prefería la solución de tren y transbordador, no sólo porque tardaba unos diez minutos en llegar a pie a la estación de ferrocarril (mientras que para ir a la terminal de autobuses de Irvington necesitaba que lo llevaran en coche), sino porque le encantaba aquel tren, que era uno de los más antiguos que seguía en servicio en todo el país, con vagones fabricados en 1908, moles de color verde oscuro que evocaban los primeros tiempos de la revolución industrial, y unos anticuados asientos y respaldos de mimbre en el interior que podían colocarse en ambas direcciones, un tren antiexprés de baja velocidad que traqueteaba, daba bandazos y armaba todo un escándalo de chirridos cuando las ruedas giraban con viveza sobre las oxidadas vías, y qué felicidad ir solo en uno de esos vagones, contemplando por la ventanilla el horroroso y deteriorado paisaje de Nueva Jersey, pantanos, ríos, puentes levadizos metálicos sobre un fondo de edificios de ladrillo que se desmoronaban, restos del viejo capitalismo, unos aún en uso, otros en ruinas, tan desagradable a la vista que Ferguson lo encontraba inspirador en el sentido en que los poetas decimonónicos encontraban inspiración en las ruinas de las colinas griegas y romanas, y cuando no estaba mirando por la ventanilla al extinguido mundo que pasaba frente a él, leía sus libros del momento, las novelas rusas no escritas por Dostoievski, Kafka por primera vez, Joyce por primera vez, Fitzgerald por primera vez, y luego de pie en la cubierta del transbordador si el tiempo era más o menos decente, la cara al viento, el motor vibrando bajo la suela de sus zapatos, las gaviotas volando en círculo sobre su cabeza, un viaje de lo más corriente a fin de cuentas, un trayecto que hacían miles de trabajadores todas las mañanas de lunes a viernes, pero era sábado, y para el quinceañero Ferguson era pura poesía dirigirse así al sur de Manhattan, lo mejor de lo mejor que podía hacer; no sólo dejar atrás su casa, sino dirigirse a aquello, *a todo aquello*.

Ver a Noah. Hablar con Noah. Discutir con Noah. Reír con Noah. Ir al cine con Noah. Los sábados en Perry Street, almuerzo con la tía Mildred y el tío Don, luego salir con Noah y encaminarse al sitio al que habían pensado ir, que con frecuencia era ningún sitio, los dos deambulando por las calles del West Village mientras miraban embobados a las chicas guapas y discutían el destino del universo. Todo estaba ya decidido. Ferguson iba a escribir libros, Noah a dirigir películas, y por tanto hablaban sobre todo de literatura y cine y de los numerosos proyectos en los que trabajarían

juntos a lo largo de los años. Noah era diferente del Noah que Ferguson había conocido de pequeño, pero mantenía su estilo desafiante, de graciosillo, de Hermanos Marx, según consideraba Ferguson, con sus bravuconas muestras de exuberante anarquismo que lo impulsaba a decir idioteces a los verduleros *(Oiga, amigo, qué colocadito lo tiene todo, pero ¿de dónde sale esa berenjena?, ¿dónde está el berenjenal?),* a las camareras de las cafeterías *(Cariño, antes de traernos la cuenta, rómpela, por favor, para que no tengamos que pagar)* o a las cajeras de los cines en sus cabinas acristaladas *(Dime algo bueno de la película que ponen o te borro de mi testamento),* sandeces provocativas que no sólo demostraban lo incordiante que podía ser, sino que ése era el precio que tenías que pagar por ser amigo suyo, divirtiéndote y avergonzándote de él al mismo tiempo, como andar por ahí con un escandaloso niño pequeño, pero entonces, de buenas a primeras, daba un brusco giro y se ponía a hablar de las *Reflexiones sobre la guillotina* de Albert Camus, y cuando le decías que no habías leído una sola frase de Camus, se apresuraba a entrar en una librería y robaba una de sus novelas para ti, que por supuesto no podías aceptar, y en consecuencia te ponía en la embarazosa situación de tener que decirle que volviera a entrar en la librería a colocar de nuevo el libro en el estante, con lo que desde luego te sentías como un verdadero mojigato, pero era tu amigo a pesar de todo, el mejor amigo que habías tenido nunca, y lo querías de verdad.

No todos los sábados había Perry Street, sin embargo. Los fines de semana que Noah pasaba con su madre en el Upper West Side, Ferguson no podía verlo, de modo que hacía otros planes para esos sábados de apagón, viajando en dos ocasiones a Nueva York con un amigo de Maplewood llamado Bob Smith (sí, existía un individuo con el nombre de Bob Smith), otra él solo para visitar a sus abuelos y varias más con Amy, con Amy Ruth Schneiderman, que disfrutaba viendo obras de arte, y como Ferguson había descubierto recientemente cuánto le gustaba el arte a él también, pasaban esos sábados deambulando por museos y galerías, no sólo los grandes que visitaba todo el mundo, el Met, el Modern, el Guggenheim, sino otros más pequeños como el Frick (el favorito de Ferguson) y el Centro Internacional de Fotografía de Manhattan, todo lo cual los conducía luego a hablar durante horas, Giotto, Michelangelo, Rembrandt, Vermeer, Chardin, Manet, Kandinski, Duchamp, tantas cosas que asimilar y sobre las que pensar, viéndolo casi todo por *primera vez*, una y otra vez la desestabilizadora conmoción de la *primera vez*, pero la experiencia más memorable que vivieron juntos no ocurrió en un museo sino en el espacio más reducido de una galería, la Pierre Matisse Gallery en el edificio Fuller de la calle Cincuenta y siete Este, donde vieron una exhibición de esculturas, pinturas y dibujos recientes de Alberto Giacometti, y tan atraídos se sintieron por aquellas obras misteriosas, tangibles y solitarias, que permanecieron dos horas allí, y cuando las salas empezaron a vaciarse, el propio Pierre Matisse (¡el hijo de Henri Matisse!) se fijó en los dos jóvenes que había en su galería y se acercó a ellos, todo sonrisas y buen humor, contento de ver que aquella tarde se habían hecho dos nuevos conversos, y para gran sorpresa de Ferguson, estuvo quince minutos charlando con ellos, contándoles historias sobre Giacometti y su estudio en París, sobre su propio *trasplante* a Estados Unidos en 1924 y la fundación de su galería en 1931, sobre los duros años de la guerra cuando tantos artistas europeos se encontraban sin recursos,

grandes artistas como Miró y otros muchos, y desde luego no habrían sobrevivido sin la ayuda de sus amigos de Estados Unidos, y entonces, en un impulso, Pierre Matisse los condujo a una trastienda de la galería, un despacho con escritorios y estanterías, y uno por uno fue cogiendo de los estantes una buena docena de catálogos de anteriores exposiciones de Giacometti, Miró, Chagall, Balthus y Dubuffet para dárselos a los asombrados adolescentes, diciendo: Chicos, vosotros sois el futuro, y esto quizá contribuya a vuestra educación.

Salieron de allí mudos y boquiabiertos, cargando con los regalos del hijo de Henri Matisse mientras se apresuraban a lo largo de la calle Cincuenta y siete, andando deprisa porque *eran el futuro,* porque el cuerpo les pedía que caminaran rápidamente después de un encuentro así, después de que los honraran con un gesto de tan inesperada cortesía, de modo que recorrieron la calle soleada y llena de gente tan deprisa como dos personas podían caminar sin echar a correr, y al cabo de unos doscientos metros Amy finalmente rompió el silencio y declaró que tenía hambre, que estaba *famélica* fue la expresión que empleó, como era su costumbre, porque Amy nunca tenía hambre simplemente, como todo el mundo, sino un hambre devoradora o canina, podría zamparse un elefante o una bandada de pingüinos, y ahora que hablaba de llenarse la barriga con *manduca apetitosa*, Ferguson se dio cuenta de que a él tampoco le vendría mal comer algo, y dado que iban por la calle Cincuenta y siete propuso que se dirigieran a la cafetería automática Horn & Hardart entre las avenidas Sexta y Séptima, no sólo porque estaba cerca sino porque en una anterior excursión a la ciudad Amy y él habían decidido que la automática Horn & Hardart era el sitio más espléndido para comer de toda Nueva York.

No es que la insípida y económica comida que servían allí pudiera catalogarse de *excelente*, los cuencos de judías estofadas, los bistecs Salisbury con puré de patatas empapados en salsa, los gruesos pedazos de tarta de arándanos, no, era el local mismo lo que los seducía, el ambiente de parque de atracciones de aquel vasto emporio de cromo y cristal, lo novedoso de consumir *comida automatizada*, eficacia norteamericana en su manifestación más extravagante y deliciosa, cocina saludable para las masas hambrientas, y qué agradable era ir a la caja y hacerse con una pila de monedas de cinco centavos y pasear frente a las docenas de ofertas en sus receptáculos acristalados, raciones atrincheradas en diminutos recintos tras las ventanillas, cada una de ellas *hecha especialmente para ti*, y una vez que elegías un sándwich de jamón y queso o un trozo de bizcocho, había que introducir en la ranura la adecuada cantidad de monedas de cinco centavos y la ventanilla se abría, y de esa manera el sándwich era tuyo, un sándwich sólido, digno de confianza, recién hecho, pero antes de que fueras a buscar mesa estaba el placer añadido de comprobar la rapidez con que se llenaba el receptáculo con otro sándwich, con un sándwich idéntico al que acababas de sacar, porque había gente allí detrás, hombres y mujeres de uniforme que se ocupaban de las monedas y rellenaban los contenedores vacíos con más comida, qué trabajo debía de ser ése, pensaba Ferguson, y luego la búsqueda de una mesa libre, llevando la comida o la merienda entre la abigarrada multitud de neoyorquinos comiendo y bebiendo su comida y bebida automatizadas, muchos de ellos ancianos que todos los días permanecían horas sentados consumiendo despacio taza tras taza de café, los ancianos de la desaparecida izquierda aún discutiendo al

cabo de cuarenta años sobre dónde había fallado la revolución, la revolución nacida muerta que una vez pareció inminente y ahora no era más que un recuerdo de algo que nunca había existido.

De modo que Ferguson y Amy fueron a la cafetería automática Horn & Hardart hacia el final de aquella tarde resplandeciente para tomar un bocado, hojear los catálogos delgados y densamente ilustrados de pasadas exposiciones de la galería Pierre Matisse y hablar de sus impresiones de aquel día que ambos consideraban un buen día, en general un día espléndido. Le hacían falta más días así, dijo Ferguson para sus adentros, más días buenos para contrarrestar el efecto de tantos días difíciles vividos en los últimos meses, que habían sido días sin béisbol, para empezar, decisión que había desconcertado tanto a sus amigos que se hartó de explicárselo, porque soportar el experimento del sacrificio era más difícil de lo que había pensado, la renuncia a algo que le había gustado tan sin reservas durante tantos años, algo que formaba parte de sí mismo hasta el punto de que a veces se moría de ganas por empuñar el bate de nuevo, por ponerse el guante y recibir lanzamientos, por sentir los pinchos de las zapatillas clavándose en la tierra mientras corría a primera base, pero ya no podía volverse atrás, debía mantener la promesa que se había hecho o reconocer que la muerte de Artie no había significado nada, no le había enseñado nada, con lo que se habría convertido en una persona frágil y nada heroica y entonces lo mismo le habría dado ser un perro, un chucho rastrero y miserable que mendigara migajas y lamiera su propio vómito del suelo, y de no ser por sus escapadas semanales a la ciudad, que lo mantenían lejos de los campos de juego donde sus amigos practicaban todos los sábados, ¿quién sabe si no se hubiera rendido para acabar siendo ese perro?

Peor aún, la primavera sin béisbol también fue la primavera sin amor. Ferguson creía estar loco por Linda Flagg, pero después de ir detrás de ella durante todo el otoño y el invierno, resuelto a conquistar los afectos del ídolo más atractivo y enigmático de Maplewood, que alternativamente lo había animado y rechazado, dejando que la besara e impidiendo que la tocara, dándole esperanzas para luego arrebatárselas, Ferguson había llegado a la conclusión de que no sólo Linda Flagg no lo quería sino que él no la quería a ella. El momento de la revelación ocurrió un sábado a principios de abril. Después de semanas de tentativas, Ferguson logró convencerla de que lo acompañara en una de sus excursiones a Manhattan. El plan era sencillo: almuerzo en la cafetería automática, un paseo por la Tercera Avenida y luego un par de horas en la oscuridad viendo *La soledad del corredor de fondo*, película que le había recomendado insistentemente Jim Schneiderman, y si a lo largo de la proyección Ferguson podía coger a Linda de la mano, besarla en los labios o meterle mano por las piernas, tanto mejor. Resultó ser un día sombrío y desapacible, con lloviznas y chaparrones intermitentes, más frío de lo que hubiera deseado, más oscuro de lo normal en aquella época del año, aunque nada era nunca normal a principios de primavera, sentenció Ferguson mientras bajo los paraguas abiertos caminaban hacia la estación sorteando los charcos que se formaban en la acera, y lamentaba que lloviese, continuó, pero en realidad no era culpa suya, porque la semana pasada había escrito una carta a Zeus pidiéndole que hubiera sol, ¿y cómo podía haber sabido que ya llevaban un mes de huelga en los servicios postales del

Monte Olimpo? Linda se rio del estúpido chiste, o si no, se rio porque estaba tan nerviosa y esperanzada como él, lo que parecía sugerir un principio prometedor, pero cuando subieron al Erie Lackawanna en dirección a Hoboken, Ferguson comprendió que nada iba a salir bien aquel día. El tren estaba sucio y era incómodo, dijo Linda, la vista resultaba deprimente, llovía y se iban a mojar en el transbordador (aunque el cielo empezaba a clarear), el metro del Hudson estaba aún más sucio y era más incómodo que el tren, la cafetería automática era interesante pero daba miedo, con todos aquellos indigentes entrando y saliendo casi a escondidas, la mujer negra de ciento cincuenta kilos sentada en aquella mesa y hablando sola sobre el niño Jesús y el fin del mundo, el viejo cegato y bigotudo leyendo un periódico arrugado de tres días atrás con una lupa, la pareja de ancianos justo a su lado introduciendo viejas y usadas bolsitas de té en tazas de agua caliente, todo el que iba allí era pobre o estaba chiflado, y qué clase de ciudad era aquélla, que permitía que los locos anduvieran sueltos por la calle, dijo Linda, y a ti, Archie, ¿qué te hace pensar que Nueva York sea mejor que cualquier otra ciudad cuando es realmente asquerosa?

No era culpa suya, dijo Ferguson para sí. Era una chica inteligente, muy bonita, criada bajo una cúpula herméticamente cerrada entre la urbanidad y las comodidades de la clase media alta, un mundo racional y anodino de pulcros jardines y habitaciones con aire acondicionado, y codearse con la miseria y el tumulto de la vida en la gran ciudad le producía una instintiva repulsión, una reacción física que no podía controlar, como si de pronto oliera algo desagradable y se le revolviera el estómago. Linda no podía evitarlo, se repetía Ferguson, y por tanto no se la podía culpar, pero qué decepción descubrir lo convencional, lo remilgada que era, la perplejidad que le producía todo lo que no le resultaba familiar. *Difícil*. Ésa era la palabra que Ferguson solía emplear para describírsela a sí mismo, y sin duda, con su alternancia de calor y frío, Linda Flagg le había hecho la vida difícil durante los últimos seis meses, pero de ningún modo era una persona estúpida o vacía; sólo tenía miedo, eso era todo, miedo de la irracionalidad de las grandes y repelentes ciudades, y desde luego de los chicos también, aunque aquella bonita cara suya era un reclamo que pocos podían resistir. Pero nada insulsa, nada desprovista de ingenio y seriedad, porque poseía buen juicio y siempre hablaba con inteligencia de los libros que leían en clase de inglés, y ahora que Ferguson la había cogido del codo y la guiaba en dirección este por la calle Cincuenta y siete, se preguntó si su estado de ánimo no empezaría a mejorar cuando entraran en el cine y se acomodaran para ver la película. El cine estaba al otro lado de Park Avenue, en una de las zonas más ricas y *menos sucias* de Manhattan, y como le habían dicho que la película era buena y sabía que a Linda le gustaban los buenos libros y tenía olfato para lo artístico, quizá una buena película le remontaría la moral y algo podría salvarse del día tan horroroso que estaban teniendo hasta el momento.

La película era buena, desde luego, tan buena y absorbente que Ferguson olvidó pronto lo de acariciar la pierna a Linda o intentar besarla en la boca, pero *La soledad del corredor de fondo* era la historia de un joven y no la de una joven, lo que explicaba que atrajera más a Ferguson que a Linda, y aunque ella reconoció que era una película *excelente*, no se quedó extasiada como Ferguson, que la consideró una de las mejores películas jamás realizada, *una obra maestra*. Cuando se encendieron

las luces fueron andando al Bickford's, en Lexington Avenue, y pidieron café y dónuts en el mostrador (el café era uno de los nuevos placeres en la vida de Ferguson, y lo tomaba tantas veces como podía, no sólo porque le gustaba el sabor sino porque al beberlo se sentía mayor, como si cada trago que daba a aquel líquido parduzco lo alejara más y más de la reclusión de su infancia), y mientras estaban allí sentados entre gente menos obesa, menos pobre, menos desequilibrada que la que frecuentaba el Horn & Hardart, continuaron hablando de la película, en particular de la secuencia final, la carrera por el campeonato de fondo en el reformatorio en la que en principio el protagonista (interpretado por un actor nuevo llamado Tom Courtenay) va a ganar el trofeo para el presuntuoso director (interpretado por Michael Redgrave) pero cambia de idea en el último momento y se detiene, permitiendo que el rico guaperas del colegio elegante (interpretado por James Fox) gane en su lugar. Para Ferguson, la decisión de perder *a propósito* era un magnífico acto de desafío, un gesto emocionante de rebeldía contra la autoridad, y su reticente y airado corazón se inflamó al ver aquel descarado *Jódete* plasmado en la pantalla, porque insultando de aquel modo al director del colegio, el protagonista renegaba del mundo corrompido y caduco que el director representaba, el ruinoso sistema británico de recompensas vacías y castigos arbitrarios e injustas barreras de clase, y al hacerlo el protagonista había encontrado su dignidad, su fuerza, su condición de hombre. Linda puso los ojos en blanco. Tonterías, repuso. En su opinión, regalar la carrera era un acto estúpido, lo peor que podía haber hecho el protagonista, porque correr fondo era su pasaporte para salir del horrible agujero del reformatorio, y ahora volverían a oprimirlo y tendría que empezar de cero otra vez, y qué sentido tenía, preguntó, había conseguido una victoria moral pero al mismo tiempo se había arruinado la vida, ¿y cómo podía eso calificarse de *magnífico*?

No era que Linda no estuviera en lo cierto, dijo Ferguson para sí, pero ella abogaba por la conveniencia en detrimento del valor, y él odiaba los argumentos de esa clase, *el enfoque práctico de la vida*, utilizar el sistema para vencer al sistema, jugar con una serie de reglas fallidas porque no existían otras, cuando lo que hacía falta era aplastar y reinventar esas reglas, y como Linda creía en las normas de su mundo, de su pequeño mundo de la periferia, para seguir adelante y prosperar y adaptarse a un buen trabajo y casarse con alguien que pensara igual que ella y segar el césped y conducir un coche nuevo y pagar los impuestos y tener 2,4 hijos y creer exclusivamente en el poder del dinero, comprendió lo inútil que habría sido prolongar la discusión. Linda tenía razón, por supuesto. Pero él también la tenía, y de pronto dejó de quererla.

Linda quedó en lo sucesivo eliminada de la lista de asequibles, y sin más posibilidades a la vista, Ferguson se resignó a lo que prometía ser el final triste y solitario de un año triste y solitario. Muchos años después, ya bien entrado en la edad adulta, rememoró aquel periodo de su adolescencia y pensó: *Exilio en las habitaciones de casa*.

Su madre estaba preocupada por él. No sólo por la creciente hostilidad hacia su padre (a quien ya rara vez se dirigía, negándose a entablar conversación con él y contestando a sus preguntas con hoscas respuestas de una o dos palabras), no sólo

porque insistía en hacer dos viajes al mes a New Rochelle para almorzar con los Federman (ocasiones sobre las cuales no hacía comentario alguno al volver a casa, alegando que era sencillamente deprimente hablar de aquella *gente destrozada y entristecida*), no sólo porque brusca e inexplicablemente había dejado el béisbol (aduciendo que ya tenía bastante con el baloncesto y que el béisbol había llegado a *aburrirlo*, cosa que no debía de ser cierta, pensaba Rose, cuando la temporada había empezado en abril y ella veía la atención que prestaba a las clasificaciones en el periódico matinal, estudiando los números con la misma avidez que siempre había mostrado en el pasado), y no sólo porque su hijo, que tan popular había sido, no tuviera novia de momento y cada vez asistiera a menos fiestas los fines de semana, sino precisamente por todo eso y, además, porque había algo nuevo en los ojos de Ferguson, una expresión introvertida y distanciada que jamás había observado en él, y encima de todas aquellas preocupaciones por la salud emocional de su hijo había una noticia que debía comunicarle, una mala noticia, y por tanto era necesario que ambos se sentaran a charlar.

Lo organizó para el jueves, que casualmente era el día libre de Angie Bly, y como no esperaba que el padre de Ferguson volviera a casa hasta las diez o diez y media, habría tiempo de sobra para que cenaran los dos solos y mantuvieran luego una larga conversación. Después de cenar, desestimando la idea de empezar el *tête-à-tête* sometiendo a Ferguson a una serie de molestas cuestiones personales, lo que probablemente lo habría inducido a cerrar la boca y levantarse de la mesa, Rose lo mantuvo allí comunicándole primero la triste noticia sobre la madre de Amy, Liz, a quien acababan de diagnosticar un cáncer, una forma de cáncer especialmente maligna que acabaría con su vida en cuestión de meses, quizá de semanas, sin esperanzas, sin cura, nada sino dolor y muerte segura delante de ella, y al principio le costó trabajo a Ferguson asimilar lo que su madre estaba diciendo, porque Amy no le había mencionado ni una palabra sobre el estado de su madre, lo que era muy extraño teniendo en cuenta que Amy era su amiga íntima y le confiaba toda clase de preocupaciones, temores y ansiosas incertidumbres, de modo que antes de que empezara a pensar en las palabras *cáncer de páncreas*, Ferguson debía averiguar cómo había tenido conocimiento su madre de aquella información, de la que la propia hija de la señora Schneiderman no parecía saber nada. *Me lo ha dicho Dan*, dijo su madre, lo que no hizo más que aumentar la confusión de su hijo, porque cómo iba alguien a comunicar una noticia así a una amiga antes que a su propia hija, pero entonces Rose le explicó que Dan quería revelárselo a sus dos hijos al mismo tiempo, pensando que Jim y Amy podrían soportarlo mejor juntos que por separado, y por tanto estaba esperando a que mañana por la tarde llegara Jim de Boston antes de decírselo. Liz llevaba varios días en el hospital, añadió, pero a sus hijos les habían dicho que estaba en Chicago visitando a su madre.

Pobre Amy, pensó Ferguson. Hacía años que estaba en conflicto con su madre, y ahora que su progenitora se iba a morir, aquel asunto inconcluso podría quedarse sin resolver. Qué duro iba a ser para ella, mucho más que sobrellevar la temprana muerte de alguien con quien siempre habías mantenido buena relación, alguien a quien habías adorado sin reservas, porque al menos podrías llevar continuamente en tu interior el recuerdo de esa persona con ternura, incluso con alegría, una alegría atroz

y dolorosa, mientras que Amy nunca podría pensar en su madre sin sentir remordimiento. Qué mujer tan desconcertante, la señora Schneiderman, una extraña presencia para Ferguson desde el día en que la conoció de pequeño, un conjunto de contradictorias virtudes y defectos que incluía las dotes de un buen juicio, diestra administración del hogar, perspicaces opiniones sobre cuestiones políticas (se había especializado en historia, en Pembroke) y constante devoción a su marido y sus dos hijos, pero al mismo tiempo había algo de nerviosismo y frustración en la señora Schneiderman, la sensación de haber desperdiciado lo que estaba destinada a hacer en la vida (carrera de alguna especie, quizá, un puesto lo bastante importante para convertirla en *una persona influyente*), y al haberse conformado con la posición menos elevada de ama de casa, parecía resuelta a demostrar al mundo que era de lo más inteligente y sabía más que nadie, no sólo de algunas cosas sino de todas, y el hecho de que supiera un asombroso montón de cosas sobre un amplio ámbito de temas la convertía sin discusión en el ser humano más profundamente informado que Ferguson había conocido jamás, pero el problema de ser una sabelotodo de la variedad nerviosa y frustrada consistía en que le resultaba imposible no corregir a la gente cuando cometía alguna equivocación, lo que ocurría una y otra vez porque la señora Schneiderman era la única persona presente que sabía cuántos miligramos de vitamina A contenía una zanahoria cruda de tamaño medio, la única que sabía cuántos votos electorales había conseguido Roosevelt en las elecciones presidenciales de 1936, la única que conocía la diferencia de caballos de fuerza entre el Chevy Impala de 1960 y el Buick Skylark de 1961, y aunque siempre estaba en lo cierto, pasar un tiempo seguido en su compañía podía resultar desesperante, ya que uno de sus defectos era que hablaba demasiado, y Ferguson se preguntaba a menudo cómo su marido y sus dos hijos podían vivir bajo el bombardeo de todas aquellas palabras, aquella cháchara incesante que no hacía distinción entre cosas importantes y triviales, una verbosidad que podía impresionar por su inteligencia y perspicacia o matar de aburrimiento con su absoluta insignificancia, como cuando una noche Ferguson y Amy iban en el asiento trasero del coche de los Schneiderman de camino al cine y la señora Schneiderman se pasó media hora describiendo a su marido cómo le había reordenado la ropa en los cajones de la cómoda de su habitación, haciéndole un paciente repaso sobre la serie de decisiones que había tomado para llegar a su nuevo sistema, por qué las camisas de manga larga debían estar en un sitio, por ejemplo, y las de manga corta en otro, por qué los calcetines negros debían estar separados de los azules, que a su vez tenían que colocarse aparte de los blancos que se ponía para jugar al tenis, por qué las camisetas sin mangas, más numerosas, debían estar encima y no debajo de las de cuello de pico, por qué los calzoncillos con pernera tenían que colocarse a la derecha de los sin pernera y no a la izquierda, y así sucesivamente, un detalle intrascendente encima de otro, y para cuando llegaron al cine, después de vivir dentro de los cajones de aquella cómoda durante *media hora*, la mitad de una de las preciosas veinticuatro horas que componían el día, Amy tenía los dedos incrustados en el brazo de Ferguson, incapaz de gritar, y por tanto gritando en código con los dedos rígidos, engarfiados. No era que la señora Schneiderman fuese una madre poco adecuada o indiferente, decía Ferguson para sí. Si acaso, se preocupaba demasiado, amaba demasiado, tenía demasiada fe en el excelente futuro de su hija, y el curioso

efecto de ese *demasiado*, comprendía Ferguson, era que podía generar el mismo rechazo que un *insuficiente*, sobre todo si el *demasiado* era tan desmesurado que difuminaba la frontera entre madre e hija y se convertía en pretexto para una indiscreta interferencia, y como lo que Amy necesitaba por encima de todo era *espacio para respirar*, se revolvía con fuerza cuando empezaba a sentirse asfixiada por la insistente intervención de su madre en los aspectos más insignificantes de su vida: desde cuestiones sobre sus deberes de clase hasta conferencias sobre el método adecuado de cepillarse los dientes, desde sagaces interrogatorios sobre los escarceos de sus amigas de instituto hasta críticas sobre la forma en que se arreglaba el pelo, desde advertencias sobre los peligros del alcohol hasta serenos y monótonos sermones sobre no tentar a los chicos poniéndose demasiado carmín en los labios. *Me está llevando derecha a la casa de locos*, decía Amy a Ferguson, o bien: *Se cree la jefa de la policía del pensamiento, con derecho a estar en mi cabeza*. O bien: *A lo mejor tendría que quedarme embarazada para que así se preocupara por algo serio*. Y Amy se defendía acusándola de mala fe, de tenerla tomada con ella al tiempo que fingía estar de su lado, y por qué no podía simplemente dejarla en paz igual que hacía con Jim, y así se enfrentaban una y otra vez, y de no ser por su ecuánime y afable padre —*su padre, tan amante de la diversión*—, que continuamente intentaba que hubiera paz entre las dos, los intensos enfrentamientos entre Amy y su madre se habrían incrementado hasta convertirse en una guerra completa y permanente. Pobre señora Schneiderman. Había perdido el amor de su hija sólo por mostrar su cariño de forma imprudente. Y entonces, avanzando en esa idea, Ferguson dijo para sí: Pobre destino el de los padres no queridos cuando ya están sepultados, y pobre también el de sus hijos.

A Ferguson, sin embargo, le resultaba difícil entender por qué su madre le estaba contando lo de la enfermedad de la señora Schneiderman, la fatal enfermedad de la que ni Jim ni Amy sabían nada todavía, y en cuanto hubo dicho todo lo que se dice en esos momentos, *qué horrible, qué injusto, qué cruel acabar así a la mitad de la vida*, preguntó a su madre a qué venía darle a él la noticia. Había algo impertinente y furtivo en todo aquello, le dijo, como si murmuraran a espaldas de los Schneiderman, pero no, replicó su madre, no es nada de eso, se lo decía porque no quería que se aturdiese cuando Amy le comunicara la noticia, ya estaría preparado para el golpe y podría tomárselo con calma, lo que lo ayudaría a sentirse aún más amigo de Amy, que iba a necesitar su amistad más que nunca, y no sólo ahora sino casi con seguridad durante mucho tiempo. Eso tenía sentido, supuso Ferguson, pero no mucho, no lo suficiente, desde luego, y como su madre solía ser sensata cuando hablaba de situaciones complejas como aquélla, se preguntó si no estaría ocultando algo, escamoteando alguna parte de la historia al tiempo que divulgaba otras, sobre todo la que explicara de forma convincente las palabras *Me lo ha dicho Dan*, porque, en primer lugar, ¿por qué habría decidido Dan Schneiderman confiarle lo del cáncer de su mujer? Eran amigos, sí, por lo que Ferguson sabía, viejos conocidos de hacía más de veinte años, pero no amigos íntimos, no como él y Amy, y sin embargo el padre de Amy había ido a ver a la madre de Ferguson en su hora de mayor dificultad para desahogarse con ella, lo que constituía un acto que en principio requería un profundo nivel de confianza mutua, pero también la clase de familiaridad que sólo podría

existir en un momento importante entre dos amigos muy íntimos.

Siguieron hablando unos minutos más de la señora Schneiderman, sin ánimo de hacer comentarios hirientes sobre ella pero coincidiendo ambos en que la madre de Amy nunca había encontrado el enfoque adecuado para tratar con su hija y que su mayor problema consistía en no saber cuándo dar *marcha atrás* (palabras de Rose) o no meterse donde no le importaba (palabras de Ferguson), y entonces, casi de manera imperceptible, de las atribuladas relaciones entre Amy y su madre pasaron a una discusión sobre las dificultades entre Ferguson y su padre, y una vez llegados a esa cuestión, que era hacia donde Rose impulsaba la conversación desde el principio, sorprendió a su hijo con una pregunta inesperadamente brusca —*Dime, Archie, ¿por qué te has puesto en contra de tu padre?*— que lo dejó desconcertado y sin tiempo para inventarse respuesta alguna. Descubierto y sin defensa, ya sin intención de eludir la verdad, soltó el intrascendente asunto de la copia perdida de «Compañeros de suelo y suela» y cómo lo consumía el hecho de que al cabo de seis meses su padre no le hubiera dicho ni palabra sobre ello.

Le da mucho apuro, contestó su madre.

¿Apuro? ¿Qué clase de excusa es ésa? Es un hombre, ¿no? Lo único que tiene que hacer es decir lo que piensa y contarme lo que ha pasado.

¿Por qué no se lo preguntas?

Preguntárselo no es asunto mío. Le toca a él decírmelo.

Te estás poniendo muy difícil, ¿no te parece?

El difícil es él, no yo. Es tan difícil y está tan encerrado en sí mismo que ha convertido a la familia en una pesadilla.

Archie...

Vale, puede que no sea una pesadilla. Una zona catastrófica. Y esta casa..., es como vivir dentro de uno de esos puñeteros congeladores.

¿Esa impresión te da?

Frío, mamá, mucho frío, sobre todo entre vosotros dos, y ojalá no te hubiera convencido de que cerraras el estudio, maldita sea. Tendrías que estar haciendo fotos, no perdiendo el tiempo con el bridge.

Sean cuales sean los problemas entre tu padre y yo, no tienen nada que ver con lo que está pasando entre tu padre y *tú*. Se merece que le des otra oportunidad, Archie.

Me parece que no.

Bueno, pues yo creo que sí, y si me acompañas arriba, te enseñaré por qué.

Con esa misteriosa invitación, Ferguson y su madre se levantaron de la mesa y salieron del comedor, y como Ferguson no tenía ni idea de adónde se dirigía su madre, la siguió por las escaleras hasta la planta alta, donde torcieron a la izquierda y pasaron a la alcoba de sus padres, una habitación en la que él entraba rara vez, y luego vio cómo su madre abría la puerta del armario donde su padre tenía la ropa, desaparecía en su interior y unos momentos después volvía a aparecer con una gran caja de cartón en la mano, que llevó al centro de la estancia y depositó encima de la cama.

Ábrela, le ordenó.

Ferguson levantó el borde de la tapa y cuando vio lo que había en el interior se

sintió tan confuso que no sabía si soltar una carcajada o arrastrarse avergonzado bajo la cama.

Había tres montones de impresos pulcramente ordenados, sesenta o setenta en total, legajos grapados de cuarenta y ocho páginas cada uno con cubiertas en blanco y las siguientes palabras en mayúsculas y negrita en medio de la hoja:

COMPAÑEROS DE SUERO Y SUELA ARCHIE FERGUSON

Cuando Ferguson cogió uno de los impresos y empezó a pasar las páginas, pasmado al encontrarse con las palabras de su relato en caracteres de imprenta de tipo medio, su madre dijo: Quería darte una sorpresa, pero entonces el tipógrafo compuso mal el título y lo fastidió todo, y tu padre se llevó tal disgusto, se sintió tan estúpido por no haber comprobado que todo estaba bien, que no se atrevió a decírtelo.

Tenía que haberlo dicho, dijo Ferguson, hablando en voz tan baja que su madre apenas lo oyó. ¿A quién le importa el título?

Está muy orgulloso de ti, Archie, afirmó su madre. Simplemente no sabe qué decir ni cómo decirlo. Es una persona que nunca ha aprendido a hablar.

Lo que Ferguson no sabía entonces, y siguió sin saber hasta que su madre le habló del asunto siete años más tarde, era que Dan Schneiderman y ella mantenían una aventura desde hacía dieciocho meses. Las dos o tres veladas semanales de bridge eran en realidad sólo una, y las noches de Dan de póquer y bolera no se dedicaban a cartas ni bolos, y el matrimonio de los padres de Ferguson no era simplemente la gélida y desapasionada farsa que parecía, sino que estaba difunto, más muerto que el cadáver más frío del depósito del condado, y si continuaban juntos en su absurda unión sólo era porque en aquella parte del mundo el divorcio se consideraba un escándalo de gran calibre y tenían el deber de proteger a su hijo y evitarle el estigma de pertenecer a un *hogar destrozado*, lo que en muchos sentidos era peor que ser hijo de un malversador de fondos o un vendedor ambulante de aspiradoras. El divorcio era para las estrellas de cine y la gente rica de las mansiones neoyorquinas que veraneaba en el sur de Francia, pero en los años cincuenta y primeros sesenta, en los municipios de las afueras de Nueva Jersey los matrimonios fracasados debían aguantarse, que era lo que los padres de Ferguson pretendían hacer hasta que su vástago terminara el instituto y se fuese de Maplewood para siempre, momento en el cual lo dejarían por fin y se marcharían cada uno por su lado, preferiblemente a dos ciudades distintas, lo más lejos posible de Maplewood. Mientras, su padre había empezado a dormir en la habitación de huéspedes, supuestamente porque sus ronquidos se habían vuelto tan escandalosos que a su mujer le resultaba difícil conciliar el sueño, y ni una sola vez sospechó Ferguson que sus padres no le estuvieran diciendo la verdad.

El padre de Ferguson era la única persona que conocía la aventura de Rose con Dan Schneiderman, y la madre de Ferguson la única en saber que Stanley se había liado hacía poco con una viuda de Livingston llamada Ethel Blumenthal. Los adultos

retozaban tan precipitada e impetuosamente como los quinceañeros, pero se dedicaban a ello con tal sigilo y discreción que nadie de Maplewood ni de ninguna otra parte tenía el menor pálpito de lo que se traían entre manos. Ni Liz Schneiderman, ni Jim ni Amy, ni los abuelos de Ferguson, ni la tía Mildred ni el tío Don, ni tampoco el propio Ferguson; aunque las palabras que su madre pronunció aquella noche después de cenar, *Me lo ha dicho Dan*, habían entreabierto la puerta unos centímetros, pero no lo bastante para distinguir algo en la habitación que había detrás, porque todo seguía a oscuras allí dentro y él no sabía dónde buscar el interruptor de la luz.

Sus padres no estaban resentidos ni se detestaban mutuamente, y ninguno de los dos deseaba al otro mal alguno. Simplemente ya no querían seguir casados, y de momento intentaban arreglárselas con lo que tenían manteniendo las apariencias. Dieciocho años se habían comprimido en un dedal de polvo, un residuo pulverulento sin mayor peso que las cenizas de un cigarrillo consumido, y sin embargo algo quedaba, una solidaridad intacta sobre el bienestar de su hijo, y por esa razón Rose estaba haciendo lo posible para soldar la fisura que se había abierto entre Stanley y Archie, porque si bien era un padre menos que apropiado, tampoco era el villano en el que Archie lo había convertido, y mucho después de que su pequeña familia se deshiciera, Stanley seguiría siendo el padre de Archie, y a Archie no le haría ningún bien pasar el resto de su vida guardándole rencor. Afortunadamente, allí estaba la chapuza de las encuadernaciones. Una patética tentativa de congraciarse con su hijo, por supuesto, de quien no entendía casi nada, y qué pasividad la de Stanley cuando los cuadernos salieron mal (¿por qué no volver a la imprenta para que los hubieran hecho otra vez?), pero al menos eran algo, al menos demostraban algo, y Archie habría de tenerlos en cuenta siempre que pensara en su padre durante los meses y años por venir.

Por lo visto, Daniel Schneiderman estaba enamorado de Rose desde fecha tan remota como 1941, en los días en que ella empezaba a trabajar en el estudio de su padre en la calle Veintisiete Oeste, pero Rose estaba comprometida con David Raskin por entonces, y cuando Raskin encontró la muerte en Fort Benning al siguiente mes de agosto, Schneiderman ya estaba comprometido con Elizabeth Michaels y a punto de pasar a filas él también. Tal como confesó a Rose años después, habría roto aquel compromiso de haber creído que tenía una mínima posibilidad con ella, pero Rose estaba de luto entonces, y después se apartó del mundo, encerrándose en un oscuro recinto de aturdimiento y desesperación, sin saber si quería seguir viviendo o morirse, y lo más alejado de sus pensamientos era ponerse de nuevo en circulación, porque no tenía interés alguno en salir con otros hombres o enamorarse de nuevo, menos aún de alguien que estaba a punto de casarse con otra, y por tanto no pasó nada, o lo que es lo mismo, Dan se casó con Liz, Rose se casó con Stanley y ella no se enteró de que Dan deseaba en secreto haberse casado con ella.

Ferguson llegó a saber del asunto pero nunca conoció los detalles —cómo empezó, dónde se veían las tardes que pasaban juntos, qué planeaban o no planeaban para el futuro—, sólo que empezó dos días después de la investidura de Kennedy y que su madre consintió con la conciencia tranquila porque el matrimonio con su padre ya se había terminado, una decisión tomada mutuamente seis meses antes que

los liberaba a los dos de los votos contraídos en 1944, sin nada que discutir ya salvo las formalidades de un futuro divorcio y qué decir a Archie sobre el traslado de Stanley a otra cama. Dan se encontraba en una situación más peliaguda, sin embargo, dado que Liz y él no habían tenido aquella especie de conversación para tirar la toalla, y seguían casados, siempre estarían casados, temía él, porque no era capaz de plantarla después de dos décadas de un matrimonio lleno de dificultades y discusiones pero no del todo deprimente, y a diferencia de la madre de Ferguson, el padre de Jim y Amy sufría por culpa de su infidelidad. Entonces se intensificó la culpa, esa culpabilidad que corroe las entrañas, por el cáncer de Liz, un sentimiento de culpa para ambos porque cuántas veces había pensado cada uno de ellos la feliz vida que llevarían juntos si Dan no estuviera casado con Liz, y ahora que los dioses estaban a punto de eliminar a Liz de la historia y la felicidad con la que ambos soñaban pero nunca se habían atrevido a expresar en voz alta se había convertido en algo sumamente perverso, en lo peor que podrían haber imaginado, ¿por qué no pensar que habían sido sus deseos los que empujaban a la tumba a la desdichada mujer que agonizaba?

Eso era todo lo que el quinceañero Ferguson sabía entonces —que la señora Schneiderman iba a morir—, y cuando Amy lo llamó a última hora de la noche del domingo, tres días después de que Rose le avisara del desastre que se cernía sobre los hijos de los Schneiderman, estaba preparado para las lágrimas de Amy y era capaz de pronunciar frases más o menos convincentes en respuesta a las grotescas cosas que ella le decía por teléfono, las visitas del sábado y el domingo al hospital donde su madre yacía en una neblina de aterradora disociación inducida por la morfina, dolor y después algún alivio, luego más dolor y una lenta y estupefacta caída en el sueño, el rostro ya descarnado y ceniciento, *como si ya no fuese ella*, sola y postrada en la cama mientras sus consumidas y putrefactas entrañas proseguían en su empeño de matarla, y por qué les había mentido su padre, gimió, por qué se lo había ocultado a Jim y a ella con aquella historia estúpida de que estaba en Chicago con la abuela Lil, qué horroroso que les hubiera hecho eso y qué horrible que ella hubiera pensado en comprarse *lápiz de labios negro* para escandalizar a su madre justo en el momento en que la trasladaban al hospital, qué mal se sentía ahora por eso, por eso y por tantas otras cosas, y Ferguson hizo lo que pudo por tranquilizarla diciéndole que su padre había hecho bien en esperar a que Jim volviera de la universidad para comunicarles la noticia a los dos juntos, y que no se le olvidara que él, Ferguson, siempre estaría a su disposición, y cuando necesitara un hombro sobre el que llorar, quería que pensara en servirse primero del suyo.

La señora Schneiderman aguantó otras cuatro semanas, y a finales de junio, cuando concluía el curso escolar, Ferguson asistía a su segundo entierro en los últimos once meses, una ceremonia más reducida y discreta que las imponentes exequias de Artie Federman, sin incontrolables accesos de llanto ni alaridos de dolor esta vez sino más bien quietud y aflicción, un adiós contenido a una mujer que había muerto en la mañana de su cuadragésimo segundo cumpleaños, y mientras Ferguson oía al rabino Prinz rezar las oraciones habituales y decir las palabras de costumbre, echó una mirada alrededor y vio que sólo unos pocos asistentes que no eran parientes cercanos de los Schneiderman tenían lágrimas en los ojos, entre ellos su madre, que

estuvo llorando durante todo el oficio, pero ni siquiera Jim lloraba, sólo estaba allí sentado cogido de la mano de Amy y mirando al suelo, y después, en el intervalo entre el servicio y el trayecto al cementerio, se conmovió al ver cómo su llorosa madre echaba los brazos hacia el lacrimoso Dan Schneiderman y ambos permanecían un buen rato unidos en un fuerte abrazo, sin llegar a entender la plena importancia de aquel gesto ni por qué se abrazaban tanto tiempo, y entonces Ferguson rodeaba con los brazos a Amy, que tenía los ojos hinchados de tanto llorar, que en el último mes había llorado infinidad de veces sobre su hombro, y como sentía pena de ella y le gustaba tanto tenerla entre los brazos, decidió que debía enamorarse de ella y además a toda prisa. Su situación era tan precaria que requería algo más que amistad, algo más que el típico ritual de Archie-y-Amy que habían perfeccionado a lo largo de los años, pero Ferguson no tuvo ocasión de hablarle del súbito giro de sus sentimientos, porque no volvió a verla hasta dos meses después. Al día siguiente del entierro de su madre, su padre dejó que se saltara los últimos cuatro días del semestre, y el quinto, que era el día en que su clase se graduaba del primer ciclo de secundaria en el instituto de Maplewood, los tres Schneiderman emprendieron un viaje por Inglaterra, Francia e Italia que duró todo el verano, idea que la madre de Ferguson consideró brillante, el mejor remedio posible para una familia que había sufrido tanto como ellos.

El padre de Ferguson tuvo que trabajar la mañana de su graduación, así que a la ceremonia sólo asistió su madre. Después, fueron en coche a South Orange Village y pararon a comer en el Gruning's, el sitio de tantas deliciosas hamburguesas de la época anterior a que el Blue Valley Country Club destruyera el viejo ritual de los domingos, y después de encontrar una mesa al fondo hablaron durante unos minutos de los planes de Ferguson para el verano, que incluían un trabajo en la tienda de su padre en Livingston (un empleo de múltiples cometidos y escaso salario en el que realizaría tareas como fregar suelos, rociar con Windex las pantallas de los televisores de la sala de ventas, limpiar los frigoríficos y otros electrodomésticos en exposición e instalar aparatos de aire acondicionado con el repartidor, Joe Bentley), dos partidos semanales de baloncesto al aire libre de la Liga Twilight de Maplewood y South Orange, y pasar el mayor número de horas posible frente a su escritorio: se le habían ocurrido ideas para un par de relatos y esperaba acabarlos antes de que se reanudaran las clases. Por no hablar de libros, desde luego, las docenas de libros que quería leer, y además, en el tiempo que le quedara, escribiría a Amy tantas cartas como pudiera, esperando que ella se encontrara en las direcciones a las que él se las enviara.

Su madre escuchaba, asentía con la cabeza, sonreía con una especie de gesto distante y pensativo, y antes de que Ferguson pudiera pensar en qué decir a continuación, ella lo interrumpió y dijo: Tu padre y yo vamos a separarnos, Archie.

Ferguson quería estar seguro de que había oído bien, así que repitió sus palabras: Vais a separaros. ¿Como si os *divorciarais*?

Eso es. Como si dijéramos *Hasta la vista, me alegro de haberte conocido*.

¿Y cuándo lo habéis decidido?

Hace siglos. Pensábamos esperar a que te marcharas a la universidad, o a donde quisieras ir después de terminar el instituto, pero tres años es mucho tiempo, ¿y qué sentido tiene esperar? Siempre y cuando des tu aprobación, por supuesto.

¿Yo? ¿Qué pinto yo en todo eso?

La gente hablará. La gente señalará con el dedo. No quiero que te sientas incómodo.

No me importa lo que piense la gente. No es asunto suyo.

¿Entonces?

Cómo no. Faltaría más. Por lo que a mí respecta, son las mejores noticias que he oído en mucho tiempo.

¿Lo dices en serio?

Pues claro que lo digo en serio. Se acabaron las mentiras, se acabó el fingir. ¡Empieza la era de la verdad!

Pasó el tiempo, y durante los meses siguientes Ferguson se paraba una y otra vez a echar un vistazo a las cosas que lo rodeaban, y se decía que la vida iba mejorando. No sólo había acabado la enseñanza secundaria, lo que significaba que la señora Baldwin ya no volvería a juzgar nada de lo que él escribiera, sino que parecía que con la ruptura del matrimonio de sus padres también se habían roto otras muchas cosas, y con las viejas y previsibles costumbres ya inoperantes, se hacía cada vez más difícil saber lo que iba a pasar de un día para otro. Ferguson disfrutaba de aquella nueva sensación de inestabilidad. Las cosas podían encontrarse en un estado de continuo desarreglo, a veces al borde de una absoluta confusión, pero al menos no eran aburridas.

De momento, su madre y él seguían viviendo en el caserón de Maplewood. Su padre había alquilado una casa más pequeña en Livingston, no lejos de donde vivía su amiga Ethel Blumenthal, que en aquel momento seguía siendo un secreto y por tanto desconocida para Ferguson, pero a la larga los planes consistían en vender la enorme casa unos cuantos meses después de que acabaran los trámites del divorcio y que sus padres se mudaran a otro sitio. Ni que decir tiene que Ferguson seguiría viviendo con su madre. Sería libre de ver a su padre cuando quisiera, pero si resultaba que no le apetecía ir a verlo, Stanley tendría derecho a verlo y comer con él dos veces al mes. Eso era lo mínimo. No había límite máximo. Parecía un buen arreglo, y los tres cerraron el trato con un apretón de manos.

Su padre extendía a su madre un cheque mensual en concepto de *asignación de manutención, alojamiento y gastos corrientes*, según la denominación legal, cada uno de ellos tenía su propio abogado, y la separación amistosa con que debían haberse *arreglado las cosas en cuestión de semanas* se prolongó durante meses con disputas menos amistosas sobre pensión alimenticia, reparto de las propiedades comunes y plazo para poner la casa en el mercado. Desde el punto de vista de Ferguson, era su padre el que lo estaba jorobando todo, parecía haber algo que de forma inconsciente pero tenaz le hacía resistirse al divorcio, y aunque Ferguson se sentía frustrado a causa de su madre (que quería acabar cuanto antes con todo el asunto), en los primeros días de las disputas de sus padres se sentía extrañamente aliviado por el obstruccionismo de su padre, porque parecía sugerir que después de todo el profeta de los beneficios era capaz de tener sentimientos humanos normales, cosa de la que su hijo dudaba desde años atrás, y ya fuera porque Stanley Ferguson siguiera albergando un amor perdurable por la mujer con quien se había casado casi dos

decenios antes (motivo sentimental), porque la ignominia del divorcio representaba fracaso y humillación a ojos de los demás (motivo social) o sencillamente porque se mostraba reacio a que la madre de Ferguson se quedara con la mitad del dinero de la venta de la casa (motivo financiero), todo eso importaba menos que el hecho de que sentía *algo*, y aunque en última instancia cedió y firmó el acuerdo de divorcio en diciembre después de que Rose se declarase dispuesta a renunciar a su parte de la casa, eso no quería decir que el dinero hubiese tenido exclusivamente la última palabra, porque Ferguson notaba que el motivo sentimental y el social constituían la verdadera causa del conflicto y que resistirse por la cuestión del dinero era simplemente un intento de guardar las apariencias.

Al mismo tiempo, utilizar el dinero como cuña en las negociaciones le pareció a Ferguson un acto imperdonable. Entre los bienes que sus padres poseían en común, la casa era el más importante, el caserón que Ferguson siempre había detestado, la mansión de estilo Tudor que compraron para presumir y a la que en primer lugar él no había querido mudarse, y privando a su futura exmujer de su parte de la venta de aquel bien tan valioso, el padre de Ferguson estaba en efecto empobreciendo a la madre de su hijo, haciéndole casi imposible la compra de otra casa nueva, condenándola así a ella *y a su propio hijo* a una vida más limitada en un apartamento barato y angosto en alguna zona cercana a las vías del ferrocarril. La castigaba por haber dejado de quererlo, y el hecho de que la madre de Ferguson conviniera en tan dura estipulación sólo demostraba lo desesperadamente que quería liberarse del matrimonio, aunque desde el punto de vista económico la dejara en la ruina, de modo que el padre de Ferguson siguió empeñado en su cruel exigencia y se negó a transigir. Si alguna esperanza había en la redacción del acuerdo definitivo, era que la casa no debía ponerse en el mercado hasta dos años después de que el divorcio fuese definitivo, lo que más o menos abarcaba los tres años que Ferguson seguiría en el instituto, pero aun así, después de conceder a su padre el beneficio de la duda desde el contratiempo de Suero-Suelo, después de hacer lo posible por tratar a su padre de forma amistosa y cortés durante todo el largo y tedioso verano de trabajo en la tienda de Livingston, Ferguson se revolvió ahora contra él con algo parecido al odio, y decidió no aceptar otro centavo de su padre en lo que le quedara de vida, ni dinero para gastos, ni para ropa ni para coche de segunda mano, ni para matrícula de universidad ni para nada más, e incluso cuando Ferguson fuera ya adulto y no hubiera publicado ninguno de sus libros y viviese como un borrachín cualquiera en la manzana más deprimente del Bowery, se negaría a extender la mano siempre que su padre tratara de darle una moneda de cincuenta centavos, y cuando el viejo finalmente dejara este mundo y Ferguson heredara ochenta millones y la propiedad de cuatrocientas setenta y tres tiendas de electrodomésticos, cerraría los establecimientos y repartiría el dinero a partes iguales entre los vagabundos que había conocido en su época de hombre olvidado en las aceras de los barrios bajos.

Con todo, la vida iba mejorando, y una vez que su padre se mudó de la casa el 2 de julio, Ferguson se quedó impresionado por la rapidez con que su madre se adaptó a las nuevas circunstancias. De pronto todo era diferente, y las limitaciones de la asignación mensual la obligaban a abandonar la mayoría de las comodidades y todos los lujos que había tenido por estar casada con un hombre adinerado: los servicios de

Angie Bly para empezar (que la había liberado de tediosas labores domésticas como cocinar y limpiar la casa), el Blue Valley Country Club en segundo lugar (ya imposible dadas las circunstancias, lo que puso un brusco final a los placeres del golf), pero sobre todo el despreocupado gasto en ropa y zapatos, las dos citas semanales en la peluquería, los masajes y arreglos de pies, las pulseras y collares que compraba impulsivamente y luego apenas se ponía, todos los atributos de la presunta buena vida que había llevado durante los últimos diez años y a los que tuvo que renunciar —o eso le parecía a Ferguson— sin lamentarlo un solo instante. Pasó aquel primer verano de separación previa al divorcio en el jardín de atrás, ocupándose de la casa y trabajando en la cocina, guisando un aluvión de platos, haciendo unas cenas tan abundantes y deliciosas para cuando su hijo volviera a casa de la tienda de su padre que Ferguson se pasaba la mayor parte del día pensando en lo que su madre le daría de cenar aquella noche. Rose apenas salía o hablaba por teléfono excepto con su madre en Nueva York, pero aquel verano recibió tantas visitas de su amiga Nancy Solomon, la leal camarada de su infancia, que a Ferguson le recordaba a una de esas vecinas de un serial televisivo, el ama de casa de extraño aspecto que siempre estaba disponible para pasarse a tomar un café y mantener una larga charla, y cuando Ferguson se iba a su cuarto a leer o trabajar en su nuevo relato o escribir otra carta a Amy, nada le hacía más feliz que oír cómo se reían las dos mujeres en la cocina. Su madre volvía a reír. Los oscuros círculos bajo los ojos desaparecían y poco a poco empezaba a recuperar su antigua apariencia; o quizá cobraba un nuevo aspecto, ya que el antiguo había desaparecido tanto tiempo atrás que Ferguson apenas era capaz de recordarlo.

Dan Schneiderman y sus hijos volvieron de Europa a finales de agosto. En los sesenta y dos días transcurridos desde su marcha, Ferguson había escrito a Amy catorce cartas, la mitad de las cuales habían logrado llegar al lugar preciso justo a tiempo, mientras la otra mitad seguía languideciendo sin reclamar en diversas delegaciones de American Express en Italia y Francia. No se había atrevido a hablar de amor en esas cartas porque habría sido presuntuoso e injusto por su parte ponerla en un apuro, hacerle una pregunta que no habría podido responderle a la cara, pero eran misivas llenas de declaraciones afectuosas y a veces muy emocionales sobre amistad eterna, y una y otra vez le decía que la echaba de menos, que ansiaba verla de nuevo y que el pequeño mundo en que vivía era un sitio sumamente vacío cuando ella no estaba. Por su parte, Amy había enviado cinco cartas y once tarjetas postales, todas las cuales llegaron sin problemas a Nueva Jersey, y aunque las postales de Londres, París, Florencia y Roma eran necesariamente breves (¡¡¡y acribilladas a interjecciones!!!), las cartas eran largas y en general hablaban de cómo iba asimilando la muerte de su madre, cosa que parecía cambiar de un día para otro y a veces de hora en hora, con algunos ratos tolerables, otros dolorosos y, aunque pareciese raro, también momentos enteramente buenos cuando no se acordaba para nada de ella, pero siempre que pensaba en su madre era difícil no sentirse culpable, escribía, eso era lo más difícil de aceptar, la culpa incesante, porque en parte sabía que su vida mejoraría sin la presencia de su madre, y reconocer ese sentimiento era una *horrible admisión de su propia podredumbre*. Ferguson respondió a aquella sombría carta de odio hacia sí misma con noticias sobre la separación e inminente

divorcio de sus padres, explicándole que no sólo se alegraba de lo que estaba pasando sino que estaba encantado de no volver a pasar otra noche bajo el mismo techo que su padre y que no sentía la menor culpa por eso. *Sentimos lo que sentimos*, escribió, *y no somos responsables de nuestros sentimientos. De nuestros actos sí, pero no de lo que sentimos. Tú nunca hiciste nada malo a tu madre. Discutías a veces con ella, pero has sido buena hija y no debes atormentarte por lo que ahora sientes. Eres inocente, Amy, y no tienes derecho a sentirte culpable por cosas que no has hecho.*

La mitad de lo que escribió aquel verano se perdió, pero esas frases se encontraban casualmente en una de las cartas que Amy recibió: en Londres, justo un día antes de que tomara el avión a Nueva York con su padre y hermano.

Al día siguiente de su llegada, los tres Schneiderman fueron a cenar a su casa. Era la primera noche que su madre cocinaba para ellos en aquel primer año de la segunda parte del instituto, dos, tres y hasta cuatro veces por semana en las que generalmente sólo los acompañaban Dan y Amy, porque Jim ya había vuelto a la universidad, y como Ferguson seguía sin tener ni idea de que su madre y el padre de Amy eran más que aquellos buenos amigos de *Me lo ha dicho Dan* de la primavera pasada, interpretaba aquellas invitaciones como gestos de amabilidad y buena voluntad, una cariñosa ayuda a una familia de luto, padre e hija aún tan ensimismados en su dolor que les resultaba difícil la tarea de hacer la compra y cocinar ellos mismos, su hogar un caos de camas sin hacer y cacharros sin fregar ahora que Liz ya no estaba para mantener el orden doméstico, pero aparte de la generosidad también había motivos personales, comprendió Ferguson, porque su madre ahora estaba sola, seguía sola desde principios de verano, su vida en suspenso entre un pasado muerto y un futuro en blanco, incognoscible, y por qué no iba a acoger con agrado la compañía del encantador Dan Schneiderman y su hija Amy, que traían a la casa conversación, sentimientos y afecto, y sin duda aquellas cenas les hicieron mucho bien a todos durante el periodo transitorio de tristeza posterior al entierro y divorcio inminente, no sólo a Ferguson, que encontraba aquellas veladas en la mesa de la cocina como uno de los argumentos más sólidos presentados hasta el momento en apoyo de su teoría de que la vida iba efectivamente a mejor.

Mejor, por supuesto, no quería decir bien, posiblemente ni por asomo, quizá. Sólo significaba que las cosas no iban tan mal como antes, que en general su situación vital había mejorado, pero teniendo en cuenta lo que pasó en la primera cena con los Schneiderman a finales de agosto, las cosas aún no habían mejorado tanto como cabría esperar. No veía a Amy desde hacía más de dos meses, y por tanto la imagen de su rostro se le había ido haciendo cada vez menos familiar, y observándola desde el otro lado de la mesa mientras los cinco atacaban el estofado de carne de su madre, comprendió que la belleza de Amy tenía algo que ver con los párpados, que los pliegues de sus párpados eran diferentes a todos los demás, y debido a eso sus ojos resultaban a la vez ingenuos y conmovedores, rara combinación que nunca había visto en nadie más, ojos jóvenes que continuarían siéndolo incluso cuando fuese vieja, por eso se había enamorado de ella, sospechaba él, y el momento de la revelación sobrevino al ver aquellos ojos derramando lágrimas a borbotones en el entierro de su madre, lo conmovieron tanto aquellos ojos llorosos que ya no podía pensar en ella *como amiga*, era amor de pronto, la clase de estado amoroso que

sobrepasaba todas las formas de amor, y ansiaba que ella lo quisiera a su vez de la misma manera que él la quería. Después del postre, la condujo al jardín trasero para mantener con ella una conversación cara a cara mientras los otros tres seguían charlando sentados a la mesa. Era una de esas noches cálidas del final del verano de Nueva Jersey, el aire bochornoso salpicado de parpadeos y vibrantes destellos de cien luciérnagas, las mismas criaturas que Amy y él capturaban de niños en las noches de verano para introducirlas en frascos de cristal y pasearse luego con aquellas destellantes hornacinas de luz en la mano, y ahora paseaban por el mismo jardín hablando del viaje de ella a Europa y del final del matrimonio de los padres de Ferguson y de las cartas que se habían escrito en julio y agosto. Ferguson le preguntó si había recibido la última, la que le había enviado a Londres diez días atrás, y cuando ella le dijo que sí, él preguntó si entendía lo que había tratado de decirle. Creo que sí, dijo Amy. No sé si ahora me servirá de ayuda, pero más adelante puede que sí, eso de no ser responsable de nuestros propios sentimientos, me parece que pasaré un tiempo dándole vueltas a eso, Archie, porque aún no puedo evitar considerarme responsable de lo que siento.

Entonces fue cuando Ferguson le pasó el brazo derecho por el hombro y dijo: Te quiero, Amy. Lo sabes, ¿verdad?

Sí, Archie, lo sé. Y yo también te quiero.

Ferguson se detuvo, se volvió hacia ella y la rodeó también con el brazo izquierdo. Cuando atrajo el cuerpo hacia el suyo dijo: Me refiero a verdadero amor, Schneiderman, a un amor absoluto y para siempre, al amor más grande de todos los tiempos.

Amy sonrió. Un momento después, cuando ella también lo envolvió en sus brazos desnudos, a Ferguson empezaron a temblarle las piernas.

Llevo meses pensando en esto, repuso ella. Si deberíamos intentarlo o no. Si estábamos destinados a enamorarnos el uno del otro o no. Estoy muy tentada, Archie, pero tengo miedo. Si lo intentamos y no da resultado, probablemente dejaremos de ser amigos, al menos como lo somos ahora, que somos los mejores amigos del mundo, tan íntimos como sólo dos hermanos pueden serlo, así es como siempre he pensado en nosotros, como hermano y hermana, y cada vez que me imagino dándote un beso tengo la impresión de cometer incesto, de hacer algo malo, algo que seguramente lamentaré, y no quiero perder lo que tenemos, me moriría si ya no fuese tu hermana, ¿y valdría la pena perder todo lo bueno que tenemos juntos por unos cuantos besos en la oscuridad?

Ferguson sintió tal abatimiento al oír sus palabras que se soltó del abrazo y dio dos pasos atrás. ¡Hermanos!, dijo, con creciente ira en la voz, ¡menuda sandez!

Pero no era ninguna sandez, y cuando el padre de Amy y la madre de Ferguson se casaron once meses y cuatro días después de la noche de la primera cena, los dos amigos se convirtieron oficialmente en hermano y hermana, y sin perder de vista el hecho de que sólo eran hermanastros, en lo sucesivo formarían parte de la misma familia, y las dos habitaciones en las que durmieron hasta acabar el instituto estaban una junto a otra en la nueva casa familiar.

4.1

Las normas de alojamiento expuestas en el Manual para estudiantes del Barnard College establecían que todo alumno de primer curso procedente de otra ciudad debía albergarse en una de las residencias estudiantiles del recinto universitario, mientras que los residentes en Nueva York podían elegir entre una residencia y la casa de sus padres. La independiente Amy, que no deseaba quedarse con sus padres ni tampoco compartir habitación con otra persona en una residencia excesivamente reglamentada, hizo trampa alegando que sus padres se habían mudado de la calle Setenta y cinco Oeste a la calle Ciento once Oeste, un piso mucho más grande que en realidad estaba ocupado por cuatro estudiantes que no eran de primero, sino de segundo y tercero de Barnard y de tercero y cuarto de Columbia, y cuando Amy se trasladó a aquel piso inmenso de corredores interminables, viejas cañerías y puertas con pomos de cristal biselado, se convirtió en la única ocupante de la quinta habitación. Sus padres convinieron en el engaño porque Amy les hizo las cuentas, demostrándoles que era más barato pagar una quinta parte de los doscientos setenta dólares que costaba el alquiler del piso que alojarse en una residencia de estudiantes, y también, y sobre todo, porque ellos sabían que ya era hora de que su obstinada hija abandonara el hogar. Había pasado poco más de un año desde la comida al aire libre en el jardín de los Ferguson, y ahora a la hija de los Schneiderman y al hijo de los Ferguson se les había concedido su más ardiente deseo: una habitación con cerradura en la puerta y la posibilidad de dormir juntos en la misma cama siempre que quisieran.

El problema residía en el *siempre que*, concepto resbaladizo que más constituía una posibilidad idealizada que una proposición factible, y con uno de los dos aún atrapado en Montclair y la otra envuelta en el torbellino de confusiones y adaptaciones que conlleva el inicio de la vida universitaria, acabaron compartiendo la cama menos a menudo de lo que esperaban. Estaban los fines de semana, por supuesto, que aprovecharon lo más posible, es decir, la mayoría de los fines de semana de septiembre, octubre y primeros de noviembre, pero las libertades del verano se vieron restringidas y sólo una vez en todo ese tiempo consiguió Ferguson hacer una de sus escapadas para pasar una noche entre semana en la ciudad. Seguían hablando de las cosas que siempre habían hablado, que aquel otoño incluían asuntos como el informe de la Comisión Warren (¿verdadero o falso?), el Movimiento por la Libertad de Expresión de Berkeley (¡viva Mario Savio!) y la victoria de Johnson ante Goldwater, el triunfo de lo malo ante lo infinitamente peor (no tres hurras sino dos, puede que uno), pero entonces invitaron a Amy a una excursión de fin de semana a Connecticut y tuvieron que cancelar los planes, a lo que siguió otra cancelación la semana siguiente (un poco de gripe, dijo ella, aunque no estaba en el piso cuando la llamó el sábado por la noche ni tampoco el domingo por la tarde), y poco a poco Ferguson empezó a notar que Amy se le estaba escapando. Volvieron sus viejos miedos, las negras cavilaciones del invierno anterior cuando creía que Amy acabaría marchándose de Nueva York, pensando que llegaría a conocer a otros en otras ciudades imaginadas, otros chicos, otros amores, ¿y por qué tendría que ser distinto

en su propia ciudad? Ahora vivía en un mundo nuevo, y él pertenecía al viejo mundo que ella había dejado atrás. Sólo treinta y seis manzanas al norte, pero las costumbres eran completamente diferentes y la gente hablaba otro lenguaje.

No era que pareciese aburrirse con él ni que lo quisiera menos, ni tampoco que se pusiera en tensión cuando la acariciaba ni que no estuviera a gusto con él en la cama del nuevo piso, sino sencillamente que parecía abstraída, incapaz de centrarse en él como antes. Después de aquellos dos fines de semana fallidos, Ferguson se las arregló para hacerle una visita el sábado siguiente a Acción de Gracias cuando el piso estaba vacío (sus compañeros se habían ido a casa a pasar las vacaciones), y mientras estaban en la cocina bebiendo vino y fumando cigarrillos, observó que Amy miraba por la ventana en vez de mirarlo a él, y en lugar de pasarlo por alto y seguir con lo que estaba diciendo, se interrumpió a media frase y le preguntó si algo iba mal, y entonces fue cuando pasó, entonces fue cuando Amy volvió la cabeza en su dirección y pronunció las seis breves palabras que se estaban formando en su cabeza desde hacía casi un mes: *Creo que necesito un descanso, Archie*.

Sólo tenían diecisiete años, dijo ella, y casi era como si estuvieran casados, como si ya no tuviesen futuro salvo el de estar juntos, y aunque con el tiempo acabaran juntos, era demasiado pronto para vivir cautivos de ese compromiso, llegarían a sentirse asfixiados, atrapados en promesas que probablemente no podrían cumplir, y al poco tiempo empezarían a guardarse rencor el uno al otro, ¿y por qué no respirar hondo y simplemente tomárselo con *calma* durante una temporada?

Ferguson sabía que estaba haciendo el idiota, pero su estúpido corazón sólo quería saber una cosa: ¿Estás diciendo que ya no me quieres?

No me has escuchado, Archie, repuso Amy. Lo único que digo es que necesitamos ventilar la habitación. Quiero que abramos puertas y ventanas.

Lo que significa que te has enamorado de otro.

Lo que significa que otro me ha puesto los ojos encima y yo he coqueteado un par de veces con él. No es nada serio, créeme. En realidad no estoy segura de que me guste. Pero el caso es que me niego a sentirme mal por eso, y me siento culpable porque no quiero hacerte daño, así que me pregunto: ¿qué es lo que te pasa, Amy? No estás casada con Archie. Ni siquiera has llegado a la mitad de tu primer año de universidad, ¿por qué no podrías explorar un poco, besar a otro chico si te da por ahí, incluso acostarte con otro si te apetece, hacer las cosas que se supone que hace la gente cuando es joven?

Porque eso me mataría, por eso.

No es para siempre, Archie. Lo único que pido es tiempo muerto.

Siguieron hablando durante más de una hora, al cabo de la cual Ferguson salió del piso y volvió en coche a Montclair. Pasarían cuatro meses y medio antes de que volviera a verla, cuatro meses y medio deprimentes, sin besos, sin caricias, sin hablar con la única persona a la que quería besar y acariciar, con la que necesitaba hablar, pero Ferguson logró sobrellevar aquella temporada sin desmoronarse porque tenía el convencimiento de que Amy y él no habían terminado, de que en el largo y complejo viaje que habían emprendido juntos se habían encontrado con la primera desviación, un desprendimiento de tierras les había cortado el paso obligándolos a dar un rodeo

por el bosque, donde se habían perdido momentáneamente de vista, pero antes o después volverían a encontrar el camino y proseguirían el trayecto. De eso estaba convencido porque se fiaba de la palabra de Amy, porque Amy era la única persona que conocía que jamás decía mentiras, que era incapaz de mentir, que siempre decía la verdad en cualquier circunstancia, y si no le había dicho que lo plantaba ni lo enviaba al exilio permanente, que lo único que pedía era un descanso, una pausa para abrir las ventanas y ventilar la habitación, Ferguson tenía que creerla.

La fuerza de aquella convicción fue lo que le permitió seguir adelante en aquellos meses vacíos, sin Amy, y trabajó en serio tratando de aprovecharlos lo mejor posible, negándose a sucumbir a la tentación de compadecerse de sí mismo, actividad que tan atractiva le había resultado en las primeras etapas de la adolescencia (la pérdida de Anne-Marie Dumartin, la lesión de la mano), luchando por encontrar un enfoque más estricto, más resuelto ante los interrogantes del dolor (el dolor de la decepción, el dolor de vivir en el *mundo de mierda* del señor Martino), preparándose ya para encajar los golpes, no desplomarse bajo su impacto y mantener el terreno en vez de salir corriendo, fortificándose ante lo que ya comprendía que iba a ser un largo asedio en una guerra de trincheras. De finales de noviembre de 1964 a mediados de abril de 1965: época sin coito y sin amor, tiempo de introspección e incorpórea soledad, tiempo de obligarse, por fin, a madurar, a acabar con todo lo que aún lo conectaba con la infancia.

Era su último curso de instituto, el último año que pasaría en Montclair, en Nueva Jersey, el último que viviría bajo el mismo techo que sus padres, el último año de la primera parte de su vida, y ahora que estaba solo de nuevo, Ferguson escudriñaba su viejo y conocido mundo con renovada concentración e intensidad, porque si bien mantenía la mirada fija en la gente y los lugares que había conocido durante los últimos catorce años, sentía que todo eso empezaba a desaparecer ante sus ojos, disolviéndose despacio como una imagen Polaroid proyectándose al revés, volviendo a su estado anterior al revelado mientras el contorno de los edificios se esfumaba y los rasgos de sus amigos se hacían menos nítidos y los colores vivos se fundían en blancos rectángulos vacíos. Volvía a frecuentar a sus compañeros de clase como no lo hacía desde un año atrás, sin escapadas a Nueva York los fines de semana, sin ser ya una persona con una vida secreta, una sombra de un solo pulgar reinsertada entre los chicos de diecisiete y dieciocho que conocía desde cumplidos los tres, los cuatro y los cinco años, y ahora que empezaban a difuminarse, se sorprendía observándolos con una especie de ternura, aquellos *chicos aburridos de las afueras* a los que había dado la espalda tan bruscamente después de que Amy subiera con él a su habitación la tarde de la barbacoa del Día del Trabajo volvían a ser sus únicos compañeros, y hacía lo que podía por tratarlos con tolerancia y respeto, incluso al más ridículo y bobalicón, porque ya no pretendía juzgar, había renunciado a su compulsión de buscar defectos y flaquezas en los demás porque para entonces había aprendido que él era tan frágil e imperfecto como ellos, y si quería madurar y convertirse en la clase de persona que aspiraba a ser, habría de tener la boca cerrada y los ojos abiertos y nunca más mirar a nadie por encima del hombro.

Sin Amy por ahora, sin Amy durante lo que amenazaba ser un insoportable periodo de tiempo, pero la irracional convicción de que ambos estaban destinados a

estar juntos de nuevo en algún punto del futuro lo impulsó a hacer planes para ese futuro cuando le llegó el momento de enviar las solicitudes para la universidad. Ésa era una de las cosas curiosas de estar en último curso de instituto, el hecho de que te pasabas el tiempo pensando en el año siguiente, sabiendo que una parte de tu ser ya se había ido mientras la otra permanecía donde te encontrabas, como si vivieras en dos sitios a la vez, el tedioso presente y el futuro incierto, reduciendo tu existencia a una serie de números que incluían la media del curso y las notas de selectividad, dirigiéndote a los profesores que más te gustaban para pedirles que te escribieran cartas de recomendación, componiendo la absurda y ridícula redacción sobre tus propios méritos con objeto de impresionar a un tribunal de anónimos desconocidos y convencerlos de tu valía para ingresar en su institución, poniéndote luego chaqueta y corbata y presentándote en esa institución para una entrevista con alguien cuyo informe pesaría grandemente en la decisión de admitirte o no, y de pronto Ferguson empezó a preocuparse otra vez por su mano, por primera vez desde hacía meses sintió ansiedad por los dedos perdidos cuando se sentó frente al hombre que contribuiría a decidir su futuro, preguntándose si lo consideraría un discapacitado o simplemente víctima de algún accidente, y entonces, mientras respondía a las preguntas de aquel hombre, recordó la última vez que Amy y él habían hablado de su lesión, el verano en el que por el motivo que fuese él había bajado la vista a su mano diciendo lo mucho que le asqueaba, cosa que molestó tanto a Amy que le contestó a gritos, diciéndole que, si volvía a mencionar su mano otra vez, cogería una cuchilla de carnicero y se rebanaría el pulgar izquierdo para regalárselo a él, y la ferocidad de su ira era tan magnífica que le prometió que nunca más sacaría a relucir el tema, y mientras continuaba hablando con el entrevistador comprendió que no sólo no debía hablar más de ello sino que tampoco tenía que pensarlo, y poco a poco fue quitándoselo de la cabeza y centrándose en la conversación con aquel hombre, que era profesor de música en Columbia, la primera preferencia de Ferguson, la única universidad que le interesaba, y cuando el afable, simpático e ingenioso entrevistador, compositor de óperas bufas dodecafónicas, se enteró de que a Ferguson le interesaba la poesía y esperaba ser escritor algún día, se acercó a la estantería de su despacho y sacó cuatro números recientes de la *Columbia Review*, la revista literaria estudiantil, y se los tendió al nervioso y tímido solicitante de la otra orilla del Hudson. Puede que te venga bien echarles un vistazo, le dijo el profesor, y seguidamente se estrecharon la mano y se despidieron, y mientras Ferguson salía del edificio y paseaba por el campus, que ya conocía por su media docena de citas con Lady Schneiderman en el otoño pasado, se preguntó si no se encontraría con Amy aquella tarde (no se la encontró) o si no debía ir a su piso de la calle Ciento once Oeste y llamar al timbre (no fue, no debía ir, no podía llamar al timbre), así que en vez de atormentarse con pensamientos sobre su ausente e inaccesible amor, abrió uno de los números de la *Columbia Review* y se topó con un poema cuyo estribillo era de lo más divertido y vulgar, un verso tan directo y escandaloso que al leerlo soltó una ruidosa carcajada: *Un polvo habitual nunca viene mal*. Como poema podría no valer gran cosa, pero Ferguson no dejaba de estar de acuerdo con la idea, que contenía una verdad que ningún otro poema había expresado de forma tan rotunda, o al menos ninguno que él conociera, y además le pareció alentador comprobar que Columbia era un sitio que

permitía que los estudiantes publicaran tales pensamientos sin miedo a la censura, lo que significaba que allí los estudiantes eran libres, porque si alguien hubiera escrito ese verso para la revista literaria del instituto de segundo ciclo de secundaria de Montclair, lo habrían expulsado en el acto y probablemente lo habrían metido en el calabozo.

A sus padres les daba igual. Ninguno de ellos había ido a la universidad, ninguno conocía las diferencias entre una y otra institución, y por tanto se alegrarían de que su hijo fuese a donde quisiera, a la universidad estatal de New Brunswick (Rutgers) o a la de Cambridge (Harvard), en Massachusetts, porque no habían pasado de la ignorancia al esnobismo de preferir una u otra institución basándose sólo en su prestigio, y simplemente estaban orgullosos de que Ferguson hubiese sido tan buen estudiante durante toda su vida. La tía Mildred, sin embargo, recién ascendida a profesora titular en Berkeley, tenía otras ideas sobre el destino académico del amor de su vida, y en una larga conferencia de costa a costa a primeros de diciembre trató de que su sobrino se inclinara hacia su modo de pensar. Columbia era una primera elección excelente, afirmó, ningún problema con eso, el programa de estudios era uno de los mejores del país, pero también debía considerar otras posibilidades, Amherst y Oberlin, por ejemplo, instituciones pequeñas y aisladas que ofrecían un ambiente más tranquilo y con menos distracciones que Nueva York, más propicio al esfuerzo necesario para concentrarse en los estudios, pero si deseaba asistir a una universidad grande, por qué no detenerse a pensar en Stanford y Berkeley, cuánto le gustaría tenerlo con ella en California durante los cuatro años siguientes, y cualquiera de esos sitios era tan bueno como Columbia, si no mejor, pero Ferguson repuso que estaba completamente decidido, Nueva York o nada, y si lo rechazaban en Columbia, iría a la Universidad de Nueva York, que admitía a casi todos los solicitantes, y si algo iba mal allí, su diploma del instituto le permitiría matricularse en cursos de la New School, que no rechazaba a nadie, y ése era el plan, le explicó, sólo tres posibilidades, todas ellas en Nueva York, y cuando su tía le preguntó por qué tenía que ser Nueva York cuando había tantos otros sitios más atractivos para elegir, Ferguson rebuscó en su memoria y extrajo las palabras que Amy le había dicho el día en que se encontraron por primera vez: porque, le dijo, Nueva York es *todo*.

En una especie de limbo, quizá, o más bien en la angosta hendidura entre el ni aquí ni allí del tedioso presente, a Ferguson le ocurrió algo que modificó sus expectativas sobre los acontecimientos venideros. A primeros de diciembre encontró trabajo en el *Montclair Times*, aunque sería más exacto decir que el trabajo lo encontró a él, porque le vino de casualidad, sin ningún esfuerzo por su parte, un regalo del ciego azar, pero una vez que empezó a desempeñarlo descubrió que quería perseverar en él, porque no sólo disfrutaba realizándolo sino que la consecuencia de aquella satisfacción fue acotar los infinitos espacios de un futuro incierto para limitarlo a un ámbito determinado, y con ese acotamiento el enjambre de posibilidades indeterminadas se redujo de pronto a algo concreto. En otras palabras, tres meses antes de su decimoctavo cumpleaños, Ferguson se topó casualmente con una vocación en la vida, con algo que hacer a largo plazo, y lo desconcertante era que de no haberse lanzado sin pensar, nunca se le habría ocurrido dedicarse a ello.

El *Montclair Times* era una publicación semanal que llevaba cubriendo acontecimientos de la localidad desde 1877, y como Montclair era más grande que la mayoría de los municipios de la zona (44.000 habitantes), el periódico era más sustancioso y completo y contenía más anuncios que los demás semanarios del condado de Essex, aunque los artículos que publicaba eran más o menos los mismos que los que se encontraban en los noticieros de menor importancia: reuniones de la junta municipal de educación, congregaciones del Ladies Garden Club, banquetes de escultistas, accidentes de tráfico, compromisos y bodas, allanamientos de morada, atracos y actos de vandalismo adolescente a partir de los informes policiales, críticas de exposiciones en el Museo de Bellas Artes de Montclair, conferencias en la Escuela Normal de la Universidad Estatal de Montclair, así como deportes en todas sus manifestaciones autóctonas: béisbol de pequeñas ligas, fútbol americano a lo Pop Warner y una amplia cobertura de los partidos jugados por los equipos de instituto, los temibles Montclair Mounties, cuyo equipo de fútbol americano acababa de concluir la temporada de mayor éxito en su historia: un récord perfecto de 9-0, el campeonato del estado y el tercer puesto en la clasificación nacional, lo que significaba que entre los miles de equipos de instituto de fútbol americano distribuidos por todo Estados Unidos, sólo dos eran considerados mejores que el de Montclair. Ferguson se había perdido todos aquellos partidos sabatinos, pero ahora, sólo diez días después de su penosa conversación con Amy al día siguiente de Acción de Gracias, su madre le habló de una posible oportunidad en el *Times*; suponiendo que estuviera interesado. Al parecer, Rick Vogel, el joven que informaba en el periódico de los deportes de instituto, había realizado una labor tan impresionante describiendo la gloriosa temporada del equipo de fútbol americano que lo contrató el *Newark Evening News*, un diario con una tirada veinte veces mayor que la del semanario de Montclair y un presupuesto lo bastante abultado como para pagar un salario veinte veces superior, y el redactor jefe del *Times* se encontraba en lo que la madre de Ferguson denominó *un lío de cuidado*: el comienzo de la temporada de baloncesto de los equipos de instituto estaba previsto para el martes siguiente, y no tenía a nadie que hiciera la crónica de los partidos.

Hasta entonces, la idea de trabajar en un periódico nunca se le había pasado por la cabeza. Ferguson se veía a sí mismo como un hombre de letras, alguien cuyo futuro sería escribir libros, y ya acabase siendo novelista, dramaturgo o heredero neojerseíta de Walt Whitman y William Carlos Williams, se encaminaba hacia el mundo artístico y, dejando a un lado la importancia de la prensa, escribir en los periódicos no tenía nada que ver con la actividad artística. Por otro lado, se le presentaba una oportunidad, no tenía nada que hacer, estaba inquieto y descontento con casi todo, y tal vez una temporada en el *Times* inyectaría algo de color en el tedioso presente impidiéndole pensar demasiado en sus lamentables circunstancias. Y además había algo de dinero de por medio —un sueldo nominal de diez dólares por artículo—, pero aún más importante que el dinero estaba el hecho de que el *Times* era un periódico de verdad, no una publicación de pega como el *Mountaineer* del instituto Montclair, y si Ferguson se las arreglaba para conseguir el trabajo, engrosaría las filas del mundo de los adultos: ya no sería un chico de instituto de casi dieciocho años sino un joven adulto, o bien, lo que sonaba igual o incluso más

satisfactorio a sus oídos, *un niño prodigio*, o lo que venía a ser lo mismo, un muchacho haciendo el trabajo de un hombre.

No debía olvidarse que Whitman había empezado de periodista en el *Brooklyn Eagle* y Hemingway había escrito en el *Kansas City Star*, ni que Stephen Crane, nacido en Newark, había sido reportero del *New York Herald*, de modo que cuando su madre le preguntó si le interesaba ocupar la vacante dejada por la repentina marcha de Vogel, Ferguson no necesitó más de medio minuto para decir que sí. No iba a ser fácil, le previno su madre, pero Edward Imhoff, el gordo amargado que dirigía el *Times*, debía de estar bastante desesperado para arriesgarse contratando a un chico sin ponerlo primero a prueba, al menos con un partido, porque si lo de Ferguson no resultaba, no tendría tiempo de arreglar las cosas, pero como bien sabían ellos dos, añadió su madre, él iba a hacerlo estupendamente, y como Rose llevaba más de doce años publicando fotografías en el periódico de Imhoff y había incluido su retrato en su libro sobre personajes importantes del Garden State (acto de injustificada generosidad si alguna vez los hubo), el viejo charlatán estaba en deuda con ella, dijo Rose, y sin perder un segundo más cogió el teléfono y lo llamó. Así era como actuaba la madre de Ferguson cuando había que hacer algo: aprovechaba el momento y ponía manos a la obra, y a Ferguson le entusiasmó su vigoroso desenfado mientras escuchaba la mitad de su conversación con Imhoff. Durante los siete minutos que estuvieron hablando, ni una sola vez pareció una madre que pedía un favor para su hijo. Era simplemente una cazatalentos que acababa de resolver un problema a un viejo amigo, e Imhoff debía ponerse de rodillas y agradecerle que le sacara las castañas del fuego.

Gracias a aquella llamada, se le concedió una entrevista con el malhumorado y dispéptico redactor jefe, y aunque Ferguson llegó provisto de dos muestras de sus escritos para demostrar que no era un tarugo analfabeto (un trabajo de inglés sobre *El rey Lear* y un breve poema jocoso que acababa con los versos *Si la vida es sueño, / ¿qué ocurre al despertar?*), el orondo y calvo Imhoff apenas les echó un vistazo. Supongo que sabrás algo de baloncesto, le dijo, y doy por hecho que sabes escribir una frase coherente, pero ¿y de periódicos?, ¿te molestas en leerlos alguna vez? Pues claro que leo los periódicos, repuso Ferguson, tres al día. El *Star-Ledger* para las noticias de la localidad, el *New York Times* para las noticias nacionales e internacionales y el *Herald Tribune* porque tiene a los mejores escritores.

¿Los mejores?, dijo Imhoff. ¿Y cuál es el mejor, en tu opinión?

Jimmy Breslin en cuestiones políticas, por un lado. Red Smith en deportes, por otro. Y el crítico musical Gilbert Schneiderman, que da la casualidad de que es tío de una íntima amiga mía.

Bravo. ¿Y cuántos artículos periodísticos has escrito, don Importante?

Creo que ya sabe la respuesta a esa pregunta.

A Ferguson no le importaba. Ni lo que Imhoff pensara de él ni si lo rechazaba para el puesto. La audacia de su madre lo había envalentonado hasta situarlo en una posición de absoluta indiferencia, y la indiferencia confería poder, pensó Ferguson, y fuera cual fuese el resultado de la entrevista no iba a permitir que lo mandoneara aquel repugnante saco de altivez y malos modales.

Dame una buena razón para que te contrate, lo conminó Imhoff.

Usted necesita a alguien que le cubra el partido del martes por la noche, y yo estoy dispuesto a hacerlo. Si no quiere que lo haga, ¿por qué iba a perder su valioso tiempo en hablar ahora conmigo?

Seiscientas palabras, le dijo Imhoff, dando una palmada en el escritorio con ambas manos. La cagas, y te vas fuera. Estás a la altura, y tendrás otra oportunidad.

Escribir un artículo para un periódico iba a ser distinto de cualquier otra cosa que había escrito hasta el momento. No sólo los poemas y relatos breves, tan diferentes del periodismo que ni siquiera entraban en consideración, sino también las demás formas de no ficción a las que se había dedicado durante la mayor parte de su vida: cartas personales (que a veces informaban de acontecimientos reales pero cargadas en su mayoría de opiniones sobre sí mismo y los demás: te quiero, te odio, estoy triste, estoy feliz, resulta que nuestro viejo amigo es un despreciable embustero) y trabajos del instituto, tales como su reciente trabajo sobre *El rey Lear*, que en el fondo era un conjunto de palabras que respondía a otro conjunto de palabras, lo mismo que el resto de las redacciones escolares: términos que respondían a otros términos. En cambio, un artículo periodístico era un grupo de frases que respondía al mundo, un intento de poner en palabras el mundo no escrito, y para contar la historia de un acontecimiento ocurrido en el mundo real había que empezar paradójicamente por el último detalle acontecido en vez de por el primero, el efecto y no la causa, no *George Bliffle se levantó ayer por la mañana con dolor de estómago* sino *George Bliffle falleció anoche a los setenta y siete años de edad*, con algo sobre el dolor de estómago tres o cuatro párrafos más adelante. Los hechos por encima de todo, pero el ajustarse a los hechos no significaba que dejaras de pensar o no pudieras hacer uso de la imaginación, tal como Red Smith ya había demostrado a principios de año al informar de la derrota de Sonny Liston por el título de los pesos pesados: «Cassius Marcellus Clay se liberó del gentío que se aglomeraba a su alrededor y se puso a saltar y dar gritos en el ring, trepando como una ardilla por las cuerdas rojas y blandiendo en el aire la mano izquierda aún enguantada. “Tragaos vuestras palabras”, aullaba a la fila de periodistas que hacían su trabajo. “Tragaos vuestras palabras”». Pero el verse limitado al mundo real no hacía que uno fuese menos escritor si tenía la capacidad de escribir bien.

Ferguson sabía que a la larga los deportes carecían de importancia, pero se prestaban a la palabra escrita con mayor facilidad que muchos otros temas porque cada partido poseía una estructura narrativa intrínseca, la agonía de la competición necesariamente resultaba en la victoria para un equipo y la derrota para el otro, y la tarea de Ferguson consistía en contar la historia de cómo había ganado el vencedor y cómo había perdido el perdedor, ya fuera por un punto o por veinte, y cuando se presentó a ver el primer partido de la temporada aquel martes por la noche de mediados de diciembre, ya había pensado en cómo dar forma al artículo, porque aquel año el principal drama del equipo de baloncesto del Montclair era la juventud e inexperiencia de sus componentes, ninguno había salido en el quinteto inicial la temporada anterior, ocho de último año se habían graduado en junio, y salvo una excepción, el equipo actual se componía enteramente de alumnos de segundo y tercero. Aquél sería el hilo conductor de su crónica del equipo a lo largo de los partidos, decidió Ferguson, seguiría con atención a la serie de principiantes sin curtir

para ver si a medida que avanzaba la temporada evolucionaban hasta convertirse en jugadores sólidos o si, por el contrario, iban tropezando de derrota en derrota, y aunque Imhoff había prometido darle la patada si en el primer artículo *no cumplía las expectativas*, Ferguson no pensaba fracasar, no iba a fallar, rotundamente no, y por tanto consideró aquel primer artículo como el capítulo inaugural de una serie que seguiría escribiendo hasta que la temporada acabara a mediados de febrero después de dieciocho partidos.

Lo que no esperaba era lo increíblemente animado que se sentiría al entrar en el gimnasio del instituto y ocupar su sitio junto al anotador en la mesa que cruzaba la línea central de la pista. De pronto todo era distinto. Por muchos partidos que hubiera visto a lo largo de los años, por muchas clases de educación física a que hubiera asistido desde el principio del instituto, por muchas sesiones de entrenamiento en que hubiera participado en aquel local como integrante del equipo de béisbol, el gimnasio ya no era el mismo aquella noche. Se había transformado en un sitio lleno de palabras potenciales, las que escribiría sobre el partido que acababa de empezar, y como su trabajo consistía en escribir, debía observar lo que estaba sucediendo con mayor atención de la que nunca había prestado a cualquier otra cosa, y la pura y simple concentración unida a la determinación que requería aquella forma de mirar parecía elevarlo por los aires y llenarle las venas de potentes descargas eléctricas. Le crepitaba el pelo de la cabeza, tenía los ojos desorbitados y se sentía más animado que en las últimas semanas, vivo y despierto, alborozado y alerta ante el momento. Se había llevado un cuaderno de bolsillo, y a lo largo del partido fue tomando notas de lo que veía en la pista de madera, mirando y escribiendo a la vez durante largo rato, la tensión de trasladar al papel el mundo no escrito le extraía palabras con sorprendente rapidez, era completamente distinto de la lenta y pensativa agonía que implicaba escribir un poema, ahora todo era velocidad, todo premura, y casi sin pensar escribía frases como *el pelirrojo bajito que maneja la pelota con la rapidez de un hámster* y *la flacucha máquina de rebotes, de codos como lápices bien afilados* y *un tiro fallido que aleteó dentro y fuera del aro como un colibrí indeciso,* y luego, cuando Montclair cayó ante el Bloomfield con un *ajustado marcador de 54-51*, Ferguson concluía así el artículo: *Los fieles del Mountie, nada habituados a perder tras un verano de perfección futbolística, salieron del gimnasio en silencio, arrastrando los pies*.

El artículo debía salir a la mañana siguiente, así que Ferguson se apresuró a volver a casa en el Impala blanco y subió a su habitación, donde pasó tres horas escribiéndolo y corrigiéndolo, reduciendo el primer borrador de ochocientas a seiscientas cincuenta palabras y luego a quinientas noventa y siete, justo por debajo del límite de Imhoff, para mecanografiarlo finalmente en una versión sin erratas en su Olympia portátil, la indomable máquina de factura alemana que sus padres le habían regalado en su decimoquinto cumpleaños. En el supuesto de que Imhoff lo aceptara, el artículo sería el primer escrito que Ferguson publicaba sin contar las revistas escolares, y mientras consideraba la inminente pérdida de su virginidad de autor, titubeaba sobre el nombre que utilizaría para firmar su trabajo. *Archie* y *Archibald* siempre le habían planteado un problema, *Archie* por el deplorable idiota de las tiras cómicas, Archie Andrews, el amigo de Jughead y Moose,* el atontado adolescente incapaz de decidir si quería a la rubia Betty más que a la morena Veronica o

viceversa, y *Archibald* porque tenía un sonido rancio y anticuado y resultaba obsoleto, y el único hombre de letras que el mundo conocía con ese nombre era el poeta norteamericano menos apreciado por Ferguson, Archibald MacLeish, ganador de todos los premios y considerado *gloria nacional* pero que en realidad era un birria aburrido y sin talento. Salvo por su tío abuelo, muerto tanto tiempo atrás que Ferguson ni llegó a conocerlo, el único Archie-Archibald con quien sentía cierto parentesco era Cary Grant, nacido en Inglaterra con el nombre de Archibald Leach, pero en cuanto el showman-acróbata llegó a Estados Unidos se cambió de nombre y se convirtió en un astro de Hollywood, lo que nunca habría ocurrido si se hubiera quedado con *Archibald*. A Ferguson le gustaba que sus amigos y su familia lo llamaran *Archie*, no percibía nada malo al oírlo en íntimas conversaciones de afecto y cariño, pero en un contexto público cobraba un matiz infantil e incluso ridículo, sobre todo para un escritor, y como en modo alguno se le ocurriría firmar como Archibald Ferguson, el periodista en ciernes de casi dieciocho años decidió suprimir su nombre por completo y utilizar sus iniciales, del mismo modo que T. S. Eliot y H. L. Mencken habían hecho con las suyas, y así empezó la carrera de A. I. Ferguson. A. I. —como en ciertos círculos se referían al estudio relativo a la Inteligencia Artificial—, pero en esas dos letras también había referencias ocultas, entre ellas la de *Anónimo Informador*, que fue en la que Ferguson decidió pensar cuando vio su nombre impreso.

Como a la mañana siguiente tenía que ir al instituto, su madre convino en pasar por el despacho de Imhoff y entregarle el artículo personalmente, ya que su estudio estaba a sólo dos manzanas del edificio del *Times* en el centro de Montclair. Fue una jornada de ansiosos suspiros —¿le abrirían la puerta o se la cerrarían, le pedirían que informara del partido del viernes por la noche o habría concluido su trabajo de reportero de baloncesto después de un solo partido?—, porque ahora que se había lanzado ya no se mostraba indiferente, y fingir que no le importaba habría sido mentira. Seis horas y media de clase, y luego el trayecto en coche a Roseland Photo para el veredicto, que su madre comunicó con cierta dosis de divertida ironía:

Todo perfecto, Archie, le dijo, yendo primero a lo más importante, va a publicar tu artículo en el periódico de mañana, y estás contratado para el resto de la temporada, y para la de béisbol también, si quieres, pero, Santo Dios, qué tipo tan desagradable es ese hombre, lanzando expresiones de descontento e indignación conmigo allí delante viendo cómo leía el artículo, criticando primero tu seudónimo —que a mí me gusta mucho, dicho sea de paso—, pero a él le parece *presuntuoso* y no lo soporta, A. I., A. I., A. I., repetía una y otra vez, y luego añadía, Asqueroso Intelectual, Arrogante Imbécil, Absoluto Ignorante, no paraba de insultarte porque veía que lo que has escrito es bueno, Archie, no se esperaba que fuese bueno, porque a un hombre como ése no le gusta animar a los jóvenes, quiere hundirlos, así que escogió un par de cosas sólo para demostrar que es superior a todo el mundo, la observación sobre el *colibrí indeciso*, simplemente la odiaba y la tachó con su lápiz azul, y un par de cosas más que le hicieron resoplar o gruñir alguna maldición en voz baja, pero el resultado final es que ya eres miembro en funciones de la prensa local, o bien, en palabras de Ed Imhoff cuando le pregunté si te iba a contratar o no: *El chico servirá*. ¡El chico servirá! Solté una carcajada al oírlo y entonces le pregunté: ¿Eso es

todo lo que tienes que decir, Ed?, a lo que él contestó: ¿Acaso no es suficiente? Bueno, a lo mejor tendrías que darme las gracias por haberte encontrado un nuevo reportero, le dije. ¿Darte *a ti* las gracias?, dijo él. No, mi querida Rose, eres tú quien debería agradecérmelo *a mí*.

Fuera como fuese, Ferguson ya estaba dentro, y lo bueno del asunto era que rara vez tenía que hablar ni ver a Imhoff, porque él debía estar necesariamente en el instituto los miércoles y los lunes por la mañana, los respectivos plazos de entrega de los artículos sobre los partidos de los martes y viernes por la noche, que se publicaban conjuntamente los jueves por la tarde, día en que salía el semanario. Por consiguiente, la madre de Ferguson continuó entregando en mano los artículos a Imhoff, y aunque Ferguson acudió dos veces a las reuniones del sábado con el Mandamás (o menos) para recibir una regañina por el delito de escribir con un *estilo ampuloso* (si frases como *desesperación existencial* y un *paso de ballet que desafía los principios de la física newtoniana* pudieran considerarse ampulosas), la mayor parte de sus conversaciones con Imhoff se desarrollaba por teléfono, como cuando el jefe le pidió que hiciera una reseña sobre el entrenador de baloncesto, Jack McNulty, después de la sexta victoria consecutiva del equipo, lo que le valió subir su récord a 9 y 7, o cuando dio instrucciones a Ferguson para que se pusiera chaqueta y corbata en los partidos porque era *un representante del «Montclair Times» y debía comportarse como un caballero en el desempeño de sus funciones*, como si llevar chaqueta y corbata tuviera algo que ver con informar sobre partidos de baloncesto, pero era la época en que las cuestiones de la ropa y el cabello empezaban a dividir a viejos y jóvenes, y al igual que muchos chicos del instituto, Ferguson se había dejado más largo el pelo aquel curso, los antiguos cortes al cepillo de la década de 1950 estaban desfasados, y entre las chicas también se producían cambios, ya no se martirizaban el pelo con cardados de colmena o algodón de azúcar como hacían en otros tiempos y simplemente se lo cepillaban y se lo dejaban suelto sobre los hombros, cosa que a Ferguson le resultaba más interesante y atractiva, y mientras observaba el paisaje humano en aquellas primeras semanas de 1965, pensó que todo el mundo empezaba a tener mejor aspecto, había algo en el ambiente que le agradaba.

El 7 de febrero, ocho soldados norteamericanos murieron y ciento veintiséis fueron heridos en un ataque del Vietcong contra una base militar en Pleiku... y empezó el bombardeo de Vietnam del Norte. Dos semanas más tarde, el 21 de febrero, justo unos días después de que acabara la temporada de baloncesto en el instituto, Malcolm X resultó muerto a tiros por asesinos de la Nación del Islam cuando pronunciaba un discurso en el Audubon Ballroom de Washington Heights. Aquellos dos temas eran los únicos que parecían existir entonces, escribió Ferguson en una carta a sus tíos en California, la creciente carnicería de Vietnam y el movimiento por los derechos civiles en casa, la Norteamérica blanca contra la población amarilla en el Sudeste asiático, la Norteamérica blanca en lucha con sus propios ciudadanos negros, que cada vez estaban más en conflicto consigo mismos, porque el movimiento que ya se había escindido en facciones seguía dividiéndose sin parar en facciones de facciones e incluso quizá en facciones de facciones de facciones, todo el mundo enfrentado con todos los demás, las líneas trazadas con tal rigidez que ya pocos se atrevían a

traspasarlas, y tan dividido andaba el mundo que cuando Ferguson pidió ingenuamente una cita a Rhonda Williams en algún momento de enero, descubrió que aquellas líneas estaban ahora revestidas de alambre de espino. Era la misma Rhonda Williams que conocía desde diez años atrás, la chica esbelta y habladora que había estado con él en la mayoría de las clases y que casualmente no era una persona blanca sino negra, como muchos otros alumnos del instituto Montclair, que era el centro de enseñanza con mayor integración racial de la zona, un sector del norte de Nueva Jersey en donde casi todos los colegios circundantes se componían en su totalidad de blancos o de una mayoría de negros, y Rhonda Williams, de familia más acomodada que la de Ferguson y que casualmente era de piel negra, o morena en realidad, sólo una pizca más oscura que la de Ferguson, la vivaracha Rhonda Williams, hija del jefe de medicina interna del hospital de Veteranos en la cercana Orange y cuyo hermano menor era escolta sustituto en el equipo de baloncesto de Montclair, la inteligente Rhonda Williams, destinada a la universidad, que siempre había sido amiga de Ferguson y compartía su amor por la música, fue por consiguiente la primera persona que le vino a la cabeza cuando leyó que Sviatoslav Richter iba a dar un recital íntegramente dedicado a Schubert en el Mosque Theatre de Newark dentro de dos sábados, y por eso preguntó a Rhonda si le gustaría acompañarlo, no sólo porque pensaba que le encantaría el concierto sino porque ya hacía dos meses que no veía a Amy y ansiaba compañía femenina, deseando estar con alguien que no fuera un jugador de baloncesto, ni Bobby George ni el odioso Edward Imhoff, y de todas las chicas del instituto Rhonda era la que más le gustaba. La perspectiva de cenar pronto el sábado en el Claremont Diner y luego escuchar a Schubert interpretado por uno de los mejores pianistas le pareció a Ferguson algo que ningún amante de la música querría perderse, pero por increíble que pareciese ella declinó la invitación, y cuando Ferguson le preguntó por qué, Rhonda contestó:

Es que no puedo, Archie.

¿Significa eso que tienes novio y yo no lo sé?

No, no tengo novio. Simplemente no puedo.

Pero ¿por qué? Si no tienes nada que hacer esa noche, ¿dónde está el problema?

Prefiero no decírtelo.

Venga, Rhonda, eso no vale. Soy yo, ¿recuerdas? Tu viejo amigo Archie.

Eres lo bastante inteligente como para adivinarlo.

No, no soy tan listo. Ni siquiera sé de lo que me estás hablando.

Porque tú eres blanco, por eso. Porque tú eres blanco y yo soy negra.

¿Y eso es una razón?

Creo que sí.

No te estoy pidiendo en matrimonio. Sólo quiero ir a un concierto contigo.

Lo sé, y te agradezco la invitación, pero no puedo.

Dime si es porque no te gusto, por favor. Eso podría admitirlo.

Pero sí me gustas, Archie. Lo sabes. Siempre me has gustado.

¿Te das cuenta de lo que estás diciendo?

Claro que me doy cuenta.

Es el fin del mundo, Rhonda.

No, no es el fin del mundo. Sino el comienzo —el principio de un mundo nuevo

—, y simplemente tendrás que aceptarlo.

Tanto si era el fin del mundo o el comienzo de uno nuevo, Ferguson jamás podría aceptarlo, y al acabar la conversación se marchó furibundo, como si le hubieran dado un golpe bajo, horrorizado de que aquella conversación fuese posible cien años después de concluida la guerra de Secesión. Sintió deseos de hablar con alguien sobre el asunto, de soltar las mil razones por las que estaba tan molesto por lo sucedido, pero la única persona con la que habría sido capaz de abordar esas cuestiones era Amy, y Amy era la única persona con la que ahora no podía hablar, y en cuanto a sus amigos del instituto ya no había ninguno en quien confiar lo suficiente, y ni siquiera Bobby, que aún iba con él al instituto todas las mañanas en el coche y seguía considerándose el camarada más incondicional de Ferguson, podría contribuir mucho a una discusión de aquella especie, y además, Bobby tenía problemas justo entonces, problemas amorosos de lo más devastadores en la adolescencia, un amor no correspondido con Margaret O'Mara, quien a su vez estaba enamorada de Ferguson desde hacía seis años, lo que ahora causaba una interminable serie de problemas y consternación en Ferguson, porque inmediatamente después de su conversación con Amy al día siguiente de Acción de Gracias había acariciado la idea de invitar a salir a Margaret, y no es que deseara ardientemente liarse con aquella chica amable y aburrida de rostro singularmente atractivo, pero como Amy había declarado su interés por besar a otros chicos, Ferguson se había preguntado, no sin cierta amargura, si no debía responder buscando otras chicas a quienes besar, y Margaret O'Mara era una excelente candidata porque estaba casi seguro de que ella estaría encantada de que la besase, pero entonces, justo cuando se disponía a llamarla, Bobby le confesó lo prendado que estaba de la misma Margaret O'Mara, que era el primer amor monumental de su vida, pero ella no parecía estar interesada en él, apenas le prestaba atención, y rogó a Ferguson que intercediera en su favor y contara a Margaret lo buen tipo y lo digno de confianza que era (resonancias de *Cyrano de Bergerac*, película que Ferguson y Margaret habían visto juntos en clase de francés de décimo grado), de modo que cuando Ferguson vio a Margaret y trató de recomendarle a Bobby (en lugar de invitarla a salir él mismo), ella se rio y lo llamó *Cyrano*. Aquella carcajada fue el final de todo, con el resultado de un doble desastre, fracaso en ambos frentes. Bobby seguía consumiéndose por ella, y aunque Margaret habría dado brincos ante la oportunidad de salir con Ferguson, Ferguson ya ni lo pensaba porque no podía hacerle algo así a su amigo. Con lo que no consiguió cita alguna en los dos meses siguientes, y entonces, cuando invitó a salir a alguien, resultó ser Rhonda Williams, que educadamente le dio un sopapo en los morros y le enseñó que la Norteamérica en donde él quería vivir no existía, y probablemente no existiría jamás.

En otras circunstancias se habría dirigido a su madre para hablarle de sus frustraciones, pero ya era demasiado mayor para eso, y no quería deprimirla con una larga perorata emocional sobre el sombrío futuro que contemplaba para la República. El porvenir de sus padres ya era bastante sombrío de por sí, y con los ingresos disminuyendo tanto en Roseland Photo como en Stanley's TV & Radio y los quince mil dólares suplementarios fundidos casi en su totalidad, se avecinaban grandes cambios, sólo era cuestión de tiempo antes de que la familia tuviera que replantearse

la forma de vivir y trabajar, y quizá hasta dónde vivir y trabajar. Ferguson lo sentía especialmente por su padre, cuya pequeña tienda al por menor no podía competir con los grandes comercios que vendían a precio de saldo y que estaban surgiendo en municipios como Livingston, West Orange y Short Hills, ¿y por qué iba nadie a comprar una televisión al padre de Ferguson cuando por el mismo aparato podía pagar un cuarenta por ciento menos en E. J. Korvette's, sólo a unos pocos kilómetros de distancia? Cuando Mike Antonelli se despidió en la segunda semana de enero, Ferguson comprendió que la tienda estaba en las últimas, pero su padre se empeñaba en mantener la rutina de siempre, llegando todas las mañanas a las nueve en punto para instalarse frente a su banco de trabajo en la trastienda, donde continuaba reparando tostadoras viejas y aspiradoras defectuosas, recordando cada vez más a Ferguson al viejo doctor Manette de *Historia de dos ciudades*, el prisionero de la Bastilla medio chiflado que remendaba zapatos en el banco de su celda —año tras año recomponiendo zapatos, año tras año arreglando electrodomésticos averiados—, y Ferguson reconocía cada vez más el hecho indiscutible de que su padre nunca se había recobrado plenamente de la traición de Arnold, de que su fe en la familia se había desmoronado, y entonces, entre las ruinas de sus certidumbres deshechas, la única persona de la familia a quien seguía queriendo se estrelló en el coche contra un árbol mutilando a su hijo de por vida, y aunque nunca hablaba del accidente, tanto Ferguson como su madre sabían que rara vez dejaba de pensar en ello.

A Roseland Photo también se le estaba acabando la suerte, no tan deprisa como a Stanley's TV & Radio, quizá, pero la madre de Ferguson sabía que los días del estudio fotográfico estaban casi contados, y llevaba un tiempo reduciendo el número de horas de apertura, de diez horas diarias cinco días a la semana en 1953 a ocho diarias durante cinco días en 1956, de ocho horas cuatro días a la semana en 1959 a seis horas cuatro días a la semana en 1961, de seis horas durante tres jornadas semanales en 1962 a cuatro horas diarias tres días a la semana en 1963, dedicando cada vez más sus energías al trabajo fotográfico para Imhoff en el *Montclair Times*, donde le pagaban el salario de fotógrafa en jefe del periódico, pero luego publicaron su libro sobre personajes importantes del Garden State en febrero de 1965 y al cabo de dos meses el libro acabó en la sala de espera de médicos, dentistas, abogados y despachos municipales por todo el estado, con lo que Rose Ferguson dejó de ser una invisible nulidad para convertirse en alguien reconocido, y gracias al éxito de su libro decidió ir a ver al director del *Newark Star-Ledger* (cuya foto se incluía en el libro) para pedirle trabajo como fotógrafa del periódico, porque aunque la madre de Ferguson tenía cuarenta y tres años por entonces (¿demasiado mayor, quizá?), a ojos de casi todo el mundo aparentaba seis u ocho años menos, y cuando el director echó un vistazo a su voluminosa carpeta de trabajos recordó el halagador retrato que le había hecho (y que colgaba en la pared del salón de su casa), alargó de pronto el brazo y le estrechó la mano, porque el caso era que había una vacante y Rose Ferguson estaba más cualificada que nadie para ocupar ese puesto. El sueldo no era gran cosa, más o menos la misma cantidad que ganaba conjuntamente con los retratos del estudio y el trabajo con Imhoff en un año normal, lo que ni perjudicaba ni ayudaba a la situación económica de la familia, pero entonces al padre de Ferguson se le ocurrió la brillante idea de cerrar Stanley's TV & Radio, que funcionaba en

números rojos desde hacía tres años, y un aspecto negativo se volvió positivo, cualidad que se incrementó ligeramente cuando Sam Brownstein lo convenció para que aceptara un empleo en su tienda de artículos deportivos de Newark (o bien, tal como expresó el padre de Ferguson en uno de sus momentos de frivolidad, para que *cambiara los aparatos de aire acondicionado por guantes de béisbol*), y así fue como, en la primavera de 1965, tanto Roseland Photo como Stanley's TV & Radio cerraron sus puertas para siempre, y con Ferguson a punto de ir a la universidad en otoño, sus padres dijeron que era momento de pensar en vender la casa y alquilar algo más pequeño cerca de sus nuevos trabajos, lo que procuraría dinero más que suficiente para pagar los gastos de universidad de Ferguson, ya que por el motivo que fuese Stanley se oponía a la idea de solicitar una beca (¿estúpido orgullo u orgullosa estupidez?) o de reducir la carga con un contrato de empleo y estudios, porque, tal como explicó su padre, no quería que su hijo *trabajara mientras estudiaba sino que trabajara en sus estudios*, y cuando Ferguson protestó diciendo a su padre que era absurdo, su madre se acercó a su padre, le besó en la mejilla y dijo: No, Archie, el absurdo eres tú.

El cumpleaños de Ferguson cayó en miércoles. Ya tenía los dieciocho, lo que le concedía el derecho a beber alcohol en cualquier bar o restaurante de la ciudad de Nueva York, a casarse sin el consentimiento de sus padres, a morir por su país, a ser juzgado como un hombre en un tribunal, pero no a votar en elecciones municipales, estatales ni federales. En la tarde del día siguiente, 4 de marzo, al volver del instituto a casa encontró en el buzón una carta de Amy. *Querido Archie,* decía, *Un beso muy fuerte para ti en tu cumpleaños. Pronto, cariño mío, cada vez más y más pronto... si es que sigues interesado. He hecho lo que he podido para no pensar en ti, pero no ha dado resultado. Qué invierno tan frío ha sido, vivir en esta habitación con las ventanas abiertas. ¡Me estoy congelando! Te quiere, Amy*.

Sin saber lo que significaba *pronto*, y menos aún *cada vez más y más pronto*, Ferguson era incapaz de entender del todo lo que había escrito Amy, aunque el tono de la carta parecía alentador. Estuvo tentado de contestar con una de sus efusivas cartas, pero luego decidió esperar hasta que se hubiese zanjado la cuestión de la universidad, que no se resolvería hasta mediados del mes siguiente. Por otro lado, si Amy le enviaba otra carta antes de que eso ocurriera, tendría que contestar de inmediato; pero como no recibió ninguna más, el punto muerto continuó. Ferguson imaginaba que estaba siendo fuerte, pero más adelante, al ponerse a considerar sus pasados actos desde la perspectiva de su futura persona, comprendió que sólo había sido terco. Tercamente orgulloso, que en definitiva no era sino otra expresión para *estúpido*.

El 7 de marzo, doscientos policías estatales de Alabama atacaron en Selma a quinientos veinticinco manifestantes en favor de los derechos civiles cuando se disponían a cruzar el puente Edmund Pettus para emprender una marcha hacia Montgomery y protestar contra la discriminación en el derecho al voto. En adelante, aquella fecha siempre se recordaría como *Domingo Sangriento*.

Al día siguiente, infantes de Marina estadounidenses aterrizaron en Vietnam. Los dos batallones, enviados para proteger la base aérea de Da Nang, eran las

primeras fuerzas de combate destinadas en aquel país. El personal estadounidense en Vietnam ya ascendía a 23.000 militares. A finales de julio, el número se incrementaría a 125.000 y el cupo de reclutamiento se duplicó.

El 11 de marzo, mataron de una paliza en Selma al reverendo James J. Reeb, de Boston, Massachusetts. Otros dos pastores unitarios blancos resultaron heridos en el ataque.

Seis días después, un juez de la localidad dictaminó que la marcha de Selma a Montgomery podía emprender su camino. El presidente Johnson colocó bajo jurisdicción federal a la Guardia Nacional estatal, y tras enviar otros 2.200 soldados para proteger a los manifestantes, la marcha arrancó el 21 de marzo. Al anochecer de aquel mismo día, Viola Liuzzo, madre de cinco hijos, que había ido en coche desde Detroit hasta Alabama para participar en la manifestación, fue asesinada a tiros en su automóvil por miembros del Ku Klux Klan porque llevaba a un negro en el asiento del pasajero.

El lunes (22 de marzo), un consternado y perplejo Ferguson empezó a trabajar de nuevo en el *Montclair Times*. Había pasado un mes desde el cierre de la temporada de baloncesto, y ahora era época de béisbol, del temido y precioso béisbol, que sería una cuestión enteramente distinta de informar del baloncesto, tan diferente que al principio creyó no estar a la altura de las circunstancias, pero llevaba mal lo de no escribir artículos, echaba de menos informar sobre los partidos de la misma manera que el fumador echa en falta los cigarrillos cuando se le acaba el paquete, y el tiempo que había dedicado a trabajar en sus poemas no había producido un solo fruto digno de mención, nada sino una serie de composiciones fallidas que lo habían desanimado hasta el punto de preguntarse si tendría dotes para la poesía, y ahora que ya habían pasado catorce meses del accidente y llevaba una temporada entera sin tener nada que ver con el béisbol, quizá hubiera llegado el momento de ponerse a prueba para ver si era capaz de pisar un campo sin caer en un estado de inútiles lamentaciones y pesares. Se emocionaría escribiendo a toda prisa, dijo para sí, se divertiría viendo cómo Bobby George bateaba bolas por encima de la valla y hablando con los ojeadores de las grandes ligas que seguramente acudirían para observar a Bobby, y mientras pudiera soportar el hecho de que ya no formaba parte de todo aquello, disfrutaría de las viejas sensaciones del olor a césped recién segado, de las blancas bolas surcando como flechas el cielo azul y emitiendo un ruido al chocar con bates y guantes de cuero, y esas cosas las acogería con agrado, pensó, le gustarían porque las echaba mucho de menos, y por tanto, sin comunicar a Imhoff sus reparos ni una sola vez, se atuvo al contrato acordado en diciembre y el 22 de marzo fue al despacho de Sal Martino para hacer una entrevista al entrenador sobre la próxima temporada, que se convirtió en el primero de sus veintiún artículos de aquella primavera sobre el equipo de béisbol del instituto Montclair.

No fue tan difícil como había pensado, en realidad no tuvo la menor dificultad, y cuando se inauguró la temporada a principios de abril con un partido en el campo del instituto Columbia, Ferguson fue en el coche pensando menos en el partido que se disputaría aquella tarde que en los términos que emplearía para describirlo. Se sentía infinitamente más maduro que el año anterior, mucho más que cualquiera de su edad, sobre todo en relación con los chicos del equipo, que también habría sido su equipo

de no ser por el accidente, y sólo para demostrar lo absolutamente que habían cambiado las cosas para él, cuando a la semana siguiente dejó su Impala en el Krolik's Garage para una puesta a punto y cogió el autobús para presenciar otro partido en East Orange, se sentó delante con Sal Martino en lugar de con sus compañeros de clase, porque las bulliciosas bromas y escandalosas carcajadas de los chicos habían perdido atractivo para él, con lo que de pronto dejó atrás otro comportamiento infantil, y resultaba raro ser mayor, dijo para sus adentros, extraño porque hacía que se sintiera a la vez triste y contento, y eso era una emoción nueva, algo sin precedentes en la historia de su vida emocional, tristeza y alegría fundiéndose en una sola montaña de sentimientos, y una vez que se le ocurrió esa imagen se encontró pensando en la chica de la botella de Seltz White Rock y en la conversación de hacía seis años con la tía Mildred sobre Psique, cuando hablaron de la transformación de las orugas en mariposas, porque lo desconcertante de pasar de una cosa a otra era que las orugas probablemente estaban muy satisfechas de ser orugas, arrastrándose sobre la tierra sin pensar una sola vez en convertirse en otra cosa, y por triste que les resultara abandonar su condición, sin duda era mejor y absolutamente asombroso empezar de cero como mariposas, aunque la vida de una mariposa fuese más precaria y a veces sólo durase un día.

En los primeros cinco partidos de la temporada, el perdidamente enamorado Bobby George bateó cuatro dobles y tres *home runs* y sacó un promedio de .632 con cinco bases por bolas y ocho carreras impulsadas. El daño que Margaret O'Mara hubiera hecho en el corazón del pobre chico no había afectado a su capacidad para jugar al béisbol. *Y fíjate,* dijo a Ferguson un ojeador de los Minnesota Twins mientras veía cómo sacaba Bobby a un corredor con un tiro en segunda base, *ese chaval no cumplirá los dieciocho hasta el verano.*

El 16 de abril, Ferguson se sentó finalmente a escribir una breve carta a Amy. *Lo he conseguido,* empezó. *Me han admitido en Columbia como miembro del curso del 69: un número deliciosamente evocativo que parece sugerir todo tipo de actividades excitantes en el futuro. A diferencia de ti, no he hecho ningún esfuerzo para no pensar en ti sino que te he tenido continuamente en mis pensamientos y en mi corazón (a veces desalentado) durante los últimos cuatro meses y medio. De modo que sí, en respuesta a tu pregunta retórica, sigo interesado y siempre lo estaré y jamás dejaré de estarlo porque te quiero locamente y no puedo soportar la idea de vivir sin ti. Dime, por favor, cuándo será posible verte otra vez. Siempre tuyo, Archie.*

Esta vez ella no se molestó en escribir sino que llamó, lo llamó a casa sólo unas horas después de recibir la carta, y lo primero que sorprendió a Ferguson fue la espléndida sensación de oír su voz de nuevo, su neoyorquina voz con las suaves erres que convertían su nombre en algo que sonaba como *Ahchie,* y un instante después ella le repetía la última frase de la carta, diciendo: *¿Cuándo será posible verme otra vez?,* a lo que él contestó al fin: *Eso es, ¿cuándo?,* y entonces escuchó la respuesta que esperaba: *Cuando quieras. Cuando quieras a partir de este mismo momento.*

Y así el desterrado Ferguson vio que había recobrado el favor de su temperamental reina, y como ella consideraba que se había comportado noblemente durante su destierro, sin misivas ni llamadas suplicantes, sin plañideras exhortaciones

para que lo restablecieran en su antigua posición en la corte, las primeras palabras que le dijo cuando fue en su coche a Nueva York para verla a la noche siguiente fueron *Tú eres el amor de mi vida, Archie, mi único amor verdadero entre un millón de amores únicos y verdaderos*, y como Amy se echó a llorar en el momento en que la abrazó, Ferguson sospechó que la vida le había resultado difícil en los últimos cuatro meses y medio, que había hecho cosas de las que se avergonzaba, sin duda cosas que implicaban actividad sexual, y por ese motivo decidió no hacerle preguntas, ni entonces ni nunca, porque no quería saber nada de los otros que se habían acostado con ella ni tener que imaginársela desnuda en la cama con otro cuerpo desnudo que luciese una larga y gruesa erección proyectada en el espacio que se abría entre sus piernas abiertas, ni nombres, ni descripciones ni detalles de ninguna clase, y como no le hacía ninguna de las preguntas que ella esperaba, lo abrazó aún con más fuerza precisamente por eso.

Era la más bella primavera de su vida, la primavera de estar de nuevo con Amy, de hablar con ella, de volver a tenerla desnuda entre los brazos, de escuchar cómo arremetía contra Johnson y la CIA por enviar veinte mil soldados a la República Dominicana para impedir que el escritor e historiador Juan Bosch, libremente elegido, reclamara la presidencia porque se le suponía influido por los comunistas, lo que no era cierto, ¿y por qué inmiscuirse en los asuntos de aquel pequeño país cuando Estados Unidos ya estaba haciendo tanto daño en otras partes del mundo? Cuánto la admiraba Ferguson por la pureza de su indignación, y qué satisfactorio era pasar otra vez los fines de semana con ella en Nueva York, ciudad en la que dentro de pocos meses viviría él también, y aparte de Amy la primavera era maravillosa por haber dejado por fin atrás las preocupaciones sobre el próximo curso, lo que significaba que podía hacer el vago por primera vez desde que empezó el instituto, igual que hacían todos el último año durante aquellos dos meses de *dolce far poco*, lo que en cierto modo parecía reducir animosidades y conflictos antiguos y acercarlos más mientras se aproximaba el final de su vida en común, y entonces, cuando empezó el calor, estableció un nuevo ritual con su padre, consistente en que ambos se levantaban todos los días de la semana a las seis de la mañana para salir de casa a las seis y media y jugar al tenis una hora u hora y media en las desiertas pistas municipales, su padre aún capaz con cincuenta y un años de ganarle en todos los sets con marcadores de 6-2 y 6-3, pero el ejercicio iba poniendo de nuevo en forma a Ferguson, y después del largo periodo de no hacer deporte desde el día del accidente el tenis satisfacía una antigua y aún poderosa necesidad, y se alegraba de ver ganar a su padre, de ver lo llevadero que le resultaba al hombre el desmantelamiento de la tienda, la liquidación de las existencias de televisores, radios y aparatos de aire acondicionado con el treinta, el cincuenta y el sesenta por ciento de descuento, la lucha había concluido, a su padre ya nada le importaba, todas sus antiguas ambiciones esfumadas, y con su madre desmantelando también su propio negocio, ambos con idea de desalojar el local en mayo y empezar con sus nuevos trabajos a mediados de junio, en aquella primavera había algo de vértigo a su alrededor, vértigo y euforia, como lo que sienten los niños pequeños cuando se los coge de los tobillos y se los pone boca abajo, como lo que debieron de sentir Amy y él cuando saltaban desnudos sobre la cama durante aquellos momentos del remoto pasado ya desaparecido de la memoria, y qué suerte

que cuando su madre comunicó al *Montclair Times* su marcha inminente Imhoff no lo hubiera despedido a él por despecho, porque Ferguson seguía cubriendo los dos partidos semanales del equipo del instituto, y ahora que Bobby George iba camino de concluir la temporada como jugador seleccionado para el equipo de todo el estado y probablemente contratado por un club de las ligas mayores, a Ferguson le impresionaba cómo se tomaba su nueva condición de estrella, que lo había convertido en la comidilla del instituto, y aunque seguía renqueando con los estudios y no podía dejar de reírse al escuchar chistes sin gracia sobre hijas de campesinos y viajantes de comercio, había a su alrededor un aura de grandeza que poco a poco iba calando en Bobby y modificando la opinión que tenía de sí mismo, y ahora que Margaret O'Mara había empezado a hablarle, rara vez se le veía sin una sonrisa en la cara, la misma sonrisa tierna que Ferguson recordaba de cuando tenían cuatro y cinco años.

Una de las mejores cosas de aquella hermosa primavera consistió en pensar en el verano, en hacer planes con Amy para el viaje que proyectaban a Francia, un viaje de un mes, de mediados de julio a mediados de agosto, un mes porque era todo lo que podían permitirse después de juntar el dinero ahorrado en pasados trabajos de verano, los honorarios de los artículos del *Montclair Times* no gastados en gasolina para el coche y hamburguesas para el estómago, un considerable regalo de graduación de los abuelos de Ferguson (quinientos dólares), una contribución más pequeña del abuelo paterno de Amy y cantidades adicionales aportadas por sus respectivos padres, un total que cubriría cuatro semanas y media para vivir con lo justo una vez descontados los billetes para el vuelo chárter, así que en vez de realizar una grandiosa gira europea en ese limitado periodo de tiempo, decidieron quedarse en un solo país y sumergirse en él lo más plenamente posible. Francia era la elección inevitable porque ambos estudiaban francés y querían perfeccionar el idioma, pero Francia era además el centro de todo lo que no era norteamericano, con los mejores poetas, los mejores novelistas, los mejores cineastas, los mejores filósofos, los mejores museos y la mejor cocina, y sin equipaje salvo la mochila a la espalda dejaron suelo estadounidense en el aeropuerto Kennedy a las ocho de la tarde del 15 de julio, un día después de la celebración anual del Día de la toma de la Bastilla en Francia. Era su primer viaje al extranjero. Para Ferguson también era la primera vez que viajaba en avión, o lo que es lo mismo, la primera vez que perdía contacto con la tierra.

París en su mayor parte, París durante veintidós de los treinta y un días que pasaron en Francia, con una excursión en tren al norte del país (Normandía y Bretaña, con visitas a la playa de Omaha, el monte Saint-Michel y el castillo de la familia de Chateaubriand en Saint-Malo) y otra al sur (Marsella, Arlés, Aviñón y Nimes). La promesa de hablarse en francés lo más frecuentemente posible, de evitar a los turistas norteamericanos, de entablar conversación con los residentes de las diversas localidades para practicar el idioma, de leer únicamente libros y periódicos franceses, de ver sólo películas francesas, de enviar postales a casa escritas en francés. En París vivieron en un hotel tan dudoso que ni siquiera tenía nombre. El letrero de encima de la puerta decía simplemente HOTEL, y la sencilla habitación que compartían en la rue Clément del sexto *arrondissement*, justo enfrente del Marché Saint-Germain, la *chambre dix-huit*, pequeña pero con espacio suficiente, no tenía teléfono ni televisión ni radio y estaba provista de un lavabo con agua fría pero no de retrete, costaba diez

francos la noche, el equivalente a dos dólares, lo que se reducía a un dólar por cabeza, y qué más daba que el retrete al fondo del pasillo no estuviera siempre libre cuando querían utilizarlo, o que la ducha fuese un angosto cajón metálico encajado en la pared en lo alto de las escaleras y no siempre estuviera libre cuando querían utilizarla, lo importante era que la habitación estaba limpia y era luminosa y la cama tenía la suficiente amplitud para que dos personas durmieran cómodamente, y aún más esencial era el hecho de que al dueño del hotel, un hombre corpulento con bigote llamado Antoine, no podría importarle menos que Ferguson y Amy compartieran aquella cama, aunque resultaba evidente que no estaban casados y eran lo bastante jóvenes para ser sus hijos.

Eso fue lo primero por lo que tomaron cariño a Francia (la bendita indiferencia hacia la vida privada de los demás), pero pronto surgieron otros aspectos, como el hecho de difícil comprensión de que las cosas olían mejor en París que en Nueva York, no sólo las panaderías y restaurantes y cafés sino hasta las más profundas entrañas del metro, donde el desinfectante utilizado para fregar los suelos tenía una fragancia cercana al perfume, mientras que los ferrocarriles subterráneos de Nueva York apestaban y a menudo eran irrespirables, y el continuo movimiento del cielo, con nubes que se concentraban sin parar en lo alto y luego se dividían creando una especie de luz trémula, mutante, suave y a la vez llena de sorpresas, y la latitud norte que mantenía el cielo de verano iluminado durante muchas más horas que en casa, aún sin oscurecer del todo a las diez y media u once menos cuarto de la noche, junto con el placer de deambular por la calle, de perderse sin llegar a perderse nunca de verdad, igual que en las calles del Village en Nueva York, aunque ahora una ciudad entera era como el Village, sin calles cuadriculadas y pocos ángulos rectos, y en todos los barrios que visitaban seguían un sinuoso camino adoquinado que se enroscaba sobre sí mismo para prolongarse luego en otro, y por supuesto estaba la cocina, *la cuisine française*, ingerida con efusión en la única comida que hacían en restaurante por la noche después de desayunar pan con mantequilla y café *(tartine beurrée* y *café crème)* y almorzar sándwiches caseros de jamón *(jambon de Paris)* o de queso *(gruyère*, *camembert*, *emmental)*, cenas en los buenos y baratos restaurantes reseñados en *Europa por cinco dólares al día*, y a otros tales como Le Restaurant des Beaux Arts y el Wadja en Montparnasse y La Crémerie Polidor (supuestamente uno de los sitios donde iba a comer James Joyce), atacando platos y viandas que no se encontraban en Nueva York ni en ningún otro sitio, *poireaux vinaigrette*, *rillettes*, *escargots*, *céleri rémoulade*, *coq au vin*, *pot au feu*, *quenelles*, *bavette*, *cassoulet*, *fraises à la crème chantilly* así como la seductora bomba de azúcar conocida como *baba au rhum*. Al cabo de una semana de poner los pies en París se habían convertido en dos francófilos furibundos, con Amy anunciando de pronto que iba a hacer la especialidad de Francés mientras se abría trabajosamente camino por las novelas de Flaubert y Stendhal y Ferguson hacía sus primeras y vacilantes tentativas de traducir poesía francesa en la *chambre dix-huit* o en la sala del fondo de La Palette y leía por primera vez a Apollinaire, Éluard, Desnos y otros poetas franceses de antes de la guerra.

Ni que decir tiene que había momentos en que discutían y se sacaban mutuamente de quicio, porque estuvieron juntos casi cada segundo de los treinta y un

días con sus noches, y Amy era una persona propensa a esporádicos accesos de mal genio y se ponía impertinente, y Ferguson tenía tendencia a perderse en fugas de taciturna introspección o silencios inexplicables, pero ninguna de sus desavenencias duraba más de un par de horas, y la mayoría, si no la totalidad de ellas, se producían cuando estaban de viaje, sometidos a la tensión del recorrido y de las noches sin dormir en los trenes. Tampoco es preciso mencionar que durante toda su estancia no dejaron de pensar en Norteamérica, aunque de momento se alegraban de estar lejos de allí, y hablaron largo y tendido sobre las dos cosas alentadoras que habían sucedido en su ausencia —que Johnson firmara el proyecto de ley sobre asistencia sanitaria a los ancianos el 13 de julio y la ley relativa al derecho al voto el 6 de agosto — y también sobre la calamidad ocurrida el 11 de agosto, sólo cinco días antes de que cogieran el avión de vuelta a casa: los disturbios raciales en Los Ángeles, los desórdenes motivados por la rabia de la población negra en un barrio llamado Watts. Después de lo cual Amy dijo: Olvídate de lo de estudiar Francés. Mi primer impulso era el acertado. Historia y Ciencias Políticas. A lo que Ferguson alzó una copa imaginaria y sentenció: No preguntes lo que tu país puede hacer por ti. Pregunta a Amy Schneiderman cuándo va a gobernar tu país.

La víspera de su vuelta a Nueva York hicieron dos descubrimientos molestos: 1) habían comprado demasiados libros para llevarlos en el avión; 2) andaban bastante escasos de dinero, sin duda porque comprar libros no estaba incluido en el presupuesto. Ambos habían perdido peso durante aquel mes en el extranjero (Ferguson, tres kilos; Amy, dos), pero eso era algo que cabía esperar de personas resueltas a subsistir con sólo una comida completa al día, y a pesar de tales economías habían gastado demasiado en frecuentes visitas a librerías, sobre todo a la Librairie Gallimard frente a *l'église* Saint-Germain y a la que llevaba el editor de izquierdas François Maspero frente a *l'église* Saint-Séverin, y además de los veintiún volúmenes de poesía que Ferguson había comprado y las once gruesas novelas adquiridas por Amy, fueron incapaces de resistirse a comprar una serie de obras políticas de Frantz Fanon *(Les Damnés de la terre)*, Paul Nizan *(Aden Arabie)* y Jean-Paul Sartre *(Situations I, II, III)*, lo que ascendía a un total de treinta y siete libros. Por tanto, dilapidaron varias horas de su último día en París empaquetando los libros en cajas, llevándolas a cuestas hasta la oficina de correos y enviándolas al piso de Amy en la calle Ciento once Oeste (todas a casa de Amy, incluso las que pertenecían a Ferguson, porque sus padres habían recibido una entrada para comprar la casa a primeros de junio y no estaba claro si seguían viviendo en Montclair o ya se habían mudado a algún otro sitio), y el coste del franqueo requerido para enviar aquellas cajas al otro lado del océano mediante buque de carga —con entrega prevista en torno a la Navidad— esquilmó el dinero que les quedaba dejándolos con sólo catorce dólares, ocho de los cuales necesitarían por la mañana para el trayecto en autobús hasta el aeropuerto. En consecuencia se desbarataron sus planes de una prolongada cena de despedida en el Restaurant des Beaux Arts aquella noche, y se vieron obligados a cenar hamburguesas insulsas y resecas en el Wimpy's del boulevard Saint-Michel. Por suerte lo encontraron divertido, porque planear mal las cosas a aquella escala confirmaba que efectivamente eran los Individuos Más Ridículos del Planeta Tierra.

Así que los enflaquecidos y desaliñados muchachos de dieciocho años volvieron de sus aventuras en las Galias trastabillando por la terminal del aeropuerto de Nueva York con las mochilas sobrecargadas y las cabelleras pobladas, y una vez que pasaron el control de pasaportes y aduanas, sus padres los recibieron con los brazos abiertos, saludándolos con una intensidad y un entusiasmo normalmente reservados a héroes de guerra y descubridores de nuevos continentes que vuelven a casa. Amy y Ferguson, que ya habían convenido en verse al cabo de un par de días, se despidieron con un beso y se fueron a casa con sus respectivas familias, a bañarse, cortarse el pelo y hacer breves visitas a sus padres, abuelos, tías y tíos.

Tal como Ferguson se enteró rápidamente de camino al coche, su casa ya no era la vivienda aislada de Montclair sino un piso en el barrio de Weequahic de Newark. Sus padres no parecían disgustados por aquel retroceso en relación con la zona residencial, por el evidente descenso en su posición social, económica o mundana, ni por cualquier otra medida que señalara el éxito o el fracaso en Norteamérica, lo que lo liberaba de la obligación de disgustarse por ellos, porque lo cierto era que le daba lo mismo una cosa que otra.

Su madre se reía. No sólo hemos vuelto a Newark, dijo, sino que estamos en el mismo edificio donde vivimos nada más casarnos, en el 25 de Van Velsor Place. No en el mismo apartamento, pero sí en el mismo piso, en la tercera planta, justo enfrente del pasillo donde pasaste los primeros tres años de tu vida. De lo más extraordinario, ¿no crees? Me pregunto si tendrás algún recuerdo de todo aquello. Un apartamento idéntico, Archie. No el mismo, pero sí muy parecido.

Una hora después, cuando Ferguson entró en el apartamento de dos habitaciones del 25 de Van Velsor Place, se quedó impresionado por el agradable y acogedor aspecto que había cobrado en tan poco tiempo. En sólo tres semanas sus padres se las habían arreglado para instalarse, y comparado con los estrechos confines de la *chambre dix-huit*, sus proporciones le parecieron inmensas. Nada como la casa de Montclair, por supuesto, pero bastante espacioso.

Bueno, Archie, dijo su madre mientras él salía y entraba de las habitaciones, ¿te viene algo a la memoria?

Ferguson deseó que se le ocurriera algún comentario inteligente para hacerse eco del optimismo que había en la voz de su madre, pero lo único que pudo hacer fue negar con la cabeza y sonreír.

No recordaba nada.

* Torombolo y Gorilón en la versión española. *(N. del e.)*

4.2

4.3

El verano de 1962 empezó con un viaje a un sitio lejano y acabó con otro a un lugar aún más distante, cuatro trayectos de ida y vuelta en avión que condujeron a Ferguson a California (él solo) y a París (con su madre y Gil), donde pasó un total de dos semanas y media sin tener que preocuparse de si se encontraba con Andy Cohen. Entre los dos viajes estuvo en casa, en Riverside Drive, evitando el Thalia pero yendo a ver tantas películas antiguas y recientes como podía, participando en dos ligas de baloncesto al aire libre y, a sugerencia de Gil, leyendo por primera vez literatura norteamericana del siglo XX *(Babbitt*, *Manhattan Transfer*, *Luz de agosto*, *En nuestro tiempo*, *El gran Gatsby)*, pero para el Ferguson de quince años, que nunca volvió a ver a Andy Cohen durante los meses que transcurrieron entre primero y segundo de instituto, la parte más memorable del verano fue viajar en avión por primera vez y ver lo que vio y hacer lo que hizo en California y París. *Memorable*, desde luego, no significa que todos sus recuerdos fueran buenos, pero hasta el peor de todos, el que seguía causándole mayor dolor, provenía de una experiencia que le resultó instructiva, y ahora que había aprendido la lección esperaba no cometer nunca el mismo error.

El viaje a California fue un regalo de su tía Mildred, su pariente en un tiempo esquiva y misteriosa que boicoteó la boda de su hermana en 1959 y parecía no querer nada con la familia pero que había ido dos veces a Nueva York desde aquel desaire inexplicable y desagradable, una para el entierro de su padre en 1960 y otra para el de su madre en 1961, y ahora había vuelto al redil y de nuevo mantenía buenas relaciones con su hermana y excelentes con su nuevo cuñado, y tan distinta era su actitud que en la segunda visita se presentó a cenar en el piso de Riverside Drive cuando uno de los invitados era su exmarido, Paul Sandler, antiguo tío de Ferguson, que había continuado siendo buen amigo de la familia Adler-Schneiderman, Paul Sandler en compañía de su segunda mujer, nada menos, una pintora campechana, sin pelos en la lengua, que se llamaba Judith Bogat, y a Ferguson le impresionó lo relajada y cómoda que su tía parecía en aquella cena, intercambiando cumplidos con su ex como si no hubiera una historia entre ellos, discutiendo con Gil los progresos del aún incompleto Lincoln Center, hasta dignándose a felicitar a su hermana por algunas de sus últimas fotografías, y haciendo a Ferguson toda clase de preguntas amables pero delicadas sobre cine, baloncesto, las agonías de la adolescencia, lo que condujo a una súbita y espontánea invitación a que la visitara en Palo Alto —*por cuenta de ella*— y así quedó arreglado que su sobrino cogiera un avión para pasar una semana en su casa cuando acabara el curso académico. Dos horas después, cuando el último invitado se esfumó en la noche, Ferguson preguntó a su madre por qué la tía Mildred estaba tan distinta ahora, por qué parecía *tan contenta*.

Me parece que está enamorada, contestó su madre. Desconozco los detalles pero ha mencionado un par de veces el nombre de un tal Sidney, y me da la impresión de que están viviendo juntos. Con Mildred nunca se sabe, pero no hay duda de que últimamente está de buen humor.

Esperaba que su tía fuera a recibirlo al aeropuerto, pero cuando aterrizó en San Francisco lo estaba esperando otra persona, una mujer más joven, de unos veinticinco o veintiséis años, que estaba cerca de la salida con un ejemplar en la mano del libro de Mildred sobre George Eliot, una chica diminuta, de aspecto vivaracho, casi bonita, con pelo corto de color castaño y vestida con unos vaqueros vueltos por abajo, camisa a cuadros rojos y negros, botas puntiagudas de cocodrilo de dos tonos y un pañuelo amarillo anudado al cuello, el primer habitante del oeste del país con que Ferguson se encontraba: ¡una auténtica vaquera!

El tal *Sidney* del que había hablado su madre era en realidad *Sydney*, una Sydney de apellido Millbanks, y mientras la joven acompañaba al cansado viajero a la puerta de la terminal y lo conducía al aparcamiento en busca de su coche, explicó que aquel trimestre Mildred estaba dando cursos de verano y tenía una reunión de departamento en la universidad, pero que dentro de un par de horas se reuniría con ellos en casa para cenar.

Ferguson inhaló su primera bocanada de aire californiano y preguntó: ¿Eres tú la cocinera?

Cocinera, ama de casa, rascadora de espalda y compañera de cama, repuso Sydney. Espero que no te hayas escandalizado.

Lo cierto era que Ferguson estaba un tanto escandalizado, o al menos sorprendido, o tal vez confuso, porque era la primera vez que veía que dos personas del mismo sexo vivieran juntas, y nadie le había dicho nunca ni había soltado la más mínima insinuación de que su tía prefiriera el cuerpo de las mujeres al de los hombres. El divorcio del tío Paul ya tenía explicación, o parecía tenerla, pero aún más interesante era que la vaquera Sydney no se molestase en ocultarle la verdad, y había algo admirable en su franqueza, pensó, estaba bien no sentir vergüenza de ser *diferente*, así que en lugar de reconocer que estaba un tanto escandalizado o confuso por la inesperada revelación, Ferguson sonrió y dijo: No, en absoluto. Es que me alegro de que la tía Mildred ya no esté sola.

Tardaron cuarenta minutos en coche desde el aeropuerto de San Francisco hasta la casa de Palo Alto, y mientras Sydney enfilaba la autopista con su Saab verde claro, le contó a Ferguson cómo había conocido a Mildred unos años atrás cuando buscaba un sitio para vivir y le alquiló el apartamento del garaje anejo a la casa. En otras palabras, se habían conocido por casualidad, algo que jamás habría ocurrido si no se hubiera topado con cuatro líneas de caracteres minúsculos en un periódico, pero poco después de instalarse se hicieron amigas y un par de meses después se habían enamorado. Ninguna había estado antes con una mujer, pero ahí las tenía a las dos, dijo Sydney, una profesora de universidad y una maestra de tercero de primaria, una mujer de cuarenta y pocos años y otra de veintitantos, una judía de Nueva York y una metodista de Sandusky, en Ohio, arrebatadas en la mayor historia de amor de sus vidas. Lo más confuso de todo, prosiguió Sydney, era que ella nunca había pensado en mujeres en el pasado, siempre había estado loca por los chicos, e incluso ahora, después de llevar casi tres años *liada* con una mujer, seguía sin considerarse lesbiana, era simplemente una persona enamorada de otra persona, y como esa otra persona era preciosa y fascinante y diferente a cualquier otra del mundo, ¿qué más daba si estaba enamorada de un hombre o de una mujer?

Probablemente no debería hablarle de esa manera. Sin duda era algo inapropiado y tal vez indecente que una mujer hecha y derecha hiciera tales confidencias a un chico de quince años, pero el quinceañero Ferguson estaba entusiasmado con su sinceridad, en ningún momento de su adolescencia le había hablado un adulto con tal franqueza sobre el caos y las ambigüedades de la vida erótica, y aunque sólo acababa de conocer a Sydney Millbanks, Ferguson decidió que le caía bien, que le caía enormemente bien, y como él mismo llevaba luchando los últimos meses con esos asuntos, esforzándose por comprender dónde se situaba él en el espectro del deseo chico-chica y si pertenecía a la zona de chicos y chicas o chicos y chicos o chicas y chicos de forma intercambiable, pensó que aquella vaquera de California, amante tanto de hombres como de mujeres, aquella persona que acababa de conocer y que lo conducía a casa de su tía en Palo Alto, podría ser alguien con quien hablar sin temor a que se rieran de él, lo insultaran o malinterpretaran.

Estoy de acuerdo, dijo Ferguson. No importa si es hombre o mujer.

No hay mucha gente que piense así, Archie. Lo sabes, ¿verdad?

Sí, lo sé, pero yo no soy la gente, sólo soy yo, y lo raro de mí es que hasta el momento la única experiencia sexual que he tenido ha sido con otro chico.

Eso es muy normal en gente de tu edad. Tan normal que no debería preocuparte. *En caso de* que te preocupe. ¿Qué puede hacer un chico, si no?

Ferguson rio.

Espero que te gustara, por lo menos, dijo Sydney.

Me gustó, pero al cabo de un tiempo *él* dejó de gustarme, así que lo dejé.

Y en estos momentos te estás preguntando: ¿y ahora qué?

Hasta que no tenga oportunidad de hacerlo con una chica, no sabré realmente qué pasará después.

No es muy divertido tener quince años, ¿verdad?

Tiene cosas buenas, supongo.

¿En serio? Dime una.

Ferguson cerró los ojos, guardó un largo silencio, y luego se volvió hacia ella y dijo: Lo mejor de tener quince años es que no los tienes más de un año.

En California no había moscas ni mosquitos, y en Palo Alto el aire olía como una lata de caramelos para la tos, rombos dulces y picantes para la garganta con sabor a eucalipto, porque había eucaliptos por todas partes, emanando un aroma que todo lo invadía y parecía limpiar las fosas nasales cada vez que se inhalaba. ¡Vicks VapoRub gratuitamente despachado en la brisa del norte de California para el bien de la salud y la felicidad de la población humana!

La ciudad, por otro lado, le resultó extraña, no ya un lugar de verdad sino la idea de un sitio, un reducto entre urbe y periferia diseñado por un urbanista magistral sin tolerancia alguna hacia la suciedad o la imperfección, lo que daba a la localidad un aspecto insulso y artificial, una pintoresca Fantasmópolis cuyos habitantes llevaban el pelo bien cortado y lucían una dentadura blanca y bien alineada, todos vestidos con ropa bonita e informal de última moda. Afortunadamente, Ferguson no fue mucho por allí, una vez a comprar con Sydney al supermercado más grande, más limpio y bonito que había visto jamás, otra a una estación de servicio para echar gasolina al

Saab, primitivo vehículo con un motor parecido al de un cortacésped (siete partes de gasolina y una de aceite, vertidas directamente en el depósito), y en dos ocasiones al cineclub de la localidad a ver películas del Festival Carole Lombard *(Al servicio de las damas, Ser o no ser)* que celebraban aquella semana, principalmente porque Sydney creía que Mildred se parecía mucho a Carole Lombard, lo que, pensándolo bien, Ferguson llegó a reconocer en parte, pero qué espléndidas comedias eran aquellas películas, y ahora que las había visto, no sólo tenía Ferguson una nueva actriz que admirar sino una nueva perspectiva de la tía Mildred, que se había reído más que nadie con aquellas películas, y al recordar las veces que su madre le había dicho cómo se había burlado de ella su hermana mayor por el hecho de que le gustara tanto el cine, se preguntó si el amor no habría suavizado la actitud de su tía hacia lo que en una ocasión había llamado *entretenimiento vulgar y barriobajero*, o si siempre había sido una hipócrita, sintiéndose superior a su hermana y afirmando su superior gusto e inteligencia en todo mientras en privado disfrutaba de la misma vulgaridad que los demás.

Salieron de Palo Alto en dos ocasiones para hacer excursiones en el Peugeot negro de Mildred, primero al monte Tamalpais el miércoles, con vuelta por la costa que incluyó un intervalo de dos horas en Bodega Bay, donde cenaron en un restaurante con vistas al mar, y el sábado a San Francisco, que provocó en el turista Ferguson docenas de exclamaciones de angustia mientras subían y bajaban por las empinadas cuestas, y luego pararon a almorzar en un restaurante chino donde comió *dim sum* por primera vez (plato tan sabroso que se le saltaban las lágrimas mientras se atiborraba de tres variedades distintas de *dumplings*: lágrimas de agradecimiento y alegría, lágrimas por la salsa picante que le invadía las fosas nasales), pero la mayor parte del tiempo aquella semana Mildred estaba ocupada con sus cursos y conferencias, lo que significaba que cuando llegaba a casa a cenar a las seis o seis y media Ferguson estaba solo o con Sydney, aunque casi siempre con Sydney, que tenía diez semanas de vacaciones en el colegio, igual que él en el instituto, y como Sydney aseguraba ser *la persona más holgazana del mundo*, título que Ferguson siempre había pensado que le correspondía a él, pasaban la mayor parte del tiempo tumbados sobre una manta en el jardín de detrás de la casa, que era un pequeño edificio de estuco de una sola planta con tejado de tejas, o dentro de la casa, que estaba agradablemente abarrotada de libros y discos y era el primer hogar sin televisión que Ferguson había visto, y a medida que pasaban los días e iba conociendo mejor a Sydney, le intrigaba que la casi bonita vaquera se estuviera convirtiendo en la bonita vaquera y seguidamente en la muy bonita vaquera, porque la nariz más bien larga que al principio había considerado un defecto ahora le parecía un rasgo distintivo y atrayente, y los ojos entre azules y grises que una vez le parecieron tan ordinarios ahora resultaban vivaces y llenos de sentimiento. Sólo la conocía desde hacía unos días, pero tenía la impresión de que ya eran amigos: en el mismo sentido, pensaba él, en que su prima Francie y él lo habían sido antes de incendio de Newark, en aquel mundo de tanto tiempo atrás.

Así fueron las cosas durante los primeros cinco días de su visita, es decir, los tres días en que no salieron de excursión en el coche de Mildred, los días tranquilos y sin incidentes en que Ferguson y Sydney se tumbaban en el jardín y hablaban de todo

lo que se les pasaba por la cabeza, no sólo sobre la cuestión de quién follaba con quién y por qué, sino también de la infancia de Sydney en Ohio y la doble infancia de Ferguson en Nueva Jersey y Nueva York, de las distintas formas de narrar una historia en libros y películas y de los placeres y frustraciones de enseñar a niños pequeños, de lo entusiasmada y nerviosa que Mildred estaba por tener a su sobrino en casa, entusiasmada por los motivos evidentes y nerviosa porque dudaba en revelar al hijo de su hermana la forma en que ahora vivía, lo que explicaba por qué había pedido a Sydney que durmiera en el apartamento del garaje durante la visita de Ferguson, para *evitar que el chico se sintiera avergonzado*, tal como ella misma dijo, pero queriendo decir para que ella no se sintiera avergonzada, y cuando Ferguson preguntó a Sydney por qué se había precipitado a contarle la verdadera historia sólo minutos después de recogerlo en el aeropuerto, la bonita vaquera le dijo: Pues porque odio disimular. Si disimulas es porque no estás a gusto con tu propia vida, o que te asusta tu forma de vivir, y yo estoy conforme con mi vida, Archie, y no quiero asustarme de lo que hago.

Alrededor de las cuatro recobraban la compostura y entraban con paso torpe en la cocina para empezar a preparar la cena, sin dejar de hablar mientras picaban cebolla y pelaban patatas, pese a la diferencia de edad de doce años, que paradójicamente era mucho mayor que los quince que separaban a Sydney de Mildred, pero en espíritu Sydney y él se parecían más que Sydney y Mildred, consideraba Ferguson, dos chuchos frente al animal de pura raza de la Universidad de Stanford, cuestión de temperamento más que de edad, suponía él, porque cuando Mildred volvía finalmente a casa entre las seis y las seis y media, Ferguson prestaba mucha atención a la forma en que las dos mujeres se comportaban en su presencia, sabedor de que Mildred fingía no tener con Sydney una relación de la especie que él conocía mientras que Sydney porfiaba en no hacer caso de la orden de fingir, colmando a su tía de expresiones de cariño que ponían a Mildred cada vez más incómoda a medida que pasaban los días, los *cariño*, *ángel* y *preciosa mía* que sin duda habría apreciado de no estar él sentado con ellas a la mesa, así que al cabo de cinco días Ferguson notó que estaban enzarzadas en una muda disputa provocada por su presencia, y al anochecer del sexto día, el último de su visita, Mildred, cada vez más inquieta y molesta, bebió más vino de la cuenta en la cena y acabó perdiendo la compostura —perdiéndola porque quería perderla y necesitaba el vino para pasarse de la raya—, y lo sorprendente de su estallido fue que no arremetió contra Sydney sino contra su sobrino, como si él fuese la causa de sus problemas, y en el momento en que empezó la arremetida, Ferguson comprendió que Sydney había hablado a su espalda, que la vaquera lo había traicionado.

¿Desde cuándo te has hecho búlgaro, Archie?, inquirió Mildred.

¿Búlgaro?, repitió Ferguson. ¿De qué hablas?

Has leído *Cándido*, ¿verdad? ¿No te acuerdas de los búlgaros?

No te entiendo.

Los *buggering* búlgaros. De ahí es de donde viene la palabra en inglés, ya sabes. Búl-garo, *bug-gar*. *Bugger*.

¿Y qué significa eso?

Sodomita. Hombres que joden con otros hombres por el culo.

Sigo sin saber de qué hablas.

Un pajarito me ha dicho que has jugado a los búlgaros con otros chicos. O puede que otros chicos te hayan *bulgarizado* a ti.

¿Un pajarito?

En ese punto intervino Sydney en la conversación para decir: Déjalo en paz, Mildred. Estás borracha.

No, no estoy borracha. Sólo algo achispada, y eso me da derecho a decir la verdad, y lo cierto de este asunto, mi querido Archie, lo cierto es que eres demasiado joven para emprender ese camino ahora mismo, y si no pones freno a tu comportamiento, te convertirás en maricón antes de darte cuenta siquiera, y entonces ya no habrá vuelta atrás. Ya hay bastantes homosexuales en la familia, me temo, y lo último que necesitamos es otro más.

Sin pronunciar palabra, Ferguson se levantó de la mesa y se dispuso a salir de la habitación.

¿Adónde vas?, preguntó Mildred.

Fuera de aquí, contestó Ferguson. No sabes lo que estás diciendo, y no tengo por qué quedarme aquí sentado escuchando tus chorradas.

Oh, Archie, repuso Mildred, vuelve a la mesa. Tenemos que hablar.

No tenemos nada que hablar. Ya he terminado de hablar contigo.

Ferguson salió pisando fuerte, luchando por contener las lágrimas que se le agolpaban en los ojos, y cuando llegó al vestíbulo torció a la izquierda y recorrió el pasillo de baldosas hasta la habitación de huéspedes, al fondo. A lo lejos oía las voces de Mildred y Sydney que discutían a su espalda, pero no se detuvo a escuchar lo que estaban diciendo, y cuando entró y cerró la puerta, se las oía de forma tan apagada que no se distinguían sus palabras.

Se sentó en la cama, se llevó las manos a la cara y rompió a llorar.

Ya está bien de compartir secretos, dijo para sus adentros, se acabaron las confesiones imprudentes, se terminó el confiar en gente indigna de confianza. Si no podía decir lo que quisiera delante de nadie en este mundo, mantendría la boca cerrada y no diría nada a nadie.

Ahora comprendía por qué su madre siempre había respetado a su hermana mayor, y por qué siempre la había decepcionado. Tanta inteligencia, tanto sentido del humor cuando estaba de ánimo para demostrarlo, tanta generosidad cuando quería ser generosa, pero Mildred podía ser cruel, la persona más cruel del planeta, y ahora que Ferguson se veía maltratado por esa crueldad, no quería saber nada más de ella y por tanto la iba a borrar de su lista. Se acabó la tía Mildred, y se acabó Sydney Millbanks, que tan prometedora amistad le había ofrecido; pero ¿cómo se podía ser amigo de alguien que parecía ser tu amigo pero luego no lo era?

Un momento después, Sydney llamaba a la puerta. Era ella porque lo llamaba por su nombre, y le preguntaba si estaba bien, si podía pasar para hablar con él, pero Ferguson contestó que no, que no quería verla ni hablar con ella, quería que lo dejaran en paz, pero lamentablemente la puerta no tenía pestillo y Sydney entró de todas formas, entreabriendo la puerta hasta que él pudo verle la cara y las lágrimas que le corrían por las mejillas, y para entonces ya había entrado y se disculpaba por lo que había hecho, diciendo: Lo siento, lo siento, lo siento.

Vete a la mierda, *pajarito*, repuso Ferguson. Me da igual que lo sientas o no. Sólo déjame en paz.

Soy una estúpida bocazas, dijo Sydney. En cuanto empiezo a hablar, no sé cómo parar. No lo hice a propósito, Archie, te juro que no.

Pues claro que lo hiciste a propósito. Revelar un secreto ya es bastante grave, pero mentir es aún peor. Así que no me vengas también con mentiras, ¿vale?

¿Qué puedo hacer para ayudarte, Archie?

Nada. Vete, simplemente.

Por favor, Archie, déjame hacer algo por ti.

Aparte de que te largues de esta habitación, sólo quiero una cosa.

Dime lo que sea y lo tendrás.

Una botella de whisky.

No lo dirás en serio.

Una botella de whisky, preferiblemente sin abrir, y si está abierta, lo más llena posible.

Te pondrás malo.

Escucha, Sydney, o me la traes o salgo y me la busco yo mismo. Pero prefiero no salir ahora porque mi tía está en la habitación de al lado y no me apetece verla.

De acuerdo, Archie. Tardaré unos minutos.

De modo que Ferguson consiguió el whisky, una botella medio vacía de Johnnie Walker etiqueta roja que le entregó en mano Sydney Millbanks, una botella medio vacía que Ferguson prefirió considerar como medio llena y, en cuanto Sydney salió de la habitación, empezó a beber a pequeños tragos, y cuando las primeras luces del amanecer empezaron a entrar por las rendijas de los listones de las persianas, la botella estaba vacía, y por segunda vez en aquel año Ferguson vomitó la borrachera en suelo de casa ajena y perdió el conocimiento.

París era diferente. París era la sensación de estar en París y deambular por las calles con su madre y Gil, de asistir a la primera exposición de su madre en solitario en la Galerie Vinteuil de la rue Bonaparte, de las dos tardes pasadas con una antigua amiga de Gil llamada Vivian Schreiber, de descubrir que sólo con aprobados y notables en la Riverside Academy había aprendido suficiente francés para defenderse con el idioma, de decidir que París era la ciudad donde con el tiempo querría vivir. Después de un verano de ver películas francesas antiguas y recientes, era imposible caminar por las calles de Montmartre sin pensar que podría encontrarse con el joven Antoine Doinel de *Los cuatrocientos golpes*, pasear por los Champs-Élysées sin esperar cruzarse con Jean Seberg mientras la maravillosa actriz iba de un lado para otro en camiseta voceando los ejemplares del *Herald Tribune* que vendía —¡el mismo periódico en que trabajaba su padrastro!— o dar una vuelta por las orillas del Sena y echar un vistazo a los puestos de los *bouquinistes* sin recordar al gordinflón librero que se tiró al río para rescatar al vagabundo Michel Simon en *Boudu salvado de las aguas*. París era la película de París, un conglomerado de todas las películas de la ciudad que Ferguson había visto, y qué emocionante era encontrarse ahora en el sitio de verdad, verdadero en toda su estimulante y suntuosa realidad, y a la vez recorrerlo con la sensación de que también era un lugar imaginario, un sitio que estaba tanto

dentro como fuera de su cabeza y en el aire que lo envolvía, un simultáneo *aquí* y *allá*, un pasado en blanco y negro y un presente a todo color, y Ferguson disfrutaba transitando entre los dos lugares, desplazándose con la imaginación tan rápidamente entre uno y otro que a veces los dos se fundían en uno solo.

No era habitual que una exposición se inaugurase a finales de agosto, cuando media población de París estaba ausente de la ciudad, pero era el único hueco que había en el programa de la galería —del 20 de agosto al 20 de septiembre— y la madre de Ferguson había aceptado muy complacida, sabiendo que el director había hecho todo lo posible para *acoplarla*. Cuarenta y ocho fotografías en total, más o menos la mitad procedentes de trabajo ya publicado y la otra mitad de un libro nuevo que saldría dentro de un año, *Ciudad silente*. A Ferguson ya le habían explicado que él mismo constituía el tema de una de las fotografías, pero, aun así, al entrar en la galería le pareció un tanto perturbador verse colgado en la pared del fondo, el viejo y conocido retrato que su madre le había hecho siete años atrás, en la época anterior a Gil, cuando vivían en el apartamento de Central Park West, un plano largo desde atrás, sentado en el suelo del cuarto de estar viendo a Laurel y Hardy en la televisión, su torso de ocho años cubierto con una camiseta a rayas de manga corta, y lo que conmovía de la foto, que llevaba una sola palabra por título, *Archie*, era la curva de su flacucha espalda, cada vértebra de la columna sobresaliendo de la camiseta y creando con aquellos huesos abultados un efecto de vulnerabilidad infantil, el retrato de un ser desprotegido, un niño absorto, enteramente concentrado en unos payasos de sombrero hongo que aparecían en pantalla y por tanto ajeno a todo lo que lo rodeaba, y qué orgulloso estaba Ferguson de que su madre hubiera realizado una fotografía tan buena, que podría haber sido simplemente una instantánea trivial pero no lo era, como tampoco lo eran las otras cuarenta y siete fotografías expuestas aquella tarde, y mientras Ferguson contemplaba su joven persona sin rostro sentada en el suelo de un apartamento que ya no habitaba, no pudo evitar volver a los meses del curioso interregno y el desastre de Hilliard y recordar cómo en última instancia su madre sustituyó a Dios en su cabeza como ser supremo, la encarnación humana del espíritu divino, una deidad imperfecta y mortal proclive al mal humor y la impaciente confusión que aflige a todos los seres humanos, pero veneraba a su madre porque era la única persona que *jamás le fallaba*, y por muchas veces que él la hubiera decepcionado o no hubiese estado a la altura de una situación como debería haberlo estado, nunca había dejado de quererlo y jamás dejaría de quererlo hasta el fin de sus días.

Bonita y nerviosa, dijo Ferguson para sí mientras veía a su madre sonreír y asentir con la cabeza y estrechar la mano de los invitados al *vernissage*, que había atraído a un centenar de personas pese a las vacaciones de agosto, un bullicioso gentío que abarrotaba el pequeño espacio de exposición de la galería, bullicioso porque las ocho o nueve docenas de personas que habían asistido estaban por lo visto más interesadas en hablar entre sí que en contemplar las fotografías de las paredes, pero aquélla era la primera inauguración a la que asistía Ferguson y desconocía el protocolo de tales reuniones, las refinadas hipocresías de presuntos aficionados al arte que asisten a una exposición artística para luego no hacer caso de las obras expuestas, y si el joven camarero que servía las bebidas en una mesa colocada en un rincón de la

estancia no hubiera tenido la amabilidad de ponerle una copa de *vin blanc*, seguida de otra veinte minutos después, Ferguson se habría marchado en señal de protesta, porque aquél era el gran momento de su madre y él deseaba que todo el mundo se fijase en la obra de Rose Adler, se quedara paralizado por su obra hasta el punto de quedar reducido a un estado de muda reverencia, y cuando eso no ocurrió Ferguson permaneció en un rincón, harto y decepcionado, sin saber que los puntitos rojos puestos en las paredes junto a los marcos significaban que aquellas fotografías ya se habían vendido y que su madre estaba de un humor excelente aquella noche, ni en lo más mínimo molesta por el parloteo y el bullicio de aquella gente grosera e ignorante.

Mediado su segundo *vin blanc*, Ferguson vio cómo Gil se abría paso entre la multitud con el brazo sobre los hombros de una mujer. Venían en su dirección, hacia la mesa de las bebidas, sorteando a la gente que se interponía en su camino, y cuando estuvieron lo bastante cerca y Ferguson observó que sonreían, se le ocurrió que la mujer debía de ser Vivian Schreiber, la vieja amiga de Gil. Su padrastro ya le había contado algunas cosas de ella, pero Ferguson no le había prestado mucha atención y recordaba muy poco de la historia, que era bastante complicada, según se acordaba, algo relacionado con la guerra y el hermano mayor de Vivian, Douglas Gant o Grant, que había servido en la misma unidad de los servicios de información que Gil, y de la manera que fuese, su padrastro se las había arreglado para *mover los hilos* que permitieron a Vivian, hermana pequeña de su más joven camarada de armas, entrar en Francia en septiembre de 1944, a sólo un mes de la liberación de París, tres meses después de licenciarse en la universidad en Estados Unidos. Ferguson no estaba muy seguro de por qué necesitaba Vivian ir a Francia, pero poco después se casaba con Jean-Pierre Schreiber, ciudadano francés nacido de padres judíos alemanes en 1903 (con lo que era veinte años mayor que Vivian) que logró escapar de los alemanes y la policía de Vichy pasando a la neutral Suiza sólo unos días antes de la caída de Francia, y según lo que Gil había contado a Ferguson, Schreiber era rico, o lo había sido y pronto volvería a serlo gracias al resurrecto negocio de su familia en el sector vitivinícola, exportando o produciendo vinos, o fabricando botellas de vino o llevando alguna empresa comercial que no tenía nada que ver con la recogida o la venta de uvas. Un matrimonio sin hijos, había dicho Gil, pero feliz, que duró hasta finales de 1958, cuando el esbelto y juvenil Schreiber cayó muerto de repente cuando corría para coger un avión en el aeropuerto de Orly, lo que convirtió a Vivian en una joven viuda, y ahora que había vendido a los dos sobrinos de su marido su parte del negocio, era una joven viuda acaudalada, además de, añadió, *la mujer más encantadora e inteligente de todo París, una gran amiga.*

Todos esos hechos o hechos parciales o posiblemente antihechos daban vueltas en la cabeza de Ferguson mientras Gil y Vivian Schreiber se dirigían a donde él estaba. Su primera impresión de la gran amiga fue que se contaba entre las tres o cuatro mujeres más bellas que había conocido jamás. Luego, a medida que se iba acercando y distinguía sus rasgos con más claridad, empezó a ver que no era bella sino más bien impresionante, una mujer de treinta y ocho años que emanaba un aura de radiante naturalidad y seguridad en sí misma, con la ropa, el maquillaje y los cabellos arreglados de una forma tan elegante y sin pretensiones que parecía no haberle costado ningún esfuerzo conseguir el efecto que producía, una mujer que

simplemente no ocupaba espacio en una habitación sino que parecía dominar la estancia, ser su dueña, como sin duda habría poseído cada habitación en la que casualmente hubiera entrado en cualquier rincón del mundo. Un momento después, Ferguson le estrechaba la mano mirándola a los grandes ojos castaños y aspirando los fantásticos aromas del perfume que flotaba en torno a ella mientras escuchaba su voz insólitamente grave que le decía que era un honor conocerlo (¡un honor!), y de buenas a primeras todo empezó a resplandecer más intensamente en el interior de Ferguson, porque sin duda Vivian Schreiber era una persona excepcional, alguien que por sí sola relucía como una estrella de cine, y conocerla iba a cambiar las cosas en su mediocre y triste vida de adolescente quinceañero.

Vivian asistió a la cena posterior a la inauguración, pero en la mesa del restaurante había otras doce personas más, y Ferguson se encontraba demasiado lejos para tener ocasión de hablar con ella, de modo que se limitó a observarla, notando la atención con que los que estaban a su alrededor escuchaban lo que decía siempre que intervenía en la conversación, y en un par de ocasiones ella lo miró y vio que él la miraba y sonrió, pero aparte de eso, y aparte del rumor que corrió en su zona de la mesa de que Vivian había comprado seis fotografías de su madre (incluida *Archie*), no hubo contacto entre ellos aquella noche. Tres días después, cuando su madre, Gil y él se reunieron con Vivian para cenar en La Coupole, no hubo impedimentos para el toma y daca de hablar y escuchar, pero en cierto modo Ferguson se sentía tímido y abrumado en presencia de Vivian y habló poco, prefiriendo escuchar la conversación de los tres adultos, que tenían mucho que decir sobre multitud de temas, incluidas las fotografías de su madre, que Vivian elogió calificándolas de *sublimemente humanas e increíblemente directas*, del hermano mayor de Vivian, Douglas Gant o Grant, que trabajaba de biólogo marino en La Jolla, en California, de los progresos que Gil había hecho en su libro sobre los cuartetos de cuerda de Beethoven, y del libro que Vivian estaba escribiendo sobre un pintor del siglo XVIII llamado Chardin (desconocido para Ferguson en aquel momento, pero cuatro días después, al marcharse de París, ya se las había arreglado para ver todos los Chardin del Louvre y asimilar el misterio de que contemplar un vaso de agua o una jarra de barro en un lienzo pintado podía resultar más apasionante y elocuente para el espíritu que mirar el cuerpo crucificado de Dios en un rectángulo igualmente coloreado), y aunque en general se mostró silencioso en la cena, se sentía feliz y estaba atento, plenamente inmerso en la conversación de los demás, y cuánto disfrutó en La Coupole, aquel restaurante inmenso y cavernoso, de manteles blancos y camareros dinámicos y eficientes vestidos de blanco y negro, con todo el mundo hablando a la vez, tanta gente parloteando y dirigiéndose unos a otros al mismo tiempo, las mujeres muy maquilladas con sus perritos y los hombres serios fumando Gitanes sin parar y las parejas estrafalariamente engalanadas que parecían estar ensayando una obra en la que eran los personajes principales, *la escena de Montparnasse*, como Vivian lo denominó, el incesante *jeu du regard*, y ahí estaba Giacometti, dijo ella, y allí el actor que interpretaba todas las obras de Beckett, y más allá otro artista cuyo nombre no decía nada a Ferguson pero que debía de ser un personaje famoso conocido por el todo París, y como estaban en París su madre y Gil le permitieron beber vino en la cena, vaya lujo encontrarse en un local donde a nadie le importaba la edad que tenías,

y en varias ocasiones durante las dos horas que pasaron en la mesa de un rincón del restaurante, Ferguson se recostó en la silla y, mirando a su madre y a Gil y a la luminosa Vivian Schreiber, deseó de pronto que pudieran seguir allí sentados los cuatro para siempre.

Después, cuando Gil y su madre estaban a punto de introducir a Vivian en un taxi, la joven viuda le puso a Ferguson las manos en la cara, le dio un beso en cada mejilla y dijo: Ven a verme cuando seas algo mayor, Archie. Creo que vamos a ser grandes amigos.

Entre los viajes a California y París hubo el caluroso verano de Nueva York, los partidos de baloncesto al aire libre en Riverside Park, las cuatro o cinco veladas semanales pasadas en cines con aire acondicionado, las grandes y pequeñas novelas norteamericanas que Gil seguía dejándole sobre la mesilla de noche, y la mala planificación que lo mantenía atascado en la ciudad cuando todos sus amigos del instituto se habían marchado a otro sitio a pasar julio y agosto, por no hablar de Jim, que a sus diecinueve años trabajaba de monitor en un campamento de verano en Massachusetts, y la esquiva y desconcertante Amy, que había conseguido que la enviaran a Vermont para asistir a un curso de dos meses de inmersión en francés, que era precisamente lo que él debería haber hecho y sin duda así habría sido de haber tenido el tino de proponérselo a su madre y a Gil, que casi con seguridad habrían estado en condiciones de pagar la matrícula, situación en la que no se encontraban el tío Dan y la tía Liz, pero la labia de Amy había logrado que su abuela de Chicago y el viejo verde del Bronx soltaran la pasta que hacía falta, y ahí la tenía, mandándole postales jocosas y guasonas desde los bosques de Nueva Inglaterra *(Cher Cousin: En francés, la palabra «con» no significa lo que yo pensaba. Nuestra palabra equivalente sería «capullo» o «gilipollas», no lo que tú ya sabes. Mientras que «queue», que significa «rabo», también se refiere a lo que tú ya sabes. Lo que me recuerda: qué está haciendo mi «con» favorito en N. Y. estos días? ¿Pasas mucho calor, Archie, o es de pega ese sudor que veo chorrear por tu frente? Baisers à mon bien-aimé, Amy)*, mientras él languidecía en la tórrida y babeante canícula de Manhattan, atrapado en otro periodo sin amor de fantasías masturbatorias y poluciones nocturnas funestas y persistentes.

Aquel verano el tema más importante en la casa era el Lincoln Center y la prolongada discusión de Gil con sus colegas sobre el nuevo Philharmonic Hall, que al fin se iba a inaugurar el 23 de septiembre. El *purulento adefesio* (como solía denominarlo el abuelo de Ferguson) llevaba formando parte del paisaje de las calles Sesenta Oeste desde que Ferguson y su madre fueron a vivir a Nueva York: un gigantesco proyecto de demolición de una barriada de trece hectáreas y media, financiado con dinero de Rockefeller, que había arrasado centenares de edificios y arrojado de sus viviendas a miles de personas para construir lo que se denominaba un *nuevo centro cultural*. Todas aquellas montañas de tierra y ladrillos, las excavadoras de vapor, los martinetes y agujeros en el suelo, aquel ruido amplificándose por los alrededores como una onda expansiva durante todos aquellos años, y ahora que la construcción del primer edificio del complejo de siete hectáreas del Lincoln Center casi había concluido, la polémica estaba a punto de estallar en uno de los

enfrentamientos públicos más inflamados de la historia de la ciudad. Volumen contra equilibrio acústico, arrogancia y presunción contra matemática y razón, y Gil se hallaba envuelto en todo aquello porque la controversia la había provocado el *Herald Tribune*, en concreto dos personas con quienes más estrechamente había colaborado, Victor Lowry, el redactor jefe de la sección de arte y cultura, y Barton Crosetti, crítico musical y compañero suyo, que habían lanzado una agresiva campaña para ampliar en los planos originales el número de butacas destinadas a la nueva sala porque, según insistían, una gran metrópoli como Nueva York merecía algo mejor y más grande. Más grande, sí, argumentaba Gil, pero no mejor, porque la concepción acústica se había calibrado para un auditorio de dos mil cuatrocientas butacas, no de dos mil seiscientas, y pese a que los arquitectos e ingenieros responsables del plan habían afirmado que la calidad del sonido sería *diferente*, lo que equivalía a decir *peor* o *inaceptable*, la autoridad municipal cedió a las exigencias del *Herald Tribune* e incrementó el tamaño de la sala. Gil consideró aquella capitulación como una derrota para el futuro de la música orquestal en Nueva York, pero ahora que estaba a punto de concluirse la versión ampliada del edificio, ¿qué podía hacer sino esperar que los resultados fuesen menos catastróficos de lo que él temía? Y en caso de que lo fueran más, es decir, si los resultados eran efectivamente tan malos como esperaba, entonces emprendería su propia campaña pública, afirmó, y se lanzaría al proyecto de salvar el Carnegie Hall, que la autoridad municipal ya tenía intención de demoler.

El chiste de la familia de aquel verano era: ¿Cómo se escribe la expresión *centro cultural*? Respuesta: c*o*ntr*a* cultural.

Gil podía bromear sobre ello porque la alternativa era encolerizarse, y andar por ahí lleno de ira no era buena forma de vivir, dijo a Ferguson, no tenía sentido y era autodestructivo y cruel para la gente que dependía de que *no* estuvieras furioso, sobre todo cuando la causa de tu cólera escapaba a tu control.

¿Entiendes lo que intento decirte, Archie?, preguntó Gil.

No estoy seguro, contestó Ferguson. Creo que sí.

(*No estoy seguro*: sutil referencia al volcánico estallido de Gil contra Margaret en el antiguo apartamento de Central Park West. *Creo que sí*: reconocimiento de que no había vuelto a ver a su padrastro perdiendo los estribos a tan gran escala desde aquella noche. Podría haber dos motivos que explicaran ese cambio en Gil: 1) su carácter había mejorado con el tiempo o 2) el matrimonio con la madre de Ferguson había hecho de él un hombre más tranquilo, mejor y más feliz. Ferguson decidió creer en la segunda posibilidad; no sólo porque quería creerla sino porque sabía que era la respuesta apropiada.)

No es que sea una cuestión sin importancia para mí, prosiguió Gil. La música es toda mi vida. Escribir sobre la música que se ejecuta en esta ciudad es toda mi vida, y si esas interpretaciones van a perder calidad por culpa de unas decisiones estúpidas tomadas por ciertos individuos obstinados aunque sin mala intención —amigos míos algunos de ellos, lamento decir—, entonces claro que me voy a enfadar, me voy a poner tan furioso que incluso he pensado en despedirme del periódico, sólo para que sepan lo en serio que me tomo este asunto. Pero ¿de qué me serviría eso a mí..., o a ti, a tu madre, a cualquiera? Supongo que, si no hubiera otro remedio, podríamos salir adelante sin mi sueldo, pero el caso es que me encanta mi trabajo y no quiero dejarlo.

No debes dejarlo. Puede que haya problemas, pero no debes dejarlo por eso.

De todos modos, el *Herald Tribune* no va a durar mucho. Se está yendo a pique por cuestiones económicas, y dudo que resista más allá de dos o tres años. Así que bien podría hundirme con el barco. Leal miembro de la tripulación hasta el final, en pie junto al capitán enloquecido que ha puesto rumbo a estas aguas tan peligrosas.

Estás de broma, ¿verdad?

¿Desde cuándo me has visto bromear, Archie?

El fin del *Herald Tribune*. Recuerdo la primera vez que me llevaste allí... y cuánto me gustó, cuánto me sigue gustando cada vez que entramos juntos en ese edificio. Resulta difícil creer que va a dejar de existir. Incluso pensé..., bueno, no importa...

¿Qué pensaste?

No sé..., que algún día..., ahora todo parece una idiotez..., que algún día yo también acabaría trabajando allí.

Qué idea tan estupenda. Emocionante, Archie —estoy emocionado—, pero ¿por qué querría un chico de tu talento ser periodista?

Periodista, no, crítico de cine. Igual que tú escribes de conciertos, a lo mejor podría yo escribir sobre películas.

Siempre he imaginado que acabarías siendo director de cine.

Me parece que no.

Pero si tanto te gusta el cine...

Me gusta ver cine, pero no estoy seguro de que me guste hacer películas. Se tarda mucho en filmarlas, y mientras tanto no te queda tiempo para ver otras. ¿Entiendes lo que quiero decir? Si lo que más me gusta es ver películas, entonces el mejor trabajo para mí consistiría en ver el mayor número de películas posible.

El instituto llevaba funcionando casi un mes cuando se inauguró la nueva sala con un concierto de gala a cargo de la New York Philharmonic bajo la batuta de Leonard Bernstein, acontecimiento que se consideró tan importante como para que lo televisara la CBS; una retransmisión nacional en directo destinada a todos los hogares de Norteamérica. Durante los días siguientes, se realizaron otros conciertos a cargo de las más admiradas orquestas sinfónicas del país (Boston, Philadelphia, Cleveland), y a final de semana tanto la prensa como el público habían emitido su veredicto sobre las cualidades acústicas de la sede del buque insignia del Lincoln Center. FRACASO FILARMÓNICO, decía un titular. FALLIDA FILARMÓNICA, decía otro. FIASCO FILARMÓNICO, anunciaba un tercero. El doble sonido de la efe resultaba por lo visto irresistible a los directores de periódicos, dada la prolijidad con que fluía de las lenguas de indignados amantes de la música, negativistas profesionales y bromistas de taberna. Algunos discrepaban, sin embargo, alegando que los resultados no eran tan malos, y así empezó la contienda a gritos entre partidarios y detractores, el debate incivil que siguió viciando el aire de Nueva York durante meses y años.

Ferguson siguió tales acontecimientos en solidaridad con Gil, complacido de que su padrastro estuviera en el bando ganador del debate, por mucho daño que la defectuosa sala hiciera a los tímpanos de los amantes de la música clásica de la ciudad, e incluso un domingo por la tarde llegó a plantarse frente al Carnegie Hall

con Gil y su madre enarbolando una pancarta que decía: SALVADME, POR FAVOR, pero en general no le importaba, la mayoría de sus pensamientos se centraba en los requerimientos del instituto y la incesante búsqueda de amor, incluso cuando todos los periódicos de Nueva York cerraron durante la huelga de impresores que se prolongó desde primeros de diciembre hasta el último día de marzo, generosamente interpretada por Ferguson como un descanso para Gil.

Amy había roto con su novio del año anterior, el que Ferguson no había conocido y cuyo nombre nunca había sabido, pero había encontrado un nuevo *ami intime* durante su verano francófono en Vermont, uno que vivía en Nueva York y por tanto estaba disponible *pour les rencontres* los fines de semana, lo que de nuevo eliminaba a Ferguson de la competición, descalificándolo incluso para considerar un nuevo asedio a la fortaleza del corazón de Amy. Lo mismo ocurría con las chicas atractivas de la Riverside Academy: todas bajo llave y fuera de su alcance, igual que el año anterior, lo que significaba que Isabel Kraft continuaba siendo una etérea sílfide que deambulaba por los bosques de su imaginación, otra criatura de ensueño que se estremecía a la luz de la erección nocturna; más real que Miss Septiembre, sin duda, pero no mucho.

Ojalá no hubiera pronunciado Andy Cohen aquellas palabras la primavera pasada, deseaba Ferguson a veces, ojalá su sencillo arreglo no se hubiera convertido en algo tan desagradable e imposible. No es que Andy Cohen le siguiera gustando, pero según pintaban las cosas en su curso de segundo, aquellos revolcones de los sábados por la tarde en la calle Ciento siete Oeste empezaban a cobrar sentido de nuevo, al menos cuando se comparaba la situación de estar con alguien con la de no estar con nadie. Por otro lado, la musa de Onán nunca se le aparecía en forma de cuerpo masculino. Siempre era un cuerpo femenino el que se metía bajo las sábanas con él, porque cuando no se trataba de Isabel Kraft quitándose el bikini rojo y apretándose contra él, era Amy, o si no —y eso lo encontraba raro—, Sydney Millbanks, la falsaria vaquera que le había apuñalado por la espalda, o Vivian Schreiber, que le había dirigido aproximadamente cuarenta y siete palabras y era lo bastante mayor para ser su madre, pero allí estaban, las dos mujeres de sus viajes al otro lado de continentes y océanos en julio y agosto, y no podía hacer nada por impedir que cualquiera de ellas se introdujera de noche en sus pensamientos.

El contraste parecía bastante claro, una rígida línea divisoria entre sus deseos y lo que las circunstancias le permitían alcanzar, la mullida carne de las mujeres tendría necesariamente que aplazarse un par de años más mientras que ahora podrían degustarse las tiesas pollas de los chicos si volvía a presentarse la ocasión, lo imposible frente a lo posible, fantasías nocturnas frente a realidades diurnas, amor por un lado y lujuria adolescente por otro, todo muy claro y sin ambigüedades, pero entonces descubrió que la línea estaba trazada con menos nitidez de lo que había pensado, que el amor podía existir a cada lado de aquella frontera mental y podía obrar en él igual que había obrado en la vaquera, y comprender eso de sí mismo después de rechazar el amor no deseado de Andy Cohen conmocionó a Ferguson, y le dio miedo, se asustó tanto que apenas sabía ya quién era.

A finales de septiembre volvió a salir de Nueva York hacia otro sitio lejano, viajó a Cambridge, en Massachusetts, para pasar un fin de semana con su primo Jim.

No por aire esta vez, sino por tierra, cinco horas y media en dos autobuses a Boston con transbordo en Springfield, su primer viaje largo en autocar, y luego dos noches durmiendo en la residencia de estudiantes de Jim en el MIT, instalado en la cama habitualmente ocupada por su compañero de habitación, que se había marchado de la universidad el viernes por la mañana y no volvería hasta el domingo por la noche. El plan era impreciso. Contemplar el paisaje, jugar algún partido de uno contra uno en el gimnasio el sábado por la mañana, visitar algunos laboratorios del MIT, echar una mirada al campus de Harvard, dar un paseo por Back Bay y la Copley Square de Boston, ir a almorzar o cenar a Harvard Square, ver una película en el Brattle Theatre; un fin de semana poco estructurado, sin programar, dijo Jim, porque el objeto de su visita era *dar una vuelta y pasar el rato juntos* y lo que acabaran haciendo no tenía importancia. Ferguson estaba entusiasmado. No, más que eso, no cabía en sí de expectación, y la simple idea de pasar el fin de semana con Jim disolvió al instante las nubes que se iban concentrando en su cabeza y el cielo se volvió azul de pronto, de un azul radiante y luminoso. Nadie era mejor que Jim, nadie más amable y generoso que Jim, nadie más admirable que Jim, y durante todo el viaje en autocar a Boston Ferguson reflexionó sobre la suerte que tenía de formar parte de la misma familia que su extraordinario primo político. Quería a Jim, dijo para sus adentros, lo quería absolutamente, y sabía que Jim también lo quería a él por todos aquellos sábados en Riverside Park, enseñando a jugar al baloncesto al mequetrefe de doce años cuando podía estar haciendo un centenar de cosas diferentes, lo quería porque lo había llamado para invitarlo a que fuera a Cambridge por la sola razón de *dar una vuelta y pasar el rato juntos*, y ahora que Ferguson había probado los placeres de la intimidad chico-chico, no había nada que no hubiera hecho por encontrarse desnudo entre los brazos de Jim, por que Jim lo besara, lo acariciara, sí, lo *bulgarizara*, algo que no había pasado con el chico del City College la pasada primavera, porque haría todo lo que Jim quisiera, porque aquello era amor, un amor grande y ardiente que seguiría encendido durante el resto de su vida, y si resultaba que Jim era la clase de chico ambidiestro en que él mismo parecía convertirse, cosa por completo improbable, desde luego, entonces un beso de Jim lo transportaría a las puertas del paraíso, y sí, aquéllas eran las palabras que Ferguson se decía a sí mismo cuando daba vueltas a esos pensamientos durante su viaje a Boston: *las puertas del paraíso*.

Fue el fin de semana más feliz de su vida. Y también el más triste. Feliz porque estar con Jim hacía que se sintiera protegido, seguro en el reconfortante nimbo de la calma del chico mayor, y en todo momento podía contar con que Jim lo escuchara con la misma atención con que él escuchaba a Jim, que nunca hacía que se sintiera inferior o infravalorado o al margen. Los grandes desayunos en el pequeño restaurante frente al Charles, la conversación sobre el programa espacial, los enigmas matemáticos y los enormes computadores que un día serían lo bastante pequeños para que cupieran en la mano, el programa doble de Bogart, *Casablanca* y *Tener o no tener* el sábado por la noche en el Brattle Theatre, tantas cosas por las que estar agradecido durante las largas horas que pasaron juntos entre el viernes por la noche y el domingo por la tarde, pero a lo largo de todo eso el continuo dolor de saber que nunca recibiría el ansiado beso, que tener a Jim también significaba no tener a Jim,

que tener y no tener significaba no descubrirle jamás sus verdaderos sentimientos sin correr el riesgo de perecer en las llamas de la eterna humillación. Lo peor de todo: mirar el cuerpo desnudo de su primo en los vestuarios después del baloncesto de uno contra uno, los dos juntos, desnudos, sin posibilidad de alargar el brazo y pasar los dedos por el esbelto y musculoso cuerpo de su amor prohibido, y entonces, el domingo por la mañana, el descarado ardid de Ferguson de tantear el terreno andando sin ropa por la habitación durante más de una hora, tentado de preguntar a Jim si quería que le diera un masaje pero sin atreverse, tentado de sentarse en la cama y empezar a masturbarse delante de Jim pero sin atreverse, esperando que su desnudez suscitara alguna reacción en su primo, heterosexual de pies a cabeza, lo que, sobra decir, no suscitó ninguna, porque Jim ya estaba enamorado de una chica de Mount Holyoke llamada Nancy Hammerstein, que el domingo llegó en coche para almorzar con ellos, una chica lista y por completo decente que veía en Jim precisamente lo que Ferguson veía, de modo que incluso en medio de su felicidad también padeció grandes penas aquel fin de semana, ansiando el beso que nunca le darían y sabiendo lo iluso que era incluso al esperarlo, y cuando el domingo volvía en el autocar a Nueva York, lloró un poco, después sollozó largo rato mientras el sol declinaba y la penumbra envolvía el autobús. Y se dio cuenta de que aquellos días lloraba cada vez más..., ¿y quién era él?, seguía preguntándose, ¿y quién era él?..., ¿y por qué demonios insistía en complicarse tanto la vida?

Se moriría si no lo superaba, y como no se sentía preparado para la muerte a los quince años y medio, hizo lo que pudo por superarlo, lanzándose con un fervor disperso a una vorágine de empresas contradictorias. Para cuando se desató la crisis de los misiles cubanos, que concluyó dos semanas después sin bombas ni declaraciones de guerra, sin dejar en perspectiva guerra alguna salvo la siempre presente guerra fría de indefinida duración, Ferguson había publicado su primera crítica cinematográfica, fumado su primer cigarrillo y perdido su virginidad con una prostituta de veinte años en un pequeño burdel de la calle Ochenta y dos Oeste. Al mes siguiente se incorporó al equipo principal de baloncesto de la Riverside Academy, pero como era uno de los tres jugadores de segundo en el equipo de diez, permaneció en el banquillo y rara vez jugó más de un par de minutos en cada partido.

Publicado. El artículo no era una crítica sino una apreciación de conjunto, una deliberación sobre las respectivas cualidades de dos films sobre los que Ferguson llevaba reflexionando varios meses. Apareció en la deprimente publicación del instituto, el *Riverside Rebel*, un periódico quincenal de ocho páginas descuidadamente impreso en formato grande que publicaba noticias obsoletas sobre acontecimientos deportivos entre institutos, artículos sobre absurdos litigios escolares (la menguante calidad de la comida de la cafetería, la decisión del director de prohibir el uso de transistores por los pasillos entre clase y clase) así como poemas, relatos breves y algún que otro dibujo de alumnos que se creían poetas, escritores de relatos breves y artistas. El señor Dunbar, su profesor de inglés de aquel año, era el asesor del *Rebel* por parte del cuerpo docente, y animó al cinéfilo en ciernes a que escribiera tantos artículos como quisiese, alegando que el periódico necesitaba *savia nueva* desesperadamente, y que publicar una sección habitual con columnas sobre cine,

literatura, arte, música y teatro sería *un paso en la buena dirección*. Intrigado y halagado por la petición del señor Dunbar, Ferguson se puso a trabajar en un artículo sobre *Los cuatrocientos golpes* y *A bout de souffle*, sus dos películas francesas favoritas del pasado verano, y ahora que había estado en Francia parecía lógico que empezara su carrera de crítico cinematográfico escribiendo sobre la Nueva Ola francesa. Aparte del dato de que ambos films estaban rodados en blanco y negro y ambientados en el París contemporáneo, argumentaba Ferguson, no tenían nada en común. Las dos obras eran radicalmente distintas en cuanto a tono, sensibilidad y técnica narrativa, tan diferentes que no serviría de nada compararlas y aún más inútil sería perder un solo instante preguntándose cuál era mejor. Sobre Truffaut escribió: *realismo desgarrador, tierno pero sin sentimentalismo, profundamente humano, rigurosamente honrado, lírico*. Sobre Godard escribió: *afilado e inquietante, interesante, de perturbadora violencia, divertido y cruel, continuos guiños a películas norteamericanas, revolucionario*. No, escribía Ferguson en el último párrafo, no confesaría sus preferencias por uno u otro film porque los dos le encantaban, igual que le gustaban los *westerns* de Jimmy Stewart y los musicales de Busby Berkeley, las comedias de los Hermanos Marx y las películas de gánsteres de James Cagney. ¿Por qué elegir?, preguntaba. Unas veces queremos hincar el diente a una buena hamburguesa, y otras nada nos sabe mejor que un huevo duro o una galleta salada. *El arte es un banquete*, concluía, *y cada plato nos llama desde la mesa, pidiendo que lo comamos y lo disfrutemos*.

Fumado. El domingo por la mañana, una semana después del viaje de Ferguson a Cambridge, las dos familias Schneiderman embutieron a sus seis miembros en una ranchera alquilada y se dirigieron al norte hacia el condado de Dutchess, donde se detuvieron a comer en el Beekman Arms de Rhinebeck para desperdigarse luego por la ciudad en todas direcciones. Como de costumbre, la madre de Ferguson desapareció con la cámara y no se la volvió a ver hasta la hora de regresar a Nueva York. La tía Liz se encaminó a la calle principal a curiosear por las tiendas de antigüedades, y Gil y el tío Dan volvieron al coche alegando que querían echar una mirada al follaje otoñal cuando en realidad pensaban discutir lo que hacer con su deteriorado padre, que ya rondaba los ochenta y cinco años y de pronto necesitaba cuidados paliativos durante las veinticuatro horas del día. Ni Ferguson ni Amy tenían interés en husmear por tiendas de muebles viejos ni en contemplar los mutantes colores de las hojas de otoño, de modo que torcieron a la derecha cuando vieron que Liz torcía a la izquierda y siguieron andando hasta las afueras de la ciudad, donde acabaron en una pequeña loma aún cubierta de verde hierba, un agradable espacio de tierra blanda que parecía suplicarles que se sentaran, cosa que ambos hicieron enseguida, y pocos segundos después Amy se metió la mano en el bolsillo, sacó un paquete de Camel sin filtro y ofreció a Ferguson un cigarrillo. No dudó. Ya era hora de probar uno de esos cilindros cancerígenos, dijo para sí, él, el atleta machote que jamás fumaría porque acortaba el aliento, y por supuesto tosió después de cada una de las tres primeras caladas, y desde luego estuvo algo mareado durante un rato, y huelga decir que Amy se rio porque era divertido ver cómo hacía lo que hacen todos los fumadores novatos, pero luego Ferguson se acostumbró y empezó a cogerle el tranquillo, y al cabo de poco Amy y él estaban hablando, hablando de una forma que

no había sido posible en más de un año, sin bromas ni insultos ni acusaciones, con todo el rencor y resentimiento acumulados ya desaparecidos como las bocanadas de humo que se disipaban en el aire otoñal, y entonces dejaron de hablar y se quedaron sentados en la hierba, sonriéndose, contentos de ser amigos otra vez y no estar enfrentados, nunca más enemistados, momento en el cual Ferguson la envolvió con los brazos en una fingida llave y le dijo al oído con voz ronca: Otro cigarrillo, por favor.

Perdido. En el último curso había un chico travieso e interesante llamado Terry Mills, una brillante calamidad que sabía todo lo que un adolescente de instituto no debía saber, y aún más. Era el que suministraba el whisky para los guateques de los sábados, el proveedor de las pastillas de anfetamina para quienes quisieran remontar rápidamente el vuelo y aguantar la noche entera, el dispensador de marihuana para los que preferían una especie más apagada de embriaguez, y el intermediario que ayudaba a perder la virginidad en la casa de putas de la calle Ochenta y dos Oeste. El regordete y sarcástico Terry Mills, uno de los más ricos de la Riverside Academy, vivía con su madre recientemente divorciada y ausente la mayor parte del tiempo en una mansión entre Columbus y Central Park West, y aunque en su comportamiento había bastantes cosas que Ferguson encontraba repugnantes, también era difícil que no le resultara simpático. Según Terry, montones de chicos de la Riverside Academy tanto antes como ahora habían dejado la adolescencia en las habitaciones del burdel de la calle Ochenta y dos, era una tradición largamente establecida, afirmó, que él mismo había seguido dos años antes, en segundo, y ahora que Ferguson también había ascendido a la categoría que daba estar en segundo, ¿le interesaría hacer una pequeña visita a aquel reino encantado de las delicias sensuales? Sí, contestó Ferguson, por supuesto que sí, ¿cuándo podían ir?

Tal conversación se producía un lunes por la tarde mientras almorzaban, el lunes posterior al domingo que Ferguson había pasado en Rhinebeck fumando con Amy, y a la mañana siguiente Terry informó de que todo estaba arreglado para el viernes a eso de las cuatro, lo que no suponía problema para Ferguson porque su toque de queda se había ampliado aquel año hasta las seis, y afortunadamente disponía de los veinticinco dólares necesarios para *hacerse un hombre*, aunque Terry seguía confiando en convencer a Madame M., la regidora del establecimiento, para que hiciera a Ferguson un descuento de estudiante. Sin saber lo que debía esperar porque carecía de experiencia en la materia aparte de los pintorescos burdeles que había visto en los *westerns* en tecnicolor de Hollywood, Ferguson entró en el piso de la calle Ochenta y dos sin imágenes en la cabeza, nada sino incertidumbre en un espacio en blanco, vacío, cero, nada. Se encontró en uno de esos enormes pisos del Upper West Side con el enlucido desmenuzado y las paredes amarillentas, una vivienda antaño elegante que sin duda albergó a algún destacado burgués neoyorquino y a su amplia familia, pero quién se detendría a examinar el revoque y las paredes cuando al pasar a la primera habitación se topaba con un espacioso salón con seis mujeres jóvenes, media docena de fornicadoras profesionales sentadas en butacas y divanes en diversos estadios de desnudez, dos de ellas en realidad sin una sola prenda de ropa encima, lo que las convertía en las primeras mujeres desnudas que Ferguson veía en la vida.

Había que elegir. Eso era un problema porque no tenía ni idea de cuál de las seis sería la más adecuada para un inexperto chico-chica virgen cuya historia sexual hasta el momento se había limitado a una pareja masculina, y debía escoger rápidamente porque se sentía incómodo evaluando a aquellas mujeres como si fueran paquetes de carne follable sin cerebro ni alma, y por tanto eliminó a las cuatro parcialmente vestidas y redujo la elección a las dos desnudas, figurándose que así no habría sorpresas cuando empezara la función, y de pronto desapareció por completo la dificultad, porque una de ellas era una puertorriqueña regordeta de pechos grandes que ya pasaba de la treintena, mientras la otra, una chica negra, sólo podía ser unos años mayor que Ferguson; guapa y esbelta, un duendecillo de pechos pequeños, pelo corto, cuello largo y piel que parecía sumamente suave, una piel que prometía mejores sensaciones que cualquier otra que jamás hubiera tocado.

Se llamaba Julie.

Ya había pagado los veinticinco dólares a la voluminosa Madame M. (nada de descuento para jóvenes primerizos), que fumaba como una chimenea, y como Terry había pregonado groseramente a voz en cuello que *la picha de Ferguson no había visto nunca un coño por dentro*, no tenía sentido fingir que ya había andado antes por aquellos andurriales, que en este caso consistían en un estrecho pasillo que conducía a una angosta habitación sin ventanas con una cama, un lavabo y una silla, y mientras Ferguson recorría el pasillo detrás del dulce y oscilante trasero de la joven, los pantalones se le iban abultando poco a poco, de tal manera que cuando entraron en la habitación Julie le indicó que se quitara la ropa y, echándole una mirada al paquete, le dijo: Se te pone tiesa enseguida, ¿verdad, chaval?, lo que complació enormemente a Ferguson, consciente de que era lo bastante viril como para tener erecciones con mayor rapidez que los clientes adultos de Julie, y de pronto se sintió feliz, nada nervioso ni asustado, aunque no entendía plenamente las normas del encuentro, como cuando intentó besarla y ella apartó bruscamente la cabeza diciendo: Nosotras no hacemos eso, cariño; tendrás que guardarte esas cosas para tu novia, pero no le importó que le pusiera las manos en los menudos pechos ni que la besara en el hombro, y qué agradable sensación cuando le lavó el pene con jabón y agua caliente en el lavabo, aún más espléndida cuando convino en algo llamado *mitad y mitad* sin saber qué era (felación + cópula) y se tumbaron juntos en la cama y la primera mitad de la mitad y mitad resultó tan placentera que temió no llegar a la segunda mitad, aunque lo consiguió, y aquélla fue la mejor parte de toda la aventura, la tan esperada, soñada y postergada entrada en el cuerpo de otra persona, *el acceso carnal*, y tan poderosas eran las sensaciones de estar dentro de ella que Ferguson no pudo contenerse más y se corrió casi inmediatamente, de forma tan rápida que lamentó su falta de control, sintió no haber sido capaz de retrasar el clímax siquiera unos segundos.

¿Podemos hacerlo otra vez?, preguntó.

Julie soltó una carcajada, un estallido de hilaridad que le salió de las entrañas y rebotó por las paredes de la pequeña habitación. Luego dijo: Te corres y se acabó, so gracioso; a menos que tengas otros veinticinco dólares.

Sólo me quedan veinticinco centavos, dijo Ferguson.

Julie volvió a reír. Me gustas, Archie, repuso. Eres un chico guapo, y tienes una

picha muy bonita.

Y tú eres la chica más guapa de Nueva York.

La más flacucha, querrás decir.

No, la más guapa.

Julie se incorporó y le dio un beso en la frente. Vuelve a verme alguna vez, le dijo. Ya conoces la dirección y ese escandaloso amigo tuyo tiene el número de teléfono. Llama primero para concertar una cita. No querrás venir cuando yo no esté, ¿verdad?

No, señora. En la vida se me ocurriría.

Sentado. Incorporarse en segundo de bachillerato al equipo del instituto reflejaba lo mucho que había mejorado su juego durante el verano. Las ligas al aire libre habían sido muy competitivas, con las alineaciones copadas por negros pobres que se tomaban en serio el baloncesto y sabían que ser bueno en ese deporte significaba empezar en el equipo del instituto, de donde se podía pasar a uno universitario y a la posibilidad de salir de Harlem para siempre, y Ferguson había trabajado mucho para mejorar sus tiros exteriores y la posesión de la pelota, dedicando largas horas a entrenamiento adicional con uno de aquellos chicos impacientes de Lennox Avenue llamado Delbert Straughan, alero, como él, en el más duro de los dos equipos con que se había enfrentado, y ahora que Ferguson había crecido otros cinco centímetros y medía un consistente metro setenta y seis, ya superaba el nivel de aptitud para alcanzar cierto grado de excelencia, con una elasticidad tan potente en las piernas que incluso con su altura era capaz de encestar la pelota en uno de cada dos o tres intentos. El problema de integrarse en el equipo en segundo, sin embargo, consistía en que uno se veía automáticamente relegado al segundo equipo, lo que condenaba a pasarse la temporada calentando humildemente un asiento en el banquillo. Ferguson entendía la importancia de las jerarquías y se habría contentado con su función subordinada de no haber creído que jugaba mejor que el alero del primer equipo, Duncan Nyles, a quien a veces llamaban Ni-les-Da-Mate; porque, según resultaba, no sólo era un poco mejor que Nyles, sino mucho mejor. Si Ferguson hubiera sido el único en pensar de ese modo, no habría sentido tanto resquemor, pero casi todos los jugadores compartían su opinión, los más vociferantes de los cuales eran los otros proletarios en reserva, entre ellos Alex Nordstrom y Brian Mischevski, que estaban verdaderamente molestos con la decisión del entrenador de dejar a Ferguson en el banquillo y le recordaban lo injustamente que lo trataba, porque ahí estaba la evidencia para quien quisiera verla: siempre que el primer equipo se enfrentaba con el segundo en escaramuzas de entrenamiento, Ferguson hacía sistemáticamente más lanzamientos, más canastas y más rebotes que Ni-les-Da-Mate.

El entrenador era una persona desconcertante —entre genial e imbécil—, y Ferguson nunca lograba enterarse de en qué situación se encontraba con él. Antigua estrella en pista defensiva del St. Francis College de Brooklyn —una de las universidades más pequeñas del circuito católico del área metropolitana—, Horace *Happy* Finnegan, o Finnegan *El Feliz*, conocía perfectamente el juego y lo enseñaba bien, pero en todos los demás aspectos parecía tener el cerebro atrofiado en un amasijo de cables fundidos y conductos lingüísticos chamuscados. *Emparejaos de a tres*, decía a los chicos en los entrenamientos, o *Venga, formad un círculo de*

trescientos sesenta y cinco grados, y aparte de los incesantes malapropismos estaban las preguntas que los chicos le hacían sólo por el placer de ver cómo se rascaba la cabeza, como *Oye, entrenador, ¿vas andando a clase o te llevas el almuerzo?*, o bien *¿Hace más calor en la ciudad o en el verano?*, disparatadas agudezas que nunca dejaban de suscitar el esperado rascarse, el esperado encogerse de hombros, el esperado *Ahí me has pillado, chaval*. Por otro lado, Happy Finnegan era un perfeccionista cuando se trataba de los aspectos clave del baloncesto, y Ferguson se maravillaba de cómo hervía de indignación siempre que un jugador fallaba un tiro libre *(lo más chupao de todo el puñetero juego)* o veía que se le escapaba un pase lanzado con toda precisión y rapidez *(Abre los ojos, cabrón, o te saco de la pista de un pescozón)*. Exigía un juego eficaz e inteligente, y aunque todo el mundo se reía de él a sus espaldas, el equipo ganaba la mayoría de los partidos, rindiendo sistemáticamente por encima y más allá de su exiguo talento. Sin embargo, Nordstrom y Mischevski seguían insistiendo a su amigo en que se reuniera en privado con el entrenador, no porque así fueran a arreglarse necesariamente las cosas, decían, sino porque querían saber por qué continuaba sacando de alero al jugador menos competente. Sí, el equipo iba ganando la mayoría de los partidos, pero ¿acaso no quería Finnegan ganar *todos* los partidos?

Buena pregunta, contestó el entrenador cuando Ferguson llamó finalmente a su puerta a principios de enero. Muy buena, y me alegro de que me la hayas hecho. Sí, cualquier imbécil puede ver que eres mejor que Nyles. Os enfrentáis uno contra uno y no queda de él más que un suspensorio vacío y un charco de sudor en el suelo del gimnasio. Nyles es un zoquete. Tú eres mexicano, Ferguson, un puñetero frijol saltarín con patas, y juegas como los mejores que he tenido, pero necesito a ese zoquete en la pista. Química, así se llama. Cinco contra cinco, no uno contra uno, ¿entiendes? Con esos otros cuatro tíos corriendo como sincopados puntos y comas, el quinto tiene que ser un saco de patatas, un pedazo de carne con zapatillas en los pies, un don nadie voluminoso que llene espacios y piense en hacer la digestión. ¿Entiendes lo que quiero decir, Ferguson? Tú eres demasiado bueno. Si te pongo ahí cambiaría el ritmo. Todo iría demasiado rápido, cagando leches. Os darían infartos y ataques epilépticos, y empezaríamos a perder. Seríamos mejor equipo, pero tendríamos peores resultados. Ya vendrá tu día, chaval. Tengo planes para ti; pero no hasta el curso que viene. La química será diferente después de que los puntos y comas ahuequen el ala, y entonces te necesitaré a ti. Ten paciencia, Ferguson. *Rómpete el culo* en los entrenamientos, reza tus oraciones por la noche, aparta las manos de la pilila y todo saldrá de maravilla.

Tentado estuvo de dejar el equipo en aquel mismo momento, porque lo que Finnegan parecía ofrecerle era quedarse sin jugar durante el resto de la temporada; a menos que la presunta química empezara a salir mal y dejaran de ganar, pero ¿cómo podría animar al equipo a que perdiera sin que le remordiera la conciencia y seguir considerándose leal a sus compañeros? No obstante, Finnegan casi le había prometido que al curso siguiente lo sacaría en el quinteto inicial, y gracias a esa promesa apechugó con la situación y siguió adelante, esforzándose por impresionar a Finnegan y rompiéndose diariamente el culo en los entrenamientos, aunque no rezaba sus oraciones por la noche ni podía apartar las manos de la pilila.

Cuando empezó la siguiente temporada, sin embargo, volvió a encontrarse en el banquillo, y lo espantoso era que no podía culpar a nadie, ni siquiera a Finnegan; sobre todo, no a Finnegan. El chico nuevo había aparecido de la nada, un alumno de segundo de uno ochenta y siete de estatura cuya familia se había mudado a Manhattan desde Terre Haute, en Indiana, y el fenómeno Marty Wilkinson era mejor que Ferguson y cualquier otro del equipo, tan jodidamente bueno que el entrenador no tuvo más remedio que sacarlo de alero, y con el otro alero inicial del curso anterior, el sólido y digno de confianza Tom Lerner, a quien habían elegido capitán del equipo, no había sitio para incluir a Ferguson en la alineación de entrada. Finnegan hizo algunos esfuerzos por incrementar su tiempo de juego, pero cinco o seis minutos por partido no era suficiente y Ferguson se sentía languidecer en el banquillo. Se había convertido en un aditamento, en una mezcla entre no combatiente y último recurso cuya destreza parecía erosionarse poco a poco, y la creciente frustración, tal como confesó a su madre y su padrastro una noche durante la cena, le estaba *destrozando la moral*, y así fue como al cuarto partido de la temporada, que casualmente se jugó cuatro semanas después del asesinato de Kennedy —un mes menos dos días después de aquel grotesco viernes en que el escéptico y desengañado Ferguson vertiera lágrimas como todo el mundo, sumiéndose en el estado de ánimo general del país sin comprender que el asesinato del presidente era una recreación del asesinato de su padre nueve años antes, todo el horror de su íntimo dolor representado ahora a una inmensa escala pública—, el 20 de diciembre de 1963, pocos minutos después del cuarto partido del Riverside, Ferguson fue al despacho del entrenador para anunciar que dejaba el equipo. Sin rencores, afirmó, pero es que no aguanto más. Finnegan dijo que lo entendía, cosa probablemente cierta, y luego se estrecharon la mano y ahí quedó todo.

Acabó jugando en una liga patrocinada por la Asociación Hebrea de Jóvenes del West Side. Seguía siendo baloncesto, y le seguía gustando, y aunque lo consideraban el jugador más sólido del equipo, no era lo mismo, no podía ser igual y nunca volvería a serlo. Se acabaron los uniformes rojos y amarillos. Adiós a los viajes en autocar. Adiós a los fanáticos del Rebel animando en las gradas. Y se acabó Chuckie Showalter aporreando el bombo.

A principios de 1964, con casi diecisiete años, Ferguson había publicado una docena de artículos sobre cine bajo la supervisión del señor Dunbar, muchas veces con ayuda de Gil en materia de estilo, vocabulario y el problema siempre desalentador de pensar exactamente lo que quería decir y expresarlo luego con la mayor claridad posible. Sus artículos solían alternar entre temas norteamericanos y extranjeros, un examen del lenguaje en las comedias de W. C. Fields, por ejemplo, seguido de algo sobre *Los siete samuráis* o *Pather Panchali*, *Un paseo bajo el sol* seguido de *L'Atalante*, *Soy un fugitivo* seguido de *La dolce vita*; una especie de crítica elemental con menos interés en formular juicios sobre los films que en captar la experiencia de verlos. Poco a poco iba mejorando su trabajo, poco a poco se iba ahondando la amistad con su padrastro, y cuanto más iba al cine, más películas quería ver, porque ir al cine no era tanto un apetito como una adicción, y cuantos más films consumía, más se incrementaba su apetito por el cine. Entre las salas a las que acudía con mayor

frecuencia se contaban el New Yorker en Broadway (a sólo dos manzanas de su casa), el Symphony, el Olympia y el Beacon en el Upper West Side, el Elgin en Chelsea, el Bleecker Street y el Cinema Village del centro, el París al lado del hotel Plaza, el Carnegie junto al Carnegie Hall, el Baronet, el Coronet y los Cinemas I y II en las calles Sesenta Este, y, tras una pausa de varios meses, de nuevo el Thalia, donde aún no se había encontrado con Andy Cohen al cabo de doce visitas. Además de los cines comerciales, estaba el Museo de Arte Moderno, con su indispensable colección de cine clásico, y ahora que Ferguson era socio (regalo de Gil y su madre cuando cumplió los dieciséis), podía ir a ver todas las películas del fondo simplemente enseñando su tarjeta en la puerta. ¿Cuántas películas vio entre octubre de 1962 y enero de 1964? Un promedio de dos los sábados y domingos y una los viernes, lo que ascendía a un total de más de trescientas; unas seiscientas horas sentado en la oscuridad, o el número de tictacs de un reloj repetido a lo largo de veinticinco días consecutivos con sus noches, y si se descontaban el tiempo perdido durmiendo y varios desvanecimientos alcohólicos, más de un mes de su vida diaria durante esos quince meses.

También fumó mil cigarrillos más (tanto con Amy como sin ella), y al año siguiente continuó su aventura amorosa con las bebidas fuertes bebiendo trescientos vasos del mejor producto escocés en los guateques de fin de semana organizados por Terry Mills y sus sucesores igualmente disolutos, sin vomitar ya en las alfombras cuando se excedía pero perdiendo el conocimiento tranquilo y satisfecho en algún rincón de la estancia, buscando resueltamente la inconsciencia alcohólica con objeto de expulsar de sus pensamientos a los muertos y los condenados, tras haber llegado a la conclusión de que, sin ayuda, la vida era demasiado horrorosa para soportarla y que ingerir líquidos concebidos para embotar los sentidos podría llevar cierto consuelo a un corazón atribulado, pero era importante andar con cautela y no ir demasiado lejos, y por eso las juergas se reservaban para los fines de semana, no todos pero más o menos uno sí y otro no, y encontró curioso el hecho de que nunca tenía ansias de la botella hasta que la tenía delante, y aunque le parecía fácil resistir, cuando bebía el primer trago no podía parar hasta haberse pasado de la raya.

En aquellas fiestas de fin de semana, la maría abundaba cada vez más, pero Ferguson decidió que no iba con él. Al cabo de tres o cuatro caladas, las cosas menos graciosas empezaban a tener gracia y entonces le daba un ataque de risa tonta. Luego empezaba a sentirse ingrávido, todo absurdo y estúpido por dentro, lo que tenía el desagradable efecto de remitirlo a cierta encarnación infantil de sí mismo, porque si bien le costaba trabajo madurar, progresando y volviendo a retroceder, ya no quería pensar en sí mismo como un niño, de modo que rechazaba la hierba y se inclinaba por la bebida, prefiriendo estar borracho a emporrado, y de esa manera creía comportarse como un adulto.

Por último pero también importante, o mejor dicho, en primer lugar, había vuelto al establecimiento de Madame M. unas seis veces en aquellos quince meses. Habría ido más a menudo, pero los veinticinco dólares presentaban un problema, porque sólo recibía quince dólares de asignación semanal y no tenía trabajo ni posibilidad de obtenerlo (sus padres querían que se centrara en los estudios), y una vez que gastó los primeros veinticinco en octubre (1962), su cuenta bancaria

permaneció casi vacía hasta su decimosexto cumpleaños en marzo (1963), cuando su madre le extendió un cheque por valor de cien dólares como complemento de su tarjeta de socio del museo, lo que cubrió cuatro sesiones con Julie en el piso de la calle Ochenta y dos Oeste, pero las otras dos visitas se pagaron mediante la apropiación de objetos que no le pertenecían y la correspondiente conversión en dinero contante, actos delictivos que lo atormentaban y reconcomían su tambaleante conciencia, pero el coito era tan importante para él, tan fundamental para su bienestar, sin duda lo único que podía evitar que se viniera abajo, que no podía dejar de vender su alma por unos momentos entre los brazos de Julie. Dios llevaba años muerto, pero el diablo había vuelto a Manhattan y estaba haciendo de las suyas en la parte norte del distrito.

Siempre con Julie porque era la chica más bonita y deseable que trabajaba en Madame M., y como ella entendía cómo era el joven Ferguson (le había echado diecisiete años la primera vez, no quince), su actitud hacia él se había suavizado hasta convertirse en una especie de curiosa camaradería mientras veía cómo el muchacho seguía creciendo de una sesión a otra, sin tratarlo con nada parecido a la ternura o el afecto pero con la suficiente simpatía como para quebrantar las normas y consentir que la besara en los labios cuando él quería, a veces incluso introducirle la lengua en la boca, y lo bueno de estar con Julie era que nunca hablaba de ella misma ni le hacía preguntas (aparte de su edad), y salvo el dato de que trabajaba en Madame M. los martes y viernes, Ferguson no sabía nada de su vida, si estaba empleada como prostituta en otras casas de la ciudad, por ejemplo, o si los dos días con Madame M. contribuían a financiar su educación universitaria, tal vez en el City College, pensaba él, sentada al lado de Andy Cohen en el seminario de literatura rusa, o si tenía novio o marido o un hijo pequeño o veintitrés hermanos o si planeaba robar un banco o mudarse a California o cenar empanada de pollo. Mejor no saber, pensaba él, mejor que no hubiera nada más que sexualidad, cópulas que encontraba tan profundamente satisfactorias que en dos ocasiones durante aquellos quince meses estuvo dispuesto a quebrantar la ley entrando en librerías del Upper West Side con un abrigo de lana sobre el chaquetón para llenarse los numerosos bolsillos del chaquetón y del abrigo con libros en rústica, a los que luego doblaría las esquinas y subrayaría para venderlos a una librería de segunda mano frente a Columbia al veinticinco por ciento del precio marcado en la cubierta, robando y vendiendo docenas de novelas clásicas con objeto de conseguir el dinero necesario para seguir acostándose con Julie.

Deseaba que hubieran sido sesenta veces en lugar de seis, pero sólo con saber que Julie estaría allí siempre que el deseo se apoderase de él era suficiente para quitarle interés por ir detrás de las chicas del instituto, las chicas de quince y dieciséis años que habrían rechazado de un guantazo sus curiosas manos cuando él quisiera quitarles el jersey, el sostén y las bragas, ni una sola se habría paseado desnuda delante de él como hacía Julie, ni una le habría permitido penetrar en el santuario de su sagrada feminidad, y aun suponiendo que ocurriera tal milagro, qué cantidad de trabajo habría sido necesario para conseguir lo que ya tenía con Julie, y con Julie nunca se llevaría el desengaño que inevitablemente se produciría si se enamoraba de alguna de aquellas *buenas chicas*, a ninguna de las cuales quería de todos modos, sólo a su adorada Amy, que no iba a la Riverside Academy sino al instituto Hunter en

otra parte de la ciudad, su querida prima de besos recién descubierta, la de los cigarrillos sin filtro y poderosa carcajada, ella era la única que valía el esfuerzo y el riesgo, la única chica con quien la cópula también significaría amor, porque todo había cambiado en los últimos quince meses, el mundo de sus deseos se había vuelto del revés, y una por una Isabel Kraft y Sydney Millbanks y Vivian Schreiber habían desaparecido de sus pensamientos nocturnos, las únicas dos personas que ahora le venían a la cabeza eran el chico Schneiderman y la chica Schneiderman, los intensamente deseados Jim y Amy, todas las noches el uno o la otra se metían con él en la cama, en algunas ocasiones primero el uno y después la otra, y eso tenía sentido, suponía él, sentido para una persona partida por la mitad que no sabía quién era, el Archibald Isaac Ferguson que pronto cumpliría diecisiete años, diversamente conocido como ladronzuelo, putero y maniaco sexual, exjugador de baloncesto de instituto y crítico cinematográfico a tiempo parcial, amante dos veces rechazado de sus primos políticos, varón y mujer, y devoto hijo e hijastro de Rose y Gil..., que se habrían caído redondos al suelo de saber en lo que andaba metido.

Cuando el viejo Schneiderman rindió el espíritu a finales de febrero, hubo una reunión después del entierro en el piso de Riverside Drive, una congregación no muy numerosa porque el padre viudo de Gil no había cosechado nuevos amigos en los últimos veinte años y la mayoría de los antiguos había encontrado acomodo permanente en otra parte, un grupo de dos docenas de personas que incluía a las hijas de Gil, Margaret y Ella, en su primera aparición familiar desde el otoño de 1959, acompañadas de sus recién adquiridos maridos, gordos, calvos, uno de los cuales había dejado embarazada a Margaret, y a pesar de sus prejuicios contra ellas, Ferguson hubo de reconocer que sus hermanastras no mostraron signos de hostilidad hacia su madre, afortunadamente para ellas, porque nada hubiera hecho a Ferguson más feliz que montar una escena y sacarlas a patadas de la casa, un impulso violento que estaba enteramente fuera de lugar dadas las circunstancias, pero después de permanecer en pie cerca de una hora con el frío de febrero mientras la familia daba sepultura al viejo verde, Ferguson estaba nervioso y quería largarse *cagando leches*, como habría dicho Happy Finnegan, tal vez porque pensaba en el mal genio y manifiesta beligerancia de su no-abuelo o quizá porque todas las muertes le recordaban la muerte de su padre, de modo que cuando la comitiva fúnebre se congregó en el piso, Ferguson se sentía tan hundido que trasegó dos rápidos whiskies con el estómago vacío, lo que pudo contribuir a los hechos que siguieron, porque en cuanto empezó la reunión posterior a las exequias, acabó comportándose tan mal y de forma tan temeraria y estrafalariamente inapropiada que él mismo no sabía si había perdido el juicio o si había resuelto por casualidad el misterio del universo.

Esto fue lo que ocurrió. *Primero*: Todos los presentes estaban sentados o de pie en el salón, comiendo y bebiendo, manteniendo conversaciones cruzadas entre parejas y grupos. Ferguson vio a Jim de pie en un rincón junto a la ventana delantera hablando con su padre, se abrió paso hasta aquel rincón y le preguntó a Jim si podía hablar con él a solas. Jim dijo que sí y ambos recorrieron el pasillo y pasaron a la habitación de Ferguson, donde, sin más preámbulos ni previo aviso de ninguna especie, Ferguson lo rodeó con los brazos y le dijo que lo quería, que lo quería más

que a nada en el mundo, lo quería tanto que estaría dispuesto a dar la vida por él, y antes de que pudiera reaccionar, Ferguson, que ahora medía uno ochenta y dos, cubrió de numerosos besos el rostro de Jim, que tenía una estatura de un metro ochenta y cuatro. El bueno de Jim no se enfadó ni se escandalizó. Supuso que Ferguson estaba borracho o gravemente alterado, de modo que envolvió en sus brazos a su primo más joven, lo apretó en un largo y ferviente abrazo y dijo: Yo también te quiero, Archie. Somos amigos para toda la vida. *Segundo*: Media hora después, todos los presentes seguían de pie o sentados en el salón, comiendo y bebiendo, manteniendo conversaciones cruzadas entre parejas y grupos. Ferguson vio a Amy de pie en un rincón junto a la ventana delantera hablando con su prima Ella, se abrió paso hasta allí y preguntó a Amy si podía hablar un momento con ella a solas. Amy dijo que sí y ambos recorrieron el pasillo y pasaron a la habitación de Ferguson, donde, sin más preámbulos ni previo aviso de ninguna especie, Ferguson echó los brazos en torno a Amy y le dijo que la quería, que la quería más que a nada en el mundo, la quería tanto que estaría dispuesto a dar la vida por ella, y antes de que Amy pudiera reaccionar, Ferguson la besó en los labios, y Amy, que ya conocía la boca de Ferguson por los muchos besos que le había dado en los pasados días de su aventura pubescente, abrió la suya y dejó que Ferguson le lanzara la lengua en picado, y al poco Amy abrazó a su primo y ambos se desplomaron en la cama, donde Ferguson le metió la mano bajo la falda y empezó a subírsela entre las piernas enfundadas en medias mientras Amy hurgaba en los pantalones de Ferguson y le cogía el pene endurecido, y cuando se hubieron satisfecho mutuamente Amy sonrió a Ferguson y dijo: Qué bien ha estado esto, Archie. Lo necesitábamos desde hacía mucho.

Todo mejoró después de aquello. Por lo visto, las infracciones sociales mayúsculas e inaceptables no siempre lo eran tanto, porque Ferguson no sólo había logrado declarar su amor a los dos Schneiderman sino que su amistad con Jim se había fortalecido gracias a ello, y Amy y él habían vuelto a ser pareja. La semana siguiente al entierro, su madre y Gil le dieron doscientos dólares por su cumpleaños, pero ya no necesitaba el dinero para Julie, se lo podía gastar en ropa interior de encaje para Amy, para las noches en que su madre y Gil salían y tenían el piso para ellos solos, o para las noches en que no estaban los padres de Amy, o las noches en que algún amigo con los padres fuera de casa les dejaba una habitación para refugiarse, y cuánto mejor iban las cosas entre ellos, ahora que escribía sus artículos cinematográficos y Amy comprobaba que no era el cretino por el que lo había tomado, porque de pronto lo respetaba, de repente no importaba que le interesase o no la política, era un entusiasta del cine, un chico aficionado al arte, *una persona sensible*, y eso le bastaba, y qué agradable impresión descubrir que ninguno de los dos era virgen, que ninguno de los dos tenía miedo, que para entonces ambos habían aprendido lo suficiente para saber cómo satisfacerse mutuamente, sin duda era eso lo que cambiaba todo, ser feliz en la cama con una persona a quien querías y que a su vez te quería, y durante un breve periodo de tiempo Ferguson anduvo con la sensación de que sí, era cierto: al abrazar a Jim y Amy había *resuelto el misterio del universo*.

No podía durar, por supuesto, el gran amor tendría que dejarse a un lado y hasta

olvidarse, quizá, porque Amy iba un año por delante de él en los estudios y en otoño se iría a la Universidad de Wisconsin, no a la cercana Barnard tal como se había planeado en un principio sino a la lejana tundra norteamericana, debido a la decisión de Amy, tomada *después de meditarlo durante largas y atormentadas semana*s, de que tenía que estar lo más lejos posible de su madre. Ferguson le rogó que no se marchara, llegó incluso a suplicárselo de rodillas, pero entre sollozos Amy le explicó que no tenía más remedio porque en Nueva York viviría *agobiada y asfixiada* por las incesantes intromisiones de su madre, y por mucho que quisiera a su encantador Archie, estaba *luchando por su vida* y tenía que marcharse, sencillamente debía irse y nada podía convencerla de lo contrario. Esa conversación fue el principio del fin, el primer paso de la lenta disolución del mundo perfecto que habían creado para los dos, y como el día siguiente era el comienzo del fin de semana en que Amy tenía pensado ir a Cambridge para ver a su hermano, aquel viernes de abril por la noche Ferguson se encontró solo en Nueva York, y si no había bebido una gota de alcohol desde la tarde del entierro del viejo ni tampoco asistido a ninguna de las dudosas fiestas de sus amigos, ahora bebió hasta sumirse en un sopor que le impidió levantarse pronto a la mañana siguiente y presentarse en el instituto al examen de selectividad, fijado a las nueve en punto.

Había otra posibilidad de presentarse al examen en otoño, pero su madre y Gil se enfadaron con él por ser tan *irresponsable*, y aunque no podía culparlos de sentirse molestos por no haberse presentado al examen, su irritación le escoció, lo hirió mucho más de lo debido, y por primera vez en la vida Ferguson empezó a comprender lo frágil que era, lo difícil que le resultaba abrirse camino incluso entre los conflictos más pequeños, sobre todo los suscitados por sus propios defectos y estupidez, pero el caso era que necesitaba que le dieran amor, que lo quisieran más de lo que la mayoría de la gente necesitaba ser amada, que lo amaran totalmente, sin descanso, hasta el último momento de su vida, que lo quisieran aunque hiciese cosas que lo convirtieran en un ser indigno de ese amor, sobre todo cuando la razón exigía que no se le debía querer, y a diferencia de Amy, que renegaba de su madre, Ferguson jamás podría rechazar a la suya, a su propia madre, que no lo agobiaba y cuyo amor era fuente de toda vida para él, y el simple hecho de verla con el ceño fruncido y aquella expresión triste en los ojos era devastador, un balazo en el corazón.

El final llegó a principios de verano. No en otoño, cuando Amy se marchaba a Wisconsin, sino a primeros de julio, cuando hizo un viaje de dos meses a Europa cargada con una mochila y acompañada de una amiga llamada Molly Devine, otra niña prodigio de Hunter. A finales de aquella semana, Ferguson viajó a Vermont. Su madre y su padrastro le habían concedido el deseo de seguir el ejemplo de Amy y participar en el curso de inmersión en francés del Hampton College. Era un curso espléndido, y el francés de Ferguson mejoró enormemente en las semanas que pasó allí, pero fue un verano sin encuentros sexuales, lleno de temores por lo que pudiera encontrarse al volver a Nueva York: un último beso con Amy, y luego adiós, sin duda el adiós definitivo.

Así que ahí estaba Ferguson cuando Amy voló a Wisconsin, a Madison, alumno de último de instituto con *toda la vida por delant*e, tal como le informaban sus profesores, sus parientes y todo adulto que se cruzaba en su camino, pero él acababa

de perder al amor de su vida, y la palabra *futuro* se había borrado de todos los diccionarios del mundo. Casi de forma inevitable, sus pensamientos se dirigieron nuevamente a Julie. No era amor, por supuesto, pero al menos follaba, y follar sin amor era mejor que no follar en absoluto, sobre todo cuando no había que robar libros para pagarlo. La mayor parte del dinero de su cumpleaños se había evaporado para entonces. Se lo había gastado en primavera, en lencería, perfume y cenas de *linguine* con Amy, pero aún le quedaban treinta y ocho dólares, más que suficiente para otro polvo en el piso de la calle Ochenta y dos Oeste. Tales eran las contradicciones de la condición masculina, descubrió Ferguson. Podías tener el corazón destrozado, pero las gónadas insistían en que te olvidaras del corazón.

Llamó a Madame M., esperando fijar una cita para el viernes por la tarde con Julie, y aunque a la madama le resultaba difícil recordar quién era (hacía meses de su última visita), él le dijo que era el chico que estaba sentado con las chicas en el salón cuando se presentó un policía a recoger su sobre semanal y lo echó del local. Sí, sí, dijo Madame M. Ya me acuerdo de ti. Charlie el Colegial. Así te llamábamos.

¿Y qué me dice de Julie?, preguntó Ferguson. ¿Podré verla el viernes?

Julie no está aquí, dijo Madame M.

¿Dónde está?

No sé. Corre el rumor de que le da al caballo, ricura. Me parece que no la volveremos a ver.

Es horrible.

Sí, es horrible, pero ¿qué le vamos a hacer? Ahora tenemos otra chica negra. Mucho más bonita que Julie. Más carne sobre los huesos, más personalidad. Cynthia, se llama. ¿Quieres que te apunte?

Una chica negra... ¿Qué tiene eso que ver con esto?

Creí que te gustaban las negras.

Me gustan todas las chicas. Sólo que da la casualidad de que me gustaba Julie.

Bueno, pues si te gustan todas las chicas, no hay problema, ¿verdad? El establo está lleno últimamente.

Deje que lo piense, dijo Ferguson. La llamo después.

Colgó el teléfono, y se pasó treinta o cuarenta segundos repitiendo para sí la palabra *horrible* treinta o cuarenta veces, esforzándose por no imaginar el cuerpo desmadejado de Julie mientras se desvanecía en alguna parte envuelta en una neblina de droga, esperando que la información de Madame M. fuese errónea y que Julie ya no trabajara allí porque se hubiera licenciado en Filosofía con matrícula de honor en el City College y estuviera estudiando el doctorado en Harvard, y entonces, durante un momento se le desorbitaron los ojos mientras en su cabeza se formaba una imagen: Julie muerta, tendida en un colchón sin sábanas, desnuda y rígida en el Auberge del Santo Infierno.

Una semana después estaba dispuesto a probar con Cynthia o con cualquiera del establecimiento de Madame M. que tuviera dos brazos, dos piernas y algo parecido a un cuerpo de mujer. Lamentablemente, se había gastado lo que le quedaba del cumpleaños comprando discos a lo loco en Sam Goody’s y tenía que recurrir a medios nada limpios para conseguir el dinero, de modo que una cálida tarde de un viernes a principios de octubre, la víspera de la nueva fecha de su examen de

selectividad, se puso el atuendo de ladrón, consistente en abrigo de lana y chaquetón con múltiples bolsillos, y entró en una librería frente a la Universidad de Columbia llamada Book World, aunque al principio vaciló porque aquel nombre le recordó al negocio incendiado que antaño había sido Home World, pero acabó entrando a pesar de todos sus reparos, y cuando estaba frente a la sección de literatura en libros de bolsillo que se extendía por la pared sur de la librería, metiéndose novelas de Dickens y Dostoievski en los bolsillos, notó que una mano caía bruscamente sobre su hombro por detrás, y entonces una voz le gritó al oído: *¡Te he pillado, cabrón! ¡No te muevas!*, y de buenas a primeras la operación birlalibros de Ferguson tocó a su fin de forma lamentable y estúpida, porque ¿a quién en su sano juicio se le ocurriría llevar un abrigo de lana cuando fuera hace una temperatura de diecisiete grados?

Se le echaron encima con todo su peso y se ensañaron con él. La epidemia de robar libros se había propagado por toda la ciudad y estaba llevando a muchos libreros al borde de la ruina, y la ley necesitaba dar un escarmiento con alguien, y como el dueño de Book World estaba harto y enfurecido por lo que estaba pasando con su negocio, llamó a la poli y dijo que quería presentar una denuncia. No importaba que en los bolsillos de Ferguson sólo hubiera dos libros pequeños —*Oliver Twist* y *Memorias del subsuelo*—, el chico era un ladrón y debía recibir su castigo. El perplejo y avergonzado Ferguson fue por tanto detenido, esposado y conducido en un coche patrulla a la comisaría del barrio, donde lo ficharon, le tomaron las huellas dactilares y lo fotografiaron desde tres ángulos distintos mientras sostenía un cartelito con su nombre escrito. Lo metieron luego en un calabozo con un chulo de putas, un traficante de drogas y un individuo que había apuñalado a su mujer, y se pasó las tres horas siguientes esperando a que algún poli fuese a buscarlo para llevarlo ante el juez. Aquel juez, Samuel J. Wasserman, tenía autoridad para desestimar los cargos y mandar a Ferguson a casa, pero no lo hizo porque él también pensaba que había que dar un escarmiento con alguien, ¿y qué mejor candidato que Ferguson, un niño rico y sabihondo de un instituto privado presuntamente progresista que había delinquido sólo por pura diversión? Cayó el mazo. Se fijó el juicio para la segunda semana de noviembre, y Ferguson fue puesto en libertad sin fianza, a condición de permanecer bajo la custodia de sus padres.

Sus padres. Los habían llamado, y allí estaban, de pie en la sala del tribunal cuando Wasserman fijó la fecha del juicio. Su madre lloraba sin emitir sonido alguno mientras movía la cabeza despacio de un lado a otro, como incapaz de asimilar lo que su hijo acababa de hacer. Gil no lloraba, pero también movía la cabeza, y por la expresión de su mirada Ferguson dedujo que tenía ganas de darle una bofetada.

Libros, dijo Gil cuando estaban en la acera esperando un taxi, ¿en qué demonios estabas pensando? Yo te doy libros, ¿no es verdad? Te doy todos los libros que puedas desear. ¿Por qué coño tienes que robarlos?

Ferguson no podía contarle lo de Madame M. y el piso de la calle Ochenta y dos Oeste, no podía explicarle lo del dinero que esperaba sacar porque quería follarse a una puta, no podía hablarle de las siete veces que había jodido con una prostituta yonqui desaparecida llamada Julie ni de los demás libros que había robado con anterioridad, así que mintió y dijo: Es sobre un asunto que nos traemos entre manos mis amigos y yo: robar libros como muestra de valor. Una especie de competición.

Menudos amigos, dijo Gil. Menuda competición.

Subieron los tres al asiento trasero del taxi, y Ferguson sintió de pronto que todo se ablandaba en su interior, como si no tuviera huesos bajo la piel. Apoyó la cabeza en el hombro de su madre y rompió a llorar.

Necesito que me quieras, mamá, dijo. No sé lo que haría si no me quisieses.

Te quiero, Archie, repuso su madre. Siempre te querré. Sólo que ya no te comprendo.

Con toda aquella confusión, se le olvidó que debía presentarse a selectividad por la mañana; igual que a su madre y a Gil. No es que importara demasiado, decía para sus adentros a medida que pasaban los días, porque lo cierto era que la idea de la universidad había perdido atractivo para él, y dado lo mucho que siempre había detestado los estudios, la perspectiva de no ir a clase a partir del año siguiente era algo que debía tomarse en consideración.

Una semana después, cuando se divulgó la noticia del encontronazo de Ferguson con las autoridades, la Riverside Academy se encargó de expulsarlo durante un mes, medida permitida por el reglamento relativo al comportamiento estudiantil. Durante ese tiempo tendría que mantenerse al día con los deberes si a su vuelta no quería arriesgarse a la expulsión definitiva, dijo el director, y también tendría que encontrar trabajo. ¿Qué trabajo?, preguntó Ferguson. Meter comestibles en bolsas en el Gristedes de Columbus Avenue, contestó el director. ¿Por qué allí?, quiso saber Ferguson. Porque el dueño es uno de nuestros padres, explicó el director, y está dispuesto a dejar que trabajes allí durante tu expulsión. ¿Me pagarán?, preguntó Ferguson. Sí, te pagarán, dijo el director, pero no podrás quedarte con el dinero. Todo irá a obras de caridad. Estábamos pensando que la Asociación de Libreros Norteamericanos podría ser un beneficiario adecuado. ¿Qué te parece?

Me parece muy bien, señor Briggs. Creo que es una idea excelente.

El presidente del tribunal en el juicio de noviembre, juez Rufus P. Nolan, encontró a Ferguson culpable de los delitos de que lo acusaban y lo sentenció a seis meses en un correccional de menores. La dureza del veredicto se cernió en el ambiente durante tres o cuatro segundos (tan largos como horas, como años) y luego el juez añadió: *La pena no se cumplirá a menos que el condenado reincida*.

El representante legal de Ferguson, un joven abogado penalista llamado Desmond Katz, pidió que la mancha del veredicto se eliminara de los antecedentes de su cliente, pero Nolan se negó. Ya había mostrado suficiente indulgencia dejando la sentencia en suspenso, afirmó, y el ilustre letrado haría bien en no seguir tentando a la fortuna. Aquel delito le repugnaba. Como hijo de una familia privilegiada, Ferguson parecía creerse por encima de la ley, como si robar libros fuese una simple *broma*, mientras que su caprichosa falta de respeto a la propiedad privada y su cruel indiferencia a los derechos de los demás demostraba una falta de sensibilidad tal que requería un firme correctivo con objeto de garantizar que sus tendencias delictivas *se cortaran de raíz*. Como no tenía antecedentes penales, merecía otra oportunidad. Pero también merecía esa marca en sus antecedentes: para que se lo pensara dos veces si

alguna vez se le ocurría gastar otra broma parecida.

Dos semanas después, Amy le escribió para decirle que se había enamorado de otro, un tal Rick, estudiante de último curso, y que no iría a Nueva York en Navidad porque Rick la había invitado a pasar las vacaciones en casa de su familia en Milwaukee. Dijo que lamentaba darle tan malas noticias, pero que antes o después tenía que ocurrir algo así, y qué espléndidas habían sido aquellas semanas de primavera y cuánto lo seguía queriendo, y qué contenta estaba de que siempre serían *los mejores primos-amigos del mundo*.

Añadía en la posdata que se sentía aliviada de que no tuviera que ir a la cárcel. Qué estupidez tan grande. *Todo el mundo roba libros, pero tenían que pillarte a ti.*

Ferguson se estaba desintegrando.

Sabía que tenía que recobrar la compostura, si no quería que se le empezaran a caer los brazos y las piernas y pasarse el resto del año retorciéndose en el suelo como un gusano.

El sábado, después de romper la carta de Amy y quemarla en el fregadero de la cocina, vio cuatro películas en tres cines diferentes entre las doce y las diez: un programa doble en el Thalia, una en el New Yorker y otra en el Elgin. El domingo vio otras cuatro. Tenía los ocho films tan revueltos en la cabeza que ya no recordaba cuál era cuál cuando se fue a acostar el domingo por la noche. Decidió que en lo sucesivo escribiría una página con la descripción de cada película que viese y la guardaría en una carpeta especial de tres anillas que tendría en el escritorio. Ésa sería una manera de mantenerse agarrado a la vida en vez de perderla. Sumiéndose en la oscuridad, sí, pero siempre con una vela en la mano y una caja de cerillas en el bolsillo.

En diciembre publicó dos artículos en el periódico del señor Dunbar, uno largo sobre tres películas de John Ford de un género distinto al *western* (*El joven Lincoln*, *Qué verde era mi valle*, *Las uvas de la ira*) y uno breve sobre *Con faldas y a lo loco*, que en general pasaba por alto la historia y se centraba en los hombres disfrazados de mujeres y en el cuerpo medio desnudo de Marilyn Monroe desbordándose de su diáfano vestido.

La ironía era que la expulsión del instituto no lo había convertido en un paria. Muy al contrario, pareció haber acrecentado su posición entre sus amigos, que ahora lo admiraban como un audaz rebelde, *un hombre duro*, y hasta las chicas parecían considerarlo más atractivo, ahora que se había convertido oficialmente en un sujeto peligroso. Su interés por aquellas chicas se había apagado a los quince años, pero invitó a salir a algunas sólo para ver si lograban quitarle a Amy de la cabeza. No lo consiguieron. Ni siquiera cuando tomó en los brazos a Isabel Kraft y la besó, lo que indicaba que aquello iba a llevar tiempo, mucho tiempo antes de que otra vez estuviera en condiciones de respirar libremente.

Nada de universidad. Ésa fue su decisión definitiva, y cuando comunicó a su madre y a Gil que no iba a inscribirse para selectividad a principios de enero ni a enviar solicitudes a Amherst, Cornell, Princeton ni a ninguna de las universidades de las que llevaban un año hablando, sus padres lo miraron como si acabara de anunciarles que

había pensado en suicidarse.

No sabes lo que estás diciendo, dijo Gil. No puedes abandonar ahora tu educación.

No voy a dejarla, repuso Ferguson. Voy a formarme yo mismo, pero de otra manera.

Pero ¿dónde, Archie?, preguntó su madre. No estarás pensando en quedarte en este piso durante el resto de tu vida, ¿verdad?

Ferguson se echó a reír. Vaya idea. No, no me quedaré aquí. Por supuesto que no. Me gustaría ir a París; suponiendo que apruebe ahora en el instituto, y suponiendo que me hagáis un regalo de graduación que cubra el precio de un vuelo chárter barato sólo de ida.

Te olvidas de la guerra, dijo Gil. En cuanto salgas del instituto, te llamarán a filas y te mandarán a Vietnam.

No, no lo harán, afirmó Ferguson. No se atreverán.

Por una vez, Ferguson tenía razón. Seis semanas después de terminar el instituto a trancas y barrancas, después de hacer las paces con Amy, de felicitar a Jim por su compromiso con Nancy Hammerstein y de vivir una aventura inesperadamente tierna y reconfortante con su buen amigo Brian Mischevski, que había convencido a Ferguson, ya con dieciocho años, de que era efectivamente alguien destinado a amar tanto a hombres como a mujeres y que su vida iba a ser más compleja que la de los demás debido a esa duplicación pero quizá también más rica y estimulante, después de escribir un artículo para el periódico del señor Dunbar una semana sí y otra no hasta finales del último semestre, de añadir cerca de un centenar de páginas a su carpeta de tres anillas, de preparar conjuntamente con Gil una lista exhaustiva de lecturas para su primer año de estudiante sin vinculación con universidad ni institución alguna, de volver al Gristedes de Columbus Avenue para estrechar la mano de sus antiguos compañeros de trabajo, de volver a Book World para disculparse con el dueño, George Tyler, por haber robado los libros, después de comprender la suerte que había tenido de que no le aplicaran un castigo severo cuando lo pillaron, de jurar que jamás volvería a robar nada a nadie, Ferguson recibió su carta de *Saludos* del gobierno de Estados Unidos y la orden de presentarse en la caja de reclutas de Whitehall Street para someterse a reconocimiento médico, que desde luego pasó porque era un joven sano sin problemas físicos ni anormalidades, pero al tener antecedentes delictivos y además confesar abiertamente al psiquiatra militar que lo atraían los hombres lo mismo que las mujeres, a últimos de verano le enviaron una nueva cartilla militar en la que se le declaraba inútil para el servicio, con la clasificación escrita a máquina en la portada: 4-F.

Fallido - fracasado - finiquitado - y fuera del ejército.

4.4

En sus tres años de segundo ciclo de instituto en las afueras de Nueva Jersey, el Ferguson de dieciséis, diecisiete y dieciocho años pasó no menos de una hora diaria completando diecinueve cuadernos de trabajo, según los denominaba él, rellenándolos con diversos ejercicios creados por él mismo con el fin de *aguzar el ingenio, ahondar en el detalle y tratar de mejorar* (como una vez explicó a Amy): descripciones de objetos físicos, paisajes, cielos matinales, rostros humanos, animales, el efecto de la luz en la nieve, el ruido de la lluvia en el cristal, el olor de un tronco ardiendo, la sensación de caminar entre la niebla o escuchar el viento que sopla entre las ramas de los árboles; monólogos en la voz de otros con objeto de convertirse en esos otros o al menos tratar de entenderlos mejor (su padre, su madre, su padrastro, Amy, Noah, sus profesores, sus amigos del instituto, el señor y la señora Federman), pero también desconocidos y gente nada cercana, como J. S. Bach, Franz Kafka, la cajera del supermercado del barrio, el cobrador de los billetes del ferrocarril Erie Lackawanna y el mendigo que le pidió un dólar en la estación Grand Central; imitaciones de escritores admirados, exigentes e inimitables del pasado (cogía un párrafo de Hawthorne, por ejemplo, y redactaba algo basado en su modelo sintáctico, empleando un verbo cuando él utilizaba un verbo, un sustantivo cuando él usaba un sustantivo, un adjetivo siempre que él se servía de alguno... con objeto de marcar el ritmo en su interior, para sentir cómo se hacía la música); una curiosa secuencia de viñetas generada por juegos de palabras, homónimos y cambios de letra entre dos términos: cerveza/cereza, perdido/pedido, alma/lama, litera/literal; así como impetuosos arranques de escritura automática para *aclararse las ideas* cuando se quedaba atascado, como aquellas cuatro páginas de garabatos que le salieron a borbotones a partir de la palabra *trotamundos* y que empezaban así: *No, no troto por el mundo. Ni me atrevo a caminar siquiera, pero si disculpa las molestias, lo dejaré sin cartera en un momento*. También escribió un drama en un acto, que quemó asqueado una semana después de terminarlo, así como veintitrés poemas de los más despreciables y hediondos jamás urdidos por un ciudadano del Nuevo Mundo, que rompió en pedazos después de prometerse que jamás volvería a componer poesía. En general odiaba todo lo que escribía. Solía pensar que era un idiota sin talento y nunca llegaría a nada, pero seguía insistiendo, obligándose a seguir trabajando todos los días a pesar de los decepcionantes resultados, comprendiendo que no habría esperanzas mientras no siguiera en ello, que realizar sus aspiraciones de escritor necesariamente le llevaría años, más de los que tardaría su cuerpo en terminar de desarrollarse, y cada vez que escribía algo con visos de ser menos malo que la pieza que había compuesto antes, notaba que estaba haciendo progresos, aunque lo siguiente resultara una abominación, porque lo cierto era que no tenía más remedio, estaba destinado a conseguirlo o morir en el empeño, y a pesar de los desvelos y la insatisfacción con los exangües productos que muchas veces le salían, sólo con el esfuerzo de hacerlos se sentía más vivo que con cualquier otra cosa que hubiera hecho nunca, y cuando las palabras empezaban a cantarle en los oídos y se sentaba al escritorio y cogía la pluma

o llevaba los dedos a las teclas de la máquina, se sentía desnudo, desprotegido y expuesto al gran mundo que se le venía encima, y no había mejor sensación que ésa, nada podía equipararse a la impresión de desaparecer de sí mismo y entrar en el palpitante mundo de las palabras que le bullían en la cabeza.

Obstinado. Ésa era la palabra que mejor lo describía en aquellos años; y cada año más obstinado que el anterior, más encerrado en sí mismo, menos dispuesto a ceder cuando algo o alguien chocaba contra él. Ferguson se había vuelto intransigente: inflexible en el desprecio hacia su padre, obcecado en las renuncias que seguía imponiéndose a sí mismo años después de la muerte de Artie Federman, implacable en su oposición a la sociedad suburbana que lo mantenía confinado desde el principio de su vida consciente. Si aún no se había convertido en un insufrible gruñón que espantaba a la gente en el momento en que aparecía en algún sitio, era porque no buscaba enfrentamientos y en general se reservaba sus opiniones para sí mismo. Sus compañeros de instituto lo consideraban en su mayor parte como un tipo legal: un tanto taciturno a veces, con *la cabeza un tanto ida*, pero no un amargado y desde luego ningún pelmazo, porque Ferguson no estaba en contra de toda la gente, sólo de cierta gente, y cuando no tenía nada en contra de alguien era porque le caía simpático, y al que le caía bien lo trataba con afecto contenido pero considerado, y a los que quería los quería de la forma que quiere un perro, con todas las partes de su ser, nunca juzgando, nunca condenando, nunca pensando mal de ellos, sencillamente adorándolos y regocijándose con su presencia, porque dependía absolutamente del pequeño grupo de personas que lo querían y a quienes él quería a su vez y sin ellas habría estado perdido, otro Hank o Frank girando en su caída por el conducto del incinerador que todo lo devoraba, una pavesa flotando en el cielo nocturno.

Ya no era el muchacho que había escrito «Compañeros de suelo y suela» a los catorce años, un memo insignificante, pero en su interior seguía respirando aquel chico y presentía que ambos seguirían caminando juntos durante mucho tiempo por venir. Combinar lo extraño con lo familiar: a eso aspiraba Ferguson, a observar el mundo tan detenidamente como el más entregado realista y sin embargo a crear una forma de ver la realidad a través de un prisma diferente, ligeramente deformante, porque leer libros sólo centrados en lo familiar inevitablemente mostraba cosas que ya conocías, y leer libros únicamente centrados en lo extraño mostraba cosas que no querías conocer, y lo que Ferguson pretendía por encima de todo era escribir historias que dejaran espacio no sólo al mundo visible de los seres sensibles y los objetos inanimados sino también a las vastas y misteriosas fuerzas invisibles que se ocultaban en el interior de lo ya visto. Quería perturbar y desorientar, hacer que la gente se estremeciera de risa y temblara de miedo, destrozar corazones y alterar conciencias y bailar la descabellada danza de aquellos dos patos mareados cuando se arrancaban con su dúo *doppelgänger.* Sí, Tolstói era muy emotivo, y sí, Flaubert escribía las mejores frases de la creación, pero por mucho que Ferguson disfrutara de los dramáticos y cada vez más radicales giros en la vida de Ana K. y Emma B., en aquel momento de su vida los personajes que le hablaban con mayor fuerza eran el K de Kafka, el Gulliver de Swift, el Pym de Poe, el Próspero de Shakespeare, el Bartleby de Melville, el Kovaliov de Gógol y el monstruo de M. Shelley.

Primeras tentativas de su segundo año de instituto: relato de un hombre que un

día se levanta de la cama y descubre que le ha cambiado la cara; narración sobre un hombre que pierde el pasaporte y la cartera en una ciudad extranjera y vende sangre para comer; fábula sobre una niña pequeña que se cambia de nombre cada primero de mes; historia de dos amigos que dejan de serlo por una discusión en la que ambos exponen argumentos erróneos; narración sobre un hombre que mata a su mujer sin querer y luego decide pintar de rojo brillante todas las casas del barrio; vida de una mujer que pierde la facultad del habla y descubre que a medida que pasan los años se siente cada vez más feliz; crónica de un adolescente que se fuga de casa y luego, cuando quiere volver, se entera de que sus padres han desaparecido; relato sobre un joven que escribe un relato sobre un joven que escribe un relato sobre un joven que escribe un relato sobre un joven que escribe un relato...

Hemingway le enseñó a examinar las frases con más detenimiento, a medir el peso de cada palabra y cada sílaba que intervenían en la construcción de un párrafo, pero por admirable que fuese la literatura de Hemingway cuando escribía en sus mejores momentos, su obra no le decía mucho a Ferguson, toda aquella bravuconería masculina y mudo estoicismo le parecía un poco ridículo, de modo que dejó a Hemingway por el más profundo y exigente Joyce, y entonces, cuando cumplió los dieciséis, su tío Don le regaló otro montón de libros en rústica, entre ellos unos del hasta entonces desconocido Isaac Babel, que enseguida se convirtió para él en el mejor autor de relatos breves del mundo, y de Heinrich von Kleist (objeto de la primera biografía de Don), que al instante ocupó el puesto de segundo mejor autor de relatos breves del mundo, pero aún más valiosos, por no decir muy preciados y siempre fundamentales, eran el *Walden* y la *Desobediencia civil* en la edición de Signet de cuarenta y cinco centavos remetida entre los libros de ficción y poesía, porque si bien Thoreau no era autor de novelas ni relatos, era un escritor de sublime claridad y precisión, artífice de frases tan primorosamente construidas que Ferguson sentía su belleza como se siente la fiebre o un puñetazo en la barbilla. Perfectas. Cada palabra caía perfectamente en su lugar, y cada frase era una pequeña obra en sí misma, una unidad independiente de aliento y pensamiento, y la emoción de leer aquella prosa consistía en no calcular el salto que Thoreau iba a dar de una frase a otra —unas veces, cuestión de centímetros; otras, medio metro o varios metros, y otras, leguas enteras—, y el efecto desestabilizador de aquellas distancias irregulares enseñó a Ferguson a meditar sobre sus propios intentos de una forma nueva, porque lo que hacía Thoreau era combinar en todos los párrafos que escribía dos impulsos opuestos y mutuamente excluyentes, lo que Ferguson empezó a denominar impulso de *control* e impulso de *riesgo*. Ése era el secreto, concluyó. Todo control conduciría a un resultado donde faltaría el aire, asfixiante. Todo riesgo llevaría al caos y a la ausencia de comprensión. Pero combinando ambos elementos quizá se conseguiría algo, tal vez las palabras que cantaban en la cabeza empezarían a cantar en el papel y caerían bombas y se derrumbarían edificios y el mundo empezaría a cobrar un aspecto diferente.

Pero en Thoreau había algo más que estilo. Había la brutal necesidad de ser uno mismo aun a costa de ofender a los vecinos, la obstinación de un espíritu que tanto atraía al aún más obstinado Ferguson, al Ferguson *adolescente* que veía en Thoreau a un hombre que había logrado permanecer toda la vida en la adolescencia, o lo que es

lo mismo, un hombre que jamás había abandonado sus principios, que no se había convertido en un adulto corrompido y vendido: un muchacho valiente hasta el final, que era precisamente como Ferguson quería imaginar su propio futuro. Pero más allá del imperativo moral de convertirse en un ser audaz e independiente, estaba el análisis crítico de Thoreau de la premisa norteamericana de que el dinero manda, el rechazo al gobierno norteamericano y su disposición a ir a la cárcel con tal de protestar contra sus coacciones, y también, por supuesto, la idea que había cambiado el mundo, el concepto que había contribuido a hacer de India una nación independiente cinco meses después del nacimiento de Ferguson, que era la misma idea que ahora se extendía por el sur de Estados Unidos y quizá contribuyera a cambiar Norteamérica también, la *desobediencia civil*, la resistencia no violenta a la violencia de leyes injustas, y qué poco había cambiado en los ciento doce años transcurridos desde *Walden*, pensaba Ferguson, la guerra entre Estados Unidos y México convertida ahora en la guerra de Vietnam, la esclavitud negra transformada en opresión racista y gobiernos estatales regidos por el Ku Klux Klan, y lo mismo que Thoreau había escrito su libro en los años precedentes a la guerra de Secesión, Ferguson pensaba que él también escribía en un momento en que el mundo estaba a punto de desintegrarse nuevamente, y cuando en las semanas anteriores a la boda de su madre con el padre de Jim y Amy vio en tres ocasiones las imágenes televisadas y observaba en los periódicos las fotos de los monjes budistas que *se prendían fuego* en Vietnam del Sur, *muriendo* en protesta por las políticas del régimen de Diem, apoyado por Estados Unidos, Ferguson comprendió que los tranquilos días de su niñez habían concluido, que el horror de aquellas inmolaciones demostraba que si había hombres dispuestos a morir por la paz, entonces la guerra en el interior de su país, que se propagaba de modo incesante, llegaría a ser tan grande que al final todo lo ensombrecería y acabaría dejando ciego a todo el mundo.

La nueva casa estaba en South Orange, no en Maplewood, pero como en los dos municipios regía la misma junta de educación, Ferguson y Amy siguieron siendo alumnos del Columbia, el único instituto público del distrito. Ya habían terminado segundo cuando sus padres se casaron el 2 de agosto de 1963, y la desalentadora conversación mantenida once meses antes en el jardín trasero de la antigua casa de Ferguson estaba poco menos que olvidada. Amy había encontrado novio, Ferguson había buscado novia, y su relación de hermano y hermana había seguido adelante tal como Amy había esperado, aunque ahora que realmente eran hermanos, la vieja metáfora quizá se hubiera hecho algo redundante.

El padre de Ferguson se quedó con todo el dinero de la venta de la antigua casa, mientras que Dan Schneiderman aún poseía la casa vieja-vieja, la primera casa de Maplewood que el joven Ferguson no quería haber abandonado, y al venderla por veintinueve mil dólares pudo comprar otra más grande en South Orange por treinta y seis mil, porque si bien Rose se encontraba casi en la miseria al dejar Stanley de enviarle los cheques mensuales después de su boda con Dan, el propio Dan ya no estaba sin un céntimo, porque Liz y él habían suscrito al principio de su matrimonio un seguro de vida por valor de ciento cincuenta mil dólares, y ahora que había cobrado esa suma a raíz de la horrible y prematura muerte de Liz, la recién formada

familia de los Adler, Ferguson y Schneiderman se encontraba de momento en situación de cómoda solvencia económica. Era difícil no pensar en la procedencia del dinero, la truculenta traducción del cáncer terminal en dólares, pero Liz estaba muerta y la vida continuaba, ¿y qué remedio tenían sino seguir adelante ellos también?

A todos les encantaba la nueva casa. Incluso Ferguson, firmemente opuesto a vivir en una ciudad pequeña, que habría dado casi lo que fuese por mudarse a Nueva York o a otra gran ciudad en cualquier parte del mundo, reconoció que era una espléndida elección y que la casa de madera construida en 1903 y situada en una apartada calle sin salida llamada Woodhall Crescent era mucho mejor para aparcar el esqueleto que el helador Castillo del Silencio en que se había visto obligado a vivir durante los últimos siete años. Probablemente les habría venido bien otra habitación además de las cuatro de que disponían, porque el cuarto que tendría que haber sido de Jim se convirtió en estudio para Dan, pero nadie lo vio como una carencia, menos que nadie el flemático Jim, que sólo iba rara vez de visita y parecía contentarse con dormir en el sofá del salón, y si a él le daba igual, por qué habría de importarles a los demás. Lo principal era que todos estaban juntos, y como a Ferguson le gustaba Dan, a Amy y Jim les gustaba la madre de Ferguson, a Dan le gustaba Ferguson y a la madre de Ferguson le gustaban Amy y Jim, todos se instalaron juntos y en paz sin hacer caso de las murmuraciones en los dos municipios, donde se pensaba que con todos los giros y conmociones del año anterior —fallecimiento, divorcio, nuevo matrimonio, nueva casa y dos libidinosos adolescentes bajo el mismo techo— algo *extraño, antinatural* o *no del todo apropiado* debía de ocurrir en el número 7 de Woodhall Crescent. Aquel hombre no era más que un *artista en apuros*, por amor de Dios, lo que significaba un desaliñado y poco serio *luftmensch* (según los judíos) o un inconformista de pelo largo y tendencias políticas dudosas (según los no judíos), ¿y cómo podía la mujer haber tirado por la borda su matrimonio con Stanley Ferguson, con todo el dinero que suponía estar junto a un personaje como él?

Para Ferguson, el mayor cambio no tenía nada que ver con el matrimonio de su madre con Dan Schneiderman. Ya había estado casada antes, después de todo, y como Dan tenía algo que lo hacía mejor marido, más compatible, de lo que había sido su padre, Ferguson refrendó la unión y no volvió a pensar en ello porque no había nada que pensar. En lo que sí pensaba, y representaba un significativo trastorno en las condiciones fundamentales de su vida, era en que había dejado de ser hijo único. De pequeño había rezado para que se le concediera un hermano, una y otra vez había suplicado a su madre que hiciera un niño para él porque no quería estar solo, pero entonces ella le contestó que no era posible, que ya no tenía más niños dentro de sí, lo que significaba que él sería su Archie, el amor de su vida hasta el fin de los tiempos, y poco a poco el pequeño Ferguson había aceptado su solitario destino, pasando a ser el tipo meditabundo y soñador que ahora quería transitar hacia la edad adulta secuestrado en una habitación escribiendo libros, de modo que se había perdido las alegrías de los juegos bruscos y la vivaz camaradería que casi todos los críos experimentan con sus hermanos, pero también había evitado los conflictos y odios que pueden convertir la niñez en una gresca horrorosa e implacable que acaba en amargura de por vida o en psicosis permanente, y ahora, a la edad de dieciséis años, después de perderse tanto lo bueno como lo malo de no ser el único hasta el final de

sus días, se le había concedido el deseo de su infancia en forma de una hermana de dieciséis años y un hermano de veinte; pero demasiado tarde, demasiado a deshora para que le sirviera de mucho, y aunque Jim estaba casi siempre ausente y Amy volvía a ser su amiga íntima (tras un largo periodo de resquemor por haberlo rechazado el verano anterior), había días en que le resultaba imposible no añorar su antigua vida de hijo único, aunque hubiera sido mucho peor que ésta.

Habría sido diferente si Amy lo hubiese querido de la forma en que él había llegado a quererla, si se hubieran aprovechado de sus nuevas circunstancias para entregarse a toda clase de travesuras carnales, improvisados juegos de manos cuando sus padres se volvieran de espaldas, secretas aventurillas concupiscentes y citas a medianoche en cualquiera de sus habitaciones contiguas, lo que habría culminado en el mutuo sacrificio de sus respectivas virginidades en aras del amor y de una mayor salud mental, pero Amy no estaba interesada, real y verdaderamente quería ser su hermana, y el maniaco sexual de Ferguson, cuyo objetivo primordial en la vida era introducir el pene en el cuerpo desnudo de una chica y dejar atrás su virginidad para siempre, tenía que aguantarse si no quería estallar con la continua agitación de querer lo que no podía tener, porque el deseo frustrado era una ponzoña que calaba por todos los poros del organismo, y una vez que las venas y los órganos internos se impregnaban por completo, el veneno subía hasta el cerebro y acababa reventándole a uno la tapa de los sesos.

Las primeras semanas en la nueva casa fueron las más difíciles. No sólo debía suprimir el impulso de abrazar a Amy y llenarle la cara de besos cada vez que se encontraban a solas, y no sólo tenía que contener las ensoñaciones eréctiles nocturnas de meterse en la cama con ella en la habitación de al lado, sino que también había que hacer numerosas adaptaciones prácticas, que en general giraban en torno a no infringir la intimidad del otro, y hasta que no establecieron una serie de normas fijas sobre cómo coexistir en los espacios comunes (llamar primero, limpiar el cuarto de baño antes de salir, fregar los propios platos, no copiar los deberes del otro hasta recibir respuesta afirmativa, así como no curiosear en habitación ajena, lo que significaba que Ferguson no podía mirar a hurtadillas el diario de Amy y ella no debía fisgar en los cuadernos de trabajo y los escritos de Ferguson), se produjeron varios momentos incómodos y algunos total y absolutamente embarazosos, como cuando Amy abrió la puerta del baño y vio al recién duchado y desnudo Ferguson sentado en la taza del retrete masturbándose —*¡No he visto nada!*, chilló, cerrando la puerta de golpe— o cuando Ferguson salió apresuradamente de su habitación justo en el instante en que Amy iba por el pasillo ajustándose la toalla con que se cubría, y entonces la toalla se le cayó de pronto desvelando la blancura de su piel desnuda ante los perplejos ojos de Ferguson, que veían por primera vez los pequeños pezones y el rizado vello púbico de su hermanastra, y Amy dejó escapar un *¡Joder!* que Ferguson contestó con una réplica casi ingeniosa —*Siempre había sospechado que tenías un cuerpo*, le dijo. *Ahora estoy seguro*—, a lo que ella, con una carcajada y alzando los brazos en una postura que imitaba burlonamente las fotos de chicas desnudas, replicó: *Ahora estamos a la par, Mr. Dick*, refiriéndose no sólo al divertido personaje de *David Copperfield* tan querido de los dos sino a lo que ella había visto en el baño unos días antes.

Cierto era que Ferguson tenía novia, pero también era verdad que la habría dejado al momento si Amy, como el señor Barkis, hubiera estado bien dispuesta, pero no lo estaba, y ahora que Ferguson había contemplado el cuerpo que jamás sería suyo, ya no tenía que atormentarse imaginando cómo era, y eso constituía un pequeño paso adelante, pensó, un modo de curarse de una insalubre obsesión que jamás lo conduciría a parte alguna salvo al Pozo Sin Fondo de la Tristeza Eterna, y como recompensa trató de centrar sus pensamientos en el cuerpo de su novia, que hasta entonces sólo había visto desnudo de cintura para arriba, aunque sus exploraciones conjuntas se hacían cada vez más audaces e imprudentes ahora que se habían reunido al comienzo del penúltimo año de instituto, lo que significaba que había motivos de esperanza, y después de un tempestuoso verano de no saber dónde se encontraba con Amy ni cómo debía comportarse con ella, Ferguson decidió capitular, quemar su arsenal y firmar un tratado mental de rendición absoluta, y desde aquel momento empezó a adaptarse a su nueva tarea de comportarse como un hermano con su hermana Amy, consciente de que era el único modo de quererla y de que ella lo quisiera a él.

A veces se peleaban, a veces Amy se ponía a gritar y dar portazos y a insultarle, a veces Ferguson se ocultaba en su habitación negándose a hablar con ella durante tardes enteras, durante periodos enteros de diez o doce horas ininterrumpidas, pero en general ambos hacían un esfuerzo por seguir adelante. En efecto, su amistad volvió a ser lo que había sido antes de que a Ferguson se le metiera en la cabeza que debían ser *más que amigos*, pero había una intensidad añadida a esa amistad ahora que vivían con sus recién casados padres en la casa de Woodhall Crescent, porque en alguna ocasión mantenían conversaciones más largas e íntimas de tres o cuatro horas de duración que en determinado punto siempre se desviaban hacia el fallecimiento de la madre de Amy y a la muerte de Artie Federman, y se dedicaban a estudiar y preparar juntos los exámenes (cosa que impulsó las notas de Ferguson de notables y algún sobresaliente aislado al nivel de Amy de todo sobresaliente), a fumar cigarrillos, a beber alcohol (casi siempre cerveza, la barata Rolling Rock en altas botellas verdes o bien Old Milwaukee, aún más barata, en achaparradas botellas marrones), a ver películas antiguas en la televisión, a escuchar discos, a echar partidas de gin rummy, a ir juntos a Nueva York, además de los chistes, las bromas, las risas, las discusiones sobre política, y se acabaron las inhibiciones con respecto a hurgarse la nariz o tirarse pedos en mutua compañía.

El instituto contaba con más de dos mil cien alumnos, algo más de setecientos por curso, y en aquel establecimiento público de enseñanza secundaria que rendía servicio a los municipios de Maplewood y South Orange había una mezcla de protestantes, católicos y judíos, una población de clase media con una parte de clase trabajadora y otra de los estratos superiores de la clase administrativa, chicos y chicas cuyos padres procedían de Inglaterra, Escocia, Italia, Irlanda, Polonia, Rusia, Alemania, Checoslovaquia, Grecia y Hungría, pero ni una sola familia asiática y sólo veinticuatro alumnos de color en todo el centro, con lo que era uno de los muchos institutos monocolores del condado de Essex, e incluso en aquellas fechas tardías, diecinueve y veinte años después de la liberación de los campos de exterminio a

finales de la Segunda Guerra Mundial, en ambos municipios persistían restos de antisemitismo, sobre todo en forma de murmullos, silencios y exclusiones no escritas en sitios como el Orange Lawn Tennis Club, pero a veces era peor que eso, y ni Ferguson ni Amy olvidarían nunca la cruz que quemaron en el jardín delantero de uno de sus amigos judíos de Maplewood cuando tenían diez años.

Más de dos tercios de los más de setecientos alumnos de su curso seguirían estudios universitarios, algunos en los mejores centros privados del país, otros en instituciones privadas mediocres del litoral oriental, otros en universidades estatales de Nueva Jersey, y para los chicos que no iban a la universidad estaba el ejército y Vietnam, y después de eso, si es que había un después, trabajos de mecánico en garajes y en estaciones de servicio, de panadero y conductor de camiones de gran tonelaje, empleo fijo o eventual de fontanero, electricista y carpintero, veinte años de servicio en el cuerpo de policía, el cuerpo de bomberos o el departamento de eliminación de residuos, o si no, aspirar al premio gordo en actividades de alto riesgo como el juego, el chantaje y el robo a mano armada. Para las chicas que no iban a la universidad, estaba el matrimonio y la maternidad, la escuela de secretariado, la escuela de enfermeras, la escuela de esteticistas, la escuela técnica de odontología, trabajo en oficinas, restaurantes y agencias de viajes, más la oportunidad de pasar el resto de sus vidas a quince kilómetros del lugar donde habían nacido.

Había ciertas excepciones, sin embargo, algunas chicas que no iban a la universidad pero tampoco se quedaban allí, chicas con un pasado y un futuro enteramente distinto de las que se habían criado en Nueva Jersey y que Ferguson llevaba toda la vida estudiando, y una de esas figuras apareció casualmente en su clase de inglés el primer día de su primer año como alumno de instituto, una morena de piel oscura que no era ni bonita ni fea sino especialmente fascinante a ojos de Ferguson, de movimientos sinuosos como un animal encerrado en el zoo que mirase sin miedo entre los barrotes a quienes lo observaban, preguntándose cuál sería lo bastante valiente para darle de comer, y cuando la señora Monroe empezó la clase señalando con el dedo a cada uno de los veinte alumnos y pidiéndoles que dijeran su nombre y se presentaran a sus compañeros, oyó que la chica morena hablaba con lo que él supuso un marcado acento británico, y sin detenerse a pensarlo Ferguson decidió ir detrás de ella, no sólo porque una chica de otro sitio era automáticamente más deseable que una chica de las afueras de Nueva Jersey, sino porque hacía exactamente siete días que Amy lo había rechazado en el jardín trasero y él estaba libre, tan libre que daba asco, y podía ir detrás de cualquier chica que le saliera al paso. Afortunadamente, Amy no estaba aquel año en su clase de inglés, lo que significaba que los ojos de ella no estarían puestos en él cuando mirase a la chica morena pensando cómo abordarla, cortejarla, asediarla y conquistarla, y sin Amy por allí para espiar sus intenciones, podía hacer que sus propósitos fuesen tan transparentes como quisiera.

Dana Rosenbloom. No británica sino sudafricana. La segunda de las cuatro hijas de Maurice y Gladys Rosenbloom, de Johannesburgo, actualmente con residencia en Estados Unidos debido a que el padre de Dana, próspero dueño de una fábrica, no era un simple patrono capitalista sino un empresario socialista, resueltamente opuesto al gobierno del apartheid que regía el país desde 1948, un hombre que había trabajado

en su contra dedicándose a actividades subversivas y ofendiendo a las autoridades sudafricanas hasta el punto de que querían meterlo en la cárcel, lugar que no habría sido nada bueno ni para la salud de Maurice Rosenbloom ni para la moral de su familia, así que se largaron los seis, saliendo de estampida de Sudáfrica a Londres, abandonando la fábrica, la casa en Johannesburgo, los coches, los gatos, el caballo, la casa de campo, el barco y la mayor parte de su fortuna. De todo a casi nada, y con el padre de Dana a sus sesenta y dos años bastante delicado para seguir trabajando, su madre, mucho más joven, a quien Ferguson calculaba cuarenta y tantos años, se había encargado de mantener a la familia en Londres, tarea que había cumplido de tal modo que a los tres años logró un puesto de gran importancia en Harrods, y después de ascender cuanto pudo en esos grandes almacenes, aceptó un cargo aún más importante con el doble de sueldo en los Saks de la Quinta Avenida de Nueva York. Así aterrizaron los Rosenbloom en suelo norteamericano en la primavera de 1962, así se abrieron paso hasta un caserón lleno de crujidos en Mayhew Drive de South Orange, en Nueva Jersey, y así acabó Dana Rosenbloom sentada unos pupitres más allá de Ferguson en la clase de inglés de décimo grado que daba la señora Monroe en el instituto Columbia.

Una sudafricana blanca con la tez morena de una norteafricana, los orígenes de Europa del Este revistiendo otros más antiguos y profundos de las estepas centroeuropeas, la judía exótica de la literatura germánica y nórdica, la gitana de las óperas decimonónicas y las películas en tecnicolor, Esmeralda, Betsabé y Desdémona, las tres en una, el oscuro fuego del pelo rizado y rebelde como una corona en llamas sobre su cabeza, miembros esbeltos y caderas estrechas, hombros y cuello ligeramente inclinados cuando garabateaba los apuntes en clase, movimientos lánguidos, nunca precipitados ni crispados, serena, apacible y tranquila, no la tentadora de Oriente que parecía sino una chica formal de impulsos tiernos y afectuosos, en muchos aspectos la chica más corriente que jamás había atraído a Ferguson, nada guapa en el sentido en que lo era Linda Flagg, nada inteligente comparada con Amy, pero más madura y preparada que cualquiera de las dos debido a todo lo que su familia y ella habían pasado, más que el propio Ferguson, un seductor impío con experiencia y atrevimiento suficientes para hacerla receptiva a sus primeras insinuaciones, y al poco tiempo comprendió que estaba loca por él y que jamás lo despedazaría como Amy hacía a veces, la discutidora Schneiderman que soltó una carcajada cuando Ferguson sacó una pipa y la encendió una noche después de cenar durante el Año de Múltiples Cenas antes de que se casaran sus padres, la pipa que se había comprado para cuando escribía porque pensaba que todos los escritores fumaban en pipa mientras trabajaban, y cuánto se había burlado de él por eso, llamándolo *estúpido presuntuoso* y *el chico más tonto que jamás existió,* palabras que Dana Rosenbloom nunca le habría dirigido a él ni a nadie, de modo que cortejó a la recién llegada de ojos negros de Johannesburgo y Londres y la conquistó, no porque supiera lo que hacía en lo tocante al arte de la seducción sino porque Dana se había enamorado de él y quería que la sedujera.

Ferguson no estaba enamorado de ella, nunca llegaría a estarlo, desde el principio mismo comprendió que Dana jamás sería la gran pasión que andaba buscando, pero su cuerpo necesitaba caricias, ansiaba tener relaciones íntimas, y

Dana lo acariciaba y besaba espléndidamente, tan bien que muchas veces los placeres físicos derivados de sus ternezas casi eliminaban la necesidad de una gran pasión en aquel momento de su vida. Una pequeña pasión con muchas caricias y besos era suficiente por ahora, y cuando pasaron por primera vez a la piel desnuda, al acto sexual completo en el invierno de penúltimo de instituto, se sintió más que satisfecho.

Sexualidad animal sin palabras con la gitana que lo amaba, comunicación mediante miradas y gestos y el tacto, pocos intercambios verbales sobre cualquier cosa excepto sobre las cuestiones más triviales, no un encuentro de inteligencias como con Amy o la futura chica de sus sueños sino un encuentro de cuerpos, un entendimiento sensual, una falta de inhibición tan nueva para Ferguson que a veces temblaba ante el recuerdo de lo que habían hecho en las habitaciones vacías en donde conseguían estar a solas, la piel ardiendo de felicidad, el sudor fluyendo por todos los poros mientras se cubrían de besos, y qué tierna era con él, cómo aceptaba sus miedos y su autocompasiva desesperación, qué indiferencia ante el hecho de que la quisiera menos que ella a él, pero ambos sabían que su relación no era más que algo provisional, que Estados Unidos era el sitio de él y no el de ella y que Dana estaba simplemente a la espera de graduarse y cumplir los dieciocho años, momento en el que se marcharía a Israel para vivir en un *kibbutz* entre el Mar de Galilea y los Altos del Golán, eso era todo lo que quería, ni universidad, ni libros, ni grandes ideas, sólo plantar su cuerpo en un sitio que albergara otros cuerpos y hacer lo que tuviera que hacer para pertenecer a un país que no la echara a patadas.

Inevitablemente, había momentos en que se aburría, en que se distanciaba de ella porque a Dana le daban igual las cosas que a él más le importaban, y durante los años que estuvieron juntos en el instituto Ferguson no dejó de titubear y andar a la deriva, poniendo los ojos en otras chicas, saliendo con otras en los veranos en que Dana iba a Tel Aviv a visitar a sus parientes, pero era incapaz de romper definitivamente con ella, su ternura seguía atrayéndolo, la dulzura de su generoso corazón era irresistible, y las relaciones sexuales eran imprescindibles, lo único que hacía olvidar todo lo demás durante los minutos o las horas que duraban y que parecían hacerle entender por qué había nacido y lo que significaba estar en el mundo, la iniciación a la vida erótica, el comienzo de la verdadera vida, y nada de eso habría sido posible con ninguna otra chica del instituto, las Lindas Flagg y Noras McGinty y Debbies Kleinman eran todas vírgenes militantes, doncellas profesionales encerradas en metálicos cinturones de castidad, y por tanto, aunque sus afectos flaquearan de cuando en cuando, sabía lo afortunado que era al haber encontrado a Dana Rosenbloom y nunca la dejaría hasta que no tuviera más remedio, porque además de entregarse a él Dana también le había entregado a su familia, y Ferguson había llegado a querer a aquella familia, a adorar la idea misma de que una familia así pudiera existir, y cada vez que ponía los pies en su casa y se veía envuelto en el aura de los Rosenbloom, se sentía tan feliz de estar allí que no quería marcharse.

La esencia de aquella aura parecía eludir toda definición precisa, pese a los numerosos intentos que Ferguson realizó a lo largo de los años para comprender lo que la hacía tan singular, tan diferente a la de cualquier otro hogar en el que hubiera entrado antes. Una mezcla de distinción y monotonía, pensaba a veces, pero en la cual la distinción nunca estaba contaminada de monotonía y lo rutinario jamás se

dejaba influir por la elegancia. Los refinados modales británicos espléndidamente controlados de los padres convivían con las tendencias anárquicas de los hijos, pero ningún bando parecía resentido con el otro y un aire de quietud parecía cernerse sobre la casa en todo momento, incluso cuando las dos hijas pequeñas se gritaban mutuamente en el salón. Una instantánea: la señora Rosenbloom, alta, esbelta y aristocrática con uno de los vestidos de Chanel o Dior que llevaba en su despacho de los almacenes Saks de la Quinta Avenida, hablando sobre control de natalidad con su hija mayor, Bella, que desde su llegada a Estados Unidos se había hecho beatnik y escuchaba pacientemente a su madre mientras se ajustaba el jersey negro de cuello alto y se aplicaba rímel en los ojos, con lo que poco a poco se iba transformando en un mapache. Segunda instantánea: el señor Rosenbloom, con su perilla entrecana y su ancha corbata de seda, disertando sobre las virtudes de la buena caligrafía a su hija pequeña, Leslie, una escuálida niña de nueve años con costras en las rodillas y un hámster llamado *Rodolfo* durmiendo en un bolsillo del vestido. Aquélla era el aura de los Rosenbloom, o una de sus efímeras emanaciones, y cuando Ferguson pensaba en lo que habían pasado, cuando imaginaba lo que debía haber sido perderlo todo y empezar de nuevo en otra parte del mundo, se preguntaba si alguna vez había conocido a una familia más valiente, con más capacidad de recuperación que aquélla. En eso consistía también el aura: estamos vivos, y de ahora en adelante se trata de vivir y dejar vivir, y que los dioses nos vuelvan la espalda y dejen de meterse en nuestros asuntos por siempre jamás.

Había mucho que aprender del señor Rosenbloom, decidió Ferguson, y como el padre de Dana ya no trabajaba a sus sesenta y seis años y estaba en casa la mayor parte del tiempo leyendo libros y fumando, Ferguson empezó a pasar a verlo de cuando en cuando, la mayoría de las veces nada más salir de clase, en el momento en que la luz de última hora de la tarde se deslizaba por el salón trazando complejas y entreveradas sombras por el suelo y los muebles, y allí se quedaban, el joven y el viejo, en aquella estancia medio en penumbra, charlando de nada en particular, divagando sobre política y las peculiaridades de la vida en Norteamérica, debatiendo alguna vez sobre un libro, una película o un cuadro, pero en general con el señor Rosenbloom contando historias del pasado, frívolas y encantadoras anécdotas sobre travesías a Europa en transatlánticos zarandeados por las tormentas, los *bons mots* que se le habían ocurrido de joven, la deliciosa conmoción que experimentó al tomar el primer sorbo de su primer martini, referencias a *discos de gramófono*, *la radio* y unas medias de seda deslizándose hasta abajo por las piernas de una mujer, nada de importancia, nada profundo, pero fascinante, y qué poco hablaba de sus problemas en Sudáfrica, observó Ferguson, y cuando decía algo no había rencor en su voz, nada de la rabia e indignación que cabría esperar en un exiliado, y por eso se sentía Ferguson tan atraído hacia el señor Rosenbloom, tanto le agradaba su compañía: no porque fuese un hombre que había sufrido sino porque era alguien que había sufrido y aún era capaz de hacer chistes.

El señor Rosenbloom nunca leyó un solo relato de Ferguson, nunca miró siquiera una palabra de sus escritos, pero fue precisamente él quien le dio la solución a un problema que llevaba muchos meses sacándolo de quicio y que sin duda habría seguido desconcertándolo durante años.

Archie, le dijo una tarde el viejo. Bonito nombre para uso cotidiano, pero no muy conveniente para un novelista, ¿verdad?

No, admitió Ferguson. Trágicamente inapropiado.

Y *Archibald* no es mucho mejor, ¿eh?

No, no es mejor en absoluto. Peor.

¿Y qué vas a hacer cuando empieces a publicar tu obra?

Si alguna vez empiezo a publicar, querrá decir.

Bueno, supongamos que sí. ¿Has pensado en otras posibilidades?

En realidad, no.

¿En realidad, no, o no lo has pensado en absoluto?

No, en absoluto.

Hummm, dijo el señor Rosenbloom encendiendo un cigarrillo y atisbando entre las sombras. Tras una larga pausa, preguntó: ¿Y tu segundo nombre? ¿Tienes alguno?

Isaac.

El señor Rosenbloom exhaló una gran bocanada de humo y repitió las dos sílabas que acababa de oír: *Isaac*.

Así se llamaba mi abuelo.

Isaac Ferguson.

Isaac Ferguson. Como Isaac Babel y Isaac Bashevis Singer.

Un sonoro nombre judío, ¿no te parece?

Lo de *Ferguson* no tanto, pero lo de *Isaac*, sí.

Isaac Ferguson, novelista.

Archie Ferguson, el hombre; Isaac Ferguson, el escritor.

No está mal, diría yo. ¿Tú qué crees?

Que no está nada mal.

Dos personas en una sola.

O una persona en dos. De todos modos, está bien. En cualquier caso, con ese nombre firmaré mi obra: Isaac Ferguson. Si consigo publicar alguna vez, claro.

No seas modesto. *Cuando* publiques.

Seis meses después de aquella conversación, cuando estaban sentados en la casa hablando sobre las diferencias entre la luz de las tardes sudafricanas y la luz de las tardes de Nueva Jersey, el señor Rosenbloom se levantó de la butaca, se dirigió al fondo del salón y volvió con un libro en la mano.

Puede que debas leer esto, dijo, depositando el libro con delicadeza en la mano de Ferguson.

Era *Llanto por la tierra amada*, de Alan Paton. Publicado por Jonathan Cape, Bedford Square, 30, Londres.

Ferguson dio las gracias al señor Rosenbloom y le prometió devolverle el libro dentro de tres o cuatro días.

No tienes que devolvérmelo, le dijo el señor Rosenbloom mientras volvía a sentarse en la butaca. Es para ti, Archie. Ya no lo necesito.

Ferguson abrió el libro y vio que en la primera página había una dedicatoria que decía: *23 de septiembre de 1948. Muchas felicidades por tu cumpleaños, Maurice. Tillie y Ben*. Debajo de las dos firmas había dos palabras más escritas en mayúsculas, con trazo grueso: AGUANTA FIRME.

Si no iba a aceptar dinero de su padre, entonces no había ni que pensar en pasar otro verano trabajando en alguna de sus tiendas. Al mismo tiempo, si no quería dinero de él, tendría que empezar a ganárselo por su cuenta, pero en aquella parte del mundo los trabajos de verano no le venían a uno tan fácilmente, y no sabía dónde buscarlo. Ahora que tenía dieciséis años, suponía que podía volver a Camp Paradise y trabajar allí de camarero, pero no ganaría nada aparte de las propinas que los padres daban el último día del verano, lo que ascendería a unos míseros doscientos dólares o así, y además Ferguson había dado el campamento por terminado y no quería volver, la sola idea de poner los pies en el terreno donde había visto morir a Artie Federman bastaba para revivir aquella muerte de nuevo, una y otra vez hasta que fuera el propio Ferguson quien emitiera el frágil *Oh* que se escapó de los labios de Artie, Ferguson mismo quien se desplomara sobre la hierba, Ferguson quien estuviera muerto, y sencillamente no era posible ir allí, ni aunque el salario de los camareros del campamento fuese cuatrocientos dólares por servicio.

En la primavera de su segundo año, con la boda de su madre ya anunciada para primeros de agosto y sin solución a la vista, Jim lo puso en contacto con uno de sus antiguos amigos de instituto, un exdefensa de fútbol americano que pesaba ciento diez kilos llamado Arnie Frazier, a quien habían expulsado de Rutgers en primer curso y ahora tenía una empresa de mudanzas en Maplewood y South Orange. La flota de transporte consistía en una furgoneta Chevy blanca, y el negocio se llevaba de forma no muy limpia manejando exclusivamente dinero en efectivo, sin seguro ni empleados declarados ni estructura empresarial alguna, y sin pagar impuestos porque no se declaraban ganancias. Aunque Ferguson no sería lo bastante mayor para tener carné de conducir hasta el siguiente mes de marzo, Frazier lo contrató como acompañante para sustituir a su actual compinche, a quien acababan de llamar a filas y que a finales de junio estaría en Fort Dix. El amigo de Jim habría preferido un trabajador para todo el año a tiempo completo, pero Jim era amigo de Frazier porque en una ocasión salvó a su hermana gemela de una situación delicada en una fiesta del instituto (tumbando a un jugador de lacrosse borracho que la estaba manoseando en un rincón de la estancia), y Frazier sentía que estaba en deuda con él y no podía decirle que no. Así fue como Ferguson se inició en la profesión, empezando una carrera como operario de mudanzas que se prolongó durante sus tres veranos de instituto, de 1963 a 1965, porque al año siguiente requirieron de nuevo sus servicios cuando el nuevo ayudante sufrió una hernia discal en la parte baja de la espalda y al otro año cuando la flota se amplió a dos furgonetas y Frazier necesitaba con urgencia un segundo conductor. Era un trabajo a veces agotador, y cada verano, cuando Ferguson empezaba de nuevo, los primeros seis días le dolía espantosamente la mitad de los músculos del cuerpo, pero descubrió que el trabajo manual era un buen contrapunto a la actividad intelectual, porque no sólo lo mantenía en buena forma física y servía para un buen fin (trasladar las pertenencias de la gente de un sitio a otro), sino que le permitía meditar en sus cosas en vez de tener que pensar para otro, cosa que ocurría con la mayor parte del trabajo no manual, contribuir a que otro ganara dinero con tu cerebro recibiendo a cambio lo menos posible, y aunque el salario era bajo, cada faena terminaba con cinco, diez, a veces veinte dólares entregados en mano, y como abundaban las mudanzas en aquellos años anteriores a

que los millones quemados en Vietnam arruinaran la economía estadounidense, todas las semanas acababa ganando cerca de doscientos dólares libres de impuestos. Así que Ferguson pasó aquellos tres veranos cargando camas y sofás por estrechas escaleras, entregando espejos antiguos y burós Luis XV a decoradores de interiores de Nueva York, haciendo la mudanza a la residencia y a casa a estudiantes de universidades de Pensilvania, Connecticut y Massachusetts, transportando frigoríficos viejos y aparatos de aire acondicionado estropeados al vertedero municipal, y así conoció a mucha gente que nunca habría aparecido en su vida de haber estado sentado en un despacho o en el Gruning's vendiendo cucuruchos de helado a niños ruidosos. Más aún, Arnie lo trataba bien y parecía respetarlo, y aunque el jefe de veintiún años de Ferguson votó por Goldwater en las elecciones de 1964 y quería lanzar bombas atómicas sobre Hanoi, también era cierto que ese mismo Arnie Frazier contrató a dos operarios negros cuando compró la segunda furgoneta, de modo que la cuadrilla se amplió a cuatro personas, con lo que el último verano que Ferguson trabajó para él tuvo la inestimable ventaja añadida de conducir todo el día con uno de aquellos dos negros, Richard Brinkerstaff, un gigante voluminoso, de vientre pronunciado, que solía mirar por el parabrisas de la furgoneta mientras Ferguson conducía hacia su siguiente destino, impregnándose a fondo del paisaje de desiertas carreteras del extrarradio y calles urbanas llenas de baches y abarrotadas autopistas industriales, y una y otra vez, con el mismo tono de voz, ya estuviera hablando de algo que le encantaba o entristecía o repelía, señalaba con el dedo a la niña que jugaba con su collie en el césped de su casa o al desharrapado vagabundo que se tambaleaba en el cruce entre el Bowery y el Canal y decía: *Qué bonito, Archie. Qué bonito es esto*.

Ferguson era consciente de que su padre no sabía qué pensar de él. No sólo porque le resultaba imposible entender por qué querría alguien dedicarse a la incierta ocupación de escribir libros, cosa que le parecía un capricho delirante que conduciría a una caída casi segura en la pobreza, el fracaso y la decepción más absoluta, sino también porque su hijo, tan apropiadamente educado, que había disfrutado desde el día en que nació de las ventajas de la empresa norteamericana tradicional, la que triunfaba por su propio esfuerzo, rechazaba ahora las oportunidades que le habían dado de progresar y tener éxito en la vida para desperdiciar el verano trabajando como un vulgar peón, dejándose la piel con un idiota que no había concluido los estudios y que engañaba a Hacienda. Nada tenía de malo el dinero que ganaba, pero el problema consistía en que nunca lo multiplicaría, porque con trabajos de ínfima categoría como aquél, siempre permanecería en el estrato social más bajo, y cuando su hijo se ponía a hablar de mantenerse a sí mismo en el futuro trabajando de obrero en una fábrica o de marinero en la marina mercante, el padre se encogía al pensar lo que sería de él. ¿Qué había pasado con el niño que quería ser médico? ¿Por qué había salido todo tan mal?

Eso era lo que Ferguson imaginaba que su padre pensaría de él, si es que alguna vez pensaba en él, y en los monólogos de dos o tres páginas que escribía con la voz de su padre se esforzaba por comprender su forma de pensar, ahondando en su memoria y sacando a la luz las pocas cosas que conocía sobre los primeros años de Stanley Ferguson, los años difíciles, sin dinero, cuando asesinaron a su abuelo y se

ocupó del clan su escandalosa y casi histérica abuela, y luego la misteriosa marcha de los dos hermanos mayores de su padre a California, nunca explicada plenamente, nunca comprendida del todo, y a raíz de aquello el esfuerzo por convertirse en el hombre más rico del mundo, en el gran profeta de los beneficios que creía en el dinero como otros creían en Dios, en la sexualidad o las buenas obras, el dinero como salvación y realización, el dinero como medida última de todas las cosas, y todo el que se opusiera a esa creencia era estúpido o cobarde, como su exmujer y su hijo, ambos con la cabeza llena de paparruchas románticas ofrecidas por las novelas y las películas baratas de Hollywood, y quien más culpa tenía de todo lo que había pasado era su exmujer, su antes amada Rose, que había vuelto al muchacho contra él metiéndole en la cabeza todas aquellas tonterías para débiles mentales sobre descubrir el *verdadero yo* y forjarse *su propio destino*, y ahora, demasiado tarde para deshacer el daño, había perdido al muchacho.

Sin embargo, nada de eso explicaba por qué su padre había seguido dando cabezadas frente a pantallas de cine y televisión, ni por qué, a medida que crecía su fortuna, se iba volviendo más agarrado y mezquino y en sus comidas quincenales sólo lo llevaba a restaurantes baratos y malos, ni por qué había cambiado de idea sobre la venta de la casa de Maplewood y se había vuelto a instalar en ella cuando Ferguson y su madre se marcharon de allí, ni por qué, después de tomarse la molestia de imprimir «Compañeros de suelo y suela», nunca manifestó interés por los nuevos relatos de su hijo, nunca quería saber cómo le iba con su padrastro y hermanastros en la casa de Woodhall Crescent, nunca le preguntaba a qué universidad quería ir, nunca decía una palabra sobre el asesinato de Kennedy ni parecía importarle que hubieran matado a tiros al presidente, y cuanto más hurgaba Ferguson en el alma de su padre en busca de algo que no estuviera apagado ni desconectado de los demás, menos encontraba. Incluso el complejo señor Rosenbloom, que sin duda ocultaba al mundo muchas cosas de su vida interior, si no casi todas, le resultaba más coherente que su padre. Tampoco podían reducirse las diferencias entre ellos al hecho de que su padre trabajaba y el señor Rosenbloom no. Dan Schneiderman trabajaba. No doce y catorce horas diarias como su padre, sino siete u ocho horas durante seis días a la semana, y aunque no fuera el artista más deslumbrante del mundo, conocía los límites de su modesto talento y disfrutaba con su trabajo, que desempeñaba lo bastante bien para ganarse la vida como *autónomo artesano del pincel*, según lo expresaba él, no con unos ingresos tan enormes como obtenía Stanley Ferguson, desde luego, pero sí en cambio con un corazón más generoso, tal como demostraba el coche nuevo que había comprado para su reciente esposa, lo que convirtió a Ferguson y Amy en propietarios conjuntos de su viejo Pontiac cuando aprobaron el examen para el carné de conducir, los ingeniosos móviles y estatuillas giratorias que fabricaba como regalo de cumpleaños para todo el mundo, las salidas por sorpresa a restaurantes, conciertos, cines, la asignación que insistía en dar a Ferguson junto con la que daba a su hija —aflojando la mosca a cada uno todas las semanas porque quería que sus ganancias del verano estuvieran en el banco y no las tocaran mientras siguieran en el instituto—, pero por encima de todo la generosidad de su persona, su buen humor y afectuosa solicitud, su jovialidad, su fantasía, su pasión por el póquer y todos los juegos de azar, su indiferencia a veces imprudente hacia el mañana en favor del presente, todo

lo cual lo hacía un hombre tan distinto del padre de Ferguson que al hijo/hijastro le resultaba difícil catalogarlos como miembros de la misma especie. Luego estaba el hermano mayor de Dan, Gilbert Schneiderman, el nuevo tío de Ferguson, de impresionante inteligencia, que trabajaba tanto como el que más, que enseñaba historia de la música a tiempo completo en Juilliard y escribía entrada tras entrada sobre compositores clásicos para una enciclopedia de la música de inminente publicación, y el tío Don también trabajaba, el vehemente, a veces rezongón padre de Noah, su mejor amigo, nunca dejaba de trabajar mientras le daba duro a su biografía de Montaigne y entregaba dos y a veces tres reseñas sobre libros al mes, y hasta Arnie Frazier trabajaba, el expulsado exjugador de fútbol americano, el rechazado a filas y evasor de obligaciones fiscales también trabajaba como un condenado, según Ferguson bien sabía, pero eso no quitaba para que todas las noches se bebiera un paquete de seis latas de Löwenbräu y mantuviese relaciones amorosas con tres chicas diferentes de tres ciudades al mismo tiempo.

Ferguson intentaba reprimir la ira cuando estaba con su padre, aunque le horrorizaba la indiferencia con que el rey de los electrodomésticos consentía que Dan Schneiderman le diera la asignación, cosa que legal y moralmente le correspondía a él, pero Ferguson sospechaba que su padre también estaba resentido, no tanto con él como con su madre, que no sólo había insistido en el divorcio sino que no había tardado mucho en volver a casarse, y al no asumir sus obligaciones para con su hijo, el padre de Ferguson conseguía la cicatera recompensa de no tener que soltar dinero cuando no quería (que ahora era casi siempre) junto con la satisfacción añadida de endosar tales deberes al nuevo marido de su exmujer. Jueguecitos para divertirse en el invisible circo de animosidades y tormentos mezquinos, decía Ferguson para sí mientras se le encogía un poco más el corazón, pero tal vez viniera bien que su padre hubiera renegado de su obligación de darle la asignación, porque la habría rechazado de habérsela ofrecido y no deseaba decirle a la cara que había tomado la decisión de no aceptar su dinero, lo que su padre habría visto como un acto de hostilidad, algo parecido a una declaración de guerra, y Ferguson no buscaba un enfrentamiento con él, sólo deseaba soportar sus encuentros con la mayor tranquilidad posible sin que ocurriera algo que pudiera herirlos a cualquiera de los dos.

Sin dinero de su padre... y sin béisbol, porque el fantasma de Artie Federman seguía caminando a su lado y Ferguson no quería quebrantar su promesa. Podía practicar otros deportes, pero ninguno había tenido nunca tanta importancia como el béisbol, y después de empezar como alero en el equipo alevín de baloncesto en primero de instituto, Ferguson decidió no seguir al año siguiente, lo que marcó un final brusco y definitivo a su actividad deportiva en equipo. En un tiempo aquello había sido lo más importante para él, pero eso era antes de leer *Crimen y castigo*, antes de descubrir el acto sexual con Dana Rosenbloom, antes de fumar su primer cigarrillo y trasegar su primera copa, antes de convertirse en el futuro escritor que se pasaba las noches solo en su habitación llenando de palabras sus preciados cuadernos, y aunque le seguían encantando los deportes y nunca pensaba en abandonarlos, habían quedado relegados a la categoría de entretenimientos para ratos de ocio: fútbol sin placaje, improvisados partidos de baloncesto al aire libre, ping-pong en el sótano de la nueva casa y tenis

algún domingo con su madre, Dan y Amy, de dobles en general, o hijos contra padres o padre-hija contra madre-hijo. Diversiones recreativas frente a las batallas de su infancia de ganar o morir. Jugar con entrega, sudar, ganar o perder el partido y volver luego a casa para ducharse y fumar un cigarrillo. Pero para él seguía siendo algo magnífico, sobre todo el deporte que más le gustaba, el vetado béisbol, al que jamás volvería a jugar, y continuaba animando a su recién imaginado equipo de Flushing, aunque el destino del mundo occidental ya no pendiera de un hilo cuando Choo Choo Coleman se metía en el cajón del bateador con dos eliminados y dos hombres en base en la segunda mitad de la novena entrada. Su padrastro y su hermanastro gemían cuando se declaraba el inevitable tercer batazo de *foul*, pero Ferguson se limitaba a sacudir la cabeza levantándose luego para apagar tranquilamente la televisión. Los Choo Choo Coleman de este mundo habían nacido para hacer *strike*, y los Mets no habrían sido los Mets si Choo Choo hubiera nacido para otra cosa.

Dos comidas al mes con su padre y una comida un mes sí y otro no con los Federman en New Rochelle, un ritual al que Ferguson se aferraba a pesar de sus recelos, porque nunca tenía claro por qué los padres de Artie seguían invitándolo y aún menos claro por qué siempre mostraba él tan buena disposición para hacer el largo trayecto hasta allí y estar con ellos cuando en realidad no le apetecía nada, cuando en efecto cada una de aquellas comidas lo llenaba de terror. *Turbio*. Sus motivos se le escapaban, porque ni los Federman ni él entendían lo que estaban haciendo ni por qué insistían en ello, y sin embargo había sido algo espontáneo desde el principio: la señora Federman rodeándolo con los brazos después del entierro y diciéndole que siempre formaría parte de la familia; Ferguson sentado en el salón durante dos horas junto a Celia, de doce años, esforzándose por encontrar las palabras para decirle que ahora él era su hermano y siempre cuidaría de ella. ¿Por qué habían dicho y pensado aquellas cosas, y qué sentido tenía todo eso?

Artie y él sólo habían sido amigos durante un mes. Lo bastante para haberse convertido en los gemelos A. F., lo suficiente para haber sentido que vivían el comienzo de lo que sería una larga e íntima amistad, pero no tanto como para entrar a formar *parte de la familia del otro*. En el momento de la muerte de su amigo, Ferguson ni siquiera había puesto la vista encima a Ralph y Shirley Federman. Ni sabía cómo se llamaban, pero ellos lo conocían a él gracias a las cartas que su hijo les había escrito desde Camp Paradise. Aquellas cartas fueron cruciales. El tímido y callado Artie les había hablado de su nuevo y maravilloso amigo, y por tanto sus padres ya estaban convencidos de que Ferguson era estupendo incluso antes de conocerlo. Entonces Artie murió, y tres días después el maravilloso amigo asistió al entierro, no la imagen clavada de su hijo pero bastante parecido, un muchacho alto y fuerte, con el mismo cuerpo de joven atleta, los mismos antecedentes judíos, las mismas buenas notas en clase, y que un muchacho así apareciese en su vida en el preciso momento en que perdían a su hijo, el mismo chico a quien su hijo se había referido como *hermano*, debió de producirles un fuerte impacto, razonaba Ferguson, un efecto increíble, como si su muchacho desaparecido hubiese ganado por la mano a los dioses enviándoles otro chico de sustitución, un hijo del mundo de los vivos a cambio del que había muerto, y manteniendo el contacto con Ferguson podían ver lo que habría pasado con su propio hijo a medida que iba desarrollándose y haciéndose

hombre poco a poco, los cambios graduales que distinguían a un chico de quince años de otro de catorce, a uno de dieciséis de otro de quince y a uno de dieciocho de otro de diecisiete. Era como una especie de representación, comprendió Ferguson, y cada vez que se desplazaba a New Rochelle para celebrar uno de aquellos almuerzos dominicales, debía representar el papel de ser él sin dejar de ser él, recreándose a sí mismo tan plena y fielmente como era capaz, porque todos sabían que aquello era un juego aunque no fueran conscientes de saberlo, y Archie jamás sería Artie no sólo porque no quería serlo sino porque los vivos nunca podrían sustituir a los muertos.

Eran buena gente, amables, normales y corrientes, y vivían en una casita blanca en una calle bordeada de árboles junto a otras casitas blancas de familias trabajadoras de clase media con dos o tres hijos y uno o dos coches en el blanco garaje de madera. Ralph Federman era un hombre alto y delgado que rondaba los cincuenta y era propietario de la farmacia más pequeña que había en la calle principal del barrio comercial de New Rochelle. Shirley Federman, también alta pero no delgada, era unos años más joven que su marido. Licenciada en el Hunter College, trabajaba a tiempo parcial en la biblioteca de la localidad, hacía campaña por los demócratas en época de elecciones nacionales y le encantaban los musicales de Broadway. Ambos trataban a Ferguson con una silenciosa forma de deferencia, un tanto extrañados y agradecidos de que siguiera aceptando sus invitaciones por lealtad a su hijo, y como no querían perderlo, solían callarse en las comidas y dejar que Ferguson llevara la conversación. En cuanto a Celia, rara vez decía una palabra, escuchaba con más atención que sus padres, y mientras Ferguson veía cómo pasaba de niña tímida y entristecida a muchacha de dieciséis años dueña de sí misma, se le ocurrió que ahí estaba la razón que le hacía volver a aquella casa, porque siempre había observado su inteligencia, pero ahora también era atractiva, con una especie de belleza esbelta, de largos miembros, como de cisne, y aunque todavía era muy joven para él, dentro de uno o dos años ya no lo sería tanto, y alojada en algún recóndito e inaccesible rincón del cerebro de Ferguson rondaba la informe idea de que estaba destinado a casarse con Celia Federman, de que el relato de su vida exigía que se casara con ella para negar la injusticia de la temprana muerte de su hermano.

Era esencial que hablase, que no sólo se quedara sentado manteniendo cortésmente una conversación, sino que hablara de verdad, que les dijera todo lo posible sobre él mismo para que empezaran a entender quién era, y a eso fue a lo que se dedicó con más empeño después de las primeras visitas, a hablar de sí mismo y de las cosas que le sucedían, porque cada vez iba quedando menos que decir sobre Artie, era demasiado horripilante seguir dando vueltas sobre lo mismo una y otra vez, y Ferguson podía ver con sus propios ojos cómo a lo largo de nueve meses el pelo castaño oscuro del señor Federman se había ido mezclando con hebras grises para pasar luego a un gris dominante y llegar a ponerse completamente blanco, cómo el padre de Artie iba adelgazando cada vez más y su madre iba ganando cada vez más peso, cinco kilos más en octubre de 1961, siete kilos más en marzo de 1962, diez kilos más en septiembre, sus cuerpos decían a Ferguson lo que estaba pasando en sus respectivas almas mientras vivían con la muerte de Artie, y ya no hacía falta hablar de las proezas de su hijo en las pequeñas ligas a los diez años ni mencionar sus matrículas de honor en ciencias y matemáticas, de modo que a Ferguson se le ocurrió

una nueva estrategia para sobrellevar aquellas comidas, que consistía en sacar de allí a Artie y obligarlos a pensar en otra cosa.

Ni una palabra sobre renunciar al béisbol por su hijo, ni una palabra sobre sus pensamientos lujuriosos hacia Amy Schneiderman, ni una palabra sobre sus relaciones sexuales con Dana Rosenbloom, ni una palabra sobre la noche que bebió demasiado con el novio de Amy, Mike Loeb, y acabó vomitándole en los pantalones y los zapatos, pero aparte de ocultar tales secretos e indiscreciones, Ferguson procuraba no censurarse, difícil tarea para alguien tan reticente como él, pero se habituó a ser honrado con ellos, *a representar para ellos*, y al cabo de las dos docenas de comidas a las que asistió en los cuatro años pasados entre la muerte de Artie y su graduación en el instituto, habló de muchas cosas, incluidos los trastornos ocurridos en su familia (el divorcio de sus padres, el segundo matrimonio de su madre, las frías relaciones con su padre) y la curiosa experiencia de haber adquirido una serie de nuevos parientes, no sólo su padrastro y dos hermanastros sino el hermano de Dan, Gil, un hombre erudito y simpático que se interesaba por las ambiciones literarias de su sobrino político (*Tienes que aprender lo más posible, Archie*, le dijo en una ocasión, *y luego olvidarlo, y lo que no puedas olvidar constituirá el fundamento de tu obra*) y su adusta mujer, Anna, así como sus regordetas y sonrientes hijas, Margaret y Ella, además del octogenario padre de Dan, un cascarrabias que vivía en una habitación del tercer piso de una residencia de ancianos en Washington Heights y que o bien estaba chiflado o se encontraba en los primeros estadios de la demencia senil, pero aun así soltaba de vez en cuando frases inolvidables con un acento como el de Sig Ruman: *¡Quiego que ahoga se calle todo el mundo, que voy a meag!* Una de las mejores consecuencias del matrimonio de su madre, les dijo, era que por algún misterioso truco de magia que había unido tantas familias diferentes y linajes superpuestos, su amigo más querido y primo por matrimonio, Noah Marx, también estaba ahora emparentado con sus recientes hermanastros, primos segundos o terceros por matrimonio (nadie lo sabía a ciencia cierta), algo que le producía mareos sólo de pensarlo —¡Noah y Amy emparentados con él en la misma confusa tribu!—, y ver lo bien que Dan Schneiderman se llevaba con Donald Marx era desde luego una mejora, porque no había sido así con su padre, que detestaba al tío Don y una vez lo había llamado *pedante* y *gilipollas*, y lo de ahora era mejor, dijo Ferguson, aun cuando las relaciones de su madre con su hermana no hubieran mejorado ni nunca mejorarían, pero al menos ahora era posible sentarse a la mesa y comer con los Marx sin querer ponerse a dar gritos ni sacar un revólver para matar a alguien.

Podía decirles cosas que no decía a nadie más, lo que lo convertía en una persona diferente cuando estaba con ellos, alguien más franco y entretenido de lo que era en casa o en el instituto, *un individuo que sabía hacer reír a la gente*, y tal vez fuera ésa otra razón por la que seguía volviendo allí, porque veía que les gustaba escuchar las historias que les contaba, las divertidas anécdotas sobre Noah, por ejemplo, alguien a quien nunca se cansaba de mencionar en la conversación, su incondicional compañero de viaje por las espesuras de la vida a quien habían concedido una beca completa en la Fieldston School de Riverdale, uno de los mejores institutos privados de la ciudad, el Noah más alto ya, sin los alambres de la ortodoncia, que había conseguido echarse novia y montaba obras de teatro en

Fieldston, cosas contemporáneas como *Las sillas* y *La cantante calva* de Ionesco, además de otras antiguas como *El demonio blanco* de John Webster (¡qué baño de sangre!), y realizando cortos con su cámara Bell & Howell de ocho milímetros. Aún conservando su actitud del saboteador más malicioso del mundo, acompañó a Ferguson a la segunda de sus reuniones quincenales con su padre en mayo de 1964, no a un restaurante barato esta vez sino al horrendo Blue Valley Country Club, una invitación que Ferguson se precipitó a aceptar a condición de que incluyese a Noah, propuesta que su padre rechazaría, supuso él, pero lo sorprendió aceptando su exigencia, de modo que el rey de los electrodomésticos y los dos muchachos se dispusieron a comer juntos un domingo en el club, y como Noah conocía las diferencias de Ferguson con su padre y lo mucho que su primo detestaba el club, se burló del recinto y de las cosas que representaba llevando para la ocasión una boina escocesa a cuadros con una borla blanca, un tocado tan ridículo y descomunal que Ferguson y su padre soltaron una carcajada cuando apareció, quizá la única vez que se reían juntos en más de una década, pero Noah permaneció inexpresivo y ni esbozó una sonrisa, lo que hizo su gracia aún más divertida, desde luego, explicándoles que como era su primera visita a un club de golf quería tener el *aspecto adecuado*, ya que el golf era un juego escocés y, por consiguiente, todos los golfistas debían necesitar (dijo efectivamente *debían necesitar*) engalanarse con boinas escocesas mientras se abrían paso por los *links*. Cierto que Noah se extralimitó un poco cuando llegaron al club, tal vez porque se sentía incómodo de codearse con aquellos *ricos apestosos*, según su expresión, o quizá porque quería mostrar su solidaridad con Ferguson diciendo en voz alta lo que el propio Ferguson nunca se habría atrevido a decir, como cuando un hombre obeso con andares de pato pasó por su lado y, señalando la boina escocesa, dijo: *¡Bonita boina!*, a lo que Noah (con una enorme sonrisa plantada en la cara) replicó: *Gracias, Fati*, pero el padre de Ferguson iba tres o cuatro metros delante de ellos y no oyó el insulto, evitando así a los chicos la reprimenda que les habría echado de haberlo oído, y por una vez Ferguson pasó un día en el Blue Valley Country Club sin desear encontrarse en otro sitio.

Ése era un aspecto de Noah, contó a los Federman, el estrafalario *agent provocateur* y travieso payaso, pero en el fondo era una persona seria y reflexiva, y nada lo demostraba mejor que su forma de comportarse durante el fin de semana que mataron a Kennedy. Por pura casualidad, habían invitado a Noah a ir a Nueva Jersey a pasar un par de días con Ferguson y Amy en la nueva casa de Woodhall Crescent. El plan consistía en hacer una película juntos con su cámara de ocho milímetros, una adaptación muda de «¿Qué ha pasado?», un relato breve de Ferguson, el del chico que se escapa de casa y al volver se encuentra con que sus padres han desaparecido, con Noah en el papel del chico y Ferguson y Amy haciendo de padres. Entonces, el viernes 22 de noviembre, sólo unas horas antes de que Noah saliera de Nueva York desde la estación de autobuses de Port Authority, asesinaron a tiros a Kennedy en Dallas. Lo lógico habría sido que cancelara la visita, pero Noah no quiso hacerlo y los llamó para decirles que fueran a recogerlo a la estación de autobuses de Irvington tal como habían convenido. Pasaron el fin de semana viendo la televisión, Ferguson y su padrastro sentados uno junto a otro al final del largo sofá del salón, Amy y su madrastra encogidas una al lado de la otra en el otro extremo, Rose con los brazos en

torno a Amy, que a su vez apoyaba la cabeza en el hombro de Rose, y Noah tuvo la ocurrencia de filmarlos a los cuatro durante buena parte de los dos días, moviendo la cámara de sus rostros a las imágenes en blanco y negro de la pantalla de televisión, el rostro de Walter Cronkite, Johnson y Jackie Kennedy en el avión mientras el vicepresidente juraba su cargo como nuevo presidente, Jack Ruby disparando a Oswald en un corredor de la comisaría de policía de Dallas, el caballo sin jinete y el saludo de John-John el día del cortejo fúnebre, todos esos acontecimientos públicos alternando con las cuatro personas del sofá, Dan Schneiderman con el semblante sombrío, su hijastro, apagado y sin expresión, y las dos mujeres de ojos llorosos viendo los mismos acontecimientos en la pantalla, todos mudos, por supuesto, porque la cámara no grababa el sonido, una cantidad de metraje que debía de llegar a las diez o doce horas, una duración insoportable que nadie habría sido capaz de ver de principio a fin, pero Noah se llevó los rollos de película a Nueva York, buscó un montador profesional para que lo ayudase y redujo el metraje a veintisiete minutos con un resultado formidable, según Ferguson, una catástrofe nacional narrada a través de los rostros de cuatro personas mirando la televisión, una película de verdad realizada por un muchacho de dieciséis años que no sólo era un documento histórico sino también una obra de arte, o bien, tal como lo expresó Ferguson empleando los términos que siempre utilizaba para describir algo que le encantaba, *una obra maestra*.

Hubo muchas historias sobre Noah, pero también sobre Amy y Jim, su madre y sus abuelos, Arnie Frazier y el accidente que estuvieron a punto de tener en la autopista de peaje de Nueva Jersey, sobre Dana Rosenbloom y su familia, sobre sus charlas con el señor Rosenbloom y sobre su amistad con Mike Loeb, el novio de Amy que luego fue exnovio y después novio restaurado, que no sólo sabía quién era Emma Goldman y había leído su autobiografía, *Viviendo mi vida*, sino que era la única persona del instituto que también había leído las *Memorias de un preso anarquista* de Alexander Berkman. El fortachón Mike Loeb, marxista radical en ciernes, antisoviético, que creía en el movimiento, en la organización, en la acción de masas, y por tanto desaprobaba el interés de Ferguson por Thoreau, que sólo se ocupaba del individuo, del solitario hombre de principios cuyos actos se regían por un criterio moral pero sin fundamentos teóricos para combatir el sistema, para reconstruir la sociedad de arriba abajo y de abajo arriba, un escritor excelente, sí, pero qué tipo tan amargado y mojigato, con tanto miedo a las mujeres que probablemente se fue virgen a la tumba (Celia, con catorce años por entonces, se rio burlonamente cuando Ferguson repitió esas palabras), y aunque su idea de la desobediencia civil la recogieran Gandhi, King y otros del movimiento por los derechos civiles, la resistencia pasiva no era suficiente, antes o después tendría que resolverse en la lucha armada, por eso Mike prefería a Malcolm X frente a M. L. King y había pegado con cinta adhesiva un cartel de Mao en la pared de su habitación.

No, contestó Ferguson cuando los padres de Artie le preguntaron si estaba de acuerdo con aquel chico, pero aquello era lo que hacía sus conversaciones tan instructivas, les explicó, porque cada vez que Mike ponía su opinión en entredicho él debía reflexionar con más ahínco en sus propias creencias, ¿y cómo iba a aprender algo si únicamente hablaba con gente que pensaba igual que él?

Luego estaba la señora Monroe, su tema favorito, la única persona que hacía soportable su vida en el instituto, y la enorme buena suerte de tenerla de profesora de inglés tanto en segundo como en tercero, la joven y vehemente Evelyn Monroe, de sólo veintiocho años cuando Ferguson entró en su clase por primera vez, el vibrante antídoto de la sosa, reaccionaria y antimoderna señora Baldwin, Monroe, de soltera Ferrante, una animosa italiana del Bronx que fue a Vassar con una beca completa, anteriormente casada con Bobby Monroe, saxofonista de jazz, asidua de locales del Village, amiga de músicos, artistas, actores y poetas, la profesora más en la onda que jamás honrara los pasillos del instituto Columbia, y lo que la distinguía de todos los demás profesores que Ferguson había tenido nunca era que consideraba a sus alumnos como personas plenamente formadas, como seres humanos independientes, jóvenes maduros en lugar de chicos mayores, lo que tenía por consecuencia que todos ellos se sintieran a gusto cuando se sentaban en su clase y la escuchaban hablar de los libros que les había mandado, el señor Joyce, el señor Shakespeare, el señor Melville, la señorita Dickinson, el señor Eliot, la señorita Eliot, la señorita Wharton, el señor Fitzgerald, la señorita Cather y todos los demás, y no había un solo alumno en cualquiera de las dos clases en las que Ferguson la tuvo que no adorase a la señora Monroe, pero ninguno más que el propio Ferguson, que le mostró todos y cada uno de los relatos que escribió en el instituto, incluso en el último curso, cuando ya no era profesora suya, no porque fuese mejor juez que el tío Don o la tía Mildred, razonaba él, sino porque pensaba que su opinión era más neutral y sus críticas más detalladas y al mismo tiempo más alentadoras, como si estuviera cantado que había nacido para escribir y no pudiera dedicarse a otra cosa.

Había un letrero encima de la pizarra, una frase de Kenneth Rexroth, el poeta norteamericano, que ella había copiado en letras mayúsculas muy grandes para que alcanzaran a leerla los de la última fila, y como en clase Ferguson desviaba muchas veces la vista al letrero, más adelante calculó que debió de haberla leído varios miles de veces durante los años que estudió con ella: CONTRA EL FRACASO DEL MUNDO SÓLO HAY UNA DEFENSA: EL ACTO CREATIVO.

La señora Federman dijo: Todo joven necesita una señora Monroe, Archie, pero no todos los jóvenes la tienen.

Qué pensamiento tan aterrador, repuso Ferguson. No sé lo que haría sin ella.

Nueva York seguía tirando de él, y Ferguson continuaba yendo en sus sábados libres siempre que podía, unas veces solo, otras con Dana Rosenbloom, otras con Amy, en ocasiones con Amy y Mike Loeb o sólo con Mike Loeb y los tres juntos alguna vez, y allí (con ellos) se reunía con Noah los fines de semana en que el joven Groucho acampaba en el Village con su padre y Mildred, o sólo con su padre si daba la casualidad de que el tío Don y la tía Mildred se habían vuelto a separar. *Densidad, inmensidad, complejidad,* tal como Ferguson lo expuso una vez cuando le preguntaron por qué prefería la ciudad a los municipios de la periferia, una idea que compartían los cinco miembros de la pequeña banda, y a excepción de Dana, que ya había decidido adónde ir después del instituto, los otros cuatro preferían quedarse en Nueva York para seguir estudios universitarios. Para los tres chicos eso significaba Columbia, y para Amy, Barnard, en el supuesto de que los aceptaran, cosa que

parecía probable o más que una posibilidad remota debido a sus espléndidas notas, pero aunque los admitieran a los tres, sólo uno de ellos acabaría mudándose a Morningside Heights en septiembre. Noah, el solicitante rechazado, se había buscado el fracaso cultivando un nuevo hábito en el verano siguiente de penúltimo de instituto, y tan aficionado se hizo a fumar hierba que perdió temporalmente el interés por los estudios, lo que originó que las notas y los resultados de los exámenes cayeran estrepitosamente en el primer semestre del último curso, y Columbia, que era el *alma mater* de su padre, la institución en donde toda la familia esperaba que pasase los cuatro años siguientes, lo rechazó. Noah recibió la noticia con una carcajada. En cambio iría a la Universidad de Nueva York, lo que le permitiría quedarse en la ciudad tal como estaba planeado, y aunque en general se la consideraba peor universidad que Columbia, con un programa de estudios mediocre destinado a estudiantes apáticos, sin motivación, la NYU le brindaba la oportunidad de estudiar cinematografía, materia que Columbia no ofrecía a sus alumnos, y además, según dijo, viviría en el centro, en la parte más elegante de la ciudad y no en aquel barrio de mala muerte encajado entre Harlem y el río Hudson.

Noah a Washington Square, Mike a los barrios reticulares del norte de la ciudad, a la calle Ciento dieciséis Oeste, entre Broadway y Amsterdam Avenue, y Ferguson y su hermanastra a facultades de más allá de las fronteras de la ciudad. La decisión de Amy tenía mucho que ver con Mike. Ya habían roto una vez, cuando la engañó con una chica llamada Moira Oppenheim a la mitad del penúltimo curso de instituto, pero tras una prolongada separación que acabó con serviles gestos de contrición por parte de Mike, Amy le había dado otra oportunidad, y ahora, justo cuatro meses después, resultaba que lo había vuelto a hacer, traicionándola nada menos que con la misma Moira Oppenheim, *la furcia poquita cosa que no aceptaba negativas*, y Amy, furiosa, se hartó y acabó para siempre con él. Las cartas de las universidades a las que se había dirigido llegaron al buzón de Woodhall Crescent a la semana siguiente. Sí de Barnard y sí de Brandeis, sus dos principales preferencias, y como no quería estar cerca de Mike Loeb o ni siquiera volver a ver su gordinflona cara ni su cuerpo abotagado, dijo que no a Nueva York y sí a Waltham, en Massachusetts, convencida de que la una sería tan buena como la otra y aliviada de no arrepentirse de su decisión. Aquel cerdo la había humillado y le había partido el corazón, y Ferguson convino en que haría mejor yéndose a otra parte, y para demostrar lo mucho que la apoyaba se ofreció a darle el Pontiac que poseían conjuntamente cuando en otoño se fue a Massachusetts y a cortar inmediatamente su amistad con Mike Loeb, *a partir de este mismo momento*.

La situación de Ferguson era más compleja que la de ella. Lo habían admitido en Columbia y quería ir, y aunque lo hubieran obligado a compartir habitación en la residencia con Mike Loeb, habría seguido queriendo ir a Columbia, pero había que pensar en la cuestión del dinero, en la pregunta sin respuesta de quién iba a correr con los gastos. Podría haber dado marcha atrás y acudir a su padre, que sin duda no le habría fallado, por muy reacio que se hubiera mostrado a todo aquello, sabiendo que en el fondo era su obligación soltar la pasta para la educación de su hijo, pero Ferguson se negó a considerar siquiera la posibilidad. Su madre y Dan estaban al tanto de su postura en ese aspecto, la conocían desde el principio, y aunque la

consideraban *obstinada y contraproducente*, la respetaban y no intentaron que cambiara de opinión, porque su madre se había retirado de la batalla, los días de luchar por arreglar las cosas entre su padre y él habían concluido, y después de la mala pasada que Stanley le había jugado a su madre con la venta de la casa, Rose comprendía que la decisión de su hijo de no aceptar dinero de Stanley era una forma de defenderla a ella, una manera demasiado emocional y sumamente irracional, quizá, pero también un acto de cariño.

Ferguson se sentó con su madre y su padrastro a discutir la cuestión en noviembre de su último curso de instituto. Se acercaba el momento de enviar solicitudes a las universidades, y aunque Dan le dijo que no se preocupara, que podía contar con el dinero costara lo que costase, Ferguson tenía sus dudas. Calculaba que un año de universidad saldría en torno a los cinco o seis mil dólares (matrícula, habitación con pensión completa, libros, ropa, suministros, dinero para viajes y una pequeña asignación mensual para gastos corrientes), lo que ascendería a un total de veinte o veinticinco mil dólares cuando terminara los cuatro cursos. Lo mismo podía decirse de Amy: veinte o veinticinco mil dólares durante los próximos cuatro años. Jim se licenciaría en el MIT en las mismas fechas en que Amy y Ferguson se graduaban en el instituto, lo que eliminaba la necesidad de pagar una tercera matrícula, pero Jim quería hacer un doctorado en Físicas, y aunque estaba dispuesto a ir a cualquier sitio que le otorgara una beca y un estipendio para gastos de manutención y alojamiento, esa ayuda no llegaría a cubrirlo todo, y por tanto Dan tendría que aflojar otros mil o mil quinientos dólares al año para Jim, con lo que el desembolso total de dinero contante y sonante para la manutención de los dos Schneiderman y de un Ferguson en instituciones de educación superior ascendería aproximadamente a once, doce o trece mil dólares anuales. De media, Dan ganaba treinta y dos mil al año, lo que explicaba por qué Ferguson tenía sus dudas.

Quedaba dinero de la póliza de seguro de vida de Liz, pero los ciento cincuenta mil dólares que Dan cobró en el verano de 1962 se habían reducido a setenta y ocho mil a finales de noviembre de 1964. Veinte mil de los setenta y dos mil ya gastados se habían destinado a pagar la doble hipoteca de la casa vieja-vieja, y la venta de ésa y la compra al contado de la nueva había colocado a su madre y a su padrastro en la buena posición de ser dueños del 7 de Woodhall Crescent sin banco que los atosigara, sin pagar nada más que los impuestos inmobiliarios y el recibo del agua. Otros diez mil de los setenta y dos mil ya gastados también habían ido a parar a la casa en forma de pintura, reparaciones y mejoras, lo que la revalorizaría si alguna vez decidían venderla. Además de otros cuarenta y ocho mil dólares que desde la boda se habían evaporado en coches, comidas en restaurantes, vacaciones y dibujos de Giacometti, Miró y Philip Guston. Por mucho que Ferguson odiara la cicatería de su padre con el dinero, no dejaba de alarmarse un poco por la prodigalidad con que su padrastro lo esparcía a su alrededor, porque si los ingresos de Dan no alcanzaban para las matrículas y la manutención, entonces los setenta y ocho mil que quedaban del dinero del seguro habían de ser su único recurso, y según los cálculos de Ferguson esa suma se habría reducido más o menos a treinta mil dólares para cuando Amy y él hubieran acabado la universidad, y a mucho menos en caso de que su madre y Dan continuaran gastando al ritmo de los últimos años. Por esa razón, Ferguson quería recibir lo

menos posible de ellos; nada, si podía ser. No era que fuesen a morirse de hambre, pero le asustaba pensar que un día no muy lejano, cuando su madre dejara de ser joven y se viera con la salud un tanto deteriorada por llevar toda la vida fumando sus diarios paquetes de Chesterfield, Dan y ella pudieran encontrarse en una situación delicada.

Tenía ahorrados dos mil seiscientos dólares de sus dos veranos trabajando para Arnie Frazier. Si dejaba de comprar libros y discos, probablemente añadiría otros mil cuatrocientos a su cuenta bancaria a finales de verano, con lo que el total se elevaría a cuatro mil dólares justos. Su abuelo ya le había confiado a su madre que pensaba darle dos mil dólares como regalo de graduación, y si empleaba el dinero de su abuelo y el suyo propio en pagar la universidad, entonces Dan no tendría que contribuir para nada. Arreglado el primer año, pero ¿y los otros tres siguientes? Seguiría trabajando en verano, por supuesto, pero en qué y ganando cuánto no eran más que interrogantes en aquel momento, y aunque su abuelo probablemente estaría dispuesto a poner algo, sería un error contar con ello, sobre todo ahora que su abuela padecía una afección cardiaca y sus gastos médicos iban creciendo. Un año en Nueva York si tenía la suerte de entrar en Columbia, y después ¿qué podía hacer alguien en su sano juicio sino coger un avión a Las Vegas y apostar todo lo que poseía al número trece?

Era una solución rocambolesca que estaba a su alcance, una jugada de dados que le resolvería todos los problemas económicos si le salía la combinación ganadora, pero aunque ganara la apuesta perdería lo que más ambicionaba, porque Nueva York y Columbia habrían desaparecido para siempre del tapete. Aún peor, significaría tener que pasar otros cuatro años en Nueva Jersey, el último sitio del mundo donde quería estar, y no sólo en Nueva Jersey, sino en una ciudad pequeña no más grande de aquella en la que ahora vivía, lo que lo colocaría en la misma situación de la que llevaba toda la vida queriendo escapar. Sin embargo, en caso de que se le presentara la ocasión (y todo indicaba que no se le presentaría), la aprovecharía con mucho gusto y besaría el dado que hubiera lanzado.

En Princeton había una novedad aquel año, el plan de becas Walt Whitman Scholars, fundado por un exalumno de 1936 llamado Gordon DeWitt, criado en East Rutherford y asistente a los colegios públicos de esa localidad, y cuyo dinero financiaba anualmente una beca completa a cuatro graduados de institutos públicos de Nueva Jersey. Necesidad económica era uno de los requisitos, junto con un excelente expediente académico y solidez de carácter, y como hijo de un hombre de negocios acomodado cabría suponer que Ferguson no tenía derecho a solicitarla, pero ése no era el caso, porque además de renegar de su obligación de dar una asignación a su hijo, Stanley Ferguson había quebrantado el acuerdo de divorcio firmado con su exmujer, que estipulaba que contribuiría con la mitad del dinero necesario para el mantenimiento de su hijo, es decir, debía reembolsar a la madre de Ferguson la mitad de lo que ella y su nuevo marido gastaran en alimentarlo y vestirlo, aparte de sus gastos médicos y odontológicos, pero a los seis meses de su segundo matrimonio no había llegado un céntimo de su exmarido, por lo que su madre consultó a un abogado que escribió una carta a su padre con amenazas de llevarlo a los tribunales si no pagaba lo que debía, y cuando el padre de Ferguson respondió con una solución

transaccional —no pagar su mitad del mantenimiento del muchacho, pero en lo sucesivo dejar de incluir a su hijo como persona a cargo en su declaración de la renta y pasar ese honor a Dan Schneiderman—, se zanjó el asunto. Ferguson no se había enterado de aquella disputa, pero cuando habló a su madre y su padrastro de las becas Walt Whitman Scholars de Princeton, explicándoles que quería enviar una solicitud aunque no creía reunir los requisitos, le aseguraron que sí los cumplía, porque si bien Dan tenía unos ingresos considerables, la carga de enviar a tres hijos a la universidad al mismo tiempo prácticamente le daban derecho a solicitar la beca como un caso de penuria económica. Por lo que a la ley concernía, el vínculo entre padre e hijo se había roto. Ferguson era menor de edad, y como ahora su único sostén financiero procedía de su madre y su padrastro, a ojos de Princeton y de todo el mundo era como si su padre hubiera dejado de existir. Ésa era la buena noticia. La mala era que Ferguson había sabido finalmente la verdad sobre su padre, y se llevó tal disgusto al conocer la maniobra, se enfadó tanto por su tacañería y maldad con la mujer con la que una vez estuvo casado, que nada le habría producido mayor satisfacción que darle un buen tortazo. El hijo de puta lo había repudiado, y ahora Ferguson quería repudiarlo a él.

Sé que prometí comer con él dos veces al mes, dijo Ferguson, pero me parece que no quiero verlo más. Ha roto la promesa que te hizo a ti. ¿Por qué no puedo romper yo la promesa que le hice a él?

Ya tienes casi dieciocho años, contestó su madre, y puedes hacer lo que te dé la gana.

Que le den por saco.

Despacito, Archie.

No, lo digo en serio. *Que le den por culo*.

Se figuró que habría miles de solicitantes, los mejores chicos de todo el estado, atletas ganadores de todas las competiciones del condado de fútbol americano y baloncesto, delegados de clase y campeones de clubs de debate, prodigios de la ciencia con las notas más altas en selectividad, candidatos tan excelentes que él no tendría la menor posibilidad de pasar la primera criba, pero envió la solicitud de todos modos, junto con dos de sus relatos y una lista de personas que se habían ofrecido a escribirle cartas de recomendación: la señora Monroe; el señor Boldieu, su profesor de francés, y el señor MacDonald, su actual profesor de inglés. Quería ser un león, pero hete ahí que el destino lo había designado para tigre, y haría todo lo posible para llevar sus rayas con orgullo. Negro y anaranjado, en lugar de blanco y azul pastel. F. Scott Fitzgerald en lugar de John Berryman y Jack Kerouac. ¿Acaso importaba algo? Princeton podría no ser Nueva York, pero sólo estaba a una hora en tren, y la única ventaja de Princeton en relación con Columbia era que Jim había solicitado hacer allí su doctorado en Físicas. Jim estaba seguro de que lo aceptarían, a diferencia de Ferguson, pero siempre se podía soñar, y qué agradable era pensar que pasarían juntos unos años en aquel bosque de libros y camaradería con el espíritu de Albert Einstein revoloteando entre los árboles.

A raíz de la conversación con su madre y Dan a finales de noviembre, Ferguson escribió una larga carta a su padre para explicarle por qué quería interrumpir sus comidas quincenales. No le dijo directamente que no quería verlo más, porque aún no

estaba seguro de si ésa era realmente su postura o no, aunque suponía que sí, pero sólo tenía diecisiete años y le faltaba valor y confianza en sí mismo para lanzar ultimátums radicales sobre el futuro, que esperaba fuera largo, ¿y quién sabía los giros que las relaciones con su padre podían dar a lo largo de los años? Lo que sí sacó a relucir, sin embargo, y que constituía el meollo de la carta, era la consternación que le había producido enterarse de que había dejado de incluirlo como persona a cargo en su declaración de la renta. Era como si lo hubiesen borrado, escribía, como si su padre intentara olvidar los últimos veinte años de su vida y hacer como si no hubieran pasado, no sólo su matrimonio con su madre sino el hecho de que tenía un hijo, a quien ahora había entregado por completo al cuidado de Dan Schneiderman. Pero dejando todo eso a un lado, continuaba Ferguson después de haber dedicado dos páginas enteras a la cuestión, las comidas que celebraban juntos se le habían vuelto infinitamente deprimentes, y para qué seguir con la aburrida farsa de aquellas charlas triviales y anodinas cuando lo cierto era que ninguno de los dos tenía ya nada que decirse, sin contar lo triste que resultaba estar juntos en aquellos mugrientos locales mirando el reloj y contando los minutos hasta que concluía la tortura, ¿y no sería mejor hacer una pausa durante un tiempo y reflexionar sobre si querían o no empezar de nuevo en algún momento del futuro?

Su padre le contestó tres días después. No era la respuesta que Ferguson deseaba, pero al menos era algo. *De acuerdo, Archie, nos daremos un descanso de momento. Espero que te vaya bien. Papá*.

Ferguson no iba a ponerse más en contacto con él. Eso sí lo había decidido, y si su padre no estaba dispuesto a cortejarlo para intentar ganárselo de nuevo, entonces ahí se acabaría todo.

A principios de enero envió por correo solicitudes a Columbia, Princeton y Rutgers. A mediados de febrero se tomó un día libre en el instituto y fue a Nueva York para la entrevista en Columbia. Ya conocía el campus, que siempre le recordaba una falsa ciudad romana, con las dos enormes bibliotecas enfrentadas en medio del pequeño recinto, Butler y Low, descomunales estructuras de granito de estilo clásico, elefantes dominando los edificios de ladrillo menos voluminosos de su entorno, y una vez que encontró el camino de Hamilton Hall, subió las escaleras hasta el cuarto piso y llamó a una puerta. El entrevistador era un profesor de economía llamado Jack Shelton, y vaya jovialidad la suya, bromeando durante toda la conversación y hasta burlándose de *la acartonada y esclerótica Columbia*, y cuando se enteró de la ambición de Ferguson de llegar a ser escritor, acabó la charla entregando al alumno de último curso del instituto Columbia varios números de la revista literaria de la Universidad de Columbia. Hojeándolos media hora después mientras se dirigía al centro en la línea de metro IRT exprés, Ferguson se encontró con un verso que le hizo mucha gracia: *Un polvo habitual nunca viene mal*. Soltó una sonora carcajada, contento de ver que Columbia no podía ser tan acartonada, porque el verso no sólo tenía gracia, era verdad.

A la semana siguiente fue por primera vez a Princeton, en donde dudaba que muchos estudiantes publicaran poemas de *polvos*, pero el campus era mucho más grande y atractivo que el de Columbia, su esplendor bucólico compensando el hecho de que no estaba en Nueva York sino en una pequeña ciudad de Nueva Jersey,

arquitectura gótica frente a arquitectura clásica, paisaje de admirable delicadeza, casi perfecto, lleno de arbustos cuidadosamente podados y árboles altos, florecientes, pero algo antiséptico, como si la inmensa parcela sobre la que se levantaba Princeton se hubiera convertido en un gigantesco terrario que oliera a dinero lo mismo que el Blue Valley Country Club, una versión hollywoodense de la universidad norteamericana ideal, *la universidad sureña más septentrional*, como alguien le dijo en una ocasión, pero ¿quién era él para quejarse de nada, y por qué tendría que quejarse si por casualidad le dieran un pase gratis para deambular por aquellos parajes como becario Walt Whitman?

Debían saber que Whitman era un hombre que no tenía interés en las mujeres, dijo para sus adentros cuando dio la vuelta completa al campus, un hombre que creía en el amor entre hombres, pero el viejo Walt había pasado los últimos diecinueve años de su vida un poco más abajo, en Camden, lo que lo convirtió en el monumento nacional de Nueva Jersey, y aunque su obra fuese tan asombrosamente buena como mala, lo mejor de ella era la poesía mejor escrita de aquella parte del mundo, y bravo por Gordon DeWitt por haber puesto el nombre de Walt a sus becas para los chicos de Nueva Jersey en lugar del de algún político fallecido o un petulante personaje de Wall Street, que era precisamente lo que DeWitt había sido durante veinte años.

Esta vez había tres entrevistadores, no uno solo, y aunque Ferguson se había vestido adecuadamente para la ocasión (camisa blanca, chaqueta y corbata) y antes de ir para allá había consentido de mala gana en cortarse el pelo ante las súplicas de su madre y Amy, se sentía nervioso y fuera de lugar frente a aquellos hombres, que no se mostraban con él menos afables que el profesor de Columbia y le hacían todas las preguntas que él esperaba que le hicieran, pero cuando finalmente acabó el interrogatorio de una hora, salió del despacho con la sensación de haber hecho una chapuza, maldiciéndose, en primer lugar, por haber confundido los títulos de William James con los de su hermano Henry y luego, aún peor, por haber hecho un galimatías con el nombre de Sancho Panza cambiándolo a Poncho Sanza, y a pesar de haber corregido esos errores en el instante en que las palabras le salieron de la boca, constituían las meteduras de pata de un verdadero y absoluto idiota, consideraba él, y no sólo tenía la certeza de que acabaría el último entre los candidatos a la beca, sino que también estaba indignado consigo mismo por haber reaccionado tan mal a la presión que habían ejercido sobre él. Por cierta razón, o por ciertas razones o por ninguna razón que nadie podía entender salvo los tres hombres que lo entrevistaron, el comité no compartió su opinión, y cuando lo convocaron para que volviera a una segunda entrevista el 3 de marzo Ferguson se quedó perplejo; pero también, por primera vez, empezó a preguntarse si no había algún motivo de esperanza.

Era una forma curiosa de celebrar su decimoctavo cumpleaños, ataviándose de nuevo con chaqueta y corbata y viajando a Princeton para una conversación a solas con Robert Nagle, profesor de Clásicas que había publicado traducciones de obras de Sófocles y Eurípides y un extenso estudio sobre los presocráticos, un hombre de cuarenta y pocos años, de rostro alargado y melancólico y mirada seria y vigilante, el mejor cerebro literario de todo Princeton según su profesor de inglés en el instituto, el señor MacDonald, que había ido a Princeton y apoyaba firmemente a Ferguson para que consiguiera la beca. Nagle no era hombre que gastara saliva charlando sobre

cosas irrelevantes. En la primera entrevista abundaron las preguntas sobre los resultados académicos de Ferguson (buenos pero no espectaculares), su trabajo de mozo de cuerda durante los veranos, por qué había dejado el deporte de competición, sus sentimientos sobre el divorcio de sus padres y el nuevo matrimonio de su madre, y lo que esperaba conseguir estudiando en Princeton en vez de en otra universidad, pero ahora Nagle pasó por alto esos asuntos y sólo parecía interesado en los dos relatos que Ferguson había incluido en su solicitud y en averiguar los autores que había leído y cuáles le gustaban más.

El primer relato, «Once momentos en la vida de Gregor Flamm», era la narración más extensa que Ferguson había escrito en los últimos tres años, veinticuatro páginas mecanografiadas que había compuesto entre principios de septiembre y mediados de noviembre, dos meses y medio de trabajo continuo durante los cuales dejó de lado sus cuadernos y proyectos secundarios para centrarse en la tarea que se había impuesto, que consistía en contar la vida de un personaje sin narrarla como una historia continua, sino simplemente saltando a diversos momentos inconexos para investigar una acción, una idea o un impulso, y pasar luego al siguiente, y pese a las lagunas y silencios que se abrían entre esas partes aisladas, Ferguson imaginaba que el lector las iría hilvanando mentalmente de forma que la acumulación de escenas se resolvería en algo semejante a una historia, o en algo más que una simple historia: una novela larga en miniatura. Niño de seis años en el primer episodio, Gregor se mira al espejo para examinar su propio rostro y llega a la conclusión de que no sería capaz de reconocerse si se viera a sí mismo andando por la calle, después tiene siete años y está en el Yankee Stadium con su abuelo, poniéndose en pie con la multitud para aplaudir un doble batazo de dos bases de Hank Bauer y sintiendo que algo húmedo y pegajoso le cae en el brazo derecho, un pegote de saliva humana, un grueso rombo de flemas que le hace pensar en una ostra viva que se arrastra despacio por su piel, sin duda un escupitajo lanzado por alguien desde las gradas de arriba, y aparte del asco que Gregor siente mientras se lo limpia con un pañuelo que luego arroja lejos de sí, está el acertijo de saber si la persona que le ha escupido lo ha hecho o no a propósito, si le apuntaba al brazo y dio en el blanco o si fue la casualidad la que impulsó el lapo para que aterrizara donde lo hizo, distinción importante en opinión de Gregor, porque una diana intencionada postularía un mundo en el que la inmundicia y la maldad serían las fuerzas rectoras, un mundo en el cual hombres invisibles atacaban a niños desconocidos por la simple razón de satisfacer el placer de hacer daño a los demás, mientras que un blanco accidental postularía un mundo en el que ocurren cosas desafortunadas pero de las que no puede culparse a nadie, y más adelante aparece Gregor con doce años descubriendo el primer pelo púbico que le brota del cuerpo, Gregor con catorce años viendo cómo su mejor amigo se desploma frente a sus ojos, muerto por algo llamado aneurisma cerebral, Gregor con dieciséis años yaciendo desnudo en la cama con la chica que lo ha ayudado a perder la virginidad, y luego, en el episodio final, Gregor a los diecisiete años sentado él solo en la cima de una colina, observando las nubes que pasan sobre su cabeza, preguntándose si el mundo es real o sólo una proyección de su mente, y si es real, ¿cómo podrá abarcarlo su intelecto alguna vez? El relato concluye así: *Y entonces desciende por la colina, pensando que le duele el estómago y que comiendo a lo*

mejor se le pasa. Es la una de la tarde. Sopla viento del norte y el gorrión que se posaba en el cable del teléfono ha desaparecido.

El otro relato, «¿Derecha, izquierda o todo recto?», lo escribió en diciembre y se componía de tres episodios independientes, con una extensión de siete páginas cada uno. Un hombre llamado Lazlo Flute está dando un paseo por el campo. Llega a un cruce de caminos y debe elegir entre tres posibilidades, ir a la izquierda, a la derecha o seguir recto. En el primer capítulo, sigue recto y se ve en apuros cuando lo ataca un par de ladrones. Apaleado y robado, dejado por muerto en la cuneta, recobra finalmente el conocimiento, vuelve a ponerse en pie y sigue andando a trompicones kilómetro y medio hasta que llega a una casa, llama a la puerta y le hace pasar un anciano, que inexplicablemente pide disculpas a Flute y le suplica perdón. El hombre conduce a Flute al fregadero de la cocina y lo ayuda a limpiarse la cara de sangre, sin dejar de parlotear sobre lo mucho que lo lamenta y qué cosa tan horrible ha hecho, pero a veces, le dice, *se me escapa la imaginación y sencillamente no puedo evitarlo*. Lleva a Flute a otra habitación, un pequeño estudio al fondo de la casa, y señala un montón de páginas escritas a mano que hay sobre un escritorio. Eche una mirada si quiere, le dice, y cuando el maltrecho protagonista coge el manuscrito ve que es un relato de las peripecias que le han ocurrido. *Qué personajes tan crueles*, dice el anciano, *no sé de dónde han salido*.

En la segunda parte, Flute gira a la derecha en vez de seguir recto. No guarda recuerdo alguno de lo que le ha ocurrido en el primer capítulo, y como el nuevo episodio empieza con borrón y cuenta nueva, el comienzo parece brindar la esperanza de que esta vez le ocurrirá algo menos atroz, y efectivamente, después de caminar tres kilómetros por la carretera de la derecha, se encuentra con una mujer parada junto a un coche averiado o lo que parece un coche averiado, porque si el vehículo funcionara bien ella no estaría allí plantada en medio del campo, pero cuando Flute se le acerca, ve que ninguna de las ruedas está desinflada, que el capó no está levantado y el radiador no despide nubes de humo. De todos modos debe de haber algún problema de una u otra especie, y cuando el soltero Flute se aproxima más a la mujer descubre que es sumamente atractiva, o por lo menos lo es a sus ojos, y por tanto se precipita a ayudarla no sólo porque quiere hacerlo sino porque se le ha presentado una oportunidad y quiere aprovecharla al máximo. Cuando le pregunta cuál es el problema, ella le dice que cree que se ha quedado sin batería. Flute abre el capó y ve que se ha soltado un cable, así que vuelve a conectarlo y dice a la mujer que vuelva a subir al coche e intente arrancarlo, cosa que ella hace, y cuando el coche arranca a la primera vuelta de la llave, la hermosa mujer dedica a Flute una gran sonrisa, le lanza un beso y se marcha de inmediato, alejándose tan rápidamente que él ni siquiera tiene tiempo de anotar el número de matrícula. Ni nombre, ni dirección, ni matrícula ni forma de volver a ponerse en contacto con el encantador fantasma aparecido y desaparecido en cuestión de minutos. Flute continúa su paseo, indignado por su propia estupidez, preguntándose por qué siempre se le escapan entre los dedos las oportunidades que se le presentan, tentándolo con la promesa de una vida mejor y sin embargo decepcionándolo siempre al final. Tres kilómetros más adelante, reaparecen los malhechores del primer capítulo. Irrumpen por detrás de un seto y forcejean para tirarlo al suelo, pero Flute les hace frente esta vez, dando un rodillazo en la ingle a

uno y un puñetazo en el ojo al otro, y así logra escapar, corriendo por la carretera mientras se pone el sol y empieza a caer la noche, y justo cuando le empieza a resultar difícil entender algo de todo aquello, llega a una curva y vuelve a ver el coche de la mujer, aparcado junto a un árbol esta vez, pero la mujer ha desaparecido, y cuando la llama preguntando dónde está, nadie responde. Flute sigue corriendo y ya es de noche.

En la tercera parte, tuerce a la izquierda. Hace una tarde magnífica de final de primavera, y a uno y otro lado los campos rebosan de flores silvestres, doscientos pájaros cantan en el aire claro, y mientras Flute considera las diversas formas en que la vida le ha sido tan amable como cruel, llega a comprender que la mayor parte de sus problemas se los ha buscado él mismo, que él es el responsable de que su vida haya sido tan insípida y convencional, y que si quiere vivir la vida en su plenitud, debe pasar más tiempo con otra gente y dejar de dar tantos paseos solitarios.

¿Por qué das a tus personajes esos nombres tan extraños?, le preguntó Nagle.

No lo sé, contestó Ferguson. Probablemente porque los nombres dicen al lector que esos personajes están en una narración, no en el mundo real. Me gustan las historias que reconocen que son historias y no pretenden ser verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, y que Dios me asista.

Gregor. Una referencia a Kafka, supongo.

O a Gregor Mendel.

Una breve sonrisa revoloteó por el alargado y triste semblante. Nagle dijo: Pero has leído a Kafka, ¿verdad?

El juicio, *La metamorfosis* y unos diez o doce relatos. Quiero tomármelo con calma porque es un autor que me gusta mucho. Si me despachara de una sentada todo lo que aún no he leído de él, ya no tendría más Kafka que leer, y sería muy triste.

Atesorando placeres.

Eso es. Si sólo te dan una botella y te la bebes de una vez, se acabó el dar tragos.

En tu solicitud dices que quieres ser escritor. ¿Qué piensas del trabajo que has realizado hasta ahora?

Malo en su mayor parte, horriblemente malo. Hay algunas cosas un poco mejores, pero eso no significa que sean buenas.

¿Y cuál es tu opinión sobre los dos relatos que nos has enviado?

Así así.

¿Por qué mandarlos, entonces?

Porque son los más recientes, y también los más extensos que he escrito.

Dime, sin pensarlo, cinco nombres de escritores aparte de Kafka que más te hayan influido.

Dostoievski. Thoreau. Swift. Kleist. Babel.

Kleist. No muchos alumnos de instituto lo leen en nuestros días.

El marido de la hermana de mi madre ha escrito una biografía de Kleist. Es quien me ha dado sus relatos.

Donald Marx.

¿Lo conoce?

He oído hablar de él.

Cinco son muy pocos. Creo que me he dejado los más importantes.

Seguro que sí. Dickens para empezar, ¿no? Y Poe, sin duda Poe, y quizá Gógol, por no hablar de los modernos. Joyce, Faulkner, Proust. Probablemente los habrás leído a todos.

A Proust, no. A los demás, sí, pero aún no me he metido con el *Ulises*. Pienso leerlo este verano.

¿Y Beckett?

Esperando a Godot, pero hasta el momento nada más.

¿Y Borges?

Ni una palabra.

Menuda diversión te espera, Ferguson.

En este momento, apenas estoy empezando. Aparte de algunas obras de Shakespeare, todavía no he leído nada anterior al siglo XVIII.

Has mencionado a Swift. ¿Qué me dices de Fielding, Sterne y Austen?

No, aún no.

¿Y qué te atrae tanto de Kleist?

La rapidez de sus frases, la propulsión. Cuenta y cuenta cosas pero no lo parece, lo que según muchos es la peor manera de plantear la narración, pero me gusta la forma en que sus historias se precipitan hacia delante. Todo es muy complejo, pero al mismo tiempo se tiene la impresión de estar leyendo un cuento de hadas.

Sabes cómo murió, ¿verdad?

Se pegó un tiro en la boca a los treinta y cuatro años. Después de haber matado a una amiga suya en un pacto suicida.

Dime, Ferguson, ¿qué pasaría si te aceptaran en Princeton pero te rechazaran la beca? ¿Vendrías aquí de todas formas?

Todo depende de Columbia.

Es tu primera preferencia.

Sí.

¿Puedo preguntarte por qué?

Porque está en Nueva York.

Ah, claro. Pero si te concedieran la beca, vendrías aquí.

Por supuesto que sí. Todo es cuestión de dinero, ya sabe, y aunque consiga entrar en Columbia, dudo que mi familia pueda permitirse que vaya allí.

Bueno, pues no sé lo que decidirá la comisión, pero sólo quiero decirte que me han gustado tus relatos y creo que son mejores que *así así*. El señor Flute sigue buscando otro segundo camino, creo yo, pero «Gregor Flamm» es una encantadora sorpresa, un relato excelente para alguien de tu edad, y con pequeñas correcciones en las partes tercera y quinta, estoy seguro de que podrás publicarlo en algún sitio. Pero no lo hagas. Eso es lo que quería decirte, mi único consejo. Espera un tiempo, no te precipites en verte en letra impresa, sigue trabajando, sigue madurando y dentro de poco estarás preparado.

Gracias. No, gracias no; pero sí, es decir, *tiene razón*, aunque podría equivocarse en lo de que no es así así, y es que, quiero decir, significa tanto para... Por Dios, ya no sé ni lo que digo.

No digas nada, Ferguson. Sólo levántate de la silla, dame la mano y vete a casa.

Ha sido un honor conocerte.

Siguieron seis semanas de incertidumbre. Durante todo marzo y la mitad de abril, las palabras de Nagle llameaban en la mente de Ferguson, el *relato excelente* y el *ha sido un honor conocerte* seguían dándole calor en los fríos días de finales de invierno y principios de primavera, porque se daba cuenta de que Nagle era el primer desconocido, la primera persona neutral, el primer extraño enteramente imparcial que leía su trabajo, y ahora que *el mejor cerebro literario de Princeton* consideraba que sus relatos eran encomiables, el joven autor deseaba dejar de ir a clase y pasarse diez horas diarias sentado en su cuarto con el nuevo proyecto que iba tomando forma en su cabeza, una composición épica de múltiples partes titulada *Los viajes de Mulligan*, que sin duda iba a ser lo mejor que había hecho, el gran salto hacia delante, por fin.

Una mañana, en medio de aquel periodo de larga espera, mientras Ferguson estaba en la cocina dando vueltas al asunto de los leones y los tigres y las probabilidades de acabar siendo hormiga en la gran fábrica de hormigas que llevaba el nombre de Rutgers, en New Brunswick, ciudad de fama mundial situada en Nueva Jersey, su madre irrumpió en la estancia con el *Star-Ledger* de aquel día, lo dejó caer delante de él en la mesa del desayuno y dijo: *Echa un vistazo a esto, Archie*. Ferguson miró y vio algo tan inesperado, tan fuera del ámbito de lo posible, tan enormemente inadecuado y ridículo, que tuvo que leerlo tres veces antes de empezar a asimilar la noticia. Su padre se había vuelto a casar. El profeta de los beneficios había contraído matrimonio con Ethel Blumenthal, de cuarenta y un años, viuda del difunto Edgar Blumenthal y madre de dos hijos, Allen, de dieciséis años, y Stephanie, de doce, y mientras Ferguson contemplaba la fotografía de su sonriente padre y de la no impresentable segunda señora Ferguson, observó que tenía cierto parecido con su madre, sobre todo en estatura, silueta y color de pelo, como si su padre hubiera andado buscando una nueva versión del modelo original, pero la sustituta era sólo la mitad de bonita y tenía en los ojos una expresión cautelosa, cierta tristeza y recogimiento, tal vez frialdad, mientras que los ojos de la madre de Ferguson eran un puerto de salvación para cualquiera que se acercase a ella.

Suponía que debía indignarse porque su padre nunca le hubiera presentado a aquella mujer, que ahora era técnicamente su madrastra, y ofenderse profundamente por no haberlo invitado a la boda, pero Ferguson no estaba ni indignado ni ofendido. Sino aliviado. Se había acabado la historia, y el hijo de Stanley Ferguson, que ya no debía molestarse en sentir vínculo filial alguno con el hombre que lo había engendrado, miró a su madre y gritó en español: *¡Adiós, papá! ¡Vaya con Dios!*

Tres semanas después, el mismo día en tres partes diferentes del país —la ciudad de Nueva York, Cambridge (Massachusetts) y una pequeña ciudad de Nueva Jersey —, los miembros más jóvenes de la mezclada y confusa tribu abrieron el buzón y se encontraron con la carta que estaban esperando. Salvo por un no a Noah, fue un sí aplastante para todos ellos, un triunfo sin precedentes que ponía al cuarteto Schneiderman-Ferguson-Marx en la envidiable situación de elegir dónde querían estar durante los próximos cuatro años de su vida. Además de a la Universidad de Nueva York, Noah podía asistir al City College o a la Academia Norteamericana de Arte Dramático. Jim podía ir a Caltech, al oeste, a Princeton, al sur, o quedarse donde

estaba, en el MIT. Aparte de Barnard y Brandeis, las posibilidades de Amy incluían Smith, Pembroke y Rutgers. En cuanto a Ferguson, se le habían presentado las hormigas, como se esperaba, pero también las dos bestias salvajes, que no se esperaba, y cuando observó a la exultante Amy, que tiraba las cartas por la cocina y se desternillaba de risa, se levantó de la silla y, en la mejor imitación del acento de su abuelo, le dijo: *Famos a bailar un faltzs juntos, ja liebchen?* Luego se acercó a ella, la rodeó con los brazos y le dio un besazo en los labios.

Becario Walt Whitman.

Pese a la alentadora carta de Columbia, Nueva York tendría que esperar. El dinero hacía imperativo que fuese a Princeton, pero aparte del dinero estaba la distinción de haber conseguido la beca, que sin duda era lo más grande que le había sucedido jamás, *un gigantesco logro personal*, tal como lo expuso Dan, e incluso para el templado y poco expresivo Ferguson, normalmente tan tímido sobre sus logros que prefería marcharse de la habitación antes que abrir la boca para presumir, la beca de Princeton era algo diferente, algo tan grande que daba gusto pasearlo para que lo vieran los demás, y cuando en el instituto corrió la noticia de que él era uno de los cuatro coronados, se empapó de los cumplidos sin sentirse incómodo ni hacer ningún comentario reprobatorio sobre su persona, ávido de adulaciones, disfrutando del hecho de ser el centro de un mundo que súbitamente giraba a su alrededor, de que todos lo admirasen, envidiasen y hablasen de él, y aunque hubiera deseado mudarse a Nueva York en septiembre, la idea de ser un becario Walt Whitman en Princeton era de momento más que suficiente para seguir adelante.

Pasaron dos meses, y al día siguiente de su graduación recibió una carta de su padre. Además de una breve nota en la que lo felicitaba por la beca (que se había anunciado en el *Star-Ledger*), el sobre contenía un cheque por valor de mil dólares. El primer impulso de Ferguson fue romperlo y enviar los pedazos a su padre a vuelta de correo, pero lo pensó mejor y depositó el cheque en su cuenta corriente. Cuando se lo abonaran, extendería dos talones de quinientos dólares, uno a nombre de SANE (Comité Nacional para una Política Nuclear Sensata) y otro al del SNCC (Comité Coordinador Estudiantil No Violento). No tenía sentido tirar el dinero cuando se le podía dar un buen uso, ¿y por qué no donarlo a quienes combatían contra las estupideces e injusticias del caótico mundo en que vivía?

Aquella misma noche, Ferguson se encerró en su cuarto y lloró por primera vez desde que se mudó de la casa vieja-vieja. Dana Rosenbloom se había ido a Israel ese mismo día por la mañana, y como los padres de ella volvían a Londres para empezar otra vez de cero, era más que probable que no volviera a verla más. Le suplicó que no se marchara, explicándole que se había equivocado en muchas cosas y quería que le diese otra oportunidad para demostrarle lo que valía, y después de que ella le dijese que estaba completamente decidida y nada podía hacerle cambiar de opinión, Ferguson le pidió en un impulso que se casara con él, y como Dana comprendió que iba en serio, que cada palabra que decía iba en serio, le dijo que era el amor de su vida, el hombre a quien siempre querría con todo su corazón, y entonces le dio el último beso, dio media vuelta y se marchó.

A la mañana siguiente empezó a trabajar otra vez con Arnie Frazier. El universitario por excelencia volvía al sector de las mudanzas, y mientras escuchaba

en la furgoneta hablar a Richard Brinkerstaff de su infancia en Texas y de la casa de putas de su pueblo en la que la madama era tan tacaña que reciclaba los condones usados metiéndolos en agua caliente y desenrollándolos luego en un palo de escoba para secarlos al sol, Ferguson comprendió que el mundo estaba hecho de historias, de tantas historias diferentes que, si se juntaban y se ponían en un libro, el volumen tendría unos novecientos millones de páginas. Había empezado el verano de Watts y la invasión estadounidense de Vietnam, y ni la abuela de Ferguson ni el abuelo de Amy vivirían para ver el final.

5.1

Le asignaron una habitación en la décima planta de Carman Hall, la residencia más moderna del campus, pero en cuanto deshizo las maletas y colocó sus cosas, Ferguson se dirigió a Furnald Hall, una residencia contigua que estaba unos cuantos metros más arriba, y subió en ascensor a la sexta planta, donde permaneció unos instantes frente a la habitación 617, y luego bajó por las escaleras, caminó en dirección este por el sendero de ladrillos que corría a lo largo de la biblioteca Butler y se encaminó a una tercera residencia, el edificio John Jay Hall, donde subió en ascensor hasta la duodécima planta y se quedó unos momentos frente a la habitación 1231. Federico García Lorca había vivido en aquellas dos habitaciones durante los meses que pasó en Columbia en 1929 y 1930. La 617 de Furnald y la 1231 de John Jay eran los sitios en donde había escrito «Poemas de la soledad en la Universidad de Columbia», «Vuelta a la ciudad», «Oda a Walt Whitman» y la mayoría de los poemas recogidos en *Poeta en Nueva York* (*Nueva York de cieno / Nueva York de alambres y de muerte*), libro que acabó publicándose en 1940, cuatro años después de que Lorca fuese apaleado, asesinado y arrojado a una fosa común por esbirros de Franco. Suelo sagrado.

Dos horas después, Ferguson fue andando hasta Broadway esquina a la calle Ciento dieciséis Oeste y se encontró con Amy en el Chock Full o'Nuts, sede del *divino café* que tenía fama de ser tan bueno que ni siquiera con el dinero de Rockefeller se podía comprar uno mejor (según el anuncio de la televisión). La Chock Full o'Nuts era la misma empresa que tenía a Jackie Robinson, amigo del gobernador Rockefeller, de vicepresidente y director de personal, y después de que Amy y Ferguson reflexionaran sobre aquellos extraños y enmarañados hechos durante un par de minutos —el omnipresente Nelson Rockefeller, cuya familia poseía plantaciones de café en Sudamérica, el Jackie Robinson de después del béisbol, a quien se le había vuelto el pelo blanco pese a ser aún relativamente joven, y una cadena de ochenta cafeterías en Nueva York atendidas principalmente por negros—, Amy rodeó los hombros de Ferguson con el brazo, lo atrajo hacia ella y le preguntó cómo se sentía al estar ya en la universidad, al ser libre al fin. *Me siento espléndidamente, querida mía, estallando de alegría*, dijo mientras besaba a Amy en el cuello, la nuca, la oreja y la ceja salvo por un pequeño detalle que casi le había costado un puñetazo en la cara una hora después de llegar al campus. Se refería a la tradición de Columbia de obligar a los que se incorporaban a primer curso a que llevaran una gorrita azul pastel durante la semana de orientación (con el número de la promoción cosido en la parte delantera, en este caso el risible *69*), que en opinión de Ferguson era una costumbre repugnante que debería haberse suprimido décadas atrás, porque tenía sus raíces en los humillantes rituales de iniciación a la vida del estudiante rico del siglo XIX, y ahí estaba él, dijo Ferguson, ocupándose de sus propios asuntos mientras iba por el patio interior de camino a un sitio y a otro, con la etiqueta que lo identificaba como alumno de primero prendida al pecho, cuando lo interpelaron dos estudiantes de los últimos cursos, presuntos monitores cuya tarea

consistía en orientar por el recinto universitario a los pipiolos de primero, pero aquellas moles de pelo corto con chaqueta de *tweed* y corbata, que debían de ser defensas en el equipo de fútbol americano, no detuvieron a Ferguson para ayudarlo a encontrar su camino sino para preguntarle por qué no llevaba la gorrita, en un tono que más bien parecía de polis antipáticos que de simpáticos estudiantes, y Ferguson les contestó lisa y llanamente que la tenía en la habitación y no pensaba ponérsela aquel día ni ningún otro de la semana, momento en el cual uno de los polis lo llamó *repelente* y le ordenó que volviera a recogerla a la habitación. Lo siento, repuso Ferguson, si tanto empeño tenéis, tendréis que ir a buscarla vosotros mismos, respuesta que tanto irritó a uno de ellos que por un momento Ferguson pensó que le iba a atizar un golpe que daría con sus huesos en el suelo, pero el otro poli le dijo que se calmara, y en vez de prolongar la confrontación, Ferguson simplemente se alejó de allí.

Tu primera lección de antropología sobre los grupos de parentesco en las universidades masculinas, le dijo Amy. El mundo en el que ahora vives se divide en tres tribus. Los chicos de fraternidad y los deportistas, que constituyen alrededor de una tercera parte de la población, los empollones, que forman otro tercio, y los repelentes, que son la tercera parte restante. Tú, querido Archie, eres un repelente, me alegra decir. Aunque antes fueras deportista.

Puede que sí, dijo Ferguson. Pero deportista con alma de repelente. Y también —sólo es una suposición— *con mentalidad de empollón.*

Les sirvieron el divino café en el mostrador, y justo cuando Ferguson iba a dar el primer sorbo apareció un joven y sonrió a Amy, un muchacho de altura mediana y pelo revuelto que sin duda era uno de los repelentes, otro miembro de la tribu a la que Ferguson parecía pertenecer ahora, ya que la longitud del pelo (según Amy) era uno de los elementos que distinguían a los repelentes de los deportistas y empollones, el factor menos importante en una lista que incluía tendencias izquierdistas en política (contra la guerra, en pro de los derechos civiles), inclinación al arte y la literatura y sospecha de todas las formas de autoridad institucional.

Bueno, dijo Amy. Éste es Les. Sabía que iba a venir.

Les era un estudiante de tercero, Les Gottesman, amigo superficial de Amy, un simple conocido, en realidad, pero en ambas partes de Broadway todo el mundo sabía quién era Amy Schneiderman, y Les había convenido en aparecer por el Chock Full o’Nuts aquella tarde como *regalo de bienvenida* de Amy a Ferguson en su primer día de universidad porque Les Gottesman era el autor del verso que tanto había divertido y estimulado a Ferguson seis meses antes durante su visita al campus: *Un polvo habitual nunca viene mal*.

Ah, *eso*, dijo Les mientras Ferguson saltaba del taburete y estrechaba la mano del poeta. Supongo que tuvo gracia en su momento.

Sigue teniéndola, aseguró Ferguson. También resulta vulgar y ofensivo, al menos para cierta gente, probablemente para la mayoría, pero además es una verdad como un puño.

Les sonrió modestamente, pasó un par de veces la mirada de Amy a Ferguson y luego dijo: Me ha dicho Amy que escribes poemas. Quizá quieras mostrar algunos a la *Columbia Review*. Pásate un día y llama a la puerta. Ferris Booth Hall, tercera

planta. Es el despacho en el que todo el mundo está dando voces.

El 16 de octubre, Ferguson y Amy participaron en su primera manifestación contra la guerra, una marcha organizada por el Comité de la Quinta Avenida por la Marcha por la Paz en Vietnam que atrajo a decenas de miles de personas que iban desde estudiantes maoístas hasta rabinos ortodoxos, la muchedumbre más numerosa que se había visto fuera de un estadio de béisbol o fútbol americano, y en aquella luminosa tarde de sábado de principios de otoño, bajo el impecable cielo azul de un perfecto día de Nueva York, cuando los manifestantes marchaban por la Quinta Avenida y luego torcían al este en dirección a la plaza de las Naciones Unidas, unos cantando, otros gritando consignas, la mayoría en silencio, que era como Ferguson y Amy decidieron ir, callados y caminando juntos de la mano, había multitudes de no manifestantes sentados en el murete de piedra que rodea Central Park aplaudiendo o dando gritos de ánimo, mientras otro bando, la facción proguerra, la gente a la que Ferguson llegó a catalogar como anti-antiguerra, lanzaba a la multitud improperios e insultos y en varias ocasiones huevos, o se abalanzaba sobre los manifestantes y les daba puñetazos, o los empapaba con pintura roja.

Dos semanas después, las fuerzas pro y anti-anti organizaron su propia marcha en la ciudad de Nueva York en lo que denominaron Día de Apoyo al Esfuerzo de América en Vietnam, cuando veinticinco mil manifestantes pasaron frente a un contingente de funcionarios electos que los aclamaban desde altas tribunas. Pocos norteamericanos estaban dispuestos a admitir los errores del gobierno en aquellos momentos, pero con ciento ochenta mil soldados estadounidenses apostados en Vietnam y la campaña de bombardeos denominada operación Rolling Thunder ya en su octavo mes, con listas de bajas de unidades ofensivas y tropas en Chu Lai y Ia Drang, la rápida e inevitable victoria que Johnson, McNamara y Westmoreland habían prometido al pueblo norteamericano parecía cada vez menos segura. A finales de agosto, el Congreso aprobó una ley por la que se establecía una pena de cinco años de prisión y hasta diez mil dólares de multa para quien destruyera documentos relativos al servicio militar obligatorio. No obstante, los jóvenes siguieron quemando su cartilla militar en protestas públicas mientras el movimiento Resiste al Llamamiento se extendía por todo el país. El día anterior a la manifestación por la Quinta Avenida en la que participaron Ferguson y Amy, trescientas personas se concentraron frente a la caja de reclutas de las Fuerzas Armadas en Whitehall Street para ver cómo David Miller, de veintidós años, aplicaba una cerilla a su cartilla militar en el primer acto de desafío a la nueva ley federal. El 28 de octubre, otros cuatro jóvenes intentaron hacer lo mismo en Foley Square y fueron asaltados por una turba de provocadores y policías. A la semana siguiente, cuando otros cinco se disponían a quemar la cartilla durante una manifestación en Union Square, un joven anti-anti saltó de entre la multitud para rociarlos con un extintor de incendios, y después de que los empapados chicos lograran prender sus húmedas cartillas militares, centenares de personas atrincheradas detrás de las barreras policiales gritaron: «¡Bombardead con alegría, sobre Hanoi una sangría!».

También gritaban: «¡Quemaos vosotros, las cartillas no!», desagradable referencia al cuáquero pacifista antiguerra que murió quemado tras prenderse fuego

cuatro días antes en el recinto del Pentágono. Después de leer la relación de un sacerdote católico francés que había presenciado cómo sus parroquianos perecían *abrasados por el napalm,* Norman Morrison, de treinta y un años y padre de tres hijos, fue en coche desde su casa en Baltimore hasta Washington, distrito de Columbia, se sentó a menos de cincuenta metros de la ventana del despacho de Robert McNamara, se roció el cuerpo de queroseno y se inmoló en muda protesta contra la guerra. Los testigos contaban que las llamas ascendieron a más de tres metros por el aire, una erupción de fuego semejante a la causada por el napalm arrojado desde un avión.

Quemaos vosotros, las cartillas no.

Amy tenía razón. El pequeño alboroto, casi invisible, llamado «Vietnam» había cobrado las dimensiones de un conflicto *más grande que Corea, mayor que ninguno desde la Segunda Guerra Mundial,* y seguía creciendo día tras día, cada hora se enviaban más tropas a aquel remoto y empobrecido país del otro lado del mundo para combatir la amenaza del comunismo y evitar que el Norte conquistara el Sur, doscientos mil, cuatrocientos mil, quinientos mil jóvenes de la generación de Ferguson enviados a la selva y a aldeas de las que nadie había oído hablar ni era capaz de localizar en el mapa, y a diferencia de Corea y de la Segunda Guerra Mundial, que se habían librado a miles de kilómetros de territorio norteamericano, aquella guerra se libraba tanto en Vietnam como en casa. Los argumentos contra la intervención militar estaban tan claros para Ferguson, eran de una lógica tan convincente, tan clara después de un examen exhaustivo de los hechos, que le resultaba difícil entender por qué podía alguien apoyar la guerra, pero la defendían millones, en aquellos momentos muchos más millones de los que se oponían a ella, y a ojos de las fuerzas pro y anti-anti, todo aquel que se manifestaba contrario a la política del gobierno era un agente del enemigo, un norteamericano que había renunciado al derecho de llamarse estadounidense. Cada vez que veían a otro disidente que se jugaba cinco años de cárcel por quemar la cartilla militar, le gritaban *traidor* y *escoria comunista*, mientras que Ferguson consideraba a aquellos muchachos como los norteamericanos más valientes, los ciudadanos con más principios del país. Los apoyaba con todas sus fuerzas y se manifestaría contra la guerra hasta que el último soldado volviera a casa, pero nunca podría ser como ellos, nunca estaría a su lado por el pulgar que le faltaba en la mano izquierda, que ya le había evitado la amenaza con que se enfrentarían sus compañeros de estudios cuando acabaran la universidad y los convocaran para el reconocimiento médico. Desafiar el reclutamiento no era para los lisiados ni discapacitados sino para los aptos, para quienes poseían la cualidad de ser buen material militar, ¿y por qué arriesgarse a ir a la cárcel por un gesto sin sentido? Era encontrarse en una situación de desamparo, pensaba a menudo, como un exiliado al que hubieran desterrado hasta del exilio, y en consecuencia había una sensación de vergüenza vinculada al hecho de ser quien era, pero, le gustara o no, el accidente lo había eximido de la futura batalla de resistir o desertar, sólo él entre todos sus conocidos no tenía que vivir presa del miedo al siguiente paso, y sin duda eso lo ayudó a permanecer en pie durante una época en que tantos otros perdieron el equilibrio y cayeron, porque el país ya se había dividido en dos en septiembre y octubre de 1965, y desde ese momento en adelante era imposible

pronunciar la palabra *Norteamérica* sin pensar al mismo tiempo en la palabra *demencia*.

Teníamos que destruir la aldea para salvarla.

Entonces, el 9 de noviembre, una semana después del suicidio de Norman Morrison en el recinto del Pentágono, cuando habían transcurrido unas semanas del primer semestre de Ferguson en Columbia y él aún andaba tanteando el terreno sin saber si la universidad era tan buena como se la habían pintado, se fue la luz en Nueva York. Eran las 17.27, y al cabo de trece minutos un área que abarcaba ciento veintiocho mil kilómetros cuadrados del nordeste de Estados Unidos se quedó sin energía eléctrica, dejando a oscuras a más de treinta millones de personas, entre ellas a ochocientos mil viajeros del metro de la ciudad de Nueva York que volvían del trabajo a casa. El infortunado Ferguson, que por lo visto había perfeccionado el arte de estar donde no debía en el peor momento, se encontraba solo en el ascensor, subiendo a la décima planta de Carman Hall. Había vuelto a la residencia a dejar unos libros y ponerse un chaquetón de más abrigo, pero no pensaba estar más de un minuto en la habitación, pues tenía que ir al piso de Amy a las seis y hacer espaguetis para la cena, después de la cual leería un trabajo de historia que ella había terminado por la tarde, quince páginas sobre los disturbios de 1866 en la Haymarket Square de Chicago, un servicio de corrección y revisión que le prestaba con cada trabajo porque ella siempre se quedaba *más conforme*, le dijo, si él le echaba una mirada antes de entregarlo. Iban a sentarse un par de horas en el sofá del salón para ponerse al día con la tarea que tenían asignada para las clases de mañana (Tucídides para Ferguson, John Stuart Mill para Amy), y después de eso, si les apetecía, irían a dar un paseo por Broadway hasta el West End Bar para tomar un par de cervezas y tal vez charlar con algún amigo que anduviera por allí, y cuando se cansaran de estar sentados en el bar volverían al piso para pasar otra noche en la cama de Amy, estrecha pero deliciosamente cómoda.

Nunca supo exactamente qué ocurrió primero, la súbita parada del ascensor o la extinción de las luces, o si los dos acontecimientos sucedieron al mismo tiempo, el breve chisporroteo de las bombillas sobre su cabeza y la violenta sacudida del ascensor en torno a él, un ruido sibilante seguido por un estrépito, un fragor secundado por un silbido, o un rápido siseo acompañado de un estruendo, pero fuera lo que fuese sucedió en un instante, y en un par de segundos se habían apagado las luces y el ascensor había dejado de moverse. Ferguson se quedó atascado entre la sexta y la séptima planta y allí permanecería durante trece horas y media, solo en la oscuridad sin nada que hacer salvo examinar los pensamientos que le venían a la cabeza y esperar que volviera la luz antes de que le estallara la vejiga.

Desde el principio comprendió que el problema no era sólo suyo, sino de todo el mundo. Había gente gritando por el edificio —*¡Apagón! ¡Apagón!*—, y por lo que Ferguson podía apreciar no había pánico en las voces, si acaso un tono eufórico y festivo, un torrente de frenéticas risas se desbordaba por el hueco del ascensor resonando contra las paredes de la cabina, los viejos y aburridos hábitos ya sin propósito, algo nuevo e inesperado había caído del cielo, un cometa negro cruzaba el cielo de la ciudad, ¡y vamos a celebrarlo y armar jolgorio! Eso estaba bien, pensó Ferguson, y cuanto más durase el júbilo, más lo ayudaría a no dejarse llevar por el

pánico, porque si nadie tenía miedo, ¿por qué iba a tenerlo él... aunque estuviera atrapado en un cajón metálico y no viese más que el más ciego de todos los ciegos en una noche de invierno sin estrellas en el polo norte, aunque se sintiera como si lo hubiesen metido en un ataúd cerrado con llave y corriera el riesgo de morirse de hambre antes de que lograra salir a rastras?

Al cabo de dos o tres minutos, otros estudiantes más serios empezaron a dar golpes en la puerta de los ascensores preguntando si había alguien dentro. *¡Sí!*, contestaron varias voces, y Ferguson descubrió que no era el único infortunado varado en el aire, que los dos ascensores estaban efectivamente ocupados, pero en el otro había seis personas mientras que Ferguson estaba solo, no sólo aprisionado como los demás sino también incomunicado, y cuando gritó su nombre y número de habitación (1014B), le contestó una voz: ¡Archie! ¿Eres tú, pobre necio? A lo que Ferguson repuso: ¡Tim! ¿Cuánto tiempo va a durar esto? La respuesta de Tim fue menos que alentadora: ¿Y quién coño sabe?

No había nada que hacer. Tendría que quedarse allí sentado hasta que se arreglara el asunto, el torpe don Percances que iba de camino al piso de su novia cuando de manera fortuita lo desviaron al Experimento Número 001, confinado ahora en una celda de privación sensorial suspendida a seis plantas y media del suelo, el Harry Houdini de la Ivy League, el Robinson Crusoe de la ciudad de Nueva York y su gran área metropolitana, y si estar encerrado en aquel calabozo negro como boca de lobo no hubiera sido lo bastante horrible, se habría reído de sí mismo y saludado al público tras demostrar que era el mayor necio cómico del mundo, el mayor necio *cósmico* del mundo.

Tendría que mearse en los pantalones, decidió. En caso de que resultara imperativo vaciar la vejiga, tendría que volver a las prácticas autoempapantes de cuando era pequeño en lugar de inundar el suelo y encontrarse sentado —durante vaya usted a saber cuántas horas— en un charco de orines fríos y pegajosos.

Ni cigarrillos ni cerillas. Fumar habría ayudado a pasar el rato, y las cerillas le habrían permitido ver algo de cuando en cuando, por no mencionar la brasa de los cigarrillos cada vez que inhalara, pero por la tarde se había quedado sin tabaco y sin cerillas y tenía intención de comprar un paquete de camino al restaurante Schneiderman’s Spaghetti House de la calle Ciento once Oeste. *Sigue soñando, gracioso*.

Era imposible saber si los teléfonos seguían funcionando, pero por si acaso dio otra voz a Tim, con idea de que su compañero de habitación se pusiera en contacto con Amy para contarle lo que había pasado y decirle que no se preocupara cuando no apareciese a las seis, pero Tim ya no andaba por allí, y cuando Ferguson llamó, nadie respondió esta vez. El jolgorio y las risas habían cesado en los últimos minutos, los grupos de los pasillos se habían dispersado y sin duda Tim había subido a darle a la maría con sus amigos fumetas del décimo.

Qué oscuro allí dentro, qué desconexión de todo, tan fuera del mundo se encontraba, o de lo que siempre había creído que era el mundo, que poco a poco llegó a plantearse si seguía habitando su propio cuerpo.

Pensó en el reloj de pulsera que sus padres le habían regalado para su sexto cumpleaños, un reloj de niño con una correa metálica flexible y números en la esfera

que relucían en la oscuridad. Qué reconfortantes habían sido para él aquellos luminosos números verdes cuando estaba tumbado en la cama antes de que el sueño le cerrara los ojos y lo arrastrara consigo, pequeños compañeros fosforescentes que por la mañana desaparecían al salir el sol, amigos nocturnos pero sólo números coloreados de día, y ahora que ya no llevaba reloj, se preguntó qué habría pasado con aquel antiguo regalo de cumpleaños y adónde habría ido a parar. Nada para ver, ni tampoco sentido del tiempo, ni forma de saber si llevaba en el ascensor veinte o treinta minutos, o cuarenta, o una hora.

Gauloises. Ésos eran los cigarrillos que pensaba comprar en su paseo por Broadway, la marca que Amy y él habían empezado a fumar durante su viaje a Francia en el verano, el fuerte tabaco negro de gruesos pitillos en paquetes azul claro sin celofán alrededor, los más baratos en Francia, y encender un Gauloise en Estados Unidos ahora significaba revivir los días y las noches que pasaron en aquel otro mundo, el olor de aquel humo áspero semejante al de los puros era tan diferente del aroma a tabaco rubio de los Camel, Lucky y Chesterfield que una calada, una sola bocanada los transportaba a la *chambre dix-huit* de su pequeño hotel frente al mercado, y enseguida volvían a recorrer con la imaginación las calles de París y a revivir la felicidad que habían sentido juntos allí, los cigarrillos como señal de felicidad, del nuevo y más grande amor que se había apoderado de ellos en aquel mes en el extranjero y que ahora se expresaba con actos como el de organizar encuentros sorpresa con descarados poetas universitarios como regalo al flamante miembro del Batallón de Repelentes de Morningside Heights, la bendita Amy con su don para el gesto imprevisible, sus improvisaciones rápidas como una centella, su inquieto corazón, tan generoso.

Ferguson estuvo tentado de tomar la palabra a Les y presentar algo de su trabajo a la *Columbia Review*, pero ya había pasado mes y medio y aún no había ido a llamar a aquella puerta. Tampoco habría mostrado a Les ninguno de sus últimos poemas, todos decepcionantes y sin méritos para publicarse, pero las traducciones que empezó a hacer en París se habían convertido ahora en un empeño más serio, y después de invertir en varios diccionarios que contribuyeron a perfeccionar su menos que perfecto francés (*Le Petit Robert*, *Le Petit Larousse Illustré* y el indispensable Francés-Inglés de *Harrap's*), ya no interpretaba mal los versos ni cometía errores estúpidos, y poco a poco sus versiones de Apollinaire y Desnos empezaban a sonar como poemas ingleses en vez de franceses pasados por una picadora lingüística y trasladados al *franglés*, pero aún no estaban del todo a punto, aún había que trabajar para darles un buen acabado, y no quería llamar a la puerta hasta estar satisfecho de cada palabra de cada verso de aquellas joyas líricas, a las que él rendía una admiración demasiado profunda para no entregarse a ellas una y otra vez, plenamente. No estaba claro que la revista quisiera publicar traducciones, pero valía la pena el esfuerzo de averiguarlo, porque la *Review* había atraído a algunos de los estudiantes de primero más interesantes que Ferguson había conocido hasta ahora, y formando parte de la publicación podría unir fuerzas con poetas y prosistas como David Zimmer, Daniel Quinn, Jim Freeman, Adam Walker y Peter Aaron, todos los cuales estaban en varias clases con él, y en las últimas seis semanas los había frecuentado lo suficiente para saber lo inteligentes y cultos que eran, escritores

principiantes que parecían tener lo necesario para seguir adelante y convertirse algún día en verdaderos poetas y novelistas, y no sólo eran repelentes sumamente dotados de primer curso, sino que cada uno de ellos había pasado la semana de orientación de novatos sin ponerse la gorrita siquiera una vez.

No más poemas para Ferguson, no por ahora en cualquier caso, y aunque volviera a emprender la aventura en algún punto del futuro, de momento no tenía más remedio que pensar en sí mismo como un *poeta en remisión*. La enfermedad que había contraído a mediados de la adolescencia condujo a una fiebre de dos años que había producido cerca de cien poemas, pero entonces Francie estrelló el coche en Vermont y de pronto los poemas dejaron de venir, por motivos que seguía sin entender se había sentido cauto y con miedo desde entonces, y los pocos poemas que había logrado escribir no eran buenos, o no lo bastante buenos. La prosa periodística lo había salvado del punto muerto, pero en cierto modo echaba de menos la lentitud de la labor poética, la sensación de hundir la pala y notar el sabor de la tierra en la boca, y por tanto había seguido el consejo de Pound a los jóvenes poetas y probado con la traducción. Al principio sólo lo había considerado como un ejercicio para no perder el tino, una actividad que le procuraría las alegrías de escribir poemas sin ninguna de sus frustraciones, pero ahora que llevaba un tiempo dedicándose a ello comprendió que era mucho más que eso. Si amabas el poema que estabas traduciendo, entonces desmontarlo pieza a pieza y armarlo de nuevo en tu propia lengua era un acto de devoción, una forma de servir al maestro que te había regalado la belleza que tenías en las manos, y el gran maestro Apollinaire y el pequeño maestro Desnos habían escrito poemas que Ferguson consideraba bellos, audaces y sumamente ingeniosos, imbuidos a la vez de optimismo y de un espíritu de melancolía, rara combinación que en cierto modo concordaba con los impulsos contradictorios que combatían en el corazón del Ferguson de dieciocho años, así que continuó dedicándose a ello en el tiempo libre que podía aprovechar, recomponiendo, repensando y refinando sus traducciones hasta que adquiriesen la calidad suficiente para ir a llamar a la puerta.

La puerta era la del 303 del Ferris Booth Hall, el centro de actividades estudiantiles pegado al edificio de su residencia en el extremo suroeste del campus, el edificio en el que ahora se encontraba atrapado, y suponiendo que no perdiera antes el juicio en la oscuridad, tenía que escribir sobre aquella experiencia si alguna vez lograba salir de allí, componer algún artículo ingenioso y provocativo en primera persona que publicaría el *Columbia Daily Spectator* dado que ahora era miembro de la plantilla, uno de los cuarenta estudiantes que trabajaban en el periódico estudiantil sin injerencias por parte del rectorado ni del claustro de profesores, porque si aún no se había armado de valor para llamar a la puerta de la habitación 303, el segundo día de la semana de orientación al novato había pasado por un despacho más grande al otro extremo del pasillo, la habitación 318, para comunicar al encargado que deseaba incorporarse. Aquello fue todo. Ni periodo de prueba, ni contribuciones de prueba ni necesidad de mostrar los artículos que había escrito para el *Montclair Times*; sólo ponerse a ello, y si se cumplían los plazos de entrega y se demostraba que se era un periodista competente, ya se estaba dentro. *Auf wiedersehen, Herr Imhoff!*

Los posibles ámbitos para los de primero eran Asuntos Académicos, Actividades

Estudiantiles, Deportes y Asuntos Vecinales, y cuando Ferguson dijo: *Deportes no, por favor, cualquier cosa menos deporte*s, le encomendaron Actividades Estudiantiles, lo que suponía entregar dos artículos a la semana de promedio, en su mayoría breves, con una extensión de apenas la mitad de los que había escrito el curso pasado en el instituto sobre los partidos de baloncesto y béisbol. Hasta el momento, sus artículos se habían referido a una serie de cuestiones políticas que abarcaban tanto la causa de la izquierda como de la derecha, el plan de la Comisión del Dos de Mayo para organizar un movimiento universitario contra el reclutamiento en la «injusta guerra de represión», según la denominaban, pero también un artículo sobre una pandilla de estudiantes republicanos que habían decidido apoyar la candidatura a la alcaldía de William F. Buckley porque el actual alcalde, John Lindsay, se había «desviado de los principios del Partido Republicano». En otros artículos, que Ferguson calificaba de *material insustancial y pelusa trivial*, se había ocupado de cuestiones estrictamente estudiantiles, como la de los trece alumnos de primer curso que seguían sin habitación tres semanas después de iniciarse el semestre, o el concurso para dar nombre al nuevo «café» del John Jay Hall, que ofrecía «manjares en máquinas expendedoras al estilo de la cafetería Horn & Hardart», competición auspiciada por los Servicios Universitarios de Restauración, que premiaría al ganador con una comida gratis para dos en cualquier restaurante de la ciudad de Nueva York. Ahora, en los días anteriores al apagón, Ferguson estaba trabajando en un artículo sobre una estudiante de Barnard que se enfrentaba a la expulsión por recibir a un invitado varón en su cuarto a una hora que contravenía las normas, porque la política vigente sólo permitía visitas masculinas los domingos entre las dos y las cinco de la tarde, y el invitado por el que la acusaban había estado en su habitación a la una de la madrugada. La chica, cuyo nombre estaba protegido y no podía mencionarse en el artículo, pensaba que el castigo era injusto «porque otras lo hacen y a quien han pillado ha sido a mí». No era de extrañar que Amy hubiera mentido y hecho trampa para no vivir en una de aquellas residencias tipo cárcel cuando estaba en primero. El reportero A. I. Ferguson escribió el artículo como si fuera una simple noticia, pero el estudiante de primero Archie Ferguson deseó haber defendido a su compañera citando el estribillo de Les Gottesman en la primera frase de su artículo.

Que los hechos hablen por sí solos.

El trabajo periodístico era a la vez un compromiso con el mundo y un refugio del mundo. Si Ferguson pretendía hacer bien su trabajo, tendría que aceptar los dos elementos de la paradoja y aprender a vivir en un estado de doblez: la exigencia de sumergirse en el meollo de las cosas y sin embargo permanecer al margen como observador neutral. La inmersión nunca dejaba de emocionarlo —ya fuese la zambullida frenética de escribir sobre un partido de baloncesto o las lentas y más profundas indagaciones requeridas para investigar obsoletas normas sobre las visitas del sexo opuesto en una residencia femenina—, pero la contención podría ser un problema, consideraba él, o al menos algo a lo que debía acomodarse en los meses y años por venir, porque adoptar la promesa de imparcialidad y objetividad del periodista no era distinto de incorporarse a una orden religiosa y pasarse el resto de la vida en un monasterio de cristal: aislado de los asuntos humanos aunque el mundo no

dejara un instante de girar a su alrededor. Ser periodista significaba que jamás podría ser la persona que arrojaba el primer ladrillo contra la ventana para empezar la revolución. Podría ver cómo el hombre tiraba el ladrillo, podría tratar de entender por qué lo había arrojado, podría explicar a los demás el significado que el ladrillo había tenido en el estallido de la revolución, pero él mismo nunca podría arrojarlo ni tampoco encontrarse entre la multitud que instaba al hombre a tirarlo. Por temperamento, Ferguson no era alguien con tendencia a arrojar ladrillos. Era, o esperaba ser, una persona más o menos razonable, pero la agitación de los tiempos era tal que las razones para no tirar ladrillos empezaban a parecer cada vez menos razonables, y cuando finalmente llegara el momento de arrojar alguno, las simpatías de Ferguson estarían con el ladrillo y no con la ventana.

Sus pensamientos se dispersaron durante un rato, estancándose en el vacío de la oscuridad infinita que lo rodeaba, y una vez que emergió de la fuga mental, se sorprendió pensando en los últimos versos de su traducción de un poema breve de Desnos:

En algún rincón del mundo
al pie de un talud
un desertor parlamenta con centinelas
que no entienden su lengua.

Entonces, al cabo de cuatro horas de cautiverio en el negro cajón, finalmente le falló la vejiga y se meó en los pantalones igual que había hecho cuando era un inocente y sonriente pequeñín en pañales. Qué cosa tan repugnante, dijo para sus adentros cuando el cálido líquido le traspasó los calzoncillos y los pantalones de pana; pero también, al mismo tiempo, cuánto mejor vaciarse que reventar.

Recordó una tarde en el jardín trasero de la casa de Bobby George cuando tenían cinco años y los dos se pusieron a mear y Bobby se volvió hacia él, preguntando: ¿Adónde va todo, Archie? Millones de personas y millones de animales meando durante millones de años, ¿por qué los mares y los ríos no llevan pis en vez de agua?

Una pregunta a la que Ferguson nunca había sido capaz de responder.

Su antiguo amigo de la infancia había firmado un contrato con los Orioles de Baltimore al día siguiente de graduarse en el instituto, y en el último artículo que Ferguson escribió para el *Montclair Times* informaba de los cuarenta mil dólares de bonificación incluidos en el contrato junto con la inminente marcha de Bobby para Aberdeen, en Maryland, donde empezaría de receptor en el equipo de nivel A de los Orioles en la liga Nueva York-Pensilvania. El chico había conseguido meterse veintisiete partidos entre pecho y espalda aquel verano (y batear un promedio de .291) antes de que la caja de reclutas lo convocara para el reconocimiento médico, y sin prórroga por estudios que le evitara servir a su país ahora en vez de dentro de cuatro años, a mediados de septiembre el Ejército de Estados Unidos lo llamó a filas y ahora estaba acabando la instrucción en Fort Dix. Ferguson rogaba para que destinaran a Bobby a un cómodo puesto en Alemania Occidental, donde le darían una equipación de béisbol y lo pondrían a jugar durante dos años como forma de cumplir

con su deber patriótico, porque la idea del pequeño Bobby George marchando pesadamente a través de las selvas de Vietnam con un fusil a la espalda le resultaba a Ferguson tan espantosa que casi lo consideraba impensable.

¿Cuánto iba a durar la guerra?

Lorca, asesinado por un escuadrón de la muerte fascista a los treinta y ocho años. Apollinaire, fallecido a la misma edad por la pandemia de gripe cuarenta y seis horas antes del fin de la Primera Guerra Mundial. Desnos, muerto de tifus a los cuarenta y cuatro en Theresienstadt sólo unos días después de la liberación del campo.

Ferguson se quedó dormido y soñó que estaba muerto.

Cuando se restableció la energía a las siete de la mañana siguiente, volvió dando traspiés a su habitación del décimo piso, se quitó la ropa húmeda y estuvo quince minutos debajo de la ducha.

El día anterior, Roger Allen LaPorte, de veintidós años, se había rociado la ropa con gasolina y se había prendido fuego frente a la biblioteca Dag Hammarskjöld de Naciones Unidas. Con quemaduras de segundo y tercer grado en el noventa y cinco por ciento del cuerpo, fue trasladado en ambulancia al hospital Bellevue, todavía consciente y capaz de hablar. Sus últimas palabras fueron: Soy un obrero católico. Estoy en contra de la guerra, de todas las guerras. He hecho esto como un acto religioso.

Murió poco después de que acabara el apagón.

Humanidades, primer curso (obligatorias). Semestre de otoño: Homero, Esquilo, Sófocles, Eurípides, Aristófanes, Herodoto, Tucídides, Platón *(El simposio)*, Aristóteles *(Estética)*, Virgilio, Ovidio. Semestre de primavera: Libros escogidos del Antiguo y el Nuevo Testamento, san Agustín *(Las confesiones)*, Dante, Rabelais, Montaigne, Cervantes, Shakespeare, Milton, Spinoza *(Ética)*, Molière, Swift, Dostoievski.

CC, primer curso (Civilización Contemporánea, obligatorio). Semestre de otoño: Platón *(La república)*, Aristóteles *(Ética a Nicómaco, Política)*, san Agustín *(La ciudad de Dios)*, Maquiavelo, Descartes, Hobbes, Locke. Semestre de primavera: Hume, Rousseau, Adam Smith, Kant, Hegel, Mill, Marx, Darwin, Fourier, Nietzsche, Freud.

Estudios Literarios. Semestre de otoño (en lugar de la obligatoria Composición de primero debido a los buenos resultados de F. en el examen de los cursos de nivel avanzado realizados en el instituto): un seminario centrado en el estudio de un solo libro, *Tristram Shandy*.

La novela moderna. Semestre de otoño: un seminario bilingüe con libros leídos alternativamente en inglés y francés: Dickens, Stendhal, George Eliot, Flaubert, Henry James, Proust, Joyce.

Poesía Francesa. Semestre de otoño, siglo XIX: Lamartine, Vigny, Hugo, Nerval, Musset, Gautier, Baudelaire, Mallarmé, Verlaine, Corbière, Lautréamont, Rimbaud, Laforgue. Semestre de primavera, siglo XX: Péguy, Claudel, Valéry, Apollinaire, Jacob, Fargue, Larbaud, Cendrars, Perse, Reverdy, Breton, Aragon, Desnos, Ponge, Michaux.

No tardó mucho en decidir que lo mejor de Columbia eran las asignaturas, los profesores y sus compañeros de curso. Las listas de lectura eran soberbias, las clases, reducidas, estaban a cargo de miembros del claustro que se tomaban un interés especial en enseñar a los estudiantes y además les gustaba, y sus compañeros eran perspicaces, estaban bien preparados y no tenían miedo de decir lo que pensaban en el aula. Ferguson abría poco la boca, pero absorbía todo lo que se debatía en aquellas clases de una y dos horas con la sensación de haber aterrizado en una especie de paraíso intelectual, y como enseguida se dio cuenta de que a pesar de los muchos libros que había leído en los últimos diez o doce años seguía sin apenas saber nada, se leyó diligentemente todos los libros asignados, centenares de páginas a la semana, a veces más de mil, con algún que otro tropezón de cuando en cuando pero echando un vistazo a los libros y poemas que se le resistían (*Middlemarch*, *La ciudad de Dios* y la monótona ostentación de las composiciones de Péguy, Claudel y Perse) y a veces yendo más allá de lo que se le pedía (abriéndose camino hasta el final de *Don Quijote* cuando las partes que le habían fijado sólo totalizaban la mitad del libro; pero ¿cómo no querría uno leer la totalidad de aquel libro, el mejor y más poderoso de todos los grandes libros?). Dos semanas después de empezar el semestre de otoño, sus padres llegaron en coche desde Newark y los llevaron a Amy y a él al Green Tree, un restaurante húngaro de módicos precios en Amsterdam Avenue tan de su gusto que Ferguson lo rebautizó como Ñam Ñam, y cuando empezó a hablar de cuánto disfrutaba con las clases y de lo asombroso que su tarea principal en la vida consistiera en leer libros y escribir sobre ellos (!), su madre le contó la historia de la *grandiosa aventura* que ella misma vivió durante los meses anteriores a su nacimiento, confinada en la cama sin otra cosa que hacer que leer un montón de magníficos libros recomendados por Mildred, docenas de obras que Stanley había sacado de la biblioteca para ella y en las que aún hoy seguía pensando, muchas de ellas bien recordadas al cabo de tantos años, y como Ferguson no se acordaba de haberla visto con libros en la mano salvo unas cuantas novelas de misterio y algún que otro volumen sobre arte y fotografía, se conmovió ante la imagen de su joven y futura madre tumbada todo el día en el antiguo apartamento de Newark con novelas apoyadas en el vientre cada vez más abultado, con su propio yo nonato conformando la protuberancia bajo su piel, y sí, dijo su madre, sonriendo cálidamente ante el recuerdo de aquella época de tanto tiempo atrás, ¿cómo no iban a encantarte los libros después de todos los que me leí cuando estaba embarazada de ti?

Ferguson soltó una carcajada.

No te rías, Archie, intervino su padre. Es lo que los biólogos llaman *ósmosis*.

O metempsícosis, dijo Amy.

La madre de Ferguson pareció confusa. ¿Psicosis?, inquirió. ¿De qué estamos hablando?

De la transmigración de las almas, explicó Ferguson.

Pues claro, dijo su madre. Eso es lo que intentaba decirte. Mi alma está en la tuya, Archie. Y siempre lo estará, aunque mi cuerpo ya no esté.

Ni se te ocurra pensar en eso, repuso Ferguson. He concertado unos acuerdos especiales con los chicos de ahí arriba, y me han prometido que vivirás para siempre.

Buenas clases, buenos profesores, buenos compañeros, pero no todos los

aspectos de Columbia eran motivo de alegría, y entre las cosas que a Ferguson menos le gustaban de allí eran sus remilgadas pretensiones de antigüedad y prestigio, sus normas retrógradas y sus protocolos rígidos, su falta de interés por el bienestar de los estudiantes. Todo el poder estaba en manos del rectorado, y sin el debido procedimiento ni un comité de investigación imparcial que supervisara los asuntos relacionados con la disciplina, en cualquier momento podían darle a uno la patada sin tener que ofrecer explicaciones. No era que Ferguson pensara meterse en líos, pero otros sí, como se vería con el tiempo, y cuando en gran número estos últimos decidieron armar jaleo en la primavera de 1968, la institución entera enloqueció.

Más sobre eso después.

Ferguson se alegraba de estar en Nueva York, de estar con Amy en la Nueva York de Amy, al fin residente a tiempo completo de la capital del siglo XX, pero aun conociendo ya los alrededores de Columbia, o conociendo un poco los barrios circundantes, ahora que vivía allí empezó a ver Morningside Heights tal como era: una zona deteriorada, pobre y desesperada, a punto de desintegrarse, una manzana tras otra de edificios de viviendas que además de gente albergaban ratones, ratas y cucarachas. Las sucias calles estaban a menudo llenas de basura sin recoger, y la mitad de los transeúntes que caminaban por sus aceras o bien habían perdido el juicio o estaban a punto de perderlo o recobrándose de crisis nerviosas. El vecindario era el kilómetro cero de las almas perdidas de Nueva York, y Ferguson se cruzaba diariamente con docenas de hombres y mujeres sumidos en profundos e incomprensibles diálogos con interlocutores invisibles, personas que no existían. Un vagabundo manco con una rebosante bolsa de la compra, el encorvado cuerpo doblado sobre sí mismo mientras miraba a la acera con la cabeza gacha y murmuraba padrenuestros con voz ronca y menuda. El enano barbudo instalado en diversos portales de las calles adyacentes a Amsterdam Avenue, leyendo números del *Daily Forward* del mes anterior con un puntiagudo fragmento de una lupa rota. La mujer gorda que deambulaba por la calle en pijama. En las zonas peatonales del centro de Broadway, el borracho, el anciano y el demente se amontonaban en los bancos sobre las rejillas del metro, sentados hombro con hombro y con la vista fija en la distancia. *Nueva York de cieno. Nueva York de alambres y de muerte*. Luego estaba la persona a quien todo el mundo se refería como el Hombre Yamqui, el viejo chiflado que todos los días se plantaba en la esquina frente al Chock Full o’Nuts entonando las palabras *yavée yampqui*, orador de la vieja escuela diversamente conocido como Doctor Yamqui y Emsh, autoproclamado hijo de Napoleón, además de mesías y patriota norteamericano hasta la médula, que nunca iba a ninguna parte sin llevar la bandera estadounidense, con la que en los días de frío se abrigaba los hombros como si fuera un chal. Y Bobby, el hombre pelón con cabeza de bala y aspecto de niño que hacía recados a los dueños de Ralph’s, una tienda de máquinas de escribir en la esquina de Broadway con la calle Ciento trece, corriendo por la acera con los brazos abiertos y fingiendo que era un avión, zigzagueando entre el tránsito humano mientras imitaba el ruido de un B-52 volando a toda velocidad. Y el calvo Sam Steinberg, el omnipresente Sam S., que todas las mañanas cogía en el Bronx tres líneas diferentes del metro para vender caramelos en Broadway o frente a Hamilton Hall, pero también para vender sus burdos dibujos de animales imaginarios por un dólar, pequeñas obras

ejecutadas con rotulador en los cartones que las lavanderías ponían en las camisas planchadas, diciendo a todo el mundo que quisiera escucharlo: *Oiga, señó, tengo nuevas pinturas, presioosas pinturas aquí, las más presioosas pinturas del munndo*. Y el gran enigma del hotel Harmony, el hostal para vagabundos que se caía a pedazos en la esquina de Broadway con la calle Ciento diez, el edificio más alto en varias manzanas a la redonda, donde, escrito en el muro de ladrillo en letras lo bastante grandes para que se vieran a medio kilómetro, se leía el lema del hotel, que sin duda podía calificarse como el oxímoron más desconcertante del planeta: HOTEL HARMONY - DONDE VIVIR ES UN PLACER.

El del Upper West Side era un mundo agrietado, y Ferguson necesitó tiempo para hacerse a la idea y acostumbrarse al sufrimiento y la pobreza de su nuevo territorio, pero no todo era sombrío en el Heights, también vagaban jóvenes por la calle, entre aquel panorama muchas veces aparecían chicas guapas de Barnard y Juilliard, revoloteando a su paso como ilusiones ópticas o espíritus procedentes de los sueños, había librerías donde curiosear entre las calles Ciento catorce y Ciento dieciséis, en Broadway, incluso una de libros extranjeros en un sótano a la vuelta de la esquina en la calle Ciento quince, donde nada más bajar las escaleras Ferguson se pasaba media hora hurgando en la sección de poesía francesa, el Thalia y el New Yorker ponían las mejores películas antiguas y recientes a sólo veinte o veinticinco manzanas al sur, en una tasca llamada College Inn tenían a Edith Piaf en la máquina de discos, y allí podía atiborrarse de desayunos baratos mientras charlaba con la camarera, una mujer con pinta de ordinaria y el pelo teñido de rubio platino que le llamaba *cariño*, diez minutos en el Chock Full o'Nuts para tomar café, sustanciosas hamburguesas en el Prexy's *(La hamburguesa con formación universitaria)*, *ropa vieja* y café expreso en el Ideal, el local cubano-chino de Broadway entre las calles Ciento ocho y Ciento nueve, y *goulash* y *dumplings* en el Ñam Ñam, el restaurante al que Amy y él iban a cenar tan a menudo que los regordetes dueños, marido y mujer, empezaron a invitarlos al postre, pero el punto central para refugiarse en aquel desquiciado vecindario era el West End Bar and Grill, situado en Broadway entre las calles Ciento trece y Ciento catorce, con su enorme barra ovalada de roble bien pulido, los reservados para cuatro o seis a lo largo de las paredes del fondo y de la izquierda, y las anchas sillas y mesas plegables de la trastienda. Amy ya le había dado a conocer el West End el año anterior, pero ahora que Ferguson también era residente todo el año, aquel bar antiguo y débilmente iluminado se había convertido en el local que más frecuentaba, en sala de estudio durante el día y centro de reunión por la noche, su segundo hogar.

No era la cerveza ni el bourbon lo que le interesaba, sino la conversación, la oportunidad de hablar con sus compañeros del *Spectator* y la *Columbia Review*, de charlar de política con los amigos de Amy y con diversos parroquianos del West End, la bebida era simplemente un artículo de utilería en estado líquido que le permitía seguir sentado en el reservado, porque aquélla era la primera vez en la vida que Ferguson estaba rodeado de gente con ganas de hablar, ya no sólo Amy, que durante los dos últimos años había sido su única interlocutora, la única persona de su entorno con quien valía la pena hablar, ahora había varias, ahora había muchas, y las conversaciones en que tomaba parte en el West End le resultaban tan valiosas como

lo que se decía en las aulas de Hamilton Hall.

Los chicos del *Spectator* eran gente seria y trabajadora, más empollones que repelentes a la hora de vestir y cortarse el pelo, pero empollones con corazón de repelentes, y aquellos principiantes, compañeros de Ferguson del curso del 69, ya eran periodistas consagrados, recién salidos del instituto pero ya experimentados y entregados a su trabajo como si llevaran años haciéndolo. Los miembros de más edad del personal del *Spectator* solían ir a otro bar de Broadway, el Gold Rail, a un par de manzanas, un local frecuentado por los chicos de las fraternidades y los deportistas, pero los amigotes de Ferguson preferían el ambiente más destartalado y menos estridente del West End, y los tres que a veces se juntaban con ellos para tomar una copa y charlar en alguno de los reservados eran el tranquilo y meditabundo Robert Friedman, un chico de Long Island que cubría Asuntos Académicos y que a la absurda edad de dieciocho años sabía escribir con la misma destreza y profesionalidad que cualquier articulista del *New York Times* o el *Herald Tribune*, Greg Mullhouse, el de rápida lengua, de Chicago (Deportes), y Allen Branch, de San Francisco (Asuntos Vecinales), obstinado, sagaz, irónico y sarcástico, y todos convenían en que la junta directiva del periódico era muy conservadora, muy tímida al tratar la política de la universidad relativa a la guerra (que permitía a los militares reclutar en el campus, prosiguiendo su relación con el ROTC —pronunciado *Rotsi*—, el programa del cuerpo de entrenamiento de oficiales de reserva), así como las tácticas de arrendador usurero que empleaba Columbia para desalojar a inquilinos pobres de edificios de su propiedad y continuar su expansión por los barrios circundantes, y cuando les tocara a ellos tener el control del *Spectator* en la primavera del tercer curso, elegirían a Friedman como redactor jefe y se pondrían a trabajar rápidamente para *cambiarlo todo*. Los planes para ese golpe de mano sólo confirmaban lo que Ferguson ya había pensado sobre los que hacían primero aquel año. Eran distintos de los estudiantes de cursos superiores: más atrevidos, más impacientes, más dispuestos a hacer valer sus derechos y luchar contra la estupidez, la complacencia y la injusticia. Los niños de posguerra nacidos en 1947 tenían poco en común con los nacidos durante la guerra dos o tres años antes, una grieta generacional se había abierto en ese breve espacio de tiempo, y mientras los de los cursos superiores aún se tragaban mayoritariamente las lecciones aprendidas en la década de los cincuenta, Ferguson y sus amigos comprendían que estaban viviendo en un mundo irracional, en un país que asesinaba a sus presidentes, legislaba en contra de sus ciudadanos y enviaba a sus jóvenes a morir en guerras inútiles, lo que significaba que estaban más en sintonía con la realidad del presente que sus mayores. Un pequeño ejemplo, trivial pero pertinente: las batallas por la gorrita en la semana de orientación al novato. Ferguson se había negado instintivamente a llevar la suya, pero también lo habían hecho los chicos de la *Columbia Review* y del *Spectator*, así como muchos otros, y en una promoción de seiscientos noventa y tres estudiantes, más de un tercio se negó a agachar la cabeza unos días antes del comienzo de las clases, chocando con los monitores aficionados al fútbol americano. No hubo nada organizado. Cada chico antigorrita actuó por su cuenta, horrorizado ante la idea de ir por el campus a paso marcial como recluta de la brigada Tweedledee y Tweedledum, y la resistencia se propagó hasta convertirse en un movimiento de masas *de facto*, un

boicot general, un combate entre la tradición y el sentido común. ¿El resultado? El rectorado anunció que a partir de entonces los estudiantes que se incorporasen a primer curso prescindirían del uso de las gorritas. Una victoria microscópica, sí, pero tal vez una muestra de las cosas que vendrían. Hoy, gorritas; mañana, quién sabía.

Al acabar la semana del Día de Acción de Gracias, Ferguson había concluido alrededor de media docena de traducciones que le parecían más o menos acabadas, y cuando aprobaron el importantísimo examen de Amy, las reunió, las introdujo en un sobre marrón y las presentó a la *Review*. En contra de lo que esperaba que le dijeran, los directores no se oponían al principio de incluir traducciones en la revista —*siempre que no fueran muy largas*, como dijo uno de ellos—, y así fue como la versión en inglés de Ferguson del poema de Desnos sobre el desertor y los centinelas, «En el fin del mundo», se aceptó para su publicación en el número de primavera. Aunque ya no fuese un poeta con todas las de la ley, podría seguir realizando el acto de escribir poesía traduciendo poemas que fuesen muy superiores a cualquier cosa que él mismo pudiera haber escrito, y los jóvenes poetas relacionados con la revista, cuyas ambiciones eran mucho mayores que las suyas y lo arriesgaban todo cuando se sentaban a escribir mientras él apenas corría riesgo alguno cuando se sentaba a traducir, reconocían el valor de Ferguson en el grupo como alguien que sabía evaluar los méritos de unas obras en comparación con otras y que aportaba una perspectiva más amplia y exhaustiva a sus conversaciones sobre poesía, pero nunca lo acogieron como miembro del círculo, cosa enteramente justa y comprensible, pensaba Ferguson, porque en el fondo no era realmente uno de ellos, y sin embargo, en lo que se refería a pasar el rato en el West End, todos eran buenos amigos y a Ferguson le encantaba hablar con ellos, sobre todo con David Zimmer, que le llamaba la atención por ser el más brillante y precoz del grupo, junto con el compinche de Zimmer de Chicago, Marco Fogg, que no escribía pero era un muchacho excéntrico de pelo alborotado que iba con un traje de *tweed* irlandés y sabía tanto de literatura que era capaz de contar chistes en latín y hacerte reír, aunque no supieras latín.

Periodistas y poetas constituían su polo de atracción porque Ferguson los consideraba los más despiertos, los que habían empezado a comprender quiénes eran y lo que eran en relación con el mundo, pero había otros en la promoción del 69 que no sabían nada acerca de sí mismos ni de cualquier otra cosa, los confusos adolescentes que habían acumulado buenas notas en el instituto y eran capaces de salir más que airosos de los exámenes normalizados pero que conservaban cierta mentalidad infantil, la caterva de efebos inexpertos y pajilleros vírgenes criados en pequeñas ciudades provincianas y casas prefabricadas de las afueras que se aferraban al campus y a su habitación de la residencia porque Nueva York era demasiado grande, demasiado escabrosa, demasiado disoluta, y les daba miedo y los confundía. Uno de tales ingenuos era el compañero de habitación de Ferguson, un tipo simpático de Dayton, en Ohio, llamado Tim McCarthy, que había ido a la universidad sin preparación alguna para asumir la libertad de vivir fuera de casa por primera vez, pero a diferencia de otros que se encontraban en la misma situación, no se replegaba sobre sí mismo ni evitaba la ciudad, sino que se lanzaba a ella de cabeza, tendiendo a perderse en el doble placer de una monumental ingestión de cerveza y un consumo continuo de marihuana, con unos cuantos viajes de ácido por añadidura. Ferguson no

sabía qué hacer. Pasaba la mayoría de las noches con Amy en el piso de la calle Ciento once, y su habitación de Carman Hall le servía de despacho y poco más, el lugar donde guardaba los libros, la máquina de escribir y la ropa, y siempre que estaba en aquel cuarto solía estar sentado a su mesa con la máquina delante, trabajando en sus nuevos artículos para el *Spectator*, redactando los diversos trabajos breves y extensos que debía entregar en clase o amañando el borrador de otra de sus traducciones. No veía a Tim lo suficiente para haber entablado amistad con él, sus relaciones eran amistosas pero *profundamente superficiales,* como una vez oyó que una mujer le decía a otra en el autobús 104, y aunque notaba que el chico se encaminaba hacia lo que podrían ser problemas graves, se mostraba reacio a entrometerse en sus asuntos personales. Ya había visto lo suficiente para saber que no tenía interés en experimentar con la estupidez de la marihuana o la locura del LSD, pero ¿qué derecho tenía a decir a Tim McCarthy que dejara de ingerir esas cosas? Una tarde de mediados de diciembre, sin embargo, cuando Tim entró dando traspiés en la habitación chillando y riendo tontamente después de su última sesión de maría con la pandilla del fondo del pasillo, Ferguson le dijo finalmente lo que pensaba: A ti te parecerá divertido, Tim, pero a nadie más se lo parece.

El chico de Dayton se dejó caer en la cama y sonrió: No seas gruñón, Archie. Empiezas a parecerte a mi padre.

No me importa la cantidad de drogas que tomes, pero ¿te parecería bonito que te catearan y te echaran, eh?

No digas sandeces, don Nueva Jersey. Este semestre he sacado notas altas, sobresalientes y notables, más sobresalientes que notables, y si el mes que viene me salen bien los finales, como espero, el decano probablemente me incluirá en el cuadro de honor. Lo orgulloso que se pondrá papá.

Me alegro por ti. Pero si continúas colocándote todos los días, ¿cuánto tiempo seguirás teniendo una calificación alta?

¿Cómo que seguir? Yo siempre la tengo alta, tío, siempre arriba y con ganas, y cuanto más colocado estoy, más arriba se me pone. Deberías probarlo alguna vez, Archie. Más alta y más tiesa que el Peñón de Gibraltar.

Ferguson emitió una risita como una especie de bufido —no muy distinto a los de Amy—, pero en su caso era un reconocimiento de su derrota más que una risa de verdad. Había iniciado una discusión que estaba destinado a perder.

Nunca seremos más jóvenes de lo que somos en este momento, sentenció Tim, y cuando se acaba la juventud, todo se precipita cuesta abajo. La aburrida edad adulta. Los bla blas del grande bla bla bla. Un trabajo, mujer, un par de críos y enseguida te ves con zapatillas y arrastrando los pies, esperando a que carguen contigo hasta el camposanto..., sin dientes ni nada. Así que, ¿por qué no vivir un poco y divertirte mientras puedas?

Depende de lo que llames diversión.

Soltarse la melena, para empezar.

Vale. Pero ¿qué es para ti soltarse la melena?

Gozar y olvidarse de uno mismo.

Eso quizá valga para ti, pero no para todo el mundo.

¿Acaso no preferirías volar a arrastrarte por el suelo? No es difícil, Archie. Sólo

tienes que abrir los brazos y despegar.

Algunos no queremos eso. Y aunque quisiéramos, no podríamos hacerlo.

¿Por qué no?

Porque no podemos, eso es todo. Sencillamente no podemos.

No era que Ferguson fuese incapaz de volar o de olvidarse de sí mismo, pero para hacer esas cosas necesitaba a Amy, y ahora que habían pasado su primera ruptura, su primera reconciliación y su primera experiencia de dormir juntos todas las noches en Francia, no podía separar la idea de ser quien era de la necesidad de estar con ella. Nueva York era el siguiente paso, la vida cotidiana con la oportunidad de verse todos los días, de estar juntos casi continuamente si así lo deseaban, pero Ferguson era consciente de que no podía dar por sentado nada de eso, porque la ruptura le había enseñado que Amy era una persona que necesitaba más espacio que la mayoría de la gente, que su agobiante madre la había hecho alérgica a cualquier forma de presión emocional, y si le exigía más de lo que ella estaba dispuesta a conceder, acabaría alejándose otra vez. A veces se preguntaba si no la querría demasiado, o si aún no había aprendido a amarla de la debida forma, porque lo cierto era que Ferguson habría sido feliz casándose con ella mañana mismo, incluso siendo un estudiante de dieciocho años en sus primeros meses de universidad se sentía preparado para pasar con ella el resto de su vida y nunca volver a mirar a otra mujer. Era consciente de lo desproporcionado de ese planteamiento, pero no podía dejar de pensarlo. Amy estaba entretejida en sus entrañas. Era quien era porque Amy estaba ahí dentro, con él, ¿y para qué fingir que podía ser algo siquiera remotamente humano sin ella?

Nunca dijo una palabra sobre eso. La cuestión era no asustarla, sólo quererla, y Ferguson hacía lo posible para estar atento a los estados de ánimo de Amy y responder a las mudas y sutiles indicaciones que le decían si esta noche sería prudente dormir en su cama, por ejemplo, o si era preferible esperar a mañana y preguntarle si quería que cenasen juntos aquella noche o que se encontraran más tarde en el West End o si se quedaban cada uno en su habitación porque los dos tenían trabajos que preparar o si zampar cualquier cosa y luego ir a ver una película al Thalia. Dejaba que ella tomara todas esas decisiones porque sabía que se sentiría más libre y satisfecha si era ella quien decidía, y a la Amy que más quería era a la chica apasionada, tierna y ocurrente que le había salvado la vida después del accidente, a la intrépida compañera de fatigas que había viajado con él por toda Francia y no a la huraña reina que lo había expulsado de la corte el pasado otoño durante cuatro meses de destierro solitario en el páramo de Nueva Jersey.

En general, acababa pasando la noche con ella un promedio de cuatro o cinco días por semana, a menudo seis, con una, dos y a veces tres noches solo en su habitación de la décima planta del Carman Hall. Era un arreglo viable, consideraba él, aunque hubiera deseado que las cifras fueran sistemáticamente siete y cero, pero lo importante era que al cabo de dos años sus cuerpos seguían encendiéndose cuando se metían juntos bajo las sábanas, y rara era la noche que Ferguson dormía en la cama de Amy y no hacían el amor antes de quedarse dormidos. Invirtiendo la proposición de Gottesman, no sólo un polvo habitual siempre les venía bien, sino que habitualmente los buenos polvos les conferían fuerza y estabilidad: dos formando

uno, mejor que uno y uno por separado. La intimidad física que se había creado entre ellos era ya tan intensa que Ferguson a veces tenía la impresión de conocer el cuerpo de Amy mejor que el suyo propio. Pero no siempre, y por tanto era esencial escucharla y seguir sus indicaciones en las cuestiones físicas, *prestar mucha atención a lo que le decía con los ojos*, porque alguna que otra vez interpretaba mal las señales y hacía lo que no debía, como abrazarla y empezar a besarla cuando a ella no le apetecía, y aunque nunca lo rechazaba (cosa que sólo incrementaba su confusión), notaba que ella no ponía todo su empeño, que copular no era en lo que ella pensaba en aquel momento, a diferencia de él, que siempre lo tenía en la cabeza, sino que permitía que siguiera adelante y le hiciera el amor de todas formas porque no quería decepcionarlo, sometiéndose a sus deseos con una especie de participación pasiva, un *acto sexual mecánico*, que era peor que no hacer nada, y la primera vez que pasó, Ferguson se sintió tan avergonzado que juró que no volvería a suceder, pero volvió a ocurrir, dos o tres veces más en los meses siguientes, con lo que, finalmente, llegó a entender que hombres y mujeres no eran iguales, y si quería comportarse bien con su mujer tendría que prestarle aún mayor atención y aprender a pensar y sentir como ella, porque no le cabía la menor duda de que Amy sabía exactamente lo que él pensaba y sentía, cosa que explicaba por qué soportaba sus torpezas concupiscentes y sus estúpidos actos de ceguera amorosa.

Otro error que a veces cometía era sobrevalorar la confianza de Amy en sí misma. El gran clamor vital que emanaba del alma de Schneiderman parecía evitar recaídas en la duda o la incertidumbre, pero, como todo el mundo, también ella tenía sus momentos malos, momentos de tristeza y fragilidad y sombría introspección, y como se producían muy de tarde en tarde, siempre pillaban a Ferguson por sorpresa. Dudas intelectuales sobre todo, si sus ideas políticas eran sólidas o no, si sus actos o sus palabras redundarían alguna vez en provecho de alguien, si valía la pena luchar contra el *sistema* cuando el sistema no cambiaría jamás, si la lucha por cambiarlo todo no acabaría empeorando las cosas porque muchos se enfrentarían con los que luchaban por mejorarlas, pero también dudas sobre sí misma, pequeñas *cosas de chicas* que súbitamente la atormentaban sin razón aparente, que si tenía los labios muy finos, los ojos muy pequeños, los dientes muy grandes, demasiados lunares en las piernas, aquellos mismos puntos de color castaño claro que tanto encantaban a Ferguson, pero no, decía ella, son feos, y nunca volvería a ponerse pantalones cortos, y de pronto estaba engordando mucho, y ahora estaba perdiendo demasiado peso, y por qué tenía unos pechos tan pequeños, y maldita fuese aquella nariz judía suya, y qué coño iba a hacer con aquellos pelos de loca de remate, imposible, no podía hacer nada con ellos, y cómo podía seguir pintándose los labios cuando las empresas de cosméticos estaban lavando el cerebro a las mujeres para que asimilaran cierta visión sesgada y artificial de la condición femenina y así alimentar la gran maquinaria de beneficios capitalista que funcionaba a base de hacer que la gente ansiara cosas que no necesitaba. Todo eso venía de una muchacha vibrante y atractiva en la flor de su juventud, y si una persona como Amy Schneiderman podía sucumbir y cuestionar su propio cuerpo de esa manera, ¿qué dirían las chicas gordas, las feas y deformes, las que no tenían la menor posibilidad? No sólo mujeres y hombres no eran iguales, concluía Ferguson, sino que era más difícil ser mujer que hombre, y si alguna vez

llegaba a olvidarlo, decía para sí, entonces los dioses debían bajar de su Monte y arrancarle los ojos de la cara.

En la primavera de 1966 se creó en Columbia una sección del SDS (Estudiantes por una Sociedad Democrática), que por entonces ya era una organización nacional, y en su mayor parte los grupos de izquierdas de la universidad fueron votando por la fusión con el SDS o por disolverse y encuadrarse en la organización. Entre tales grupos se contaba el CSM (Comité para el Escarnio Social), que el año anterior se había manifestado por el College Walk enarbolando pancartas en blanco en una protesta general contra todo (espectáculo que a Ferguson le habría gustado mucho presenciar), el Movimiento Dos de Mayo, apoyado por el PLP (Partido Laborista Progresista), miembros de ese mismo partido (el ala dura, el PL maoísta), y el grupo al que Amy pertenecía desde primero, el ICV (Comité Independiente sobre Vietnam), que se había enfrentado con la policía el anterior mes de mayo cuando veinticinco de sus miembros irrumpieron en la ceremonia de entrega de premios del NROTC (Cuerpo de Entrenamiento de Oficiales de Reserva de la Marina) en la explanada de la Low Library. El lema del SDS era *¡Que decida la gente!*, y Ferguson apoyaba la postura del grupo con el mismo entusiasmo que Amy (contra la guerra, contra el racismo, contra el imperialismo, contra la pobreza... y por un mundo democrático en el que todos los ciudadanos pudieran vivir unos con otros como iguales), pero Amy se incorporó a la organización y Ferguson no. Los motivos eran evidentes para los dos, y no discutieron mucho el asunto ni perdieron el tiempo en tratar de convencer al otro de que cambiara de parecer, sino que en realidad Ferguson la animó a que se incorporase, y ella entendía por qué él nunca se haría miembro de nada, porque Amy era alguien que podía imaginarse a sí misma lanzando ladrillos, que sin duda había nacido para arrojar ladrillos, mientras que a Ferguson ni se le pasaba por la cabeza algo así, y aunque quemara su credencial de periodista y se despidiera del *Spectator*, no se habría afiliado bajo ninguna circunstancia. Volvió a marchar con ella por la Quinta Avenida el 26 de marzo en otra manifestación contra la guerra, pero hasta ahí llegaba su pequeña contribución a la causa. El día no tenía más que un número determinado de horas, al fin y al cabo, y una vez que acababa las tareas y el trabajo del periódico, la perspectiva de pasar más tiempo con sus poetas franceses le resultaba más atractiva que asistir a ruidosas reuniones políticas y polémicas para determinar la próxima acción que el grupo debía llevar a cabo con arreglo al siguiente punto del orden del día.

Cuando a primeros de junio concluyó el segundo semestre, Ferguson estrechó la mano a Tim McCarthy, se despidió de Carman Hall y se mudó a una habitación más espaciosa fuera del recinto universitario. Sólo los estudiantes de primer curso estaban obligados a vivir en residencias, y ahora que ya lo había acabado era libre de ir a donde le diera la gana. Durante todo el tiempo su deseo había sido vivir con Amy, pero por una cuestión de orgullo (y quizá como prueba de amor) Ferguson se contuvo de preguntarle si podía alquilar una de las dos habitaciones que probablemente quedarían libres en su piso (ambas ocupadas por estudiantes de último curso), esperando que ella le hiciera la pregunta a él, cosa que ocurrió a finales de abril, sólo horas después de enterarse de que sus dos compañeros licenciados se marcharían de

Nueva York el mismo día que les entregaran los diplomas, y cuánto más agradable iba a ser vivir allí invitado por ella que haberse invitado él mismo, sabiendo ya que lo quería tanto como él la quería a ella.

Se apresuraron a ocupar las dos habitaciones libres, ambas más grandes y luminosas que el estrecho cubículo de Amy al fondo del piso, dos cuartos contiguos en el pasillo principal, ambos provistos de cama doble, escritorio, cómoda y estanterías, que compraron a los inquilinos que se iban por una suma total de cuarenta y cinco dólares cada uno, y así tocaron a su fin las idas y venidas de Ferguson del año anterior, se acabaron las caminatas por Broadway entre la habitación de la residencia y el piso de Amy, ahora vivían juntos, ahora dormían juntos en la misma cama siete días a la semana, y durante todo aquel verano de 1966, el Ferguson de diecinueve años iba por ahí con la increíble sensación de haber entrado en un mundo en el que ya no era necesario pedir más de lo que ya tenía.

Un momento sin precedentes de equilibrio y realización interior. Ya lo tenía todo. Nadie, absolutamente nadie, podría nunca ser tan feliz. Ferguson se preguntaba a veces si no le habría hecho una faena al autor del *Anuario de la vida terrenal*, que aquel año pasaba las páginas muy deprisa y sin darse cuenta había dejado en blanco la página de aquellos meses.

Verano en la calurosa e irrespirable Nueva York, día tras día con treinta y tres grados mientras el achicharrante asfalto se fundía bajo el sol y las baldosas de cemento de la acera ardían en la suela de los zapatos, el aire tan cargado de humedad que en la fachada de los edificios los ladrillos parecían rezumar sudor, y por todas partes el tufo de la basura pudriéndose en las calles. Bombas estadounidenses se abatían sobre Hanoi y Hai Phong, el campeón de los pesos pesados hacía declaraciones sobre Vietnam a la prensa (Ningún vietcong me ha llamado negrata, dijo, sintetizando así las dos guerras norteamericanas en una sola), el poeta Frank O'Hara moría a los cuarenta años atropellado por un buggy en una playa de Fire Island, mientras Ferguson y Amy estaban atrapados en aburridos trabajos de verano, empleado de librería él, escribiendo a máquina, y archivando ella, ocupaciones mal pagadas que los obligaban a racionar los Gauloises, pero Bobby George jugaba al béisbol en Alemania, el West End Bar tenía aire acondicionado, y en cuanto volvían a su caluroso y mal ventilado apartamento, Ferguson pasaba manoplas frescas por el cuerpo desnudo de Amy y soñaba que estaban de nuevo en Francia. Fue el verano de la política y el cine, de cenas en el piso de los Schneiderman de la calle Setenta y cinco Oeste y en el apartamento de los Adler en la calle Cincuenta y ocho Oeste, de celebrar la incorporación de Gil Schneiderman al *New York Times* cuando el *Herald Tribune* cerró las prensas y desapareció de la escena, de conciertos en el Carnegie Hall con Gil y Jim, el hermano de Amy, de coger el autobús 104 en Broadway hasta el Thalia y el New Yorker para huir del calor viendo películas, que según decidieron conjuntamente siempre serían comedias, porque aquel momento funesto requería risas siempre que fuera posible, y qué mejor que los Hermanos Marx y W. C. Fields, o las disparatadas sandeces interpretadas por Grant y Powell, Hepburn, Dunne y Lombard, no se cansaban de verlas, saltaban al autobús en cuanto encontraban otro programa doble de comedias, y qué alivio era olvidar la guerra y el hedor de la basura durante unas horas, sentados en la penumbra de aire acondicionado, pero cuando no

ponían comedias en el barrio ni en ningún otro sitio volvían a su proyecto veraniego de empollarse lo que denominaban *literatura del disenso*, leyendo a Marx y Lenin porque había que leerlos, y a Trotski y Rosa Luxemburgo, a Emma Goldman y Alexander Berkman, a Sartre y Camus, a Malcolm X y Frantz Fanon, a Sorel y Bakunin, a Marcuse y Adorno, en busca de respuestas que los ayudaran a explicar lo que había ocurrido con su país, que parecía derrumbarse bajo el peso de sus propias contradicciones, pero mientras Amy se aproximaba cada vez más a una interpretación marxista de los acontecimientos (el inevitable derrocamiento del capitalismo), Ferguson tenía sus dudas, no sólo porque la dialéctica hegeliana vuelta del revés le pareciese una visión del mundo simplista y mecanicista, sino porque entre los trabajadores norteamericanos no existía *conciencia de clase*, ninguna simpatía en la cultura hacia el pensamiento socialista, y por tanto no había posibilidad de que se produjera la gran conmoción que Amy pronosticaba. En una palabra, discrepaban, aunque en lo fundamental se encontraban en el mismo bando, pero ninguna de esas diferencias parecía importar porque ninguno de los dos estaba completamente seguro de nada en aquellos momentos, y cada uno comprendía que el otro podía tener razón o que ambos estaban equivocados, y mejor airear las dudas libre y abiertamente que ir ciegamente hombro con hombro en marcha cerrada hasta que se precipitaran por el borde de un precipicio.

Sobre todo, fue el verano de contemplar a Amy, de ver cómo se aplicaba el lápiz de labios y se cepillaba el imposible cabello, de observar sus manos mientras se las frotaba con loción corporal y luego se pasaba las palmas por los brazos, las piernas y los pechos, de lavarle el pelo mientras ella cerraba los ojos y se sumergía en el agua tibia de la bañera, la bañera antigua con patas de garra y manchas de herrumbre corriendo por la agrietada porcelana, de estar en la cama por la mañana y ver cómo se vestía en un rincón de la habitación mientras la envolvía la luz que entraba por la ventana, sonriéndole mientras se ponía las bragas y el sostén y la falda de algodón, los pequeños detalles domésticos de vivir en su órbita femenina, tampones, píldoras anticonceptivas, pastillas para cuando le dolía el vientre durante las penosas menstruaciones, hacer la compra, fregar los platos, y el modo en que a veces se mordía el labio superior cuando estaban en la cocina pelando y picando cebolla y tomate para el estofado de judías que tendrían para comer durante todo un fin de semana, la concentración en sus ojos cuando se pintaba las uñas de las manos o los pies para *causar buena impresión en el trabajo*, ver cómo se afeitaba las piernas y las axilas mientras tomaba tranquilamente un baño, para luego meterse en la bañera con ella y enjabonarle la escurridiza y blanca piel, la sublime suavidad de su piel bajo las manos de Ferguson, y sexo y sexo y sexo, sudoroso acto sexual veraniego sin manta ni sábana por encima mientras se revolcaban en la cama de la habitación de Amy y el chirriante y viejo ventilador removía un poco el aire sin refrescar nada, los estremecimientos y suspiros, los gritos y gruñidos, dentro de ella, sobre ella, debajo de ella, a su flanco, las profundas carcajadas atrapadas en la garganta de ella, el ataque de cosquillas por sorpresa, los súbitos retazos de antiguas canciones populares de su infancia, nanas, coplillas verdes, poesías infantiles de Mamá Ganso, y la hosca Amy entornando los ojos en uno de sus accesos de mal genio, la feliz Amy bebiendo de un trago vasos de agua helada y cerveza fría, comiendo deprisa, engullendo *como*

un estibador hambriento, los resoplidos de risa viendo a Fields y los Hermanos M. —*¡No hay cláusula de cordura, Archie!*— y el magnífico *Ah* que exhaló una tarde cuando le dio su traducción de uno de los primeros poemas de René Char, un poema tan corto que sólo se componía de seis palabras, un breve parpadeo titulado «La mano de Lacenaire», referido al poeta-asesino del siglo XIX que más adelante resurgiría como personaje en *Los niños del paraíso*:

Mundos de elocuencia se han perdido.

Podría no acabar nunca. El sol detenido en el cielo, la página perdida del libro, siempre sería verano mientras no respirasen con fuerza ni pidieran demasiado, siempre el verano de cuando tenían diecinueve años y finalmente se encontraban, quizá de manera definitiva, casi a punto de decir adiós al momento en que seguían teniéndolo todo por delante.

5.2

5.3

El 7 de noviembre de 1965, Ferguson llegó al canto decimosexto de *La Odisea* de Homero. Estaba sentado a una mesa en una angosta habitación de servicio en la sexta planta de un edificio de viviendas del séptimo *arrondissement* de París, que era su hogar desde hacía tres semanas, y ahora que Odiseo por fin ha conseguido volver a Ítaca después de su interminable viaje desde Troya, Atenea la de los ojos grises lo ha disfrazado con el atuendo y el cuerpo de un viejo y arrugado vagabundo, y cuando el hombre de fecundos ingenios se sienta con el porquero Eumaeus en una choza de montaña en los alrededores de la ciudad, entra Telémaco, el hijo de Odiseo, que sólo era un niño cuando su padre marchó a Troya veinte años antes y aún no sabe nada de su regreso después de haber vuelto él mismo de un largo y peligroso viaje, y cuando Eumaeus sale de la choza para anunciar a Penélope, madre del joven, que Telémaco ha regresado sano y salvo a Ítaca, padre e hijo se quedan a solas por primera vez, y aunque el padre es plenamente consciente de que está mirando a su hijo, el hijo sigue sin saber nada.

Atenea aparece entonces en la guisa de una alta y bella mujer de Ítaca, sólo vista por Odiseo y por tanto invisible para el hijo, y cuando la diosa hace señas al padre para que salga un momento, le dice que se ha acabado el tiempo del disimulo y ahora debe mostrarse ante Telémaco. «Dijo así» (tal como se traducía en la recién publicada versión de Fitzgerald que Ferguson tenía sobre la mesa) «y lo tocó con su vara de oro / y su pecho cubrió con túnica y manto muy limpios. / Y su talla le dio y el vigor juvenil que antes tuvo / dio a su tez moreno color y redondeó sus mejillas / y su barba ya no era gris».

No había Dios, repetía Ferguson para sí. Nunca había habido y jamás habría un solo Dios, pero había dioses, muchos dioses de muchas y de todas las partes del mundo, entre ellos los dioses griegos que vivían en el Monte Olimpo, Atenea, Zeus, Apolo y otros varios que retozaban por las primeras doscientas noventa y cinco páginas de *La Odisea*, y lo que gustaba a los dioses más que otra cosa era entrometerse en los asuntos de los hombres. Sencillamente no podían evitarlo, para eso habían nacido. Del mismo modo que los castores no podían evitar construir presas, suponía Ferguson, o que los gatos no podían evitar torturar a los ratones. Seres inmortales, sí, pero también con tiempo de sobra en las manos, lo que significaba que nada podía evitar que se inventaran entretenimientos jugosos, a veces horribles.

Cuando Odiseo vuelve a entrar en la choza, Telémaco se queda estupefacto por la transformación del anciano en lo que ahora concluye que debe ser un dios. Pero Odiseo, a punto de deshacerse en llanto, apenas capaz de hacer que las palabras salgan de sus labios, dice con calma: «Yo no soy ningún dios. ¿Por qué a un eterno me igualas? No, no. / Soy tu padre, quien te faltó en tu infancia / y por cuya ausencia tantos dolores padeciste. Yo soy ése».

Aquélla fue la primera puñalada, la punta de la hoja perforando la piel de Ferguson en la zona sin hueso, desprotegida, entre la caja torácica y la ingle, porque

leer la breve respuesta de Odiseo le produjo el mismo efecto que si los versos hubieran dicho: *Hoy va a hacer frío, Archie. No te olvides de ponerte la bufanda para ir al colegio*.

Entonces la hoja penetró hasta el fondo: «... abrazaba a su padre Telémaco / y lloraba y gemía vertiendo muchísimas lágrimas por la maravilla de un padre / y a los dos un afán de llorar les subía del pecho, / y lloraban con ruido plañendo lo mismo que el halcón de agudas garras, / al que unos rústicos robaron los polluelos cuando aún no volaban. / Era tan lastimoso en los dos el llorar de sus ojos, / y entregados al llanto se hubiera el sol ocultado...».

Era la primera vez que Ferguson lloraba leyendo un libro. Había derramado infinitas lágrimas en la oscuridad de cines tanto desiertos como abarrotados, a veces ante las sandeces más estúpidas y sensibleras, en más de una ocasión se sintió ahogado de emoción al escuchar con Gil la *Pasión según san Mateo*, sobre todo en aquel pasaje de la primera cara del tercer disco, cuando la voz del tenor se teñía súbitamente de emoción, pero los libros nunca le habían producido el mismo efecto, ni siquiera los más tristes, los más conmovedores, y sin embargo ahora, en la tenue luz del noviembre parisino, caían lágrimas sobre la página 296 de su edición de bolsillo de *La Odisea* de un dólar cuarenta y cinco centavos, y cuando apartó la vista del poema para mirar por la ventana de su angosta habitación, en el cuarto todo estaba borroso.

La Odisea era el segundo libro de la lista de lecturas de Gil. *La Ilíada* vino primero, y tras abrirse paso por los dos poemas épicos del bardo o bardos anónimos a quienes se dio el nombre de Hómēros, Ferguson prometió leer noventa y ocho libros más a lo largo de los dos próximos años, incluidas las tragedias y comedias griegas, Virgilio y Ovidio, partes del Antiguo Testamento (en la versión del rey Jacobo), las *Confesiones* de san Agustín, el *Infierno* de Dante, aproximadamente la mitad del contenido de los *Ensayos* de Montaigne, no menos de cuatro tragedias y tres comedias de Shakespeare, *El paraíso perdido* de Milton, selecciones de Platón, Aristóteles, Descartes, Hume y Kant, la antología Oxford de la poesía inglesa, la antología Norton de la poesía norteamericana, así como novelas inglesas, norteamericanas, francesas y rusas de autores como Fielding-Sterne-Austen, Hawthorne-Melville-Twain, Balzac-Stendhal-Flaubert y Gógol-Tolstói-Dostoievski. Gil y la madre de Ferguson esperaban que su hijo, exento del servicio militar y exladrón de libros, cambiara de opinión y fuera a la universidad dentro de uno o dos años, pero si Ferguson persistía en rechazar las ventajas de una educación formal, al menos ese centenar de títulos le proporcionaría algún conocimiento de los libros que toda persona culta debía haber leído.

Ferguson pretendía cumplir su promesa porque quería conocer aquellos libros y tenía toda la intención de leer hasta el último de ellos. No quería ir por la vida como un ignorante indisciplinado, sin preparación, sólo que no le apetecía ir a la universidad, y aun estando dispuesto a soportar dos horas diarias de clase cinco veces a la semana en la Alliance Française porque una de sus ambiciones en la vida era dominar el francés, no se sentía atraído por la idea de ir a clase a ningún otro sitio, menos aún a la universidad, que no sería mejor que ninguna de aquellas instituciones

de máxima seguridad en las que había estado recluido desde los cinco años; y sin duda aún peor. La única razón de renunciar a los propios ideales y matricularse en una de esas carreras de cuatro años era conseguir una prórroga en el ejército, que retrasaría el dilema de que lo llevaran a Vietnam o de decir no a Vietnam, lo que a su vez aplazaría el segundo dilema de prisión federal o alejamiento permanente de Estados Unidos, postergado todo ello durante la duración de la sentencia de cuatro años, pero Ferguson ya había solventado el problema por otros medios, y ahora que el ejército lo había rechazado, él podía rechazar la universidad sin tener que afrontar de nuevo tales dilemas.

Era consciente de su suerte. No sólo había evitado la guerra y las odiosas decisiones relacionadas con el conflicto, los espantosos síes y noes que todo varón norteamericano debía afrontar después del instituto y la universidad mientras prosiguiera la perversa guerra, sino que sus padres no se habían vuelto en su contra, eso era fundamental, nada más importante para las perspectivas de su supervivencia a largo plazo que el perdón otorgado por su madre y Gil por las transgresiones de su último año de instituto, y aunque seguían *preocupados por él* y por su equilibrio mental y emocional, no lo habían obligado a ver a un médico para la psicoterapia propuesta por Gil, que *le habría hecho mucho bien*, porque Ferguson había argumentado que no era necesaria, que ya había cometido todos los *errores propios de un estúpido adolescente* pero que en el fondo estaba perfectamente y que tirar el dinero en empeño tan nebuloso sólo haría que se sintiera culpable. Cedieron. Siempre cedían cuando les hablaba con su tono de voz maduro y sensato, porque cuando Ferguson se encontraba en sus mejores momentos en vez de en los más bajos, cosa que sucedía más o menos la mitad del tiempo, pocas personas en el mundo eran tan encantadoras como él, tan afectuosas, con una dulzura y un cariño tan sincero emanando de sus ojos que pocos se le podían resistir, y menos que nadie su madre y su padrastro, que eran plenamente conscientes de que Ferguson podía ser otras cosas además de encantador, pero aun así se encontraban impotentes para resistirse.

Dos cosas positivas, más una tercera que se materializó en el último momento, la ocasión de vivir en París durante un tiempo, tal vez durante mucho tiempo, lo que al principio no había parecido posible con su madre inquieta por la enorme distancia que los separaría y con Gil preocupado por los aspectos prácticos de la aventura y las docenas de obstáculos que podían presentarse, pero entonces, un par de semanas después de que la clasificación 4-F como inútil para el servicio aterrizara en el buzón de la familia, Gil escribió a París a Vivian Schreiber para pedirle su opinión, y la sorprendente respuesta que ella le dio a vuelta de correo puso fin a la preocupación de su padrastro y atenuó en gran medida la inquietud de su madre. «Mándame a Archie», escribía Vivian. «La *chambre de bonne* del sexto piso que corresponde a mi apartamento está libre en este momento, porque Edward, el hijo de mi hermano, ha vuelto a Estados Unidos para acabar su último año en Berkeley y no me he molestado en buscar un nuevo inquilino, lo que significa que Archie puede ocuparla si no le importa vivir en un espacio mínimo. Sin pagar alquiler, claro está. Y ahora que mi libro sobre Chardin se ha publicado en Londres y Nueva York, me paso el tiempo traduciéndolo al francés para mi editor de París, un trabajo fastidioso que ya está casi terminado, menos mal, y sin nuevos proyectos a la vista en el horizonte inmediato,

me encantaría asumir la tarea de orientar a Archie mientras se abre camino por los extraordinarios libros de tu lista, lo que por supuesto precisará que yo los lea a mi vez, y debo admitir que la idea de volver a zambullirme en toda esa espléndida literatura me resulta sumamente agradable. Los artículos cinematográficos del instituto que incluyes en tu carta demuestran que Archie es un joven capaz e inteligente. Si no aprueba mis métodos de enseñanza, siempre podemos buscar otro profesor. Pero estoy dispuesta a intentarlo.»

Ferguson estaba eufórico. No sólo París, sino París bajo el mismo techo que Vivian Schreiber, París bajo el benevolente cuidado de la más gloriosa encarnación de la feminidad, París en la rue de l'Université del séptimo *arrondissement*, el París de la orilla izquierda con todas las comodidades de un barrio próspero y tranquilo, muy cerca de los cafés de Saint-Germain, a un corto paseo cruzando el río hasta la Cinémathèque y el Palais de Chaillot, y, lo más importante de todo, por primera vez en su vida, *vivir solo*.

Fue doloroso despedirse de su madre y de Gil, sobre todo de su madre, que lloró un poco al final de su última cena doméstica en una lluviosa noche de mediados de octubre, y casi se le contagiaron las lágrimas pero evitó ese posible bochorno hablándoles del libro que había empezado a escribir unos días después del reconocimiento médico del ejército, en un momento en que se sentía completamente perdido porque aún no sabía lo que iba a ser de él, un pequeño libro que ya tenía título definitivo, *Cómo Laurel y Hardy me salvaron la vida*, que en el fondo trataba de su madre, explicó, y de los duros años que habían pasado juntos entre la noche del incendio de Newark y el día en que se casó con Gil, un libro que se dividiría en tres partes, «Espléndido olvido», la primera, era una relación de todas las películas que habían visto juntos durante el Curioso Interregno y los meses siguientes, la importancia que aquellas películas tenían para ellos, el socorro vital que aportaban aquellos ridículos films de estudio que veían juntos en el gallinero de los cines del West Side mientras su madre fumaba un Chesterfield tras otro y Ferguson soñaba que estaba dentro de la película representando un papel en la pantalla bidimensional que tenía delante, y la segunda parte se titularía «Stan y Ollie», una historia de su encaprichamiento con aquellos dos tarados y cuánto seguía queriéndolos, y luego un última sección, aún sin planear, algo que se titularía «Arte y basura» o «Esto frente a eso», que exploraría las diferencias entre las películas basura de Hollywood y las obras maestras de otros países, abogando en favor de la basura con el mismo rigor con que defendía las obras maestras, y tal vez le resultara beneficioso alejarse de su madre, aventuró, con objeto de escribir sobre ella tal como era entonces, para vivir durante un tiempo en aquellos espacios de la memoria tan amplios y densamente habitados sin interferencias del presente, sin nada que lo distrajera de vivir en el pasado tanto tiempo como le hiciera falta.

Su madre le sonrió a través de las lágrimas. Apagando con la mano izquierda un cigarrillo a medio fumar, extendió la derecha hacia Ferguson, atrajo a su hijo hacia sí y lo besó en la frente. Gil se levantó de la mesa, se acercó al sitio de Ferguson y lo besó a su vez. Ferguson los besó a los dos, y luego Gil besó a su madre y todos se dieron las buenas noches. Al anochecer del día siguiente, las buenas noches se habían convertido en adiós, y un minuto después Ferguson abordaba el avión y despegaba.

Había envejecido un poco desde la última vez que la vio, o parecía algo mayor que la persona que había tenido en la cabeza durante los tres últimos años, pero ahora tenía cuarenta y uno, casi cuarenta y dos, sólo uno menos que su madre, su madre todavía bella que también había envejecido algo en ese tiempo, y sin duda Vivian Schreiber seguía siendo bella, sólo un poco mayor, nada más, y aunque objetivamente era menos guapa que su madre, aún desprendía aquella luminosidad, todavía conservaba el atrayente resplandor de poderío y seguridad que le faltaba a su madre, a su madre artista y trabajadora que sólo se preocupaba de mejorar su aspecto cuando salía al mundo, mientras que Vivian Schreiber escribía libros sobre artistas y siempre estaba en el mundo, una viuda acomodada sin descendencia y con *multitud de amigos*, según Gil, que se codeaba con artistas, escritores, periodistas, editores, dueños de galerías y directores de museo, mientras la madre de Ferguson, de brillo más atenuado, estaba plenamente dedicada a su trabajo sin más amistades íntimas que su marido y su hijo.

Sentada en el asiento trasero del taxi que los llevaba a la ciudad desde el aeropuerto, Vivian (no señora ni madame Schreiber sino Vivian o Viv, tal como le había indicado en la terminal) hizo a Ferguson un centenar de preguntas sobre sus planes y lo que esperaba conseguir viviendo en París, a las que él contestó hablando del libro que había empezado a escribir en verano, de su determinación a mejorar el francés hasta el punto de poder hablarlo tan bien como el inglés, de su impaciencia por lanzarse de cabeza a la lista de lecturas de Gil y empaparse hasta de la última palabra de aquel centenar de libros, de ver tantas películas como le fuera posible y anotar sus observaciones en la carpeta de tres anillas, de su ambición por escribir artículos sobre cine y publicarlos en revistas británicas o norteamericanas o escritas en inglés pero publicadas en Francia en caso de que alguna los aceptara, de jugar al baloncesto en algún sitio y participar en competiciones si existía en París algo parecido a una liga de baloncesto de aficionados, de la posibilidad de dar clases particulares de inglés a chicos franceses para completar la asignación que sus padres iban a enviarle todos los meses, un arreglo monetario poco limpio ya que legalmente no le estaba permitido trabajar en Francia, y con su desfase horario Ferguson siguió hablando interminablemente en respuesta a las preguntas de Vivian Schreiber, que ya no lo intimidaba como cuando la conoció a los quince años, capaz ya de la audacia de considerarla no como una progenitora auxiliar sino como una adulta conocida y posible amiga, porque no había razones para suponer que le había ofrecido una habitación en su edificio movida por algún impulso maternal subyacente (mujer sin hijos ocupándose del hijo que podría haber tenido a los veintipocos años), no, en este caso no se trataba de cierta maternidad por poderes, había otro motivo, una razón de momento incognoscible que seguía desconcertándolo, y por tanto, una vez que hubo contestado a sus innumerables preguntas, se dispuso a hacerle sólo una, la misma que había venido haciéndose desde el momento en que Gil recibió su carta: ¿por qué hacía todo aquello? No era que no se lo agradeciese, añadió Ferguson, no era que no lo entusiasmara encontrarse de nuevo en París, pero apenas se conocían, ¿y por qué iba a molestarse tanto por alguien que casi era un desconocido?

Buena pregunta, repuso ella. Ojalá pudiera contestarla.

¿Es que no lo sabes?

Pues no.

¿Tiene algo que ver con Gil? ¿Para agradecerle lo que hizo por ti durante la guerra, quizá?

Puede. Pero no es sólo eso. Es más bien porque no tengo nada que hacer, me parece. Me ha llevado quince años escribir el libro sobre Chardin, y ahora que lo he acabado, el espacio que el libro ocupaba en mi vida resulta que está vacío.

Quince años. No puedo ni imaginármelo, *quince años*.

Vivian sonrió, una especie de sonrisa ceñuda, observó Ferguson, pero sonrisa a pesar de todo. Dijo: Soy lenta, cariño.

Sigo sin entenderlo. ¿Qué tiene que ver conmigo ese espacio vacío?

La fotografía, podría ser.

¿Qué fotografía?

La que te hizo tu madre cuando eras pequeño. La compré yo, ¿recuerdas? Y durante los tres últimos años ha estado colgada en la habitación donde terminé de escribir *Chardin*. La he contemplado miles de veces. El niño de espaldas a la cámara, con las vértebras de la afilada espina dorsal sobresaliendo de la apretada camiseta a rayas, el delgado brazo derecho extendido, la mano abierta sobre la alfombra, y Laurel y Hardy en la pantalla a cierta distancia, la misma que hay de tus ojos a la pantalla y de tu espalda a la cámara. Las proporciones son perfectas, sublimes. Y ahí estás tú, completamente solo en el suelo, varado en medio de esas dos distancias. La infancia personificada. La soledad de la infancia. La soledad de tu infancia. Y ni que decir tiene, siempre que miro la fotografía pienso en ti, en el muchacho que conocí hace tres años, el mismo que una vez fue el niño de la fotografía, y después de pensar en ti tan a menudo, me resulta difícil no pensar en que somos amigos. Así que cuando Gil me escribió diciéndome que querías venir, dije para mis adentros: Estupendo, ahora podemos ser amigos de verdad. Sé que parece una bobada, pero ahí lo tienes. Creo que vamos a pasar juntos unos ratos interesantes, Archie.

El piso de la segunda planta era grande, la *chambre de bonne* de la sexta no lo era. Siete grandes habitaciones abajo, un cuartito arriba, y cada una de aquellas habitaciones estaba llena de muebles, lámparas de pie, alfombras persas, óleos, dibujos, fotografías y libros, libros por todas partes, en la habitación principal, en el estudio y a lo largo de una pared del salón, un piso espacioso, de techos altos, que no parecía recargado porque las estancias eran lo bastante amplias para absorber los objetos que contenían sin estorbar los movimientos de sus habitantes, una sensación agradable de *justo lo suficiente* y no de *muy poco* ni *demasiado*, y cuánto gustó a Ferguson la enorme y anticuada cocina, toda en blanco, con baldosas negras y blancas bajo las plantas de los pies, y las dobles puertas con espejos que separaban el salón del comedor, con sus tiradores franceses tan esbeltos, a diferencia de los rechonchos pomos utilizados en Norteamérica, y los enormes ventanales del salón, revestidos con visillos de muselina casi traslúcidos, lo que permitía que la luz se filtrase durante todas las horas de la mañana y la tarde y a veces hasta casi oscurecido. Paraíso burgués en el piso de abajo, pero arriba, en la habitación de servicio de la sexta planta, que en realidad era la séptima del edificio porque los franceses no contaban la planta baja como primer piso sino como *rez-de-chaussée*, no había nada sino cuatro paredes, un techo inclinado y el espacio justo para una cama,

una librería estrecha de cinco estantes, una mesa diminuta con una crujiente silla de madera y mimbre, un cajón incorporado a la cama por abajo para guardar cosas y un lavabo con agua fría. Retrete común al fondo del pasillo; ni ducha ni baño. Un piso al que se accedía por ascensor hasta el quinto y luego por las escaleras hasta el siguiente, donde corría un largo pasillo por la fachada norte del edificio con seis puertas marrones idénticas dispuestas en hilera, cada una de ellas propiedad de los dueños de las viviendas de las plantas cero a cinco, y la segunda era la de Ferguson mientras que los demás cuartos estaban ocupados por doncellas españolas y portuguesas que trabajaban en los pisos de abajo. Era una celda monacal estrecha y sombría, pensó Ferguson cuando puso los pies en ella con Vivian la mañana de su primer día en París, nada parecida a lo que se esperaba, el sitio para vivir más pequeño que había tenido desde los comienzos de su vida, una *chambre* a la que sin duda tardaría en acostumbrarse antes de habitarla sin la sensación de estar a punto de asfixiarse, pero tenía ventanas, o una doble ventana, un alto ventanal en la pared norte, con un balcón liliputiense cercado por una barandilla metálica por tres lados y con el espacio justo para acomodar sus pies de la talla cuarenta y cinco, y desde el balcón o a través del ventanal podía dirigir la vista al norte y apreciar una perspectiva del Quai d'Orsay, el Sena, el Grand Palais en la otra parte del río, y más allá de la orilla derecha, la lejana bóveda marfileña del Sacré-Coeur en Montmartre, y volviendo la cabeza a la izquierda e inclinándose sobre la barandilla, se encontraba con el Champ de Mars y la Torre Eiffel. No estaba mal. Nada mal, en realidad, porque no se trataba de pasar todo el tiempo en aquel cuarto, que sólo le servía para estudiar, escribir y dormir, mientras que para comer, bañarse y hablar estaba el piso de Vivian escaleras abajo, donde Celestine, la cocinera, le daba de comer siempre que se lo pedía, deliciosos tazones de café con *tartines beurrées* para desayunar, platos calientes cuando no almorzaba sándwiches en pequeños cafés o en los alrededores del boulevard Saint-Germain, y luego cenaba en el piso con o sin Vivian, con ella en restaurantes, con ella y más gente en restaurantes, con invitados en el piso o en otras casas, y como Vivian iba presentándolo gradualmente en el complejo mundo parisino en que vivía, Ferguson empezó a sentirse poco a poco como en casa.

Durante los cinco primeros meses, el ritmo de sus hábitos diarios era el siguiente: trabajo en el libro por la mañana de nueve a doce, almuerzo de doce a una, lectura de los libros de la lista de Gil de una a cuatro, salvo martes y jueves, cuando leía de una a dos y media y luego pasaba una hora en el estudio de Vivian charlando con ella de los libros, paseo de una hora por diversos barrios de la orilla izquierda (sobre todo Saint-Germain, el Barrio Latino y Montparnasse), y luego al boulevard Raspail, a clase en la Alliance Française de lunes a viernes. Hasta que terminó el libro (cosa que sucedió en marzo, pocos días después de su decimonoveno cumpleaños), y hasta que consideró que su francés era lo bastante sólido para prescindir de las clases (también en marzo), se atuvo rígidamente a las tres actividades fundamentales de lectura, escritura y estudio con exclusión de todo lo demás, lo que significaba que de momento no había tiempo para ver cine salvo los sábados y domingos y alguna esporádica noche entre semana, no había tiempo para jugar al baloncesto ni tampoco para dar clases particulares de inglés a niños franceses. Nunca antes había mostrado Ferguson tal empeño y determinación con respecto a empresa alguna, un compromiso

tan ferviente con las tareas que él mismo se había impuesto, pero tampoco se había sentido tan firme y tranquilo como cuando la luz de la mañana entraba por su ventana, tan a gusto de estar donde estaba, incluso en las mañanas de resaca o cuando no se encontraba en su mejor momento.

El libro lo era todo para él. La diferencia entre estar vivo y no estarlo, y aunque Ferguson era joven, sin duda sumamente joven para acometer un proyecto semejante, la ventaja de empezar el libro a los dieciocho años consistía en que aún estaba cerca del territorio de su infancia y lo recordaba bien, y gracias al señor Dunbar y al *Riverside Rebel* en el que llevaba varios años escribiendo ya no era estrictamente un novato. Había publicado veintisiete artículos de diversa extensión en el periódico del señor Dunbar (uno bastante breve, de dos páginas y media mecanografiadas, otro muy largo, de once), y después de recoger sus impresiones cinematográficas en la carpeta de tres anillas, había adquirido la costumbre de escribir casi todos los días, porque la carpeta contenía ya más de ciento sesenta hojas, y el salto de *casi todos los días* a *todos los días contra viento y marea* no supuso un verdadero salto sino un lógico paso adelante. Además de sus propios esfuerzos de los tres últimos años, estaban las conversaciones con Gil, las lecciones que le había dado sobre cómo lograr concisión, gracia y claridad en cada frase que escribía, cómo unir una frase con otra para construir un párrafo que tuviera fuerza, y cómo empezar el párrafo siguiente con una oración que prolongara o contradijera las afirmaciones del párrafo anterior (en función de los argumentos o la intención), y Ferguson escuchó con interés a su padrastro y asimiló bien tales lecciones, lo que significaba que aun recién salido del instituto cuando empezó a trabajar en el libro, ya había jurado lealtad a la bandera de la Palabra Escrita.

Se le ocurrió la idea después de las humillaciones del reconocimiento médico en el ejército el 2 de agosto. No sólo lo habían obligado a revelar la negra mancha que había caído sobre su nombre con la expresión *antecedentes penales*, sino que el médico había insistido en que le diera detalles, no sólo de cuando lo atraparon por birlar libros el día en que la mano de George Tyler cayó pesadamente sobre su hombro, sino de cuántas veces había robado libros sin que lo pillaran, y como Ferguson estaba tenso y asustado de encontrarse en aquel edificio del gobierno de Whitehall Street hablando con un médico del Ejército de Estados Unidos, le dijo la verdad, dijo *varias veces* en respuesta a la pregunta del galeno, pero además de la humillación de ahondar en las actividades de maleante de su último año de instituto, hubo otra aún mayor, la de confesar sus *antinaturales deseos sexuales*, su atracción por los chicos y también por las chicas, y entonces el médico, el doctor Mark L. Worthington, le pidió que también le facilitara detalles de esa cuestión, y aunque Ferguson comprendía que al responder verazmente se aseguraría el no servir en el ejército ni pasar de dos a cinco años en una prisión federal por negarse a hacer el servicio militar, le resultó difícil decir la verdad por la repugnancia que vio en los ojos del doctor Worthington, repulsión que expresó frunciendo los labios y apretando las mandíbulas, pero quería conocer los pormenores y Ferguson no tuvo más remedio que dárselos, así que fue describiendo uno por uno los actos eróticos que había realizado durante su aventura amorosa con el bello Brian Mischevski desde principios de primavera hasta el día en que Brian se marchó de Nueva York a principios de

verano, y Sí, señor, dijo Ferguson, se habían acostado juntos muchas veces y sin ropa, es decir, los dos completamente desnudos, y Sí, señor, dijo Ferguson, se habían besado con los labios abiertos metiéndose la lengua dentro de la boca abierta, y Sí, señor, se habían introducido el pene en erección en sus respectivas bocas, y Sí, señor, habían eyaculado el uno en la boca del otro, y Sí, señor, se habían metido el pene erecto en sus respectivos culos y habían eyaculado en esos culos o entre las nalgas circundantes o en sus respectivas caras o estómagos, y cuanto más hablaba Ferguson, más repugnancia expresaba el rostro del médico, y cuando acabó la entrevista, Ferguson, que nunca sería llamado a filas, temblaba de pies a cabeza, asqueado por las palabras que le habían brotado de los labios no porque se avergonzara de sus actos sino porque los ojos del médico lo habían condenado, considerándolo moralmente un degenerado y una amenaza para el estilo de vida norteamericano, con lo que Ferguson se sintió como si le hubiera escupido el gobierno de Estados Unidos, que al fin y al cabo era su país, le gustara o no, y a modo de venganza dijo para sus adentros mientras salía del edificio al caluroso verano de Nueva York que escribiría un libro corto sobre los oscuros años posteriores al incendio de Newark, un libro con tanta fuerza, tan brillante y tan lleno de verdades sobre lo que significaba estar vivo que a ningún norteamericano se le ocurriría escupirle otra vez.

Tenía siete años cuando mi padre murió abrasado en un incendio provocado. Metieron sus restos carbonizados en un cajón de madera, y cuando mi madre y yo dimos sepultura al féretro, la tierra sobre la que caminábamos empezó a desmoronarse bajo nuestros pies. Yo era hijo único. Mi padre había sido mi único padre, y mi madre había sido su única mujer. Ahora no era mujer de nadie, y yo era un niño sin padre, hijo de una mujer pero ya no de un hombre.

Vivíamos en una pequeña ciudad de Jersey justo a las afueras de Nueva York, pero seis semanas después de la noche del incendio, mi madre y yo nos marchamos del pequeño municipio y nos trasladamos a la gran ciudad, donde nos albergamos temporalmente en el piso de los padres de mi madre, en la calle Cincuenta y ocho Oeste. Mi abuelo lo denominaba «curioso interregno». Con eso se refería a una época sin dirección fija y sin colegio, y en los meses siguientes, los fríos días de invierno de finales de diciembre de 1954 y comienzos de 1955, mientras mi madre y yo recorríamos a pie las calles de Manhattan en busca de otro sitio donde vivir y otro colegio para mí, a menudo nos refugiábamos en la oscuridad de los cines...

Un primer borrador de la primera parte estaba acabado cuando Ferguson salió de Nueva York a mediados de octubre. Setenta y dos páginas mecanografiadas entre los dos meses y medio transcurridos desde el reconocimiento del ejército y el vuelo a través del Atlántico, aproximadamente una página al día, que era el objetivo que Ferguson se había fijado, una decente página diaria y todo lo que escribiera de más sería un milagro. No había tenido valor para enseñar a su madre o a Gil esa parte sin revisar del libro, con idea de mostrarles el producto acabado sólo cuando estuviera completamente terminado, pero en aquellas páginas hablaba de la mayoría de las películas que había visto con su madre durante el Curioso Interregno, así como del Curioso Interregno propiamente dicho y luego de su asistencia a Hilliard, de su guerra con Dios y el autodestructivo plan de fracaso consciente, de las incontables incursiones al gallinero de los cines para ver más películas de Hollywood durante el

periodo del Espléndido Olvido, seguido del nuevo comienzo de su madre como fotógrafa y la conversión de su luminosa habitación de juegos en un cuarto oscuro para revelar las fotos, once meses y medio de su temprana vida a partir de la mañana del 3 de noviembre de 1954, cuando su madre le comunicó que su padre había muerto abrasado en el incendio de Newark, hasta la tarde del 17 de octubre de 1955, cuando Ferguson encendió la televisión en el apartamento del tercer piso y se encontró con el tema musical de los *Cucús* y los títulos de crédito que anunciaban la primera película de Laurel y Hardy que veía en la vida.

Tardó un par de semanas en adaptarse a su nuevo entorno y hacer las paces con las estrecheces del cuarto, pero el 1 de noviembre ya estaba otra vez con el libro, después de haber preparado en Nueva York el capítulo «Stan y Ollie» estableciendo una lista completa de sus películas y seguidamente, con ayuda de su padrastro, acordando con Clement Knowles, director del departamento cinematográfico del Museo de Arte Moderno, el visionado de todos los films de Laurel y Hardy de que disponían en su colección, muchas veces él solo en la moviola, en ocasiones proyectados para él solo en pantalla grande, y como escribía un informe detallado de todas las películas que veía, aún seguían frescas en su memoria cuando empezó a escribir sobre ellas en París. Por increíble que pareciese, sólo se había publicado un libro en inglés sobre Laurel y Hardy, una doble biografía de doscientas cuarenta páginas escrita por John McCabe y publicada en 1961, pero nada aparte de ése, ningún otro libro en inglés que Ferguson supiera. Ollie había muerto en 1957, y Stan, sin ser tremendamente viejo (setenta y cuatro), en febrero de 1965, apenas seis meses antes de que Ferguson concibiera el plan para narrar cómo aquella pareja le había salvado la vida diez años atrás, y una vez que empezó esa parte del libro, no dejó de pensar en la oportunidad perdida, porque nada le hubiera hecho más feliz que enviar a Stan el manuscrito de su libro cuando hubiera concluido el borrador definitivo. Igual que en los artículos escritos cuando estudiaba en Nueva York, el enfoque de Ferguson se centraba en las películas en sí mismas, en los films que había visto de niño a los ocho y nueve años, sin información biográfica alguna sobre sus dos amigos del sombrero hongo ni información histórica sobre cómo había creado el equipo en 1926 el director Leo McCarey en el estudio Hal Roach, ni tampoco sobre los tres matrimonios de Ollie y los seis de Stan (¡tres de ellos con la misma mujer!). Aparte de escribir el libro, y tan importante como el hecho de escribirlo, en la cabeza de Ferguson el pensamiento que dominaba con carácter más persistente era la cuestión sexual, y sin embargo ahora, a la ya adelantada edad de dieciocho años, le resultaba casi imposible imaginar a Stan Laurel manteniendo relaciones sexuales con nadie, y menos aún con seis esposas, tres de las cuales habían sido la misma mujer.

Siguió trabajando durante todo noviembre, diciembre y la mitad de enero, concluyendo la segunda parte con la visita por sorpresa de sus abuelos en diciembre al apartamento de Central Park West, cargados con los voluminosos regalos de la pantalla plegable, el proyector de dieciséis milímetros y las diez latas de cortos de Laurel y Hardy, una parte que por alguna razón incomprensible tenía exactamente la misma extensión que la primera, setenta y dos páginas, el último párrafo de la cual decía lo siguiente: *Poco importaba que hubieran comprado el proyector de segunda mano; funcionaba. Daba igual que las copias estuvieran rayadas y a veces el sonido*

pareciese surgir del fondo de una bañera; las películas se podían ver. Y con las películas apareció una nueva serie de términos que debía aprender: «rueda dentada», por ejemplo, que resultó una expresión mucho más agradable en la que pensar que «restos carbonizados».

A partir de ahí Ferguson perdió el rumbo. La tercera parte del libro, que en los meses transcurridos había recibido otro título, «Genios y traperos», estaba concebida para explorar las diferencias entre films artísticos y comerciales, en particular las diferencias entre Hollywood y el resto del mundo, y Ferguson había meditado mucho sobre los cineastas de que quería hablar, tres *traperos* hollywoodenses que habían destacado en la realización de buenos productos comerciales en un amplio registro de géneros y estilos (Mervyn LeRoy, John Ford, Howard Hawks) y tres *genios* extranjeros (Eisenstein, Jean Renoir y Satyajit Ray), pero después de pasar dos atribuladas semanas y media tratando de trasladar sus ideas al papel, Ferguson se dio cuenta de que el tema que estaba tratando no tenía nada que ver con el resto del libro, que estaba escribiendo otra historia u otro ensayo y que en su libro sobre padres muertos y madres en apuros y niños destrozados no había espacio para elucubraciones de ese tipo. Comprender lo mal que había estructurado el proyecto fue una verdadera conmoción, pero ahora, al ver cómo había errado el camino, creyó saber cómo arreglar el estropicio. Dejó a un lado las veinte páginas de «Genios y traperos» y volvió a la primera parte, que ahora dividió en dos, «Un Curioso Interregno», que cubría la época posterior al incendio y anterior a Hilliard en Nueva York y acababa con las palabras que su madre había dicho a la taquillera del cine del Upper West Side —*Váyase a paseo, señora. Pero antes deme la vuelta*—, y «Espléndido olvido», que ahora empezaba en otro sitio, con Ferguson entrando en Hilliard en su primer día en aquel colegio, pero terminaba igual, con su primer film de Laurel y Hardy en la televisión. En la tercera parte añadió unos párrafos sobre la reacción de su madre a la pareja de idiotas y exploró algo más a fondo el gag de las *labores cotidianas*, pero el capítulo seguía terminando con la palabra *carbonizados*. Luego añadió un cuarto capítulo, «Cena en el gallinero», que según entendía ahora era la conclusión lógica del libro, el núcleo emocional de la narración, y cómo podía haber sido tan estúpido y estado tan ciego para haber ignorado esa escena con su madre en el salón, haber considerado dejarla fuera del libro cuando en realidad toda la narración tendía hacia ese momento, y así, en tres mañanas de febrero, tres mañanas de devastación y absoluta concentración en el trabajo, sintiendo que los párrafos que iba escribiendo tenían más vida que cualquier otro pasaje del libro, Ferguson escribió las diez páginas que necesitaba sobre su desmoronamiento y la confesión a su madre, sobre el diluvio de lágrimas que ambos derramaron sentados en la alfombra del salón, sobre el repetitivo y mudo Dios-no-Dios-anti-Dios y el motivo de sus malas notas en el colegio, y luego, cuando se enjugaron las lágrimas y recobraron la compostura, se fueron al cine —¡no faltaba más!— de la esquina de la calle Noventa y cinco con Broadway y comieron perritos calientes en el gallinero, que regaron con *cocacolas sin burbujas, aguadas*, y su madre encendió otro Chesterfield y vieron a Doris Day cantando una de las canciones más estúpidas jamás compuestas, *Qué será, será*, en la versión en tecnicolor de Hitchcock de *El hombre que sabía demasiado*.

Escribir sobre su vida a lo largo de los seis meses que tardó en acabar el breve libro de ciento cincuenta y siete páginas llevó a Ferguson a establecer una nueva relación consigo mismo. Se sentía más íntimamente vinculado a sus propios sentimientos y a la vez alejado de ellos, casi distante, indiferente, como si escribiendo el libro se hubiera convertido paradójicamente en una persona más cálida y a la vez más fría, más cálida por el hecho de que se había abierto las entrañas para que las viera el mundo, más fría por el hecho de que podía observarlas como si fuesen de otro, de un extraño, de alguien anónimo, y si aquella nueva relación con su personalidad de escritor era buena o mala, mejor o peor, lo desconocía. Lo único que sabía era que el libro lo había dejado agotado, y no estaba seguro de si alguna vez tendría valor para escribir otra vez sobre su vida. De cine, sí, tal vez de otros temas también, algún día, pero la autobiografía era algo desgarrador, la exigencia de ser a la vez cálido y frío era demasiado difícil, y ahora que había redescubierto a su madre tal como era entonces, se encontró con que la echaba de menos tal como era ahora, los echaba en falta a los dos, a ella y a Gil, y con el *Herald Tribune* al borde del colapso, esperaba que pronto fuesen a visitarlo a París, porque aunque Ferguson ya fuese casi un hombre, aún tenía mucho de niño, y habiendo habitado en su infancia durante los últimos seis meses no le iba a resultar fácil salir de ella.

Aquella tarde bajó para su sesión de estudio de los jueves con Vivian llevando en la mano las páginas sin grapar de *Cómo Laurel y Hardy me salvaron la vida* en vez de su ejemplar de *Hamlet*. *Hamlet* tendría que esperar, decidió Ferguson. Hamlet, que no hizo más que esperar, tendría que seguir esperando un poco más, porque ahora que el libro había llegado a buen término, Ferguson estaba desesperado por que alguien lo leyera, ya que él mismo era incapaz de juzgar lo que había escrito y no tenía ni idea de si había producido un libro de verdad o un falso libro, un jardín rebosante de rosas y violetas o un camión cargado de estiércol. Con Gil al otro lado del océano, Vivian era la inevitable candidata, la preferida, y Ferguson sabía que podía confiar en que leyera su obra con una actitud justa e imparcial, porque ya había demostrado ser una excelente preceptora, siempre diligente y preparada para sus dos clases particulares a la semana e increíblemente aguda, con incontables cosas que decir sobre las obras que estudiaban juntos (lectura atenta, el método de *explication de texte* para determinados pasajes cruciales, tal como se mostraba en el capítulo de la *Mímesis* de Auerbach sobre la cicatriz de Ulises), pero también el entorno en que se inscribían las obras, las condiciones sociales y políticas en la antigua Roma, por ejemplo, el exilio de Ovidio, el destierro de Dante y la revelación de que san Agustín procedía del norte de África y por tanto era negro o muy moreno, una continua afluencia de manuales de referencia, libros de historia y estudios críticos sacados de la cercana Biblioteca Norteamericana y de la biblioteca del Instituto Británico de un poco más allá, y a Ferguson lo impresionaba y divertía el hecho de que la sumamente *mondaine* y a menudo frívola madame Schreiber (cómo se reía en las fiestas, qué carcajadas soltaba con los chistes verdes) fuese al mismo tiempo una erudita y consagrada intelectual, licenciada *summa cum laude* por Swarthmore, doctora en Historia del arte por la que ella denominaba la Sor Buena de París (tesis sobre Chardin: su primer acercamiento al tema que acabaría transformando en libro) y escritora de pluma clara y fluida (Ferguson había leído partes de su libro), y además de instruirle en la forma de leer y

asimilar las obras literarias de la lista de Gil, se tomaba la molestia de enseñarle a mirar y estudiar las obras de arte con visitas sabatinas al Louvre, el Musée de l'Art Moderne, el Jeu de Paume o la Galerie Maeght, y aunque Ferguson seguía sin entender por qué dedicaba tanto tiempo a su educación, veía que sus conocimientos iban aumentando gracias a ella, pero por qué, preguntaba, por qué haces todo esto por mí, y la enigmática Viv siempre sonreía diciendo: Porque me divierte, Archie. Porque estoy aprendiendo mucho.

Cuando Ferguson bajó el manuscrito aquella tarde de mediados de febrero, ya llevaba cuatro meses viviendo en París y Vivian Schreiber y él se habían hecho amigos, buenos amigos, y quizá (pensaba Ferguson a veces) hasta estaban un poco enamorados el uno del otro, o al menos él sí lo estaba de ella, y Vivian nunca había dejado de mostrarle sino el más cordial de los afectos cómplices, y después de llamar a la puerta de su estudio para su cita de las dos y media, no esperó a que le dijera que pasara, porque no solían proceder de ese modo, lo único que hacía era llamar para que ella supiera que había llegado y pasaba sin más, de modo que entró y se la encontró sentada como de costumbre en la butaca de cuero negro con las gafas de lectura puestas, un Marlboro encendido entre los dedos índice y corazón de la mano izquierda (seguía fumando tabaco norteamericano al cabo de veintiún años en Francia) y un ejemplar de bolsillo de *Hamlet* en la derecha, abierto más o menos a la mitad, y, como siempre, su fotografía en la pared justo detrás de la cabeza de Vivian, *Archie*, la foto realizada por su madre más de diez años atrás, que según comprendió de pronto debía figurar en la portada del libro si es que alguien quería publicarlo (¡buena suerte!), y cuando Vivian alzó la vista del libro y le sonrió, Ferguson se acercó a ella sin decir palabra y depositó el manuscrito a sus pies.

¿Ya está?, preguntó ella.

Ya está, confirmó él.

Bien hecho, Archie. Bravo. Y muchas *merdes* para señalar el día.

Me pregunto si podríamos saltarnos *Hamlet* esta tarde para que puedas echarle una mirada. Es corto. No creo que necesites más de dos o tres horas para acabarlo.

No, Archie, me hará falta más tiempo. Supongo que querrás una apreciación rigurosa, ¿no?

Desde luego. Y siempre que algo te choque a la vista, señálamelo, por favor. El libro aún no es definitivo, sólo lo he terminado de momento. Así que léelo con lápiz. Sugiere cambios, mejoras, supresiones, cualquier cosa que se te ocurra. He acabado tan harto que ya no lo puedo ni ver.

Vamos a hacer una cosa, dijo Vivian. Yo me quedo aquí y tú te vas a dar un paseo, a cenar, al cine, a donde quieras, y cuando vuelvas a casa, sube derecho a tu habitación.

Me estás echando, ¿o qué?

No quiero verte por aquí mientras leo tu libro. Demasiada interferencia mental. *Tu comprends?* (¿Entiendes?)

Oui, bien sûr. (Sí, desde luego.)

Nos veremos en la cocina mañana por la mañana a las ocho y media. Lo cual me deja lo que queda de tarde, el anochecer y parte de la noche si es preciso.

¿Y la cena que tenías con Jacques y Christine? ¿No habías quedado con ellos a

las ocho?

La anularé. Tu libro es más importante.

Sólo si es bueno. Si es malo, me maldecirás por haberte perdido la cena.

No espero que sea malo, Archie. Pero aunque lo sea, tu libro sigue siendo más importante que la cena.

¿Cómo puedes decir eso?

Porque es tu libro, *tu primer libro*, y por muchos otros que escribas en el futuro nunca volverás a escribir tu primer libro otra vez.

En otras palabras, he perdido la virginidad.

Eso es. Has perdido la virginidad. Y tanto si la has perdido con un buen polvo como con un mal polvo, nunca volverás a ser virgen.

A la mañana siguiente, Ferguson se presentó en la cocina unos minutos antes de las ocho, esperando recuperar fuerzas con un par de tazones del *café au lait* de Celestine antes de que apareciese Vivian para dictar su veredicto sobre su bochornoso libro y lo arrojara al cubo de la basura de la historia, otro objeto humano desechado para pudrirse con otros millones de objetos. Pese a sus cálculos, sin embargo, Vivian le había ganado por la mano, y allí se la encontró Ferguson al entrar en la blanca cocina, sentada a la esmaltada mesa blanca y vestida con la bata blanca que se ponía por las mañanas y con las páginas blancas y negras de su manuscrito apiladas al lado de su blanco tazón lleno del *café au lait* de Celestine.

Bonjour, monsieur Archie, dijo Celestine. *Vous vous levez tôt ce matin* (Se ha levantado pronto esta mañana), dirigiéndose a Ferguson con el formal *vous* de los sirvientes en lugar de con el *tu* de los que se tratan de igual a igual, una peculiaridad de la lengua que seguía chirriando en sus oídos norteamericanos.

Celestine era una mujer menuda y vivaracha de unos cincuenta años, reservada, discreta pero sumamente amable, según la apreciación de Ferguson, y aunque insistía en llamarlo de *vous*, le gustaba la forma en que pronunciaba su nombre en francés, suavizando el sonido fuerte de la *ch* en un menos brusco *sh* y convirtiéndolo en Ar-shií, lo que invariablemente le hacía pensar en la palabra francesa *archive*, ar-shiíve. Por joven que fuese, Ferguson se había convertido en un archivo, lo que significaba que era alguien que perduraría durante siglos, aunque su libro estuviera destinado al cubo de la basura de la historia.

Parce que j'ai bien dormi, le contestó Ferguson (Porque he dormido bien), cosa que era manifiestamente incierta, ya que con un vistazo a su pelo revuelto y a sus ojos hundidos cualquiera hubiera dicho que la noche anterior se había bebido una botella entera de vino tinto y apenas había pegado ojo en toda la noche.

Vivian se puso en pie y le dio un beso en cada mejilla, su saludo normal por la mañana, pero entonces, apartándose del ritual diario, le echó los brazos al cuello y volvió a besarlo en ambas mejillas, dos ósculos de categoría esta vez, dos sonoros besazos que rebotaron por los baldosines de la cocina, después de lo cual lo apartó bruscamente de ella y, sin soltarlo, observándolo a la distancia de su brazo, le preguntó: Pero ¿qué te pasa? Tienes un aspecto horrible.

Estoy nervioso.

No estés nervioso, Archie.

Estoy a punto de cagarme en los pantalones.

Pues no lo hagas.

¿Y si no me puedo aguantar?

Siéntate, idiota, y escúchame.

Ferguson se sentó. Un momento después, Vivian se sentó a su vez. Se inclinó hacia delante, lo miró a los ojos y dijo: No te preocupes, chaval. *Tu piges?* (¿Lo pillas?) *Tu me suis bien?* (¿Me entiendes bien?) Es un libro precioso, conmovedor, y me maravilla que alguien de tu edad pueda escribir algo tan bueno. Está tan bien estructurado, que si no cambiaras una palabra podría publicarse tal cual. Por otro lado, todavía no es perfecto, y como me dijiste que lo leyera y lo fuera marcando si quería, eso es lo que he hecho. He sugerido unas seis o siete páginas con supresiones, diría yo, junto con cincuenta o sesenta frases que requieren más elaboración. *En mi opinión*. No tienes que hacerme caso, por supuesto, pero ahí tienes el manuscrito *(deslizándolo por la mesa hacia Ferguson)*, y hasta que decidas lo que quieres hacer, no diré una palabra más. Sólo son sugerencias, recuérdalo, pero, *en mi opinión*, creo que el libro mejorará bastante con los cambios.

¿Cómo puedo agradecértelo?

No me lo agradezcas a mí, Archie. Agradéceselo a tu extraordinaria madre.

Esa misma mañana, Ferguson volvió a las páginas de su manuscrito y empezó a abrirse paso entre las observaciones de Vivian, que en su mayor parte daban en el blanco, pensaba él, entre un ochenta o noventa por ciento de ellas, en cualquier caso, lo que era un porcentaje considerable, muchas supresiones breves pero importantes, un frase aquí, un adjetivo allá, sutiles pero implacables cortes para incrementar la energía de la prosa, y luego las frases torpes, de las que había en gran número, lo avergonzaba reconocer, puntos ciegos en los que no había caído después de docenas de lecturas, y a lo largo de los diez días siguientes Ferguson atacó cada una de aquellas meteduras de pata e insoportables repeticiones, unas veces cambiando cosas que Vivian había dejado sin señalar, otras invirtiendo los cambios y volviendo al original, pero lo fundamental era que Vivian había dejado intacta la estructura del libro, su lápiz no había cambiado de sitio párrafos ni partes, no había correcciones graves ni pasajes tachados, y una vez que Ferguson hubo incorporado las revisiones en su mecanoscrito lleno de garabatos y apenas legible, mecanografió el libro de nuevo, esta vez por triplicado (dos copias con papel carbón), lo que resultó ser un trabajo endiablado por su propensión a equivocarse de tecla, pero cuando el 3 de marzo llegó su decimonoveno cumpleaños, casi había acabado, y seis días después lo terminó del todo.

Mientras, Vivian había hecho unas cuantas llamadas, realizando indagaciones entre sus amigos británicos sobre posibles editoriales para el libro de Ferguson, decidiéndose por Londres y no por Nueva York porque allí tenía mejores contactos, y Ferguson, que era un absoluto ignorante sobre todas las cuestiones relacionadas con la edición, ya fuera en Inglaterra o en Estados Unidos, dejó todo en manos de Vivian y siguió con su mecanografía, empezando ya a pensar en su ensayo «Genios y traperos», que ya tenía parcialmente escrito y que quizá podría ser el germen de un segundo libro, y en leer algunos de sus artículos más largos del instituto con idea de elaborarlos (si le parecía que valían la pena) e intentar colocarlos en revistas, pero aun después de que Vivian redujera las posibilidades británicas a dos pequeñas

editoriales literarias, empresas diminutas pero con empuje dedicadas a publicar lo que ella denominaba *nuevo estro*, Ferguson no albergaba esperanzas de que ninguna de las dos le publicara el libro.

Tú decides a cuál quieres enviárselo primero, le dijo Vivian en la cocina la mañana de su decimonoveno cumpleaños, y cuando le anunció que los nombres de las editoriales eran Io Books y Thunder Road, Ltd., Ferguson contestó instintivamente que Io, no porque tuviera una idea clara de lo que significara Io, sino porque la palabra *trueno* parecía hostil a un libro con los nombres de Laurel y Hardy en el título.

Ya llevan funcionando unos cuatro años, dijo Vivian, una especie de caballo de batalla para un joven acomodado de unos treinta años llamado Aubrey Hull, y suelen publicar poesía, según me han dicho, también algo de ficción y no ficción, todo muy bien diseñado e impreso, buen papel, pero sólo sacan doce o quince libros al año, mientras que Thunder Road publica unos veinticinco. ¿Sigues queriendo apostar por Io?

¿Por qué no? De todos modos van a rechazarlo. Y cuando se lo mandemos a los de Thunder, también lo rechazarán.

De acuerdo, don Negativo, una última pregunta. La cubierta. El libro lo enviaremos la semana que viene, ¿qué nombre quieres emplear?

¿Qué nombre? El mío, por supuesto.

Me refiero a Archibald o Archie, o A., o A. más la inicial de tu segundo nombre.

Tanto mi partida de nacimiento como mi pasaporte dicen que soy Archibald, pero nadie me ha llamado nunca así. Archibald Isaac. Nunca he sido Archibald, ni tampoco he sido Isaac. Soy Archie. Siempre he sido Archie, y seré Archie hasta el final. Así me llamo, Archie Ferguson, y ése es el nombre con que firmaré mi obra. No es que importe, desde luego, porque ningún editor en su sano juicio querrá publicar un librito tan raro, pero está bien pensarlo con vistas al futuro.

Así pasaba Ferguson los días durante los primeros meses de su estancia en París, las satisfacciones de estudiar en serio y trabajar mucho en el libro, de mejorar continuamente el francés después del curso de verano en Vermont, las clases en la Alliance Française, las cenas que se desarrollaban enteramente en francés con los amigos parisinos de Vivian, las conversaciones diarias con Celestine, por no mencionar los numerosos encuentros con desconocidos en la barra mientras comía sándwiches de pie en los cafés a la hora del almuerzo, con lo que se había convertido en un norteamericano bilingüe en Francia casi al cincuenta por ciento, y tan inmerso estaba en su segunda lengua que de no haber sido por los estudios, la escritura y el trato con Vivian, todo en inglés, su propia lengua podría estar atrofiándose. Ahora soñaba muchas veces en francés (en cierta ocasión, bastante cómica, con subtítulos ingleses pasando al pie de las escenas), y en su cabeza se producían continuamente extraños juegos de palabras bilingües, a menudo obscenos, como la transformación de la expresión francesa *au contraire* (por el contrario) en un homónimo anglofrancés de pasmosa vulgaridad: *O cunt traître* (Oh, coño traidor).

Pensaba en coños, sin embargo, lo mismo que en pollas e imaginados y recordados cuerpos de mujeres desnudas y hombres desnudos tanto del presente

como del pasado, porque una vez que se ponía el sol al atardecer y la ciudad quedaba en penumbra, la estimulante soledad de su régimen diurno a menudo decaía en una especie de jadeante soledad nocturna. Los primeros meses fueron los más difíciles, el periodo inicial en que le presentaron a mucha gente pero a nadie que le gustara especialmente, ni siquiera la millonésima parte de lo que le gustaba Vivian, y soportaba aquellas horas vacías de bien entrada la noche en su angosta y asfixiante habitación haciendo alguna de las diversas cosas que podían distraerlo de la soledad: leer (casi imposible), escuchar música clásica en su pequeña radio de transistores (posible hasta cierto punto, pero nunca más de veinte o treinta minutos seguidos), un segundo turno de trabajo en su libro (difícil pero a veces productivo, a veces inútil), salir a ver películas a las diez en los cines de los alrededores del boulevard Saint-Michel (agradable en general, aunque el film no fuera muy bueno, pero luego volvía a su habitación a las doce y media y la soledad seguía allí, esperándolo), merodear por las calles de Les Halles en busca de una prostituta cuando el problema del coño-polla se agudizaba y descontrolaba (el zumbido en las ingles al pasar frente a todas aquellas busconas callejeras, alivio temporal, pero el acto sexual era brusco y deprimente, polvos impersonales, sin trascendencia, que inevitablemente lo llenaban de dolorosos recuerdos de Julie en sus largos paseos de vuelta a casa en la oscuridad, y con una asignación de sólo ochenta dólares a la semana de su madre y Gil, aquellos revolcones de diez y veinte dólares debían reducirse al mínimo). La última solución era el alcohol, que también podría formar parte de las demás soluciones, beber y leer, beber y escuchar música, beber después del cine o de otra puta de ojos tristes; el único remedio que lo resolvía todo siempre que la soledad se hacía demasiado angustiosa para soportarla. Como había jurado no probar el whisky después de perder demasiadas veces el conocimiento en Nueva York, Ferguson se había pasado al vino tinto como remedio para todo, y pudiendo comprar un litro de *vin ordinaire* por un mísero franco en cualquiera de las *épiceries* del barrio cercanas a los bares donde solía almorzar (veinte centavos por una botella sin marca ni etiqueta en las tiendas de comestibles que salpicaban el sexto *arrondissement*), Ferguson siempre tenía una o dos guardadas en la habitación, y tanto si salía como si se quedaba alguna noche, el vino tinto de un franco constituía un bálsamo eficaz que inducía al sopor y a una eventual zambullida en el sueño, aunque aquellas horrorosas cosechas sin nombre podían sentarle mal y cuando se levantaba por la mañana muchas veces se veía librando batallas contra la diarrea o la sensación de mareo, con la cabeza a punto de estallar.

En general, cenaba a solas con Vivian en el piso un par de veces a la semana, platos tradicionales de la temporada de invierno, como *pot au feu*, *cassoulet* y *boeuf bourguignon* preparados y servidos por Celestine, que no tenía marido ni familia en París y solía estar dispuesta a trabajar fuera de horas cuando se lo pedían, comida tan deliciosa que Ferguson, siempre hambriento, rara vez podía resistirse a repetir el plato principal incluso por segunda o tercera vez, y fue durante una de aquellas tranquilas cenas cuando Vivian y él se hicieron amigos, o consolidaron la amistad que habían entablado desde el principio, ambos intercambiando historias sobre sus vidas, y mucho de lo que se enteró sobre ella le resultó absolutamente inesperado: nacida y criada en Brooklyn, por ejemplo, en el barrio de Flatbush, la misma parte de la ciudad

donde había vivido el Archie original, judía pese a proceder de una familia llamada Grant (lo que indujo a Ferguson a contar la historia de cómo, en un solo día, su abuelo pasó de ser Reznikoff a Rockefeller y finalmente a Ferguson), hija de médico y maestra de quinto grado, cuatro años menor que su hermano Douglas, brillante científico y buen amigo de Gil durante la guerra, y luego, incluso antes de graduarse en el instituto, un viaje a Francia en 1939 a los quince años para visitar a unos parientes lejanos en Lyon, donde conoció a Jean-Pierre Schreiber, pariente aún más lejano, tal vez primo en cuarto o quinto grado, y aunque él acababa de celebrar su trigésimo quinto aniversario y le llevaba la enorme diferencia de veinte años, *pasó algo*, dijo Vivian, *brotó una chispa entre los dos* y *se entregó a Jean-Pierre*, viudo a cargo de una importante empresa exportadora francesa y ella simple alumna del instituto Erasmus de Brooklyn, una relación que a muchos sin duda debió de parecer *algo perversa*, pero nunca lo vio así Vivian, que se consideraba adulta a pesar de su juventud, y después, cuando los alemanes invadieron Polonia en septiembre ya no tuvieron ocasión de volver a verse hasta el final de la guerra, pero Jean-Pierre se encontraba sano y salvo en Lausanne, y en los cinco años que tardó Vivian en terminar el instituto y licenciarse en la universidad, Jean-Pierre y ella intercambiaron *doscientas cuarenta y cuatro cartas* y se habían comprometido cuando Gil logró mover los hilos que le permitieron pasar a Francia justo después de la liberación de París en agosto de 1944.

Era agradable escuchar las historias de Vivian porque disfrutaba contándolas, aunque probablemente *resultaba* algo perverso que un hombre de treinta y cinco años se enamorase de una muchacha de quince, pero Ferguson no dejaba de observar que él también tenía quince años cuando hizo su primer viaje a Francia, en donde había conocido a Vivian Schreiber mediante similares contactos familiares, una mujer que no era veinte años mayor que él sino veintitrés, pero para qué molestarse en hacer cuentas cuando ya se sabía que una persona tenía la mitad de años que la otra, y en aquellos primeros y solitarios meses en París Ferguson sentía un fuerte deseo hacia Vivian y esperaba que acabaran juntos en la cama, porque teniendo en cuenta que la vida amorosa de ella y su matrimonio no habían estado condicionados por cuestiones de edad, era posible preguntarse si no estaría dispuesta a experimentar en sentido opuesto con él, ser la mayor esta vez mientras él la sustituía en su antiguo papel de menor, en lo que estaría destinado a ser una embriagadora aventura de perversidad erótica. Le parecía una belleza, al fin y al cabo, vieja comparada con él pero no vieja en sentido general, una mujer que aún resplandecía de encanto y sensualidad, y no le cabía duda de que ella lo encontraba atractivo, porque a menudo había observado lo guapo que era, el fantástico aspecto que tenía cuando ambos salían a cenar, ¿y si fuese aquél el verdadero motivo oculto de su invitación a vivir con ella?, ¿y si había soñado con su cuerpo y deseaba acurrucarse contra su carne joven? Eso explicaría su inexplicable generosidad hacia él, la habitación y la comida gratis, las sesiones de estudio de balde, la ropa que le había comprado en Le Bon Marché en noviembre la primera vez que salieron de compras, las camisas, zapatos y jerséis caros que le había regalado aquel día, los tres pantalones de pana, la chaqueta de sport con las dos aberturas atrás, el abrigo y la bufanda de lana roja, ropa francesa de primera calidad, la ropa de moda que tanto le gustaba llevar, ¿y por qué haría todo eso si no lo deseara

tan febrilmente como él la deseaba a ella? Juguete sexual. Ésa era la expresión, y sí, con mucho gusto se habría convertido en su juguete sexual si eso era en lo que ella estaba pensando, pero aunque a veces lo miraba como si fuera eso precisamente lo que tenía en la cabeza (las pensativas miradas fijas en su rostro, los ojos examinando atentamente sus menores gestos), Ferguson no estaba en condiciones de tomar la iniciativa, por ser el más joven no tenía derecho a hacer la primera insinuación, de Vivian dependía tenderle la mano, pero por mucho que deseara que ella lo tomara en sus brazos y lo besara en la boca, o que simplemente alargara la mano y le acariciase la cara con la punta de los dedos, Vivian nunca hacía nada.

La veía casi todos los días, pero los detalles de su vida privada eran un misterio. ¿Tendría un amante, se preguntaba Ferguson, o varios, o una serie de amantes, o ninguno? ¿Acaso sus repentinos mutis a las diez de la noche cuando cenaban los dos solos facilitaban pruebas de que se dirigía a una cita, a la cama de algún hombre en alguna parte de la ciudad, o simplemente salía a tomar una copa con los amigos a última hora de la noche? Y qué ocurría con sus ocasionales viajes los fines de semana, una o dos veces al mes por término medio, a Ámsterdam en su mayor parte, explicó ella, donde parecía verosímil que la estuviera esperando un hombre, pero también podía ser, ahora que habían publicado su libro sobre Chardin, que estuviera buscando un tema nuevo sobre el que escribir y se hubiera decidido por Rembrandt, Vermeer o algún otro pintor holandés cuya obra sólo pudiera verse en Holanda. Preguntas imposibles de responder, y como Vivian hablaba libremente del pasado pero no del presente, al menos en lo que se refería a sus asuntos personales del momento, el único ser humano con el que Ferguson sentía alguna conexión en todo París, la única persona a la que amaba, también era una extraña para él.

Un par de cenas semanales a solas en el piso, dos o tres cenas a la semana en restaurantes, casi siempre con otra gente, amigos de Vivian, su multitud de amigos de tantos años en París procedentes de los mundos diversos pero a menudo coincidentes del arte y la literatura, pintores y escultores, profesores de historia del arte, poetas que escribían sobre arte, dueños de galerías con sus mujeres, todos ellos con muchos años de profesión a sus espaldas, lo que significaba que Ferguson siempre era la persona más joven sentada a la mesa, considerado por muchos como el presunto juguete sexual de Vivian, pensaba él, pese a que tales sospechas fuesen erróneas, y aunque Vivian siempre lo presentara como el *hijastro de uno de sus más queridos amigos norteamericanos*, en aquellas cenas de cuatro, seis y ocho comensales había gente que simplemente no le hacía caso (nadie podía ser más frío ni grosero que un francés, descubrió Ferguson), mientras que algunos se acercaban a él, e inclinándose, querían escuchar todo lo que quisiera decirles sobre su vida (nadie podía ser más amable ni más democrático que un francés, descubrió también), pero incluso en las noches en que no le hacían caso era un placer estar en un restaurante, participar en la buena vida que aquellos locales parecían representar, no sólo el grandioso espectáculo de La Coupole que había presenciado tres años antes y para él seguía siendo la encarnación de todas las diferencias existentes entre París y Nueva York, sino también otras *brasseries* como Bofinger, Fouquet’s y Balzar, palacios decimonónicos y minipalacios con paredes revestidas de paneles de madera y columnas con espejos que recogían el tintineo de la cubertería y el murmurante fragor de cincuenta o

doscientas cincuenta voces humanas, pero también los mugrientos locales del quinto *arrondissement* donde comió *couscous* y *merguez* por primera vez en escondidos restaurantes marroquíes y tunecinos y se inició en los sabores a cilantro de la cocina vietnamita, la comida del enemigo mortal de Norteamérica, y en dos o tres ocasiones aquel otoño, cuando las cenas resultaban especialmente animadas y ya era más de medianoche, el grupo entero de cuatro, cinco o seis personas daba un paseo hasta Les Halles para comer sopa de cebolla en el Pied de Cochon, un restaurante atestado de clientes a la una, las dos y las tres de la madrugada, los refinados bohemios y juerguistas nocturnos sentados a las mesas mientras las prostitutas del barrio permanecían de pie frente a la barra bebiendo *ballons de rouge* junto a corpulentos carniceros con batas y delantales salpicados de sangre, una mezcolanza de tan radical inconexión e improbable armonía que Ferguson se preguntaba si tal escena podría existir en alguna otra parte del mundo.

Muchas cenas pero ningún encuentro sexual, nada de actos sexuales si no pagaba por ellos y acababa lamentándolos luego, y más allá de esos arrepentimientos ningún contacto físico con nadie salvo por los besos matinales en la mejilla con Vivian. El 19 de diciembre, De Gaulle fue reelegido presidente de la República, Giacometti agonizaba en Suiza de una afección cardiaca llamada pericarditis (que acabó con él el 11 de enero), y cada vez que Ferguson volvía a casa de alguna de sus rondas nocturnas de después de cenar, lo interpelaba la policía y le pedía que enseñara la documentación. El 12 de enero se puso a trabajar en la tercera parte del libro, tan mal concebida, que tantas dificultades y desperdiciadas horas de trabajo le causó hasta que finalmente la tachó y pensó en un final distinto y más apropiado. El 20 de enero, cuando aún se encontraba en pleno desconcierto con su libro, recibió una carta de Brian Mischevski, que estaba estudiando primer curso en Cornell, y cuando Ferguson acabó de leer los cuatro breves párrafos de la carta de su amigo sintió como si se le hubiera caído encima un edificio entero. No sólo los padres de Brian habían incumplido la promesa de pagar a su hijo un viaje a París en primavera, visita que Ferguson venía aguardando con desesperada expectación, sino que el propio Brian pensaba que probablemente era lo mejor, porque ahora tenía novia, y por muy divertido que hubiera sido *pasar el rato* con Ferguson el año anterior, lo que se habían traído entre manos no era más que *cosa de críos*, en realidad, y Brian lo había dejado atrás al entrar en la *universidad*, lo había dejado atrás para siempre, y si bien Ferguson seguía siendo *su mejor amigo de todos los tiempos*, la suya sería una amistad *normal de ahora en adelante*.

Normal. Qué significaba *normal*, se preguntó Ferguson, y por qué no era normal que sintiera deseos de besar y hacer el amor con otros chicos, experimentar la sexualidad entre dos del mismo sexo era igual de normal y natural como la sexualidad entre dos de distinto sexo, incluso aún más normal y natural porque los chicos entendían más que las chicas de lo que era una polla y por tanto era más fácil saber lo que la otra persona quería sin tener que adivinar, sin tener que entregarse a esos juegos de cortejo y seducción que hacían tan confusas las relaciones sexuales entre dos de distinto sexo, y por qué tendría nadie que escoger entre una cosa y otra, por qué borrar de la mente a la mitad de la humanidad en nombre de lo *normal* o lo *natural* cuando lo cierto era que todo el mundo jugaba a dos bandas y que la gente, la

sociedad, las religiones y las leyes en diferentes sociedades tenían miedo de admitirlo. Como la vaquera le había dicho en California tres años y medio atrás: *Yo estoy conforme con mi vida, Archie, y no quiero asustarme de lo que hago*. Brian estaba asustado. La mayoría de la gente se asustaba, pero vivir con miedo era una estupidez, concluyó Ferguson, una forma deshonesta y engañosa de vivir, una vida sin futuro, una vida apagada.

Durante varios días se sintió devastado por la carta de adiós de Brian —desde Ithaca, en Nueva York, nada menos (¡Ítaca!)— y de noche la soledad le resultaba insoportable. Su ingesta de vino tinto se duplicó, y en dos noches consecutivas vomitó en el lavabo. Vivian, que tenía buenos ojos además de un cerebro observador y detallista, lo miró atentamente en su primera cena a solas desde la llegada de la carta de Brian, titubeó unos momentos y luego le preguntó qué le pasaba. Ferguson, seguro de que ella no lo traicionaría como había hecho Sydney Millbanks en su desastroso viaje a Palo Alto, decidió contarle la verdad, porque necesitaba hablar con alguien, y no había nadie más aparte de Vivian.

Me he llevado una desilusión, dijo él.

Eso ya lo veo, repuso Vivian.

Sí, el otro día me hicieron sufrir un montón, y todavía estoy tratando de recuperarme.

¿Qué clase de sufrimiento?

Cuitas de amor. En forma de carta de una persona a quien quiero muchísimo.

Eso es duro.

Muy duro. No sólo me han abandonado, sino que me han dicho que no soy normal.

¿Qué quiere decir normal?

En mi caso, un interés general hacia toda clase de gente.

Entiendo.

¿De verdad lo entiendes?

Supongo que con toda clase de gente te refieres a chicas y chicos, ¿no?

Sí, a eso.

Siempre he sabido eso de ti, Archie. Desde el primer momento en que te vi en la inauguración de tu madre.

¿Cómo pudiste saberlo?

Por la forma en que mirabas al joven que servía las bebidas. Y también por el modo en que me mirabas a mí, por la forma en que aún me sigues mirando.

¿Tan claro está?

En realidad, no. Pero tengo buen olfato para esas cosas, por larga experiencia.

¿Quieres decir que tienes olfato para saber quién juega a dos bandas?

Estuve casada con uno.

Ah. No tenía ni idea.

Te pareces mucho a Jean-Pierre, Archie. Tal vez fuera por eso por lo que deseaba que vinieras y te quedaras conmigo. Porque me lo recuerdas tanto... tanto.

Le echas de menos.

Horriblemente.

Pero tuvo que haber sido un matrimonio complicado. Es decir, si sigo siendo

como soy, no creo que llegue a casarme con nadie.

A menos que sea con otra persona que juegue a dos bandas.

Ah. Eso nunca se me había ocurrido.

Sí, puede ser un poco complicado a veces, pero vale la pena intentarlo.

¿Me estás diciendo que tú y yo somos iguales?

Eso es. Pero también diferentes, por supuesto, en el sentido de que yo, sin que haya habido intervención por mi parte, soy una mujer, y tú, querido muchacho, eres un hombre.

Ferguson soltó una carcajada.

Entonces Vivian siguió su ejemplo con otra carcajada, lo que indujo otra más en Ferguson, y nada más oírla, Vivian rio de nuevo y al poco reían los dos a la vez.

El sábado siguiente, 29 de enero, llegaron dos invitados a cenar, norteamericanos, viejos amigos de Vivian, un hombre de unos cincuenta años llamado Andrew Fleming, que había sido profesor de Historia de Estados Unidos de Vivian en la universidad y ahora daba clases en Columbia, y una joven de unos treinta llamada Lisa Bergman, emigrada de La Jolla, en California, que se había mudado recientemente a París para trabajar en un bufete de abogados norteamericano y cuya prima mayor estaba casada con el hermano de Vivian. A raíz de la conversación de Ferguson con Vivian a principios de semana, que condujo a la sorprendente doble confesión de sus idénticas pero opuestas tendencias a jugar a dos bandas, Ferguson se preguntaba si Lisa Bergman no sería la actual enamorada de Vivian, y, si así era, si su presencia en la mesa esa noche era una señal de que Vivian había entreabierto un poco la puerta permitiéndole echar un vistazo a su vida privada. En cuanto a Fleming, que se encontraba en París en un semestre sabático para acabar el borrador definitivo de su libro sobre los que él denominaba *norteamericanos de la vieja escuela* en Francia (Franklin, Adams, Jefferson), era tan evidente que no estaba hecho para las mujeres, estaba tan claro que sólo le interesaban los hombres, que al cabo de veinte o treinta minutos se le ocurrió de pronto a Ferguson que estaba participando en la primera cena desde aquella horrible noche en Palo Alto en que todos los comensales eran homosexuales. Esta vez, sin embargo, se divertía.

Se sentía a gusto en compañía de norteamericanos, cómodo y espontáneo, era agradable estar con gente que compartía las mismas referencias y se reía de las mismas bromas, los cuatro tan diferentes entre sí y sin embargo charlando como si fueran amigos de años atrás, y cuanto más observaba Ferguson cómo miraba Vivian a Lisa, y cómo miraba Lisa a Viv, más seguro estaba de que su intuición era correcta, que efectivamente mantenían una *relación*, y Ferguson se alegraba por Vivian, porque deseaba que tuviera todo lo que su generoso corazón ansiara, y aquella Lisa Bergman, como Ingrid e Ingmar, una Bergman sueca en vez de una Bergman alemana o judía, no era sino un personaje fascinante, una contrapartida vívida y vivaz para la Viv que todo lo merecía.

Grande. Eso era lo primero que saltaba a la vista en ella, la talla de su cuerpo, uno setenta y ocho de estatura, huesuda, una chica fornida sin pizca de grasa en el cuerpo, sólida y de hombros anchos, brazos gruesos y fuertes, pechos grandes y pelo sumamente rubio, una rubia del sur de California de cara redonda y bonita, con

pestañas pálidas casi invisibles, el tipo de mujer que Ferguson se imaginaba ganando medallas como lanzadora de peso o disco en los Juegos Olímpicos de verano, una amazona sueco-norteamericana que parecía surgida de las páginas de una publicación nudista, de un nudismo presentable, interesado por la salud, la campeona de levantamiento de peso de todas las colonias nudistas a lo largo y ancho del mundo civilizado, y divertida, sumamente ingeniosa y espontánea, riéndose a cada frase que decía, con una deliciosa forma de hablar típicamente norteamericana sazonada con palabras que, según comprobó, Ferguson echaba mucho de menos desde que no estaba en Nueva York, parejas redundantes de dos sílabas como *mono*, *chulo*, *lelo*, *memo*, *cursi*, *cutre*, *basto*, *patán*, *pelma*, *chinche*, igual que *fabuloso* o *maravilloso*, y sobre la especie de abogacía que estuviera ejerciendo en París, Lisa no decía ni palabra.

Fleming, en cambio, era de mediana edad, rechoncho y de corta estatura, uno sesenta y ocho todo lo más, con andares de pato y una panza considerable que le sobresalía del jersey de pico que llevaba debajo de la chaqueta, de manos pequeñas y carnosas, rostro sin mentón, mejillas caídas y unas insólitas gafas de búho con montura de concha encaramadas sobre la nariz. Un profesor joven que súbita e inexorablemente ya no era joven. Un veterano profesor de universidad con un leve tartamudeo y cada vez menos y menos cabellos grises, pero también animado y atento a los otros tres sentados a la mesa, un hombre que había leído mucho y sabía mucho pero tampoco hablaba de sí mismo ni de su trabajo, ése era el juego al que jugaban aquella noche, la abogada Lisa no hablaba de abogacía, la escritora de arte Vivian no hablaba de arte, el memorialista Ferguson no hablaba de sus memorias, el historiador Fleming no hablaba de los norteamericanos de la vieja escuela en París, y a pesar de algunas recaídas en el tartamudeo, Fleming se expresaba con frases claras, articuladas con soltura, participando activamente en la conversación general sobre todos los temas y ninguno, política para empezar, *bien sûr*, la guerra de Vietnam y el movimiento contra la guerra en casa (Ferguson recibía informes quincenales sobre la cuestión que le enviaba desde Madison su prima Amy), De Gaulle y las elecciones francesas, el reciente suicidio de un tal Georges Figon justo antes de que lo detuvieran por el secuestro de Mehdi Ben Barka, el político marroquí cuyo paradero aún seguía sin saberse, pero también digresiones triviales sobre cuestiones tales como recordar el nombre de la actriz de la película de cuyo título nadie se acordaba o —Lisa destacaba en eso— recitar la letra de canciones populares poco conocidas de la década de 1950.

La cena siguió adelante despaciosa y agradablemente, tres lánguidas horas comiendo y charlando y bebiendo enormes cantidades de vino, y luego se pusieron con el coñac y mientras Ferguson y Fleming alzaban las copas y brindaban, Vivian dijo a Lisa que quería enseñarle algo en algún otro sitio del piso (Ferguson había dejado de escuchar para entonces, pero esperaba que fueran a darse el lote en el estudio o en el dormitorio de Vivian), y de buenas a primeras las dos mujeres desaparecieron, con lo que Ferguson se quedó solo en la mesa con Fleming, y después de un incómodo momento en el que ninguno de los dos dijo nada porque ninguno sabía qué decir, Fleming sugirió que subieran a ver su habitación, que antes él había descrito como *la habitación más pequeña del mundo*, y aunque se rio y

observó estúpidamente que no había mucho que ver aparte de una mesa desordenada y una cama sin hacer, Fleming aseguró que no importaba, que simplemente tenía curiosidad por ver cómo era *la habitación más pequeña del mundo*.

De haberse tratado de alguien distinto de Fleming, Ferguson probablemente se habría negado, pero en el transcurso de la velada había llegado a caerle simpático y le parecía interesante por la efusión que veía en sus ojos, un efluvio tierno y compasivo y triste, un dolor punzante cuya causa Ferguson achacaba a la continua presión interior de ocultar quién era ante el mundo, un hombre de la generación de homosexuales encubiertos que se había pasado treinta años merodeando por rincones oscuros y esquivando las miradas de sospecha de colegas y alumnos, todos los cuales sin duda le colgaban siempre la etiqueta de lo que era, un mariquita, pero mientras se comportara y no pusiera las manos sobre inocentes o incautos, le permitirían a regañadientes que siguiera ocupándose del césped en su club de campo de la Ivy League, y a lo largo de la cena, mientras Ferguson contemplaba el sombrío aspecto de una vida así, llegó a compadecerlo, quizá hasta sentir lástima de él, que fue por lo que dijo que sí a la expedición al piso de arriba en vez de no, aunque empezaba a tener la misma impresión que con Andy Cohen de estar con una persona que decía una cosa pero quería decir otra distinta, pero qué demonios, pensó Ferguson, ya estaba crecidito y no tenía que acomodarse a los deseos de nadie si no quería, menos aún a los de un hombre mayor por quien no sentía la menor atracción física.

Oh, vaya, dijo Fleming cuando Ferguson abrió la puerta y encendió la luz de la habitación. Efectivamente, es muy, muy pequeña, Archie.

Ferguson se apresuró a echar el edredón sobre la solitaria sábana bajera de la cama y con un gesto indicó a Fleming que se sentara mientras él daba la vuelta a la silla de la mesa y se sentaba a su vez, cara a cara con Fleming, tan cerca de él en el angosto cuarto que casi se tocaban con las rodillas. Ferguson le ofreció un Gauloise, pero el profesor negó con la cabeza declinando la invitación, de pronto con aire nervioso y distraído, todo inseguridad, como queriendo decir algo pero sin saber cómo decirlo exactamente. Ferguson encendió un cigarrillo y preguntó: ¿Te pasa algo?

Sólo me preguntaba..., me preguntaba cuánto... querrías.

¿Querría? No entiendo. ¿Cuánto querría de qué?

Cuánto... dinero.

¿Dinero? Pero ¿de qué hablas?

Me ha dicho Vivian que estás..., me ha dicho que andas corto de dinero, que vi... vives con un presupuesto muy reducido.

Sigo sin entender. ¿Me estás diciendo que vas a darme dinero?

Sí. Si tienes a bien... ser... ser amable conmigo.

¿Amable?

Me siento solo, Archie. Necesito que me acaricien.

Ferguson comprendió entonces. Fleming no había subido hasta allí con idea o expectativas de seducirlo, sino que estaba dispuesto a pagar por mantener relaciones sexuales si él estaba de acuerdo, pagar porque sabía que ningún joven querría tocarlo sin que le pagara, y por el placer de que lo acariciase un joven deseable, Fleming

estaba dispuesto a convertir a ese joven en un puto, una Julie en masculino que se lo follara por el culo, aunque probablemente él no lo pensara en términos tan crudos, porque ya no sería el coito anónimo de puta y cliente sino un acto sexual entre dos personas que ya se conocían, lo que convertiría la transacción en una obra de caridad, un hombre mayor dando a un joven algún dinero que tanta falta le hacía a cambio de lo cual el hombre mayor recibiría una especie distinta de caridad, y mientras Ferguson daba vueltas a esos pensamientos en su cabeza, argumentando que, si no podía considerarse que pasara apuros con su escasa asignación porque la comida, el alquiler y la ropa corrían a cargo de su acomodada benefactora, sin embargo, a pesar de todo, no era fácil vivir con el equivalente a diez dólares diarios para todo lo demás, en particular cuando había tantos libros sobre cine que quería comprar y no podía, cuando deseaba un tocadiscos y una colección de discos para escuchar por la noche en lugar de las emisiones de la aburrida France Musique, sí, con más dinero podría salir del bache, con más dinero la vida le resultaría más agradable en docenas de formas diferentes, pero ¿estaba dispuesto a hacer lo que Fleming le pedía para conseguirlo?, y cómo sería tener relaciones con alguien que le resultaba físicamente repulsivo, *qué sensación daría*, y en cuanto Ferguson se hizo esa pregunta se figuró de repente lo rico que se haría dedicándose a tales actividades como ocupación al margen, acostarse con turistas norteamericanos solitarios y de mediana edad por dinero, un joven chapero bien provisto para los hombres, un joven gigoló lleno de encanto para las mujeres, y aunque moralmente había en ello algo que no estaba bien, suponía, algo *depravado*, para emplear la palabra que Lisa había pronunciado varias veces en la cena, sólo era una cuestión sexual, cosa que nunca era mala cuando dos personas estaban de acuerdo en ello, y aparte del dinero, habría la recompensa adicional de experimentar muchos orgasmos al tiempo que trabajaba para ganar ese dinero, lo que resultaba casi divertido cuando uno se paraba a pensarlo un momento, porque un orgasmo era lo único indiscutiblemente bueno en este mundo que en realidad no tenía precio.

Ferguson se inclinó hacia delante y preguntó: ¿Por qué te dijo Vivian que andaba escaso de dinero?

No lo sé, respondió Fleming. Simplemente me estaba hablando de ti y... y... mencionó que vivías..., ¿qué palabras empleó?, con los gastos... *con los gastos reducidos a lo esencial*.

¿Y qué te ha hecho pensar que me interesaría ser *amable* contigo?

Nada. Sólo una esperanza. Una... una sensación.

¿Cuánto dinero tenías pensado?

No sé. ¿Quinientos francos? ¿Mil francos? Dímelo tú, Archie.

¿Qué te parecen mil quinientos francos?

Cre... creo que me llega. Deja que lo mire.

Mientras veía cómo Fleming introducía la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacaba la cartera, Ferguson comprendió que efectivamente iba a hacerlo, que por la misma cantidad de dinero que recibía de sus padres como asignación mensual iba a desnudarse delante de aquel hombre gordo y calvo y mantener relaciones sexuales con él, y mientras Fleming se ponía a contar los billetes que tenía en la cartera, Ferguson comprendió que estaba asustado, que se moría de miedo, lo

mismo que cuando robó los libros en la Book World de Nueva York, un fuego bajo la piel causado por *el cauterio del miedo*, según su propia definición de antaño, una quemadura que ya se extendía por su cuerpo de forma tan rápida que el martilleo que sentía en la cabeza rayaba en la agitación, sí, eso era, el miedo y la excitación de rebasar los límites de lo permitido, y aunque lo habían declarado culpable y podría haber pasado seis meses en la cárcel, lo que en teoría debería haberle enseñado a no acercarse más a esos límites, seguía provocando al no-Dios y al Dios-impostor de su infancia para que bajara y lo aplastara si se atrevía, y ahora que Fleming había sacado doce billetes de cien francos y seis de cincuenta francos y se había vuelto a guardar la cartera en el bolsillo, Ferguson estaba tan furioso consigo mismo, tan indignado por su propia debilidad, que le horrorizó oír la crueldad en su voz cuando dijo al profesor:

Deja el dinero sobre la mesa, Andrew, y apaga la luz.

Gracias, Archie. No... no sé cómo agradecértelo.

No quería mirar a Fleming. No quería verlo, y con no mirarlo ni verlo esperaba hacer como si Fleming no estuviera allí, que era otro el que había subido a la habitación y que el propio Fleming no había asistido a la cena aquella noche y Ferguson no lo había visto jamás, nunca había sabido que un hombre llamado Andrew Fleming hubiera pisado alguna vez la superficie del planeta.

La operación tendría que llevarse a cabo en la oscuridad o de ninguna manera —de ahí la orden de apagar la luz—, pero ahora que Ferguson se había levantado de la silla y empezaba a desnudarse, se encendió la luz del pasillo, la *minuterie* (luz durante un minuto) que diversas personas activaban una y otra vez durante el día, y como había rendijas entre el marco de la puerta y los mal ajustados bordes de la puerta, entró luz de pronto, la suficiente para que no estuviera lo bastante oscuro ahora que la vista se le había acostumbrado a la oscuridad, luz suficiente para que Ferguson distinguiera los abultados contornos del cuerpo de Fleming, ya desnudo, y en consecuencia Ferguson bajó la vista al suelo mientras se encaramaba a la alta cama con armazón de madera y un profundo cajón incorporado en la parte de abajo, y entonces, una vez acostado, alzó los ojos y miró a la pared mientras Fleming le besaba el pecho desnudo y le deslizaba la mano hacia la polla que poco a poco se le iba poniendo tiesa y que, al cabo de vehementes caricias, acabó dentro de la boca de Fleming. Después, cuando el dócil Ferguson se encontró boca abajo y ya no podía mirar a la pared, volvió la cabeza hacia la ventana, pensando que una visión del exterior lo ayudaría a olvidar que estaba en su cuarto, atrapado en aquel mínimo espacio, pero en ese preciso momento volvió a encenderse la luz del pasillo, convirtiendo la ventana en un espejo que sólo reflejaba lo que había en el cuarto, y allí estaba él, en la cama con Fleming, o más bien allí estaba Fleming encima de él en la cama, con el liso y fofo culo del hombre empinado en el aire, y en el instante en que Ferguson vio aquel cuadro en la ventana cerró los ojos.

Siempre había hecho el amor con los ojos abiertos, con los ojos bien abiertos en todo momento porque le gustaba mirar a la persona con quien estaba, y con excepción de Andy Cohen y algunas de las putas de Les Halles, nunca había estado con nadie hacia quien no se sintiera poderosamente atraído, porque el placer de acariciar y ser acariciado por la persona que a uno le importaba se acrecentaba mirándola, los ojos tenían tanto que ver con el gozo como cualquier otra parte del

cuerpo, incluida la piel, pero ahora por primera vez desde que recordaba estar con alguien, Ferguson lo hacía a ciegas, lo que lo aislaba de la habitación y del momento presente, y en el instante en que Fleming pedía a Ferguson que le cogiera la polla y le diera saliva, Ferguson ya no estaba plenamente allí, su mente producía imágenes que no tenían nada que ver con lo que estaba ocurriendo en la cama de su habitación del último piso de la rue de l'Université, Odiseo y Telémaco lloraban abrazados, Ferguson pasaba la mano sobre las redondas y musculosas medias lunas del encantador culo de Brian Mischevski, que no volvería a ver ni tocar nunca más, y la pobre Julie, cuyo apellido no llegó a conocer, yacía muerta sobre un colchón desnudo en su habitación del Hôtel des Morts.

Ahora Fleming pedía a Ferguson que se metiera dentro de él, por favor, le decía, sí, si quieres, gracias, muy dentro, hasta el fondo, y mientras Ferguson, aún ciego, introducía la polla en el agujero de amplia capacidad de aquel hombre, el profesor emitía gruñidos, empezó luego a gemir, después siguió gimiendo mientras la polla de Ferguson se removía en su interior, una oleada de sonidos angustiosos que no podían suprimirse porque Ferguson no estaba preparado para ellos, a diferencia de todo lo visual, para lo que sí había estado preparado y por tanto pudo borrar, pero aunque se tapara los oídos seguía oyendo aquellos sonidos, nada podía pararlos, y entonces todo terminó de pronto, la erección de Ferguson se ablandaba y empequeñecía, ya no era posible mantenerla, ni la erección ni la actividad en la que se empeñaba, todo había terminado ya, se salía, había concluido sin haber culminado, pero acabado a pesar de todo, estaba acabado para siempre.

Lo siento, dijo. No puedo seguir con esto.

Ferguson se incorporó en la cama con la espalda vuelta hacia Fleming, y de repente una enorme afluencia de aire le inundó los pulmones, llenándolos hasta casi sofocarlo, y entonces el aire se le escapó precipitadamente en un solo y prolongado sollozo, un sonido como de arcadas, muy alto, tan fuerte como una tos perruna, como el ladrido de un perro, un aullido cercenado que le brotó de la tráquea, restalló en el espacio circundante y lo dejó jadeante, luchando por respirar.

No existía peor sensación. Ni vergüenza más horrible.

Mientras Ferguson lloraba en silencio tapándose la cara, Fleming le puso la mano en el hombro y le dijo que lo sentía, que no debía haber subido para pedirle aquello, no estaba bien, no sabía cómo podía haber ocurrido, pero, por favor, le dijo, no debes dejar que esto te deprima, no tiene ninguna importancia, habían bebido mucho y no pensaban con claridad, todo había sido un error, y aquí tienes otros mil francos, le dijo, aquí tienes otros mil quinientos francos, y por favor, Archie, ve a gastártelos en algo bonito para ti, algo que te haga feliz.

Ferguson se levantó de la cama y cogió el dinero de la mesa. No quiero tu asqueroso dinero, declaró mientras apretaba el puño y hacía una pelota con los billetes. Ni un puñetero franco.

Y entonces, aún desnudo, fue al doble ventanal, abrió ambas hojas, salió al balcón y arrojó el montón de billetes a la fría noche de enero.

5.4

Él tenía dieciocho años y ella, dieciséis. Él estaba a punto de ir a la universidad y ella empezaba penúltimo de instituto, pero antes de perder más tiempo pensando en ella, antes de dedicar un instante más en imaginar el posible futuro que podrían o no estar destinados a compartir algún día, decidió que había llegado el momento de someterla a una prueba. Linda Flagg había suspendido el examen tres años atrás, pero tanto Amy Schneiderman como Dana Rosenbloom lo habían aprobado. Aquellas dos eran las únicas chicas a las que había amado, y si bien las seguía queriendo a las dos en función de sus distintas maneras de ser, Amy era ahora su hermanastra y nunca lo había querido de la forma en que la quería él, y aunque Dana lo había querido más de lo que merecía ser amado por nadie, Dana ya no estaba y vivía en otro país, había desaparecido de su vida para siempre.

Sabía que había algo demencial en todo aquel asunto, una temeraria lógica de duermevela en la idea de que podía deshacer la maldición de la muerte de Artie enamorándose de la hermana de su amigo muerto, pero había algo más, decía para sí, una verdadera atracción hacia Celia, cada vez más encantadora, que se parecía más a su enjuto padre y no presentaba semejanza genética con su robusta y gruesa madre, pero por atractiva que Celia se estuviera volviendo y por refinada que sin duda era su inteligencia, nunca habían estado a solas, ni una sola vez había hablado con ella desde el día del funeral sin hablar con sus padres al mismo tiempo, y aún no estaba seguro de qué pasta estaba hecha, de si era la chica de clase media recatada y dócil que se sentaba en silencio a la mesa durante las visitas de Ferguson a New Rochelle o si se trataba de una persona con espíritu, alguien con las cualidades precisas para querer conquistarla cuando llegara el momento.

La prueba se llamaba Examen de Iniciación Horn & Hardart.

Si en su primera visita a la cafetería automática se quedaba tan embelesada como él, igual que se habían quedado sus amores de instituto aproximadamente a su edad, entonces la puerta permanecería abierta y seguiría pensando en Celia, esperando a que fuese mayor.

Si no, la puerta se cerraría y él abandonaría su insensata fantasía de tratar de corregir las injusticias del mundo y nunca volvería a pensar en abrirla de nuevo.

El jueves siguiente al Día del Trabajo llamó a la casa de New Rochelle. Hasta dentro de dos semanas no se marchaba a Princeton, pero en los institutos públicos ya habían empezado las clases y esperaba que estuviera libre el sábado para que se vieran por la tarde, y si no podía ser aquel sábado, quedarían para el siguiente.

Cuando Celia descolgó el teléfono y oyó su voz supuso que quería hablar con su madre para concertar otra comida en la casa. Poco faltó para que colgara antes de que Ferguson tuviera oportunidad de decirle que no, que era con ella con quien quería hablar, y después de preguntarle qué tal le había sentado volver a clase (así así) y si ese año iba a elegir biología, física o química (física), le preguntó si le gustaría quedar con él en Manhattan este sábado o el siguiente para ir a comer y al cine o a un museo o a cualquier otro sitio que a ella le apeteciera.

Estás de broma, claro, contestó ella.

¿Por qué iba a estar de broma?

Bueno, es que..., no hagas caso, no importa.

¿Entonces?

Sí, estoy libre. Tanto este sábado como el que viene.

Digamos este sábado.

De acuerdo, Archie, este sábado.

Se encontró con ella en la estación Grand Central, y después de no haberla visto en dos meses y medio, Ferguson se animó al ver lo guapa que estaba, con la suave piel de sirope de arce un tono más oscuro por el sol veraniego de New Rochelle, donde había trabajado de monitora auxiliar e instructora de natación en un campamento de día para niños pequeños, lo que hacía que sus dientes y el blanco de sus ojos resaltaran con más brillo, y la sencilla blusa blanca con la falda de vuelo azul celeste que se había puesto aquella tarde le sentaban muy bien, apreció él, igual que el rosado lápiz de labios que llevaba, lo que añadía otra nota de color a la imagen general de blancos, azules y morenos, y como hacía calor aquel día se había arreglado el oscuro cabello que le llegaba al hombro en un moño de bailarina, con lo que dejaba al descubierto su alargado cuello, lleno de gracia, y tan impresionado quedó Ferguson por aquella imagen general cuando ella se acercó y le estrechó la mano, que hubo de recordar que aún era demasiado joven para él, que aquél no era más que un encuentro entre amigos, y que más allá del apretón de manos inicial y el que se darían al final del día, ni siquiera debía pensar, bajo ninguna circunstancia, en ponerle las manos encima.

Aquí estoy, dijo ella. Ahora dime para qué he venido.

Mientras se encaminaban en dirección norte por la calle Cuarenta y dos este hacia la manzana de la Cincuenta y siete Oeste entre las avenidas Sexta y Séptima, Ferguson intentó explicarle qué lo había impulsado a llamarla de buenas a primeras, pero Celia se mostró escéptica, nada convencida de las historias que le contaba sobre por qué quería verla, negando con la cabeza cuando salía con bobadas como: Pronto me iré a la universidad y este otoño no tendremos muchas ocasiones de vernos. A lo que ella contestaba: ¿Desde cuándo te ha importado verme? O bien: Somos amigos, ¿no?, ¿no te parece eso suficiente? A lo que ella respondía: ¿Somos amigos? Mis padres y tú sois amigos, quizá, o tenéis una especie de amistad, pero en los cuatro últimos años me has dirigido un total de un centenar de palabras, ¿y por qué querrías salir con una persona de quien apenas conoces su existencia?

La muchacha tenía espíritu, dijo Ferguson para sí, eso era evidente, y ese punto estaba arreglado. Había evolucionado hasta convertirse en una chica lista y orgullosa a quien no le asustaba decir lo que pensaba, pero junto con aquella nueva seguridad en sí misma también había adquirido el don de hacer preguntas sin respuesta, al menos sin contestación que él pudiera darle sin parecer un loco peligroso. Pasara lo que pasase, debía mantener a Artie fuera de la discusión, pero ahora que ella había puesto en duda sus motivaciones, comprendió que debía darle mejores respuestas que los pobres argumentos que le había dado hasta el momento, explicaciones conformes a la verdad, toda la verdad acerca de todas las cosas y de todo excepto sobre su hermano, de modo que empezó de nuevo diciéndole que la llamó la otra noche

porque sinceramente quería verla, como en efecto así era, y el motivo por el que quería verla a solas era porque pensaba que había llegado el momento de que establecieran una amistad particular, independiente de sus padres y de la casa de New Rochelle. Aún reacia a aceptar sus justificaciones como remota o posiblemente verdaderas, Celia le preguntó por qué se molestaba, por qué quería perder un solo momento de su tiempo con ella, una simple chica de instituto, cuando él ya estaba de camino a Princeton, y una vez más Ferguson le dio una respuesta simple y verdadera: porque ella se había hecho mayor, le dijo, ahora todo era distinto y a partir de aquel momento todo seguiría siendo diferente. Ella había caído en el engañoso hábito de considerarlo como una persona mucho mayor, pero el calendario decía que sólo se llevaban dos años, y dentro de poco aquellos dos años dejarían de contar para nada y ambos tendrían la misma edad. Para ponerle un ejemplo, Ferguson se puso a hablarle de su hermanastro Jim, que con cuatro años más que él era sin embargo uno de sus más íntimos amigos, alguien que lo trataba de igual a igual, y ahora que Jim no había pasado el reconocimiento médico del ejército debido a un soplo en el corazón falsamente diagnosticado y había decidido hacer el doctorado en Princeton, lo que los situaría en la misma universidad al mismo tiempo —vaya suerte, ésa—, pensaban verse lo más posible y hasta planeaban hacer un viaje en primavera o principios de verano: ir de Princeton a Cape Cod, a pie todo el camino, hasta la punta más septentrional del cabo sin subirse una sola a vez a un coche ni a un tren ni a un autobús ni, que Dios no lo permitiera, a una bicicleta.

Celia empezaba a transigir, pero aun así dijo: Jim es tu hermano. Eso es diferente.

Mi hermanastro, corrigió Ferguson. Y sólo desde hace dos años.

Vale, Archie, te creo. Pero si quieres que seamos amigos, tendrás que dejar de comportarte como si fueras mi hermano mayor, mi supuesto hermano mayor. ¿Entiendes?

Por supuesto que lo entiendo.

Se acabó lo del falso hermano mayor, y se acabó todo ese rollo sobre Artie, porque no me gusta y nunca me ha gustado. Es morboso y estúpido y no hace bien a nadie.

De acuerdo, convino Ferguson. Eso se acabó. Para siempre.

Acababan de girar en dirección oeste frente a Madison Avenue y seguían andando por la calle Cincuenta y siete. Al cabo de quince manzanas de dudas, perplejidad y mucha discusión, se había declarado un alto el fuego y Celia sonreía ahora, contestando a las preguntas de Ferguson y diciéndole que claro que sabía lo que era una cafetería automática, y claro que había oído hablar de Horn & Hardart, pero no, reconoció, que ella recordara nunca había puesto los pies allí, ni siquiera de pequeña. Entonces preguntó: ¿Cómo es, y por qué vamos allí?

Ya lo verás, contestó Ferguson.

Estaba dispuesto a concederle el beneficio de la duda en ese mismo momento porque quería que aprobara el examen, incluso si tenía que flexibilizar las normas y permitir que la indiferencia contara lo mismo que un entusiasmo apasionado y total. Sólo podrían descalificarla la antipatía o el desprecio, dijo para sus adentros, algo equivalente a la repugnancia que había visto en los ojos de Linda Flagg cuando

recorrió el local con la mirada y se fijó en la mujer de ciento cincuenta kilos que hablaba sola mascullando algo sobre el niño Jesús muerto, y entonces, antes de que pudiera seguir pensando en eso, habían llegado a la cafetería automática y entraban en el brillante y excéntrico recinto de cromo y cristal, y las primeras palabras que salieron de labios de Celia pusieron fin a las preocupaciones de Ferguson antes incluso de tener ocasión de cambiar dólares por monedas de cinco centavos. Cómo mola, dijo. Qué sitio tan raro y tan chulo.

Se sentaron con los sándwiches y hablaron, sobre todo del verano, que en el caso de Ferguson había transcurrido cargando muebles con Richard Brinkerstaff, yendo al cementerio a enterrar a su abuela y al abuelo de Jim y Amy y escribiendo su pequeña saga, *Los viajes de Mulligan*, que iba a constar de veinticuatro capítulos en total, explicó, cada uno de ellos de unas cinco o seis páginas de extensión, cada uno de ellos un viaje a un país imaginario, los informes antropológicos de Mulligan para la Sociedad Norteamericana de Almas Desplazadas, y como ya llevaba escritos veinte, esperaba que los estudios en la universidad no lo agobiaran mucho para seguir con ello cuando se trasladase a Princeton. En cuanto a Celia, no sólo se había pasado todos los días en la piscina con los niños, sino que por la noche había asistido a cursos avanzados de trigonometría y francés en la Universidad de New Rochelle, y ahora que había adquirido esos créditos adicionales, podría acabar el instituto al concluir el penúltimo año cogiendo otra asignatura por semestre, lo que significaba que al otoño siguiente podría empezar la universidad, y cuando Ferguson le preguntó: *¿A qué tanta prisa?*, ella contestó que estaba harta de vivir en aquella *ciudad tan cuca de las afueras* y quería salir de allí y marcharse a Nueva York, a Barnard o a la Universidad de Nueva York, lo mismo le daba una que otra, y al escuchar cómo iba enumerando los motivos que la impulsaban a su *temprana fuga*, Ferguson tuvo la súbita y vertiginosa sensación de escucharse a sí mismo, porque lo que ella estaba diciendo y pensando sobre su vida parecía casi idéntico a lo que él venía diciendo y pensando desde hacía años.

En vez de felicitarla por ser la estudiante más lista y ambiciosa del mundo, lo que sin duda habría llevado a mencionar las buenas notas de Artie y cómo las buenas calificaciones parecían ser cosa de familia, le preguntó qué le gustaría hacer después de comer. Aquella tarde ponían varias películas, le dijo, entre ellas una novedad de los Beatles *(Help!)* y lo último de Godard, *Alphaville*, que Jim ya había visto y no dejaba de hablar de ella, pero a Celia le pareció más agradable ir a un museo o una galería, donde podrían seguir hablando sin tener que sentarse en la oscuridad durante dos horas oyendo hablar a otra gente. Ferguson asintió con la cabeza y observó: Bien dicho. Podían dar un paseo hasta la Quinta Avenida y seguir hacia arriba hasta la Frick, y pasar allí la tarde viendo los Vermeers, Rembrandts y Chardins. ¿De acuerdo? Sí, más que de acuerdo. Pero primero, añadió él, otra taza de café antes de marcharse, y un momento después se levantó bruscamente de la silla y desapareció con las dos tazas.

Sólo estuvo un minuto ausente, pero en ese tiempo Celia había observado a un hombre sentado a la mesa de al lado, un anciano menudo en el que no había reparado antes porque Ferguson le tapaba la vista con el hombro, y cuando Ferguson volvió con las tazas llenas y dos envases de crema de leche vio que Celia miraba al anciano,

observándolo con tal aflicción en los ojos que le preguntó si le pasaba algo.

Es que me da pena de ese hombre, dijo ella. Seguro que no ha comido nada en todo el día. Está ahí sentado mirando la taza de café como si le diera miedo bebérsela, porque cuando se le acabe, no le quedará dinero para pedir otra, y entonces tendrá que marcharse.

Ferguson, que se había fijado en el anciano cuando volvía a la mesa, no consideró muy cortés mirar otra vez, pero sí, le había dado la impresión de que era un vagabundo, un borrachín desaliñado, de pelo entrecano y uñas sucias y un rostro de duendecillo triste, y Celia posiblemente tenía razón al decir que acababa de gastarse sus últimos cinco centavos.

Creo que deberíamos darle algo, dijo ella.

Deberíamos, repuso Ferguson, pero no olvidemos que no nos ha pedido nada, y si nos acercamos y le ofrecemos algo de dinero porque nos da lástima, podría sentirse ofendido, y entonces nuestras buenas intenciones sólo le harían sentirse peor de lo que ahora se siente.

Tal vez tengas razón, dijo Celia alzando la taza y llevándosela a los labios, pero también podrías equivocarte.

Acabaron y se levantaron de la silla. Celia abrió el bolso y, mientras se acercaban al anciano sentado en la mesa de al lado, sacó un dólar y luego lo depositó frente a él.

Por favor, señor, le dijo, vaya a comprarse algo de comer, y el anciano, cogiendo el dólar y guardándoselo en el bolsillo, alzó la vista hacia ella y dijo: Gracias, señorita. Que Dios la bendiga.

Más adelante significaba en un futuro, sin duda un mañana más instructivo y satisfactorio, un porvenir de más tardes y posiblemente incluso noches con la admirable Celia, aún demasiado joven, pero de momento el mundo se había trasladado a las represas de arándanos y los terrenos pantanosos del centro de Nueva Jersey, porque ahora el mundo consistía exclusivamente en ser uno de los ochocientos estudiantes de primer curso que trataban de adaptarse a las nuevas circunstancias. Se conocía a sí mismo lo suficiente para saber que probablemente no iba a encajar, que aquel sitio tendría cosas nada encantadoras, pero al mismo tiempo estaba resuelto a aprovechar al máximo las cosas que le gustaran, y a tal fin ya había establecido cinco mandamientos personales antes de su marcha para Princeton, cinco leyes que estaba decidido a cumplir hasta el final de su estancia:

1) Fines de semana en Nueva York siempre y cuando fuera posible. A raíz de la repentina y calamitosa muerte de su abuela en julio (insuficiencia cardiaca congestiva), su ya viudo abuelo le había dado la llave del piso de la calle Cincuenta y ocho Oeste junto con el permiso para utilizar la habitación de huéspedes cuando quisiera, lo que significaba que siempre tendría un sitio para pasar la noche. La promesa de aquella habitación representaba un caso singular de conjunción entre deseo y oportunidad, porque la mayoría de los viernes por la tarde Ferguson podía salir de la universidad y abordar el tren de cercanías de un solo vagón desde Princeton hasta Princeton Junction (conocido como el Cuco, como en la *cuca ciudad de las afueras*) y luego transbordar al tren más largo y rápido que iba embalado en

dirección norte hasta el centro de Manhattan, a la nueva y fea estación Penn en comparación con la vieja y bonita estación demolida en 1963, pero meteduras de pata arquitectónicas aparte, aquello seguía siendo Nueva York, y las razones para ir a Nueva York eran múltiples. La razón negativa era que le permitiría escapar del rígido ambiente de Princeton para tomar una bocanada de aire fresco de vez en cuando (aunque en Nueva York el aire no era fresco), que haría más soportable el cargado ambiente y quizá hasta agradable (dentro de su propia rigidez) el tiempo que pasara en la universidad. La razón positiva era la misma del pasado: *densidad, inmensidad, complejidad*. Otra razón positiva era la ocasión de pasar un rato con su abuelo y mantener su amistad con Noah, algo crucial para él. Ferguson esperaba hacer amistades en la universidad, quería amigos, pero ¿habría alguno tan importante para él como Noah?

2) Nada de cursos de escritura creativa. Difícil decisión, pero Ferguson quería perseverar en ella hasta el final. Difícil porque el programa de estudios de Princeton era uno de los más antiguos del país, lo que significaba que podría haber adquirido créditos académicos por hacer lo que ya estaba haciendo, es decir, ser premiado por el privilegio de seguir adelante con su libro, lo que a su vez significaba que la carga de los estudios se habría aligerado con una asignatura menos cada semestre, lo que le proporcionaría más tiempo no sólo para escribir sino para leer, ver cine, escuchar música, beber, andar con chicas e ir a Nueva York, pero en principio Ferguson se oponía a los cursos de escritura creativa, porque estaba convencido de que escribir ficción no era una materia que pudiera enseñarse, que todo futuro escritor tenía que aprender a hacerlo por sí solo, y además, basándose en la información que le habían dado sobre cómo se llevaban aquellos llamados *talleres* (palabra que inevitablemente le hacía pensar en una estancia llena de jóvenes aprendices aserrando tablones y clavando tablas), en donde se animaba a los estudiantes a comentar el trabajo de sus compañeros, cosa que él encontraba absurda (¡el ciego conduciendo a los ciegos!), y por qué iba a pasar él por el trance de que algún zoquete compañero suyo echara por tierra su trabajo, su obra sumamente extraña e inclasificable, que seguramente considerarían con el ceño fruncido despachándola como *basura experimental*. No era que estuviese en contra de mostrar sus relatos a gente con más experiencia para someterlos a crítica y discusión entre dos, pero la idea de un grupo lo horrorizaba, y ya estuviera ese horror causado por arrogancia o por miedo (al temido puñetazo) tenía menos importancia que el hecho de que en el fondo le importaba un bledo toda obra que no fuera la suya, ¿y para qué molestarse en fingir que le importaba cuando no era así? Seguía en contacto con la señora Monroe (que había leído los doce primeros capítulos de *Los viajes de Mulligan*, lectura que le habían procurado doce besos y ningún puñetazo junto con algunas observaciones pertinentes e ilustrativas), y si ella no estuviera disponible, entre los lectores de confianza se contaban el tío Don, la tía Mildred, Noah y Amy, y si se encontraba en un apuro y no podía localizar a ninguno de sus lectores de confianza, se dirigiría al despacho del profesor Robert Nagle, *el mejor cerebro literario de Princeton*, para pedirle humildemente su ayuda.

3) Nada de clubs gastronómicos. Tres cuartas partes de sus compañeros de clase acabarían incorporándose a alguno, pero a Ferguson no le interesaba. Semejantes a las fraternidades pero no exactamente idénticos, con la palabra *controversia*

designando lo que en otros sitios llamaban *gresca*, olían a las anticuadas y veneradas cosas de Princeton que a él lo dejaban frío, y alejándose de los clubs y yendo «por libre» podría evitar una de las cosas más cargantes del cargado ambiente de aquel sitio y así estar más contento de encontrarse allí.

4) Continuaría la prohibición sobre el béisbol, un mandamiento que incluía todas las formas derivadas del juego, sófbol, con pelota hueca, con una bola y un palo, lanzar con alguien, incluso jugar con una pelota de tenis o una bola *spaldeen* de goma rosa o un par de calcetines blancos enrollados. Haber salido del instituto ayudaría a olvidar aquella lucha, pensaba, porque ya no estaría en contacto con sus antiguos amigos del béisbol, que recordaban qué jugador tan bueno y prometedor había sido, y como su decisión de dejar de jugar los había dejado perplejos y no podían entender las falsas excusas que les había dado, habían seguido haciéndole preguntas hasta el final del instituto. Afortunadamente, aquellas preguntas se habían acabado. Por otro lado, ahora que había escapado a los pasillos y aulas del instituto Columbia, estaba a punto de entrar en una de las universidades más obsesionadas con el deporte del país, la institución que había ganado a Rutgers en la primera competición interuniversitaria de fútbol americano en 1869, la universidad que justo seis meses antes había competido en las semifinales de la División I de Baloncesto de la NCAA, quedando en tercer lugar, el mejor resultado conseguido por un equipo de la Ivy League, con el país entero pendiente de las llamativas batallas entre Bill Bradley y Cazzie Russell de Michigan, seguidas de los inauditos cincuenta y ocho puntos de Bradley en la victoria de Princeton en el partido de consolación, y sin duda todo el mundo en la universidad estaría hablando de esas hazañas cuando llegara Ferguson. Habría atletas por todas partes, y Ferguson naturalmente querría participar en diversos deportes, pero esos deportes debían limitarse a baloncesto de media pista y fútbol de contacto, y para guardarse de futuras tentaciones de participar en el deporte al que juró renunciar en memoria del hermano muerto de Celia, en agosto había regalado su equipo de béisbol, deshaciéndose con indiferencia de dos bates, un par de zapatillas de púas y el guante Rawlings modelo Luis Aparicio que llevaba cuatro años reposando en un estante de su habitación, y entregándoselos a Charlie Bassinger, el escuálido niño de nueve años que vivía en la casa de al lado de Woodhall Crescent. Toma, dijo Ferguson a Charlie, ya no necesito todo esto, y el joven Bassinger, no muy seguro de lo que le decía su muy admirado y casi universitario vecino, alzó la vista hacia Ferguson y le preguntó: ¿Quieres decir que me lo regalas, Archie? Eso es, contestó Ferguson. Te lo regalo.

5) Ninguna tentativa de acercamiento a su padre. Si su padre hacía algún intento por su parte, lo pensaría con cuidado antes de contestar o no contestar, pero no esperaba que ocurriera algo así. Su última comunicación había sido la breve nota que Ferguson le había escrito en junio por el regalo de graduación del instituto, y como la tarde en que llegó el cheque se sentía especialmente resentido y sin esperanzas (Dana se había marchado a Israel por la mañana), había contado a su padre su idea de hacer una contribución al SNCC con la mitad del dinero y otra al SANE con el resto. Era poco probable que a su padre le gustara eso.

Dudas y aprensiones, nervios y más nervios, y de no haber sido por la tranquilizadora

presencia de su madre y de Jim, que iban con él en la furgoneta la mañana que se encaminó a las represas y terrenos pantanosos de la VIDA UNIVERSITARIA, probablemente habría acabado tambaleándose por el rocío del césped de Princeton después de haberse vomitado la mitad del desayuno en la camisa.

Fue un día agitado para toda la familia. Dan y Amy iban en otro coche en dirección norte, hacia Brandeis, Ferguson y compañía se dirigían al sur en una de las furgonetas Chevy de color blanco de Arnie Frazier, que amablemente se la había prestado sin cobrar nada, y viajaban a velocidad media por la autopista de peaje de Nueva Jersey en aquella mañana húmeda, pegajosa, con Jim al volante y Ferguson y su madre apretujados junto a él en el asiento delantero, todo el espacio de atrás lleno hasta el techo con las posesiones mundanas de los dos hermanastros, el familiar batiburrillo de ropa de cama y almohadas, toallas y ropa, libros y discos, tocadiscos, radios y máquinas de escribir, y ahora que Ferguson acababa de recitarles los tres primeros de sus cinco mandamientos, Jim negaba con la cabeza y sonreía con su enigmática sonrisa de Schneiderman, que era un gesto pensativo, de reflexión, y no una mueca que sugiriese siquiera que podría convertirse en una risa de verdad.

Relájate, Archie, le dijo. Te lo estás tomando demasiado en serio.

Sí, Archie, concordó su madre. ¿Qué te pasa esta mañana? Todavía no hemos llegado y ya estás pensando en cómo escaparte de allí.

Tengo miedo, eso es todo, repuso Ferguson. Miedo de meterme en una mazmorra reaccionaria y antisemita de la que sea imposible salir vivo.

Su hermanastro soltó entonces una carcajada.

Piensa en Einstein, dijo Jim. Piensa en Richard Feynman. En Princeton no matan judíos, Archie, se limitan a hacer que se paseen con estrellas amarillas en la manga.

Ahora Ferguson rio a su vez.

Jim, dijo su madre, no deberías hacer bromas con eso, en serio, no está bien. Pero un momento después ella también reía.

En torno al diez por ciento, dijo Jim. Eso es lo que han dicho. Lo que es un porcentaje mucho más elevado que el nacional de... ¿de cuánto? ¿El dos, el tres por ciento?

Columbia está alrededor del veinte o veinticinco por ciento, repuso Ferguson.

Puede que sí, convino Jim, pero Columbia no te ha dado la beca.

Brown Hall, y una suite de dos habitaciones en la tercera planta lo bastante grande para acomodar a cuatro estudiantes de primero con una sala común y un baño entre medias. Brown Hall y un compañero de habitación llamado Small, Howard Small, un tipo fornido, corpulento, uno ochenta de estatura más o menos, mirada limpia y un aura de tranquila confianza en sí mismo, una persona cómodamente asentada en su propio terreno, en su propia piel. Un apretón de manos firme pero no tanto como para comprimir los huesos al saludar por primera vez, y un momento después Howard se inclinaba hacia delante y estudiaba el rostro de Ferguson, lo que resultaba extraño, pensó él, pero entonces Howard le hizo una pregunta que convirtió lo extraño en algo que no lo era en absoluto.

No irías por casualidad al instituto Columbia, ¿verdad?, preguntó Howard.

Sí, dijo Ferguson. En realidad, sí.

Ah. Y cuando estabas allí, no jugarías en el equipo alevín de baloncesto, ¿verdad?

Jugué. Pero sólo en segundo.

Sabía que te había visto en alguna parte. Jugabas de alero, ¿no?

Izquierdo. Alero izquierdo. Tienes razón. No es que sepa por qué, pero tienes razón.

Aquel año yo estaba calentando el banquillo en el alevín de West Orange.

Lo que significa..., qué interesante..., que nuestros caminos ya se han cruzado dos veces.

Dos veces sin siquiera saberlo. La primera en el partido en casa y la segunda en el de fuera de casa. Y, como tú, yo dejé de jugar después de esa temporada. Pero yo era un patoso sin cualidades, un inepto, un absoluto incapaz. Mientras que tú eras bastante bueno, según recuerdo, puede que hasta muy bueno.

No era malo. Pero la cuestión era: ¿quería seguir pensando en suspensorios o centrar la atención en bragas y sostenes?

Ambos sonrieron.

Una elección nada difícil, entonces.

No, completamente indolora.

Howard se acercó a la ventana e hizo un gesto hacia el campus. Fíjate en este sitio, dijo. Me recuerda al retiro campestre del duque de Earl, o uno de esos psiquiátricos para los demencialmente ricos. Gloriosa U. P., gracias por haberme admitido, y gracias por estos suntuosos jardines. Pero explícame una cosa, por favor. ¿Por qué hay tantas ardillas negras brincando por aquí? Que yo sepa, las ardillas siempre han sido grises, pero aquí, en Princeton, todas son negras.

Porque forman parte de la decoración general, repuso Ferguson. Recuerdas cuáles son los colores de Princeton, ¿no?

Naranja... y negro.

Exacto, naranja y negro. En cuanto veamos ardillas anaranjadas, sabremos qué pintan aquí las negras.

Howard se rio del chiste un poco malo y algo tonto de Ferguson, y gracias a su risa empezó a desatarse el nudo que Ferguson tenía en el estómago, porque aun en el caso de que la U. P. resultara ser un sitio hostil o decepcionante, iba a tener un amigo allí, o eso le pareció cuando oyó reír a su compañero de habitación, y qué suerte tenía de haber encontrado aquel amigo a los primeros minutos de las primeras horas del primer día.

Mientras se dedicaban a la tarea de deshacer paquetes, cajas y maletas, Ferguson se enteró de que Howard se había criado en el Upper West Side de Manhattan pero que a los once años empezó a utilizar el puente y el túnel, cuando nombraron a su padre vicerrector de la Universidad Estatal de Montclair, y qué curioso enterarse de que durante los últimos siete años habían vivido a unos cuantos kilómetros de distancia el uno del otro y sin embargo sólo se habían cruzado de refilón aquellas dos veces en la pista de parqué del gimnasio de sus respectivos institutos. Tanteándose uno al otro como harían dos desconocidos arbitrariamente encerrados en un calabozo, pronto se enteraron de que compartían muchas preferencias y aversiones, pero no todas y tampoco la mayoría, prefiriendo los dos a los Mets en vez de a los Yankees,

para empezar, pero desde hacía dos años Howard se había hecho vegetariano acérrimo (estaba moralmente en contra del sacrificio de animales) mientras que Ferguson era un carnívoro sectario e incondicional, y aunque Howard fumaba algún cigarrillo de cuando en cuando, Ferguson consumía habitualmente entre diez y veinte Camel al día. Libros y escritores por doquier (Howard había leído poca poesía norteamericana contemporánea y ficción europea; Ferguson estaba cada vez más metido de lleno en ambas cosas), pero sus gustos cinematográficos concordaban de manera extraña e inquietante, y cuando ambos determinaron que su comedia favorita de los años cincuenta era *Con faldas y a lo loco* y que su film de intriga favorito era *El tercer hombre*, Howard soltó en una súbita oleada de entusiasmo: *¡Jack Lemmon y Harry Lime!*, y un momento después estaba sentado a su mesa con un bolígrafo en la mano, dibujando una viñeta con un partido de tenis disputado entre una lima y un limón. Ferguson observaba maravillado la rapidez con que su prodigioso compañero de cuarto realizaba el esbozo: el limón, más alargado y desigual con brazos y piernas y una raqueta de tenis en la mano derecha jugando contra la lima, más pequeña, más redondeada, más tersa, con brazos, piernas y raqueta similares, con un rostro que recordaba a los originales Lemmon y Lime (Jack L. y Orson W.), y entonces Howard añadió una red, una pelota lanzada por el aire y la viñeta ya estaba hecha. Ferguson consultó su reloj. Tres minutos del primer trazo al último. No más de tres minutos, puede que incluso dos.

Santo Dios, dijo Ferguson. No se te da mal dibujar, ¿verdad?

Lemmon contra Lime, Limón contra Lima, dijo Howard desoyendo el cumplido. Es bastante gracioso, ¿no crees?

No sólo bastante. Muy gracioso.

A lo mejor hemos hecho un descubrimiento.

Sin lugar a dudas, convino Ferguson, quien, dando con el dedo primero en la pluma de Howard y luego en el papel, añadió: *William Penn contra Patti Page*, o sea, pluma contra página.

¡Ah, pues claro! El cuento de nunca acabar, ¿no crees?

Siguieron unas horas con ello, mientras deshacían el equipaje y se instalaban, y luego durante toda la tarde, paseando por el campus hasta la hora de cenar, momento en el cual habían llegado a las cuarenta o cincuenta parejas. No pararon de reír de principio a fin, y de cuando en cuando las carcajadas eran tan sonoras y a veces retumbaban tanto que Ferguson se preguntó si alguna vez se había reído tan fuerte desde el día en que nació. Hasta llorar de risa. Hasta sofocarse de risa. Y qué buen ejercicio para superar los miedos y temblores de un joven viajero que acababa de dejar su hogar y se encontraba en la frontera entre el pasado escrito y el futuro en blanco.

Piensa en partes del cuerpo, dijo Howard, y unos momentos después contestó Ferguson: *Legs Diamond contra Learned Hand*. Pocos instantes después, Howard le devolvió la pelota con: *Edith Head contra Michael Foot*.

Piensa en cuerpos empapados, dijo Ferguson, hache dos o en cualquiera de sus diversos estados, y Howard contestó: John Ford contra Larry Rivers, Claude Rains contra Muddy Waters. Al cabo de unos momentos de gran concentración, Ferguson igualó los dos últimos con otros dos: Bennett Cerf contra Toots Shor, Veronica Lake

contra Dick Diver.

¿Valen personajes de ficción?, preguntó Howard.

¿Por qué no? Mientras sepamos quiénes son, no hay diferencia con los personajes reales. Además, ¿desde cuándo ha dejado de ser Harry Lime un personaje de ficción?

Vaya, se me había olvidado el bueno de Harry. En ese caso, permite que sugiera C. P. Snow contra Uriah Heep.

O estos dos caballeros ingleses: Christopher Wren contra Christopher Robin.

Fantástico. Ahora piensa en reyes y reinas, dijo Howard, y tras un largo silencio Ferguson contestó: Guillermo de Orange contra Robert Peel. Casi de inmediato, Howard replicó: Vlad el Empalador contra Carlos el Gordo.

Piensa en norteamericanos, dijo Ferguson, y a lo largo de una hora sacaron los siguientes:

Cotton Mather contra Boss Tweed.

Nathan Hale contra Oliver Hardy.

Stan Laurel contra Judy Garland.

W. C. Fields contra Audrey Meadows.

Loretta Young contra Victor Mature.

Wallace Beery contra Rex Stout.

Hal Roach contra Bugs Moran.

Charles Beard contra Sonny Tufts.

Myles Standish contra Sitting Bull (M. En Pie/Toro Sentado).

Así siguieron y siguieron, pero cuando finalmente volvieron a la habitación después de cenar, más de la mitad de las ocurrencias se les había ido de la cabeza.

Tendremos que llevar registros más adecuados, concluyó Howard. Por lo menos hemos aprendido que las ideas brillantes tienen origen en materias altamente inflamables, y a menos que vayamos por ahí con lápiz y papel a todas horas, se nos olvidará casi todo lo que hagamos.

Por cada una que se nos olvide, siempre podremos inventar otra, dijo Ferguson. Piensa en los crustáceos, por ejemplo, echa la red durante un rato y de pronto tienes a Buster Crabbe contra Jean Shrimpton.

Bonito.

O en sonidos. Dulces trinos en el bosque, un fuerte rugido en la selva y ahí tienes a Lionel Trilling contra Saul Bellow.

O en luchadores contra el crimen que tienen secretarias y novias con nombres de vías públicas.

Ahí me pierdo.

Piensa en Perry Mason y Superman, y tendrás a Della Street contra Lois Lane.

Bueno. Muy bueno. Pero si das un paseo por la playa, antes de que te enteres te encontrarás viendo a George Sand... contra Lorna Doone.

Ése va a ser divertido de dibujar. Un reloj de arena jugando al tenis con una galleta salada.

Sí, pero ¿y lo de Veronica Lake contra Dick Diver? Piensa en las posibilidades.

Delicioso. Tan sugerente que casi resulta obsceno.

Nagle era su tutor en la facultad. Nagle era quien le daba clase de Literatura Clásica Traducida, la asignatura que hacía madurar el intelecto de Ferguson más que cualquier otra de las que cursaba. Y casi con toda seguridad Nagle era la persona que más vigorosamente había apoyado su candidatura para la beca, y aunque el profesor nunca le contaría lo que había hecho, Ferguson notaba que esperaba cosas de él y ponía especial interés en sus progresos, algo crucial para su equilibrio interior en aquella época de transición y posible desconcierto, porque las esperanzas de Nagle eran determinantes para sentirse parte de aquel ambiente o permanecer al margen, y cuando le entregó el primer trabajo del semestre, cinco páginas sobre el reencuentro de Odiseo y Telémaco en el canto XVI de *La Odisea*, Nagle se lo devolvió con una críptica nota garabateada al final de la última página, *No está mal, Ferguson. Sigue así*, que Ferguson interpretó como la forma que tenía el profesor de decirle lacónicamente que lo había hecho bien, no ya un trabajo superlativo, pero bueno a pesar de todo.

A lo largo del primer semestre, un miércoles sí y otro no, Nagle y su mujer, Susan, ofrecían un té por la tarde en su pequeña casa de Alexander Street a los seis estudiantes de primero que estaban bajo la tutela de Nagle. La mujer de Nagle era una señora bajita y rechoncha que daba clases de Historia en Rutgers y llegaba a los hombros a su esbelto marido, de alargado rostro. Mientras ella servía el té, Nagle repartía los sándwiches, o cuando Nagle servía el té, ella distribuía los sándwiches, y mientras Nagle se quedaba sentado en una butaca fumando cigarrillos y charlando con alguno de sus pupilos o escuchándolo, su mujer, instalada en el sofá, hablaba y escuchaba a los demás, y los dos Nagle se mostraban tan cordiales pero fríamente educados entre sí que Ferguson a veces se preguntaba si se comunicaban en griego antiguo cuando no querían que su hija de ocho años, Barbara, se enterase de lo que estaban hablando. La idea de una ceremonia del té siempre le había parecido a Ferguson el ejemplo más aburrido de reunión social (hasta entonces no había asistido a ninguna), pero de hecho le gustaban las tertulias de hora y media de Nagle y trataba de no perderse ninguna, porque brindaban la oportunidad de ver al profesor en su salsa, y se decía que Nagle era algo más de lo que parecía ser en clase o en su despacho, donde jamás hablaba de política, ni de la guerra ni de cuestiones de actualidad, pero en su casa recibía un miércoles sí y otro no a sus pupilos de primero, que casualmente eran dos estudiantes judíos, dos extranjeros y dos negros, y si se tenía en cuenta que sólo había doce negros entre ochocientos estudiantes de primer curso (¡sólo doce!), cinco o seis docenas de judíos y un número de extranjeros entre la mitad y un tercio de esta última cifra, a Ferguson le resultaba evidente que Nagle se había encargado tranquilamente de atender a los marginales y asegurarse de que no se asfixiaban en aquel sitio intimidante y extraño, y ya fuera por sus creencias políticas, por su amor a Princeton o por simple generosidad humana, Robert Nagle hacía lo posible para que los marginales se sintieran como en casa.

Nagle más Howard y Jim; en el primer mes de la nueva vida de Ferguson como becario desconcertado, un muchacho que antes se consideraba maduro y ahora regresaba a las angustiosas incertidumbres de la infancia, ellos fueron quienes lo mantuvieron de una pieza. Howard era algo más que un diabólico caricaturista y una persona con chispa y llena de energía, también era un sesudo pensador y un

estudiante aplicado que pensaba licenciarse en Filosofía, y como era atento, discreto y poco exigente con respecto a su compañero, Ferguson podía compartir la habitación con él sin sentir menoscabada su intimidad. Ése había sido uno de los grandes miedos de Ferguson, tener que vivir con otra persona en una habitación nada espaciosa, cosa que hasta el momento sólo le había ocurrido en Camp Paradise, donde había dormido en una cabaña con dos monitores y otros siete chicos, pero en casa siempre había contado con el recurso de recluirse entre las cuatro paredes de su santuario personal, incluso en la nueva casa de Woodhall Crescent donde Amy siempre andaba dando portazos y escuchando música alta en el cuarto de al lado, y la preocupación consistía en si podría leer o escribir o incluso pensar con otra persona tumbada en la cama o sentada a una mesa a metro y medio de él. Según resultó, a Howard también le había preocupado el mismo problema de la cercanía, porque desde niño él también había dispuesto de su propia habitación, y en una conversación sin pelos en la lengua que mantuvieron el tercer día de la semana de orientación al novato, durante la cual ambos confesaron sus temores a la falta de intimidad y a que pasara demasiado aire de unos pulmones a otros, establecieron lo que esperaban que fuera un aceptable *modus operandi*. Sus compañeros de suite eran un estudiante de primero de Medicina llamado Will Noyes, de Vermont, y un genio de las matemáticas con nota máxima en selectividad llamado Dudley Krantzenberger, de Iowa, y Ferguson y Howard convinieron en que cuando el espacio común estuviera desocupado, es decir, cuando Noyes y Krantzenberger se encontraran en su habitación o en otra parte del edificio, uno de ellos (Ferguson o Howard) se dedicaría a leer-escribir-pensar-estudiar-dibujar en la habitación mientras el otro lo hacía en la sala común, y cuando Noyes o Krantzenberger estuvieran en la sala común, Ferguson y Howard harían turnos para ir a la biblioteca mientras el otro se quedaba en la habitación. Cerraron el trato con un apretón de manos, pero transcurridas un par de semanas, cuando el semestre empezó en serio, se sentían tan a gusto en mutua compañía que dejaron de aplicar las normas preventivas. Entraban y salían cuando les apetecía, y si ambos decidían quedarse al mismo tiempo, descubrían que eran capaces de estar juntos en el cuarto durante un largo periodo de estudio silencioso sin interrumpir los pensamientos del otro ni contaminar el aire que ambos respiraban. A veces ciertos problemas potenciales llegaban a materializarse realmente, pero no siempre. En ese aspecto, no. Para el primero de octubre, los dos ocupantes de la habitación de la tercera planta de Brown Hall habían inventado ochenta y una parejas más para sus partidos de tenis.

En cuanto a Jim, también se iba adaptando a una serie de circunstancias, tanteando el terreno en su primer año como estudiante de doctorado en el competitivo Departamento de Ciencias Físicas, acostumbrándose a vivir con un compañero de habitación en un apartamento fuera del campus, no menos inquieto que su hermanastro en el primer periodo de su paraíso de ardillas negras, pero aun así se las arreglaban para cenar juntos los martes por la noche, o bien espaguetis en el apartamento con el compañero de Jim en el MIT, también licenciado, Lester Patel, de Nueva Delhi, o hamburguesas en un pequeño y atestado local de Nassau Street llamado Bud’s, junto con hora u hora y media de baloncesto uno contra uno en el Dillon Gym cada diez días o así, con Ferguson siempre perdiendo frente a Schneiderman, un poco más alto y dotado, pero no por una diferencia de puntos tan

humillante que no valiera la pena el esfuerzo. Al cabo de dos semanas del comienzo de curso, Jim se presentó una tarde de improviso en Brown Hall para hacer una visita a Ferguson y Howard, y cuando Howard sacó la lista de partidos de tenis que habían inventariado hasta el momento y mostró a Jim algunos de los dibujos correspondientes (Claude Rains a un lado de la red en forma de un conjunto de gotas de lluvia, Muddy Waters al otro metido en fango hasta la cintura), Jim se rio tanto como se habían reído Ferguson y Howard la mañana en que se les ocurrió el pasatiempo, y al ver cómo se retorcía y las punzadas de risa que le daban en el costado, cualquiera podía apreciar el buen carácter de Jim, pensaba Ferguson, igual que aprobar el Examen de Iniciación Horn & Hardart decía algo positivo sobre el carácter de Celia, porque en ambos casos la reacción demostraba que la persona en cuestión era un alma gemela, alguien que apreciaba las mismas asociaciones disparatadas y los imprevisibles emparejamientos de lo semejante y lo desemejante que gustaban a Ferguson, porque la triste verdad era que no todo el mundo se enamoraba del Horn & Hardart ni de la grandeza poética de la cocina automatizada obtenida en un receptáculo después de introducir una moneda de cinco centavos, y no todo el mundo se reía o sonreía siquiera ante la vista de los partidos de tenis, tal como Ferguson y Howard habían comprobado con Noyes y Krantzenberger, que uno después de otro habían observado las parejas con el rostro desprovisto de expresión, sin entender la gracia de los dibujos, incapaces de captar la curiosa duplicidad que se producía cuando un nombre de cosa también era un nombre propio, ni que poner esas dos palabras juntas podía transportarlo a uno a un reino de inesperado alborozo, no, toda la operación se había desinflado ante los ojos de la mentalidad literal de sus dos compañeros de suite, mientras que a Jim se le salía el regocijo por las orejas, agarrándose los costados y diciéndoles que *hacía años que no se reía tan fuerte*, y una vez más se encontró Ferguson frente al viejo problema del beso-puñetazo, que parecía insoluble, porque el *qué* no podía explicarse a sí mismo más que siendo él mismo y por tanto siempre quedaba a merced del *quién*, y dado que siempre había sólo un *qué* y muchos *quiénes*, los *quiénes* tenían inevitablemente la última palabra, incluso cuando se equivocaban al emitir sus juicios, no sólo sobre cosas importantes como libros y el diseño de edificios de ochenta plantas sino también sobre cosas sin importancia como una azarosa lista de chistes inocuos y estúpidos.

Las asignaturas que no enseñaba Nagle no eran tan interesantes como Literatura Clásica Traducida, pero eran bastante buenas, y entre la operación de aclimatarse al nuevo entorno y las tareas correspondientes a tales asignaturas, que en primero incluían la obligatoria de Prosodia y Composición junto con Introducción a la Literatura Francesa con Lafargue, la Novela Europea de 1857 a 1922 con Baker e Historia de Norteamérica con McDowell, el primer mes no tuvo mucho tiempo libre para pensar en el pobre Mulligan, y el poco que le quedaba se le iba en viajes a Nueva York.

Su abuelo se había ido a Florida a pasar el invierno, lo que le daba acceso a su piso siempre que quisiera, y eso significaba estar allí completamente solo, lo que era un lujo reconfortante. Las habitaciones de la calle Cincuenta y ocho Oeste también le procuraban el placer añadido de llamar gratis por teléfono, porque su abuelo le había

dicho con toda claridad que llamara *siempre que le entrara comezón en la lengua* sin preocuparse de lo que costara. El ofrecimiento implicaba cierto grado de moderación, por supuesto, el entendimiento de que no debía desmadrarse y endilgar a su abuelo unas conferencias de excesivo coste, lo que suprimía la posibilidad de llamar a Dana a Israel, por ejemplo (algo que habría hecho de todos modos de haber sabido el número), pero en cualquier caso así logró mantenerse en contacto con otras amistades en el plano nacional, todas ellas mujeres, las chicas que él quería o había querido o podría empezar a querer más adelante o enseguida o ahora mismo.

Su hermanastra, Amy, se había entregado en Brandeis al movimiento contra la guerra, que *había atraído a la gente más interesante de la universidad*, dijo ella, entre ellos a uno de último curso llamado Michael Morris, que el año anterior había sido uno de los voluntarios del Verano de la Libertad en Mississippi, y Ferguson sólo podía esperar que éste le resultase mejor que el zángano a quien había entregado su corazón en el instituto, el artero Loeb de los múltiples ardides y promesas rotas. ¿Había sido ése un ingenuo error por parte de Amy, se preguntaba él, o bien, tras rechazar a su futuro hermanastro en la noche de las luciérnagas en el jardín de la vieja casa, estaba destinada a enamorarse una y otra vez del hombre que no le convenía? Ten cuidado, le dijo. El tal Morris parece buen tipo, pero no te precipites hasta saber quién es verdaderamente. Ferguson en su autoasignado papel de Miss Lonelyhearts, ofreciendo consejos en asuntos de los que no tenía ni idea. Una forma sutil de venganza, quizá, pues por mucho que quisiera a Amy, las ampollas del antiguo rechazo aún le escocían de cuando en cuando y nunca había sido capaz de decirle cuánto y cuán profundamente le había dolido.

Su madre había encontrado trabajo en la Hammond Map Company de Maplewood, un encargo de larga duración para hacer fotos destinadas a una serie de calendarios y agendas de Nueva Jersey que se empezarían a publicar en 1967, es decir, al cabo de un año justo a partir de aquel otoño de 1966, Notables de Nueva Jersey, Paisajes de Nueva Jersey, Monumentos Históricos de Nueva Jersey, y dos ediciones de Arquitectura de Nueva Jersey (una de edificios públicos y otra de casas particulares), que le habían ofrecido mediante la intervención de uno de los clientes comerciales de Dan, y Ferguson lo calificó de excelente noticia por varias razones, en primer lugar por el dinero extra que entraría en la casa (fuente de perpetua preocupación), pero sobre todo porque quería que su madre volviera a estar ocupada en algo después de que en un arrebato su padre cortara el suministro al estudio fotográfico, y sin críos que atender en casa, por qué no dedicarse a ese trabajo, que seguramente le resultaría satisfactorio y la entretendría, por descabellada que fuese la idea de los calendarios y las agendas de Nueva Jersey.

La persona a quien antes se dirigía como señora Monroe y a la que ahora llamaba Evie, la abreviatura de Evelyn que empleaban con ella sus amigos, había vuelto al instituto Columbia para seguir con sus diversas clases de inglés y supervisar la nueva cosecha de redactores de la revista literaria estudiantil, pero las cosas habían tomado un incierto giro para ella cuando a primeros de septiembre su novio de los tres últimos años, un analista político del *Star-Ledger* llamado Ed Southgate, dio bruscamente por terminada su relación y volvió con su mujer, y ahora Evie estaba con la moral baja y demasiado dolida para que algo le saliera bien, pasando las tardes

de los fines de semana con un vaso de whisky en la mano y escuchando rayados discos de blues de Bessie Smith y Lightnin' Hopkins, y coño, pensaba Ferguson una y otra vez mientras los árboles cambiaban de color y las hojas empezaban a caer al suelo, cuánto le podía doler el alma a aquella mujer. Siempre que la llamaba, hacía lo posible para sacarla del bache y animarla a pensar en otra cosa distinta del desaparecido Ed, porque mirar atrás ya no tenía sentido, consideraba él, no cabía más que sacarla del agujero de la bebida haciendo chistes a costa de la desesperación y del poco *Ed*ificante Ed, del *Ed*ematoso Ed, diciéndole que no se preocupara porque él, Ferguson, su antiguo alumno, iba a rescatarla, y si no quería que la rescataran, tendría que cerrar con cerrojo la puerta de su casa o marcharse de la ciudad, porque iba a hacerlo tanto si ella quería como si no, y de pronto los dos se echaban a reír y la nube se disipaba lo suficiente para que Evie se pusiera a hablar de cosas en vez de seguir aislada en el salón de la planta baja con una botella de whisky, pasando las noches sin amor en la casa pareada en que vivía en una manzana de frondosos y ondulantes árboles de East Orange, la casa a la que Ferguson había hecho ocho o diez visitas en el verano, y que ahora, según sabía perfectamente, era uno de los pocos sitios del mundo donde se sentía única y enteramente tal como era, y cada vez que la llamaba pensaba en aquellas visitas de verano y en la noche en que los dos bebieron demasiado y estaban a punto de acostarse juntos cuando sonó el timbre y el chico de la acera de enfrente preguntó si podían prestar a su madre una taza de azúcar.

Luego estaba Celia, una llamada cada viernes por la noche o sábado por la tarde a su nueva amiga, sin otro propósito que el de manifestar lo en serio que se había tomado la tarea de ser su amigo, y la seguía llamando porque ella siempre parecía alegrarse de sus llamadas. Aquellas primeras conversaciones tendían a desviarse hacia varios o muchos temas inconexos, pero rara vez decaían, y Ferguson disfrutaba oyendo su voz seria e inteligente mientras zigzagueaban entre la sociología de las camarillas de instituto y la guerra de Vietnam, entre inquietas quejas acerca de *sus alicaídos y torpes padres* y nostálgicas cavilaciones sobre la posibilidad de ardillas anaranjadas, pero entonces se puso a hablar de que estaba preparando el examen de selectividad, por lo que ahora ya no podía salir los sábados, y luego, a últimos de septiembre, le anunció que estaba saliendo con un chico llamado Bruce, que por lo visto estaba a punto de convertirse en algo parecido a un novio, cosa que sentó a Ferguson como una sacudida cuando se lo contó, una conmoción que siguió sintiendo durante un par de días después, pero una vez que lo asimiló, pensó que tal vez fuese mejor así, porque le había causado una impresión muy fuerte el día que pasaron juntos en Nueva York, y sin otra chica en el panorama por el momento, podría haberle entrado a fondo de forma impetuosa la próxima vez que se encontraran, algo que habría lamentado, algo que le habría chafado las posibilidades para siempre, y mejor que ese tal Bruce se interpusiera ahora entre ellos, porque los amoríos de instituto rara vez duraban más que el propio instituto, y al año siguiente ella iría a la universidad si todo salía conforme al plan, como sin duda ocurriría, y a partir de entonces la situación sería distinta.

Mientras, en las manzanas del centro próximas a Washington Square, Noah hincaba el diente a su recién estrenada independencia vital, a su liberación de los claustrofóbicos confines del apartamento de su madre en West End Avenue y de los

ciclos de peleas y paz del demencial matrimonio de su padre con su neurasténica madrastra. Tal como le expuso a Ferguson un día mientras le enseñaba su residencia universitaria, su pequeño cuarto de dos por cuatro era lo mejor después de una tienda de campaña en las tierras vírgenes de Montana. *Ya no estoy encerrado, Arch*, dijo, *me siento como un esclavo emancipado que acaba de largarse a los territorios autónomos*, y aunque a Ferguson le preocupaba que fumara demasiado, lo mismo hierba que tabaco (cerca de dos paquetes de cigarrillos diarios), su mirada era clara y en general parecía estar en buena forma, incluso sobrellevaba bien la pérdida de su novia, Carole, que lo había abandonado antes de irse a vivir bajo sus particulares cielos despejados de Yellow Springs, en Ohio.

Transcurridas dos semanas del primer semestre, Noah informó de que la Universidad de Nueva York era mucho menos exigente que Fieldston, por lo que podía realizar sus tareas diarias en el tiempo que le llevaba *consumir una comida de cinco platos*. Ferguson se preguntaba cuándo se había sentado Noah por última vez a despachar una comida de cinco platos, pero comprendía a su primo y lo admiraba por tomarse la universidad con tanta tranquilidad, cuando a él casi le había costado una crisis de nervios. De modo que ahí estaba el joven señor Marx, un hombre nuevo en su antiguo entorno, pateando las calles adoquinadas de su territorio del West Village, frecuentando clubs de jazz y cines como el Bleecker Street Cinema, escribiendo ideas para argumentos de películas en una mesa del Caffè Reggio mientras bebía su sexto expreso del día y entablando amistad con jóvenes poetas y pintores del Lower East Side, y cuando Noah empezó a presentarlo a aquella gente, el mundo de Ferguson se expandió de un modo que acabaría reconfigurando su horizonte vital, porque aquellos encuentros tempranos constituían los primeros pasos hacia el descubrimiento de la clase de vida que podría llevar en el futuro, y una vez más, como siempre, era a Noah a quien debía agradecer que lo encaminara en la buena dirección. Por muy en contra que pudiera haber estado de los talleres de escritura de Princeton, Ferguson era consciente de lo instructivo que sería hablar con otros escritores y artistas, y como la mayoría de los autores noveles del centro que conoció a través de Noah eran tres, cuatro y cinco años mayores que él, ya estaban publicando su obra en pequeñas revistas y organizando exposiciones colectivas en tiendas y áticos ruinosos, lo que significaba que en aquel momento iban muy por delante de él y, en consecuencia, Ferguson escuchaba con atención lo que decían. La mayoría de ellos acabó enseñándole algo, incluso los que no le resultaban simpáticos, pero en su opinión el más inteligente resultó ser el que mejor le caía, un poeta llamado Ron Pearson, que había venido cuatro años antes a Nueva York desde Tulsa, en Oklahoma, y en junio acababa de licenciarse en Columbia, y una tarde en su pequeño apartamento sin pasillos en Rivington Street, cuando Ferguson y Noah estaban sentados en el suelo con Ron y su mujer, Peg (¡ya estaba casado!), y dos o tres más, la conversación pasó del dadá al anarquismo, de la música dodecafónica a los tebeos porno de Nancy y Sluggo, de las formas tradicionales de poesía y pintura al papel del azar en el arte, y de pronto mencionaron a John Cage, un nombre que sólo le sonaba vagamente, y cuando Ron se enteró de que su nuevo amigo de los pantanos de Jersey no había leído una palabra de los escritos de Cage, se puso en pie de un salto, se acercó a la estantería y cogió un ejemplar en tapa dura de *Silencio*. Tienes que leer esto, Archie,

le dijo, o si no, nunca aprenderás a pensar sobre algo aparte de lo que los demás quieran que pienses.

Ferguson le dio las gracias y le prometió que le devolvería el libro lo antes posible, pero Ron rechazó la propuesta con un gesto y dijo: Quédatelo. Tengo otros dos ejemplares, así que éste ya es tuyo.

Ferguson abrió el libro, lo hojeó durante unos momentos y entonces cayó sobre esta frase de la página 96: «El mundo es prolífico: puede ocurrir cualquier cosa».

Era viernes, 15 de octubre de 1965, y Ferguson llevaba un mes estudiando en Princeton, uno de los meses más duros y agobiantes que podía recordar, pero ya estaba saliendo adelante, lo notaba, algo empezaba a cambiar de nuevo en su interior, y pasar aquellas horas con Noah, Ron y los demás lo ayudaba a desechar las flaquezas, agitaciones y arrebatos de su carácter, y ahora tenía el libro, un ejemplar en tapa dura del *Silencio* de John Cage, y cuando el pequeño grupo se disolvió y todos se marcharon, dijo a Noah que estaba agotado y quería volver a casa de su abuelo en la parte norte, lo que en realidad no era cierto porque no estaba en absoluto cansado y simplemente deseaba estar solo.

Ya en dos ocasiones un libro lo había vuelto del revés cambiando su forma de pensar, volando en pedazos sus postulados sobre el mundo y lanzándolo a un terreno nuevo donde todo parecía diferente, donde todo seguiría siendo distinto mientras él continuara viviendo en el tiempo y ocupara un espacio en el universo. La novela de Dostoievski sobre las pasiones y contradicciones del alma humana, el ensayo de Thoreau que era un manual sobre cómo vivir, y ahora Ferguson había descubierto un libro que Ron había calificado correctamente de *tratado sobre cómo pensar*, y mientras leía en el piso de su abuelo «Dos páginas, 122 palabras sobre música y danza», «Notas sobre la nada», «Notas sobre algo», «45’ para un orador» y «Música indeterminada», sintió que un viento tempestuoso y purificador soplaba por su cerebro limpiando la basura allí acumulada, que estaba en presencia de un hombre sin miedo a hacer preguntas fundamentales, a empezar desde el principio y andar por un sendero por el que nadie había transitado antes, y cuando Ferguson dejó finalmente el libro a las tres y media de la madrugada, se sentía tan estimulado y exaltado por lo que acababa de leer que sabía que no podría dormir, que no sería capaz de cerrar los ojos en lo que quedaba de noche.

El mundo es prolífico: puede ocurrir cualquier cosa.

Había quedado con Noah a mediodía del día siguiente para marchar juntos por la Quinta Avenida en lo que iba a ser su primera manifestación contra la guerra, la primera protesta a gran escala en Nueva York contra la concentración de tropas norteamericanas en Vietnam, acontecimiento que sin duda atraería a miles o decenas de miles de personas, si no a cien o doscientas mil, y nada iba a impedir que Ferguson tomara parte en ella, ni aunque estuviera a punto de caerse redondo al suelo y tuviera que ir tambaleándose por la Quinta Avenida como un borracho sonámbulo, pero aún faltaban muchas horas para mediodía, y por primera vez desde que puso los pies en Brown Hall el mes anterior, estaba dispuesto a volver a escribir, y nada iba a impedirle que hiciera eso también.

Los primeros doce viajes habían llevado a Mulligan a países que vivían en permanente estado de guerra, países de rígida severidad que castigaban a sus

ciudadanos por tener pensamientos impuros, países cuya cultura se centraba en la satisfacción del placer sexual, países cuyos pueblos apenas pensaban en nada aparte de en comer, países gobernados por mujeres en donde los hombres servían de lacayos mal pagados, países dedicados a la creación artística y musical, países regidos por leyes racistas semejantes a las de los nazis y otros en que la gente aún no distinguía entre diferentes colores de piel, países en que comerciantes y hombres de negocios engañaban al público como principio de deber cívico, países organizados en torno a perpetuas competiciones deportivas, países acosados por terremotos, volcanes en erupción y constante mal tiempo, países tropicales en los que la gente iba desnuda, países glaciales en los que la gente tenía obsesión por las pieles, países primitivos y técnicamente avanzados, países que parecían anclados en el pasado y otros que vivían en el presente o en un futuro lejano. Ferguson había elaborado un mapa aproximado de los veinticuatro viajes antes de empezar el proyecto, pero descubrió que el mejor modo de iniciar un nuevo capítulo era escribir a ciegas, poner en el papel todo lo que le bullía en la cabeza mientras iba disparado de frase en frase, para luego, al acabar el desenfrenado primer borrador, volver atrás e ir arreglándolo poco a poco, normalmente corrigiendo cinco o seis borradores antes de lograr la debida y definitiva forma, la misteriosa combinación de ligereza y densidad que buscaba, el tono entre serio y cómico necesario para que tan extravagante narración saliera adelante, la *verosímil inverosimilitud* de lo que él denominaba un *absurdo en movimiento*. Consideraba su pequeño libro como un experimento, un ejercicio que le permitiría sacar *músculos escriturales*, y cuando terminara de escribir el último capítulo pensaba quemar el manuscrito o, si no quemarlo, enterrarlo en un lugar donde nadie pudiera encontrarlo.

Aquella noche, en la habitación de huéspedes de su abuelo, que una vez fue el cuarto que su madre compartía con su hermana Mildred, rebosante de la sensación de libertad que le había dado el libro de Cage, resuelto y jubiloso, deleitándose con la idea de que el largo mes de silencio hubiera tocado a su fin, escribió los capítulos primero y segundo de lo que sin duda sería su obra más descabellada hasta el momento.

LOS DRUNOS

La mayor felicidad de los drunos es quejarse de la situación de su país. Los habitantes de las montañas envidian a los que viven en los valles, y la gente de los valles ansía emigrar a las montañas. Los campesinos no están satisfechos con el rendimiento de las cosechas, los pescadores refunfuñan sobre las capturas diarias, pero ningún pescador ni campesino ha reconocido jamás su responsabilidad en el fracaso. Prefieren achacarlo a la tierra y el mar antes que admitir que como campesinos y pescadores no valen gran cosa, que la antigua sabiduría se ha ido perdiendo poco a poco y que están tan cualificados para lo que hacen como principiantes sin formación.

Por primera vez en mis viajes, me he topado con lo que llamaría un *pueblo perezoso*.

Las mujeres han perdido la esperanza en el futuro y ya no quieren concebir hijos. Las más adineradas se pasan el día desnudas, tumbadas sobre peñas lisas, dormitando al calor del sol. Los hombres, que prefieren vagar entre recortados afloramientos rocosos y zonas de pendientes extremas, se sienten ofendidos por la indiferencia de las mujeres hacia ellos, pero no hacen nada para remediarla y no se les ocurren ideas eficaces para cambiar la situación. De cuando en cuando, organizan un débil asalto y lanzan piedras contra las mujeres yacentes, pero los proyectiles rara vez alcanzan su objetivo.

Desde hace un tiempo, ahogan al nacer a cada niño que viene al mundo.

Al llegar a palacio, me recibieron la Princesa de Bones y su séquito. Alejándome de la última escaramuza me condujo al jardín, donde me sirvió un cuenco de manzanas y habló de las pasiones de su pueblo. ¿Qué nuevo desafío estaban preparando contra los custodios de la virtud?, preguntó. Aunque hablaba de graves asuntos, la princesa no parecía perpleja ni demasiado alarmada. Reía a menudo, como de algún chiste que sólo ella entendiera, y durante toda nuestra conversación no dejó de darse aire con un abanico de bambú que le había regalado de pequeña, según me informó, el embajador de China. Por la mañana me entregó provisiones para el viaje.

Hay muchas aldeas, todas ellas en torno a la torre y formando una serie de ocho círculos concéntricos. Desde la costa siempre se avistan icebergs.

Dicen que la torre es la estructura más antigua de la isla, construida en un tiempo anterior a la memoria. Ya no está habitada, pero cuenta la leyenda que una vez fue lugar de veneración y que los oráculos emitidos desde allí por el adivino Botana gobernaban a los drunos en su época dorada.

Monté en mi caballo, decidido a adentrarme en las tierras del interior. Al cabo de tres días y tres noches llegué a la aldea de Flom, donde, según me habían dicho, un culto nuevo había infectado la imaginación de la gente y amenazaba con destruirla. De acuerdo con mi fuente (un escriba de palacio), el contagio del autodesprecio que se propaga entre los habitantes de Flom ha alcanzado tales proporciones que se han vuelto en contra de sus propios cuerpos y tratan de reducirlos, desfigurarlos o inutilizarlos en una orgía de desmembración, según lo denominó el escriba.

Orgía no es la palabra adecuada. *Orgía* sugiere arrobamiento y extasiado placer, pero el placer no existe entre los habitantes de Flom. Se dedican a sus asuntos con la concentrada calma de los fanáticos religiosos.

Una vez al día se celebra una ceremonia llamada Resistencia en la plaza central de la aldea. Los participantes se envuelven apretadamente en gasas de la cabeza a los pies, dejando sólo un pequeño agujero en las ventanas de la nariz para no asfixiarse, y entonces cuatro sirvientes de esas figuras semejantes a momias reciben la orden de tirar a sus amos de las extremidades, tirar de ellas con todas sus fuerzas durante el mayor tiempo posible. Es la prueba de resistencia al tormento. En caso de que en el curso de la operación llegue a arrancarse un miembro, un gran rugido de exaltación se alza entre la multitud. La Resistencia se ha convertido ahora en Trascendencia, según lo llaman. Las extremidades amputadas se conservan en el ayuntamiento dentro de una urna de cristal, donde se contemplarán como objetos sagrados. A los amputados se les conceden los privilegios de la realeza.

Las nuevas leyes aprobadas por el gobierno municipal reflejan los principios de

la Trascendencia. Los servicios a la comunidad se premian con amputaciones indoloras, mientras que a los delincuentes condenados se les obliga a someterse a una prolongada operación durante la cual se les cosen al cuerpo nuevos apéndices. Por un primer delito, suele añadirse una mano en la zona del vientre. A los reincidentes, sin embargo, se destinan castigos más humillantes. En cierta ocasión vi a un hombre con la cabeza de una muchacha incorporada a la espalda. A otro le brotaban pies de recién nacido de las palmas de las manos. Hay incluso quienes parecen llevar otro cuerpo consigo.

En su diario ir y venir, los habitantes de Flom intentan desechar los miedos vinculados a su precaria existencia. No son olvidadizos; su angustia persiste incluso cuando no hay señales a primera vista. Por consiguiente, han decidido enfrentarse a ella y así superar los obstáculos que les han impedido conocerse a sí mismos. No se justifican por haber transformado su solipsismo en un fetiche.

No son sólo sus cuerpos lo que desean superar sino la sensación de estar separados entre sí. Uno de ellos me lo explicó de este modo: «Por lo visto no encontramos un territorio común. Cada uno de nosotros carga con su propio mundo, que rara vez coincide con el de cualquier otro. Reduciendo el tamaño de nuestros cuerpos, esperamos acortar los espacios que hay entre nosotros. Por curioso que parezca, es un hecho comprobado que los amputados se sienten más inclinados a participar en la vida de los demás que la mayoría de los flomianos de cuatro extremidades. Algunos incluso han estado en condiciones de casarse. Cuando quedemos reducidos a casi nada, quizá nos encontremos al fin unos a otros. Vivir, en el fondo, resulta muy complicado. Aquí, la mayoría de nosotros muere simplemente porque se le olvida respirar».

Incluyendo el tiempo que pasó deambulando por la habitación entre un párrafo y otro, junto con los minutos perdidos en prepararse una taza de café instantáneo y coger un paquete de Camel de la bolsa de viaje, Ferguson tardó poco más de dos horas en componer ese borrador preliminar. Cuando acabó de escribirlo, dejó el lápiz y leyó atentamente lo que había hecho, se retrepó en la silla, hizo una pausa mientras fumaba un cigarrillo y reflexionaba, y luego volvió a coger el lápiz y se puso a escribir otra vez. Seis versiones y nueve días después, sólo permanecían cuatro frases del borrador original.

La víspera de Acción de Gracias, Ferguson fue a casa por primera vez en más de dos meses, dirigiéndose hacia Woodhall Crescent al tiempo que Amy hacía lo mismo desde Boston, y allí estaban otra vez los cinco, juntos desde el miércoles para pasar el largo fin de semana, pero aparte de sentarse a la mesa para la celebración anual del pavo del jueves, Ferguson pasó poco tiempo en la casa. Su madre y Dan estaban ya tan profundamente casados que empezaban a parecerse entre sí, pensó, pero Amy se había presentado de mal genio y con ganas de polémica, y cuando Ferguson intentó calmarla en la comida del día festivo soltando de un tirón una docena de los partidos de tenis pergeñados con Howard —Arthur Dove contra Walter Pidgeon, John Locke contra Francis Scott Key, Charles Lamb contra Georges Poulet, Robert Byrd contra John Cage—, todos los demás rieron, incluido Jim, que en dos ocasiones ya había

oído gran parte de ellos, pero Amy dejó escapar un prolongado gruñido y luego arremetió contra él por perder el tiempo con lo que ella denominó *sentido del humor de niñato universitario, necio y trivial*. ¿Acaso no sabía que Estados Unidos estaba librando una guerra ilegal e inmoral? ¿Ignoraba que mataban a tiros a la población negra a todo lo largo y ancho del país? ¿Y qué le daba derecho a don Mimado Sabelotodo de Princeton a pasar por alto aquellas injusticias y descuidar los estudios dedicándose a esas *estúpidas bromas de residencia universitaria*?

Ferguson supuso que el noviazgo de Amy con Michael Morris, héroe del Verano de la Libertad, no iba bien o quizá no iba en absoluto, pero se abstuvo de preguntarle por su vida amorosa y se limitó a decir: Sí, Amy, estoy de acuerdo contigo. El mundo es una cloaca llena de mierda, dolor y horror, pero si me estás diciendo que lo que quieres es crear un país donde esté prohibido reírse, entonces creo que me iré a vivir a otra parte.

No me estás escuchando, repuso Amy. Claro que necesitamos reírnos. De no reírnos, probablemente nos moriríamos al cabo de un año. Sólo que tus partidos de tenis no tienen gracia, y no me hacen reír.

Dan dijo a su hija *que se tranquilizara y se lo tomara con calma*. Jim dijo a su hermana que tomara *píldoras anticabreo*, expresión que rápidamente transformó en *píldoras antipíldora*, y la madre de Ferguson le preguntó *si estaba preocupada por algo*, pregunta que Amy contestó mirando a su servilleta y mordiéndose el labio inferior, y desde ese momento hasta el final de la comida Ferguson apenas se dirigió a los demás. Después de la tarta de calabaza, todos pasaron a la cocina para fregar los platos y restregar las cazuelas y sartenes, y luego Dan y Jim fueron al salón a ver en la televisión las noticias y los resultados de los partidos de fútbol americano del Día de Acción de Gracias mientras Amy y la madre de Ferguson se sentaban a la mesa de la cocina a mantener lo que Ferguson suponía que acabaría siendo una *conversación seria con el corazón en la mano* sobre lo que preocupaba a Amy (sin duda, Michael Morris). Eran poco más de las seis de la tarde. Ferguson fue a la planta de arriba a llamar por teléfono desde la habitación principal, el único teléfono de la casa que le permitiría hablar sin que oyeran lo que decía. El fin de semana anterior, Evie le había dicho que en Acción de Gracias comería con los Kaplan, el matrimonio de la casa de al lado, sus mejores amigos del barrio, pero por si casualmente la comida había terminado pronto, Ferguson llamó primero a casa de ella. Sin respuesta. Lo que significaba que tendría que llamar a los Kaplan, lo que a su vez suponía mantener una larga charla con el miembro de la familia que acabara cogiendo el teléfono, o George o Nancy o uno de sus dos hijos ya universitarios, Bob o Ellen, amigos de Ferguson todos ellos, y con mucho gusto habría hablado con cualquiera de los cuatro, pero en aquella tarde en concreto sólo quería hablar con Evie.

Algunos de sus mejores recuerdos de adolescencia estaban asociados a la casa de los Kaplan, a la que durante sus años de instituto había ido muchas veces para asistir a las reuniones de los viernes y sábados por la noche en aquella mustia estructura de madera de dos plantas, atestada de miles de libros que constituían el excedente de la librería de segunda mano de George, a menudo con Dana, muchas veces también con Mike Loeb y Amy, y en la mayoría de aquellas veladas allí se congregaba una pequeña multitud de doce o dieciséis personas, una insólita mezcla

de adultos y adolescentes, y una combinación aún más insólita de adolescentes blancos y negros, pero aquella parte de East Orange era por entonces más o menos blanca y negra a partes iguales, y como los Kaplan y Evie Monroe eran izquierdistas sin dinero ni intención de largarse que militaban contra la bomba y a favor de la integración, y como además todos los asistentes eran lo bastante ingeniosos como para hacer bromas con el apellido de George y lo llamaban «El hombre que nunca existió» (en referencia al nombre falso dado a Cary Grant en *Con la muerte en los talones*: GEORGE KAPLAN), Ferguson a veces pensaba en aquella casa como el último bastión de la salud mental en Norteamérica.

Fue Bob quien lo cogió, lo que convenía a Ferguson, porque el chico era el menos hablador de los Kaplan y solía tener cuatro cosas a la vez en la cabeza, así que tras una breve charla sobre los más y los menos de la universidad y *el puto follón del jodido Vietnam* (palabras de Bob), le pasó el teléfono a Evie.

¿Qué pasa, Archie?, preguntó ella.

Nada. Sólo que me gustaría verte.

Dentro de diez minutos empezamos con el postre. ¿Por qué no coges el coche y te pasas por aquí?

Sólo a ti. A solas.

¿Ha ocurrido algo?

En realidad, no. Una repentina necesidad de aire fresco. Amy está con uno de sus arrebatos de mal genio, los tíos hablando de fútbol y yo con ansias de ti.

Es bonito, lo de las *ansias*.

Me parece que nunca he empleado esa palabra, ni una sola vez en la vida.

A Nancy le duele la cabeza, y George parece a punto de pillar un catarro, así que dudo que esto se prolongue mucho. Estaré en casa dentro de una hora.

¿No te importa?

No, claro que no. Me encantaría verte.

Estupendo. En tu casa dentro de una hora.

No era ningún secreto que se tenían cariño, que Ferguson, de dieciocho años, y Evie Monroe, de treinta y uno, hacía mucho que habían dejado atrás las formalidades escolásticas entre alumno y profesora. Ahora eran amigos, buenos amigos, posiblemente los mejores amigos del mundo, pero además de esa amistad se había producido una marcada atracción física por ambas partes que había permanecido oculta para todo el mundo, incluso para ellos mismos al principio, los espontáneos pensamientos concupiscentes que ninguno de los dos estaba dispuesto a llevar a la práctica por miedo o inhibición, pero entonces intervino el efecto desinhibidor de un whisky de más un jueves por la noche a mediados de agosto, y de un momento a otro las comprimidas llamas de su atracción mutua estallaron en un desenfreno de furiosos besuqueos en el sofá del salón de la planta baja, el juego amoroso interrumpido en pleno calentón por el timbre de la puerta, notable acontecimiento no sólo por su ferocidad sino porque había ocurrido durante la época de Ed, si bien es cierto que hacia el final, y ahora que Ed había desaparecido y Dana Rosenbloom se había ido y Celia Federman no era más que un producto de su imaginación en el lejano horizonte, y ni Ferguson ni Evie habían tocado a nadie desde hacía más tiempo del que él o ella podían recordar, era casi inevitable que quisieran acariciarse mutuamente en aquella

fría noche de Acción de Gracias. Esta vez no hizo falta alcohol. El inexperto empleo de la palabra *ansias* por parte de Ferguson los había empujado hacia el recuerdo de aquel jueves de agosto por la noche cuando no pudieron terminar lo ya comenzado, de modo que en cuanto Ferguson llegó a la casa adosada de Evie en Warrington Place, subieron al dormitorio de la planta alta, se fueron desnudando poco a poco y pasaron una larga y feliz noche terminando, por fin, lo que una vez habían empezado.

Era serio. No una aventura de una noche que se olvida por la mañana; sino el principio de algo, el primer paso de otros muchos que seguirían. A Ferguson no le importaba que ella fuese mayor que él, le daba igual que alguien se enterase de lo suyo, que la gente hablara. Por *inapropiado* que pudiera ser que una mujer de treinta y un años mantuviera relaciones con un muchacho de dieciocho, no había en ello nada contrario a la ley, porque Ferguson ya tenía edad para dar su consentimiento a esa relación y la conducta de ambos era legítima y absolutamente impecable. Si la sociedad consideraba que lo que hacían estaba mal, entonces la sociedad no tendría más remedio que aguantarse.

No era sólo la carnalidad, aunque ese aspecto constituyera una parte importante de sus relaciones, tanto para la todavía joven Evie como para Ferguson, falto de actividad sexual y que, con la permanente erección de todos los jóvenes, no se hartaba, atrapados ambos en la necesidad de envolverse el uno en el otro y entrelazar brazos y piernas en frenéticas oleadas de olvido carnal, cópulas recargadas, efusivas, que los dejaban agotados y jadeantes, o si no, la prolongada y lenta excitación de acariciar la piel lo más delicada y suavemente posible y esperar hasta que no podían esperar más —la generosidad, la alternante dulzura y violencia de sus actos—, y como la historia erótica de Ferguson se había limitado hasta entonces a una sola pareja, a la esbelta Dana con sus livianos huesos y pequeños pechos y estrechas caderas, la más corpulenta y robusta Evie le presentaba una nueva forma de feminidad que al principio resultaba a la vez emocionante y extraña, luego emocionante y nada extraña, y después completamente extraña porque todo lo sexual era extraño. Eso en primer lugar, pero no era todo en absoluto. El vínculo de los cuerpos. Cuerpos arqueados y cuerpos lánguidos, cuerpos templados y cuerpos ardientes, cuerpos de nalgas, cuerpos húmedos, cuerpos de polla y coño, de cuello y hombros, cuerpos de dedos y dedos de cuerpos, cuerpos de mano y labio, de lenguas, y siempre y en todo momento cuerpos de rostros, sus dos rostros mirándose en la cama y fuera de ella, y no, el de Evie no era bello, no podía considerarse ni vagamente agraciado por cualquiera de los patrones que estuvieran de moda aquel año, demasiada nariz, una sesgada faz italiana, con muchos ángulos, pero con qué ojos para mirarlo, ardientes ojos castaños que lo penetraban y nunca se crispaban ni fingían sentimientos inexistentes, y el encanto de sus dos dientes delanteros, ligeramente torcidos, que daba una mínima impresión de que se le montaban sobre los de abajo convirtiendo su boca en la más atractiva de Norteamérica, y lo mejor de todo era que podía pasar la noche con ella, cosa que había sido imposible con Dana salvo en dos o tres ocasiones, pero ahora era siempre, y la perspectiva de despertarse a su lado por la mañana lo ayudaba a caer en el sueño más profundo y gozoso que había conocido jamás.

Se veían en Nueva York los fines de semana, uno tras otro hasta que su abuelo volvió de Florida a primeros de abril, y Ferguson pasaba su ya dividida vida saltando sobre el creciente vacío que se ahondaba entre la universidad y la ciudad, cinco noches a la semana en un sitio, dos noches a la semana en otro, estudio y clases de lunes a viernes por la mañana sin tiempo para Mulligan porque era un becario Walt Whitman y no podía cagarla, y por tanto era imperativo que cumpliese todas sus obligaciones con Princeton antes de ir a la ciudad el viernes a mediodía (leer los libros asignados, hacer los trabajos, estudiar para los exámenes, debatir sobre Zenón y Heráclito con Howard), y luego volver a la otra parte de su doble vida en Nueva York, lo que significaba Evie llamando al timbre entre las seis y las siete de la tarde del viernes, Mulligan los viernes durante las horas anteriores a su aparición, Mulligan los sábados y domingos durante cuatro horas mientras Evie corregía ejercicios, leía libros y preparaba las clases para la semana, luego almorzar y salir juntos por la ciudad, seguido de las noches de los sábados con amigos de él o de ella o los dos solos al cine, al teatro, a conciertos, o en el apartamento revolcándose en la cama, y la segunda mitad de sus domingos truncados cuando volvían a la quietud de la habitación después de almorzar, charlando o en silencio hasta las cuatro, las cinco, las seis, cuando finalmente se veían obligados a vestirse y Evie lo llevaba en coche a la estación Penn. Ésa era siempre la peor parte: decir adiós y el trayecto en tren de vuelta a Princeton a última hora de la tarde del domingo. Por mucho que hiciese aquel viaje, nunca se acostumbraba.

Era la única persona que había leído todos sus relatos escritos durante los últimos tres años. La única persona a la que había confesado las lacerantes restricciones que se había impuesto a raíz de la muerte de Artie Federman. La única persona que entendía la profundidad de la amargura que sentía hacia su padre. La única persona que comprendía plenamente la naturaleza de la confusión que anidaba en su interior, el desorden contradictorio de juicios severos e implacables y el furioso desdén hacia la avaricia norteamericana por los dólares, todo ello combinado con una general delicadeza de carácter, su pródigo amor por la gente a quien quería, su rectitud de buen muchacho y el torpe antagonismo con su propio corazón. Evie lo conocía mejor que nadie. Sabía lo raro que era pero lo increíblemente normal que parecía, como un extraterrestre que acabara de aterrizar en su platillo volante, le dijo una noche en julio (antes del incidente del timbre de la puerta, antes de que sospecharan incluso que acabarían juntos en la cama), un hombre del espacio exterior vestido con la misma ropa que cualquier otro terrícola del siglo XX, *el espía más peligroso del universo*, y el hombre sumamente raro de apariencia normal había sentido un extraño alivio al oír esas palabras, porque así era precisamente como quería considerarse, y era gratificante pensar que ella era la única que lo sabía.

No fueron tan valientes como él esperaba, sin embargo. La idea de que a la gente le importaba un pito lo que ellos hicieran no podía dar resultado sin establecer determinadas excepciones, porque enseguida resultó evidente que algunas personas debían seguir a oscuras por su propio bien, y por el de Ferguson y Evie también. En el caso de Ferguson, eso significaba su madre, y debido a su madre, también significaba Dan, Amy y Jim. En el caso de Evie, significaba su madre, que vivía en el Bronx, su hermano y su mujer, en Queens, y su hermana y su marido, en Manhattan.

Todos sus parientes *se escandalizarían*, afirmó Evie, y aunque Ferguson no creía que la reacción de su madre fuese muy exagerada, seguro que se disgustaría y preocuparía o no lo entendería, y no valdría la pena darle explicaciones, ya que todas sus justificaciones probablemente le darían un disgusto aún mayor, dejándola más inquieta y confundida. Con respecto a los amigos de Evie en Manhattan, en cambio, no había impedimento para que lo supieran. Eran actores, músicos de jazz y periodistas, todos andaban al cabo de la calle y no les importaría. Lo mismo cabría decir del pequeño grupo de conocidos de Ferguson en Nueva York (¿por qué iba a importarle a Ron Pearson?), pero Noah constituía un posible escollo, en el sentido de que además de amigo era su primo por matrimonio, y aunque parecía improbable que Noah tuviera alguna vez motivos para hablar con su padre de la vida amorosa de su primo, siempre había la posibilidad de que se le escapara en un momento de descuido cuando Mildred tuviera la oreja puesta en la habitación de al lado, pero era un riesgo que tendría que correr, decidió Ferguson, porque su amistad era muy importante para él y confiaba en Noah lo suficiente como para contar con su silencio si se lo pedía, cosa que Noah hizo, se lo aseguró sin vacilar en cuanto se lo pidió, y cuando el joven Marx alzó la mano derecha y prometió solemnemente *tener el pico cerrado*, felicitó a Ferguson por haber conquistado el cariño de una mujer mayor. Cuando Ferguson se la presentó, Noah estrechó la mano a Evie y dijo: Por fin, la famosa señora Monroe. Archie lleva años hablando de ti, y ahora entiendo por qué. Algunos sueñan con Marilyn, aunque ya no esté en este mundo, pero Archie siempre ha estado colado por Evelyn, ¿y quién podría reprochárselo?

¿Y quién podría reprocharme a mí que esté colada por él?, repuso Evie. Parece que todo funciona de maravilla, ¿no?

Dos semanas después de aquella noche, Evie abrió la puerta de su alma y dejó entrar a Ferguson.

Era otro sábado, otro de los magníficos sábados en medio de otro de sus espléndidos fines de semana en Nueva York, y acababan de volver al piso de la calle Cincuenta y ocho Oeste después de cenar con algunos de los amigos músicos de Evie. En vez de ir directamente a la habitación como solían hacer al regresar el sábado por la noche, Evie cogió a Ferguson de la mano y lo condujo al salón, diciendo que primero tenía que contarle algo, de modo que se sentaron juntos en el sofá, Ferguson encendió un Camel, le pasó el cigarrillo a Evie, que dio una calada y le devolvió el pitillo para decir seguidamente:

Me ha pasado algo, Archie. Algo gordo. El lunes tenía que haberme bajado el periodo, pero no me ha venido. La mayor parte de las veces me viene a tiempo, pero alguna que otra vez se me retrasa un día o medio día, así que no lo pensé mucho, dando por sentado que me vendría el martes, pero ese día tampoco pasó nada. Excepcional. Casi sin precedentes. Muy curioso. Antes, me habría entrado el pánico en ese mismo momento, preguntándome si estaba embarazada o no, viendo en mi cabeza las sombrías posibilidades, porque nunca he querido estar embarazada, o al menos eso creo, y ahí están los dos abortos para demostrarlo: una vez en segundo curso en Vassar, y otro un año después de que Bobby y yo nos casáramos. Pero ahora, y con *ahora* me refiero al martes, hace cuatro días, por primera vez en mi vida no me

inquieté. ¿Y qué, si estoy embarazada?, me pregunté. ¿Importaría? No, me contesté, no importaría en absoluto. Sería increíblemente maravilloso. Nunca en mi vida, Archie, ni una sola vez he pensado así ni me he dicho esas cosas. Miércoles. Todavía sin sangre. No sólo seguía sin preocuparme, sino que me sentía la persona más feliz del mundo.

¿Y?, preguntó Ferguson.

Y el jueves se acabó. El mundo entero salió de mis entrañas, y todavía sigo sangrando, como si me hubieran dado una puñalada en las tripas. Pero eso ya lo sabes, te acostaste conmigo anoche.

Sí, había un montón de sangre. Más que de costumbre. No es que me importara, desde luego.

Tampoco a mí. Pero lo importante es esto, Archie: me ha pasado algo. Ahora me siento distinta.

¿Estás segura?

Sí, totalmente segura. Quiero tener un hijo.

Ferguson tardó un poco en asimilar lo que le estaba diciendo, la montaña de detalles oscuros y de preguntas intimidantes que le harían sobre quién podría ser el padre de ese hijo, y cómo se proponía ser madre sin estar casada, y, si no estaba casada ni vivía con nadie, ¿cómo iba a seguir dando clases y ser madre al mismo tiempo si no tenía dinero para pagar a una niñera o una canguro?

Evie desvió esas cuestiones ofreciéndole un breve recorrido por su mundo interior, poniendo un marcado acento en el aspecto amoroso y sexual de su vida, los chicos y hombres de quienes se había enamorado a lo largo de los años entre la adolescencia y aquel momento, las decisiones buenas y malas que había tomado, los efímeros devaneos y los compromisos más duraderos que habían acabado en nada, el peor error de todos su temprano matrimonio con Bobby Monroe, que sólo había durado dos años y medio, y lo sorprendente de aquellas pasiones, esperanzas y decepciones, dijo Evie, era que ninguno de ellos la había hecho más feliz que él, Archie, su hombre-muchacho, su irreemplazable Archie, y por primera vez en su vida estaba con alguien en quien estaba segura que podía confiar, alguien a quien amar sin temer simultáneamente el momento de recibir una bofetada por querer demasiado o querer con todas sus fuerzas. No, Archie, le dijo, tú no eres como los demás. Tú eres el primer hombre que no me tiene miedo. Es algo extraordinario, de verdad, e intento vivirlo lo más plenamente posible porque sé que no va a durar.

¿No va a durar?, dijo Ferguson. ¿Por qué lo dices?

Porque no puede durar. Porque no va a durar. Porque aún eres demasiado joven, y antes o después dejaremos de estar hechos el uno para el otro.

Ése era el meollo del asunto, comprendió Ferguson, la previsión de una época en la que ya no estuvieran juntos, un tiempo futuro en el que desaparecería todo lo que ahora estaba ocurriendo y ellos se convertirían en fantasmas que vivirían en la memoria del otro, seres inmateriales sin piel ni huesos ni corazón, y por eso andaba ella ahora hablando de niños y de que quería tener uno: por él, porque quería que él fuese el padre, un padre fantasma cuyo cuerpo heredara el hijo, que seguiría viviendo con ella para siempre.

Tenía sentido. Y, por otro lado, carecía de toda lógica.

No era algo urgente, afirmó ella, y tampoco quería que lo pensara mucho, simplemente que ahora tenían esa posibilidad, algo para retener en la memoria y seguir luego como hasta entonces, y no, no le estaba pidiendo que asumiera responsabilidad alguna, él ni siquiera vería la partida de nacimiento si no quería, sería cosa suya, no de él, y gracias a Dios que las mujeres no tenían que casarse para tener hijos, añadió ella, y entonces se echó a reír, soltando la carcajada de quien ha tomado una decisión y ya no tiene miedo de nada.

Continuaron como antes. La única diferencia consistía en que Evie se dejaba el diafragma en casa y Ferguson dejó de comprar condones.

No le inquietaba la idea de ser padre, como tampoco le había preocupado la idea de casarse cuando se lo propuso a Dana. Lo que sí lo perturbaba era la idea de perder a Evie. Ahora que había formulado su pesimista declaración sobre su futura desaparición como pareja, estaba resuelto a demostrarle que se equivocaba. No obstante, si el tiempo le daba la razón a ella, entonces seguiría su ejemplo y aprovecharía al máximo el tiempo de que aún dispusieran *viviéndolo lo más plenamente posible*.

Podía ser que ya no pensara con claridad, pero Ferguson no tenía esa impresión. Tenía los ojos abiertos, y el mundo bullía a su alrededor.

Pasaron meses.

Escribió el capítulo vigésimo cuarto de *Los viajes de Mulligan*, un relato del agotador regreso de Mulligan a casa desde un país en plena guerra civil con tres frentes. Había acabado el libro, hasta la última de las ciento treinta y una páginas a doble espacio, pero en vez de quemar el manuscrito con arreglo a su plan, metió mano en sus ahorros y sacó la irracional cantidad de ciento cincuenta dólares para encargar a un mecanógrafo profesional que le hiciera tres ejemplares (original más dos copias a papel carbón), que entregó como regalo a Evie, Howard y Noah. Todos ellos aseguraron que les había gustado. Eso tranquilizó a Ferguson, pero para entonces ya estaba harto de Mulligan y soñando con su nuevo proyecto, una arriesgada empresa titulada *El cuaderno escarlata*.

Celia Federman fue admitida tanto en Barnard como en la Universidad de Nueva York y en el otoño empezaría en Barnard con idea de licenciarse en Biología. Ferguson le envió un ramo de rosas blancas. Seguían hablando por teléfono de cuando en cuando, pero desde la entrada en escena de Bruce y Evie no había habido más sábados con ella en Nueva York.

Howard y Ferguson decidieron compartir habitación hasta el final de la universidad. El curso siguiente irían a comer al Woodrow Wilson Club, que no era un club gastronómico sino más bien un comedor antigastronómico para estudiantes que no querían pertenecer a un club. Algunos de los estudiantes más inteligentes comían allí. El íntimo y agradable local contenía unas veinte pequeñas mesas para cuatro personas, lo que lo convertía en una especie de cafetería anticafetería, y una de sus ventajas era que los profesores solían dar charlas informales después del postre. Howard y Ferguson pensaban invitar a Nagle para que hablara sobre uno de sus fragmentos preferidos de Heráclito: *Si no esperas lo inesperado, no lo reconocerás cuando llegue, porque es misterioso e indescifrable.*

Noah le comunicó que pensaba pasar el verano realizando su tan postergado proyecto de adaptar «Compañeros de suelo y suela» para un corto en blanco y negro. Cuando Ferguson le dijo que no perdiera el tiempo con aquellas paparruchas juveniles, Noah le contestó: Llegas tarde, Archibald, ya he escrito el guion, y la cámara de dieciséis milímetros ya está alquilada por un total de cero centavos.

Jim cuestionaba su futuro en el Departamento de Físicas de Princeton, y al cabo de meses de *dudas y lucha interior* más o menos decidió dejarlo después del doctorado y dedicarse a dar clases de ciencias en institutos. No soy el as de las ciencias que creía ser, afirmó, y no quiero pasarme la vida como profesor ayudante de segunda clase trabajando en un laboratorio dirigido por otro. Además, pensaba casarse con su novia, Nancy, y eso significaba que debía tener un trabajo de verdad con un sueldo de verdad y entrar a formar parte del mundo a tiempo completo. Ferguson y Jim pospusieron sus planes de ir andando a Cape Cod, pero cuando en abril llegaron las vacaciones de Pascua, hicieron una caminata desde Princeton hasta Woodhall Crescent, unos cincuenta kilómetros en línea recta según el mapa pero más de sesenta en el podómetro de Jim. Sólo para ver si eran capaces de hacerlo. Naturalmente aquel día llovió, y como es lógico, cuando subieron los escalones de entrada a la casa y llamaron al timbre, iban calados hasta los huesos.

Amy se incorporó al SDS y encontró otro novio, un compañero de primer curso de Brandeis procedente de Newark que resultó ser negro. Luther Bond. Qué nombre tan interesante, observó Ferguson cuando Amy le dio la noticia por teléfono, pero ¿y tu padre?, preguntó, ¿ya sabe algo de eso? No, claro que no, contestó Amy, ¿estás de broma? No te preocupes, dijo Ferguson, Dan no es así, no le importará. Amy soltó un bufido. No estés tan seguro, repuso ella. ¿Y cuándo lo voy a conocer?, preguntó Ferguson. Cuando quieras, le dijo Amy, donde quieras, con tal de que no sea en Woodhall Crescent.

Su abuelo volvió de Florida muy moreno, con seis kilos de más en torno a la cintura y una expresión enloquecida en los ojos, lo que llevó a Ferguson a preguntarse por las aventuras picantes que el anciano habría vivido con las aficionadas a la posición del loto en el estado del sol. Nada que quisiera saber, eso desde luego, y como su abuelo estaba incluido en la lista de parientes a los que debía mantenerse a oscuras sobre sus relaciones con Evie, en cuanto Benjy Adler volvió a su piso de Nueva York, el idilio neoyorquino tocó a su fin. La calle Cincuenta y ocho Oeste quedaba ya prohibida, y sin apartamento de sustitución disponible en ningún punto de la ciudad, la única solución era olvidarse de Nueva York y pasar aquellos días y noches en la casa pareada de Evie en East Orange. Fue una adaptación difícil. Nada de teatro ni cine ni cenas con amigos, sólo los dos juntos durante cincuenta horas ininterrumpidas cada fin de semana, pero ¿qué otro remedio les quedaba? Hablaron de alquilar un pequeño estudio por el centro, un sitio barato que les permitiera volver a la ciudad sin tener que depender de abuelos caprichosos ni de nadie, pero ni siquiera podían permitirse algo barato.

El periodo retrasado en diciembre, seguido de la hemorragia como un reloj en enero, febrero, marzo y abril. Evie le había dicho que no lo pensara *mucho*, pero Ferguson sospechaba que ella le daba muchas vueltas, al menos cincuenta o sesenta al día, y al

cabo de cuatro meses sin concebir, sin espermatozoides uniéndose a un óvulo, sin cigoto ni blástula ni embrión arraigando en su organismo, Evie empezaba a dar muestras de frustración. Ferguson le dijo que no se preocupara, que esas cosas a veces llevaban tiempo, y para subrayar ese punto mencionó los dos largos años que su madre tardó en quedarse embarazada de él. Sólo trataba de animarla, pero la idea de *dos años* era más de lo que Evie podía soportar, y le contestó gritando: ¿Has perdido el juicio, Archie? ¿Qué te hace pensar que vamos a durar *dos años*? ¡Probablemente no nos quedan más que dos meses!

Cuatro días después, Evie fue al ginecólogo para hacerse un reconocimiento exhaustivo de los órganos reproductores y a que le sacaran sangre para un análisis minucioso también relacionado con dichos órganos. El jueves, cuando recibió los resultados, llamó a Ferguson a Princeton y anunció: Estoy tan sana como una chica de dieciocho años.

De lo que se desprendía la siguiente pregunta: ¿estaba Ferguson, con diecinueve años, tan sano como un chico de dieciocho años?

No puedo ser yo, objetó. Es imposible.

No obstante, Evie lo convenció de que fuera al médico, *por si acaso*.

Ferguson estaba asustado. La idea de intentar poner un niño en el vientre de Evie era probablemente una insensatez, reconoció para sus adentros, un acto de amor irreflexivo y orgullo masculino mal entendido que a la larga podría acarrear toda suerte de desdichadas circunstancias, pero tanto si Evie y él lograban o no tener un hijo no era ése el asunto que ahora le preocupaba. Era su propia vida, su vida y su futuro lo que estaba en juego. Desde que era pequeño, desde el momento en que su joven intelecto infantil entendió el misterioso hecho de que era una criatura transitoria destinada a crecer y convertirse en hombre, había supuesto que algún día sería padre, que acabaría engendrando pequeños Ferguson que crecerían para convertirse en hombres, una ensoñación que siempre había dado por supuesta como una realidad futura porque así era como funcionaba el mundo, personas pequeñas que se hacían mayores y a su vez traían más personas al mundo, y cuando se llegaba a ser lo bastante mayor para ello, simplemente ocurría. Incluso ahora, con diecinueve años, todo un filósofo hastiado del mundo y defensor de libros poco conocidos, era algo que seguía esperando con gran deleite.

Hacerse una paja nunca había sido menos placentero que aquel día en la consulta del doctor Breuler, en los alrededores de Princeton. Verter su semilla en un receptáculo desinfectado y luego cruzar los dedos para que millones de niños potenciales estuvieran bailando un vals entre aquella baba. ¿Cuántos hombres de mar podrían bailar en la cabeza de un alfiler? ¿Cuántos alfileres harían falta para no perder la calma?

La enfermera fijó otra visita para la semana siguiente.

Cuando se presentó el día señalado, el doctor Breuler le dijo: Vamos a repetirlo, sólo para estar seguros de lo que tenemos.

A la otra semana, cuando Ferguson hizo la tercera visita a la consulta, el doctor Breuler le informó de que era una dolencia que sólo afectaba al siete por ciento de la población masculina, pero un volumen de espermatozoides inferior al normal podía

influir gravemente en la capacidad de un hombre para engendrar hijos, es decir, inferior a quince millones de espermatozoides por mililitro de semen o a un volumen total inferior a treinta y nueve millones por eyaculación, y en el caso de Ferguson esas cifras estaban considerablemente por debajo.

¿Se puede hacer algo?, preguntó Ferguson.

No, me temo que no, contestó el doctor Breuler.

Resumiendo, soy estéril.

En el sentido de no ser capaz de engendrar, sí.

Era hora de que Ferguson se marchara, pero tenía tal sensación de pesadez en el cuerpo que temía no poder levantarse de la silla. Alzó la vista y sonrió débilmente al doctor Breuler, como disculpándose por no poder moverse.

No se preocupe, dijo el doctor. En todos los demás aspectos, se encuentra usted en plena forma.

Su vida apenas acababa de empezar, dijo Ferguson para sus adentros, su vida ni siquiera había empezado, y la parte más esencial de su ser ya estaba muerta.

La caída de la Casa Ferguson.

Nadie, nadie que lo siguiera, nadie ni nunca hasta el fin de los tiempos.

Una caída a la categoría de nota a pie de página en el *Anuario de la vida terrenal*, un hombre para siempre conocido como *El último de los Ferguson*.

6.1

Más adelante, lo que equivale a decir uno, dos y tres años después, siempre que Ferguson echaba la mirada atrás y pensaba en las cosas que habían sucedido entre el otoño de 1966 y la licenciatura de Amy a principios de junio de 1968, varios acontecimientos sobresalían en su memoria destacando vívidamente a pesar del tiempo transcurrido, mientras que muchos otros, por no decir la mayoría, se habían reducido a sombras: un óleo mental compuesto de varias zonas bañadas en intensa y clara luz, y otras áreas ocluidas por la penumbra, siluetas informes de color ocre en turbios rincones del lienzo, y aquí y allá borrones de ausencia completamente negros, la oscuridad del apagón en el negro ascensor de la residencia.

Las otras tres personas que compartían el piso con ellos, por ejemplo, los estudiantes llamados Melanie, Fred y Stu el primer año, Alice, Alex y Fred el segundo año, no desempeñaban papel alguno en la historia. Entraban y salían, leían sus libros y se preparaban la comida, dormían en sus camas y decían hola al salir del baño por la mañana, pero Ferguson apenas se fijaba en ellos y no recordaba bien sus rostros de un día para otro. O la temida asignatura obligatoria de ciencias que duraba dos años y a la que él se enfrentó finalmente en segundo, asistiendo a un curso al que se referían burlonamente como Física para Poetas y haciendo novillos casi siempre, acabando sus fraudulentos informes de laboratorio con frenéticas prisas los fines de semana ayudado por una de las amigas de Matemáticas de Amy, de Barnard; asunto de poca importancia. Y su decisión de no formar parte de la junta directiva del *Spectator* tampoco tenía gran peso en la historia. Era cuestión de horas, no de falta de interés, pero Friedman, Mullhouse, Branch y los demás dedicaban cincuenta y sesenta horas semanales al periódico, y eso era más de lo que Ferguson estaba dispuesto a conceder. Ningún miembro de la junta tenía novia: no había tiempo para el amor. Ninguno escribía ni traducía poesía: no había tiempo para la literatura. Ninguno destacaba en las tareas de clase: no había tiempo para el estudio. Ferguson ya había decidido seguir con el periodismo después de la licenciatura, pero por ahora necesitaba a Amy, a sus poetas y sus seminarios sobre Montaigne y Milton, de modo que llegó a una solución de compromiso quedándose como reportero y miembro suplente de la junta, escribiendo gran cantidad de artículos durante aquellos años y cumpliendo con su turno de noche una vez a la semana, lo que suponía ir al despacho del Ferris Booth Hall y componer los titulares para los artículos que saldrían en el periódico al día siguiente, llevar los artículos acabados al cajista, Angelo, al cuarto piso, recoger las columnas compuestas, armar el número en plantillas y a eso de las dos de la madrugada acercarse a Brooklyn en taxi para llevarlas a la imprenta, que sacaría veinte mil ejemplares para entregarlos a media mañana en el campus de Columbia. Era un proceso en el que a Ferguson le gustaba intervenir, pero ni eso ni su decisión de no formar parte de la junta directiva tuvo a la larga mayor trascendencia.

Lo que contaba, en cambio, era que sus abuelos murieron durante esos años, su abuelo en diciembre de 1966 (ataque cardiaco) y su abuela en diciembre de 1967 (derrame cerebral).

Lo que también contaba era la guerra de los Seis Días (junio de 1967), pero se acabó tan pronto como empezó, de modo que no llegó a tener mucha importancia, mientras que los disturbios raciales que estallaron al mes siguiente en Newark y duraron lo mismo que la guerra en Oriente Próximo lo cambiaron todo para siempre. De pronto los padres de Ferguson se pusieron a celebrar la victoria de los diminutos y gallardos judíos contra sus gigantescos enemigos, y al poco rato la tienda de Sam Brownstein en Springfield Avenue resultaba saqueada y destrozada y sus padres plegaban la tienda de campaña y huían al desierto, no sólo dejando atrás Newark y Nueva Jersey sino yéndose al extremo sur de Florida a finales de año.

Otro punto iluminado del lienzo: abril de 1968 y el estallido en Columbia, la revolución en la universidad, los *ocho días que estremecieron al mundo*.

Toda la demás luz del cuadro se centraba en Amy. Oscuridad sobre su cabeza y a sus pies, sombras a su espalda, a sus costados, pero Amy envuelta en luz, una luminosidad tan fuerte que casi la hacía invisible.

Otoño de 1966. Después de asistir a más de una docena de reuniones del SDS, de participar en una huelga de hambre de tres días en la escalinata de la Low Library a principios de noviembre para protestar por la matanza de Vietnam, después de tratar de exponer sus opiniones en numerosas conversaciones con sus camaradas en el West End, el Hungarian Pastry Shop y el College Inn, Amy empezaba a desilusionarse. No me escuchan, dijo a Ferguson mientras se cepillaban juntos los dientes una noche antes de acostarse. Me levanto para hablar y todos se ponen a mirar al suelo, o me interrumpen y no me dejan acabar, o si no, dejan que termine y luego no dicen nada, y entonces, quince minutos después, uno de los tíos se pone en pie y repite casi exactamente lo que yo he dicho, a veces utilizando las mismas palabras, y todo el mundo empieza a aplaudir. Son unos bravucones, Archie.

¿Todos?

No, todos no. Mis amigos del ICV son legales, aunque ojalá me apoyaran más, pero los de la facción PL son insufribles. Sobre todo Mike Loeb, el jefe de la pandilla. Me interrumpe continuamente, me grita, me insulta. Piensa que las mujeres del movimiento están para hacer café a los hombres o repartir panfletos los días de lluvia, y si no, deben quedarse con la boca cerrada.

Mike Loeb. Ha coincidido conmigo en un par de clases. Otro chico de los barrios residenciales de Jersey, lamento decir. Uno de esos autoproclamados genios que tienen respuesta para todo. Don Estoy Seguro con una camisa de leñador a cuadros. Menudo plasta.

Lo curioso es que fue al mismo instituto que Mark Rudd. Ahora están juntos en el SDS, pero apenas se dirigen la palabra.

Porque Mark es un idealista y Mike, un fanático.

Está convencido de que la revolución va a venir dentro de cinco años.

No caerá esa breva.

El problema es que hay más hombres que mujeres, en una proporción de doce a una. No tenemos fuerza, y es fácil no tenernos en cuenta.

¿Por qué no os separáis y formáis vuestro propio grupo?

¿Salirnos del SDS, quieres decir?

No tenéis que saliros. Simplemente, dejad de asistir a las reuniones.

¿Y luego?

Y luego te conviertes en la primera presidenta de Mujeres de Barnard por la Paz y la Justicia.

Menuda idea.

¿No te gusta?

Nos marginarían. Todas las grandes cuestiones son de ámbito universitario, nacional e internacional, y veinte chicas sin sostén manifestándose con pancartas contra la guerra no tendrían mucho efecto.

¿Y si fuerais cien?

No somos tantas. Apenas las suficientes para que se fijen en nosotras. Para bien o para mal, creo que estoy atascada.

Diciembre de 1966. El ataque al corazón que acabó con el abuelo de Ferguson no sólo fue inesperado (sus cardiogramas habían sido estables durante años, su presión sanguínea era normal), sino que las circunstancias de su muerte constituían un bochorno para todos los miembros de la familia, una verdadera vergüenza. No era que su mujer ni sus hijas ni sus yernos ni su nieto ignorasen su inclinación a correr detrás de las faldas, su larga fascinación por los goces extramaritales, pero nadie sospechaba que a sus setenta y tres años Benjy Adler iría tan lejos como para alquilar un apartamento a una mujer con menos de la mitad de su edad y mantenerla como querida a jornada completa y dedicación exclusiva. Didi Bryant tenía sólo treinta y cuatro años. La habían contratado en 1962 como secretaria en Gersh, Adler y Pomerantz, y cuando llevaba ocho meses trabajando, el abuelo de Ferguson pensó que se había enamorado de ella, decidió poseerla a toda costa, y cuando la tierna y curvilínea Didi Bryant, natural de Nebraska, le dijo que estaba dispuesta a que la poseyera, el coste incluía el alquiler mensual de un apartamento de una habitación en la calle Sesenta y tres Este entre Lexington y Park, dieciséis pares de zapatos, veintisiete vestidos, seis abrigos, una pulsera de diamantes, una pulsera de oro, un collar de perlas, ocho pares de pendientes y una estola de visón. El romance ya duraba aproximadamente tres años (de lo más felices, según Didi Bryant), cuando, en una tarde glacial de primeros de diciembre, a una hora en que tendría que haber estado en su despacho de la calle Cincuenta y siete Oeste, el abuelo de Ferguson fue dando un paseo hasta casa de Didi en la Sesenta y tres Este, se metió en la cama con ella y sufrió un infarto masivo del corazón que acabó con él justo en el momento en que eyaculaba por última vez en su vida, rica en experiencias, gestionada con descuido y placentera en su mayor parte. *La petite mort* y *la grande mort* con diez segundos de diferencia: le vino y se fue en cuestión de tres breves jadeos.

Era, sin duda, un asunto embarazoso, complejo. La horrorizada Didi inmovilizada bajo el peso de su corpulento amante, mirándole la coronilla de la calva cabeza y las pocas hebras de pelo que le quedaban en torno a las sienes, que llevaba teñidas de color castaño (oh, vanidad de los ancianos), escapando de debajo del cadáver y llamando a una ambulancia, que la condujo a ella y al fenecido abuelo de Ferguson al hospital Lenox Hill, donde declararon que Benjamin Adler ingresó muerto a las 15.52 horas, y entonces la pobre y estremecida Didi tuvo que llamar a la

abuela de Ferguson, que desconocía por completo la existencia de la joven, para decirle que fuese inmediatamente al hospital porque había ocurrido un *accidente*.

Al entierro sólo asistieron los parientes cercanos. No se invitó a los Gershe ni a los Pomerantz, ni a amigos, ni a socios comerciales ni siquiera a los tíos abuelos de Ferguson de California (el hermano mayor de su abuela, Saul, y su mujer escocesa, Marjorie). No se había divulgado el escándalo y su abuela no habría podido soportar una gran concentración de público, así que sólo ocho personas se trasladaron al cementerio de Woodbridge, en Nueva Jersey, para asistir al entierro de su abuelo: Ferguson y sus padres, Amy, la tía abuela Pearl, la tía Mildred y el tío Henry (que habían venido en avión desde Berkeley el día anterior), además de la abuela de Ferguson. Oyeron al rabino recitar el Kaddish, echaron tierra sobre la caja de pino en la fosa y volvieron luego al piso de la calle Cincuenta y ocho Oeste para almorzar, después de lo cual se retiraron al salón y se distribuyeron en tres grupos distintos, tres conversaciones diferentes que prosiguieron hasta ya entrada la noche: Amy en el sofá con la tía Mildred y el tío Henry, el padre de Ferguson y la tía abuela Pearl en las butacas frente al sofá, y Ferguson ante la mesita del hueco de las ventanas delanteras con su madre y su abuela. Por una vez, su abuela llevó casi toda la conversación. Después de tantos años de silencio mientras su marido contaba sus interminables chistes e historias de nunca acabar, era como si finalmente reivindicara su derecho a hablar por sí misma, y lo que dijo aquella tarde dejó estupefacto a Ferguson, no sólo porque las palabras eran de por sí pasmosas sino porque era increíble ver lo mal que la había juzgado durante toda la vida.

Lo primero que asombraba era que no guardaba rencor a Didi Bryant, a quien describió como *una guapa chica deshecha en lágrimas*. Y qué valiente fue, afirmó su abuela, por no haber salido corriendo y *esfumarse en la oscuridad de la noche*, como habría hecho la mayoría de la gente en su situación, pero esa chica era diferente, se había quedado en el vestíbulo del hospital hasta que apareció LA ESPOSA y no se avergonzó de hablar de sus relaciones con Benjy ni de lo encariñada que estaba con él ni de lo triste, lo triste que era lo que había pasado. En lugar de culpar a Didi de la muerte de Benjy, la abuela de Ferguson la compadecía y afirmaba que era buena persona, y en un momento dado, cuando Didi se vino abajo y rompió a sollozar (segundo asombro), su abuela le dijo: *No llores, cariño. Estoy segura de que le hiciste feliz, y mi Benjy era un hombre que necesitaba ser feliz*.

Había algo heroico en esa respuesta, pensó Ferguson, una profunda comprensión humana que dio la vuelta a todo lo que alguna vez había pensado de su abuela hasta aquel momento, y entonces se volvió ligeramente en la silla y miró de frente a su madre, sus ojos con lágrimas por primera vez aquel día, y un poco después su abuela empezó a hablar de cosas de las que nadie de su generación hablaba nunca, afirmando categóricamente que había fallado a su marido, que había sido una mala esposa para él porque la parte física del matrimonio nunca le había interesado, el acto sexual le resultaba doloroso y desagradable, y que cuando nacieron las chicas había dicho a Benjy que no podía hacerlo más, o sólo alguna que otra vez, como un favor, y qué se podía esperar, preguntó a la madre de Ferguson, claro que Benjy iba detrás de otras mujeres, era un hombre de *grandes apetitos*, ¿y cómo iba a reprochárselo cuando ella lo había defraudado y se había comportado de forma tan deprimente en la cama? En

todos los demás sentidos ella lo había querido, durante cuarenta y siete años había sido el único hombre de su vida, *y créeme, Rose, ni por un momento he tenido nunca la impresión de que él no me quisiera a su vez.*

Junio de 1967. Todo se reducía a una cuestión de dinero. Cuando su madre le dijo a finales de enero que su padre iba a costear los gastos de Columbia más el apartamento y la comida, los libros y la asignación para extras cobrando por partes su póliza de seguro de vida cada seis meses, Ferguson comprendió que tenía que contribuir con algo más que con las migajas del salario mínimo que había percibido en verano por su trabajo de empleado en la librería, que era un deber para con sus padres contribuir con cualquier cantidad adicional que pudiera ganar, como gesto de buena voluntad o en señal de agradecimiento.

Amy ya tenía un trabajo a la vista para el verano. En el almuerzo de después del entierro en el piso de los abuelos, se había pasado varias horas hablando con la tía Mildred y el tío Henry. Henry el historiador y Amy la estudiante de Historia se llevaban especialmente bien, y cuando Henry le habló del proyecto que pensaba acometer en junio (un estudio sobre el movimiento obrero en Estados Unidos), Amy salió con tantas *preguntas interesantes* (según Henry) que enseguida recibió el ofrecimiento de un trabajo de verano como auxiliar de investigación. El trabajo era en Berkeley, por supuesto, y como Amy tendría que presentarse allí al término del semestre de primavera, lógicamente se suponía que Ferguson iría con ella. Se pasaron el invierno y el principio de la primavera hablando de ello como su siguiente *aventura en el extranjero*: otra Francia, pero esta vez viajando por su propio país. Tren, avión o autocar, arriesgándose con el viejo Impala, en autostop o con uno de esos encargos de trasladar coches ajenos a otra ciudad; ésas eran las posibilidades que se les abrían, y el truco estaba en saber cuál era la más económica. En cualquier caso, era esencial que Ferguson encontrara empleo en Berkeley antes de empezar el viaje, todos sus planes dependían de que él tuviera trabajo, porque no podía perder tiempo buscándolo cuando llegaran. La tía Mildred prometió echar una mano, le aseguró que no faltaban empleos y que no habría problema, pero cuando él le escribió a finales de marzo y otra vez a mediados de abril, sus respuestas fueron tan confusas, tan carentes de detalles, que Ferguson tuvo casi la certeza de que se le había olvidado buscar o aún no había empezado a buscarle nada, o no tenía intención de hacerlo hasta que él estuviera de camino a California. Entonces se le presentó una oportunidad en Nueva York, una buena oportunidad, y a pesar de la decepción que le causaba, pensó que no podía rechazarla sin correr el riesgo de pasarse el verano sin trabajo. Por extraño que pareciese, se trataba de una ocupación casi idéntica a la de Amy, lo que en cierto modo empeoraba la situación, como si alguien con un retorcido sentido del humor lo hubiera convertido en el blanco de una broma de mal gusto. Al profesor de CC de Ferguson del semestre de primavera le habían encargado una historia de Columbia desde su fundación hasta la celebración de su segundo centenario (1754 a 1954) y buscaba un auxiliar de investigación que lo ayudara a *poner el libro en pie*. Ferguson no tuvo que postularse para el puesto. Andrew Fleming se lo ofreció porque le impresionaba el rendimiento en clase del muchacho de veinte años, así como su habilidad para escribir, no sólo en los trabajos académicos sino en los artículos

periodísticos y las traducciones de poesía. Ferguson se sintió halagado por aquellos generosos comentarios, pero fue la remuneración lo que lo decidió, doscientos dólares semanales (financiados por la universidad), lo que significaba que cuando empezara el semestre de otoño podría haber ganado un total de unos dos mil dólares, y de buenas a primeras ya no iba a California. Poco importaba que el rechoncho Fleming, de cincuenta y dos años, fuese un solterón a quien le interesaban seriamente los jóvenes. Ferguson nunca dudó de que el profesor estuviera enamoriscado de él; pero eso podía manejarlo, y nada le impediría aceptar el trabajo.

Escribió a la tía Mildred por última vez a principios de mayo, con la esperanza de que finalmente hubiera salido algo en Berkeley que le permitiera retractarse del acuerdo sellado con un apretón de manos antes de empezar a trabajar con Fleming, pero pasaron dos semanas sin respuesta, y cuando al fin gastó un derroche de dinero en una conferencia a California, su tía alegó que no había recibido la carta. Ferguson sospechó que estaba mintiendo, pero no podía expresar sus recelos en voz alta sin disponer de pruebas, y de todos modos, ¿qué más daba? Mildred no se había dedicado a sabotear sus planes, era perezosa, nada más, había dejado correr el asunto y ya era demasiado tarde para hacer nada, y su tía, que antes veneraba a Archie, el amor de su vida, lo había defraudado.

Amy estaba abatida. Ferguson, desesperado. La idea de vivir separados durante dos meses y medio era demasiado horrible para hablar siquiera de ello, y sin embargo ninguno de los dos veía una salida al problema. Amy dijo que lo admiraba por *comportarse como un adulto* (aunque a él le daba la impresión de que también estaba un poco enfadada), y aunque Ferguson estuvo tentado de pedirle que cancelara el viaje y se quedara con él en Nueva York, sabía que sería presuntuoso y erróneo por su parte hacer una cosa así, de modo que no se lo pidió. La guerra de los Seis Días estalló el 5 de junio, y al día siguiente de que acabara, Amy se fue sola a Berkeley. Sus padres le habían dado dinero para un billete de avión, y la mañana que se marchó, Ferguson los acompañó en el coche al aeropuerto. Una incómoda y triste despedida. Ni lágrimas ni grandes gestos, sino un prolongado y solemne abrazo seguido de la promesa de escribirse con la mayor frecuencia posible. De vuelta en su habitación de la calle Ciento once Oeste, Ferguson se sentó en la cama y se quedó mirando a la pared de enfrente. Oyó que una criatura lloraba en el apartamento de al lado, oyó que un hombre gritaba *Joder* a alguien en la acera, cinco plantas más abajo, y de pronto comprendió que acababa de cometer el mayor error de su vida. Con trabajo o sin él, debía haberse marchado con ella y apañarse con las que le vinieran dadas. Así era como había que vivir, esa clase de piruetas era lo que quería en su vida, *una vida que danzara*, pero había elegido el deber antes que la aventura, la responsabilidad hacia sus padres antes que el amor por Amy, y se detestó a sí mismo por su cautela, por su laborioso y precavido corazón. Dinero. Siempre dinero. Nunca había bastante dinero. Por primera vez en la vida empezó a preguntarse cómo sería haber nacido apestosamente rico.

Otro verano en la tórrida Nueva York con la gente enloquecida y la radio también, oyendo los ronquidos y los pedos del inquilino de la habitación contigua, la de Amy, mientras él yacía en la cama por la noche, sudando, con la camiseta y los calcetines empapados antes de mediodía y andando por la calle con los puños

apretados, un atraco a punta de navaja cada hora en el barrio, cuatro mujeres violadas en el ascensor de sus respectivos edificios, esté siempre alerta, mantenga los ojos abiertos y procure no respirar cuando pase frente a unos cubos de basura. Largas jornadas en aquella réplica del Partenón con un millón de libros llamada Butler Library, tomando notas sobre la Columbia prerrevolucionaria, conocida entonces como King's College, y las condiciones de vida en Nueva York a mediados del siglo XVIII (cerdos trotando por la calle, caballos cagando en cualquier sitio), la primera universidad del estado, la quinta universidad del país, John Jay, Alexander Hamilton, Gouverneur Morris, Robert Livingston, primer presidente del Tribunal Supremo, primer ministro de Hacienda, autor del borrador definitivo de la Constitución de Estados Unidos, miembro de la comisión de cinco hombres que redactó el primer borrador de la Declaración de Independencia, los Padres Fundadores en su juventud, en su adolescencia, en su infancia, corriendo por la calle entre los cerdos y los caballos, y después de cinco o seis horas en la vieja y mohosa Butler, a casa, a mecanografiar sus notas para Fleming, a quien veía dos veces por semana en el West End con aire acondicionado, siempre allí y nunca en el despacho ni en el apartamento del profesor, porque si bien el amable historiador, decoroso y muy inteligente, no le había puesto la mano encima, sus ojos nunca se apartaban de él en busca de señales alentadoras o de alguna mirada de deseo recíproco, y ya era bastante enfrentarse con eso, pensaba Ferguson, porque Fleming le caía bien y no podía evitar sentir lástima de él.

Mientras, Amy se encontraba en hippylandia a cuatro mil ochocientos kilómetros al oeste, Amy estaba en el Jardín del Edén, Amy deambulaba por la Telegraph Avenue de Berkeley en el Verano del Amor, y Ferguson leía y releía sus cartas tantas veces como podía para seguir oyendo su voz, llevándolas consigo a la biblioteca todas las mañanas para emplearlas como pastillas contra el aburrimiento cuando su labor amenazaba con sumirlo en el coma, y las cartas con que él le respondía eran ligeras y rápidas y tan divertidas como podían ser, sin menciones a la guerra ni al pútrido olor de las calles ni a las mujeres violadas en el ascensor ni a las sombras que agobiaban su corazón. *Parece que estás viviendo momentos inolvidables*, le escribía en una de las cuarenta y dos cartas que le envió aquel verano. *Aquí, en Nueva York, yo intento olvidarme de cada momento*.

Julio de 1967. En opinión de Ferguson, lo más triste de los disturbios de Newark era que nada podría haberlos evitado. A diferencia de los más amplios acontecimientos que ocurrían en el mundo, que tampoco habrían sucedido si la gente hubiera pensado con más claridad (Vietnam, por ejemplo), Newark era inevitable. No en la medida de veintiséis muertos, quizá, ni de setecientos heridos, ni de mil quinientos detenidos, ni de novecientos comercios destruidos ni de diez millones de dólares en daños a la propiedad, pero Newark era un lugar en donde todo iba mal desde hacía años, y los seis días de la violencia que se desató el 12 de julio eran la consecuencia lógica de una situación que sólo podía encararse mediante violencia de una u otra especie. Que la guerra estallara cuando un taxista negro llamado John Smith fuese detenido por adelantar indebidamente a un coche patrulla y luego aporreado por dos policías blancos no era tanto la causa como el efecto. Si no hubiera sido Smith, habría sido

Jones. Y si no hubiera sido Jones, habría sido Brown, White o Grey. El caso es que fue Smith, y cuando los agentes que lo detuvieron, John DeSimone y Vito Pontrelli, lo llevaron a rastras a la Comisaría Cuarta, entre los ocupantes de un enorme edificio de viviendas sociales justo enfrente se propagó rápidamente el rumor de que lo habían asesinado. Falso, según resultó, pero en el fondo lo cierto era que en Newark la población negra ya ascendía a más del cincuenta por ciento, y la mayoría de aquellas doscientas mil personas era pobre. Newark tenía el porcentaje más alto del país en viviendas que no cumplían los requisitos mínimos de habitabilidad, la tasa de delincuencia era la segunda más alta, así como la de mortalidad infantil, y el índice de desempleo doblaba el promedio nacional. El gobierno municipal era íntegramente blanco, el cuerpo de policía lo componía un noventa por ciento de blancos y casi todos los contratos de construcción se otorgaban a empresas controladas por la mafia, que mostraba su agradecimiento a los funcionarios municipales con sustanciosos sobornos y se negaba a contratar a trabajadores negros porque no pertenecían a los sindicatos exclusivamente blancos. El sistema era tan corrupto que a la corporación municipal se la conocía vulgarmente como Apropiación Comunal.

En otro tiempo, Newark había sido una ciudad donde la gente hacía cosas, una ciudad de fábricas y trabajos administrativos, y cualquier objeto del mundo se fabricaba allí, desde relojes hasta aspiradoras y cañerías de plomo, de botellas a escobillas limpiabotellas, de pan empaquetado a magdalenas y salamis italianos de treinta centímetros de largo. Ahora las casas de madera se caían a pedazos, las fábricas habían cerrado y la clase media blanca se mudaba a las afueras. Los padres de Ferguson ya lo habían hecho en la década de 1950, y hasta donde él sabía, eran los únicos que habían vuelto, pero Weequahic no era realmente Newark, sino una ciudad judía en el extremo suroeste de una Newark imaginaria, y allí todo había estado en calma desde el principio de los tiempos. Setenta mil judíos en un solo lugar, un espléndido parque de ciento veintidós hectáreas diseñado por Olmsted y un instituto que generaba más doctorados que cualquier otro del país.

Ferguson estuvo bebiendo cerveza en el West End la víspera del día 12, y cuando volvió al piso pocos minutos después de la una de la madrugada, el teléfono estaba sonando. Lo descolgó y oyó que su padre gritaba por el auricular: ¿Dónde coño te has metido, Archie? ¡Newark está ardiendo! ¡Rompen los escaparates y saquean las tiendas! ¡La poli está disparando sus armas y tu madre se ha ido a Springfield Avenue a sacar fotos para su maldito periódico! ¡Han acordonado la calle y no puedo acercarme hasta allí! ¡Ven a casa, Archie! ¡Te necesito aquí, y no te olvides de tu carné de periodista!

Era muy tarde para pensar en ir al centro a coger un autobús en la terminal de Port Authority, de modo que Ferguson llamó a un taxi en Broadway y dijo al conductor que pisara a fondo, expresión que había oído docenas de veces en las películas pero que jamás había pronunciado, y aunque después de pagar el trayecto sólo le quedaban dos dólares de los treinta y cuatro que antes llevaba en la cartera, llegó al piso de Van Velsor Place en menos de una hora. Afortunadamente, las calles del vecindario se encontraban en calma. Los disturbios habían empezado en el Distrito Centro para propagarse seguidamente a las zonas circundantes, pero en el Distrito Sur seguían sin registrarse incidentes. Más tranquilizador aún, su madre

acababa de volver a casa, y su alterado y casi desquiciado padre empezaba a encontrar de nuevo el equilibrio.

Nunca he visto nada igual, dijo su madre. Cócteles molotov, tiendas destrozadas, polis con la pistola en la mano, incendios, gente frenética corriendo por todas partes; puro caos.

Sam se ha quedado sin tienda, dijo su padre. Ha llamado hace una hora para decirme que no han dejado nada. Salvajes, animales enloquecidos, eso es lo que son. Incendiar tu propio barrio, imagínate. Es lo más estúpido que he oído jamás.

Me voy a acostar, anunció su madre. Estoy agotada, y mañana tengo que estar en el *Ledger* muy temprano.

Eso se ha acabado, Rose, dijo su padre.

¿El qué se ha acabado, Stanley?

Las fotografías bélicas.

Es mi trabajo. Tengo que hacerlo. Una persona de esta familia ya está sin trabajo por culpa de esta noche, y de ninguna manera voy a dejar de hacerlo.

Vas a conseguir que te maten.

No, creo que no. Esto casi se ha terminado. Cuando me marché, todo el mundo se iba a casa. Se acabó la fiesta.

O eso creía ella, igual que otros muchos, como el alcalde, Hugh Addonizio, que menospreció los desórdenes como si no fuesen más que *unas cuantas botellas rotas*, pero cuando a la noche siguiente se reanudaron los disturbios, Rose había salido de nuevo a la calle con la cámara, y esta vez su hijo la acompañaba, llevando sus dos carnés de prensa, el del *Montclair Times* y el del *Columbia Spectator*, por si lo paraba la policía y le pedía la documentación. Su padre había pasado el día con Sam Brownstein en su reventado establecimiento de artículos deportivos, evaluando los daños, tapando con paneles de contrachapado lo que antes había sido el escaparate central, rescatando los pocos objetos que se habían salvado de la quema, y seguía con Sam cuando Ferguson y su madre se dirigían a Springfield Avenue al anochecer. Según creía su padre, Ferguson había ido a proteger a su madre, pero él estaba allí porque quería, porque su madre no necesitaba protección mientras realizaba su trabajo fotográfico, cosa que hacía con notable aplomo y disciplina, consideraba él, tan desenvuelta y centrada en su tarea que al cabo de poco comprendió que era ella quien lo protegía a él. Un amplio contingente de periodistas y fotógrafos se había reunido en la sede del Distrito Centro aquella noche, gente de la prensa de Newark, los periódicos de Nueva York, las revistas *Life*, *Time* y *Newsweek*, las agencias Associated Press y Reuters, publicaciones clandestinas, la prensa de la comunidad negra y equipos de radio y televisión, y en general permanecían agrupados mientras observaban cómo se desplegaba el tumulto por Springfield Avenue. Era un espectáculo inquietante, y Ferguson reconoció abiertamente que tenía los nervios a flor de piel, a veces incluso sentía miedo, pero también estaba fascinado y atónito, nada preparado para la explosiva energía que fluía por la calle, la suma de apasionada emoción y temeridad de acción que parecía fundir rabia y júbilo en un sentimiento que jamás había visto en ningún otro sitio, una sensación nueva que aún no tenía nombre, y no sólo no era enloquecida, como su padre la había calificado, sino que tampoco era estúpida, porque la turba negra se dirigía sistemáticamente a los

negocios con dueños blancos, muchos de ellos judíos, mientras que al mismo tiempo evitaban los negocios que pertenecían a negros, las tiendas a pie de calle con la palabra HERMANO escrita en ellas, y de ese modo decían al hombre blanco que lo consideraban un enemigo invasor y que ya era hora de que se largara de su país. No era que a Ferguson le pareciese buena idea, pero al menos tenía sentido.

Una vez más se fue apagando el tumulto, de nuevo se marcharon a casa, y ahora parecía haberse acabado del todo, la segunda noche de una orgía de destrucción y anárquica liberación, pero entre los que se retiraban ninguno podía saber entonces que a las dos y veinte de la madrugada el alcalde Addonizio había llamado al gobernador Richard Hughes para pedirle que enviara a la Guardia Nacional y a la Policía Estatal de Nueva Jersey. Al alba, tres mil soldados de la Guardia Nacional cruzaban con tanques la ciudad, quinientos policías estatales armados hasta los dientes tomaban posiciones en las calles del Distrito Centro, y durante tres días la guerra de Vietnam llegó a Newark, porque si ningún vietcong había llamado negrata a Muhammad Ali, ahora los negros de Newark se habían convertido en el Vietcong.

Gobernador Hughes: «Se trata de una insurrección criminal de gente que dice odiar al hombre blanco pero que en realidad odia a Norteamérica».

Controles de alambre de espino. A las diez de la noche, toque de queda para los coches, nadie en la calle a partir de las once. Los saqueos se habían interrumpido y la exaltación de las dos primeras noches había pasado a ser guerrilla urbana, una batalla total en donde las armas eran fusiles, metralletas e incendios. Un capitán de bomberos llamado Michael Moran, de treinta y ocho años, padre de seis hijos, resultó muerto de un disparo cuando estaba subido a una escalera inspeccionando una alarma en Central Avenue, y desde ese momento la Guardia y la Policía Estatal actuaron basándose en el supuesto de que la ciudad estaba infestada de francotiradores negros apostados en los tejados con el propósito de abatir a tiros a todos los blancos que avistaran. Que veinticuatro de las veintiséis personas muertas durante aquellos días resultaran ser negros rebatiría tal presunción, pero permitió que los guardias y la policía disparasen trece mil balas, apuntando directamente al apartamento del segundo piso de una mujer llamada Rebecca Brown, por ejemplo, y matándola con una «descarga cerrada de fusilería», según la descripción del *Star-Ledger*, que acribillaran con otros veintitrés balazos el cuerpo de Jimmy Rutledge y asesinaran a tiros a Billy Furr, de veinticuatro años, por el delito de coger un refresco frío de una pequeña tienda ya saqueada para dárselo a un fotógrafo sediento de la revista *Life*.

En medio de todo eso, la madre de Ferguson hizo lo posible por seguir tomando sus fotos, pero forzosamente tenía que trabajar durante el día, fotografiando los tanques, los soldados y los ya destruidos negocios negros a lo largo y ancho del Distrito Centro, centenares de fotografías que documentaban todos los aspectos de la conflagración que ella consideraba pertinentes, y como el pánico por la seguridad de Rose no lo dejaba vivir, el padre de Ferguson insistía en acompañarla a donde fuese, lo que durante esos tres días supuso ir sentado junto a ella en el asiento trasero del viejo Impala mientras Ferguson los conducía por toda la ciudad, y luego, cuando se acercaba la hora del toque de queda, dejaban los rollos de película sin revelar en el edificio del *Star-Ledger* antes de volver al apartamento de la tranquila Van Velsor Place. La admiración de Ferguson hacia su madre continuó creciendo a través del

horror de aquellos días. Que una mujer de cuarenta y cinco años que se había pasado la vida en un estudio fotográfico haciendo retratos, y que empezó a trabajar como periodista gráfica tomando fotos de fiestas en jardines de las afueras, fuese capaz de salir a la calle y hacer lo que ahora estaba haciendo era una de las transformaciones humanas más increíbles que había visto jamás. Aquél era su único consuelo, porque todo lo que ocurría entonces lo ponía enfermo, el mundo en que vivía lo tenía harto y le daba ganas de vomitar, y no ayudaba el hecho de que su padre echara pestes todas las noches contra *ellos*, los malditos *schvartzes*, y lo mucho que nos odiaban a *nosotros*, los judíos, y aquello era el colmo, declaró, a partir de entonces los odiaría infinitamente, los despreciaría furiosamente cada minuto de su existencia hasta el momento de su muerte, y en una de esas peroratas Ferguson se indignó tanto que dijo a su padre que se callara de una vez, algo que nunca había hecho en la vida.

Los soldados se retiraron el día 17, y cuando el último tanque salió de la ciudad, la guerra había terminado.

También se había acabado todo lo demás, al menos para los judíos de Weequahic, que parecían ser de la misma opinión que el padre de Ferguson sobre lo sucedido, y al cabo de seis meses se habían marchado casi todas las familias de la zona, unas a la cercana Elizabeth, otras a los barrios de las afueras de los condados de Essex y Morris, y en un vecindario donde antes sólo vivían judíos ya no quedaba ni uno solo. Qué curioso que la mayoría de los padres y abuelos de los negros que vivían en Newark subieran desde el Sur durante la Gran Migración de entreguerras, y ahora, como las fotografías de los desórdenes tomadas por su madre habían dejado cierta huella en el mundo y le habían ofrecido trabajo en el *Miami Herald*, sus padres se dirigían al sur cambiando el sitio a sus vecinos negros.

Fue horroroso verlos marchar.

Otoño de 1967. Algo del sol o de la luz de las estrellas o la luna le había aclarado el color del pelo y oscurecido el matiz de la piel, porque Amy volvió a Nueva York con cejas y pestañas más pálidas y rubias y un brillo leonado irradiando de mejillas, brazos y piernas, el castaño dorado de un bollo recién sacado del horno o de una tostada con mantequilla. A Ferguson le daban ganas de comérsela. Después de dos meses y medio de agónico celibato, nunca tenía bastante, y como Amy también había estado deseosa durante todo el verano, cumpliendo a rajatabla la norma que ella denominaba *nada de diversión, pichón*, se encontraba en un increíble estado de excitación, preparada para darle tanto como él estaba dispuesto a darle a ella, y Ferguson, que ahora comprendía que había heredado la mayoría de los *grandes apetitos* de su abuelo si no todos, estaba listo para darle todo lo que tenía, cosa que hizo, y Amy le dio a su vez todo lo que tenía, porque al volver al apartamento de la calle Ciento once Oeste estuvieron instalados en la cama doble de la habitación de ella durante tres días consecutivos y volvieron a familiarizarse con la desconocida fuerza que los mantenía unidos.

No obstante, habían cambiado ciertas cosas, no todas del gusto de Ferguson. Para empezar, Amy se había enamorado de California, o al menos de la californiana zona de Bay Area, y la chica que nunca iba a dejar Nueva York estaba ahora considerando seriamente solicitar plaza en la Facultad de Derecho de Berkeley para

el curso siguiente. No se trataba del Derecho. Ferguson aprobaba absolutamente que se hiciera abogada, era algo que habían debatido muchas veces en el pasado, abogada de gente pobre, una abogada activista, profesión que le permitiría hacer el bien en el mundo de mejor manera que organizando manifestaciones contra la guerra o huelgas de pagar el alquiler contra caseros avarientos e irresponsables, porque la guerra tendría que terminar algún día (esperaba ella) y sería mucho más satisfactorio meter en la cárcel a caseros ambiciosos que rogarles que encendieran la calefacción, exterminaran a las ratas o quitaran la pintura con plomo. Abogada, por supuesto; pero California, ¿de qué hablaba? ¿Es que no se acordaba de que el año próximo él seguiría en Nueva York? Estar separados en verano ya había sido bastante duro, pero un año entero sería cosa de volverse loco. ¿Y qué le hacía suponer que querría ir con ella a California después de licenciarse? ¿Acaso no podía ir a una Facultad de Derecho seria como la de Columbia, la Universidad de Nueva York o Fordham y quedarse en el piso con él? ¿Por qué hacerlo todo tan jodidamente complicado?

Archie, Archie, no te dejes llevar por las emociones. Hasta el momento sólo son especulaciones.

Me asombra que lo consideres siquiera.

Tú no sabes cómo son las cosas allí. Al cabo de dos semanas, dejé de pensar en Nueva York y me alegré. Me sentía como en casa.

Eso no es lo que decías antes. Nueva York es *todo*, ¿recuerdas?

Cuando dije eso tenía dieciséis años, y nunca había estado en Berkeley ni en San Francisco. Ahora soy una vieja de veinte, y he cambiado de opinión. Nueva York es una cloaca.

De acuerdo. Pero no en todos los sitios. Siempre podríamos mudarnos a otro barrio.

La parte norte de California es el sitio más bonito de Estados Unidos. Tan bonito como Francia, Archie. No te fíes de mi palabra si no quieres. Compruébalo por ti mismo.

En estos momentos estoy ocupado.

En las vacaciones de Navidad. Podríamos ir para allá en las fiestas.

Estupendo. Pero aunque me parezca el mejor sitio del mundo seguirá sin resolverse el problema.

¿Qué problema?

El de estar un año separados.

Lo superaremos. No será tan duro.

Acabo de pasar el verano más solitario, más espantoso de mi vida. Ha sido duro, Amy, muy duro, tanto que casi no he podido soportarlo. Un año entero probablemente acabará conmigo.

De acuerdo, ha sido duro. Pero creo que también nos ha sentado bien. Estar solos, dormir solos, echándonos de menos y escribiéndonos cartas; creo que eso nos ha hecho más fuertes como pareja.

Ja.

Yo te quiero de verdad, Archie.

Lo sé. Pero a veces creo que sientes más amor por tu futuro que por la idea de estar conmigo.

Diciembre de 1967. Aquel invierno no llegaron a ir a California porque murió la abuela de Ferguson, falleció del mismo tipo de brusco estallido interno que su abuelo el año anterior, y tuvieron que cancelar el viaje para asistir a otra ceremonia funeraria en Woodbridge, en Nueva Jersey. Después vino una semana frenética en la que muchas manos participaron en repartir las pertenencias de la abuela y en vaciar y limpiar a fondo su piso, cosa que había que realizar en un tiempo récord porque los padres de Ferguson estaban a punto de trasladarse a Florida, de manera que todo el mundo contribuyó con su granito de arena, Ferguson, desde luego, pero también Amy, que acabó esforzándose más que nadie, y Nancy Solomon y su marido, Max, y Bobby George, a quien habían licenciado en el ejército y estaba de vuelta en Montclair poniéndose en forma para los entrenamientos de primavera, y hasta Didi Bryant, que había entablado amistad con la abuela después de la muerte del abuelo y lloró por ella tanto como había llorado por él (¿quién en su sano juicio podría sostener alguna vez que la vida tenía sentido?), y a la madre de Ferguson le hacía falta ayudar porque estaba destrozada, vertiendo más lágrimas aquella semana que las que Ferguson había visto que derramara desde su infancia hasta aquel momento, y el propio Ferguson también sentía que una agobiante tristeza lo envolvía, no sólo por haber perdido a su abuela, que ya era bastante doloroso, sino porque odiaba ver lo que ocurría con el piso, el lento desmantelamiento de las habitaciones donde empaquetaban un objeto tras otro en papel de periódico para depositarlos luego en cajas de cartón, todas las cosas que habían formado parte de su vida desde que recordaba estar vivo, los horrendos adornitos con los que había jugado a gatas de pequeño, los elefantes de marfil y los verdes hipopótamos de vidrio de su abuela, el amarillento tapete de encaje debajo del teléfono del pasillo, las pipas y los humidores vacíos de su abuelo, con los que él tanto disfrutaba cuando metía en ellos la nariz, aspirando profundamente el acre olor a tabaco dejado por los puros largo tiempo desaparecidos, todo evaporado ya, perdido para siempre, y lo peor era que su abuela pensaba marcharse a Florida con sus padres a vivir con ellos en el nuevo apartamento de Miami Beach, y aunque afirmaba que lo esperaba con entusiasmo *(Vendrás a visitarme, Archie, iremos a desayunar al Wolfie's de Collins Avenue y pediremos huevos revueltos con salmón ahumado y cebolla)*, él sospechaba que la idea de dejar su piso después de tantos años la aterrorizaba, y puede que hasta deseara que le diera el derrame porque simplemente no podía afrontarlo.

En lo último que pensaba Ferguson era en el dinero, a él, que rara vez dejaba de preocuparse por el dinero en el curso de su vida cotidiana, no se le había ocurrido pensar en cuestiones de herencia ni en las consecuencias financieras del fallecimiento de una persona, pero su abuelo había ganado pasta a punta de pala durante sus largos años en Gersh, Adler y Pomerantz, y aunque había despilfarrado grandes cantidades en Didi Bryant y sus predecesoras, la abuela de Ferguson había heredado más de medio millón de dólares a la muerte de su marido, y ahora que ella también había muerto, esa suma pasaba a sus dos hijas, Mildred y Rose, cada una de las cuales recibió la mitad según lo estipulado en el testamento, y una vez pagados los impuestos correspondientes, la tía y la madre de Ferguson tenían cada una doscientos mil dólares más que antes del fatal derrame cerebral de su madre. ¡Doscientos mil dólares! Era una suma tan escandalosa que Ferguson soltó una carcajada cuando su

madre lo llamó desde Florida a finales de enero para comunicarle la noticia, y luego rio aún más fuerte cuando le anunció que la mitad de aquella cantidad sería para él.

Tu padre y yo lo hemos pensado con mucho detenimiento, le dijo, y consideramos muy justo que recibas algo ahora. La cifra a la que hemos llegado asciende a veinte mil. Los ochenta restantes los invertiremos en tu nombre, de modo que si alguna vez te ves en un apuro y necesitas algo, los ochenta serán más de ochenta. Ya eres mayor, Archie, y calculamos que los veinte serán suficientes para que pases los últimos tres semestres de universidad y te quede un buen pellizco para empezar lo que llamaríamos tu vida de verdad, un colchón de entre seis y ocho mil dólares que te dará la oportunidad de buscar un trabajo que te guste en lugar de algo que tengas que aceptar porque necesites dinero desesperadamente. Además, eso nos facilitará la vida a los viejos en Miami Beach. Tu padre ya no tendrá que enviarte el cheque mensual para el alquiler y la manutención, ya no habrá necesidad de pagarte la matrícula, y todo resultará más sencillo para nosotros porque de ahora en adelante tú te ocuparás de todo.

¿Y qué he hecho yo para merecer esto?, quiso saber Ferguson.

Nada. ¿Y qué he hecho yo para ganármelo en primer lugar? Nada. Simplemente así son las cosas, Archie. Las personas mueren y la vida sigue, y si podemos hacer algo para echarnos una mano unos a otros, pues lo hacemos, ¿no?

Enero de 1968. Como Amy era una persona que nunca se volvía atrás cuando había tomado una decisión sobre cualquier cosa, se mantuvo en sus trece y envió una solicitud a la Facultad de Derecho de Berkeley, y como Ferguson estaba seguro de que la aceptarían y decidiría marcharse cuando la admitieran, aunque también la aceptaran en Columbia y Harvard, trató de consolarse pensando en el dinero, que le permitiría viajar a California para hacerle breves visitas, a veces más largas si ella decidía no volver a Nueva York en Navidad o en las vacaciones de primavera, y de ese modo quizá fuera posible sobrellevar el año sin sentirse machacado por su ausencia. Nada probable, pensó, pero ahora el dinero le brindaba al menos una oportunidad, mientras que antes, sin el dinero, no habría tenido la menor esperanza.

Aparte de eso, lo interesante del dinero era lo poco que afectaba a las circunstancias externas de su vida. Titubeaba un poco menos a la hora de comprar los libros y discos que quería, sustituía la ropa y el calzado viejos con mayor facilidad que antes, y siempre que quería sorprender a Amy con un regalo (en general flores, pero también libros, discos y pendientes) podía ceder al impulso sin tener que arrepentirse. Por lo demás, las cosas no habían cambiado mucho. Seguía yendo a sus clases, escribiendo artículos para el *Spectator*, traduciendo poesía francesa y frecuentando sus habituales bares baratos —el West End, el Green Tree y el Chock Full o’Nuts—, pero en su interior, en lo más profundo de la cámara mental sumergida en que Ferguson habitaba en muda comunión con su propia conciencia, una cosa había cambiado enormemente. Miles de dólares estaban ahora en su cuenta del First National City Bank en la esquina de la calle Ciento diez Oeste con Broadway, y sólo saber que estaban allí, aun no albergando especiales deseos de gastarlos, lo aliviaba de la obligación de pensar en el dinero setecientas cuarenta y seis veces al día, lo que al fin y al cabo era tan malo si no peor que no disponer de dinero suficiente, porque

aquellos pensamientos podían resultar insoportables y hasta mortíferos, y el hecho de no tener que darles más vueltas era un regalo del cielo. Ésa era la verdadera ventaja de tener dinero frente a no tenerlo: no que se pudieran comprar más cosas, sino que ya no tenía uno que ir por ahí con esa idea infernal flotando como una burbuja sobre la cabeza.

Comienzos de 1968. Ferguson veía la situación como una serie de círculos concéntricos. El círculo exterior era la guerra y todo lo asociado con ella: soldados norteamericanos en Vietnam, combatientes enemigos del Norte y del Sur (Vietcong), Ho Chi Min, el gobierno de Saigón, Lyndon Johnson y su gabinete, política exterior estadounidense desde el final de la Segunda Guerra Mundial, recuento de cadáveres, napalm, aldeas, corazones y cerebros ardiendo, escalada, pacificación, paz con honor. El segundo círculo representaba a Norteamérica, los doscientos millones en el frente interior: la prensa (periódicos, revistas, radio, televisión), el movimiento antiguerra, el movimiento proguerra, el Black Power, el movimiento contracultural (hippies y yippies, marihuana y LSD, rock and roll, la prensa underground, Zap Comix, los Merry Pranksters, los Motherfuckers), los del sindicato de la construcción con su lema de «América, o la quieres o te largas», el espacio vacío ocupado por la denominada brecha generacional entre padres e hijos de clase media, y la gran masa de ciudadanos sin nombre a quienes se acabaría denominando Mayoría Silenciosa. El tercer círculo era Nueva York, casi idéntico al segundo pero más inmediato, más vívido; un laboratorio lleno de ejemplos de las corrientes sociales antes mencionadas que Ferguson percibía directamente con sus propios ojos en vez de a través del filtro de la palabra escrita o la imagen divulgada, sin dejar de tener en cuenta los matices y particularidades de la propia Nueva York, que era diferente de las demás ciudades de Estados Unidos, sobre todo por la enorme barrera entre pobres y ricos. El cuarto círculo era Columbia, la morada temporal de Ferguson, el pequeño mundo al alcance de la mano que lo rodeaba a él y a sus condiscípulos, el territorio circundante de una institución que ya no estaba amurallada frente al vasto mundo exterior porque se habían derribado los muros y el exterior apenas se distinguía ya del interior. El quinto círculo era el individuo, cada persona de cada uno de los otros cuatro círculos, pero en el caso de Ferguson los individuos que más contaban eran los que él conocía personalmente, sobre todo los amigos con quienes compartía su vida en Columbia, y por encima de todos los demás, por supuesto, el individuo de individuos, la diana en el centro del más pequeño de los cinco círculos, su propia persona.

Cinco reinos, cinco realidades aparte, pero todas relacionadas entre sí, de manera que cuando algo sucedía en el círculo exterior (la guerra) sus efectos podían sentirse por toda Norteamérica, Nueva York, Columbia, y hasta en el último punto del círculo interior de las vidas privadas, individuales. Cuando se produjo la escalada de la guerra en la primavera de 1967, por ejemplo, medio millón de personas se manifestaron el 15 de abril por las calles de Nueva York para reclamar la inmediata retirada de las tropas norteamericanas de Vietnam. Cinco días después, en la parte alta de la ciudad, trescientos miembros del SDS se presentaron en el John Jay Hall de la Universidad de Columbia «para hacer algunas preguntas» a los militares que reclutaban infantes de Marina en mesas colocadas en el vestíbulo, pero fueron

atacados por una pandilla de cincuenta *deportistas* y miembros del NROTC (Cuerpo de Formación de Oficiales de la Reserva Naval), lo que condujo a una sangrienta escaramuza de puños agitados y narices aplastadas que tuvo que disolver la policía. A la tarde siguiente se celebró en Columbia la manifestación más numerosa en treinta años en el jardín Van Am, entre John Jay Hall y Hamilton Hall, cuando ochocientos miembros y simpatizantes del SDS protestaron contra el reclutamiento de marines en la universidad y quinientos provocadores, *deportistas* favorables a los militares, les tiraron huevos desde el otro lado de la valla en el South Field, donde celebraban su propia contramanifestación. Ferguson y Amy se vieron envueltos en aquella febril escena, ella como participante y él como periodista y testigo, y cuando por la noche le explicó en el West End su teoría sobre los círculos concéntricos, ella le sonrió y le dijo: Pues claro, mi querido Holmes, qué agudo por tu parte.

La cuestión era que nadie estaba contento en ningún bando. La gente proguerra se sentía cada vez más frustrada por el fracaso de Johnson en ganar la contienda, y la gente antiguerra se sentía cada vez más frustrada por su fracaso en forzar a Johnson a que acabara el conflicto. Mientras, la guerra seguía creciendo, quinientos mil, quinientos cincuenta mil soldados, y cuanto más se agrandaba, más presionaba el círculo exterior a los demás círculos, comprimiéndolos aún más, y los espacios que los separaban no tardaron en encogerse hasta convertirse en meras partículas aéreas, lo que hacía difícil respirar a los solitarios atrapados en el centro, y a una persona que no puede respirar le entra el pánico, que es algo semejante a la locura, dándole la sensación de que ha perdido la cabeza y está a las puertas de la muerte, y a principios de 1968 Ferguson empezaba a pensar que todo el mundo se había vuelto loco, tan majareta como los chiflados que hablaban solos en Broadway, y poco a poco él se estaba volviendo tan loco como todos los demás.

Entonces, en los primeros meses del nuevo año todo empezó a resquebrajarse. Los ataques sorpresa de los comandos de zapadores del Vietcong en más de un centenar de ciudades y pueblos de Vietnam del Sur durante la Ofensiva del Tet del 13 de enero demostraba que Estados Unidos jamás podría ganar la guerra, a pesar de las treinta y siete mil víctimas del Vietcong a manos de los norteamericanos comparadas con las dos mil bajas de Estados Unidos, más las decenas de miles de otros combatientes del Vietcong heridos o capturados y medio millón de sudvietnamitas convertidos en refugiados sin hogar. El mensaje al público norteamericano era que los norvietnamitas no se rendirían jamás, que seguirían combatiendo hasta que el último habitante del país hubiera muerto, ¿y cuántos soldados estadounidenses se necesitarían para destruir el país?, ¿acaso tendría que incrementarse el medio millón que ya estaba allí a un millón, a dos, a tres millones?, y de ser así, ¿acaso la destrucción de Vietnam del Norte no significaría también la destrucción de Norteamérica? Dos meses después, Johnson apareció en televisión y anunció que no se presentaría a la reelección en otoño. Era el reconocimiento del fracaso, la admisión de que el apoyo público a la guerra se había debilitado hasta tal punto que sus políticas eran objeto de rechazo, y Ferguson, que había admirado al Johnson bienintencionado de la Lucha contra la Pobreza, de la Ley sobre Derechos Civiles y la Ley de Derecho al Voto y había odiado al equivocado Johnson de Vietnam, se vio ante la incómoda posición de sentir lástima por el presidente de Estados Unidos, al

menos durante un par de minutos, mientras se ponía en su lugar y experimentaba la angustia que Lyndon Johnson debió de sentir al abdicar del trono, y entonces Ferguson se animó, se alegró y también sintió alivio de que LBJ desapareciera del mapa.

Cinco días después, asesinaron a Martin Luther King en Memphis. Otra bala disparada por un don nadie norteamericano, otro golpe al sistema nervioso colectivo, y entonces centenares de miles de personas se echaron a la calle y empezaron a romper escaparates y a prender fuego a los edificios.

Ciento veintiocho Newarks.

Los cinco círculos concéntricos se habían fundido en un solo disco negro.

Ya era un disco LP, y la canción que seguía sonando era un antiguo blues titulado *Can't Take It No More, Sugar, 'Cause My Heart Hurts So Bad*.

Primavera de 1968 (I). Amy apenas andaba ya por casa. Era su último semestre en Barnard, y como ya había cumplido los requisitos académicos y casi había alcanzado la nota suficiente para licenciarse, aquella primavera no tenía mucho que estudiar, lo que le permitía dedicar la mayor parte del tiempo a la política y al SDS. Hasta entonces, la mayor preocupación de Ferguson había sido la Facultad de Derecho de Berkeley (que la aceptó a primeros de abril, días después del asesinato de King en Memphis), pero ahora temía perderla antes de que empezara el verano. Su postura se había endurecido durante los frenéticos primeros meses del 68, empujándola aún más hacia el fervor anticapitalista y la militancia radical, y ya era incapaz de reírse ante sus pequeñas diferencias de opinión, de entender por qué Ferguson no estaba de acuerdo con todos sus argumentos.

Si aceptas mi análisis, le dijo un día, necesariamente tienes que aceptar mis conclusiones.

No, no las acepto, repuso Ferguson. De que el capitalismo sea un problema no se desprende que el SDS vaya a hacerlo desaparecer. Yo intento vivir en el mundo real, Amy, y tú sueñas con cosas que nunca van a suceder.

Un ejemplo: ahora que Johnson se había retirado, Eugene McCarthy y Robert Kennedy se disputaban la candidatura a la presidencia por el Partido Demócrata. A Ferguson le daba exactamente igual y no apoyaba a ninguno de los dos, pero prestaba gran atención a sus respectivas campañas —sobre todo a la de Kennedy, porque estaba claro que McCarthy no tenía ninguna posibilidad—, y aunque no le entusiasmara el senador por Nueva York, pensaba que RFK sería mejor elección que el desacreditado Humphrey, y cualquier demócrata era preferible a Nixon o, incluso más inquietante aún, a Ronald Reagan, el gobernador del futuro estado de Amy, que se situaba aún más a la derecha que Goldwater. No era que a Ferguson le entusiasmaran los demócratas, pero era importante hacer distinciones, se decía a sí mismo, importaba reconocer que había cosas malas en aquel mundo fallido pero que también las había aún peores, y a la hora de votar en unas elecciones, mejor apoyar a las malas que a las peores. Amy se negaba a hacer ese tipo de distinciones. Por lo que ella sabía, los demócratas eran lo mismo, *progres vendidos* todos ellos, y no quería verlos ni en pintura, eran los responsables de Vietnam y de los demás horrores que Norteamérica había dado al mundo, y mal rayo los partiera a ellos y a todo lo que

representaban, y si por casualidad ganaban los republicanos, pues, en fin, a la larga a lo mejor sería bueno para el país, porque Estados Unidos se convertiría en un estado policial fascista, y el pueblo acabaría levantándose contra él, como si la gente que acabara de votar a los republicanos quisiera derrocarlos nada más asumir el poder, como si la gente no prefiriese vivir en un estado fascista que encerrase a todos los norteamericanos radicales como ella.

La chica que había llorado con el asesinato de John Kennedy en 1963 ahora consideraba a su hermano Robert un instrumento de la opresión capitalista. Ferguson estaba dispuesto a desechar tales observaciones como fruto de un exceso de entusiasmo, pero a primeros de abril él también empezó a ser objeto de ataques, y la política se había convertido de pronto en algo personal, demasiado personal, en algo que tenía más que ver con ellos que con las ideas que debatían. Ferguson se preguntaba si Amy no estaría manteniendo un secreto devaneo con alguno de sus camaradas del SDS, o si Patsy Dugan, su compañera de Barnard, y ella no andarían explorando juntas los misterios del amor sáfico (hablaba mucho de Patsy por aquellos días), o si aún seguía molesta con él por no haberla acompañado a California el último verano. No, imposible, concluyó, ninguna de tales posibilidades era siquiera vagamente verosímil, porque Amy no era de las que hacían cosas a espaldas de nadie, y si se hubiera enamorado de otro se lo habría dicho, y si aún estaba molesta por lo del verano no podía tratarse de un resentimiento consciente porque aquello se había acabado meses atrás, y en esos meses habían pasado muy buenos momentos juntos, sin mencionar su magnífico comportamiento en los tristes días de la muerte de su abuela, asumiendo las funciones de su abatida y casi inmovilizada madre y dirigiendo la limpieza general del piso a la velocidad de una bola rápida de Sandy Koufax. Algo había pasado desde entonces, sin embargo, y si no tenía su origen en alguna de las causas habituales, también parecía imposible que lo hubiera causado un absurdo desacuerdo político. Amy y él siempre habían discrepado. Uno de los placeres de vivir con ella era el grado en el que disentían y sin embargo continuaban queriéndose a pesar de todo. Las batallas que libraban eran siempre de ideas, nunca personales, pero ahora Amy había empezado a meterse con él porque sus ideas no cuadraban con las de ella, porque él se mostraba reacio a saltar con ella al volcán revolucionario, y por tanto se había convertido en un progresista reaccionario y retrógrado, un pesimista, un maestro de la ironía, un sabihondo con *agenbite-of-inwit*, es decir, con remordimientos de conciencia (refiriéndose, dedujo él, a que era demasiado aficionado a Joyce y a todo lo literario), un diletante, un mirón, un carca y un verdadero mierda.

Desde el punto de vista de Ferguson, todo se reducía a una diferencia fundamental: Amy era creyente y él, agnóstico.

Una noche en que había salido con sus amigos y seguramente pasaría horas discutiendo con Mike Loeb en un reservado del West End o conspirando con Patsy Dugan sobre cómo incrementar la presencia femenina en el SDS, Ferguson fue a la habitación de Amy y se metió en su cama, la misma en la que había dormido durante casi dos años enteros, y como aquella noche estaba bastante cansado se durmió antes de que ella volviera. Al despertarse a la mañana siguiente, Amy no estaba acostada a su lado, y cuando observó el perfecto estado de su almohada concluyó que no había

vuelto a casa y había pasado la noche en otro sitio. En otro sitio resultó ser la cama de Ferguson, y cuando él entró en la habitación contigua a buscar un par de calcetines y una muda de calzoncillos, el ruido del chirriante parqué la despertó.

¿Qué estás haciendo aquí?, preguntó Ferguson.

Quería dormir sola, contestó ella.

¿Y eso?

Me apetecía dormir sola, para cambiar.

¿Te ha gustado?

Sí, mucho. Creo que debemos seguir haciéndolo una temporada, Archie. Tú en tu cama y yo en la mía. Durante lo que podría denominarse un periodo de reflexión.

Si eso es lo que quieres. No es que las últimas noches que nos hemos acostado en la misma cama hayan sido muy locas.

Gracias, Archie.

De nada, Amy.

Así empezó el supuesto periodo de reflexión. Durante seis noches, Ferguson y Amy durmieron solos en sus camas respectivas, cada uno en su habitación, ninguno de los dos seguros de si habían terminado o simplemente se estaban tomando un descanso, y en la mañana del séptimo día, el 23 de abril, sólo unas horas después de levantarse y salir del piso cada uno por su lado, empezó la revolución.

Primavera de 1968 (II). El 14 de marzo, Ferguson y sus colegas del *Spectator* eligieron a Robert Friedman como nuevo redactor jefe, el mismo día que Amy y sus camaradas del SDS votaron para elegir a Mark Rudd como nuevo presidente, y de un momento a otro ambas organizaciones cambiaron. El periódico continuó informando como siempre de las cuestiones de actualidad, pero sus editoriales se hicieron más duros y directos, y Ferguson estaba satisfecho de que la cuestión de Vietnam, las relaciones entre negros y blancos y la función de Columbia en la prolongación de la guerra ahora se trataran abiertamente, a veces en tono beligerante, más en términos políticos y de convicciones. En cuanto a los Estudiantes por una Sociedad Democrática, el cambio de táctica era aún más llamativo. La dirección nacional había hecho un llamamiento para pasar de «la protesta a la resistencia», por lo que en Columbia sustituyó al grupo denominado Praxis Axis por el más intransigente Action Faction. El año anterior, el objetivo había sido educación y concienciación, un tímido gesto de acercamiento a los reclutadores de marines con objeto de «plantear algunas preguntas», mientras que ahora se trataba de provocar, conmocionar, perturbar las cosas con la mayor frecuencia posible.

Una semana después de que Rudd ocupara la presidencia, el director de la sede neoyorquina del Sistema Selectivo de Servicio, coronel Paul B. Akst, se personó en Columbia para dar una charla en el Earl Hall sobre las últimas modificaciones de la ley de reclutamiento. Asistieron ciento cincuenta personas, y cuando Akst dio un paso al frente para comenzar su discurso (un hombre rechoncho, de corta estatura, que reventaba en su atuendo militar de gala), se produjo un revuelo al fondo del auditorio. Varios estudiantes en uniforme militar de faena empezaron a interpretar con pífanos y tamboriles una versión de *Yankee Doodle Dandy* mientras otros blandían armas de juguete a su alrededor. Como por reflejo, una pandilla de

deportistas se precipitaron a acallar, rechazar y expulsar a los *repelentes*, y con la atención de todo el mundo puesta en la riña del fondo, uno que estaba en primera fila arrojó a la cara del coronel Akst una tarta de merengue de limón. Como en todas las buenas películas cómicas del cine mudo, acertó de pleno. Cuando el auditorio volvió de nuevo la cabeza, una puerta lateral se había abierto como por ensalmo y el lanzador de la tarta y su cómplice habían escapado.

Por la noche, Amy informó a Ferguson de que el comando de la tarta había sido un miembro del SDS importado de Berkeley y que su cómplice no era otro que Mark Rudd. A Ferguson le hizo mucha gracia. Lástima por el coronel, pensó, pero no se le había hecho daño, sobre todo a la luz de los grandes daños causados por la guerra, y menuda broma tan hábil. El Praxis Axis nunca hubiera sido capaz de imaginar proeza semejante (demasiado frívola), pero la Action Faction no era por lo visto contraria a emplear la frivolidad para expresar sus argumentos políticos. El rectorado se puso furioso, por supuesto, prometiendo «castigar severamente» al alborotador si resultaba no ser estudiante de Columbia y expulsarlo si lo era, pero una semana después la universidad se vio enfrentada a un problema mucho más grave que las tartas de merengue de limón, y nunca atraparon a los culpables.

En aquellas primeras etapas del drama, el SDS centraba sus actividades en dos cuestiones principales: el Instituto de Análisis para la Defensa y la prohibición de manifestarse y montar piquetes dentro de los edificios universitarios, una nueva medida puesta en práctica en el otoño por el rector Grayson Kirk. El Instituto de Análisis para la Defensa (IDA) fue creado por el Pentágono en 1956 como conducto para conseguir el apoyo de científicos universitarios en la investigación armamentística para el gobierno, pero nadie tuvo conocimiento de la colaboración de Columbia en aquel proyecto hasta 1967, cuando dos miembros del SDS encontraron ciertos documentos en las estanterías de la biblioteca referentes a la participación de Columbia en el IDA, que había reclutado a doce miembros del profesorado en total, y como ahora el comité del claustro de Princeton y Chicago recomendaba a sus respectivos rectores que abandonaran el proyecto, tanto los estudiantes como los profesores de Columbia pedían a su universidad que hiciera lo mismo, pese al hecho de que Kirk formaba parte de la junta rectora desde hacía nueve años, pero ¿cómo no sentir repulsión por el hecho de que la investigación del IDA había conducido a la creación de herbicidas químicos tales como el Agente Naranja, que se estaba empleando para defoliar las selvas de Vietnam, o de que la sangrienta táctica del «bombardeo de saturación» era el resultado del trabajo del IDA sobre técnicas de contrainsurgencia? En otras palabras, Columbia participaba en la guerra, *tenía las manos sucias* (tal como Amy solía expresarlo), y lo más sensato sería obligarla a dejarlo. No era que la guerra fuera a detenerse, pero convencer a Columbia de que interrumpiera su participación constituiría una pequeña victoria después de tantas grandes y pequeñas derrotas. En cuanto a la prohibición de manifestarse en el interior de los edificios, los estudiantes argumentaban que era una violación de los derechos recogidos en la Primera Enmienda, una medida inconstitucional contra el principio de la libertad de expresión, y por tanto la orden de Kirk carecía de validez.

Durante las últimas semanas, el SDS venía distribuyendo por la universidad una petición para que Columbia se retirase del IDA, y ahora que contaban con mil

quinientas firmas entre miembros del claustro y estudiantes (Ferguson y Amy entre ellos), el SDS decidió afrontar ambas cuestiones con una sola acción el 27 de marzo, una semana después de la ya olvidada broma del tartazo. Un grupo de unos cien estudiantes irrumpió en la Low Library, el edificio de bóveda blanca inspirado en el Panteón romano que servía de centro administrativo de la universidad, y desafiando la orden de formar piquetes y manifestarse en el interior de los edificios, portaba pancartas con el lema de ¡FUERA IDA! escrito en ellas. Amy se encontraba entre los manifestantes, Ferguson estaba presente en su calidad de periodista testigo de los hechos, y durante hora y media los estudiantes deambularon por las salas coreando consignas (uno de ellos con un megáfono), después de lo cual subieron a la segunda planta y entregaron la petición a un funcionario de alto rango de la universidad, que les aseguró que se la transmitiría al rector Kirk. El grupo salió entonces del edificio, y al día siguiente seis de sus integrantes fueron señalados como objeto de medidas disciplinarias, con Rudd encabezando la lista junto con otros cuatro miembros del comité directivo del SDS, sólo seis del centenar que había participado porque, como explicó un decano, eran los únicos a los que había podido identificarse. A lo largo de las dos semanas siguientes, los seis contra el IDA se negaron a reunirse con el vicerrector, reunión que constituía el protocolo normal para resolver cuestiones disciplinarias (una deliberación en privado seguida de lo que pretendía ser una sanción justa: como suele hacerse en la mayoría de los tribunales irregulares y arbitrarios), insistiendo en cambio en que los sometieran a un juicio público. El vicerrector respondió conminándolos a presentarse en su despacho si no querían ser expulsados. El 22 de abril acudieron finalmente a verlo, pero se negaron a hablar de su participación en la manifestación contra el IDA. Al salir del despacho, quedaron sujetos a medidas disciplinarias condicionales.

Mientras tanto habían asesinado a Martin Luther King. En Harlem se repitió lo sucedido en Newark el año anterior, pero Lindsay no era Addonizio y no convocó a la Guardia Nacional ni a la Policía estatal para que disparase contra los manifestantes, y mientras Harlem ardía justo bajo la colina de Columbia, la locura en el ya frenético aire de Morningside Heights iba creciendo hasta lo que Ferguson consideraba un delirio en toda la extensión de la palabra. El 9 de abril, la universidad cerró sus puertas en homenaje a King. Sólo estaba previsto un acto: un servicio fúnebre en la capilla St. Paul cerca del centro del campus, que acabó atrayendo a una multitud de mil cien personas; y justo cuando David Truman, el vicerrector, estaba a punto de pronunciar el panegírico en nombre del rectorado de Columbia, un estudiante con chaqueta y corbata se levantó de un asiento de las primeras filas y se encaminó despacio al púlpito. Mark Rudd, otra vez. Apagaron enseguida el micrófono.

Hablando sin notas, sin amplificación, sin saber cuánta gente alcanzaba a oírlo, Rudd se dirigió a la multitud con voz apagada. «El doctor Truman y el rector Kirk están cometiendo un ultraje contra el doctor King», afirmó. «¿Cómo pueden los rectores de la universidad hacer el panegírico de un hombre que ha muerto cuando trataba de sindicar a los trabajadores de la basura mientras ellos llevan años luchando contra la sindicación de sus propios trabajadores negros y puertorriqueños en la universidad? ¿Cómo pueden alabar a un hombre que luchaba por la dignidad humana cuando ellos roban terrenos a la gente de Harlem? ¿Y cómo pueden dichos rectores

alabar a un hombre que predicaba la desobediencia civil no violenta mientras ellos imponen medidas disciplinarias a sus propios estudiantes por manifestarse pacíficamente?» Se detuvo un momento y luego repitió la primera frase: «El doctor Truman y el rector Kirk están cometiendo un ultraje contra la memoria el doctor King. Por consiguiente, protestamos contra tal atropello». Acompañado de cuarenta o cincuenta manifestantes (blancos y negros, estudiantes y no estudiantes), Rudd salió entonces de la capilla. Ferguson, sentado en las filas de en medio, aplaudió en silencio. Bien hecho, Mark, dijo para sí, y bravo por haber tenido las narices de salir ahí y decir lo que piensas.

Antes del asesinato de Martin Luther King había un grupo (SDS) y dos cuestiones (IDA y disciplina) que impulsaban la política de izquierdas en la universidad. Después llegó otro grupo (SAS), y luego una tercera cuestión (el gimnasio), y al cabo de dos semanas de la ceremonia en memoria de King, la enormidad que nadie esperaba que ocurriera, lo que nadie había imaginado que sucediera nunca, estaba pasando de todas las formas inesperadas e inimaginables en que suelen producirse las grandes cosas.

El gimnasio de Columbia, también conocido por el nombre alternativo de Gym Crow,* iba a construirse en una de las parcelas de Harlem que Rudd había acusado a Columbia de robar, en este caso terreno público, un parque peligroso, abandonado, jamás frecuentado por gente blanca llamado Morningside Park, un risco de pronunciada pendiente sembrada de pedruscos y árboles agonizantes que empezaba en lo alto de Columbiaville y acababa en el fondo de Harlemville. No cabía duda de que la universidad necesitaba un gimnasio nuevo. El equipo de baloncesto de Columbia acababa de ganar el campeonato de la Ivy League, había entrado en el torneo de la NCAA llegando al cuarto puesto de la clasificación nacional, y el gimnasio actual tenía más de sesenta años, se había quedado pequeño, estaba muy deteriorado y ya no era viable, pero el contrato que el rectorado había negociado con el ayuntamiento en la década de los cincuenta y primeros sesenta era inaudito. El municipio cedía a la universidad ocho mil metros cuadrados por la simbólica cantidad de tres mil dólares al año, y Columbia pasaba a ser la primera institución privada de la historia de Nueva York en construir una estructura en terreno público para su uso particular. Abajo, en el extremo del parque, habría una entrada trasera para vecinos de Harlem que conduciría a otro gimnasio dentro del gimnasio y ocuparía el doce y medio por ciento del espacio total. A raíz de la presión ejercida por activistas del barrio, Columbia convino en aumentar la presencia de Harlem hasta el quince por ciento, con una piscina y vestuarios por añadidura. Cuando H. Rap Brown llegó a Nueva York en diciembre de 1967 para asistir a una reunión municipal, el presidente del SNCC dijo: «Si construyen la planta baja, hacedla saltar por los aires. Si vuelven a escondidas por la noche y construyen tres plantas, incendiadlas. Y si llegan a construir nueve plantas, son vuestras. Ocupadlas, y quizá los dejemos entrar los fines de semana». El 19 de febrero de 1968, Columbia acometió el proyecto y empezaron las obras. Al día siguiente, veinte personas acudieron a Morningside Park y se tumbaron frente a las excavadoras y volquetes para obstaculizar los trabajos. Detuvieron a seis estudiantes de Columbia y seis vecinos, y una semana después, cuando se presentó una multitud de ciento cincuenta personas para protestar contra la

construcción del gimnasio, fueron detenidos otros doce estudiantes de Columbia. Ninguno de ellos era miembro del SDS. Hasta entonces, el SDS no se había ocupado de ese asunto, pero ahora que el rectorado se negaba tanto a reconsiderar sus planes como a discutir siquiera la cuestión de recapacitar sobre ellos, pronto se convirtió en una de sus preocupaciones, y no sólo del grupo sino también de los estudiantes negros de la universidad.

La SAS (Sociedad Afronorteamericana de Estudiantes) contaba con más de cien miembros, pero hasta el asesinato de King no había tomado parte en ninguna actividad política concreta, centrándose en cambio en cómo incrementar el ingreso de los negros en la universidad y hablando con decanos y jefes de departamento sobre la inclusión de asignaturas de historia y cultura de la negritud en el programa de estudios. Como en cualquier otra universidad de élite en la Norteamérica de la época, la población negra de Columbia era minúscula, tan reducida que Ferguson sólo tenía dos amigos negros entre todos sus compañeros, dos amigos que no eran íntimos, lo que también podía decirse de cualquiera de sus conocidos, que tampoco tenían amigos íntimos de color. Los estudiantes negros estaban doblemente aislados, primero por su escaso número y luego porque se comportaban de manera reservada, sin duda algo perdidos y resentidos en aquel enclave blanco de tradición y poder, donde a menudo se los consideraba como extraños incluso por los vigilantes de seguridad negros que los paraban para pedirles la documentación debido a que los jóvenes de semblante negro no podían ser estudiantes de Columbia y por tanto no tenían nada que hacer allí. A raíz del asesinato de King, la SAS eligió una nueva junta de líderes radicales, algunos brillantes, otros cargados de ira, y otros rebosantes de inteligencia y rabia, todos ellos tan valientes como Rudd, es decir, con la suficiente seguridad en sí mismos como para ponerse en pie y dirigirse a mil personas con la misma facilidad con que hablaban a una sola, y para ellos la cuestión más importante era la relación de Columbia con Harlem, lo que significaba que el IDA y la disciplina eran cuestiones de los estudiantes blancos pero el gimnasio era asunto suyo.

Dos días después de la ceremonia en memoria de King, Grayson Kirk fue a la Universidad de Virginia a pronunciar un discurso sobre la celebración del doscientos cincuenta aniversario del nacimiento de Thomas Jefferson (por tempestuosos que pudieran ser aquellos días, también abundaban en cosas absurdas), y allí estaba el antiguo especialista en ciencias políticas que se sentaba en el consejo de administración de varias empresas y entidades financieras, Mobil Oil, IBM y Con Edison entre otras, el rector de la Universidad de Columbia que había sucedido a Dwight D. Eisenhower cuando el general dejó Columbia para ocupar el cargo de presidente de Estados Unidos, y allí por primera vez Grayson Kirk se pronunció contra la guerra de Vietnam, no sólo porque la guerra era un error o un asunto poco honorable, según manifestó, sino por el daño que estaba haciendo en casa, y entonces pronunció las palabras que pronto llegarían al campus de Columbia y añadirían más leña al fuego que ya empezaba a arder allí: «Nuestros jóvenes, en inquietante número, parecen rechazar todas las formas de autoridad sea cual sea su origen, y se han refugiado en un turbulento e incipiente nihilismo cuyo único objetivo es la destrucción. No conozco otro periodo histórico en que la brecha generacional haya sido más amplia ni más peligrosa en potencia».

El 22 de abril, el día en que los seis contra el IDA fueron sometidos a medidas disciplinarias condicionales, el SDS lanzó una publicación de cuatro páginas titulada *¡Contra la pared!* como adelanto a la concentración del día siguiente, cuya culminación debía ser otra manifestación en la Low Library, donde docenas, montones o centenares de estudiantes expresarían su apoyo a los seis contra el IDA quebrantando la misma norma que había causado problemas a sus compañeros sancionados. Rudd firmaba uno de los artículos, una carta de ochocientas cincuenta palabras dirigida a Grayson Kirk en respuesta a las observaciones formuladas en la Universidad de Virginia. Concluía con tres breves párrafos:

Dudo que entienda algo de esto, Grayson, porque sus fantasías han cerrado el paso en su pensamiento al mundo tal como es. El vicerrector Truman afirma que la sociedad está fundamentalmente sana; usted dice que la guerra de Vietnam ha sido un accidente sin mala intención. Nosotros, los jóvenes, a quienes usted teme y con razón, declaramos que la sociedad está enferma y que la enfermedad es usted y su capitalismo.

Usted clama por el orden y el respeto a la autoridad; nosotros reivindicamos la justicia, la libertad y el socialismo.

Sólo queda una cosa por decir. Puede que le parezca nihilista, porque es el disparo inicial de una guerra de liberación. Para emplear las palabras de LeRoi Jones, quien seguramente no le caerá muy bien a usted: «Contra la pared, hijoputa, esto es un atraco».

Ferguson se quedó pasmado. Después del elocuente discurso pronunciado en el servicio en memoria de King, no tenía sentido que cometiera un error táctico tan grave. Eso no quería decir que el texto no fuese meritorio, pero el tono repelía, y si el SDS intentaba ganar apoyos entre los estudiantes, ese tipo de cosas no haría más que espantarlos. El artículo era un ejemplo de cómo el SDS se hablaba a sí mismo en vez de llegar a los demás, y Ferguson deseaba su victoria, porque, a pesar de ciertas reservas sobre lo que era posible e imposible, creía en su causa y en general su postura era de apoyo al grupo, pero una causa noble requería un comportamiento noble por parte de sus defensores, algo más refinado y ecuánime que insultos mediocres y salidas de tono adolescentes y de mal gusto. La pena era que a Ferguson le caía bien Mark Rudd. Habían sido amigos desde primer curso (ambos criados en Nueva Jersey, de formación casi idéntica), y Mark había sido un presidente extraordinario hasta el momento, tan bueno que Ferguson se había cegado creyendo que nunca cometería una equivocación, y ahora que había metido la pata con lo de *Querido Grayson* y lo de *hijoputa*, Ferguson se sentía decepcionado, atrapado en la incómoda posición de estar en contra de los que estaban en contra; un lugar desierto para quien también estaba en contra de los que estaban a favor.

Por extraño que pareciese, Amy no estaba en desacuerdo con él. Aún seguían en medio de su periodo de reflexión y no se habían visto mucho en los últimos días, pero cuando en la noche del 22 Amy volvió a casa de una reunión del SDS, ella también estaba decepcionada, no sólo por el artículo, que era tan *burdo* como *infantil*, según reconoció, sino porque sólo cincuenta o sesenta compañeros habían acudido al

Fayerweather Hall para la última reunión del curso académico, mientras que a la mayoría de las asambleas de los últimos meses habían asistido más de cien, y temía que el SDS estuviera perdiendo terreno, desaprovechando casi cada centímetro ganado, y mañana iba a ser un desastre, afirmó, una última batalla poco convincente que acabaría en fracaso y echaría el cierre al SDS en Columbia para siempre.

Se equivocaba.

Primavera de 1968 (III). Lo nunca visto en las crónicas. Ni imaginado siquiera. Girando en la espiral creciente, y de repente todo el mundo girando en su interior. Nobodaddy retorciéndose con dolor de tripa, cagalera. Saltos temerarios, una forma con cuerpo de león y cabeza humana, la horda. Cómo quién, quién qué, y todos de pronto preguntándole: ¿Por qué niebla y oscuridad en todas las palabras y todas las leyes? El centro se doblegaba, las cosas cedían, la horda no podía dejar de hacer lo que hizo, pero la anarquía no arreció, fue el mundo que se desató, al menos durante un tiempo, y así empezó la protesta estudiantil más amplia y prolongada de la historia de Estados Unidos.

Cerca de mil aquella mañana. Dos tercios de antis reunidos en torno al Reloj de Sol en el centro del campus, un tercio de anti-antis erguidos en la escalinata de la Low, en teoría para proteger el edificio de algún asalto pero también para cargar y vapulear llegado el caso. Se habían hecho advertencias públicas, y la amenaza de tortazos había sacado al campus a un pelotón de profesores jóvenes preparados para disolver cualquier enfrentamiento. Discursos para empezar, con el contenido esperado de principio a fin en la línea del SDS, pero la SAS también estaba allí, la primera manifestación política en Columbia que integraba a blancos y negros, y cuando Cicero Wilson se encaramó al Reloj de Sol para dirigirse a la multitud, el recién elegido presidente de la SAS empezó hablando de Harlem y el gimnasio para unos momentos después (Ferguson se quedó conmocionado) arremeter contra los estudiantes blancos. «Si queréis saber de quiénes estáis hablando —dijo, refiriéndose a los racistas—, id a miraros al espejo, porque no sabéis nada de los negros.»

Amy, que estaba delante, lo interrumpió y dijo: «¿Por qué piensas que no hay blancos de tu lado? ¿Por qué crees que no estamos juntos en esto? Nosotros somos compañeros, hermanos vuestros, y tendremos más fuerza si vosotros nos apoyáis y nosotros os apoyamos».

Mal comienzo. Para quitarse el sombrero por la intervención de Amy, pero un inicio vacilante, y la confusión siguió durante un buen rato. Imposible entrar en la Low. Puertas cerradas a cal y canto, nadie dispuesto a echarlas abajo ni a pelearse con los vigilantes de seguridad. Vuelta al Reloj de Sol, adornado con una inscripción que decía: HORAM EXPECTA VENIET (Espera la hora, que vendrá), pero ¿había llegado realmente la hora o el 23 de abril se venía abajo para convertirse en otra ocasión perdida? Otra serie de discursos, pero todo había llegado a un punto muerto y la energía de la multitud se había evaporado. Justo cuando la manifestación llegaba a su fin para quedarse en nada, sin embargo, alguien gritó: ¡A LAS OBRAS DEL GIMNASIO! Las palabras sacudieron con la fuerza de una bofetada en la cara, y de pronto trescientos estudiantes corrían por el College Walk en dirección este, hacia Morningside Park.

Amy había infravalorado la magnitud del descontento, la epidemia de insatisfacción que se había propagado por el campus entre las filas de los no pertenecientes al SDS, la mayoría de los cuales parecía precipitarse a la locura mientras la guerra imposible de ganar seguía rugiendo y los Nobodaddy de la Casa Blanca y la Low Library seguían pronunciando palabras y dictando leyes llenas de niebla y oscuridad, y mientras corría con la multitud hacia el parque, Ferguson comprendió que los estudiantes estaban poseídos, embrujados por la misma fusión de rabia y júbilo que él había observado en las calles de Newark el verano anterior, y a menos que disparasen con fuego real, aquel gentío escapaba a todo control. Había policías en el parque, pero no los suficientes para impedir que un tropel de estudiantes echara abajo doce metros de la valla de tela metálica que rodeaba las obras mientras otros forcejeaban con los guardias, ganados ya por la mano, y allí estaba David Zimmer, observó Ferguson, y allí estaba Marco Fogg, amigo de Zimmer, el noble Zimmer y el aún más noble Fogg se encontraban en el grupo que atacaba la valla, y por un momento Ferguson los envidió, deseando unirse a ellos y hacer lo que ellos hacían, pero luego se le pasó la tentación y se mantuvo en su terreno.

Casi una batalla, pero no del todo. Escaramuzas, arrebatos, empujones, policías contra estudiantes, estudiantes contra polis, estudiantes abalanzándose sobre la pasma, estudiantes pateando a agentes de la bofia y tirándolos al suelo, un chico de Columbia detenido en mitad de todo eso (blanco, no SDS), acusado de asalto y agresión, daños contra la propiedad y resistencia a la autoridad, y cuando empezaron a llegar al parque más polizontes con la porra en ristre, los estudiantes salieron del recinto de las obras y volvieron a la universidad. Mientras, la otra multitud de estudiantes —los que habían permanecido en el campus— marchaba hacia el parque. El grupo que avanzaba y el que se retiraba se encontraron a medio camino en Morningside Drive, y cuando los que se retiraban dijeron a los que avanzaban que el asunto del parque había concluido, ambos grupos volvieron al campus y se congregaron de nuevo en torno al Reloj de Sol. Eran unos quinientos en aquel momento y nadie sabía lo que iba a pasar después. Hora y media antes había un plan, pero los acontecimientos lo habían echado a perder y lo que ocurriera seguidamente tendría que ser fruto de la improvisación. Por lo que Ferguson sabía, sólo un hecho estaba claro: la multitud seguía poseída, y dispuesta a cualquier cosa.

Minutos más tarde se dirigieron en su mayoría a Hamilton Hall, donde se desplegaron a centenares por el vestíbulo y la planta baja, una masa de cuerpos apretados en un espacio reducido mientras los *deportistas* daban empellones, los *repelentes* empujaban a su vez y entraba otra nueva avalancha de cuerpos, todo el mundo electrizado y confuso, tan aturdido que el primer acto de la rebelión universitaria fue el error insensato y condenado al fracaso de encerrar en su despacho al decano y retenerlo como rehén (equivocación que se rectificó a la tarde siguiente cuando soltaron a Henry Coleman), pero aun así los estudiantes que participaron en la toma del edificio disponían de los medios para crear un comité de dirección compuesto por tres miembros del SDS, tres de la SAS, dos del Consejo Universitario para la Ciudadanía más un simpatizante sin afiliación, y redactar una lista de exigencias que establecía los objetivos de la protesta:

1. Toda acción disciplinaria pendiente así como las sanciones condicionales ya impuestas a seis estudiantes deberán suspenderse de inmediato junto con la concesión de una amnistía general a los estudiantes que participan en la presente manifestación.

2. Deberá retirarse la prohibición impuesta por el rector Kirk sobre el derecho a manifestarse en el interior de los edificios de la Universidad.

3. La construcción del gimnasio de Columbia en Morningside Park cesará de inmediato.

4. Toda medida disciplinaria que se tome en el futuro contra estudiantes de la Universidad se resolverá mediante juicio público con arreglo a las normas de un procedimiento justo ante los estudiantes y miembros del claustro.

5. La Universidad de Columbia deberá disolver sus vínculos, *de facto* y no sólo de forma documental, con el Instituto de Análisis para la Defensa; y el rector Kirk y el fideicomisario William A. M. Burden dimitirán de sus respectivos cargos en la Junta de Fideicomisarios y en la Junta Directiva del IDA.

6. La Universidad de Columbia utilizará sus buenos oficios para obtener la desestimación de los cargos ahora pendientes contra los participantes en las manifestaciones contra la construcción del gimnasio en el parque.

Las puertas del edificio permanecían abiertas. Era una día normal de clase a primera hora de la tarde, y tal como Rudd contó a Ferguson más adelante, el grupo del SDS consideró que no podían enajenarse el apoyo de los estudiantes que no participaban en la manifestación impidiéndoles el acceso a las clases que seguían impartiéndose en las plantas superiores. Querían ganarlos para su causa, y no habría tenido sentido hacer algo que hubiera vuelto contra ellos a la mayoría. El edificio no estaba «ocupado» en aquellos momentos, sólo se celebraba una sentada en el interior, y a medida que avanzaba la jornada y se propagaba la noticia de lo que estaba ocurriendo en Hamilton Hall, empezaron a aparecer docenas de personas sin vinculación con Columbia, integrantes del SDS de otras universidades, miembros del SNCC y del CORE, representantes de diversas organizaciones de Paz Ya, y con la llegada de aquella gente que acudía a expresar su apoyo, entraban mantas, comida y artículos de primera necesidad para los concentrados, dispuestos a pasar la noche en el edificio. Amy se encontraba entre ellos, pero Ferguson estaba ocupado tomando notas y no tenía tiempo para hablar con ella. Le envió un beso con la mano. Ella sonrió y lo saludó agitando el brazo (una de las raras sonrisas que le había dedicado en las últimas semanas), y luego Ferguson se dirigió a toda prisa a la oficina del *Spectator* en Ferris Booth Hall para escribir su artículo.

Aquella noche se rompió la frágil y efímera alianza entre el SDS y la SAS. Los estudiantes negros querían bloquear las puertas con barricadas para que nadie entrara en Hamilton hasta que se hubieran satisfecho las seis exigencias. Estaban dispuestos a oponer resistencia, declararon, y como por las residencias circulaba el rumor de que se habían introducido armas a escondidas en el edificio, la consecuencia lógica era que la resistencia de que hablaban tendría carácter violento. Eran las cinco de la madrugada en aquel momento, y al cabo de horas de discusión se había llegado a un punto muerto, el conflicto de puertas abiertas o cerradas no tenía solución y ahora la SAS sugería cortésmente al SDS que abandonara el recinto y ocupara otro edificio por su cuenta. Ferguson entendía la postura de la SAS, pero al mismo tiempo

encontraba la escisión deprimente y desalentadora, y comprendía por qué el SDS debía de sentirse tan dolido por el divorcio. Era Rhonda Williams diciendo que no otra vez. Era su padre profiriendo aquellas cosas repulsivas después de los disturbios de Newark. A eso había llegado el mundo.

La ironía radicaba en que, sin la expulsión del SDS aquella madrugada, la rebelión en Columbia nunca se habría propagado más allá de Hamilton Hall y la historia de las seis semanas siguientes habría sido diferente, una historia mucho más reducida, y las grandes cosas que al final ocurrieron no habrían sido lo bastante grandes para que alguien se fijara en ellas.

En los minutos previos al amanecer del 24 de abril, los miembros expulsados del SDS forzaron las puertas de la Low Library y se hicieron fuertes en la zona de despachos del rector Kirk. Dieciséis horas después, un centenar de estudiantes de la Facultad de Arquitectura tomaron Avery Hall. Cuatro horas después, a las dos de la madrugada del 25, doscientos estudiantes de doctorado se encerraron en Fayerweather Hall. A la una de la madrugada del 26, un subgrupo de la Low Library ocupó Mathematics Hall, y al cabo de unas horas, doscientos radicales, tanto estudiantes como de fuera, se apoderaron de un quinto edificio. Aquella misma noche, Columbia anunció que accedía a la petición del alcalde Lindsay de posponer la construcción del gimnasio.

La universidad había suspendido las clases y no había actividad alguna en el campus aparte de los actos políticos. Low Library, Avery Hall, Fayerweather Hall y Mathematics Hall ya no eran una biblioteca y tres residencias de estudiantes sino cuatro comunas. A Hamilton Hall se le había puesto el nuevo nombre de Universidad Malcolm X.

Los hijos de Nobodaddy decían que no, y nadie sabía lo que podía pasar.

Ferguson no daba abasto. El periódico que salía cinco días a la semana se había convertido en diario los siete días de la semana, con lo que había artículos que escribir, sitios adonde ir, gente con la que hablar, reuniones a las que asistir, y poco o ningún descanso por la noche, dos o tres horas de sueño como mucho, y escasa comida salvo panecillos, sándwiches de salami y café, café y un millar de cigarrillos, pero el exceso de actividad le venía bien, pensaba él, estar ocupado y agotado tenía el doble efecto de mantenerlo despierto e insensible al mismo tiempo, y necesitaba estar alerta para ver lo que ocurría a su alrededor y escribir sobre esos acontecimientos con la rapidez y precisión que requerían, y le hacía falta la insensibilidad para no pensar en Amy, que casi había desaparecido, a quien casi había perdido ya, y a pesar de repetirse que lucharía por recuperarla, que haría todo lo que estuviera en su mano para evitar que sucediera lo impensable, era consciente de que, hubieran sido lo que hubieran sido el uno para el otro en el pasado, ya no lo eran.

Estaba con el grupo de Low, entre los intransigentes. Por la tarde del 26, mientras Ferguson se apresuraba por el campus de camino a Mathematics Hall, la vio en el saliente de la segunda planta, justo al otro lado de la ventana del despacho de Kirk. De pie a su derecha estaba Les Gottesman, que ya había terminado la licenciatura y estudiaba doctorado en el Departamento de Inglés, y a la izquierda de ella vio a Hilton Obenzinger, amigo íntimo de Les, que también lo era de Ferguson, uno de los pilares de la *Columbia Review*, y allí estaba Amy entre Les y Hilton con el

sol dándole de pleno en la cabeza, un sol tan fuerte que incendiaba su increíble cabellera a la luz de la tarde, y parecía feliz, tan puñeteramente feliz que le dieron ganas de echarse a llorar.

Primavera de 1968 (IV). Lo que estaba presenciando era una revolución en miniatura, decidió Ferguson, la revolución en una casa de muñecas. El objetivo del SDS consistía en forzar una confrontación con Columbia que demostrara que el rectorado era exactamente como lo describía el grupo (intransigente, desconectado de la realidad, una pequeña pieza en el amplio panorama del racismo y el imperialismo norteamericanos), y una vez que el SDS hubiera expuesto eso a los estudiantes de la universidad, los que se situaban en el centro se sumarían a su bando. Ésa era la cuestión: eliminar el centro, crear una situación que empujara a la gente hacia uno u otro bando, a favor o en contra, sin espacio para la moderación ni la charlatanería. *Radicalizar* era el término empleado por el SDS, y para lograr ese objetivo tenían que comportarse con la misma obstinación que el rectorado y no ceder ni un milímetro. Ambas partes mostraban intransigencia, entonces, pero como en Columbia los estudiantes carecían de derechos, la ofuscación del SDS resultó ser una fuerza, mientras que la intransigencia de la administración, que detentaba todo el poder, se veía como una debilidad. El SDS estaba incitando a Kirk a utilizar la fuerza para desalojar los edificios, que era precisamente lo que todo el mundo quería evitar, pero el espectáculo de centenares de policías irrumpiendo en la universidad era lo que provocaría horror y repulsión entre los que aún seguían en el centro, empujándolos hacia la causa estudiantil, y el estúpido rectorado (que resultó ser aún más necio de lo que Ferguson había supuesto, tan mentecato como el zar de Rusia, tan memo como el rey de Francia) cayó de bruces en la trampa.

La administración se aferró a su línea dura porque Kirk consideraba Columbia como un modelo para las demás universidades del país, y si cedía a las ridículas exigencias de los estudiantes, ¿qué ocurriría en las demás instituciones? Era la teoría del dominó a pequeña escala, la misma que había enviado a medio millón de soldados norteamericanos a Vietnam, pero según había descubierto Ferguson nada más llegar a Nueva York, el dominó era un juego al que los puertorriqueños jugaban sobre cajas de leche y mesas plegables en Spanish Harlem y no tenía nada que ver con la política ni con la administración de universidades.

El SDS, por otro lado, se iba fortaleciendo a medida que se sucedían los acontecimientos. Los días estaban plagados de hechos inesperados, cada hora tenía el peso de una jornada entera, y para hacer lo que debía hacerse en cada momento se necesitaba la absoluta concentración y la claridad mental sólo encontrada en los mejores músicos de jazz. Como jefe del SDS, Mark Rudd fue ese jazzman, y cuanto más duraba la ocupación de los edificios, más impresionado estaba Ferguson de la facilidad con que Rudd se adaptaba a cada nueva circunstancia, de su capacidad de improvisación, de su disposición a discutir sobre enfoques alternativos en cuanto aparecía una nueva crisis. Kirk era rígido, pero Rudd se mostraba flexible y a veces juguetón, Kirk era el director de una banda de música militar que interpretaba temas de John Philip Sousa, pero Rudd estaba en el escenario haciendo bebop con Charlie Parker, y Ferguson dudaba que en el SDS hubiera otro que pudiera ser portavoz del

grupo. Hacia la noche del 23 de abril, Ferguson ya había perdonado a Mark la cagada del *Querido Grayson-hijoputa*, que, dicho sea de paso, no había molestado a la gente tanto como él había pensado —es decir, a los estudiantes partidarios del SDS y contrarios a la administración—, lo que a su vez había llevado a Ferguson a preguntarse si él mismo se enteraba mucho de esas cosas, porque aquellas palabras no sólo no habían ofendido a la gente, sino que se habían convertido en una de las consignas de las manifestaciones del movimiento. No era que Ferguson se alegrara al oír a las masas de estudiantes gritar la consigna *¡Contra la pared, hijoputa!*, sino que estaba claro que Mark percibía los acontecimientos mejor que él, lo que explicaba por qué Rudd dirigía la revolución mientras que Ferguson sólo la presenciaba y escribía sobre ella.

Muchedumbres en el campus a toda hora, incluso en plena noche, enjambres de gente las veinticuatro horas del día durante una semana entera, luego multitudes discontinuas durante el mes siguiente, y siempre que Ferguson pensaba más adelante en aquella época, en el caos que se vivió desde el 23 de abril hasta las primeras horas del 4 de junio, el gentío era lo primero que le venía a la cabeza. Multitudes de estudiantes y profesores con brazaletes de diversos colores, blancos para los profesores (que intentaban mantener la paz), rojos para los radicales, verdes para los que apoyaban a los radicales y las seis exigencias, y azules para los *deportistas* y los derechistas, que se denominaban a sí mismos Coalición de la Mayoría y organizaban airadas y ruidosas marchas para condenar las demás manifestaciones, lanzando un asalto una noche para desalojar a los ocupantes de Fayerweather Hall (fueron rechazados después de muchos empujones y empellones), y el último día de las sentadas lograron montar un bloqueo en torno a la Low para que no pasara comida al interior del edificio, lo que condujo a más empujones y empellones y a algunos cráneos sangrantes. Tal como cabría esperar de una universidad de la magnitud de Columbia (17.500 estudiantes contando los de doctorado), el claustro de profesores se encontraba dividido en numerosas facciones, que iban del apoyo incondicional al rectorado a la plena solidaridad con los estudiantes. Se formularon diversas propuestas, un nuevo enfoque sobre los procedimientos disciplinarios, por ejemplo, se crearon varios comités, así como la comisión tripartita, que abogaba por un arbitraje conjunto de representantes de la administración, el claustro y el cuerpo estudiantil en igual número, y la comisión bipartita, que propugnaba un panel de profesores y estudiantes exclusivamente sin miembros del rectorado, pero el comité más activo era el denominado Grupo Ad Hoc de Profesores, que celebró largas y frenéticas reuniones durante los días sucesivos en busca de una solución pacífica que concediera a los estudiantes la mayor parte de sus peticiones haciéndolos abandonar los edificios sin tener que llamar a la policía. Todos los esfuerzos fueron en balde. No era que sus ideas fuesen insensatas, sino que cada una de las propuestas se topaba con el bloqueo de la administración, que se negaba a realizar la más mínima transacción y a volverse atrás en cualquiera de las medidas relativas a la disciplina, de modo que los profesores entendieron por fin que se encontraban tan impotentes como los estudiantes, que Columbia era una dictadura, en general benevolente hasta entonces pero cada vez más tendente al absolutismo, sin interés en variar de rumbo y convertirse en algo parecido a una democracia. Los estudiantes iban y venían,

después de todo, los profesores iban y venían, pero el rectorado y la junta directiva eran eternos.

Columbia no vacilaría en llamar a la pasma para que desalojara a los estudiantes blancos de los edificios si era necesario, pero los estudiantes negros del Hamilton Hall planteaban un problema más delicado y acaso más peligroso. Si la policía los atacaba o los trataba con dureza al detenerlos, el espectáculo de la brutalidad de blancos contra negros podía inflamar a la gente de Harlem precipitándola sobre el campus en represalia, y entonces Columbia se encontraría en guerra con una turba negra en busca de venganza y con la intención de destrozar la universidad y reducir a cenizas la Low Library. Dada la rabia que imperaba en Harlem a raíz del asesinato de Martin Luther King, la violencia y la destrucción a escala tan masiva no era un simple miedo irracional, sino una clara posibilidad. Se planeó una intervención policial para desalojar a los intrusos de los cinco edificios en la noche del 25 al 26 (la misma noche que se ocupó Mathematics Hall), pero cuando los policías de paisano empezaron a dar porrazos en la cabeza a los profesores con brazalete blanco congregados frente a la Low para proteger a los manifestantes del interior, Columbia se retractó y canceló la operación. Si aquello era lo que la policía antidisturbios hacía con los blancos, ¿qué no estaría dispuesta a hacer con los negros? El rectorado necesitaba más tiempo para negociar con los dirigentes de la SAS en Hamilton Hall mientras sus emisarios del claustro preparaban una paz aparte que protegiese a la universidad de una invasión de Harlem.

En cuanto a los estudiantes blancos, el sentir general en los despachos del *Spectator* era que el SDS ya se había impuesto en las dos cuestiones principales que habían desencadenado la protesta, porque ahora era casi seguro que la universidad iba a desvincularse del IDA y que el gimnasio no llegaría a construirse. Los estudiantes de los edificios ocupados podían haber salido sanos y salvos en ese momento gritando victoria, pero las otras cuatro exigencias seguían sobre la mesa y el SDS se negaba a moverse hasta que las hubieran aceptado. La cuestión más controvertida era la de la amnistía *(concesión de una amnistía general a los estudiantes que participan en la presente manifestación)*, lo que resultó ser una especie de enigma para la mayoría de la gente de la universidad, incluso para los miembros de la plantilla del *Spectator*, que de forma casi unánime eran partidarios de los ocupantes de los edificios, porque si la universidad no tenía autoridad legítima ni derecho a castigarlos, según afirmaba el SDS, ¿cómo cabía esperar que esa misma autoridad ilegítima exonerase a los manifestantes de lo que estaban haciendo? Tal como una tarde Mullhouse expuso en broma a Ferguson con su fingido y gangoso acento de vaquero: Este puñetero asunto es como para rascarse la cabeza, ¿no te parece, Arch? Ferguson se rascó la cabeza y sonrió. Ya lo creo, tienes toda la puñetera razón, le contestó, y a menos que me equivoque, así es como quieren que sea. Su razonamiento es absurdo, pero al no transigir en un punto que saben que no van a conseguir, fuerzan la mano del rectorado.

¿Para que haga qué?, preguntó Mullhouse.

Llamar a la pasma.

No lo dirás en serio. Nadie puede ser tan cínico.

No es cinismo, Greg. Sino estrategia.

Tuviera o no Ferguson razón, acabaron llamando a la poli al séptimo día de las ocupaciones, y a las dos y media de la madrugada del 30 de abril —hora, según observó alguien, en que Harlem estaba durmiendo— empezó el desalojo. Un millar de agentes provistos de cascos de la policía antidisturbios de la ciudad de Nueva York se desplegó por el campus mientras miles de curiosos permanecían inmóviles en medio del frío y la humedad de aquella noche oscura y fantasmagórica y otros pululaban por el recinto entonando y gritando a la policía *¡Violencia no!* al tiempo que los del brazalete azul la vitoreaban y los del brazalete blanco y los del brazalete verde intentaban impedir que los antidisturbios penetraran en los edificios, y lo primero que observó Ferguson fue la animosidad existente entre la policía y los estudiantes, un resentimiento mutuo que no tenía nada que ver con los antagonismos entre blancos y negros que todo el mundo temía, sino odio de clases entre blancos, los estudiantes privilegiados y la pasma de los estratos más bajos, que consideraba a los chicos y chicas de Columbia niños mimados, hippies antinorteamericanos, y los profesores que los apoyaban no eran mejores, intelectuales pedantes, radicales contrarios a la guerra, rojos, sucios envenenadores de la mente de los jóvenes, de modo que primero se ocuparon de evacuar Hamilton Hall y sacar a los negros con la mayor suavidad posible, y como no hubo resistencia por parte de los estudiantes de la Universidad Malcolm X, tan orgullosos y rígidamente organizados que habían votado por no resistirse y dejar que la policía los escoltara tranquilamente por los túneles de los sótanos del edificio hasta los furgones policiales aparcados fuera, no les asestaron puñetazo alguno, ninguna porra restalló en sus cráneos, y Columbia, aunque sin poner nada de su parte, logró escapar a la ira de Harlem. Para entonces se había cortado el suministro de agua a los demás edificios, y las fuerzas antidisturbios junto con sus agentes de paisano se dispusieron a despejar uno por uno los edificios Avery, Low, Fayerweather y Math, donde sus ocupantes se apresuraban a fortificar las barricadas que habían erigido detrás de las puertas, pero cada edificio contaba con su propio batallón de brazaletes blancos y verdes frente a la entrada, y ellos fueron quienes se llevaron la peor parte de los golpes, los que recibieron los porrazos, los puñetazos y las patadas mientras los agentes se abrían paso entre sus filas con palancas para forzar las cerraduras y abalanzarse al interior para desmantelar las barricadas y detener a los estudiantes del interior. No, no era Newark, se repetía Ferguson mientras observaba a la policía entregada a su tarea, no hubo ningún disparo y por tanto no iba a haber muertos, pero sólo porque no fuera tan horrible como Newark no dejaba de ser grotesco, porque ahí tenía a Alexander Platt, decano adjunto de facultad, recibiendo de un poli un puñetazo en el pecho, y ahí estaba el filósofo Sidney Morgenbesser, el de las zapatillas blancas y jerséis deshilachados y agudas ocurrencias ontológicas, golpeado en la cabeza con una porra mientras montaba guardia en la entrada trasera de Fayerweather Hall, y allí estaba el joven reportero del *New York Times*, Robert McG. Thomas Jr., mostrando su carné de prensa mientras subía las escaleras de Avery Hall y recibiendo la orden de salir del edificio, momento en el cual un poli lo sacudió en la cabeza empleando unas esposas como puño americano, para ser arrojado luego escaleras abajo y sacudido por una docena de porras mientras caía dando vueltas hasta el pie de las escaleras, y allí tenía a Steve Shapiro, fotógrafo de la revista *Life*, golpeado en un ojo por un poli mientras otro le rompía la cámara, y allí

tenía a un médico de los voluntarios de primeros auxilios ataviado con la bata blanca de su profesión al que tiraban al suelo, pateaban y arrastraban a un furgón, y allí veía a docenas de estudiantes, hombres y mujeres, asaltados por polis de paisano ocultos entre los arbustos y que acababan con la cabeza y el rostro golpeados con porras de bolsillo, palos y culatas de pistola, docenas de estudiantes dando traspiés con el cráneo, la frente y los ojos chorreando sangre, y después, cuando desalojaron a los estudiantes de los edificios y se llevaron a los detenidos, una violenta falange de agentes antidisturbios empezó a barrer sistemáticamente el South Field de un lado a otro para despejar el campus de los centenares que quedaban, cargando contra grupos de estudiantes indefensos y derribándolos a porrazos, y allí estaba la policía montada de Broadway persiguiendo a galope tendido a los afortunados que habían escapado a las porras en el asalto al campus, y allí estaba Ferguson, intentando hacer su trabajo de reportero para su humilde periodicucho estudiantil, sacudido en la nuca por una cachiporra esgrimida por un poli disfrazado de estudiante, en la misma cabeza que cuatro años y medio antes le habían cosido por once sitios diferentes, y como cayó al suelo por el impacto del golpe, le pisaron la mano izquierda con el tacón de una bota o un zapato, la misma mano en la que ya le faltaban el pulgar y dos terceras partes del índice, y cuando el pie cayó sobre él, Ferguson pensó que se la habían roto, cosa que resultó no ser cierta, pero cómo dolía, y con qué rapidez se le hinchó después, y cuánto llegó a odiar a la pasma de entonces en adelante.

Setecientas veinte personas detenidas. Casi ciento cincuenta lesiones declaradas, con incalculables cantidades sin declarar, entre ellas los golpes recibidos por Ferguson en la cabeza y la mano.

El editorial del *Spectator* de aquel día no contenía palabras, sólo la cabecera seguida de dos columnas en blanco con un reborde negro alrededor.

Primavera de 1968 (V). El sábado, 4 de mayo, Ferguson y Amy se sentaron finalmente a hablar. Fue Ferguson quien insistió en ello, puntualizando que no quería que fuese una conversación sobre sus lesiones ni sobre la detención de ella en compañía de sus camaradas ocupantes de la Low, ni tampoco que debatieran sobre la huelga general en Columbia declarada el 30 de abril por una coalición de brazaletes rojos, verdes y moderados (la estrategia del SDS había surtido efecto) ni que se detuvieran un solo momento en los grandes acontecimientos que empezaban a ocurrir en su adorado e intensamente añorado París, no, afirmó él, por una noche se olvidarían de la política y hablarían de ellos dos, y Amy consintió de mala gana, aunque ahora no podía pensar en otra cosa que en el movimiento, en lo que ella denominaba *euforia de la lucha* y el *eléctrico despertar* que la había transformado después de seis días de vida comunal en la Low.

Para evitar una confrontación a gritos en el piso, Ferguson sugirió un sitio neutral, un local público, donde la presencia de desconocidos les impidiera perder los nervios, y como hacía dos meses que no iban al Green Tree, decidieron volver al Ñam Ñam para lo que, según barruntaba Ferguson, iba a ser la última cena que compartirían en lo que les quedaba de vida. Qué contentos se pusieron el señor y la señora Molnár al ver a su pareja favorita entrar por la puerta del restaurante, y qué complacientes cuando Ferguson les pidió una mesa en el rincón de la sala del fondo,

la sala más pequeña, un poco elevada, que contaba con menos mesas, y qué amables al ofrecerles una botella de Burdeos para acompañar la cena, y qué abatido estaba Ferguson cuando Amy y él se sentaron juntos a la mesa por última vez, observando lo perfectamente adecuada que era la espontánea preferencia de Amy de sentarse de espaldas a la pared, lo que significaba que ella podía mirar a la demás gente del restaurante, mientras que él se sentó instintivamente de espaldas a los demás comensales, lo que significaba que la única persona a quien podía ver era Amy, Amy y la pared a su espalda, añadió para sus adentros, así era como habían estado los últimos cuatro años y ocho meses, Amy mirando a los demás y él mirándola sólo a ella.

Pasaron hora y media allí, tal vez hora y tres cuartos, nunca supo el tiempo exacto, y mientras la normalmente hambrienta Amy picoteaba la comida y Ferguson vaciaba copa tras copa de vino tinto, despachándose casi toda la botella y luego pidiendo otra, hablaron y guardaron silencio, reanudaron la conversación y callaron otra vez, y después empezaron de nuevo y no pararon de hablar, y entonces escuchó Ferguson que habían terminado, que se habían distanciado y ahora iban en distintas direcciones y por tanto tenían que dejar de vivir juntos, y no, dijo Amy, no era culpa de nadie, menos aún de Ferguson, que tanto y tan tiernamente la había querido desde su primer beso en el banco de aquel pequeño parque de Montclair, no, era sencillamente que ya no podía soportar los asfixiantes confines de la vida en pareja, tenía que ser libre para seguir adelante sola, marcharse a California sin ataduras y sin obstáculos de ningún tipo y seguir trabajando para el movimiento, ésa era su vida ahora y Ferguson ya no pintaba nada en ella, su maravilloso Archie de gran espíritu y generoso corazón tendría que continuar sin ella, y lo sentía, lo lamentaba mucho, le daba una pena inmensa, pero así estaban las cosas ahora y nada, absolutamente nada en el ancho mundo podía hacer que cambiaran.

Amy estaba llorando para entonces, dos torrentes de lágrimas se desbordaban por su rostro mientras crucificaba delicadamente al hijo de Rose y Stanley Ferguson, pero el propio Ferguson, con más motivos que ella para llorar, estaba demasiado achispado para derramar una lágrima, no sumamente borracho pero sí lo suficiente para no sentir el impulso de abrir el grifo del agua salada, lo que era una suerte, pensó, porque no quería que la última impresión que guardara de él fuese la de un hombre destrozado llorando a moco tendido delante de ella, y por tanto hizo acopio de todas las fuerzas que aún le quedaban y dijo:

Oh, mi bien amada Amy, mi extraordinaria Amy de rebeldes cabellos y luminosa mirada, mi adorada amante desnuda en mil noches trascendentes, mi maravillosa chica cuya boca y cuerpo han hecho tantos prodigios en mi boca y cuerpo a lo largo de estos años, la única chica con la que he follado, la única chica con la que he deseado follar, no sólo voy a echar de menos tu cuerpo todos los días durante el resto de mi vida, sino que echaré especialmente en falta esas partes de tu cuerpo que me pertenecen sólo a mí, que pertenecen a mis ojos, a mis manos, y que son desconocidas incluso para ti misma, las partes de ti que jamás has visto, esas partes de atrás que te resultan tan invisibles como las mías lo son para mí, igual que lo son para cada persona que tiene cuerpo propio, empezando con tu culo, por supuesto, tus nalgas deliciosamente redondeadas, de tan bellas proporciones, y la parte de atrás de

tus piernas con los pequeños lunares castaños que tanto tiempo llevo adorando, y las líneas grabadas en tu piel justo detrás de tus rodillas, en el sitio por donde doblas las piernas, cuántas veces me he maravillado ante la belleza de esas dos líneas, y luego la parte oculta de tu cuello y las protuberancias en tu espina dorsal cuando te agachas y la encantadora curva en la parte baja de tu espalda, que me han pertenecido a mí y sólo a mí durante todos estos años, y sobre todo tus omoplatos, querida Amy, el saliente de tus dos omoplatos, que siempre me han recordado las alas de un cisne, o las alas que le sobresalían en la espalda a la chica del Seltz White Rock, que fue la primera chica que amé.

Por favor, Archie, dijo Amy. Cállate, por favor.

Pero si no he terminado.

No, Archie, por favor. No puedo soportarlo.

Ferguson se disponía a hablar de nuevo, pero antes de que pudiera colocar la lengua en la debida posición, Amy se levantó de la silla, se enjugó las lágrimas con una servilleta y salió del restaurante.

Mayo-junio de 1968. A la mañana siguiente, Amy recogió sus cosas, las depositó en casa de sus padres en la calle Setenta y cinco Oeste y pasó su último mes de estudiante de Barnard instalada en el sofá del cuarto de estar de Patsy Dugan en Claremont Avenue.

Ferguson estaba más que insensibilizado, más allá del agotamiento, otra vez en el negro ascensor de la residencia del apagón de 1965, que ya no podía distinguirse del apagón de 1946-1947 cuando aún se hallaba en el vientre de su madre. Ya con veintiún años, si quería aspirar a alguna especie de vida en el futuro, tendría que nacer otra vez: un berreante neonato extraído de la oscuridad con una nueva oportunidad para encontrar su camino entre el resplandor y las luces de este mundo.

El 13 de mayo, un millón de personas se manifestó por las calles de París. Toda Francia se había levantado, ¿y dónde se había metido De Gaulle, por amor de Dios? Una pancarta decía: COLUMBIA-PARÍS.

El 21 se ocupó Hamilton Hall por segunda vez, y resultaron detenidas treinta y ocho personas. Aquella noche, la batalla en el campus de Columbia entre policías y estudiantes fue más intensa, más sangrienta y aún más brutal que la de la noche en que detuvieron a setecientas.

Después del número del 22 de mayo, el *Spectator* dejó de publicarse hasta el 3 de junio, último número del semestre. Ese mismo día, Ferguson salió de Nueva York para pasar un mes con sus padres en Florida.

Mientras volaba en dirección sur, Andy Warhol casi resultó muerto a tiros por una tal Valerie Solanas, que había escrito un manifiesto titulado SCUM y una obra titulada *Que te den por culo*.

Dos días después, un tal Sirhan Sirhan disparó en Los Ángeles a Robert Kennedy, que murió a los cuarenta y dos años.

Ferguson daba un paseo todos los días por la playa al anochecer, jugaba al tenis con su padre casi todas las mañanas, comía salmón con huevos en el Wolfie’s en memoria de su abuela, y pasaba la mayor parte del tiempo en el apartamento con aire acondicionado trabajando en sus traducciones de poemas franceses. El 16 de junio, ya

sin saber dónde estaba Amy, metió en un sobre uno de aquellos poemas y se lo envió a casa de sus padres en Nueva York. No podía ni quería escribirle una carta, pero en cierto modo el poema lograba expresar la mayoría de las cosas que ya no podía decirle personalmente.

LA LINDA PELIRROJA
de GUILLAUME APOLLINAIRE

Heme aquí ante todos un hombre de cabal entendimiento
que conoce la vida y de la muerte sabe lo que todo ser viviente
ha probado las penas y alegrías del amor
ha sabido a veces imponer sus ideas
conoce varias lenguas
y no ha viajado poco
ha visto la guerra en Infantería y Artillería
herido en la cabeza trepanado bajo el cloroformo
ha perdido a sus mejores amigos en el combate espantoso
de lo antiguo y de lo nuevo sé todo lo que un solo hombre podría saber
y sin inquietarme hoy por esta guerra
entre nosotros y para nosotros amigos míos
juzgo esta larga querella entre tradición e innovación
como una disputa entre Orden y Aventura

Vosotros con la boca hecha a imagen de la de Dios
boca que es el orden mismo

sed indulgentes al compararnos
con quienes fueron la perfección del orden
nosotros que buscamos en todas partes la aventura

No somos vuestros enemigos
queremos daros vastos y extraños dominios
donde flores de misterio se ofrecen a quien quiera cogerlas
hay allí nuevos fuegos de colores nunca vistos
el caos de mil ilusiones ópticas
a las que debe darse realidad

Queremos explorar la bondad
región enorme donde
todo calla
también el tiempo que podemos ahuyentar o invocar
apiadaos de nosotros que combatimos siempre en las fronteras
de lo ilimitado y lo por venir
piedad por nuestros errores
piedad por nuestros pecados

He aquí que viene el estío la estación violenta
y mi juventud tan muerta como la primavera
oh Sol es el tiempo de la Razón ardiente
y espero

Seguir siempre la forma noble y dulce
que adopte para que sólo yo pueda amarla
viene y me atrae como al hierro el imán

tiene el aspecto encantador
de una adorable pelirroja

Son de oro sus cabellos se diría
un bello relámpago que insiste
o esas llamas que se ufanan
en rosas de té ya no lozanas

Pero reíd reíd de mí
hombres de todo el mundo sobre todo gentes de aquí
porque hay tantas cosas que no oso deciros
tantas que no me dejaríais decir
tened piedad de mí

(traducción de A. I. Ferguson)

* Juego de palabras que hace referencia a las leyes de Jim Crow, que propugnaron la segregación racial hasta 1965. *(N. del e.)*

6.2

6.3

Treinta y nueve días después de tirar el dinero de Fleming por la ventana, Ferguson mecanografió las últimas páginas de la versión definitiva de su libro. Suponía que cuando llegara ese momento empezaría a tener toda clase de buenas impresiones sobre sí mismo, pero después de una breve oleada de euforia al sacar de la máquina las últimas cinco hojas con su papel carbón, tales impresiones desaparecieron pronto, incluso la espléndida y presuntamente eterna de demostrarse a sí mismo que era capaz de escribir un libro, que era una persona que acababa lo que empezaba y no un farsante sin voluntad que tenía grandes sueños pero nunca lograba cumplir sus propósitos, lo que era una virtud que iba más allá de escribir libros, pero al cabo de una hora o así Ferguson no sentía nada aparte de una especie de cansada melancolía, y cuando a las seis y media bajó a tomar una copa con Vivian y Lisa antes de cenar, tenía insensibles las entrañas.

Vacío. Ésa era la palabra adecuada, dijo para sí mientras se sentaba en el sofá y tomaba su primer sorbo de vino, el mismo *espacio vacío* del que Vivian había hablado al describir su estado de ánimo cuando concluyó su libro. No vacío en el sentido de encontrarse solo en una habitación sin muebles, sino vacío en el sentido de haberse quedado hueco. Sí, eso era, vacío, como lo que siente una mujer después de dar a luz. Aunque en este caso se tratara de un hijo muerto, una criatura que jamás cambiaría ni crecería ni aprendería a andar, porque los libros viven en tu interior sólo mientras los escribes, pero una vez que salen de ti están todos gastados y muertos.

¿Cuánto dura esta sensación?, dijo a Vivian, preguntándose si se trataba sólo de una crisis transitoria o el comienzo de un descenso a la verdadera melancolía, pero antes de que Vivian pudiera contestarle, Lisa, aguda y llena de vida, intervino diciendo: No mucho, Archie. Sólo cien años. ¿Verdad, Viv?

Hay una rápida solución, dijo Vivian, sonriendo ante la idea de los cien años. Empezar a escribir otro libro.

¿Otro libro?, dijo Ferguson. Ahora mismo estoy tan quemado que no sé si alguna vez seré capaz de *leer* un libro.

No obstante, Vivian y Lisa brindaron para felicitar a Ferguson por haber dado a luz a su criatura, que para él quizá no estuviera viva, dijeron, pero para ellas sí lo estaba, y tan viva, añadió Lisa (que no había leído una sola página del libro), que dejaría con gusto la abogacía si Ferguson prometía contratarla de niñera —su absurdo sentido del humor—, pero como Lisa era divertida aquello resultó gracioso y Ferguson soltó una carcajada. Luego se la imaginó paseando por París con un niño muerto en un cochecito y volvió a reírse.

A la mañana siguiente, Ferguson y Vivian se acercaron a pie a la estafeta de correos del boulevard Raspail, la sucursal de su barrio de la estatal PTT (Postes, Télégraphes et Téléphones), conocida en francés por sus tres iniciales, que en la lengua de un norteamericano sonaban de forma tan eufónica (Pii-Tii-Tii) que Ferguson nunca se cansaba de repetirlas, y cuando estuvieron en el robusto edificio de servicios de comunicación ofrecidos por la República Francesa a sus ciudadanos y

a todos los extranjeros que viajaran o vivieran en Francia, enviaron a Londres por avión una copia del manuscrito de Ferguson. El sobre no iba dirigido a Aubrey Hull de Io Books sino a una tal Norma Stiles, que era editora de mesa de la editorial británica de Vivian (Thames & Hudson) y daba la casualidad de que era amiga de Geoffrey Burnham, un colega suyo más joven de T&H, que a su vez era amigo íntimo de Hull. Así era como Vivian había decidido presentar el manuscrito, mediante la intervención de una amiga, que le había asegurado que se pondría *enseguida* con el texto y luego se lo transmitiría a Burnham, quien a su vez se lo pasaría a Hull. ¿No era innecesariamente complicado?, había preguntado Ferguson a Vivian cuando le propuso la idea. ¿No sería más rápido y sencillo enviárselo directamente a Hull?

Más rápido, sí, contestó Vivian, y también más sencillo, pero las posibilidades de que lo aceptaran serían casi nulas, porque lo que no se presenta *bajo cuerda* generalmente acaba en el montón de *manuscritos no solicitados* —(dos expresiones nuevas para el no iniciado Ferguson)— y casi siempre se rechaza sin leerlo como es debido. No, Archie, en este caso el camino más largo es el mejor, el único camino.

En resumen, concluyó Ferguson, el libro tiene que gustar a dos personas antes de que llegue a la única cuya opinión cuenta.

Me temo que sí. Afortunadamente, esas dos personas no son tontas. Podemos confiar en ellas. El misterio es Hull. Pero al menos tenemos el noventa y ocho por ciento de posibilidades de que lo va a leer.

Así que allí estaban en la mañana del 10 de marzo de 1966, en la cola de la Pii-Tii-Tii del séptimo *arrondissement* de París, y cuando les llegó la vez, Ferguson se maravilló de la eficiencia y rapidez con que el hombrecillo de detrás del mostrador pesaba el paquete en su balanza metálica de color gris, de la presteza con que pegó los sellos en el amplio sobre marrón y luego procedió a marcar los rectángulos rojos y verdes con el matasellos de goma, tapando los múltiples rostros de Marianne hasta casi hacerla desaparecer, y de pronto Ferguson estaba pensando en la frenética escena de *Sopa de ganso* cuando Harpo se vuelve loco estampillando todo lo que hay a su alrededor, incluso la calva de los agentes de aduanas, y de pronto se sintió inundado de amor por todo lo francés, incluso por las cosas más estúpidas y ridículas, y por primera vez en varias semanas pensó en lo espléndido que era vivir en París y cómo debía todo aquello a conocer a Vivian y tenerla por amiga.

El coste del franqueo por avión era desmesurado, más de noventa francos incluyendo el seguro y la tasa por correo certificado (cerca de veinte dólares, o una cuarta parte de su asignación semanal), pero cuando Vivian buscó en el bolso para sacar dinero y pagar al funcionario, Ferguson la cogió de la muñeca, deteniéndola.

Esta vez no, dijo. Ahí dentro va mi criatura muerta, y soy yo quien paga.

Pero, Archie, es muy caro...

Pago yo, Viv. En la Pii-Tii-Tii soy yo quien paga.

Muy bien, señor Ferguson, como usted guste. Pero ahora que tu libro está a punto de salir volando para Londres, prométeme que vas a olvidarlo de una vez. Al menos hasta que haya motivos para volver a pensar en él. ¿De acuerdo?

Haré lo que pueda, pero no prometo nada.

Había empezado la segunda fase de su vida en París. Sin libro en que trabajar y sin necesidad de clases de idioma en la Alliance Française, Ferguson ya no estaba sujeto al rígido horario de los últimos cinco meses. Salvo por sus estudios con Vivian, era libre de hacer lo que quisiera, lo que principalmente significaba tener tiempo de ir al cine los días de diario por la tarde, escribir cartas más largas y frecuentes a la gente que era importante para él (su madre y Gil, Amy y Jim), buscar una pista cubierta o al aire libre para empezar otra vez con el baloncesto, y hacer indagaciones para reclutar a posibles alumnos que quisieran clases particulares de inglés. La cuestión del baloncesto no se resolvió hasta principios de mayo y no consiguió encontrar alumnos, pero envió un continuo flujo de cartas y vio una asombrosa cantidad de películas, porque si Nueva York era un sitio para ver cine, París era aún mejor, y en los dos meses siguientes añadió ciento treinta hojas a su carpeta de anillas, tantas páginas nuevas que a la carpeta original neoyorquina le salió una hermana francesa.

Eso fue lo único que escribió durante la primera parte de la primavera: cartas, aerogramas y postales a Estados Unidos, así como un creciente montón de sinopsis de una o dos páginas e impresiones taquigráficas sobre películas. Mientras trabajaba en las revisiones finales del libro, también había pensado en los ensayos y artículos que quería escribir después, pero ahora comprendió que aquellas ideas las alimentaba la adrenalina que lo impulsaba a terminar el libro, y cuando lo acabó, desapareció la adrenalina y la cabeza se le quedó *kaput*. Necesitaba una pequeña pausa antes de empezar otra vez, así que durante las primeras semanas de primavera se limitó a tomar nota de algunas ideas en un cuaderno de bolsillo que llevaba en sus paseos, para esbozar, sentado a la mesa de su cuarto, posibles argumentos y contraargumentos sobre diversos temas y hacer acopio de ejemplos para el artículo que quería escribir sobre los niños en las películas, la representación de la infancia en el cine, de los punzantes varazos infligidos por Basil Rathbone en el trasero de Freddie Bartholomew en *David Copperfield* a la entrada en la barbería de Peggy Ann Garner para recuperar el cuenco de afeitar de su padre muerto en *Lazos humanos*, del cachete en la cabeza a Jean-Pierre Léaud en *Los cuatrocientos golpes* a Apu y su hermana sentados primero en un cañaveral para ver pasar el tren y luego metidos en el hueco de un árbol mientras llueve a cántaros en *La canción del camino*, la más bella y devastadora imagen infantil con que Ferguson se había topado jamás en el cine, una imagen tan descarnada y henchida de significado que tenía que contenerse para no llorar cada vez que la recordaba, pero aquel ensayo, junto con otros, se encontraba en espera por el momento porque aún seguía tan agotado por su miserable librito que apenas tenía energías para mantener el hilo de sus pensamientos durante más de veinte o treinta segundos sin que se le olvidara el primero cuando llegaba al tercero.

Pese a su broma de no saber si alguna vez sería capaz de leer otro libro, Ferguson leyó mucho aquella primavera, más de lo que había leído en cualquier época de su vida, y sus estudios con Vivian avanzaron bastante, se sentía cada vez más concentrado, más inmerso en lo que hacían, porque la propia Vivian parecía más segura, más cómoda en su papel de profesora. Así que, una detrás de otra, repasaron seis obras de Shakespeare junto con varias de Racine, Molière y Calderón de la Barca, para abordar luego los ensayos de Montaigne mientras Vivian lo iniciaba en el

término *parataxis* y hablaban de la fuerza y rapidez de la prosa y exploraban el intelecto del hombre que había descubierto o revelado o inventado lo que Vivian denominaba *la mentalidad moderna*, y luego pasaron tres semanas enteras con el Caballero de la Triste Figura, que en el Ferguson de diecinueve años tuvo el mismo efecto que Laurel y Hardy le habían producido de niño, es decir, conquistar su corazón con un amor inabarcable hacia un ser imaginario, el demente, inepto y visionario personaje de principios del siglo XVII que, como los payasos del cine de los que Ferguson había escrito en su libro, *jamás se rendía*: «... y ha muchos días que tropezando aquí, cayendo allí, despeñándome acá y levantándome acullá, he cumplido gran parte de mi deseo...».

Las lecturas de la lista de Gil pero también libros sobre cine, historia y antologías tanto en inglés como en francés, ensayos y textos polémicos de André Bazin, Lotte Eisner y directores de la Nueva Ola antes de que empezaran a realizar sus propios films, los primeros artículos de Godard, Truffaut y Chabrol, una relectura de los dos libros de Eisenstein, las reflexiones de Parker Tyler, Manny Farber y James Agee, estudios y meditaciones de clásicos venerables como Siegfried Kracauer, Rudolf Arnheim y Béla Balázs, cada número de *Cahiers du Cinéma* de la primera a la última página, sentado en la biblioteca del British Council leyendo *Sight & Sound*, esperando a que le llegaran de Nueva York los números de su suscripción a *Film Culture* y *Film Comment*, y luego, después de leer por la mañana de ocho y media a doce, las incursiones vespertinas a la Cinémathèque justo en la otra orilla del río, sólo un franco la entrada con su antiguo carné de estudiante de la Riverside Academy, al que el acomodador ni siquiera echaba una mirada para comprobar su validez, el primer archivo del mundo, el mejor y más grande, fundado por el quijotesco Henri Langlois, el cinéfilo de todos los cinéfilos, y qué curioso era ver films británicos con subtítulos en sueco o cine mudo sin acompañamiento musical, pero aquélla era la Ley Langlois, SIN MÚSICA, y aunque a Ferguson le costó algún tiempo acostumbrarse a una pantalla absolutamente muda y a una sala sin sonidos salvo las toses y estornudos del público y algún que otro chasquido del proyector, llegó a apreciar la fuerza de aquel silencio, porque muchas veces ocurría que *oía* cosas mientras veía aquellas películas, el ruido de la puerta de un coche, el de un vaso de agua cuando lo depositaban sobre una mesa, una bomba que estallaba en un campo de batalla, el silencio de las películas mudas parecía provocar un frenesí de alucinaciones auditivas, lo que algo decía de la percepción humana, discurría él, y de cómo se percibían cosas cuando uno participaba emocionalmente en la experiencia, y cuando no iba a la Cinémathèque, era La Pagode, Le Champollion o alguno de los cines de la rue Monsieur-le-Prince o a espaldas del boulevard Saint-Michel cerca de la rue des Écoles, y entonces un descubrimiento muy interesante que favoreció su formación, la sorpresa del Action Lafayette, Action République y Action Christine, el triunvirato de salas Action que únicamente proyectaba antiguas películas de Hollywood, el menú de estudio en blanco y negro de la Norteamérica de antaño que ya pocos estadounidenses recordaban, comedias, policiacas, dramas sobre la Depresión, sobre boxeo y bélicas de los años treinta, cuarenta y primeros cincuenta que se habían producido a millares, y las posibilidades que se le ofrecían eran tan abundantes que su conocimiento de la cinematografía estadounidense se incrementó grandemente en su estancia en París;

igual que su amor por el cine francés había nacido en el Thalia Theater y el Museo de Arte Moderno en Nueva York.

Entretanto, Fleming lo perseguía. Desesperado por disculparse, hacía lo imposible para compensar la noche del dinero y el llanto, porque después de aquello empezó a llamar a casa de Vivian al menos una vez al día para hablar con Ferguson, pero cuando Celestine le deslizaba los mensajes bajo la puerta de su cuarto, Ferguson los rompía y no devolvía la llamada. Dos semanas seguidas de llamadas sin responder, hasta que se interrumpieron y empezaron a llegar las notas. Por favor, Archie, deja que te demuestre que no soy la persona que crees que soy. Por favor, Archie, déjame ser tu amigo. Por favor, Archie, he conocido a muchos estudiantes interesantes aquí, en París, y me encantaría presentártelos para que empezaras a tener amistad con chicos de tu edad. Tres semanas seguidas de dos o tres cartas semanales, todas sin contestación, todas ellas rotas y tiradas a la papelera, y entonces, finalmente, las cartas también cesaron. Ferguson rogaba que aquello fuese el final del asunto, pero siempre cabía la posibilidad de encontrarse con Fleming en otra cena en alguna parte o tropezar casualmente con él por la calle, y por tanto la historia no acabaría oficialmente hasta que el profesor volviera a Estados Unidos en agosto, con lo que aún quedaban unos meses.

Las noches seguían siendo horribles, sin pareja de cualquier sexo con la que acostarse o besarse y salir de su aislamiento, pero mejor solo sin nadie a quien tocar a que lo tocara un hombre como Fleming, dijo para sí, aunque el profesor no tenía la culpa de ser como era, y entonces Ferguson apagaba la luz, dejaba caer la cabeza en la almohada y permanecía inmóvil en la oscuridad, recordando.

La laboriosa y diligente PTT, que en Francia hacía lo mismo que tres entidades distintas en Estados Unidos (la U. S. Post Office, la Western Union y la Ma Bell), se ocupaba de que el correo se repartiera dos veces al día, una por la mañana y otra por la tarde, y como la dirección de Ferguson era la misma que la de Vivian, sus cartas y paquetes llegaban primero al piso de abajo. En cuanto se recibían, la buena de Celestine se las llevaba arriba, deslizando las cartas por debajo de la puerta o llamando para entregárselas en mano si eran demasiado voluminosas para pasar por aquel estrecho espacio: sus revistas cinematográficas norteamericanas, por ejemplo, o los libros que Gil y Amy le enviaban de vez en cuando. A las nueve y diez de la mañana del 11 de abril, cuando estaba en su cuarto leyendo *La vida es sueño* de Calderón de la Barca, oyó los ligeros pasos, ya familiares, de Celestine por las escaleras, luego las chirriantes tablas del pasillo cuando se acercaba a su cuarto, y un momento después un delgado sobre blanco apareció en el suelo a unos centímetros de sus pies. Franqueo británico. Un sobre tamaño carta con la dirección del remitente impresa en el ángulo superior izquierdo que decía: Io Books. Esperando malas noticias, Ferguson se agachó, recogió la carta y luego tardó seis o siete minutos en abrirla, lo suficiente para preguntarse por qué le daba tanto miedo si ya lo había considerado como algo sin importancia.

Tardó otros treinta o cuarenta segundos en comprender que las malas noticias que esperaba eran en realidad buenas, que a cambio de un adelanto de cuatrocientas libras a descontar de los derechos, Io tenía la *decidida intención* de publicar *Cómo*

Laurel y Hardy me salvaron la vida entre marzo y abril del año siguiente, pero ni siquiera la respuesta afirmativa de Aubrey Hull pudo convencerlo de que había alguien que realmente quería aceptar su libro, de modo que elaboró una historia para explicar la carta acusando en silencio a Vivian de haber puesto el dinero para pagar la publicación de su bolsillo, sin duda sobornando a Hull en uno de aquellos siniestros tratos en la trastienda que habría supuesto otro cheque de muchos miles de libras pagadero a Io Books en concepto de otros libros futuros. Ni una sola vez desde que vivía en París se había enfadado con Vivian, nunca le había dicho una palabra áspera ni sospechado que fuera otra cosa que honrada y amable, pero aquella amabilidad iba demasiado lejos, dijo para sí, aquello era convertir la amabilidad en una forma de humillación, y además era profunda y vilmente deshonesto.

A las nueve y media estaba en el piso de Vivian, agitando ante ella la carta de Hull y exigiendo que reconociera su responsabilidad en el asunto. Vivian nunca había visto a Ferguson de tan mal genio. El joven estaba fuera de sí, echando chispas, con visiones estrafalarias y paranoicas de tramas tortuosas y engaños siniestros, y tal como Vivian le dijo después, ella sólo contempló dos reacciones posibles mientras veía cómo iba perdiendo el control: darle una bofetada o echarse a reír. Se decidió por la risa. Reírse era la solución más lenta de las dos, pero al cabo de diez minutos logró convencer al orgulloso Ferguson, demasiado sensible y patológicamente escéptico consigo mismo, de que ella no había desempeñado papel alguno en la aceptación de su libro y no había enviado a Hull ni un cuarto de penique, ni un *sou*, ni un solo centavo.

Cree en ti mismo, Archie, le dijo. Muestra un poco de arrogancia. Y por amor de Dios, nunca vuelvas a acusarme de algo así.

Ferguson prometió que nunca más lo haría. Se sentía tan avergonzado, confesó, tan afligido por su *imperdonable berrinche*, y lo peor era que no tenía ni idea de por qué se había puesto así. Enajenación, eso era, un puro arrebato de locura, y si volvía a suceder, Vivian podía olvidarse de las carcajadas y darle un bofetón.

Vivian aceptó su disculpa. Hicieron las paces. Pasó la tormenta y poco después estaban en la cocina celebrando la buena noticia con un segundo desayuno de galletas saladas untadas con caviar y cócteles de champán y zumo de naranja, pero por espléndidamente que Ferguson empezara a sentirse por la buena noticia de la carta de Hull, su demencial arrebato continuaba preocupándolo, y se preguntó si la escena con Vivian no sería una señal temprana de una futura crisis nerviosa.

Por primera vez en la vida, empezaba a tener un poco de miedo de sí mismo.

El día 15 llegó una segunda carta de Hull en la que anunciaba que estaría en París el martes 19. El jefe de Io se disculpaba por *avisar de su viaje con tan poca antelación*, pero si Ferguson no tenía compromisos para aquella tarde, agradecería la oportunidad de encontrarse con él. Sugería un almuerzo a las doce y media en Fouquet's, donde discutirían planes para el libro, y si hacía falta prolongar la conversación después de la comida, su hotel estaba a la vuelta de la esquina de los Champs-Élysées y podían pasarse por allí para continuarla. En cualquier caso, Ferguson podía aceptar o declinar la invitación dejando un recado al conserje del George V. Cordialmente, etc.

Basándose en lo que Vivian sabía por su amiga Norma Stiles, que había recibido

la información de su colega Geoffrey Burnham, lo que Ferguson sabía de Aubrey Hull se limitaba a los siguientes hechos: treinta años de edad, casado con una tal Fiona y padre de dos hijos pequeños (de uno y cuatro años), licenciado por el Balliol de Oxford (donde conoció a Burnham), hijo de un acaudalado fabricante de chocolate y galletas, casi una oveja negra (¿oveja gris?) a quien gustaba desenvolverse en círculos artísticos y que tenía buen olfato literario, editor serio pero también conocido por su *afición a las fiestas* y por ser algo *excéntrico*.

La vaguedad del retrato llevó a Ferguson a imaginar a Hull como uno de aquellos ampulosos caballeros británicos que con tanta frecuencia aparecían en las películas norteamericanas, el tipo insidioso y altanero de tez rubicunda y cierta inclinación a murmurar comentarios burlones que pretendían ser divertidos pero nunca lo eran. Quizá fuera que Ferguson veía demasiadas películas, o puede que su instintivo miedo a lo desconocido le hubiera enseñado a esperar lo peor de toda nueva situación, pero lo cierto era que Aubrey Hull no sólo no tenía tez rubicunda ni disposición insidiosa, sino que resultó ser una de las personas más efusivas y encantadoras con que Ferguson se había tropezado en sus viajes por la vida.

De corta estatura, una especie de hombre en miniatura, sólo uno sesenta con cada uno de sus rasgos empequeñecidos en proporción al cuerpo: rostro menudo, cabeza, manos, boca y extremidades también pequeñas. Brillantes ojos azules. La lechosa tez blanca de quien vive en un país sin sol y empapado de lluvia, y una corona de cabellos rizados que en el espectro de colores se situaban entre el rojizo y el rubio, el matiz que Ferguson había oído una vez calificar de *cobrizo*. Sin saber qué decir cuando se estrecharon la mano y se sentaron a comer en Fouquet’s a primera hora de la tarde del 19, Ferguson se obligó a iniciar la conversación diciendo tontamente a Hull que era la primera persona que conocía con el nombre de Aubrey. Hull sonrió y preguntó a Ferguson si conocía el significado del nombre. No, dijo Ferguson, no tenía ni idea. *El rey de los elfos*, dijo Hull, y tan cómica e inesperada fue la respuesta que Ferguson tuvo que esforzarse para contener la carcajada que se le agolpaba en los pulmones, risa que podría malinterpretarse como insulto, pensó, ¿y para qué arriesgarse a ofender a quien había aceptado su libro a los dos minutos de su primera entrevista? Pero aun así, ¡qué apropiado resultaba que aquel hombrecillo fuera el rey de los elfos! Como si los dioses hubieran pasado por casa de Aubrey la noche anterior a su nacimiento y hubieran dado instrucciones a sus padres sobre el nombre que debían ponerle a su hijo, y ahora que Ferguson tenía la cabeza llena de imágenes de elfos y dioses, miró al pequeño y atractivo rostro de su editor y se preguntó si no estaría en presencia de un ser mítico.

Hasta aquel día, Ferguson desconocía por completo el funcionamiento de las editoriales y cómo promocionaban sus libros. Aparte del diseño y la impresión, suponía que su principal tarea consistía en que apareciese el mayor número de críticas posible en periódicos y revistas. Si las críticas eran buenas, el libro sería un éxito. Si eran malas, el libro sería un fracaso. Ahora Aubrey le estaba diciendo que las reseñas sólo eran un elemento del proceso, y mientras el rey de los elfos entraba en detalles sobre cuáles eran los demás factores, Ferguson estaba cada vez más interesado, más sorprendido de lo que iba a suceder cuando se publicara el libro. Un viaje a Londres para empezar. Entrevistas con la prensa diaria y semanal, conversaciones con

periodistas de la BBC, quizá una presentación *en directo por la tele*. Un acto por la noche en una pequeña sala, donde Ferguson podría leer pasajes de su libro al auditorio y luego sentarse para mantener una charla con otro escritor o un periodista simpatizante. Y además —eso aún tendría que organizarse, pero qué perspectiva tan agradable si resultaba— una sesión nocturna de Laurel y Hardy en el National Film Theatre o en alguna sala con Ferguson en el escenario presentando las películas.

Ferguson en el centro de atención. Ferguson con su fotografía en el periódico. Ferguson con su voz en la radio. Ferguson en el escenario leyendo a un silencioso auditorio de entregados admiradores.

¿Cómo podía rechazar alguien una cosa así?

El caso es, decía Aubrey, que tu libro es tan puñeteramente bueno que hay que darle el mejor trato posible. No es corriente que alguien escriba un libro a los diecinueve años. Sencillamente es insólito, y apuesto a que la gente se va a entusiasmar con él, igual que yo, y que Fiona, lo mismo que todo mi equipo.

Esperemos que así sea, dijo Ferguson, intentando poner coto a su excitación para no dejarse llevar por las palabras de Aubrey y acabar haciendo el ridículo. Pero ahora empezaba a sentirse estupendamente. Se abrían puertas. Una detrás de otra, Aubrey le estaba abriendo puertas, y habría nuevas estancias en las que entrar, y la idea de lo que podría encontrar en aquellas habitaciones lo llenaba de regocijo, de una alegría que no había sentido en meses.

No pretendo exagerar, decía Aubrey (probablemente queriendo decir que exageraba), pero, aun en el caso de que mañana te murieses de repente, con *Cómo Laurel y Hardy me salvaron la vida* vivirás para siempre.

Qué frase tan extraña, repuso Ferguson. Puede que sea la frase más extraña que he oído jamás.

Sí, un poco rara, ¿no?

Primero me muero de repente, luego me salvan la vida y después vivo para siempre, aunque supuestamente estoy muerto.

Muy rara, en efecto. Pero dicha de corazón, con intención de que fuera un sincero cumplido.

Se miraron y se echaron a reír. Algo empezaba a salir a la superficie, algo con la suficiente intensidad como para que Ferguson sospechara que Aubrey le estaba tirando los tejos, que el pelirrojo, su jovial compañero de mesa, era el mismo tipo de persona que él, alguien que lo hacía a dos bandas y ya había pasado muchas veces por aquello. Se preguntó si la picha de Aubrey sería tan pequeña como el resto del cuerpo, y entonces, con el pensamiento puesto en la suya propia, se preguntó si alguna vez tendría ocasión de averiguarlo.

Mira, Archie, prosiguió Aubrey, he llegado a la conclusión de que eres un individuo aparte, una persona especial. Lo noté cuando leí tu manuscrito, pero ahora que te he visto cara a cara, estoy convencido. Eres dueño de ti mismo, y debido a eso tu compañía resulta apasionante, pero también por la misma razón nunca vas a encajar en ninguna parte, lo que es bueno, créeme, porque podrás seguir dependiendo únicamente de ti mismo, y un hombre que sólo depende de sí mismo es mejor que los demás, aunque no encaje.

En cuanto a eso, dijo Ferguson, exhibiendo su mejor y más grande sonrisa

mientras se lanzaba al juego de seducción que Aubrey parecía haber iniciado, intento encajarlo donde pueda... y con quien pueda.

Aubrey le devolvió la sonrisa después de la obscena réplica, encantado de saber que Ferguson entendía los matices de la situación. A eso me refiero, dijo. Estás abierto a todas las experiencias.

Sí, repuso Ferguson, muy abierto. A cualquiera y a todas.

A cualquiera y a todas se refería en este caso a las que pudiera tener con el que estaba sentado frente a él en el elegante y agradablemente ruidoso Fouquet's, el muy interesante Aubrey Hull, un hombre que había aparecido como por ensalmo y se disponía a hacer todo lo que estuviera en su mano por transformar la vida de Ferguson convirtiendo su libro en un éxito, el encantador e insinuante Aubrey Hull, un individuo de lo más deseable y embriagador cuya preciosa boquita quería besar con urgencia, y entonces, después de que Aubrey trasegara unas copas más de vino, el pretendido excéntrico empezó a decir que Ferguson era un muchacho rozagante, un chico adorable, un buen muchacho, un joven espléndido, lo que no resultaba tan excéntrico como simpático y atrayente, y cuando acabaron de almorzar todo estaba claro, sin más misterios que considerar ni preguntas que formular.

Ferguson se sentó en la cama de la habitación de la quinta planta del Hôtel George V y observó cómo Aubrey se quitaba la chaqueta y la corbata. Hacía tanto tiempo que no se acostaba con alguien que le gustara, tanto tiempo sin nadie que lo acariciase o quisiera tocarlo sin hablar primero de dinero, que cuando el rey de los elfos se acercó a la cama, se sentó sobre sus piernas y le rodeó el torso con los brazos, Ferguson, que seguía completamente vestido, se estremeció. Entonces ya estaba besando la preciosa boquita y temblando de pies a cabeza, y cuando sus lenguas se encontraron y se estrechó el abrazo, Ferguson recordó las palabras que se había dicho a sí mismo años atrás en el autocar hacia Boston para ver a su amado Jim: *las puertas del paraíso*. Sí, ésa era la sensación que ahora tenía, y después de las habitaciones en las que había entrado mentalmente durante la comida, a las que había pasado mientras Aubrey le abría una puerta detrás de otra, veía que ahora se abría otra puerta y Aubrey y él entraban juntos en la estancia. Hombres prosaicos. Una cama de un hotel de París con nombre de rey inglés. Un inglés y un norteamericano en aquella cama con su prosaica carne desnuda. *Au-delà*. La expresión francesa para el más allá. El otro mundo respirando dentro de ellos en el presente de este mundo.

Tenía la picha tan pequeña como se la había imaginado, pero igual que con todo lo demás en Aubrey, se acomodaba a las proporciones de su miniaturizada estructura y no era menos atrayente que su preciosa boquita u otra parte cualquiera de él. Lo importante era que Aubrey sabía qué hacer con lo que tenía. A los treinta atesoraba más experiencia en asuntos de cama y cuerpo que los chicos con los que Ferguson se había acostado en el pasado, y como era un amante cordial sin inclinaciones extrañas ni desagradables ni sentimiento de culpa por su pasión de joder con chicos y ser jodido por chicos, se mostraba a la vez más sutil y emprendedor que Andy Cohen y Brian Mischevski, a la vez más generoso y más seguro de sí mismo, un encanto de persona que disfrutaba tanto haciéndolo como dejándose hacer, y las horas que pasó con Ferguson durante la tarde y el anochecer fueron sin duda las más satisfactorias de la estancia de Ferguson en París hasta el momento. Una semana antes, Ferguson

temía encontrarse al borde de una crisis nerviosa. Ahora su cerebro bullía con mil pensamientos nuevos, y su cuerpo estaba en reposo.

Diez días después de ir de visita al otro mundo en brazos del editor inglés, Ferguson abrazó a su madre y le pidió que lo perdonara. Gil y ella acababan de aterrizar en París. El *New York Herald Tribune* había echado el cierre, pasando a mejor vida el 24 de abril, y con Gil provisionalmente sin empleo hasta el otoño, cuando iniciaría una nueva carrera como profesor de música en el Mannes College of Music, la madre y el padrastro de Ferguson habían decidido emprender el viaje de bodas que aún no habían hecho al cabo de seis años y medio de matrimonio. Una semana en París para empezar. Luego Ámsterdam, Florencia, Roma y Berlín occidental, que Gil había visto por última vez a los seis meses de la conclusión de la guerra, a finales de 1945. Pensaban pasar el tiempo contemplando obras de arte holandesas e italianas, y Gil mostraría a la madre de Ferguson los lugares en donde había vivido de pequeño.

Ferguson había acabado de mecanografiar las tres copias de su libro el 9 de marzo. Una de ellas descansaba ahora en la última balda de la estantería de su cuarto en París, otra sobre el escritorio de Aubrey en Londres, y la tercera la había enviado al apartamento de sus padres de Riverside Drive en Nueva York. Dos semanas después de que el manuscrito cruzara el océano, Ferguson recibió una carta de Gil. Era normal, porque su madre no era muy aficionada a escribir cartas y al noventa por ciento de la correspondencia que les enviaba a los dos de forma conjunta contestaba únicamente Gil, unas veces con una posdata de su madre (*¡Te echo mucho de menos, Archie!*, o bien *¡Mil besos de tu mami!*) y otras no. Los primeros párrafos de la carta de Gil estaban llenos de observaciones positivas sobre el libro y el *extraordinario trabajo* que había realizado al lograr un *equilibrio entre el contenido emocional de la historia y los datos físicos y fenomenológicos*, y estaba muy impresionado con la *rápida mejoría y madurez* de Ferguson *como escritor*. Hacia el cuarto párrafo, sin embargo, el tono de la carta empezaba a cambiar. *Pero, querido Archie*, había escrito Gil, *debes comprender lo mucho que ha disgustado el libro a tu madre y lo difícil que le ha resultado leerlo. Como es lógico, revivir esos días tan duros del pasado sería penoso para cualquiera, y no te culpo por haberla hecho llorar (yo también derramé algunas lágrimas), pero en algunas partes quizá hayas sido demasiado franco, me temo, y se quedó pasmada por los detalles íntimos que revelabas sobre ella. Al repasar de nuevo el manuscrito, yo diría que el pasaje más desagradable se encuentra en las pp. 46-47, en medio del fragmento sobre el nefasto verano que pasasteis los dos en la costa de Jersey, encerrados en aquella casita viendo la televisión desde la mañana hasta entrada la noche y apenas poniendo los pies en la playa. Sólo para refrescarte la memoria: «Mi madre siempre había fumado, pero ahora fumaba sin interrupción, consumiendo cuatro y cinco paquetes de Chesterfield al día, rara vez molestándose ya en utilizar cerillas o mechero porque resultaba más sencillo y eficaz encender un cigarrillo con la colilla del anterior. Por lo que yo sabía, apenas había bebido alcohol en el pasado, pero ahora trasegaba seis o siete vasitos de vodka puro por la mañana, y cuando me acostaba por la noche arrastraba las palabras y tenía los párpados entreabiertos como si sus ojos ya no soportaran mirar de frente al mundo. Mi padre llevaba ocho meses muerto para entonces, y*

aquel verano me metía todas las noches bajo la cálida y arrugada sábana de mi cama rezando para que mi madre siguiera viva a la mañana siguiente». Esto es bastante crudo, Archie. Tal vez deberías considerar suprimirlo de la versión definitiva o al menos modificarlo hasta cierto punto, para evitar a tu madre el dolor de exponer públicamente aquel desdichado periodo de su vida. Párate a pensarlo un momento y entenderás por qué te estoy pidiendo esto... Luego llegaba el párrafo final: *La buena noticia es que el Trib está a punto de estirar la pata, y pronto me quedaré sin trabajo. Cuando eso ocurra, tu madre y yo iremos a Europa; lo más probable a finales de abril. Entonces podremos hablar de todo esto.*

Pero Ferguson no había querido esperar hasta entonces. La cuestión era demasiado perturbadora para posponerla hasta finales de abril, porque ahora que Gil había entresacado esas frases del libro aislándolas del contexto, Ferguson comprendió que había sido demasiado duro y merecía el rapapolvo que le había echado su padrastro. No era que el pasaje no fuese verdad, al menos desde la perspectiva de sus ocho años tal como la recordaba de mayor mientras escribía el libro. Su madre fumaba demasiado aquel verano, bebía vasitos de vodka y no se ocupaba de la casa, y él estaba alarmado por la apatía y pasividad que se habían apoderado de ella, a veces incluso lo asustaba su insensible alejamiento mientras él construía castillos de arena a su lado en la playa y ella no apartaba la vista de las olas del mar. Las frases que Gil transcribía en su carta describían a la madre de Ferguson en su punto más bajo, en el fondo mismo de su caída en el dolor y la confusión, pero el objetivo consistía en establecer un contraste entre aquel verano perdido y los acontecimientos que se produjeron al volver a Nueva York, que determinaron su regreso a la fotografía y el comienzo de una nueva vida, la invención de Rose Adler. Parecía, sin embargo, que a Ferguson se le había ido la mano en el contraste, infundiendo sus miedos y su confusión infantiles sobre el comportamiento adulto a una situación que en realidad era menos extrema de lo que él había imaginado (algo de vodka había habido, según lo que su madre había contado a Gil, pero sólo dos botellas en los cuarenta y seis días que habían pasado en Belmar), y por tanto, después de leer la carta, Ferguson se había sentado a escribir dos contritas respuestas de una sola página a su madre y su padrastro, disculpándose por el disgusto que pudiera haberles causado y prometiendo suprimir del libro el censurable pasaje.

Así que ahí estaba el 29 de abril por la mañana, en el vestíbulo del Hôtel Pont Royal abrazando a su madre, atontada por el desfase horario, y pidiéndole que lo perdonara. Fuera, la lluvia aporreaba las calles, y cuando Ferguson apoyó la barbilla en el hombro de su madre, miró por el ventanal de enfrente y vio cómo un paraguas salía volando de la mano de una mujer.

No, Archie, le decía su madre, no necesito perdonarte nada. Eres tú quien tienes que perdonarme.

Gil estaba ya en la cola de recepción, esperando su turno para entregar los pasaportes y firmar el registro en el hotel, y mientras su padrastro se ocupaba de aquel tedioso asunto, Ferguson condujo a su madre a un banco al fondo del vestíbulo. Parecía cansada del viaje, y si quería seguir hablando, tal como él suponía, mejor que lo hiciera sentada. Cansada, añadió Ferguson para sus adentros, pero no más que cualquiera que viajase durante doce o trece horas seguidas, y con bastante buen

aspecto, pensó, sin apenas un ápice de diferencia entre este momento y la última vez que se habían visto seis meses y medio atrás. Su preciosa madre. Su bonita madre un tanto fatigada, y qué maravilloso era ver su rostro de nuevo.

Te he echado mucho de menos, Archie, le dijo. Sé que ya eres mayor, y que tienes derecho a vivir como te dé la gana, pero nunca hemos estado separados tanto tiempo, y cuesta un poco acostumbrarse.

Lo sé, repuso Ferguson. A mí me pasa lo mismo.

Pero estás contento aquí, ¿no?

Sí, la mayor parte del tiempo. Al menos eso creo. La vida no es perfecta, ya sabes. Ni siquiera en París.

Ésa sí que es buena. Ni siquiera en París. Ni siquiera en Nueva York, tampoco, ya puestos.

Dime, mamá. ¿Por qué has dicho eso hace unos momentos, antes de que viniéramos a sentarnos?

Pues, porque es verdad. Porque no tenía derecho a armar tanto lío.

No estoy de acuerdo. Lo que escribí era injusto y cruel.

No necesariamente. No desde tu posición de niño de ocho años. Cuando ibas al colegio me las arreglaba para no desmoronarme, pero entonces estabas de vacaciones y ya no sabía qué hacer conmigo misma. Un desastre, Archie, así estaba yo, hecha un desastre de mil demonios, y en aquellos momentos debiste de pasar un poco de miedo a mi lado.

No se trata de eso.

Te equivocas. De eso se trata. Te acuerdas de la *Boda judía*, ¿verdad?

Claro que me acuerdo. La mezquina prima Charlotte y su marido calvo y miope, el señor como se llame.

Nathan Birnbaum, el dentista.

De eso hace diez años, ¿no?

Casi once. Y sigo sin hablarme con ellos después de tanto tiempo. Entiendes por qué, ¿verdad? *(Ferguson negó con la cabeza.)* Porque me hicieron a mí lo que yo he estado a punto de hacerte a ti.

No lo entiendo.

Les saqué fotos que no les gustaron. Muy buenas, en mi opinión. No las más halagadoras del mundo, pero sí buenas fotos, y cuando se negaron a que las publicara, nunca más quise saber nada de Charlotte y Nathan porque los tomé por un par de cretinos.

¿Qué tiene que ver eso con *Laurel y Hardy*?

¿Es que no lo entiendes? En tu libro me has sacado una fotografía. Muchas, en realidad, docenas y docenas, y en su mayor parte resultan halagadoras, algunas lo son tanto que casi me avergonzaba de leer aquellas cosas sobre mí, pero junto a todas las fotos halagadoras había una o dos que me mostraban bajo una luz diferente, un aspecto que no era nada lisonjero, y cuando leí esas partes del libro me sentí dolida y furiosa, tanto que hablé con Gil sobre ello, cosa que no debí haber hecho, y luego él te escribió esa carta, que hizo que te sintieras tan mal, que te llevaras un buen disgusto, porque sé que lo último que quieres es hacerme daño, y cuando nos escribiste aquellas dos breves cartas, comprendí que te había jugado una mala pasada.

Tu libro es sincero, Archie. No dices más que la verdad en cada frase, y no quiero que revises nada ni suprimas nada por mí. ¿Me estás escuchando, Archie? *No cambies ni una palabra*.

La semana pasó rápidamente. Vivian interrumpió las sesiones de estudio durante la visita, y aunque Ferguson siguió leyendo varias horas por la mañana, se encontraba con su madre y con Gil para almorzar y luego permanecía con ellos hasta la hora de volver a casa y acostarse. Muchas cosas habían cambiado desde que se marchó de Nueva York, y sin embargo todo seguía igual en el fondo. Gil había acabado su libro sobre Beethoven después de siete años de trabajo, y parecía no arrepentirse de abandonar las tensiones de la crítica y el periodismo por la vida más tranquila de profesor de historia de la música en Mannes. La madre de Ferguson seguía haciendo retratos de personajes célebres para revistas y poco a poco iba recopilando material para un libro sobre el movimiento contra la guerra en casa (era vehementemente pro-contra). Durante aquellos días llevaba consigo a todos los sitios su pequeña Leica y varios rollos de película, sacando foto tras foto de las inscripciones de protesta que había por todo París (EE. UU. FUERA DE VIETNAM, YANKEE GO HOME, À BAS LES AMERLOQUES, LE VIETNAM POUR LES VIETNAMIENS), además de numerosas instantáneas de escenas callejeras parisienses y un par de rollos de Ferguson y Gil, juntos y por separado. Fueron los tres a ver los cuadros del Louvre y el Jeu de Paume, a la Salle Pleyel a una interpretación de la *Misa en tiempo de guerra* de Haydn (tanto Ferguson como su madre la consideraron *extraordinaria*, pero Gil respondió a su entusiasmo con una sonrisa apenada, lo que significaba que para él había sido una masacre), y una noche después de cenar Ferguson los convenció para ir al Action Lafayette, que en su sesión de las diez de la noche proyectaba *Niebla en el pasado* de Mervyn LeRoy, film que según convinieron los tres contenía tantas sandeces como para llenar cuatro estudios, aunque, tal como observó la madre de Ferguson, era muy divertido ver cómo Greer Garson y Ronald Colman fingían estar enamorados.

Ni que decir tiene que Ferguson les contó lo de la carta de Io Books. Y sobra decir que su madre estaría encantada de donar un negativo de *Archie* para la cubierta. Huelga decir que Ferguson les hizo subir por las escaleras para enseñarles su cuarto del sexto piso. Y que su madre y Gil reaccionaron de forma diferente al verlo. Su madre emitió un jadeo y dijo: Oh, Archie, pero ¿cómo es posible? Gil, en cambio, le dio una palmada en la espalda y dijo: Cualquiera que salga adelante aquí dentro merece mi pleno e imperecedero respeto.

Otros asuntos, sin embargo, no resultaron tan sencillos ni tan gratos para Ferguson, y a lo largo de la semana se encontró en la incómoda posición de tener que reservarse cosas o inventarse algún embuste. Cuando su madre le preguntó si había conocido *chicas guapas*, por ejemplo, se inventó la historia de un breve flirteo con una atractiva italiana llamada Giovanna que había estado en su clase de la Alliance Française. Era cierto que Giovanna había estado en su clase, pero aparte de dos conversaciones de media hora en el café que había a la vuelta de la esquina de la Alliance, no había habido nada entre ellos. Como tampoco llegó a nada con Béatrice, una francesa *muy inteligente* que trabajaba de auxiliar en la Galerie Maeght y con la que supuestamente había salido durante *un par de meses*. Sí, Béatrice trabajaba en la galería y se habían sentado juntos en la cena de un *vernissage* en Maeght en

diciembre, flirteando de forma vaga y distraída, pero cuando Ferguson la llamó para invitarla a salir, ella lo rechazó con la excusa de que estaba prometida, algo que no se había tomado la molestia de mencionar en la cena. No, no podía hablar de chicas con su madre porque no había habido ninguna salvo por las cinco putas gordas y flacas que había encontrado por las calles de Les Halles, y no iba a hablarle de ellas, como tampoco iba a partirle el alma hablándole de Aubrey y de lo excitado que estaba cuando el rey de los elfos le metió la polla tiesa hasta muy dentro del culo. Ella nunca debía enterarse de esas cosas. Había zonas de su vida que debían mantenerse fuera de su alcance y protegerse con el mayor cuidado, y por esa razón jamás podrían estar tan unidos como antes lo habían estado, como bien quería él. Eso no significaba que no le hubiera mentido en el pasado, pero ahora ya no era un crío y las circunstancias eran diferentes, y sin embargo, mientras paseaba con ella por París alegrándose de lo feliz que parecía, regocijándose de lo plenamente que lo seguía apoyando, aquellos días también estaban teñidos de tristeza, de la sensación de que una parte fundamental de sí mismo estaba a punto de esfumarse y desaparecer de su vida para siempre.

Cenaron tres veces con Vivian aquella semana, dos en restaurantes y otra en el piso de la rue de l'Université, una cena sencilla, los cuatro solos, sin invitados, ni siquiera Lisa, que normalmente asistía a todas las cenas de Vivian. Ferguson se sorprendió un poco cuando se enteró de que Lisa no iba a acompañarlos, pero luego lo pensó un par de minutos y comprendió que Vivian se estaba protegiendo, que era exactamente lo que él habría hecho en su lugar. Como él, ella tenía un oscuro secreto que ocultar al mundo, y aunque Gil era un viejo amigo, por lo visto no sabía nada del complejo matrimonio que había llevado con Jean-Pierre ni de lo que se había traído entre manos desde la muerte de su marido, y por tanto había que evitarle el espectáculo de cenar con la nueva pareja femenina de Vivian. Sombras de tía Mildred y la vaquera en Palo Alto de hacía cuatro años, dijo Ferguson para sí, pero con una diferencia: a los quince años él no se había inquietado ni escandalizado por algo así, pero Gil, aunque a sus cincuenta y dos años hubiera pensado que le daba igual, casi seguro que se habría quedado estupefacto.

Con los cuatro allí sentados en torno a la mesa del comedor aquella noche, Ferguson sintió alivio al ver lo bien que se llevaban Vivian y su madre, lo rápidamente que se habían hecho amigas después de tan sólo unos pocos encuentros, pero las dos mujeres estaban unidas gracias a Gil y a su mutua admiración (¿cuántas veces había hablado Vivian sobre las *excepcionales fotografías* de su madre?), y por él, porque el hijo apartado de su madre vivía ahora bajo el techo de Vivian, también gracias a Gil, y una y otra vez desde que había llegado a París su madre le había repetido a Vivian lo agradecida que le estaba por ocuparse de él y hacerle estudiar y darle tantas cosas, y en la cena de aquella noche decía todo eso directamente a Vivian, dándole las gracias por cuidar del *granuja de mi hijo,* y sí, dijo Vivian, *este diablillo tuyo a veces es de armas tomar*, las dos tomándole el pelo porque sabían que lo podía aguantar y no le importaba, aunque no sólo le daba lo mismo sino que en realidad le gustaba que las dos hicieran bromas a su costa, y en medio de aquel desenfadado maratón de mofas se le ocurrió que Vivian sabía mejor que su madre quién era él ahora. No sólo había trabajado con él en el manuscrito de su libro, no sólo avanzaban laboriosamente por el centenar de las obras más importantes de la

literatura occidental, sino que lo sabía todo de su yo dividido y, sin duda, era la confidente más leal que jamás había tenido. ¿Una segunda madre? No, eso no. No hacían falta más madres a aquellas alturas. Entonces ¿qué? Más que una amiga, menos que una madre. Su gemelo femenino, quizá. La persona en la que él se habría convertido de haber nacido chica.

El último día pasó por el Hôtel Pont Royal para despedirse de ellos. Aquella mañana la ciudad mostraba su mejor y más bello aspecto, un luminoso cielo azul en las alturas, cálido y claro, agradables aromas saliendo de las *boulangeries* del barrio, chicas bonitas por la calle, coches tocando el claxon, ciclomotores pedorreantes, todo el espléndido hechizo gershwiniano de la primavera en París, el París del centenar de canciones sensibleras y películas en tecnicolor, pero la verdad era que resultaba espléndido y levantaba el espíritu, realmente era el mejor sitio del mundo, y mientras Ferguson iba de la casa de la rue de l'Université al hotel de la rue Montalembert, mientras tomaba nota del cielo, de los aromas y de las chicas, luchaba contra el inmenso peso que había caído sobre sus espaldas aquella mañana, el estúpido miedo infantil de tener que decir adiós a su madre. No quería que se fuese. Una semana no había sido suficiente, aunque en cierto modo sabía que estaría mejor sin ella, que poco a poco siempre volvía a ser niño cuando estaba a su lado, pero ahora la tristeza normal de otra despedida se había transformado en la premonición de que no volvería a verla más, de que a ella le iba a ocurrir algo antes de que tuvieran ocasión de reunirse de nuevo y de que ese adiós sería el último. Una idea ridícula, dijo para sí, una de esas estúpidas fantasías románticas, un sentimiento de angustia adolescente en su forma más penosa, pero aquel pensamiento ya había arraigado en él y no sabía cómo quitárselo de la cabeza.

Al llegar al hotel, encontró a su madre en un centrífugo estado de energía y entusiasmo, sólo pendiente del momento, sin tiempo para hablar de sombrías premoniciones y accidentes fatales, porque aquella mañana en particular iba a la Gare du Nord, se dirigía a Ámsterdam, salía de París hacia otra ciudad, otro país, otra aventura estaba a punto de iniciarse, y había bolsas y maletas que cargar en el maletero del taxi, las últimas ojeadas al bolso de mano para ver si Gil le había puesto allí las pastillas para el estómago, había que repartir propina entre porteros y botones para darles las gracias y despedirse de ellos, y después de estrechar a su hijo en un rápido y alegre abrazo, dio media vuelta y se dirigió al taxi, pero justo cuando Gil abrió la puerta y estaba a punto de subir al asiento de atrás, se volvió y, sonriendo, lanzó un gran beso a Ferguson. Pórtate bien, Archie, le dijo, y de pronto se esfumaron los malos augurios que arrastraba desde por la mañana temprano.

Mientras veía cómo desaparecía el taxi a la vuelta de la esquina, Ferguson decidió no hacer caso de los deseos de su madre y cortar el pasaje del libro.

Los malos augurios desaparecieron, pero tal como los acontecimientos demostrarían diez meses más tarde, la premonición de Ferguson no había sido desacertada. El abrazo de despedida con su madre el 6 de mayo fue la última vez que se tocaron, y una vez que subió al asiento trasero del taxi y Gil cerró la puerta, Ferguson no volvió a verla. Hablaron por teléfono, una llamada en la noche de su vigésimo cumpleaños en marzo de 1967, pero cuando colgó el aparato, Ferguson nunca más oyó su voz. Su

premonición no había sido desacertada, pero tampoco había dado exactamente en el clavo. El accidente o enfermedad mortal que Ferguson había imaginado con respecto a su madre no le ocurrió a ella sino a él, en su caso un accidente de tráfico durante la visita que hizo a Londres para celebrar la publicación del libro, lo que significaba que después de decir adiós a su madre el 6 de mayo de 1966 en París, le quedaban trescientos cuatro días de vida.

Afortunadamente, permaneció ignorante del cruel plan que los dioses habían fraguado para él. Felizmente, no sabía que estaba destinado a tener una entrada tan breve en el *Anuario de la vida terrenal*, y por tanto continuó viviendo como si aún tuviera miles de mañanas por delante en vez de sólo trescientas cuatro.

Dos días después de que su madre y Gil se marcharan para Ámsterdam, Ferguson declinó a ir a una fiesta con Vivian y Lisa al descubrir que Fleming era uno de los invitados. Habían pasado más de tres meses desde la noche del dinero y el llanto, y hacía mucho que había eximido a Fleming de toda culpa. Era el recuerdo de lo que estuvo dispuesto a hacer con Fleming lo que seguía acosándolo, la convicción de que había sido culpa suya, exclusivamente suya, y como el profesor no lo había obligado a hacer nada que él no se declarara dispuesto a hacer, ¿cómo podía hacerle responsable de lo que había ocurrido? No era Fleming, sino él, su propia vergüenza, el recuerdo de su propia avaricia y degradación lo que lo había impulsado a romper sus cartas y no devolverle las llamadas, pero aunque ya no le guardara rencor, ¿por qué no quería verlo más?

Desayunando en la cocina a la mañana siguiente, Vivian le habló de alguien que había conocido en la fiesta, celebrada en los jardines del patio de Reid Hall, la filial de la Universidad de Columbia en París, un joven de veinticinco o veintiséis años que le había causado gran impresión, dijo ella, alguien que, según pensaba, a Ferguson le gustaría tanto como a ella. Un canadiense de Montreal de madre blanca *québécquoise* y padre negro norteamericano originario de Nueva Orleans, una persona llamada Albert Dufresne *(Al-bear Du-frenn)*, licenciado por la Universidad Howard en Washington, en cuyo *equipo de baloncesto* había jugado (algo que, suponía Vivian, interesaría a Ferguson, como así fue), y que se había trasladado a París a raíz de la muerte de su padre y allí estaba trabajando en su *primera novela* (otra cosa que, suponía Vivian, interesaría a Ferguson, como así fue), y ahora que le había despertado la curiosidad, Ferguson le pidió que le diera más detalles.

¿Como cuáles?

Como ¿qué tal es?

Apasionado. Inteligente. Comprometido; *engagé*, digamos. Sin gran sentido del humor, lamento informar. Pero muy animado. Cautivador. Uno de esos jóvenes ardientes que quiere volver el mundo del revés y reinventarlo.

A diferencia de mí, por ejemplo.

Tú no quieres reinventar el mundo, Archie, quieres entenderlo para encontrar una forma de vivir en él.

¿Y por qué crees que me llevaría bien con esa persona?

Colega de pluma, colega de baloncesto, colega del norte de Norteamérica, colega hijo único, y aunque su padre murió hace sólo un par de años, colega huérfano, porque su viejo se fugó de casa cuando Albert tenía seis años y se fue a

vivir a Nueva Orleans.

¿A qué se dedicaba su padre?

Era trompetista de jazz y, según su hijo, bebedor recalcitrante, un hijoputa de toda la vida.

¿Y la madre?

Maestra de quinto de primaria. Igual que mi madre.

Tendríais mucho de que hablar.

Debo añadir que el señor Dufresne tiene muy buena presencia, una apariencia de lo más insólita.

¿En qué sentido?

Es alto. En torno a uno ochenta y ocho o uno noventa. Delgado y musculoso, supongo, aunque estaba con la ropa puesta, naturalmente, así que no puedo ser más precisa. Pero tiene pinta de antiguo atleta que ha logrado mantenerse en forma. Dice que sigue tirando al *aro* siempre que puede.

Estupendo. Pero sigo sin saber qué tiene eso de insólito.

Es su cara, creo, las extraordinarias cualidades de su semblante. Su padre no sólo era negro, sino que también tenía sangre choctaw, según me dijo, y cuando todo eso se mezcla con los genes blancos de su madre sale una persona negra de piel clara con ciertos rasgos asiáticos, euroasiáticos. Un color de piel extraordinario, ésa es mi impresión, con un tinte cobrizo y brillante, una piel que no es ni oscura ni pálida, Ricitos de Oro *tal cual*, si entiendes lo que quiero decir, una piel tan encantadora que me daban ganas de pasarle las manos por la cara mientras hablaba con él.

¿Guapo?

No, yo no diría tanto. Pero sí atractivo. Un rostro agradable a la vista.

¿Y qué me dices de sus..., de sus más íntimas inclinaciones?

No sabría decirte con seguridad. Normalmente lo adivino enseguida, pero este Albert es como un rompecabezas. Un hombre para otros hombres, me imagino, pero un tipo varonil que no quiere transmitir su atracción hacia otros hombres.

Un maricón muy macho.

Puede. Mencionó unas cuantas veces a James Baldwin, si es que eso significa algo. Baldwin es el escritor norteamericano que más le gusta. Por eso ha venido a París, me dijo, porque quería *seguir los pasos de Jimmy*.

A mí también me gusta ese autor, y estoy de acuerdo en que es el mejor escritor norteamericano, pero sólo porque a Baldwin le dé por los hombres no puede deducirse nada de aquellos a quienes les guste su literatura.

Exactamente. En cualquier caso, le hablé mucho de ti, y Albert parecía bastante impresionado cuando le conté lo de tu libro, incluso un poco envidioso, quizá. Diecinueve años y ya le van a publicar, y ahí está él con veintitantos, aún dándole duro a la primera parte de su novela.

Espero que no le dijeras que era un libro breve.

Se lo dije. Un libro muy breve. Y también le mencioné que te mueres de ganas por jugar al baloncesto. Lo creas o no, vive en la rue Descartes, en el quinto, y justo enfrente de su edificio hay una pista al aire libre. La valla siempre está cerrada, dice, pero es fácil saltarla, y nunca ha tenido problemas para entrar y ponerse a jugar.

He pasado docenas de veces por esa pista, pero los franceses son tan estrictos

con las cerraduras, las llaves y los reglamentos que pensé que me deportarían si trataba de colarme.

Me dijo que le gustaría conocerte. ¿Te interesa?

Claro que sí. Vayamos a cenar con él esta noche. A ese pequeño restaurante marroquí que tanto te gusta, el que está junto a la place de la Contrescarpe, La Casbah, y la rue Descartes está nada más subir la cuesta desde allí. Si no tiene otros planes, quizá quiera compartir con nosotros una bandeja de *couscous royale*.

Cena en La Casbah aquella noche con Vivian, Lisa y el desconocido, que apareció quince minutos tarde tal como Vivian lo había descrito, con su extraordinaria piel y su presencia vehemente, seguro de sí. No, no era alguien dado a la charla trivial ni a hacer chistes, pero era capaz de sonreír y reír cuando consideraba que había motivo, y cualquier arista oculta en su interior se suavizaba por la dulzura de su voz y la curiosidad de su mirada. Ferguson estaba sentado justo frente a él. Podía observar directamente la totalidad de sus rasgos, y mientras Vivian probablemente acertaba al decir que no era guapo, Ferguson lo encontraba bello. No, gracias, dijo Albert cuando el camarero se disponía a servirle vino en la copa, y luego miró a Ferguson y explicó que *de momento había dejado el género de cepas*, lo que parecía sugerir que antes bebía, sin duda más de la cuenta, el reconocimiento de una debilidad, quizá, y viniendo de un personaje tan contenido y sereno como Albert Dufresne, Ferguson consideró aquella flaqueza como una señal de que, después de todo, era humano. De nuevo la voz suave, uniformemente modulada, que recordaba a Ferguson lo mucho que había disfrutado escuchando la voz de su padre cuando era niño, y con el Albert bilingüe, que tenía un rastro de acento canadiense cuando hablaba francés y un rastro de acento francés cuando hablaba en inglés del norte de Norteamérica, Ferguson se sorprendió experimentando una especie de placer similar si no plenamente idéntico.

Una conversación dispersa que duró dos horas, con Lisa más apagada que nunca en opinión de Ferguson, contribuyendo únicamente con un par de exclamaciones divertidas en vez de con un centenar, como si estuviera bajo el hechizo del desconocido y comprendiera que sus gracias darían una nota discordante, pero qué relajado parecía Albert en la compañía de Vivian, que solía causar ese efecto en la gente, por supuesto, pero en este caso el efecto era más fuerte porque el canadiense encontraba en ella algo que le recordaba a cierta cualidad de su madre, una persona a la que *se sentía muy unido*, según dijo, la madre blanca de aquel negro que despreciaba a la bestia ya muerta de su padre negro, lo complicado que hubo de ser, pensó Ferguson, y con qué bagaje tan pesado debía cargar, y luego pasaron a Nueva York, al año y medio que vivió en Harlem después de licenciarse en la universidad, seguido de la decisión de venirse a Francia porque Estados Unidos era una *fosa común* para todo ciudadano negro, sobre todo para un negro como él (¿refiriéndose a su condición de hombre a quien le gustaban los hombres, se preguntó Ferguson, o aludiendo a otra cosa?), y luego repasaron entre todos la larga lista de escritores y artistas norteamericanos negros que se habían ido a vivir a París, la *desnuda y numinosa* Josephine Baker, según expresión de Albert, así como Richard Wright, Chester Himes, Countee Cullen, y Miles Davis en los brazos de Juliette Gréco, Nancy Cunard en los brazos de Henry Crowder, y el héroe de Albert, Jimmy, a quien tan

groseramente no se había invitado a hablar en la Marcha sobre Washington tres años antes, dijo, pero con Bayard Rustin incluido en la lista de oradores *quizá se figuraron que con un maricón negro había suficiente* (la evidencia iba creciendo), y entonces intervino Ferguson y se puso a hablar de *La habitación de Giovanni*, que en su *modesta y sincera opinión* era uno de los libros más valientes y más elegantemente escritos que había leído jamás (observación que recibió una señal de aprobación de Albert, que asintió con la cabeza), y un momento después, como suele ocurrir en las conversaciones durante las cenas, pasaron a otro tema y ellos dos se pusieron a hablar de baloncesto, los Boston Celtics y Bill Russell, lo que llevó a Ferguson a hacer a Albert la misma pregunta que le había hecho a Jim muchos años antes: ¿Por qué Russell es el mejor cuando ni siquiera es bueno?, a lo que Albert respondió: Pues claro que es bueno, Archie. Russell es capaz de anotar veinticinco puntos en un partido si quiere. Sólo que Auerbach no necesita que haga eso. Quiere que sea el director del equipo, y como todos sabemos, el director no toca ningún instrumento. Se queda ahí de pie con la batuta y dirige la orquesta, y aunque parezca una simpleza, si no hubiera nadie que hiciera la labor del director, los músicos desentonarían y tocarían las notas que no son.

La velada acabó con una invitación. Si Ferguson no estaba ocupado mañana por la tarde, podía acercarse a casa de Albert a eso de las cuatro y media para jugar un partido de uno contra uno en su «pista particular», enfrente de su edificio de la rue Descartes. Ferguson le advirtió que no jugaba desde hacía meses y que no estaría en buena forma, pero sí, dijo, le encantaría.

Así apareció Albert Dufresne en la vida de Ferguson. Así fue como el hombre al que acabarían llamando Al Bear y señor Oso se incorporó al regimiento en calidad de camarada de armas de Ferguson en la siguiente batalla de la inacabable Guerra del A*boer*rimiento contra el Dolor de la Existencia Humana, porque a diferencia del Aubrey Hull de doble sentido, satisfactoriamente casado con su Fiona de sentido único y padre amantísimo de sus dos jóvenes descendientes, el soltero Al Bear, de sentido único, cuyas inclinaciones más profundas tendían hacia los Aubrey de este mundo en vez de a las Fiona, estaba disponible para prestar servicio en combate a tiempo completo, y como vivía en la misma ciudad que Ferguson, eso significaba casi todos los días, al menos mientras durase la batalla.

Los inesperados acontecimientos de la primera tarde que pasaron juntos empezaron con los reñidos y duros partidos de uno contra uno en los cuales el Excomando-en-Jefe, falto de práctica, se estrellaba contra el tablero cuando quería adelantarse al ágil exbase llamado señor Oso, con sus cuerpos chocando con fuerza al disputarse una pelota suelta y tratar de bloquear tiros, tres partidos bastante a la par con veinte o treinta faltas en cada uno y el ridículo giro en el aire con el que el blanco Ferguson saltaba más que el negro Dufresne, y aunque Ferguson acabó perdiendo los tres partidos porque sus tiros exteriores eran horrendos y no entraban, era evidente que estaban más o menos igualados, y una vez que Ferguson se pusiera de nuevo en forma, Albert tendría que jugar lo mejor que supiera para estar a su altura.

Saltaron la valla metálica después, agotados los dos, respirando agitadamente, empapados en un sudor salino y pegajoso, y cruzaron luego la calle para subir al apartamento de Albert en el tercer piso. El orden y la limpieza de las dos

habitaciones, la más grande con una pared en la que se apoyaban cuatrocientos libros, con la cama y el armario, el escritorio y la máquina de escribir Remington en el cuarto más pequeño con las páginas de la novela de Albert en marcha apiladas en un pulcro montón, la luz entrando por las ventanas en la arreglada cocina, provista de mesa de madera y cuatro sillas, y más luz entrando por las ventanas del cuarto de baño, de baldosines blancos. No el tipo de ducha habitual en Estados Unidos, sino la ducha de mano francesa que hay que darse de pie o sentado en la bañera rociándose con lo que Ferguson denominaba *manguera telefónica*, y como él era el invitado, Albert le ofreció amablemente el primer turno, de modo que Ferguson pasó al baño, se quitó las zapatillas, los calcetines sudados y malolientes, los calzoncillos y la camiseta, abrió el grifo y se metió en la bañera casi cuadrada. Una rociada por todo el cuerpo con la manguera telefónica en la mano derecha por encima de la cabeza, y con el ruido del agua en los oídos y los ojos cerrados para protegerlos de los dardos líquidos no oyó que Albert llamaba a la puerta y no lo vio entrar en el cuarto de baño un momento después.

Una mano le tocaba la nuca. Ferguson bajó el brazo, soltó la ducha y abrió los ojos.

Albert aún llevaba puestos los calzoncillos, pero se había despojado de todo lo demás.

Supongo que esto te parecerá bien, dijo a Ferguson, que sintió cómo la misma mano se deslizaba por su espalda hasta detenerse en sus nalgas.

Mejor que bien, repuso Ferguson. De no haber ocurrido, me habría marchado de aquí triste y desconsolado.

Albert puso la otra mano en torno a la cintura de Ferguson y lo atrajo hacia él. Eres un chico maravilloso, Archie, le dijo, y desde luego no quisiera que te llevaras un chasco. En realidad, sería mucho mejor para los dos si te quedaras, ¿no te parece?

La tarde declinó en crepúsculo, el atardecer en noche, la noche se mudó en amanecer y la mañana se volvió tarde de nuevo. En cuanto a Ferguson, ahí lo tenía, un amor irrepetible, arrebatador, y durante los doscientos cincuenta y seis días siguientes vivió en otro territorio, en un país que no era Francia ni Estados Unidos ni ningún otro, un país nuevo que no tenía nombre, ni fronteras, ni ciudades ni aldeas, un país con dos habitantes.

Eso no quería decir que el señor Oso fuese una persona de fácil convivencia ni que Ferguson no pasara por algunos intervalos tempestuosos durante esos ocho largos meses de actividad sexual, camaradería y conflictos, porque el bagaje que llevaba su amigo suponía efectivamente una pesada carga, y por joven, inteligente y seguro de sí mismo que Albert apareciese ante el mundo, tenía un alma vieja y abatida, y las almas viejas y abatidas podían mostrarse unas veces amargas y otras coléricas, sobre todo con las de quienes no sentían la misma cólera y amargura. Por cariñoso que se mostrara la mayor parte de los días, frecuentemente con una efusión de ternura que abrumaba a Ferguson y le hacía pensar que en el mundo no había mejor persona que el hombre sensible y afectuoso que yacía a su lado, Albert también era orgulloso y competitivo y dado a emitir severos juicios morales sobre los demás, y a ello contribuía el hecho de que el libro del más joven estaba a punto de publicarse mientras que el mayor seguía trabajando en el suyo, como tampoco ayudaba el

adolescente sentido del humor de Ferguson, que muchas veces no concordaba con la agria rectitud de Albert, el atolondrado derroche de ideas disparatadas que le salía a borbotones en momentos de felicidad poscoital, como la sugerencia de que se afeitaran hasta el último pelo del cuerpo, compraran pelucas y ropa de mujer y fueran a un restaurante o a una fiesta para ver si podían concluir la broma pasando por mujeres de verdad. *Ar-shee*, decía Ferguson imitando el modo en que Celestine pronunciaba su nombre, *¿a que sería interesante si una noche pudiera hacerme pasar por mujer?* La irritada respuesta de Albert: *No seas estúpido,* decía, *eres un hombre. Muéstrate orgulloso de ser hombre y olvídate de esas sandeces de travestido. Si quieres dejar de ser lo que eres, prueba a ser negro durante un par de días y fíjate en lo que te pasa entonces*. O si no, después de una sesión particularmente satisfactoria en la cama, la propuesta de Ferguson de entrar en el negocio de posar desnudos los dos juntos para revistas de pornografía homosexual, fotografías a doble página y todo color de los dos besándose y chupándosela el uno al otro y jodiéndose mutuamente por el culo con primeros planos de la lefa brotándoles del capullo, menudo desmadre sería eso, dijo Ferguson, y simplemente figúrate la pasta que ganarían.

¿Dónde está tu dignidad?, le espetó Albert, sin comprender una vez más que Ferguson estaba bromeando. ¿Y a qué viene lo de la pasta? Puede que no recibas mucho de tus padres, pero Vivian te mantiene a cuerpo de rey, me parece a mí, así que ¿por qué hablas de humillarte por un puñado de francos más?

Ya basta, dijo Ferguson, dejando a un lado sus antojadizas fantasías para afrontar algo real, algo que lo tenía preocupado desde hacía un par de meses. Vivian se ocupa tan bien de mí que empiezo a sentirme como un gorrón, y no me gusta esa sensación, o al menos ha dejado de gustarme. No está bien que acepte tantas cosas de ella, pero no tengo derecho a trabajar en este país, como tú bien sabes, así que, ¿qué quieres que haga?

Siempre puedes poner el culo en bares de maricones, le sugirió Albert. Así probarás en serio lo que es vivir en el fango.

Eso ya lo he pensado, contestó Ferguson, recordando la noche del dinero y el llanto. No me interesa.

Al tener siete años menos, Ferguson era el subordinado en aquel asunto, el más joven, que debía seguir las indicaciones del mayor, y ése era el papel que más le convenía, porque nada superaba la sensación de vivir bajo la protección de Albert, la de no tener que ser el responsable ni el que debía resolverlo todo, y normalmente Albert lo protegía, y por lo general se ocupaba de él sumamente bien. Albert era la primera persona en su vida que compartía su doble pero unificada pasión por lo mental y lo físico, con lo físico significando en primer lugar lo sexual, la primacía de lo sexual sobre cualquier otra actividad humana, pero también jugar al baloncesto y correr, correr por el Jardin des Plantes, flexiones, abdominales, sentadillas y saltos en la pista o en el piso, y los feroces y despiadados partidos de uno contra uno, que eran desafiantes y satisfactorios en sí mismos pero también servían de elaborada estimulación erótica, porque ahora que conocía tan bien el cuerpo de Albert, resultaba difícil no pensar en la desnudez oculta bajo los pantalones cortos y la camiseta cuando Albert se movía por la pista, los espléndidos y muy amados detalles de la personalidad física del señor Oso, y con lo mental significando no sólo las funciones

y esfuerzos cognitivos del cerebro sino también el estudio de textos, films y obras de arte, la necesidad de escribir, la cuestión fundamental de tratar de entender o reinventar el mundo, la obligación de pensar en uno mismo en relación con los demás y rechazar el señuelo de vivir exclusivamente para sí mismo, y cuando Ferguson descubrió que además de los libros a Albert también le gustaba el cine, es decir, le gustaba tanto como a él le gustaban ahora los libros, contrajeron el hábito de ir juntos al cine la mayoría de las noches, a ver películas de todo tipo debido al eclecticismo de los gustos de Ferguson y a la disposición de Albert de seguirlo a la sala que él escogiera, pero de los muchos films que vieron ninguno fue más importante para ellos que la nueva película de Bresson, *Al azar de Baltasar*, estrenada en París el 25 de mayo y que vieron juntos de principio a fin cuatro noches consecutivas, un film que clamaba en el corazón y la cabeza de ambos con la furia de una revelación divina, *El idiota* de Dostoievski transformado en la historia de un burro de la Francia rural, el oprimido, el cruelmente tratado Baltasar, emblema del sufrimiento humano y de la piadosa tolerancia, y Ferguson y Albert no se cansaban de ella porque veían la historia de su propia vida en la historia de Baltasar, los dos se sentían Baltasar mientras veían el film proyectándose en la pantalla, de modo que volvieron otras tres veces después de la primera, y al término de la última Ferguson había aprendido a imitar los sonidos hirientes, discordantes que brotaban de la boca del burro en los momentos cruciales de la película, el asmático lamento de un ser-víctima que luchaba por respirar una vez más, una queja horrísona, un sonido desgarrador, y en lo sucesivo siempre que Ferguson quería comunicar a Albert que andaba de capa caída o que le dolía alguna de las injusticias que hubiera visto en el mundo, prescindía de las palabras y hacía su imitación del doble alarido atonal de Baltasar, primero hacia dentro y luego hacia fuera, *el rebuzno del más allá,* según lo denominaba Albert, y como el propio Albert era incapaz de dejarse llevar a tal extremo y por tanto no podía sumarse a él, cada vez que Ferguson se convertía en el doliente burro, pensaba que lo hacía por los dos.

Gustos similares en la mayoría de las cosas, reacciones semejantes ante libros y películas y personas (Albert adoraba a Vivian), pero en lo tocante a la escritura se encontraban en un punto muerto porque ninguno de ellos se armaba de valor para enseñar al otro su trabajo. Ferguson deseaba que Albert leyera su libro, pero no quería forzarlo, y como Albert nunca le pedía verlo, Ferguson se contenía y no decía nada, y tampoco le contaba lo del manuscrito corregido que Aubrey le había enviado de Londres, ni la decisión de utilizar la fotografía de su madre en la cubierta, ni la selección de diez fotogramas de Laurel y Hardy y de otros diez de películas producidas a finales de 1954 y 1955 (entre ellas de Marilyn Monroe en *Luces de candilejas*, Dean Martin y Jerry Lewis en *Cómicos en París*, Kim Novak y William Holden en *Picnic*, Marlon Brando y Jean Simmons en *Ellos y ellas,* y Gene Tierney y Humphrey Bogart en *La mano izquierda de Dios*). Tampoco le dijo nada sobre primeras galeradas, segundas galeradas ni ejemplares de anticipo cuando salieron a primeros de julio, finales de julio y primeros de septiembre, y ni una sola vez mencionó la carta de Aubrey en la que anunciaba que Paul Sandler, de Random House de Nueva York (el extío Paul de Ferguson) publicaría una edición norteamericana del libro un mes después de su lanzamiento en Inglaterra.

Cuando Ferguson preguntó a Albert si podía echar una mirada a la primera mitad de la novela que estaba escribiendo (algo más de doscientas páginas, por lo visto), Albert le dijo que aún estaba en esbozo y que no podía enseñarlo hasta haberlo terminado. Ferguson dijo que lo entendía, lo que en realidad era cierto, porque él tampoco había mostrado su libro a nadie antes de haberlo acabado, pero al menos quizá podía revelarle el título. Albert negó con la cabeza, alegando que aún no tenía, o más bien que estaba barajando tres posibilidades diferentes y todavía no se había decidido por ninguna, respuesta que podría ser verdadera o simplemente una evasiva cortés. La primera vez que Ferguson pasó al estudio de Albert, el manuscrito estaba en el escritorio cerca de la máquina Remington, pero al día siguiente el manuscrito había desaparecido, sin duda en uno de los cajones del escritorio de madera. A lo largo de los meses que pasaron juntos, Ferguson se encontró en varias ocasiones solo en el apartamento cuando Albert salía a algún recado por el barrio, lo que significaba que podría haber entrado en el estudio para sacar el manuscrito del cajón en que estuviera escondido, pero no lo hizo porque no quería convertirse en el tipo de persona que hacía esas cosas, que traicionaba la confianza de los demás y rompía promesas y actuaba solapadamente cuando nadie miraba, porque haber echado una ojeada al manuscrito de Albert habría sido igual que robarlo o quemarlo, un acto de deslealtad tan repugnante que no habría tenido perdón.

Albert mantenía su libro en secreto, pero sorprendentemente en otros aspectos no era nada reservado, a veces se le veía incluso deseoso de hablar de sí mismo, y en las primeras semanas que pasaron juntos Ferguson llegó a saber muchas cosas sobre su pasado. Abandonado por su padre a los seis años, tal como le había contado a Vivian la noche en que se conocieron en Reid Hall, pero entonces, después de diecisiete años sin estar en contacto, no olvidado en el testamento de su padre, recordado con la cantidad de sesenta mil dólares, dinero suficiente para vivir en París durante cinco años o más sin preocuparse de nada salvo de su novela. Su estrecha relación con su madre, que por haberse casado con un negro fue desterrada de su estricta familia de católicos romanos y siguió voluntariamente proscrita incluso después de que el negro se marchara y la familia estuviera dispuesta a perdonar y olvidar, porque su fuerte y enérgica madre no estaba dispuesta a perdonar ni olvidar. Montreal, una ciudad no desprovista de población negra ni de mezcla racial, una ciudad donde Albert se había adaptado estupendamente, un chico que destacaba en deportes, en el colegio, pero que en plena adolescencia tuvo el creciente conocimiento de ser *diferente* de los demás chicos, ya fueran negros, blancos o mestizos, con lo que sobrevino el miedo a que su madre lo averiguase, cosa que la habría destrozado, según pensaba Albert, de modo que a los diecisiete se fue de Montreal para asistir a una universidad sólo para negros en Estados Unidos, Howard, en el Washington de mayoría negra, una universidad espléndida pero un sitio asqueroso para vivir, y durante el primer curso empezó a perder el control poco a poco. Primero alcohol, luego cocaína, después heroína, la gran colisión contra la confusa apatía y la rabiosa certidumbre, una mezcla letal que lo mandó cojeando de vuelta a Montreal y a los brazos de su madre, pero mejor drogadicto que hijo maricón, concluyó, y entonces ella se lo llevó a pasar el verano a los montes Laurentian y lo encerró en un cobertizo para someterlo a la Cura Miles Davis, según

lo denominó ella, cuatro días seguidos de vomitonas y cagalera y gritos, los temblores y atroces gemidos del síndrome de abstinencia y la desintoxicación, la brutal confrontación con su patética nada y el dios insignificante que se negaba a velar por él, y luego su madre lo sacó del cobertizo y no se apartó de su lado durante dos meses mientras él aprendía a comer otra vez y a pensar de nuevo y a dejar de sentir lástima de sí mismo. Vuelta a Howard en el otoño, y de entonces en adelante ni una gota de vino, ni de cerveza ni bebidas alcohólicas, ni una calada de hierba ni una raya de coca, limpio durante los últimos ocho años pero aún cagado de miedo por si recaía y llegaba muerto al hospital, y cuando Albert contó a Ferguson esa historia al tercer día de estar juntos, Ferguson decidió dejar de beber en presencia de Albert, él, que disfrutaba con el alcohol y el vino tanto como con el sexo, ya no bebería delante del querido señor Oso, y no, no le iba a hacer gracia, pero era necesario.

Diez días después de aquel tercer día, Ferguson empezó a escribir otra vez. En principio su plan había consistido en volver de puntillas, repasando algunas de sus viejas publicaciones en el instituto para ver si podía rescatar algo de ellas, pero después de un examen detenido del artículo sobre los films de John Ford de género distinto al *western*, que una vez consideró como el mejor que había escrito, lo encontró rudimentario y deficiente, algo en lo que no valía la pena pensar más. Había adelantado mucho desde entonces, ¿y por qué dar marcha atrás cuando todo en él pedía a gritos que siguiera adelante? Ya había recopilado bastantes ejemplos para empezar a escribir algún artículo sobre la representación de la infancia en el cine, el título de «Genios y traperos», que no dejaba de evolucionar, había dado paso al más simple y directo «Films y películas», distinción que le permitiría explorar la a veces borrosa divisoria entre arte y entretenimiento, pero en medio de sus deliberaciones sobre qué artículo escribir primero, surgió algo nuevo, algo lo bastante sólido como para abarcar ambas ideas, y Ferguson estaba preparado para hincarle el diente.

Gil había enviado una carta desde Ámsterdam junto con un paquete de libros, folletos y postales de la Casa de Ana Frank en Prinsengracht 263, que había visitado con la madre de Ferguson el último día de su estancia en la ciudad. Ahora era un museo, escribía Gil, y el público podía subir las escaleras hasta el Anexo Secreto y entrar en el cuarto donde la joven Ana Frank escribía su diario, y como recordaba la emoción que aquel libro produjo a Ferguson cuando lo leyó en octavo de primaria en la Riverside Academy, *arrebatado hasta el punto de que confesaste que estabas «verdaderamente chiflado» por Ana Frank y una vez fuiste tan lejos como para decir que estabas «locamente enamorado de ella», he pensado que la documentación que te adjunto podría interesarte. Sé que hay algo indecoroso sobre el fetichismo creado en torno a la pobre muchacha,* proseguía Gil. *Después del éxito de ventas del libro, la obra de teatro y la película, Ana Frank se ha convertido en la representante* kitsch *del Holocausto para la población no judía de Estados Unidos y otros países, pero nadie puede culpar a Ana Frank de eso, Ana Frank está muerta y el libro que escribió es una espléndida obra de arte, la obra de una escritora incipiente con verdadero talento, y debo decir que tu madre y yo salimos profundamente conmovidos de la visita a esa casa. Después de lo que nos has contado sobre el ensayo que piensas escribir sobre la infancia en el cine, no dejé de pensar en ti al*

contemplar las fotografías que Ana había pegado en la pared del Anexo Secreto, recortes de periódicos y revistas de estrellas de Hollywood —Ginger Rogers, Greta Garbo, Ray Milland, las hermanas Lane—, lo que me llevó a comprarte el libro de sus escritos no relacionados con el diario, Las habitaciones de atrás. *Mira la historia* «*Sueños de estrella de cine», fantasía sobre la realización del deseo de una chica europea de diecisiete años llamada Ana Franklin (Ana Frank no vivió hasta los diecisiete) que escribe a Priscilla Lane a Hollywood y resulta que la invitan a pasar las vacaciones de verano con la familia Lane. Una larga travesía del Atlántico en avión, cruza luego el continente norteamericano, y una vez que aterriza en California, Priscilla la lleva a los estudios de la Warner Bros., donde la fotografían y le hacen pruebas..., para acabar con un trabajo de modelo de equipos de tenis. ¡Qué delirio! Y acuérdate también, Archie, de la fotografía de Ana F. pegada en su diario con un pie que dice: «En esta foto me veo como me gustaría estar siempre. Entonces a lo mejor tendría una oportunidad de llegar a Hollywood». La matanza de millones, el fin de la civilización, y una muchachita. Quizá quieras pensar sobre eso*.

Ése fue el siguiente proyecto de Ferguson, un ensayo de extensión aún indefinida titulado «Ana Frank en Hollywood». No sólo escribiría sobre la infancia en el cine, sino también sobre el efecto del cine *en* los niños, en particular del cine de Hollywood, y no sólo en niños norteamericanos sino en niños de todo el mundo, porque recordaba haber leído en alguna parte que el joven Satyajit Ray escribió en India una carta de admiración a la estrella juvenil Deanna Durbin en California, y utilizando a Ray y Ana Frank como ejemplos principales también podría explorar la frontera arte-entretenimiento sobre la que meditaba desde que empezó a reflexionar sobre el cine. La tentación de entrar en un mundo paralelo de embrujo y libertad, el deseo de identificarse con la historia de otras vidas, más importantes y mejores que las reales, el yo levitando y saliendo de sí mismo, dejando la Tierra atrás. No era un tema insignificante, y en el caso de Ana Frank, asunto de vida o muerte. Películas y films. Su una vez amada Ana, su aún amada Ana, atrapada en el Anexo Secreto y ansiando ir a Hollywood, muerta a los quince años, asesinada en Bergen-Belsen a los quince años, y luego Hollywood hizo una película sobre los últimos años de su vida y la convirtió en estrella.

No te haces idea del valor que todo esto tiene para mí, escribió Ferguson a su padrastro, agradeciéndole la carta y los libros. *Me ha aclarado las ideas aportándome un nuevo enfoque sobre lo que quiero escribir ahora. Serio. Gracias a ti, el asunto ha tomado un impulso que lo eleva a un nuevo nivel de seriedad, y ojalá esté a la altura para hacerle justicia. Equipos de tenis. Aldeas rodeadas con alambre de espino y vigiladas por ametralladoras. Greta Garbo riendo por primera vez. Correteando por las playas de California mientras una epidemia de tifus se desata en la capital del Fango. Hora del cóctel, todo el mundo. Hora de las fosas con cal, mis queridos niños hambrientos. ¿Cómo podemos seguir queriéndonos unos a otros? ¿Cómo podemos seguir teniendo esos pensamientos egoístas? Tú estuviste allí, Gil, tú lo viste con tus propios ojos y respiraste aquellos olores, y sin embargo has dedicado tu vida a la música. Imposible decirte cuánto te admiro y cuánto te quiero.*

Estar con Albert significaba no estar con Albert durante la mayor parte de las horas

del día. Albert en la rue Descartes añadiendo palabras a su novela, Ferguson en su *chambre de bonne* leyendo libros de la lista de Gil y trabajando en su ensayo, y luego, alrededor de las cinco, Ferguson dejaba la pluma y se acercaba andando a casa de Albert, donde unas veces jugaban al baloncesto y otras no, e independientemente de lo que hicieran o no, se dirigían después al ruidoso mercado de la rue Mouffetard a hacer la compra para la cena, y si no iban a comprar, cenaban más tarde en algún restaurante, y como Ferguson no podía permitirse el lujo de ir a restaurantes, Albert le pagaba su parte de la cuenta (era sistemáticamente generoso con el dinero y una y otra vez decía a Ferguson *que comiera hasta hartarse y se olvidara de todo lo demás*), y luego, después de ir o no ir al cine (normalmente iban), volvían al apartamento de la tercera planta frente a la pista de baloncesto y se acostaban juntos, salvo cuando Albert iba a cenar a casa de Vivian y pasaba la noche con Ferguson en la habitación del sexto piso.

Ferguson pensaba que aquello iba a durar para siempre, y si no para siempre, por lo menos durante mucho tiempo, muchos más meses, y años, pero al cabo de doscientos cincuenta y seis días de aquel apasionante hábito, lo que temía sobre su madre en la mañana que se despidió de ella en mayo le ocurrió de manera extraña e inesperada a la madre de Albert. Un telegrama a las siete de la mañana del 21 de enero cuando ambos dormían en la cama de Albert en la rue Descartes, la portera llamando ruidosamente a la puerta y diciendo: *Monsieur Dufresne, un télégramme urgent pour vous*, y de pronto saltaban los dos de la cama, se vestían apresuradamente y entonces Albert leía el telegrama, el telegrama azul con la negra noticia de que su madre había tropezado, se había caído por las escaleras en su apartamento de Montreal y había muerto a los sesenta años. Albert no dijo nada. Pasó el telegrama a Ferguson y siguió mudo, y cuando Ferguson acabó de leer el telegrama, que terminaba con las palabras VEN A CASA ENSEGUIDA, Albert había empezado a aullar.

Salió para Canadá a la una de la tarde de aquel día, y como tenía que ocuparse de muchos y complejos asuntos tanto familiares como financieros mientras estaba allí, y además decidió ir a Nueva Orleans después de enterrar a su madre para *averiguar más cosas sobre la vida de su padre*, según explicó a Ferguson por carta, se quedaría dos meses al otro lado del mundo, y como a Ferguson sólo le quedaban cuarenta y tres días de vida cuando Albert salió de París, nunca más volvieron a verse.

Ferguson estaba tranquilo. Sabía que Albert volvería en algún momento, y mientras él se volcaría en su trabajo y aprovecharía la ausencia de su amigo para reanudar su viejo hábito de beber vino durante la cena, una copa detrás de otra para embriagarse si era necesario, porque pese a que estaba tranquilo, también le preocupaba Albert, machacado por el telegrama y casi desquiciado cuando se despidieron con un abrazo en el aeropuerto, ¿y qué pasaría si no podía soportarlo y recaía en la droga? Estate tranquilo, decía para sí, y tómate otra copa de vino, estate tranquilo y sigue adelante. El ensayo sobre Ana Frank ya tenía más de cien páginas y se había convertido en un libro, otro libro que tardaría por lo menos un año en terminar, pero entonces ya no era enero, sino febrero, y con la publicación de *Laurel y Hardy* dentro de sólo un mes le resultaba difícil concentrarse.

Aubrey no había vuelto a París desde su breve visita en abril, pero se había escrito con Ferguson un par de docenas de veces en los últimos diez meses. Tantos detalles grandes y pequeños de que ocuparse con respecto al libro, divertidas y afectuosas alusiones a las horas que pasaron juntos en la habitación de la quinta planta del Hôtel George V, y aunque Ferguson le había dicho que más o menos vivía con alguien en París, el rey de los elfos permanecía impertérrito y estaba enteramente dispuesto no sólo a repetir la función sino a realizar otras funciones más durante la próxima visita a Londres de su autor. Así parecían ir las cosas en el mundo sin mujeres por el que Ferguson transitaba ahora. Tal como Albert le había explicado una vez, las normas relativas a la fidelidad que imperaban entre hombres y mujeres no se aplicaban entre hombres y hombres, y si alguna ventaja había en ser un maricón proscrito frente a un ciudadano casado y respetuoso de la ley, era la libertad de tirarse a voluntad a quien quisieras siempre y cuando quisieras, mientras no hirieras los sentimientos de tu preferido. Pero ¿qué quería decir eso exactamente? No contando a tu preferido que habías estado con otro, suponía Ferguson, y si Albert se estaba tirando a otro u otros en sus peregrinajes por el norte de Norteamérica, Ferguson no quería saberlo, ni tampoco se lo contaría a Albert si es que acababa acostándose con Aubrey en Londres. No, no *si*, dijo para sus adentros, sino *cuándo*, cuándo y dónde y cuántas veces durante los días y noches que estuviera en Inglaterra, porque aunque quería a Albert, encontraba irresistible a Aubrey.

El plan era sacar el libro el 6 de marzo, un lunes. Ferguson celebraría su vigésimo cumpleaños el día 3 en París, luego cogería en la Gare du Nord el tren que enlazaba con el barco en la noche del 4 y llegaría a la estación Victoria por la mañana del día 5. En sus últimas misivas, Aubrey le confirmaba que los actos y las entrevistas se habían organizado según los planes, incluida la velada Laurel y Hardy en el National Film Theatre, un programa de cortos que reuniría *Ojo por ojo*, de veinte minutos, *Un par de marinos*, de veintiún minutos, *La vida nocturna*, de veintiséis minutos y *Con la música a otra parte*, el disparate del siglo de treinta minutos, y una vez que se le comunicó la confirmación del NFT, Ferguson dedicó una semana entera a redactar una introducción de una página a cada uno de los cuatro films, por el pánico a quedarse paralizado ante el auditorio si trataba de arreglárselas sobre la marcha en el escenario sin notas delante, y como quería que sus pequeños textos fuesen encantadores e ingeniosos al tiempo que informativos, tardó muchas horas en escribirlos y revisarlos antes de estar más o menos satisfecho con el resultado. Pero qué divertida iba a ser aquella noche —y qué acto tan considerado y generoso había montado Aubrey para él—, y entonces, justo veinticuatro horas después de que acabara las introducciones, el miércoles 15 de febrero le llegaron en el correo de la tarde dos ejemplares de anticipo, y por primera vez en la experiencia vital de Ferguson, el pasado, el futuro y el presente eran una sola cosa. Había escrito el libro, después había esperado a que saliera, y ahora tenía el libro en las manos.

Dio uno de los ejemplares a Vivian, y cuando ella le pidió que se lo firmara, Ferguson se echó a reír y dijo: Eso no lo he hecho nunca, ya sabes. ¿Dónde tengo que firmar y qué tengo que poner?

La página de guarda es el sitio tradicional, contestó Vivian. Y puedes decir lo que quieras. Si no se te ocurre nada, firma sólo con tu nombre.

No, eso no vale. Tengo que poner algo. Espera un momento, ¿quieres?

Estaban en el salón. Vivian sentada en el sofá con el libro sobre las piernas, pero en vez de sentarse a su lado, Ferguson empezó a pasear de un lado para otro, y después de cruzar un par de veces por delante de ella, se alejó del sofá y se dirigió a la pared del fondo, torció a la derecha y caminó hasta la otra pared, luego volvió a girar a la derecha y fue hasta la pared siguiente dando luego media vuelta para volver al sofá, donde se sentó al lado de Vivian.

De acuerdo, dijo, ya está. Dame el libro y te lo firmaré.

Vivian dijo: Creo que eres la persona más extraña y más graciosa que he conocido en la vida, Archie.

Sí, así soy yo. Soy la monda y nada más. Don Ja-Ja con traje de payaso de color púrpura. Venga, dame el libro.

Vivian le entregó el libro.

Ferguson lo abrió por la página de guarda y sacó una pluma del bolsillo, pero justo cuando estaba a punto de escribir se detuvo, se volvió hacia Vivian y dijo: Va a ser corto. Espero que no te importe.

No, Archie, no me importa. En absoluto.

Ferguson escribió: *Para Vivian, bienamada amiga y salvadora, Archie.*

La Tierra giró otras dieciséis veces, y la víspera del 3 de marzo celebraron su vigésimo cumpleaños con una pequeña cena en el piso. Vivian se había ofrecido a invitar a tantas personas como él quisiera, pero Ferguson le dijo que a nadie, gracias, quería que fuese *en familia*, lo que incluía a los dos junto con Lisa y el ausente Albert, que deambulaba por el Sur tratando de localizar a miembros de la familia de su padre, y aunque Ferguson sabía que era ridículo, preguntó a Vivian si podían poner un cubierto para Albert, igual que se le ponía a Elías en la Pascua judía, y Vivian, que no lo consideró una ridiculez, dijo a Celestine que pusiera mesa para cuatro. Un momento después decidió aumentar el número a seis para incluir al padrastro y a la madre de Ferguson.

Le quedaban dos días de vida, y fue la última vez que hablaría con ellos, pero la llamada estaba prevista de antemano, y una hora antes de sentarse a cenar con Vivian y Lisa la noche del día 3, su madre y Gil llamaron desde Nueva York para desearle feliz cumpleaños y buena suerte en su viaje a Londres. Ferguson dijo a Gil que se llevaría *Nuestro común amigo* (el nonagésimo primer libro de la lista) para que le hiciera compañía en los dos largos viajes a través del Canal (once horas cada vez), pero dudaba que pudiera dedicarle mucho tiempo en Londres porque allí tenía un programa bastante apretado. En cualquier caso, después de aquél sólo le quedaban nueve libros, y Vivian y él pensaban acabarlos todos a finales de mayo, pero qué placer era vivir en el *ajetreado cerebro* de aquel inglés, observó, y después de que la profesora Vivian y él despacharan el número cien, pensaba leer todas las novelas de Dickens que aún no había leído.

Luego se puso su madre y empezó a hablar del tiempo. En Inglaterra llovía mucho, le dijo, y que no se le olvidara llevar paraguas en todo momento ni ponerse la gabardina y quizá incluso comprar unos chanclos para protegerse los zapatos y los pies. Cualquier otro día, Ferguson se habría sentido molesto. Le hablaba como si fuera un crío de siete años, y normalmente la habría callado con un gruñido o

haciéndola reír con algún comentario jocoso y mordaz, pero aquel día en concreto no se sintió molesto sino que le hizo gracia, sintiéndose a la vez emocionado y divertido por la eterna preocupación maternal que continuaba bullendo en su interior. Pues claro que no, mamá, le contestó, no iré a ningún sitio sin mi paraguas. Te lo prometo.

Dio la casualidad de que se dejó el paraguas en el tren al llegar a Londres el día 5 por la mañana. No quería perderlo, pero en la confusión de recoger sus pertenencias y apresurarse al andén en busca de Aubrey, se olvidó del paraguas. Y sí, la lluvia caía sobre la ciudad aquella mañana, tal como había vaticinado su madre, porque Inglaterra era efectivamente un país lluvioso, y lo primero que le llamó la atención fueron los olores, los nuevos olores que entraron por asalto en su organismo en cuanto salió del ambiente del compartimento y aspiró el aire de la estación, olores completamente distintos de los de París y Nueva York, una atmósfera más picante, más sazonada, cargada con las fundidas emanaciones de chaquetas de lana húmedas y brasas de carbón, muros de piedra empapados y el humo de los cigarrillos Player's con su tabaco de Virginia demasiado dulzón en contraste con la aspereza de los Gauloises y la tostada fragancia de los Lucky y los Camel. Un mundo diferente. Todo completamente distinto, y como estaban a primeros de marzo y aún no había empezado la primavera, una nueva especie de escalofrío en los huesos.

Y entonces Aubrey le estaba sonriendo y rodeándolo con sus pequeños brazos, declarando que el rozagante muchacho había desembarcado por fin y qué semana tan espléndida iban a pasar juntos. Salieron a la parada de taxis, donde se acurrucaron bajo la bóveda del paraguas negro de Aubrey a esperar su turno, hablando primero de lo que se alegraban los dos de verse, pero unos momentos después Aubrey el editor decía a Ferguson el autor que en los últimos días habían empezado a aparecer las primeras críticas del libro y que todas menos una eran buenas, una excelente en la *New Statesman*, una muy favorable en el *Observer*, y buenas todas las demás a excepción de las cabreantes sandeces del *Punch*. Qué bien, dijo Ferguson, comprendiendo lo mucho que significaban tales opiniones para Aubrey pero sintiéndose curiosamente distante de todo aquello, como si las críticas se hubieran escrito pensando en el libro de otro, de otro individuo que llevaba su mismo nombre, quizá, pero no la persona que subía a un taxi londinense por primera vez, uno de los legendarios y mastodónticos coches negros que tantas veces había visto en el cine a lo largo de los años y que resultó ser más grande de lo que había imaginado, otra cosa británica distinta de sus contrapartidas norteamericanas y francesas, y qué agradable era sentarse en el enorme espacio de atrás oyendo a Aubrey que parloteaba sin parar de directores y críticos de revistas cuyos nombres no le decían nada y que no le parecían más reales que comparsas de una obra del siglo XVIII. Entonces el taxi se puso en marcha en dirección al hotel, y de pronto ya no era agradable sino desconcertante y hasta daba un poco de miedo. ¡El volante estaba al otro lado del coche, y el conductor se sentaba en dirección contraria al tráfico! Ferguson sabía perfectamente que los ingleses circulaban así, pero nunca lo había experimentado en persona, y por la fuerza del hábito y de toda una vida de reacciones reflejas añadidas, en su primer trayecto por las calles de Londres se estremecía siempre que el conductor tomaba una curva o se les acercaba otro coche en sentido contrario, y una y

otra vez tenía que cerrar los ojos por miedo a que se estrellaran.

Llegada sin contratiempos al hotel Durrants en el 26 de la calle George (W1), no lejos de la Wallace Collection y la iglesia católica de St. James. Durrants, como en *curran*, dijo Aubrey, que lo había escogido para Ferguson porque era muy británico y respetable, no del Londres de los *mods* sino un ejemplo de lo que calificó de Londres de los *plods* (o tradicional, de polis ingleses), con un bar de paneles de madera en la planta baja tan formal y espectacularmente anticuado que entre sus parroquianos podría figurar C. Aubrey Smith, aunque llevara veinte años muerto.

Y además, prosiguió el rey de los elfos, las camas son *de lo más confortables*.

Tú y tus pensamientos impuros, dijo Ferguson. No me extraña que nos llevemos tan bien.

Tal para cual, mi querido amigo yanqui. Con un buen yanquidandi en los pantalones y dos robustos ponis para ir a la ciudad.

Aubrey ayudó a Ferguson a registrarse en el hotel, pero luego tenía que marcharse a casa a toda prisa. Era domingo, día libre de la niñera, y había prometido quedarse con Fiona y los niños hasta la hora del té, momento en el cual volvería al hotel para montar en poni y luego llevar a Ferguson a cenar.

Fiona está deseando conocerte, aseguró, pero lamentablemente tendrá que esperar a mañana.

En cuanto a mí, estoy deseando que vuelvas al hotel esta tarde. Por cierto, ¿cuándo es la hora del té?

Para nuestros propósitos, entre las cuatro y las seis. Puedes descansar hasta entonces. Esas travesías del Canal son brutales para el organismo, y debes de estar frito, o al menos *sauté*.

Lo creas o no, he conseguido dormir en el tren, así que estoy bien. Crudo, como si dijéramos. Crudo, fresco y deseoso de poner manos a la obra.

Después de deshacer la maleta, Ferguson volvió a la planta baja y fue al comedor, donde servían el desayuno hasta las diez en punto, y allí probó por primera vez la cocina inglesa, un plato grande compuesto de huevo frito (grasiento pero delicioso), dos lonchas de panceta poco hechas (un tanto repulsivas pero sabrosas), dos salchichas de cerdo, un tomate muy hecho y dos gruesas rebanadas de pan casero untadas con mantequilla de Devonshire, la mejor que había probado en la vida. El café era imbebible, así que pidió té, sin duda el más fuerte de toda la cristiandad, que tuvo que diluir con agua antes de pasarlo por la garganta, y luego dio las gracias al camarero, se levantó de la silla y salió trotando al servicio de caballeros para mantener una larga y desagradable sesión con sus estruendosos intestinos.

Tenía ganas de salir a dar un paseo, pero la tenue lluvia que antes caía se había convertido en aguacero, y en vez de subir a encerrarse en su habitación decidió hacer una visita al famoso bar con paneles de madera y buscar el fantasma de C. Aubrey Smith.

El bar estaba vacío a aquella hora, pero a nadie pareció importarle cuando preguntó si podía sentarse un rato hasta que aclarase el tiempo (se pronosticaba sol por la tarde), y como el portero fue muy amable cuando se lo preguntó, Ferguson decidió que le gustaban los ingleses y pensó que eran gente noble y generosa, nada rígida como podían ser los franceses ni airada como a veces eran los

norteamericanos, sino de natural bondadoso y tranquilo, una especie tolerante que aceptaba las flaquezas de sus congéneres y no se inmiscuía en tu vida ni te repudiaba por hablar su lengua con acento inadecuado.

Así que Ferguson se sentó en el desierto bar de paneles de madera y caviló sobre los ingleses durante un rato, en particular sobre C. Aubrey Smith y el dato agradable pero sin importancia de que el más inglés de todos los caballeros ingleses, la encarnación misma de Inglaterra para el público norteamericano en incontables films de Hollywood, había sido otro rey de los elfos, en su caso, de los elfos de Cinelandia, y poco tardó Ferguson en sacar el pequeño cuaderno que siempre llevaba en el bolsillo de la chaqueta y ponerse a escribir los nombres de actores británicos que habían trabajado en California y que, en una medida que no había apreciado hasta aquella mañana, habían contribuido a crear lo que el mundo consideraba ahora como *películas americanas*. Muchos nombres, y muchos films con esos nombres en los títulos de crédito, porque al escribirlos de memoria, no sin antes rascarse un poco la cabeza, iba incluyendo los títulos de las películas en que los había visto actuar y se asombró de la cantidad que se le ocurrían, una avalancha de films y más films y más y más films, demasiados, en definitiva, una pasmosa cantidad de películas, y sin duda otras muchas que se le olvidaban.

Para empezar con el primero de la lista, el inevitable Stan, pareja de Ollie, Arthur Stanley Jefferson nacido en la ciudad de Ulverston en 1890 y llegado a Estados Unidos en 1910 con la compañía de Fred Karno como suplente de Charlie Chaplin, más de ochenta películas vistas en las que actuaba Stan Laurel, más de cincuenta con Chaplin, al menos veinte con C. Aubrey Smith (incluidas *La reina Cristina de Suecia*, *Capricho imperial*, *Tres lanceros bengalíes*, *Mares de China*, *El pequeño lord*, *El prisionero de Zenda*), y centenares más con Ronald Colman, Basil Rathbone, Freddie Bartholomew, Greer Garson, Cary Grant, James Mason, Boris Karloff, Ray Milland, David Niven, Laurence Olivier, Ralph Richardson, Vivien Leigh, Deborah Kerr, Edmund Gwenn, George Sanders, Laurence Harvey, Michael Redgrave, Vanessa Redgrave, Lynn Redgrave, Robert Donat, Leo G. Carroll, Roland Young, Nigel Bruce, Gladys Cooper, Claude Rains, Donald Crisp, Robert Morley, Edna May Oliver, Albert Finney, Julie Christie, Alan Bates, Robert Shaw, Tom Courtenay, Peter Sellers, Herbert Marshall, Roddy McDowall, Elsa Lanchester, Charles Laughton, Wilfred Hyde-White, Alan Mowbray, Eric Blore, Henry Stephenson, Peter Ustinov, Henry Travers, Finlay Currie, Henry Daniell, Wendy Hiller, Angela Lansbury, Lionel Atwill, Peter Finch, Richard Burton, Terence Stamp, Rex Harrison, Julie Andrews, George Arliss, Leslie Howard, Trevor Howard, Cedric Hardwicke, John Gielgud, John Mills, Hayley Mills, Alec Guinness, Reginald Owen, Stewart Granger, Jean Simmons, Michael Caine, Sean Connery y Elizabeth Taylor.

La lluvia cesó a las dos, pero no salió el sol. En cambio, el nublado cielo se cubrió con más nubes, nubarrones tan cargados y voluminosos que empezaron a combarse, a descender lentamente de su posición habitual en los cielos hasta tocar el suelo, y cuando Ferguson puso finalmente el pie fuera del hotel para dar un corto paseo por el vecindario, las calles eran un laberinto de niebla. Nunca se le había ofrecido tan poco a la vista en lo que supuestamente aún era una hora diurna, y le desconcertaba que los ingleses pudieran atender sus asuntos entre aquellas húmedas y

vaporosas tinieblas, pero por otro lado, dijo para sí, los ingleses probablemente mantenían buenas relaciones con las nubes, porque si algo había aprendido de Dickens, era que las nubes bajaban del cielo de Londres para hacer frecuentes visitas a la gente, y en un día como aquél parecía que se habían traído el cepillo de dientes y pensaban pasar la noche allí.

Eran las tres un poco pasadas. Ferguson decidió volver al hotel y prepararse para el regreso de Aubrey, que podía ser pronto, a las cuatro, o prolongarse hasta las seis, pero quería estar dispuesto a las cuatro con la esperanza de que Aubrey pudiera desprenderse de su familia cuanto antes. Un baño o una ducha primero, y luego se pondría los regalos de cumpleaños que Vivian le había hecho la semana anterior en París, los pantalones nuevos y la camisa nueva y la chaqueta nueva que le sentaban *a las mil maravillas*, había dicho ella, y él quería que Aubrey viera en él mil maravillas con la ropa nueva, que enseguida se quitaría para meterse con él en la cama y hacer lo que habían hecho en el Hôtel George V, y no, no se sentiría culpable, dijo para sí, lo disfrutaría, y por lo que tocaba a Albert se consolaría pensando que el señor Oso estaría haciendo lo mismo con otro y disfrutando tanto como él, y mientras caminaba pensando en Aubrey y Albert y en las diferencias que había entre ellos, no sólo el contraste físico entre pálido y oscuro y grande y pequeño, sino las disparidades intelectuales y culturales y las divergencias entre sus concepciones del mundo, las sombrías profundidades del corazón de Albert frente a la caprichosa alegría de Aubrey, Ferguson apretó el paso en dirección al hotel cambiando de pronto el curso de sus pensamientos hacia la entrevista que daría a alguien del *Telegraph* al día siguiente a las diez, la primera entrevista de su vida, y aunque Aubrey le había dicho que no se preocupase, *que se relajase y fuera el Ferguson de siempre*, no podía dejar de sentir cierta preocupación, y qué significaba ser el de siempre, se preguntó, porque nunca era el mismo, unas veces fuerte, otras débil, a veces reflexivo, otras impulsivo, unas veces generoso y otras egoísta, tantas maneras de ser que al final era tan grande como cualquiera o tan insignificante como nadie, y si eso era así en su caso, entonces también tenía que ser así para todo el mundo, lo que significaba que todo el mundo era todo el mundo y nadie al mismo tiempo, y con esa idea brincándole en la cabeza llegó al cruce de Marylebone High Street con Blandford, al punto en que Marylebone torcía hacia Thayer, justo a la vuelta de la esquina del hotel, en George Street, y aunque la niebla se comprimía en torno a él, envolviéndolo, Ferguson distinguía la parpadeante luz del semáforo en rojo que asomaba entre la penumbra, una coloreada intermitencia que equivalía a una señal de stop, de modo que se detuvo a esperar a que pasara un coche, y como estaba absorto en sus pensamientos acerca de todo el mundo y de nadie, volvió la cabeza y miró a la izquierda, es decir, hizo lo que llevaba haciendo toda la vida al cruzar la calle, un acto reflejo, automático, dirigiendo la mirada hacia la izquierda para comprobar que no venía ningún coche, olvidando que estaba en Londres y que en las ciudades y localidades inglesas había que mirar a la derecha y no a la izquierda, y por consiguiente no vio el Ford granate británico que doblaba la curva por Blandford, y puso el pie en la calzada para empezar a cruzar la calle, sin darse cuenta de que el coche que no había visto tenía prioridad, y cuando el vehículo alcanzó el cuerpo de Ferguson, lo embistió con tal fuerza que lo mandó por los aires, como un misil humano lanzado al espacio, un joven de camino a la Luna y a

las estrellas de más allá, que al llegar al culmen de su trayectoria empezó a descender y al tocar el suelo aterrizó de cabeza en el bordillo de la acera y se rompió el cráneo, y desde ese momento todo futuro pensamiento, palabra y sensación que pudiera haber nacido en el interior de ese cráneo quedó borrado para siempre.

Los dioses bajaron la vista desde su Monte y se encogieron de hombros.

6.4

El taimado, irresponsable Noah Marx, que había prometido no enseñar el manuscrito de *Los viajes de Mulligan* a nadie aparte de a su padre y su madrastra, faltó a su palabra prestando su copia a Billy Best, de veinticuatro años, prosista que había abandonado los estudios en Columbia y se ganaba la vida trabajando de conserje en un edificio de cuatro plantas sin ascensor en la calle Ochenta y nueve Este entre la Primera y la Segunda Avenida, una zona obrera de Yorkville conocida como Distrito Rhinelander. Dos años antes, Billy había fundado una pequeña editorial de libros a ciclostil llamada Gizmo Press, una empresa no comercial, anticomercial más bien, que había producido unas doce obras hasta el momento, entre ellas varios volúmenes de poesía de Ann Wexler, Lewis Tarkowski y Ron Pearson, nacido en Tulsa, quien el pasado octubre había regalado al autor de *Los viajes de Mulligan* un ejemplar de *Silencio* de John Cage. En los días anteriores a la impresión barata en offset, la edición a ciclostil era la única forma de producir libros y revistas al alcance de los escritores jóvenes de Nueva York, normalmente sin un centavo, y lejos de ser una señal de insignificancia o un camino directo al irreversible olvido, el hecho de publicar una obra a ciclostil en una editorial como Gizmo Press se consideraba un símbolo de éxito. La edición alcanzaba los dos mil ejemplares. El título y las ilustraciones de la cubierta en cartoné los diseñaban en blanco y negro los amigos artistas de Billy del centro de Manhattan (la mayoría de las veces Serge Grieman o Bo Jainard, finos e imaginativos dibujantes cuyas cubiertas contribuyeron a fijar el tono del diseño gráfico de mediados de los sesenta, la estética del momento, que era atrevida y sin adornos y procuraba no tomarse muy en serio), y aunque los libros de veinte por veintiocho centímetros tuvieran un aspecto pobre e improvisado, su contenido era pulcro y legible, tan nítido como cualquier otro libro en offset o impresión tipográfica. La mujer de Billy, Joanna, preparaba los clichés en una Remington grande de oficina a un espacio con márgenes sin justificar a la derecha cuando se trataba de una obra en prosa, y luego los clichés se ponían en la máquina ciclostil que Billy tenía en su cuarto de trabajo y se imprimían por ambas caras las hojas de papel, que un grupo de amigos y voluntarios compaginaba y encuadernaba con lañas (grapas). Se regalaba la mayoría de los ejemplares, es decir, se enviaban o entregaban en mano a amigos y artistas conocidos, y la cincuentena restante se distribuía entre el puñado de libreros de Manhattan que creían en el carácter novedoso de la joven generación norteamericana, y cuando un miembro de esa generación entraba en la librería Gotham Book Mart o en la Eighth Street Bookshop y veía su libro a ciclostil entre las últimas novedades de poesía y ficción comprendía que empezaba a existir como escritor.

Ferguson tendría que haberse enfadado con su primo por enseñar el libro a sus espaldas, pero no se molestó con él. Noah se había encontrado con Billy Best en una reunión a mediados de mayo, un mes después de que Ferguson hubo terminado el manuscrito y a la semana de su tercera y última consulta con el doctor Breuler. Noah empezó a hablar con Billy de la obra de su primo, Billy manifestó su interés en leerla,

y en la última semana de mayo Noah llamó por teléfono a Ferguson y levantó la liebre. Lo siento, lo siento, le dijo, sabía que no debía haber enseñado el manuscrito, pero lo había hecho de todas formas, y ahora que Billy *se había quedado de una pieza* al leer *Los viajes de Mulligan* y quería publicarlo, Ferguson no iba a ser tan idiota como para impedirlo, ¿verdad? No, dijo Ferguson, estaba completamente de acuerdo, y luego le dio las gracias por su ayuda, a partir de lo cual se enzarzaron en una conversación que duró una media hora, y cuando colgaron Ferguson comprendió que daba lo mismo su deseo de quemar y olvidar el libro, porque ahora que su vida se había acabado necesitaba aquel libro y publicarlo quizá fuese un medio de engañarse a sí mismo y creer que aún tenía futuro, aunque ningún otro Ferguson pudiera formar parte de ese futuro, y qué apropiado era que hubiese decidido publicar su obra con el nombre de un hombre asesinado, su abuelo paterno Isaac, abatido en Chicago de dos balazos en un almacén de artículos de piel en 1923, el hombre que iba a ser Rockefeller pero acabó siendo Ferguson, padre de un padre que desapareció y abuelo de un nieto que nunca viviría para ser padre a su vez.

Billy Best se hizo buen amigo de Ferguson y se convirtió en el editor de sus primeras obras, pero Noah Marx era el mejor hombre del mundo, y siempre que Ferguson intentaba imaginarse qué habría hecho sin él, su mente se cerraba en banda y se negaba a dar una respuesta.

La habilidosa Joanna logró transformar las ciento treinta y una páginas a doble espacio del manuscrito en cincuenta y nueve a un solo espacio, y suprimiendo las líneas en blanco que precedían al encabezamiento de cada capítulo de los veinticuatro viajes de Mulligan y empezando cada nueva jornada en la misma página que la anterior, redujo casi un año de trabajo a treinta hojas de papel, con el grosor suficiente para graparlas sin dificultad. En vez de recurrir a Bo Jainard o Serge Grieman para el diseño de la portada, Ferguson preguntó a Billy si podía probar con Howard Small, y como Howard presentó un dibujo muy bueno (Mulligan sentado a un escritorio, escribiendo uno de sus informes en una habitación repleta de artefactos y recuerdos de sus aventuras), también él se convirtió en parte de la familia Gizmo y siguió colaborando con cubiertas e ilustraciones hasta que la editorial cerró en 1970. Cincuenta y nueve páginas en treinta hojas, lo que significaba que la última página del libro estaba en blanco. Billy preguntó a Ferguson si le gustaría escribir una nota autobiográfica para llenar el vacío, y después de pensarlo durante cerca de una semana, Ferguson presentó las dos frases siguientes:

A Isaac Ferguson, de diecinueve años, se lo ve deambulando a menudo por las calles de Nueva York. Vive en otro sitio.

Se acabó Evie. A partir de la última consulta con el doctor Breuler en Princeton, se habían terminado las visitas a la casa pareada de East Orange. Ferguson ya no se atrevía a encararse con ella. La había decepcionado, destruyendo sus esperanzas, y no tenía valor para mirarla a los ojos y decirle que jamás sería el padre fantasma de la engañosa criatura que ella se había inventado para mantenerlos juntos en un mundo futuro en el que las circunstancias, al final, los habrían separado. Qué asunto tan enmarañado. De qué manera tan mísera se habían engañado los dos a sí mismos, y ahora que el dictamen del médico había puesto fin a sus ilusas ambiciones, Ferguson

descolgó el teléfono y anunció el fin como habría hecho cualquier otro cobarde, sin atreverse a sentarse con ella y hablar abiertamente para llegar quizá a la conclusión de que no era la peor tragedia del mundo y que podían seguir a pesar de todo. Evie se quedó conmocionada por su frialdad. Una verdadera pena y todo eso, le dijo, y de verdad que lo siento por ti, Archie, pero ¿qué tiene que ver eso con nosotros?

Todo, contestó él.

No, te equivocas, repuso ella, da exactamente igual, y si no entiendes lo que te estoy diciendo, entonces no eres quien yo creía que eras.

Ferguson estaba conteniendo las lágrimas al otro extremo de la línea.

No íbamos a durar mucho, prosiguió Evie, y puede que haya sido una estúpida sacando a relucir lo del embarazo, pero maldita sea, Archie, te he entregado todo mi ser, y al menos debes tener la consideración de decirme adiós en persona.

No puedo, dijo Ferguson. Si voy a verte, me vendré abajo y me echaré a llorar, y no quiero que me veas así.

¿Tan horroroso sería?

Para mí, sí. Peor que nada.

Madura, Archie. Intenta comportarte como un hombre.

Eso intento.

Sin muchas ganas.

Procuraré esforzarme más, lo prometo. Lo importante es que nunca dejaré de quererte.

Ya has dejado de quererme. Estás tan harto de lo nuestro que ya no quieres verme más.

Eso no es cierto.

Deja de mentir, por favor. Y ya que estamos, Archie, por favor, con el corazón en la mano, vete a tomar por culo tú también.

El miércoles, 25 de mayo, dos semanas después de la horrenda conversación con Evie, llamó Noah con la noticia de que Billy Best quería publicar *Los viajes de Mulligan*. Ferguson y Billy hablaron el 25 y acordaron verse el sábado, día 28, y en consecuencia Ferguson no se quedó el fin de semana en Princeton estudiando con Howard para los exámenes finales tal como tenía pensado, sino que se fue el viernes a Nueva York, como de costumbre, pero como le había dicho a su abuelo que aquel fin de semana no iría a su casa y luego se le había olvidado comunicarle que al final sí iría, pilló a su abuelo por sorpresa, pero la sorpresa de su abuelo fue sólo la centésima parte de la que él mismo se llevó.

Que él supiese, era el único que tenía llave del piso. Ahora que Evie y él lo habían dejado, Ferguson había vuelto dos fines de semana para alojarse en la habitación de huéspedes, y en aquellos dos viernes por la tarde había entrado en un apartamento silencioso, encontrándose con su abuelo sentado en el sofá leyendo las páginas deportivas del *Post*, pero esta vez, cuando introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta, oyó voces en el salón, de dos o tres personas, quizá, no sabía cuántas, pero ninguna era la de su abuelo, y una vez que estuvo dentro lo primero que oyó con claridad fue la voz de un hombre que decía: *Eso es, Al, ahora métesela bien,* a lo que otra voz masculina hacía eco con: *Y cuando la tengas dentro, Georgia, no te olvides*

de cogerle la picha a Ed y metértela en la boca.

Un corto pasillo comunicaba la puerta de entrada con el salón, y cuando Ferguson pasó de puntillas por la puerta cerrada de la habitación de huéspedes a su derecha y luego frente a la angosta cocina también a su derecha, llegó al final de la pared y se detuvo a la entrada del salón, y lo que vio allí fue a su abuelo sentado junto a un hombre que filmaba con una cámara de dieciséis milímetros, tres focos de pie con una intensa luz de unos mil vatios cada uno, otro hombre en medio de la estancia con una tablilla con sujetapapeles bajo el brazo y tres personas desnudas en el sofá, una mujer y dos hombres, una mujer de unos treinta años, de ojos apagados, pelo rubio descolorido, pechos grandes y vientre fláccido y protuberante, y dos hombres casi idénticos (gemelos, quizá), bestias peludas y corpulentas, de culo rugoso y miembro tumescente, que llevaban a cabo las órdenes del director y el cámara.

El abuelo de Ferguson sonreía. Ése era el elemento más discordante de toda la sórdida escena: la sonrisa de su abuelo mientras observaba a la mujer follando y tragándose una polla con los dos hombres en el sofá.

El director fue el primero en reparar en su presencia, un tipejo de veintitantos años, de corta estatura, con vaqueros y una sudadera gris, el que hablaba durante la filmación porque rodaban sin grabación de sonido, que sin duda añadirían después con una serie de gemidos y gruñidos histriónicos durante la posproducción de aquel empeño cinematográfico del peor gusto, y cuando el joven director vio a Ferguson parado en el pasillo justo a la entrada del salón, dijo: ¿Quién coño eres tú?

No, replicó Ferguson, ¿quién coño eres *tú* y qué crees que estás haciendo?

¡Archie!, gritó su abuelo mientras la sonrisa se esfumaba de sus labios, transformándose en una expresión de temor. ¡Me dijiste que este fin de semana no vendrías!

Bueno, pues he cambiado de planes, dijo Ferguson, y ahora creo que esta gente debe salir cagando leches de esta casa.

Tranquilo, chico, dijo el director. El señor Adler es nuestro productor. Él ha sido quien nos ha invitado a venir, y no nos iremos hasta que no hayamos acabado de rodar la película.

Lo siento, dijo Ferguson, acercándose a los actores desnudos en el sofá, pero se acabó la diversión por hoy. Poneos la ropa y largaos.

Cuando extendía la mano para levantar a la mujer y ponerla en movimiento, el director se precipitó hacia él por detrás y le hizo una presa en el torso, inmovilizándole los brazos contra los costados. Uno de los gemelos desnudos saltó del sofá y le lanzó el puño derecho al estómago, un golpe doloroso que suscitó en el asediado Ferguson la necesaria rabia para liberarse del abrazo del menudo director y arrojarlo al suelo. La mujer dijo: No seáis gilipollas, coño. Dejaos de chorradas y sigamos con lo nuestro.

Antes de que aquello se convirtiera en una verdadera gresca, intervino el abuelo de Ferguson, diciendo al director: Una lástima, Adam, pero creo que debemos dejarlo para otro día. Este chico es mi nieto, y tengo que hablar con él. Llámame mañana y entonces ya veremos lo que hacemos.

Al cabo de diez minutos, el director, el cámara y los tres actores habían desaparecido. Ferguson y su abuelo estaban en la cocina para entonces, sentados uno

frente a otro a ambos extremos de la mesa, y en el momento en que Ferguson oyó el portazo, dijo: Eres un viejo estúpido. Estoy tan furioso contigo que no quiero volver a verte más.

Su abuelo se enjugó los ojos con un pañuelo y bajó la vista hacia la mesa. Las chicas no tienen que enterarse, dijo, refiriéndose a sus dos hijas. Si se enteran, se morirán del disgusto.

Querrás decir que te morirás tú.

No digas una palabra, Archie. Prométemelo.

Ferguson, a quien ni siquiera se le había pasado por la cabeza contar a su madre o a la tía Mildred lo que acababa de ver, se negó a hacer promesas, aunque sabía que jamás se lo diría a nadie.

Me encuentro muy solo, dijo su abuelo. Lo único que quería era divertirme un poco.

Menuda diversión. Tirar el dinero en una peli porno de tercera categoría. Pero ¿qué es lo que te pasa, vamos a ver?

Es inofensivo. No hace daño a nadie. Todo el mundo se divierte. ¿Qué tiene eso de malo?

Si tienes que hacerte esa pregunta es que ya no tienes arreglo.

Eres muy duro, Archie. ¿Cómo has llegado a ser tan cruel?

No soy cruel. Sólo estoy conmocionado, y me dan ganas de vomitar.

No tienen que enterarse nunca. Si me prometes que no se lo vas a decir, haré lo que quieras.

Pues déjalo, y nada más. Deja el cine y no vuelvas a hacerlo más.

Oye, Archie, ¿qué te parece si te doy dinero? ¿Serviría eso? Sé que ya no querrás estar aquí conmigo, pero si te doy dinero podrías buscarte un apartamento en Nueva York. Eso te gustaría, ¿verdad?

¿Intentas sobornarme?

Llámalo como quieras. Pero si te doy cinco... seis..., no, digamos... diez mil dólares..., eso te vendría muy bien, ¿no? Te podrías alquilar tu propio apartamentito y pasarte el verano escribiendo en vez de hacer ese trabajo del que me hablaste. ¿De qué era?

Recogida de trastos viejos.

Recogida de trastos. Qué pérdida de tiempo y energía.

Pero no quiero tu dinero.

Pues claro que sí. Todo el mundo quiere dinero. Todo el mundo necesita dinero. Considéralo un regalo.

Un soborno, querrás decir.

No, un regalo.

Ferguson cogió el dinero. Aceptó la oferta de su abuelo con la conciencia tranquila porque en realidad no era un soborno sino un regalo, porque de todas formas nunca habría dicho ni una palabra a su madre ni a la tía Mildred, y si su abuelo andaba tan bien de pasta que podía permitirse el lujo de extender un cheque por valor de diez mil dólares, mejor que ese dinero fuese a parar a su nieto que a financiar un lamentable film de folleteo. Pero vaya impresión encontrarse con aquella extraña escena, y qué

demencial y perverso se estaba volviendo su abuelo en su vejez: viudo y solo, ya sin restricciones que lo contuvieran, libre para permitirse cualquier capricho libertino que se le antojara, ¿y qué nuevo bochorno nos aguardaría mañana? Ferguson seguía queriendo a su abuelo, pero le había perdido todo el respeto y quizá hasta le inspirase algo de desprecio, el suficiente para no quedarse nunca más en su piso pero ni la mitad del que sentía hacia su padre, ya apartado por competo de su vida, desaparecido por cuestiones en buena parte relacionadas con el dinero, y ahí estaba él, aceptando con el mayor agrado el dinero de su abuelo y estrechándole la mano para agradecérselo. Otro asunto complejo, otro desalentador desvío en la carretera, y lo mismo que había comprobado Lazlo Flute en «¿Derecha, izquierda o todo recto?», fuera cual fuese su elección estaba destinado a equivocarse.

No obstante, diez mil dólares era una suma colosal en 1966, un fajo inimaginable. Con el alquiler de pequeños apartamentos en barrios desastrados de Nueva York a menos de cien dólares al mes, a veces sólo a cincuenta o sesenta, Ferguson podía encontrar algo para sus escapadas de Princeton y tener bastante para vivir durante los veranos sin tener que dedicarse a uno de aquellos trabajos estivales. No era que lo asustase la perspectiva de transportar desechos entre primero y segundo de universidad. Por los veranos del instituto con Arnie Frazier y Richard Brinkerstaff sabía que el trabajo manual brindaba muchas satisfacciones y valiosas enseñanzas sobre la vida, pero aún lo esperaban muchos años de ese tipo de trabajo, y la oportunidad de no levantar peso mientras estuviera en la universidad era un golpe de suerte inesperado. Todo porque había irrumpido en casa de su abuelo y lo había pillado en una situación deshonrosa. Un descubrimiento repugnante, sí, pero ¿cómo no reírse al mismo tiempo? Y él, que tendría que mantener los labios sellados hasta que el último aliento se le escapara de los pulmones, estaba forrado de pasta sólo por guardar silencio. Si no soltaba la carcajada es que algo no le andaba bien en la cabeza.

Ferguson salió a cenar una pizza y a tomar una cerveza con Noah en el Village, pasó luego la noche en el suelo de la habitación de la residencia de su primo en la Universidad de Nueva York, y al día siguiente, cuando se dirigió al centro para hablar con Billy Best, siguieron ocurriéndole más cosas sorprendentes. Billy se mostró tan simpático y natural, tan efusivo en sus elogios al libro de Ferguson —*la gilipollez más rara* que había leído en mucho tiempo—, que el joven autor volvió a dar silenciosamente las gracias a su primo por haberle puesto en contacto con aquella persona, que no se parecía a ninguna otra que hubiera conocido. Billy era a la vez un hortera de clase trabajadora y un refinado escritor de vanguardia, nacido y criado en la misma manzana en que ahora vivía, conserje del edificio porque había heredado el puesto de su padre, un espabilado que vigilaba el barrio como el sheriff de un *western* de Hollywood, pero también era autor de una novela aún inacabada, compleja y alucinatoria, ambientada en las guerras entre franceses e indios titulada *Cabezas abatidas* (a Ferguson le encantaba el título), y oír la voz de tenor de su editor, con su melodioso acento irlandés-norteamericano de Nueva York, le daba la impresión de que hasta los mismos ladrillos de los edificios de la calle Ochenta y nueve Este se ponían a vibrar con sus palabras. Además, la mujer de Billy, Joanna, que estaba embarazada, hablaba con el mismo tono de voz que él, cordial y sin pretensiones.

Secretaria judicial durante el día, mecanógrafa de clichés para el ciclostil de Gizmo Press por la noche, era la que trabajaría con el libro de Ferguson mientras su hijo crecía en sus entrañas, la que traería al mundo la criatura de Ferguson aunque sólo fuera un libro y él nunca tuviera nada que ver con la generación de niños de verdad, y cuando Joanna y Billy lo invitaron a quedarse a cenar aquel primer sábado por la noche de su nueva amistad, Ferguson mencionó que en los próximos días, en cuanto cobrara el cheque que llevaba en la cartera, pensaba buscar apartamento, y como Billy y Joanna sabían todo lo que pasaba en su pequeño barrio, le pasaron información sobre un apartamento en la misma manzana, seis portales más abajo, un estudio de una habitación que había salido al mercado sólo unos días después de que cenaran juntos por primera vez, y así fue como Ferguson acabó alquilando habitación en la calle Ochenta y nueve Este por setenta y siete dólares con cincuenta centavos al mes.

Su primer año en Princeton tocaba a su fin. Howard iba a trabajar durante el verano en la granja lechera de sus tíos al sur de Vermont, y aunque había invitado a Ferguson a emprender con él la bucólica aventura, el casi destrozado examante de Evie Monroe y al mismo tiempo casi resurrecto autor de *Los viajes de Mulligan*, de publicación inminente, ya había desechado el trabajo de recogida de trastos viejos y pensaba pasar el verano trabajando en su nuevo proyecto literario, *El cuaderno escarlata*. Además, Amy estaría durante esos meses en la ciudad (trabajando de correctora para una revista comercial llamada *Nurses Digest*), y venía con su nuevo novio, Luther Bond, que había encontrado un hueco para sustituir a alguien en la sección de espectáculos del *Village Voice*. Celia Federman, en cambio, se encontraría lejos, disfrutando del premio que sus padres le habían dado por haberse graduado en el instituto antes de tiempo: un viaje de dos meses por Europa con su prima Emily, de veinte años. Tal como se preveía, su novio Bruce, alias Zona de Amortiguación Humana, era cosa del pasado. Celia prometió escribir exactamente veinticuatro cartas a Ferguson, a quien dio instrucciones de guardarlas en una caja especial con la etiqueta *Viajes de Federman*.

Noah tampoco estaría al haberse marchado inesperadamente y en el último momento al norte de Massachusetts para actuar en el Festival de Teatro de Williamstown, al que se había apuntado por capricho debido a que la chica tras la que andaba quería participar, pero aunque ella se vio rechazada sin recibir siquiera una llamada de teléfono, a Noah lo habían aceptado y ahora iba a interpretar dos obras distintas a lo largo del verano (*Todos eran mis hijos* y *Esperando a Godot*), con lo que una vez más se había pospuesto el plan de realizar una versión fílmica de «Compañeros de suelo y suela». Ferguson sintió alivio. Más aún, se alegró por Noah, que siempre había sido el mejor actor en escena en todas las ocasiones en que lo había visto en algún montaje, unas siete u ocho veces a lo largo de los años, y por mucho que quisiera ser cineasta, Ferguson estaba convencido de que tenía madera para convertirse en un actor de primera fila, no sólo de comedia, en lo que ya destacaba, sino también en obras dramáticas, aunque tal vez no en tragedias, al menos no en las clásicas aparatosas en que los hombres se arrancaban los ojos y las mujeres metían a sus hijos en agua hirviendo y aparecía Fortinbrás mientras el telón caía

despacio sobre un amasijo de cadáveres sanguinolentos. Ferguson también le creía capaz de hacer que la gente se meara de risa si alguna vez se decidía a hacer monólogos cómicos, pero, cada vez que se lo sugería, su primo enarcaba las cejas y decía: *Eso no es para mí.* Pero erraba el tiro, pensaba Ferguson, se equivocaba de medio a medio al negarse, y una noche llegó incluso a tomarse la molestia de sentarse a escribir algunos chistes para Noah, sólo para probar, pero los chistes eran tarea difícil, tanto que a veces resultaba casi imposible, y aparte de algunos de los partidos de tenis que había hecho con Howard a principios de curso, Ferguson parecía carecer de talento para los chistes. Una cosa era escribir frases divertidas en un relato, pero para que se le ocurrieran demoledores golpes de ingenio le hacía falta un cerebro diferente del que tenía plantado en el cráneo.

Amy había empezado a relacionarse con Luther Bond a principios de mayo. Ahora corría el mes de junio, y según la más reciente conversación de Ferguson con ella, su resuelta y batalladora hermanastra aún no se había armado de valor para hablar a su padre y su madrastra del hombre de su vida. Eso decepcionó a Ferguson, que siempre había admirado a Amy por sus agallas, aunque a veces también le hubieran dado ganas de estrangularla, y supuso que el único motivo que justificaba su vacilación no era que su novio fuese negro, sino que era negro y militante, un miembro del Black Power que se situaba aún más a la izquierda que Amy, un personaje alto e imponente, con cazadora negra de piel y boina negra plantada sobre su pelo a lo afro; justo la clase de hombre para que el discreto padre de Amy, partidario del vive y deja vivir, sufriera un ataque de pánico durante un mes.

Entonces la pareja vino de Boston y se alojó como realquilada en un apartamento de Morningside Heights. Aquella misma noche quedaron con Ferguson en el West End Bar para tomar una copa, y cuando Ferguson estrechó por primera vez la mano de Luther Bond, la caricatura que se había trazado en la imaginación estalló en mil fragmentos insignificantes. Sí, Luther Bond era negro, y sí, tenía el apretón de manos de las personas físicamente fuertes, y sí, había una terca especie de determinación en sus ojos, pero cuando esos ojos miraron a los suyos, Ferguson comprendió que no miraba a un enemigo sino a un posible amigo, a alguien que de todo corazón esperaba caer bien, y si Luther no era el agresivo terrorista rebosante de odio de su caricatura, ¿qué le pasaba a Amy, entonces?, ¿por qué diablos no había dicho nada a su padre sobre él?

Tenía que hablar de eso a solas con ella y procurar que pensara con un poco de sentido común, pero de momento tenía que centrarse en el señor Bond para hacerse una idea de la clase de persona que era. No un tipo imponente, eso saltaba a la vista, sino una persona corriente de uno setenta y cinco o así, más o menos de la estatura de Amy, y si el pelo constituía alguna indicación de las creencias políticas de una persona, entonces el modesto afro de Luther lo situaba en la izquierda pero no en la extrema izquierda, a diferencia de los voluminosos afros que llevaban los del lema del Negro es Hermoso, y en cuanto a su rostro, bueno, era bastante bien parecido, pensó Ferguson, guapo rayando en *guapísimo*, si ese superlativo pudiera aplicarse a los hombres, y mientras observaba sus rasgos comprendió enseguida por qué había atraído a Amy y seguía atrayéndola después de seis semanas de hablar y follar sin parar, pero dejando a un lado por un momento aquellas cosas superficiales, los

superfluos detalles de estatura, longitud del pelo y cociente de guapura, lo más importante para Ferguson fue descubrir que Luther poseía un agudo sentido del humor, algo que Ferguson valoraba en la gente debido a su propia carencia de ingenio verbal, razón por la cual gravitaba en torno a individuos como Noah Marx y Howard Small y Richard Brinkerstaff, todos los cuales le daban cien vueltas, y cuando Luther le dijo que su compañero de habitación en Brandeis, también de primero, se llamaba Timothy Sawyer, es decir, *Tim Sawyer*, Ferguson se echó a reír y le preguntó si se parecía en algo a Tom, pero Luther dijo que no, que le recordaba más a Hick Funn, el otro personaje del libro de Murk Twang.

Aquello era divertido. Murk Twang y Hick Funn tenían verdadera gracia, la misma clase de dos significados en uno con la que Howard salía en sus momentos de inspiración, y el hecho de que Amy también se riera sin duda añadía gracia al asunto, aún más sin duda, porque el volumen de su risa significaba que la había pillado desprevenida, lo que demostraba que nunca había oído a Luther decir esas cosas, lo que a su vez indicaba que a Luther no se le habían ocurrido sus distorsionadas versiones de Mark Twain y Huck Finn el mes anterior o el año pasado y no se las había estado repitiendo a los amigos, no, se lo había inventado sobre la marcha, allí mismo, en el West End Bar, y Ferguson apreciaba un intelecto rápido y agudo capaz de hacer tan deliciosos juegos de palabras, o bien, como estuvo a punto de decir en voz alta pero no dijo, tan *jugosos juegos*. En cambio se rio con su escandalosa hermanastra y luego preguntó al señor Bond si podía invitarlo a otra cerveza.

Ferguson ya tenía cierta información sobre los antecedentes de Luther y del extraño camino que había recorrido desde el Distrito Centro de Newark hasta la Universidad Brandeis de Nueva Inglaterra, detalles que Amy le había contado por teléfono, como los siete años que Luther había asistido a la Newark Academy, uno de los colegios privados más prestigiosos de la zona, sin que su padre, taxista, ni su madre, criada, pagaran por sus estudios, que costearon los patronos de su madre, Sid y Edna Waxman, un matrimonio acomodado de South Orange cuyo único hijo resultó muerto en la batalla de las Ardenas, un insólito dúo de almas dolientes que se enamoraron de Luther cuando era pequeño, y ahora que Luther había conseguido una beca en Brandeis, los Waxman estaban haciendo lo mismo por su hermano pequeño, Septemius (Seppy), y qué me cuentas del panorama, había dicho Amy a Ferguson por teléfono, una familia judía rica y una familia negra con problemas unidas para siempre en los Estados Desunidos de América... ¡Ja!

Por tanto, cuando se sentaron los tres a tomar unas cervezas en el West End, Ferguson ya conocía el hecho de que el novio de Amy había asistido a la Newark Academy, y al cabo de poco la conversación recayó en torno a la ciudad de Newark, luego a Newark y el baloncesto, deporte al que Luther y Ferguson habían jugado en el instituto, y como las palabras *Newark* y *baloncesto* se pronunciaron inesperadamente en la misma frase, Ferguson sacó a relucir el gimnasio de Newark en donde había disputado la triple prórroga a los catorce años, y en el momento en que dijo las palabras *triple prórroga*, Luther se inclinó hacia delante, emitió un sonido sin palabras, indescifrable, con la parte de atrás de la garganta, y dijo: Yo estaba allí.

Entonces te acordarás de lo que pasó, dijo Ferguson.

Nunca se me olvidará.

¿Jugabas en ese partido?

No, estaba sentado en las gradas, esperando que se acabara el vuestro para que empezara el mío.

Viste el tiro desde mitad de la pista.

El más largo que se recuerda. Un instante antes de la bocina.

¿Y después?

Sí, eso también. Como si fuera ayer.

Una avalancha de chicos bajó de pronto de las gradas y cuando salía corriendo del gimnasio me dieron un puñetazo, un golpe muy fuerte, tan fuerte que me estuvo doliendo durante horas.

A lo mejor fui yo.

¿Tú?

Di un puñetazo a alguien, pero no sé a quién. Todos los blancos se parecen, ¿no?

Yo fui el único del equipo a quien dieron un puñetazo. Tenía que ser yo. Y si era yo, tuviste que ser tú.

Amy dijo: La Tierra, estable en otro tiempo, se está saliendo de órbita. Se precipitan maremotos por los Siete Mares, los volcanes arrasan nuestras ciudades. ¿O me estoy imaginando cosas?

Ferguson sonrió brevemente a Amy y luego se volvió de nuevo hacia Luther. ¿Por qué lo hiciste?

No lo sé. No lo supe entonces, y aún sigo sin explicármelo.

Me dejó conmocionado, dijo Ferguson. No hablo del puñetazo, sino del motivo de aquel golpe. La locura en el gimnasio, el odio.

Fue creciendo poco a poco, pero el tercer empate ya empezaba a sentar mal. Luego llegó el tiro largo y todo el mundo saltó.

Hasta aquella mañana, yo era el clásico tarugo norteamericano. Un chico que creía en el progreso y en *la búsqueda de un mañana mejor*. Habíamos curado la polio, ¿no? El racismo iba a ser lo siguiente. El movimiento por los derechos civiles era la píldora mágica que iba a convertir a Norteamérica en una sociedad indiferente al color de la piel. A raíz del puñetazo, de *tu* puñetazo, de pronto me espabilé sobre un montón de cosas. Ahora estoy tan espabilado que no puedo pensar en el futuro sin que me den arcadas. Tú me cambiaste la vida, Luther.

Por si vale de algo, repuso Luther, aquel puñetazo también me cambió a mí. Los sentimientos de la multitud se apoderaron de mí aquella mañana, y la rabia del gentío se convirtió en mi rabia. Yo ya no pensaba por mí mismo, dejaba que la masa pensara en mi lugar, de manera que cuando la gente se descontroló yo también perdí el control y bajé corriendo a la pista para hacer aquella estupidez. Nunca más, me dije. De ahora en adelante, sólo yo mando en mí. Joder. Quienes me mandaban al colegio eran blancos, ¿no? ¿Qué tenía yo en contra de los blancos?

Espera y verás, repuso Amy. Hasta ahora has tenido suerte.

Lo sé, repuso Luther. Plan A: trabajar para ser abogado como Thurgood Marshall, trabajar para ser el primer alcalde negro de Newark, trabajar para ser el primer alcalde negro de Nueva Jersey. Pero si eso no resulta, siempre hay un plan B: comprar una ametralladora y seguir la consigna de Malcolm. *Por todos los medios*

necesarios. Nunca es tarde, ¿verdad?

Esperemos que no, dijo Ferguson levantando el vaso y asintiendo con la cabeza.

Luther se echó a reír. Me gusta este hermanastro tuyo, dijo a Amy. Me hace gracia. Y sabe encajar un puñetazo. Puede que le doliera el brazo aquel día, pero ¿y mi mano? Creí que me había roto los nudillos.

El *Cuaderno escarlata* iba a ser difícil, con mucho la obra más exigente que había acometido jamás, y Ferguson tenía serias dudas sobre si sería capaz de llevarla a buen término. Un libro sobre un libro, un libro que se leyera y en el que también se pudiera escribir, un libro en el que se pudiera entrar como si fuese un espacio tridimensional, un libro que fuese el mundo pero también algo mental, un acertijo, un tenso panorama lleno de belleza y riesgo, y poco a poco empezaría a desarrollarse en su interior una historia que arrojaría a su ficticio autor, F., a una confrontación con los elementos más oscuros de su persona. Un libro de ensueño. Un libro sobre las inmediatas realidades que F. tenía delante de las narices. Un libro imposible que no podría escribirse y sin duda pasaría a ser un caos de fragmentos aleatorios, sin conexión, un montón de sinsentidos. ¿Por qué intentar algo así? ¿Por qué no inventar sencillamente una historia y contarla como haría cualquier otro escritor? Porque Ferguson quería hacer algo distinto. Porque a Ferguson ya no le interesaba contar simples historias. Porque Ferguson quería ponerse a prueba frente a lo desconocido y ver si era capaz de sobrevivir a la refriega.

Primera entrada. En el cuaderno escarlata están todas las palabras que aún no se han pronunciado y todos los años de mi vida anteriores a que comprara el cuaderno escarlata.

Segunda entrada. El cuaderno escarlata no es imaginario. Es un cuaderno de verdad, no menos real que la pluma en mi mano o la camisa sobre mi espalda, y está en el escritorio delante de mí. Lo he comprado hace tres días en una papelería de Lexington Avenue de la ciudad de Nueva York. En la tienda vendían muchos otros cuadernos —cuadernos azules, verdes, amarillos, marrones—, pero cuando vi el rojo, oí que me llamaba y decía mi nombre. El rojo era tan intenso que el color parecía efectivamente *escarlata*, porque ardía de forma tan luminosa como la A en el vestido de Hester Prynne. Las hojas del cuaderno escarlata son, desde luego, blancas, y hay muchas, más páginas de las que nadie puede contar en las horas que van del alba al anochecer en un largo día de verano.

Cuarta entrada. Cuando abro el cuaderno escarlata veo la ventana por la que miro en mi imaginación. Veo la ciudad al otro lado de la ventana. Veo a una anciana que pasea con su perro, y oigo el partido de béisbol que transmiten por la radio en el apartamento de al lado. Dos bolas, dos batazos de *foul*, dos hombres fuera. *Ahí viene el lanzamiento*.

Séptima entrada. Cuando paso las páginas del cuaderno escarlata, suelo ver cosas que creí haber olvidado y de pronto me encuentro de nuevo en el pasado. Recuerdo

antiguos números de teléfono de amigos desaparecidos. Recuerdo el vestido que llevaba mi madre el día en que terminé la enseñanza primaria. Recuerdo la fecha en que se firmó la Carta Magna. Incluso recuerdo el primer cuaderno escarlata que compré. Fue en Maplewood, en Nueva Jersey, hace muchos años.

Novena entrada. En el cuaderno escarlata hay cardenales, mirlos de alas encarnadas y petirrojos. Están los Red Sox de Boston con sus calcetines rojos y los Red Stockings de Cincinnati con sus medias rojas. Hay rosas, tulipanes y amapolas. Hay una fotografía de Toro Sentado. Está la barba de Erik el Rojo. Hay panfletos de extrema izquierda, remolacha hervida y trozos de carne cruda. Hay fuego. Hay sangre. También contiene *El rojo y el negro*, el Terror Rojo y «La máscara de la muerte roja». Ésta es sólo una lista parcial.

Duodécima entrada. Hay días en los que el dueño de un cuaderno escarlata no debe hacer otra cosa que leerlo. En otros es preciso que escriba algo. Esto puede resultar problemático, y algunas mañanas, cuando me siento a trabajar, no estoy seguro de cuál sea la actividad correcta que debo emprender. Parece estar en función de la página a la que haya llegado en ese momento, pero como las hojas están sin numerar, resulta difícil saberlo de antemano. Eso explica por qué he pasado tantas horas infructuosas mirando páginas en blanco. Me da la impresión de que allí voy a encontrar una imagen, pero cuando nada se materializa a pesar de mis esfuerzos, a menudo soy presa del pánico. Un episodio me desmoralizó tanto que temí perder el juicio. Llamé a mi amigo W., que también posee un cuaderno escarlata, y le dije lo desesperado que estaba. «Ésos son los riesgos de poseer un cuaderno escarlata —me dijo—. O bien te entregas a la desesperación y esperas a que se te pase, o quemas tu cuaderno escarlata y olvidas que alguna vez lo has tenido.» W. quizá tuviera razón, pero yo nunca haría eso. Por mucho dolor que me cause, por perdido que a veces me sienta, nunca podría vivir sin mi cuaderno escarlata.

Decimocuarta entrada. En las páginas de la derecha del cuaderno escarlata aparece en diversos momentos del día una luz tranquilizadora, crepuscular, una luz semejante a la que cae sobre los campos de trigo y cebada al atardecer de finales de verano, pero un tanto más encendida, más etérea, más apacible a la mirada, mientras que las páginas de la izquierda despiden una luz que hace pensar en una fría tarde de invierno.

Decimoséptima entrada. El sorprendente descubrimiento de la semana pasada de que es posible entrar en el cuaderno escarlata, o más bien de que el cuaderno escarlata es un instrumento para penetrar en espacios imaginados tan vívidos y tangibles que toman la apariencia de realidad. No es simplemente una serie de páginas para leer y escribir palabras, entonces, es un *locus solus*, una rendija microscópica en el universo capaz de dilatarse para permitir el paso a la persona que se lleve a la cara el cuaderno escarlata y aspire los olores del papel con los ojos cerrados. Mi amigo W. me ha avisado de lo peligroso de emprender esas improvisadas excursiones, pero ahora que he realizado ese descubrimiento, ¿cómo puedo contener el impulso de salir de cuando

en cuando a esos otros espacios? Me envuelvo un almuerzo ligero, pongo algunas cosas en una pequeña bolsa (jersey, paraguas plegable, brújula) y luego llamo por teléfono a W. para comunicarle que estoy a punto de salir. Siente una constante preocupación por mí, mucho me temo, pero W. es bastante mayor que yo (cumplió setenta en su último cumpleaños) y tal vez haya perdido el gusto por la aventura. Buena suerte, me dice, *pedazo de imbécil*, y luego me río y cuelgo el teléfono. Hasta el momento, nunca he estado fuera más de dos o tres horas seguidas.

Vigésima entrada. En el cuaderno escarlata, me alegra informar, se encierra una maldición violenta contra todos aquellos que me hayan juzgado mal alguna vez.

Vigésimo tercera entrada. En el cuaderno escarlata no todo es lo que parece. La Nueva York que habita en él, por ejemplo, no siempre corresponde a la Nueva York de mi vida consciente. Me ha ocurrido que al dar un paseo por la calle Ochenta y nueve Este y dar la vuelta a la esquina hacia lo que espero que sea la Segunda Avenida, me he encontrado en Central Park South cerca de Columbus Circle. Puede que sea porque conozco esas calles mejor que muchos en la ciudad, porque a principios de verano me he instalado en un apartamento de la calle Ochenta y nueve Este y desde que era pequeño he ido a Central Park South centenares de veces para visitar a mis abuelos, cuyo edificio de viviendas en la calle Cincuenta y ocho Oeste también tiene entrada por Central Park South. Esta sinapsis geográfica sugeriría que el cuaderno escarlata constituye un instrumento muy personal para cualquiera que lo posea y que ningún cuaderno escarlata es igual a otro, aunque tengan la misma cubierta. Los recuerdos no forman un continuo. Brincan de acá para allá y saltan sobre amplias franjas de tiempo con muchas interrupciones entre sí, y debido a ese *efecto cuántico*, como lo denomina mi hermanastro, las historias múltiples y a menudo contradictorias que se encuentran en el cuaderno escarlata no forman una narración continua. Más bien tienden a desarrollarse como los sueños; es decir, con una lógica que no siempre resulta evidente a simple vista.

Vigésimo quinta entrada. En cada página del cuaderno escarlata está mi escritorio y todo lo que contiene la habitación en la que ahora estoy sentado. Aunque en ocasiones he sentido la tentación de llevarme conmigo el cuaderno escarlata cuando salgo a la ciudad, aún no he encontrado valor para retirarlo de mi escritorio. En cambio, en mis paseos por el cuaderno escarlata siempre parece que llevo conmigo el cuaderno escarlata.

Así empezó Ferguson su segunda travesía a nado del lago, su Lago de Walden de solitaria palabra-obra, de siete a diez horas diarias de trabajo en el escritorio. Iba a convertirse en un largo y complicado chapuzón, con inmersiones frecuentes y piernas y brazos cada vez más agotados, pero Ferguson poseía una innata habilidad para zambullirse en aguas profundas y peligrosas sin socorristas a la vista, y dado que aquel libro no se había escrito, ni siquiera soñado, por nadie antes que él, Ferguson tenía que aprender por sí solo a hacer lo que estaba haciendo a medida que avanzaba. Tal como parecía ocurrir con todo lo que ahora hacía, descartaba más elementos de

los que conservaba, reduciendo las 365 entradas que compuso entre primeros de junio y mediados de septiembre de 1966 a 174, que ocuparon ciento once páginas mecanografiadas a doble espacio en la versión definitiva, con lo que su segundo libro, de la misma extensión de una novela corta, resultó un poco más breve que el primero, y cuando se redujo aún más en el ciclostil de Gizmo a un espacio, el texto se quedó en cincuenta y cuatro páginas, número par que eximió a Ferguson de la gravosa responsabilidad de escribir otra nota autobiográfica.

Le gustaba vivir en su pequeño apartamento, alquilado con el dinero que compraba su silencio, y a lo largo del primer verano que pasó allí, en 1966, mientras Joanna trabajaba en los clichés de *Los viajes de Mulligan* y él sudaba la gota gorda con *El cuaderno escarlata*, siguió pensando en los diez mil dólares y en la astuta y solapada manera en que su abuelo había explicado el «regalo» a su hija Rose, llamándola a su casa justo al día siguiente, el mismo en que Ferguson conoció a Billy y a Joanna Best, para decirle que acababa de crear de modo informal un equivalente de la Fundación Rockefeller, es decir, la Fundación Adler para la Promoción de las Artes, concediendo una asignación de diez mil dólares a su nieto para fomentar sus progresos como escritor. Qué montón de chorradas tan colosal, pensó Ferguson, y sin embargo qué interesante que un hombre que había llorado de vergüenza y extendido un cheque para encubrir su culpabilidad diera al día siguiente media vuelta a la situación y empezara a jactarse de sus actos. Viejo estúpido y loco, pero cuando Ferguson habló con su madre desde Princeton al lunes siguiente tuvo que contener la risa cuando le comunicó la explicación de su padre, la falsedad de todo aquello, el autoengrandecimiento y fanfarronería de su generosidad sin par, y cuando su madre le dijo: Fíjate, Archie, primero la Beca Walt Whitman y ahora este increíble regalo de tu abuelo, Ferguson contestó: Lo sé, lo sé, soy el hombre más afortunado del planeta, repitiendo conscientemente las palabras pronunciadas por Lou Gehrig en el Yankee Stadium después de enterarse de que se estaba muriendo de la enfermedad que acabaría llevando su nombre. La vida resuelta, dijo la madre de Ferguson. Sí, eso era, la vida resuelta, y qué mundo tan grandioso y magnífico si uno no se paraba mucho a pensarlo.

Un colchón en el suelo, una silla y un escritorio encontrados en la acera cerca de allí y subidos a la habitación con ayuda de Billy, unas cuantas cacerolas y sartenes tiradas de precio adquiridas en la tienda benéfica de la Goodwill Mission del barrio, ropa de cama y toallas donadas por su madre y Dan como *regalo para inaugurar la casa*, y otra máquina de escribir comprada de segunda mano en la tienda Osner’s de Amsterdam Avenue para no ir a cuestas con la máquina de Princeton a Nueva York y de vuelta a Princeton cada viernes y domingo, una Olympia fabricada en Alemania Occidental en torno a 1960 con un tacto aún más fino y rápido que su Smith-Corona, tan querida y digna de confianza. Frecuentes cenas con los Best, repetidas cenas con Amy y Luther, esporádicas reuniones con Ron Pearson y su mujer, Peg, y expediciones en solitario para cenar pronto en el Ideal Lunch Counter de la calle Ochenta y seis Este, el comedor de mala muerte con un letrero sobre la puerta que decía SIR VIEN DO COMIDA ALEMANA DESDE 1932 (fecha significativa que establecía la

ausencia de conexión con los acontecimientos sobrevenidos en Alemania un año después), y a Ferguson le gustaba mucho engullir aquellos platos pesados que llenaban el estómago, *Königsberger Klopse* y *Wiener Schnitzel*, y oír a la corpulenta y musculosa camarera de detrás del mostrador gritar a la cocina con su marcado acento, *¡Vun Schnitzel!*, lo que nunca dejaba de evocarle recuerdos del fallecido padre de Dan y Gil, el otro abuelo loco de la tribu, el chiflado y cascarrabias *Opa* de Jim y Amy. El hombre más afortunado del planeta tuvo también la suerte de conocer aquel verano a Mary Donohue, la hermana menor de Joanna, de veintiún años, que pasaba unos meses con los Best y trabajaba en una oficina antes de volver a Ann Arbor para cursar su último año, y como la jovial y rellenita Mary, loca por follar, se prendó de Ferguson, muchas veces iba a su apartamento por la noche y se acostaba con él, lo que contribuyó a disminuir el constante y vivo deseo que aún sentía por Evie y alejaba sus pensamientos de la vileza que había cometido con ella rompiendo sus relaciones sin decirle adiós como era debido. La tierna y abundante carne de Mary —buen sitio para ahogarse y olvidar quién era, para arrojar la carga de ser quien era— y las relaciones sexuales no podían ser mejores porque eran sencillas y transitorias, coitos sin ataduras, sin falsas ilusiones, sin esperanzas de nada más firme, sólo lo que durase.

El plan inicial de Ferguson consistía en entrometerse y arreglar personalmente el problema Amy-Luther, intervenir a sus espaldas igual que Noah había hecho con su manuscrito y llamar a su madre para contarle lo que pasaba y preguntarle cómo creía que iba a reaccionar Dan ante la noticia. Luego reconsideró el enfoque y concluyó que no tenía derecho a engañar a su hermanastra ni a actuar sin su consentimiento, así que una tarde de mediados de julio, cuando Ferguson, Bond y Schneiderman estaban sentados en el West End fumando cigarrillos y bebiendo cerveza, el hijo de Rose preguntó a la hijastra de Rose si le permitiría hablar en su nombre con su madre para acabar de una vez con aquella tontería. Antes de que Amy pudiera contestar, Luther se inclinó hacia delante y dijo: Gracias, Archie, y un momento después Amy dijo más o menos lo mismo: Gracias, Arch.

A la mañana siguiente Ferguson la llamó, y cuando le contó el motivo de su llamada, su madre se echó a reír.

Eso ya lo sabemos, le dijo.

¿Que lo sabéis? ¿Cómo os habéis enterado?

Por los Waxman. Y también por Jim.

¿Jim?

Sí, Jim.

¿Y qué piensa Jim de la cuestión?

No le importa. O mejor dicho, sí le importa. Porque Luther le cae muy bien.

¿Y Dan?

Al principio se escandalizó un poco, diría yo. Pero creo que lo ha superado. Es decir, Amy y Luther no estarán pensando en casarse, ¿verdad?

No tengo ni idea.

El matrimonio sería duro. Difícil para los dos, un camino complicado, arduo, si alguna vez decidieran emprenderlo, pero también sería duro para los padres de Luther, que para empezar no están nada contentos con ese pequeño idilio.

¿Habéis hablado con los Bond?

No, pero Edna Waxman dice que los Bond están preocupados por su hijo. Creen que anda mucho con blancos, que ha perdido el sentido de su propia negritud. La Newark Academy, ahora Brandeis, y siempre querido por todos, querido por los blancos. Demasiado tierno y complaciente, dicen, *sin resentimientos contra la sociedad*, y sin embargo, al mismo tiempo están muy orgullosos de él y muy agradecidos a los Waxman por ayudarlos a salir adelante. Qué complicado es el mundo, ¿verdad, Archie?

¿Y a ti qué te parece todo esto?

Aún no me he pronunciado. No lo sabré hasta que tenga ocasión de conocer a Luther. Dile a Amy que me llame, ¿vale?

Lo haré. Y no te preocupes. Luther es buen tío, y di a Edna Waxman que les diga a los Bond que ellos tampoco se preocupen. Su hijo sí tiene resentimientos contra la sociedad. Sólo que no son graves. Los que hay que tener, diría yo, resentimientos que hablan en su favor.

Un mes y una semana después, Ferguson, Mary Donohue, Amy y Luther iban en dirección norte en el viejo Pontiac, de camino a la granja al sur de Vermont donde Howard Small pasaba el verano, y aquel mismo viernes, en otro coche, la madre de Ferguson y el padre de Amy, junto con la tía y el tío político de Ferguson, se dirigían a Williamstown, en Massachusetts, donde los cinco estudiantes se reunirían con ellos a la noche siguiente para ver la función de Noah, que hacía el papel de Lucky en *Esperando a Godot*. Cerdos, vacas y gallinas, el hedor a estiércol en el cobertizo, el viento despeñándose por las verdes colinas y formando remolinos en el valle, y Howard, de anchos hombros, marchando pesadamente junto al cuarteto de Nueva York mientras les enseñaba los terrenos de sus tíos, que se extendían a lo largo de veinticuatro hectáreas a las afueras de Newfane. Ferguson se alegró mucho de volver a ver a su compañero de universidad, y era estupendo que sus tíos no fuesen remilgados y no tuvieran reparos en que estudiantes de distinto sexo durmieran juntos (Howard se había plantado, obligándolos a aceptarlo... si no querían atenerse a las consecuencias), y ahora que se había resuelto el asunto entre Amy y su padre en lo referente a Luther, todo el mundo estaba muy tranquilo aquel fin de semana, lejos del cemento ardiente y las tórridas emanaciones de Nueva York, con Amy galopando por un prado en un semental zaino, una imagen memorable en la que Ferguson siguió recreándose durante años, pero nada más memorable que la representación del sábado por la noche en Williamstown, a sólo ochenta kilómetros de la granja, una obra que Ferguson había leído en el instituto y había vuelto a leer a principios de aquella semana para prepararse para la función pero de la que nunca había visto un montaje escénico, aunque resultó que nada podría haberlo preparado para lo que vio aquella noche, Noah con su larga peluca blanca colgando bajo el bombín y la cuerda al cuello, el esclavo maltratado y portador de cargas, el burro, el payaso mudo que tropieza, se tambalea y cae, pasos de muy delicada coreografía, los pies que se arrastran, lánguidos, con rápidos impulsos hacia delante y hacia atrás, dormitando de pie, la brusca patada a la pierna de Estragón, las repentinas lágrimas que corren por sus mejillas, la distorsionada y patética danza cuando le ordenan que baile, el látigo y las bolsas arriba y abajo una y otra vez, el taburete de Pozzo continuamente plegado y

desplegado, parecía increíble que Noah fuese capaz de hacer esas cosas, y además, en el primer acto, el discurso famoso, el discurso de Puncher y Wattman, el discurso del cuacuacuacuá, la larga invectiva de incoherencias académicas sin puntuación, y Noah se lanzó a ello como en trance, una impresionante exhibición de control de la respiración y complejo ritmo verbal, y hay que joderse, dijo Ferguson para sí, hay que joderse pero bien, mientras las palabras volaban de la boca de su primo, y luego los otros tres participantes en la escena saltaban sobre él y lo golpeaban y le aplastaban el sombrero, y Pozzo blandía de nuevo el látigo, y una vez más: *¡En pie! ¡Cerdo!*, y desaparecían, haciendo mutis mientras Lucky se derrumbaba entre bambalinas.

Después de las reverencias y el aplauso, Ferguson dio a Noah un abrazo tan fuerte que casi le rompe las costillas. Cuando Noah fue capaz de respirar de nuevo, dijo: Me alegro de que te haya gustado, Archie, pero creo que lo he hecho mejor en las otras representaciones. Sabiendo que entre el público estabas tú, y mi padre, Mildred y Amy, y tu madre..., bueno, ya te haces idea. Nervios, tío. Verdaderos nervios.

El cuarteto de Nueva York volvió a la ciudad el sábado por la noche, y a la mañana siguiente, el 25 de julio, el poeta Frank O'Hara fue atropellado por un buggy en una playa de Fire Island y murió con cuarenta años. Cuando la noticia del accidente corrió entre los escritores, pintores y músicos de Nueva York, un gran lamento se elevó por toda la ciudad, y uno por uno los jóvenes poetas del centro que veneraban a O'Hara se vinieron abajo, deshechos en lágrimas. Ron Pearson lloró. Ann Wexler lloró. Lewis Tarkowski lloró. Y más al norte, en la calle Ochenta y nueve Este, Billy Best dio un puñetazo tan fuerte a una pared que atravesó con el puño las placas de yeso. Ferguson no conocía a O'Hara, pero sí su obra, y la admiraba por su libertad y por su coraje, y aunque no se vino abajo ni atravesó la pared de un puñetazo, pasó todo el día siguiente releyendo los dos libros de O'Hara que tenía en casa, *Poemas a la hora del almuerzo* y *Meditaciones en una situación de emergencia*.

Soy el menos complicado de los hombres, había escrito O'Hara en 1954. *Todo lo que quiero es amor sin límites*.

Fiel a su palabra, Celia envió a Ferguson exactamente veinticuatro cartas durante sus dos meses de viaje por el extranjero. Buenas cartas, consideraba él, bien escritas, con muchas observaciones perspicaces sobre sus experiencias en Dublín, Cork, Londres, París, Niza, Florencia y Roma, porque al igual que su hermano, Artie, Celia sabía observar las cosas con detenimiento, con más paciencia y curiosidad que la mayoría de la gente, tal como ponía de manifiesto en esta frase sobre la campiña irlandesa en una de sus primeras misivas, que marcó el tono de todas las que vinieron después: *Una tierra verde sin árboles salpicada de piedras grises y negros grajos que vuelan en lo alto, una quietud en el corazón de todas las cosas, incluso si el corazón sigue latiendo y empieza a soplar el viento*. Nada mal para una futura bióloga, pensó Ferguson, pero por amistosas que fueran, en las cartas no había nada íntimo ni revelador, y cuando Celia volvió a Nueva York el 23 de agosto, un día después de que Mary Donohue se despidiera de él con un beso y volviera a Ann Arbor, Ferguson no tenía ni idea de en qué posición se encontraba con ella. Estaba resuelto a averiguarlo lo antes posible, sin embargo, porque ahora que Celia tenía diecisiete años y medio,

se había levantado la prohibición del contacto físico. El amor era un deporte de contacto, a fin de cuentas, y Ferguson iba ahora en busca de amor, estaba *preparado para el amor*, para emplear las palabras de la vieja canción de *Cantando bajo la lluvia*, y por todos los viejos motivos y por los nuevos también, esperaba encontrar ese amor en los brazos de Celia Federman. Si ella lo aceptaba.

Se quedó anonadada por la desnudez de su apartamento cuando fue a visitarlo el 27. El escritorio estaba bien, el colchón estaba bien, pero ¿cómo podía guardar la ropa en una caja de cartón dentro del armario y no tener una bolsa o un cesto para la ropa sucia en vez de dejar los calcetines y los calzoncillos tirados en el suelo del baño? ¿Y por qué no buscar una estantería en vez de apilar los libros contra la pared? ¿Y por qué no colgaba algún cuadro? ¿Y por qué comía en el escritorio cuando había espacio para una pequeña mesa de cocina en el rincón? Porque quería el menor número de cosas posible, contestó Ferguson, y porque no le importaba. Sí, sí, repuso Celia, ella se comportaba como una mujer de mediana edad de las afueras mientras él vivía sin comodidades igual que un rebelde bohemio en la selva de Manhattan, comprendía todo eso, y no era asunto suyo, pero ¿es que no quería que fuera un poco más agradable?

Estaban de pie en medio de la habitación inundada de sol, con la luz que entraba a raudales por las ventanas bañando el rostro de Celia, el iluminado rostro de una muchacha de diecisiete años y medio cuya belleza tenía a Ferguson perplejo, mudo de aturdimiento, admiración y trémula incertidumbre, y como no dejaba de mirarla, de mirarla y mirarla porque era incapaz de apartar los ojos de ella, Celia sonrió y dijo: ¿Qué pasa, Archie? ¿Por qué me miras así?

Lo siento, dijo él. No puedo evitarlo. Sólo que eres tan bella, Celia, tan increíblemente bella, que empiezo a dudar de que seas real.

Celia se echó a reír. No seas absurdo, repuso. Ni siquiera soy bonita. Sólo una chica normal y corriente.

¿Quién te ha metido esa gilipollez en la cabeza? Eres una diosa, la reina de la Tierra entera y de todas las ciudades del cielo.

Bueno, pues está muy bien que te lo parezca, pero a lo mejor deberías ir a que te examinen la vista, Archie, y ponerte gafas.

El sol se removió en el cielo, o lo tapó una nube viajera o Ferguson empezaba a sentirse avergonzado de su efusiva declaración, pero cuatro segundos después de que Celia pronunciara aquellas palabras, el tema de conversación era de nuevo la mesa que Ferguson necesitaba, la estantería que le hacía falta, la cómoda que no tenía, y si de verdad era tan importante para ella, dijo Ferguson, podían pedir a Billy que les prestara la carretilla y buscar muebles por la calle, ése era el auténtico e inequívoco método de decorar pisos en Manhattan, y con la gente rica del Upper East Side tirando todos los días trastos aprovechables, lo único que tenían que hacer era caminar unas cuantas manzanas hacia abajo y otras tantas a la izquierda y por allí encontrarían algo en la acera que recibiría su aprobación.

Si tú te animas, yo también, dijo Celia.

Ferguson estaba dispuesto, pero antes de salir quería enseñarle un par de cosas, y entonces acercó a Celia a su escritorio, donde señaló una pequeña caja de madera con las palabras *Los viajes de Federman* escritas en ella, y una vez que Celia asimiló el

significado de la caja y la lealtad que demostraba hacia su amistad, Ferguson abrió el cajón inferior derecho del escritorio, sacó un ejemplar de la edición de Gizmo Press de *Los viajes de Mulligan* y se lo entregó.

¡Tu libro!, exclamó Celia. ¡Lo han publicado!

Observó la cubierta de Howard, pasó la mano suavemente sobre el dibujo de Mulligan, hojeó brevemente la publicación a ciclostil y entonces, inexplicablemente, dejó caer el libro al suelo.

¿Por qué has hecho eso?, preguntó Ferguson.

Porque quiero besarte, dijo ella.

Un momento después, Celia le echó los brazos al cuello y apretó los labios contra los suyos, y de pronto la estaba estrechando entre sus brazos y ambos se introducían la lengua en sus respectivas bocas.

Fue su primer beso.

Y fue un beso de verdad, que llenó de gozo el corazón de Ferguson, porque no sólo encerraba la promesa de más besos en los días siguientes, sino que demostraba que Celia era efectivamente real.

Hacía un año que se había interrumpido el contacto con su padre. Ferguson rara vez pensaba ya en él, y cuando lo hacía, notaba que la rabia que en otro tiempo sentía se había convertido en apagada indiferencia, o quizá se había reducido a nada, a un vacío en su cabeza. No tenía padre. El hombre que antes estaba casado con su madre había desaparecido entre las sombras de un mundo alternativo que ya no se cruzaba con el mundo en que su hijo vivía, y si aún no se disponía de su certificado de defunción, llevaba mucho tiempo desaparecido y no se le iba a encontrar en ningún momento del futuro.

Tres días antes de marcharse a Princeton a empezar segundo curso, sin embargo, cuando Ferguson estaba en el salón de la casa de Woodhall Crescent viendo un partido de los Mets con su hermanastro, Jim, y su prometida, Nancy, el profeta de los beneficios apareció en la pantalla del televisor en un anuncio entre dos entradas del partido. Luciendo espesas patillas con un toque de gris y ataviado con un traje elegantón, muy a la moda (color desconocido porque la tele era en blanco y negro), anunciaba la inauguración de una nueva tienda Ferguson’s en Florham Park, recalcando los *bajos* precios, los *bajos*, *bajos precios* que usted puede pagar, y pase por aquí y vea los nuevos televisores RCA en color así como las increíbles gangas que estarían a la venta el siguiente fin de semana cuando la tienda abriera sus puertas. Qué labia de vendedor tan hábil y segura de sí, dijo Ferguson para sus adentros, garantizando a los televidentes cuánto mejorarían sus angustiadas y monótonas vidas si compraban en Ferguson’s, y para ser un hombre *que nunca había aprendido a hablar*, tal como su madre dijo una vez, ahora le estaba dando bien a la lengua, y qué tranquilo y cómodo parecía delante de la cámara, qué complacido de sí mismo, con qué eficacia dominaba la situación, y mientras agitaba la mano y sonreía, haciendo gestos a las masas invisibles para que *se acercaran y ahorraran un buen pellizco*, un cuarteto de voces, soprano y tenor, gorjeaban alegremente entre bastidores: *¡Precios nunca tan bajos / Ánimos nunca tan altos / Como en Ferguson’s, Ferguson’s, Fer-guson’s!*

Dos ideas irrumpieron en la mente de Ferguson en cuanto acabó el anuncio, formándose tan rápidamente una después de otra que fueron casi simultáneas:

1) que no debía ver partidos de béisbol por televisión, y 2) que su padre aún rondaba por los márgenes de su vida, seguía sin borrarse por completo, aún presente a pesar de la distancia que los separaba, y quizá se escribiría otro capítulo de aquella historia antes de que el libro pudiera cerrarse finalmente.

A menos que hiciera un curso intensivo de griego clásico y aprendiera la lengua en un solo curso académico, no habría más clases con Nagle. Pero Nagle aún era su tutor en la facultad, y por motivos que tenían todo que ver con su padre, o quizá nada que ver con su padre, Ferguson siguió recurriendo a Nagle en busca de ánimo y aprobación, queriendo impresionarlo a base de hacer un trabajo de primera calidad en sus clases, dando prueba de la firmeza de carácter exigida a los becarios Walt Whitman, pero sobre todo ganándose el apoyo del profesor para el relato que estaba escribiendo, señal de que estaba cumpliendo la promesa que Nagle había visto en él después de leer «Once momentos en la vida de Gregor Flamm». En su primera reunión cara a cara del semestre de otoño, Ferguson entregó a Nagle un ejemplar de la edición de Gizmo Press de *Los viajes de Mulligan*, con sentimientos contradictorios y temiendo haberse precipitado por publicar tan pronto, preocupado por si Nagle veía el libro a ciclostil como el acto demasiado ambicioso de un joven autor que aún no estaba preparado para publicar, doblemente inquieto por si después de leerlo lo encontraba horrible, asestándole uno de aquellos puñetazos que Ferguson temía tanto como ansiaba los besos de la gente que lo admiraba, pero aquella primera tarde Nagle aceptó el libro asintiendo amistosamente con la cabeza y pronunciando unas palabras de felicitación, sin conocer su contenido, por supuesto, aunque tampoco condenando a Ferguson por haberse precipitado y publicar de forma prematura, ahorrándole así el inevitable agobio y arrepentimiento consiguientes a aquella muestra de arrogancia tan mal concebida, y mientras tenía el libro en las manos y observaba la ilustración en blanco y negro de la cubierta, Nagle mencionó la alta calidad del dibujo. ¿Quién es H. S.?, preguntó señalando la abreviatura de la firma en la parte inferior derecha, y cuando Ferguson contestó que era Howard Small, su compañero de habitación de Princeton, el adusto semblante de Nagle emitió una de sus poco habituales sonrisas. El trabajador Howard Small, dijo. Magnífico estudiante, pero no sabía que dibujara tan bien. Menudo par estáis hechos, ¿eh?

En su siguiente entrevista en el despacho del profesor tres días después, cuando les tocaba decidir las asignaturas que Ferguson iba a cursar aquel semestre, Nagle empezó pronunciando su veredicto sobre *Los viajes de Mulligan*. Daba igual que Billy, Ron y Noah acogieran calurosamente el libro, y tampoco importaba que Amy, Luther y Celia hubieran respondido con besos entusiastas (en el caso de Celia, auténticos besos físicos), y había que olvidarse de que el tío Don y la tía Mildred se hubieran tomado la molestia de llamar por teléfono para inundarlo de comentarios halagadores durante cerca de una hora y que su madre y Dan, la ausente Evie Monroe y la también ausente Mary Donohue le hubieran dicho lo bueno que les parecía, lo que más contaba era la opinión de Nagle porque se trataba del único observador objetivo, el único que no estaba vinculado a Ferguson por lazos de amistad, ni

amorosos ni familiares, y una palabra negativa de él menoscabaría y hasta echaría abajo el cúmulo de comentarios positivos de todos los demás.

No está mal, dijo, empleando la expresión a la que solía recurrir cuando algo le gustaba bastante pero con ciertas reservas. Un adelanto con respecto a tu anterior trabajo, prosiguió, un texto terso y expresivo, una música excelente y sutil en las frases, de lectura absorbente, pero total y absolutamente demencial, desde luego, una inventiva rayana en el territorio de la crisis nerviosa, y sin embargo, a pesar de todo, el texto resulta divertido cuando quieres que resulte divertido, dramático cuando tienes intención de que lo sea, y es evidente que ya has leído a Borges y has aprendido algo de cómo transitar por la línea divisoria de lo que yo denominaría ficción y prosa especulativa. Algunas ideas ridículas, me temo, típicas de estudiante de segundo curso, pero eso es lo que eres, Ferguson, un estudiante de segundo, así que no nos detendremos en los puntos flacos del libro. Aunque sólo sea por eso, me has convencido de que estás haciendo progresos, lo que sugiere que seguirás haciéndolos a medida que pase el tiempo.

Gracias, dijo Ferguson. Casi no sé qué decir.

No te me vuelvas mudo ahora, Ferguson. Aún tenemos que hablar de tus planes para el semestre. Lo que me lleva a la pregunta que pensaba hacerte. ¿Has cambiado de opinión sobre matricularte en algún taller de escritura creativa?

No, en realidad, no.

Es un buen curso, ¿sabes? Uno de los mejores que hay.

Seguro que tiene razón. Sólo que me siento más a gusto arreglándomelas solo.

Comprendo tus reservas, pero al mismo tiempo creo que te serviría de ayuda. Y luego está la cuestión de Princeton, de formar parte de la comunidad de Princeton. ¿Por qué, por ejemplo, no has presentado ninguno de tus escritos a la *Nassau Literary Review*?

No sé. Nunca se me ha ocurrido.

¿Tienes algo en contra de Princeton?

No, en absoluto. Me encanta estar aquí.

¿No te arrepientes, entonces?

Para nada. Me siento afortunado.

Mientras seguía hablando con Nagle y entre los dos determinaban su plan de estudios para el otoño, Howard estaba en la habitación de la residencia leyendo *El cuaderno escarlata*, que Ferguson había declarado muerto la semana anterior, *otro cadáver surgido de mi cerebro infestado de mierda*, tal como dijo a Howard cuando le pasó el manuscrito, pero para entonces Howard estaba acostumbrado a las dudas y torturas de Ferguson y no les hacía caso, confiando en la solidez de su propio juicio para extraer conclusiones independientes, y cuando Ferguson entró en la habitación después de su reunión con Nagle, Howard había terminado el libro.

Archie, le dijo. ¿Has leído a Wittgenstein?

No, aún no. Está incluido en mi larga lista de los *aún-no*.

Vale. O más bien, fíjate en esto, *mein Herr*.

Howard cogió un libro azul con el nombre de Wittgenstein en la cubierta, lo abrió por la página que estaba buscando y leyó en alta voz a Ferguson: *Lo que también significa que puede decirse algo sobre «vivir en las páginas de un libro».*

Qué verdad, qué verdad es, dijo Ferguson. Y luego, poniéndose en posición de firmes y haciendo un rígido saludo militar, añadió: ¡Gracias, Ludwig!

Sabes adónde quiero ir a parar con esto, ¿verdad?

En realidad, no.

El cuaderno escarlata. Hace diez minutos que he terminado de leerlo.

«Cómo he pasado las vacaciones de verano.» ¿Te acuerdas de esas cosas que teníamos que escribir de críos? Bueno, pues así es como he pasado las vacaciones de verano. Viviendo en las páginas de esa monstruosidad..., de ese aborto de libro.

Sabes lo mucho que me encantó *Mulligan*, ¿verdad? Éste es más profundo, mejor y aún más original. Un paso adelante. Y ojalá me permitas hacer la cubierta.

¿Y por qué piensas que Billy va a querer publicarlo?

No seas idiota. Pues claro que querrá publicarlo. Billy te descubrió y te considera un genio, su genio, su criatura de encendidos ojos, y dondequiera que vayas tú, allá querrá ir él también.

No me digas más, dijo Ferguson esbozando una sonrisa. Nagle acaba de darme su dictamen sobre *Mulligan*. Bueno y nada bueno. Típico de segundo curso, pero gracioso. Escrito por un demente al que deberían poner una camisa de fuerza. Cierto progreso, pero todavía mucho camino por recorrer. Da la casualidad de que estoy de acuerdo con él.

No deberías hacer caso a Nagle, Archie. Es un espléndido profesor... de griego. Los dos lo apreciamos, pero no está capacitado para juzgar tu obra. Está *anclado en el pasado*, y tú representas lo que va a pasar *dentro de nada*. No mañana mismo, quizá, pero desde luego sí pasado mañana.

Así empezó el segundo año de Ferguson en el paraíso de las ardillas negras, con una animosa charla a cargo de su compañero de habitación, Howard Small, que ya era para él un amigo tan importante como lo eran Noah y Jim, parte indispensable de aquello que lo mantenía vivo, y por exagerados que fueran los comentarios de Howard sobre su obra, acertaba al suponer que Billy querría publicar su nuevo libro, y como Joanna no podía ocuparse de los clichés porque estaba embarazada de siete meses y medio y se acercaba el momento de dar a luz, fue el propio Billy quien los hizo, de modo que una semana antes de que la pequeña Molly Best viniera al mundo el 9 de noviembre, el segundo librito de Ferguson entró en prensa.

Fue mejor año que el primero, con menos angustias y traspiés interiores, con una sensación más sólida de pertenecer al lugar en donde la fortuna lo había obligado a estar, el año de la poesía anglosajona, de Chaucer y de los espléndidos y aliterativos versos de sir Thomas Wyatt *(... y cuando se fugaba / desfalleciendo tras ella fui...)*, el año de la protesta contra la guerra de Vietnam, de las manifestaciones contra la Dow Chemical en el Engineering Quad con Howard y sus demás amigos del Woodrow Wilson Club para denunciar al fabricante del napalm, de instalarse en su apartamento de Nueva York, ya más arreglado, y de estrechar su amistad con Billy, Joanna, Ron y Bo Jainard, de aparecer como figurante en el primer film de Noah, un corto de siete minutos titulado *Secretos de Manhattan* en el que se podía ver a Ferguson sentado a una mesa al fondo de un bar de mala muerte leyendo a Spinoza en francés, y también fue el año en que trabajó en *El alma de las cosas inanimadas*, una secuencia de trece meditaciones sobre los objetos que contenía su apartamento y que concluyó a finales

de mayo. También fue el año en que su abuelo falleció de aquella extraña e ignominiosa muerte de la que nadie de la familia quería hablar, la culminación de una orgía de juego en Las Vegas que duró una semana entera y en la que perdió noventa mil dólares a la ruleta y luego sufrió un ataque al corazón mientras estaba haciendo el amor (o tratando de hacerlo) con dos putas de veinte años en su habitación. En los diecisiete meses transcurridos desde la muerte de su mujer, Benjy Adler se había fundido más de trescientos cincuenta mil dólares y fue enterrado como indigente en una fosa común por la sociedad funeraria judía, gestionada por el Círculo de Trabajadores, organización de la que se había hecho miembro en 1936, época en que leía novelas de Jack London y aún se consideraba socialista.

Luego estaba Celia, en primer y último lugar estaba Celia, porque aquél fue el año en que Ferguson se enamoró, y lo más desconcertante del asunto fue que nadie salvo su madre se enteró de lo que había sucedido. Rose la consideraba *una chica magnífica*, pero todos los demás estaban confusos. Noah se refería a ella como el *pedúnculo desgarbado* de Westchester, la versión femenina de su fantasmal hermano pero de piel más morena y rostro más atractivo, una cretina de Barnard que se pasaría la vida con una bata blanca en el laboratorio estudiando ratas. Jim pensaba que era guapa pero demasiado joven para Ferguson, aún no se había desarrollado del todo. Howard admiraba su inteligencia pero se preguntaba si no era demasiado convencional para él, una burguesa bienintencionada que nunca entendería lo poco que a él le importaba lo que a los demás les parecía importante. Amy intervino diciendo sólo dos palabras: ¿Por qué? Luther la llamó obra en construcción, y Billy dijo: Pero, Archie, ¿qué estás haciendo?

¿Sabía él lo que hacía? Creía que sí. Eso había pensado cuando Celia puso el billete de dólar delante del anciano del Horn & Hardart. Eso había imaginado cuando ella insistió en que *se acabara el asunto de ser su falso hermano* cuando iban andando desde la Grand Central hasta la cafetería automática. Y eso había sentido cuando dejó caer su libro al suelo y manifestó que quería darle un beso.

¿Cuántos besos siguieron a aquel primero durante los meses siguientes? Centenares. Miles. Y el descubrimiento inesperado el 22 de octubre por la noche, cuando se dejaron caer en el colchón de la habitación de Ferguson e hicieron el amor por primera vez, de que Celia ya no era virgen. Había habido el mencionado Bruce en la primavera de su último año de instituto, más dos viajeros norteamericanos en su gira por Europa con su prima Emily, uno de Ohio en Cork y un chico de California en París, pero en vez de sentirse decepcionado por no ser el primero, Ferguson se sintió alentado por la noticia, animado al saber que tenía una mentalidad abierta y aventurera y poseía un apetito carnal lo bastante acentuado como para asumir riesgos.

Le encantaba su cuerpo. Encontraba tan bello su cuerpo desnudo que apenas fue capaz de hablar la primera vez que ella se desnudó y se acostó a su lado. La increíble suavidad y el calor de su piel, la esbeltez de sus manos y piernas, la curva de las nalgas de su culo redondeado y abarcable, sus pequeños y erguidos pechos de pezones oscuros, en punta, a ninguna había conocido tan bella como Celia, y los demás no entendían lo feliz que era estando con ella, pasando las manos por el cuerpo de la persona que amaba más que a ninguna otra de las que había amado. Si los

demás no podían entenderlo, lo lamentaba por ellos, pero Ferguson no estaba por la labor de invitar a los trovadores a sacar los violines ni de cargar las tintas recurriendo a la sensiblería. Con un violín era suficiente, y mientras él oyera la música que emitía, seguiría escuchándola él solo.

Más importante que los demás o lo que pensara la gente era la simple realidad de los dos, y ahora que habían pasado a la siguiente etapa surgía la necesidad cada vez más apremiante de comprender exactamente lo que estaba pasando. ¿Aún seguía relacionado su creciente amor por Celia con la muerte de Artie?, se preguntaba a sí mismo, ¿o su hermano había desaparecido del panorama para siempre? Al fin y al cabo, así fue como empezó todo, en la época de las comidas en New Rochelle, cuando el mundo se había partido en dos y la aritmética de los dioses le procuró una fórmula para ensamblarlo de nuevo: enamórate de la hermana de tu amigo muerto y entonces la Tierra seguirá girando alrededor del Sol. Los demenciales cálculos de una acalorada mentalidad adolescente, de una mente rabiosa, en duelo, pero por irracionales que pudieran haber sido esas conjeturas, siempre había confiado en que acabaría enamorándose de ella, y cuando eso sucediera, seguro que ella le correspondería, y una vez ocurrido eso no quería que Artie anduviera ya por medio, porque todo había acaecido por sí solo, empezando por aquel día en Nueva York cuando vio a una chica compasiva sacando un dólar del bolso para dárselo a un anciano decrépito, a la misma chica un año después bañada en luz en su apartamento y abrumándolo con la fuerza de su belleza, con veinticuatro cartas de países extranjeros guardadas en una caja de madera, a una chica excitada tirando su libro al suelo y queriendo darle un beso, en todo lo cual nada había tenido que ver Artie, y sin embargo, ahora que Celia y él se habían enamorado el uno del otro, Ferguson debía reconocer que era justo y apropiado que fuese ella con quien estuviera y con nadie más, aunque algo en él se removía ante la idea de ese *justo y apropiado*, porque ahora que la quería llegaba a comprender lo morboso que en un principio había sido su deseo hacia ella, contemplar a una persona viva, que respiraba, y convertirla en un símbolo de su campaña para enmendar las injusticias del mundo, pero en qué estaría pensando, por amor de Dios, y cuánto mejor sería que Artie ya hubiera desaparecido para siempre. Se acabaron los fantasmas, dijo Ferguson para sí. El chico muerto lo había unido a Celia, pero ya había cumplido su misión, y era hora de que desapareciese.

Ni una palabra a ella sobre la cuestión, y para cuando 1966 se convirtió en 1967 era asombroso lo poco que hablaban del hermano, lo resueltos que estaban ambos a no mencionarlo y seguir siendo sólo dos para que el invisible tercero no se interpusiera entre ellos ni flotara por encima de sus cabezas, y a medida que pasaban los meses y se estrechaba su relación y los amigos de Ferguson iban haciéndose poco a poco a la idea y empezaban a aceptarla como parte integrante del paisaje, Ferguson comprendió que aún tenía que realizar un acto ineludible para que pudiera romperse el hechizo. Era primavera por entonces, y al celebrar sus respectivos cumpleaños el 3 y el 6 de marzo ya tenían veinte y dieciocho años, y un sábado por la tarde de mediados de mayo, a la semana siguiente de escribir el párrafo final de *El alma de las cosas inanimadas*, Ferguson cruzó la ciudad para ir a Morningside Heights, donde Celia estaba cómodamente instalada en su residencia de Brooks Hall haciendo dos

trabajos de fin de curso, lo que significaba que aquel fin de semana sería distinto de los demás y no incluiría su acostumbrado paseo ni su charla ni sus expediciones nocturnas a la cama de Ferguson, pero la había llamado a las diez de la mañana para preguntarle si podía «tomarla prestada» durante treinta o cuarenta minutos a última hora del día, y no, dijo él, no era para *eso*, aunque *ojalá* lo fuese, sino para que hiciera algo por él que resultaría sencillo y nada fatigoso pero, al mismo tiempo, de la mayor importancia para su felicidad futura. Cuando ella le preguntó de qué se trataba, él contestó que se lo diría luego.

¿Por qué tanto misterio, Archie?

Porque sí, contestó él. Sólo porque sí, y ya está.

Mientras bordeaba Central Park en el autobús que cruzaba la ciudad, llevaba la mano derecha en el bolsillo de la cazadora, envolviendo con los dedos una pelota de goma de color rosado que había comprado por la mañana en una tienda de chucherías y tabaco de la Primera Avenida, una pelota corriente fabricada por la Spalding Company y que en Nueva York comúnmente se conocía como una *spaldeen*. Aquélla era la misión de Ferguson en aquella luminosa tarde de mediados de mayo: ir a Riverside Park con Celia y jugar a lanzar la pelota, renunciar a la promesa que había hecho seis años atrás en las silenciosas profundidades de su amargura y acabar de una vez con su obsesión.

Celia sonrió cuando le contó cuál era aquella cuestión de suma importancia, dirigiéndole una mirada sugerente como si creyera que le estaba gastando una broma o tenía algo escondido bajo la manga que se negaba a enseñarle, pero estaba contenta de que la hubiera liberado de su habitación, le dijo, ¿y qué mejor forma de pasar el rato que jugar un poco al béisbol en el parque? A Celia le gustaba doblemente la idea porque era una chica atlética, excelente nadadora, una jugadora de tenis decente y no tiraba mal a canasta, y después de haberla visto un par de veces en la pista de tenis, Ferguson supo que era capaz de atrapar una bola y que no lanzaba como solían hacer las chicas, con el codo doblado, sino casi como un chico, con el brazo completamente extendido y dando impulso con el hombro. Le dio un beso fuerte en la mejilla y le agradeció que hubiera venido. Por mucho que quisiera no podría explicarle por qué estaban haciendo aquello.

De camino al parque, misteriosos brotes de sudor empezaron a surgir de los poros de Ferguson, le dolía el estómago y cada vez le resultaba más difícil llenarse los pulmones de aire. Mareado. Tanto, que tuvo que cogerse del brazo de Celia para no perder el equilibrio mientras bajaban con dificultad la empinada cuesta de la calle Ciento dieciséis Oeste en dirección a Riverside Drive. Mareado y asustado. Había hecho aquella promesa siendo aún un muchacho, y desde entonces había sido una cuestión primordial en su vida, una prueba de fuerza de voluntad, de energía interior y sacrificio por una causa sagrada, la solidaridad a través del abismo que separaba a los vivos de los muertos, honrar a los muertos mediante la renuncia a algo hermoso de este mundo, y romper ahora esa promesa no era sencillo, resultaba difícil, más que cualquier otra cosa imaginable, pero estaba obligado a ello, tenía que hacerlo ahora, porque por muy noble que hubiera sido su sacrificio, también había sido demencial, y no quería seguir con aquella locura.

Cruzaron Riverside Drive, y en cuanto sus pies pisaron la hierba del parque,

Ferguson sacó la pelota del bolsillo.

Échate un poco para atrás, Celia, le dijo, y cuando la sonriente Celia dio unos saltos hacia atrás situándose a unos cuatro metros de distancia, Ferguson extendió el brazo y lanzó la bola.

El verano se presentaba prometedor para todos los de su círculo. O eso parecía al principio de los días cálidos, ¿y por qué mencionar los desastres de julio y agosto cuando la cronología requiere que las grandes esperanzas de junio entren primero en consideración? Para Ferguson y sus amigos era una época en la que todo el mundo parecía precipitarse en la misma dirección, cuando todos se encontraban a punto de hacer algo nunca visto, algo extraordinario que ninguno de ellos habría imaginado que fuera posible. En la lejana California, al verano de 1967 le habían puesto el nombre de Verano del Amor. En la Costa Este, empezó como Verano de la Exaltación.

Noah volvía a Williamstown a otra temporada de actuaciones (Chéjov, Pinter) y trabajaba con ahínco en el guion de su segundo corto, que iba a ser menos breve que el primero, un film sonoro de dieciséis minutos con el título provisional de *Cosquillas en los pies*. Además se había buscado otra novia en la persona de Vicki Tremain, de pelo crespo y pechos grandes, una compañera suya de la Universidad de Nueva York de la promoción de 1969 que se sabía de memoria más de cien poemas de Emily Dickinson, fumaba hierba de manera tan compulsiva como otros fumaban cigarrillos y ambicionaba ser la primera mujer en recorrer las veintiséis manzanas que separaban Washington Square y el edificio del Empire State caminando sobre las manos. O eso afirmaba. También aseguraba que Lyndon Johnson la había violado repetidas veces en los últimos cuatro años y que Marilyn Monroe no se habría suicidado de haberse casado con Henry Miller en vez de con Arthur Miller. Vicki era una joven con un rico sentido del humor y una gran conciencia de lo absurdo de la vida, y Noah estaba tan chiflado por ella que le temblaban las piernas cada vez que se le acercaba.

Amy y Luther no volverían a Nueva York esta vez. Habían encontrado apartamento en Somerville, y mientras Luther seguía unos cursos complementarios en Harvard, Amy se pasaría los dos meses y medio siguientes trabajando en la cadena de montaje de la fábrica Necco en Cambridge. Ferguson recordaba las galletas Necco de su infancia, en particular las batallas que había librado con ellas en los días de mal tiempo en Camp Paradise, todos los chicos confinados en la cabaña y lanzándose unos a otros aquellos duros y dulces discos mientras la lluvia caía a raudales sobre el tejado, pero cuando una le acertó a Rosenberg justo debajo del ojo, las galletas Necco quedaron prohibidas. Una elección interesante, dijo Ferguson a Amy por teléfono, pero ¿por qué en una fábrica, y de qué va todo eso? Política, contestó ella. A los miembros del SDS se les había pedido que buscaran trabajo en fábricas durante el verano para extender el movimiento antiguerra entre la clase obrera, que en aquellos momentos era proguerra en su mayor parte. Ferguson le preguntó si serviría de algo. Ni idea, dijo Amy, pero aun en el caso de que la agitación desde dentro no diera resultado, para ella sería una buena experiencia, una oportunidad para aprender algo sobre las condiciones laborales en Norteamérica y los trabajadores que se ven sometidos a ellas. Había leído centenares de libros sobre el asunto, pero un verano en

la fábrica Necco iba a enseñarle mucho más. Inmersión plena. Manos a la obra, conocimiento práctico. Remangarse y a la tarea. ¿Vale?

Vale, dijo Ferguson, pero prométeme una cosa.

¿Qué?

No comas muchas galletas Necco.

¿Ah? ¿Y por qué?

Son malas para los dientes. Y tampoco se las tires a Luther. Lanzándolas como es debido pueden resultar armas mortales, y la salud de Luther es de gran importancia para mí, porque quiero ir a un partido de béisbol con él este verano.

De acuerdo, Archie. Ni comeré galletas ni las lanzaré. Me limitaré a hacerlas.

Jim había terminado su doctorado en Físicas en Princeton y se casaría con Nancy Hammerstein a primeros de junio. Ya habían firmado el contrato de alquiler de un apartamento de dos habitaciones en South Orange, en el tercer piso del edificio de South Orange Avenue que hacía esquina con Ridgewood Road, uno de los raros edificios de viviendas en una ciudad compuesta en su mayor parte de casas unifamiliares, y allí se irían a vivir a la vuelta de la luna de miel, que pasarían haciendo cámping en las Berkshire. A Jim le habían ofrecido un puesto de profesor de física en el instituto West Orange y a Nancy de historia en el Montclair, pero decidieron vivir en South Orange porque Jim aún tenía muchos amigos allí, y con hijos en un horizonte no muy lejano, era lógico que residieran en la misma ciudad de los futuros abuelos. Costaba hacerse a la idea, pensó Ferguson: él, tío; Amy, tía; y la madre de él y el padre de ella meciendo en las rodillas a un par de nietos.

Howard volvía a la granja de Vermont, no a ordeñar vacas ni a reparar alambradas como había hecho otras veces, sino para aprovechar sus cuatro semestres de griego antiguo traduciendo al inglés los fragmentos escritos y las frases documentadas de Demócrito y Heráclito, los dos pensadores presocráticos a quienes se conocía comúnmente como «el filósofo que ríe» y «el filósofo que llora». Howard había descubierto un pasaje divertido en un texto temprano de John Donne que pensaba insertar como epígrafe al proyecto: *Ahora entre nuestros hombres sabios, dudo que a muchos se viera riendo de las lágrimas de Heráclito, pero a ninguno llorando ante la risa de Demócrito*. Sin embargo, hasta Howard batallaba con sus versiones de D. *(La acción arranca con audacia: el azar gobierna el fin)* y de H. *(El camino hacia arriba y el camino hacia abajo son una y la misma cosa)*, y también seguía su proyecto PT, la obra de ilustraciones con los sesenta mejores partidos de tenis que Ferguson y él habían imaginado a lo largo de los dos últimos años, porque Howard era uno de esos seres afortunados que se sentían a gusto tanto con palabras como con imágenes, y cuando más feliz estaba era cuando vivía en ambos reinos a la vez, y aparte de las tareas de traducir y dibujar, su principal objetivo aquel verano consistía en pasar el mayor número de horas posible con Mona Veltry, su amiga de la infancia de Brattleboro que en los últimos meses había alcanzado la categoría de novia, amante, compañera intelectual y posible futura esposa. Antes de despedirse en Princeton al día siguiente de los exámenes finales, Howard había arrancado a Ferguson la promesa de ir a Vermont para hacerle dos largas visitas, quizá hasta tres.

Billy se acercaba al final de su extensa novela de cuatrocientas páginas y pensaba sacar *El alma de las cosas inanimadas* a mediados de agosto. Ron y Peg

Pearson esperaban su primer hijo, y Ron, Ann y Lewis, que llevaban más de un año hablando del asunto, habían encontrado una patrocinadora acaudalada en la persona de la exmujer del primer marido de la madre de Ann para que los ayudara a montar una nueva editorial, Tumult Books, una empresa pequeña que sacaría seis o siete libros al año, volúmenes en tapa dura de dimensiones normales, con lomos cosidos y tipografía tradicional impresos en los mismos talleres que producían cantidades de libros para otras editoriales neoyorquinas. El ciclostil estaba lejos de fenecer, pero poco a poco se iba disponiendo de otras soluciones porque algunos de los escritores sin blanca de la parte sur de Manhattan habían descubierto dónde estaba la pasta.

En cuanto a Celia, también pasaría el verano en Massachusetts, igual que Noah, Amy y Luther, no con ellos en sentido literal sino en el pueblo de Woods Hole, en la punta de la península occidental de Cape Cod, trabajando de interna en el Laboratorio de Biología Marina. No con ratas, tal como Noah había pronosticado en otoño, sino con moluscos y plancton, y aunque técnicamente era demasiado joven para un puesto así, su profesor de Biología en Barnard, Alexander Mestrovic, estaba tan impresionado por su inteligencia e innata percepción de los micromatices de la vida celular que la había instado a que lo acompañara a Massachusetts para trabajar en el proyecto de investigación genética en que participaba, esperando que aquella oportunidad de observar la actividad de los profesores le sirviera para aclimatarse a los rigores del trabajo en laboratorio, lo que a su vez contribuiría a prepararla para su futuro en el ámbito científico. Celia se mostraba reacia a marcharse. Quería encontrar trabajo en la ciudad y vivir con Ferguson durante el verano, que era exactamente lo que él también quería, pero no, concluyó Ferguson, no podía rechazar a Mestrovic, su invitación era un honor de tal magnitud que si no iba se arrepentiría durante el resto de su vida, y no temas, añadió, porque tenía un coche a su disposición y en los próximos meses iría muchas veces a Vermont y Massachusetts para ver a Howard, Noah, Amy y Luther en Newfane, Williamstown y Somerville, y en sus incursiones en dirección norte su primer destino sería Woods Hole, adonde iría a verla tantas veces como ella lo soportara, y por favor, le dijo, no seas ridícula, tienes que aceptar, así que Celia aceptó y una mañana, justo en medio de la guerra de los Seis Días, se despidió de Ferguson con un beso y se marchó.

Pocas dudas había de que se sentiría solo, pero no sería una soledad insoportable, pensaba él, con la oportunidad de verla un par de veces al mes en las prolongadas visitas a la granja de Howard, y ahora que había terminado su último librito, era otra vez borrón y cuenta nueva. Más de ocho meses había empleado en concebir aquellas peculiares meditaciones sobre objetos domésticos y las imaginarias vidas que habían llevado antes de que él los recogiera en la calle, el extravagante excurso sobre la tostadora estropeada y sobre si se podría seguir llamando tostadora a un aparato averiado que ya no tostaba nada y, en caso negativo, si hacía falta darle otro nombre, las reflexiones sobre lámparas, espejos, alfombras y ceniceros junto con historias sobre las personas imaginarias que los habían tenido y utilizado antes de que acabaran en su apartamento, tarea enorme aunque no absurda, y ahora había otro libro breve para que Billy sacara doscientos ejemplares y los repartiera entre los amigos. El último capítulo del Periodo Gizmo, tal como Ferguson lo recordaría después, tres obras breves de dudoso mérito, seguramente imperfectas y atrofiadas pero en ningún

caso mediocres ni previsibles, a veces incluso resplandecientes, así que a lo mejor no eran el fracaso absoluto que a veces consideraba, y como Billy y los demás respaldaban su obra, quizá lo bastante buena para que lo reconocieran como alguien con cierto futuro, con materia para un posible futuro, en cualquier caso, después de pasarse los dos últimos años componiendo aquel trío de frenéticos ejercicios de calentamiento, Ferguson comprendió que la primera fase de su aprendizaje había llegado a su fin. Ahora necesitaba pasar a otra cosa. Por encima de todo, decía para sí, le hacía falta echar el freno y empezar a contar historias de nuevo, encontrar la forma de volver al mundo.

No escribió nada durante las tres primeras semanas de las vacaciones de verano. Hubo la boda de Jim y Nancy el 10 de junio en Brooklyn, hubo los espléndidos días con Celia en Woods Hole del 16 al 18, pero sobre todo deambuló por la ciudad para matar el tiempo, esforzándose por mantener los ojos abiertos ante las cosas que aparecían ante él mientras llevaba en el bolsillo la carta de Dana Rosenbloom, aún sin contestar. Nueva York se desmoronaba. Los edificios, las aceras, los bancos, las alcantarillas, las farolas, las placas con el nombre de las calles, todo cuarteado o roto o cayéndose a pedazos, centenares de miles de jóvenes combatiendo en Vietnam, a los muchachos de la generación de Ferguson los enviaban al matadero por motivos que nadie había justificado de forma plena ni adecuada, los ancianos que mandaban habían perdido la noción de la verdad, las mentiras eran ya la moneda oficial del discurso político en Norteamérica, y cualquier cafetería de mala muerte infestada de cucarachas a todo lo largo y ancho de Manhattan tenía un letrero de neón en el escaparate que pregonaba: EL MEJOR CAFÉ DEL MUNDO.

Dana estaba casada, embarazada de seis meses, *realizada y feliz*, según su carta. Ferguson se alegraba por ella. Sabiendo lo que ahora sabía de sí mismo, era evidente que había hecho bien en no casarse con un hombre incapaz de engendrar hijos, pero por mucho que quisiera contestarle para darle la enhorabuena, otras partes de su carta lo habían llenado de inquietud y aún estaba buscando la forma de contestarle. El tono exultante de sus comentarios sobre la guerra, la petulante seguridad de la conquista militar, el tribalismo de los guerreros hebreos venciendo a millares de enemigos. Cisjordania, el Sinaí, Jerusalén Oeste, ahora todo bajo control israelí, y sí, había sido una gran victoria, sorprendente, y por supuesto que estaban orgullosos de sí mismos, pero nada bueno saldría de todo aquello si Israel insistía en ocupar aquellos territorios, pensaba Ferguson, eso sólo conduciría a más conflictos en el futuro, pero Dana no lo veía así, en Israel quizá nadie era capaz de considerar objetivamente la situación, tanto tiempo presa del miedo y ahora festejando su recién conquistado poder, y como Ferguson no quería molestar a Dana con sus opiniones, que podrían no ser las indicadas, retrasaba una y otra vez la carta que tenía intención de escribir.

Seis días después de volver de Woods Hole, salió a dar otro de sus paseos por la ciudad, y al pasar frente a un solar abarrotado de frigoríficos abandonados, muñecas descabezadas y sillas destrozadas, se le ocurrió una frase de pronto, una frase de cuatro palabras que le vino a la cabeza sin saber por qué y siguió repitiéndose mientras caminaba, *Capital de las ruinas*, y cuanto más pensaba en la frase, más convencido estaba de que sería el título de su próxima obra, una novela esta vez, su primer intento con la novela, un libro grave e implacable sobre el país roto en que

vivía, una incursión en un registro mucho más oscuro que todo lo anterior, y ya empezaba a tomar forma cuando avanzaba aquella tarde por la acera, la historia de un médico llamado Henry Noyes, nombre tomado del estudiante de Medicina William Noyes, un compañero de suite de primer año en Brown Hall, pero que pronunciado como la palabra *noise*, ruido, y haciendo al mismo tiempo una pausa entre *no* y *yes* constituía una elección inevitable, la única que respondía a los requisitos de la historia. *Capital de las ruinas*. Tardaría dos años en acabar la novela de doscientas cuarenta y seis páginas, pero la víspera de salir hacia la granja de Howard en Vermont, el 30 de junio de 1967, se sentó a escribir la primera versión del primer párrafo de lo que llegaría a considerar su primer libro de verdad.

Recordó el primer brote de treinta y cinco años atrás, la erupción de suicidios inexplicables que dejaron perpleja a la ciudad de R. durante el invierno y la primavera de 1931, aquella terrible serie de meses en que cerca de dos docenas de jóvenes de edades comprendidas entre los quince y los veinte años habían puesto fin a sus vidas. Entonces él también era joven, sólo catorce años, alumno de primero de instituto, y siempre recordaría el momento en que se enteró de la muerte de Billy Nolan, jamás olvidaría las lágrimas que surgieron de sus ojos cuando le dijeron que la bella Alice Morgan se había ahorcado en el desván de su casa. En su mayor parte ahorcados treinta y cinco años atrás, sin dejar nota ni explicación alguna, y ahora todo empezaba de nuevo, cuatro muertes sólo en marzo, pero esta vez los jóvenes se mataban asfixiándose, aspirando los gases de combustión de coches que ponían en marcha en garajes cerrados. Sabía que habría más muertes, que desaparecerían más jóvenes hasta que se extinguiese la epidemia, y se tomó el desastre de forma personal, porque ahora era médico, doctor Henry J. Noyes, médico de medicina general, y tres de los cuatro chicos muertos últimamente habían sido pacientes suyos, Eddie Brickman, Linda Ryan y Ruth Mariano, y él con sus propias manos los había traído al mundo a los tres.

Habían quedado en reunirse todos en la granja de Howard entre las cinco y las seis de la tarde del sábado, 1 de julio. Celia vendría de Woods Hole en el Chevy Impala que sus padres le habían comprado de segunda mano en mayo, Schneiderman y Bond acudirían desde Somerville en el Skylark de 1961 que los Waxman habían regalado a Luther en señal de despedida cuando se marchó para hacer primero de universidad, y Ferguson desde la casa de Woodhall Crescent, adonde había ido a primera hora de la mañana para coger el viejo Pontiac. El plan consistía en pasar la noche del sábado en la granja, desayunar allí a la mañana siguiente y luego dirigirse a Williamstown para ver cómo se pavoneaba Noah por el escenario haciendo de Konstantin en la función de tarde de *La gaviota*. Después, Celia regresaría a Woods Hole, Amy y Luther a Somerville, y Ferguson, Howard y Mona Veltry volverían a la granja. Ferguson estaba invitado a quedarse el tiempo que quisiera. Imaginaba que permanecería allí unas dos semanas, pero no había nada confirmado, y a lo mejor se quedaba el resto del mes, desplazándose a Woods Hole los fines de semana.

Todo el mundo llegó a Vermont a la hora prevista, y como aquella tarde los tíos de Howard estaban en Burlington visitando a unos amigos y nadie tenía ganas de

cocinar, las tres parejas decidieron salir a cenar a un local llamado Tom's Bar and Grill, un bar cutre en la Route 30 a kilómetro y medio del centro de Brattleboro. Se metieron los seis en la ranchera de Howard después de un par de rondas de cerveza en la granja, rápidos tragos en la cocina porque en Vermont sólo se podía beber a partir de los veintiuno y en el Tom's no les darían ni una cerveza, y como una ronda no era bastante, no salieron hasta casi las nueve, y los sábados a esa hora el Tom's solía hallarse en un estado cercano al caos, con la máquina de discos emitiendo música country a todo volumen y los borrachuzos de la barra con el enésimo vaso de sus líquidos refrigerios.

Era un gentío de obreros y campesinos, sin duda de derechas en su mayoría, gente proguerra, y cuando Ferguson entró con su pequeña cuadrilla de universitarios izquierdistas, de inmediato comprendió que se habían equivocado de sitio. Había algo en los hombres y mujeres de la barra, observó, la actitud de buscar jaleo, y la lástima era que tenían que sentarse frente al mostrador porque no había mesas libres al fondo. Qué va a pasar, empezó a preguntarse mientras aparecía una simpática camarera para preguntarles qué querían (Hola, chicos. ¿Qué va a ser?), pensando si las avinagradas miradas que les lanzaban tenían algo que ver con su pelo un tanto largo, con el de Howard más largo aún, con el modesto afro de Luther, con el propio Luther por tratarse del único negro a la vista o con la elegancia socialmente superior de las tres guapas chicas, aunque Amy trabajaba en una fábrica aquel verano y los padres de Mona podrían haber estado sentados a una mesa de la otra sala aquella noche, y entonces, mientras Ferguson observaba con más atención a los de la barra, algunos de los cuales estaban de espaldas a él, se dio cuenta de que en su mayor parte las miradas procedían de dos individuos sentados al final de la parte derecha del mostrador triangular, los únicos que veían su mesa sin obstáculos, dos tíos que rondaban la treintena y que podían ser leñadores o mecánicos o profesores de filosofía por lo que Ferguson sabía, que era nada aparte del hecho evidente de que no estaban contentos, y entonces Amy hizo algo que en el último año seguramente había hecho centenares de veces, acercarse a Luther y darle un beso en la mejilla, y de pronto Ferguson comprendió lo que ponía de mal genio a los filósofos: no que un negro hubiese irrumpido en sus dominios exclusivamente blancos, sino que una joven blanca tocara a un negro en público, *arrimándose a él y besándolo*, y cuando se consideraban todas las demás provocaciones que llevaban soportando aquella noche, los estudiantes de pelo largo, las lozanas chicas universitarias de piernas largas y dientes preciosos, los que quemaban banderas y cartillas militares y toda la tropa de hippies arrogantes que se manifestaban contra la guerra, y si a eso se sumaba el número de cervezas que habían consumido en las horas que llevaban allí sentados, no menos de seis por barba y quizá hasta diez, no era raro ni remotamente sorprendente que el más corpulento de los dos profesores de filosofía se levantara del taburete, se acercara a su mesa y dijera a la hermanastra de Ferguson:

No vuelvas a hacer eso, chica. Aquí no se permiten esas cosas.

Antes de que Amy pudiera aclararse las ideas y contestarle, Luther dijo: Corta el rollo, tío. Piérdete.

No estoy hablando contigo, hotentote, replicó el filósofo. Estoy hablando con *ésta*.

Para hacer hincapié en su argumento, señaló a Amy con el dedo.

¡Hotentote!, exclamó Luther, soltando una histriónica risotada. Ésa sí que es buena. El hotentote eres tú, tío, no yo. *El hotentote por antonomasia*.

Ferguson, que estaba sentado en la silla más próxima al erguido filósofo, decidió levantarse y darle una lección de geografía.

Creo que estás un poco confundido, dijo. No estamos en África ni en Mississippi, sino en Vermont.

Estamos en *América*, contestó el filósofo, desviando la atención hacia Ferguson. ¡Tierra de libertad y hogar de los valientes!

De libertad para ti pero no para ellos, ¿verdad?, inquirió Ferguson.

Exacto, repuso el filósofo. Para ellos no, si se comportan así en público.

¿Así, cómo?, dijo Ferguson con un deje sarcástico en la voz que convirtió las palabras *así cómo* en algo parecido a *a tomar por culo*.

Así, gilipollas, dijo el filósofo.

Y entonces atizó un puñetazo a Ferguson en la cara y empezó la pelea.

Todo fue una idiotez. Una reyerta tabernaria con un racista borracho deseoso de pelea, pero después de recibir el primer puñetazo, ¿qué otra cosa podía hacer Ferguson sino devolvérselo? Afortunadamente, el amigo del filósofo no llegó a intervenir, y aunque Howard y Luther intentaron separarlos, no lo consiguieron antes de que Tom llamara a la poli, y por primera vez en su vida Ferguson fue detenido, esposado y conducido a la comisaría, donde lo ficharon, le tomaron las huellas y lo fotografiaron desde tres ángulos distintos. El juez de guardia fijó la fianza en mil dólares (cien dólares al contado), que Ferguson depositó con ayuda de Howard, Celia, Luther y Amy.

Desgarrones por encima de los ojos, el borde exterior de la ceja derecha desaparecido para siempre, la mandíbula dolorida, un pequeño reguero de sangre corriéndole por las mejillas pero nada roto, mientras que su atacante, un fontanero de treinta y dos años llamado Chet Johnson, salió del combate con la nariz fracturada y pasó la noche en el hospital Brattleboro Memorial. En su comparecencia ante el juez de instrucción el lunes por la mañana, ambos fueron acusados de agresión, alteración del orden público y daños a la propiedad (en la refriega se rompieron una silla y varios vasos), y se fijó la fecha del juicio para el martes, 25 de julio.

Antes de la comparecencia del lunes, un domingo sombrío en la granja, con la obra de Noah olvidada y todo el mundo sentado en el salón hablando de lo ocurrido la noche anterior. Howard se echaba la culpa. No debía haberlos llevado al Tom’s, afirmó, y Mona lo secundó declarando su propia responsabilidad en el asunto: Debería haberme guardado mucho de que fuerais a ese antro de paletos reaccionarios. Celia se extendió ampliamente sobre lo que ella consideraba la *increíble valentía* de Ferguson, pero también sobre el miedo que pasó al estallar la pelea, la espantosa violencia del primer puñetazo. Amy despotricó durante un rato, maldiciéndose a sí misma por no haberse enfrentado con aquel *odioso y estúpido carca*, llena de rabia por el pánico que le había entrado cuando la señaló con el dedo extendido, y entonces, en actitud muy diferente a la de la Amy que Ferguson conocía de tantos años, se echó las manos a la cara y rompió a llorar. Luther era el que estaba más

furioso, el más amargado, el más indignado por el enfrentamiento, y se despreciaba a sí mismo por haber permitido que Archie pagara el pato en vez de apartarlo de un empujón para darle un mamporro en la boca con su puño negro al cabrón aquel. Los tíos de Howard, pensando ya en el próximo paso, hablaron de buscar un buen abogado que se ocupara del caso de Ferguson. Hacia media tarde, Amy la Intrépida había recobrado la suficiente claridad mental como para llamar a la casa de Woodhall Crescent y contarle a su padre *el lío* en que Archie andaba metido. Pasó el teléfono a Ferguson, y cuando su confusa madre se puso, le dijo que no se preocupara, que la situación estaba controlada y no hacía falta que cogieran el coche y fueran a Vermont. Pero ¿cómo podía él estar seguro de nada, se preguntó mientras le decía esas cosas, y qué demonios iba a ocurrirle?

Pasaron días. Un joven abogado de Brattleboro, presuntamente bueno, llamado Dennis McBride, se ocuparía de su defensa. Celia iría los fines de semana a la granja porque Ferguson tenía prohibido salir del estado de Vermont hasta la conclusión del juicio, suponiendo que, cuando cayera el martillo y dictaran sentencia, el tribunal no lo mandara a la cárcel durante un mes, tres meses o un año. Habría que soltar cantidad de pasta para evitar que eso ocurriera, más dólares del decreciente montón de diez mil que su ya difunto abuelo le había dado el año anterior, pero al menos tenía dinero y no le haría falta pedir ayuda a su madre y a Dan. Entonces llegó el 12 de julio, y mientras escuchaba las noticias que le daba su madre por teléfono, le resultaba difícil comprender lo que le estaba diciendo. En medio de sus pequeñas escaramuzas particulares, una enorme pesadilla pública se iba extendiendo por las calles de Newark, y la ciudad en donde había pasado los primeros años de su vida estaba ardiendo hasta los cimientos.

Guerra racial. No disturbios raciales, tal como la prensa contaba a todo el mundo, sino una guerra entre razas. Soldados de la Guardia Nacional y policías del estado de Nueva Jersey disparaban sus armas con ánimo de matar, veintiséis muertos en aquellos días de devastación y derramamiento de sangre, veinticuatro de un color y dos de otro, por no mencionar a los centenares, si no miles, de heridos y apaleados, entre ellos el poeta y dramaturgo LeRoi Jones, vecino de Newark y antiguo amigo íntimo del fallecido Frank O’Hara, sacado a rastras de su coche cuando iba observando los destrozos por el Distrito Centro, conducido a una comisaría de barrio, encerrado en una habitación y maltratado de tal manera por un poli blanco que Jones se creyó a las puertas de la muerte. El poli que le dio la paliza había sido amigo suyo en el instituto.

Según Amy, a nadie de la familia Bond le había pasado nada. Luther no había salido de Somerville durante el conflicto, Seppy, de dieciséis años, estaba viajando por Europa con los Waxman y sus padres habían conseguido librarse de las balas, las porras y los golpes. Un aleluya entre los miles de gritos de dolor y horror y asco. La ciudad natal de Ferguson se había convertido en la capital de las ruinas, pero los cuatro Bond seguían con vida.

Vivir todo aquello mientras se preparaba para defender su propia vida en el tribunal. Faltaban ocho días para el juicio cuando acabó la guerra de Newark, una segunda guerra de seis días para acompañar la guerra de los Seis Días del Israel de Dana, y tanto si lo entendían como si no, los contendientes de ambos bandos habían

perdido, y mientras hacía sus trayectos diarios a Brattleboro para consultar con su abogado y preparar su causa, Ferguson se preguntaba si no estaba a punto de perderlo todo él también, pensando y angustiándose hasta el punto de sentir que se le descomponían las entrañas, que se le deshacían las enredadas espirales de tripas e intestinos amenazando con reventarle el vientre y esparcirse por la calle principal de Brattleboro hasta que un perro hambriento se acercara a zampárselas a lametazos para después dar las gracias al todopoderoso dios de los perros por la munificencia de sus dones.

McBride se mostraba seguro, tranquilo y *prudentemente optimista*, sabedor de que su cliente no había sido el agresor en aquella noche en cuestión, y con cinco testigos que respaldaban su versión, cinco *testigos de confianza* que asistían a universidades y facultades importantes, su testimonio iba a tener más peso que el posiblemente falso del amigo ebrio de Chet Johnson, Robert Allen Gardiner.

Dijeron a Ferguson que el juez que presidiría su causa era un licenciado de Princeton de la promoción de 1936, lo que significaba que William T. Burdock había sido compañero y tal vez amigo de su benefactor, Gordon DeWitt, que lo había recomendado para la beca. Imposible saber si se trataba de un factor positivo o negativo. Dado que la causa no iba a resolverse mediante los oficios de un jurado, que la decisión quedaría enteramente en manos del juez Burdock, Ferguson confiaba en que fuera positivo.

En la noche del 22, tres días antes de la fecha prevista para el juicio, Luther llamó a la granja y pidió hablar con *Archie*. Cuando la tía de Howard le pasó el teléfono, otra oleada de miedo retumbó en las entrañas de Ferguson. ¿Y ahora qué pasa?, se preguntó. ¿Es que Luther lo llamaba para decirle que no podía comparecer el martes ante el tribunal?

Nada de eso, contestó Luther. Claro que voy a testificar. Soy tu testigo estrella, ¿no es así?

Ferguson dio un suspiro por el teléfono. Cuento contigo, dijo.

Luther guardó silencio un momento al otro extremo de la línea. Entonces el momento se prolongó, mucho más de lo que Ferguson esperaba. Había interferencias, como si el silencio de Luther fuese en realidad el clamor de los pensamientos que se revolvían en su cabeza. Al fin dijo: ¿Te acuerdas del plan A y del plan B?

Sí, me acuerdo. Plan A: seguir el juego. Plan B: no seguir el juego.

Eso es; en pocas palabras. Ahora se me ha ocurrido el plan C.

¿Me estás diciendo que hay otra posibilidad?

Me temo que sí. La posibilidad del adiós y buena suerte.

¿Qué quieres decir?

Te llamo desde el piso de mis padres en Newark. ¿Tienes idea del aspecto que ofrece Newark estos días?

He visto las imágenes. Manzanas enteras destruidas. Edificios quemados, destrozados. El fin de una parte del mundo.

Quieren matarnos, Archie. No sólo encerrarnos, nos quieren muertos.

Todo el mundo no, Luther. Sólo los peores.

Los que están en el poder. Alcaldes, gobernadores y generales. Quieren borrarnos del mapa.

¿Qué tiene eso que ver con el Plan C?

Hasta ahora estaba dispuesto a seguir el juego, pero después de lo ocurrido la semana pasada creo que ya no puedo. Luego pienso en el plan B y me quedo sin respiración. Los Panteras se han convertido en una verdadera fuerza, y están haciendo exactamente lo que pensaba hacer yo si fracasaba el plan A. Comprando armas para defenderse, pasando a la acción. Parecen fuertes, pero no lo son. La Norteamérica blanca no tolerará lo que están haciendo, y los reprimirán y los irán matando uno por uno. Qué forma tan estúpida de morir, Archie, por nada. De modo que hay que olvidarse del plan B.

¿Y el plan C?

Voy a largarme. A poner pies en polvorosa, como decían en las antiguas películas de vaqueros. El martes iré con el coche a Vermont para el juicio, y cuando acabe no me dirigiré al sur, a Massachusetts, sino al norte, a Canadá.

Canadá. ¿Por qué a Canadá?

Primero, porque no es Estados Unidos. Segundo, porque tengo un montón de parientes en Montreal. Tercero, porque puedo acabar la carrera en McGill. Me aceptaron al salir del instituto, ¿sabes? Seguro que volverán a admitirme.

No me cabe duda, pero el traslado de matrícula lleva tiempo, y si dejas la universidad en el semestre de otoño, te llamarán a filas.

Puede que sí, pero ¿qué más da, si no pienso volver?

¿Nunca?

Jamás.

¿Y qué pasa con Amy?

Le he pedido que venga conmigo, pero me ha dicho que no.

Entiendes por qué, ¿verdad? No tiene nada que ver contigo.

Puede que no. Pero aunque se quede aquí, siempre podrá subir a verme. No es el fin del mundo, después de todo.

No, pero probablemente significa el fin de Amy y tú.

A lo mejor no es tan mala cosa. A la larga no íbamos a durar mucho. A corto plazo, creo que intentábamos demostrar algo. Si no a nosotros mismos, entonces a los demás. Y luego el gilipollas ese se acerca la otra noche a nuestra mesa y nos amenaza. Hemos demostrado lo que queríamos, pero ¿quién quiere vivir en un mundo que te obliga a sostener la mirada a los resentidos que se pasan la vida mirándote fijamente? La vida ya es bastante dura de por sí, y estoy agotado, Archie, simplemente no puedo más.

En los acontecimientos sucesivos hubo dos partes, una primera parte buena y una segunda que no lo fue tanto. La primera fue el juicio, que se desarrolló más o menos como McBride había previsto. Aunque eso no significaba que Ferguson no tuviera miedo durante casi todo el tiempo, ni que sus intestinos no amenazaran de nuevo con desenrollarse a lo largo de las dos horas y media que pasó en la sala, pero le sirvió de ayuda que su madre y su padrastro estuvieran presentes junto con Noah, la tía Mildred y el tío Don, y también lo ayudó el testimonio de sus amigos, que se expresaron bien y con precisión, primero Howard, luego Mona, Celia, Luther y, en último lugar, Amy, que hizo una gráfica descripción del pánico que le produjeron los

amenazadores gestos y palabras de Johnson antes de que le asestara el primer puñetazo, como lo ayudó asimismo el propio Johnson, que cuando subió al estrado confesó públicamente que la noche del 1 de julio estaba borracho y no recordaba lo que había hecho y lo que no. Sin embargo, Ferguson consideró que McBride había cometido un error táctico durante su testimonio haciéndole hablar demasiado sobre la universidad, no sólo preguntándole a qué se dedicaba (estudiante) sino a qué universidad asistía (Princeton) y en qué circunstancias (con una beca Walt Whitman) y cuál era su nota media (tres coma siete sobre un máximo de cuatro), porque si bien tales datos causaron evidente impresión al juez Burdock, no venían al caso y podían tomarse como un intento de influirle. Al final, Burdock consideró a Johnson culpable de instigar la reyerta y lo condenó a pagar una severa multa de mil dólares, mientras que Ferguson, sin antecedentes penales, fue exonerado del cargo de agresión y condenado a pagar una multa de cincuenta dólares por daños y perjuicios a Thomas Griswold, propietario del Tom's Bar and Grill, para cubrir los costes de una silla nueva y seis vasos. Era el mejor resultado posible, que lo liberaba por completo y para siempre del peso con el que venía cargando últimamente, y mientras amigos y familiares se congregaban en torno a Ferguson para celebrar la victoria, él agradecía a McBride sus buenos oficios. Tal vez sabía lo que se hacía, después de todo. La hermandad de Princeton. Si el mito era cierto, entonces cada alumno estaba estrechamente vinculado a cualquier otro estudiante de la universidad a través de las generaciones, tanto en muerte como en vida, y si Ferguson era efectivamente miembro de Princeton, como ahora daba por supuesto, ¿quién podía negar que el emblemático Tigre le había salvado el pellejo?

Poco después de salir del juzgado, mientras los once se dirigían tranquilamente al aparcamiento en busca de los coches, Luther se acercó a Ferguson por detrás, le pasó el brazo por los hombros y le dijo: Cuídate mucho, Archie. Me largo.

Antes de que Ferguson pudiera contestarle, Luther dio una brusca media vuelta y empezó a alejarse en dirección contraria, caminando rápidamente hacia su Buick verde, aparcado cerca de la salida en la parte delantera del aparcamiento. Ferguson dijo para sus adentros: De modo que te lo has planteado así. Ni lágrimas, ni grandes gestos, ni tiernos abrazos de despedida. Sólo meter el culo en el coche y darte el bote, esperando una vida mejor en el país vecino. Admirable. Pero, por otro lado, ¿cómo despedirte de un país que ya no existe para ti? Sería algo parecido a estrecharle la mano a un cadáver.

Mientras Ferguson veía cómo subía al coche la versión adulta del chico de catorce años que daba puñetazos, Amy apareció de pronto a todo correr. El motor arrancó, y en el último segundo, justo cuando Luther metía la marcha en el Skylark, ella abrió de golpe la puerta del pasajero y de un salto subió a su lado.

Se marcharon juntos.

Eso no significaba que fuera a quedarse con él en Canadá. Sólo significaba que el hecho de que se marchara era duro, demasiado duro por ahora.

La segunda parte de los acontecimientos posteriores estuvo directamente relacionada con Gordon DeWitt y el mito de la hermandad de Princeton.

Todos los años se celebraba la comida de los becarios Walt Whitman en la

primera semana del semestre de otoño, y hasta el momento Ferguson había asistido a dos de ellas, una en primero y otra en segundo. Poniéndose en pie para hacer una reverencia como le correspondía por ser uno de los cuatro iniciales en primero, levantándose para hacer una reverencia cuando las filas se incrementaron a ocho en segundo curso, una comida de tres platos a base de pollo en el comedor del claustro de profesores salpicada de breves discursos a cargo del rector, Robert F. Goheen, y otras autoridades de Princeton, comentarios esperanzados, idealistas, sobre la hombría de los jóvenes norteamericanos y el futuro del país, exactamente lo que cabría esperar en tales reuniones, pero a Ferguson lo habían impresionado algunas de las cosas que DeWitt había dicho en la primera de las alocuciones, o al menos el tono embarazoso y sincero con que las había dicho, no sólo su creencia de que *todo muchacho merecía una oportunidad, por humildes que fueran sus orígenes*, sino también sus recuerdos de llegar a Princeton después de salir de un instituto público como vástago de una familia pobre y encontrarse *fuera de lugar* al principio, lo que tocó la fibra sensible a Ferguson, que también se sentía fuera de lugar y sólo llevaba tres días allí cuando oyó tales palabras. Al año siguiente, DeWitt se puso en pie y pronunció un discurso casi idéntico, pero con un añadido importante. Mencionó la guerra de Vietnam, haciendo hincapié en la obligación de todos los norteamericanos de unirse en el esfuerzo de *contener la oleada de comunismo* y atacando con dureza al creciente número de jóvenes e *izquierdistas desilusionados y antinorteamericanos* que se manifestaban en contra de la guerra. DeWitt estaba con los halcones, pero ¿qué otra cosa cabía esperar de un francotirador de Wall Street que había ganado millones en las trincheras del capitalismo norteamericano? Y encima se había licenciado en la misma universidad en que se habían formado John Foster Dulles y su hermano Allen, los dos hombres que habían inventado la guerra fría como secretario de Estado y director de la CIA en el mandato de Eisenhower, y de no haber sido por lo que aquellos dos habían hecho en la década de los cincuenta, Estados Unidos no habría combatido contra Vietnam del Norte en los sesenta.

Con todo, a Ferguson no le importaba recibir dinero de DeWitt, y a pesar de sus diferencias políticas, aquel tipo le caía bastante bien. Compacto y de baja estatura, de cejas pobladas, ojos castaños y mandíbula cuadrada, había estrechado vigorosamente la mano a Ferguson cuando se conocieron, deseándole *toda la suerte del mundo* al emprender su *aventura universitaria*, y cuando volvieron a verse por segunda vez, Ferguson ya había dejado constancia de su rendimiento. *Sigue rindiendo así, Archie*, le dijo, *estoy muy orgulloso de ti*. Ferguson se había convertido en uno de sus muchachos, y DeWitt se interesaba mucho por sus muchachos y seguía con atención sus progresos.

La mañana siguiente al juicio, Ferguson se despidió de sus amigos en Vermont y volvió en su coche a Nueva York. Las fatigas de las últimas tres semanas habían menoscabado sus fuerzas dejándolo con mucho que pensar. La brutal escena del bar, la violencia en Newark, el recuerdo persistente, palpable, de las esposas presionándole las muñecas, los dolores de tripa durante el juicio, la decisión de Luther, repentina pero no impetuosa, de empezar una nueva vida en Montreal, y Amy, la pobre y devastada Amy corriendo como loca hacia el coche. También tenía que pensar en su libro, la novela que esperaba ser capaz de escribir, y poco a poco

volvió a asentarse de nuevo y a consolarse con su habitación y su escritorio y sus largas charlas por teléfono con Celia por la noche. El 11 de agosto lo llamó su madre para decirle que en el correo de la tarde habían recibido una carta del plan de becas Walt Whitman Scholars. ¿Quería que se la leyese por teléfono o que se la remitiese a la calle Ochenta y nueve Este? Suponiendo que no era nada importante, lo más probable un mensaje de la señora Tommasini, la secretaria de la fundación, para informarle de la fecha y hora de la próxima comida de septiembre, Ferguson dijo a su madre que ahorrara saliva y le remitiese la carta cuando pasara por la oficina de correos. Transcurrió una semana entera antes de que la carta llegara a Nueva York, pero el día que llegó, el viernes 18 de agosto por la mañana, Ferguson había salido hacia Woods Hole en un autocar de la Trailways (el Pontiac estaba en el taller para unas pequeñas reparaciones) y, en consecuencia, no fue hasta el lunes día 21, a la vuelta de ver a Celia, cuando Ferguson abrió el sobre y recibió el segundo puñetazo en la cara del verano.

La carta no era de la señora Tommasini sino de Gordon DeWitt, un solo párrafo en el cual el fundador del plan de becas Walt Whitman Scholars le comunicaba que últimamente se había puesto en su conocimiento (en el de DeWitt) una serie de hechos lamentables por el conducto de un antiguo compañero de clase de Princeton, el juez William T. Burdock de Brattleboro, en Vermont, referente a una reyerta de taberna en la que él (Ferguson) había roto la nariz a un hombre, y aunque desde el punto de vista jurídico se determinó que había actuado en defensa propia, moralmente se había comportado de la forma más reprensible, porque en primer lugar el hecho de entrar en un local tan desagradable no podía defenderse en modo alguno, y el haber permanecido en él arrojaba serias dudas sobre su capacidad de distinguir entre el bien y el mal. Como Ferguson bien sabía, todos los participantes en el plan de becas Walt Whitman Scholars tenían que firmar un código de buenas costumbres en el que prometían comportarse como caballeros en cualquier tipo de situación, esforzarse en dar ejemplo de buena conducta y virtudes cívicas, y como Ferguson había incumplido su promesa, era su triste deber (el triste deber de DeWitt) informarle de que su beca había sido revocada. Ferguson podía seguir en Princeton como estudiante de pleno derecho si así lo decidía, pero su matrícula y los costes de manutención y alojamiento ya no serían financiados por el plan de becas. Lamentándolo mucho pero a su entera disposición...

Ferguson cogió el teléfono y llamó al número del despacho de DeWitt en Wall Street. Lo siento, dijo la secretaria, el señor DeWitt está de viaje por Asia y no volverá hasta el 10 de septiembre.

Inútil llamar a Nagle. Nagle y su mujer estaban en Grecia.

¿Le resultaría posible cubrir los gastos por sí mismo? No, imposible. Había extendido un cheque a McBride por cinco mil dólares, y en la cuenta sólo le quedaban poco más de dos mil. No era suficiente.

¿Pedir a su madre y a Dan que se lo pagaran ellos? No, no tenía valor para hacer eso. Su madre ya había concluido el proyecto del calendario y la agenda, y Phil Costanza, Tommy el Oso, el colaborador de Dan durante los últimos dieciséis años, había sufrido un derrame cerebral y probablemente no volvería a trabajar jamás. No

era el mejor momento para pedir favores.

¿Poner sus dos mil dólares y pedirles que asumieran la diferencia? Tal vez. Pero ¿y el año próximo, cuando los dos mil dólares ya no existieran?

Poner los dos mil dólares también implicaba dejar el apartamento. Horripilante pensamiento: se acabó Nueva York.

Y por otro lado, si no volvía a Princeton, perdería la prórroga. Con lo que lo llamarían a filas, y si cuando lo llamaran se negaba a acudir, acabaría en la cárcel.

¿Otra universidad? ¿Otra institución menos cara? Pero ¿cuál?, ¿y cómo demonios iba a conseguir un traslado de expediente en tan poco tiempo?

No sabía qué hacer.

Una cosa era segura: allí no lo querían más. Habían decidido que andaba en malos pasos y le habían dado la patada.

7.1

Después de volver de Florida, empaquetó sus cosas y se mudó cuatro manzanas al sur a un apartamento de la calle Ciento siete Oeste entre Broadway y Amsterdam Avenue. Dos habitaciones y cocina por la excesiva aunque asequible cantidad de ciento treinta dólares al mes (ventajas de tener dinero en el banco), pero aunque prefería vivir sin compañeros de piso y se alegraba de dejar atrás las embrujadas habitaciones de la calle Ciento once Oeste (acto necesario), dormir solo le resultaba difícil. La almohada de arriba era muy dura o demasiado blanda, la almohada de abajo era muy fina o estaba llena de bultos, y todas las noches las sábanas le raspaban los brazos o se le enroscaban entre las piernas, y sin Amy a su lado que lo meciera con su acompasada respiración hasta que le fuera entrando el sueño, sus músculos no se relajaban, sus pulmones se negaban a aflojar el paso y no podía evitar que su mente corriera a una velocidad que le producía cincuenta y dos pensamientos por minuto, uno por cada carta de la baraja. ¿Cuántos cigarrillos fumados a las dos y media de la madrugada? ¿Cuántos vasos de vino tinto bebidos después de medianoche para calmar los nervios y conseguir que se le cerraran los ojos? Dolor de cuello todas las mañanas. Retortijones en el estómago por la tarde. Falta de aliento por la noche. Y mañana, tarde y noche: el corazón latiendo demasiado deprisa.

Ya no era por Amy. Había pasado el verano resignándose al hecho de la separación, a lo inevitable de su ruptura para siempre, y ya no la culpaba a ella ni se achacaba la responsabilidad a sí mismo. Llevaban casi un año transitando en direcciones diferentes, y antes o después el filamento que los mantenía unidos tenía que romperse. Se quebró, y la inercia fue tan fuerte que la mandó directamente al otro extremo del país. A California. El desastre de la lejana California, y desde principios de mayo, ni una sola palabra de ella ni sobre ella; un cero tan enorme como un agujero en el cielo.

En sus mejores momentos, pensaba que había sido para bien, que Amy se había convertido en una persona con la que ya no podía o no quería vivir, y por tanto no debía lamentar nada. En sus peores momentos, la echaba de menos, la echaba en falta del mismo modo que a sus dos dedos cercenados en el accidente, y desde que se había ido, tenía a veces la impresión de que le habían arrancado otra parte de su cuerpo. Cuando se encontraba en tierra de nadie, ni mejor ni peor, rogaba para que apareciese alguien que ocupara la otra mitad de su cama y lo curase del insomnio.

Nueva vivienda, el sueño de un nuevo amor, el largo verano de traducciones, que prosiguieron durante el otoño, el invierno y la primavera, los problemas somáticos causados por la pérdida del amor y su actual estado de ánimo, que acabaron enviándolo a la sala de urgencias del hospital St. Luke con veintisiete puñales en las tripas (no la ruptura del apéndice, tal como temía, sino un acceso de gastritis), el continuo caos de Vietnam junto a las numerosas convulsiones ocurridas durante la segunda mitad de 1968 y la primavera de 1969 —todas formaban parte de la historia de Ferguson— y, por encima de todo, la guerra que libraba contra la simbólica figura de Nobodaddy, el personaje concebido por William Blake que en la

imaginación de Ferguson representaba a los hombres irracionales que tenían a su cargo el gobierno del mundo. A mediados de septiembre, cuando volvió a Columbia para cursar su último año, se sentía desilusionado y amargado por la mayoría de las cosas, entre ellas las que había descubierto sobre las manipulaciones de la prensa norteamericana, y ahora estaba pensando si quería unirse a aquella fraternidad cuando saliera de la universidad, si la decisión que había tomado en el instituto de ser periodista profesional aún merecía la pena en vista de la corrupción y la falta de honradez que había presenciado directamente la primavera anterior durante los días de la revuelta en Columbia. El *New York Times* había mentido. El presunto periódico de referencia, el pretendido bastión del periodismo ético e imparcial había falseado el artículo sobre la intervención policial del 30 de abril, publicando una crónica de los acontecimientos *escrita antes de que se produjeran los hechos*. A. M. Rosenthal, director adjunto del *Times*, había recibido información confidencial de un miembro del rectorado de Columbia sobre la inminente incursión policial horas antes de que las fuerzas antidisturbios irrumpieran en la zona, y con el conocimiento de que se convocaría a mil agentes, el artículo de fondo en primera página de la primera edición matinal del 30 de abril anunciaba que esos mil agentes habían despejado los edificios ocupados deteniendo a setecientos estudiantes acusados de allanamiento de morada (cifra que se rellenó en el último momento, después de escrito el artículo), pero ni una palabra sobre lo que había sucedido realmente, ni una palabra sobre la violencia ni el derramamiento de sangre, ni una palabra sobre los estudiantes y profesores apaleados, y ni una palabra sobre el hecho de que la policía utilizó esposas y porras para golpear repetidamente a uno de los propios reporteros del *Times* en Avery Hall. En el periódico de la mañana siguiente, el artículo de fondo en primera página no mencionaba los desmanes policiales que se habían producido en el campus durante la redada, aunque había un modesto artículo sobre supuestos actos de brutalidad policial perdido en la página 35: LINDSAY ORDENA UNA INVESTIGACIÓN SOBRE LA ACTUA CIÓN POLICIAL. El tercer párrafo del artículo sostenía que «es difícil definir la brutalidad policial en tales situaciones, tal como sugieren las observaciones de docenas de estudiantes de Columbia. Para un experimentado manifestante pro derechos civiles o contra la guerra, la intervención de la policía en el campus de Columbia fue, en su mayor parte, relativamente suave». El sádico apaleamiento de Robert McG. Thomas Jr., el reportero del *New York Times*, no se mencionaba hasta el undécimo párrafo.

Docenas de estudiantes. Pero ¿qué estudiantes?, ¿y dónde estaban sus nombres?, quería saber Ferguson. ¿Y quiénes eran los experimentados veteranos de los movimientos contra la guerra y pro derechos civiles maltratados por la policía en manifestaciones anteriores? A ningún estudiante que trabajara en el *Columbia Daily Spectator* se le habría permitido publicar un artículo así, sin citar las palabras textuales ni facilitar la identidad de los estudiantes que habían formulado tales observaciones, si es que efectivamente las habían hecho. ¿Se trataba de un reportaje, se preguntaba Ferguson, o de un editorial disfrazado de reportaje? ¿Y cuál era, por favor, la definición de la palabra *suave*?

Otro artículo en primera página del 1 de mayo iba firmado por el propio Rosenthal, una mezcla curiosamente deshilvanada e inconexa de lamentaciones, impresiones y rabiosa incredulidad. «Eran las cuatro y media de la madrugada»,

empezaba el primer párrafo, «y el rector de la universidad se apoyó en la pared de la habitación. Aquél había sido su despacho. Se pasó la mano por el rostro. “Dios mío —dijo—, ¿cómo pueden unos seres humanos hacer una cosa así?” Deambuló por la estancia. Casi estaba desprovista de muebles. Los estudiantes habían roto mesas y sillas, destrozándolas y arrojándolas a los despachos circundantes...».

En la página 36 de esa misma edición matinal del *New York Times*, otro artículo hablaba de los daños causados en diversas aulas y despachos por los ocupantes de Mathematics Hall. Ventanas hechas añicos, un fichero de la biblioteca volcado, mesas y sillas destrozadas, quemaduras de cigarrillos en alfombras, archivadores por el suelo, puertas rotas. «Una secretaria, al volver al edificio por primera vez desde la ocupación del jueves por la noche, miró con repugnancia en torno suyo. “Son unos cerdos, simplemente”, dijo.»

Los cerdos, sin embargo, no eran los estudiantes que habían ocupado los edificios, sino los agentes de policía que entraron en los edificios al término de la redada. Ellos fueron quienes rompieron mesas y sillas, quienes lanzaron chorros de tinta negra contra las paredes, quienes abrieron paquetes de dos kilos y medio y cinco kilos de arroz y azúcar dispersando su contenido por despachos y aulas y arrojando al suelo frascos de concentrado de tomate, que también vertieron sobre mesas y archivadores, quienes rompieron los cristales de las ventanas con sus palos y sus porras. Si su intención era desacreditar a los estudiantes, la estrategia dio resultado, porque al cabo de unas horas del segundo destrozo policial montones de fotografías que daban fe de los daños circulaban por todo el país (la pared chorreante de tinta se hizo especialmente popular) y se convirtió a los jóvenes rebeldes en una pandilla incivilizada de gamberros y matones, una turba de bárbaros cuyo único propósito era destruir las sagradas instituciones de la sociedad norteamericana.

Ferguson conocía la verdadera historia porque había sido uno de los periodistas del *Spectator* encargados de investigar las acusaciones de vandalismo contra los ocupantes, y lo que sus colegas y él mismo habían descubierto —mediante declaraciones juradas de miembros del claustro— era que no había tinta en las paredes cuando un contingente de profesores realizó una visita de inspección al desocupado edificio Math a las siete de la mañana del 30 de abril. En cuanto salieron, sólo la policía y los fotógrafos de prensa estaban autorizados a entrar en el edificio, y cuando los profesores volvieron más tarde encontraron las paredes cubiertas de tinta. Ídem con las mesas, sillas, archivadores, ventanas y paquetes de comestibles. En perfectas condiciones a las siete de la mañana, saqueado y destruido a mediodía.

En nada ayudó que el dueño del *New York Times*, Arthur Ochs Sulzberger, fuese miembro de la junta directiva de Columbia. Ni que William S. Paley, director de la cadena de televisión CBS, junto con Frank Hogan, fiscal del distrito de Manhattan, también se sentaran en la junta. A diferencia de muchos de sus amigos, Ferguson no había contraído el hábito de buscar conspiraciones para explicar las operaciones encubiertas de los esbirros de Nobodaddy, pero cómo no extrañarse de que el periódico más influyente de Estados Unidos hubiera distorsionado a propósito la información sobre los acontecimientos de Columbia y la cadena más influyente de televisión hubiera invitado a Grayson Kirk, rector de Columbia, a que apareciese en el programa *Frente a la Nación* pero nunca pidiera a los dirigentes estudiantiles que

diesen su versión del asunto. En cuanto a la cuestión de las fuerzas de orden público, Ferguson y sus compañeros de Morningside Heights eran plenamente conscientes de lo que había hecho la policía tanto durante como después de la redada, pero nadie parecía tener mucho interés en ello.

Caso cerrado.

Ferguson volvió al campus de Columbia aquel septiembre sintiéndose desmoralizado y hundido. Con una sensación de agotamiento y falta de determinación mientras las atrocidades de agosto continuaban resonando en su interior, los tanques soviéticos internándose en Checoslovaquia para sofocar la Primavera de Praga, Daley llamando a Ribicoff hijoputa y repugnante judío en la Convención Demócrata de Chicago al tiempo que veintitrés mil agentes de policía municipales, estatales y federales apaleaban y gaseaban a jóvenes manifestantes y periodistas en Grant Park, con la multitud gritando al unísono *¡El mundo entero está mirando!*, y Ferguson empezó entonces su último curso en Nueva York en medio de otra crisis, el perturbador espectáculo de los maestros de la enseñanza pública yendo a la huelga para protestar contra el control municipal de la Junta de Educación en Ocean Hill-Brownsville, otro enfrentamiento más entre negros y blancos, odio de razas en su forma más horrible y suicida, negros contra judíos, judíos contra negros, más veneno en el ambiente mientras el mundo volvía los ojos hacia las Olimpiadas a punto de empezar en Ciudad de México, donde la policía se enfrentó a una multitud de manifestantes compuesta por treinta mil estudiantes y obreros, matando a veintitrés y deteniendo a miles de ellos, y luego, a principios de noviembre, Ferguson votó por primera vez a sus veintiún años y Estados Unidos eligió a Richard Nixon como nuevo presidente.

Durante los primeros seis meses del último curso de universidad, se sintió como atrapado en un cuerpo extraño, incapaz de reconocer su rostro cuando se miraba al espejo, lo que también era cierto con respecto a sus pensamientos siempre que miraba al interior de su cabeza, porque en su mayor parte también eran los pensamientos de un extraño: pensamientos cínicos, iracundos, atribulados, que no tenían nada que ver con la persona que antes había sido. Finalmente, un hombre vendría del norte para ayudarlo a superar su amargura, pero eso no sucedió hasta el primer día de primavera, con lo cual el otoño y el invierno fueron duros para Ferguson, tanto que su organismo se resintió y acabó en la sala de urgencias.

Si ya no iba a ser periodista, no tenía sentido hacer más reportajes para el *Spectator*. Por primera vez desde hacía años, podía salir a rastras de su monasterio de cristal y mezclarse de nuevo con el mundo, no como cronista del comportamiento de otras personas sino en calidad de protagonista de su propia vida, por confusa y problemática que ahora fuese. Se acabó el informar, pero no se trataría de una ruptura total, no de la noche a la mañana, porque quería a la gente con la que trabajaba (si algunos periodistas estadounidenses le inspiraban respeto en aquel momento, eran Friedman y los demás chicos del *Spectator*), de modo que en lugar de cortar todos los vínculos con el periódico, renunció a su puesto como miembro suplente de la junta directiva y se convirtió en crítico ocasional de cine y literatura, lo que significaba entregar un artículo largo al mes, reflexiones sobre temas diversos como los poemas póstumos de Christopher Smart y el último film de Godard, *Weekend*, que según

sostenía Ferguson era el primer ejemplo documentado de lo que él denominaba *surrealismo público*, en contraposición al *surrealismo privado* de Breton y sus seguidores, porque el periodo de dos días y medio entre el viernes por la tarde y el domingo por la noche, comúnmente aludido con las expresiones *weekend* o fin de semana, constituía aproximadamente una tercera parte de la semana en las sociedades industriales y posindustriales de Francia y Norteamérica, en la misma medida en que las siete u ocho horas que cada individuo pasaba todas las noches en la cama constituían un tercio de su vida personal, el tiempo en que hombres y mujeres soñaban en paralelo con el tiempo acordado al sueño por la sociedad en que vivían, y el film anárquico y salpicado de sangre de Godard, de coches destrozados y sexualidad caníbal no era otra cosa que la exploración de una pesadilla de masas, que era lo que más profundamente llegaba a Ferguson ahora.

Se nombró a Hilton Obenzinger y a Dan Quinn como nuevos directores jefe de la *Columbia Review*, a David Zimmer y a Jim Freeman como directores adjuntos, y Ferguson se convirtió en uno de los nueve miembros del consejo literario. Dos números anuales en el pasado, pero ahora se había conseguido dinero para crear la editorial Columbia Review Press, que les permitiría publicar cuatro libros breves además de los dos números de la revista. Cuando a mediados de septiembre se reunieron los trece en Ferris Booth Hall para la junta inaugural, hubo poca discusión sobre los tres primeros títulos del catálogo. Poemas de Zimmer, poemas de Quinn y una serie de relatos de Billy Best, exalumno de Columbia que había abandonado los estudios cinco años antes pero aún estaba en contacto con varios miembros de la *Review*. El cuarto libro planteaba un problema. Jim y Hilton se excusaron, alegando que no tenían un trabajo consolidado que llegara a las sesenta y cuatro páginas, quizá ni siquiera a las cuarenta y ocho, y entonces, durante una pausa en las deliberaciones, Hilton desenvolvió un paquete de carne picada, lo prensó con las manos, se levantó de la silla y, gritando *¡Carne!*, lo lanzó con gran fuerza contra la pared, donde se aplastó y se quedó unos segundos pegado antes de escurrirse hasta el suelo. Tal era el valiente espíritu dadá de Hilton, y tal era el espíritu de aquel año, cuando los mejores cerebros de la universidad comprendían que a las cuestiones más importantes sólo podría responderse con incongruencias disparatadas, a diferencia de la táctica de la primavera anterior de que resbalaran y no quedaran *contra la pared*, y una vez que todos hubieron aplaudido a Hilton por su lección de buen juicio, Jim Freeman miró a Ferguson y le preguntó: ¿Qué hay de tus traducciones, Archie? ¿Tienes suficientes para un libro?

No del todo, contestó Ferguson, pero he trabajado bastante este verano. ¿Podemos esperar a la primavera?

Por votación unánime se decidió que una pequeña antología de poetas franceses del siglo XX elaborada por Ferguson sería el cuarto y último libro publicado aquel año. Cuando Ferguson les recordó que era ilegal publicar traducciones sin comprar los derechos de los originales, a nadie pareció importarle. Quinn señaló que la edición se limitaría a quinientos ejemplares, que se regalarían en su mayor parte, y si un editor francés venía por casualidad a Nueva York y se encontraba con el libro de Ferguson en un estante de la Gotham Book Mart, ¿qué podría hacer? Ellos ya no estarían allí, sino muy lejos, desperdigados por todo el país y sin duda por otros

países también, ¿y por qué iba a ir nadie detrás de ellos por unos cientos de dólares?

Estoy con Dan, dijo Zimmer. A tomar por culo el dinero.

Por primera vez en semanas, si no meses, Ferguson se echó a reír.

Entonces volvieron a votar, sólo para darle carácter oficial, y los trece miembros del consejo editorial de la *Columbia Review* repitieron uno por uno las siguientes palabras: *A tomar por culo el dinero*.

Jim y Hilton fijaron la fecha límite del 1 de abril para entregar el manuscrito acabado, con objeto de tener tiempo para imprimir el libro antes de que se licenciaran en junio, y mientras los meses seguían su curso Ferguson se preguntaba a menudo qué habría sido de él si Jim Freeman no le hubiera hecho aquella pregunta, porque a medida que pasaba el tiempo cada vez estaba más claro que el plazo le estaba salvando la vida.

Aquellos poemas eran su refugio, la pequeña isla de salud mental en la que no se sentía distanciado de sí mismo ni enfrentado con Todo Lo Existente, y aunque había terminado muchas más traducciones de las que había sugerido en la reunión, no menos de cien páginas hasta aquel momento, quizá ciento veinte, siguió adelante con sus versiones de Apollinaire, Desnos, Cendrars, Éluard, Reverdy, Tzara y los demás, con idea de trabajar con suficiente material para acomodarse a las cincuenta o sesenta páginas que la editorial acabaría publicando, una selección discordante que pasaría rápidamente de los desconsolados lamentos de «La linda pelirroja» al alborotado y enloquecido acto de «*L'homme approximatif*» de Tzara, de los fluidos ritmos de «*Pâques à New York*» de Cendrars a la gracia lírica de Paul Éluard:

¿Llegamos al mar con anillos
en los bolsillos, con el ruido del mar
en el mar, o somos portadores
de un agua más pura y silenciosa?

El agua frotándose las manos
afila cuchillos.
Los guerreros encuentran sus armas en las olas
y su ruido golpea como
escollos rasgando barcos de noche.

Es la tromba y el trueno. Por qué no el silencio
del diluvio, pues en nosotros se abre el espacio
soñado para el mayor de los silencios y respiramos
como el viento de los mares

terribles, como el viento

que trepa despacio sobre cada horizonte.

De manera que Ferguson tenía sus tareas extraacadémicas de traductor y crítico, una lucha y un placer cada una de ellas por separado y muchas veces ambas cosas al mismo tiempo, el placer de la lucha por hacerlo bien, la frustración de no conseguirlo en demasiadas ocasiones, los poemas que lo derrotaban y no alcanzaban un nivel lingüístico aceptable al cabo de una docena de intentos, el fracaso de su artículo sobre el efecto que producía escuchar distintas clases de música cantada por diferentes voces femeninas (Janet Baker, Billie Holiday, Aretha Franklin) porque en el fondo era imposible escribir sobre música, decidió, al menos imposible para él, pero aun así logró concluir varios artículos que no eran tan malos como para no poder entregarlos y publicarlos, y a pesar de eso el montón de traducciones seguía aumentando, y además estaban las clases, en su mayoría seminarios sobre literatura inglesa y francesa por entonces, porque ya había aprobado todas las materias menos una, Ciencias, la abominable Ciencias de dos años que en su opinión era una absoluta pérdida de tiempo y esfuerzo, pero se enteró de que había una asignatura concebida para zopencos como él, Introducción a la Astronomía, que por lo visto nadie suspendía porque el profesor estaba en contra de catear en ciencias a los alumnos que no eran de ciencias, y aunque uno no apareciese por su clase, lo único que había que hacer a final de curso era un test de opción múltiple, que se aprobaba aunque no llegaran a adivinarse las respuestas correctas y sólo se sacara un diez por ciento, de modo que Ferguson se matriculó en aquella asignatura de matemáticas celestiales para zotes, pero como vivía en un cuerpo extraño y ya no sabía quién era, y como no sentía sino desprecio por los jerarcas de Columbia y las absurdas materias que lo obligaban a estudiar contra su voluntad, a comienzos del primer semestre fue a la librería de la universidad y robó el manual de astronomía, él, que nunca había robado nada en la vida, que en el verano de primer curso había trabajado en la Book World y había pillado a seis o siete estudiantes robando libros y los había echado de la librería, ahora también era un ladrón, metiéndose un volumen de tapa dura de cinco kilos de peso bajo la chaqueta y saliendo tranquilamente al sol del veranillo de San Martín, ahora hacía cosas que jamás se le habrían ocurrido en el pasado, ahora se comportaba *como si ya no fuera él mismo,* aunque por otro lado aquélla quizá fuera la persona en que se había convertido ahora, porque lo cierto era que no sentía remordimiento por haber robado el libro; le daba exactamente igual.

Demasiadas veladas en el West End, demasiadas noches trompa con Zimmer y Fogg, pero Ferguson ansiaba compañía y conversación, y en las horas nocturnas en que se encontraba solo en el bar siempre cabía la remota posibilidad de toparse con alguna chica que estuviera tan sola como él. Remota porque tenía muy poca experiencia en esos asuntos al haber pasado cerca de cinco años de su adolescencia y temprana juventud con una sola chica, la para siempre desaparecida Amy Schneiderman, que lo había querido para luego dejar de quererlo y abandonarlo, y ahora que empezaba desde cero era un principiante en el arte de la conquista

amorosa, un absoluto ignorante de cómo había que acercarse a alguien para entablar conversación, pero un Ferguson achispado resultaba más encantador que un Ferguson sobrio y en tres ocasiones durante los tres primeros meses desde que volvió a Columbia, cuando había tomado unas cuantas para superar la timidez pero no demasiadas para perder el control de sus pensamientos, acabó acostándose con una mujer, con una durante una hora, con otra durante varias horas y con la tercera durante toda la noche. Todas mayores que él, y en dos de las tres ocasiones fue a él a quien abordaron, y no al revés.

La primera vez fue un desastre. Se había apuntado a un seminario sobre la novela francesa para licenciados, el único que no lo era en un aula con dos licenciados y seis licenciadas, y cuando en la tercera semana de septiembre una de las mujeres apareció por el West End, se acercó a saludarla. Alice Dotson tenía veinticuatro o veinticinco años, no carecía de atractivo ni estaba mal dispuesta pero era regordeta y torpe, quizá inhabituada a los protocolos de las relaciones promiscuas, tal vez incluso más tímida que él mismo, y cuando aquella misma noche se encontró en sus brazos, su cuerpo le resultaba tan distinto del de Amy que se desconcertó ante la falta de familiaridad de todo aquello, y además, para acrecentar su confusión, era más pasiva en la cama que la ardiente e imaginativa Amy, y mientras se dedicaba a la tarea de tratar de copular con ella, sus pensamientos no dejaban de alejarse de lo que se traía entre manos, y aunque Alice parecía disfrutar de una forma dulce y etérea, Ferguson se veía incapaz de terminar lo que había empezado, algo que jamás le había ocurrido en todos los años pasados con Amy, y el agradable revolcón que esperaba con entusiasmo se convirtió en una hora espantosa de impotencia y vergüenza. Y ni siquiera se le permitía olvidar aquel golpe a su orgullo masculino, porque la clase se daba los lunes y los jueves durante dos horas, y dos veces a la semana durante el resto del curso allí estaba Alice Dotson sentada con los demás estudiantes en algún sitio en torno a la mesa, haciendo lo posible por no mirarlo.

La segunda ocasión no le dejó cicatrices pero le enseñó una valiosa lección. Una secretaria de treinta y un años y aspecto agradable aunque poco interesante se presentó una noche en el West End con la intención manifiesta de ligarse a un estudiante. Dijo que se llamaba Zoe (nunca mencionó su apellido), y cuando se fijó en el solitario Ferguson, se sentó junto a él frente a la barra, pidió un manhattan y se puso a hablar de la Serie Mundial que entonces se disputaba entre los Cardinals y los Tigers (ella iba con el St. Louis porque se había criado en Joplin, en Missouri). Al cabo de dos o tres sorbos, tanteó el terreno poniendo la mano sobre el muslo de Ferguson, y como él era vulnerable a ese tipo de provocaciones respondió dándole un beso en la nuca. Zoe se bebió rápidamente el resto del manhattan, Ferguson apuró la cerveza, se dirigieron a casa de ella en la calle Ochenta y cuatro Oeste y en el asiento trasero del taxi se dedicaron a besarse y manosearse sin intercambiar más de seis o siete palabras en todo el trayecto. Todo era bastante impersonal, pensaba él, pero Zoe movía su menudo cuerpo de una forma que lo excitaba, y cuando llegaron a su apartamento, el lamentable órgano que le había defraudado de forma tan cruel con Alice Dotson no tuvo problemas para terminar lo que había empezado con la anónima Zoe. Era su primera relación de una noche. O casi de una noche, en el sentido de que después de la primera ronda hubo una segunda, y cuando todo acabó a las dos de la

madrugada Zoe dijo a Ferguson que se marchara, asegurándole que si no pasaban la noche juntos ambos se sentirían mejor por la mañana. Él no sabía qué pensar. Divertido mientras duró, dijo para sí, pero el coito sin sentimientos tenía sus limitaciones, y mientras se dirigía a pie a su apartamento entre el viento de la noche de otoño comprendió que no había valido la pena.

La tercera ocasión fue memorable, lo único bueno que le sucedió durante aquellos meses largos y vacíos. Aunque el West End era un local esencialmente frecuentado por estudiantes, asistía una serie de parroquianos que habían dejado de ir a la universidad o nunca habían ido, excéntricos, soñadores y borrachos que se sentaban solos en los reservados y tramaban el derrocamiento de gobiernos imaginarios, tomaban la última ronda antes de probar suerte de nuevo con Alcohólicos Anónimos o recordaban los viejos tiempos en que, sentado frente a la barra, Dylan Thomas recitaba sus poemas. Entre aquellos habituales había una mujer joven que Ferguson conocía desde primer curso, una belleza esbelta, de piernas largas, oriunda de Lubbock, en Texas, que se llamaba Nora Kovacs, alguien que siempre lo había atraído pero con la que nunca había flirteado debido a Amy, una chica de lo más insólita que había venido al norte en 1961 para asistir a Barnard, abandonando los estudios a mitad del primer semestre pero quedándose en el barrio, de labios llenos, provocativa, la Nora que no aguantaba un pelo y que dejándose llevar por las circunstancias acabó en la profesión de desnudarse ante desconocidos, una artista de *striptease* que transitaba por los remotos confines de la industria de Norteamérica realzando la vida de hombres sin mujer que trabajaban en pozos de petróleo, astilleros y fábricas, una artista bien pagada que desaparecía de Nueva York durante un par de meses para hacer una gira por Alaska o la costa del golfo de Texas, pero siempre volvía a reivindicar su asiento en el West End, adonde iba casi todas las noches para charlar con quienquiera que estuviese sentado a su lado, contando sus aventuras por la carretera y despotricando contra los estúpidos Nobodaddies que estaban destruyendo el universo. Ferguson no la conocía bien, pero a lo largo de los años habían mantenido cinco o seis conversaciones largas, y como una vez la había ayudado en un asunto de considerable importancia, existía un vínculo especial entre ellos, aunque no eran amigos íntimos. Aquello se remontaba a una noche durante su primer curso en que fue al West End sin Amy y pasó cuatro horas hablando mano a mano con Nora en un reservado lateral. Ella estaba a punto de salir a su primera gira de *striptease*, según le contó, y necesitaba inventarse un nombre escénico, porque desde luego no iba a pregonar su mercancía con el de Nora LuAnn Kovacs. En un súbito arranque de inspiración, Ferguson dijo: *Starr Bolt*. Maldita sea, repuso Nora, maldita una y mil veces, Archie, eres un genio, y quizá durante aquel momento fue un verdadero genio, porque *Starr Bolt* era un nombre que irradiaba encanto, libertad y poderío sexual, las cualidades fundamentales que toda *stripper* necesitaba para ascender a la cumbre, y a lo largo de los años sucesivos siempre que se habían encontrado Nora le había dado las gracias por convertirla en la *Reina de las Zonas Recónditas*.

A Ferguson le caía bien porque se sentía atraído hacia ella, o le gustaba porque le caía bien, pero también comprendía que era un desastre, que bebía mucho y se drogaba aún más, que se había convertido en lo que los guardianes de la virtud

habrían calificado de mujerzuela o fulana, una joven que había emprendido a toda prisa el camino de la ruina y la perdición, muy sincera para su propio bien, demasiado cómoda en el espléndido cuerpo que Dios le había dado sin más propósito que el de poner a prueba la moralidad de hombres débiles e irresolutos pecadores, una mujer que follaba con quien le daba la gana y hablaba abiertamente de su coño, de su clítoris y de los placeres de que le metieran una polla bien tiesa por el culo, pero al mismo tiempo Ferguson consideraba que poseía una de las inteligencias más agudas entre los asiduos del West End, una chica de buen corazón e impulsos generosos, y aunque presentía que no viviría más allá de los treinta o treinta y cinco, sólo sentía afecto por ella.

Hacía meses que no la veía, quizá medio año, pero allí estaba una noche a principios de noviembre, justo dos días después de que Nixon derrotara a Humphrey, lo que había oscurecido aún más el sombrío estado de ánimo que envolvía a Ferguson aquel otoño, y cuando se sentó a su lado en la barra, Nora soltó una de sus grandes carcajadas y le plantó un beso en la mejilla izquierda.

Hablaron más o menos durante una hora, tratando una serie de temas cruciales como la detención del exnovio de Nora por vender drogas, la desaparición definitiva de Amy, la decepcionante noticia (para Ferguson) de que Nora se marchaba a Arizona a la mañana siguiente, y el curioso detalle de que mientras estaba *sacudiendo las domingas* en Nome (expresión que él juró no olvidar), se había mantenido *al tanto de las corridas* en Columbia (chiste de Nora) de la primavera pasada leyendo el *Spectator*, que le mandaban de Nueva York sus amigos Molly y Jack. En consecuencia, había leído todos los artículos de Ferguson sobre la ocupación de los edificios, la incursión de la policía, la huelga y todo lo demás.

Las noticias quizá tardaran en llegar a Alaska, pero sus artículos eran muy buenos, le dijo ella, *jodidamente buenos, Archie*, y después de agradecerle el cumplido, él le dijo que se había retirado del periodismo. Puede que de forma permanente, añadió, a lo mejor sólo una temporada, todavía no lo tenía claro, porque de lo único que estaba seguro era de que ya no sabía qué pensar, que el cerebro se le había desangrado y había mierda (gracias, Sal Martino) por todas partes.

Nora dijo que nunca lo había visto con el ánimo tan por los suelos.

Aún más bajo, repuso Ferguson. Lo tengo en el nivel menos noventa y tres, y el ascensor sigue descendiendo.

Sólo hay una solución, anunció Nora.

¿Una solución? Vamos por ella, por favor, enseguida.

Un baño.

¿Un baño?

Un buen baño caliente, nosotros dos juntos.

Nunca lo habían solicitado con tanta gracia, y nunca había estado Ferguson tan encantado de aceptar.

Veinticinco minutos después, mientras Nora abría los grifos de la bañera en su apartamento de Claremont Avenue, Ferguson le dijo que Dios efectivamente le había dado un cuerpo glorioso, pero aún más importante que eso, también le había dado sentido del humor, y aunque por la mañana se fuese a Arizona, Ferguson estaba dispuesto a casarse con ella ahora mismo, y aun sabiendo que eso no era posible ni en

este momento ni en ningún punto del futuro, quería estar a su lado cada minuto de las once horas siguientes, pasar con ella hasta el último segundo antes de que abordara el avión, y ahora que se estaba portando tan bien con él deseaba que supiera que la quería y la seguiría queriendo durante el resto de su vida, aunque nunca más volviera a verla.

Venga, Archie, le dijo Nora. Tira la ropa al rincón y métete. La bañera está llena y no queremos que el agua se enfríe, ¿verdad?

Noviembre. Diciembre. Enero. Febrero.

Seguía yendo a la universidad a pesar de que ya había terminado, encaminándose a duras penas al final mientras cavilaba sobre lo que hacer después de que le entregaran el diploma. En primer lugar, estaba la cuestión de permitir que Nobodaddy le escudriñara el ano y le examinara los testículos, de toser cuando se lo ordenaran y someterse a un test por escrito para demostrar que era lo bastante inteligente como para morir por la patria. La caja de reclutas lo convocaría para el reconocimiento médico en junio o julio, pero eso no le preocupaba por la falta de sus dos dedos, y ahora que el cuáquero proguerra con un plan secreto para acabar con el conflicto se había sentado en el trono y hablaba de *reducción de tropas*, Ferguson dudaba que el ejército estuviera tan desesperado como para engrosar sus regimientos con soldados de un solo dedo pulgar. No, el problema no era el ejército, el problema era qué hacer cuando lo dieran por inútil, y entre las docenas de cosas contra las que se había pronunciado estaba la de cursar el doctorado. Lo había considerado durante tres o cuatro minutos en las vacaciones de Navidad con sus padres en Florida, pero con sólo decirlo en voz alta comprendió la repugnancia que le causaba la idea de pasar un día más de su vida en la universidad, y ahora que febrero estaba a punto de dar paso a marzo, ya había expirado el plazo para solicitarlo. La enseñanza era otra posibilidad. Se estaba llevando a cabo una campaña para fomentar el interés de recién licenciados por dar clase en los barrios pobres de la ciudad, las barriadas negras y latinoamericanas de la parte norte y sur de Manhattan, los ruinosos distritos de los municipios más alejados del centro, y allí al menos podría realizarse una noble labor durante un par de años, decía para sí, intentando formar a los críos de aquellos barrios en desintegración y al mismo tiempo, sin duda, aprender de ellos igual que ellos aprenderían de uno, el buen muchacho blanco poniendo su granito de arena para mejorar las cosas, pero luego volvía a poner los pies en el suelo y pensaba en su incapacidad para hablar delante de cinco o seis personas, la paralizante timidez que convertía en una tortura el hecho de ponerse en pie y hablar en público, ¿y cómo iba a arreglárselas en un aula con treinta o treinta y cinco niños de diez años si no le salían las palabras de la boca? No sería capaz de hacerlo. Aunque quisiera, no podría.

Ya había descartado el periodismo, pero en cierto momento de la segunda o tercera semana de febrero empezó a preguntarse si no se habría precipitado un poco, porque si bien ya no valía la pena pensar en la prensa de alto nivel asociada a la camarilla en el poder, existían otras vertientes del periodismo que considerar. La prensa contraria al sistema político, de otro modo conocida como prensa alternativa o prensa clandestina, venía consolidándose desde hacía un año o así, y con el *East Village Other*, la *Liberation News Service* y el *Rat* cobrando fuerza, por no mencionar

varias docenas de semanarios independientes en otras ciudades distintas de Nueva York, periodicuchos tan rebeldes y anticonvencionales que hacían que el *Village Voice* resultara tan aburrido como el antiguo *Herald Tribune*, quizá hubiera algún argumento para trabajar en alguna de aquellas publicaciones. Al menos estaban en contra de muchas de las cosas de las que Ferguson estaba en contra y a favor de muchas de las que él estaba a favor, pero también era preciso examinar una serie de inconvenientes, incluido el asunto del escaso salario (quería ganarse la vida con su trabajo y no tener que recurrir demasiado a los fondos de su abuela) y el problema aún mayor de escribir exclusivamente para lectores de izquierdas (siempre había tenido la esperanza de influir en el pensamiento de las personas, no sólo confirmar las ideas que ya profesaban), cosa que difícilmente lo situaría en la posición panglossiana de vivir en el mejor de los mundos posibles, sino en un mundo en donde *lo mejor* y *lo posible* rara vez aparecían juntos en el mismo contexto, y un posible trabajo con el que pudiera ganarse la vida sin mancharse las manos era desde luego mejor que no tener trabajo en absoluto.

A. I. Ferguson, periodista destacado del *Weekly Blast*, la biblia amerikana de insatisfechos y depravados discípulos de Fausto, el periódico de referencia de los pocos elegidos.

Cuando menos, era una cuestión que requería meditarla con cuidado.

De modo que Ferguson siguió pensándolo durante quince o veinte días y entonces vino la Noche de los Puñales, que ocurrió justo después de la medianoche del 10 de marzo de 1969, una semana y cuatro días después de su vigésimo segundo cumpleaños, después de que pasara por el apartamento de Jim Freeman en la calle Ciento ocho Oeste para entregarle el manuscrito terminado de *La linda pelirroja y otros poemas franceses*, una selección demasiado amplia que encargó reducir a Jim de la manera que juzgase conveniente, y mientras Ferguson deambulaba por las habitaciones de su apartamento la noche del 10, redactando mentalmente una carta para Nora Kovacs, sintió una fuerte punzada en la parte baja del abdomen, una de las muchas que lo venían atormentando desde hacía unos meses, pero en lugar de ceder al cabo de diez o doce segundos como casi siempre, a aquélla le siguió otra, aún más fuerte, tan dolorosa que no podía denominarse punzada sino auténtico dolor, y un momento después empezó el ataque, las cuchilladas en las tripas, las veintisiete puñaladas que lo mandaron retorciéndose a la cama, donde estuvo cerca de dos horas, y cuanto más duraba el dolor, más probable le parecía que el apéndice o algún otro órgano se le estuviera desgarrando en las entrañas, con lo que se asustó tanto que a fuerza de voluntad se incorporó, se puso el abrigo y se dirigió tambaleando a la sala de urgencias del hospital St. Luke, a siete manzanas y media de allí, agarrándose el vientre y lanzando sonoros gruñidos mientras avanzaba a trompicones en plena noche, deteniéndose alguna que otra vez para apoyarse en una farola cuando pensaba que iba a desplomarse, pero a pesar de todo nadie parecía observar su presencia en Amsterdam Avenue, nadie se molestó en acercarse a él y preguntarle si necesitaba ayuda, ni uno solo de los ocho millones de habitantes de Nueva York tenía el menor interés por saber si vivía o moría, y luego esperó hora y media hasta que lo llamaron a una sala donde un médico joven pasó quince minutos haciéndole preguntas y auscultándole el vientre, después de lo cual le dijeron que volviera a la sala de espera,

donde estuvo sentado otras dos horas, y cuando tuvieron claro que el apéndice no se le iba a reventar aquella noche, el médico volvió a verlo y le recetó unas pastillas, diciéndole que no ingiriese comida picante, que evitara el whisky y demás bebidas alcohólicas, que no tomara pomelos y siguiera una dieta lo más blanda posible durante dos o tres semanas, y que si en ese tiempo le sobrevenía otro ataque haría bien en que otra persona lo acompañara al hospital, y mientras Ferguson asentía a las sensatas y prácticas instrucciones del médico, se preguntó: pero ¿qué persona, y quién demonios iba a estar con él para echarle una mano la próxima vez que pensara que se iba a morir?

Estuvo en cama cuatro días, bebiendo té flojo y mordisqueando galletas y rebanadas de tostadas secas, y siete días después de que se sintiera lo bastante bien para salir a la calle de nuevo, un tal Carl McManus vino del norte del estado de Nueva York para hablar con los miembros de la plantilla del *Spectator* que estaban a punto de licenciarse. El consejo editorial formado por Friedman, Branch, Mullhouse y los demás ya había terminado su mandato anual de marzo a marzo y había pasado el periódico a un nuevo consejo, y Ferguson, el esporádico crítico que iba por libre, ya había escrito el último artículo que publicaría en el *Spectator*, una sombría y admirativa reseña del último libro de poemas de George Oppen, *De ser numerosos*, que había salido el 7 de marzo, tres días antes de la Noche de los Puñales. La ironía consistía en que era el único de los antiguos que aún jugaba con la idea de dedicarse al periodismo. Friedman, mentalmente agotado por el exceso de trabajo, pensaba hibernar dando clases en uno de los colegios públicos que Ferguson había descartado por timidez, Branch iba a estudiar Medicina en Harvard, Mullhouse se quedaba en Columbia a hacer el doctorado en Historia, pero todos acudieron a la reunión porque McManus había escrito una carta a Friedman en primavera en la que alababa el trabajo de la plantilla del *Spectator* durante los «Trastornos», y un elogio de Carl McManus significaba algo para ellos. El director ejecutivo del *Rochester Times-Union* había sido director jefe del *Spectator* en 1934, y en los treinta y tantos años transcurridos desde entonces había ido a España a informar de la guerra civil, a Asia a cubrir el frente del Pacífico en la Segunda Guerra Mundial, y en el ámbito nacional había cubierto el Terror Rojo a finales de los años cuarenta y el movimiento por los derechos civiles en los cincuenta y primeros sesenta. Después, una larga etapa de labor editorial en el *Washington Post*, y ahora, desde hacía año y medio, mandamás del *Times-Union*, donde había encontrado su primer trabajo al salir de Columbia en los años treinta. No era verdaderamente una leyenda (nunca había publicado un libro y rara vez aparecía en radio o televisión), pero sí un personaje conocido, hombre de suficiente reputación como para levantar los ánimos de la agotada plantilla del *Spectator* cuando llegó su carta a primeros de mayo.

Acento de Brooklyn, ancho rostro irlandés de orejas protuberantes, cuerpo de quien podía haber sido estibador o defensa de fútbol americano, despiertos ojos azules y una pelambrera rojiza y entrecana lo bastante larga como para sugerir armonía con los tiempos en caso de que no se le hubiera olvidado pasar por la barbería. Informal. Más a gusto consigo mismo que la mayoría de los hombres, y una buena y sonora carcajada cuando Mullhouse propuso que bajaran al Cubil del León,

la cafetería estudiantil de la primera planta que, según la versión de Mullhouse del conocido lema neoyorquino, servía *el peor café del mundo*.

Siete personas sentadas en torno a una mesa de formica marrón, seis estudiantes de veintipocos años y un hombre de cincuenta y seis procedente de Rochester, que fue directo al grano comunicándoles que había vuelto a Columbia en busca de colaboradores. En su diario estaban a punto de quedar vacantes algunos puestos y para ocuparlos quería *savia nueva*, según les dijo, *chicos entusiastas que se dejaran el culo por el periódico* y convirtieran una empresa decorosa en un proyecto mejor, magnífico, y como ya conocía su trabajo y sabía de lo que eran capaces, estaba dispuesto a contratar a tres de ellos ahora mismo. Es decir, añadió, si alguien estaba lo bastante loco para irse a vivir a Rochester, en el estado de Nueva York, donde el viento que soplaba en invierno del lago Ontario *congelaba los mocos en la nariz y convertía las piernas en palitos de helado*.

Mike Aronson le preguntó por qué hablaba con ellos y no con los de Periodismo, ¿o pensaba pasarse por allí también?

Porque, contestó McManus, la experiencia adquirida con cuatro años de trabajo en el *Spectator* es más valiosa que la de un año de doctorado. La información que cubrieron ustedes el año pasado era un asunto grande y complejo, una de las cuestiones universitarias más importantes desde hacía años, y todos y cada uno de los que estaban sentados a aquella mesa habían hecho un buen trabajo, extraordinario en algunos casos. Han pasado la prueba de fuego, caballeros, y sé lo que me llevaré si alguno de ustedes se decide a venir conmigo.

Entonces Branch sacó a relucir la cuestión, mucho más importante, del *New York Times*. ¿Qué pensaba McManus de cómo había informado sobre Columbia la primavera pasada, y por qué querría alguno de ellos trabajar en la prensa convencional cuando lo único que publicaba eran embustes?

El *New York Times* rompió las normas, contestó McManus, y a mí eso me causa tanta indignación como a usted, señor Branch. Lo que hicieron raya en lo monstruoso, en lo imperdonable.

Mucho después, cuando Ferguson tuvo ocasión de reflexionar sobre lo ocurrido aquella tarde, de pensar en por qué hizo lo que hizo y en las consecuencias que pudo o no pudo haber tenido el hecho de no hacerlo, comprendió que todo giraba en torno a la palabra *monstruoso*. Un hombre de menor valía, más prudente, habría dicho *irresponsable*, *mezquino* o *decepcionante*, ninguna de las cuales habría tenido el menor efecto en Ferguson, sólo *monstruoso* expresaba plenamente el peso de la indignación que había soportado durante los últimos meses, indignación que por lo visto compartía McManus, y si ambos tenían la misma opinión sobre aquel asunto, también debían de pensar lo mismo sobre otras cuestiones, y si Ferguson aún conservaba algún interés en trabajar en un diario o en averiguar si el periodismo era o no la solución para él, entonces quizá no fuese tan mala idea desafiar los gélidos vientos del norte y aceptar el ofrecimiento de McManus. Sólo era un trabajo, al fin y al cabo. Si no daba resultado, siempre podía probar con otra cosa y seguir adelante.

Cuente conmigo, dijo Ferguson. Creo que estoy dispuesto a intentarlo.

No hubo más interesados. Los amigos de Ferguson fueron declinando uno por uno la invitación, uno por uno fueron estrechando la mano a McManus y diciéndole

adiós, y entonces se quedaron solos los dos, Ferguson y su futuro jefe, y como el avión de McManus no despegaba hasta las siete, Ferguson decidió perderse la clase de Poesía Romántica Inglesa y sugirió que cruzaran la calle y fueran al West End, donde podrían continuar la conversación en un entorno más agradable.

Encontraron sitio en uno de los reservados delanteros, pidieron dos botellas de Guinness, y al cabo de unas breves palabras sobre la Columbia de *entonces* y la de *ahora*, McManus empezó a informarle sobre la geografía del lugar adonde pronto iría, hablando con reconfortante franqueza del mundo agonizante del noroeste de Nueva York, la única parte del país en que la población descendía, dijo, de manera más drástica que en Buffalo, donde en la década anterior se habían perdido casi cien mil habitantes, *la antes gloriosa Buffalo*, según lo expresó no sin un toque de burlona zalamería en la voz, la joya del viejo canal y la cultura del transporte de carga, ahora un páramo casi desierto de fábricas abandonadas y ruinosas, casas desvencijadas, cegadas con tablas, estructuras derrumbadas, una ciudad bombardeada sobre la que nunca cayeron bombas en guerra alguna, y entonces, distanciándose de la sombría Buffalo, llevó a Ferguson por una especie de gira en torno a las demás ciudades de la región, escogiendo con cuidado los epítetos mientras pasaba por la inútil Syracuse, la anémica Elmira, la desagradable Utica, la desventurada Binghamton y la andrajosa Rome, que nunca había sido capital de imperio alguno.

Hace que todo parezca tan... tan tentador. Pero ¿qué me dice de Rochester?

Rochester era un poco distinta, aseguró McManus, con otro estilo de decadencia, una ciudad que se venía abajo a ritmo más lento que las otras, y por tanto aún más o menos sólida; por ahora, en cualquier caso. Una ciudad de trescientos mil habitantes con un área metropolitana de un millón doscientos mil, lo que explicaba la tirada del *Times-Union* de doscientos cincuenta mil ejemplares diarios. Una ciudad de segunda división, por supuesto, pero no de tres al cuarto, con los Triple-A Red Wings suministrando a los Orioles de Baltimore una dieta alta en proteínas en forma de Boog Powell, Jim Palmer y Paul Blair, sede de la Eastman Kodak, la Bausch & Lomb, la Xerox y la indispensable mostaza French, compañera de todo perrito caliente en Norteamérica desde 1904, con lo que se convertía en una ciudad cuyos habitantes trabajaban en empresas que no estaban a punto de trasladarse al sur o al extranjero. Por otro lado, a pesar de los veleros y clubs de campo, poseía un magnífico archivo cinematográfico y una decente orquesta filarmónica, la espléndida universidad y un conservatorio de música aún mejor, uno de los mejores del mundo, y también había que contar el juego, la prostitución y los tinglados de extorsión controlados por Frank Valenti y la mafia, así como enormes zonas de pobreza y delincuencia, los peligrosos barrios negros que albergaban el quince o veinte por ciento de la población, muchos de cuyos habitantes pasaban calamidades, no tenían trabajo o andaban metidos en drogas, y por si Ferguson lo había olvidado (Ferguson no lo había olvidado), se habían producido tres días de disturbios en el verano de 1964, una semana después de los desórdenes de Harlem, tres muertos, doscientas tiendas saqueadas y destrozadas, mil detenciones, y Rockefeller llamó entonces a la Guardia Nacional para que acabara con todo aquello, la primera vez desde que se tenían datos de la Guardia atravesando los muros de una ciudad norteña.

En ese momento Ferguson mencionó Newark, Newark en el verano de 1967, y

lo que había vivido con su madre en Springfield Avenue en la noche de los cristales rotos.

Entonces ya sabes de lo que estoy hablando, dijo McManus.

Me temo que sí, repuso Ferguson.

Frías primaveras, prosiguió McManus, veranos deliciosos, otoños soportables, inviernos brutales. Por dondequiera que vayas verás el nombre de George Eastman, pero recuerda que Frederick Douglass y Susan B. Anthony también vivieron en Rochester, e incluso Emma Goldman pasó un tiempo allí organizando a los obreros fabriles explotados a finales del siglo pasado. Además —y esto es muy importante—, cuando estés deprimido y pienses en suicidarte, ve a dar un paseo por Mount Hope. Es uno de los cementerios más grandes y más antiguos de Norteamérica, y sigue siendo el sitio más bonito de la ciudad. Yo voy muchas veces por allí, sobre todo cuando quiero perderme en mis pensamientos mientras me fumo un puro largo y grueso. Ese paseo por el monte de la esperanza nunca deja de aclararme las ideas, y a veces me ilumina. La última morada de trescientas mil almas muertas.

Trescientas mil personas sobre el suelo de Rochester, dijo Ferguson, y trescientas mil bajo tierra. Lo que nuestro buen amigo habría calificado de *aterradora simetría*.

O matrimonio del cielo y el infierno.

Así empezó la primera conversación entre Ferguson y Carl McManus, un entrenamiento de dos horas en el West End durante el cual hablaron del tipo de artículos que escribiría en el periódico, la etapa de iniciación a base de reportajes locales que con el tiempo llevaría a noticias estatales y nacionales si las cosas salían tal como se esperaba, lo que McManus, menos mal, parecía dar por hecho, el sueldo que cobraría (bajo, pero no hasta el punto de la desgarradora miseria, no para pasar estrecheces), información detallada sobre la plantilla y el funcionamiento del periódico, y cuanto más hablaban, más contento estaba Ferguson con la decisión que había tomado, su instintivo *cuente conmigo* en respuesta a la palabra *monstruoso*, y ahora que empezaba a conocer un poco a McManus, comprendió lo mucho que aprendería trabajando con aquel hombre, que la inverosímil Rochester era en realidad un paso positivo y convincente, y mientras alzaba la mano y se la enseñaba a McManus (el primer extraño que le preguntaba cómo había perdido los dedos), dijo: Confío en que esto me quite de encima el llamamiento a filas para que pueda hacerme cargo del trabajo.

No te preocupes por si te reclutan, repuso McManus. Ya te has alistado conmigo, y nadie sirve en dos ejércitos a la vez.

Poco a poco, durante aquella primavera los latidos de su corazón aflojaron la marcha y los puñales se apartaron de su vientre. Compró dos almohadas nuevas, siguió sin tomar pomelos y se dio otros tres baños con Nora. Corrigió las galeradas de su libro. Pagó una suscripción por tres meses al *Times-Union* y empezó a seguir la vida cotidiana de Rochester. Lo invitaron a incorporarse al recién creado Equipo Poético de Columbia, de caprichoso nombre, y viajó a Sarah Lawrence y a Yale en compañía de Obenzinger, Quinn, Freeman y Zimmer para lecturas conjuntas (hablar en público era imposible pero leer sus traducciones escritas a máquina le resultaba factible),

actos cargados de energía ante los estudiantes seguidos de un considerable consumo de bebidas alcohólicas y muchas risas y en una ocasión (en Sarah Lawrence) una conversación de noventa minutos con una estudiante sensacional llamada Delia Burns a quien quería besar desesperadamente pero no besó. Redactó los trabajos finales para los seminarios de literatura y consiguió no levantarse tarde la mañana en que tenía el examen de astronomía. Había cien preguntas con cinco respuestas posibles cada una, y como Ferguson sólo había asistido a una clase y no había abierto el manual, rodeó con un círculo las aes y las es al azar y se alegró al ver que había sacado un dieciocho por ciento, lo que le servía para recibir un aprobado. Luego, para redondear su pequeño acto de casi invisible rebeldía, volvió a la librería de la universidad y les vendió el manual, dándoles dos veces el palo. Le entregaron por él seis dólares con cincuenta centavos. Diez minutos después, cuando iba andando por Broadway hacia su apartamento de la calle Ciento siete Oeste, se le acercó un mendigo y le pidió diez centavos. En vez de darle una moneda, Ferguson puso en la mano del hombre los seis dólares y cincuenta centavos y le dijo: Ahí tiene, caballero. Cortesía del rectorado de la Universidad de Columbia. Con mis mejores deseos.

Su libro se publicó el 12 de mayo en una espléndida edición en rústica de setenta y dos páginas que daba gusto mirar y tener en las manos horas después de haberla sacado de una caja en la oficina de la *Review*, y al cabo de una semana había regalado quince de sus veinte ejemplares de autor a amigos y parientes. La ilustración de la cubierta era una reproducción de la célebre fotografía de Apollinaire de la Primera Guerra Mundial, la que mostraba la cabeza de Wilhelm Apollinaris de Kostrowitzki vendada tras la operación para limpiarle la herida de metralla en la sien izquierda: el poeta como mártir, la era moderna nacida en el barro de las trincheras, Francia en 1916, Norteamérica en 1969, ambas atrapadas en interminables guerras que devoraban a sus jóvenes. Se confiaron tres ejemplares a la Gotham Book Mart, otros tres a la Eighth Street Bookshop y seis al cubil del periódico en el recinto universitario. El inestimable Zimmer, el amigo más íntimo y admirado de Ferguson entre la gente de su clase, se encargó de la crítica del libro en el *Spectator* y no dijo sino cosas amables sobre él, excesivamente generosas. «Las obras que componen esta recopilación de poemas franceses no deben considerarse como simples traducciones, sino como poemas por derecho propio, una valiosa contribución a nuestra propia literatura. El señor Ferguson tiene el oído y el corazón de un verdadero poeta, y desde luego yo volveré una y otra vez a estas obras magníficas a lo largo de los años.»

Excesivamente generoso. Pero así era el joven David Zimmer, que pronto se vería ante la gran cuestión a la que todos se enfrentaban nada más salir de Morningside Heights. En el caso de Zimmer, el dilema se expresaba con un pareado. Doctorado o confinado. Cuatro años con una beca para hacer el doctorado en Literatura en Yale o de dos a cinco años confinado en la cárcel si lo llamaban a filas. Doctorado o confinado. Qué estribillo tan compacto, y qué mundo había traído Nobodaddy.

No iba a ser difícil despedirse de Columbia, que vivía otra serie de protestas y manifestaciones en la primavera de 1969, acontecimientos a los que Ferguson no quería prestar atención por motivos de pura supervivencia, pero echaría de menos a sus amigos y a algunos de sus profesores, lamentaría no proseguir la educación

iniciada con Nora en la media docena de noches que habían pasado juntos, y echaría en falta al chico pletórico de esperanza que había llegado allí en otoño de 1965, el muchacho que había ido desapareciendo a lo largo de los cuatro últimos años para no volver jamás.

En la misma mañana de mediados de junio en que Ferguson tosía la obligada tos y hacía el examen escrito en el edificio de la caja de reclutas de Whitehall Street, Bobby George y Margaret O'Mara se unían en sagrado matrimonio en la iglesia católica de St. Thomas Aquinas de Dallas (Texas), donde Bobby era el primer receptor del club de béisbol Double-A de Baltimore, que por casualidad fue el mismo día (según carta que Ferguson recibió de su tía Mildred) en que una Amy aún muda asistía a la convención anual del SDS en Chicago, una inflamada reunión que se convirtió en un airado enfrentamiento sobre táctica e ideología entre la facción PL y el grupo después conocido como los Weathermen, que condujo a la disolución, tan súbita como chocante, del SDS como organización política. El tío Henry y la tía Mildred se habían mantenido en esporádico contacto con Amy durante su primer año de Derecho, y Mildred escribió al antiguo amor de su vida para informarle de que Amy había decidido volver la espalda a las delirantes ilusiones del activismo revolucionario y entregarse a la causa más realista de los derechos de las mujeres. El momento de la revelación se produjo cuando un tal Chaka Wells, vicesecretario de información de los Panteras Negras, empezó a atacar al PL y sin venir a cuento se puso a hablar de las mujeres del SDS utilizando la expresión «poder del coño» y afirmando que «Superman era gilipollas por no haber siquiera intentado follarse a Lois Lane», idea que unos minutos después secundó otro pantera negra, Jewel Cook, que declaró que él también estaba a favor del «poder del coño» y que «el hermano sólo trataba de deciros a vosotras, hermanas, que ocupáis un lugar estratégico en la revolución: tumbadas». Ya era un chiste muy manido por entonces, y Amy lo había oído docenas de veces en los últimos años, pero aquel día en Chicago acabó hartándose, y en vez de irse con los Weathermen, la facción escindida que incluía a los exalumnos de Columbia Mike Loeb, Ted Gold, Mark Rudd y otros, expulsados todos ellos de la universidad a finales del semestre de primavera del año anterior, se levantó del asiento y salió del centro de convenciones. Tal como la tía Mildred expresaba al final de la carta, cayendo en ese tono condescendiente al que solía recurrir cuando hablaba de terceras personas: *Creí que debías enterarte de esto, Archie, aunque ya no estéis juntos. Me parece que nuestra Amy está madurando por fin.*

Bobby George dice *sí quiero*. Ferguson extiende la mano izquierda y se la enseña a un médico de las Fuerzas Armadas estadounidenses. Amy se va del Coliseum de Chicago y abandona el movimiento para siempre. ¿Era posible que esas tres cosas ocurrieran en el mismo instante? A Ferguson le habría gustado pensar que sí.

Aún más interesante: cuando Ferguson se trasladó a Rochester a principios de julio, Bobby había ascendido de categoría pasando a los Red Wings Triple-A de la Liga Internacional. En una ciudad en la que Ferguson no conocía absolutamente a nadie, era increíble que se encontrara con su más antiguo amigo, no por mucho

tiempo, quizá, pero al menos hasta el final del verano y el cierre de la temporada de béisbol, los primeros meses de adaptación e instalación, Bobby y su flamante esposa Margaret, dos personas que conocía de toda la vida, la guapa Maggie O'Mara con sus cortos vestidos de flores y calcetines caídos sacando la lengua al revoltoso y jadeante Bobby George en la clase de parvulario de la señora Canobbio en Montclair, ahora la Margaret de veintidós años, todavía guapa pero refinada y arrogante, licenciada en Gestión de Empresas por Rutgers, y el Bobby que ascendía puestos hacia las ligas mayores, siempre afable y animoso, una unión inverosímil, pensaba Ferguson, nada previsible, pero el mero hecho de que Bobby hubiera convencido a Margaret de que se casara con él debía de significar que, al cabo de dos años en el ejército y año y medio como jugador profesional de béisbol, él también empezaba a madurar.

En cuanto a Amy, ya no era asunto suyo, lo que significaba que no debería importarle lo que ella hiciera o dejara de hacer con su vida, pero el caso era que sí le importaba, inevitablemente siempre le importaría, y a medida que pasaban los meses se sentía cada vez más aliviado de que no se hubiera incorporado a los Weathermen en Chicago. Sus antiguos amigos de Columbia se habían vuelto locos. El terco poder del gran Indiferente había frustrado sus impulsos idealistas y aplastado su capacidad de pensar de forma racional, y a través de una larga serie de decisiones equivocadas, basadas en suposiciones y conclusiones erróneas, se habían metido en un atolladero en el que no tenían más remedio que creer que un ejército de cien o doscientos exestudiantes de clase media sin seguidores ni apoyo en ninguna parte del país podía encabezar una revolución que derrocaría al gobierno norteamericano. Aquel gobierno estaba destruyendo a sus jóvenes enviando a los más desfavorecidos y menos formados a combatir en la guerra que presuntamente estaba acabándose pero no terminaba nunca mientras los privilegiados se destruían a sí mismos. Ocho meses y medio después de que Amy abandonara la convención de Chicago, su antiguo amigo del SDS de Columbia, Ted Gold, junto con Diana Oughton y Terry Robbins, sus camaradas de los Weathermen, volaron por los aires en una casa adosada de la calle Once Oeste de Nueva York cuando uno de ellos se equivocó de cable al conectar la bomba casera que estaban montando en el sótano. El cuerpo de Oughton estaba tan desfigurado que el único medio de identificarlo fue la huella de uno de sus cercenados dedos entre los escombros. De Robbins no quedó absolutamente nada. Su piel y sus huesos se habían consumido en el incendio causado por la explosión de las tuberías de gas, y su muerte sólo se confirmó cuando los Weathermen enviaron una declaración en la que aseguraban que también se encontraba allí.

Ferguson fue a Rochester el 1 de julio con el viejo Impala, aunque hasta el 4 de agosto no empezaba a trabajar en el *Times-Union*. Cinco semanas para aclimatarse a su nuevo entorno, buscar piso y transferir sus fondos a un banco de por allí, salir con Bobby y Margaret, esperar a que la caja de reclutas le asignara una nueva clasificación, ver cumplida la promesa de Kennedy al observar cómo un par de astronautas norteamericanos daban un paseo por la superficie lunar, continuar con el proyecto ya iniciado de traducir los poemas de François Villon y quitarse Nueva York de la cabeza. El piso más grande y menos caro que pudo encontrar estaba en un barrio venido a menos llamado South Wedge, un puñado de manzanas en la parte oeste de la

ciudad no lejos del río Genesee. El querido Mount Hope de McManus sólo estaba a unos pasos, lo mismo que la Universidad de Rochester y un amplio terreno cubierto de hierba llamado Highland Park, donde en primavera se celebraba el festival de las lilas. Los precios no eran caros en aquella parte del mundo, y por ochenta y siete dólares al mes tomó posesión de toda la planta alta de una casa de madera de tres pisos en Crawford Street. La casa en sí no era gran cosa, con sus techos cuarteados y destartaladas escaleras, sus canalones atascados y su pintura amarilla desconchándose en la fachada, pero Ferguson disponía de tres habitaciones amuebladas y cocina para él solo, y la luz que por la tarde entraba a raudales por las ventanas era mucho mejor para su salud mental que la penumbra de la calle Ciento siete Oeste, por lo que estaba dispuesto a pasar por alto los defectos de la casa. Los dueños vivían en la planta baja, y aunque la debilidad del señor y la señora Crowley por el vodka los llevara a discutir algunas noches, nunca dejaron de mostrarse cordiales con Ferguson, lo que también podría decirse del hermano menor de la señora Crowley, Charlie Vincent, soltero y veterano de la Segunda Guerra Mundial que ocupaba la planta intermedia y vivía de una pensión de invalidez que cobraba todos los meses, un tipo agradable que por lo visto no hacía otra cosa que fumar, toser y ver la televisión, aparte de pasar alguna que otra mala noche, cuando se ponía a gritar en sueños *¡Stuart! ¡Stuart!* a pleno pulmón, voces tan fuertes y llenas de pánico que Ferguson las oía en el piso de arriba a través del entarimado, pero ¿quién podría reprochar a Charlie que reviviera su pasado alguna que otra vez cuando tenía la guardia baja?, ¿y cómo no tener lástima del adolescente a quien enviaron a combatir en el Pacífico veintiséis años atrás y volvió a Rochester con la cabeza llena de pesadillas?

Según resultó, Bobby y Margaret tuvieron que marcharse antes de que los tres tuvieran ocasión de salir juntos muchas veces. Ferguson cenó una vez con ellos, logró ver un partido de su amigo con los Red Wings, pero el equipo estaba en carretera cuando él llegó el 1 de julio, y cuatro días después de que Bobby volviera a Rochester el día 10, el receptor de los Orioles se rompió la mano en un encontronazo en el plato con un Yankee de Nueva York. Después de batear un promedio de .327 en sus primeras tres semanas con los Triple-A, Bobby fue convocado para encuadrarse en la lista de turnos en la sede de Baltimore, y si sabía defenderse contra los lanzamientos en la Liga Americana nunca volvería a jugar en las ligas menores. Imposible no alegrarse por él, imposible no regocijarse por su promoción, y sin embargo, por duro que le resultara admitirlo, imposible no alegrarse de que se fueran de la ciudad.

No tenía nada que ver con Bobby. Bobby seguía siendo el mismo de siempre, mayor, con más experiencia, más reflexivo, pero también el muchacho de buen corazón incapaz de pensar mal de nadie, el amigo más constante y querido de Ferguson, el que lo quería más que nadie, Amy incluida, sobre todo incluyendo a Amy, y qué animado estaba Bobby la única noche que salieron a cenar en Rochester al hotel Crescent Beach, abrazando a Margaret cada catorce segundos y hablando de los viejos tiempos en Montclair, de los días gloriosos de segundo de instituto cuando Ferguson aún tenía la mano intacta y estaban en el mismo equipo, los iniciales más jóvenes del equipo vencedor del trofeo Conferencia con un resultado de 16-2, el equipo que ganó *el partido*. Claro que Bobby tenía que hablar del *partido* porque nunca se cansaba de hablar de él, y cuando Ferguson le sugirió que volviera a contar

la historia para que la escuchara Margaret, Bobby sonrió, besó a su mujer en la mejilla y se lanzó a relatar aquella tarde de mayo de seis años atrás. Así fue como pasó, dijo. Perdíamos uno cero con los de Bloomfield en la última entrada. Un jugador fuera y dos dentro, Archie en tercera base y Caleb en segunda, Caleb Williams, el hermano mayor de Rhonda, y entonces aparece Fortunato y el entrenador Martino hace señas para el toque de bola sin abanicar, dos golpecitos con el dedo en el borde de la gorra, y luego se quita la gorra y se rasca la cabeza, que era la seña, la única vez que la hizo, no sólo para un toque de bola y una jugada de presión suicida con objeto de anotar una carrera, sino una *doble* jugada de presión suicida para anotar dos. Nadie había pensado en esa jugada en toda la historia, pero Sal Martino la inventó porque era un genio del béisbol. Una jugada difícil de ejecutar porque había que tener un corredor rápido en segunda, pero Caleb lo era, y mucho, el más rápido del equipo, y entonces viene el lanzamiento y Fortunato ejecuta un buen toque de bola, un batazo lento que rebota a la derecha del montículo. Cuando llega el lanzador, Archie ya está cruzando el plato para empatar el juego. Pensando que no hay otra cosa que hacer, el lanzador lanza a primera, y Fortunato está fuera por tres o cuatro pasos. Pero de lo que no se da cuenta el lanzador es de que Caleb ha empezado a correr a la vez que Archie, justo cuando se preparaba para lanzar al plato, y cuando el primera base atrapa la bola, Caleb ya ha recorrido tres cuartas partes de la distancia hasta el plato. Todo Bloomfield está gritando al primera base: *¡Tira la bola! ¡Tira la bola!*, de modo que lanza la bola al plato, pero el lanzamiento llega tarde, un tiro fuerte que da justo en el guante del receptor, pero viene un par de segundos tarde, cuando Caleb entra deslizándose por el suelo y anotando la carrera. Una nube de polvo y Caleb se pone en pie de un salto con los brazos en alto. Salimos victoriosos cuando íbamos perdiendo, una gran victoria conseguida con un pequeño toquecito sinuoso. Nunca he visto nada igual. He jugado centenares de partidos desde entonces, pero eso fue lo más extraordinario que he visto en un campo de béisbol, mi preferido de todos los tiempos. Dos carreras, chicos y chicas, y la bola no recorrió más de nueve metros.

No, el problema no era Bobby, que se comportaba con su espléndida e inimitable forma de ser, el problema era Margaret, la misma que se había enamoriscado de Ferguson a los siete años, que le había escrito una anónima carta de amor a los doce, que le había hecho ojitos durante todo el instituto y que se había alegrado abiertamente cuando Anne-Marie Dumartin volvió a Bélgica, que había sido la única en tentarlo durante los cuatro meses y medio que estuvo separado de Amy en último de instituto, que había sido la chica en cuya boca habría entrado su lengua de no haber sido por el enamoramiento de Bobby, la que se había burlado de él llamándolo Cyrano cuando trató de interceder en favor de Bobby, la sosa pero inteligente y dolorosamente atractiva Margaret que por motivos que no podía adivinar era ahora la mujer de su más antiguo amigo, porque Ferguson estaba realmente sorprendido de la poca atención que prestaba al monólogo de Bobby sobre la doble jugada de presión suicida, de cómo no le quitaba la vista de encima desde el otro lado de la mesa sin atender a lo que decía su marido, *comiéndoselo con los ojos*, como diciéndole, sí, ya llevo un mes casada con este amable y estúpido zopenco, pero sigo soñando contigo, Archie, y cómo has podido rechazarme durante todos estos años cuando en realidad

estábamos hechos el uno para el otro desde el principio, y aquí me tienes, tómame, y me importan un bledo las consecuencias porque yo siempre te he querido sólo a ti. O eso deducía Ferguson de su forma de mirarlo en el restaurante del hotel Crescent Beach, y lo cierto era que ella lo excitaba, en su situación de soltero sin pareja ni nadie que lo quisiera, en busca de amor en una ciudad extraña, cómo no iba a excitarse con las miradas que le dirigía, y quién sabía si no habría capitulado aquel verano si Bobby y ella no se hubieran marchado a Baltimore, porque habrían tenido incontables oportunidades de encontrarse a solas, todas las noches en que Bobby estuviera de gira jugando partidos en la lejana Louisville, Columbus y Richmond, y cuántas veces habría aceptado sus invitaciones a cenar en el piso de ellos, cuántas botellas de vino habrían bebido juntos, sin duda su resistencia se habría quebrantado en algún momento, sí, eso era lo que le decía con los ojos mientras estaban sentados uno frente a otro en el restaurante del hotel, *ríndete, por favor, ríndete, Archie,* y como Ferguson comprendía que no sería lo bastante fuerte como para mantener las manos apartadas de ella si se quedaba, respiró aliviado cuando la vio marchar.

El año anterior, los círculos concéntricos se habían fundido en un solo disco negro, un disco LP con un solo blues en la cara A. Ahora habían dado la vuelta al disco y la canción era un canto fúnebre titulado *Señor, Tu nombre es muerte*. La melodía le entró a Ferguson en la cabeza sólo unos días después de empezar a trabajar en el *Times-Union*, y el 9 de agosto se emitió desde California el primer compás con las palabras *Charles Manson* y *los asesinatos Tate-LaBianca*, no tardando mucho en modularse en la noche de Halloween con el suicidio del joven Marshall Bloom, cofundador de la *Liberation News Service*, agencia en la que Ferguson había considerado seriamente trabajar cuando saliera de la universidad, a lo que sin transición siguió a mediados de otoño una estrofa sobre el teniente William Calley y la matanza de My Lai en Vietnam del Sur, y luego, cuando el último año de la década de 1960 entraba en su último mes, la policía de Chicago tocó muy fuerte un retumbante estribillo en *staccato* asesinando a tiros al pantera negra Fred Hampton mientras dormía en su cama, y dos días después, cuando los Rolling Stones se subían al escenario en Altamont para cantar el resto de la canción, una banda de Ángeles del Infierno saltó sobre un joven negro que empuñaba una pistola entre la multitud matándolo a navajazos.

Woodstock II. Los hippies y los heavies. Y mirad cuán rápidamente se funde el día en la noche.

Bobby Seale amarrado a una silla con una mordaza en la boca por orden del juez Julius Hoffman mientras los Ocho originales se convertían en los Siete.

Los Weathermen lanzando un ataque kamikaze contra dos mil polis de Chicago durante los Días de Rabia en octubre, los antiguos compañeros de Ferguson ataviados con cascos y gafas protectoras de fútbol americano, con suspensorios y coquillas abultándoles por encima de los pantalones, preparados para dar la batalla con cadenas, garrotes y trozos de tubería. Seis de ellos muertos a tiros, centenares de detenidos y conducidos a la cárcel en furgones policiales. ¿Para qué? «Para traer la guerra a casa», gritaban. Pero ¿desde cuándo no había guerra en casa?

Cuatro jornadas después: Día de la Moratoria en Vietnam. Millones de

norteamericanos dijeron sí, y durante veinticuatro horas el país entero se detuvo.

Un mes después del Día: setecientas cincuenta mil personas marcharon sobre Washington para exigir el fin de la guerra, la manifestación más numerosa nunca vista en el Nuevo Mundo. Aquella tarde Nixon vio un partido de fútbol americano y dijo al país que eso no cambiaría nada las cosas.

En la reunión de diciembre de los Weathermen en Flint, en Michigan, Bernadine Dohrn ensalzó a Charles Manson por haber matado a «esos cerdos», refiriéndose a la embarazada Sharon Tate y a los demás que habían muerto con ella en la casa. Uno de los compañeros de Columbia de Ferguson se levantó y dijo: «Nosotros estamos en contra de todo lo que es "bueno y decente" en la América blanca. Nosotros quemamos, saqueamos y destruimos. Somos la incubación de la pesadilla de vuestra madre».

Luego se escondieron y no volvieron a aparecer en público.

Y allí estaba Ferguson, de nuevo en su papel de punto más reducido en el centro del círculo más estrecho, ya no rodeado por Columbia y Nueva York sino por el *Times-Union* y Rochester. Hasta donde podía decir, había sido un intercambio bastante justo, y ahora que estaba a salvo (su clasificación 4-F como inútil le había llegado tres días después de empezar a trabajar), el puesto sería suyo siempre y cuando demostrara merecerlo.

En Rochester había dos diarios. Ambos propiedad de la Gannett Publishing Company pero cada uno con un objetivo diferente, distinta doctrina editorial, diversa concepción de la vida. A pesar de su nombre, el *Democrat and Chronicle* matinal era firmemente republicano y estaba enfocado a los negocios, mientras que el vespertino *Times-Union* se situaba más bien en el ámbito progresista, sobre todo ahora que McManus estaba a su cargo. Progresista era mejor que conservador, por supuesto, aunque en definitiva fuera otro término para decir que estaban *a mitad de camino*, que no era precisamente donde Ferguson se situaba con respecto a cualquier cuestión política de actualidad, pero por el momento estaba satisfecho de encontrarse allí, escribiendo artículos para McManus y no para el *East Village Other*, el *Rat* o la Liberation News Service, que había sufrido una escisión tan violenta como para formar dos organizaciones aparte, los marxistas de ala dura de la ciudad de Nueva York y los soñadores contraculturales de una granja al oeste de Massachusetts, que era donde Marshall Bloom se había suicidado con sólo veinticinco años, muerto por emanaciones de monóxido de carbono, y a raíz de esa muerte Ferguson empezó a perder la fe en el cerrado mundo del periodismo de extrema izquierda, que a veces parecía haberse vuelto tan loco como los grupos desgajados del difunto SDS, y ahora que *Los Angeles Free Press* publicaba una columna habitual de Charles Manson, Ferguson ya no quería saber nada de ese mundo. Odiaba a la derecha, odiaba al gobierno, pero ahora también odiaba la falsa revolución de la extrema izquierda, y si eso significaba trabajar en un periódico que se situaba a medio camino como el *Rochester Times-Union*, pues tanto mejor. En algún sitio tenía que empezar, y McManus había prometido darle una verdadera oportunidad, siempre y cuando demostrara su valía.

Fue una iniciación severa. Lo pusieron en la sección local, donde era el reportero más joven a las órdenes de un tal Joe Dunlap, que acertada o desacertadamente

consideraba a Ferguson el niño bonito de McManus, su protegido, un figura salido de una prestigiosa universidad, el elegido entre los recién incorporados a la plantilla, y en consecuencia Dunlap se esforzó por ser duro con Ferguson, porque raro era el artículo escrito por él que no fuera corregido exhaustivamente, no sólo la introducción y el enfoque sino incluso las palabras muchas veces, siempre en detrimento del artículo en conjunto, pensaba Ferguson, empeorando su trabajo en vez de mejorarlo, como si el hacha correctora de Dunlap fuera una herramienta destinada a derribar árboles antes que a podarlos. McManus se lo había advertido en su primera conversación en el West End, aconsejándole que no se quejara nunca. Dunlap era un sargento de instrucción con ánimo de anular su voluntad, y él, como soldado raso, debía obedecerlo en todo, mantener la boca cerrada y no permitir que lo doblegaran, por muchas veces que estuviera tentado de darle a Dunlap un puñetazo en la cara.

Menos difícil le resultaba trabajar con otros, algunos de los cuales eran en realidad bastante agradables, gente que poco a poco empezó a contar como amiga, entre ella Tom Gianelli, fotógrafo del Bronx, fornido, de calva incipiente, que muchas veces salía a trabajar con Ferguson y era capaz de imitar dos docenas de voces de actores y actrices de Hollywood casi a la perfección (su Bette Davis era sublime), y Nancy Sperone, recién licenciada por la Universidad de Rochester que se había buscado un puesto en la Página Femenina y andaba en pos del doctorado en coqueteo después del horario laboral, cosa que a Ferguson le vino bien para no dormir solo todas las noches en el periodo de adaptación, así como Vic Howser de la sección de Deportes, que seguía los progresos de Bobby con los Orioles y reaccionó con no menor alegría que Ferguson cuando Bobby acabó con una cuenta de dos-cuatro en su estreno en la Serie Mundial contra los Mets, y aparte de la gente que conoció y con la que llegó a congeniar estaba el periódico en sí mismo, el enorme edificio y los cientos de empleados que allí trabajaban diariamente, redactores y críticos cinematográficos, recepcionistas y operadoras telefónicas, redactores de obituarios y columnistas de pesca, reporteros que escribían crónicas en sus escritorios, chicos de los recados llevando artículos de planta en planta, y las enormes prensas en los sótanos del mismo edificio, produciendo un nuevo periódico cada mañana a tiempo para salir a la calle a mediodía, y pese a los gruñidos del destructor Dunlap, que se había erigido en el segundo advenimiento de Edward Imhoff, Ferguson disfrutaba formando parte de aquel complejo enjambre de individuos bulliciosos y nunca lamentó la decisión que había tomado.

No se arrepentía, pero aunque Nancy Sperone fuese una mujer soltera y sin compromiso, algo que no había ocurrido con la tentadora pero prohibida Margaret O’Mara George, Ferguson sabía desde el principio que no era la solución. Sin embargo, continuó saliendo con ella y acostándose con ella durante sus primeros nueve meses en Rochester, y fue la primera vez en su vida que establecía una relación intermitente algo menos que apasionada con una mujer a la que apreciaba pero a la que nunca podría amar. Nancy, natural de Rochester, lo introdujo en el ambiente llevándolo un viernes por la noche a una de las famosas frituras de pescado de la ciudad, arrastrándolo a un local llamado Nick Tahou Hots a disfrutar de otra especialidad local conocida como Bandeja Basura (experiencia que Ferguson juró no volver a repetir mientras viviera), y acompañándolo a ver diversas películas antiguas

en la filmoteca Eastman House, entre ellas *Un condenado a muerte se ha escapado*, de Bresson, y *Un árbol crece en Brooklyn*, el mar de llanto de Kazan de 1945 que los indujo a derramar los obligados océanos de blandas y absurdas lágrimas. Nancy era ingeniosa y cordial, ávida lectora y periodista de talento que había aterrizado en el *Times-Union* entre las adquisiciones de la *nueva ola juvenil* de McManus, morena de ojos negros, pelo corto y rasgos anchos y redondeados (su cara de la Pequeña Lulú, tal como la describía la propia Nancy), un tanto pasada de kilos, tal vez, pero lo bastante atractiva para que Ferguson añorase su cuerpo siempre que no se veían en una semana o diez días. No era culpa de Nancy que Ferguson no la quisiera, pero tampoco era culpa de él que Nancy anduviera a la caza de marido y él no tuviese interés en buscar esposa. A mediados de diciembre, cuando Ferguson fue a Florida para visitar a sus padres durante unas breves vacaciones, comprendió que Nancy y él no estaban llegando a parte alguna, pero aun así continuó viéndola durante otros cuatro meses después de su vuelta, a trancas y barrancas, como antes, hasta que Nancy encontró a uno que quería casarse con ella, lo que era buena cosa, decidió Ferguson, porque a lo largo de todos aquellos meses sin ser capaz de querer a Nancy Sperone había caído en la cuenta de que, después de casi dos años sin Schneiderman en el horizonte, seguía sin recuperarse de la pérdida de Amy. Seguía llorando su ausencia; como soportando las secuelas de un divorcio, de una muerte, quizá, y no había más remedio que seguir aguantando hasta que se le hubieran pasado los efectos.

Había transcurrido casi un año desde la última vez que había visto a sus padres, y ahora que estaban plenamente instalados en el extraño mundo del sur de Florida, se habían convertido en hijos del sol, bronceados exnorteños de sano aspecto que vivían y trabajaban en el País Sin Nieve, defensores de largos paseos por superficies cubiertas de arena (su madre) y partidos de tenis al aire libre todas las mañanas de enero a diciembre (su padre), y claro que Ferguson se alegraba de verlos de nuevo, pero ambos habían cambiado en el intervalo entre visitas, y esos cambios fueron lo primero que observó cuando lo recogieron en el aeropuerto a última hora de la tarde del viernes. Su madre no tanto, quizá, siempre apresurada con su trabajo fotográfico en el *Herald*, y nada le gustaba tanto como hablar con su hijo de asuntos periodísticos, pero llevaba seis meses intentando dejar de fumar y había engordado, quizá cinco o seis kilos, lo que le daba un aspecto algo diferente, de mayor y más joven al mismo tiempo, si es que eso era posible, mientras que su padre, ya acercándose a los cincuenta y seis pero aún fuerte gracias a su diario ejercicio con el tenis, le pareció sin embargo algo apagado, con el pelo más ralo y entrecano y una ligera cojera cuando caminaba más de cincuenta o cien metros (un músculo distendido o los pies permanentemente doloridos), no ya el indiferente y silencioso doctor Manette bregando sin descanso frente a su banco de trabajo sino un empleado en la sección de anuncios por palabras en el *Herald*, un trabajo que según manifestaba le gustaba e incluso encantaba, pero que lo había transformado en un modesto Bob Cratchit, y Ferguson no pudo dejar de pensar en el largo y lento declive que mediaba entre la 3 Brothers Home World y la presente situación.

El mejor de los tres días de la visita fue el domingo, cuando fueron a Collins Avenue a tomar sin prisas un desayuno tardío en Wolfie’s, la sala inundada de agradables olores a panecillos de cebolla recién horneados y a pescado ahumado

mientras los tres comían salmón con huevos en homenaje a la abuela de Ferguson, de quien hablaron largo y tendido además de mencionar al abuelo y a la ya desaparecida Didi Bryant, pero en general su madre le hizo preguntas sobre Rochester y el *Times-Union*, queriendo *enterarse de todo*, y Ferguson les contó hasta donde podía, dejándose en el tintero su relación con Nancy Sperone porque probablemente no le habría sentado bien a su padre, la sola idea de que su hijo saliera con una católica italiana seguro que le molestaría, conduciéndolo a hacer algunos comentarios amargos y hostiles sobre negros y mujeres no judías, *schvartzes* y *shiksas* (odiosos términos que Ferguson consideraba los más desagradables del vocabulario yidis), de modo que dejó a Nancy al margen y en cambio habló sobre McManus y Dunlap, de Bobby George anotando el pasado julio su primer *home run* de las grandes ligas en Boston y a menos de cuatro meses de ser padre, sobre algunos de los reportajes que había escrito y sobre el apartamento hortera y desaliñado en que vivía, lo que llevó a su madre a hacerle la pregunta que todas las madres hacen a sus hijos, ya sean pícaros pequeñines que se mean encima o licenciados universitarios de veintidós años:

¿Estás bien, Archie?

A veces me pregunto qué hago allí, contestó Ferguson, pero estoy perfectamente, aún tanteando el terreno por el momento, más o menos bien, más o menos contento con el trabajo, pero una cosa está clara, una cosa de la que podéis estar seguros: no voy a pasar el resto de mi vida en Rochester, estado de Nueva York.

Tres alarmas de incendios. Vigésimo aniversario de un crimen sin resolver. Actividad contra la guerra en facultades y universidades de la localidad. Desmantelamiento de una banda de ladrones de perros. Accidente de tráfico con resultado de muerte en Park Avenue. Creación de una nueva asociación de inquilinos en las barriadas negras al oeste de la ciudad. Durante cinco meses trabajó Ferguson como modesto reportero novato bajo la recelosa mirada de Joe Dunlap, y entonces McManus lo sacó de las noticias locales y le confió algo importante. Por lo visto, Ferguson había pasado la prueba. No es que alguna vez hubiera conocido la exacta naturaleza de la prueba ni los criterios por los que McManus lo estaba juzgando, pero comoquiera que fuese, sólo podía deducirse que el jefe consideraba que estaba preparado para subir al siguiente nivel.

El día después a Navidad, McManus convocó por la mañana a Ferguson en su despacho y le explicó la idea que le venía rondando por la cabeza últimamente. La década de los sesenta estaba a punto de acabar, le dijo, faltaba menos de una semana para que cayera la enorme bola, ¿y qué le parecía a Ferguson escribir una serie de artículos sobre los últimos diez años y su influencia en la vida de los norteamericanos? No un enfoque cronológico, ni un resumen de los acontecimientos más importantes ocurridos a lo largo del tiempo, sino algo más sustancial, una serie de artículos de dos mil quinientas palabras sobre varios temas pertinentes, la guerra de Vietnam, el movimiento por los derechos civiles, el auge de la contracultura, avances en el ámbito del arte, la música, la literatura y el cine, el programa espacial, el diferente tono de las Administraciones de Eisenhower, Kennedy, Johnson y Nixon, la pesadilla de los asesinatos de prominentes personajes públicos, el conflicto racial y los guetos en llamas de las ciudades norteamericanas, deportes, moda, televisión, la

ascensión y caída de la Nueva Izquierda, la ascensión y caída del republicanismo de extrema derecha y la ira reaccionaria, la evolución del movimiento Black Power y la revolución de la Píldora, todo, desde la política y el rock and roll hasta los cambios en el lenguaje de los norteamericanos, el retrato de una década tan llena de tumulto y confusión como para dar al país Malcolm X y George Wallace, *Sonrisas y lágrimas* y Jimi Hendrix, los Berrigan y Ronald Reagan. No, no sería un tipo de reportaje normal, prosiguió McManus, se trataría de una mirada retrospectiva, una forma de recordar a los lectores del *Times-Union* dónde estaban hacía diez años y dónde estaban ahora. Ésa era una de las ventajas de trabajar en un periódico vespertino. Más libertad de acción, más tiempo para hurgar e investigar, más oportunidades de publicar artículos especiales. Pero no podía ser un simple refrito a secas. No buscaba una historia académica sino artículos con cierta enjundia, y por cada libro que Ferguson leyera para documentarse, debía hablar con cinco personas. Si no podía localizar a Muhammad Ali, entonces tenía que buscar a su entrenador, su cómplice en la esquina del ring, Angelo Dundee, y si no lograba acercarse a Andy Warhol, entonces tendría que llamar a Roy Lichtenstein o Leo Castelli. Las fuentes originarias. Las que hacían las cosas o estaban muy cerca cuando algo sucedía. ¿Se estaba explicando con claridad?

Sí, se explicaba.

¿Y qué pensaba Ferguson?

Cuenta conmigo, dijo. Pero ¿cuántos artículos quieres, y cuánto tiempo tengo para escribirlos?

Unos ocho o diez, supongo. Y aproximadamente dos semanas para cada uno, más o menos. ¿Es suficiente?

Si dejo de dormir una temporada, supongo que sí. ¿Se los entrego a Dunlap?

No, con Dunlap has acabado. En esto trabajarás directamente conmigo.

¿Y dónde y cómo empiezo?

Vuelve a tu mesa y piensa en quince o veinte ideas. Temas, títulos, reflexiones, lo que te parezca más urgente, y luego trazaremos un plan de conjunto.

No puedo explicarte lo mucho que esto significa para mí.

Es trabajo para jóvenes, Archie, y tú eres el más joven que tengo. Vamos a ver qué pasa.

Ferguson se empleó a fondo con los artículos porque todo su futuro en el periódico dependía de ellos. Escribió y corrigió, consultó más de un centenar de libros y cerca de mil revistas y periódicos, y no sólo habló por teléfono con Angelo Dundee, Roy Lichtenstein y Leo Castelli sino también con docenas de personas más, reuniendo un coro de voces para acompañar los textos que escribió sobre los buenos-malos tiempos del recientemente desaparecido ayer, ocho artículos de dos mil quinientas palabras que abarcaban política, presidentes y el pandemónium de la oposición social, junto con incursiones en la música de *Canciones de sueño* de John Berryman, la matanza a cámara lenta al final de *Bonnie y Clyde*, y el espectáculo de medio millón de hijos de Norteamérica bailando en el barro durante un fin de semana en una granja del estado de Nueva York, a sólo cuatrocientos kilómetros al sur de Rochester. En general, McManus quedó satisfecho con los resultados y corrigió su trabajo sólo ligeramente, cosa que para Ferguson fue lo más gratificante del ejercicio,

pero al jefe también le gustó que los artículos suscitaran montones de cartas de los lectores, en su mayor parte positivas, con comentarios como «Muchas gracias a A. I. Ferguson por darnos un nostálgico paseo por nuestros recuerdos», pero también con una buena porción de comentarios negativos, ataques contra Ferguson por «sus puntos de vista comunistoides sobre nuestro gran país» que le escocieron un poco, tenía que reconocerlo, aunque esperaba cosas peores. Lo que no había esperado era la hostilidad que recibiría de algunos de los reporteros jóvenes del periódico, pero así eran ciertas cosas del oficio, supuso, sálvese quien pueda en la melé por agarrar la pelota, y tal como observaba Nancy cada vez que publicaba otro artículo, ese resentimiento sólo demostraba lo bien que estaba haciendo su trabajo.

La serie debía haber tenido diez artículos, pero Ferguson tuvo que interrumpirla mientras preparaba el noveno (sobre el pelo largo, la minifalda, los abalorios de amor y las botas de cuero blancas: las chucherías de la moda de mediados y finales de los sesenta) cuando asestaron otro martillazo desde el otro frente. El movimiento contra la guerra había estado en relativa calma durante los últimos meses. La retirada gradual de tropas norteamericanas, la denominada vietnamización de la guerra y el nuevo sistema de sorteo en la caja de reclutas habían contribuido a la tregua en las actividades, pero entonces, a finales de abril de 1970, Nixon y Kissinger expandieron bruscamente la guerra al invadir Camboya. La opinión pública norteamericana aún seguía partida por la mitad, aproximadamente la mitad a favor y la otra mitad en contra, lo que significaba que la mitad del país apoyaba la medida, pero la otra mitad, los que se venían manifestando en contra del conflicto desde hacía cinco años, consideró aquella incursión estratégica como el fin de toda esperanza. Salieron a la calle a centenares de miles, se organizaron manifestaciones de masas en los recintos universitarios, y en una de esas universidades, en Ohio, jóvenes agentes de la Guardia Nacional, nerviosos y mal entrenados, dispararon con munición reglamentaria contra los estudiantes, una descarga cerrada de tres segundos que dejó cuatro muertos y nueve heridos, y tan horrorizados se quedaron en su mayor parte los norteamericanos por los sucesos de la Universidad Estatal de Kent, que abrieron espontáneamente la boca y lanzaron un aullido colectivo que se propagó por todo el país. A primera hora de la mañana siguiente, 5 de mayo, McManus envió a Ferguson y a Tom Gianelli, su compañero fotógrafo, a la Universidad de Buffalo para hacer un reportaje sobre las manifestaciones que se estaban celebrando allí, con lo que de pronto se acabó el documentarse sobre el pasado reciente para vivir de nuevo el Ahora.

La universidad ya había pasado unas semanas de continuadas protestas a últimos de febrero y principios de marzo, pero después de lo de la Estatal de Kent incluso el estallido más tenue fue mucho más violento que todo lo que Ferguson había visto en Columbia, en particular durante la segunda jornada de su estancia allí, uno de los días glaciales de Buffalo en plena primavera, con nieve en el suelo y heladores vientos que arremetían desde el lago Erie. No se ocuparon edificios, pero el ambiente estaba cargado y se llenó de peligro cuando cerca de dos mil estudiantes y profesores se vieron atacados por fuerzas antidisturbios armadas con cascos, escopetas, porras y fusiles de gases lacrimógenos. Se tiraron piedras, se arrojaron ladrillos, se rompieron ventanillas de vehículos policiales y ventanas de edificios universitarios, se aplastaron cabezas y cuerpos, y de nuevo se encontró Ferguson en medio de dos

turbas en guerra, pero esta vez daba más miedo porque los estudiantes de Buffalo estaban más ansiosos de lucha que los de Columbia, algunos de ellos tan furiosos y fuera de control que Ferguson pensó que incluso estaban dispuestos a morir. Periodista o no, era tan vulnerable como ellos, y por mucho que resultara zarandeado dos años antes y acabara con la cabeza y la mano magulladas, ahora padeció los gases lacrimógenos junto con todos los demás, y mientras se llevaba un pañuelo húmedo a los ojos, que le ardían, y vomitaba el almuerzo sobre la acera, Gianelli lo agarró del brazo y se alejó con él en busca de un sitio donde el aire resultara más respirable, y un par de minutos después, cuando llegaron a la esquina de Main Street con Minnesota Avenue, justo nada más salir del recinto universitario, Ferguson se quitó el pañuelo húmedo de la cara, abrió los ojos y vio cómo un joven arrojaba un ladrillo contra el escaparate de un banco.

Pasados un par de días, tres cuartas partes de las facultades y universidades de Estados Unidos estaban en huelga. Más de cuatro millones de estudiantes se sumaron a la protesta, y una por una todas las facultades y universidades de Rochester cerraron durante el resto del curso académico.

Al día siguiente de entregar el artículo sobre Buffalo, Ferguson mantuvo una breve charla con McManus a la entrada principal del edificio del *Times-Union*. Mirando al tráfico mientras fumaban un cigarrillo, ambos reconocieron de mala gana que no tenía sentido publicar más artículos sobre la década de los sesenta. Ocho habían sido suficientes, y el noveno y el décimo ya no eran necesarios.

Después de que Nancy Sperone encontrara novio en los primeros días de la huelga estudiantil, Ferguson desperdició los seis meses siguientes yendo detrás de dos mujeres distintas que no merecían que se las pretendiera y por tanto permanecerán anónimas porque no vale la pena nombrarlas. Ferguson empezaba a sentirse inquieto, pensando que tal vez ya había tenido bastante de Rochester al cabo de año y medio en aquella ciudad de segunda división, preguntándose si debía probar suerte en otra parte con otro periódico o tal vez dejar el periodismo por completo y tratar de ganarse la vida como traductor, porque por mucho que le siguiera gustando escribir con toda rapidez ciñéndose a un plazo, luchar con el francés del siglo XV de Villon le resultaba en definitiva más placentero, y pese a andar escaso de tiempo había perfeccionado una primera versión aceptable de *El legado* y llevaba a la mitad una versión preliminar de *El testamento*, aunque era imposible ganarse el sustento traduciendo poesía, desde luego, pero un grueso volumen de prosa de cuando en cuando podría ayudar a cubrir gastos, y ahora que lo pensaba, si se quedaba una temporada más en Rochester, ¿no sería lógico marcharse de aquel piso de mala muerte infestado de cucarachas de Crawford Street y mudarse a un sitio mejor?

Enero de 1971, febrero de 1971, los días más oscuros y fríos de aquel sombrío reducto hibernal, una época de la que únicamente cabría esperar cosas sombrías, tiempo de inanes fantasías y ensoñaciones sobre vivir en el trópico, pero justo cuando Ferguson empezaba a considerar que debía enterrarse bajo un montón de edredones y quedarse en cama los tres meses siguientes, el trabajo en el *Times-Union* empezó a ponerse de nuevo interesante. El circo había vuelto a la ciudad. Rugían los leones y los tigres, se congregaba una multitud bajo la enorme carpa y Ferguson se apresuró a

ponerse otra vez su atuendo de funámbulo y a subir por la escala para ocupar su puesto en la plataforma.

Después del tiroteo de la Universidad Estatal de Kent, lo habían destinado a la sección nacional y ahora trabajaba a las órdenes de Alex Pittman, joven redactor jefe con buenos instintos y una actitud más soportable que la de Dunlap. Ferguson ya le había entregado docenas de artículos durante las largas semanas de mayo a febrero, pero nada tan absorbente como los dos grandes reportajes que salieron en la primera mitad del nuevo año, que curiosamente resultaron ser dos versiones de la misma historia: atando cabos sueltos de los años cincuenta y sesenta porque alguien con la suficiente valentía había robado documentos secretos del gobierno y los estaba divulgando al público, lo que significaba que si los sesenta habían concluido desde el punto de vista cronológico, en realidad no habían terminado y sólo estaban empezando; otra vez desde el principio. El 8 de marzo, un desconocido grupo de activistas invisibles que se autodenominaba Comité Ciudadano para Investigar al FBI irrumpió en la pequeña oficina del gobierno que llevaban dos funcionarios en Media, ciudad de extraño nombre en el estado de Pensilvania, y afanó más de mil documentos secretos. A partir del día siguiente, tales documentos se enviaron a diversas agencias de noticias de todo el país, sacando a la luz la operación encubierta de espionaje del FBI denominada COINTELPRO (Programa de Contrainteligencia), que había iniciado J. Edgar Hoover en 1956 para hostigar a los catorce o veintiséis comunistas que aún quedaban en Estados Unidos y que luego se amplió para incluir a miembros de organizaciones negras por los derechos civiles, a organizaciones contrarias a la guerra de Vietnam, el Black Power, feministas y más de doscientos grupos de la Nueva Izquierda, entre ellos el SDS y los Weathermen. No sólo para espiarlos, sino para infiltrar en sus filas informadores y *agents provocateurs* con objeto de perturbar su funcionamiento y desacreditarlos, y así, por las buenas, los demenciales miedos de los activistas de los sesenta se convertían en realidad, el Gran Hermano vigilaba efectivamente, y el soldado más fanático y leal de Nobodaddy, el menudo y achaparrado J. Edgar Hoover, había amasado tantísimo poder durante sus cuarenta y siete años en el cargo que los presidentes temblaban cuando llamaba a su puerta. Los documentos revelaban centenares de delitos y cientos de golpes bajos para manchar el buen nombre de personas inocentes, pero ninguno tan bajo como el que habían asestado a Viola Liuzzo, tema de uno de los artículos de Ferguson, el ama de casa de Detroit con cinco hijos que se dirigía a Alabama para la marcha Selma-Montgomery y que por el mero hecho de abrir la puerta de su coche para llevar a un negro fue asesinada por un grupo del Klan, y entre sus asesinos se contaba Gary Thomas Rowe, «conocido confidente del FBI», y entonces Hoover tuvo la temeridad de escribir una carta a Johnson para decirle que la señora Liuzzo había sido miembro del Partido Comunista y había abandonado a sus hijos con el fin de acostarse con negros del movimiento por los derechos civiles, acusación falaz que la presentaba como enemiga del pueblo y, por tanto, merecedora de la muerte.

Tres meses después del escándalo COINTELPRO, el *New York Times* publicó los Papeles del Pentágono, y Ferguson también trabajó en ese tema, incluyendo en el artículo la historia de cómo sacó Daniel Ellsberg los documentos del edificio para entregárselos a Neil Sheehan, reportero del *New York Times*, el antes aborrecido *New*

York Times, que quizá expiaba los embustes publicados en el 68 asumiendo el riesgo de divulgar documentos secretos, un momento brillante del periodismo norteamericano, tal como convinieron Pittman, McManus y Ferguson, y de pronto las mentiras del gobierno estadounidense quedaban al descubierto ante el mundo entero, todo lo que antes no había publicado la prensa, los bombardeos secretos sobre Camboya y Laos, las incursiones costeras en Vietnam del Norte, pero aparte de todo eso y en primer lugar, los miles de páginas que trazaban paso a paso el proceso por el cual algo que antes parecía tener sentido se había venido abajo convirtiéndose en un montón de insensateces.

Luego el circo volvió a marcharse de la ciudad y Ferguson cayó en los brazos de Hallie Doyle, estudiante de veintiún años de Mount Holyoke que trabajaba en el periódico durante el verano, la primera mujer que había conocido desde su traslado al norte que podría tener la facultad de romper al fin el maleficio de Amy, una mujer profundamente inteligente y perspicaz criada en el seno de la Iglesia católica y romana pero que ya no formaba parte de ella debido a que no creía que las vírgenes pudieran ser madres ni que los muertos salieran de sus tumbas, pero que vivía con la certidumbre de que los débiles heredarían la tierra, que en la virtud residía la recompensa y que no hacer a los demás lo que uno no quería que le hicieran era una norma de conducta vital mucho más sensata que seguir los preceptos de la regla de oro, que obligaba a los seres humanos a llevar una vida de santos que no los conducía sino a la culpa y a la continua desesperación.

Una persona sensata, incluso sabia, quizá. Menuda pero no mínima, uno sesenta y cinco o uno sesenta y ocho de estatura, delgada, de movimientos rápidos, gafas de abuela sobre la nariz y pelo sumamente rubio, tan rubia como para crear la impresión de una Ricitos de Oro ya crecida, pero por atractivo que aquel cabello dorado resultara para Ferguson, el misterio residía en los rasgos de Hallie, que conformaban un rostro a la vez poco agraciado y bonito, sucesivamente apagado y resplandeciente, una cara que cambiaba de aspecto al menor giro o movimiento de cabeza, ahora un ratoncito con ricitos de oro, ahora una deslumbrante chica White Rock, ahora insulsa y sin ninguna característica especial, ahora radiante y deslumbrante, unas facciones irlandesas poco interesantes que, en un abrir y cerrar de ojos, podían transformarse en el semblante más arrasador que pudiera contemplarse frente a una pantalla cinematográfica. ¿Qué cabía deducir de tal enigma? Nada, decidió Ferguson, nada en absoluto, porque la única respuesta consistía en seguir mirándola para experimentar la sensación cada vez más agradable de encontrarse irremediablemente desconcertado.

Se había criado en Rochester y había vuelto a la ciudad en verano para vender la casa familiar de East Avenue, que resultaba superflua después de que sus padres, escritores de temas científicos, se hubieran trasladado a San Francisco a principios de año. Con ayuda de un antiguo amigo de la familia había conseguido el trabajo en el *Times-Union*, que no era sino una forma más eficaz de matar el tiempo que estar de brazos cruzados, y encima suponía la posibilidad de ganar un dinerito.

Auxiliar temporal para el verano en la sala de redacción, pero en la vida real estudiante de Biología e Inglés que en otoño empezaría su último año. Poetisa en

ciernes con un plan a largo plazo de estudiar Medicina para pasar al ámbito de la psiquiatría y finalmente formarse como psicoanalista, todo lo cual resultaba bastante impresionante, pero lo que impresionaba aún más a Ferguson era cómo había pasado los veranos anteriores: viviendo en Nueva York y atendiendo al teléfono en una línea de emergencia para casos de suicidio en la calle Cuatro Este esquina con la A Avenue.

En resumen, se decía Ferguson para sí cuando giraba el disco con las escabrosas e intimidantes estrofas de *Señor, Tu nombre es Muerte*, Hallie estaba salvando vidas. No todas a la vez, como Amy y tantos otros creían, sino una a una. Hablaba con un hombre por teléfono y poco a poco lo iba convenciendo para que no apretara el gatillo de la pistola con que se apuntaba a la cabeza. A la noche siguiente, hablaba con una mujer y gradualmente la persuadía para que no se tragara el frasco de pastillas que aferraba en la mano. Ningún impulso de reinventar el mundo de arriba abajo, ningún acto de desafío revolucionario, sino el compromiso de hacer el bien en el mundo roto al que pertenecía, el proyecto de dedicar la vida a ayudar a los demás, que no era tanto un acto político como religioso, una religión sin devoción ni dogma, una fe en el valor de éste, de aquél y del de más allá, un viaje que empezaría en la Facultad de Medicina y proseguiría luego durante el tiempo que le llevase terminar su formación psicoanalítica, y mientras Amy y multitud de otros habrían argumentado que la gente enfermaba porque la sociedad estaba enferma y que ayudarla a ajustarse a una sociedad morbosa sólo empeoraría su estado, Hallie habría contestado: Por favor, mejorad la sociedad si podéis, pero entretanto la gente está sufriendo y yo tengo trabajo que hacer.

No sólo había encontrado a la *siguiente*, sino que a medida que avanzaba el verano Ferguson fue preguntándose si no habría encontrado a la *Única* que borraría a todas las demás durante el resto de sus días en aquel desdichado y bello mundo.

A primeros de julio se fue a vivir con él al cuchitril de Crawford Street, y como aquel año fue especialmente caluroso, echaron las persianas de las ventanas y se convirtieron en nudistas siempre que estaban en casa. Salieron, noches entre semana y días y noches de los fines de semana, fueron juntos al cine, presenciaron seis partidos de los Red Wings, jugaron cuatro veces al tenis (la ultraatlética Hallie le ganaba sistemáticamente por dos sets a uno), pasearon por el cementerio de Mount Hope, se sentaron en Highland Park y se leyeron poemas y traducciones el uno al otro hasta que un domingo por la tarde Hallie rompió a llorar y declaró que su poesía no era buena (no, no es que no sea buena, le dijo Ferguson, es que aún *está en desarrollo*, aunque pocas dudas había de que tenía un futuro más prometedor en medicina que en literatura), asistieron a cuatro conciertos de música clásica en la Eastman School of Music, Bach, Mozart, Bach y Webern, y cenaron numerosas veces en todo tipo de restaurantes tanto decentes como atroces, pero ninguna cena fue tan memorable como la del Antonio’s en Lake Avenue, en donde el acompañamiento de los platos consistió en la incesante música de un tal Lou Blandisi, que se anunció a sí mismo como el Acordeón Cursi de la Pequeña Italia y parecía conocer todas las canciones jamás compuestas, desde clásicos populares norteamericanos pasando por *gigas* irlandesas y *klezmers* judíos de la Europa oriental.

Lo que es más: a primeros de agosto ya habían pronunciado la mágica frase de

dos palabras varios centenares de veces cada uno, las palabras que cerraban el trato y anunciaban que no había vuelta atrás, y a finales de ese mes ya estaban pensando a largo plazo, ideas permanentes para el futuro. Luego llegó la inevitable despedida, y cuando su amor se marchaba para cursar su último año en South Hadley, en Massachusetts, Ferguson se preguntó cómo iba a sobrevivir sin ella.

8 de septiembre. El verano ya estaba más que acabado. Por la mañana temprano los críos gritaban de nuevo bajo la ventana de su cuarto y de buenas a primeras el aire de Rochester se impregnaba de la alegre sensación de principios de curso, de lápices recién afilados y zapatos nuevos; del olor a infancia, a los recuerdos bien arraigados de entonces, cuando... Aquella tarde, el triste *Monsieur Solitaire*, que llevaba los últimos diez días suspirando cada hora por su ausente Hallie, volvió a su cuchitril a las cuatro y media y no había pasado un minuto en casa cuando, antes de que pudiera sacar de la bolsa de papel marrón los ingredientes de su cena, sonó el teléfono. Pittman llamando desde su despacho en el *Times-Union*. Pittman con un tono de urgencia en la voz. Pittman diciéndole que «algo se estaba cociendo en Attica», la prisión estatal a ochenta kilómetros al suroeste de Rochester, y encargaba a Ferguson y Gianelli que estuvieran allí a primera hora de la mañana para hablar con Vincent Mancusi, el alcaide de la prisión, «y averiguar lo que estaba pasando». La entrevista ya se había concertado para las nueve de la mañana, Gianelli lo recogería a las siete, y aunque todo era confusión hasta el momento, podía convertirse en un notición, así que «mantén los ojos abiertos, Archie, y no te metas en líos».

El año anterior había habido dos importantes disturbios en las cárceles de Nueva York, una en Auburn, al norte del estado, y otra en las Tombs de Manhattan, broncos enfrentamientos físicos entre presos y guardianes que habían conducido a montones de acusaciones y castigos adicionales. Habían trasladado a Attica a dirigentes de los dos levantamientos —en su mayor parte negros, todos ellos comprometidos con alguna forma de política revolucionaria— con objeto de «quitar de en medio a los alborotadores», y ahora que habían abatido a tiros al pantera negra George Jackson en la prisión de San Quintín, en California, durante un supuesto intento de fuga con *una pistola oculta en la peluca afro que llevaba puesta* (algunos llegaron a creérselo), los internos de las masificadas cárceles de Nueva York empezaban de nuevo a armar jaleo. El sesenta por ciento de los 2.250 reclusos de Attica eran negros, el cien por cien de los guardianes eran blancos, y no sólo a Ferguson no le hacía gracia aquella primera visita a unas instalaciones penitenciarias de máxima seguridad, sino que le daba pavor. Se alegraba de que Gianelli lo acompañara, la hora de viaje sería agradable con Tom hablando con la voz de Cary Grant y Jean Harlow y parloteando sobre el campeonato de la Liga Nacional, pero en cuanto llegaran y pusieran los pies en el recinto carcelario, sería como entrar en el infierno.

Ferguson ya no aguantaba más. Estaba quemado y dispuesto a renunciar, y después de repetírselo una docena de veces durante los últimos ocho o nueve meses y luego no hacer nada, esta vez no iba a volverse atrás. Había llegado al límite de lo que podía soportar. Basta de Rochester, basta de periódico, basta de tener que vivir con los ojos puestos permanentemente en el sombrío mundo de guerras sin sentido, gobiernos embusteros, polizontes espiando en secreto, hombres sin esperanza atrapados en mazmorras construidas por el estado de Nueva York. Con eso ya no

aprendía nada. Una y otra vez la misma canción, y a aquellas alturas se sabía el artículo de memoria incluso antes de sentarse a escribirlo. *Rien ne va plus*, como decían a los jugadores en Montecarlo cuando la ruleta empezaba a girar de nuevo. No se admiten más apuestas. Él había apostado su dinero al número cero y había perdido, y ya era hora de marcharse.

Iría al presidio con Gianelli por la mañana, haría la entrevista con el alcaide, quien probablemente le diría que *todo estaba controlado*, y si preguntaba si podía echar un vistazo y tal vez hablar con un par de internos, sin duda le dirían que no por *motivos de seguridad*. Luego escribiría el artículo que estuviera en condiciones de escribir y se lo entregaría a Pittman. Pero ése sería el último. Le diría a Pittman que había terminado con el periódico y se despediría de él con un apretón de manos. Después iría al despacho de Carl McManus y le agradecería la oportunidad de haber trabajado allí, le estrecharía la mano diciéndole que había sido un privilegio conocerlo, pero que no estaba hecho para seguir con aquel tipo de actividad, le diría, aquel trabajo lo estaba matando y se encontraba enteramente para el arrastre, y acto seguido daría las gracias de nuevo a su jefe por ser tan buena persona y saldría del edificio por última vez.

Las cinco de la tarde. Cogió el teléfono y marcó el número de Hallie en Massachusetts, pero nadie contestó al cabo de catorce tonos, ni siquiera su compañera de piso para decirle que Hallie había salido y no volvería hasta las once o las doce.

Los ojos azules de Hallie mirándolo mientras desde la cama él miraba cómo se acercaba. El cuerpo de Hallie, menudo, blanco y ardiente apretándose contra él. Dime algunas de las cosas que más te gusten, le dijo ella un día, y él le contestó en broma con un juego de palabras: *Las focas de Central Park, el techo de la estación Grand Central y la conveniencia de enfocar las cosas con altura de miras. Sí, sí, sí*, repuso ella en español. O tal vez dijo en inglés: *See, see, see.* Mira, mira, mira.

A veces se reía tan fuerte que la cara se le ponía roja.

Si ya no iba a vivir en Rochester, ¿adónde le gustaría ir? A Massachusetts, en principio. A South Hadley, en Massachusetts, a hablar las cosas con ella para organizar algún plan. Tal vez alquilar un apartamento en el mismo barrio y trabajar en Villon mientras ella iba a la universidad. O si no, dedicarse a eso durante un tiempo mientras se relajaba y aprendía a vivir como un ser humano otra vez y luego ir a París con ella en las vacaciones de Navidad. O si no, viajar sin prisas por Europa él solo durante un mes, o dos o cuatro. No, cuatro meses no. Demasiado tiempo, no podría soportarlo. Un apartamento pequeño en Amherst o en otra ciudad. Eso podría ser una buena solución por el momento, y luego a Europa los dos juntos durante un par de meses después de que ella se licenciara en junio. Podían hacer cualquier cosa. Metiendo mano a los fondos de su abuela siempre que le viniera en gana, todo sería posible aquel año.

Las seis de la tarde. Huevos revueltos con jamón y dos rebanadas de pan tostado para cenar, junto con cuatro vasos de vino tinto.

Luy qui buvoit du meilleur et plus chier
Et ne deust il avoir vaillant

ung pigne

Las siete. Sentado ahora a su escritorio y mirando esos dos versos del *Testamento* de Villon. Que más o menos significaban: Él, que bebía los mejores y más caros vinos / Y no tenía ni para comprar un peine. O bien: Y no podía permitirse ni pagar un peine. O bien: Y no tenía contante para agenciarse un peine. O bien: Y le faltaba peculio para comprar un peine. O bien: Y estaba tan pelado que no tenía ni para un peine. O bien: Y no tenía pasta para mercarse un peine.

Las nueve. Volvió a llamar a Massachusetts. Veinte tonos esta vez, de nuevo sin respuesta.

No era simplemente un nuevo amor sino una nueva especie de amor, un nuevo modo de estar con alguien que se traducía en una nueva forma de ser él mismo, una forma mejorada de sí mismo gracias a ella, gracias a quién y a cómo era ella con él, la forma de ser él mismo a la que siempre había aspirado pero nunca había conseguido alcanzar en el pasado. Se terminaron los accesos de taciturna introspección, se acabaron los viajes a los tremedales de la perturbadora autoflagelación, y también se acabó el volverse contra sí mismo, flaqueza que siempre lo había obligado a darse menos valor del que tenía. GUINNESS DA FUERZAS, decían los carteles en las paredes de los bares. Hallie le daba fuerzas. GUINNESS ES BUENA PARA LA SALUD, decían los carteles en las paredes de los bares. No cabía duda de que Hallie Doyle era buena para su salud.

A las once menos cuarto, Ferguson fue a su cuarto, dio cuerda al reloj y puso el despertador a las seis de la mañana. Volvió luego al cuarto de estar, cogió el teléfono y marcó de nuevo el número de Hallie.

No contestaron.

Justo debajo del apartamento de Ferguson, Charlie Vincent apagó la televisión, estiró los brazos y se levantó del sofá. El inquilino de arriba se estaba acostando, aquel muchacho tan guapo que se había pasado el verano viviendo con la bonita rubia, qué chicos tan buenos y simpáticos, siempre con una palabra agradable en la escalera o frente a los buzones, pero ahora la chica se había ido y el chico dormía solo otra vez, cosa que era una lástima porque le gustaba oír las sacudidas de la cama en el piso de arriba y escuchar los gruñidos del muchacho y los gritos y gemidos de la chica, qué agradables eran aquellos sonidos, qué satisfactorios al oído y a todas las demás partes de su cuerpo, siempre deseando estar arriba con ellos en la cama, no con su aspecto de ahora sino con el que tenía cuando él también era un muchacho guapo, los años, los años, cuántos años y años hacía de eso, y aunque no pudiera ir arriba para estar con ellos ni mirarlos desde una silla en un rincón del cuarto, escucharlos e imaginarlos casi había sido igual de estimulante, y ahora que el chico estaba solo también había algo estupendo en eso, un chico tan encantador, de hombros anchos y cálida mirada, qué no habría dado por abrazar a ese muchacho desnudo y cubrirle el cuerpo de besos, así que Charlie Vincent apagó la televisión y se dirigió arrastrando los pies hacia su habitación para escuchar el crujido de la cama mientras el muchacho se removía sobre el colchón para encontrar la postura y dormirse. Ahora estaba oscuro en el cuarto. Charlie Vincent se desnudó, se tumbó en la cama y pensó en el

chico mientras jugueteaba consigo mismo hasta que empezó a jadear y sintió cómo se propagaba el calor en su interior y se acababa la faena. Después, por cuadragésima tercera vez desde aquella mañana, encendió uno de sus largos Pall Mall sin filtro y se puso a fumar...

7.2

7.3

7.4

La tía Mildred lo salvó de lo peor. Moviendo hilos, sirviéndose de su autoridad como directora del Departamento de Inglés, aligerando el papeleo por aquí y por allá, amenazando con dimitir si el responsable de admisiones no se avenía a su voluntad, exponiendo sus argumentos en reuniones de dos horas con el rector recién instalado, Francis F. Kilcoyne, hombre contrario a la guerra conocido por su compasión y sus elevados principios morales, consiguió que el profesor Adler hiciera un hueco a Ferguson como alumno matriculado de pleno derecho en el Brooklyn College una semana antes de que empezara el primer semestre de su tercer año.

Cuando Ferguson le preguntó cómo se las había arreglado para realizar aquella increíble maniobra, Mildred le contestó: Les he dicho la verdad, Archie.

La verdad era que había salido en defensa de un amigo negro al que amenazaba un racista blanco y el tribunal lo había absuelto de todo delito, lo que supondría que le habían revocado injustamente la beca Walt Whitman en Princeton y por tanto merecía una plaza en Brooklyn, no sólo porque el promedio de expediente lo situaba entre el diez por ciento de los mejores de su curso sino porque la pérdida de la beca le impediría seguir en Princeton por falta de recursos, y si no estaba matriculado en otra universidad a principios del semestre de otoño perdería además la prórroga del servicio militar y acabarían llamándolo a filas. Como contrario a la guerra de Vietnam, se negaría a incorporarse al ejército si lo reclutaban, lo que probablemente resultaría en una pena de prisión por resistirse a la Ley sobre el Servicio Militar Selectivo, ¿y acaso no era el deber del Brooklyn College salvar a un joven tan prometedor de aquellas consecuencias sombrías y absurdas?

Nunca se le había ocurrido que su tía tuviera arrestos suficientes para asumir tal postura de fuerza por alguna causa, y menos aún por él o por cualquier otro miembro de la familia, pero el 21 de agosto, menos de una hora después de que llamara al despacho de DeWitt y le dijeran que el gran hombre se encontraba de viaje por el extranjero, recurrió a la tía Mildred movido por la desesperación; no porque esperase que hiciera algo sino porque necesitaba consejo, y con Nagle en una isla del Mediterráneo pasando por la criba fragmentos de cerámica prehelénica, ella era la única que podía brindarle alguno. El tío Don descolgó el teléfono aquel día, al cuarto tono. Mildred había salido a unos recados, le dijo, y no la esperaba hasta dentro de una hora o así, pero Ferguson no podía esperar una hora, tenía las tripas bloqueadas por el miedo y la incredulidad mientras seguía tragándose las palabras de la carta de DeWitt, de modo que vomitó todo el asunto y Don, que recibió la noticia conmocionado e indignado, se puso lo bastante furioso como para decirle que había que destripar y descuartizar a DeWitt por lo que había hecho, pero incluso en aquellos primeros momentos de la crisis, cuando Ferguson aún no estaba en condiciones de pensar, Don ya estaba tanteando el terreno para hallar una solución, preguntándose cómo arreglárselas para encontrar un resquicio que le permitiera ingresar en otra universidad antes de que se les acabara el tiempo, queriendo decir que era cosa suya en primer lugar, pero cuando Mildred volvió a casa y habló con

Don, rápidamente se convirtió también en asunto suyo, y cuando llamó a Ferguson cuarenta y cinco minutos después, le dijo que no se preocupara porque ella iba a *encargarse de todo*.

Con ella de su lado todo cambió. La cálida y fría tía Mildred, la amable y cruel tía Mildred, la hermana inconstante y no muy cordial de Rose, la animosa pero un tanto trastornada madrastra de Noah, el hijo de Don, su tía, de buenas intenciones pero sin compromisos de fondo, le decía ahora a su único sobrino, el hijo de su hermana, que le tenía más aprecio de lo que él sospechaba. Contó a Ferguson cómo había conseguido matricularlo en el Brooklyn College, pero cuando le preguntó por qué se había tomado tantas molestias por él en primer lugar, la ferocidad de la respuesta de su tía lo sorprendió: Tengo una fe tremenda en ti, Archie. Creo en tu futuro, y no permitiré que nadie te lo arrebate ni pasando por encima de mi cadáver. Que Gordon DeWitt se vaya a freír espárragos. Nosotros somos gente del Libro, y la gente del Libro debe permanecer unida.

Reina Esther. Madre Coraje. *Mother Jones*. Hermana Kenny. Tía Mildred.

Lo primero y más importante que debía decirse del Brooklyn College era que no había gastos de matrícula. En una rara muestra de sabiduría política, los padres de la ciudad de Nueva York habían declarado que los chicos y chicas de los cinco distritos municipales tenían derecho a la educación a un coste anual de cero dólares, lo que no sólo contribuía a fomentar los principios de la democracia y demostraba cómo podía servirse al bien común cuando los ingresos por los impuestos municipales se ponían en las manos adecuadas, ofreciendo a lo largo de los años a decenas de miles, centenares de miles, a millones de jóvenes neoyorquinos la oportunidad de recibir una educación superior a la que en su mayor parte no habrían podido acceder, y Ferguson, que no podía permitirse los elevados costes de Princeton, daba las gracias a aquellos padres de la patria, fallecidos tanto tiempo atrás, cada vez que subía por los escalones de cemento de la estación de metro de Flatbush Avenue para entrar en el campus de Midwood. Más aún, era una universidad excelente. Para matricularse se requería tener un promedio de 87 en el expediente del instituto y aprobar un riguroso examen de admisión, lo que significaba que en su clase no había nadie cuyo rendimiento fuese inferior al nivel de notable alto, y con la mayoría de sus compañeros rondando entre 92 y 96, Ferguson estaba rodeado de personas muy inteligentes, muchas de ellas lo bastante para que se las calificara de brillantes. En Princeton también había estudiantes de sobresaliente intelecto, así como un cierto porcentaje de inútiles lastrados por una presencia heredada, mientras que Brooklyn se componía de chicos y chicas (menos mal) que no arrastraban peso muerto. Todos eran de la ciudad, por supuesto, aproximadamente el doble de estudiantes que en Princeton, en donde la población estudiantil procedía de todas las partes del país, pero Ferguson ya era neoyorquino acérrimo y defensor incondicional de la ciudad, y lo mismo que de muchacho había disfrutado con la compañía de sus amigos neoyorquinos en Camp Paradise, ahora lo complacía estar con sus nerviosos y discutidores conciudadanos en el B. C., donde el alumnado podría ser menos diverso desde el punto de vista geográfico que en Princeton, pero era más heterogéneo desde el punto de vista humano, con su ingente mezcolanza de etnias y trasfondo cultural, con multitud de católicos y judíos y un reconfortante número de rostros negros y

asiáticos, y como en su mayor parte eran nietos de inmigrantes de la isla de Ellis, era más que probable que fuesen los primeros de su familia en ir a la universidad. Y encima, el recinto universitario era un modelo de sensatez arquitectónica, nada de lo que esperaba Ferguson, unas acogedoras diez hectáreas y media frente a las doscientas dos de Princeton, pero igualmente atractivo a sus ojos, con elegantes edificios georgianos llenando el paisaje en lugar de torres góticas, patios cubiertos de césped y flanqueados de olmos, un jardín con un estanque de nenúfares para pasear entre clase y clase, sin residencias, ni clubs gastronómicos, ni locura por el fútbol americano. Era una forma completamente distinta de ir a la universidad, con política contra la guerra en vez de deportes como principal obsesión, las exigencias del estudio desplazando a los pasatiempos extraescolares, y, lo mejor de todo, la oportunidad de volver a su apartamento de la calle Ochenta y nueve Este al concluir la jornada.

Los trayectos de ida y vuelta en metro de Yorkville, en Manhattan, a Midwood, en Brooklyn, de lunes a jueves, eran tan largos que Ferguson lograba leer todos los libros que le asignaban en clase sentado en el vagón. No se inscribió en la asignatura de la tía Mildred sobre la novela victoriana porque pensaba que su presencia en el aula sería una carga para ella, pero cuando el tío Don apareció en primavera como profesor invitado para dar su curso bienal de un semestre sobre el arte de la biografía, Ferguson se apuntó. A principio de cada clase, Don daba una miniconferencia trepidante y luego presentaba cuestiones para su discusión general, era una especie de profesor disperso, nada práctico, consideraba Ferguson, pero nunca pesado ni aburrido, siempre a la altura del desafío de pensar con rapidez, a la vez gracioso e inexpresivo tal como era en la mayoría de las circunstancias en los demás sitios, y vaya cantidad de libros que les dio para leer aquella primavera, Plutarco, Suetonio, san Agustín, Vasari, Montaigne, Rousseau y James Boswell, el estrafalario amigo, tan salido, del doctor Johnson, que en sus diarios confesó que interrumpía sus escritos a mitad de una frase para salir a las calles de Londres y hacer chupichusqui con tres putas diferentes en una sola noche, pero para Ferguson lo más fascinante de aquella clase consistió en leer a Montaigne por primera vez, y ahora que se había sometido a las intrincadas y relampagueantes frases del francés, descubrió un nuevo maestro para que lo acompañara en sus viajes por el País de la Tinta.

Así fue como un golpe bajo se convirtió en un acontecimiento positivo. Un puñetazo demoledor de Gordon DeWitt que en teoría debió dejarlo en la lona, pero justo cuando Ferguson empezaba a derrumbarse, una docena de personas saltaron al ring y lo recogieron en sus brazos antes de que tocara el suelo, la tía Mildred la primera y más importante del grupo de recogedores de cuerpos, pero también el tío Don, de rápidas ideas, y todos los demás que se congregaron a su alrededor cuando se enteraron del puñetazo, Celia, su madre y Dan, Noah, Jim y Nancy, Billy y Joanna, Ron y Peg, y Howard, que habló con Nagle a la mañana siguiente del regreso a Princeton del extutor académico de Ferguson, y luego el propio Nagle, que le escribió una carta insólitamente afectuosa después de que Howard le comunicara la *inquietante noticia* sobre la beca, ofreciéndose a ayudar con todo lo que estuviera en su mano y sugiriendo que Susan quizá pudiera arreglarle un poco las cosas en Rutgers, y cuánto significó aquella carta para Ferguson, Nagle dirigiéndose a él como

amigo y poniéndose de su parte y no de la de DeWitt, y la larga conversación telefónica con Amy y Luther en Montreal, unida al alarmante giro que condujo a la ruptura de Howard con Mona Veltry, una furibunda discusión sobre cuál de ellos era responsable de haber llevado al grupo al Tom's Bar and Grill, cada uno culpando al otro hasta que perdieron el control y su gran amor feneció tan rápidamente como una flor enferma muere con la primera escarcha, y pocos días después Luther rompió bruscamente con Amy, poniéndola en la puerta y exigiéndole que volviera a Estados Unidos, y ahí estaba la aturdida y apenada hermanastra de Ferguson diciéndole que Luther lo había hecho *por el bien de ella*, y: Por favor, Archie, le dijo, mi querido, mi loco hermano, no hagas ninguna estupidez como salir corriendo a Canadá, sólo mantente firme, contén la respiración y ruega que salga todo bien, que fue precisamente lo que ocurrió gracias a Madre Coraje Mildred, y pese a la gran confusión en que vivió durante aquellos días de incertidumbre, Ferguson se sintió tan profundamente amado por sus seres queridos que conseguir la beca Walt Whitman le había insuflado menos moral que el hecho de perderla.

El mundo estaba revuelto. Todo se encontraba en un estado de continua fluctuación. La guerra hervía en su propia sangre, Newark era una ciudad muerta al otro lado del río, los amantes se destruían, y ahora que se le había concedido el indulto, Ferguson volvía a su libro sobre el doctor Noyes y los adolescentes muertos de R. Dos horas diarias a partir de las seis de la mañana de lunes a jueves, y luego tanto tiempo como podía de viernes a domingo, a pesar de la cada vez más creciente carga de los estudios, de los que debía ocuparse con diligencia para pagar la deuda a Mildred, que se habría llevado una decepción en caso de que él hiciese el vago y no tuviera buen rendimiento. Montaigne; Leibniz; Leopardi, y el doctor Noyes. El mundo se desmoronaba, y el único modo de no irse a pique con él era mantener la mente centrada en su obra: levantarse de la cama todas las mañanas y ponerse a trabajar, tanto si el sol decidía salir ese día como si no.

La matrícula gratuita era un privilegio, pero aún persistía una serie de problemas relacionados con el dinero, y durante las primeras semanas del semestre de otoño Ferguson pasó apuros para encontrar un plan que no incluyera la ayuda de su madre ni su padrastro. La beca había cubierto tanto alojamiento y manutención como los gastos de matrícula y administrativos, lo que le había permitido manducar tres veces al día durante cinco días a la semana, cinco que podrían haber sido siete de no haber insistido en pasar los otros dos días en Nueva York, pero ahora que estaba en la ciudad y únicamente en la ciudad, tenía que pagarse las comidas y hacer la compra para casa, cosa que ya no podía permitirse, sobre todo después de apoquinar cinco mil dólares al abogado de Brattleboro y quedarse con un saldo ligeramente superior a dos mil dólares en el banco. Calculaba que podría arreglárselas con unos cuatro mil al año, cantidad que le procuraría las migajas suficientes para llevar una modesta especie de existencia de ratón de iglesia, pero dos mil no eran cuatro mil, y seguía sin tener la mitad de lo estrictamente necesario. Como siempre, Dan se ofreció a financiar la diferencia con una asignación mensual que Ferguson aceptó de mala gana porque en el fondo no podía hacer otra cosa, sabiendo que la alternativa consistía en trabajar a tiempo parcial en algún sitio (suponiendo que encontrara algo), con lo que

le sería imposible seguir con el libro. Dijo que sí porque tenía que decir que sí, pero el hecho de estar agradecido a Dan por los doscientos dólares al mes no impedía que se sintiera incómodo con la situación.

A mediados de noviembre recibió ayuda de una fuente inesperada que directa o indirectamente podía rastrearse en su propio pasado pero que al mismo tiempo no tenía nada que ver con él. Otros fueron responsables de darle el dinero que necesitaba, dinero que no había ganado pero por el que había trabajado de todos modos sin intención de ganarlo, porque al igual que un escritor no podía saber si acabarían vapuleándolo o abrazándolo, él no podía saber si las horas que pasaba frente a su escritorio conducirían a algo o a nada. Desde siempre, Ferguson había supuesto que a nada, y por tanto nunca había dicho *escribir* y a renglón seguido *dinero*, creyendo que sólo los vendidos y los escritorzuelos de pacotilla soñaban con dinero mientras realizaban su trabajo, pensando que siempre tendría que venir dinero de otro sitio para alimentar su compulsión de rellenar rectángulos blancos con una hilera tras otra de negros trazos descendentes, pero a la edad ridículamente temprana de veinte años Ferguson aprendió que *siempre* no significaba *siempre* sino sólo *la mayoría de las veces*, y en las raras ocasiones en que las sombrías expectativas de *siempre* resultaban incumplidas, la única respuesta adecuada era dar gracias a los dioses por su aleatorio acto de benevolencia antes de volver a las oscuras perspectivas de aquel *siempre*, aun cuando su primer encuentro con el principio de *la mayoría de las veces* retumbó en todo su ser con la fuerza de una bendición sagrada.

Tumult Books, la auténtica editorial que no publicaba libros a ciclostil, fundada en primavera por Ron, Lewis y Anne, sacaba su primera serie de volúmenes el 4 de noviembre: dos recopilaciones de poemas (una de Lewis, otra de Anne), las traducciones de Ron de Pierre Reverdy, y las colosales 372 páginas de Billy, *Cabezas abatidas*. El ángel de la empresa, la exesposa del primer marido de la madre de Anne, una efusiva mujer de unos cuarenta y cinco años llamada Trixie Davenport, daba una gran fiesta en su dúplex de Lexington Avenue para celebrar el acontecimiento, y Ferguson, junto con casi todos sus conocidos, recibió una invitación para el jolgorio del sábado por la noche. Nunca se había sentido cómodo entre multitudes, la aglomeración de cuerpos embutidos en espacios cerrados solía marearlo y enmudecerlo, pero en cierto modo aquella noche fue diferente, quizá porque se alegraba por Billy después de todos los años que había dedicado a escribir su libro, o tal vez porque lo divertía ver a los desaliñados y míseros poetas y pintores del centro codeándose con los elegantes del East Side, pero ya fuera por una de esas razones o por las dos, estaba contento de encontrarse allí aquella noche, al lado de la bella Celia, un tanto intimidada, porque tampoco era una persona que se encontrara cómoda entre el gentío, y cuando Ferguson miró alrededor para inspeccionar la bulliciosa y atestada escena, vio a John Ashbery solo en un rincón, dando caladas a un Gitane, a Alex Katz bebiendo una copa de vino blanco, a Harry Mathews estrechando la mano de una alta pelirroja con un vestido azul, a Norman Bluhm riendo mientras hacía a un invitado una fingida llave de lucha libre, y allí estaba el atildado Noah con su pelo crespo en compañía de Vicki Tremain, voluptuosa y de pelo ensortijado, y allí estaba Howard hablando ni más ni menos que con Amy Schneiderman, que había ido a Nueva York a pasar el fin de semana, y diez minutos

después de Ferguson llegó Ron Pearson, abriéndose paso a codazos hacia él, y al momento siguiente Ron le pasaba el brazo por los hombros y lo sacaba de la estancia porque *quería hablar con él de un asunto*.

Subieron a la planta superior, recorrieron un pasillo, torcieron a la izquierda por otro pasillo y entraron en una habitación sin muebles que contenía unos dos mil libros y siete u ocho cuadros colgando de las paredes. *Un asunto* resultó ser una proposición comercial, si una empresa diminuta y destinada a no producir beneficios como Tumult Books pudiera denominarse comercial. Tal como Ron le explicó, el triunvirato a cargo de la gestión editorial había votado que se incluyera a Ferguson en el catálogo del año siguiente publicando sus tres títulos de Gizmo en un solo volumen. Según sus cálculos, saldrían 250 o 275 páginas, y dentro de ocho o nueve meses lo tendrían ya todo dispuesto. ¿Qué le parecía?

Pues no sé, contestó Ferguson. ¿Crees que esos libros son lo bastante buenos?

No estaríamos proponiéndotelo si pensáramos que son malos, repuso Ron. Por supuesto que son lo bastante buenos.

¿Y qué hay de Billy? ¿No tiene él que dar el visto bueno?

Ya lo ha hecho. A Billy le parece estupendo. Está de acuerdo con nosotros, y quiere que tú también lo estés.

Vaya tío. *Haré frente a mis problemas y con mi leal trabuco mataré a lameculos y mercaderes de remedios*. Nadie ha escrito nunca una frase tan genial como ésa.

También debo mencionar la cuestión del dinero.

¿Qué dinero?

Intentamos actuar como editores de verdad, Archie.

No entiendo.

Un contrato, un adelanto, derechos. Sin duda habrás oído hablar de esas cosas.

Vagamente. En otro mundo en el que casualmente no vivo.

Tres libros en un volumen, publicado en una edición de tres mil ejemplares. Pensábamos que un adelanto de dos mil dólares tendría una bonita resonancia asimétrica.

Déjate de bromas, Ron. Dos mil dólares serían mi salvación. Se acabó lo de pedir en las esquinas, nada de limosnas de gente que no puede permitirse soltar un centavo, se acabaron los sudores nocturnos. Dime que no me estás tomando el pelo, por favor.

Ron esbozó una de sus tenues y mínimas sonrisas y se sentó en una silla. El procedimiento habitual consiste en recibir la mitad a la firma del contrato, prosiguió, y la otra mitad a la publicación del libro, pero si necesitas toda la cantidad de una vez, seguro que podremos arreglarlo.

¿Cómo puedes estar tan seguro?

Porque, dijo Ron, señalando un Mondrian colgado en la pared de enfrente, Trixie puede hacer lo que le dé la gana.

Sí, contestó Ferguson, volviéndose a mirar el lienzo, supongo que sí.

Sólo queda por discutir una cosa. El título, un título general para los tres libros. No hay prisa, pero a Anne se le ocurrió uno en la reunión que nos pareció muy divertido. Tenía gracia, porque eres tan increíblemente joven que a veces nos preguntamos si aún llevas pañales.

Sólo por la noche, de día ya no los necesito.

El señor Calzones Pringosos ya va por ahí con ropa interior limpia.

La mayor parte del tiempo, en todo caso. ¿Y qué sugirió Anne?

Obras completas.

Ah. Sí, claro que es muy divertido, pero también..., ¿cuál es la palabra que busco...?, un poco *fúnebre*. Como si me hubieran embalsamado y estuviera a punto de emprender un viaje de ida al pretérito perfecto. Creo que preferiría algo más optimista.

Es tu libro. Tú eres quien tiene que decidir.

¿Qué tal *Prolusiones*?

¿Como en las obras tempranas de Milton?

Exacto. «Preludio o introducción a una composición literaria.»

Nosotros sabemos lo que significa ese término, pero ¿lo sabrán los demás?

Si no lo saben, que lo busquen.

Ron se quitó las gafas, limpió los cristales con un pañuelo y volvió a ponérselas. Después de un breve silencio, se encogió de hombros y dijo: Estoy contigo, Archie. Que lo busquen.

Ferguson volvió a la fiesta sintiéndose aturdido e ingrávido, como si ya no tuviera la cabeza unida al cuerpo. Cuando intentó dar la noticia a Celia, el estruendo de voces a su alrededor era tan fuerte que ni siquiera oía lo que le estaba diciendo. No importa, dijo Ferguson apretándole la mano y dándole un beso en el cuello, luego te lo contaré. Entonces miró a la multitud de gente congregada verticalmente en la habitación y vio que Howard y Amy seguían hablando entre sí, ahora muy próximos, apoyados el uno en el otro y enteramente absortos en la conversación, y mientras observaba cómo se miraban su hermanastra y su antiguo compañero de habitación se le ocurrió a Ferguson que podrían convertirse en pareja, que con Mona y Luther desaparecidos y ausentes sin duda para siempre de sus vidas, era lógico que Howard y Amy explorasen posibilidades, y qué curioso sería que Howard acabara introduciéndose en la enmarañada y confusa tribu de clanes y linajes superpuestos para convertirse en miembro honorario del grupo de vodevil itinerante de los Schneiderman-Adler-Ferguson-Marx, lo que trocaría a su amigo en cuñado extraoficial, y qué honor sería eso, dijo Ferguson para sí, dar a Howard la bienvenida al círculo de los más allegados y aconsejarle cómo debía agacharse cuando Amy empezara a tirarle galletas Necco a la cabeza, la extraordinaria Amy Schneiderman, la chica a la que había querido tanto que aún le dolía pensar en lo que podía haber ocurrido pero nunca ocurrió.

Tenía dinero suficiente para vivir un año, y durante los cinco primeros meses Ferguson logró arreglárselas ateniéndose al plan. Ahora sólo le interesaban cuatro cosas: escribir su libro, amar a Celia, querer a sus amigos e ir y venir al Brooklyn College. No era que hubiese dejado de prestar atención al mundo, pero el mundo ya no sólo se caía a pedazos, sino que estaba ardiendo, y la cuestión era: ¿qué hacer o dejar de hacer cuando el mundo era presa de un incendio y no se disponía del material necesario para apagar las llamas, cuando el fuego había prendido tanto dentro de ti como a tu alrededor, e hicieras lo que hicieses o dejaras de hacer no ibas

a cambiar nada con tus actos? Ceñirse al plan y escribir el libro. Ésa era la única respuesta que se le ocurría. Escribir el libro sustituyendo el incendio real por un fuego imaginario y esperar un resultado mejor que la simple insignificancia. En lo referente a la Ofensiva del Tet en Vietnam del Sur, sobre la renuncia de Lyndon Johnson a la reelección, en cuanto al asesinato de Martin Luther King: observar los hechos con todo cuidado, analizarlos con la mayor profundidad posible; pero aparte de eso, nada. No iba a ponerse a luchar en las barricadas, pero alentaría a quienes lo hicieran y luego volvería a su habitación a escribir el libro.

Comprendía lo delicada que era esa postura. La arrogancia que implicaba, el egoísmo, el error de pensar en *el arte por encima de todo*, pero si no se ceñía estrictamente a su argumento (que quizá no era tanto un argumento como un reflejo instintivo), se abandonaría a un argumento en contrario que postulara un mundo en donde los libros ya no serían necesarios, ¿y qué momento podría ser más importante para escribir libros que un año en que el mundo estaba en llamas... y uno se consumía en él?

Entonces vino el primero de los dos grandes golpes que se abatieron sobre él aquella primavera.

A las nueve de la noche del 6 de abril, dos días después del asesinato de Martin Luther King, cuando incendios reales ardían en la mitad de las ciudades de Estados Unidos, sonó el teléfono en el apartamento de Ferguson en la calle Ochenta y nueve Este. Un tal Allen Blumenthal quería hablar con Archie Ferguson, ¿y era Archie Ferguson la persona con la que estaba hablando ahora? Sí, dijo Ferguson, intentando recordar dónde había oído el nombre de Allen Blumenthal, que parecía sonarle tenuemente en algún remoto rincón de la memoria... Blumenthal... Blumenthal..., hasta que finalmente lo recordó de pronto: Allen Blumenthal, hijo de Ethel Blumenthal, la mujer con quien su padre se había casado hacía ya tres años, el hermanastro desconocido de Ferguson, dieciséis años en la fecha de la boda y por tanto diecinueve ahora, sólo dos años menor que Ferguson; la edad de Celia.

Sabes quién soy, ¿verdad?, preguntó Blumenthal.

Si eres el Allen Blumenthal que creo, contestó Ferguson, entonces eres mi hermanastro. *(Una pausa para que calara la magnitud de la palabra.)* Hola, hermanastro.

Blumenthal no se rio de la broma insulsa pero afectuosa de Ferguson, como tampoco perdió tiempo en andarse por las ramas, y fue directo al grano. A las siete de la mañana de aquel mismo día, antes de ir a trabajar, mientras jugaba un partido de tenis en una cancha cubierta del South Mountain Tennis Center con su amigo de la infancia Sam Brownstein, el padre de Ferguson cayó fulminado por un ataque al corazón. El funeral se celebraría pasado mañana en el templo B’nai Abraham de Newark, y Blumenthal llamaba en nombre de su madre para invitar a Ferguson al servicio fúnebre, que oficiaría el rabino Prinz, y después a que acompañara a la familia al cementerio de Woodbridge para el entierro, después de lo cual (si Ferguson así lo deseaba) podía reunirse con ellos en la casa de Maplewood. ¿Qué debía decir Blumenthal a su madre? ¿Sí o no?

Sí, dijo Ferguson. Por supuesto que asistiré.

Stanley era un tipo tan maravilloso, dijo el hermanastro desconocido mientras su

voz, trémula, cobraba otro registro. Todavía no me lo creo.

Ferguson oyó que a Blumenthal se le atascaba el aire en la garganta, y de pronto el muchacho rompió a sollozar...

Nada de lágrimas para Ferguson, sin embargo. Después de colgar el teléfono estuvo un buen rato sin sentir nada aparte de un enorme peso sobre la cabeza, un peñasco de diez toneladas que primero lo comprimió de la cabeza a los tobillos y la planta de los pies y luego volvió hacia arriba convertido en horror, en un horror que ascendía despacio por su cuerpo y le zumbaba en las venas, y después del horror, una invasión de oscuridad, sombras alrededor y dentro de él, y una voz en el cráneo que le decía que el mundo ya no era real.

Cincuenta y cuatro. Y no lo había visto ni de lejos desde aquel grotesco anuncio televisivo de dieciocho meses atrás. Precios nunca tan bajos, ánimos nunca tan altos. Figúrate: muerto a los cincuenta y cuatro.

Ni una sola vez en todos los años de conflicto y silencio había deseado Ferguson tal cosa ni imaginado que pudiera ocurrir. Su padre, que no fumaba ni bebía, siempre en forma y atlético, iba a vivir hasta muy avanzada edad y de una u otra forma, en algún momento de los decenios que habían de venir, Ferguson y él habrían encontrado el modo de purgar el rencor que había surgido entre los dos, pero tal suposición se basaba en la certeza de que aún tenían muchos años por delante, y de pronto ya no había más años, ni un solo día, ni una hora ni una fracción de segundo más.

Tres años de silencio ininterrumpido. Ésa era ahora la peor parte, esos tres años y la nula posibilidad de deshacer el silencio, ni despedidas en el lecho de muerte ni enfermedades premonitorias que lo preparasen para el golpe, y qué extraño que desde que firmó el contrato del libro hubiera estado pensando de nuevo en su padre (debido al dinero, sospechaba, como prueba de que en este mundo había gente dispuesta a darle dinero por el improductivo trabajo de escribir historias imaginarias), y durante el mes anterior Ferguson había llegado a considerar la posibilidad de enviar a su padre un ejemplar de *Prolusiones* cuando se publicara el volumen para que se enterase de que se las arreglaba él solo, de que le iba bien ateniéndose a sus propias condiciones, y también (quizá) como un gesto inicial de apertura que podría haber conducido a una futura reconciliación, preguntándose si su padre respondería o no, sin saber si lo tiraría a la basura o se sentaría a escribirle una carta, y si le contestaba, entonces enviarle otra para concertar una cita en cualquier parte y zanjar el asunto de una vez por todas, francos y abiertos el uno con el otro por primera vez, sin duda maldiciéndose y gritándose a lo largo de casi todo el encuentro, y siempre que Ferguson se proyectaba esa escena en la imaginación, en general todo acababa con un sangriento enfrentamiento a puñetazos, moliéndose a golpes el uno al otro hasta que los rendía el cansancio y ya no podían levantar los brazos. También podía ser que al final no le hubiera enviado el libro, pero al menos lo había pensado y seguramente eso querría decir algo, sin duda era una señal esperanzadora, porque hasta los puñetazos habrían sido mejor que el distanciamiento absoluto de los últimos tres años.

Yendo a la sinagoga. Yendo al cementerio. Yendo a la casa de Maplewood. Qué futilidad, qué inutilidad: conocer a Ethel y a sus hijos, descubrir que eran personas

reales con brazos y piernas y rostros y manos, la consternada viuda haciendo lo posible por mantenerse erguida a lo largo de la penosa prueba, no la persona fría de la fotografía de boda del *Star-Ledger* sino una mujer seria, sin pretensiones, que se había enamorado de su padre y casado con él, casi con seguridad una esposa paciente y comprensiva, en cierto sentido quizá mejor mujer para su padre que la independiente y acelerada Rose, y después de recibir un beso en la mejilla de la madre, estrechó la mano a Allen y Stephanie, que claramente habían querido a Stanley más que su hijo biológico, Allen acabando primer curso en Rutgers con idea de licenciarse en Económicas, lo que debió de complacer a su padre, un muchacho sensato con la cabeza en el mundo real a diferencia de su verdadero y decepcionante hijo, que en general vivía en la luna, y aparte de la segunda familia de su padre, Ferguson también se encontró con miembros de su primera familia, los tíos y tías de California, Joan y Millie, Arnold y Lew, a quienes no veía desde los primeros tiempos de su infancia, y lo que más le chocó de aquellos parientes perdidos de vista fue el curioso hecho de que si bien los hermanos no guardaban un parecido muy acusado, cada uno de ellos tenía a su manera una fuerte semejanza con su padre.

Por la razón que fuese, Ferguson se quedó en la casa más tiempo del debido, en el viejo Castillo del Silencio donde estuvo siete años confinado y donde escribió el relato sobre los zapatos, solo por lo general en un rincón del salón sin dirigirse mucho a las varias docenas de desconocidos que estaban presentes, ni queriendo estar allí ni deseando marcharse, recibiendo el pésame de diversos hombres y mujeres ya informados de que era el hijo de Stanley, dando las gracias con movimientos de cabeza, estrechando manos, pero aún anonadado para hacer otra cosa que asentir cuando le decían lo perplejos y conmocionados que estaban por la súbita y horrorosa muerte de su padre. Sus tíos y tías se marcharon pronto, el lloroso y alterado Sam Brownstein y su mujer, Peggy, se encaminaron a la salida, pero incluso después de que la mayoría de los asistentes desfilara por la puerta al final de la tarde, Ferguson seguía sin llamar a Dan para pedirle que fuera a recogerlo (pensaba pasar la noche en la casa de Woodhall Crescent), porque el motivo de quedarse hasta tan tarde, ahora lo comprendía, era esperar la ocasión de hablar con Ethel a solas, y cuando ella se le acercó un par de minutos después y le preguntó si podían ir a otro sitio para hablar en privado, se sintió aliviado al saber que había tenido la misma intención que él.

Fue una conversación triste, una de las más penosas en la historia de su vida hasta el momento, sentado con su desconocida madrastra en el rincón de la tele del recién reformado sótano mientras se comunicaban lo que sabían del enigma que había sido Stanley Ferguson, un hombre *casi inalcanzable* para Ethel, según reconoció, y cómo lo sentía Ferguson por aquella mujer, viéndola estremecida por las lágrimas, recobrando luego la compostura durante un rato para después venirse abajo de nuevo, qué mazazo, repetía, qué conmoción, un hombre de cincuenta y cuatro años estrellándose a toda velocidad contra un muro de muerte, el segundo marido que enterraba en nueve años, Ethel Blumberg, Ethel Blumenthal, Ethel Ferguson, durante dos decenios profesora de sexto grado en colegios públicos de Livingston, madre de Allen y Stephanie, y sí, era muy natural que lo adorasen porque Stanley se había portado sumamente bien con ellos, porque después de mucho estudiar el tema de Stanley Ferguson había llegado a la conclusión de que era generoso y amable con los

desconocidos pero cerrado e inescrutable con quienes debía tener más intimidad, su mujer y sus hijos, en este caso su único hijo, Archie, porque Allen y Stephanie no eran sino extraños para él, dos críos equivalentes al hijo y la hija de un primo lejano o del hombre que le lavaba el coche, y por eso le había resultado más fácil ser amable y generoso con ellos, pero y tú, Archie, preguntó Ethel, por qué se había creado tanto resentimiento entre vosotros dos a lo largo de los años, tanta amargura que Stanley me prohibió conocerte y no te invitó a nuestra boda, aunque insistía en que no tenía *nada contra ti* y prefería —para emplear sus propias palabras— *esperar a que todo pasara*.

Ferguson quería explicárselo, pero sabía que la dificultad estribaba en ahondar en los mil matices concretos del *largo y nebuloso enfrentamiento* que había durado la mayor parte de su vida, así que lo redujo todo a una declaración simple y comprensible:

Yo esperaba que él se pusiera en contacto conmigo, él esperaba que yo me pusiera en contacto con él, y antes de que cualquiera de los dos estuviera dispuesto a ceder, se acabó el tiempo.

Dos estúpidos testarudos, dijo Ethel.

Exacto. Dos estúpidos encerrados en su testarudez.

No se puede cambiar lo que ya no tiene remedio, Archie. Se acabó, y lo único que puedo decir es que no te atormentes por eso más de lo que ya te has atormentado. Tu padre era un hombre extraño, pero no cruel ni vengativo, y aunque te puso las cosas difíciles, creo que estaba de tu parte.

¿Cómo puedes saberlo?

Porque no te suprimió de su testamento. Por lo que a mí respecta, debía haber sido una cantidad más alta, pero según lo que me contó tu padre, no tienes interés en ser copropietario de una cadena de siete tiendas de electrodomésticos. ¿Es así?

Ninguno en absoluto.

Sigo convencida de que debía haberte dejado mucho más, pero cien mil dólares no está nada mal, ¿verdad?

Ferguson no supo qué decir, de modo que siguió sentado sin decir nada, contestando a la pregunta de Ethel con un movimiento negativo de cabeza, queriendo decir que no, cien mil dólares no estaba nada mal, aunque no sabía si lo iba a aceptar o no, y ahora que no había más que decir, Ethel y Ferguson volvieron a la planta baja, donde él llamó a su padrastro y le dijo que ya podía ir a recogerlo. Cuando el coche de Dan apareció quince minutos después frente a la casa, Ferguson estrechó la mano a Allen y Stephanie y se despidió de ellos, y cuando lo acompañó a la puerta, Ethel dijo al hijo de su marido muerto que el abogado, Kaminsky, lo llamaría dentro de un par de semanas para hablarle de la herencia, y luego Ferguson y Ethel se despidieron con un abrazo, un abrazo fuerte, fervoroso, lleno de solidaridad y afecto, prometiendo estar en contacto en lo sucesivo, aunque ambos eran conscientes de que no se verían nunca más.

En el coche, Ferguson encendió su decimocuarto Camel del día, abrió un poco la ventanilla y se volvió hacia Dan. *¿Qué tal estaba su madre?* Ésa fue la primera pregunta que formuló mientras iban de camino a Woodhall Crescent, la extraña pero necesaria pregunta sobre el estado de ánimo de su madre después de enterarse de que

su exmarido y compañero durante dieciocho años y padre de su hijo había dejado este mundo de forma brusca e inesperada, porque a pesar del tormentoso divorcio y el ininterrumpido silencio que había existido entre ellos desde entonces, debía de haber sido un duro golpe de todos modos.

La palabra *golpe* lo dice todo, contestó Dan. Lo que explica las lágrimas, creo yo, y el asombro y la pena. Pero eso fue hace dos días, y ahora ya lo ha asimilado más o menos. Ya sabes cómo son las cosas, Archie. Cuando una persona muere, se tienen sentimientos distintos hacia ella, por muchos conflictos que pudiera haber habido en el pasado.

O sea, dices que está bien.

No te preocupes. Antes de marcharme, me pidió que te preguntara si sabías algo del testamento de tu padre. Le vuelve a funcionar la cabeza, lo que quiere decir que se han acabado las lágrimas. *(Quitando por un momento la vista de la carretera para mirar a Ferguson.)* Está mucho más preocupada por ti que por ella misma. Igual que yo, dicho sea de paso.

En vez de hablar de la desazón e incertidumbre de su propio cerebro, Ferguson contó a Dan lo de los cien mil dólares. Suponía que la cifra de seis números lo impresionaría, pero el normalmente imperturbable y despreocupado Dan Schneiderman se quedó tan fresco. Para un hombre de la fortuna de Stanley Ferguson, le dijo, cien mil dólares era el mínimo estricto, y cualquier cifra inferior habría sido absolutamente *vejatoria*.

A pesar de todo, replicó Ferguson, era un enorme montón de dinero.

Sí, convino Dan, una verdadera montaña.

Ferguson explicó entonces que aún no había decidido lo que hacer con él, si quedárselo o regalarlo, y mientras lo pensaba quería que su madre y Dan se lo guardaran, y si mientras se decidía querían utilizar parte de él, podían hacerlo con total libertad, con su aprobación por anticipado.

No seas borrico, le dijo Dan. El dinero es tuyo, Archie. Mételo en tu cuenta y gástatelo... en lo que quieras. La guerra con tu padre ya ha terminado, y no tienes que seguir peleando después de su muerte.

Puede que tengas razón, pero la decisión debo tomarla yo, y todavía no lo tengo claro. Mientras, el dinero estará a buen recaudo con mi madre y contigo.

Vale, danos el dinero. Y cuando lo tengamos, lo primero que voy a hacer es extenderte un cheque por cinco mil dólares.

¿Por qué cinco mil?

Porque eso es lo que necesitas para vivir durante el verano y el último curso de universidad. Antes eran cuatro mil, ahora serán cinco mil. Habrás oído hablar de la inflación, ¿no? La guerra no sólo está matando gente, se está cargando nuestra economía.

Pero si decido no quedarme con el dinero, ya no serán cien mil, sino noventa y cinco mil.

Al cabo de un año, no. Actualmente el interés está al seis por ciento. Cuando te licencies, los noventa y cinco se habrán convertido en cien mil otra vez. Es lo que denominamos *dinero invisible*.

No sabía que fueras tan intrigante.

Yo no. El intrigante eres tú, Archie, pero a menos que yo no trame una pequeña intriga, seré incapaz de seguir tus pasos.

El siguiente gran golpe de aquella primavera fue perder a Celia.

Primera causa: Cuando la tía Mildred sacó a Ferguson de la casa en llamas y le encontró nuevo refugio en el Brooklyn College, había pasado un año desde que Celia y él se abrazaron y se atrevieron a darse el primer beso. De aquel beso brotó el amor, un gran amor que empequeñecía otros amores del pasado, pero en ese año Ferguson también se había enterado de lo complicado que podía ser amar a Celia. Cuando estaban los dos solos, Ferguson percibía que en general estaban en armonía, que eran capaces de superar las diferencias que a veces estallaban entre los dos con sólo quitarse la ropa y acostarse, y el vínculo de abundantes y lúbricas cópulas los mantenía unidos incluso cuando se enfrentaban por la cuestión de cómo vivir o de para qué vivían. Ferguson y Celia mantenían sólidas opiniones sobre los asuntos que más les interesaban, pero tales cuestiones solían ser diferentes en el sentido de que Ferguson se preparaba para un futuro artístico y Celia para un porvenir en el ámbito científico, y aunque ambos manifestaban que admiraban lo que el otro hacía (Ferguson no tenía duda de que a Celia le entusiasmaba su obra, Celia estaba segura de que a Ferguson le impresionaba *la gran inteligencia científica de ella*), no podían serlo todo el uno para el otro todo el tiempo.

Refutación: Una brecha entre ellos, pero no tan amplia como para frustrar sus combinados esfuerzos por salvarla. Celia leía libros, escuchaba música y le gustaba salir al cine y al teatro con Ferguson, y él estudiaba Biología aquel año porque necesitaba otra asignatura de ciencias para completar sus créditos, pero cursaba la asignatura de Biología por ella, para dominar los rudimentos del lenguaje que ella hablaba, y, tal como le explicó, para sumergirse más a fondo en su libro, que, según ambos comprendían, sólo podría escribirse penetrando en el reino noyesiano de los cuerpos físicos, los tejidos y los huesos de los cuerpos enfermos y sanos que Noyes llevaba tratando más de veinte años como médico. Aparte de ayudarlo en las tareas que le asignaban en su clase de Biología, Celia se encargó también de concertarle entrevistas con estudiantes de Medicina de Barnard y Columbia, con jóvenes residentes del hospital St. Luke, del Lenox Hill y el Columbia Presbyterian, además de una inestimable reunión de cuatro horas con el médico de cabecera de Celia desde la infancia, Gordon Edelman, de New Rochelle, hombre compacto de torso redondo que con toda calma ofreció a Ferguson un recorrido por la historia y hábitos diarios de su profesión, los dramas con que se había enfrentado a lo largo de los años, e incluso le habló durante un rato de la temprana muerte del hermano de Celia, explicándole que Artie *no presentaba* síntomas de aneurisma y por tanto no se le sometió a una angiografía, peligroso procedimiento que en 1961 era el único método de examinar un cerebro vivo, en contraposición al medio más fiable de analizar las partes de un cerebro muerto durante una autopsia. *No presentaba*. Es decir, nadie podía haber hecho nada, y sin embargo llegó el día en que se rompió el vaso sanguíneo y las dos palabras del doctor se convirtieron en cuatro que aportaban un sentido diferente: *Ya no estaba presente*.

Debido a la novela, Ferguson también realizaba el lóbrego pero necesario viaje

por la literatura del suicidio, y para seguir su ritmo Celia leía también alguno de aquellos libros, empezando con los ensayos y estudios filosóficos, sociológicos y psicológicos de Hume, Schopenhauer, Durkheim y Menninger, luego los numerosos relatos del pasado remoto y del presente cercano, Empédocles y su mítico salto a las llamas del Etna, Sócrates (cicuta), Marco Antonio (espada), el suicidio masivo de rebeldes judíos en Masada, la descripción de Plutarco del suicidio de Catón en *Vidas paralelas* (arrancándose las entrañas frente a su hijo, su médico y sus sirvientes), el desdichado joven superdotado Thomas Chatterton (arsénico), la poetisa rusa Marina Tsvietáieva (ahorcamiento), Hart Crane (saltando de un barco en el golfo de México), George Eastman (un balazo en el corazón), Hermann Göring (cianuro), y, lo que más venía al caso, las frases iniciales de *El mito de Sísifo*: «No hay más que un problema filosófico verdaderamente serio: el suicidio. Juzgar si la vida vale o no la pena vivirla equivale a responder a la pregunta fundamental de la filosofía».

F: ¿Qué te parece, Celia? ¿Tiene razón Camus o no?

C: La tiene, probablemente. Pero por otro lado...

F: Estoy de acuerdo contigo. Puede que la tenga, pero no necesariamente.

No lo eran todo el uno para el otro todo el tiempo, pero tenían cosas en común más que suficientes para que se lo tomaran en serio, quizá para que hicieran un intento digno y duradero, pero cuando empezó el curso sólo tenían dieciocho y veinte años, y una de las buenas cosas que compartían era la doble convicción de que el trabajo se anteponía al placer y que ninguno de los dos tenía aptitudes para la vida doméstica. Aunque el apartamento de Ferguson en la calle Ochenta y nueve Este era lo bastante grande para los dos, nunca se plantearon vivir juntos, no porque fuesen demasiado jóvenes para las exigencias de la cohabitación organizada sino porque, en esencia, eran individuos solitarios que necesitaban estar solos durante prolongados periodos de tiempo con objeto de realizar su tarea. Para Celia, eso significaba sus estudios en Barnard, donde destacaba no sólo en ciencias y matemáticas sino en todas las asignaturas, lo que la situaba firmemente en la categoría de alumna aplicada, una chica esforzada y obsesiva durante las veinticuatro horas del día que en su primer año se había juntado con otras cuatro chicas voluntariosas de Barnard y vivía en un piso grande, desagradable y sombrío de la calle Ciento once Oeste, en un apartamento al que ella se refería en broma como el Claustro de la Quietud Perpetua. Para Ferguson, los requerimientos de su trabajo no eran menos estrictos, la agotadora doble tarea de rendir lo más posible en el Brooklyn College al tiempo que intentaba escribir su novela, que precisamente por eso avanzaba despacio, pero otra buena cualidad de la obsesiva Celia era la profunda sintonía que mantenía con las obsesiones de él, y en varias ocasiones a lo largo de aquel año, los viernes, sábados y domingos que pensaban verse y Ferguson se encontraba de buena racha con su libro, ella no se molestaba cuando él la llamaba en el último momento para cancelar la cita, diciéndole que *siguiera adelante* y *escribiera hasta echar los bofes* y que no se preocupara. Aquello era el quid de la cuestión, el espíritu de camaradería que la distinguía de todas las que había conocido, porque no cabía duda de que con aquellas llamadas en el último momento se llevaba una decepción pero tenía agallas (fuerza de carácter) para disimularlo.

Segunda causa: En general, una armoniosa conjunción física e intelectual

cuando se encontraban los dos solos, pero siempre que salían y se mezclaban con otra gente, la vida se les complicaba. Aparte de las cuatro chicas con las que compartía piso, Celia tenía pocas amistades, quizá ninguna cercana, y por tanto la mayor parte de su vida social consistía en entrar y salir del mundo de Ferguson, que en general era un mundo extraño para ella, un mundo que intentaba entender pero no podía. No tenía problemas con la generación anterior y se sentía tratada con afecto por la madre y el padrastro de Ferguson, disfrutó en las dos cenas que tuvieron con la tía Mildred y el tío Don, pero Noah y Howard no le caían bien, Noah porque encontraba insoportables sus sarcásticas e incesantes bromas y Howard porque se sentía ofendida por su cortés indiferencia hacia ella. Se llevaba bien con Amy y con la mujer de Jim, Nancy, pero el círculo siempre creciente de amigos poetas y pintores de Ferguson la aburría y repelía en igual medida, y a Ferguson lo entristecía lo apagada que se mostraba cuando pasaban una velada con Billy y Joanna, que ahora mantenían con él la estrecha relación que suele tenerse con los parientes cercanos, una tristeza que se volvía culpa e irritación cuando veía cómo soportaba otra de sus largas divagaciones sobre poetas y escritores con Ron, Lewis o Anne, y menos aún comprendía ella por qué su noble y reflexivo Archie encontraba tan divertido ir al cine a ver horrorosas películas de Joan Crawford con Bo Jainard y su amigo Jack Ellerby, aquellos esbeltos y afectados chicos que a veces se besaban en la oscuridad del gallinero y nunca paraban de reír, todos se reían demasiado, decía ella, en aquella pandilla no había nadie que se tomara algo en serio, eran todos unos muertos de hambre desaliñados, desastrados e indisciplinados sin ningún objetivo salvo el de deambular por los márgenes de la vida y producir obras de arte que a nadie apetecía ver ni comprar, y sí, reconoció Ferguson, puede que fuera cierto, pero eran sus chicos y sus chicas, sus gallardos compañeros, marginados sin resentimientos, y como ninguno de ellos estaba enteramente hecho para este mundo, una carcajada de vez en cuando demostraba que hacían lo que podían dadas las circunstancias.

Refutación: A principios del nuevo año (1968), Ferguson comprendió que ya no podía imponer a Celia la compañía de sus dudosos camaradas, algunos de ellos homosexuales descarados, otros drogadictos y borrachos, otros con traumas emocionales y sometidos a tratamiento psiquiátrico, y aunque algunos estaban satisfactoriamente casados y eran padres de jóvenes criaturas, por mucho que intentaba atraerla a aquella pequeña sociedad de monomaniacos tocados de la cabeza, ella siempre se resistía, y en vez de seguir castigándola por el crimen de querer estar a su lado cuando él buscaba otras compañías, la absolvió de la obligación de estar con cualquiera que no fuese de su agrado. Ferguson sabía que no era un paso adelante, que alejándola de aquella parte de su vida abriría un espacio permanente entre ellos, pero no quería correr el riesgo de perderla, ¿y cómo iba a conservarla sino liberándola de aquellas desdichadas veladas con sus amigos?

La siguiente noche que Celia durmió en su apartamento, aprovechó algo que ella dijo y pasó a exponerle la cuestión de forma tan delicada como fue capaz. Estaban en la cama, compartiendo un Camel después de una hora ampliamente satisfactoria debajo y encima del edredón, hablando de cosas sin importancia o quizá no hablaban de nada (no llegaba a acordarse), tal vez sólo mirándose, como solían hacer en tales momentos, mutuamente llenos el uno del otro y sin embargo prolongando el instante

con el movimiento ascendente y descendente de sus manos por el cuerpo desnudo del otro, sin palabras salvo las de Ferguson al decirle lo bella que era, si es que realmente le decía eso, pero recordaba que Celia tenía los ojos cerrados y canturreaba, emitiendo un sonido poco melodioso que más parecía un suave ronroneo, la Celia lánguida, de largos brazos y piernas, la mujer pantera tendida a su lado y musitándole con voz gutural: Me encanta cuando estamos así, Archie. Solos los dos en nuestra isla con las olas de la ciudad rompiendo en la calle.

A mí también, dijo Ferguson. Por eso propongo una moratoria, una prohibición de tener contacto con el mundo exterior.

¿Estás diciendo que vamos a encerrarnos en esta habitación para no salir jamás?

No, podemos salir. Pero sólo nosotros dos. Se acabó lo de ir con más gente.

Me parece muy bien. ¿Qué me importa a mí la demás gente?

Sólo hay un problema. *(Pausa para dar una calada y pensar en cómo decirlo sin disgustarla.)* Tendremos que vernos menos a menudo.

¿Por qué tendríamos que hacer algo así?

Porque la gente que a ti no te importa no es la que no me importa a mí.

¿Y a qué gente nos estamos refiriendo?

A la que te he obligado a tragarte. Billy Best, Howard Small, Noah Marx, Bo Jainard..., toda la recua de impresentables.

No tengo nada contra ellos, Archie.

Puede que no, pero tampoco tienes nada a favor, y no veo por qué debes seguir aguantándolos.

¿Lo dices por ti o por mí?

Por los dos. Me fastidia verte con esas depres tuyas.

Sé que tratas de ser amable, pero crees que soy imbécil, ¿verdad? Una burguesa estúpida, convencional.

Exacto. Una chica con todo sobresalientes y una invitación a volver en verano a Woods Hole debe de ser imbécil y estúpida.

Pero son tus amigos. No quiero decepcionarte.

Son amigos míos, pero no hay ninguna obligación de que también sean amigos tuyos.

Es un poco triste, ¿no te parece?

En realidad, no. Sólo nuevos planes, nada más.

Me refiero a lo de *menos*, a lo de vernos menos a menudo.

Si la calidad de ese menos es mayor de lo que ahora tenemos, entonces menos compensará todas las horas deprimentes que me he pasado viéndote sufrir con esa gente, y menos acabará siendo mejor que más, de hecho, menos *será* más.

Establecieron un nuevo ritmo de sólo fines de semana, dos tardes y dos noches de cada fin de semana, o bien viernes y sábado, viernes y domingo o sábado y domingo, salvo por los raros viernes, sábados o domingos en que Ferguson llamaba para cancelar la cita en el último minuto, lo que le dejaba libertad para juntarse con un par de impresentables la noche del fin de semana que no pasaba con Celia, sin mencionar las noches entre semana que no estaba abrumado por las tareas de clase, una noche de cada cuatro para cenar con Billy y Joanna en su piso del edificio de enfrente, hablando de literatura, política, cine, pintura y deportes mientras se turnaban

jugando con la pequeña Molly, hija de un año de Billy Best, que era como su hermano mayor y había creído en él antes que nadie, su único amigo prosista en la pecera de poetas donde nadaba ahora, el único con oído para la prosa que podía seguir sus argumentos sobre por qué Flannery O'Connor y Grace Paley eran estilistas más audaces e imaginativas que Bellow, Updike o cualquier otro norteamericano aparte de Baldwin, quizá, y de esa forma Ferguson lograba no perder el contacto con Best, ni con Noah, ni con el trío de Tumult ni con cualquier otro amigo que necesitara para sentirse anclado al mundo. Sí, era un poco triste, tal como había dicho Celia, pero al cabo de un mes y luego otro de los nuevos planes, pensó que empezaban a ir mejor, a respirar con más normalidad porque había menos distracciones que afrontar y por tanto menos irritación, y sin embargo Ferguson también sabía que aún quedaba mucho por hacer, que el pequeño problema que había resuelto no era nada comparado con la enorme dificultad de ocultarle demasiadas cosas de sí mismo, y a menos que encontrara fuerzas para sincerarse con Celia y contarle todo lo que necesitaba saber de él, acabaría destrozando su futuro en común y todo terminaría en nada.

Tercera causa: Podría argumentarse que todo el asunto se había construido sobre una premisa falsa. No era que Ferguson hubiese mentido a Celia, pero había seguido ocultándole la verdad sobre la primacía de la muerte de Artie en la fórmula de «amor igual a justicia divina», y aunque creía haber superado en buena parte aquel problema cuando la pasada primavera los dos jugaron a lanzarse la pelota en Riverside Park, lo que a lo largo del verano dio paso a la variante del *wiffleball* en partidos con Celia, tanto en Woods Hole como en la granja de Vermont, sobre todo en las sombrías semanas anteriores al juicio cuando aquellos partidos festivos y alegres de uno contra uno le hacían olvidar por un momento el día de rendir cuentas ante el tribunal, todavía no le había dicho una palabra sobre la cuestión. Aquella fijación demencial, que ya duraba seis años, había llegado a su término, pero si ya estaba curado o había recobrado parcialmente la cordura, ¿por qué no se había armado de valor para contarle los sacrificios que se había impuesto en memoria de su fallecido gemelo A. F.? Porque tenía miedo. Porque temía que lo considerase un loco y ya no quisiera saber nada de él.

Aún peor, estaba la imposibilidad de hablarle de su *condición*, de revelarle el secreto de su nacimiento anormal como progenie de asno y yegua, el rebuznante borrico que en el verano de 1946 había montado una noche a una yegua fea en un establo de Nueva Jersey dejándola preñada de un mulo, Ferguson el Mulo Parlante, criatura incapaz de engendrar descendencia y que por tanto caía en la categoría de calamidad genética, y tan aplastante resultaba esa verdad para Ferguson, tan perniciosa para las fálicas certidumbres de su esencia masculina, que nunca se atrevió a transmitírsela a Celia, lo que significaba que le permitía practicar los inútiles ejercicios de tomar precauciones en materia de control de natalidad cada vez que se acostaban, sin sugerirle una sola vez que no tenía sentido que se pusiera el diafragma porque hacer el amor con él implicaba no tener que preocuparse nunca por quedarse embarazada.

Error inexcusable. Cobardía a tan gran escala que lo convirtió en lo único que había jurado no ser jamás: deshonesto.

Refutación: No cabía refutación. En la imaginación de Ferguson, sin embargo, la

posibilidad de que el doctor Brueler se hubiera equivocado de diagnóstico le daba esperanzas. A no ser que consultara a otro médico, lo inexcusable seguiría siendo excusable porque siempre quedaría la pequeña posibilidad de que el control de natalidad fuese necesario, y no quería que Celia conociese la vergonzosa verdad de su condición hasta que estuviera seguro al cien por cien. Lo único que tenía que hacer era ir a otro médico y someterse de nuevo a las pruebas; pero tenía miedo, mucho miedo de averiguarlo, y lo iba postergando una y otra vez.

Conclusión: Dos semanas y media después de la muerte de su padre, cuando el incendio de aquel momento propagaba sus llamas por el campus de Columbia, Celia se puso un brazalete verde y ayudó a la causa haciendo sándwiches para los estudiantes encerrados en los edificios, una de las varias docenas de voluntarias de la Brigada de la Zampa de Ferris Booth Hall. No el brazalete rojo de los activistas sino el verde de simpatizantes y partidarios, postura razonable para quien no se metía en política y dedicaba todas sus energías a estudiar sus asignaturas, pero Celia sí tenía opiniones políticas, y aunque no estuviera hecha para acciones de primera línea como montar barricadas y ocupar edificios universitarios, tales opiniones eran lo bastante fuertes para situarla en el bando de los estudiantes contra la administración, por muchos escrúpulos que tuviera contra las tácticas estudiantiles y por muchas veces que se encogiera al oír cien o quinientas voces gritando *¡Contra la pared, hijoputa!* Tal como Ferguson lo veía, Celia actuaba con arreglo a la Declaración de Derechos Federman, el mismo impulso que la había inducido a poner el dólar frente a aquel anciano en la cafetería automática a los dieciséis años, y ahora que tenía diecinueve, nada había cambiado. Celia lo llamó al apartamento la noche del 23, y mientras Ferguson la oía describir lo que había pasado en Columbia aquel día, la concentración a mediodía en torno al Reloj de Sol en medio del recinto universitario, el asalto a las obras del gimnasio en Morningside Park y luego la ocupación del Hamilton Hall por una coalición de SDS y SAS, estudiantes blancos y negros trabajando en concierto para cerrar la universidad, Ferguson soltó una carcajada, en parte suscitada por la sorpresa, imaginó, pero sobre todo de felicidad. Cuando colgó el teléfono, comprendió que no se reía tan a gusto desde antes de la noche en que cogió aquel mismo teléfono y habló con Allen Blumenthal.

A la una de la tarde del viernes (el 26), decidió interrumpir el trabajo de su novela durante el resto del día y cruzó la ciudad para ver lo que estaba pasando en Columbia. Era muy tarde para llamar a Celia, que sin duda estaría con sus compañeras preparando sándwiches en el comedor de Ferris Booth Hall, pero no sería difícil encontrarla, y en cuanto lograra alejarla de las bandejas de jamón, mortadela y paquetes de rebanadas de pan, darían un paseo juntos por el campus para ver lo que estaba ocurriendo. Cuando el autobús que cruzaba la ciudad iba por Madison Avenue, entabló consigo mismo la conversación que siempre parecía tener cuando se dirigía a Morningside Heights: ¿y si hubiera ido a Columbia en vez de a Princeton? Y en tal caso, ¿en qué habría sido su vida diferente de la que ahora llevaba? Nada de Brooklyn College, en primer lugar. Nada de calle Ochenta y nueve Este, en segundo lugar. Nada de interrumpir la película porno de su abuelo, en tercer lugar. Nada de diez mil dólares, ni Nagle ni Howard Small, lo que habría significado la inexistencia de la reyerta tabernaria en Vermont, ni juicio ni rescate milagroso a cargo de la tía

Mildred, ni partidos de tenis imaginarios ni idilio entre Howard y Amy, cuya pasión se había inflamado y por el momento no daba muestras de apagarse. Pero sí los tres libros con Gizmo, sin embargo, aunque el segundo y el tercero habrían sido un poco diferentes. Y los mismos papeles para Mary Donohue, Evie Monroe y Celia. Pero si hubiera ido a Columbia, ¿estaría en uno de los edificios ocupados con los demás estudiantes o la vida lo habría puesto en aquel mismo autobús a través de la ciudad que ahora pasaba por el borde septentrional de Central Park en su trayecto hacia Morningside Heights?

La situación había cambiado desde el 23. La alianza entre blancos y negros se había roto, pero se habían ocupado otros cuatro edificios, y daba la casualidad de que el presidente del SDS, reconocido dirigente de la rebelión, era un antiguo amigo de Ferguson del instituto, Mark Rudd. Sí, Mike Loeb también formaba parte de todo aquello —extorturador de Amy, ergo examigo de Ferguson—, pero según lo que había oído Celia, Loeb sólo era un miembro más del SDS que participaba en las asambleas del Mathematics Hall, mientras que Rudd estaba a cargo de todo, portavoz e instigador en jefe del SDS, y Ferguson siempre se había llevado bien con él, habían coincidido en muchas clases de inglés, francés e historia, habían salido juntos con sus novias de nombre casi idéntico, Dana y Diana, y habían hecho novillos un día para escaparse a Nueva York, donde fueron a la Bolsa de Wall Street para ver el *capitalismo en acción*, y cómo encajaba y qué adecuado y curioso era que Mark, que le había enseñado a conducir un coche de transmisión manual en la primavera de penúltimo de instituto, lo que había permitido a Ferguson manejar la furgoneta Chevy de Arnie Frazier y trabajar otro verano como transportista de objetos pesados y voluminosos, estuviera ahora dirigiendo una rebelión estudiantil y todos los días saliera su foto en los periódicos.

Pero al final, Ferguson no logró llegar a Columbia aquella tarde. El autobús número 4 hacía el recorrido entre el East y el West Side por la calle Ciento diez, alternativamente llamada Cathedral Parkway en las manzanas que mediaban entre Central Park West y Riverside Drive, y cuando el vehículo llegó a la esquina de Broadway con la Ciento diez, Ferguson se bajó y echó a andar en dirección norte hacia la calle Ciento dieciséis, donde estaba la universidad, con lo que primero tenía que pasar por la manzana donde vivía Celia, en la Ciento once Oeste entre Broadway y Amsterdam, y por extraño que pareciese, mientras iba por la Ciento once avanzando despacio hacia la siguiente esquina, Celia apareció inesperadamente ante su vista, Celia con una larga falda azul de vuelo y una blusa rosa, a una manzana de distancia frente a él y también en dirección norte, sin duda de camino a la improvisada cantina de Ferris Booth Hall. El hecho de que Celia no fuese sola no lo inquietó, aunque la persona que la acompañaba no era una de sus compañeras de piso de Barnard sino un hombre, un chico de veintidós años llamado Richard Smolen, a quien Ferguson conocía por haber sido uno de los estudiantes de Medicina de Columbia con quienes había hablado en octubre cuando Celia le concertaba entrevistas para ayudarlo a escribir la novela, y como Smolen era de New Rochelle y había jugado de muchacho con Artie, Celia lo conocía de toda la vida, ¿y por qué iba Ferguson a sentir celos o aprensión al descubrir que Celia caminaba hacia la parte norte de la ciudad con un viejo amigo? Avivó el paso para alcanzarlos, pero antes de

que llegara a la distancia suficiente para llamarlos con un grito, Celia y Richard Smolen se detuvieron en medio de la acera, se abrazaron y empezaron a besarse. Era un beso apasionado, prolongado, un beso lujurioso de puro e incontrolable deseo, y por lo que Ferguson podía deducir a menos de seis metros de donde se estaban abrazando, era un beso de amor.

Si era amor, sólo cabía suponer que acababan de salir del piso de Celia, en donde habrían pasado a saber cuántas horas revolcándose en su cama, y ahora que estaban otra vez vestidos y caminaban en dirección norte hacia Columbia para preparar sándwiches a los estudiantes que ocupaban los edificios, el arrebol de su libidinoso desenfreno refulgía de forma tan luminosa que ni uno ni otro podían mantener las manos quietas y aún seguían ansiosos de más.

Ferguson dio media vuelta y echó a caminar en dirección sur.

Epílogo: Él no la llamó, y ella no lo llamó hasta el lunes; para decirle lo de Smolen (que para Ferguson ya no eran noticias frescas) y para cortar con él. Un fin de semana silencioso, durante el cual concluyó que el culpable del desastre era él y que Smolen no era tanto el causante de sus problemas como uno de sus síntomas, y al no haber sido franco con ella desde el principio merecía que le dieran la patada. La preciosa Celia. Celia y los múltiples delirios de acariciarla y estrechar su cuerpo fundido con el suyo. Pero la sexualidad no era suficiente. Parecía inconcebible haber llegado a esa conclusión, pero las relaciones sexuales no bastaban, y algo no marchaba bien en casi todo lo demás que había entre ellos. Se había esforzado en quererla, pero lo único que había querido era la idea de quererla, y aquello no era amor sino una especie de burda e imperdonable estupidez, que se vaya entonces con su guapo estudiante de Medicina, dijo para sí, que vuelva con su futuro especialista del corazón y actual corazoncito a la vorágine de Columbia, porque el fuego seguía propagándose y había llegado el momento de que Ferguson la dejara escapar de su vida para que se dirigiera a otro sitio sin él.

A lo largo de los meses siguientes, ningún otro personaje central de la *Historia de Ferguson* se desplomó en una pista de tenis ni en ninguna otra parte, y tampoco se encontraron ni perdieron otros amores, ni se contemplaron siquiera. Un monótono, lento verano con su novela mientras escribía la segunda y última parte, encerrado en su pequeño apartamento la mayor parte del día sin ver a nadie salvo a Billy y Joanna en el edificio de enfrente y a Noah, que estaba en la ciudad trabajando de actor en su primera película profesional, pero Noah estaba tan ocupado como exhausto y tenía poco tiempo para verlo salvo los fines de semana. Todos los demás se habían ido, alojándose en chalés de la familia o en cabañas alquiladas en Nueva Inglaterra y al norte del estado de Nueva York o siguiendo la pista del bajo presupuesto por diversas ciudades y países de Europa occidental. Como siempre, Howard estaba en la granja de sus tíos en Vermont, pero esta vez lo acompañaba Amy, y los dos ya estaban haciendo planes para después de la universidad, a sólo un año vista, y suponiendo que Howard se las arreglara para evitar el reclutamiento, ambos pensaban cursar el doctorado, Howard en Filosofía y Amy en Historia de Estados Unidos, y para ellos el sitio ideal era Columbia, podían vivir juntos en un apartamento en Morningside Heights y convertirse en ciudadanos de Nueva York. Una y otra vez, Howard y Amy

invitaron a Ferguson a que fuera a verlos a Vermont, y una y otra vez Ferguson se inventó una excusa para no hacer el viaje. Vermont era un lugar angustioso para él, decía, y aún no sabía si se encontraba preparado para volver allí, o bien estaba demasiado enfrascado en la novela para pensar en salir de Nueva York, o había pillado un catarro de verano y el viaje no le sentaría bien, pero aunque dijera esas cosas (ciertas en parte), la verdad subyacente era que, ahora que había perdido a Celia, Amy volvía a estar en su pensamiento, la eternamente perdida y amada Amy que nunca lo había querido y nunca lo querría, y contemplar el espectáculo de su felicidad con su cuñado extraoficial era más de lo que podía soportar por entonces. No era que en el verano hubiese dejado de pensar en Celia, pero no le venía a la cabeza con la frecuencia que había anticipado, y cuando el primer mes de calor dio paso al segundo, casi empezaba a alegrarse de que ya no estuvieran juntos, como si se hubiera roto un encantamiento y hubiese vuelto a ser él mismo y no una versión inventada o ilusoria de su persona, mientras que Artie volvía a estar con él en el calor del verano, la muerte de Artie y la muerte de su padre, aquéllos eran los recuerdos en los que más se detenía cuando, sentado en su pequeña y calurosa habitación, sudaba sangre para encontrar las palabras de su libro, y una vez que el asunto de la herencia quedó arreglado a finales de abril (no un legado normal, según resultó, sino fondos de una póliza de seguro de vida que sorteaba la obligación de pagar impuestos), había recibido los cinco mil dólares de Dan y ahora veía con malsano asombro cómo los noventa y cinco mil volvían mes a mes a ser los cien mil del principio. Dinero invisible, había dicho Dan. Ferguson lo denominaba *dinero fantasma*.

Estaba escribiendo un libro sobre la muerte, y algunos días tenía la impresión de que aquello iba a acabar con él. Cada frase era una lucha, cada palabra de cada frase podía haber sido otra palabra diferente, y al igual que con todas las demás cosas que había escrito en los últimos tres años, desechaba más o menos cuatro páginas por cada una que retenía. Con todo, a principios de verano ya tenía acabadas ciento veintidós páginas y había contado la mitad de la historia. Una plaga de suicidios que ya llega a su tercer mes, periodo durante el cual la ciudad de R. ha enterrado a veintiuno de sus hijos, cifra alarmante en una ciudad provinciana de noventa y cuatro mil habitantes, y el doctor Noyes ha estado en el centro de todo junto con dos docenas de colegas médicos, una docena de psiquiatras y cerca de treinta sacerdotes y ministros para prevenir el siguiente suicidio, pero a pesar de su inmenso esfuerzo colectivo, lo que implica largas entrevistas y sesiones de orientación con todos los jóvenes de la ciudad, nada aporta la menor ayuda, y a estas alturas el médico se pregunta si las incontables horas que están dedicando a acabar con el flagelo no habrán hecho más que prolongarlo, si aislar el problema y ofrecerlo a la mirada del público un mes tras otro no mantiene vivo el problema en lugar de resolverlo, tentando de ese modo a los más vulnerables a resolver su propia situación de una forma en la que quizá no hubieran pensado por sí solos, y así los hijos de R. seguían suicidándose como antes, y poco a poco el sólido doctor Noyes empezaba a desquiciarse. Ahí fue donde lo dejó cuando hizo los exámenes finales y redactó sus trabajos de fin de semestre en junio, y durante las primeras semanas del verano, mientras volvía a tientas a la narración, ya sabía cómo acabar, pero por útil que fuese saberlo, conocer el final no era lo mismo que escribirlo, y de nada serviría llegar a

término a menos que lograra hacerlo bien. Los problemas que afrontaban los jóvenes de la ciudad de Noyes son a la vez eternos y del momento, una combinación de destino biológico y hechos históricos contingentes. Los trastornos adolescentes del primer amor y del amor roto, el miedo cotidiano a la exclusión del rebaño, el temor al embarazo, el trauma del embarazo real y la maternidad antes de tiempo, la emoción del exceso (conducir muy deprisa, beber demasiado), hastío, desprecio a los padres, a los adultos y a todo el que mande, melancolía, soledad y el dolor del mundo *(Weltschmerz)* pesando en el corazón incluso cuando los baña la luz del sol —los antiguos y sempiternos tormentos de ser joven—, pero para los que están en mayor situación de riesgo, los muchachos de diecisiete y dieciocho años, la amenaza de Vietnam pende sobre ellos en cuanto terminan los estudios secundarios, la indiscutible realidad del momento en Estados Unidos, porque pocos bachilleres van a la universidad procedentes de la ciudad obrera de R., donde el final del instituto significa el comienzo de la vida adulta, y ahora que a lo largo de los últimos tres años sesenta y cuatro ataúdes con los cadáveres de otros tantos soldados estadounidenses se han enviado de vuelta a casa y enterrado en los cementerios de la localidad, ahora que los mutilados y ciegos hermanos mayores de esos muchachos han acabado en los pabellones del hospital de Veteranos en la cercana W., el fervor patriótico que recorrió R. en el verano de 1965 se ha convertido en repugnancia y miedo en la primavera de 1968, y la guerra que el gobierno norteamericano está librando en el otro extremo del mundo ya no es un conflicto en el que alguno de esos chicos esté dispuesto a combatir. Morir por nada como sus hermanos, como sus primos, como los hermanos de sus amigos, parece una burla a la vida misma, ¿y para qué han nacido?, se preguntan a sí mismos, ¿y qué hacen en esta tierra si no es dar su vida por nada incluso antes de haber empezado a vivir? Unos se mutilan a sí mismos arrancándose de un tiro algún dedo de las manos y los pies para no pasar el reconocimiento médico, pero otros prefieren la solución menos sangrienta de suicidarse asfixiándose con los gases del motor en marcha del coche de sus padres en el garaje cerrado con llave, y alguna que otra vez, si por casualidad el muchacho tiene novia, la chica y el chico permanecen juntos en el vehículo, estrechamente abrazados mientras los gases van cumpliendo poco a poco su cometido. Al principio, Noyes se queda horrorizado por esas muertes inútiles y hace lo posible por impedirlas, pero a medida que pasa el tiempo sus pensamientos empiezan a ir en otra dirección, y hacia el cuarto o quinto mes él mismo se contagia de la infección. Lo que Ferguson se proponía hacer después con la historia era seguir a Noyes por los diversos pasos que lo conducirán a quitarse la vida al final del libro, la enorme simpatía que siente por los jóvenes a su cargo, las conversaciones con más de doscientos cincuenta chicos y chicas que lo convencen de que la ciudad no está sufriendo una crisis sanitaria sino una crisis espiritual, que la cuestión no es la muerte ni el deseo de morir sino la pérdida de esperanza en el futuro, y una vez que Noyes comprende que todos están viviendo en un mundo sin esperanza, Ferguson, de acuerdo con sus planes, lo sitúa en compañía de una integrante del grupo de jóvenes a los que ha venido orientando durante los últimos meses, una chica de diecisiete años llamada Lily McNamara, cuyo hermano gemelo, Harold, ya se ha suicidado, y el doctor Noyes, que no está casado y no tiene hijos, se llevará a Lily a su casa durante una semana, un mes o medio año para intentar que la

sencilla, obcecada e incoherente muchacha abandone sus fúnebres ideas. Será su última batalla, un último esfuerzo para desechar su propio deseo de sucumbir, y cuando no consigue devolverla a la vida, la seguirá al interior del garaje, cerrará puertas y ventanas y luego se meterá en el coche con ella y girará la llave de contacto...

Setenta y cuatro páginas escritas y corregidas poco a poco entre mediados de junio y mediados de septiembre, y dos semanas después de empezar a hacer de nuevo el trayecto de ida y vuelta a Brooklyn en metro, Tumult Books publicó sus obras completas. Después de un verano tan duro, *Prolusiones* brotó de la tierra de forma tan inesperada como el primer azafrán a principios de primavera. Un destello violeta reventando entre el barro y la nieve ennegrecida sobre el suelo congelado, una bella punzada de color en un mundo desteñido, porque la sobrecubierta de *Prolusiones* era efectivamente morada, del matiz morado que se denomina malva, el color que Ferguson y Ron habían elegido entre otras muchas posibilidades, una cubierta de austero diseño tipográfico con su nombre y el título en negro enmarcado en un tenue rectángulo blanco, un guiño a las cubiertas de la francesa Gallimard, elegante, muy fina, pensaba Ferguson, y cuando tuvo un ejemplar del libro en las manos por primera vez experimentó algo para lo que no estaba preparado: un fogonazo de exaltación. No muy diferente del que había sentido al conseguir la beca Walt Whitman, pensó, pero con una diferencia: le habían quitado la beca, pero el libro siempre sería suyo, aunque no lo leyeran más que diecisiete personas.

Hubo críticas. Por primera vez en la vida le dieron besos y bofetadas en público, trece veces en los cuatro meses siguientes según sus cuentas, recensiones largas, breves y de mediana extensión en periódicos, revistas y publicaciones literarias, cinco satisfactorios besos con lengua, una amistosa palmadita en la espalda, tres puñetazos en la cara, un rodillazo en los huevos, un fusilamiento a cargo de un pelotón de ejecución y dos ni fu ni fa. Ferguson era a la vez un genio y un idiota, a la vez un chico superdotado y un zopenco altanero, simultáneamente lo mejor y lo peor del año, rebosante de talento al tiempo que enteramente desprovisto de cualidades. Nada había cambiado desde la controversia de Hank-Frank con la señora Baldwin y las opiniones opuestas de la tía Mildred y el tío Don de hacía medio siglo, el tira y afloja de lo positivo y lo negativo, el interminable callejón sin salida en las salas del tribunal, pero por mucho que intentara no hacer caso de lo bueno ni de lo malo que de él se decía, Ferguson debía reconocer que los aguijones seguían escociendo mucho una vez disipado el efecto de los besos, que era más difícil olvidar los ataques que se le dirigían como «hippie frenético y desquiciado que no cree en la literatura y pretende destruirla» que recordar las alabanzas que lo reconocían como «otro chico prometedor que anda por aquí». A tomar por culo, dijo para sí mientras archivaba las críticas en el cajón inferior del escritorio. En caso de que volviera a publicar otro libro, se taponaría los oídos con cera, se vendaría los ojos, se ataría al mástil de un barco y aguantaría la tormenta hasta que las sirenas ya no pudieran alcanzarlo.

No mucho después de salir el libro, Mary Donohue volvió a entrar en escena. Celia llevaba cinco meses desaparecida, y el solitario Ferguson, sediento de actividad sexual, estaba más que interesado en oír de labios de Joanna que su hermana acababa de romper con su novio de los últimos dieciocho meses, y si Ferguson deseaba volver

a ver a Mary, Joanna estaría encantada de invitarlos a cenar a los dos una noche dentro de unos días o unas semanas. Mary ya había acabado en Michigan y estaba otra vez en Nueva York estudiando Derecho en la NYU, entre seis y nueve kilos más delgada, según Joanna, y se lo preguntaba porque Mary se lo había preguntado a ella, y si Ferguson estaba dispuesto, por lo visto Mary también lo estaría, y así fue como Ferguson y Mary empezaron a salir juntos de nuevo, es decir, empezaron a acostarse otra vez como en los viejos tiempos del verano de 1966, y no, no era amor, nunca lo sería, pero en cierto modo era aún mejor que amor, amistad, pura y simple amistad, con enormes cantidades de admiración por ambas partes, y tan profundamente había llegado Ferguson a confiar en Mary hacia el segundo mes de su segunda aventura amorosa, que fue a quien eligió para desahogarse sobre Celia, sincerándose por primera vez sobre el tema de Artie, la cuestión del béisbol y el vergonzoso asunto del diafragma, diciéndole que nunca había sido capaz de contárselo a nadie, y cuando llegó con paso firme al final de aquella desdichada historia de silencio y falsedad, apartó la cabeza, miró a la pared y dijo: ¿Qué es lo que me pasa?

Que eras joven, repuso Mary. Eso es lo único que te pasa. Eras joven, y pensabas como un joven sin desarrollar de corazón generoso y un idealismo juvenil excesivamente desarrollado. Ahora ya no lo eres tanto y piensas de otra manera.

¿Eso es todo?

Eso es todo. Aparte de lo otro, que no tiene nada que ver con ser joven. Tendrías que habérselo dicho, Archie. Lo que hiciste fue..., ¿cómo decirlo sin herir tus sentimientos...?

Reprensible.

Sí, ésa es la palabra. Reprensible.

Quería casarme con ella, ya sabes, o al menos creí que quería casarme con ella, y si le hubiera dicho que no puedo engendrar hijos, probablemente me habría rechazado.

Aun así. Estuvo mal que no le dijeras nada.

Bueno, pero te lo he dicho a ti, ¿no?

Conmigo no es lo mismo.

¿Ah? ¿Y por qué?

Porque no quieres casarte conmigo.

¿Quién sabe si quiero o no quiero? ¿Quién sabe si tú quieres o no? ¿Quién sabe algo?

Mary se echó a reír.

Al menos ahora puedes dejar de tomar la píldora, continuó Ferguson.

No eres el único hombre de Nueva York, ¿sabes? ¿Qué pasa si una noche doy un traspié, me choco con el *Señor Magnífico* y caigo profundamente enamorada?

Pues no me lo cuentes, es lo único que te pido.

Entretanto, Archie, deberías ir a otro médico. Sólo para estar seguro.

Lo sé, dijo Ferguson, sé que debo hacerlo y lo haré, un día de éstos, por supuesto que lo haré, dentro de unos días, lo prometo.

1969 fue el año de los siete enigmas, las ocho bombas, los catorce rechazos, los dos huesos rotos, el número doscientos sesenta y tres y la historia que cambia la vida.

1) Cuatro días después de que Richard Nixon tomara posesión de su cargo como trigésimo séptimo presidente de Estados Unidos, Ferguson escribió la última frase de *La capital de las ruinas*. Había acabado el primer borrador, largamente trabajado, revisado para entonces tantas veces que probablemente podría haberse enumerado como noveno o décimo borrador, pero Ferguson seguía sin estar contento con el manuscrito, no plenamente satisfecho en cualquier caso, con la impresión de que requería más trabajo antes de declararlo terminado, de modo que aún retuvo el libro cuatro meses más, retocando y refinando, recortando y añadiendo, sustituyendo palabras y puliendo frases, y cuando se sentó a pasar a máquina la versión definitiva a primeros de junio, estaba en plenos exámenes finales en el Brooklyn College y casi a punto de licenciarse.

Sólo había una editorial que Ferguson conociera, sólo una editorial en la que quisiera publicar, y ahora que había terminado la novela, qué agradable sería entregar el manuscrito a sus amigos de Tumult Books, que una y otra vez le habían dicho que *siempre* seguirían publicando su obra. Pero las cosas habían cambiado en los últimos meses, y la joven empresa aún en periodo de desarrollo que había sacado doce libros desde su fundación en el verano de 1967, se encontraba al borde de la extinción. La dos veces casada Trixie Davenport, la única patrocinadora de la pequeña aunque no invisible editorial, se había casado en abril por tercera vez, y su flamante marido, Victor Krantz, que al parecer carecía de ocupación manifiesta más allá de gestionar las inversiones de Trixie, no era un amante de las artes (con excepción de las obras producidas por pintores ya fallecidos como Mondrian y Kandinski) y aconsejó al ángel de Tumult Books que dejara de tirar el dinero en «causas inútiles» como aquella editorial. Así pues, echaron el cierre. Se cancelaron los contratos para libros futuros, había que liquidar los ejemplares sin distribuir a librerías o almacenados en los locales de la distribuidora, y los restos que quedaran se reducirían a pulpa. A los nueve meses de su publicación, *Prolusiones* había vendido 806 ejemplares. No muchos, quizá, pero buenos resultados para los criterios de Tumult, el cuarto éxito de librería del catálogo después del libro de poemas eróticos de Anne (1.486), *Cabezas abatidas* de Billy (1.141) y los diarios subidos de tono de Bo sobre la vida homosexual en el bajo Manhattan después de oscurecer (966). A finales de mayo, Ferguson compró cien ejemplares de su libro por dos dólares cada uno, guardó las cajas en el sótano de la casa de Woodhall Crescent y volvió a Nueva York aquella misma tarde para asistir a una concurrida fiesta en el apartamento de Billy, donde todos los que habían colaborado con Tumult Books junto con sus esposas, maridos, novias y novios se reunieron para maldecir el nombre de Victor Krantz y pillar una buena cogorza. Aún más triste, ahora que Joanna estaba embarazada otra vez y Billy trabajaba de mozo de cuerda para llevar dinero a casa, llegó el inevitable momento en medio de la reunión en que Billy se subió a una silla y anunció el final de Gizmo Press, pero al menos, dijo Billy dando gritos de borracho mientras las venas se le hinchaban en el cuello, ¡al menos voy a seguir hasta que haya publicado todos los libros y folletos que he prometido, porque soy *una persona que cumple sus compromisos*!, mordaz referencia al cierre de Tumult, y todos aplaudieron y alabaron a Billy por ser un *hombre de palabra* mientras Joanna permanecía a su lado con lágrimas corriéndole por las mejillas y Mary rodeaba los hombros de su hermana con

el brazo, y cuando Mary sacó un pañuelo y empezó a enjugar las lágrimas de Joanna, Ferguson, que estaba cerca observando la escena con atención, la quiso por aquel gesto.

Por consejo de Billy, Ferguson se buscó una agente literaria para que se ocupara de la cuestión de encontrarle una nueva editorial. Se llamaba Lynn Eberhardt, y no hace falta decir que también era la agente de Billy (no porque hubiera terminado otro libro sino porque, ahora que Tumult había dejado de respirar, ella esperaba que una editorial de libros de bolsillo contratara *Cabezas abatidas*), y a Ferguson lo animó su reacción a *La capital de las ruinas*, que ella calificó de brillante *novela contra la guerra* en la carta que le escribió aceptándolo como cliente, y luego, dos días después y por teléfono, la describió como *una película de Bergman trasplantada a Norteamérica y traducida a palabras*. Ferguson albergaba sentimientos contradictorios hacia los films de Bergman (unos le gustaban y otros no), pero comprendió que Lynn lo consideraba un gran cumplido y le agradeció su generosa observación. Lynn era joven y entusiasta, una mujer menuda, bonita, de pelo rubio y brillantes labios pintados que apenas un año antes se había establecido por cuenta propia, y como agente joven e independiente sin clientes antiguos en su cartera, se había propuesto encontrar a los mejores autores de la nueva generación, y a los veintidós años y tres meses de edad, Ferguson no era nada sino joven. Entonces envió el manuscrito a las editoriales neoyorquinas de su lista y empezaron a llegar rechazos, uno detrás de otro. No se trataba de que las editoriales pensaran que el libro era malo, impropio o no diera muestras de lo que una de ellas calificó de «notable talento», pero la valoración unánime era que *La capital de las ruinas* tenía un carácter tan *poco comercial* que aunque pagaran cincuenta dólares de adelanto o incluso sin pagar adelanto alguno, les resultaría muy difícil recuperar los costes de edición. Hacia finales de año, después de transitar por los departamentos de correo y despachos de catorce editoriales, el manuscrito había recibido catorce cartas de rechazo.

Catorce puñetazos directos, y hasta el último dolió.

No te preocupes, dijo Lynn. Ya se me ocurrirá algo.

2) A primeros de junio, los cuatro miembros más jóvenes del intrincado clan se licenciaron en sus respectivas universidades, Amy en Brandeis, Howard en Princeton, Noah en NYU y Ferguson en su retiro campestre cerca de la estación de metro de Flatbush en Midwood, y ahora que la ceremonia de graduación había concluido, los cuatro emprendieron sus respectivos viajes hacia el futuro.

Después de pasar la mayor parte de la adolescencia y toda su juventud preparándose para una vida en el cine, Noah dejó pasmados a Ferguson y los demás cambiando de rumbo y declarando su intención de seguir haciendo teatro por el momento. Actuar en el cine era cosa de idiotas, afirmó, una farsa mecanizada a base de parar y volver a empezar que no tenía comparación con la verdadera farsa de representar frente a un auditorio en directo sin volver a filmar y sin las tijeras del montador que te salvaran el pellejo. Había dirigido tres cortos y había actuado en otros tres, pero ahora estaba diciendo adiós al celuloide y pensaba estudiar interpretación en tres dimensiones y dirección en la Escuela de Arte Dramático de Yale. ¿Por qué seguir estudiando?, le preguntó Ferguson. Porque necesito más formación, contestó Noah, pero si veo que no me hace falta, dejaré los cursos,

volveré a Nueva York y me iré a vivir contigo. Es un sitio extremadamente pequeño, dijo Ferguson. Ya lo sé, repuso Noah, pero no te importará dormir en el suelo, ¿verdad?

Más estudios para Noah, inesperadamente, y más estudios para Amy y Howard, tal como habían planeado y prometido. En Columbia los dos, junto con los esplendores de la vida conyugal sin estar casados mientras Amy hacía su doctorado en Historia de Estados Unidos, pero Howard había dejado la filosofía y estudiaría Clásicas, con lo que podría ahondar aún más en las sentencias aforísticas de los presocráticos sin perder tiempo con las sandeces analíticas anglonorteamericanas tan en boga en aquel momento. Wittgenstein sí, pero Quine le daba dolor de cabeza, declaró, leer a Strawson era como mascar cristales. Ferguson entendía lo mucho que Howard adoraba a los antiguos griegos (el influjo de Nagle había sido profundo, más duradero en Howard que en él), pero Ferguson no dejaba de sentirse algo decepcionado por la decisión de su amigo, porque a él le parecía evidente que Howard estaba más dotado para el arte que para la erudición y deseaba que siguiera adelante con sus plumas y lápices para intentar ganarse la vida con los dibujos, con aquella mano aún más diestra que la profesional del padre de Amy, y después de las cubiertas que había diseñado para Billy y las viñetas que había publicado en el *Princeton Tiger* y los divertidísimos partidos de tenis y las docenas de otras maravillas que había producido con toda rapidez a lo largo de los años, Ferguson se encaró al fin con Howard y le preguntó por qué iba a estudiar en vez de a dibujar. Porque, le contestó su antiguo compañero de cuarto, dibujar me resulta muy fácil, y nunca voy a ser mejor de lo que soy ahora. Busco algo que ponga a prueba mis capacidades, una disciplina que me impulse más allá de donde creo que puedo llegar. ¿Te parece que tiene sentido eso, Archie? Sí, tenía sentido, quizá un montón de sentido, pero Ferguson seguía decepcionado.

En cuanto al propio Ferguson, nunca se había planteado seguir estudiando. Ya estaba bien, anunció a los demás miembros del clan, y en cierto momento de aquella primavera encontró empleo, precisamente la especie de ocupación que su padre no habría aprobado, un trabajo que sin duda lo haría removerse en la tumba, pero el padre de Fritz Mangini, el amigo de Ferguson más inteligente y digno de confianza del Brooklyn College, era contratista de obras y uno de los servicios que ofrecía era pintar casas, y cuando Fritz dijo a Ferguson que su padre buscaba otro pintor que trabajara en su empresa aquel verano, Ferguson se reunió con el señor Mangini en su oficina de Desbrosses Street, en el bajo Manhattan, y quedó contratado. No era un empleo normal de cinco días semanales como los demás sino a base de trabajos puntuales con pausas entre medias, lo que, bien considerado, le venía estupendamente, trabajar una semana o dos y luego otro par de semanas sin dar golpe, ganando dinero suficiente para comer y pagar el alquiler durante los periodos de holganza. Ahora que se había licenciado, era por tanto escritor y pintor de brocha gorda, pero como acababa de terminar su primera novela y aún no se encontraba preparado para empezar otra cosa (estaba intelectualmente agotado y no se le ocurrían ideas), sobre todo era pintor.

Amy seguiría su camino sin obstáculos a la vista, pero los planes de los otros tres estaban supeditados a lo que pasaría antes y después del reconocimiento médico

para el ejército, previsto para el verano, el de Howard a mediados de julio, el de Noah a primeros de agosto y el de Ferguson a finales de agosto. En caso de que los llamaran a filas, Howard y Noah habían decidido seguir el ejemplo de Luther Bond y marcharse a Canadá, pero Ferguson, más testarudo y exaltado que ellos, había decidido que en ese caso iría a la cárcel. La facción proguerra tenía nombres para gente como ellos —*desertores*, *cobardes*, *traidores a la patria*—, pero los tres amigos no habrían puesto objeciones a combatir por Norteamérica en una guerra que les pareciese justa, ya que ninguno se consideraba un pacifista opuesto a todas las guerras, sólo estaban en contra de aquélla, y como pensaban que era moralmente indefendible, no un simple error político sino un acto de locura criminal, su deber patriótico era resistirse a participar en ella. El padre de Howard, el padre de Noah y el padrastro de Ferguson habían sido soldados en la Segunda Guerra Mundial, y sus hijos e hijastro los admiraban por haber combatido en la batalla contra el fascismo, que ellos consideraban una guerra justa, pero Vietnam era algo distinto, y qué reconfortante era para todos los miembros de la numerosa y enredada tribu saber que los tres veteranos de aquella otra guerra apoyaban a sus hijos e hijastro en su oposición al presente conflicto armado.

La batalla de Hamburger Hill, la operación Apache Snow en el valle de Ashau y la batalla de Binh Ba en la provincia de Phuoc Tuy. Ésos eran algunos de los nombres y lugares que venían de Vietnam en las semanas anteriores y posteriores a su licenciatura, y mientras preparaban la visita a la caja de reclutas de Newark (Howard) y a la de Whitehall Street en Manhattan (Noah y Ferguson), tanto Howard como Noah consultaron con médicos sobre dolencias imaginarias con las que esperaban conseguir la clasificación o bien de 4-F (inútil para el servicio militar) o 1-Y (útil pero sólo en casos de extrema urgencia), lo que les evitaría tener que marcharse a Canadá. Howard padecía alergia al polvo, a la hierba, a la artemisa, a la vara de oro y a otros pólenes transportados por el aire en primavera y verano (alergia al polen), pero su simpático médico, contrario a la guerra, escribió una carta en la que declaraba que también padecía asma, enfermedad crónica que tal vez garantizaría a Howard una exención médica. Noah también iba provisto de carta, una declaración del psicoanalista contrario a la guerra a quien consultaba desde hacía seis meses en la que certificaba el miedo neurótico de su paciente a los espacios abiertos (agorafobia), que en momentos de tensión excesiva se transformaba en verdadera paranoia, lo cual, asociado a sus latentes tendencias homosexuales, imposibilitaban un comportamiento normal en ambientes exclusivamente masculinos. Cuando Noah sacó la carta y se la enseñó, Ferguson negó con la cabeza y se echó a reír. Fíjate en mí, Archie, dijo. Soy un peligro para la sociedad. Un total y absoluto chiflado.

¿Crees que el médico se va a tragar toda esta mierda?, inquirió Ferguson.

¿Quién sabe?, contestó Noah. Luego, después de una breve pausa, soltó otra carcajada y dijo: Probablemente.

En su propio interés, Ferguson suponía que él también tendría que haber recurrido a un médico y hacer algo semejante a lo que habían hecho Howard y Noah, pero como el lector ya habrá observado a estas alturas, Ferguson no siempre obraba como más convenía a sus intereses. El lunes 25 de agosto por la mañana, compareció en el centro de reclutamiento de Whitehall Street sin carta que presentar al cuerpo

médico del ejército sobre alguna dolencia física o mental, real o imaginaria. Cierto era que de pequeño había padecido alergia al polen él también, pero en los últimos años parecía haberlo superado, y la única afección que tenía, que lo había condenado a la condición de mula parlante, no venía al caso.

Deambuló por el edificio en calzoncillos blancos, en compañía de una turba de otros jóvenes también ataviados con calzoncillos blancos. Jóvenes blancos, jóvenes morenos, jóvenes negros y jóvenes amarillos; todos en el mismo barco. Hizo las pruebas escritas, le midieron el cuerpo, lo pesaron y examinaron y luego se marchó a casa, preguntándose qué iba a ser de él.

3) Ho Chi Minh murió el 2 de septiembre a los setenta y nueve años. Ferguson, que hacía su cuarto trabajo para el señor Mangini desde principios de verano, escuchó la noticia por la radio subido a una escalera mientras pintaba el techo de la cocina de un piso de tres habitaciones en Central Park West entre las calles Ochenta y tres y Ochenta y cuatro. Había muerto el tío Ho, pero nada cambiaría por eso y la guerra continuaría hasta que el Norte conquistara el Sur y sacaran a los norteamericanos a patadas. Eso era seguro, dijo para sí mientras introducía la brocha en la lata para dar otra pasada al techo, pero otras muchas cosas no lo eran. Por qué le habían remitido la carta en que le comunicaban la fecha del reconocimiento justo un mes después de que Howard y Noah recibieran la suya, por ejemplo, o por qué la caja de reclutas de Newark había dado ya a Howard su nueva clasificación (1-Y) pero después de un periodo de tiempo equivalente Noah seguía sin saber nada de la caja de reclutas de Manhattan. Todo parecía sumamente arbitrario, un sistema que funcionaba con dos manos distintas, ignorante cada una de ellas de lo que la otra estaba haciendo mientras realizaban sus tareas independientes, y ahora que ya había pasado el reconocimiento, no estaba claro cuánto tiempo había que esperar.

Se estaba preparando para lo peor, y a lo largo de todo el verano y ya entrado el otoño meditaba sin cesar sobre la cárcel, sobre estar encerrado en contra de su voluntad y tener que someterse a las caprichosas normas y órdenes de los carceleros, sobre la amenaza de que lo violaran uno o varios reclusos, sobre compartir celda con un interno que llevara un pincho afilado y cumpliera una condena de siete años por robo a mano armada o de cien años por asesinato. Entonces su imaginación se alejaba del momento presente y empezaba a representarse *El conde de Montecristo,* el libro que había leído a los doce años, el falsamente acusado Edmond Dantès, cautivo durante catorce años en el Château d'If, o *El cero y el infinito*, la novela que había leído en octavo de primaria, con los dos presos en celdas contiguas transmitiéndose mensajes codificados mediante golpecitos en los muros que los separaban, o en la desmesurada cantidad de películas sobre la cárcel que había visto a lo largo de los años, entre ellas *La gran ilusión*, *Un condenado a muerte se ha escapado*, *Soy un fugitivo*, Dreyfus en la isla del Diablo en *La vida de Émile Zola*, *Motín en el pabellón 11*, *El presidio*, *Veinte mil años en Sing Sing* y *El hombre de la máscara de hierro*, otro relato de Dumas en el cual el hermano gemelo malo muere asfixiado por su propia barba.

Pensamientos que, como dardos turbadores, se calentaban en la doble incubadora de la incertidumbre y un pánico cada vez más creciente.

El verano siempre había sido una temporada de intenso trabajo para él, pero

aquel verano Ferguson apenas hizo algo más que leer las primeras cuatro cartas de rechazo que recibió *La capital de las ruinas*. Un mes después del fallecimiento de Ho Chi Minh, el número había crecido a siete.

4) Durante el verano y el otoño de aquel año, mientras Ferguson trabajaba sus horas para el señor Mangini y meditaba sobre el incierto porvenir que se le presentaba, un hombre sembraba de bombas la ciudad de Nueva York. Sam Melville, o Samuel Melville, nacido en 1934 con el nombre de Samuel Grossman, pero que se cambió el apellido en homenaje al hombre que escribió *Moby Dick*, o si no en honor del cineasta francés Jean-Pierre Melville, nacido a su vez con el nombre de Jean-Pierre Grumbach, o si no en honor de nadie y sin razón alguna salvo quizá para desvincularse de su padre y de su apellido. Marxista independiente aliado con los Weathermen y los Panteras Negras pero actuando fundamentalmente por cuenta propia (a veces con uno o dos cómplices, casi siempre solo), Melville puso la primera bomba el 27 de julio, dañando la estructura del muelle Grace en el puerto de Nueva York, instalación que era propiedad de la United Fruit Company, la centenaria explotadora del campesinado oprimido de América Central y del Sur. El 20 de agosto atacó el edificio del Marine Midland Bank; el 19 de septiembre, las oficinas del Departamento de Comercio y la Inspección General del Ejército en el edificio federal de la parte baja de Broadway. Subsiguientes objetivos incluyeron las oficinas de la Standard Oil en el edificio RCA, la sede del Chase Manhattan Bank y, el 11 de noviembre, el edificio General Motors de la Quinta Avenida, pero al día siguiente, cuando Melville iba a poner una bomba en el edificio del juzgado de lo penal de Centre Street, donde se celebraba el juicio contra el Pantera 21, cometió el error de elegir por compañero a un confidente del FBI y lo pescaron en el acto. Acabó en Las Tumbas en abril de 1970, donde organizó una huelga entre los reclusos cuyo resultado fue su traslado en julio a Sing Sing, y allí dirigió otra huelga que condujo a su nuevo traslado en septiembre a una de las instalaciones de máxima seguridad al norte del estado de Nueva York, Attica.

Según todos los testigos, el creciente radicalismo de Melville se fraguó en los acontecimientos de Columbia de la primavera de 1968. Durante la noche de la redada del 30 de abril, el antiguo diseñador industrial, de treinta y cuatro años, se presentó en la universidad para dar su apoyo a los estudiantes, y entre los gruñidos de los mil agentes de orden público que invadían los terrenos, además de los setecientos detenidos y las innumerables agresiones a los portadores de brazaletes, tanto verdes como blancos, Melville instó a los estudiantes a resistir y luchar contra la policía. Con un pequeño grupo de manifestantes empezó a arrojar contenedores de basura de acero templado y vulcanizado, con capacidad para ciento noventa litros, desde el tejado de la Low Library sobre la poli, que estaba abajo. Los más jóvenes tenían miedo, no estaban preparados para tomar parte en una acción tan temeraria, y se dispersaron en la oscuridad de la noche. No tardó mucho la policía en descubrir a Melville y llevárselo a otro edificio, donde lo sacudieron con porras y lo dejaron atado a una silla. Días después, se incorporó al Comité de Acción Comunitaria (CAC), grupo contrario a la política de Columbia de desahuciar a inquilinos sin recursos de viviendas propiedad de la universidad, y en una de las manifestaciones del CAC frente al St. Marks Arms de la calle Ciento doce Oeste fue detenido junto

con otros varios miembros del grupo.

Columbia lo había inflamado, y al año siguiente empezó su campaña de sembrar de bombas la ciudad. Ejecutó tan hábilmente los primeros atentados que no fue descubierto y siguió en libertad durante tres meses y medio, sin dejar un solo rastro. La prensa sensacionalista lo llamaba Mad Bomber, el Loco de la Bomba.

Ferguson no conocía a Sam Melville y no tenía ni idea de quién era hasta su detención el 12 de noviembre, pero sus historias se entrelazaron con la cuarta y más destructiva de las ocho bombas, se cruzaron hasta el punto de alterar la vida de Ferguson, porque la caja de reclutas habría dado casi con toda seguridad la clasificación de 1-A (útil para el servicio) a aquel licenciado universitario sano y en forma, lo que habría derivado en un procedimiento judicial ante un tribunal federal y en una condena en una prisión federal, pero cuando Melville voló el centro de reclutamiento de Whitehall Street a primeros de octubre, Ferguson aún no sabía ni palabra de su clasificación, y cuando siguió sin saber nada durante el resto del mes, esbozó cautelosamente la teoría de que la bomba de Melville había destruido su expediente militar, de que estaba, como le gustaba expresar para sus adentros, *sin papeles*.

En otras palabras, si Ferguson se veía efectivamente sin papeles, entonces Sam Melville le había salvado la vida. El llamado Loco de la Bomba le había salvado la vida a él y a otros centenares si no a miles como él, y entonces Melville había sacrificado su propia vida yendo a la cárcel *por ellos*.

5) O eso imaginaba o esperaba Ferguson, o rogaba que fuera cierto, pero tanto si se encontraba sin papeles como si no, aún le quedaba un puente que cruzar antes de que el asunto quedara definitivamente zanjado. Nixon había cambiado la ley. El Servicio Militar Selectivo ya no dependería del grupo de norteamericanos de edades comprendidas entre los dieciocho y los veintiséis para engrosar las filas del ejército sino sólo de algunos, de aquellos que sacaran los números más bajos en el nuevo sistema de sorteo, que se celebraría el lunes 1 de diciembre. Trescientos sesenta y seis números posibles, uno por cada día del año incluido el bisiesto, uno por el cumpleaños de cada joven estadounidense, un sorteo cuyos ciegos números le dirían a uno si estaba libre o no, si lo llevaban a combatir o se quedaba en casa, si iba a la cárcel o no, toda la vida futura esculpida por las manos del General Puro y Estúpido Azar, comandante de urnas, ataúdes y cementerios nacionales.

Absurdo.

El país se había convertido en un casino pero tú no podías tirar los dados. El gobierno los tiraría por ti. Todo lo que fuera por debajo de ochenta o cien significaba peligro. Todo lo que saliera por encima equivalía a: *Gracias, amo*.

El número que salió el 3 de marzo fue el 263.

Nada de exaltación esta vez, ni relámpago ni corriente eléctrica en las venas, ni morada flor de azafrán brotando entre la nieve ennegrecida, sino una repentina sensación de calma, de resignación incluso, hasta de tristeza, quizá. Estaba preparado para lanzar el desafío que había prometido, y ya no tenía que hacerlo. Ni siquiera debía pensarlo más. Levantarse y respirar, levantarse y moverse, levantarse y asimilar el mundo; comprendió que durante los últimos cinco meses había vivido en un estado de parálisis.

Padre, dijo para sí, mi extraño padre, mi padre muerto, tu hijo ya no tendrá que vivir detrás de los barrotes. Tu hijo es libre de ir a donde quiera. Ruega por tu hijo, padre, igual que él ruega por ti.

Ferguson volvió a sentarse frente a su escritorio y echó un vistazo al periódico del 16 de junio, cumpleaños de Noah.

Número 274.

Y luego el de Howard, que era el 22 de enero.

Número 337.

A última hora de la tarde siguiente, Noah hizo dedo desde New Haven y a las siete Ferguson y Howard se reunieron con él en el West End para empezar la velada con unas copas antes de ir a celebrarlo con una cena china en el Moon Palace de Broadway, justo dos manzanas más abajo. Encontrándose a gusto en su reservado del rincón delantero, sin embargo, se quedaron en el West End y no fueron al restaurante, cenando el abominable estofado de carne con pasta de su bar favorito y quedándose después hasta las dos y media de la madrugada trasegando grandes cantidades de alcohol en varias de sus más conocidas formas, sobre todo whisky escocés para Ferguson, un mediocre escocés de mezcla que lo condujo a un accidentado viaje a las entrañas más profundas de la embriaguez, y cuando cayó en el cenagoso sopor de su descomunal tajada, que le hacía ver doble, sus dos tambaleantes compañeros lo llevaron a cuestas al apartamento de Howard y Amy en la calle Ciento trece Oeste, donde pasó las primeras horas de la madrugada sin sentido en el sofá, para luego acordarse de que en determinado momento Howard y Noah lo habían criticado conjuntamente por una serie de cosas, unas que alcanzaba a recordar y otras no, pero entre las que podía rememorar estaban las siguientes:

– Era idiota por no tocar el dinero que le había dejado su padre.

– Con ayuda del dinero que aún no había tocado, debía decir adiós a Estados Unidos, cruzar el Atlántico y pasar por lo menos un año en Europa. No había ido a ninguna parte en su pequeña y triste vida y le hacía falta viajar *ya*.

– Que se olvidase de que Mary Donohue había encontrado a su *Señor Magnífico* y estuviera pensando en casarse, porque si bien Mary era una mujer extraordinaria y había evitado que Ferguson se desmoronase en ciertos momentos difíciles, no tenían porvenir juntos porque él no tenía nada que ofrecerle ni era lo que ella quería ni necesitaba.

– Doce rechazos de editoriales neoyorquinas no era algo como para quitar el sueño, y aunque otras doce rechazaran el libro, alguna acabaría publicándolo, y lo único importante era que empezara a pensar en su próximo libro...

Tal como lo recordaba, había estado de acuerdo con ellos en todos los puntos.

6) Como era un empleado concienzudo, y como no deseaba fallar a sus compañeros de trabajo llegando tarde, Ferguson se presentó a trabajar al día siguiente a las nueve en punto. Había dormido cuatro horas y media en el sofá de Howard y Amy, y después de tomar tres tazas de café en Tom’s Restaurant, en la esquina de Broadway con la calle Ciento doce, fue andando a la casa donde trabajaba en Riverside, entre las calles Ochenta y ocho y Ochenta y nueve, un piso gigantesco de cuatro habitaciones que había empezado a pintar unos días antes con Juan, Felix y Harry. El aire era helador aquella mañana, y Ferguson, con una resaca descomunal,

los ojos inyectados en sangre, la cabeza resquebrajada y las tripas indecisas, avanzaba danto traspiés hacia el centro con la cara tapada por la bufanda, que empezó a apestar a la bebida aún aposentada en su aliento. Juan dijo: ¿Qué te ha ocurrido, hombre? Felix dijo: Parece que no se te ha pasado la curda, chaval. Harry dijo: ¿Por qué no te vas a casa a dormirla? Ferguson, sin embargo, no quería irse a casa a dormirla, se encontraba perfectamente y había venido a trabajar, pero una hora después, subido en lo alto de una escalera extensible y pintando el techo de la cocina, perdió el equilibrio y cayó al suelo, rompiéndose el tobillo izquierdo y la muñeca izquierda. Harry llamó a una ambulancia, y después de que el médico del hospital Roosevelt le colocara los huesos y le escayolara la muñeca y el tobillo, observó su obra y comentó: Vaya caída, muchacho. Tienes suerte de no haber aterrizado de cabeza.

7) Ferguson pasó las seis semanas siguientes en la casa de Woodhall Crescent, atracándose de las sabrosas comidas de su madre mientras se le volvían a soldar los huesos, jugando por la noche al gin rummy con Dan después de cenar, sentándose en el salón con los dos Schneiderman las noches en que televisaban partidos de los Knicks mientras su madre y la embarazada Nancy estaban en la cocina hablando de los misterios de la condición femenina: vida hogareña, comodidades y placeres de estar en casa una temporada mientras se tomaba un *descanso forzoso* (palabras de Dan) o simplemente hacía *balance de la situación* (palabras de su madre) y pensaba en lo que hacer a continuación.

Mary se había ido, pronto se casaría con un inteligente *señor* llamado Bob Stanton, de treinta y un años, ayudante del fiscal del distrito de Queens, persona mucho más asentada de lo que Ferguson sería jamás, decisión nada imprudente, consideró, pero dolorosa de todos modos, un dolor que tardaría más tiempo en arreglarse que sus huesos rotos, y con Mary desaparecida nada lo retenía en Nueva York, nada que lo obligara a seguir trabajando como pintor de brocha gorda para el señor Mangini, porque Howard y Noah habían conseguido inocularle finalmente algo de sentido común en la noche de la borrachera y había cambiado de opinión sobre el dinero de su padre, conviniendo de mala gana con ellos en que no aceptarlo sería un insulto. Su padre estaba muerto, y los muertos ya no pueden defenderse. Fuera cual fuese la ira que había ido creciendo entre ellos a lo largo de los años, su padre lo había incluido en el testamento, lo que significaba que quería que Ferguson cogiese los cien mil dólares y los utilizara como creyera conveniente, en el entendimiento de que, en este caso, conveniente significaba vivir con aquel dinero para seguir escribiendo, sin duda su padre debía haber tenido eso en cuenta, razonaba Ferguson, y lo cierto era que la rabia se le había disipado casi por completo, cuanto más tiempo llevaba muerto su padre menos ira sentía él, tan poca ya al cabo de año y medio que casi había desaparecido del todo, y el espacio que antes ocupaba la furia estaba ahora lleno de pesar y confusión, pesar, confusión y arrepentimiento.

Era un montón de dinero, suficiente para vivir durante años si lo gastaba con cuidado, y Howard y Noah habían hecho bien en poner de relieve la importancia de aquel dinero, aconsejándole paciencia juiciosamente en la cuestión de la novela rechazada (para la que Lynn Eberhardt acabó encontrando editorial a principios de febrero cuando la envió a Columbus Books, una editorial de San Francisco, pequeña e intrépida, a contracorriente, que estaba en funcionamiento desde la década de los

cincuenta), pero sobre todo en el entendimiento de que aquel dinero permitiría a Ferguson dar el paso que más le convenía en las presentes circunstancias, y mientras languidecía en la casa de Woodhall Crescent y consideraba el conjunto de posibilidades que le ofrecía aquella suma, poco a poco fue convenciéndose del punto de vista de sus amigos: había llegado el momento de salir de Estados Unidos y ver algo de mundo, dejar los incendios atrás y marcharse a otro sitio; a cualquier parte.

Ferguson titubeó y reflexionó durante las dos semanas siguientes, reduciendo la plétora de sitios de cinco a tres y luego a uno. El idioma habría de tener la última palabra, pero aunque hablaran inglés tanto en Inglaterra como en Irlanda, dudaba de que se sintiera a gusto viviendo en aquellos países de tanta lluvia. También llovía en París, desde luego, pero el francés era la única otra lengua que hablaba y leía con tolerable fluidez, y como nunca había oído a nadie decir una palabra negativa sobre París, decidió probar suerte allí. Como entrenamiento, iría a Montreal para hacer una breve visita a Luther Bond, que estaba plenamente instalado en su nuevo país, habiendo conseguido entrar en McGill más o menos al mismo tiempo que Ferguson en el Brooklyn College, y ahora que se había licenciado trabajaba de aprendiz en el *Montreal Gazette* y vivía con su nueva novia, Claire, Claire Simpson o Sampson (la letra de Luther era difícil de descifrar a veces), y Ferguson estaba impaciente por ir al norte, impaciente por ir al este, impaciente por marcharse.

Calculaba que podría volver a caminar bien con el tobillo a finales de enero, lo que le daría tiempo más que suficiente para vaciar el apartamento de la calle Ochenta y nueve Este y prepararse para el gran tránsito.

Entonces, el 1 de enero, mientras Ferguson estaba a punto de dar el primer mordisco a su primer desayuno de la nueva década, su madre le contó la anécdota.

Era una vieja historia, por lo visto, que llevaba años circulando por el cuarto de estar de los hogares judíos, pero por cierta razón inexplicable había escapado a la atención de Ferguson, que por lo que fuese no se había encontrado en ninguno de aquellos cuartos de estar cuando la estaban contando, pero aquella mañana de Año Nuevo de 1970 su madre se la contó en la cocina, la típica historia del joven judío ruso de apellido largo e impronunciable que llega a la isla de Ellis y se pone a charlar con un *Lantsman* mayor y con más experiencia, y cuando el más joven dice su nombre al mayor, el mayor frunce el ceño y afirma que un nombre tan largo e impronunciable no le convendrá para su nueva vida en América, tiene que cambiarlo por algo más corto, algo que suene bastante en este país. ¿Qué me sugieres?, pregunta el joven. Diles que te llamas Rockefeller, dice el mayor, con eso no te puedes equivocar. Pasan dos horas y cuando el joven ruso se sienta para que lo interrogue un agente de inmigración, ya no es capaz de acordarse de la sugerencia del mayor. ¿Cómo se llama?, pregunta el agente. Frustrado, el joven se da una palmada en la cabeza y suelta en yidis: *Ikh hob fargessen!* (¡Se me ha olvidado!) De modo que el agente de inmigración de la isla de Ellis quita el capuchón a su pluma estilográfica y escribe diligentemente en su libro de registro: Ichabod Ferguson.

A Ferguson le gustó la historia, y se rio bastante cuando su madre se lo contó mientras desayunaban en la cocina, pero cuando después subió cojeando a su habitación vio que no podía dejar de pensar en ello, y con nada que le distrajera de

sus pensamientos siguió pensando en el pobre inmigrante durante el resto de la mañana y primeras horas de la tarde, momento en el cual la historia salió del ámbito de la anécdota para convertirse en una parábola sobre el destino humano y los interminables desvíos que una persona se encuentra por el camino de la vida. Un joven se ve de pronto dividido en tres jóvenes, idénticos entre sí pero con nombre diferente: Rockefeller, Ferguson y el largo e impronunciable X, que ha viajado con él desde Rusia hasta la isla de Ellis. En la historia, acaba siendo Ferguson porque el agente de inmigración no entiende la lengua en que le hablan. Eso ya era interesante de por sí: que te impongan un nombre derivado de un error burocrático y luego tengas que llevarlo de por vida. Interesante en un sentido *curioso*, *divertido* o *trágico*. Un judío ruso transformado en presbiteriano escocés con quince trazos de la pluma de otro hombre. Y si en la Norteamérica blanca toman a un judío por protestante, si cada persona que conoce supone automáticamente que es un individuo diferente del que es, ¿cómo afectará eso a su futura vida en Norteamérica? Imposible decir exactamente cómo, pero cabe suponer que será distinta, que la vida que llevará como Ferguson no será la misma que habría llevado como el joven hebreo X. Por otro lado, el joven X no se oponía a llamarse Rockefeller. Aceptó el consejo de su compatriota de más edad sobre la necesidad de elegir otro nombre, ¿y qué habría pasado si ese nombre le hubiese venido a la memoria en vez de írsele de la cabeza? Se habría llamado Rockefeller, y a partir de ese día la gente le habría supuesto miembro de la familia más acaudalada de Norteamérica. Su acento yidis no habría engañado a nadie, pero ¿cómo habría podido evitarse que la gente lo considerase miembro de otra rama de la familia, una de las ramas extranjeras subsidiarias capaces de trazar su ascendencia directamente hasta John D. y sus herederos? Y si el joven X hubiera tenido capacidad para recordar que debía ponerse a sí mismo el nombre de Rockefeller, ¿cómo habría afectado eso a su vida en Norteamérica? ¿Habría vivido igual, o habría llevado una vida diferente? Sin duda una vida diferente, dijo Ferguson para sí, pero resultaba imposible saber en qué sentido.

Ferguson, cuyo apellido no era Ferguson, encontró fascinante imaginar que hubiera nacido llamándose Ferguson o Rockefeller, alguien con nombre distinto del X que le habían asignado cuando lo sacaron del vientre de su madre el 3 de marzo de 1947. A decir verdad, al padre de su padre no le habían dado otro nombre cuando llegó a la isla de Ellis el 1 de enero de 1900; pero ¿y si se lo hubieran dado?

De esa pregunta nació el siguiente libro de Ferguson.

No una persona con tres nombres, dijo para sí aquella tarde, que por casualidad era el 1 de enero de 1970, el septuagésimo aniversario de la llegada de su abuelo a Norteamérica (si había que dar crédito a la leyenda familiar), el hombre que no había sido ni Ferguson ni Rockefeller y que murió a tiros en un almacén de artículos de piel de Chicago en 1923, pero en interés de la narración Ferguson empezaría con su abuelo y la anécdota, y en el momento en que contara la historia en el primer párrafo su abuelo ya no sería un joven con tres nombres posibles sino con uno solo, ni X ni Rockefeller sino Ferguson, y luego, después de narrar la historia de cómo se conocieron sus padres, se casaron y él mismo vino al mundo (todo ello basándose en los detalles que le había contado su madre a lo largo de los años), Ferguson volvería del revés la proposición, y en vez de seguir la idea de una persona con tres nombres,

inventaría otras tres versiones de sí mismo, narraría las tres historias en paralelo a la suya propia (más o menos su propia historia, porque él también se convertiría en una versión novelada de sí mismo), y escribiría un libro sobre cuatro personas idénticas pero diferentes que tuvieran el mismo nombre: Ferguson.

Un nombre nacido de un juego de palabras sobre nombres. El colofón de un chiste sobre judíos de Polonia y Rusia que llegaban en barco a Estados Unidos. Sin duda una humorada judía sobre Norteamérica... y la enorme estatua que se erguía en el puerto de Nueva York.

Madre de exiliados.

Padre de conflictos.

Donante de nombres descabellados.

Aún seguía transitando por los dos caminos que había imaginado con catorce años, continuaba por los tres caminos en compañía de Lazlo Flute, y en todo momento, desde el comienzo de su vida consciente, la insistente impresión de que por los desvíos y vías paralelas de los caminos que se han tomado y que no se han tomado ha circulado la misma gente al mismo tiempo, la gente visible y la que está en la sombra, y que el mundo tal cual era nunca podría ser más que una fracción del mundo, porque lo real también consistía en lo que podría haber ocurrido pero no sucedió, que un camino no era mejor o peor que cualquier otro, pero el tormento de estar vivo en un solo cuerpo significaba que en un momento dado uno tenía que encontrarse exclusivamente en un solo camino, aunque pudiera haber estado en otro dirigiéndose a un lugar enteramente diferente.

Idénticos pero diferentes, en este caso cuatro chicos con los mismos padres, el mismo cuerpo y el mismo material genético, pero viviendo en casas diferentes de ciudades distintas, cada uno con sus propias circunstancias particulares. Impulsados a un lado y a otro por la fuerza de esas circunstancias, los muchachos empezarían a divergir a medida que el libro avanzaba, pasando a rastras, caminando o galopando de la infancia a la adolescencia y al comienzo de la edad adulta mientras el carácter los iba diferenciando cada vez más, cada uno por su camino particular y sin dejar por ello de ser el mismo individuo, tres versiones imaginarias de su propia persona, para luego incluirse a sí mismo, el autor del libro, como Número Cuatro por si fuera poco, pero los detalles de la novela aún eran desconocidos para él en aquel momento, sólo entendería lo que intentaba hacer cuando se pusiera a hacerlo, y lo fundamental era querer a aquellos chicos como si fuesen reales, quererlos tanto como se quería a sí mismo, tanto como había querido al muchacho que cayó muerto a sus pies en una calurosa tarde del verano de 1961, y ahora que su padre había muerto también, ése era el libro que necesitaba escribir: para ellos.

Dios no estaba en ninguna parte, dijo para sí, pero la vida estaba en todas partes, y la muerte estaba en todas partes, y los vivos y los muertos estaban unidos.

Sólo una cosa era segura. Uno por uno, los Ferguson imaginarios morirían, igual que había muerto Artie Federman, pero sólo después de haber llegado a quererlos como si fuesen reales, sólo después de que la idea de verlos morir le resultara insoportable, y luego volvería a estar solo consigo mismo de nuevo, el único superviviente.

De ahí el título del libro: *4 3 2 1*.

Así termina el libro: con Ferguson marchándose a escribir el libro. Cargado con dos pesadas maletas y una mochila, salió el 3 de febrero de Nueva York y viajó en autocar a Montreal, donde pasó una semana con Luther Bond, y luego abordó un avión y cruzó el océano hasta París. Durante los cinco años y medio siguientes vivió en un apartamento de dos habitaciones en la rue Descartes, en el quinto *arrondissement*, trabajando asiduamente en su novela sobre los cuatro Ferguson, que se convirtió en un libro mucho más extenso de lo que había imaginado, y cuando el 25 de agosto de 1975 escribió la última palabra, el manuscrito contaba un total de mil ciento treinta y tres páginas mecanografiadas a doble espacio.

Los pasajes que más le costó escribir fueron los que narraban la muerte de sus queridos muchachos. Qué difícil era invocar la tormenta en la que murió el joven de trece años de luminoso semblante, y qué angustia sentía al escribir los pormenores del accidente de tráfico que acabó con la vida de Ferguson-3, de veinte años, y después de esa doble eliminación necesaria pero espantosa, nada le causó más dolor que tener que narrar la muerte de Ferguson-1 en la noche del 8 de septiembre de 1971, un pasaje cuya composición retrasó hasta las últimas palabras del libro, el relato del fuego que consumió la casa de Rochester, en el estado de Nueva York, cuando Charlie Vincent, el vecino de abajo de Ferguson-1, se durmió mientras fumaba un Pall Mall en la cama, prendiéndose fuego a sí mismo junto a las sábanas y mantas con que se tapaba mientras las llamas se precipitaban a toda prisa por la habitación, creciendo rápidamente hasta tocar el techo, y como en aquella casa vieja la madera estaba seca y desmenuzada, el fuego se abrió paso a través del techo, y del suelo de la habitación de arriba surgieron llamas que se echaron tan de improviso sobre el dormido periodista de veinticuatro años, traductor y amante de Hallie Doyle, que toda la habitación empezó a arder antes de que tuviera ocasión de saltar de la cama y arrastrarse hacia la ventana.

Ferguson hizo una pausa. Se levantó del escritorio, sacó un cigarrillo del bolsillo de la camisa y se puso a andar de acá para allá entre las dos habitaciones del pequeño apartamento, y en cuanto sintió que tenía la mente lo bastante despejada para empezar de nuevo, volvió al escritorio, se sentó en la silla y escribió los párrafos finales del libro:

Si Ferguson-1 hubiera sobrevivido a la noche, se habría despertado a la mañana siguiente para viajar a Attica con Gianelli, y durante los cinco días siguientes habría escrito artículos sobre la revuelta en la prisión, el amotinamiento masivo de más de mil hombres que supuso el cierre de las instalaciones con los amotinados tomando como rehenes a treinta y nueve guardianes en apoyo de sus exigencias de reforma. Pocas dudas cabían de que Ferguson-1 se habría animado ante la solidaridad de los internos. En aquella prisión racialmente dividida todos apoyaban juntos las reivindicaciones, y por primera vez que se recordara, presidiarios negros, blancos y latinoamericanos estaban en el mismo bando. La otra parte cedió un poco, pero no lo suficiente para ofrecer alguna esperanza. Se resistió a la petición de amnistía, se negó a la exigencia de sustituir al alcaide y rechazó el imposible requerimiento de permitir que los rebeldes salieran sanos y salvos del país incluso después de que el gobierno argelino prometiese aceptarlos a todos. Cuatro días de negociaciones estancadas, infructuosas, entre los internos y Russell Oswald, director de instituciones

penitenciarias del estado de Nueva York, y durante cuatro días enteros el gobernador Rockefeller se negó a comparecer en la prisión para contribuir a que ambas partes llegaran a un acuerdo. Entonces, el 13 de septiembre, llegó la desconcertante orden de Rockefeller de tomar la prisión por la fuerza. A las 9.46 de la mañana, el batallón de funcionarios de prisiones y agentes de la Policía Estatal de Nueva York apostado en lo alto de los muros exteriores de la cárcel abrió fuego contra los hombres que deambulaban por el patio, matando a diez rehenes y veintinueve prisioneros, entre ellos a Sam Melville, a quien persiguieron y ejecutaron a quemarropa minutos después de que la descarga de fusilería hubiera cesado. Además de aquellas treinta y nueve muertes, tres rehenes y ochenta y nueve reclusos resultaron heridos. El patio de la prisión estaba anegado en sangre.

Inmediatamente después del asalto, corrió el rumor de que los presos habían degollado a los diez cautivos, pero al día siguiente, en Rochester, cuando el médico forense del condado de Monroe examinó los cadáveres de los diez guardianes asesinados, afirmó que ninguno había muerto por heridas de cuchillo. Todos habían sido abatidos por agentes de su propio bando. En un artículo del *New York Times* escrito el día 15 por Joseph Lelyveld se cuenta cómo un pariente de uno de los guardianes asesinados, Carl Valone, vio el cadáver y seguidamente dijo: «No había cuchilladas. A Carl ni siquiera lo habían tocado. Lo mató una bala que llevaba el nombre de Rockefeller».

Nelson Rockefeller representaba el ala liberal del Partido Republicano, y hasta la matanza de Attica siempre se le había considerado como persona moderada y de buen juicio, pero en mayo de 1973 volvió a confundir al mundo cuando impulsó a través de la asamblea legislativa del estado de Nueva York una serie de leyes que estipulaban una pena mínima de quince años y una máxima de cadena perpetua por vender cincuenta y seis gramos o más de heroína, morfina, opio, cocaína o cannabis o estar en posesión de ciento trece gramos o más de esas drogas. Las denominadas Leyes Antidroga Rockefeller fueron las más coercitivas jamás impuestas por estado alguno en todo el país.

Tal vez seguía soñando con ser presidente y quería demostrar firmeza ante el duro público norteamericano que militaba en el campo de la ley y el orden, pero por mucho que siempre hubiera querido convertirse en el líder del Mundo Libre, no había logrado la candidatura de su partido después de presentarse a la presidencia en 1960, 1964 y 1968, perdiendo ante Nixon, Goldwater y una vez más ante Nixon, pero cuando el desacreditado Nixon dimitió del cargo en 1974, su vicepresidente, Gerald Ford, designado a su vez tras la dimisión del depuesto Spiro Agnew, asumió el cargo de nuevo presidente y nombró vicepresidente a Nelson Rockefeller, convirtiéndose ambos en los dos únicos políticos en la historia de Estados Unidos que ocuparon cargos sin ser elegidos por el pueblo norteamericano, y así fue como, el 19 de diciembre de 1974, después de una votación de 287 contra 128 en la Cámara de Representantes y otra de 90 contra 7 en el Senado, Nelson Rockefeller juró el cargo de cuadragésimo primer vicepresidente de Estados Unidos.

Estaba casado con una mujer llamada Happy.

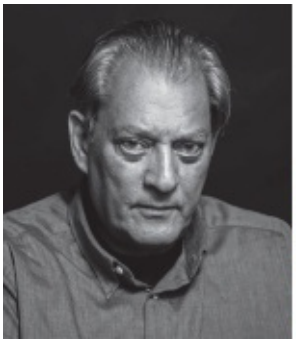


Foto: © Edu Bayer

Paul Auster

Es escritor, traductor y cineasta. Entre sus obras destacan *La invención de la soledad* (1982); *La trilogía de Nueva York* (1987); *El Palacio de la Luna* (1989); *Leviatán* (1992); *Tombuctú* (1999); *El libro de las ilusiones* (2002); *La noche del oráculo* (2003); *Brooklyn Follies* (2005) y *Diario de invierno* (2012). Ha escrito los guiones de las películas *Smoke* (1995) y *Blue in the Face* (1995), en cuya dirección colaboró con Wayne Wang, y *Lulu on the Bridge* (1998) y *La vida interior de Martin Frost* (2007), que dirigió en solitario. Ha editado el libro de relatos *Creía que mi padre era Dios* (2001) y su obra poética está reunida en el tomo *Poesía completa* (Seix Barral, 2012). Su novela *Ciudad de cristal* ha sido adaptada al cómic y, más recientemente, al teatro. Paul Auster ha recibido numerosos galardones, entre los que destacan el Premio Médicis por la novela *Leviatán*, el Independent Spirit Award por el guion de *Smoke*, el Premio al mejor libro del año del Gremio de Libreros de Madrid por *El libro de las ilusiones*, el Premio Qué Leer por *La noche del oráculo* y el Premio Leteo. En 2006 recibió el Premio Príncipe de Asturias de las Letras. Es miembro de la American Academy of Arts and Letters y Comandante de la Orden de las Artes y las Letras francesa. Su obra está traducida a más de cuarenta idiomas. Vive en Brooklyn, Nueva York.

Fotografía de la cubierta: © Fred Stein Archive / Getty Images
Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Sobre *4 3 2 1*

«La obra maestra de Auster. Una revelación. Estamos ante un genio», *Toronto Star.*

«Su novela más ambiciosa, exigente, memorable, intrigante, erótica, atrevida, divertida y conmovedora hasta la fecha. Una oda a la juventud, al deseo, a los libros, a la creatividad y a lo impredecible», *Booklist.*

«Una obra de artesanía y enorme ambición, un monumental ensamblaje de ficciones que se enfrentan y se complementan, una novela que contiene

multitudes», *The New York Times Book Review.*

«Auster se centra no sólo en lo inesperado, sino en ese "¿qué hubiera pasado si…?" que nos obsesiona; en todas las vidas imaginarias que alimentamos y que corren paralelas a nuestra existencia actual», *The Guardian.*

«Ingeniosa. Innovadora. Conmovedora. ***4 3 2 1*** **se lee como un drama social que también ofrece al lector una exploración filosófica sobre el destino de un hombre»,** *Esquire.*

«La mejor novela de Auster: la excepcional variedad de una sola vida desplegada en su totalidad», *Harper's Magazine.*

«Ambiciosa y un placer de lectura. Un conmovedor y verdadero viaje», *NPR.*

«Un profundo estudio de la realidad. Se lee como una extensa novela del siglo xix», *The Wall Street Journal*

Traducción de Benito Gómez Ibáñez

Paul Auster
4 3 2 1

El único hecho inmutable en la vida de Ferguson es que nació el 3 de marzo de 1947 en Newark, Nueva Jersey. A partir de ese momento, varios caminos se abren ante él y le llevarán a vivir cuatro vidas completamente distintas, a crecer y a explorar de formas diferentes el amor, la amistad, la familia, el arte, la política e incluso la muerte, con algunos de los acontecimientos que han marcado la segunda mitad del siglo XX americano como telón de fondo.

¿Y si hubieras actuado de otra forma en un momento crucial de tu vida? *4 3 2 1*, la primera novela de Paul Auster después de siete años, es un emotivo retrato de toda una generación, un *coming of age* universal y una saga familiar que explora de manera deslumbrante los límites del azar y las consecuencias de nuestras decisiones. Porque todo suceso, por irrelevante que parezca, abre unas posibilidades y cierra otras.

«Siento que he estado preparándome toda la vida para escribir este libro», reconocía el autor de *La trilogía de Nueva York* en una entrevista con el director de cine Wim Wenders. Acogida por los medios como «la mejor novela de Auster» *(Harper's Magazine)*, estamos ante un ejercicio soberbio de precisión narrativa e imaginación, llamado a coronar la carrera literaria de uno de los grandes escritores de nuestra época.

Seix Barral Biblioteca Formentor

Table of Contents

Portada
Página del título
Copyright
Dedicación
Índice
Capítulo 1.0
Capítulo 1.1
Capítulo 1.2
Capítulo 1.3
Capítulo 1.4
Capítulo 2.1
Capítulo 2.2
Capítulo 2.3
Capítulo 2.4
Capítulo 3.1
Capítulo 3.2
Capítulo 3.3
Capítulo 3.4
Capítulo 4.1
Capítulo 4.2
Capítulo 4.3
Capítulo 4.4
Capítulo 5.1
Capítulo 5.2
Capítulo 5.3
Capítulo 5.4
Capítulo 6.1
Capítulo 6.2
Capítulo 6.3
Capítulo 6.4
Capítulo 7.1
Capítulo 7.2
Capítulo 7.3
Capítulo 7.4
Contraportada

Table of Contents

Portada
Página del título
Copyright
Dedicación
Índice
Capítulo 1.0
Capítulo 1.1
Capítulo 1.2
Capítulo 1.3
Capítulo 1.4
Capítulo 2.1
Capítulo 2.2
Capítulo 2.3
Capítulo 2.4
Capítulo 3.1
Capítulo 3.2
Capítulo 3.3
Capítulo 3.4
Capítulo 4.1
Capítulo 4.2
Capítulo 4.3
Capítulo 4.4
Capítulo 5.1
Capítulo 5.2
Capítulo 5.3
Capítulo 5.4
Capítulo 6.1
Capítulo 6.2
Capítulo 6.3
Capítulo 6.4
Capítulo 7.1
Capítulo 7.2
Capítulo 7.3
Capítulo 7.4
Contraportada

Table of Contents

Portada
Página del título
Copyright
Dedicación
Índice
Capítulo 1.0
Capítulo 1.1
Capítulo 1.2
Capítulo 1.3
Capítulo 1.4
Capítulo 2.1
Capítulo 2.2
Capítulo 2.3
Capítulo 2.4
Capítulo 3.1
Capítulo 3.2
Capítulo 3.3
Capítulo 3.4
Capítulo 4.1
Capítulo 4.2
Capítulo 4.3
Capítulo 4.4
Capítulo 5.1
Capítulo 5.2
Capítulo 5.3
Capítulo 5.4
Capítulo 6.1
Capítulo 6.2
Capítulo 6.3
Capítulo 6.4
Capítulo 7.1
Capítulo 7.2
Capítulo 7.3
Capítulo 7.4
Contraportada